PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

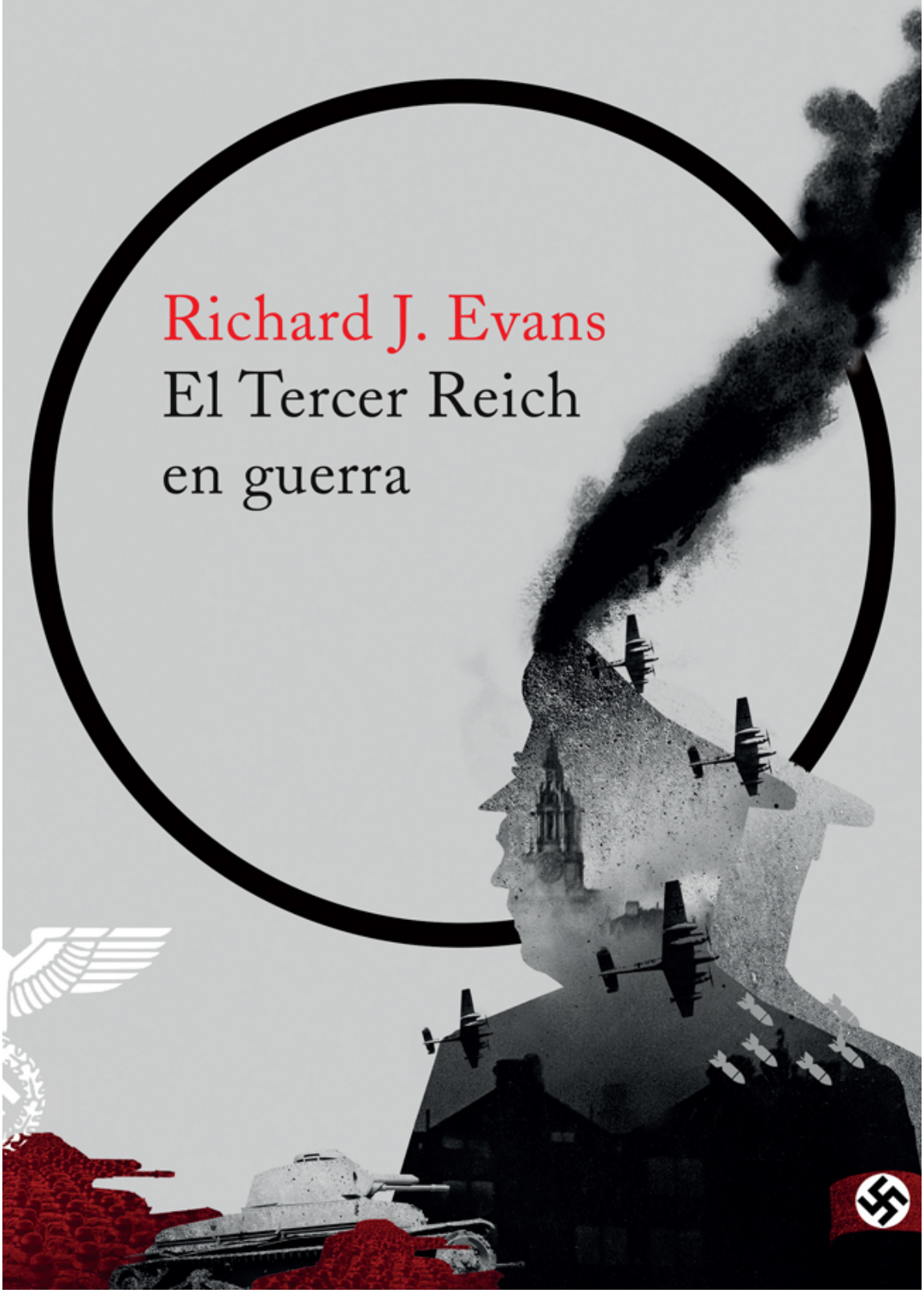
Richard J. Evans

# El Tercer Reich en guerra

PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

Richard J. Evans

# El Tercer Reich en guerra



Índice

Portada
Dedicatoria
Prefacio
1. «Bestias con forma humana»
Victoria relámpago
El nuevo orden racial
«Una miserable ralea»
«Vida indigna de ser vivida»
2. La suerte de la guerra
«La obra de la Providencia»
«Ambición patológica»
Operación Barbarroja
Tras las huellas de Napoleón
3. «La solución final»
«Ninguna piedad, nada»
Emprender el genocidio
La Conferencia de Wannsee
«Como ovejas al matadero»
4. «El nuevo orden»
El nervio de la guerra
«A los cerdos no los tratan peor»
Bajo la férula nazi
Guerra total
5. «El principio del fin»
Alemania en llamas
La larga retirada
«Se han abierto las puertas del infierno»
Un nuevo «tiempo de lucha»
6. Actitudes morales alemanas
Miedo y culpa
Culturas de destrucción
Ciencia mortífera
Resistencia
7. La caída
«Una última chispa de esperanza»
«Arrastraremos a todo un mundo con nosotros»
La derrota final
Después de la guerra

Bibliografía
Lista de ilustraciones
Lista de mapas
Galería de imágenes
Notas
Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

## ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora** **Descubre**

**Comparte**

*Para Matthew y Nicholas*

# PREFACIO

Este libro relata la historia del Tercer Reich, el régimen que Hitler y los nacionalsocialistas instauraron en Alemania, desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial el 1 de septiembre de 1939 hasta su final en Europa el 8 de mayo de 1945. Se puede leer por sí solo, como una historia de Alemania durante la guerra. Pero es también el último volumen de una trilogía, que comienza con *La llegada del Tercer Reich*, donde se abordaban los orígenes del nazismo, el desarrollo de sus ideas y su llegada al poder en 1933. El segundo volumen de la serie, *El Tercer Reich en el poder*, abarca los años del período de paz desde 1933 a 1939, cuando Hitler y los nazis fortalecieron el poderío militar de Alemania y la prepararon para la guerra. El enfoque general de los tres volúmenes quedó expuesto en el prefacio de *La llegada del Tercer Reich* y no es preciso repetirlo aquí en detalle. Tomados en conjunto, su propósito es el de procurar un relato exhaustivo de Alemania bajo los nazis.

Enfrentarse a la historia del Tercer Reich durante la guerra plantea dos problemas especiales. El primero es relativamente menor. Después de 1939, Hitler y los nazis se hicieron cada vez más reacios a referirse a su régimen como «El Tercer Reich», prefiriendo en cambio llamarlo «Gran Reich alemán» (*Grossdeutsches Reich*) para recalcar la expansión masiva de sus fronteras que tuvo lugar en 1939 y 1940. Sin embargo, en aras de la unidad y la coherencia, he decidido, al igual que otros historiadores, seguir llamándolo «El Tercer Reich»; después de todo, los nazis eligieron abandonar este término de forma silenciosa en vez de rechazarlo abiertamente. El segundo problema es más serio. El interés principal de este libro se sitúa en Alemania y los alemanes; no se trata de una historia de la Segunda Guerra Mundial, ni siquiera de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Sin embargo, es por supuesto necesario narrar el avance de la

guerra y abordar la administración que los alemanes hicieron de los territorios de Europa que conquistaron. Ni siquiera dentro de los límites de un libro tan extenso como éste es posible prestar igual atención a cada fase y a cada aspecto de la guerra. Me he decantado, por consiguiente, por centrarme en los momentos cruciales de mayor importancia: la conquista de Polonia y Francia y la Batalla de Inglaterra en el primer año de la guerra, la Batalla de Moscú en el invierno de 1941-1942, la Batalla de Stalingrado en el invierno de 1942-1943, y el comienzo de los bombardeos estratégicos continuos de las ciudades alemanas en 1943. Al hacerlo así he tratado de transmitir cómo era para los alemanes tomar parte en esos grandes conflictos, recurriendo a diarios y cartas tanto de soldados como de civiles. Confío en que las razones para escoger esos momentos cruciales se hagan evidentes para los lectores en el transcurso del libro.

En el núcleo de la historia alemana durante los años de la guerra se encuentra el asesinato en masa de millones de judíos en lo que los nazis denominaban «la solución final de la cuestión judía en Europa». El presente libro proporciona una narración completa del desarrollo y puesta en práctica de esa política de genocidio, al tiempo que la sitúa en el contexto más amplio de las políticas raciales nazis hacia los eslavos y hacia grupos minoritarios como los gitanos, los homosexuales, los pequeños delincuentes y los «asociales». He tratado de combinar el testimonio de algunos de quienes se vieron afectados —tanto aquellos que sobrevivieron como quienes no lo hicieron— con los de algunos de los hombres que aplicaron tales políticas, incluyendo a los comandantes de los campos de la muerte más importantes. La deportación y el asesinato de los judíos procedentes de los países de Europa occidental se aborda en el capítulo que trata sobre el imperio nazi, mientras que las reacciones de los alemanes corrientes en su país, y hasta qué punto sabían del genocidio, se examinan en un capítulo posterior sobre el frente interno. El hecho de que se hable del asesinato masivo de los judíos a lo largo de casi todo el libro, desde el relato de la fundación de los guetos en Polonia en el capítulo inicial hasta las «marchas de la muerte» de 1945 en el último capítulo, refleja su importancia en muchos de los aspectos de la historia del Tercer Reich en la guerra. Allí donde uno mire, incluso por ejemplo en la historia de la música y la

literatura, que se aborda en el capítulo sexto, se trata de una parte ineludible de la historia. No obstante, es importante reiterar que este libro constituye una historia de la Alemania nazi en todos sus aspectos; no es en primer lugar una historia del exterminio de los judíos, como tampoco una historia de la Segunda Guerra Mundial, si bien ambos elementos desempeñan un papel esencial.

El libro da comienzo allí donde termina *El Tercer Reich en el poder*, con la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939. El capítulo 1 examina la ocupación alemana de Polonia y en particular el maltrato, la explotación y el asesinato de muchos miles de polacos y judíos polacos desde entonces hasta la víspera de la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941. Para los nazis, y sin duda para muchos alemanes, los polacos y los «judíos del este» no alcanzaban la categoría de humanos, y esta actitud regía en la propia Alemania, si bien con diferencias significativas, en lo concerniente a los enfermos mentales y a los discapacitados, cuyo asesinato en masa en el curso de la operación «eutanasia» dirigida por la Cancillería de Hitler en Berlín conforma el tema que cierra el capítulo. El segundo capítulo se centra extensamente en el avance de la guerra, desde la conquista de Europa Occidental en 1940 hasta la campaña rusa de 1941. Esa campaña forma el trasfondo esencial de los acontecimientos narrados en el capítulo tercero, en el que se aborda el lanzamiento y la aplicación de lo que los nazis llamaban «la solución final de la cuestión judía en Europa». El capítulo cuarto se centra en la economía de guerra y examina de qué manera el Tercer Reich gobernaba los países que ocupó en Europa, reclutando a millones de trabajadores forzados para ocuparlos en sus fábricas de armas e impulsando la detención, la deportación y el asesinato de los judíos que vivían dentro de los confines del imperio nazi. Dicho imperio empezó a desmoronarse con la trascendental derrota alemana en la Batalla de Stalingrado a principios de 1943, que se describe en la parte final del capítulo. La siguieron ese mismo año reveses en numerosos ámbitos de la guerra, desde la devastación causada en las ciudades pequeñas y grandes de Alemania por la ofensiva aliada a base de bombardeos estratégicos a la derrota de los ejércitos de Rommel en el norte de África y el hundimiento del aliado principal del Tercer Reich en Europa, el Estado fascista de la

Italia de Mussolini. Estos episodios conforman el núcleo principal del capítulo quinto, que procede a examinar la manera en que los mismos afectaron a las fuerzas armadas, así como el impacto que tuvieron en la conducción de la guerra en el propio país. El capítulo sexto se centra extensamente en el «frente interno» y en el modo en que interactuaban con la guerra la vida religiosa, la social, la cultural y la científica. Concluye con el surgimiento de la resistencia al nazismo, en particular dentro del propio Tercer Reich. El capítulo séptimo empieza con las «armas maravillosas», que Hitler prometía que pondrían fin al hundimiento militar de Alemania, antes de proceder a contar la historia de cómo fue finalmente derrotado el Reich y examinar sucintamente lo que sucedió a continuación. Cada capítulo entreteje los aspectos temáticos con la narración de los acontecimientos militares en cada momento, de manera que el capítulo 1 aborda la acción militar en 1939, el capítulo 2 abarca 1940 y 1941, el capítulo 3 da cuenta de ulteriores episodios militares en 1941, el capítulo 4 toma la historia durante 1942, el capítulo 5 narra la guerra en tierra, en el aire y en el mar en 1943, el capítulo 6 desplaza la narración a 1944 y el último capítulo da cuenta de los meses finales de la guerra, desde enero a mayo de 1945.

Este libro se ha escrito para ser leído de principio a fin, como una única narración, si bien compleja, donde se intercalan la descripción y el análisis: espero que las formas en que se relacionan entre sí las diferentes partes de la historia se hagan evidentes para los lectores en el curso de la narración. Con los encabezamientos de los capítulos se pretende más provocar la reflexión sobre los contenidos que proporcionar descripciones precisas de lo que contiene cada uno de ellos; en algunos casos son intencionadamente ambiguos o irónicos. Para todo aquel que desee utilizar este libro simplemente como una obra de referencia es recomendable dirigirse al índice, donde se muestra en detalle la localización en el libro de los temas, los personajes y los acontecimientos principales. La bibliografía ofrece la relación de las obras citadas en las notas; no se ha pretendido hacer una guía exhaustiva de la ingente literatura sobre los temas de que trata el libro.

Gran parte de este libro se refiere a países del centro y el este de Europa, donde pequeñas y grandes ciudades presentan una variedad de nombres y ortografías de lenguas diferentes. La ciudad polaca de Lvov, por ejemplo, se escribe L'vov en ruso y L'viv en ucraniano, mientras que los alemanes la llamaban de forma completamente diferente, Lemberg; hay variaciones similares en la ortografía de Kaunas en lituano y Kovno en polaco, Theresienstadt en alemán y Terezín en checo, o Reval en alemán y Tallinn en estonio. Las autoridades nazis cambiaron asimismo el nombre de Lódź denominándola Litzmannstadt, en un intento de eliminar por completo todos los aspectos de su identidad polaca, y emplearon nombres alemanes para otros lugares diversos, como Kulmhof para Chelmno o Auschwitz para Oswiecim. Ante semejante panorama resulta imposible ser sistemático, y me he decantado por usar el nombre corriente en la época sobre la que estoy escribiendo, o en ocasiones sencillamente el nombre con el cual los lectores estarán más familiarizados, sin omitir posibles alternativas. Asimismo he simplificado el uso de acentos y diacríticos en los topónimos y los nombres propios —omitiendo por ejemplo la grafía polaca Ł— para suprimir lo que en mi opinión son distracciones para un lector no familiarizado.

En la preparación de este libro he disfrutado de la enorme ventaja de poder acceder a las magníficas colecciones de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge, así como a las de la Biblioteca de Viena y el German Historical Institute de Londres. La Universidad de Melbourne tuvo la amabilidad de concederme en 2007 una beca de investigación Miegunyah Distinguished Visiting Fellowship, y pude utilizar el excelente material de investigación sobre la historia moderna de Alemania adquirido por la Biblioteca de la Universidad como legado del difunto, y tan añorado, John Foster. El Staatsarchiv der Freien- und Hansestadt Hamburg y el Forchungsstelle für Zeitgeschichte de Hamburgo tuvieron la gentileza de permitirme consultar los diarios inéditos de Luise Solmitz. El aliento de muchos lectores, sobre todo de Estados Unidos, ha sido crucial al estimularme para completar el libro, si bien me ha llevado más tiempo del que en principio había previsto. El consejo y apoyo de muchos amigos y colegas ha sido crucial. Mi agente Andrew Wylie y mi editor en Penguin, Simon Winder, y sus colaboradores han sido de una gran ayuda. Chris

Clark, Christian Goeschel, Victoria Harris, Sir Ian Kershaw, Richard Overy, Kristin Semmens, Astrid Swenson, Hester Vaizey y Nikolaus Wachsmann leyeron borradores y plantearon múltiples sugerencias útiles. Victoria Harris, Stefan Ihrig, Alois Maderspacher, David Motadel, Tom Neuhaus y Hester Vaizey comprobaron las notas y me ahorraron numerosos errores. András Bereznáy me proporcionó mapas que son un modelo de claridad y precisión; trabajar sobre ellos con él fue enormemente instructivo. La experiencia de David Watson en la maquetación fue inestimable, y resultó un placer trabajar con Cecilia Mackay en las ilustraciones. Christine L. Corton puso su adiestrado ojo en las pruebas y su ayuda fue esencial en más aspectos de los que puedan enumerarse. Nuestros hijos, Matthew y Nicholas, a quienes este volumen final, al igual que los dos anteriores, está dedicado, levantaron mi ánimo en innumerables ocasiones durante la escritura de un libro cuyo contenido era a veces terrible y deprimente hasta un punto poco menos que inconcebible. Estoy profundamente agradecido a todos ellos.

RICHARD J. EVANS

Cambridge, mayo de 2008

# 1

# «BESTIAS CON FORMA HUMANA»

# VICTORIA RELÁMPAGO

## I

El 1 de septiembre de 1939, la primera de un total de sesenta divisiones de tropas alemanas cruzó la frontera del Tercer Reich con Polonia. Sumando cerca de un millón y medio de efectivos, solamente se hizo un alto para permitir que los camarógrafos de los noticiarios documentales del Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels filmasen a soldados sonrientes levantando las barreras de la aduana. El avance estaba encabezado por carros de combate pertenecientes a cinco divisiones blindadas del ejército alemán, con unos 300 tanques cada una, con el apoyo de cuatro divisiones de infantería completamente motorizadas. Detrás marchaba el grueso de la infantería, junto con la artillería y el material para cuyo transporte se usaban sobre todo caballos; unos 5.000 para cada división sumando por lo menos un total de 300.000 animales. Por impresionante que fuera, la tecnología decisiva desplegada por los alemanes no estaba en tierra, sino en el aire. La prohibición impuesta por el Tratado de Versalles sobre los aviones alemanes militares supuso que la fabricación de la fuerza aérea tuviera que dar comienzo prácticamente desde cero, cuando Hitler rechazó las cláusulas correspondientes de dicho tratado tan sólo cuatro años antes del estallido de la guerra. Los aviones alemanes no sólo eran de fabricación moderna, sino que habían sido comprobados y puestos a prueba con éxito en la Guerra Civil española por la Legión Cóndor alemana, muchos de cuyos veteranos pilotarían los 897 bombarderos, 426 aviones de caza y varios aviones de reconocimiento y transporte que ahora se hacían con el control aéreo de Polonia.[1]

Estas fuerzas masivas se enfrentaron a los polacos en una proporción abrumadora. Confiando en que la invasión fuera detenida por la intervención anglo-francesa, y preocupado por no incomodar a la opinión mundial al provocar en apariencia a los alemanes, el gobierno polaco demoró la movilización de sus fuerzas armadas hasta el último minuto. En consecuencia, estaban mal preparadas para resistir la invasión repentina, ingente, de tropas alemanas. Los polacos podían reunir 1,3 millones de hombres, pero poseían pocos carros de combate y escaso material moderno. Las divisiones blindadas y motorizadas alemanas sobrepasaban en número a sus homólogas polacas en una proporción de 15 a 1 en el conflicto. La fuerza aérea polaca podía desplegar sólo 154 bombarderos y 159 aviones de caza contra los invasores alemanes. La mayor parte de la fuerza aérea, en especial los aviones de caza, estaba obsoleta, mientras que las brigadas polacas de caballería apenas habían empezado a abandonar sus caballos para sustituirlos por vehículos a motor. Lo más probable es que no sean ciertas las historias de escuadrones polacos de caballería cargando quijotescamente contra unidades alemanas de carros de combate, pero la disparidad de recursos y materiales era a todas luces innegable. Los alemanes rodearon a los polacos por tres lados, tras su anterior desmembramiento de Checo-Eslovaquia a principios de aquel año. En el sur, el Estado cliente alemán de Eslovaquia proporcionó la base de operaciones más importante para la invasión, y ciertamente el gobierno eslovaco envió algunas unidades a Polonia junto a las tropas alemanas, tentado por la promesa de adueñarse de una pequeña cantidad de territorio una vez que Polonia hubiera sido derrotada. Otras divisiones alemanas entraron en Polonia por su frontera septentrional, desde Prusia Oriental, mientras otras divisiones marchaban desde el oeste, avanzando por el corredor polaco creado por el Tratado de Paz para dar a Polonia acceso al Báltico. Las fuerzas polacas se encontraban demasiados dispersas para defender todas las fronteras con eficacia. Mientras los bombarderos en picado Stuka atacaban desde lo alto a los ejércitos polacos desplegados a lo largo de la frontera, los carros de combate alemanes y la artillería penetraban en sus defensas, las disgregaban e interrumpían las comunicaciones. En el espacio de unos pocos días la fuerza aérea polaca

había quedado expulsada de los cielos y los bombarderos alemanes procedían a destruir las fábricas polacas de armas, bombardeando a las tropas en retirada y aterrorizando a la población de Varsovia, Lódź y otras ciudades.[2]

Sólo el 16 de septiembre de 1939, 820 aviones alemanes dejaron caer un total de 328.000 kilos de bombas sobre los polacos inermes, que poseían únicamente un centenar de baterías antiaéreas para todo el país. Los ataques aéreos causaron tal desmoralización que en algunas áreas las tropas polacas depusieron sus armas y los mandos alemanes sobre el terreno pidieron que cesaran los bombardeos. Una acción típica fue presenciada por el corresponsal americano William L. Shirer, que logró que le permitieran acompañar a las fuerzas alemanas en el ataque al puerto báltico polaco de Gdynia:

> En materia de armas, los alemanes recurrían a todo tipo de ellas: artillería pesada, artillería ligera, tanques y aeroplanos. Los polacos sólo contaban con ametralladoras, fusiles y dos piezas antiaéreas que intentaban desesperadamente utilizar como artillería de campaña contra los nidos de ametralladoras y los blindados de los alemanes. Los polacos [...] habían transformado en fortalezas dos grandes construcciones —una academia de oficiales y la emisora de radio de Gdynia—, y disparaban fuego de ametralladora desde varias de sus ventanas. Tras media hora de combate, un proyectil alemán voló el tejado de la academia y la incendió. Después, la infantería alemana, apoyada por los tanques —o tal vez conducida por ellos, como daba la impresión a través de los prismáticos—, cargó colina arriba y rodeó el edificio. [...] Un hidroavión alemán de reconocimiento planeó por encima de la cresta localizando piezas de artillería. Más tarde se sumó a él un bombardero y los dos descendieron hasta muy baja altura para ametrallar las líneas polacas. Finalmente apareció un escuadrón de bombarderos nazis. Era una situación desesperada para los polacos.[3]

Acciones similares se repitieron en todo el país a medida que avanzaban las fuerzas alemanas. En una semana las fuerzas polacas se encontraban completamente desorganizadas, y su estructura de mando destruida. El 17 de septiembre, el gobierno polaco huyó a Rumanía, donde sus desventurados ministros quedaron recluidos de inmediato por las autoridades. El país se encontraba ahora sin liderazgo alguno. Un gobierno en el exilio, formado el 30 de septiembre de 1939 a iniciativa de los diplomáticos polacos en París y Londres, se mostró impotente. Un único contraataque furioso polaco, en la Batalla de Kutno el 9 de septiembre, sólo consiguió retrasar el cerco a Varsovia por unos cuantos días a lo sumo.[4]

En la propia Varsovia, las condiciones se deterioraron con rapidez. Chaim Kaplan, un maestro de escuela judío, anotó el 28 de septiembre de 1939:

> Los cadáveres de caballos no cesan. Quedan tirados en mitad de la calle y no hay nadie para retirarlos y despejar la vía. Han estado pudriéndose durante tres días y provocando náuseas a todos los transeúntes. Sin embargo, como hay tanta hambre en la ciudad, muchos se alimentan con la carne de los caballos. Cortan pedazos y se los comen para calmar su hambre.[5]

Un médico polaco, Zygmunt Klukowski, dejó constancia escrita de una de las descripciones más vívidas de las escenas caóticas que siguieron a la invasión alemana. Nacido en 1885, cuando estalló la guerra era director del hospital del condado de Zamość en la ciudad de Szczebrzeszyn. Klukowski llevaba un diario, que ocultaba en los rincones más inopinados de su hospital, como un acto de desafío y rememoración. Al final de la segunda semana de septiembre, prestó atención a los torrentes de refugiados que escapaban de la invasión de las tropas alemanas en mitad de la noche, una escena que se iba a repetir muchas veces, en muchas partes de Europa, en los años siguientes:

> Toda la carretera estaba llena de convoyes militares, vehículos a motor de toda clase, carros tirados por caballos y miles de personas a pie. Todo el mundo se movía únicamente en una dirección: hacia el este. Cuando amaneció, una multitud de personas a pie y en bicicleta se añadieron al tumulto. Era completamente extraño. Toda esa multitud, presa del pánico, seguía adelante, sin saber hacia dónde o por qué y sin conocimiento alguno de dónde acabaría el éxodo. Numerosos automóviles, algunas limusinas oficiales, todos sucios y cubiertos de barro, estaban intentando adelantar a los convoyes de camiones y carros. La mayor parte de los vehículos tenían matrícula de Varsovia. Era triste ver a tantos oficiales de alto rango, como coroneles y generales, huyendo junto a sus familias. Muchas personas iban subidas a los techos y los guardabarros de los coches y los camiones. Muchos de los vehículos tenían rotos los parabrisas y las ventanas, desencajados los capós o las puertas. Moviéndose con mucha mayor lentitud había toda clase de autobuses, los nuevos autobuses urbanos de Varsovia, Cracovia y Lódź, y todos ellos abarrotados de pasajeros. Después pasaban todo tipo de carros tirados por caballos con mujeres y niños, todos muy cansados, hambrientos y mugrientos. Las bicicletas las usaban sobre todo hombres jóvenes; sólo de forma ocasional se podía ver a alguna muchacha. A pie se desplazaba toda clase de gente. Algunos habían dejado sus hogares a pie; otros se vieron obligados a dejar sus vehículos abandonados.[6]

Calculó que así estaban huyendo hasta 30.000 personas del avance alemán.[7]

Lo peor estaba por llegar. El 17 de septiembre de 1939 Klukowski oyó un altavoz alemán en la plaza del mercado de Zamość anunciando que el Ejército Rojo, con el beneplácito alemán, había cruzado la frontera oriental de Polonia.[8] No mucho antes de la invasión, Hitler se había asegurado de la no intervención del dictador ruso, Josef Stalin, con la firma de cláusulas

secretas de un pacto germano-soviético el 24 de agosto de 1939 que estipulaba la partición de Polonia entre los dos Estados a lo largo de una línea de demarcación acordada.[9] En las primeras dos semanas después de la invasión alemana, Stalin se había contenido mientras sacaba con dificultad sus fuerzas de un conflicto victorioso con Japón en Manchuria, que no concluyó hasta finales de agosto. Pero cuando quedó claro que la resistencia polaca se había quebrado, la cúpula soviética autorizó al Ejército Rojo a entrar en el país desde el este. Stalin estaba entusiasmado con aprovechar la oportunidad de reconquistar el territorio que había pertenecido a Rusia antes de la Revolución de 1917. Éste había sido objeto de una guerra enconada entre Rusia y el Estado polaco recién creado al finalizar la Primera Guerra Mundial. Ahora él podía recuperarlo. Enfrentadas a una guerra con dos frentes, las fuerzas armadas polacas, que no habían hecho ningún plan para tal eventualidad, resistieron hasta donde les resultó posible, de manera enconada pero por completo estéril, para intentar aplazar lo inevitable. Que no tardó en ocurrir. Aplastados entre dos ejércitos enormemente superiores, los polacos no tuvieron ninguna oportunidad. El 28 de septiembre de 1939 un tratado nuevo trazó la frontera final. Por entonces, el asalto alemán de Varsovia había concluido. 1.200 aviones habían dejado caer grandes cantidades de bombas incendiarias y de otras clases sobre la capital polaca, levantando una cortina de humo gigantesca que hizo de la precisión algo imposible; a consecuencia de ello, muchos civiles murieron. En vista de lo desesperado de su situación, los mandos polacos de la ciudad habían negociado un alto el fuego el 27 de septiembre de 1939. 120.000 soldados de la guarnición de la ciudad se rindieron después de que les asegurasen que podrían regresar a casa tras un cautiverio breve y formal como prisioneros de guerra. Las últimas unidades militares polacas se rindieron el 6 de octubre de 1939.[10]

Éste fue el primer ejemplo todavía muy imperfecto de la «guerra relámpago», el *Blitzkrieg* de Hitler, una guerra de desarrollo rápido, conducida por carros de combate y divisiones motorizadas con apoyo de bombarderos para aterrorizar a las tropas del enemigo e inmovilizar sus fuerzas aéreas, aplastando a un adversario de mentalidad más convencional mediante la pura rapidez y la fuerza de un golpe decisivo contra las líneas

enemigas. El éxito de la guerra relámpago se podía inferir a partir de las estadísticas comparativas de las pérdidas registradas en ambos bandos. En total los polacos perdieron a unos 70.000 soldados fallecidos en combate contra los invasores alemanes y otros 50.000 contra los rusos, con al menos 133.000 heridos en el conflicto con los alemanes y un número desconocido de bajas en el enfrentamiento contra el Ejército Rojo. Los alemanes tomaron como prisioneros a alrededor de 700.000 polacos y los rusos a otros 300.000. 150.000 soldados y aviadores polacos huyeron al exterior, especialmente a Gran Bretaña, donde muchos de ellos se alistarían en las fuerzas armadas. Las fuerzas alemanas sufrieron 11.000 muertos y 30.000 heridos, con otros 3.400 desaparecidos en combate; los rusos perdieron sólo a 700 hombres, con otros 1.900 heridos. Las cifras ilustraban gráficamente la naturaleza desigual del conflicto; sin embargo, al mismo tiempo las pérdidas alemanas estaban lejos de ser insignificantes no sólo en cuanto a personal, sino también, de forma más llamativa, en lo relativo a los materiales. No menos de 300 vehículos blindados, 370 cañones y otros 5.000 vehículos habían quedado destruidos, además de un número elevado de aviones, y esas pérdidas sólo se compensaban en parte con la captura o la rendición de equivalentes polacos (por lo general muy inferiores). Aquéllos eran modestos pero aun así malos presagios para el futuro.[11]

Por el momento esos asuntos no preocupaban a Hitler. Él había seguido la campaña desde su cuartel móvil a bordo de un tren blindado estacionado primero en Pomerania, más tarde en la Alta Silesia, haciendo incursiones ocasionales en coche para ver la acción desde una distancia segura. El 19 de septiembre entró en Danzig, la ciudad antes alemana que se hallaba al amparo de la Sociedad de Naciones en virtud del Tratado de Paz, acogido por multitudes extasiadas de personas de ascendencia alemana que se mostraban exultantes ante lo que veían como su liberación del control extranjero. Tras dos breves vuelos para inspeccionar la destrucción de Varsovia causada por sus ejércitos y los aviones, regresó a Berlín.[12] No hubo desfiles ni discursos en la capital, pero la victoria fue recibida con una satisfacción general. «Todavía tengo que encontrar a algún alemán, incluso entre aquellos a quienes disgusta el régimen —escribió Shirer en su diario—, que vea algo malo en la destrucción alemana de Polonia».[13] Agentes

socialdemócratas informaron de que la gran masa de la población apoyaba la guerra en buena medida pensando que del fracaso de las potencias occidentales para ayudar a los polacos se desprendía que Gran Bretaña y Francia harían pronto un llamamiento por la paz, una impresión fortalecida por una «oferta de paz» de Hitler, proclamada a los cuatro vientos, dirigida a los franceses y a los británicos a principios de octubre. Aunque fue rechazada de inmediato, el mantenimiento de la inacción por parte de británicos y franceses mantenía vivas las esperanzas de que se les pudiera convencer para no entrar en guerra.[14] Corrían entonces rumores de un tratado de paz con las potencias occidentales, e incluso éstos condujeron a manifestaciones festivas espontáneas en las calles de Berlín.[15]

Entretanto, la maquinaria propagandística de Goebbels se había aplicado con denuedo en convencer a los alemanes de que la invasión había sido inevitable a la luz de la amenaza polaca de genocidio contra la población de ascendencia alemana en su territorio. Ciertamente, el régimen nacionalista militar en Polonia había discriminado duramente a la minoría de ascendencia alemana en los años de entreguerras. Con la irrupción de la invasión alemana en septiembre de 1939, atenazado por los temores de sabotaje tras las líneas, el régimen había detenido a entre diez y quince mil personas de ascendencia alemana y las había forzado a marchar hacia la parte oriental del país, golpeando a los rezagados y fusilando a muchos de quienes por agotamiento se daban por vencidos. Se produjeron asimismo ataques generalizados contra los integrantes de la minoría de ascendencia alemana, la mayor parte de los cuales no había hecho lo más mínimo para disimular su deseo de regresar al Reich alemán desde su misma incorporación forzosa a Polonia al acabar la Primera Guerra Mundial.[16] En total, alrededor de 2.000 integrantes de la minoría alemana perdieron la vida en fusilamientos en masa o murieron por agotamiento en las marchas. Se dio muerte a unos 300 en Bromberg (Bydgoszcz), donde los habitantes de ascendencia alemana de la localidad se habían levantado en armas contra la guarnición de la población, creyendo que la guerra prácticamente había finalizado, y habían muerto víctimas de los polacos enfurecidos. El Ministerio de Propaganda de Goebbels explotó cínicamente estos episodios para lograr el máximo de apoyo en Alemania durante la invasión. Muchos

alemanes se convencieron. Melita Maschmann, una joven integrante de la Liga de Muchachas Alemanas, la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas, quedó convencida de que la guerra estaba justificada moralmente no sólo a la luz de las injusticias de Versalles, que había cedido áreas germano-hablantes al nuevo Estado polaco, sino también por efecto de la prensa y de los reportajes de los noticiarios sobre la violencia polaca contra la minoría germanohablante. Los polacos, creía ella, habían asesinado cruelmente a 60.000 personas de ascendencia alemana en el «Domingo sangriento» de Bromberg. Se preguntaba cómo era posible culpar a Alemania por intervenir para detener ese odio, semejantes atrocidades.[17] Goebbels había calculado inicialmente el número total de personas de ascendencia alemana asesinadas en 5.800. No fue hasta febrero de 1940 cuando, probablemente cumpliendo instrucciones personales de Hitler, la cifra se elevó arbitrariamente a 58.000, como recordaría posteriormente de forma aproximada Melita Maschmann.[18] La cifra no sólo convenció a la mayoría de alemanes de que la invasión había estado justificada, sino que además alimentó el odio y el resentimiento que la minoría de ascendencia alemana sentía en Polonia contra sus antiguos dominadores.[19] Bajo las órdenes de Hitler, su rencor no tardó en ponerse al servicio de una campaña de limpieza étnica y asesinatos en masa que superó con mucho cuanto hubiese sucedido después de la ocupación alemana de Austria y Checoslovaquia en 1938.[20]

## II

La invasión de Polonia fue ciertamente la tercera anexión victoriosa de territorio extranjero por parte del Tercer Reich. En 1938 Alemania se había anexionado la república independiente de Austria. Posteriormente en aquel año, había irrumpido sin oposición en las regiones fronterizas germano-hablantes de Checoslovaquia. Esos movimientos habían sido sancionados internacionalmente y, en conjunto, los habitantes de las áreas afectadas los habían acogido con agrado. Se podían interpretar como revisiones justificables del Tratado de Versalles, el cual había proclamado la autodeterminación nacional como un principio general pero se lo había

negado a los germano-hablantes en esas zonas de Europa centro-oriental. Sin embargo, en marzo de 1939 Hitler había violado claramente los acuerdos internacionales del año anterior al entrar en el Estado residual de Checo-Eslovaquia, desmembrándolo y creando a partir de la parte checa el Protectorado de Bohemia y Moravia. Por vez primera el Tercer Reich se había hecho con el control de un área sustancial que no estaba habitada principalmente por alemanes. Éste fue de hecho el primer paso hacia la realización de un programa nazi largamente abrigado de creación de un nuevo «espacio vital» (*Lebensraum*) para los alemanes en la Europa centro-oriental y oriental, donde los habitantes eslavos serían reducidos al estatus de trabajadores esclavos y proveedores de alimento para sus señores alemanes. Los checos fueron tratados como ciudadanos de segunda clase en el nuevo Protectorado, y los que eran reclutados para los campos y las fábricas alemanes con objeto de procurar la imprescindible mano de obra se hallaban sometidos a un régimen legal y policial especialmente severo, más draconiano incluso que el que los propios alemanes estaban experimentando con Hitler.[21]

Al mismo tiempo, a los checos, junto con los eslovacos recién independizados (nominalmente), se les permitía contar con una administración pública propia, con juzgados y otras instituciones. Algunos alemanes poseían cuanto menos cierto respeto por la cultura checa y la economía checa estaba ciertamente desarrollada. Las ideas de los alemanes acerca de Polonia y los polacos eran mucho más negativas. Austria, Prusia y Rusia se habían repartido la Polonia independiente en el siglo XVIII, y ésta únicamente había vuelto a existir como un Estado soberano al acabar la Primera Guerra Mundial. Durante todo ese período, los nacionalistas alemanes estaban convencidos en su mayor parte de que los polacos eran incapaces de gobernarse por una cuestión temperamental. «Economía polaca» (*Polenwirtschaft*) era una expresión común para designar el caos y la ineficacia, y los libros escolares de texto solían describir a los polacos como económicamente atrasados y atrapados en supersticiones católicas. La invasión de Polonia tenía poco que ver con la situación de la minoría de habla alemana allí residente, la cual constituía sólo el 3 por 100 de la población, a diferencia de la República Checoslovaca, donde las gentes de

ascendencia alemana habían constituido casi una cuarta parte de la población. Secundados por una larga tradición de escritos y enseñanzas sobre el tema, los alemanes estaban convencidos de que habían cargado con el peso de una «misión civilizadora» en Polonia en el transcurso de los siglos y era momento de proseguirla una vez más.[22]

Hitler no tenía gran cosa que decir acerca de Polonia y los polacos antes de empezar la guerra, y su actitud personal hacia ellos parecía en ciertos aspectos poco clara, a diferencia de su vieja antipatía hacia los checos, alimentada ya en la Viena anterior a 1914. Lo que ocupó su pensamiento y lo puso fuertemente en contra de los polacos fue el rechazo por parte del gobierno militar en Varsovia de hacer concesión alguna a sus demandas territoriales, a diferencia de los checos, quienes solícitos habían cedido bajo presión internacional en 1938, demostrando su voluntad de cooperar con el Tercer Reich en el desmembramiento y eliminación final de su Estado. Las cosas habían empeorado al negarse británicos y franceses a presionar a Polonia para que admitiera demandas como la devolución de Danzig a Alemania. En 1934, cuando Hitler había concluido un pacto de no agresión por espacio de diez años con los polacos, había parecido posible que Polonia pudiera convertirse en un Estado satélite dentro de un orden europeo futuro dominado por Alemania. Pero en 1939 Polonia se había erigido en un serio obstáculo para la expansión del Tercer Reich hacia el este. Por consiguiente había que hacerla desaparecer del mapa y explotarla de manera implacable para financiar los preparativos de la guerra inminente en el oeste.[23]

Todavía no se había tomado la decisión de cómo habría de hacerse, cuando el 22 de agosto de 1939, mientras se ultimaban los preparativos para la invasión, Hitler contó a sus generales al mando cómo imaginaba la guerra inminente con Polonia:

> Nuestra fortaleza reside en nuestra rapidez y nuestra brutalidad. Con plena conciencia y el corazón alegre, Gengis Kan acabó con la vida de millones de mujeres y niños. La Historia lo contempla sólo como el glorioso fundador de un Estado [...]. He dispuesto —y haré fusilar a todo aquel que pronuncie la menor crítica— que el objetivo de la guerra sea no ya alcanzar líneas concretas, sino la aniquilación física del enemigo. Por tanto, he puesto en situación de combate a mis formaciones de la calavera [SS Totenkopf-Standarten], por el momento sólo en el

> este, con la orden de enviar a la muerte de forma implacable e inmisericorde a todo hombre, mujer y niño de origen y lengua polacos [...]. Polonia será despoblada y colonizada con alemanes.[24]

Los polacos eran, como dijo a Goebbels, «más animales que hombres, extremadamente ineptos y sin criterio [...]. La suciedad de los polacos alcanza cotas increíbles».[25] Polonia tenía que ser dominada de forma inmisericorde. «Los polacos», le dijo al ideólogo del Partido Nazi Alfred Rosenberg el 27 de septiembre de 1939, se componían de «una fina capa germánica: y por debajo un material espantoso [...]. La suciedad abunda en las ciudades [...]. Si Polonia hubiera continuado gobernando sobre los antiguos territorios alemanes durante unas pocas décadas más, todo se hubiera llenado de piojos y podredumbre. Lo que ahora se necesitaba era una mano con pulso firme para gobernar».[26] La confianza de Hitler creció rápidamente a medida que los días y las semanas transcurrían sin señales de una intervención efectiva de los británicos y los franceses en ayuda de los polacos. El éxito de los ejércitos alemanes no hacía sino aumentar en Hitler su sentimiento de invulnerabilidad. En la creación del Protectorado de Bohemia y Moravia, el rol principal lo habían desempeñado consideraciones de orden estratégico y económico. Sin embargo, al hacerse con el control de Polonia, Hitler y los nazis estaban por primera vez preparados para poner en práctica su ideología racial en toda su expresión. La Polonia ocupada iba a convertirse en el banco de pruebas para la creación del nuevo orden racial en la Europa centro-oriental, un modelo que Hitler tenía intención de aplicar a continuación en el resto de la región; en Bielorrusia, Rusia, los Estados bálticos y Ucrania. Iba a mostrar lo que el concepto nazi de un nuevo «espacio vital» para los alemanes en el este significaría realmente en la práctica.[27]

1. Polonia y Europa centro-oriental bajo el Pacto Germano-Soviético, 1939-1941.

A principios de octubre de 1939, Hitler había abandonado su idea inicial de permitir a los polacos gobernarse en un Estado residual. Grandes pedazos de territorio polaco habían sido anexionados por el Reich para formar los nuevos distritos pertenecientes al Reich de Danzig-Prusia Occidental, gobernado por Albert Forster, dirigente en Danzig del Partido Nazi, y Posen (pronto rebautizado Wartheland), bajo el mando de Arthur Greiser, antes presidente del Senado de Danzig. Otros territorios de Polonia se añadieron a los distritos existentes del Reich de Prusia Oriental y Silesia. Estas medidas extendieron las fronteras del Tercer Reich entre 150 y 200 kilómetros hacia el este. En total, quedaron incorporados al Reich 90.000 kilómetros cuadrados de territorio, junto con unos 10 millones de personas, polacas en un 80 por 100. El resto de Polonia, conocido como el «Gobierno General», quedó bajo el mando autocrático de Hans Frank, el experto en leyes del Partido Nazi, quien se había granjeado su reputación en la defensa de nazis envueltos en casos delictivos durante la década de 1920 y desde entonces había ascendido hasta convertirse en comisario del Reich para la Justicia y líder de la Asociación Nazi de Abogados. Pese a su lealtad incondicional hacia Hitler, Frank había chocado repetidamente con Heinrich Himmler y las SS, cuya preocupación por las formalidades legales era menor que la de Frank, y enviarle a Polonia era una manera conveniente de marginarle. Además, su experiencia legal parecía encajar con la tarea de construir una nueva estructura administrativa partiendo de cero. Más de 11 millones de personas vivían en el Gobierno General, el cual incluía el distrito de Lublin y partes de las provincias de Varsovia y Cracovia. No se trataba de un «protectorado» como Bohemia y Moravia, sino de una colonia, fuera del Reich y más allá de su jurisdicción, donde los polacos que residían en ella carecían de una patria efectiva y de derechos. En una posición de poder casi ilimitado de la que iba a disfrutar como gobernador general, la tendencia de Frank por una retórica cruel y violenta se trasladó enseguida a la realidad de una acción cruel y violenta. Con Forster, Greiser y Frank ocupando las posiciones administrativas principales, toda la Polonia ocupada se hallaba en manos de «antiguos combatientes» curtidos

del movimiento nazi, augurando la aplicación sin restricciones de la ideología nazi radical que se iba a erigir en el principio rector de la ocupación.[28]

Hitler anunció sus intenciones el 17 de octubre de 1939 a un grupo reducido de altos dirigentes. El Gobierno General, les contó Hitler, sería autónomo con respecto al Reich. Iba a ser el emplazamiento de una «dura lucha étnica que no admitirá limitaciones legales. Los métodos no serán compatibles con nuestros principios normales». No iba a ser en modo alguno un ensayo de gobierno eficiente u ordenado. «Ha de dejarse que prospere la "economía polaca"». El transporte y las comunicaciones tenían que mantenerse porque Polonia sería una «cabeza de puente avanzada» para la invasión de la Unión Soviética en algún momento del futuro. Pero, por lo demás, «cualquier tendencia hacia la estabilización de la situación en Polonia debe ser suprimida». No era tarea de la administración «asentar el país sobre bases económicas y financieras sólidas». No debe haber oportunidad alguna que permita a los polacos reafirmarse. «Se ha de impedir que las élites intelectuales polacas se constituyan en clase gobernante. El nivel de vida en el país tiene que seguir siendo bajo; su única utilidad para nosotros es como depósito de mano de obra».[29]

Los encargados de llevar a la práctica estas políticas drásticas fueron grupos paramilitares locales y grupos operativos de las SS [*Einsatzgruppen*]. En el mismo comienzo de la guerra, Hitler ordenó la creación en Polonia de una milicia de autoprotección de la población de ascendencia alemana, que al poco tiempo quedó bajo los auspicios de las SS. La milicia fue organizada, y luego dirigida en Prusia Occidental, por Ludolf von Alvensleben, asistente de Heinrich Himmler. El 16 de octubre de 1939 dijo a sus hombres: «Ahora sois aquí la raza dominante. [...] No os ablandéis, sed implacables, y quitad de en medio todo lo que no sea alemán y pueda dificultarnos el trabajo de construcción».[30] La milicia comenzó con fusilamientos organizados en masa de civiles polacos, sin contar con autorización alguna de autoridades militares o civiles, en actos generalizados de venganza por supuestas atrocidades cometidas por los polacos contra las gentes de ascendencia alemana. Ya el 7 de octubre de 1939, Alvensleben informó de que 4.247 polacos habían sido sometidos a

las «medidas más duras». En el mes transcurrido entre el 12 de octubre y el 11 de noviembre de 1939, la milicia fusiló a unos 2.000 hombres, mujeres y niños en Klammer (distrito de Kulm). Los milicianos condujeron hasta Mniszek, en el distrito de Dragass, a no menos de 10.000 polacos y judíos de las áreas circundantes, los pusieron en fila al borde de graveras y los fusilaron. Las milicias, con ayuda de soldados alemanes, habían fusilado a otros 8.000 en un bosque cerca de Karlshof, en el distrito de Zempelburg, el 15 de noviembre de 1939. Cuando a principios de 1940 se había puesto fin a esa clase de actos, muchos más miles de polacos habían caído víctimas de la ira de los milicianos. Por ejemplo, en la ciudad de Konitz, en la Prusia Occidental, la milicia protestante local, enardecida por el odio y el desprecio hacia los polacos, los católicos, los judíos y cualquiera que no se adecuara a los ideales raciales de los nazis, comenzó el 26 de septiembre por fusilar a cuarenta polacos y judíos, prescindiendo incluso de un proceso judicial de cara a la galería. Su cuenta había alcanzado en enero la cantidad de novecientas víctimas judías y polacas. De los 65.000 polacos y judíos a los que se dio muerte en el último trimestre de 1939, alrededor de la mitad de ellos murieron víctimas de las milicias, en ocasiones en circunstancias espantosas; aquéllos fueron los primeros fusilamientos en masa de civiles en la guerra.[31]

## III

En el transcurso de 1939, Himmler, Heydrich y otras figuras destacadas habían tomado parte en un debate largo y denso sobre la mejor forma de organizar los distintos órganos que habían caído bajo su control desde el inicio del Tercer Reich, incluyendo el Servicio de Seguridad [*Sicherheitsdienst*, SD], la Gestapo, la Policía Criminal y un gran número de oficinas especializadas. Sus discusiones adquirieron un carácter apremiante ante la perspectiva de la invasión venidera de Polonia, en la cual quedaba claro que las líneas de responsabilidad y demarcación entre la policía y el Servicio de Seguridad tendrían que ser redibujadas si tenían que hacerse valer de manera eficaz frente al enorme poder del ejército alemán. El 27 de septiembre de 1939, Himmler y Heydrich crearon la Oficina

Central de Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*, RSHA) para agrupar bajo una única dirección centralizada las distintas divisiones de la policía y las SS. Según se fue ideando a lo largo de los meses siguientes, la Oficina llegó a componerse de siete departamentos. Dos de ellos (el I y el II) dirigían la administración en todas sus diversas actividades, desde las condiciones de empleo a los expedientes del personal. El director inicial, Werner Best, terminó siendo apartado por su rival, Heydrich, en junio de 1940, y sus responsabilidades quedaron repartidas entre personajes menos ambiciosos. El Servicio de Seguridad de Heydrich se ocupaba de los Departamentos III y VI, cubriendo respectivamente asuntos internos y de exteriores. El Departamento IV incluía la Gestapo, con secciones dedicadas a ocuparse de los adversarios políticos (IVA), las iglesias y los judíos (IVB), las «detenciones preventivas» (IVC), los territorios ocupados (IVD) y el contraespionaje (IVE). La Policía Criminal se integraba en el Departamento V, y el Departamento VII había sido creado para investigar ideologías contrarias. Toda la enorme estructura se hallaba en un estado de cambio constante, fragmentada por rivalidades y minada por periódicos cambios de personal. Sin embargo, un grupo de individuos clave aseguraban un mínimo de coherencia y continuidad; muy especialmente su director general, Reinhard Heydrich, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, y Otto Ohlendorf, que dirigía el Departamento III, Franz Six (el Departamento VII) y Arthur Nebe (el Departamento V). Era a efectos prácticos un organismo independiente que, habiendo obtenido su legitimidad por decisión personal de Hitler, estaba integrado no por los habituales funcionarios legalmente preparados, sino por nazis ideológicamente comprometidos. Un elemento crucial de su razón de ser era politizar a la policía, muchos de cuyos altos mandos, Müller incluido, no eran fanáticos nazis sino policías de carrera. Al no estar sujeta a las estructuras administrativas tradicionales, la Oficina Central de Seguridad del Reich intervenía en cualquier área en la que Heydrich sintiera necesaria una presencia activa, radical, comenzando por la reorganización racial de la Polonia ocupada.[32]

Ahora se actuaba a marchas forzadas. Ya el 8 de septiembre de 1939 se atribuyó a Heydrich la afirmación literal de que «queremos proteger a la gente corriente, pero hay que acabar con aristócratas, polacos y judíos» y expresó su impaciencia, como la del propio Hitler, con la baja tasa de ejecuciones ordenadas por los tribunales militares formales: solamente unas doscientas diarias en aquel momento.[33] Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, creía que «el objetivo del Führer y de Göring es aniquilar y exterminar al pueblo polaco».[34] El 19 de septiembre de 1939, Halder recogió unas palabras de Heydrich en el sentido de que habría una «limpieza: judíos, intelectuales, el clero, la aristocracia». Antes de la guerra se habían recogido 60.000 nombres de profesionales e intelectuales polacos; todos serían asesinados. Una reunión entre Brauchitsch y Hitler el 18 de octubre confirmó que la política era «impedir que la clase intelectual polaca se fortaleciera para convertirse en un nuevo estamento de liderazgo. El bajo nivel de vida se mantendrá. Esclavos baratos. Toda la chusma tiene que abandonar territorio alemán. Creación de una desorganización completa».[35] Heydrich comunicó a los mandos bajo sus órdenes que Hitler había ordenado la deportación de los judíos de Polonia a territorio del Gobierno General, junto con los polacos que tuvieran una profesión o estuvieran instruidos, a excepción de los líderes políticos, a los cuales se recluiría en campos de concentración.[36]

Apoyándose en la experiencia de la ocupación de Austria y Checoslovaquia, y siguiendo órdenes expresas de Hitler, Heydrich organizó cinco grupos operativos, que más tarde se incrementaron hasta siete, para seguir al ejército en Polonia con objeto de llevar a la práctica las políticas ideológicas del Tercer Reich.[37] Sus mandos eran nombrados por una unidad administrativa especial creada por Heydrich y bajo las órdenes de Werner Best.[38] Los hombres a quienes designó para dirigir los grupos operativos y sus distintas subunidades (*Einsatzkommandos*) eran oficiales de alto rango del Servicio de Seguridad y de la Policía de Seguridad, en su mayor parte hombres bien formados de clase media de entre treinta y cinco y cuarenta años de edad que se habían vuelto de extrema derecha en el transcurso de la República de Weimar. Muchos de los mandos de mayor edad y rango habían formado parte de las unidades paramilitares violentas de Freikorps a

principios de la década de 1920; sus subordinados más jóvenes a menudo habían sido iniciados en políticas de la extrema derecha ultranacionalista y antisemita durante su época universitaria a comienzos de la década de 1930. Un buen número de ellos, si bien no la totalidad, estaban imbuidos de sentimientos antipolacos violentos al haber sido miembros de unidades paramilitares durante los conflictos de la Alta Silesia entre 1919 y 1921, al ser originarios de áreas cedidas a la fuerza a Polonia en virtud del Tratado de Paz o en tanto que agentes de policía en la frontera germano-polaca. Best exigía a sus oficiales no sólo que fueran gestores cualificados, experimentados y eficientes, sino que contaran además con alguna clase de experiencia militar.[39]

Ejemplo típico de esos hombres en más de un aspecto, aunque no en todos, fue Bruno Streckenbach, general de brigada de las SS nacido en Hamburgo en 1902, hijo de un agente de aduanas. Demasiado joven para combatir en la Primera Guerra Mundial, Streckenbach se unió a una unidad de Freikorps en 1919 y participó en la lucha contra los revolucionarios de izquierdas en Hamburgo antes de tomar parte en el *putsch* de Kapp de marzo de 1920. Después de desempeñar varios empleos administrativos en la década de 1920, Streckenbach se afilió al Partido Nazi en 1930 y a continuación, en 1931, a las SS; en noviembre de 1933 se convirtió en oficial del Servicio de Seguridad de las SS, ascendiendo con paso seguro por el escalafón y llegando a director de la Policía del Estado en Hamburgo en 1936, ganándose una reputación por su proceder implacable. Ello le valió una recomendación ante Best, quien le nombró jefe del Grupo Operativo I en Polonia en 1939. Streckenbach se salía de lo habitual principalmente por su relativa falta de logros académicos; varios de los oficiales a sus órdenes tenían doctorados. Sin embargo, al igual que ellos, tenía una historia de compromiso feroz con la extrema derecha.[40]

Streckenbach y los grupos operativos, contabilizando en total alrededor de 2.700 hombres, tenían la misión de crear la seguridad política y económica de la ocupación alemana después de la invasión. Esto suponía no sólo acabar con la vida del «estrato dirigente de la población en Polonia», sino además «combatir en territorio enemigo, en la retaguardia de las tropas de combate, contra todos los elementos que sean hostiles al Reich

y a los alemanes».[41] En la práctica esto daba un margen de maniobra considerable a los grupos operativos. Éstos estaban formalmente subordinados al ejército, el cual tenía orden de apoyarlos hasta donde la situación táctica lo permitiera. Ello tenía sentido en la medida en que los grupos operativos tenían por objeto ocuparse del espionaje, la resistencia, los grupos de partisanos y demás asuntos similares, pero en la práctica actuaron en gran parte por su cuenta a medida que las SS desplegaban su campaña masiva de detenciones, deportaciones y asesinatos.[42] Los grupos operativos disponían de listas de polacos que habían luchado de alguna forma contra el gobierno alemán en Silesia durante los disturbios que habían acompañado a los plebiscitos de la Sociedad de Naciones al final de la Primera Guerra Mundial. Con el fin de proceder a su detención, se señaló en particular a políticos polacos, a dirigentes católicos y a defensores de la identidad nacional polaca. El 9 de septiembre de 1939, el jurista nazi Roland Freisler, secretario de Estado del Ministerio de Justicia del Reich, llegó a Bromberg para abrir una serie de procesos con fines propagandísticos ante un tribunal especial que al finalizar ese año había condenado a morir a un centenar de hombres.[43]

El doctor Zygmunt Klukowski, director de hospital, empezó a registrar en su diario las ejecuciones en masa de polacos que los alemanes practicaban en su distrito con el menor de los pretextos; diecisiete personas a principios de junio, por ejemplo.[44] El peligro para él era especialmente grave por su condición de hombre intelectual y profesional. Klukowski vivía con el temor constante a que lo detuvieran, y de hecho en junio de 1940 la policía alemana lo sacó de su hospital para conducirlo a un campo de internamiento donde los polacos eran sometidos a ejercicios físicos de castigo, golpeados «con palos, látigos o con los puños» y retenidos en condiciones repugnantes e insalubres. En el interrogatorio les dijo a los alemanes que había tifus en su hospital y tenía que regresar para impedir que se extendiera por la ciudad y muy posiblemente les infectase («En mi cabeza me decía “gloria a los piojos”», escribió más tarde en su diario). Lo liberaron de inmediato para que volviese a lo que él describía como su hospital completamente infestado. Había tenido mucha suerte, reflexionó; había evitado que lo golpeasen o le hiciesen dar vueltas al campo de

entrenamiento de la prisión y se había ido enseguida. La experiencia, escribió, «superaba todos los rumores. Antes era incapaz de comprender el desprecio metódico de la dignidad de las personas, cómo se podía tratar a los seres humanos mucho peor que a cualquier animal, mientras los abusos físicos que se practicaban con sádico placer se reflejaban claramente en los rostros de la Gestapo alemana. Pero —continuaba— [...] el comportamiento de los prisioneros era ejemplar. Ninguno de ellos pedía clemencia; ninguno mostraba siquiera un ápice de cobardía [...]. Encajaban con entereza todos los insultos, los malos tratos y las vejaciones, a sabiendas de que traen vergüenza y deshonra al pueblo alemán».[45]

Las represalias incluso por las infracciones más triviales eran salvajes. En un incidente en la aldea de Wawer, un médico de Varsovia contó que

> un campesino polaco ebrio riñó con un soldado alemán y cuando forcejeaba con él le hirió con un cuchillo. Los alemanes aprovecharon esa oportunidad para practicar una verdadera orgía de asesinatos indiscriminados en presunta represalia por la atrocidad cometida. Mataron a 122 personas en total. Dado que, no obstante, los habitantes de esa aldea, por una u otra razón, quedaban manifiestamente por debajo de la cuota preestablecida de víctimas, los alemanes detuvieron un tren que se dirigía a Varsovia en la estación local del ferrocarril (normalmente en modo alguno hacía parada allí), hicieron descender a varios pasajeros completamente al margen de lo que había sucedido y los ejecutaron de inmediato sin formalidades de ninguna clase. Tres de ellos estuvieron colgados cabeza abajo durante cuatro días en la estación de ferrocarril de la localidad. Un enorme letrero situado sobre el espantoso lugar de los hechos informaba de lo sucedido a las víctimas y amenazaba con que un destino similar aguardaba a toda aquella localidad donde asesinasen o hiriesen a un alemán.[46]

Cuando un mando de la guardia de asalto y dirigente local de treinta años de edad llegó bebido a la prisión de Hohensalza, sacando de sus celdas a los prisioneros polacos y mandando disparar contra cincuenta y cinco de ellos en el acto, asesinando personalmente a algunos de ellos, el único efecto que tuvieron las protestas de otros dirigentes locales fue convencer a Greiser, el gobernador de la región, para que le arrancara una promesa de no tocar el alcohol durante los diez años siguientes.[47] En otro incidente, en Obluze, cerca de Gdynia, hacer añicos una ventana del centro de policía local derivó en la detención de cincuenta escolares polacos. Al negarse éstos a señalar al culpable, se ordenó a sus padres que los golpeasen delante de la iglesia de la localidad. Los padres se negaron, así que hombres de las SS golpearon a los

muchachos con las culatas de sus fusiles y acto seguido dispararon contra diez de ellos, dejando sus cuerpos yacentes delante de la iglesia durante un día entero.[48]

Tales incidentes ocurrieron a diario durante el invierno de 1939-1940 y en ellos participaron una mezcla compuesta por tropas alemanas regulares, milicias de individuos de ascendencia alemana y unidades de los grupos operativos y la Policía de Orden. Aunque no se hubiese ordenado al ejército acabar con la intelectualidad polaca, la opinión que la mayoría de soldados y oficiales de menor rango tenían de los polacos como seres inferiores peligrosos y traicioneros les bastaba para poner en el punto de mira a una gran cantidad de intelectuales y profesionales polacos como parte de lo que ellos consideraban medidas de prevención o represalia.[49] A raíz de la resistencia encarnizada aunque ineficaz que les ofrecieron los polacos, la perspectiva de una guerra de guerrillas contra sus tropas preocupaba enormemente a los mandos del ejército alemán, y adoptaron las medidas de represalia más draconianas cuando sospecharon que esa clase de guerra estaba cobrando forma.[50] «Si se dispara desde una aldea situada tras el frente —ordenó el capitán general Von Bock el 10 de septiembre de 1939— y resulta imposible identificar la casa de donde procedían los disparos, la aldea deberá quedar reducida a cenizas».[51] Cuando la administración militar de la Polonia ocupada concluyó el 26 de octubre, 531 ciudades pequeñas y aldeas habían quedado reducidas a cenizas y se había ejecutado a 16.376 polacos.[52] En su enfrentamiento con la resistencia polaca se exacerbó el miedo, el desprecio y la furia de los soldados alemanes de menor rango. En muchas unidades, los oficiales transmitían palabras de enardecimiento antes de la invasión, haciendo hincapié en la barbarie, la bestialidad y la condición humana inferior de los polacos. El cabo Franz Ortner, fusilero, criticó con saña a los que él llamaba polacos «embrutecidos» que habían asestado, pensaba él, cuchilladas con la bayoneta a los alemanes heridos en el campo de batalla. Un soldado raso, al escribir una carta para su familia, describía las acciones polacas contra las gentes de ascendencia alemana como «brutales». Los polacos eran «insidiosos», «traicioneros», «abyectos»; mentalmente retrasados, cobardes, fanáticos; vivían en «madrigueras que apestaban» en vez de casas: y se hallaban bajo la

«siniestra influencia de la judiada». La indignación de los soldados crecía ante las condiciones en que vivían los polacos: «paja asquerosa, humedad, trastos y pantalones de franela por todas partes», escribió uno acerca de un hogar polaco en el que había entrado, confirmando cuanto había oído sobre el atraso de los polacos.[53]

En el diario de Gerhard M., un guardia de asalto nacido en Flensburg en 1914 e incorporado a filas en el ejército poco antes de la guerra, hay ejemplos típicos del comportamiento normal de los que eran simples soldados. El 7 de septiembre de 1939 su unidad se topó con la resistencia de unos «francotiradores cobardes» en una aldea polaca. Gerhard M. había sido bombero antes de la guerra. Pero en esa ocasión él y los hombres de su unidad redujeron la aldea a cenizas.

> Casas que arden, mujeres que lloran, niños que gritan. Un cuadro de sufrimiento. Pero los polacos no deseaban algo mejor. Incluso en una de las rudimentarias viviendas de los campesinos sorprendimos a una mujer reparando una ametralladora polaca. Revolvimos la casa y le prendimos fuego. En poco tiempo la mujer se vio rodeada por las llamas e intentó escapar. Pero se lo impedimos, por duro que fuera. No se puede tratar a los soldados de una manera diferente por el solo hecho de que lleven faldas. Mucho después resonaban en mis oídos los alaridos de aquella mujer. Toda la aldea quedó envuelta en llamas. Teníamos que caminar exactamente por el centro de la calle porque era excesivo el calor de las casas que se quemaban a ambos lados.[54]

Escenas como ésta se repetían con el avance de los ejércitos alemanes. Algunos días después, el 10 de septiembre de 1939, la unidad de Gerhard M. fue tiroteada en otra aldea polaca y prendió fuego a las casas.

> Las casas en llamas no tardaron en bordear nuestra ruta, y se oía chillar a la gente que se había ocultado en ellas y ya no podía escapar debido al fuego. Los animales rugían venteando la muerte, un perro aulló hasta morir abrasado, pero lo peor de todo eran los chillidos de la gente. Era espantoso. Incluso todavía hoy puedo oírlos. Pero nos dispararon y por eso merecían morir.[55]

Así pues, desde septiembre de 1939 grupos operativos de las SS, unidades policiales, paramilitares de ascendencia alemana y soldados regulares alemanes practicaron el asesinato de civiles en toda la Polonia bajo ocupación alemana. Además de observar acciones como las referidas, el doctor Klukowski empezó a percatarse en los primeros meses de 1940 de

que cada vez eran más los jóvenes polacos que se marchaban a trabajar a Alemania. De hecho, a primeros de año, hubo una solicitud por parte del Ministerio de Alimentación del Reich, junto con el Ministerio de Trabajo y la Oficina del Plan Cuatrienal, de un millón de trabajadores polacos para la economía del Reich. El 75 por 100 de ellos iba a trabajar en la agricultura, actividad en la cual había una importante escasez de mano de obra. Esos trabajadores, como decretó Göring el 25 de enero de 1940, tendrían que proceder del Gobierno General. Si no se prestaban a ello de forma voluntaria, habría que reclutarlos. Habida cuenta de las condiciones de penuria que existían en la Polonia ocupada, la perspectiva de vivir en Alemania no carecía de atractivo, y en febrero más de 80.000 trabajadores polacos, un tercio de los cuales eran mujeres, se trasladaron por propia voluntad a Alemania a bordo de 154 trenes especiales, principalmente desde el Gobierno General. Sin embargo, una vez en Alemania quedaban sometidos a leyes severamente discriminatorias y medidas represivas.[56] Las noticias del trato que recibían en Alemania condujeron rápidamente a una fuerte caída en el número de voluntarios, de manera que en abril de 1940 Frank introdujo la coacción en un intento de completar su cuota. Había cada vez más jóvenes polacos que huían a los bosques para evitar que los reclutasen como mano de obra para Alemania; los comienzos del movimiento clandestino polaco de resistencia datan de ese período.[57] En enero la resistencia intentó acabar con la vida del jefe de policía del Gobierno General, y en las semanas siguientes hubo levantamientos y asesinatos de personas de ascendencia alemana en varios pueblos. El 30 de mayo de 1940, Frank dio inicio a una «acción de pacificación» en la que 4.000 combatientes de la resistencia e intelectuales, la mitad de los cuales ya se hallaban detenidos, murieron asesinados junto a unos 3.000 polacos condenados por delitos.[58] Esto apenas tuvo efecto. En febrero de 1940 aún había sólo 295.000 polacos, en su mayor parte prisioneros de guerra, ejerciendo de trabajadores manuales en el Antiguo Reich. Éstos de ningún modo compensaban la escasez de mano de obra que había ocasionado el reclutamiento masivo de alemanes para las fuerzas armadas. En el verano de 1940 había 700.000 polacos en calidad de trabajadores voluntarios o forzados en el Antiguo Reich; otros 300.000 partieron hacia el Reich el año

siguiente. Por entonces, Frank estaba asignando a las administraciones locales cuotas fijas que tenían que cubrir. En muchas ocasiones la policía rodeaba las aldeas y detenía a todos los hombres jóvenes que hubiese en ellas. Quienes trataban de huir eran fusilados. En las ciudades, los jóvenes polacos eran simplemente cercados por la policía y las SS en cines u otros espacios públicos, o en las calles, y despachados expeditivamente. A consecuencia de tales métodos, en septiembre de 1941 había más de un millón de trabajadores polacos en el Antiguo Reich. Según una estimación, únicamente el 15 por 100 de ellos había ido por voluntad propia.[59]

Las deportaciones masivas de jóvenes polacos como trabajadores forzados para el Reich discurrían en paralelo con una campaña sistemática de saqueos desencadenada por las fuerzas ocupantes alemanas. Cuando los soldados alemanes se propusieron saquear su hospital, el doctor Klukowski logró desembarazarse de ellos contándoles una vez más que algunos de sus pacientes padecían tifus.[60] Otros no eran tan avispados o no estaban tan bien situados. La necesidad de que las tropas se alimentaran a costa del país no se acompañaba de ninguna clase de normas detalladas para efectuar las requisas. Tras incautarse de los pollos no había más que un pequeño paso para la requisa de los utensilios de cocina y acto seguido para la sustracción del dinero y las joyas.[61] No era nada atípica la experiencia de Gerhard M., cuya unidad llegó a una ciudad polaca y permanecía en la calle aguardando órdenes:

> Un tipo espabilado había descubierto una tienda de chocolate cuyos escaparates estaban protegidos con tablones. Desafortunadamente, el propietario estaba ausente. Así que vaciamos el establecimiento a crédito. Nuestros vehículos quedaron llenos hasta los topes de bombones. Cada soldado correteaba con los carrillos llenos, mascando. Estábamos encantados hasta más no poder de lo barato que nos había salido la compra. Descubrí un almacén de manzanas realmente estupendas. Todas fueron a parar a nuestro vehículo. Un tarro de limones y galletas de chocolate acabaron en la parte posterior de mi bicicleta, y luego reemprendimos la marcha.[62]

El propio gobernador general estaba al mando del expolio de la Polonia ocupada. Frank no hizo el menor esfuerzo para disimular su codicia. Hasta llegó a referirse a sí mismo como un barón ladrón. Confiscó la finca rústica de la familia Potocki para usarla como retiro en el campo, y se desplazaba por su feudo en una limusina lo bastante grande como para suscitar el

comentario crítico hasta de colegas como el gobernador de Galitzia. Emulando a Hitler, mandó construir una imitación del Berghof en las colinas cercanas a Zakopane. Los banquetes suntuosos que organizaba propiciaron que su cintura se ensanchase tan deprisa que consultó a un dietista debido a que apenas podía ya embutirse en su uniforme.[63]

Saqueos y requisas pronto se asentaron en una base formal, casi legal, en los territorios incorporados al Reich. El 27 de septiembre de 1939 el gobierno militar alemán en Polonia decretó una confiscación general de las propiedades polacas, confirmando nuevamente la orden el 5 de octubre de ese año. El 19 de octubre, Göring anunció que la Oficina del Plan Cuatrienal estaba confiscando todas las propiedades en manos de polacos y judíos en los territorios incorporados. Esta práctica se formalizó mediante un decreto el 17 de septiembre de 1940 que creó una agencia central, la Oficina Central Fiduciaria para el Este (*Haupttreuhandstelle Ost*), con el fin de administrar las empresas confiscadas. En febrero de 1941 éstas incluían ya más de 205.000 negocios entre los que se contaban desde pequeños talleres hasta grandes industrias. En junio de 1941, el 50 por 100 de los negocios y un tercio de las mayores fincas agrícolas en los territorios anexionados habían pasado sin mediar compensación alguna a quedar bajo el control de fideicomisos. Además, el ejército se hizo con el control de un número sustancial de granjas para asegurar el suministro de alimentos para las tropas.[64] Las confiscaciones incluían el traslado del instrumental científico de los laboratorios universitarios para su empleo en Alemania. Hasta se llevaron la colección de animales disecados del zoológico de Varsovia.[65] Había una gran necesidad de metales. A orillas del Vístula, informó un paracaidista alemán no mucho tiempo después de la invasión, había enormes cajas de embalaje «repletas de barras de cobre, plomo y zinc en grandes cantidades. Se cargaba cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, y se traía al Reich».[66] Como había sucedido en el propio Reich durante algún tiempo, se recogieron objetos de hierro y acero, como las verjas de los parques y las puertas de los jardines, incluso candelabros y cacerolas, para fundirlos y emplearlos en la fabricación de armamento y vehículos en Alemania.[67] Cuando empezó de veras a hacerse sentir el frío invierno, en enero de 1940, el doctor Klukowski anotó que «la policía

alemana se quedaba con todos los abrigos de piel de oveja de los vecinos que pasaban y les dejaba sólo con la chaqueta».[68] No mucho después, las fuerzas de ocupación comenzaron a asaltar los pueblos y a confiscar todos los billetes de banco que encontraran.[69]

## IV

No todos los mandos del ejército alemán, sobre todo los de mayor rango, entre quienes la influencia del nazismo era menos extrema que entre quienes ocupaban la parte inferior del escalafón, aceptaban esta situación sin inmutarse. De hecho, algunos de ellos no tardaron en mostrar su descontento debido a los fusilamientos no autorizados de civiles polacos por orden de simples oficiales, a los saqueos y las extorsiones cometidos por las tropas alemanas ya que «algunos de los prisioneros eran golpeados cruelmente». «Cerca de Pultusk —informó un oficial del Estado Mayor— se ha acribillado a ochenta judíos con ensañamiento. También se ha abierto un consejo de guerra contra dos personas que han cometido saqueos, asesinatos y violaciones en Bromberg». Semejantes actos comenzaron a suscitar preocupación en la comandancia del ejército. Ya el 10 de septiembre de 1939, el jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, estaba al tanto de la comisión de «actos indignos en la retaguardia».[70] A mediados de octubre, las protestas de los mandos del ejército condujeron a un acuerdo en virtud del cual las «milicias de autoprotección» tenían que ser disueltas, aunque en algunas zonas llevó varios meses lograrlo.[71] Sin embargo, esto no puso fin a las preocupaciones de los altos mandos. El 25 de octubre de 1939, Walther von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, echó un rapapolvo a sus oficiales por su comportamiento en Polonia:

> Una cantidad alarmante de casos de, por ejemplo, expulsiones ilegales, confiscaciones indebidas, enriquecimiento propio, malversaciones y pillaje, malos tratos o amenazas a los subordinados, en parte debido a la sobreexcitación, en parte a los estados de embriaguez, desobediencia con las más graves consecuencias para las tropas bajo mando, la violación de una mujer casada, etc., producen la imagen de unos soldados que se comportan como mercenarios entregados a la rapiña (*Landsknechtsmanieren*) a los que no se puede condenar con suficiente severidad.[72]

Algunos otros altos mandos, incluyendo a quienes creían en Hitler y no cuestionaban en absoluto el nacionalsocialismo, compartían este punto de vista.[73]

En muchos casos, los jefes del ejército, preocupados de que les pudiesen considerar responsables de las matanzas que se estaban produciendo, no veían la hora de delegar esa responsabilidad en los líderes de los grupos operativos del Servicio de Seguridad de las SS dejándoles manos libres para actuar.[74] Con todo, empezaron a multiplicarse los casos de altos mandos del ejército que adoptaban medidas contra unidades de las SS que a su juicio violaban las leyes y convenciones de la guerra y causaban alteraciones en la retaguardia que suponían una amenaza general para el orden. El general Von Küchler, comandante del 3º Ejército alemán, ordenó la detención y el desarme de una unidad policial perteneciente al grupo operativo V, la cual había fusilado a algunos judíos e incendiado sus casas en Mlawa. Von Küchler sometió a un consejo de guerra a unos miembros de un regimiento de artillería de las SS que habían conducido a cincuenta judíos a una sinagoga en las inmediaciones de Rozan, después de que éstos hubiesen finalizado con los trabajos para asegurar un puente, y a continuación los habían ejecutado «sin motivo». Otros oficiales tomaron medidas similares, arrestando en un caso incluso a un miembro de la escolta de Hitler perteneciente a las SS. Brauchitsch se había reunido con Hitler el 20 de septiembre y con Heydrich el 21 de septiembre para intentar poner orden en la situación. Lo único que se consiguió fue una amnistía dictada por Hitler personalmente el 4 de octubre para los crímenes cometidos «a consecuencia de la dureza empleada contra las atrocidades cometidas por los polacos». Sin embargo, la disciplina militar estaba en peligro y un grupo de altos mandos estaba profundamente preocupado. Los rumores se propagaron enseguida en el cuerpo de oficiales. A principios de diciembre de 1939, en su cuartel de Colonia, un pensativo oficial del Estado Mayor que contaba treinta y tantos años, el capitán Hans Meier-Welcker, tuvo noticia de las atrocidades y se preguntaba qué castigo traerían.[75]

La crítica menos velada en lo concerniente a la política de ocupación fue la del capitán general Johannes Blaskowitz, que había desempeñado un papel de gran importancia en la invasión y fue nombrado a finales de

octubre de 1939 comandante en jefe del este, quedando al mando de la administración militar de los territorios conquistados. El gobierno militar concluyó formalmente el 26 de octubre de 1939 y la autoridad pasó a manos de la administración civil, por lo que Blaskowitz no contaba con poderes generales sobre la región. Sin embargo, se mantuvo al mando de su defensa militar. Unas pocas semanas después de su nombramiento, Blaskowitz envió a Hitler un memorándum voluminoso detallando los delitos y las atrocidades que habían cometido las SS y las unidades policiales en el área bajo su mando. Repitió sus acusaciones aún con mayor detenimiento en un memorándum preparado con motivo de una visita oficial a sus cuarteles del comandante en jefe del ejército el 15 de febrero de 1940. Condenó, por resultar contraproducente, que se hubiese dado muerte a decenas de miles de judíos y polacos. Dañaría, escribió, la reputación de Alemania en el exterior. Únicamente fortalecería el sentimiento nacional polaco y empujaría a la resistencia a más polacos y judíos. Estaba perjudicando la reputación del ejército en la población. Advirtió de la «crueldad sin límites y la depravación moral que —si no se les ponía coto— se extenderán como una epidemia en el plazo más breve entre un valioso material humano alemán». Blaskowitz puso como ejemplo una serie de casos de asesinatos y saqueos cometidos por las SS y las unidades policiales. «Cualquier soldado —escribió— siente asco y repugnancia ante esos crímenes que están cometiendo en Polonia miembros del Reich y representantes de su autoridad».[76]

Contó al Führer nazi que el odio y el rencor que tales acciones estaban despertando en la población estaban empujando a polacos y judíos a unirse en una causa común contra el invasor y poniendo innecesariamente en peligro la seguridad militar y la vida económica.[77] Hitler desestimó tales escrúpulos por «pueriles». No se podía librar una guerra con los métodos del Ejército de Salvación. De todos modos, según dijo a su asistente Gerhard Engel, nunca le había gustado Blaskowitz ni había confiado en él. Era conveniente destituirlo. El jefe del ejército, Walther von Brauchitsch, hizo caso omiso de los incidentes detallados por su subordinado tachándolos de «errores lamentables de juicio» o «rumores» infundados. En todo caso, él respaldaba totalmente lo que llamaba «medidas por lo demás

extraordinarias, duras, contra la población polaca en el territorio ocupado», las cuales eran según su criterio imprescindibles con miras a la necesidad de «ganar el espacio vital alemán» acorde con las órdenes de Hitler. Falto del apoyo de su superior, Blaskowitz fue relevado del mando en mayo de 1940. Aunque posteriormente sirvió en puestos de mando en otros escenarios bélicos, Blaskowitz jamás obtuvo su bastón de mariscal de campo, a diferencia de otros generales con su mismo estatus.[78]

Los generales, más preocupados con los acontecimientos militares en el lado occidental, cedieron.[79] El general Georg von Küchler dictó una orden el 22 de julio de 1940 prohibiendo a sus oficiales permitirse «cualquier crítica de la lucha que se estaba librando contra la población polaca en el Gobierno General, por ejemplo, en lo relativo al tratamiento de las minorías polacas, los judíos y los asuntos de la Iglesia. Alcanzar una solución final en esta lucha étnica —añadió— que se ha estado desarrollando con enorme furia durante siglos en nuestra frontera oriental exige medidas particularmente duras».[80] Eran numerosos los altos mandos del ejército que suscribían este punto de vista. Lo que les preocupaba era por lo general la indisciplina. Dada la actitud hacia los polacos que dominaba en las tropas y en los oficiales situados en la parte inferior o intermedia del escalafón, apenas podía sorprender que los incidentes en que intervenían oficiales para impedir atrocidades no abundaran precisamente. Por ejemplo, la cúpula del ejército alemán no pretendía violar la Convención de Ginebra de 1929 en relación con los casi 700.000 prisioneros de guerra que capturaron en la campaña polaca, pero se dieron numerosos casos de guardias militares que disparaban a los prisioneros polacos cuando no lograban hacerlos caminar a marchas forzadas, matando a los prisioneros demasiado débiles o enfermos para resistir y confinando a los prisioneros en campos a la intemperie con alimentos y provisiones inadecuados. El 9 de septiembre de 1939, cuando un regimiento alemán de infantería capturó a 300 polacos tras mantener un intercambio de fuego durante una media hora cerca de Ciepielów, el coronel al mando, enfurecido por la pérdida de catorce de sus hombres en el transcurso del enfrentamiento, puso en fila a todos los prisioneros y ordenó que los ametrallaran arrojándolos a una cuneta junto a la carretera. Una

investigación polaca posterior identificó más de sesenta y tres incidentes de este tipo, y muchos otros deben de haber quedado sin registrar.[81] Ya sólo en las ejecuciones militares formales se fusiló por lo menos a 16.000 polacos; un cálculo eleva la cifra a 27.000.[82]

# EL NUEVO ORDEN RACIAL

## I

Hitler había anunciado antes de la guerra que su intención era desplazar a los polacos de Polonia y llevar en su lugar a alemanes. En realidad, Polonia iba a tener la misma utilidad para Alemania que Australia tuvo para Gran Bretaña, o el Oeste americano para EE.UU.: iba a ser una colonia de asentamiento, en la cual los habitantes autóctonos supuestamente inferiores desde un punto de vista racial serían desalojados de una forma u otra para dejar espacio a la raza dominante invasora. La idea de modificar el mapa étnico de Europa mediante el desplazamiento forzoso de grupos étnicos de una zona a otra tampoco era nueva: inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial se había creado ya un precedente con el intercambio a gran escala de poblaciones minoritarias entre Turquía y Grecia. También en 1938 Hitler estuvo dándole vueltas a la idea de incluir en el Pacto de Múnich una cláusula que estipulara la «repatriación» de las gentes de ascendencia alemana desde el Estado residual de Checo-Eslovaquia a la región de los Sudetes. Y la primavera siguiente, con la anexión del Estado residual, había considerado brevemente una idea incluso más drástica consistente en deportar al este a seis millones de checos. Ninguna de estas ideas acabó concretándose. Pero Polonia era un asunto diferente. A medida que crecía la perspectiva de una invasión, la Oficina Central para la Raza y el Asentamiento, del Partido Nazi, originariamente creada por Richard Walther Darré para impulsar el desplazamiento de ciudadanos de las ciudades a granjas nuevas dentro de la propia Alemania, empezó a centrar su atención en la Europa oriental. Con el lema «Un Pueblo, un Reich, un Führer», los ideólogos nazis comenzaron a pensar en traer a las gentes de

ascendencia alemana desde sus asentamientos situados en la Europa oriental de vuelta al Reich, por entonces, desde el otoño de 1939, extendido para incluir grandes áreas habitadas por polacos.[83]

El 7 de octubre de 1939, Hitler designó a Heinrich Himmler comisario del Reich para el Reforzamiento de la Raza Alemana. Hitler había declarado el día anterior, en un largo discurso pronunciado ante el Reichstag para celebrar la victoria sobre Polonia, que había llegado el momento de «una ordenación nueva de las relaciones etnográficas, lo que significa un reasentamiento de las nacionalidades de manera que, al concluirse este proceso, dispongamos de mejores líneas de demarcación que las que constan hoy en día».[84] En el decreto de 7 de octubre de 1939, Hitler ordenó al jefe de las SS

> 1) traer de vuelta a aquellos ciudadanos alemanes y de ascendencia alemana en el extranjero que reúnan los requisitos necesarios para un regreso permanente al Reich; 2) eliminar la influencia perniciosa de los elementos extraños de la población por constituir un peligro para el Reich y para la comunidad alemana; 3) crear nuevas colonias alemanas mediante el reasentamiento, y especialmente el reasentamiento de ciudadanos alemanes y de ascendencia alemana que regresen del extranjero.[85]

En los meses del invierno de 1939 y 1940 Himmler creó una burocracia compleja para dirigir este proceso, recurriendo a la labor preparatoria de la Oficina Político-Racial del Partido Nazi y la Oficina Central de las SS para la Raza y el Asentamiento. Casi de inmediato se pusieron en práctica dos traslados enormes de población: el desalojo de los polacos de los territorios incorporados, y la identificación y «repatriación» de las gentes de ascendencia alemana de otras partes de Europa oriental para reemplazarlos.[86]

La germanización de los territorios incorporados dio comienzo cuando detuvieron a 88.000 polacos y judíos en Posen [actual Poznań] en la primera quincena de diciembre de 1939, los transportaron en tren hasta el Gobierno General y los arrojaron allí a la llegada. A los hombres aptos y sanos los separaban y los trasladaban a Alemania para desempeñar trabajos forzados. Ninguno de ellos recibió compensación alguna por la pérdida de sus hogares, propiedades u objetos de valor. Las condiciones de su deportación, en pleno invierno, con indumentaria y provisiones

inadecuadas, en trenes de mercancías helados, eran espantosas. Cuando a mediados de diciembre de 1939 hizo entrada en Cracovia un tren, los funcionarios allí destacados para recibirlos tuvieron que retirar los cuerpos de cuarenta niños que habían muerto por congelación durante el viaje.[87] El doctor Klukowski atendió a los evacuados de Poznań en su hospital en Szczebrzeszyn en la segunda semana de diciembre de 1939: a 160 de ellos, «obreros, agricultores, maestros, oficinistas, banqueros y comerciantes», se lo habían anunciado con veinte minutos de antelación, luego «los habían subido a vagones helados [...] Los soldados alemanes obraban con una brutalidad extrema. A uno de los enfermos a quienes atendí en el hospital, un contable, le habían golpeado con tanta dureza que necesitará pasar una buena temporada en el hospital».[88] Señaló que otros 1.070 deportados llegados el 28 de mayo de 1940 se encontraban en una «situación espantosa, resignados a su suerte, completamente destrozados, en especial aquellos a cuyos hijos habían llevado a campos de trabajo».[89] Las deportaciones prosiguieron, mientras Klukowski y otros como él intentaban organizar a la desesperada la alimentación, la atención médica y el alojamiento para las víctimas a su llegada. Para cuando aquello terminó, a principios de 1941, los deportados desde Poznań sumaban un total de 365.000 personas. Acciones similares se llevaron a cabo en otras partes de la ex república polaca. En total afectó a más de un millón de personas, un tercio de las cuales eran judías. Perdieron todas sus propiedades, los objetos de valor y las pertenencias. «Cientos de ellas, dedicadas a las labores del campo —escribió Klukowski—, se convirtieron en mendigos en el plazo de una hora».[90]

Uno de quienes observaban la llegada de deportados polacos al Gobierno General fue Wilm Hosenfeld, oficial del ejército alemán cuya salud más o menos precaria le había impedido participar activamente en los combates. Nacido en 1895 en Hesse, Hosenfeld había consumido la mayor parte de su vida hasta entonces no como un militar, sino como maestro de escuela. Su participación en el Movimiento Juvenil Alemán [*Die Deutsche Jugendbewegung*] le había conducido a unirse a los camisas pardas en 1933, y también se había afiliado a la Asociación de Maestros Nacionalsocialistas y, en 1935, al propio Partido Nazi. Pero la sólida fe

católica de Hosenfeld había empezado ya a mediados de la década de 1930 a imponerse a su compromiso con el nazismo. Su franca oposición a los ataques de Alfred Rosenberg al cristianismo le causaron problemas dentro del partido, y después de que lo llamasen a filas el 26 de agosto de 1939 y lo destinasen a Polonia un mes más tarde para levantar un campo de prisioneros de guerra, la profunda fe religiosa de los presos polacos le indujo a sentir lástima por ellos. Al tropezarse con un tren repleto de deportados polacos a mediados de diciembre, encontró una manera de poder hablar con algunos de ellos y quedó estupefacto ante lo que no pudieron sino contarle. Subrepticiamente, les procuró comida y les dio una bolsa de golosinas a algunos de los niños. El 14 de diciembre de 1939, anotó en su diario el efecto perturbador que aquel encuentro le produjo:

> Quería reconfortar a todos esos infelices y pedirles perdón por el hecho de que los alemanes los traten de la manera en que lo hacen, tan espantosamente inmisericorde, tan terriblemente inhumana. ¿Por qué están sacando a la fuerza de sus hogares a esas personas cuando no se sabe en qué otro lugar alojarlas? Durante un día entero permanecen en medio del frío, sentadas sobre sus fardos, sus exiguas pertenencias, sin nada que llevarse a la boca. Se procede así sistemáticamente, la intención es convertir a estas gentes en seres enfermos, desdichados, indefensos, condenados a perecer.[91]

Pocos alemanes se identificaban con esas líneas. Hosenfeld dejó constancia de numerosas detenciones y atrocidades que tenían por objeto a polacos. Un compañero oficial suyo le contó que había preguntado retóricamente a un agente de la Gestapo: «¿Crees que podemos conquistar a esos hombres para la reconstrucción con estos métodos? ¡Cuando regresen del campo de concentración serán los peores enemigos de los alemanes!». «Claro —replicó el policía—, ¿y crees que regresará uno de ellos siquiera? Todos serán fusilados mientras intentan escapar».[92]

Haciendo caso omiso de las objeciones de Göring, que estaba preocupado porque el programa de reasentamientos estaba afectando a la economía de guerra, Himmler deportó también a 260.000 polacos desde el Wartheland en el curso de 1940, así como a otros miles más desde otras áreas, en particular la Alta Silesia y Danzig-Prusia Occidental. Descartando rotundamente el parecer burocrático del Ministerio del Interior según el cual únicamente se precisaba inscribir a los polacos que quedaban en una

categoría inferior de nacionalidad alemana, la dirección de las SS en el Wartheland persuadió a Greiser, gobernador de la región, para crear una lista de individuos de ascendencia alemana. En ella se inscribirían los polacos considerados apropiados para la germanización bajo diversos epígrafes, como pro-nazis de ascendencia alemana, alemanes caídos bajo la influencia polaca y cosas así, y les asignarían niveles diferentes de privilegios en función de cada caso; el 4 de marzo de 1941 este sistema se había extendido al conjunto de los territorios ocupados.[93]

No tardó en crearse una burocracia completa para evaluar a esas personas en aras de la germanización según criterios étnicos, lingüísticos, religiosos y otros. Las SS vieron un problema en el hecho de que, a su juicio, los polacos que dirigían la resistencia probablemente tenían que «tener una parte importante de sangre nórdica que, a diferencia de las variedades eslavas por demás fatalistas, les ha dado la capacidad de tomar la iniciativa». La solución que se proponía era separar a los niños de esas familias para ayudarles a huir de la mala influencia de sus padres, nacionalistas polacos. Además, en la primavera de 1941 se cerraron todos los orfanatos polacos en los territorios incorporados y los niños fueron llevados al Antiguo Reich. Como Himmler señaló en un memorándum escrito el 15 de mayo de 1940 y aprobado por Hitler, esto acabaría «con el peligro de que esos seres inferiores del este puedan conseguir una clase dirigente a partir de las personas de sangre apta, lo cual supondría un peligro para nosotros porque serían nuestros iguales».[94] Se envió a miles de niños polacos considerados apropiados para la germanización a campamentos especiales en el Reich. Allí recibían nombres y papeles de identidad alemanes (incluyendo certificados de nacimiento falsificados) y los sometían a un curso de seis meses para aprender la lengua alemana e imbuirse de los rudimentos de la ideología nazi. Muchos de los niños eran realmente huérfanos cuyos padres habían sido fusilados o deportados para hacer trabajos forzados; a un buen número de ellos los identificaron en las calles la policía alemana, las patrullas de las SS o mujeres voluntarias de la NSV [*National Sozialistische Volkswohlfahrt*; Organización Nacionalsocialista de Asistencia Popular], que se ocupaba de una minoría de esos niños, aquellos cuyas edades oscilaban entre los seis y los doce años

(la mayoría de ellos, con menos de seis años, quedaban bajo la tutela de los hogares de la organización Lebensborn [Fuente de Vida] de las SS). Finalmente, familias de acogida alemanas ideológicamente válidas se hacían cargo de ellos. Todo ello condujo a una especie de mercado negro, oficialmente sancionado, de niños de pecho y niños pequeños en el que las parejas alemanas sin hijos adquirían niños de corta edad polacos y los criaban como alemanes. El 80 por 100 de los niños deportados jamás regresó con sus familias en Polonia.[95]

Consciente de que tanto Hitler como Himmler querían que los territorios incorporados fuesen germanizados lo antes posible, el gobernador de la región de Danzig-Prusia Occidental, Forster, inscribió de manera indiscriminada a pueblos y ciudades enteras en la lista oficial de habitantes de ascendencia alemana. Un oficial encargado de los reasentamientos recordó después de la guerra que cuando una autoridad local o un dirigente de la rama local del Partido Nazi rechazaba una orden de Forster para inscribir al 80 por 100 de la población de su distrito como alemanes alegando que el 80 por 100 de ellos eran en realidad polacos, el propio Forster hacía acto de presencia en la aldea para imponer en persona la inscripción en el registro. Al recibir sus papeles, la inmensa mayoría de quienes habían sido inscritos mediante ese procedimiento expresaban su rechazo por escrito. Pero se les inscribía de todas formas. Al finalizar el año 1942, fruto de tales acciones se habían recibido 600.000 solicitudes nuevas de germanización en Danzig-Prusia Occidental.[96] Arthur Greiser, el gobernador de la región del Wartheland, mostró su disconformidad con esas estratagemas de su vecino y rival diciéndole a Himmler: «Mi política étnica [...] se está poniendo en peligro por la forma en que se lleva a cabo en el Distrito del Reich de Danzig-Prusia Occidental [...]».[97] Pero la germanización arbitraria siguió adelante, no sólo en los territorios incorporados, sino también cada vez en mayor medida en el Gobierno General. A principios de 1943, enfrentado, como tantos otros polacos, con la exigencia de cumplimentar un formulario cuyo encabezamiento rezaba *Solicitud de expedición de una tarjeta de identidad para personas de origen alemán*, Zygmunt Klukowski tachó el encabezamiento con tinta roja y firmó «Ciudadano Polaco».[98]

El gobernador general Frank se sentía cada vez más molesto por la forma en que se estaba utilizando su provincia como vertedero para polacos desechados. Ya a finales de octubre de 1939 se estimaba que la población del Gobierno General habría aumentado de 10 a 13 millones para el mes de febrero siguiente.[99] Desde mayo de 1940, según lo acordado con Hitler, Frank abandonó su política inicial de considerar el Gobierno General como la base para un Estado residual polaco y empezó a prepararlo para su incorporación al Reich a medio o largo plazo. De acuerdo con este nuevo propósito, Frank empezó a pensar en su provincia como una colonia alemana dirigida por colonos con mano de obra barata y prescindible proporcionada por polacos sin apenas formación. «Estamos pensando aquí en el modelo imperial más espléndido de todos los tiempos», declaró en noviembre de 1940.[100] Pese a todo su rencor contra el poder independiente de las SS, Frank se aseguró de que los polacos quedasen excluidos explícitamente del amparo de la ley. «El polaco —dijo en diciembre de 1940— debe sentir que no le estamos creando un Estado legal, sino que para él únicamente hay una obligación, la de trabajar y comportarse». Se introdujeron también disposiciones legales de carácter especial destinadas a los polacos en los territorios ocupados, sustituyendo de manera gradual pero nunca por completo el terror arbitrario de los primeros meses de la ocupación alemana. Los polacos fueron sometidos a un orden legal draconiano que prescribía los castigos más severos (campos de trabajo, castigos físicos o la pena de muerte) por infracciones que sólo supondrían el encarcelamiento para los ciudadanos alemanes. Apelar dejó de ser posible e infracciones tales como formular comentarios hostiles sobre alemanes se hicieron sancionables en algunos casos con la muerte. Introducidas en diciembre de 1941, esas medidas codificaron lo que de hecho se había puesto en gran parte en práctica de formas más arbitrarias y en paralelo con las disposiciones legales severas ya introducidas en el Reich para ocuparse de los trabajadores polacos y otros extranjeros. Los polacos eran ciudadanos de segunda clase cuya posición inferior venía subrayada por una gran cantidad de normas policiales locales que les conminaban a apartarse a un lado y quitarse el sombrero si se cruzaban con alemanes por la calle, o a atender primero a los alemanes en tiendas y mercados.[101]

El programa de germanización empezó con el Wartheland, partiendo de la idea de que había formado parte de Prusia antes de 1918, aunque únicamente el 7 por 100 de la población era de ascendencia alemana en 1939. Ya bajo el gobierno de Bismarck en el siglo XIX se habían llevado a cabo esfuerzos tenaces para fomentar la cultura alemana en la Polonia prusiana y para erradicar los sentimientos de los polacos de poseer una identidad nacional propia. Pero no llegaron tan lejos como las políticas aplicadas a partir de 1939. Se clausuraron escuelas, teatros, museos, bibliotecas, librerías, periódicos y todas las demás instituciones culturales y lingüísticas polacas, y el uso de la lengua polaca quedó ilegalizado. Se prohibió asimismo a los polacos adquirir gramófonos y cámaras fotográficas, y cualquier polaco se exponía a su detención y encarcelamiento por asistir a una función en un teatro alemán. Se germanizaron los nombres de los distritos administrativos, las ciudades y los pueblos, unas veces traduciéndolos directamente del polaco, otras recurriendo a los nombres de alemanes prominentes del lugar, pero donde fuera posible, en las áreas antes gobernadas por Prusia, recuperando los viejos nombres alemanes anteriores a 1919. Igualmente se germanizaron los nombres de las calles y los letreros públicos. El gobernador Greiser lanzó un ataque radical contra la Iglesia católica, la institución que había sostenido más que ninguna otra la identidad nacional polaca a lo largo de los siglos, confiscando sus propiedades y sus fondos y clausurando sus organizaciones laicas. Numerosos miembros del clero, monjes, administradores de las diócesis y representantes de la Iglesia resultaron detenidos, deportados al Gobierno General, expedidos a un campo de concentración en el Reich o simplemente fusilados. En total, alrededor de 1.700 curas polacos acabaron en Dachau: la mitad de ellos no sobrevivió a su encarcelamiento. Para el cumplimiento de tales políticas, Greiser no sólo fue alentado por Heydrich y Bormann, sino también por el jefe de su personal administrativo, August Jäger, quien se había labrado un nombre en 1934 en su condición de responsable de la nazificación de la iglesia evangélica en Prusia. Al finalizar 1941, la Iglesia católica polaca había quedado efectivamente proscrita en el Wartheland. En los otros territorios

ocupados había sido germanizada en mayor o menor medida, a pesar de una encíclica papal publicada ya el 27 de octubre de 1939 en protesta contra esa persecución.[102]

La cultura polaca también resultó atacada en el Gobierno General. El 27 de octubre de 1939 detuvieron al alcalde de Varsovia (lo fusilaron más tarde), y el 6 de noviembre detuvieron a 182 miembros del profesorado de la universidad y de otras instituciones de educación superior en Cracovia y los llevaron al campo de concentración de Sachsenhausen.[103] Se clausuraron universidades, escuelas, bibliotecas, editoriales, archivos, museos y otros centros de la cultura polaca.[104] «Los polacos —decía Frank— no necesitan universidades ni escuelas de secundaria: las tierras polacas quedarán convertidas en un erial en materia intelectual». «Para los polacos —afirmaba el 31 de octubre de 1939— las únicas oportunidades educativas permitidas serán aquellas que les muestren la falta de esperanza de su destino racial».[105] Las únicas diversiones que Frank consentía a los polacos eran de mal gusto y muy escasa exigencia, como espectáculos picantes, operetas y el alcohol.[106] Se prohibió la música de compositores polacos (incluyendo a Chopin) y se hicieron saltar por los aires o se derribaron los monumentos nacionales del país.[107] El ataque alemán contra los niveles educativos polacos dio comienzo al mismo tiempo que su intento de erradicar la cultura polaca. En Szczebrzeszyn, obedeciendo una pauta más amplia, las autoridades militares alemanas cerraron dos institutos de enseñanza superior el 20 de noviembre de 1939. No se volvieron a abrir. Poco después, la administración alemana empezó a atacar los niveles educativos en las escuelas locales de primaria. El doctor Klukowski anotó el 25 de enero de 1940: «Los alemanes han ordenado hoy a todos los directores de escuela retirar a los estudiantes los manuales de lengua polaca, así como los textos de historia y geografía. En cada escuela, en cada aula de Szczebrzeszyn, los niños han devuelto los libros [...] Estoy muy afectado y profundamente deprimido».[108] Lo peor estaba por llegar, puesto que el 17 de abril de 1941 Klukowski escribió que «los alemanes bajaron del altillo de la escuela todos los libros y útiles destinados a la enseñanza. Los apilaron en el patio y los quemaron». Los intelectuales polacos y los maestros hicieron cuanto pudieron para organizar lecciones de un nivel

superior de manera informal y en secreto, pero los ocupantes alemanes habían asesinado a tantos de ellos que aquellos esfuerzos sólo tuvieron un éxito limitado, por más que su importancia simbólica fuese grande.[109] El doctor Zygmunt Klukowski iba dejando constancia en su diario un día tras otro del asesinato de escritores, científicos, artistas, músicos e intelectuales polacos, muchos de ellos amigos suyos. «A muchos los han matado —escribió el 25 de noviembre de 1940—, muchos otros todavía agonizan en los campos de concentración alemanes».[110]

## II

No sólo se reclasificaba como alemanes a los polacos supuestamente apropiados, sino que pronto comenzaron a trasladar a grupos numerosos de ascendencia alemana para que se hicieran cargo de granjas y negocios de los que se había apartado tan cruelmente a los polacos. Ya a finales de septiembre de 1939, Hitler solicitó precisamente la «repatriación» de las gentes de ascendencia alemana de Letonia y Estonia, así como de la parte oriental de Polonia bajo mando soviético. En el transcurso de los meses siguientes, Himmler adoptó iniciativas para cumplir sus deseos. Varios miles de personas de ascendencia alemana fueron trasladadas desde el Gobierno General a las áreas incorporadas, pero a la mayor parte de ellas las transportaron hasta allí desde áreas controladas por la Unión Soviética en cumplimiento de una serie de acuerdos internacionales que Himmler había negociado. Fueron tantos los colonos alemanes que llegaron al Gobierno General y a los territorios incorporados a principios de la década de 1940 que otros 400.000 polacos fueron expulsados de sus hogares a partir de marzo de 1941, sin deportarlos en realidad, de manera que se pudiese dar alojamiento a los colonos. En el curso de los meses y años siguientes, 136.000 personas de ascendencia alemana llegaron desde la parte oriental de Polonia, 150.000 procedentes de los Estados bálticos, 30.000 del Gobierno General y 200.000 de Rumanía. Lo que los indujo a trasladarse fue la promesa de unas condiciones mejores y una vida más próspera, así como la amenaza de la opresión bajo el comunismo soviético

o el nacionalismo rumano. En mayo de 1943, en torno a 408.000 se habían reasentado en el Wartheland y los demás territorios incorporados de Polonia y otros 74.000 en el Antiguo Reich.[111]

Con objeto de cumplir los requisitos para el reasentamiento, se trasladó a medio millón de inmigrantes, salvo a 50.000 afortunados, a campos de tránsito, de los cuales hubo más de 1.500 coincidiendo con el apogeo de los traslados, y los sometieron a un examen racial y político, un proceso aprobado personalmente por Hitler el 28 de mayo de 1940. Las condiciones en los campos, muchas veces fábricas, monasterios o edificios públicos confiscados a los polacos, distaban mucho de ser ideales, si bien se intentaba que las familias se mantuviesen unidas y la indemnización por los objetos de valor que se hubieran visto obligados a abandonar se pagaba en bonos o en propiedades. Los asesores de la Oficina Central de las SS para la Raza y el Asentamiento, con sede en el centro policial de inmigración en Lódź, aparecían de improviso en los campos y empezaban su trabajo. Tan sólo cuatro semanas de adiestramiento sobre los aspectos básicos de la evaluación en materia racial y biológica bastaban para dotar a esos funcionarios con una serie de directrices, incluyendo veintiún criterios físicos (de los cuales quince eran fisonómicos) que jamás podrían ser otra cosa que aproximados. Los inmigrantes eran radiografiados, examinados médicamente, fotografiados e interrogados por sus opiniones políticas, su familia, su trabajo y sus intereses. La clasificación así obtenida oscilaba entre «muy apropiado» en el extremo superior, en los casos en que los inmigrantes fuesen «puramente nórdicos, puramente fálicos o nórdico-fálicos», sin «defectos de intelecto, de carácter o de naturaleza hereditaria» reseñables, y «étnica o biológicamente inapropiado» en el extremo inferior, cuando los consideraban de sangre no europea, o bien por adolecer de malformaciones físicas o pertenecer a «familias socialmente débiles o sin aptitudes».[112] Esto suponía inevitablemente que el programa de reasentamientos progresara con gran lentitud. En total, para diciembre de 1942 los colonos se habían hecho cargo de más del 20 por 100 de los negocios en los territorios anexionados. Un 8 por 100 eran alemanes del Reich, un 51 por 100 eran alemanes de los propios territorios y otro 21 por 100, fideicomisarios que actuaban en beneficio de los combatientes

veteranos del futuro. De las 928.000 granjas existentes en esos distritos, 47.000 habían pasado a manos de colonos; 1,9 millones de hectáreas de tierras, de un total de 9,2 millones, se requisaron a los polacos para entregárselas a alemanes. Sin embargo, de 1,25 millones de colonos, únicamente 500.000 se habían reasentado de veras por entonces; la gran mayoría se encontraba en campos de una u otra clase, y eran miles los que habían permanecido allí durante bastante más de un año. Tres millones de personas se habían inscrito como alemanes en los territorios ocupados, pero aún había diez millones de habitantes polacos del Gran Reich alemán. El programa de germanización estaba sin duda lejos de completarse cuando entró en su cuarto año.[113]

El programa continuó en 1943, mientras se evacuaban a la fuerza más aldeas. Himmler empezó a utilizar el plan como una manera de ocuparse de grupos que en principio no inspiraban confianza en las regiones fronterizas del Antiguo Reich como Luxemburgo. A las familias cuyos maridos hubieran desertado del ejército alemán las detenían en Lorena y las enviaban a Polonia como colonos. En 1941 trasladaron a 54.000 eslovenos desde las regiones fronterizas de Austria hasta campos situados en Polonia, donde a 38.000 de ellos los consideraron válidos desde un punto de vista racial y los trataron como a colonos.[114] A su paso por los pueblos evacuados de Wieloncza y Zawada en mayo de 1943, Zygmunt Klukowski escribió que «los colonos alemanes se están desplazando. En cualquier parte puedes ver a muchachos alemanes con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas».[115] Klukowski prosiguió con la enumeración de aldeas que habían tenido que ser evacuadas a la fuerza y sus habitantes polacos trasladados a un campo cercano, ya bien entrado julio de 1943. Tras visitar éste en agosto de 1943, Klukowski anotó que los presos, recluidos detrás de alambradas, estaban desnutridos y enfermos, «sin apenas moverse, con un aspecto terrible». En el hospital del campo había cuarenta niños menores de cinco años que sufrían disentería y sarampión, y compartían las camas de dos en dos con una apariencia «esquelética». Los responsables alemanes rechazaron sin miramientos la propuesta que les hizo de llevarse a algunos

de ellos a su propio hospital. También en su propia ciudad, en Szczebrzeszyn, eran cada vez más los polacos expulsados de sus hogares para dejar paso a nuevos colonos alemanes.[116]

La germanización del área de Zamość, aprobada por Himmler a pesar de la oposición de Frank, tenía que ser en realidad la primera parte de un programa completo que afectaría a todo el Gobierno General a su debido tiempo, si bien nunca se llegó a tal extremo. Aun así, en el proceso se expropió a la fuerza y se expulsó de la región de Lublin a unos 110.000 polacos, que conformaban el 31 por 100 de la población, y entre noviembre de 1942 y marzo de 1943 se desalojaron cuarenta y siete pueblos en el área de Zamość para dejar paso a los alemanes que llegaban. Muchos de los habitantes polacos huyeron a los bosques, llevándose cuanto podían, para unirse a la resistencia clandestina.[117] A mediados de julio de 1943, la ciudad natal de Klukowski, Szczebrzeszyn, había sido oficialmente declarada un asentamiento alemán y degradada a la condición de aldea.[118] «En las calles de la ciudad —anotó Klukowski, que rechazaba aceptar esa ofensa para su ciudad natal— se puede ver a muchos alemanes con indumentaria civil, sobre todo mujeres y niños, todos ellos nuevos colonos». Se abrieron instalaciones nuevas para ellos, incluyendo un jardín de infancia. Klukowski no tardó en percatarse de que «las tiendas las regentan los alemanes; tenemos barberos, sastres, zapateros, panaderos, carniceros y mecánicos alemanes. Se ha abierto un nuevo restaurante con el nombre de Neue Heimat (Nueva Patria)». Aquellos polacos que no se hubiesen inscrito en el registro de personas de ascendencia alemana eran ciudadanos de segunda, empleados para realizar trabajos forzados y tratados como si sus vidas no importasen en absoluto. El 27 de agosto de 1943 Klukowski dejó constancia del caso de un niño polaco de ocho años de edad al que habían encontrado «tirado en un huerto con heridas de bala. Le condujeron al hospital y murió. Supimos que el chico había ido hasta allí a buscar manzanas. El nuevo propietario, un cerrajero alemán, le disparó y lo dejó morir sin decírselo a nadie».[119]

Los alemanes que se trasladaron al Wartheland apenas tuvieron reservas en relación con la expulsión de los polacos de la región para dejarles paso. «Realmente me gusta la ciudad de Posen», escribió en abril

de 1941 Hermann Voss, un anatomista nombrado para ocupar una cátedra en la Facultad de Medicina de la nueva Universidad del Reich de Posen, una institución puesta en la cúspide del sistema educativo alemán en los territorios ocupados, «sólo con que no hubiese polacos, vivir aquí sería de veras encantador». En mayo de 1941 anotó en su diario que las SS se habían hecho cargo del horno crematorio de su departamento universitario. Pero él no tenía nada que objetar, todo lo contrario: «Hay un horno crematorio para la incineración de cadáveres en el sótano del edificio del Instituto. Es para uso exclusivo de la Gestapo. A los polacos a los que fusilan los traen aquí de noche y los incineran. ¡Si toda la comunidad polaca se pudiera reducir a cenizas!».[120] Además de los inmigrantes procedentes del este, unos 200.000 alemanes se trasladaron desde el Antiguo Reich a los territorios incorporados. Había entre ellos niños y adolescentes evacuados de las ciudades alemanas para evitarles el peligro ocasionado por los bombardeos aéreos: a miles los internaron en campamentos de ambiente militar donde los sometían a una disciplina severa, a la intimidación y a un modelo educativo tosco nada académico.[121]

2. Traslados de población de ascendencia alemana, 1939-1943.

Pero fueron numerosos los adultos que se trasladaron por voluntad propia a los territorios incorporados, viendo en ellos un terreno ideal para el asentamiento colonial. A menudo se veían a sí mismos como pioneros. Una de ellos fue Melita Maschmann, enviada como delegada de prensa para las Juventudes Hitlerianas en el Wartheland en noviembre de 1939. Tras percatarse de la ausencia de personas instruidas en la población polaca, concluyó que los polacos eran unas gentes míseras, de una pobreza extrema, subdesarrolladas, incapaces de crear un Estado viable por sí mismas. Su elevada tasa de nacimientos los convertía en una amenaza seria para el futuro alemán, como ella misma había aprendido en las lecciones de «ciencia racial» en la escuela. Se compadeció de la pobreza y de la miseria de muchos niños polacos a los que veía mendigando por las calles o robando carbón de las carboneras, pero, bajo la influencia de la propaganda nazi, escribió más tarde:

> Yo misma me decía que si los polacos estaban empleando todos los medios en la lucha por no perder esa disputada provincia oriental que la nación alemana necesitaba como «*Lebensraum*», entonces no dejaban de ser nuestro enemigos, y consideraba mi obligación suprimir mis sentimientos íntimos si entraban en conflicto con la necesidad política [...] Un grupo que cree haber sido llamado y elegido para dirigir, como hicimos nosotros, no se pone límites cuando hay que apoderarse del territorio de «elementos inferiores».

Si bien se distanció de los alemanes que no albergaban la menor duda de que los alemanes era una «raza dominante» y los polacos estaban destinados a ser esclavos, aun así escribió más tarde: «Mis colegas y yo sentíamos que era un honor que se nos permitiera ayudar a “conquistar” ese terreno para nuestra propia nación y para la cultura alemana. Nos movía el entusiasmo arrogante del “misionero cultural”».

Maschmann y sus colegas se encargaron de desalojar y adecentar las granjas polacas dejándolas en orden para sus nuevos ocupantes alemanes y, sin preguntar adónde iban los polacos expulsados, tomaron parte en las expulsiones practicadas por las SS.[122] Ella se unió sin sentir vergüenza al abundante saqueo de las propiedades polacas, mientras a los polacos que partían los obligaban a dejar los muebles y demás enseres para los colonos alemanes. Provista de una orden falsificada de requisa y una pistola (que no sabía cómo utilizar), Maschmann se apropió, en áreas donde el

reasentamiento no se había iniciado, de camas, cubiertos y otros objetos de las granjas polacas para dárselos a las personas de ascendencia alemana que llegaban. Esto era a su juicio algo plenamente justificado; todo lo que hacía en su trabajo era enteramente positivo.[123] Sentimientos éstos que compartían muchas otras mujeres alemanas que entraban en los territorios ocupados como voluntarias, o eran destinadas allí como maestras recién tituladas, personal subalterno en las organizaciones nazis de mujeres o funcionarias en ciernes. Todas ellas, en aquel entonces y en no pocos casos al ser preguntadas décadas más tarde por su trabajo, veían sus actividades en la Polonia ocupada como parte de una misión civilizadora y manifestaron su horror ante la pobreza y la suciedad que encontraron en la población polaca. Al mismo tiempo, disfrutaron de la belleza del campo y del sentimiento de ser partícipes de una misión apasionante lejos de casa. Como mujeres de clase media que eran, se complacían adecentando las granjas que los polacos deportados habían dejado tras ellos, decorándolas y creando una atmósfera hogareña para dar la bienvenida a los colonos. Para casi todas ellas, el sufrimiento de polacos y judíos era o bien invisible o bien aceptable, cuando no justificado.[124]

## III

El sueño color de rosa de Melita Maschmann, una nueva civilización dominada por los alemanes alzándose en Europa oriental, entraba en contradicción con las realidades sobre el terreno. Los asesinatos, los robos, los saqueos y las deportaciones eran sólo parte del cuadro. El soborno y la corrupción campaban también a sus anchas con la administración alemana del Gobierno General. En Varsovia se decía en 1940 que sobornar a un oficial para quedar exento de los trabajos forzados le costaba a un judío 125 zlotys. Con 500 podía comprar la dispensa de llevar la estrella amarilla, con 1.200 habría adquirido un certificado acreditando un origen ario, con 10.000 lo hubieran liberado de la cárcel, y con 150.000, podía comprar una emigración a Italia completamente organizada (esta última posibilidad finalizó abruptamente cuando Italia entró en guerra en el bando de Alemania en junio de 1940).[125] El caos institucional hacia el que se deslizó

velozmente el Gobierno General tras su creación en 1939 alimentó en buena medida la corrupción. El gobernador general Hans Frank hacía proclamas grandilocuentes desde su cuartel general suntuosamente acondicionado en el antiguo palacio real de Cracovia, pero su autoridad era minada continuamente por su adversario, el SS y jefe de policía para el este Friedrich Wilhelm Krüger. A Krüger no sólo lo apoyaban activamente Himmler y Heydrich, sino también el propio Hitler, quien prefería que sus subordinados se pelearan entre ellos por la supremacía antes que crear una clara jerarquía de mando eficiente sin conflictos.

El área de competencia de Krüger incluía no sólo la policía, sino también la aplicación del programa de Himmler para trasladar a la población. Atemorizaba a la población polaca del Gobierno General más o menos al margen de Frank, que comenzó a inquietarse por el odio y las tensiones sociales que tal proceder estaba provocando entre la población polaca. En 1942 incluso pareció que el ambicioso Krüger estaba en condiciones de apartar a Frank totalmente. Cuando detuvieron al ex gobernador civil de Radom, acusado de corrupción debido a que se había encontrado un automóvil oficial conducido por su padre transportando al Reich alfombras, sedas, licores y otros productos del Gobierno General, una investigación abierta por Himmler reveló enseguida que aquello no era más que la punta de un iceberg. Muchos si no todos los funcionarios estaban involucrados en prácticas de este tipo. El gobernador general había marcado la pauta. La investigación de Himmler determinó que el propio Frank había estado enriqueciendo a miembros de su familia a través de fondos públicos y del saqueo de propiedades. Se descubrieron dos enormes almacenes repletos de objetos tales como pieles, chocolate, café y licores, todos destinados para el uso de Frank y su familia. Sólo en noviembre de 1940, Frank había enviado a su domicilio en el Antiguo Reich 72 kilos de carne de ternera, 20 ocas, 50 gallinas, 12 kilos de queso y otras muchas cosas más. Hans-Heinrich Lammers, ministro de la Cancillería del Reich y, por tanto, el jefe efectivo de la administración pública de Alemania, convocó en Berlín al gobernador general para reprenderle seriamente. A medida que la policía fue destapando nuevos casos de corrupción, Frank trató de contraatacar con una sucesión de discursos en las universidades alemanas

en los que condenaba el poder cada vez mayor de la policía (dirigida, naturalmente, por Himmler, su enemigo y mayor crítico) que sólo le valieron para que un Hitler colérico le prohibiese hablar en público y le apartase de todos sus cargos en el partido. Pero pese a todo Frank salió adelante, y en mayo de 1943, con el apoyo de la Oficina del Plan Cuatrienal dirigida por Göring, había convencido a Hitler, un tanto tardíamente, de que la violencia brutal de la policía en el Gobierno General estaba causando tanto rencor entre los polacos que éstos se negaban a trabajar adecuadamente, no logrando entregar sus cuotas de provisiones de alimentos y perturbando mediante sabotajes el buen funcionamiento de la economía. Un jefe de policía más dócil sustituyó a Krüger el 9 de noviembre de 1943. La corrupción proseguía.[126]

Bajando por la escala social había surgido un mercado negro enorme a consecuencia de las circunstancias cada vez más desesperadas en que vivían los polacos. Según una estimación, más del 80 por 100 de las necesidades diarias de la población polaca eran cubiertas por la economía ilegal. Los empleadores polacos sorteaban las regulaciones salariales impuestas por los alemanes pagando a sus empleados en especie o tolerando un absentismo masivo, estimado en un total de un 30 por 100 en 1943. Los trabajadores no podían permitirse en ningún caso aparecer por sus empleos más de dos o tres días por semana porque el resto de su tiempo precisaba de ellos el mercado negro. Un chiste popular de los polacos de aquella época se refería a dos amigos que se veían después de mucho tiempo: «¿Qué estás haciendo?». «Trabajo en el ayuntamiento». «¿Y tu mujer, cómo está?». «Trabaja en un almacén de papel». «¿Y tu hija?». «Trabaja en una planta». «¿Cómo diablos vivís?». «Mi hijo está, ¡gracias a Dios!, desempleado».[127] Los estraperlistas se ocupaban del negocio no sólo para sobrevivir. Algunos podían obtener unos beneficios enormes en unas pocas semanas. El peligro era grande si los atrapaban. Pero la mayoría se arriesgaba porque no había alternativa. Además, no estaban haciendo más que seguir el ejemplo de sus patrones alemanes, para quienes el soborno, la corrupción y la especulación constituían aspectos normales de la vida cotidiana.[128]

El mercado negro se encontraba especialmente extendido en el sector de las provisiones de alimentos. La escasez de los mismos empezó a producirse casi inmediatamente después de la invasión, agravada por la quema de las cosechas por parte de unidades del ejército polaco en retirada. Las condiciones eran particularmente severas en el Gobierno General, que albergaba las tierras de cultivo más pobres de Polonia. Las fuerzas alemanas de ocupación en el distrito de Klukowski comenzaron en 1940 a llevar un registro de los cerdos y otros animales en las granjas y ordenaron que únicamente se pudiese sacrificarlos para el ejército alemán, no para los residentes en el lugar.[129] Las colas a las puertas de los almacenes de alimentos se hicieron habituales.[130] Los alemanes empezaron a imponer cuotas a los agricultores para que les entregasen alimentos y castigaban a quienes las incumplían.[131] En total, desde 1940 hasta 1944 un 60 por 100 de la producción de carne fue destinada para alimentar a los alemanes en el Reich, así como el 10 por 100 de la producción de grano y otras muchas cosas.[132] Tan mala era la situación en lo relativo al suministro de alimentos que incluso alarmó a Frank. Se aseguró de que se producían las entregas de grano procedentes del Reich en los primeros nueve meses de 1940, pero, en este caso también, el grueso de las provisiones servía para alimentar a los ocupantes alemanes, situándose en segundo lugar los polacos que trabajaban en instalaciones fundamentales como los ferrocarriles, a continuación los ucranianos y los polacos comunes, y en el último lugar de la lista los judíos. Las raciones que se distribuían a los polacos en Varsovia eran inferiores a 669 calorías diarias en 1941, frente a las 2.613 de los alemanes (y sólo 184 para los judíos).[133] Nadie podía subsistir con semejantes cantidades. La salud empeoró con rapidez, las enfermedades asociadas con la desnutrición se extendieron, los índices de mortalidad se incrementaron. La mayor parte de los polacos hacían cuanto podían para procurarse por otros medios su ingesta de alimentos, y ello significaba una vez más el mercado negro.[134]

Sumido en el desánimo, el doctor Klukowski dejó constancia escrita de la veloz desintegración de la sociedad polaca bajo el impacto de aquellos espantosos niveles de violencia, destrucción y penuria. Bandas de ladrones vagaban por el campo, irrumpiendo en las casas de la gente, aterrorizando a

sus moradores, saqueando las provisiones y violando a las mujeres. Los polacos se denunciaban entre sí, sobre todo por tenencia de armas ocultas. Muchos marchaban voluntariamente a trabajar a Alemania y el colaboracionismo era rampante. Jóvenes polacas buscaban la compañía de soldados alemanes y la prostitución se extendía; en noviembre de 1940 Klukowski tuvo que tratar en su hospital a treinta y dos mujeres aquejadas de enfermedades venéreas y anotó que «algunas son sólo muchachas de no más de dieciséis años a quienes primero habían violado y luego se habían prostituido por ser la única manera de subsistir». «El alcoholismo aumenta —escribió en enero de 1941—, y por supuesto hay más peleas de borrachos, pero parece que esto es del agrado de los alemanes». Los polacos estaban sumándose al saqueo de las tiendas judías, y los agentes de la policía polaca anterior a la guerra trabajaban ahora para los alemanes. «Jamás me hubiera esperado que la moral de la población polaca caería tanto —escribió el 19 de febrero de 1940—, con una ausencia tan completa de orgullo patrio».[135] «Carecemos de una actitud común en contra de los alemanes —se lamentaba dos meses después—: no cesan de crecer toda clase de rumores, intrigas y denuncias».[136]

## IV

Los problemas de Polonia apenas eran menos espantosos en el área ocupada desde el 17 de septiembre de 1939 por el Ejército Rojo como consecuencia del Pacto Germano-Soviético.[137] Los soviéticos se adueñaron de 201.000 kilómetros cuadrados de territorio polaco, con una población de 13 millones. Los 200.000 prisioneros de guerra polacos en manos del Ejército Rojo fueron parcialmente liberados para que regresaran a sus hogares, sobre todo si residían en la parte alemana del país, o se les trasladó a campos de trabajo en el sureste de Polonia para trabajar en proyectos de construcción. Sin embargo, a los oficiales los deportaron a campos situados en la Unión Soviética, donde se les unirían otros polacos que eran agentes de aduanas, de policía, guardias penitenciarios y policías militares hasta sumar un total de 15.000. Durante abril y principios de mayo de 1940 la policía secreta soviética, la NKVD, llevó en grupos, cumpliendo órdenes de Moscú, a

4.443 de esos hombres al bosque de Katyń, en las inmediaciones de Smolensk, donde cada uno de ellos recibió un tiro en la nuca, sepultándolos a continuación en fosas comunes. También se acabó con la vida del resto de oficiales polacos. De los 15.000 sólo se perdonó a unos 450, comunistas o con aspecto de poder convertirse en tales. A los demás los fusilaron en diversos lugares o se acabó con su vida en los campos junto a unos 11.000 supuestos contrarrevolucionarios. Algunas estimaciones sitúan el total de fallecidos en unos 20.000; tal vez nunca se sepa la cantidad exacta. La mayoría de esos hombres eran oficiales en la reserva, profesionales, médicos, terratenientes, funcionarios y otras ocupaciones por el estilo.[138]

Su exterminio fue parte de una campaña más amplia llevada a cabo por los soviéticos con el fin de erradicar la cultura nacional polaca. Estuvo acompañada por una violencia generalizada entre comunidades en cuyo desarrollo los paramilitares de la minoría nacional ucraniana y de la bielorrusa, en el este de Polonia, asesinaron salvajemente alentados por los ocupantes soviéticos a muchos miles de polacos. De resultas de un plebiscito amañado, la Unión Soviética se anexionó los territorios ocupados y el sistema económico y social se adaptó al modelo soviético, siendo expropiados y estatalizados negocios y propiedades cuyo funcionamiento se confiaba a ucranianos y bielorrusos. Se destruyeron los monumentos polacos y los letreros de las calles, se clausuraron librerías e instituciones culturales. En la Polonia ocupada por los soviéticos, medio millón de polacos fueron encarcelados. Muchos de ellos sufrieron en sus carnes torturas, palizas, asesinatos y ejecuciones. Dio comienzo una campaña de deportaciones en masa. Entre los escogidos se encontraban integrantes de partidos políticos, exiliados rusos y otros, agentes de policía y guardias penitenciarios, oficiales y voluntarios del ejército de Polonia, miembros laicos activos de la Iglesia católica, aristócratas, terratenientes, banqueros, industriales, dueños de hoteles y restaurantes, refugiados, «personas que hayan viajado al extranjero» e incluso «esperantistas o filatélicos». De igual manera, también fueron detenidos y deportados casi todos los profesionales polacos en el área ocupada. En muchos casos se envió a sus familias con ellos. En total se calcula que el número de deportados alcanzó los 1,5 millones de personas. En la primera mitad de 1940 eran introducidos en

camiones de ganado, con espacio suficiente sólo para mantenerse de pie, y expedidos en trenes enormes con destino a las granjas colectivas en Kazajstán y otros lugares lejanos. Se detuvo a decenas de miles de polacos que habían trabajado para el gobierno anterior o que se habían mostrado reacios a aceptar la ideología marxista-leninista de los ocupantes; les imputaban falsos cargos y los mandaban a campos de trabajo en Siberia. Tal vez una tercera parte de los deportados murió antes de que fuesen liberados los supervivientes después del ataque alemán a la Unión Soviética en junio de 1941. Por entonces, la política soviética en la Polonia ocupada se había suavizado un poco, mientras la preocupación cada vez mayor en Moscú ante el peligro de que una posible invasión alemana contase con apoyo ucraniano condujo a alentar de forma limitada la identidad nacional polaca, indeleblemente antialemana en el sentimiento. Sin embargo, para los polacos el resultado de la ocupación soviética apenas fue menos desastroso que el de la ocupación alemana.[139]

Para los 1,2 millones de judíos que vivían en la parte de Polonia bajo control soviético, y para los alrededor de 350.000 judíos refugiados que habían llegado allí en su huida del avance alemán, la toma del poder por parte de los soviéticos proporcionaba en un principio una grata ayuda. Pensaban que ellos les protegerían, no sólo del racismo de exterminio de los alemanes, sino además del antisemitismo autóctono de los polacos. Hasta los judíos conservadores y religiosos acogieron con agrado la conquista soviética del poder. Un grupo considerable, si bien posteriormente ha sido puesto en duda, de judíos asumió responsabilidades administrativas en el aparato del gobierno comunista soviético; al margen de cuán numerosos fueran, su número bastó para convencer a muchos nacionalistas polacos y ucranianos de que la comunidad judía en pleno trabajaba para los odiados comunistas soviéticos. En realidad, la detención y la deportación de judíos ricos y no sólo ricos, en especial intelectuales y profesionales, que rechazaban como patriotas polacos inscribirse en la ciudadanía soviética, no tardó en acabar con las ilusiones de la población judía acerca de la verdadera naturaleza del gobierno soviético. Uno de cada tres ciudadanos polacos deportados a Siberia y otras áreas remotas de la Unión Soviética era judío; se ha calculado que en el proceso murieron 100.000. Sin embargo, el

daño estaba hecho; los que permanecieran pagarían caro su entusiasmo inicial por la invasión soviética cuando el Ejército Rojo terminó siendo expulsado por los alemanes. Mientras tanto, las condiciones empeoraron tan deprisa que los judíos que habían escapado de la Polonia ocupada por los alemanes empezaban a regresar allí.[140]

Hubo, no obstante, diferencias cruciales entre las dos ocupaciones. A diferencia de la parte occidental de Polonia, anexionada por los nazis, la parte oriental albergaba una mayoría de gentes no polacas. Se trataba de ucranianos y bielorrusos, en su mayor parte campesinos a quienes la potencia ocupante instaba a sublevarse contra la clase terrateniente polaca supuestamente fascista, y contra los judíos. En su deseo de que se produjera una revolución social, la administración soviética expropió las propiedades polacas, nacionalizó los bancos y dividió los grandes latifundios entre pequeños campesinos. Los derechos civiles formales se extendieron para todos, y en especial los judíos más jóvenes acogieron con agrado su liberación de la discriminación antisemita practicada por el régimen de los coroneles polacos. Cuando esos judíos se afiliaban al Partido Comunista entusiasmados por el nuevo régimen, en el proceso se desprendían a toda prisa de su identidad judía. Las dos potencias ocupantes veían a las élites polacas como líderes del nacionalismo polaco a las que había que aplastar y eliminar mediante la fuerza; pero la preocupación de mayor peso para los soviéticos era destruirlas políticamente, y por eso las deportaban no desde la Unión Soviética, sino hacia el interior más remoto de ella. Desde el punto de vista de Stalin, lo que se estaba llevando a cabo en la Polonia ocupada era una revolución social en beneficio de la mayoría; desde el punto de vista de Hitler, lo que se estaba llevando a cabo en la Polonia ocupada era una revolución étnica en beneficio de una minoría pequeña, la de los individuos de ascendencia alemana; el capitalismo, la propiedad y la empresa privada se mantenían en el territorio, pero los polacos y los judíos no tenían que tomar parte en ellos.[141]

# «UNA MISERABLE RALEA»

## I

Si los polacos eran ciudadanos de segunda clase en el Gobierno General, los judíos apenas gozaban de la consideración de seres humanos a ojos de los ocupantes alemanes, ya fuesen soldados o civiles, nazis o no. En relación con los judíos, los alemanes portaban consigo un temor y un desprecio que la incesante propaganda nazi había infundido en la gran mayoría de ellos a lo largo de los seis años y medio anteriores. Durante ese período, los judíos de la propia Alemania, menos de un 1 por 100 de la población, habían estado sometidos a una discriminación creciente por parte del gobierno, a la pérdida de sus propiedades y a brotes periódicos de violencia de los militantes nazis. La mitad de ellos había emigrado. A los que se habían quedado les habían privado de sus derechos civiles y de sus medios de subsistencia, les habían impedido relacionarse con otros alemanes, reclutado para programas de trabajos forzados y aislado eficazmente del resto de la sociedad alemana. En noviembre de 1938 fueron víctimas de una serie de pogromos de alcance nacional en que prácticamente quedaron destruidas todas las sinagogas de Alemania, destrozadas miles de tiendas regentadas por judíos, saqueados sus pisos y sus casas, y a 30.000 judíos varones los detuvieron y recluyeron en campos de concentración, donde por espacio de varias semanas los golpearon y aterrorizaron hasta que por fin los dejaron en libertad no antes de que dieran su palabra de que emigrarían. Tras este episodio, la población judía de Alemania que quedaba se vio desposeída de sus últimos objetos de valor. El proceso por el cual los alemanes no judíos empezaron a considerar a sus compatriotas judíos como una raza aparte, a pesar del hecho de que los judíos de Alemania compartieran todos los elementos fundamentales de la cultura alemana y de

que su aspecto e indumentaria no difiriesen de la de otros alemanes, había sido gradual y desigual, pero llegados a 1939 había recorrido un buen trecho.[142]

No obstante, cuando los alemanes invadieron Polonia se encontraron con una situación bien distinta. Polonia albergaba en 1939 la mayor parte de los judíos residentes en un Estado europeo, sumando casi tres millones y medio, o el 10 por 100 de la población a tenor de la filiación religiosa. De ellos, más de tres cuartas partes vivían en pequeños núcleos urbanos y en las ciudades más pobladas de Polonia. Sólo en Varsovia había más de 350.000, constituyendo casi el 30 por 100 de la población de la capital. En Lódź vivían más de 200.000, por lo menos una tercera parte de sus habitantes. En más del 30 por 100 de los núcleos urbanos del Gobierno General los judíos constituían en realidad una mayoría. El 85 por 100 de ellos hablaba yiddish como primera lengua en vez de polaco. Una mayoría abrumadora practicaba el judaísmo. Muchos vestían de diferente manera a como lo hacían los polacos cristianos y llevaban barbas o aladares por motivos religiosos. Formaban una minoría nacional singular a la que el gobierno militar polaco antisemita había discriminado cada vez más en la segunda mitad de la década de 1930. La mayoría de judíos polacos eran pequeños comerciantes o tenderos, artesanos o asalariados; menos del 10 por 100 eran profesionales u otros integrantes exitosos de las clases medias; muchos de ellos eran muy pobres, y en 1934 más de una cuarta parte de ellos había estado viviendo de la beneficencia. Poco más de dos millones de judíos vivían en las áreas de las que se había apoderado Alemania en septiembre de 1939, de los cuales hasta 350.000 escaparon de inmediato hacia la parte oriental de Polonia, a Lituania o a Hungría. Para los alemanes que llegaban aquéllos eran «judíos del este», una minoría del todo ajena y despreciable que la mayoría consideraba como no europea, a la que había que tratar con mayor desprecio y recelo si cabe que los que padecían los judíos de la propia Alemania.[143] De hecho, a 18.000 judíos polacos los habían expulsado de Alemania por la frontera polaca en octubre de 1938, a los que siguieron otros 2.000 en junio del año siguiente.[144]

En Polonia se pusieron en práctica por vez primera hasta las últimas consecuencias las políticas de erradicación y exterminio raciales, en un experimento gigantesco que más tarde se repetiría en una escala incluso mayor en otros lugares de Europa oriental. El gobierno alemán en Polonia estaba pensado con carácter implacable y exclusivo para promover lo que los nazis percibían como intereses de Alemania, incluyendo los intereses raciales. La reducción deliberada de Polonia a un estado de naturaleza, la explotación sin límites de sus recursos, la degradación radical de la vida cotidiana, el ejercicio arbitrario de un poder ilimitado, la expulsión violenta de los polacos de sus hogares, todo esto abría el camino a la aplicación de un terror desenfrenado contra los judíos de Polonia. Además, la situación caótica del país y la reiterada insistencia de Hitler en la primacía de la política racial en Polonia facilitaban allí desde buen principio el ejercicio autónomo del poder por parte de los elementos más extremistas y decididos en el partido y las SS.[145] El grupo operativo especial del Servicio de Seguridad de las SS a las órdenes de Udo von Woyrsch resultaba particularmente activo en los asaltos a los judíos. El 8 de septiembre de 1939 asesinó en Bedzin a un grupo de niños judíos e incendió con lanzallamas la sinagoga de la localidad, prendiendo fuego a las casas vecinas en el barrio judío de la ciudad; los integrantes del grupo operativo disparaban indiscriminadamente a los judíos con que se topaban a su paso por las calles. Cuando se marcharon, unos 500 habitantes judíos de la ciudad habían muerto. En una reunión con Heydrich y Streckenbach en Cracovia el 11 de septiembre de 1939, a Woyrsch le dijeron que Himmler había ordenado que se adoptaran las medidas más duras posibles contra los judíos, de manera que éstos se vieran forzados a huir al este y abandonar el área controlada por los alemanes. El grupo operativo especial, redoblando sus esfuerzos para aterrorizar a la población judía e incitarla a escapar, quemó vivos a un grupo de judíos en la sinagoga de Dynów y practicó fusilamientos en masa en diversos lugares del país.[146]

Los simples soldados y los oficiales de menor rango compartían muchos de los prejuicios antisemitas contra los «judíos del este» que la propaganda nazi había estado inculcando desde 1933.[147] Una buena muestra de las actitudes alemanas era la del jefe del Estado Mayor del 8º

Ejército del general Blaskowitz, Hans Felber, quien el 20 de septiembre de 1939 describió a los judíos de Lódź como «una miserable ralea, mugrienta y astuta». A su juicio había que deportarlos.[148] Estaba repitiendo las impresiones que el propio Hitler obtuvo en una visita al barrio judío de Kielce el 10 de septiembre de 1939: su jefe de prensa, Otto Dietrich, que le acompañaba, escribió: «El aspecto de esta gente está más allá de lo imaginable [...]. Viven en medio de una suciedad inconcebible, en casuchas donde en Alemania ni tan siquiera un vagabundo pernoctaría».[149] «Ya no son personas —observó Goebbels después de visitar Lódź a comienzos de noviembre de 1939—, son animales. De forma que la tarea no es humanitaria sino quirúrgica. Aquí se han de dar pasos, y han de ser de veras radicales. De otra manera Europa perecerá víctima de la enfermedad judía».[150] Goebbels envió equipos de rodaje para que tomasen imágenes para el noticiario semanal en los cines alemanes, y se obligó a las congregaciones judías y a los rabinos a escenificar servicios religiosos extraordinarios para los equipos de rodaje alemanes, que también acudieron a los mataderos judíos para obtener imágenes de la matanza ritual de ganado. Todo ese material se recogía cumpliendo órdenes directas de Goebbels y con la implicación personal de Hitler para un largometraje documental con el título de *Der ewige Jude* [El judío eterno], que se proyectó finalmente un año más tarde, en noviembre de 1940.[151]

El clima reinante de odio racial y desprecio exacerbados por las órdenes que Hitler dio a los generales antes del estallido de la guerra supuso para los soldados un estímulo inequívoco para quedarse con todo aquello que se les antojara de los judíos de Polonia. Cuando el ejército alemán entró en Varsovia, las tropas comenzaron de inmediato a saquear tiendas judías y a robar a los judíos a punta de pistola en la calle.[152] El maestro de escuela judío Chaim Kaplan dejó constancia en su diario el 6 de octubre de 1939 de que las tropas alemanas habían irrumpido en su apartamento y habían violado a su sirvienta cristiana (él creía que no violaban a mujeres judías debido a las Leyes de Núremberg, aunque en la práctica ello no parecía representar un gran obstáculo). A continuación la golpearon para intentar forzarla a que revelase dónde había escondido él su dinero (en realidad ya se lo había llevado). Kaplan anotó hasta qué punto incluso los oficiales

maltrataban a los judíos en la calle y les cortaban las barbas usando la violencia. Obligaban a las jóvenes judías a limpiar las letrinas públicas con sus blusas, y cometían otros innumerables actos de sadismo contra los habitantes judíos de Varsovia.[153] Zygmunt Klukowski anotó numerosos ejemplos de robos y saqueos cometidos por los soldados alemanes, a menudo secundados por los polacos circunstantes, en especial allí donde se vieran afectadas tiendas y locales judíos. Los robos eran a menudo seguidos por incendios provocados y una destrucción gratuita con la participación entusiasta de la población local, incluyendo a autoridades de la Iglesia católica polaca, con prejuicios alimentados por años de propaganda y adoctrinamiento antisemitas a cargo de nacionalistas polacos.[154]

El 22 de octubre de 1939, las tropas alemanas utilizaron camiones para arramblar con cuanto contenían los comercios judíos en Zamość, la ciudad grande más cercana al lugar donde vivía Klukowski. Ocho días más tarde, oficiales del ejército alemán empezaron a llevarse dinero en efectivo y joyas de las casas judías de la ciudad.[155] Saqueadores y ladrones empleaban cada vez más la violencia con sus víctimas judías.[156] Cuando los alemanes se establecieron en Zamość a mediados de octubre de 1939, Zygmunt Klukowski relató en su diario que ordenaron a los judíos «barrer las calles, limpiar todas las letrinas públicas y cubrir todas las zanjas de las calles [...] Ordenan a los judíos realizar como mínimo media hora de gimnasia exhaustiva antes de cualquier trabajo, lo cual puede resultar fatal sobre todo para los ancianos». «Los alemanes están tratando a los judíos con una gran crueldad», escribió el 14 de octubre de 1939: «Les cortan las barbas; en ocasiones les arrancan el cabello».[157] El 14 de noviembre de 1939 redujeron a cenizas la sinagoga de la ciudad junto con las casas judías vecinas. Todo esto no era sino una imitación directa del pogromo del 9 al 10 de noviembre de 1938 en Alemania y sus secuelas. Se ordenó a la comunidad judía pagar una multa enorme a modo de «compensación».[158] Y desde el 22 de diciembre de 1939 todos los judíos a partir de los diez años de edad se vieron obligados a llevar una estrella amarilla en la manga y las tiendas a mostrar letreros indicando si eran o no judías.[159] Los judíos quedaron excluidos de la atención médica a no ser que les atendiesen médicos judíos. Cuando lo llamaron para visitar a un hombre judío

enfermo, el doctor Klukowski fue «a verle preguntándome si alguien estaba espiándome. Me sentía fatal», escribió en su diario el 29 de marzo de 1940. «En mi receta incluso omití el nombre del enfermo. Así que a esto hemos llegado: el propósito principal de cualquier médico es prestar ayuda médica, pero ahora esto se convierte en un delito punible con el encarcelamiento».[160]

Resultaba chocante que no fuesen las SS sino oficiales y soldados regulares del ejército alemán quienes llevaran a cabo actos semejantes. Grupos de soldados alemanes sonrientes disparaban a las casas que escogían al azar al pasar por delante de ellas en los barrios judíos de las ciudades en las que entraban, o congregaban a varones judíos en la calle, obligándolos a embadurnarse mutuamente de excrementos, quemándoles las barbas, forzándolos a comer cerdo o recortando en su frente la estrella judía con un cuchillo.[161] Para muchos soldados rasos, ésta era la primera vez que se hallaban ante judíos polacos, muchos de los cuales parecían presentar un aspecto que confirmaba todos los clichés de la propaganda a que habían vivido sometidos los alemanes durante los seis años anteriores. Aquéllos eran, como escribió un cabo en agosto de 1940, «auténticos judíos barbudos y sucios, para decirlo claramente, incluso peores que en las descripciones que de ellos siempre ofrece *Der Stürmer*».[162] Como escribió otro cabo en diciembre de 1939: «los judíos: raras veces he visto a tipos tan descuidados vagando por ahí, envueltos en andrajos, mugrientos, grasientos. Nos parecían una plaga. Con su manera repugnante de mirarte, sus preguntas traicioneras y su falso teatro, enseguida nos obligaban a empuñar las pistolas para recordar cómo son las cosas a semejantes individuos tan fisgones y entrometidos».[163]

Tan pronto como se inició la guerra hubo un estudioso judío que decidió registrar para la posteridad hasta donde resultara posible ese comportamiento. Nacido en 1900, Emanuel Ringelblum se había especializado en historia, doctorándose en 1927. Activo sionista de izquierdas, decidió anotar cuanto les estaba sucediendo a los judíos de Varsovia bajo la dominación alemana y mantuvo un diario minucioso de los sucesos diarios. Las anotaciones exactas y profusas recogieron los robos, las palizas, los fusilamientos y las humillaciones a que las tropas alemanas

y los hombres de las SS sometían a diario a los judíos. La violación de mujeres polacas y judías por parte de soldados alemanes fue algo habitual durante los primeros meses de la ocupación. «En el número 2 de la plaza Tlomackie —escribió a comienzos de 1940—, tres *patrones y señores* violaron a algunas mujeres; los gritos se oían por toda la casa. La Gestapo está preocupada por la degradación racial —arios emparejándose con no arios—, pero se resisten a informar de ello».[164] Enseguida se extendieron el soborno y la corrupción. «Los únicos que van a los campos son los pobres», anotó.[165] En ocasiones, señaló Ringelblum, los cristianos polacos defendían a los judíos cuando eran atacados por jóvenes vándalos polacos; pero carecían de fuerza para hacer frente a los alemanes.[166] A medida que empeoraba la situación de los judíos, Ringelblum empezó a recoger el humor amargo con el que intentaban aligerar el peso de sus problemas. Se decía en un chiste que una mujer judía despertó a su marido cuando él empezó a reír y a gritar en sueños. El marido le dijo: «Estaba soñando que alguien había garabateado en una pared: ¡Sacudamos a los judíos! ¡Abajo las matanzas rituales!». «Y entonces ¿qué te hacía tan feliz?», preguntó la mujer. «¿No lo entiendes? —contestó él—. ¡Eso significa que han vuelto los buenos tiempos del pasado! ¡Los polacos vuelven a estar al frente de las cosas!».[167] No les arredraban las persecuciones de los polacos a las que estaban acostumbrados, pero la inhumanidad de los alemanes era otra cosa: «Un jefe de policía se presentó en el apartamento de una familia judía con intención de llevarse algunas cosas. La mujer le dijo entre sollozos que era viuda con un hijo. El policía le dijo que no se llevaría nada si ella adivinaba cuál de sus ojos era artificial. Acertadamente, ella le dijo que el ojo izquierdo. Él le preguntó cómo lo había sabido. "Porque ése precisamente —respondió ella— tiene un destello de humanidad"».[168]

En muchas partes de Polonia, exceptuando Varsovia, unidades del ejército tomaban a los judíos como rehenes, y en muchos lugares hubo fusilamientos de judíos ya fuese de forma individual o en grupos. A los 50.000 prisioneros de guerra polacos a quienes el ejército clasificó como judíos los reclutaron al igual que a otros prisioneros para ocuparlos en programas de trabajo, pero sufrieron desnutrición y malos tratos hasta el punto de que 25.000 de ellos habían perecido en la primavera de 1940.[169]

Chaim Kaplan señaló el 10 de octubre de 1939 que estaban deteniendo a los varones judíos y llevándoselos para utilizarlos en programas de trabajo.[170] De hecho, Frank había ordenado ya la introducción de trabajos forzados para los judíos en el Gobierno General y había empezado a disponer campos de trabajo donde se mantenía en condiciones paupérrimas a los judíos a los que habían detenido en las calles o en redadas policiales en sus apartamentos. En un informe médico de septiembre de 1940 sobre un grupo de campos de trabajo en Belzec se indicaba que el alojamiento era oscuro y húmedo y estaba infestado de bichos. El 30 por 100 de los trabajadores no disponía de zapatos, pantalones o camisas y dormía en el suelo, 75 para un espacio que medía 5 metros por 6, tan saturado que tenían que echarse unos sobre otros. En los barracones no había jabón ni instalaciones sanitarias: durante la noche, los hombres tenían que hacer sus necesidades en el suelo porque no les estaba permitido salir fuera. Las raciones eran del todo inadecuadas para los duros trabajos físicos que los hombres tenían que realizar, principalmente obras en las carreteras y refuerzos de los márgenes de los ríos.[171]

Dawid Sierakowiak, un colegial judío, recogió con circunspección en su diario el deterioro de la situación. «Los primeros signos de la ocupación alemana», anotó el 9 de septiembre de 1939. «Están capturando a los judíos para ponerlos a excavar». Aunque la escuela estaba comenzando, sus padres le impidieron asistir por temor a que lo detuviesen los alemanes. Dos días más tarde, hablaba de «palizas y robos» y anotó que habían saqueado la tienda donde trabajaba su madre. «Los alemanes de aquí hacen lo que quieren». «Están destruyendo todas las libertades humanas fundamentales», escribió mientras los alemanes cerraban las sinagogas y obligaban a las tiendas a permanecer abiertas en un día festivo religioso judío. Mientras obligaban a su madre a guardar cola durante dos horas ante la panadería cada día a las cinco de la mañana para adquirir pan, Sierakowiak contaba que los alemanes estaban sacando a los judíos de las colas para obtener alimentos. Su padre perdió el empleo. A continuación los alemanes clausuraron la escuela de Sierakowiak, y él se vio obligado a recorrer a diario cinco kilómetros para ir a otra escuela porque su familia dejó de disponer del dinero necesario para pagarle el billete del tranvía. Para el 16

de noviembre de 1939 Sierakowiak, junto con otros judíos, tenía que ponerse un brazalete amarillo al salir de casa; sustituyó a éste a principios de diciembre una Estrella de David de 10 centímetros que había que llevar en el lado derecho del pecho y detrás del hombro derecho. «Trabajo nuevo por la tarde —escribió—, arrancando los brazaletes y cosiendo los nuevos distintivos». Cuando empezaron a caer las primeras nieves del invierno cerraron su escuela y a los alumnos les dieron los libros de texto: «A mí me dieron una historia de los judíos alemana, unos pocos ejemplares de poetas alemanes y textos en latín, además de un par de libros en inglés». Dawid Sierakowiak empezó a presenciar en la calle las palizas que los alemanes propinaban a judíos. No había prácticamente día en que las cosas no fuesen a peor.[172]

En el otoño del siguiente año se sucedieron las escenas espeluznantes de violencia contra los judíos en las calles de muchas ciudades de Polonia, incluyendo Szczebrzeszyn. Klukowski escribió el 9 de septiembre de 1940:

> Esta tarde me encontraba en mi habitación junto a la ventana cuando presencié un episodio desagradable. Delante del hospital hay unas cuantas viviendas de judíos que el fuego ha destruido. Un anciano y algunas mujeres se hallaban junto a una de ellas cuando apareció un grupo de tres soldados alemanes. De repente uno de los soldados agarró al anciano y lo arrojó al sótano. Las mujeres prorrumpieron en llanto. En unos pocos minutos se acercaron otros judíos, pero los soldados se alejaron tranquilamente. El incidente me había dejado perplejo, cuando a los pocos minutos me trajeron al hombre para atenderle. Me dijeron que olvidó descubrirse cuando pasaban los alemanes. Las disposiciones alemanas exigen que los judíos se cuadren y los hombres se quiten el sombrero al paso de soldados alemanes.[173]

Lo que Klukowski había presenciado no era simplemente un ejercicio arbitrario de poder a cargo de una fuerza invasora sobre una minoría menospreciada; se trataba del producto final de un proceso prolongado de diseño de políticas en Berlín, secundado por nuevas estructuras institucionales en el núcleo del Tercer Reich que desempeñarían un papel cada vez más importante en los años subsiguientes.[174]

## II

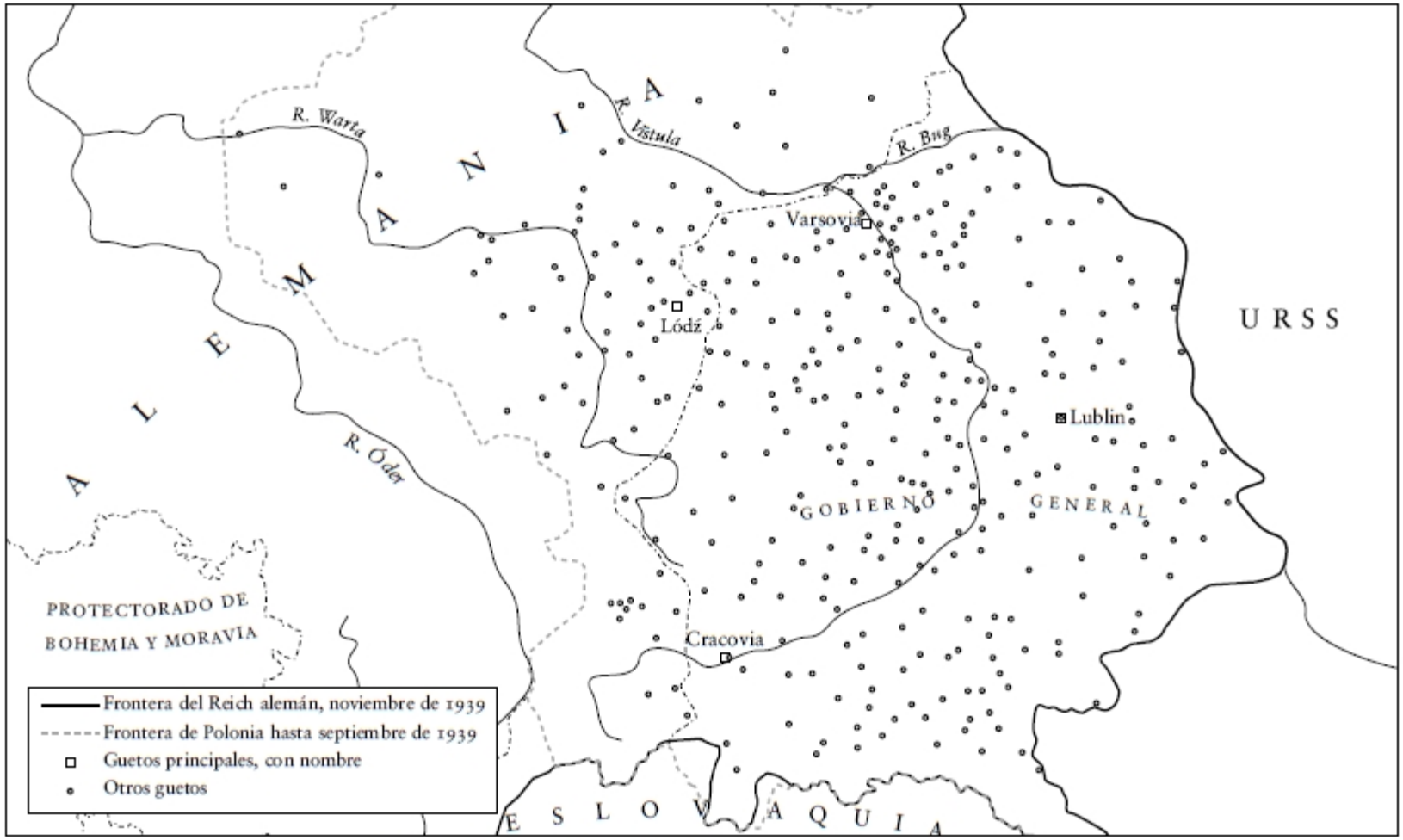
El plan nazi para Polonia tenía previstas al principio tres zonas de asentamiento —la alemana, la polaca y la judía— en tres bloques, a grandes rasgos en el oeste, en el centro y en el este. Su aplicación no era de ninguna manera una prerrogativa exclusiva de las SS: ya el 13 de septiembre de 1939 el general de intendencia del Alto Mando del Ejército ordenó al Grupo de Ejércitos Sur deportar a todos los judíos de la parte oriental de la Alta Silesia al territorio que iba a ser ocupado en breve por el Ejército Rojo. Pero las cosas no tardaron en articularse de forma más centralizada. Heydrich señaló al día siguiente que Himmler estaba a punto de someter a la consideración de Hitler una política completa para ocuparse del «problema judío en Polonia [...] que únicamente el Führer puede decidir». El 21 de septiembre de 1939 Hitler había aprobado un plan de deportaciones que debía llevarse a la práctica a lo largo de los doce meses siguientes. Había que detener a los judíos, sobre todo a los que se dedicaban a tareas agrícolas, con carácter inmediato. Todos los judíos —por encima del medio millón— tenían que ser deportados desde los territorios incorporados junto a los 30.000 gitanos que quedaban y a los judíos de Praga y Viena y de otras partes del Reich y del Protectorado. Esto, dijo Heydrich, era un paso en la dirección del «objetivo último», el cual debía mantenerse totalmente en secreto, es decir, el traslado de los judíos desde Alemania y los territorios ocupados en el este a una reserva creada al efecto.

Al mando de la operación estaba el jefe de la Oficina Central para la Emigración Judía (*Die Zentralstelle für jüdische Auswanderung*) en Praga, Adolf Eichmann, quien se puso manos a la obra sin escatimar energías, obteniendo el consentimiento de los dirigentes pertinentes de las regiones al plan de deportaciones y abriendo un centro de tránsito en Nisko, junto al río San. Un tren con más de 900 judíos abandonó Ostrava, en el Protectorado de Bohemia y Moravia, el 18 de octubre de 1939, seguido de otro transporte de 912 varones judíos procedentes de Viena dos días más tarde. Sin embargo, en Nisko no había instalaciones para ellos. Mientras que a unos pocos los destinaron a la tarea de comenzar a levantar un cuartel, un destacamento de las SS alejó a los demás unos pocos kilómetros y acto seguido unos guardias los ahuyentaron disparando sus armas y gritándoles: «¡Id por allí con vuestros hermanos rojos!». El acuerdo al que Himmler

llegó con la Unión Soviética el 28 de septiembre de 1939 para el traslado de gentes de ascendencia alemana a los territorios incorporados supuso entonces un alto a todas las acciones, en buena parte porque se precisaba de los centros y el personal de transporte para atender a los inmigrantes de ascendencia alemana procedentes del este. En todo caso, como señaló Hitler, la creación de una gran reserva judía en el área de Nisko debilitaría en un futuro la función del área como cabeza de puente militar para una invasión de la Unión Soviética. El grandioso plan de Eichmann se había quedado en nada. Los judíos con dificultades para regresar a casa permanecieron donde se encontraban, con el apoyo de la comunidad judía de Lublin y alojados en refugios provisionales hasta abril de 1940, cuando las SS los conminaron a disolverse y tratar de encontrar su propio camino de regreso hasta sus hogares: sólo 300 lo consiguieron finalmente.[175]

Con todo, el proyecto no se vio como un fracaso. Mostraba que era posible deportar al este a grandes cantidades de judíos desde sus hogares en el Reich y el Protectorado, en buena medida ocultando el trasfondo mortífero de la operación mediante el uso de eufemismos tales como «reasentamiento» en «colonias» o «reservas» autogestionadas. Eichmann, como responsable general de «evacuaciones» y «reasentamientos», fue ascendido a jefe del departamento IVD4 de la Oficina Central de Seguridad del Reich.[176] Su fracaso en lo concerniente a procurar instalaciones adecuadas para la reserva propuesta en Nisko no fue en absoluto una cuestión de incompetencia organizativa: era deliberado. Esencialmente, a los judíos de Alemania y de la Europa Central ocupada por los alemanes los iban a descargar allí sin más para que se las arreglaran por sí mismos. Como comentó Frank: «Un placer poder por fin encarar a la raza judía físicamente. Cuantos más mueran, mejor; atacar a los judíos es la victoria de nuestro Reich. Los judíos tienen que sentir nuestra presencia». En un informe sobre una visita de dirigentes del Gobierno General a la aldea de Cyców el 20 de noviembre de 1939 se comentaba: «Este territorio, con su naturaleza totalmente pantanosa, podría servir como reserva para los judíos según Schmidt, gobernador del distrito. Esta medida conduciría a diezmar enormemente a los judíos». Después de todo, como dijo a propósito de Polonia en diciembre de 1939 un miembro del Instituto Alemán de Asuntos

Exteriores, «la aniquilación de estos seres inferiores sería en interés de todo el mundo». Concluía que era mejor que esto se consiguiese por medios «naturales» como la desnutrición o las enfermedades.[177]




3. Guetos judíos en Polonia bajo la ocupación alemana, 1939-1944.

En el transcurso de los meses que siguieron se examinaron con detenimiento en la Oficina Central de Seguridad del Reich, el Ministerio de Asuntos Exteriores Alemán y otros centros de poder diversos planes alternativos para el reasentamiento de los judíos en Centroeuropa: todos ellos suponían, ya fuese implícita o explícitamente, el asesinato de un gran número de judíos por cualquier medio. En febrero y marzo de 1940, por orden de Heydrich, se deportó a casi toda la comunidad judía de Stettin, por encima de un millar de personas, en unas condiciones tan atroces que casi la tercera parte murió por el camino a causa del hambre, el frío y el agotamiento. En el curso de 1939, 1940 y los primeros cuatro meses de 1941, una serie de acciones sin coordinar condujeron a la deportación a tierras del Gobierno General de más de 63.000 judíos, incluyendo más de 3.000 procedentes de Alsacia, más de 6.000 de Baden y el Sarre e incluso 280 desde Luxemburgo. Ninguna de estas deportaciones había conducido a una aplicación de alguna política sistemática a mayor escala; en su mayor parte eran el resultado de las iniciativas adoptadas por nazis autóctonos impacientes, muy especialmente el gobernador de la región del Wartheland, Arthur Greiser, cuya ambición era deshacerse de los judíos de su territorio tan pronto como fuera posible. El plan de Nisko había sido abortado, y se redujeron el tamaño y la velocidad de los traslados de población en Polonia debido al impacto de las presiones y circunstancias impuestas por la guerra. Pero a pesar de ello, la idea de obligar a los judíos de Centroeuropa a ir a una reserva situada en alguna parte al este del país seguía en discusión. A modo de primer paso, Hitler imaginó la concentración de todos los judíos que quedaban en el Reich, incluyendo los territorios recientemente incorporados, en guetos ubicados en las ciudades polacas más importantes, lo cual, coincidía con Himmler y Heydrich, facilitaría su expulsión final.[178] El corresponsal americano William L. Shirer concluía en noviembre de 1939 que «la política nazi consiste sencillamente en exterminar a los judíos polacos», pues ¿qué otra podía ser la consecuencia de su aislamiento en guetos? Si los judíos no podían ganarse la vida, ¿cómo iban a sobrevivir?[179]

III

Sobre los guetos ya se había hablado en Alemania inmediatamente después de los pogromos del 9 al 10 de noviembre de 1938.[180] Puesto que eran pocos los que pensaban que los guetos tendrían una existencia duradera, no se dictaron órdenes generales desde Berlín a propósito de cómo habría que gestionarlos. Heydrich propuso que se confinase a los judíos en unos distritos determinados de las ciudades más importantes, pero no sugirió el modo de hacerlo. Consciente de que su administración estaba lejos de estar preparada para aceptar y administrar un flujo numeroso de refugiados sin blanca, Hans Frank trató de bloquear la deportación de judíos desde el Wartheland al Gobierno General, razón por la cual Greiser tomó medidas por su cuenta dentro de ese marco de política general.[181] Ordenó que los judíos que quedaban en el Wartheland se concentrasen en un «gueto cerrado» en la parte norte de la ciudad de Lódź, un distrito pobre en el que ya vivían un número considerable de judíos. El 10 de diciembre de 1939, la administración de la región dispuso los límites del gueto, el reasentamiento de sus residentes no judíos, la provisión de alimentos y otros suministros y servicios, así como demás preparativos. El 8 de febrero de 1940 los guardias llegaron a los límites y empezaron a levantar barreras para acordonar el área. Como anotó Dawid Sierakowiak, las detenciones multitudinarias de judíos empezaron en la ciudad ya en diciembre. «Cualquiera en cualquier lugar —escribió— tiene la mochila a punto con ropa interior y lo esencial de las prendas de vestir y las cosas de casa. Todo el mundo anda muy nervioso». Muchos judíos huyeron de la ciudad llevándose consigo cuanto pudieron cargar en carretas.[182] Cuando el gueto quedó por fin acordonado, el 30 de abril y el 1 de mayo de 1940, albergaba a 162.000 de las 220.000 personas que formaban la población judía de la ciudad.[183] Esas personas tenían que vivir en un distrito tan pobremente abastecido de servicios básicos que más de 30.000 residentes carecían de agua corriente o de alcantarillado.[184] En consecuencia, no tardaron en confirmar por lo que se veía la relación de los judíos con la suciedad y las enfermedades, tal y como creían los nazis.

El 21 de septiembre de 1939, Heydrich había establecido el principio general de que cada gueto fuese dirigido por un consejo de personalidades judías relevantes, encabezado por un decano. Había que tratarlos como a

rehenes para asegurarse de que sofocarían la manifestación de cualquier descontento o insurrección en el gueto; tenían que crear una fuerza de policía judía para mantener el orden; eran responsables de la vida de la comunidad; tenían que confeccionar listados de los residentes; tenían que disponer el reparto de provisiones; y, por encima de todo, tenían que cumplir las órdenes de la administración alemana.[185] Los alemanes escogieron como decano del gueto de Lódź a Chaim Rumkowski, un hombre que tras una serie de fracasos en el mundo de los negocios había acabado como administrador jefe de los orfanatos judíos de la ciudad. A sus setenta años, Rumkowski daba sin duda la imagen adecuada: cabello blanco, en buena forma, enérgico, con una expresión en el rostro que los contemporáneos solían describir como noble, majestuosa o incluso regia; enseguida tomó el mando, convirtiéndose en realidad en el dictador del gueto. Imprimió una moneda especial para usar exclusivamente en el gueto, creó un sistema de comedores, jardines de infancia y servicios sociales, y negoció con la administración alemana para que le asignasen trabajos productivos en el gueto. Esto suponía la importación de materias primas para su procesamiento, la aportación de mano de obra judía no especializada para trabajos de construcción en el exterior del gueto y la obtención de ingresos con los que comprarían las provisiones esenciales de comida y otros bienes y permitirían así que la población del gueto sobreviviese. En octubre de 1940, Rumkowski había logrado buenos resultados, en colaboración con el pragmático gobernador alemán de Lódź y su administrador del gueto, un hombre de negocios de Bremen que quería reducir la carga que suponía para el erario público mantener a los judíos, el 70 por 100 de los cuales no tenía otra forma de alimentarse. Tras superar la oposición en el seno de la administración alemana, que veía el gueto principalmente como un modo de reducir la población judía por un proceso de desgaste, consiguieron introducir industrias y talleres en el gueto y convertir éste en un elemento de la economía de guerra alemana.[186] Pero el poder también se le subió a la cabeza a Rumkowski. Recorría el gueto rodeado por un séquito de guardaespaldas, en cierta ocasión lanzando caramelos a la muchedumbre que observaba. Convertido en indispensable para los alemanes mientras el gueto se mantuviera, concitó las críticas

generalizadas de la comunidad judía cuando no el odio; si bien, por otra parte, podía presentarse no sin cierta base como esencial para la supervivencia de la comunidad.[187]

En el Gobierno General, Hans Frank, a pesar de la aspereza de su retórica, pronto se vio forzado a hacer frente al problema de establecer alguna clase de orden, a medida que iban llegando, sin que se hubiesen hecho preparativos para recibirlos, miles de polacos sin recursos y judíos expulsados. Al tiempo que ejercía en Berlín una presión firme y en gran medida exitosa para que se detuviera la afluencia, Frank empezó a crear guetos en los que se concentraría a la población judía antes de su posterior expulsión a una reserva en algún área indeterminada situada más al este. El primer gueto en el Gobierno General se creó en Radomsko en diciembre de 1939; le siguieron muchos otros. Algunos eran pequeños, otros duraban sólo unos cuantos meses; pero los mayores adoptaron enseguida un aire más permanente a medida que, al igual que el gueto de Lódź, se convertían en centros importantes de explotación económica. Éste fue especialmente el caso desde enero de 1940, cuando Frank anunció que el Gobierno General ya no iba a ser visto meramente como un objeto de pillaje, sino que por el contrario tenía que contribuir a la economía del Reich.[188] Frank ordenó el 19 de mayo de 1940 a los judíos de Varsovia que se concentrasen en un área exclusivamente judía de la ciudad, alegando cínicamente al principio, como justificación del traslado, que los judíos propagan enfermedades como el tifus y había que ponerlos en cuarentena por razones de salud pública; también les culpaba, con un estilo nazi característico, de provocar la inflación de los precios con su comercio ilegal.[189] Durante el verano se suspendieron los trabajos de construcción de los muros del gueto, cuando Frank empezó a albergar la esperanza de que se llevaran a los judíos a Madagascar. Pero en octubre se reanudaron los trabajos.[190] Cuando el gueto quedó acordonado el 16 de noviembre de 1940, la mayoría de los judíos de la ciudad, junto a muchos otros de fuera, habían entrado en él conducidos como si se tratase de ganado.

La operación estuvo acompañada por escenas de una crueldad terrible, como describió Emanuel Ringelblum:

> En las calles Chlodna y Zelazne, a los que son lentos para descubrirse ante los alemanes les obligan a hacer ejercicios gimnásticos con piedras y ladrillos. También a los judíos ancianos les mandan hacer flexiones. Ellos [es decir, los alemanes] hacen trocitos de papel, los tiran en el barro y ordenan a los circunstantes recogerlos, golpeándolos cuando se agachan. En el barrio polaco ordenan a los judíos tenderse en el suelo y los pisotean. Un soldado subido a un carromato en la calle Leszno lo detuvo para golpear a un viandante judío. Le ordenó tenderse sobre el barro y besar el pavimento. Una ola de crueldad se ha adueñado de toda la ciudad, como si fuese la respuesta a una señal del Cielo.[191]

El área del gueto se había creado, como explicó un administrador alemán, «mediante la utilización de los muros existentes y tapiando las calles, las ventanas, las puertas y los espacios entre los edificios. Los muros —añadió— tienen tres metros de altura, y sobre ellos se ha colocado un metro más de alambrada. Además están vigilados por patrullas policiales motorizadas y a caballo». Había quince puestos de control donde la policía polaca y alemana regulaba el tránsito que entraba al gueto o salía de él; éste se componía de una sección mayor y una más pequeña, separadas por una calle «aria» por la que cruzaba un puente de madera.[192]

Intramuros controlaba el gueto, según las líneas ya establecidas en Lódź, un Consejo Judío encabezado por un decano, el ingeniero Adam Czerniaków, un líder de la comunidad judía local que en ese momento tenía sesenta y tantos años. Trabajando largas horas, Czerniaków hizo cuanto estuvo en su mano para obtener pequeñas concesiones sacando partido de las divergencias de las autoridades de la ocupación alemana y requiriendo continuamente su atención en torno a las penosas condiciones existentes en el gueto. Criticó sin medias tintas la actitud arrogante y las prácticas corruptas de Rumkowski, el decano del gueto de Lódź («un hombre vanidoso e insensato. También peligroso, puesto que sigue contando a las autoridades que todo anda bien en su dominio»).[193] La actitud de Czerniaków precipitó que las SS lo detuviesen el 4 de noviembre de 1940 y nuevamente en abril de 1941. Lo torturaron y humillaron, pero se negó a modificar sus intentos obstinados de defender los intereses de los habitantes del gueto. Sólo de forma ocasional pudo conseguir algún logro en la obtención de concesiones por parte de los alemanes. Muchas de las promesas que le hicieron al final de largas y pesadas sesiones de negociación siguieron sin cumplirse. El 1 de noviembre de 1941, escribió:

«Según voy viendo, todo este duro trabajo no trae ningún fruto. La cabeza me da vueltas y mi pensamiento está confuso. Ni tan siquiera un solo logro».[194]

La creación del gueto de Varsovia suponía la concentración de cerca de un tercio de la población de la ciudad en el 2,4 por 100 de su territorio. Después de traer a 66.000 judíos más desde el distrito circundante en los tres primeros meses de 1941, unas 445.000 personas atestaban una superficie de unas 400 hectáreas de extensión, con una densidad media, según una estimación oficial alemana, de más de 15 personas por apartamento o entre 6 y 7 para cada cuarto, el doble de la densidad de la población residente en el resto de la ciudad. Algunos cuartos con una superficie no mayor de 24 metros cuadrados tenían que proporcionar alojamiento para 25 o 30 personas.[195] El combustible escaseaba tanto que eran pocos los apartamentos con calefacción, aun en el más crudo invierno. El índice de mortalidad de la población judía de Varsovia se elevó del 1 por 1000 en 1939 al 10,7 en 1941; en Lódź era incluso más elevado; el 43,3 en 1940 y el 75,9 el año siguiente. Los niños eran especialmente vulnerables; sólo en junio de 1941, uno de cada cuatro niños murió en los asilos del gueto de Varsovia, y era tan calamitosa la situación de los niños en general que un grupo de familias intentó entregar a sus hijos a familias no judías de la ciudad extramuros.[196] Los niños cuyos padres habían muerto empezaban a vagar por las calles del gueto en un número cada vez mayor. «Es una impresión terrible, simplemente monstruosa —confesó Emanuel Ringelblum—, el llanto de niños que [...] suplican una limosna, o balbucean entre sollozos que no tienen donde dormir. En el cruce de las calles Leszno y Markelicka —señaló— hay niños que lloran amargamente por la noche. Aunque su llanto lo oigo cada noche, no puedo dormirme hasta tarde. El par de monedas que les doy todas las noches no bastan para calmar mi conciencia».[197]

Los índices de mortalidad alcanzaron una nueva cota en la primavera de 1941, a medida que el tifus se propagaba entre la población hacinada e infestada de piojos del gueto de Varsovia. «Uno camina sin detenerse ante los cadáveres, con indiferencia —confesó Emanuel Ringelblum en mayo de 1941—. Los cadáveres son meros esqueletos, la piel apenas cubre los

huesos».[198] Al pasar por el gueto, Stanislav Royzicki vio a sus habitantes como «personajes de pesadilla, espectros de antiguos seres humanos», y observó «los huesos prominentes alrededor de las cuencas de los ojos, el color amarillo del rostro, la piel flácida colgando, la demacración alarmante y la propensión a contraer enfermedades. Y además, esa expresión triste, asustada, agitada, apática y resignada». En los hospitales había dos o tres pacientes en cada cama.[199] En el otoño de 1941 los hospitales atendían unos 900 casos diarios de tifus, con otros 6.000 que permanecían enfermos en sus hogares. También se propagó la tuberculosis, y la contaminación del agua produjo numerosos casos de fiebre tifoidea. La desnutrición debilitó la resistencia de la población frente a las enfermedades y los servicios médicos no daban abasto. La muerte se convirtió en una característica ineludible de la vida en el gueto de Varsovia; a lo largo de toda la existencia del gueto, unas 140.000 personas murieron en él.[200] Subido a un tranvía que circulaba por el gueto judío a principios de septiembre de 1941, Zygmunt Klukowski observó las condiciones de vida espantosas y los elevados índices de mortalidad de los judíos. «Resulta prácticamente imposible entender cómo puede estar ocurriendo algo semejante», escribió.[201] Mientras todo esto seguía su curso, como recogió Ringelblum, un equipo de filmación alemán se presentó en el gueto y grabó unas escenas destinadas a los espectadores de las salas de cine en Alemania en que bondadosos soldados alemanes intervenían para proteger a los judíos de la brutalidad de la policía polaca.[202]

El hambre provocó el deterioro de las relaciones sociales, y la gente se peleaba por los restos de comida, falsificaba cartillas de racionamiento o arrebataba la comida a los transeúntes, engulléndola mientras huían a la carrera. Las familias empezaron a discutir por las raciones, y las personas que iban llegando vendían todo cuanto tenían para pagar los alimentos en el mercado negro. Los niños pequeños se escabullían del gueto por donde éste sólo estaba cercado con una alambrada, a riesgo de que los guardias les disparasen al salir a la ciudad circundante para hurgar en la basura en busca de comida. Los trabajadores asignados para trabajar fuera del gueto solían arreglárselas para pasar de contrabando comida cuando regresaban, mientras que bandas organizadas de contrabandistas libraban una especie de

guerra de guerrillas con los guardias alemanes.[203] Unos 28.000 judíos de todas las edades se las arreglaron para encontrar lugares en los que ocultarse fuera del gueto de Varsovia, en su mayor parte gracias a la ayuda de polacos no judíos, recurriendo a los contactos sociales, los amigos y los conocidos que habían tenido con anterioridad a la llegada de los alemanes. Los padres solían intentar enviar a sus hijos al otro lado de los límites del gueto por seguridad. Ora ocultos en altillos y sótanos, ora haciéndose pasar por «arios», la vida de los niños era precaria; a muchos los detuvieron y si, como a menudo sucedía, los padres ya no vivían, los recluían en orfanatos que funcionaban como prisiones. Algunos polacos ayudaban a ocultar judíos a cambio de una compensación económica, algunos movidos por ninguna otra razón más extraordinaria que la compasión humana; aún había otros que los delataban a la policía alemana si descubrían que eran judíos. Hubo incluso unos pocos que empleaban a judíos en trabajos cuya realización habían logrado que se considerase esencial, empleando a más judíos de los que precisaban, defendiéndolos contra todos los intentos alemanes de llevárselos. Más de 11.000 judíos que sobrevivieron a la guerra en la capital polaca debían sus vidas a polacos que les ayudaron. Los polacos que ayudaban a los judíos como se ha dicho, y de otras muchas maneras, eran sin embargo una minoría reducida, muy inferior en número a los antisemitas que participaron por voluntad propia, y se aprovecharon de ello, en la creación del gueto y en la eliminación de la población judía del conjunto de la ciudad. Ni el «Ejército Nacional» clandestino nacionalista polaco ni el gobierno polaco en el exilio londinense ni, por último, la Iglesia católica polaca adoptaron una postura inequívoca frente a las políticas homicidas de los alemanes contra los judíos polacos; si acaso, lo que sucedía era lo contrario, considerando las tres instituciones a la población judía de Polonia como partidaria del «bolchevismo». Como manifestaba en el verano de 1941 un informe semioficial de la Iglesia polaca dirigido al gobierno en el exilio, los alemanes «han mostrado que la liberación de la sociedad polaca de la plaga judía es posible».[204]

La policía polaca también contribuía a mantener el gueto separado del resto de la ciudad todo lo posible. Tras caminar por él en septiembre de 1941, Wilm Hosenfeld escribió:

> Junto a los muros del gueto hay bocas de alcantarillado, y los niños judíos que viven fuera del gueto las utilizan para pasar patatas de contrabando. Vi a un policía polaco golpear a un muchacho que estaba intentando hacerlo. Cuando vi las piernas demacradas bajo el abrigo del muchacho y su rostro atenazado por el miedo, se apoderó de mí un profundo pesar. Nada me hubiese complacido más que haberle dado mi fruta.[205]

Pero los castigos por una acción semejante, hasta para un oficial alemán, eran demasiado severos para correr el riesgo. Incluso una compasión muda como la de Hosenfeld era extremadamente rara. Los funcionarios, las tropas, la policía y las SS alemanes solían irrumpir en el gueto golpeando y apaleando a voluntad a los judíos que encontraban a su paso. Cuando miraba desde su ventana un día de febrero de 1941, Chaim Kaplan vio a una muchedumbre corriendo calle abajo presa del pánico delante de «un asesino nazi cuyo rostro estaba encendido y cuyos movimientos delataban una ira ciega. Portaba un látigo en las manos». Cuando se topó con un mendigo, empezó a golpearle despiadadamente; a continuación, cuando el mendigo se desplomó en el suelo, el alemán le propinó una patada y no dejó de darle puntapiés y puñetazos «durante veinte minutos», hasta mucho después de que el hombre hubiese muerto. «Era difícil entender el secreto de ese brote de sadismo», escribió Kaplan en su diario:

> Después de todo, la víctima era alguien a quien no conocía, no un viejo enemigo; no le habló de forma grosera, y mucho menos le tocó. Entonces ¿a qué obedecía semejante cólera desenfrenada? ¿Cómo es posible agredir a alguien que me es ajeno, un hombre de carne y hueso como yo, herirlo y patearlo y cubrir su cuerpo de llagas, magulladuras y verdugones sin razón alguna? ¿Cómo es tal cosa posible? Juro no obstante haber visto todo esto con mis propios ojos.[206]

Entre las fuerzas alemanas ocupantes, el gueto les ofrecía a muchos la oportunidad de descargar casi toda la violencia inimaginable sobre los judíos inermes sin la menor amenaza de tener que responder por ello.

De hecho, algunos alemanes solían dejarse caer por el gueto para escoger a sus víctimas. Otros iban solamente a observar, tomar fotografías o, de cuando en cuando, hacerse fotografías en las que posaban con fines propagandísticos. El gobierno polaco en el exilio denunció incluso que la organización nazi de ocio Kraft durch Freude [KdF; Fuerza a través de la Alegría] organizaba visitas turísticas al gueto, donde las condiciones que los

mismos alemanes habían creado confirmaban a los visitantes en su sentimiento de superioridad sobre los judíos andrajosos, famélicos y llenos de enfermedades con que se topaban.[207] Al pasar ante un gueto judío en Kutno, Melita Maschmann quedó impresionada al ver la pobreza apática de la gente acorralada tras una imponente alambrada. Con las manos extendidas a través de la misma, algunos niños pedían limosna.

> La miseria de los niños me puso un nudo en la garganta. Pero apreté los dientes. Poco a poco fui aprendiendo a excluir rápida y completamente mis «sentimientos íntimos» frente a tales situaciones. Es terrible, me dije, pero la expulsión de los judíos es una de las cosas deplorables con las que tenemos que contar si el «Warthegau» ha de convertirse en un país alemán.

Maschmann vio a algunos empleados alemanes de ferrocarriles acercarse a la alambrada y quedarse absortos ante los judíos como si éstos fuesen animales de zoológico.[208] Lo que veían, por más que ello fuese a consecuencia de la opresión alemana, confirmaba sus prejuicios contra los «judíos del este». Como escribió un suboficial del ejército el 30 de junio de 1941:

> Estuvimos circulando por el barrio de los judíos y las epidemias. No puedo describir la situación en que se hallan la zona y sus moradores. [...] Muchos cientos de personas estaban haciendo cola ante las tiendas de alimentos, las tabaquerías y las tiendas de licores [...] Cuando pasábamos con el automóvil, vimos desplomarse a un hombre sin razón aparente; debió de ser el hambre la causa de su caída, pues cada día mueren por hambre unos cuantos de esa gentuza. Unos pocos aún visten bien con trajes de antes de la guerra, pero la mayoría andan envueltos en harapos, una imagen espantosa de hambre y pobreza. Los niños y las mujeres corren detrás nuestro gritándonos «¡pan, pan!».[209]

Raro en verdad era un oficial alemán como Wilm Hosenfeld, que encontró «condiciones terribles» en el gueto cuando lo visitó oficialmente a comienzos de 1941, «toda una acusación en nuestra contra».[210]

A pesar de esas condiciones penosas y en muchos casos horribles, los habitantes del gueto se las arreglaron para mantener en marcha alguna clase de vida cultural, religiosa y social, incluso cuando las presiones impuestas por la tarea de sobrevivir dificultaban la observación del Sabbath y las graves condiciones en cuanto a higiene y servicios sanitarios impedían a una mayoría de judíos mantener las normas tradicionales de pulcritud personal. En Varsovia, los actores y los músicos ponían en escena

producciones teatrales y conciertos, mientras que en Lódź, como cabía esperar, era el propio Rumkowski quien organizaba toda la actividad cultural. Adam Czerniaków recogió en su diario asistencias frecuentes a recitales de música de cámara, y el 6 de junio de 1942 aún estaba barajando la posibilidad de que se representara una ópera, *Carmen*, o tal vez *Los cuentos de Hoffman*. El joven historiador Emanuel Ringelblum concibió uno de los proyectos más importantes en el gueto de Varsovia, reuniendo a personas de creencias políticas muy diferentes para recopilar un archivo de diarios, cartas, memorias, entrevistas y documentos, y para conservar para la posteridad un archivo de la historia del gueto. Ringelblum se las arregló para escribir un estudio serio de las relaciones entre los polacos y los judíos durante la guerra, al tiempo que intentaba sobrevivir en unas condiciones de vida en el gueto cada vez más intolerables.[211]

## IV

Las condiciones para la población judía que permanecía en la propia Alemania continuaron deteriorándose de forma incesante en los primeros dos años de la guerra. Contabilizándose 207.000 personas en septiembre de 1939, según la clasificación racial oficial de los nazis, se trataba en su mayor parte de personas de mediana edad o ya ancianas. A los judíos de Alemania los habían despojado de casi todos sus objetos de valor. Estaban aislados efectivamente de la sociedad alemana y eran dependientes de sus propias organizaciones para el mantenimiento de cualquier tipo de vida colectiva. A muchos de los judíos más jóvenes que se quedaron en Alemania ya los habían reclutado para programas de trabajos forzados mucho antes de que estallara la guerra. Los trabajos forzados, a menudo en labores físicas duras e ingratas, como excavar zanjas o retirar la nieve con una pala, prosiguieron en 1940. Sin embargo, en la primavera de ese año, el arrinconamiento de los planes para crear una reserva judía en el área de Lublin y una escasez grave de mano de obra en la industria de armamento propiciaron un cambio de política. Se prohibió emigrar a los varones judíos en edad militar, no fuera el caso que empuñaran las armas contra Alemania, y a todos los judíos entre los quince y los cincuenta y cinco años de edad en

el caso de los hombres, y entre los quince y los cincuenta en el de las mujeres, les ordenaron inscribirse para servir de mano de obra. En octubre de 1940 había 40.000 judíos trabajando en programas de trabajos forzados, con un número cada vez mayor de ellos en industrias relacionadas con la guerra. De hecho, Goebbels anotó en su diario el 22 de marzo de 1941 que 30.000 judíos en Berlín estaban trabajando en fábricas de armas («¿quién hubiera dicho que tal cosa fuera posible?»). Se podía contar con trabajadores judíos con un coste muy bajo, y no precisaban, a diferencia de cuando se trataba de trabajadores polacos o checos, que les proporcionasen un alojamiento especial o la contratación de traductores.[212]

La emigración, que había visto a más de la mitad de la población judía residente en Alemania marcharse desde comienzos de 1933, se convirtió así en una prioridad menor frente a la necesidad de mano de obra judía. Sólo en torno a 15.000 judíos más se las arreglaron para encontrar refugio en un país neutral en el transcurso de 1940. Alrededor de mil partieron con rumbo a Brasil con la ayuda de unos visados tramitados por el Vaticano en 1939 y financiados por donantes americanos. Chiune Sugihara, cónsul japonés destinado en varios lugares, en Lituania, Praga y Königsberg, entre 1939 y 1941, y cuya misión principal se suponía que era atender los asuntos militares, empezó tal vez de forma un tanto sorprendente a expedir por iniciativa propia visados de tránsito a Japón a cuantos judíos se pusieran en contacto con él, incluso aunque careciesen de permiso para entrar en el país; de los alrededor de 10.000 judíos que pudieron obtener esos documentos, posiblemente la mitad de ellos se las arreglaron para dar con una manera de acabar entrando de forma ilegal en Canadá, EE.UU. u otros destinos.[213] La emigración ilegal a Palestina continuaba, fomentada por la Gestapo, pero las autoridades del Mandato Británico en el país, temiendo que aquello provocara la antipatía de los palestinos, empezaron a poner trabas: en noviembre de 1940 hicieron dar media vuelta a un barco que transportaba refugiados judíos que habían llegado hasta allí a través del Danubio y el mar Negro; los refugiados fueron trasladados a otro barco para llevarlos de vuelta a Rumanía, y sólo tras producirse el estallido y hundimiento del barco, ocasionando la muerte de 251 pasajeros, las autoridades británicas permitieron a los que quedaban desembarcar y establecerse. El puerto

comercial de Shanghai, por el contrario, impuso pocas restricciones a la emigración, y permaneció abierto hasta diciembre de 1941, cuando se desencadenó la guerra en el Pacífico; en el verano de 1941 más de 25.000 refugiados judíos procedentes de varios países europeos, incluyendo Alemania, habían logrado huir hasta allí, desplazándose por Hungría o Escandinavia y utilizando el Ferrocarril Transiberiano y de ahí por mar.[214]

Para entonces, los que se quedaban en Alemania se concentraban abrumadoramente en Berlín. A pesar de que su situación era muy difícil, pudieron mantener cierta vida social y cultural, en buena medida gracias a la existencia de la Liga Cultural Judía, que publicaba libros y publicaciones periódicas, organizaba conciertos, obras teatrales y conferencias y proyectaba películas. Por supuesto, todo tenía que contar con la aprobación del dirigente nazi encargado de controlarla, Hans Hinkel, que prohibió a la Liga diseminar el patrimonio cultural «alemán». Bajo las condiciones restrictivas del período de guerra, continuar resultaba aún más difícil que antes, sobre todo fuera de Berlín.[215] Era la Asociación de los Judíos en Alemania [*Die Reichsvereinigung der Juden in Deutschland*] la que representaba los intereses generales de la comunidad judía en el Reich, habiéndole asignado el régimen, cumpliendo órdenes explícitas de Hitler, la tarea de ocuparse de la beneficencia, administrar la educación y el aprendizaje, organizar la emigración y encontrar empleos para los miembros de la comunidad judía donde fuera posible. En enero de 1939, la Liga Cultural se había integrado de manera efectiva en la Asociación por orden de los nazis, en buena parte con objeto de que esta última pudiese disponer de los recursos financieros de la Liga para destinarlos a la emigración judía. Se formó un nuevo comité ejecutivo, compuesto por representantes de la Asociación y de las congregaciones religiosas judías de Berlín y Viena. No obstante, pese a que sus fondos se vieron reducidos, la calidad de las propuestas de la Liga se mantuvo elevada, con representaciones de obras teatrales francesas clásicas de Molière y otros autores, sinfonías de Mahler y Tchaikovsky y grupos de música de cámara en ciudades de provincias para espectadores judíos. Para quienes

profesaban la fe judía, la vida religiosa también siguió adelante, si bien a una escala obviamente reducida después de la destrucción de las sinagogas en el pogromo del 9 y 10 de noviembre de 1938.[216]

En el Reich no se establecieron guetos como tales, pero en el curso de 1940 y 1941 comenzaron los desalojos de judíos de sus hogares y su traslado a «casas de judíos» [*Judenhäuser*], donde eran obligados a residir en condiciones de hacinamiento cada vez peores, un eco de lo que les estaba ocurriendo simultáneamente a una escala muy superior y de una forma mucha más despiadada a los judíos en la Polonia ocupada. Basándose en una ley del 30 de abril de 1939 que permitía a los propietarios de viviendas desalojar a los inquilinos judíos si había disponible un alojamiento alternativo, los municipios empezaron a concentrar a la población judía, utilizando los nuevos poderes creados por la misma ley para obligar a los propietarios de viviendas judíos a aceptar inquilinos judíos. En muchos casos, el alojamiento alternativo se encontró en cuarteles y edificios abandonados: en Müngersdorf, cerca de Colonia, se alojó a 2.000 judíos en un recinto fortificado en ruinas, veinte en cada habitación. Tras el estallido de la guerra se crearon unos 38 de esos «campos residenciales». La guerra trajo también consigo la confiscación de todos los aparatos de radio pertenecientes a judíos alemanes, a los que siguieron en 1940 los teléfonos. Sus ingresos ya por entonces precarios se gravaron con nuevos impuestos. Les retiraron las cartillas de racionamiento para zapatos, ropa y tejidos. Una gran cantidad de normas policiales y decretos nuevos hicieron su vida más difícil y aumentaron sus posibilidades de incurrir en faltas. Inmediatamente después de la ruptura de las hostilidades, los judíos alemanes quedaron sujetos al toque de queda y se impusieron restricciones severas en las horas durante las cuales ellos podían hacer sus compras. Únicamente tenían permitido comprar provisiones en momentos concretos en determinadas tiendas regentadas por arios (ya no quedaban tiendas regentadas por judíos). Recibían menos alimentos y prendas de vestir que los no judíos y tenían prohibido comprar chocolate. Himmler anunció en octubre de 1939 que cualquier judío que contraviniese alguna norma, no siguiese alguna instrucción o mostrase la menor resistencia al Estado y sus disposiciones sería detenido y recluido en un campo de concentración. Los

poderes de la policía y otras autoridades para hostigar y perseguir a los judíos se incrementaron consiguientemente: en la ciudad renana de Krefeld, por ejemplo, las causas judiciales que implicaban a judíos, que habían constituido el 20 por 100 de todas las causas, se elevaron hasta el 35 por 100 tras el estallido de la guerra. Y en la primavera de 1941 Himmler anunció que cualquier judío confinado en un campo de concentración permanecería en él mientras la guerra prosiguiera.[217]

Ya en octubre de 1940 Hitler ordenó personalmente la deportación de dos grupos específicos de judíos alemanes que vivían en el suroeste de Alemania, en los estados de Baden, el Sarre y el Palatinado. La Oficina Central de Seguridad del Reich se encargó de ejecutar la operación. Se detuvo a los judíos recurriendo a las listas que la policía había recopilado y los hicieron subir a autobuses. Se les permitía llevar consigo una maleta de 50 kilos, ropa de cama y alimentos. Cada uno podía llevar un máximo de 100 Reichsmarks; tenían que abandonar sus viviendas, el mobiliario y los objetos de valor, los cuales quedaban en manos del Reich. La misma suerte había corrido ya la población judía de Alsacia-Lorena el 16 de julio de 1940, cuando ésta fue ocupada por los alemanes después de la derrota francesa. El Sarre, el Palatinado y Alsacia-Lorena iban a quedar unidos para constituir un solo distrito nuevo del Partido Nazi, que estaría «libre de judíos» por completo. Toda esa población fue transportada al otro lado de la frontera francesa y arrojada en campos situados en la zona no ocupada; a muchos de ellos los trasladaron más tarde al Gobierno General. Las autoridades francesas prometieron que al resto lo deportarían en breve a la colonia francesa de Madagascar. Por el momento, aquéllos eran los únicos judíos deportados desde territorio alemán, junto con los habitantes judíos de Schneidemühl y Stettin, a quienes se había trasladado a la fuerza hasta Lublin el mes de febrero anterior, y los judíos trasladados de Viena y el Protectorado del Reich a Nisko.[218]

Junto con la población judía que permanecía en el resto de Alemania, había además un grupo significativo de personas definidas como «de raza mixta», es decir, mitad judías o judías en una cuarta parte. Quedaban sujetas a algunas de las medidas discriminatorias que los nazis introdujeron durante los seis años anteriores, pero no a todas ellas. No podían desempeñar

empleos pagados con fondos públicos, incluyendo la enseñanza en las escuelas y la administración local, pero sí podían, por lo menos hasta 1941, servir en el ejército; si se trataba de personas medio judías no podían casarse con alguien que no fuese judío, y si practicaban la religión judía quedaban clasificadas como totalmente judías. Por otra parte, un judío que estuviera casado con alguien que no lo fuera podía eludir la mayoría de las políticas antisemitas del régimen siempre que la pareja tuviese hijos que no se hubiesen educado en la fe judía; e incluso si no tenían hijos quedaban exentos hasta cierto punto en la medida en que no practicaran la fe judía.[219] Una pareja de esas características era la formada por Victor Klemperer, un catedrático de literatura francesa jubilado, y su esposa, Eva, una ex pianista que no era judía, cuyas vidas en aquel período se pueden reconstruir con gran detalle gracias a que no se perdieron los diarios profusos de Klemperer. Aparentemente, éste había perdido su empleo no porque fuese judío, sino porque su puesto había sido declarado superfluo, de forma que disponía de una pequeña pensión para vivir. En 1939 dejaron de permitirle utilizar las bibliotecas de Dresde, donde residía, se le impidió el acceso a la mayor parte de los centros públicos de la ciudad y tenía que llevar una tarjeta de identidad judía con el nombre de «Israel» añadido al suyo propio. Escribir sus memorias y sus diarios y ocuparse de su casa y su jardín en Dölzschen, un suburbio de Dresde, eran prácticamente las únicas actividades a su alcance. También se dedicó a recopilar una lista de las expresiones lingüísticas del nazismo, que él denominaba LTI, *Lingua Tertii Imperii*, la lengua del Tercer Reich. Confiaba con regularidad sus manuscritos y diarios a una amiga que no era judía, Annemarie Köhler, una doctora que dirigía una clínica en Pirna, en las afueras de Dresde.[220]

La guerra tuvo un impacto escaso en Klemperer al comienzo. La Gestapo registró su casa en busca de aparatos de radio y libros prohibidos, pero los agentes se condujeron de forma bastante correcta y el problema principal que tuvo que afrontar fue el peso desmesurado de los impuestos especiales que el gobierno le impuso por ser judío. Sin embargo, el 9 de diciembre de 1939 le notificaron que él y su esposa tendrían que arrendar su casa a un verdulero de la zona, que allí mismo abriría una tienda, y trasladarse a dos habitaciones en una casa especial en la ciudad reservada

para judíos, que compartirían junto con otras familias. De acuerdo con los términos del contrato de arrendamiento, a los Klemperer no les permitían aproximarse a su antigua casa y el verdulero podía ejercer su derecho de preferencia sobre la venta de la misma, fijada en 16.600 Reichmarks, una suma que Klemperer consideraba ridículamente baja. No transcurriría mucho tiempo antes de que el nuevo ocupante empezase a buscar un pretexto para hacer efectiva la venta. Entretanto, en la casa de judíos, en el 15 B de la Caspar David Friedrich Strasse, una casa no adosada «completamente llena de personas que compartían la misma suerte», Klemperer se sentía molesto «por la incesante intromisión quisquillosa de los extraños», y por la ausencia de sus libros, la mayor parte de los cuales se había visto obligado a guardar en un almacén. Perdió los estribos y se enzarzó en una «agria trifulca» con otro residente de la casa, que le acusaba de utilizar demasiada agua.[221]

Los Klemperer salían a la calle para hacer largos paseos siempre que podían, si bien ir a comprar era una humillación permanente («siempre se me hace espantoso mostrar la tarjeta J»). Sin embargo, cuando las empresas no judías pusieron fin a los repartos a domicilio, no le quedó más remedio que ir a las tiendas para comprarlo todo, hasta la leche. La vida de los Klemperer prosiguió así durante buena parte de un año hasta que, en junio de 1941, se produjo el desastre. Cuidadoso hasta el exceso, con una atención a los detalles que constituía una de las cualidades que hacen tan valiosos sus diarios, Klemperer había sobrevivido hasta ese momento en buena parte gracias a su escrupulosidad extrema en la observancia de todas las normas y reglamentos a que los judíos estaban sometidos en el Tercer Reich. «A lo largo de diecisiete meses de guerra —escribió— siempre habíamos apagado u ocultado las luces con el mayor cuidado». Pero una noche de febrero, Klemperer había regresado de un paseo después de que anocheciera y se había dado cuenta de que había olvidado cerrar las contraventanas para ocultar la luz; los vecinos se habían quejado a la policía por la luz que procedía de su cuarto, la policía había dado parte del incidente y a Klemperer lo condenaron a pasar ocho días en prisión. Él jamás había oído de nadie a quien hubiesen encarcelado por una infracción cometida por primera vez contra las normas para ocultar o apagar las luces

por la noche en previsión de bombardeos aéreos. «No cabía duda de que se lo debía exclusivamente a la J de mi tarjeta de identidad». El 23 de junio de 1940, después de que se rechazara su petición de perdonar o rebajar la pena, se presentó en la comisaría de policía para cumplir la sentencia. Abajo, en el mundo subterráneo de las celdas, le confiscaron los libros que había llevado consigo para pasar el rato, junto con sus gafas para leer, y los celadores, dirigiéndose a él a gritos para que se apresurase, lo condujeron a la celda 89, amueblada con una cama plegable y una mesa, algunos cubiertos y vajilla, un lavabo, toalla y jabón, y un retrete (de cuya cadena tiraban un par de veces al día desde fuera). El tiempo se le hizo una eternidad, «el vacío y la inmovilidad horribles de las 192 horas». Consciente del hecho de que se encontraba allí en buena parte por su condición de judío, comenzó a preguntarse si saldría vivo.[222]

## V

Los judíos y los polacos no eran los únicos objetivos de la radicalización de la política racial nazi y sus prácticas en los primeros dos años de la guerra. Los más o menos 26.000 gitanos de Alemania también estaban incluidos en los planes desarrollados por los nazis para la reorganización racial de Europa central y centro-oriental en el curso de la invasión de Polonia. Himmler, en septiembre de 1939, persuadido por el criminólogo Robert Ritter de que los gitanos de raza mixta en especial representaban una amenaza para la sociedad, había dado instrucciones a todas las oficinas de la Policía Criminal en las regiones para que crearan una sección al efecto para ocuparse del «problema gitano». Emitió una orden que prohibía a los gitanos contraer matrimonio con «arios», y alojó a unos 2.000 gitanos en campos especiales.[223] Con el comienzo de la guerra, Heydrich prohibió a los gitanos ejercer sus oficios itinerantes en la proximidad de las fronteras occidentales de Alemania. Ya antes, algunas autoridades locales en esas áreas habían tomado la iniciativa y expulsado a los gitanos de sus distritos, expresando el temor, tradicional en tiempos de guerra, de que los gitanos actuaran como espías; también estaban apartando por las mismas razones a los gitanos reclutados por el ejército.[224] En noviembre de 1939 se impidió

legalmente a las gitanas adivinar la fortuna, so pretexto de que estaban difundiendo predicciones falsas acerca del final de la guerra (cuya fecha obviamente interesaba vivamente a muchos de los alemanes que les consultaban). A algunas las encarcelaron por esa razón en el campo de concentración para mujeres de Ravensbrück. Ya en diciembre de 1938, Himmler había hablado de «la solución final de la cuestión gitana», y con este fin Heydrich informó a sus subordinados principales el 21 de septiembre de 1939 de que, al igual que los judíos, los gitanos debían ser deportados desde Alemania al este de Polonia. Ordenaron a los gitanos de Alemania quedarse donde estuvieran, so pena de acabar en un campo de concentración, mientras se confeccionaba un censo; posteriormente, quedaba permitida cierta movilidad limitada, esencial si los gitanos tenían que continuar ganándose la vida, pero no se trataba precisamente de un privilegio.[225]

Entretanto, en enero de 1940, Himmler empezó a planificar en detalle la expulsión de los gitanos, a los que habían congregado y alojado en campos de tránsito. En mayo de 1940 introdujeron en trenes a unos 2.500 de ellos y los trasladaron al Gobierno General desde un total de siete centros de embarque en Renania, Hamburgo, Bremen y Hannover. Se les permitió llevar una cantidad limitada de equipaje y les procuraron alimentos y atención médica, pero los bienes y pertenencias que dejaron tras ellos terminaron por ser requisados y confiscados. A su llegada al Gobierno General, los dispersaron en ciudades, aldeas y campos de trabajo; un tren incluso se detuvo en plena campiña, donde los guardias arrojaron a los gitanos y los abandonaron a su suerte. Muchos murieron por desnutrición, especialmente en las duras condiciones de los campos, y algunos perecieron en una matanza en las inmediaciones de Radom. Sin embargo, en la mayoría de casos podían moverse libremente, y un amplio número de ellos encontró alguna clase de trabajo. Muchos utilizaron la oportunidad de regresar a Alemania, donde por lo general los detenían pero no eran devueltos a Polonia. No obstante, al igual que las deportaciones planeadas de los judíos, la expulsión de los gitanos no tardó en interrumpirse; Frank se había opuesto a que se mantuviesen las deportaciones en masa con destino al Gobierno General, y la supuesta necesidad militar de alejarlos de las

fronteras occidentales del Reich desapareció tras la conquista de Francia. Para entonces, los gitanos que permanecían en Alemania seguían donde estaban. Para los programas de trabajos forzados reclutaban a un número cada vez mayor de los que estaban en buenas condiciones y eran capaces.[226]

Como los judíos, los gitanos de Alemania habían sufrido un deterioro drástico de su situación desde que la guerra diera comienzo. Veían con claridad que su futuro a largo plazo no estaba en Alemania, y que cuando su deportación en masa ocurriera finalmente, se llevaría a efecto por medio de la violencia, la crueldad y el asesinato. Los intereses contrapuestos en Polonia, unidos a una situación bélica rápidamente cambiante, habían echado el freno de forma temporal a las expulsiones y les habían dado un respiro. Con todo, seguía vigente la intención manifiesta de Hitler de desembarazar al Reich de todos los judíos y gitanos que habitaban en él. Su plena realización únicamente podía ser una cuestión de tiempo.

# «VIDA INDIGNA DE SER VIVIDA»

## I

El 22 de septiembre de 1939, en la Polonia ocupada, una unidad de las SS surgida de un grupo paramilitar de las SS y la policía que contaba en total con 500 o 600 hombres y cuya fundación en Danzig corrió a cargo de Kurt Eimann, un cabecilla local de las SS, hizo subir a un camión a un grupo de pacientes del hospital psiquiátrico de Conradstein (Kocborowo) y los condujo a un bosque cercano, un campo de la muerte donde muchos miles de polacos ya habían muerto fusilados por los alemanes. Todavía vestidos con la indumentaria del hospital psiquiátrico, algunos de ellos incluso con las camisas de fuerza puestas, las SS los pusieron en fila junto a una zanja, donde los agentes de la Gestapo del Antiguo Reich les pegaron un tiro en la nuca de uno en uno. Los pacientes con trastornos mentales fueron cayendo a la zanja a medida que los ejecutaban y los paramilitares cubrieron sus cuerpos con una capa fina de tierra. Durante las semanas que siguieron llegaron más camiones cargados con pacientes del mismo hospital psiquiátrico, que sufrirían la misma suerte, hasta haber dado muerte a unos 2.000 pacientes. A sus parientes les decían que habían trasladado a otros hospitales a las víctimas, pero lo que sucedía era lo contrario, y trasladaban hasta Conradstein para ejecutarlos a niños discapacitados psíquicos y físicos procedentes de establecimientos en Silberhammer (Srebrzysk), Mewe (Gniew) y Riesenburg (Probuty). Lo mismo ocurría también en otros lugares. En Schwetz (Swiece) y Konitz (Chojnice), unidades policiales alemanas y brigadas de autoprotección de los habitantes de ascendencia alemana llevaron a cabo los asesinatos, mientras en noviembre de 1939

pacientes procedentes de Stralsund, Treptow an der Rege, Lauenburg y Ückermünde fueron llevados a Neustadt en Prusia Occidental (Wejherowo) y fusilados.[227]

En el Wartheland, Greiser, gobernador de la región, mandó vaciar de pacientes tres hospitales psiquiátricos importantes y ordenó matar a los que fueran polacos o judíos. A muchos de ellos los fusilaron miembros del grupo operativo VI de las SS. Sin embargo, a los pacientes del hospital de Treskau (Owińska) les tenían reservado un destino especial. Los trasladaron a Posen y los hacinaron en una sala cerrada en el recinto fortificado que servía como cuartel local de la Gestapo. Allí los intoxicaron con el gas de monóxido de carbono que escapaba de unos botes. Fue la primera vez en la historia en que se empleó una cámara de gas para el asesinato en masa. En el recinto fortificado se practicaron nuevas matanzas; en una ocasión, en diciembre de 1939, el propio Himmler acudió como observador. A comienzos de 1940, esta campaña de matanzas finalizó con el transporte de más pacientes con trastornos mentales a Kosten (Kościan), en el Wartheland, donde los metieron en cámaras de gas montadas en la parte trasera de los camiones, los trasladaron a la campiña y los asfixiaron. En total, cuando la actividad inicial hubo concluido, en enero de 1940, habían fallecido unos 7.700 pacientes de hospitales psiquiátricos y establecimientos para discapacitados psíquicos y físicos, junto con prostitutas de Gdingen (Gdynia) y Bromberg (Bydgoszcz) y gitanos de Preussisch-Stargard (Starograd).[228] Esos episodios difícilmente se podían mantener en secreto. El doctor Klukowski tuvo noticia de las matanzas en febrero de 1940. «Cuesta dar crédito a algo tan espantoso como esto», escribió.[229]

Las matanzas prosiguieron en el transcurso de los meses siguientes. En mayo y junio de 1940 trasladaron desde un centro psiquiátrico en Prusia Oriental, en Soldau, a 1.558 alemanes y alrededor de 300 polacos a los que asesinaron con camiones de gas en una acción organizada por Herbert Lange, que continuó asesinando por el mismo procedimiento a muchos otros cientos de pacientes en los territorios incorporados. Los hombres de Lange recibían una gratificación especial de 10 Reichsmarks por cada paciente al que mataran. Las matanzas se ampliaron incluso a los pacientes

con trastornos mentales en el gueto de Lódź, donde una comisión médica alemana sacó a cuarenta de ellos para que los fusilaran en un bosque de las inmediaciones en marzo de 1940 y a otra tanda el 29 de julio de 1941. Las condiciones en el gueto eran para entonces tan espantosas que, pese a todo, las familias judías suplicaban al hospital que admitiera a sus parientes con enfermedades mentales, aun si eran perfectamente conscientes de los riesgos que ello comportaba. En total, Eimann, Lange y sus hombres acabaron con la vida de un número sensiblemente superior a 12.000 pacientes en esas distintas operaciones.[230] Sin embargo, aunque esas muertes tuvieran lugar en el contexto de una guerra en la cual serían muchos más los miles de polacos y judíos que morirían fusilados por unidades del ejército alemán, por grupos operativos de la Seguridad de las SS y por milicias compuestas por individuos de ascendencia alemana, sobresalen como cualitativamente diferentes. En Posen, la necesidad de liberar espacio para alojar a unidades del ala militar de las SS [Waffen SS] pudo haber desempeñado un rol en este asunto, y en ciertos casos el alojamiento liberado por los asesinatos se ponía a disposición de colonos alemanes procedentes del Báltico. Sin embargo, por lo general, esas consideraciones prácticas tenían una importancia tan sólo secundaria, o de hecho no servían más que como coartada para justificar esas acciones apelando a criterios aparentemente racionales. El espacio que las matanzas dejaban libre no guardaba relación alguna con el número de colonos que llegaban del este. Las razones reales para las matanzas no eran de orden práctico o instrumental sino ideológico.[231] Tampoco la seguridad brindaba ninguna justificación convincente para los asesinatos. A diferencia de los intelectuales polacos, no cabía considerar que las víctimas representasen una amenaza para la ocupación alemana o para la germanización de la región a largo plazo. Precisamente, los pocos pacientes de los hospitales psiquiátricos a quienes se consideraba capaces de trabajar eran perdonados y expedidos a Alemania. Los demás eran un «lastre social», una «vida indigna de ser vivida», y había que acabar con ellos lo más rápidamente posible.[232]

## II

Como sugiere la visita de Himmler para presenciar los asesinatos en el recinto fortificado de Posen, los mandatarios nazis estaban muy al tanto de lo que estaba en marcha, y en realidad procuraron el impulso ideológico necesario para que aquello diese inicio. Influido por los textos de los partidarios radicales de la eugenesia, Hitler había considerado como muy tarde desde mediados de los años veinte que la salud racial y la eficacia militar de Alemania requerían eliminar a los «degenerados» de la cadena hereditaria. «Si Alemania tuviera un millón de niños cada año —había manifestado en la concentración masiva del partido en Núremberg en 1929 — y eliminara a 70.000 u 80.000 de los más débiles, entonces tal vez el resultado final sería de veras un aumento de la fortaleza de Alemania».[233] El 14 de julio de 1933, el régimen había introducido la esterilización obligatoria para los alemanes considerados portadores de taras hereditarias, incluyendo «debilidad mental moral», un criterio impreciso que podía englobar muchas clases diferentes de desviación social. Cuando estalló la guerra eran ya unas 360.000 las personas esterilizadas.[234] En 1935 se legalizó además el aborto por motivos eugenésicos.[235] Sin embargo, Hitler había empezado ya con bastante anterioridad a planear una acción incluso más radical. Según Hans-Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, Hitler había pensado en añadir una disposición a la Ley de 14 julio de 1933 para matar a los pacientes con trastornos mentales, pero la archivó porque resultaría demasiado controvertida. No obstante, en 1935, como recordaba su doctor, Karl Brandt, Hitler le había contado a Gerhard Wagner, médico jefe del Reich, que aplicaría esa medida en tiempo de guerra, «cuando el mundo entero pone su mirada en los actos de guerra y el valor de la vida humana en cualquier caso pesa menos en la balanza». A partir de 1936, los médicos de las SS empezaron a ser designados en un número cada vez mayor como directores de establecimientos psiquiátricos, al tiempo que se presionaba a los establecimientos dirigidos por la Iglesia para que trasladasen a sus pacientes a otros centros seculares. A finales de 1936 o comienzos de 1937 se creó en la Cancillería del Führer un Comité secreto del Reich para Asuntos de Salud Hereditaria, en un principio con miras a

elaborar una legislación para un Tribunal del Reich de Salud Hereditaria. Por entonces, también *Das Schwarze Korps*, el semanario de las SS, instaba abiertamente a acabar con «la vida indigna de ser vivida», mientras que existen evidencias de que algunos dirigentes a nivel regional empezaron los preparativos para el asesinato de los pacientes ingresados en sus territorios. Todo ello sugiere que los preparativos serios para matar a los discapacitados dieron comienzo en esa época. Únicamente faltaba la perspectiva de la guerra inminente para llevarlos a la práctica.[236]

Esa perspectiva terminó por cumplirse en el verano de 1939. Ya en mayo, mientras los preparativos de la guerra con Polonia estaban en marcha, Hitler había establecido disposiciones administrativas para matar a los niños con enfermedades mentales bajo la égida del Comité del Reich para Asuntos de Salud Hereditaria, que había pasado a denominarse más apropiadamente Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Hereditarias y Congénitas Graves. Un precedente, o excusa, se encontró en una petición que elevó a Hitler el padre de un recién nacido que había venido al mundo en febrero de 1939 sin una pierna ni parte de un brazo y aquejado de convulsiones. El padre quería que pusieran fin a la vida del pequeño, pero el doctor del hospital de Leipzig a quien se había dirigido en primera instancia se había negado a hacerlo porque ello habría supuesto que lo acusaran de asesinato. Hitler ordenó a Brandt, quien fue informado mediante un dossier elaborado por la Cancillería del Führer, el secretariado personal de Hitler, ir a Leipzig y poner fin a la vida del niño tras confirmar el diagnóstico y consultar con los colegas médicos que allí ejercían. Brandt no tardó en informar a Hitler de que había obligado a los médicos del centro a acabar con la vida del pequeño el 25 de julio de 1939. Hitler pidió entonces formalmente a Brandt que se responsabilizara, junto con el jefe de la Cancillería del Führer, de la preparación de un programa amplio para matar a los niños con discapacidades psíquicas o físicas. El médico personal de Hitler, Theo Morell, que participó estrechamente en el proceso de planificación, sugirió que los padres de los niños asesinados preferirían escuchar que su muerte se había producido por causas naturales. Como fase final del proceso de planificación, el jefe de la Cancillería del Führer, Philipp Bouhler, un nazi de larga trayectoria que contaba treinta y nueve

años de edad y había reforzado la oficina con el paso de los años extendiendo la influencia de la misma en muchas áreas del gobierno mencionadas en las miles de peticiones dirigidas a Hitler que debía atender, invitó a entre quince y veinte médicos, muchos de los cuales eran jefes de centros psiquiátricos, a una reunión para discutir el programa planificado de matanzas. Aunque comenzaría con niños, Hitler, Bormann, Lammers y Leonardo Conti, el responsable de la Oficina de Salud del Partido y «jefe del Área de Salud del Reich» a partir del fallecimiento del médico jefe del Reich, Gerhard Wagner, el 25 de marzo de 1939, decidieron que el propio Conti se encargase de extender el programa también a los adultos. Ahora que se había tomado la decisión de acabar con los enfermos mentales y los discapacitados, un decreto fechado el 31 de agosto de 1939 daba por oficialmente concluido el programa de esterilización en todos los casos salvo algunas excepciones.[237]

La Cancillería del Führer era, desde el punto de vista de Hitler, el lugar ideal para planificar y poner en marcha el programa de matanzas. Su propia oficina personal, la cual ni estaba subordinada al partido, a diferencia de la Cancillería del Partido, ni era parte de la administración pública, a diferencia de la Cancillería del Reich, permitía mantener en secreto las deliberaciones sobre la «eutanasia» mucho más fácilmente de lo que habría sido posible en el marco burocrático más formal de cualquiera de las otras dos instituciones. Morell presentó a Hitler un memorándum acerca de la posibilidad de legalizar formalmente el asesinato de los discapacitados, y Hitler dio su aprobación personal a la idea. Siguiendo instrucciones de la oficina de Bouhler, la Comisión oficial del Ministerio de Justicia sobre la Reforma del Derecho Penal preparó un anteproyecto legislativo que suprimía las sanciones penales por acabar con la vida de quienes padecieran enfermedades mentales incurables y se encontraran recluidos en establecimientos. Durante muchos meses continuaron las arduas discusiones en el seno de las administraciones legales, médicas y eugenésicas mientras el anteproyecto se corregía y depuraba. Pero a Hitler estas deliberaciones aparentemente inacabables le parecían demasiado lentas y demasiado académicas. Al igual que los demás anteproyectos de la Comisión, la legislación propuesta terminó por quedar archivada.[238]

Impacientado por estos retrasos, Hitler accedió a la insistencia de Bouhler para que la responsabilidad de las muertes, entonces en manos de Conti, se trasladara de nuevo a la Cancillería del Führer, y firmó una orden en octubre de 1939 encargando a Bouhler y Brandt «ampliar los poderes de los doctores cuyo nombre se indique, de manera que a aquellos enfermos a quienes humanamente se considere incurables, de acuerdo con la evaluación más cuidadosa del estado de su enfermedad, se les conceda una muerte piadosa». Aunque no se tratara de un decreto formal, esta orden poseía efectivamente fuerza de ley en una forma de gobierno en la que destacados expertos constitucionales llevaban tiempo sosteniendo que hasta las declaraciones verbales de Hitler eran legalmente vinculantes. No obstante, a modo de precaución, presentaron la orden al ministro de Justicia del Reich, Gürtner, con objeto de anticiparse a cualquier acción judicial; pero aparte de darla a conocer a unos cuantos individuos escogidos que participaban en el programa, por lo demás la orden se mantuvo en secreto. Para dejar claro que la misma se introducía a consecuencia de la mayor necesidad de purificar la raza alemana que imponía la guerra, Hitler le puso como antedata el 1 de septiembre de 1939, el día en que estalló la guerra.[239]

Cuando Hitler firmó la orden, en Polonia ya estaba en marcha el asesinato de pacientes adultos; pero no hubiese dado comienzo allí de no haber estado al corriente los gobernadores de las regiones de Pomerania, Danzig-Prusia Occidental y Prusia Oriental de las decisiones que ya se habían tomado en Berlín. En la propia Alemania, el programa se centró en un principio en los niños. El Comité secreto del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Hereditarias y Congénitas Graves, integrado en la Cancillería de Bouhler, ordenó el 18 de agosto de 1939 el registro obligatorio de todos los recién nacidos «con malformaciones».[240] Se encontraban incluidos los niños de corta edad con síndrome de Down, microcefalia, sin un miembro o afectados por deformidades en la cabeza o la columna vertebral, parálisis cerebral y estados similares, así como otros padecimientos cuya definición era poco precisa, como la «imbecilidad». Los doctores y las parteras recibían dos Reichsmarks por cada caso del que informasen a sus superiores, que mandaban listas de los pequeños afectados a un apartado de correos de Berlín, junto a la oficina de Bouhler. Tres

doctores tramitaban los informes en la Cancillería del Führer. Marcaban a continuación los formularios de ingreso con un + si había que matar al niño y los enviaban a la oficina pública de salud más cercana, desde donde se ordenaría entonces el ingreso del niño en una clínica pediátrica. Al principio se utilizaron cuatro clínicas, pero más tarde se establecieron muchas más, llegando a sumar un total de treinta.[241]

Todo este proceso de registro, transporte y muerte no se aplicó al principio a los bebés y los niños que ya se encontraran en hospitales o centros asistenciales, sino a los que vivían en casa, con sus padres. A éstos se les informaba de que los niños estarían bien atendidos, o también de que trasladarlos a una clínica especializada podía suponer su curación o al menos una mejora de su estado. Habida cuenta del sesgo hereditario de los diagnósticos, una gran parte de familias adolecía de escasos recursos y poca instrucción, y muchas de ellas estaban ya estigmatizadas como «asociales» o «hereditariamente inferiores». A quienes planteaban objeciones a que sus hijos tuviesen que abandonar el hogar familiar los amenazaban en ocasiones con retirarles las ayudas sociales si no accedían. En cualquier caso, a partir de marzo de 1941 se dejaron de pagar subsidios para niños discapacitados, y desde septiembre de 1941 se podía separar a la fuerza a los niños de los padres que se negasen a entregarlos. En algunos centros los padres tenían prohibido visitar a sus hijos con la excusa de que ello les haría más difícil habituarse a su nuevo entorno; otros, en cualquier caso, tenían difícil visitarlos, puesto que muchos de los centros estaban en áreas remotas y de difícil acceso mediante transporte público. Una vez ingresados por los servicios sociales y médicos, los niños quedaban alojados en salas especiales, separados de los demás pacientes. La mayoría de los centros de muerte cumplían su tarea dejando morir a los niños por inanición o administrándoles en las comidas dosis excesivas de un sedante, Luminal. Al cabo de unos pocos días, los niños empezaban a sufrir problemas respiratorios hasta acabar contrayendo una bronquitis o una neumonía. Unas veces, los médicos dejaban sin tratar estas enfermedades, otras, mataban a los niños con inyecciones letales o con morfina.[242]

Un maestro que tuvo ocasión de visitar la sala de matanzas del psiquiátrico de Eglfing-Haar en otoño de 1939 testificó más tarde que el director, Hermann Pfannmüller, un nazi de larga trayectoria y partidario de la eutanasia involuntaria durante muchos años, le dijo abiertamente que prefería dejar que los niños muriesen por causas naturales que matarlos con inyecciones, ya que esto podría provocar comentarios hostiles en el extranjero si se filtraban informaciones al respecto:

> Mientras pronunciaba esas palabras, [Pfannmüller] y una enfermera de la sala sacaron a un pequeño de su cuna. Presentándolo como si se tratase de un conejo muerto, pontificó con aires de entendido y una sonrisa de cínico algo como esto: «Con éste, por ejemplo, aún serán necesarios dos o tres días». Todavía puedo ver claramente la impresión que producía aquel hombre obeso y que sonreía con suficiencia con el esqueleto que gimoteaba en su mano carnosa, rodeado por otros niños famélicos. El asesino aclaró además que no retiraban el alimento de golpe, sino que iban reduciendo las raciones poco a poco.[243]

El programa continuó durante gran parte del resto de la guerra junto con otros procedimientos similares, acabando con la vida de un total de unos 5.000 niños. De manera gradual se fue elevando el límite máximo de edad para el traslado y el asesinato, primero hasta los ocho años, luego hasta los doce y finalmente hasta los dieciséis. En la práctica los hubo incluso mayores. Muchos de esos niños y adolescentes padecían pequeñas dificultades de una u otra clase más que serios trastornos del desarrollo.[244]

Una gran cantidad de funcionarios del área de salud y de médicos participaron en el plan, cuya naturaleza y propósito se conocieron así ampliamente en el cuerpo médico. Fueron pocos los que se opusieron. Incluso aquellos que sí lo hicieron y se negaron a tomar parte, no plantearon crítica alguna por una cuestión de principios. Durante muchos años, y no solamente desde 1933, el cuerpo médico, en especial en el campo de la psiquiatría, había estado convencido de que era legítimo considerar que una minoría de los discapacitados llevaba «una vida indigna de ser vivida», y que era necesario excluirlos de la cadena hereditaria para que no quedasen sin efecto todas las numerosas medidas adoptadas para mejorar la salud de la raza alemana bajo el Tercer Reich. Prácticamente todo el cuerpo médico tomó parte activa en el programa de esterilización, y de ahí a la eutanasia involuntaria ya sólo había un pequeño paso en la mente de muchos. Sus

ideas quedaron bien representadas en un artículo que se publicó en 1942 en la revista principal de los médicos alemanes, *Der neue Deutsch Arzt* [El nuevo médico alemán], sosteniendo que era tarea del cuerpo médico, sobre todo en tiempo de guerra, cuando muchos de los mejores y más valerosos de Alemania estaban muriendo en el campo de batalla, «aceptar la contraselección en su propia población». «La mortalidad infantil —proseguía el artículo— es un proceso de selección, y en la mayoría de los casos afecta a quienes tienen una constitución inferior». Era tarea de los doctores restablecer ese equilibrio de la naturaleza con su forma original. De no matar a los incurables, la salud de la mayoría de los enfermos y el fortalecimiento de la salud de la nación no serían posibles. Muchos de esos doctores implicados hablaban con orgullo de su trabajo incluso una vez acabada la guerra, manteniendo que habían estado contribuyendo al progreso de la humanidad.[245]

## III

La orden retroactiva de Hitler de octubre de 1939 para practicar la «eutanasia», con la cual se daba una apariencia pseudolegal a una decisión ya tomada a finales de julio, se aplicó no sólo a niños, sino también a adultos en hospitales e instituciones similares. La planificación para esta ampliación del programa de matanzas también dio comienzo con anterioridad a la guerra. El programa, conocido con el nombre en clave de «operación T-4» por la dirección donde se encontraba la Cancillería del Führer, Tiergartenstrasse 4, desde donde aquél era dirigido, se puso en manos de un alto funcionario de la Cancillería, Viktor Brack. Nacido en 1904, y por tanto contando entonces treinta y tantos años de edad, Brack, el hijo de un médico, era un perito agrónomo que se había encargado de la administración de la finca adyacente al sanatorio de su padre. Se unió al Partido Nazi en 1929 y se benefició del hecho de que su padre conocía a Heinrich Himmler y había asistido en el parto de uno de sus hijos. A principios de la década de 1930 trabajó con frecuencia como chófer de Himmler, antes de que lo nombrasen asistente y luego jefe de la oficina a las órdenes de Bouhler, trasladándose con él a Berlín. Brack era otro

partidario de la eutanasia involuntaria, declarando tras la guerra que aquélla se basaba en consideraciones humanitarias. Tales consideraciones no eran lo bastante sólidas en aquel tiempo como para anular su conciencia de que lo que estaba haciendo se podría considerar equivalente al asesinato, de manera que utilizó el pseudónimo «Jennerwein» al ocuparse del programa de matanzas, del mismo modo que su sustituto, Werner Blankenburg, que le sucedió en 1942 cuando Brack partió al frente para luchar, ocultó también su identidad (tras el pseudónimo «Brenner»).[246]

Brack no tardó en crear una burocracia completa para administrar la operación T-4, con la inclusión de organizaciones que servían de pantalla con nombres que sonaban inocuos para encargarse del registro, el transporte, el personal y los aspectos financieros de la operación. Puso al doctor Werner Heyde a cargo del área médica del programa.[247] Nacido en 1902, Heyde había combatido en una unidad de Freikorps en Estonia antes de reanudar sus estudios de medicina, de los que se graduó en 1926. No había duda de que lo unían fuertes lazos a la extrema derecha, y en 1933 Himmler le había encargado la realización de una evaluación psicológica de quien posteriormente estaría al mando del campo de concentración de Dachau, Theodor Eicke, tras la fuerte discusión de éste con el gobernador de la región de Palatinado, Josef Bürckel, que lo había puesto en manos de un psiquiátrico. La evaluación positiva de Heyde había complacido a Himmler, con cuyo respaldo contó desde ese momento. Tras ese encuentro, Heyde se afilió al Partido Nazi en mayo de 1933. En 1936 se convirtió en oficial de las SS. Durante la década de 1930, Heyde había tomado parte en tribunales médicos como especialista en casos de esterilización y también llevó a cabo evaluaciones de los prisioneros internados en los campos de concentración. Nombrado en 1932 para convertirse en miembro del profesorado de la Universidad de Würzburgo, se convirtió en asesor de la Gestapo en asuntos psiquiátricos, profesor en materia de enfermedades hereditarias (o en las que supuestamente lo fueran) y jefe de la rama local de la Oficina Político-Racial del Partido Nazi. En 1939 se convirtió en profesor titular de la universidad. He aquí, pues, un ejemplo de un médico

que había edificado su carrera en las áreas más ideológicas de la medicina nazi en vez de hacerlo de un modo más convencional. Parecía el candidato idóneo para administrar el programa de matanzas.[248]

Ya en la reunión clave con Bouhler a finales de julio de 1933, Heyde, Brandt, Conti y otros participantes en la planificación del plan de la eutanasia involuntaria para adultos habían empezado a discutir cuál era el mejor método para llevarlo a cabo. En vista de que Hitler quería matar a unos 70.000 pacientes, los métodos para matar utilizados con niños parecían demasiado lentos y a la vez podían despertar las sospechas de la gente. Brandt consultó a Hitler sobre el asunto, y posteriormente afirmó que cuando el Führer le había preguntado cuál era la manera más humana de matar a los pacientes, él había sugerido gasearlos con monóxido de carbono, un método que le habían planteado varios médicos y con el que se había familiarizado por las noticias de suicidios y accidentes domésticos publicadas en la prensa. La policía había investigado en profundidad esos casos, y por ello la oficina de Bouhler encargó a Albert Widmann, nacido en 1912, oficial de las SS y a la sazón el químico más brillante del Instituto Técnico-Criminal (o como diríamos nosotros, de Ciencias Forenses) de la Oficina de la Policía Criminal del Reich, que desarrollara la mejor manera de matar a un gran número de lo que, según le habían dicho, eran «bestias con forma humana». Él planteó la necesidad de una cámara hermética e hizo construir una en la vieja prisión de la ciudad de Brandenburg, vacía desde la construcción de un nuevo centro penitenciario en Brandenburg-Görden en 1932. Obreros de las SS construyeron una celda de 3 por 5 metros, con 3 metros de altura, revestida de azulejos y con aspecto de ser un cuarto de duchas de manera que disipase los temores de aquellos a quienes introdujeran en ella. Habían empotrado una tubería de gas a lo largo de la pared en donde unos agujeros permitían liberar el monóxido de carbono dentro de la cámara. Y como toque final, instalaron una puerta hermética con una ventanilla de cristal para ver lo que sucedía en el interior.[249]

Cuando estuvo terminada, probablemente en diciembre de 1939, en Posen ya se habían practicado gaseamientos y Himmler los había presenciado: no cabe duda de que el método era una sugerencia de Widmann o de alguno de sus colegas entre los oficiales de las SS locales, al

menos uno que poseyera estudios de química y se hallase en contacto con los químicos más eminentes del Antiguo Reich.[250] Un alto mando de la policía de Stuttgart, Christian Wirth, que se hallaba a las órdenes de Himmler, fue uno de quienes asistieron a la primera demostración de la intoxicación mediante gas en Brandenburg, en compañía de Bouhler, Brandt, Conti, Brack y algunos otros responsables y médicos de la oficina central de la T-4 de Berlín. De uno en uno fueron mirando por la ventanilla mientras se acababa con la vida de ocho pacientes en la cámara de gas con el monóxido de carbono administrado por Widmann, quien les explicó cómo medir la dosis correcta. Todos se mostraron de acuerdo. Algunos otros pacientes, a quienes Brandt y Conti habían administrado inyecciones teóricamente letales, no murieron de inmediato —más tarde fueron gaseados—, y por eso se concluyó que el procedimiento de Widmann era más rápido y efectivo. A la cámara de gas de Brandenburg, que entonces entró en servicio frecuente y se siguió utilizando para matar a los pacientes hasta septiembre de 1940, no tardaron en sumarse otras cámaras de gas construidas en el psiquiátrico de Grafeneck (Württemberg), las cuales estuvieron en funcionamiento desde enero hasta diciembre de 1940, Hartheim, cerca de Linz, que abrió en mayo de 1940, y Hadamar, en Hesse, que se puso en marcha en diciembre de 1940, sustituyendo a Grafeneck. Se trataba de antiguos hospitales de los que se hizo cargo la T-4 para su empleo exclusivo como centros de muerte; también entraron en funcionamiento otras cámaras de gas en hospitales donde se mantenían las funciones anteriores; en Sonnenstein, en Sajonia, que entró en funcionamiento en junio de 1940, y Bernburg, junto al río Saale, que inició su actividad en septiembre del mismo año sustituyendo a la instalación original en Brandenburg.[251]

Cada centro era responsable de matar a los pacientes de una región concreta. Los psiquiátricos y establecimientos para discapacitados estaban obligados a mandar información a la oficina de la T-4 adjuntando los formularios de ingreso de pacientes de larga estancia, esquizofrénicos, epilépticos, sifilíticos incurables, pacientes con demencia senil y dementes peligrosos, y los que sufrieran encefalitis, la enfermedad de Huntington y «cualquier clase de debilidad mental» (categoría ésta ciertamente muy

amplia e imprecisa). Muchos de los médicos de esas instituciones desconocían, al menos al principio, el propósito de esa práctica, pero el mismo no tardaría en hacerse evidente. Quienes valoraban los formularios eran médicos sin experiencia y políticamente fiables que contaban con la aprobación de los responsables locales del Partido Nazi —muy pocos de los recomendados a la oficina de la T-4 se negaron a desempeñar el papel que les habían asignado—, y a continuación los formularios se sometían a un equipo de altos responsables. El criterio clave no era de orden médico, sino económico: ¿era o no capaz el paciente de desarrollar un trabajo productivo? Esta pregunta desempeñaría un rol crucial en otras futuras operaciones de matanza, y fue también fundamental en las valoraciones que hacían los médicos de la T-4 cuando visitaban los establecimientos que no les habían remitido los formularios de ingreso. No obstante, tras esta valoración económica asomaba claramente el elemento ideológico presente en el programa: a juicio de la oficina T-4, se trataba de individuos que tenían que ser eliminados de la raza alemana en aras del rejuvenecimiento permanente de ésta; y por esa razón las muertes incluían también, por ejemplo, a los epilépticos, a los sordomudos y a los ciegos. Sólo quedaban exentos los veteranos de guerra condecorados. Sin embargo, en la práctica todos estos criterios eran en gran medida arbitrarios, puesto que los formularios apenas aportaban detalles concretos y se cumplimentaban con gran rapidez y en gran número. Hermann Pfannmüller, por ejemplo, evaluó a más de 2.000 pacientes entre el 12 de noviembre y el 1 de diciembre de 1940, o un promedio diario de 121, mientras que al mismo tiempo desarrollaba sus tareas como director del hospital público en Eglfing-Haar. Otro experto, Josef Schreck, cumplimentó 15.000 formularios desde abril de 1940 hasta el final de ese año, en ocasiones procesando hasta 400 por semana, lo que también se sumaba a sus otras responsabilidades en el hospital. Ninguno de ellos pudo haber utilizado más de un par de segundos para tomar la decisión sobre la vida o la muerte en cada caso.[252]

Los formularios, cada uno de ellos marcado por tres especialistas con poca experiencia con un signo + en rojo para la muerte, un signo – de color azul para la vida o (de forma ocasional) un interrogante para seguir estudiando el caso, se remitían a uno de los tres médicos responsables para

que los confirmase o rectificase. Su decisión era definitiva. Cuando los formularios completados eran devueltos a la oficina de la T-4, los nombres de los pacientes seleccionados para morir se remitían a la oficina de transporte de la T-4, que enviaba una notificación a los centros donde se encontraran esos pacientes y les mandaba a un funcionario para disponer los preparativos necesarios. Las listas eran confeccionadas de un modo tan arbitrario que en muchas ocasiones incluían a pacientes a quienes los directores de los centros valoraban como buenos trabajadores, no siendo infrecuente que otros pacientes los sustituyesen en ese mismo momento para completar la cuota exigida. También había que dar parte de los pacientes que no fuesen ciudadanos alemanes o no fuesen de «sangre germánica o emparentada con ella». Esto apuntaba en primer lugar a los pacientes judíos, que se encontraban sujetos a una orden especial emitida el 15 de abril de 1940: en el transcurso de los dos años y medio siguientes se trasladó y gaseó a unos mil pacientes judíos, o más adelante se les trasladó a la Polonia ocupada y allí se acabó con su vida pretextando que los empleados arios habían estado quejándose de ellos y no cabía esperar que les prodigaran sus cuidados. Los directores de los hospitales psiquiátricos, como Hermann Pfannmüller el 20 de septiembre de 1940, declararon con orgullo a su debido momento que su establecimiento ya estaba «libre de judíos» después de haber matado o trasladado al último de los pacientes judíos ingresados.[253]

El procedimiento era más o menos el mismo para todas las categorías de pacientes escogidos para mandarlos a la muerte. El día señalado llegaban para transportar a los pacientes unos autobuses grises, del tipo de los utilizados por el servicio postal para proporcionar transporte público en las áreas rurales. Aunque los médicos de la T-4 y los funcionarios no cesaban de afirmar que esos pacientes eran dementes e incapaces tanto de tomar decisiones propias como de darse cuenta de las cosas, éste no era en absoluto el caso de la gran mayoría de quienes eran seleccionados como supuestos «deficientes mentales». En un primer momento algunos pacientes veían con buenos ojos la distracción que la llegada de los autobuses producía, creyendo a los empleados que les aseguraban que se marchaban de excursión. Pero muchos se percataban demasiado bien de que los

conducían a la muerte. Los médicos y el personal de enfermería no siempre se tomaban la molestia de engañarlos, y pronto empezaron a correr rumores por los psiquiátricos y los centros asistenciales de Alemania. «Vuelvo a vivir con miedo —escribía a su familia una mujer de un centro en Stettin—, porque los vehículos estuvieron aquí de nuevo [...]. Los vehículos estuvieron aquí otra vez ayer, y al igual que hace ocho días se llevaron una vez más a muchas personas adonde nadie se hubiera imaginado. Todos estábamos tan alterados que llorábamos». Cuando una enfermera le dijo «¡Hasta la vista!» a una paciente en Reichenau que subía al autobús, la paciente se volvió y contestó: «"No volveremos a vernos", ella sabía lo que le aguardaba con la Ley de Hitler». «¡Aquí llegan los asesinos!», gritó en Emmendingen un paciente cuando llegó el autobús. A menudo, el personal encargado inyectaba fuertes sedantes a los pacientes con signos de ansiedad, subiéndolos a los vehículos en un estado semicomatoso. Pero algunos pacientes comenzaban a rechazar las inyecciones por temor a que contuviesen veneno. Otros ofrecían resistencia física cuando los subían a bordo de los autobuses, y la violencia brutal de que eran objeto cuando se negaban no hacía sino incrementar la inquietud de los otros. Muchos lloraban descontroladamente mientras los subían a rastras.[254]

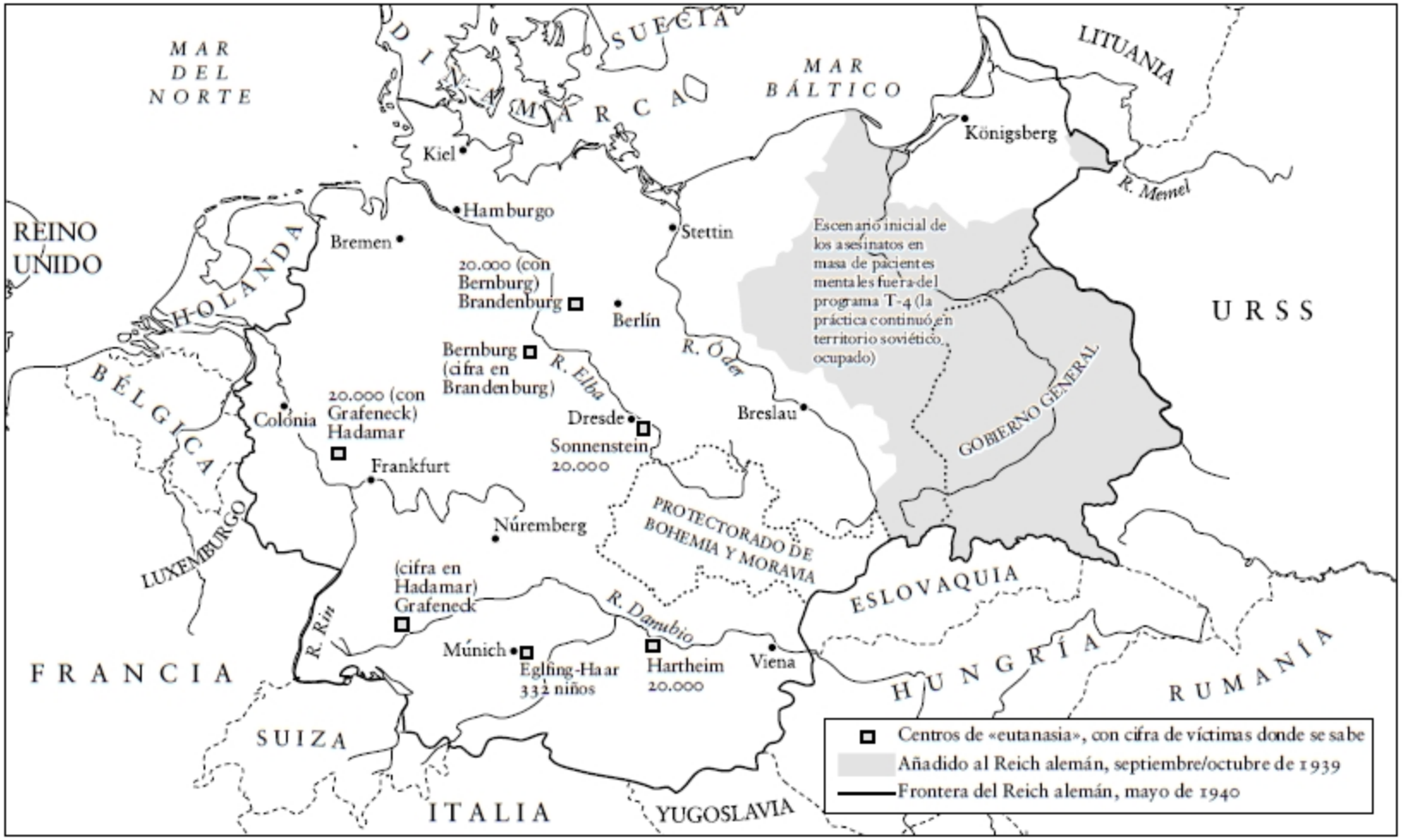
Una vez llegados a su destino, el personal encargado reunía a los pacientes, los conducía a una sala de recepción y les decía que se desvistieran. Se verificaba la identidad, y un reconocimiento físico superficial tenía como propósito sobre todo obtener indicios para hacer constar en los archivos una causa verosímil de muerte; a quienes tuviesen valiosos empastes de oro en la dentadura los marcaban con una cruz en la espalda o en el hombro. En los cuerpos se estampaba o adhería un número de identificación, los fotografiaban (con el fin de demostrar su supuesta inferioridad física y mental) y a continuación, todavía desnudos, los conducían a una cámara de gas disimulada para que pareciese un cuarto con duchas. A los pacientes que aún se mostraran inquietos por su situación les inyectaban tranquilizantes. Una vez en el interior de la cámara, se cerraban las puertas y los empleados soltaban el gas. La muerte de los pacientes era cualquier cosa menos tranquila o humana. En Hadamar un observador que miró por la mirilla contó más tarde que había visto

> a entre 40 y 50 hombres, estrechamente apretujados en la sala contigua y que morían poco a poco. Algunos se echaban en el suelo, otros se mostraban apáticos, muchos mantenían la boca abierta como si no pudiesen tomar más aire. Su forma de morir era tan dolorosa que no se puede hablar de una muerte humana, menos aún si cabe porque era muy posible que muchos de los que morían tuviesen instantes de lucidez sobre lo que les estaba ocurriendo. Estuve observando el procedimiento durante 2 o 3 minutos, luego dejé de hacerlo porque no pude soportar seguir mirando y sentí náuseas.[255]

Por norma general se mataba a los pacientes en grupos de quince o veinte, si bien en algunas ocasiones se amontonaba a muchos más en las saturadas cámaras. Al cabo de unos cinco minutos perdían la conciencia; pasados veinte minutos, habían muerto. El personal encargado aguardaba una o dos horas, a continuación ventilaba la cámara con ventiladores. Un médico entraba para verificar la muerte, tras lo cual lo hacían camilleros, generalmente conocidos como «fogoneros» (*Brenner*), que desenredaban los cuerpos y los arrastraban afuera hasta la «sala mortuoria». En ella escogían los cadáveres que serían diseccionados, ya fuese por médicos sin experiencia que precisaban de adiestramiento en patología, ya por otros que tenían órdenes de extirpar algunos órganos y enviarlos a institutos de investigación para su estudio. Los fogoneros agarraban los cadáveres marcados con una cruz y les arrancaban los dientes de oro, los cuales se empaquetaban y enviaban a la oficina de la T-4 en Berlín. Luego los cuerpos se introducían en palés metálicos y se trasladaban al crematorio, donde los fogoneros solían trabajar por las noches para reducirlos a cenizas.[256]

A las familias de las víctimas se les informaba únicamente del traslado de éstas a un centro de muerte después de que el mismo se hubiese producido.[257] La institución de acogida enviaba una nueva carta en la que se avisaba de la llegada sin novedad del paciente, pero se advertía a los parientes de que no lo visitaran hasta que no se hubiese instalado debidamente. Por supuesto, cuando los parientes recibían la carta el paciente ya estaba muerto en realidad. Algún tiempo después se notificaba a las familias que el paciente había muerto de un ataque al corazón, neumonía, tuberculosis o una enfermedad semejante, a partir de una lista proporcionada por la oficina de la T-4 y enriquecida con las notas que se tomaban durante el reconocimiento de los pacientes a su llegada. Sabedores

de que en algún sentido estaban obrando ilegalmente, los médicos utilizaban nombre falsos al firmar los certificados de defunción, así como, por supuesto, al agregar una fecha falsa para que pareciese que la muerte había ocurrido días o semanas más tarde de la llegada del paciente, en lugar de haber transcurrido solamente alrededor de una hora. Aplazar el anuncio de la defunción tenía además el efecto colateral de enriquecer el centro, el cual seguía recibiendo las ayudas, pensiones y subsidios familiares que se pagaban a las víctimas entre el tiempo de su fallecimiento real y el tiempo que se hacía constar oficialmente en el certificado. A las familias les ofrecían una urna funeraria que contenía, así les decían, las cenizas de su infortunado pariente; en realidad, los fogoneros las habían obtenido recogiendo con una pala las cenizas que se habían acumulado en el horno crematorio después de la incineración de un grupo completo de víctimas. En cuanto a las ropas de las víctimas, se informaba a los parientes de que se habían enviado a la NSV, aunque en realidad, si eran de alguna calidad, terminaban en los roperos del personal encargado de las matanzas. El minucioso dispositivo de engaño incluía mapas sobre los cuales el personal clavaba un alfiler de color en la población natal de cada persona asesinada, de manera que si en un lugar se veían demasiados alfileres, el lugar de la muerte pudiera ser adscrito a otra institución; de hecho, los centros de muerte intercambiaban incluso listas de nombres de los muertos para intentar reducir las sospechas. Se hicieron los mayores esfuerzos para mantener en secreto todo el proceso, teniendo prohibido el personal empleado confraternizar con la población local y habiendo jurado no revelar a nadie lo que estaba sucediendo, con la salvedad de los responsables autorizados. «Todo aquel que no calle —le dijo Christian Wirth a un grupo nuevo de fogoneros en Hartheim— irá a un campo de concentración o será fusilado».[258]




4. Centros de muerte de la «operación T-4», 1939-1945.

Dentro de los centros de muerte el ambiente desmentía con frecuencia la impresión de frío cálculo que comunicaban los muchos formularios y documentos que se generaban. Los que realmente cometían los asesinatos se emborrachaban con frecuencia con las raciones especiales de licor que recibían. Se decía que entre ellos solían entregarse a la promiscuidad sexual para apartar de sus mentes el olor omnipresente de la muerte. En Hartheim, el personal hizo una fiesta para celebrar haber llegado a las diez mil incineraciones, reuniéndose en el crematorio en torno al cuerpo desnudo de una víctima gaseada poco tiempo antes, a la que tendieron en una camilla y cubrieron de flores. Uno de los trabajadores se vistió como un clérigo y ofició una breve ceremonia tras la cual se repartió cerveza a todos los presentes. Finalmente, en Hartheim se gaseó a no menos de 20.000 personas, otro tanto en Sonnenstein, 20.000 en Brandenburg y Bernburg, y otras 20.000 en Grafeneck y Hadamar, hasta completar un total de 80.000 personas.[259]

## IV

A pesar del secreto que lo rodeaba, el programa de la eutanasia involuntaria no podía permanecer largo tiempo inadvertido en el mundo situado más allá de la burocracia de la T-4 y sus centros de muerte. La gente que vivía en las inmediaciones de Hadamar veía elevarse nubes de humo desde las chimeneas del establecimiento poco tiempo después de la llegada de cada transporte, mientras que los miembros del personal que iban a hacer compras o bebían en las tabernas del lugar en las raras ocasiones en que tenían permiso para salir aludían inevitablemente a su trabajo. Para otros no pasaba desapercibida la llegada de los autobuses a su localidad para llevarse a pacientes con trastornos mentales; en una ocasión, a principios de 1941, a los pacientes de un establecimiento en Absberg no los hicieron subir a los vehículos en el interior del centro, sino en la plaza del pueblo, a la vista de los vecinos, que empezaron a protestar, llorando y profiriendo insultos cuando los pacientes empezaron a resistirse y camilleros fornidos los maltrataban ya en el interior de los vehículos.[260] Más extendidas aún estaban las sospechas entre los parientes de quienes eran trasladados a los

centros de muerte. Algunos en realidad no veían mal la perspectiva de que se diese muerte a los hijos o familiares a su cargo; los menos perspicaces dejaban que los mensajes ilusoriamente tranquilizadores procedentes de las propias instituciones vencieran sus temores. Pero la mayoría de los padres y demás familiares contaban con sus propias redes y sabían de otros que se hallaban en una situación similar a la suya al habérselos encontrado en las visitas a los hospitales o, antes, en la consulta del doctor. Sabían por instinto lo que estaba ocurriendo cuando se les notificaba que habían trasladado a los familiares a su cargo a algún lugar como Hartheim o Hadamar. A veces intentaban llevárselos a casa antes de que los incluyeran en una lista de traslados. Una madre escribió al director del establecimiento de su hijo al escuchar que lo habían trasladado: «Si mi hijo ya está muerto pido sus cenizas, porque en Múnich circulan toda clase de rumores y por una vez quiero la verdad». Otra mujer escribió en el margen de la notificación oficial del traslado de su tía a Grafeneck: «En unos pocos días recibiremos la noticia de la muerte de la pobre Ida [...]. La próxima carta me da pavor [...]. Ni siquiera podremos ir a su tumba y tampoco se sabe si las cenizas que nos enviarán serán de Ida». Con una frecuencia cada vez mayor, el temor se iba convirtiendo en ira cuando llegaba el aviso oficial del fallecimiento. La hermana de un hombre asesinado escribió al director de la institución desde la que lo habían enviado preguntándole por qué se lo habían llevado si estaba tan enfermo que había muerto poco tiempo después. Su enfermedad no pudo haber sido «simplemente cosa de ayer». «Después de todo —le decía llena de cólera—, estamos hablando de un pobre ser humano enfermo *que necesita ayuda*, ¡¡y *no de una pieza de ganado*!!».[261]

Algunos funcionarios de justicia empezaron a percatarse de la frecuencia inusitada de fallecimientos entre los pacientes ingresados en los centros, y hubo algunos fiscales que llegaron a considerar la posibilidad de interrogar a la Gestapo para investigar esas muertes. Sin embargo, ninguno fue tan lejos como Lothar Kreyssig, un juez especializado en asuntos de tutela y adopción en Brandenburg. Veterano de guerra y miembro de la iglesia confesante, Kreyssig comenzó a sospechar cuando los pacientes con trastornos mentales que se encontraban bajo tutela y que por tanto entraban

dentro de su jurisdicción empezaron a ser trasladados desde las instituciones donde se hallaban y a notificarse su muerte repentina poco después. Kreyssig escribió al ministro de Justicia, Gürtner, para protestar contra lo que él calificaba como un programa ilegal e inmoral de asesinatos en masa. La respuesta del ministro de Justicia a esta cuestión, y a otras del mismo tenor planteadas por fiscales locales, fue intentar una vez más elaborar una ley que diese una inmunidad efectiva a los asesinos, sólo para que Hitler la vetara con el argumento de que la publicidad procuraría una munición peligrosa a la propaganda aliada. A finales de abril de 1941, el Ministerio de Justicia organizó, con Brack y Heyde, una reunión informativa con los jueces y fiscales de mayor trayectoria con el fin de tranquilizarlos. Entretanto, a Kreyssig lo convocaron a una entrevista con el funcionario jefe del ministerio, el secretario de estado Roland Freisler, quien le informó de que las muertes estaban ejecutándose por orden de Hitler. Negándose a aceptar esa explicación, Kreyssig escribió a los directores de los hospitales psiquiátricos de su distrito informándoles de que los traslados a los centros de muerte eran ilegales, y amenazándolos con emprender acciones legales en caso de que transportaran a cualquier paciente perteneciente a su jurisdicción. Era su obligación legal, proclamaba, proteger los intereses y en definitiva las vidas de las personas bajo su tutela. Una entrevista posterior con Gürtner no logró convencerle de que su proceder era equivocado, y en diciembre de 1941 le impusieron un retiro forzoso.[262]

Kreyssig era una figura solitaria en la persistencia de su empeño por detener la campaña. El Ministerio de Justicia acalló las dudas de los abogados y fiscales preocupados, y no se emprendió ninguna acción legal. Mayores, tal vez, eran las preocupaciones de los líderes religiosos. A pesar del traslado de muchos pacientes a instituciones públicas desde 1936, un número todavía muy amplio de los discapacitados psíquicos y físicos seguía al cuidado de hospitales y hogares dirigidos por las Iglesias y sus organizaciones laicas de beneficencia, la Innere Mission en el caso de la iglesia evangélica alemana, y Cáritas en el de la Iglesia católica. Algunos directores de establecimientos psiquiátricos tutelados por la Innere Mission intentaron retrasar el registro y traslado de sus pacientes, y uno en

particular, el pastor Paul Gerhard Braune, director de un conjunto de esos hospitales en Württemberg, consiguió además la ayuda del pastor Friedrich von Bodelschwingh, una figura célebre en el mundo de las organizaciones benéficas protestantes. Von Bodelschwingh dirigía el famoso Hospital Bethel en Bielefeld y se negaba en redondo a permitir que a sus pacientes los condujeran a la muerte. Debido a su reputación no sólo nacional sino mundial, la autoridad regional del partido en su zona descartaba ordenar su detención. Von Bodelschwingh era una leyenda por su aplicación desinteresada de los valores cristianos de la caridad. En plena contienda, poco después de la medianoche del 19 de septiembre de 1940, apareció un avión sobre el hospital y lo bombardeó, acabando con la vida de once niños discapacitados y una enfermera. Goebbels no tardó en dirigirse a la prensa con gran vehemencia en contra de la barbarie cometida por los británicos: «Infanticidio en Bethel», «Crimen repugnante», publicó en titulares el *Deutsche Allgemeine Zeitung*. ¿Cómo pudieron los británicos, se interrogaban los medios de comunicación controlados por el Estado, escoger un centro de caridad cristiana de tanta fama? El mismo Von Bodelschwingh era más que consciente de la ironía. «¿Debería yo —preguntó al administrador local del Estado— condenar la acción de los ingleses y poco después tomar parte en un "infanticidio" en una escala muchísimo mayor en Bethel?».[263]

Dos días después del ataque, un funcionario alemán que era uno de los informantes del corresponsal norteamericano William L. Shirer se acercó a la habitación de hotel ocupada por éste y, después de desconectar el teléfono, le contó que la Gestapo estaba matando a todos los pacientes ingresados en los centros psiquiátricos. Insinuó con gran convicción que un aeroplano alemán había bombardeado el Hospital Bethel porque Bodelschwingh se había negado a cooperar. Hacia finales de noviembre, las pesquisas de Shirer habían dado resultados. «Es un relato de una gran maldad», anotó en su diario. El gobierno alemán, escribió, estaba «llevando a la muerte de forma sistemática a la población mentalmente deficiente del Reich». Un informante había dado la cantidad de 100.000, que Shirer consideraba una exageración. El reportero norteamericano había averiguado que las muertes se estaban produciendo por orden escrita de Hitler y la

Cancillería del Führer estaba al mando de las operaciones. Sus informantes se refirieron asimismo a un número considerable de necrológicas correspondientes a pacientes fallecidos en Grafeneck, Hartheim y Sonnenstein, y que los parientes insertaban a veces con un lenguaje críptico en el que se traslucía que sabían lo que estaba ocurriendo: «Hemos recibido la increíble noticia [...] Tras semanas de incertidumbre [...] Recibimos la triste noticia cuando ya había sido incinerado [...]». Los lectores de los periódicos alemanes, pensaba Shirer, sabrían cómo leer entre líneas esa clase de noticias, razón por la cual habían quedado prohibidas. El programa, concluía Shirer, era «fruto de los nazis extremistas decididos a poner en práctica sus ideas en materia de eugenesia y sociología».[264]

Von Bodelschwingh y Braune fueron a ver a Brack para protestar contra los asesinatos, y a continuación, sumándose a ellos el prestigioso cirujano Ferdinand Sauerbruch, presionaron a Gürtner, el ministro de Justicia. Ninguna reunión sirvió para algo, así que Braune compiló un dossier detallado sobre los asesinatos y se lo envió a Hitler, al parecer con la creencia de que él no sabía nada de todo aquello. Al final de su larga y detallada exposición, Braune solicitaba que el programa fuese detenido. «Si la vida humana cuenta tan poco, ¿no pondrá ello en peligro la moralidad de todo el pueblo?», se preguntaba retóricamente. Le dijeron que Hitler no podía detener el programa. El 12 de agosto de 1940, Braune fue arrestado y encarcelado por la Gestapo; pero lo liberaron poco tiempo después, el 31 de octubre de 1940, con la condición de que pusiera fin a su campaña.[265] Theophil Wurm, obispo protestante de Württemberg, escribió al ministro del Interior, Frick, el 19 de julio de 1940, pidiéndole que cesaran los asesinatos:

> Si una cuestión tan delicada como la de la ayuda a cientos de miles de camaradas de raza que sufren, necesitados de cuidados, es abordada meramente desde el punto de vista de una utilidad transitoria y se opta por un exterminio cruel de esos camaradas, entonces es que se ha trazado una línea que no augura nada bueno y el cristianismo ha sido abandonado definitivamente como una fuerza vital que determina la vida individual y comunitaria del pueblo alemán [...] No hay ya límites en esta pendiente resbaladiza.[266]

Al no obtener respuesta, escribió otra vez el 5 de septiembre de 1940, preguntando: «¿Está el Führer al corriente de este asunto? ¿Cuenta con su aprobación?».[267]

El problema de tales acciones es que al fin y al cabo tras ellas sólo había la intervención de unos pocos individuos valerosos, y así no tenían consecuencias efectivas. Ni conducían a una oposición más amplia al Tercer Reich en general. Los miembros de la oposición militarconservadora eran conscientes de las muertes, y las desaprobaban enérgicamente, pero ya se mostraban críticos con el régimen por otros motivos.[268] Hombres como Von Bodelschwingh no se oponían a cualquier aspecto del Tercer Reich. Por entonces, la iglesia confesante se encontraba en una situación de peligro, tras años de persecución por el régimen. La mayor parte de los pastores y responsables de la beneficencia protestantes o bien pertenecían a los Cristianos Alemanes pronazis, o bien no se habían manifestado en las luchas internas que habían convulsionado a la iglesia evangélica desde 1933. La mitad de los pacientes asesinados procedía de instituciones regidas por la iglesia protestante o la católica, y muchas veces los llevaron a la muerte con el consentimiento de los responsables de esas instituciones.[269] La dirección nacional de la Innere Mission estaba dispuesta a secundar las matanzas siempre que se limitasen a «personas enfermas en las que ya no hay actividad cerebral ni capacidad para vivir en sociedad», un compromiso que era aceptable incluso para Von Bodelschwingh mientras quedase plasmado explícitamente en una ley pública formal, si bien aprovechó la oportunidad para incluir complejas salvaguardas en lo tocante a las selecciones en su propia institución con el propósito de conseguir aplazamientos inacabables en el procedimiento. La duda, el ofuscamiento y la desesperación atormentaban las conciencias de los pastores cuando debatían si era o no adecuado levantar su voz en protesta contra el Estado, cuya legitimidad fundamental ninguno de ellos ponía en tela de juicio. ¿No sería perjudicial para la Iglesia a menos que pudiesen hablar con una sola voz? Si protestaban, ¿no ocasionaría simplemente que las instituciones de la Innere Mission acabasen en manos del Estado? Muchos temían que una protesta pública daría al régimen una excusa ideal para intensificar todavía más su persecución de la iglesia. En una de las muchas reuniones y

conferencias sobre el asunto, el pastor Ernst Wilm, un miembro de la iglesia confesante que había trabajado en el Hospital Bethel de Von Bodelschwingh, señaló: «Estamos obligados a interceder y compartir la responsabilidad por nuestros enfermos [...] de forma que no se pueda decir: estuve en manos de los asesinos y vosotros os limitasteis a encogeros de hombros». Para los pocos que, como él mismo, se oponían sin matices a las muertes, las cosas se veían así a finales de 1940 y también durante la mayor parte del año siguiente.[270]

## V

También la Iglesia católica había sido ya objeto de críticas por parte del régimen durante algunos años. Se habían clausurado muchas de sus organizaciones laicas, y numerosos integrantes del clero habían sido detenidos y encarcelados. Su acuerdo con el régimen, sellado en un concordato con el Papa Pío XI en 1933 que protegía teóricamente la posición de la Iglesia en Alemania a cambio de garantizar que el clero se mantuviera al margen de la actividad política, estaba hecho jirones. En 1939 los principales prelados alemanes habían decidido mantener la cabeza baja por temor de que aún pudiese sucederles algo peor.[271] No obstante, la Iglesia católica, bajo la autoridad del papado, era una organización mucho más cohesionada de lo que podía ser su equivalente protestante, habiendo algunas cuestiones dogmáticas sobre las cuales no estaba dispuesta a alcanzar un compromiso. El papado ya se había quejado de la política seguida por el régimen de esterilizar a los teóricamente discapacitados desde un punto de vista racial, y no cabía esperar que no hiciese mención de la intensificación de dicha política hasta el puro y simple asesinato. Los obispos alemanes también habían condenado el programa de esterilización y habían hecho públicas unas pautas para regular hasta qué punto podían participar en él los doctores, el personal de enfermería y las autoridades católicas, si bien tales pautas no se llegaron a poner en práctica. Para entonces había un nuevo Papa en Roma, Pío XII, elegido el 2 de marzo de 1939. No era otro que el cardenal Pacelli, quien había sido representante del Vaticano en Alemania durante buena parte de la década de 1920, leía y

hablaba alemán con fluidez y había llevado la voz cantante en el borrador de las protestas del Papa contra las violaciones del Concordato con anterioridad a la guerra. En octubre de 1939, su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, declaraba que el Estado no debería intentar sustituir a Dios como árbitro de la existencia humana. Pero no fue hasta el verano de 1940 cuando dieron comienzo las protestas católicas, suscitadas al principio por los hechos controvertidos en el Hospital Bethel, contra la matanza de los discapacitados.[272]

El Hospital Bethel estaba situado en la diócesis del obispo Clemens August von Galen, cuyo acuerdo inicial con el régimen en 1933-1934 había dado paso en el período de la guerra a una postura moral crítica, en especial a la vista de los ataques ideológicos contra el cristianismo protagonizados por nazis destacados como Alfred Rosenberg y Baldur von Schirach.[273] Una vez provisto de una copiosa información aportada por Von Bodelschwingh, Galen escribió al cardenal Adolf Bertram el 28 de julio de 1940 con detalles de la campaña de matanzas e instando a la Iglesia a adoptar una postura moral sobre el tema. Otros obispos estaban igualmente preocupados. Conrad Gröber, arzobispo de Friburgo, escribió a Hans-Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, el 1 de agosto de 1940 transmitiéndole las preocupaciones de los católicos laicos a cuyos parientes se había dado muerte, advirtiendo de que los asesinatos perjudicarían la reputación de Alemania en el exterior y ofreciéndose a sufragar todos los costes «que le supone al Estado el cuidado de las personas con trastornos mentales a las que se pretenda llevar a la muerte».[274] Cáritas en Alemania, la principal organización católica de beneficencia, regentaba muchas de las instituciones desde las cuales se trasladaba a los pacientes ingresados para matarlos, y sus directores se habían dirigido con urgencia a la jerarquía de la Iglesia católica en demanda de consejo. El 11 de agosto de 1940, la conferencia de obispos celebrada en Fulda protestó contra las muertes en otra carta dirigida a Lammers, y acompañaron esta acción encargando al obispo Heinrich Wienken, de Cáritas, que protestase formalmente en persona. En el Ministerio del Interior, los responsables de la T-4 intentaban

justificar los asesinatos, pero Wienken, citando el quinto mandamiento («No matarás»), les advirtió de que la Iglesia lo haría público si el programa de matanzas no se detenía.[275]

Sin embargo, en la siguiente reunión Wienken cambió de idea y simplemente se limitó a pedir que la evaluación de los pacientes fuese más concienzuda antes de seleccionarlos para morir. Lo atemorizaba que su posición echara por tierra los esfuerzos para lograr la liberación de los curas en Dachau. Lo llamó al orden el cardenal Michael Faulhaber, quien le expresó con firmeza que los asuntos que le inquietaban eran meramente «secundarios» en relación con el hecho principal de que estaban asesinando a la población. «Si las cosas siguen a este ritmo —le advirtió el cardenal—, las tareas de ejecución se habrán completado en medio año».[276] En cuanto a la observación que al parecer sugirió Wienken en el sentido de que los escritos de Tomás Moro justificaban que se matase a los discapacitados, Faulhaber escribió mofándose que era «de veras difícil no escribir una sátira. Así es como los ingleses y el período medieval se han convertido de repente en modelos de conducta. Podría uno esgrimir igualmente las quemas de brujas y los pogromos contra los judíos en Estrasburgo».[277] Las negociaciones terminaron por romperse porque el Ministerio del Interior se negó a poner nada por escrito. El Vaticano publicó un decreto el 2 de diciembre de 1940 en el que se declaraba con rotundidad: «No está permitido matar directamente a una persona inocente por sus defectos mentales o físicos». Hacerlo era «contrario a la ley natural y al precepto divino».[278] A pesar de ello, la jerarquía eclesiástica en Alemania decidió que emprender más acciones era desaconsejable. «Cualquier acción imprudente o precipitada —advirtió el consejero jefe del cardenal Bertram el 2 de agosto de 1940— podría acarrear en la práctica las consecuencias más deletéreas para los asuntos pastorales y eclesiásticos».[279] Bertram le dijo a Galen el 5 de agosto de 1940 que la evidencia no bastaba para una protesta. Galen no imprimió el decreto en su boletín oficial hasta el 9 de marzo de 1941. Lo que empujó a Galen finalmente a expresarse sin titubeos fue que la Gestapo procedió a la detención de unos curas y a la confiscación de la propiedad que los jesuitas poseían en su ciudad natal de Münster para proporcionar alojamiento a personas que habían perdido su hogar en un

bombardeo aéreo. Esto le convenció de que la prudencia de Bertram apenas un año antes no había servido para nada. En los sermones del 6, el 13 y el 20 de julio protestó contra la ocupación de las propiedades de la Iglesia en Münster y sus alrededores, así como contra la expulsión de monjes, monjas y hermanos y hermanas laicos por parte de la Gestapo. Además, criticó también la práctica de la «eutanasia». La policía trató de conminar a Galen para que guardase silencio practicando una redada en el convento donde vivía Helene von Galen, su hermana, a la que prendieron y encerraron en un sótano. Conservando el valor pese a todo, escapó saltando por una ventana.[280]

Galen estaba ahora completamente decidido a actuar. En un cuarto sermón, el 3 de agosto de 1941, fue mucho más lejos de lo que lo había hecho antes. Lo incitó a obrar así la visita secreta que le había hecho el padre Heinrich Lackmann, capellán en el Psiquiátrico de Marienthal, quien le contó que se iban a llevar a los pacientes para matarlos y le pidió que hiciese algo al respecto. Galen consideró esto como un crimen potencial y actuó sobre la base de que era su obligación legal sacarlo a la luz, tal y como era realmente. En aquel sermón volvió a referirse en primer lugar a la detención de los párrocos y a la confiscación de la propiedad de la Iglesia, y acto seguido pasó a denunciar prolijamente el programa de la eutanasia por entero. Ofreció detalles circunstanciales que sólo había insinuado en su sermón del 6 de julio de 1941, mencionando casos individuales, y añadió que el doctor Conti, médico jefe del Reich, «hablaba sin andarse por las ramas sobre el hecho de que en Alemania realmente se ha matado ya de manera deliberada a un gran número de enfermos mentales y más que van a morir en el futuro». Galen afirmó que esos asesinatos eran ilegales. Dijo que tras tener noticia del transporte a finales del mes anterior de unos pacientes desde el Psiquiátrico de Marienthal, cerca de Münster, había acusado formalmente, en una carta dirigida al fiscal del Estado, a los responsables de los asesinatos. Las personas, dijo a sus fieles, no eran como caballos o vacas viejos que hubiera que sacrificar cuando dejasen de ser útiles. Si este principio se aplicaba a los seres humanos, «en ese caso *fundamentalmente* el camino queda expedito para el asesinato de todas las personas improductivas, de los enfermos incurables, de los incapacitados

para el trabajo o la guerra, en ese caso el camino queda expedito para el asesinato de todos nosotros cuando nos volvamos viejos y débiles y por tanto improductivos». En tales circunstancias, se preguntó retóricamente, «¿Quién puede seguir confiando en su médico?». Los hechos que había contado no ofrecían una sombra de duda. Los católicos, afirmó, tenían que rehuir a aquellos que blasfemasen, atacasen a su religión u ocasionasen la muerte de hombres y mujeres inocentes. De no hacerlo, serían culpables como ellos.[281]

La impresión que causaron los sermones, empezando por el último de ellos, fue enorme. Galen los había impreso como un mensaje pastoral y los leyó en voz alta en las parroquias. Los británicos se hicieron con una copia, emitieron fragmentos a través del servicio alemán de la BBC y dejaron caer copias en forma de octavillas sobre Alemania además de traducirlas a algunas otras lenguas y distribuirlas en Francia, Holanda, Polonia y otras partes de Europa. Las copias llegaron a muchos hogares. A consecuencia de ello, unas cuantas personas protestaron o hablaron de las matanzas con sus compañeros de trabajo; a algunas las detuvieron y recluyeron en campos de concentración, incluyendo a algunos de los curas que habían hecho copias de los sermones y los habían repartido. Las actuaciones de Galen envalentonaron a otros obispos, como Antonius Hilfrich, obispo de Limburgo, que escribió una carta de protesta al ministro de Justicia, Gürtner (él mismo un católico), el 13 de agosto de 1941 denunciando los asesinatos como «una injusticia que clama al cielo».[282] El obispo de Maguncia, Albert Stohr, predicó contra la privación de la vida.[283] Éste fue el movimiento de protesta más enérgico, explícito y extendido contra cualquier política nazi desde el comienzo del Tercer Reich. El propio Galen mantenía la calma, resignado al martirio. Pero nada sucedió. La publicidad que había generado era tan grande que los líderes nazis, por enfurecidos que estuvieran, temían emprender cualquier acción contra él. El gobernador regional Meyer escribió a Bormann exigiéndole que el obispo fuese colgado, una idea con la que Bormann se mostró enseguida de acuerdo. Pero tanto Hitler como Goebbels, al ser informados por Bormann acerca de estos hechos, concluyeron que convertir a Galen en mártir sólo produciría un mayor descontento, lo cual no cabía contemplar en plena guerra. Dijo Hitler que ya

le harían responder por lo sucedido cuando la guerra hubiera terminado. En Münster, los miembros de base del partido no entendían nada: ¿por qué, se preguntaban, no se encarcelaba al obispo del que no cabía duda de que era un traidor?[284]

La respuesta del gobierno fue indirecta: en agosto de 1941 estrenó una película con el título de *Ich klage an* (Yo acuso), en la cual una hermosa joven afectada por la esclerosis múltiple expresa el deseo de que acabe su sufrimiento, y su marido y un amigo la ayudan a morir tras largas discusiones sobre lo bueno y lo malo de ese acto. Las discusiones se extendían también al principio de la eutanasia involuntaria, que se justificaba en una escena mediante la minuciosa conferencia de un catedrático. 18 millones de personas vieron la película, y muchos, según el Servicio de Seguridad de las SS, la consideraron una respuesta a los sermones de Galen. De hecho, Viktor Brack, de la oficina de la T-4, había insertado las escenas clave personalmente. Las personas de mayor edad y sobre todo los médicos y las personas con mayor cultura rechazaron el mensaje del filme, pero los doctores más jóvenes se mostraron más de acuerdo, siempre que la eutanasia se realizase basándose en razones médicas después de un reconocimiento apropiado, un principio con el cual estaban de acuerdo muchas personas corrientes. Hubo abogados que sostuvieron que el tipo de suicidio asistido representado en la película requería una base legal más cuidadosa, mientras que la mayor parte de la gente sólo aprobaba la eutanasia si era voluntaria. Si la persona con cuya vida había que acabar era «deficiente mental», una categoría de la que el filme no se ocupaba en absoluto, la mayoría de la gente pensaba que sólo debería hacerse con el consentimiento de los parientes. El Servicio de Seguridad de las SS informó de que los curas católicos habían estado visitando a los feligreses para tratar de convencerlos de que no viesen la película. Las personas corrientes no albergaban dudas en relación con el propósito del filme. «La película es de veras interesante —dijo alguien—; pero las cosas que se ven en ella son justamente las que pasan en los manicomios, donde se están cargando a todos los locos». El mensaje subliminal, que el programa de matanzas de la T-4 estaba justificado, no logró su objetivo.[285]

Lo que pasó, en cambio, fue que el programa se detuvo. Una orden directa de Hitler a Brandt el 24 de agosto de 1941, transmitida a Bouhler y Brack, suspendió el gaseamiento de adultos hasta nuevo aviso, si bien Hitler se aseguró también de que prosiguiera la matanza de niños, la cual se producía a una escala mucho más pequeña y por consiguiente menos visible.[286] El sermón de Galen, y la amplia reacción pública que había provocado, hacía difícil proseguir sin alimentar el descontento, como reconocían a regañadientes los líderes nazis. Las enfermeras y los camilleros, sobre todo en los hospitales católicos para personas enfermas y con minusvalías, estaban empezando a obstaculizar seriamente el proceso de registro. El programa de matanzas era ya de conocimiento público, y los parientes, amigos y vecinos de las víctimas estaban haciendo sentir su malestar públicamente. Además, lo asociaban claramente con la dirección nazi y su ideología; en realidad, pese a la creencia ingenua de hombres como el obispo Wurm de que Hitler no estaba al corriente, era muy cierto el peligro de que el propio Hitler tuviera que asumir parte de la culpa. A mediados de 1941 hasta Himmler y Heydrich se mostraban críticos con los «errores en la puesta en práctica» de la operación. Y la cuota establecida por Hitler, de 70.000 muertos, ya se había alcanzado.[287]

Con todo, estas consideraciones no empequeñecen en definitiva la importancia de las actuaciones de Galen.[288] Es imposible decir con alguna certidumbre qué hubiera sucedido de no haber ignorado él el consejo de sus superiores en la Iglesia católica y de no haber alzado su voz contra la matanza de los enfermos mentales y los discapacitados. Pero habida cuenta de la propensión del nazismo a radicalizar sus políticas cuando éstas encontraban poca o ninguna resistencia, es cuanto menos posible, incluso muy probable, que el programa hubiese continuado superando con mucho la cuota inicial después de agosto de 1941; encontrar gente para hacer funcionar las cámaras de gas en Hadamar y otros lugares no hubiera sido difícil aun tras la marcha a Polonia de algunos de los equipos existentes, como de hecho ocurrió. Al final quedó claro que los nazis no habían abandonado de ninguna manera su intención de librar a la sociedad de todos aquellos a quienes ellos consideraban una carga. Pero desde agosto de 1941, si esto iba a hacerse de alguna manera, tendría que ser lenta y secreta. Los

discapacitados psíquicos, los pacientes de psiquiatría expuestos a tratamientos largos y otros clasificados por el régimen como portadores de una «vida indigna de ser vivida» simplemente se encontraban demasiado vinculados con las redes centrales de la sociedad alemana como para aislarlos y desembarazarse de ellos, tanto más por cuanto las definiciones de anormalidad que aplicaban los expertos de la T-4 eran arbitrarias e incluían a personas lo bastante inteligentes y activas como para percatarse de lo que les estaba pasando y contárselo a otras.

No obstante, no podría decirse otro tanto de otros grupos perseguidos en la sociedad alemana, como los gitanos o los judíos. Galen no dijo nada sobre ellos, ni tampoco lo hicieron los otros representantes de las iglesias, salvo raras excepciones. La lección que Hitler aprendió de todo aquel episodio no fue que resultara desaconsejable ordenar el asesinato sistemático de grupos de población amplios, sino que lo desaconsejable era poner por escrito la orden, no fuera el caso de que una futura acción de esta clase contra otra minoría chocara con problemas similares. Y la propaganda eufemística con que se había rodeado a la operación T-4, los subterfugios, los consuelos para las víctimas y sus parientes, desde la descripción del asesinato como «tratamiento especial» hasta el camuflaje de las cámaras de gas como duchas, se reforzaría aún en mayor medida cuando llegó el turno de otros asesinatos en masa a mayor escala. La campaña de la eutanasia involuntaria había sido un secreto a voces en el que el empleo de eufemismos y circunloquios había situado a la gente ante una elección: ignorar lo que estaba sucediendo al aceptarlos con los ojos cerrados, o bien penetrar en su significado real, una empresa harto dificultosa o problemática, y acto seguido tener que enfrentarse a la difícil decisión de si hacer algo o no al respecto. Cuando en agosto de 1941 se dio por finalizado el principal programa de matanzas, una buena parte del cuerpo médico y del de cuidadores había sido requerida para hacer funcionar la maquinaria asesina. A partir de un grupo reducido de médicos comprometidos, el círculo de implicados se había ido ensanchando de manera inexorable, hasta incluir a médicos de cabecera, psiquiatras, trabajadores sociales, personal empleado en los centros de psiquiatría, camilleros, personal de enfermería y directores, conductores y muchos otros que habían tomado parte,

obedeciendo a una mezcla de rutina burocrática, presión del entorno, propaganda e incentivos y recompensas de una u otra clase. La maquinaria de los asesinatos en masa desarrollada en el curso de la operación T-4, desde la selección de las víctimas a la explotación económica de sus restos, había funcionado con macabra eficiencia. Habiéndola probado en ese contexto, estaba a punto para aplicarla en otros, en una escala mucho mayor.[289]

## VI

Los asesinatos en masa que el Tercer Reich comenzó a poner en práctica en el otoño de 1939, tanto en Alemania como en las áreas ocupadas de Polonia, estaban lejos de ser una consecuencia del estallido de la guerra, en la que los dirigentes nazis consideraban que la propia existencia de Alemania estaba en juego. Aún menos eran el producto de la «barbarie de la guerra», provocada por una lucha a vida o muerte contra un enemigo implacable en condiciones severas. La invasión de Polonia tuvo lugar en condiciones favorables, con buen tiempo, frente a un enemigo al que barrieron fácilmente sin contemplaciones. No era necesario convencer a las tropas invasoras mediante el adoctrinamiento político de que el enemigo era una gran amenaza para el futuro de Alemania; no había duda de que los polacos no lo eran. Las lealtades primordiales de grupo en los rangos inferiores del ejército permanecieron intactas; no hubo que sustituirlas con un sistema severo y distorsionado de disciplina que reemplazara los valores militares con una ideología racial.[290] Casi todo lo que iba a pasar en la invasión de la Unión Soviética a partir de junio de 1941 ya estaba sucediendo en una escala menor en la invasión de Polonia casi dos años antes.[291] Desde el mismo comienzo, los grupos operativos del Servicio de Seguridad de las SS entraron en el país prendiendo a los políticamente indeseables y fusilándolos o mandándolos a campos de concentración, masacrando a los judíos, deteniendo a los varones y enviándolos a Alemania como trabajadores forzados, y practicando una política sistemática de limpieza étnica y traslados de población ejecutados con métodos brutales.

Estas acciones no se limitaban a las SS. También desde el mismo comienzo, miembros del Partido Nazi, guardias de asalto, funcionarios y en especial los simples oficiales y los soldados del ejército tomaron parte en ello, para ser seguidos a su debido momento por los colonos alemanes desplazados a Polonia desde el exterior. Las detenciones, las palizas y los asesinatos de polacos y especialmente de judíos se convirtieron en moneda corriente, pero lo que resultaba incluso más llamativo era hasta qué punto los odiaban y despreciaban las tropas alemanas, las cuales no perdían ocasión de humillar ritualmente a los judíos en la calle, riéndose y burlándose mientras les arrancaban las barbas y les obligaban a realizar actos degradantes en público. Como igualmente llamativo era el hecho de que los invasores y demás alemanes que iban llegando dieran por sentado que de las posesiones de los polacos y los judíos se podía disponer libremente como botín. En concreto, era prácticamente universal que las tropas alemanas robasen y saqueasen las propiedades judías. En ocasiones contaban con la ayuda y la instigación de polacos residentes en el lugar. Tampoco era infrecuente que los propios polacos no judíos se quedasen sin sus propiedades. Todas estas actuaciones eran por supuesto el reflejo de la política oficial, dirigida desde la cúspide por el propio Hitler, quien había declarado que Polonia iba a ser destruida totalmente, aniquiladas sus clases ilustradas y profesionales y reducida su población al estatus de ilotas cuyas vidas apenas valían nada. Berlín ordenó explícitamente la expropiación de las propiedades polacas y judías, de igual modo que la germanización de los territorios incorporados, los traslados de población y el confinamiento de los judíos en guetos. No obstante, el celo con el cual los invasores alemanes, siguiendo esas directrices políticas, actuaban por iniciativa propia, a menudo excediéndose con mucho en la crueldad sádica de su aplicación, aún precisa alguna explicación.

El odio popular y el desprecio hacia los polacos, como hacia los ucranianos, los bielorrusos y los rusos, y aún en mayor medida hacia los «judíos del este», estaba hondamente arraigado en Alemania. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, las doctrinas de la igualdad humana y la emancipación que el movimiento obrero socialdemócrata había inculcado en amplios sectores de la clase obrera no se habían extendido tanto como

para incluir a esa clase de minorías. La gran masa de obreros corrientes consideraba a polacos y rusos como atrasados, primitivos y zafios; de hecho, los obreros solían citar como prueba de ese punto de vista la existencia frecuente de pogromos antisemitas en la Rusia zarista. El miedo a la invasión procedente del este brutal desempeñó un rol principal a la hora de persuadir a los socialdemócratas para votar a favor de los créditos para financiar la guerra en 1914. El advenimiento de la dictadura comunista en la Unión Soviética no había hecho sino fortalecer y profundizar esas creencias. A una mayoría de alemanes, incluyendo, irónicamente, a muchos judíos alemanes educados y asimilados culturalmente, los «judíos del este» de Polonia les parecían todavía más atrasados y primitivos. A principios de la década de 1920, suscitaron un resentimiento desproporcionado en relación con su número cuando algunos de ellos encontraron refugio huyendo de la violencia de la guerra civil rusa. La propaganda nazi, que reforzaba sin cesar tales estereotipos, agravó el prejuicio contra los eslavos y los judíos del este durante la década de 1930 hasta que éstos les parecieron unos seres inferiores a muchos alemanes, en especial a los de la generación más joven.[292]

Dureza, severidad, crueldad, el uso de la fuerza, las virtudes de la violencia se habían inculcado desde 1933 a toda una generación de jóvenes alemanes, e incluso si la educación y la propaganda nazis en esos ámbitos habían obtenido un éxito dispar, no cabía duda de que no habían fracasado totalmente. El nazismo enseñaba que el poder estaba bien, que los ganadores se lo quedaban todo y los racialmente inferiores no tenían derecho alguno. No por casualidad fue la generación más joven de soldados alemanes la que tuvo un comportamiento más cruel y violento para con los judíos. Como Wilm Hosenfeld contaba en una carta enviada desde Polonia a su hijo en noviembre de 1939, «los judíos dicen: “Soldado viejo, bueno, soldado joven, terrible”».[293] Lo que los invasores y ocupantes alemanes hicieron en Polonia desde septiembre de 1939 no fue tanto producto de la guerra como de unos procesos de adoctrinamiento más longevos, levantados sobre un sentimiento hondamente arraigado de que los eslavos y los judíos del este eran seres inferiores y de que los enemigos políticos carecían de todo derecho. Típico a este respecto era el general Gotthard

Heinrici, en absoluto un nazi exaltado, sino un soldado profesional de ideas fijas cuyas cartas revelaban prejuicios profundos en su asociación ocasional de eslavos y judíos con la suciedad y los parásitos. «Por todas partes corretean aquí las chinches y los piojos —escribió a su esposa desde Polonia el 22 de abril de 1941—, también judíos horribles con la Estrella de David en el brazo».[294] De forma reveladora, encontraba también un paralelismo histórico en el trato que los ocupantes alemanes daban a los judíos y a los polacos. «Polacos y judíos están siendo empleados como esclavos —contó algunos días después—. Aquí nadie tiene la menor consideración por ellos. Es como si estuviéramos en la Antigüedad, cuando los romanos habían conquistado otros pueblos».[295] Describía el Gobierno General como «de veras el basurero de Europa», repleto de casas «semiderruidas, ruinosas, mugrientas, con cortinas hechas jirones detrás de las ventanas, llenas de porquería».[296] No cabe duda de que jamás había visto los distritos más pobres de su propio país. Para Heinrici, como para muchos otros, la suciedad era eslava y polaca. «Basta con ir por la calle —escribía desde Polonia en abril de 1941— para tener ya la sensación de que estás infestado de piojos y pulgas. En las callejuelas judías hay tal hedor que tienes que sonarte y limpiarte la nariz después de haber pasado por ellas, simplemente para quitarte de encima la mugre que has inhalado».[297]

En consecuencia, cuando las fuerzas alemanas realizaron lo que ellas consideraban acciones de represalia contra la resistencia polaca a la invasión, tomando rehenes, disparando contra civiles, quemando viva a la gente, arrasando granjas y muchas otras cosas, no actuaban movidas por necesidades militares, sino que estaban al servicio de una ideología de odio y desprecio raciales que iba a estar en gran medida ausente en su invasión de otros países situados al oeste.[289] La violencia contra los enemigos políticos y raciales, reales o imaginados, se había convertido en moneda corriente en el Tercer Reich mucho antes de que la guerra diese comienzo. La violencia desatada contra los polacos y especialmente contra los judíos desde primeros de septiembre de 1939 continuó e intensificó esa línea de actuación establecida por el Tercer Reich, como lo hicieron el saqueo y la expropiación a las que unos y otros se vieron sometidos. En la mente de Hitler y en la de los nazis más preponderantes, la justificación esgrimida en

último término era preparar Alemania para la guerra eliminando la supuesta amenaza de la presencia judía y anticipándose de ese modo a la posibilidad de sufrir una «puñalada por la espalda» por parte de elementos subversivos en el frente interno, como los que ellos creían que habían conducido a la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial.[299]

Eran evidentes las consideraciones a este tenor, por ejemplo, en el trato nazi de la Polonia ocupada, concebido desde el inicio para servir de trampolín a la invasión largo tiempo imaginada de la Rusia soviética. Y también lo eran en relación con el asesinato en masa de los enfermos mentales y los discapacitados que dio comienzo en el verano de 1939. Ello tampoco era un mero producto de la guerra, y menos aún la consecuencia de una petición del todo casual que los padres de un bebé discapacitado le hicieron a Hitler, como se ha insinuado en ocasiones. Por el contrario, también había sido planeado durante mucho tiempo, presagiado por la esterilización en masa de cerca de 400.000 «discapacitados» alemanes antes del estallido de la guerra y en preparación desde mediados de la década de 1930. La violencia desatada por las fuerzas alemanas en Polonia se había programado también con anterioridad. Ésta se desprendía lógicamente a partir de las políticas que los nazis habían seguido en tiempos de paz, extendiéndolas e intensificándolas en formas nuevas y espantosas.[300] En menos de dos años tales políticas iban a ser todavía más alentadas y aplicadas a una escala aún mayor. Entretanto, por grande que fuese su obsesión por la limpieza étnica y la búsqueda de «espacio vital» en el este, Hitler y los nazis se enfrentaban no obstante al hecho de que lo que se había iniciado en septiembre de 1939 no era tan sólo la ampliación largo tiempo soñada de las fronteras políticas y étnicas de Alemania hacia el este, sino también, no tan alentadoramente para ellos, una guerra mundial en la cual se enfrentaba a Alemania el poder conjunto de Gran Bretaña y Francia, los dos países europeos con los imperios más vastos de ultramar, vencedores contra Alemania de la contienda librada entre 1914 y 1918. Hasta el último momento, Hitler había esperado que ese conflicto se pudiese evitar y que le dejasen destruir Polonia en paz. Ahora, sin embargo, se enfrentaba con el problema de qué hacer con los enemigos de Alemania en el oeste.

# 2

# LA SUERTE DE LA GUERRA

# «LA OBRA DE LA PROVIDENCIA»

## I

El 8 de noviembre de 1939, hacia las ocho de la tarde, Hitler entró en la Bürgerbräukeller, la cervecería de Múnich donde había lanzado su fallido *putsch* en 1923. Allí estaba previsto que pronunciase su discurso anual ante los líderes regionales y los «antiguos combatientes» del movimiento nazi. En el mitin de 1939, Hitler habló poco menos de una hora. Entonces, para sorpresa de todos, salió abruptamente hacia la estación de ferrocarril para viajar a Berlín, donde se requería su presencia en la Cancillería del Reich con motivo de las discusiones sobre la invasión planeada de Francia, pospuesta tan sólo dos días antes debido al mal tiempo. A los «antiguos combatientes» les causó decepción el hecho de que no siguiese su costumbre habitual de quedarse aún por espacio de una media hora para departir. La mayoría de ellos fueron marchándose poco a poco, permaneciendo en el local unas cien personas para poner orden. A las 9:20, menos de media hora después de que Hitler hubiese abandonado el edificio, se produjo una fuerte explosión en el local. La galería superior y el techo se vinieron abajo, y puertas y ventanas saltaron por los aires a causa de la onda expansiva. Tres personas murieron en el acto, otras cinco fallecieron más tarde debido a sus heridas, y sesenta y dos más sufrieron lesiones. Muchos de quienes lograron salir de las ruinas, tosiendo y balbuceando, magullados, sangrando y cubiertos de polvo, creían haber sido víctimas de un bombardeo aéreo británico. Sólo poco a poco iban cayendo en la cuenta de que la explosión la había causado una bomba escondida en alguna de las columnas centrales del salón.

Hitler tuvo noticia de lo sucedido cuando su tren se detuvo en Núremberg. Al principio pensó que se trataba de una broma. Pero cuando vio que a su alrededor no había nadie que se estuviera riendo, se dio cuenta de que había escapado de la muerte por muy poco. Una vez más, afirmó, la Providencia le había protegido para las tareas que tenía por delante. ¿Quién, se preguntaron los líderes nazis, estaba detrás de aquel cobarde atentado contra la vida de Hitler? Al cabo de poco más de dos meses de guerra, la respuesta parecía obvia. Tenía que ser cosa de los servicios secretos británicos. Hitler ordenó personalmente el secuestro de dos agentes británicos a quienes Walter Schellenberg, jefe de inteligencia del Servicio de Seguridad de las SS de Heydrich, había mandado vigilar en la frontera holandesa, en Venlo. A buen seguro, revelarían los orígenes del complot. Schellenberg contactó con los agentes y les convenció para reunirse con hombres de las SS a quienes ellos creían representantes de la resistencia alemana en el ejército. Los hombres de las SS dispararon a un agente de inteligencia holandés que trató de interponerse y trasladaron con rapidez a los agentes británicos al otro lado de la frontera alemana antes de que nadie pudiese detenerlos. Pero aunque en Berlín persuadieron a los agentes británicos para que proporcionasen los nombres de numerosos agentes británicos en el continente, no pudieron esclarecer en lo más mínimo el atentado.[1]

La máquina propagandística de Goebbels no tardó en bombear denuncias sobre los servicios secretos británicos. La verdad únicamente empezó a aflorar cuando, en un lugar remoto del sur de Alemania, la policía de fronteras detuvo a un carpintero de treinta y ocho años de edad llamado Georg Elser, que estaba intentando cruzar la frontera suiza sin documentación en regla. Al registrar sus ropas y efectos personales, encontraron una postal de la cervecería donde la explosión se había producido, así como una mecha para explosivos y bosquejos de una bomba. Elser fue entregado de inmediato a la Gestapo local. Cuando la oficina de la Gestapo tuvo conocimiento de la explosión, los policías ataron cabos y enviaron a Elser a Múnich para interrogarlo. Al principio nadie podía creer que el carpintero hubiese actuado por cuenta propia. Se detuvo a sospechosos de toda clase, una ola de denuncias de individuos a quienes se

había visto actuar de manera sospechosa cerca del escenario donde había tenido lugar el atentado alimentaba el proceso. Heinrich Himmler llegó al centro de interrogatorios, le asestó una y otra vez puntapiés a Elser con sus botas militares y ordenó que le golpearan. Pero Elser se mantuvo en sus trece sosteniendo que había actuado enteramente por propia iniciativa. La Gestapo le hizo fabricar incluso una réplica exacta de la bomba que, para su asombro, él hizo perfectamente. Al final, se vieron obligados a admitir de puertas adentro que había actuado solo.[2]

Georg Elser era un hombre corriente de origen humilde cuyo padre cruel y violento había provocado en él una aversión intensa a la tiranía. Miembro en aquel tiempo de la Liga de Combatientes del Frente Rojo [*Rotfrontkämpferbund*] del Partido Comunista, se vio en dificultades para encontrar trabajo durante el Tercer Reich y acusaba a Hitler de su infortunio. En Múnich había reconocido la cervecería donde Hitler iba a pronunciar su discurso anual, y se dispuso a preparar el atentado. En el transcurso de muchos meses se dedicó a hurtar explosivos, un detonador y otros materiales a sus patronos en una cantera, lo que le daba acceso al tipo adecuado de material. Subrepticiamente, Elser tomó medidas en la cervecería, si bien un intento de obtener allí mismo un empleo quedó en nada. Cada noche tomaba allí su cena a eso de las nueve, luego se escondía en un cuarto utilizado como almacén hasta que el local quedaba cerrado durante la noche. En las horas de la madrugada, Elser trabajaba minuciosamente en una columna maestra que había escogido como el mejor sitio para la explosión, instalando una puerta secreta en el revestimiento de madera, ahuecando los ladrillos, introduciendo en su interior los explosivos y el detonador, y fijando el temporizador fabricado para la ocasión. Al cabo de dos meses, el 2 de noviembre de 1939, introdujo la bomba; tres noches más tarde instaló el temporizador, programado para las 9:20 de la noche del día 8, cuando, pensaba él, Hitler se encontraría en pleno discurso. Lo único que evitó que Hitler muriese en el acto fue que abrevió su discurso para marcharse a Berlín.[3]

El efecto sobre la opinión pública, según informaba servilmente el Servicio de Seguridad de las SS, no fue otro que provocar una reacción popular de animadversión hacia los británicos. «El amor por el Führer se ha

hecho aún mayor si cabe, y las actitudes en relación con la guerra se han hecho más positivas en muchos segmentos de la población gracias al atentado».[4] Tan extendido estaba este efecto que el reportero norteamericano William L. Shirer pensó que los mismos nazis habían escenificado el ataque para granjearse la simpatía de la gente. ¿Por qué si no, cavilaba él, habían «abandonado el edificio tan presurosamente los peces gordos»?[5] Pero esta teoría, aunque más tarde también la hayan defendido algunos historiadores, adolecía en realidad de tan escaso fundamento como la teoría contraria sostenida por los nazis, según la cual los británicos habían estado maniobrando detrás del atentado.[6] Al propio Elser lo enviaron al campo de concentración de Sachsenhausen. De haber habido un juicio formal, hubiese sido de dominio público que había actuado solo, y Hitler y los dirigentes nazis preferían mantener la ficción de que había formado parte de un complot urdido por los servicios secretos británicos. Elser se negó en redondo a contar otra cosa que no fuese la verdad. Por si cambiaba de opinión, lo mantuvieron en el campo como a un prisionero especial y le dieron dos cuartos para su uso exclusivo. Hasta le permitieron utilizar uno de ellos como taller para que pudiese seguir ejerciendo su oficio de carpintero. Recibía un suministro regular de cigarrillos y se entretenía tocando la cítara. No le permitían hablar con otros prisioneros ni recibir visitas. Pero su muerte no serviría de nada sin el tipo de confesión que los nazis querían, y ésta nunca iba a producirse.[7]

## II

El atentado se produjo en un momento en el que Hitler, tras el contundente éxito de su conquista de Polonia, tenía su atención puesta en el conflicto con Gran Bretaña y Francia. Ambos países habían declarado la guerra a Alemania inmediatamente después de la invasión. Sin embargo, desde el mismo comienzo se dieron cuenta de que era poco cuanto podían hacer para ayudar a los polacos. Ya estaban bien armados a mediados de la década de 1930, pero sólo habían empezado a incrementar el ritmo en la fabricación de armas en 1936 y precisaban de más tiempo. Se inclinaban al principio por librar una guerra de contención; sólo más tarde, tras alcanzar a los

alemanes en hombres y materiales, podrían pasar a la ofensiva. Aquél fue el período de la «guerra falsa», *drôle de guerre*, *Sitzkrieg*, durante el cual todos los países beligerantes aguardaban nerviosamente el inicio de hostilidades importantes. Hitler comunicó el 9 de octubre de 1939 a las fuerzas armadas alemanas que lanzaría un ataque en el lado occidental si los británicos rechazaban un compromiso. Sin embargo, el Alto Mando del Ejército alemán advertía que la campaña polaca había consumido demasiados recursos y hacía falta tiempo para recuperarse. Además, los franceses y los británicos serían con toda seguridad adversarios mucho más combativos que los polacos.[8] Esa advertencia dejó a Hitler enormemente preocupado, y el 23 de noviembre de 1939 recordó en una reunión con doscientos altos mandos que los generales habían visto con aprensión la remilitarización de Renania, la anexión de Austria, la invasión de Checoslovaquia y otras políticas audaces que finalmente se habían convertido en triunfos. El fin último de la guerra, les dijo una vez más, era la creación de un «espacio vital» en el este. Si el mismo no se conquistaba, el pueblo alemán se extinguiría. «Podremos enfrentarnos a Rusia únicamente cuando estemos liberados en la parte occidental», advirtió. Rusia sería militarmente débil al menos en el transcurso de los dos años siguientes, de manera que ahora era el momento de asegurar la retaguardia de Alemania y evitar la guerra en dos frentes, de consecuencias tan catastróficas en 1914-1918. A Inglaterra únicamente cabía derrotarla tras la conquista de Francia, Bélgica y Holanda y la ocupación de la costa del Canal. Por consiguiente, ello debería hacerse lo antes posible. Alemania era más poderosa que nunca. Más de un centenar de divisiones estaban preparadas para atacar. La situación de los suministros era buena. Gran Bretaña y Francia no habían completado su rearme. Por encima de todo, dijo Hitler, Alemania contaba con un factor que la convertía en invencible: él mismo. «Estoy convencido del valor de mi inteligencia y del poder de mi decisión [...] La suerte del Reich depende sólo de mí [...] No retrocederé frente a nada y destruiré a todo aquel que se me oponga». Proclamó que el destino estaba con él, espoleado por haber escapado a la bomba en la cervecería quince días antes. «Incluso en los sucesos presentes veo la Providencia».[9]

Los generales al mando estaban consternados por el nuevo arrebato de lo que ellos consideraban una agresividad irresponsable de Hitler. Alegaban que hacía falta tiempo para formar a más reclutas y para reparar y reponer los equipos dañados o perdidos en la campaña polaca. El jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, estaba tan alarmado que volvió a reanudar los planes conspiratorios, planes que había estado tramando durante una discusión similar en relación con la invasión prevista de Checoslovaquia en el verano de 1938, con otros oficiales, espíritus descontentos en la contrainteligencia del ejército, así como funcionarios y políticos conservadores. Durante un tiempo, Halder incluso había llevado consigo un revólver cargado oculto, a la espera de disparar a Hitler en cuanto la ocasión se presentara. Sólo le disuadieron de utilizarlo el firme sentido de la obediencia a su juramento de lealtad al Führer nazi y el conocimiento de que apenas contaría con el apoyo de la gente ni ciertamente con el de los oficiales bajo su mando. Los conspiradores empezaron en noviembre de 1939 a preparar nuevamente la detención de Hitler y de sus ayudantes principales, con la idea de entregarle el poder a Göring, ya que se sabía de él que albergaba serias dudas en relación con librar una guerra contra Gran Bretaña y Francia. Sin embargo, el 23 de noviembre de 1939 Hitler se dirigió a sus principales generales. «El Führer —señaló uno de ellos— adopta una postura que se encuentra en las antípodas de cualquier clase de derrotismo». Su discurso delataba «cierto mal humor en relación con los jefes del ejército». «“¡La victoria —dijo— no puede ganarse a fuerza de esperar!”».[10] Creyendo que Hitler se había enterado del complot, Halder sintió pánico y se echó atrás totalmente. El plan quedó en nada. En última instancia, la falta de comunicación y de coordinación entre los conspiradores y la ausencia de planes concretos para el período posterior a la detención de Hitler habían condenado al fracaso la conspiración desde su mismo comienzo.[11]

Al final, el enfrentamiento se demostró en todo caso innecesario, ya que Hitler se vio obligado a posponer una y otra vez la ofensiva a lo largo del invierno de 1939-1940 debido a las malas condiciones climatológicas. Las fuertes lluvias incesantes convertían en un lodazal el terreno en grandes extensiones de Europa occidental, haciendo inviable para los carros de

combate y los vehículos con blindaje pesado de los alemanes desplazarse con la rapidez que había sido un elemento decisivo en la campaña polaca. Los meses de retraso resultaron beneficiosos para los preparativos bélicos alemanes a medida que Hitler introducía cambios importantes en el programa de armamento. A finales de la década de 1930 Hitler había estado reclamando la creación de una fuerza aérea a gran escala. Pero Alemania carecía de reservas suficientes de combustible aéreo. Y en el verano de 1939 la escasez de acero y de otras materias primas, así como de ingenieros cualificados para la construcción, estaba llevando a un ajuste drástico a la baja del programa. La fabricación de aviones tenía además que competir con la de carros de combate y la de acorazados. La intensa presión a que le sometió el Ministerio del Aire, convenció a Hitler para fijar nuevamente como una prioridad máxima la producción de bombarderos Junkers 88 en agosto de 1939. Un recorte en el programa naval permitió también a Hitler exigir un aumento masivo en la fabricación de munición, en especial de proyectiles para la artillería. Desde ese momento, los aeroplanos y la munición absorbieron siempre dos tercios o más de los recursos destinados a la fabricación de armas. Pero estos cambios se introducían con lentitud en los sistemas de planificación y de producción por cuanto había que trazar nuevos planos, actualizar las máquinas, construir los equipos y reorganizar las plantas existentes y abrir otras nuevas. La escasez de mano de obra se veía agravada por la incorporación a filas de los obreros, mientras que la insuficiente inversión en el sistema ferroviario alemán era la causa de que no hubiera trenes suficientes para transportar armamento, componentes y materias primas a lo largo y ancho del país y de que el abastecimiento de carbón para la industria empezase a sufrir serios retrasos. Corregir todos estos factores requería tiempo.[12]

No fue hasta febrero de 1940 cuando la fabricación de municiones empezó a incrementarse de manera significativa. En julio de 1940 la fabricación alemana de armamento se había doblado.[13] Sin embargo, para entonces Hitler ya había perdido la paciencia con el sistema de adquisición de armamento dirigido por las fuerzas armadas bajo la dirección del general Georg Thomas. Hitler puso en marcha el 17 de marzo de 1940 un Ministerio para Municiones de nueva creación. El hombre a quien puso a

cargo del mismo fue Fritz Todt, su ingeniero preferido, que había sido el cerebro de uno de los proyectos acariciados por Hitler en la década de 1930, la construcción de un sistema nuevo de autopistas.[14] Tan abatido estaba por todo ello el jefe de la Oficina de Adquisiciones del Ejército, el general Karl Becker, y por la campaña de rumores desatada criticando la supuesta ineficacia de su organización, una campaña orquestada en parte por representantes de fabricantes de armas como Krupps, que veían una oportunidad en esta nueva situación, que se suicidó de un disparo. Todt creó de inmediato un sistema de comités para los distintos aspectos de la fabricación de armas, en el que los industriales desempeñaban un papel fundamental. El aumento en la producción de armas que se produjo en los meses siguientes obedeció en buena medida a que el régimen anterior de adquisiciones había logrado desbloquear los cuellos de botella que lastraban el abastecimiento de materias primas vitales como el cobre y el acero. Pero fue a Todt a quien atribuyeron todo el mérito.[15]

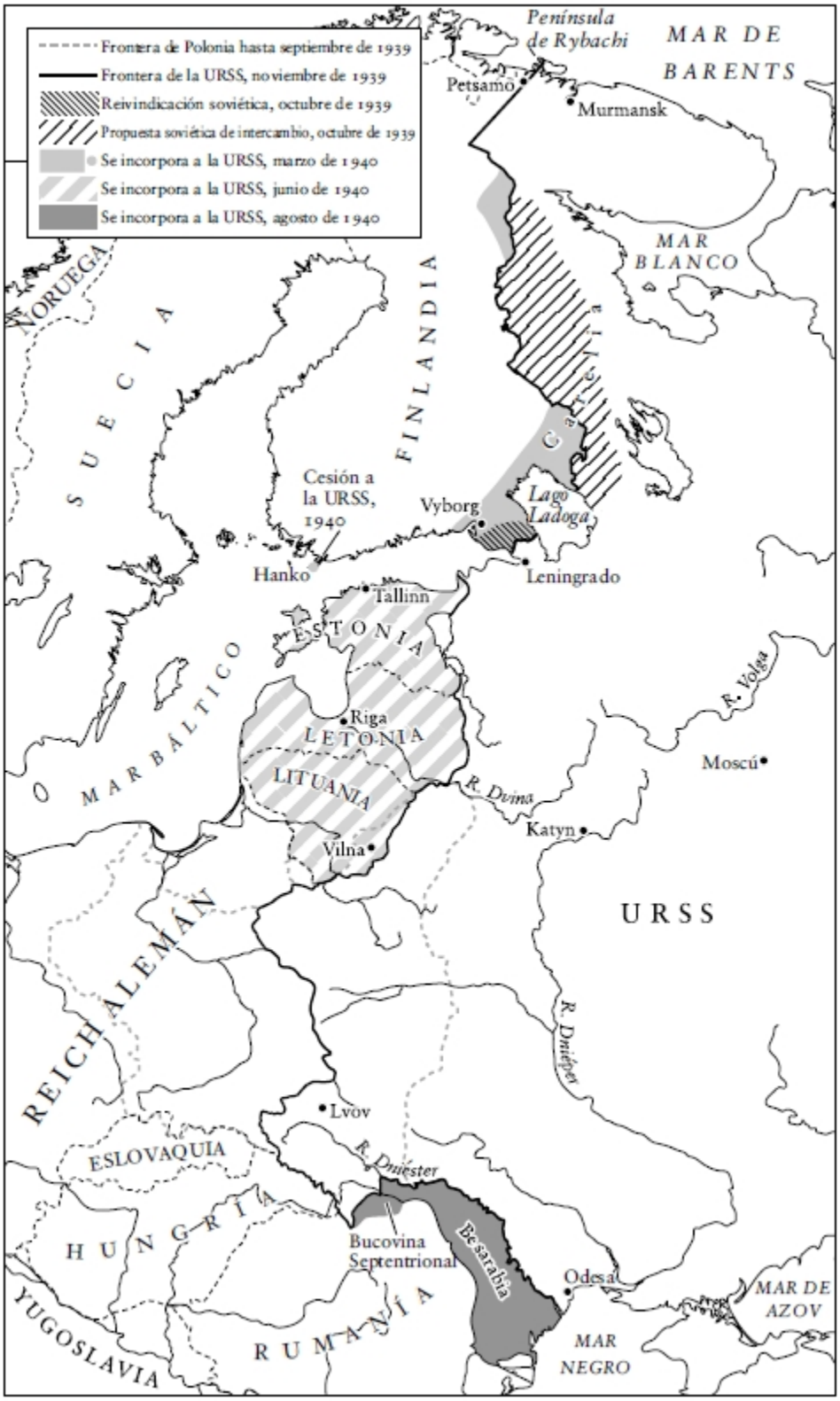
## III

Del Pacto Germano-Soviético y las negociaciones posteriores en torno a la invasión de Polonia se había derivado que los alemanes cedieran a la esfera rusa de influencia no solamente el este de Polonia y los Estados bálticos sino también Finlandia. Stalin, en octubre de 1939, exigió que los finlandeses cediesen a Rusia el área situada inmediatamente al norte de Leningrado y la parte occidental de la península de Rybachi a cambio de una gran extensión de la Carelia oriental. Pero las negociaciones se rompieron el 9 de noviembre de 1939. El 30 de noviembre se produjo la invasión del Ejército Rojo, instaurando un gobierno títere comunista en una localidad de la frontera finlandesa e instándolo a firmar un acuerdo que cedía el territorio reclamado por Stalin. Sin embargo, fue entonces cuando las cosas empezaron a torcerse seriamente para el mandatario soviético. A muchos de los generales de mayor peso los habían depurado en las purgas de la década de 1930, y las tropas soviéticas carecían de preparación y estaban mal dirigidas. El invierno ya se había iniciado, y las tropas finlandesas, camufladas de blanco y desplazándose ágilmente mediante

esquíes, aventajaban en estrategia a los reclutas soviéticos sin experiencia, a quienes no se había enseñado a combatir con nieves profundas. De hecho, algunos oficiales soviéticos consideraban el camuflaje como una muestra de cobardía y se negaban a recurrir a él incluso si era posible utilizarlo. Entrenados únicamente para atacar, unidades enteras del Ejército Rojo fueron a su muerte al toparse directamente con los nidos de ametralladoras construidos en los búnkeres defensivos de la Línea Mannerheim, una extensa sucesión de trincheras de cemento que toman su nombre del comandante en jefe finlandés.[16]

«Estamos cayendo como moscas», se quejaba un soldado soviético de infantería destinado en el frente finlandés en diciembre de 1939. Para cuando el conflicto había llegado a su fin, habían perecido más de 126.000 soldados soviéticos y a 300.000 los habían evacuado desde el frente debido a las heridas sufridas, las enfermedades o la congelación. Las bajas finlandesas también fueron severas, en realidad lo fueron más si cabe atendiendo a la proporcionalidad, con 50.000 muertos y 43.000 heridos. No obstante, no cabía duda de que los finlandeses habían causado un gran daño a los soviéticos. Sus tropas, enardecidas por el fuerte compromiso nacional, no sólo mostraron valor y determinación, sino además ingenio. Siguiendo el ejemplo de las fuerzas de Franco en la Guerra Civil española, los finlandeses recogían botellas de licor vacías, las llenaban con queroseno y otras sustancias químicas, introducían una mecha en cada una de ellas y acto seguido las encendían y las arrojaban contra los carros de combate soviéticos que se aproximaban, cubriéndolos de llamas. «Jamás hubiera pensado que un tanque pudiera arder tanto tiempo», dijo un veterano de guerra finlandés. También se inventaron un nombre nuevo para el proyectil: en honor del ministro de Exteriores soviético, los llamaron «cócteles Molotov».[17] Al final, sin embargo, las cifras hablaron. Tras el fracaso de una segunda ofensiva, Stalin reunió una gran cantidad de refuerzos, al tiempo que dejaba caer su gobierno títere finlandés y ofrecía negociaciones al régimen finlandés legítimo en Helsinki. En la noche del 12 al 13 de marzo de 1940, admitiendo lo inevitable, los finlandeses aceptaron un tratado de paz que adjudicaba una cantidad de territorio sustancialmente mayor en el sur a la Unión Soviética que el que ésta había reclamado al

principio. No obstante, a pesar de su derrota final y de la apertura de una base militar soviética en su territorio, los finlandeses habían conservado su independencia. Su resistencia tenaz y efectiva había revelado la debilidad del Ejército Rojo y convencido a Hitler de que no tenía nada que temer de él. Para Stalin, Finlandia iba a servir ahora como un Estado tapón subordinado para dejar a Rusia al margen de cualquier conflicto que pudiese librarse en Escandinavia entre Alemania y los aliados. Las dificultades y los desastres múltiples de la guerra persuadieron a Stalin de que debía incorporar al servicio activo en puestos de mando a los ex oficiales a quienes había sometido a la purga y a la deshonra. También incitaron a sus generales a poner en marcha reformas militares de envergadura con las que confiaban en que el Ejército Rojo actuaría mejor la próxima vez que entrase en acción.[18]




5. Ganancias territoriales soviéticas, 1939-1940.

Entretanto, sin embargo, el conflicto en Finlandia y el fracaso anglofrancés a la hora de intervenir hicieron que Hitler pusiera sus ojos en Noruega. Los puertos costeros del país podrían erigirse en enclaves donde situar bases de una importancia vital para las operaciones submarinas alemanas contra Gran Bretaña. Además, podían procurar un canal esencial para la exportación del imprescindible mineral de hierro con destino a Alemania desde la neutral Suecia, especialmente durante el invierno, cuando Narvik se mantenía libre de hielo. A ojos de Hitler, la falta de cualquier perspectiva inminente de invadir Francia y la posibilidad evidente de que los británicos llevasen a cabo una invasión con carácter preventivo convirtieron en apremiante lanzar una ofensiva contra Noruega. Ya en octubre de 1939, el comandante en jefe de la armada alemana, el gran almirante Raeder, consciente de las consecuencias del fracaso de Alemania a la hora de controlar la costa noroccidental europea en la Primera Guerra Mundial, estuvo presionando a Hitler para imponer ese rumbo. Para preparar el terreno, Raeder estableció contacto con el líder del Partido Fascista Noruego, Vidkun Quisling. Nacido en 1887, Quisling, hijo de un pastor protestante, había salido de la academia militar con las calificaciones más altas de la historia de la misma, y con veinticuatro años se incorporó al Estado Mayor del Ejército. Entre 1931 y 1933 sirvió como ministro de Defensa en un gobierno dirigido por el Partido Agrario, una formación nacionalista formada no mucho antes para representar a las pequeñas comunidades agrícolas en ese país de 3 millones de habitantes. La rápida industrialización había producido el surgimiento de un movimiento obrero procomunista radical en las ciudades, causante de una gran inquietud entre el campesinado. Por entonces, Quisling estaba proclamando abiertamente la superioridad de la raza nórdica y advirtiendo contra la amenaza del comunismo. Quisling se presentaba a sí mismo como un defensor de los intereses de los campesinos. En marzo de 1933, cuando cayó el gobierno, fundó su propio movimiento, Unidad Nacional, revistiéndolo con ideas tales como el principio de liderazgo, inspirándose en el régimen nazi recién instaurado en Alemania.[19]

El movimiento de Quisling no consiguió hacer progreso alguno en la década de 1930. Se lo impidió el giro hacia una postura centrista de los socialdemócratas noruegos, basado en reconciliar los intereses de los obreros y los campesinos. Ello produjo una mayoría parlamentaria socialdemócrata a partir de 1936. Quisling tuvo contactos con los nazis, visitando a Hitler a principios de 1940 para intentar convencerle de que respaldase un golpe fascista encabezado por el propio Quisling. Los alemanes eran escépticos en vista de la evidente falta total de apoyo a Quisling entre la población noruega. Sin embargo, éste convenció a Hitler de que era probable que los aliados invadieran Noruega, y dos días después de su reunión Hitler ordenó planificar el inicio de un ataque preventivo alemán. Quisling viajó a Copenhague el 4 de abril de 1940 y se reunió con un oficial de la comandancia alemana a quien proporcionó detalles de los preparativos defensivos noruegos e indicó los mejores lugares para llevar a cabo la invasión. Por nefasta que fuera, la traición de Quisling se iba a revelar útil para la propaganda aliada en un aspecto: tal vez porque su nombre fuera fácil de pronunciar, el caso es que no tardó en convertirse en un término práctico para referirse a traidores de toda laya, en lugar de «quintacolumnista», empleado por vez primera en la Guerra Civil española, que a juicio de los propagandistas británicos ya había olvidado la mayoría de la gente.[20]

El 1 de marzo de 1940, Hitler dictó una orden formal para la invasión (apodada «Ejercicio Weser»), la cual, por razones geográficas obvias, iba a abarcar no sólo Noruega sino también Dinamarca. Rechazando la objeción de que noruegos y daneses eran neutrales y probablemente iban a seguir siéndolo, Hitler señaló que sólo sería necesaria una fuerza relativamente pequeña en vista de la debilidad de las defensas enemigas. El 9 de abril de 1940 fuerzas alemanas cruzaban desde el sur la frontera terrestre con Dinamarca a las 5:25 de la mañana, mientras que un desembarco de tropas aerotransportadas en Ålborg se apoderaba de la base principal de la fuerza aérea danesa, y por mar se producía una invasión en cinco puntos diferentes, Copenhague incluida, cuyos defensores se encontraban completamente desprevenidos. El único problema surgió cuando el acorazado Schleswig-Holstein encalló. A las 7:20 de la mañana,

reconociendo lo inevitable, el gobierno danés ordenó que cesara la resistencia. La invasión se había completado con éxito en menos de dos horas.[21] En Noruega, sin embargo, las fuerzas invasoras encontraron más seria resistencia. Los barcos de transporte alemanes lograron eludir en su ruta a Trondheim y Narvik a los británicos que se hallaban al acecho, pero el mal tiempo dispersó la flota de apoyo compuesta por catorce destructores, dos acorazados (el Scharnhorst y el Gneisenau) y un crucero pesado, el Admiral Hipper. El crucero de combate británico Renown se topó con los dos acorazados y les causó daños lo bastante severos como para obligarles a retirarse, pero era un factor decisivo que los navíos británicos se encontraban demasiado alejados de la costa noruega para impedir que las fuerzas principales alemanas penetrasen por los fiordos noruegos. Las baterías costeras causaron algunos daños, y un crucero de combate de reciente botadura, el Blücher, se fue a pique, pero ello no bastó para impedir que las tropas alemanas se hiciesen con el control de todas las ciudades noruegas más importantes, incluyendo la capital. Aun así, no fue un camino de rosas, y dos ataques de la flota británica hundieron diez destructores alemanes anclados en Narvik y sus alrededores el 10 y el 13 de abril de 1940. Los alemanes perdieron asimismo quince buques de transporte, viéndose forzados a utilizar una flota de 270 barcos mercantes para transportar una fuerza de refuerzo compuesta por 108.000 soldados y sus pertrechos desde Dinamarca, mientras otros 30.000 eran aerotransportados. La dependencia del transporte aéreo y la falta de buques para el transporte de tropas ocasionó que la invasión inicial no pudiese disponer de la fuerza abrumadora que precisaba. Este hecho, sumado a las dificultades del terreno en su mayor parte montañoso de Noruega, propició que los noruegos tuvieran la oportunidad de ofrecer resistencia a las fuerzas invasoras alemanas.[22]

Las dificultades de la invasión se vieron agravadas por la decisión de proclamar a Quisling jefe de un nuevo gobierno pro alemán tan pronto como Oslo fue ocupada el 9 de abril. Algunos de los antiguos partidarios a quienes nombró como ministros suyos rechazaron públicamente unirse a Quisling, y el gobierno legítimo condenó con rotundidad la actuación de éste. El rey llamó a proseguir la resistencia, y abandonó Oslo con el

gabinete ministerial. Contaba con el apoyo del ejército y de la inmensa mayoría del pueblo noruego, indignado ante la toma del poder por un títere a todas luces de los alemanes que no contaba con ninguna clase de apoyo electoral significativo. La proclamación de Quisling de una «revolución nacional» el primero de mayo de 1940, cuando tildó al rey y al gobierno de traidores que se habían vendido a los judíos que dirigían Gran Bretaña y consagró el futuro de Noruega a lo que él llamaba la «Comunidad Germánica de Destino», sólo fue motivo de escarnio.[23] Las tropas noruegas tuvieron un papel significativo en los combates en torno a Narvik y los otros puertos occidentales tras la invasión alemana. No había duda de que las cosas no marchaban como habían planeado los alemanes. Pero aún marchaban de manera más desastrosa para los británicos. El 14 y el 17 de abril fuerzas británicas, apoyadas por tropas de la Legión Extranjera francesa y varias unidades polacas, desembarcaron en dos puntos situados en la costa a mitad de camino. Pero había confusión en lo relativo a la dirección que debían tomar. Muchos de los soldados estaban mal pertrechados para combatir en invierno y carecían de raquetas para andar por la nieve: otros iban tan sobrecargados con sus equipos de invierno que apenas podían moverse. La falta de apoyo aéreo efectivo resultaba crucial. Los aeroplanos alemanes los bombardeaban sin compasión. Después de muchos retrasos, los aliados ocuparon Narvik el 29 de mayo de 1940, pero los refuerzos alemanes empezaban por fin a llegar, y un ataque sorpresa fruto del cual se hundió el portaaviones Glorious el 4 de junio junto con todos los aviones que llevaba a bordo dejó bien a las claras las dificultades de la posición británica. Las fuerzas aliadas situadas al sur de Narvik ya se habían retirado, y tras destruir el puerto las fuerzas que ocupaban la propia ciudad zarparon rumbo a casa el 8 de junio de 1940. El día anterior, el rey de Noruega y su gobierno habían partido hacia el exilio a bordo del crucero Devonshire tras ordenar un alto el fuego, pero dejando claro que se mantendría un estado de guerra entre su país y el Tercer Reich hasta nuevo aviso.[24]

A pesar de las dificultades con que se habían tropezado, los alemanes habían salido vencedores mediante un ataque sin precedentes coordinado por tierra, mar y aire. Ahora ocupaban una parte extensa de la costa

noroccidental del continente, donde establecieron una serie de bases navales de gran importancia, en especial para los submarinos, cuyo papel era tan vital para impedir a los británicos recibir suministros procedentes de América. No sólo quedaban ahora aseguradas las entregas suecas de mineral de hierro a Alemania, sino que la propia Suecia, todavía nominalmente neutral, había quedado efectivamente reducida a la posición de un Estado cliente de Alemania. Incluso durante la campaña noruega las autoridades suecas habían permitido el transporte de suministros alemanes a través de territorio sueco; también permitieron más tarde el tránsito de cientos de miles de soldados alemanes. Los astilleros suecos construyeron buques de guerra para la armada alemana y la economía sueca se convirtió en la fuente de suministros de prácticamente todo cuanto poseía y los alemanes precisaran. Por el contrario, la operación aliada en conjunto había sido, como William L. Shirer anotó en su diario, una «debacle». Los planes británicos para sembrar de minas el perímetro de los puertos noruegos esenciales se habían ido posponiendo una y otra vez hasta que fue demasiado tarde. La coordinación entre el ejército y la marina británicos había sido pobre. La planificación militar había sido confusa e inconsistente. Las fuerzas británicas se habían visto forzadas a emprender una humillante retirada poco tiempo después de su desembarco. En Narvik habían vacilado fatalmente antes de avanzar, perdiendo así el factor sorpresa y dando margen a los alemanes para que sumasen refuerzos. Todo ello no auguraba nada bueno para el futuro del esfuerzo bélico británico.[25] Tanto es así que ya el 21 de marzo de 1940 el oficial del ejército Hans Meier-Welcker se hizo eco en su diario de un optimismo general entre los alemanes corrientes de que en verano la guerra se habría terminado.[26]

Las recriminaciones en Londres no tardaron en manifestarse. En la defensa de su conducción de la guerra ante la Cámara de los Comunes, el primer ministro, Neville Chamberlain, sonó torpe y nada convincente. El líder del Partido Laborista en la oposición, Clement Attlee, no se anduvo por las ramas. «No es sólo Noruega —dijo—. Noruega viene a ser la culminación de muchas otras frustraciones. La gente dice que los principales responsables de la dirección de los asuntos son hombres que han tenido una carrera prácticamente ininterrumpida de fracasos. Noruega vino

después de Checoslovaquia y Polonia. En todas partes la misma historia: “demasiado tarde”». La valoración habitualmente contundente de Attlee acerca de la situación era compartida por muchos. El Partido Laborista en la oposición decidió forzar una votación al respecto. Votaron 486 miembros de un total de 615: de unos 80 conservadores se concluyó que se habían abstenido ausentándose del debate, mientras que otros 40 de ellos que sí estuvieron presentes votaron con la oposición. Una mayoría de gobierno de 213 quedó rebajada drásticamente a 80. Al día siguiente, cediendo ante lo inevitable, Chamberlain decidió renunciar, era un hombre roto. Murió ese mismo año.[27] El político considerado por la mayoría como su sucesor natural era el secretario de asuntos exteriores Edward Halifax, Lord Halifax, miembro de la Cámara Alta, quien declinó asumir el cargo porque consideraba, juiciosamente, que sería imposible liderar el país desde la Cámara de los Lores. A consecuencia de ello, la elección recayó en Winston Churchill. Como primer lord del Almirantazgo, Churchill había sido formalmente responsable de la debacle noruega, pero, pese a haber tenido que defender la posición del gobierno durante el crucial debate, había escapado en buena medida a las críticas debido a la extendida sensación de que su audacia se había visto frustrada por la cautela de otros. Con una edad de sesenta y cinco años en el momento de su nombramiento, Churchill había conocido la acción en la Guerra de Sudán a finales del siglo XIX y en 1914-1918. A lo largo de los años había ocupado numerosos cargos gubernamentales, pero cuando estalló la Segunda Guerra Mundial se había pasado buena parte de la década sentado en uno de los escaños traseros, aislado del gobierno por su reputación como disidente y sobre todo por sus críticas estridentes al Tercer Reich y su postura decididamente favorable al rearme. Churchill amplió de inmediato el gobierno para convertirlo en uno de unidad nacional. Su mensaje a la Cámara de los Comunes en su primer discurso tras el nombramiento fue inflexible. Declaró que Gran Bretaña combatiría hasta el final.[28]

## IV

El ataque alemán a Dinamarca y Noruega anunció el lanzamiento de una operación mucho más extensa contra Francia y los países del Benelux. Discutido a lo largo de muchos meses, el plan inicial, más bien convencional, según el cual las fuerzas armadas lanzarían un ataque en tres frentes, sobre Francia, Bélgica y Holanda, se redujo a un ataque en dos frentes; luego el plan hubo de ser enmendado de nuevo cuando cayó en manos del enemigo tras la captura de un oficial del Estado Mayor que había realizado un aterrizaje de emergencia en Bélgica y no había conseguido destruir los documentos antes de que lo apresaran. Volviendo a redibujar los planes, Hitler empezó a inclinarse por un ataque sorpresa, único, concentrado, en el bosque de las Árdenas, un área boscosa y accidentada que por lo general se consideraba inapropiada para los carros de combate y, a consecuencia de ello, era defendida un tanto a la ligera por los franceses. Esto presentaba la ventaja de evitar tener que atacar las sólidas construcciones defensivas de la Línea Maginot, fuertemente fortificada, que se extendía por espacio de muchos kilómetros a lo largo de la frontera franco-alemana. Las dudas iniciales del Alto Mando del Ejército quedaron superadas cuando los juegos y las simulaciones de guerra del Estado Mayor dieron la razón de la defensa pormenorizada del nuevo plan improvisado por el general Erich von Manstein. Nacido en 1887, Manstein, un oficial cuya ambición resultaba tan irritante para el general Halder que éste lo había enviado a cumplir misiones de campaña en Stettin, era un estrecho colaborador del general Gerd von Rundstedt, quien había dirigido la planificación de la invasión de Polonia. Uno de los objetivos secundarios de este nuevo plan era asignar al Grupo de Ejércitos Sur de Rundstedt la parte del león de la invasión de Francia. En su reunión con Hitler el 17 de febrero de 1940, Manstein demostró que con una planificación cuidadosa era posible desplazar por las Árdenas una fuerza motorizada importante. Una vez allí, el grueso principal de las fuerzas alemanas debería enfilar hacia el Canal, aislando del sur a las fuerzas aliadas. Entretanto, otra fuerza atacante situada más al norte entraría en Bélgica y Holanda induciendo a engaño a los ejércitos aliados para que creyeran que era allí donde se iba a producir la

ofensiva principal. La fuerza expedicionaria británica y el ejército francés se verían así rodeados por el norte y por el sur y arrinconados contra el mar.[29]

A principios de mayo las lluvias habían cesado, la campaña noruega estaba acercándose claramente a un final victorioso y el momento había llegado. Las tropas alemanas invadieron Holanda el 10 de mayo de 1940, algunas de ellas lanzándose en paracaídas, la mayoría limitándose a cruzar la frontera desde la propia Alemania. El ejército holandés se replegó, desgajándose de las fuerzas anglofrancesas situadas al sur. Con sólo ocho divisiones, no podían equipararse al ejército invasor alemán, mucho más numeroso. Un bombardeo alemán de Rotterdam el 14 de mayo de 1940, que causó la destrucción del centro de la ciudad y mató a muchos centenares de civiles, persuadió a los holandeses de que, con el fin de evitar nuevas matanzas, lo aconsejable era rendirse. Así lo hicieron el día siguiente. La reina Guillermina y el gobierno huyeron a Londres para proseguir la lucha desde el otro lado del Canal. Al mismo tiempo, fuerzas especiales alemanas compuestas por tropas paracaidistas e infantería de planeadores se apoderaron de los puentes y las construcciones defensivas clave y se aseguraron el control de las rutas principales hacia Bélgica, donde las tropas encargadas de la defensa, al no conseguir coordinar sus acciones con el avance británico y francés para apoyarlas, no tardaron en verse obligadas a replegarse. El ataque fue rápido y aterrador. William L. Shirer quedó impresionado por la velocidad del avance alemán. Desplazándose al país en un vehículo con un grupo de reporteros, Shirer vio «las vías dobladas y retorcidas, y los vagones y locomotoras, descarrilados» en la estación de ferrocarril severamente bombardeada en la localidad de Tongres. «No se veía un alma. Dos o tres perros hambrientos hozaban tristemente las ruinas, tal vez buscando agua, comida y a sus amos».[30]

Más adelante, dejaron atrás columnas de refugiados caminando fatigosamente por las carreteras, «las ancianas —según escribió Shirer— cargan con un bebé o dos en sus viejos brazos, las mujeres acarrean con las pertenencias familiares. Las afortunadas las llevaban en precario equilibrio sobre bicicletas y las pocas realmente afortunadas, en carretas. Todas estaban aturdidas, horrorizadas, con los rasgos de la cara hundidos por la

tristeza y el sufrimiento, pero con una dignidad inmensa». Al llegar a Lovaina, Shirer vio que la biblioteca de la universidad, incendiada en un acto de represalia por soldados alemanes en la Primera Guerra Mundial a causa de la resistencia con que se habían topado, y reconstruida y reabastecida más tarde gracias a la ayuda de donaciones americanas, había sido destruida una vez más. «Del gran edificio de la biblioteca —escribió Shirer el 20 de mayo de 1940— tan sólo quedan en pie los muros. Las ruinas humean aún». La máquina propagandística de Goebbels se apresuró a manifestar que lo habían destruido los británicos, pero el comandante alemán allí destinado, encogiéndose de hombros, le dijo a Shirer que «se libró allí una dura batalla [...] Hubo un fuerte tiroteo en las calles, fuego de artillería y bombas». Añadió que todos los libros habían sido pasto de las llamas.[31] El avance alemán prosiguió en medio de fuertes combates. Con veintidós divisiones a sus órdenes, el ejército belga podía oponer una resistencia más tenaz que los holandeses. Pero también fue aplastado. El 28 de mayo de 1940, el rey belga, Leopoldo III, sin consultar a los británicos o a los franceses, se rindió. Rechazando el consejo de su gobierno de seguirlo al exilio en Londres, Leopoldo no se movió. Los alemanes lo mantuvieron recluido durante el resto de la guerra.[32]

La decisión de rendirse del rey belga estuvo enormemente influida por los acontecimientos que habían estado produciéndose más al sur. El 10 de mayo de 1940, al mismo tiempo que los ejércitos alemanes invadían Bélgica y Holanda, una gran fuerza alemana empezó a avanzar en secreto por las Árdenas. Los franceses se sentían confiados con su capacidad de resistir una invasión alemana. El rearme había proseguido a marchas forzadas, y a principios de 1940 los franceses contaban con alrededor de 3.000 carros de combate modernos y eficaces con los que hacer frente a una fuerza blindada alemana de unos 2.500 carros de combate de calidad generalmente inferior, y alrededor de 11.000 piezas de artillería frente a las 7.400 de los alemanes. En total, 93 divisiones francesas y 10 británicas se oponían a 93 divisiones alemanas. Los franceses disponían en Francia en la primavera de 1940 de 647 aviones de caza, 242 bombarderos y 489 aviones de reconocimiento, y los británicos, de 261 aviones de caza, 135 bombarderos y 60 aviones de reconocimiento, sumando unos y otros un

total de casi 2.000 aviones de combate; la fuerza aérea alemana contaba con unos 3.578 aviones de combate operativos en aquel momento, pero no bastaba para aplastar a sus adversarios cuando las fuerzas aéreas belga y holandesa se ponían en la balanza. Sin embargo, a pesar de la entrega reciente de 500 aviones modernos americanos, muchos de los aeroplanos franceses estaban obsoletos, y ni los británicos ni los franceses habían aprendido a utilizar sus aviones como apoyo táctico para las fuerzas de tierra de la manera en que los alemanes lo hicieron en Polonia. El resultado fue que en Holanda, Bélgica y Francia los bombarderos en picado alemanes fueron capaces de destruir las defensas antiaéreas enemigas, dañar las comunicaciones enemigas y establecer la superioridad en el aire antes de que pudiesen reaccionar las fuerzas aéreas aliadas. Además, los aliados mantuvieron muchos de sus aviones en reserva, mientras que la fuerza aérea alemana utilizaba casi toda su fuerza operativa en la contienda. Éste fue un juego audaz en el que los alemanes perdieron no menos de 347 aviones, incluyendo la mayor parte de los destinados al transporte de paracaidistas y de los planeadores utilizados en Holanda y Bélgica; no obstante, era un envite enormemente jugoso.[33]

La inteligencia francesa falló completamente a la hora de predecir cómo tendría lugar la invasión alemana. Se tuvo noticia de algunos preparativos, pero nadie reunió toda la información para obtener una imagen coherente, y los generales siguieron dando por descontado que aún eran operativos los planes obsoletos capturados. Inspirándose en su experiencia de la Primera Guerra Mundial, el estamento militar francés no supo ver cuán rápido y cuán lejos podían desplazarse las divisiones blindadas alemanas. Desde el estancamiento de la guerra de trincheras en 1914-1918, la llegada de la fuerza aérea y de los carros de combate había desplazado la ventaja en la guerra de la defensa al ataque, una evolución que pocos en el bando aliado habían seguido hasta su conclusión lógica. Situados a muchos kilómetros por detrás de la línea del frente con el fin de obtener una perspectiva general mejor, los generales franceses adolecían de unas comunicaciones pobres y reaccionaban con lentitud ante el ritmo veloz de los acontecimientos. 57 divisiones quedaron concentradas enseguida en el norte para repeler la invasión alemana que se esperaba procedente de

Holanda y Bélgica. Sin embargo, las fuerzas alemanas sumaban allí sólo 29 divisiones, y mientras los franceses desplegaban otras 36 divisiones a lo largo de la Línea Maginot, los alemanes solamente les oponían allí 19 divisiones. La fuerza alemana más poderosa, 45 divisiones, incluyendo a muchas de sus fuerzas mejor entrenadas y equipadas, centró su objetivo en atravesar las Árdenas. Al menos al principio no fue extraño que la defensa francesa en el norte resistiese con firmeza, haciendo retroceder a los alemanes en la primera batalla de la historia con carros de combate, en Hannur. Sin embargo, lo que importaba de veras se estaba decidiendo más al sur, donde el general Ewald von Kleist se hallaba al mando de 134.000 soldados, 1.222 carros de combate, 545 vehículos blindados semioruga y cerca de 40.000 camiones y coches en los angostos valles boscosos de las Árdenas, en lo que se ha dado en llamar «el mayor embotellamiento conocido en Europa hasta la fecha».[34]

La empresa era extraordinariamente arriesgada. Prácticamente no dejaba en reserva ningún blindado alemán. El fracaso hubiese expuesto a Alemania a unas contraofensivas devastadoras. Como Fedor von Bock, el experimentado general, si bien conservador, al mando del Grupo B del ejército en el norte había señalado nada más tener conocimiento de la invasión planeada atravesando las Árdenas, no cabía duda de que «tiene que fracasar a menos que los franceses se vuelvan locos».[35]

Pero la fortuna de los alemanes se mantuvo. Lenta y penosamente, cuatro columnas que se desplazaban a poca velocidad, y con una longitud de casi 400 kilómetros cada una de ellas, avanzaban a duras penas por caminos angostos en dirección al río Mosa. Con frecuencia interrumpían la marcha. Los encargados de asegurar que el avance prosiguiera sobrevolaban arriba y abajo las columnas con avionetas para identificar aquellos lugares con riesgo de que la circulación quedase paralizada. Los carros de combate dependían de estaciones de repostaje en la ruta que montaban unidades avanzadas en emplazamientos previamente designados. Toda la tripulación y los conductores tenían que seguir durante tres días y tres noches sin descanso; a las unidades de primera línea de combate les suministraban anfetaminas (apodadas por las tropas «*Panzerschokolade*» [chocolate blindado]) para mantenerlas despiertas. Vulnerables y expuestas, las

columnas eran presa fácil en los ataques aéreos aliados. Pero se salieron con la suya porque los aliados no supieron reconocerlos como la fuerza alemana principal. Al alcanzar el río Mosa el 13 de mayo de 1940, las fuerzas alemanas quedaron en la línea de fuego en el primer intento real de los franceses para detenerlas. Kleist reunió a no menos de 1.000 aviones para bombardear las posiciones francesas, lo cual se llevó a cabo lanzando oleadas de ataques que se prolongaron por espacio de unas ocho horas, forzando a los franceses a ponerse a cubierto o a retirarse y haciendo mella seriamente en su moral. Los alemanes arrojaron al río cientos de botes neumáticos, y tropas alemanas desembarcaron en la otra orilla en tres sitios, destruyendo las posiciones defensivas francesas y creando un punto de apoyo en la ribera izquierda lo bastante amplio como para que los ingenieros levantasen un puente sobre el cual pudieran empezar a cruzar los carros de combate alemanes.[36]

Éste fue el gran avance crucial. En verdad, en ese momento las fuerzas alemanas todavía eran vulnerables a una contraofensiva, pero los franceses reaccionaron una vez más con demasiada lentitud y volvieron a verse sorprendidos cuando los hombres de Kleist, en lugar de girar hacia el este para atacar la Línea Maginot desde la retaguardia como los franceses esperaban, giraron al oeste con el famoso «golpe de hoz» de Manstein, ideado para inmovilizar a las fuerzas aliadas en Bélgica frente al ejército alemán invasor en el norte y empujarlas conjuntamente hacia el mar. Cuando llegaron al Mosa, el número de tanques franceses era claramente inferior al de sus equivalentes alemanes. Muchos de ellos habían agotado el combustible. La mayor parte había quedado destruida. Los aviones aliados estaban lejos, en el centro y en el norte de Bélgica, y cuando por fin llegaron tuvieron dificultades para localizar los objetivos en tierra. Además, el fuego antiaéreo alemán también les causó graves daños: los británicos perdieron 30 bombarderos de una fuerza de 71. Entretanto, los carros de combate alemanes allanaron su camino con rapidez hacia el oeste avanzando por la llanura. En muchos casos, los mandos alemanes, entusiasmados por el ímpetu del ataque, avanzaban más lejos y más deprisa de lo que habían previsto sus superiores, más cautelosos. Las tropas francesas que marchaban hacia el frente se quedaron atónitas al encontrar a

los alemanes tan al oeste. La cúpula del ejército francés cayó presa del desaliento. En el cuartel general, los generales rompían a llorar cuando tenían noticia de la velocidad y el éxito del avance alemán. En la mañana del 15 de mayo de 1940, el primer ministro francés, Paul Reynaud, telefoneó a Churchill. «Hemos sido derrotados», le dijo. Los franceses no podían sumar nuevos contingentes a la contienda al haberse comprometido más allá de lo razonable en Bélgica. El 16 de mayo de 1940, Churchill llegó a París para mantener una conferencia de urgencia con los líderes franceses. «La depresión más absoluta estaba escrita en cada rostro», diría más tarde. El comandante en jefe francés, general Maurice Gamelin, informó desalentadoramente de que no podía preparar una contraofensiva: «inferioridad numérica, inferioridad de equipos, inferioridad de método», dijo, acompañando sus palabras, como escribió más tarde Churchill, con «un encogimiento resignado de hombros».[37]

El 19 de mayo de 1940, Reynaud destituyó a Gamelin, cuya reputación de cauteloso se había demostrado tan fatalmente bien merecida, y lo sustituyó con el general Maxime Weygand, un admirado veterano de la Primera Guerra Mundial que se había retirado en 1935. Era demasiado tarde. Un día después los primeros carros de combate alemanes alcanzaron el Canal. Los ejércitos aliados en Bélgica se encontraban ya rodeados de divisiones alemanas por tres flancos, con el mar en el cuarto. Weygand creyó posible interrumpir el avance blindado alemán mediante un ataque simultáneo desde el norte y desde el sur, pero pronto se puso de manifiesto que la situación se había vuelto tan caótica que resultaba imposible una ofensiva coordinada. Al reunirse con el rey belga, Weygand concluyó acertadamente que Leopoldo ya se había rendido. Las comunicaciones entre los británicos y los franceses quedaron rotas de hecho. Todos los intentos para localizar al comandante en jefe británico, Lord Gort, fracasaron.[38] El general francés al mando de las fuerzas situadas al norte falleció en un accidente de automóvil, y no pudo hallarse a un sustituto que reuniese garantías. La contraofensiva planeada se fue a pique en medio de un amasijo de recriminaciones mutuas. Los británicos empezaron a tener la impresión de que los franceses eran unos incompetentes, y éstos, de que los británicos no eran de fiar. Las cosas no hicieron más que empeorar con la

capitulación belga el 28 de mayo. Al parecer Reynaud «se puso blanco de ira» al oír las noticias, mientras que el primer ministro británico en la Primera Guerra Mundial, David Lloyd George, escribió que sería difícil «encontrar una muestra más negra y sórdida de perfidia y ruindad que la perpetrada por el rey de los belgas». A medida que el ataque blindado alemán por tres frentes se agrupaba por el norte y el oeste para reunirse con las otras fuerzas alemanas que avanzaban por Bélgica desde el este, los británicos y los franceses empezaron a replegarse en el puerto de Dunkerque.[39]

6. La conquista alemana de Europa Occidental, 1940.

El día de la destitución de Gamelin, el gobierno británico, adelantándose a los acontecimientos, empezó a preparar una flota, compuesta de casi todo bote o barco que pudiese hallarse en las costas inglesas y pudiese llegar al área a tiempo, para proceder a la evacuación. Bombardeados y atacados sin compasión por bombarderos en picado alemanes, 860 buques, de los cuales eran británicos alrededor de 700, llegaron a las playas de Dunkerque y trasladaron a cerca de 340.000 soldados a Inglaterra. Casi 200.000 de ellos eran británicos, el resto eran franceses en su mayoría. Muchos menos hubiesen podido escapar de no haber ordenado Hitler personalmente detener el avance alemán, tranquilizado por la presunción de Göring de que sus planes acabarían con las tropas aliadas y aconsejado por Rundstedt para que diese un respiro a sus tropas fatigadas antes de girar al suroeste hacia París. Ni Brauchitsch, el jefe del ejército, ni Fedor von Bock, quien se hallaba al mando del Grupo B del ejército en el frente septentrional, pudieron entenderlo. Bock le dijo a Brauchitsch que el ataque se debía reanudar con urgencia, «de lo contrario podría ocurrir que los ingleses puedan transportar lo que deseen, delante de nuestras propias narices, desde Dunkerque». Pero Hitler respaldó a Rundstedt, viendo en ello una oportunidad de afirmar su autoridad sobre los mandos principales. Cuando Brauchitsch convenció a Hitler para reanudar el ataque, la evacuación estaba en marcha y la feroz resistencia de las tropas a la defensiva resultó excesiva para los fatigados alemanes. «En Dunkerque», escribió Bock con evidente irritación el 30 de mayo de 1940,

> los ingleses siguen marchándose, ¡aun desde la costa desguarnecida! ¡Cuando por fin lleguemos allí, se habrán esfumado! ¡El alto a las unidades de carros de combate ordenado por el jefe supremo se ha demostrado un craso error! Continuamos el ataque. La lucha es dura, los ingleses resisten con tenacidad ¡y mis divisiones están exhaustas![40]

Cuando la batalla concluyó, Bock visitó el escenario. Le sorprendió la cantidad de búnkeres de cemento y de alambradas defensivas que protegían Dunkerque, y la calidad de los equipos del enemigo lo dejó consternado:

> La línea inglesa de retirada presenta un aspecto inenarrable. Vehículos, piezas de artillería, automóviles blindados y equipos militares en cantidades incalculables se amontonan en el menor espacio posible. Los ingleses han intentado quemarlo todo, pero en su apresuramiento

> sólo han podido hacerlo en parte. Aquí ha quedado el *matériel* de un ejército completo, tan increíblemente bien equipado que nosotros, pobres diablos, únicamente podemos mirarlo con envidia y asombro.[41]

Dos días más tarde, Dunkerque acabó por rendirse. 40.000 soldados, en su mayoría franceses, que integraban la retaguardia quedaron rezagados y fueron capturados. Weygand culpó a los británicos por dejarse a sus hombres, si bien la evacuación había continuado de hecho durante dos días después de que los últimos soldados británicos hubieran abandonado la playa. En todo caso, que los franceses formaran la retaguardia era algo natural dada su llegada relativamente tardía al escenario de los hechos. No obstante, Weygand se mostró muy enojado ante la negativa de Churchill a enviar más aviones o soldados para la defensa de Francia. A su vez, los británicos, resueltos ahora a no comprometer la defensa de las Islas Británicas al sacrificar más fuerzas armadas o aviones, sentían desprecio por los generales y los líderes políticos franceses, a quienes consideraban demasiado emotivos, débiles y derrotistas. Los generales británicos no se echaban a llorar por más espantosa que fuera la situación. Las relaciones estaban a punto de tocar fondo. No iban a recuperarse por algún tiempo.[42]

Después de reagruparse, reparar los daños y recuperarse, los alemanes comenzaron a avanzar hacia el sur con 50 divisiones de infantería y 10 divisiones blindadas a las que se reconocía un tanto agotadas. 40 divisiones de infantería francesas y los restos de 3 divisiones blindadas les salieron al paso. El 6 de junio de 1940 las fuerzas alemanas cruzaron el Somme. Tres días más tarde se encontraban en Ruán. El gobierno francés había sido evacuado a una serie de *châteaux* diseminados por la campiña situada al sur de París, donde las comunicaciones eran difíciles, raros los teléfonos que funcionaban y desplazarse algo prácticamente imposible debido a las columnas interminables de refugiados que obstruían las carreteras. El 12 de junio de 1940, en su primera reunión desde que abandonaran París, Weygand les dijo a los estupefactos ministros que proseguir con la resistencia era inútil y era momento de pedir un armisticio. A juicio de Weygand, los británicos no serían capaces de resistir una invasión alemana del Reino Unido, de forma que evacuar el gobierno francés a Londres carecía de sentido. Además, al igual que un número cada vez mayor de

otros generales, Weygand estaba comenzando a pensar que a quienes había que culpar por la debacle era a los políticos. De manera que era obligación del ejército acordar una paz honrosa con el enemigo. Sólo así sería posible evitar que la anarquía y la revolución se desataran en Francia como lo hicieron después de la derrota anterior ante los alemanes, en 1870, y encabezar la regeneración moral del país. El héroe de la Batalla de Verdún en la Primera Guerra Mundial, el anciano mariscal Philippe Pétain, que había sido enrolado por Reynaud como mascarón de proa militar, era partidario de esa idea. «Yo no abandonaré el suelo de Francia —declaró—, y aceptaré el sufrimiento que se imponga sobre la patria y sus hijos. El renacimiento de Francia será el fruto de ese sufrimiento [...] El armisticio es a mis ojos la condición necesaria para la perdurabilidad de la Francia eterna».[43]

El 16 de junio de 1940, después de que el gobierno hubiese sido convocado de nuevo en Burdeos, Reynaud, aislado en su oposición a un armisticio, dimitió como primer ministro. Fue sustituido por el propio Pétain. El 17 de junio de 1940 el nuevo líder francés anunció a través de la radio pública que era momento de poner fin a los combates y reclamar la paz. Unos 120.000 soldados franceses habían perdido la vida o se los daba por desaparecidos en combate (junto con 10.500 holandeses y belgas y 5.000 británicos), demostrando que muchos combatieron y desmintiendo las afirmaciones de que el orgullo nacional francés había quedado destruido por la política de la década de 1930. Sin embargo, tras el anuncio de Pétain, muchos se rindieron. Del millón y medio de soldados franceses capturados por los alemanes, la mitad se rindió desde ese momento. A menudo los civiles agredían físicamente a los soldados que se empeñaban en proseguir la lucha. Los conservadores como Pétain, que aborrecían las instituciones democráticas de la Tercera República, no veían en definitiva por qué deberían luchar hasta la muerte para defenderlas. Muchos de ellos admiraban a Hitler y querían aprovechar la oportunidad de la derrota para volver a construir Francia a imagen de Alemania. Pronto les darían la ocasión de hacerlo.[44]

## V

Entretanto, Francia estaba deslizándose hacia el caos más absoluto. Un éxodo ingente de refugiados marchaba hacia el sur cruzando el país. Una escritora exiliada rusa, Irène Némirovsky, que cuando contaba catorce años había escapado de la revolución bolchevique para irse a Francia con su padre, un hombre de negocios judío, en 1917, describía con viveza a «la multitud caótica caminando con dificultad en medio del polvo», los más afortunados empujando «carretillas, un cochecito de niño, un carro hecho con cuatro tablones de madera colocados sobre ruedas toscamente fabricadas, inclinados bajo el peso de bolsas, ropas hechas jirones, niños dormidos».[45] Los automóviles trataban de avanzar por las carreteras atascadas, «llenos a rebosar de enseres y muebles, de cochecitos de niño y jaulas de pájaros, de cajas de embalaje y fardos de ropa, con un colchón firmemente sujeto al techo en cada uno de ellos», semejando «montañas de andamios frágiles». «Un río lento, inacabable, fluía desde París: automóviles, camiones, carretas, bicicletas, junto a carros tirados por caballos de granjeros que habían abandonado su tierra».[46] La velocidad y la envergadura de la invasión alemana imposibilitaban la existencia de planes oficiales de evacuación. Los recuerdos de las atrocidades alemanas en 1914 y los rumores en relación con el efecto terrible de los bombardeos producían una histeria colectiva. Ciudades enteras quedaron desiertas: se calcula que la población de Lille cayó de 200.000 a 20.000 personas en unos pocos días, la de Chartres lo hizo de 23.000 a 800. Los saqueadores entraban en las tiendas y otros locales y se apoderaban de lo que querían. En el sur, los refugiados abarrotaban los lugares seguros. Burdeos, por lo general poblada por 300.000 habitantes, dobló su población en unas pocas semanas, mientras que 150.000 personas se hacinaban en Pau, donde normalmente residían 30.000. En total se calcula que entre 6 y 8 millones de personas huyeron de sus hogares en el transcurso de la invasión. Las estructuras sociales se desmoronaron bajo el puro peso de las cifras. Sólo de forma gradual comenzó la gente a regresar a sus casas. La desmoralización tuvo un efecto devastador en el sistema político francés, el cual, como hemos visto, se derrumbó incapaz de resistir la presión.[47]

En consecuencia, cuando los alemanes entraron en París el 14 de junio de 1940, se encontraron con que áreas extensas de la ciudad estaban desiertas. En vez de la cacofonía habitual de las bocinas de los automóviles, sólo se podían oír los mugidos de un rebaño que los refugiados habían abandonado en el centro de la ciudad a su paso por allí desde tierras situadas más al norte. Las tropas alemanas saqueaban las ciudades y los pueblos desiertos en cualquier lugar de Francia al que se dirigieran. «Aquí todo está de oferta igual que en unos grandes almacenes, pero a cambio de nada», explicaba Hans Meier-Welcker desde Elbeuf el 12 de junio de 1940:

> Los soldados están registrándolo todo y quedándose con cualquier cosa que les complazca si pueden moverla. Descargan sacos enteros de café de camiones. Desparraman por el suelo camisas, medias, mantas, botas y una cantidad innumerable de otras cosas para escoger. Se pueden recoger por las calles y del mismo suelo cosas para las que de otra manera habría que ahorrar con esfuerzo. Los soldados también se están apoderando sin tardanza de vehículos para su propio uso. En todas partes se puede oír el rugido de los motores que conductores aún poco avezados acaban de poner en marcha.[48]

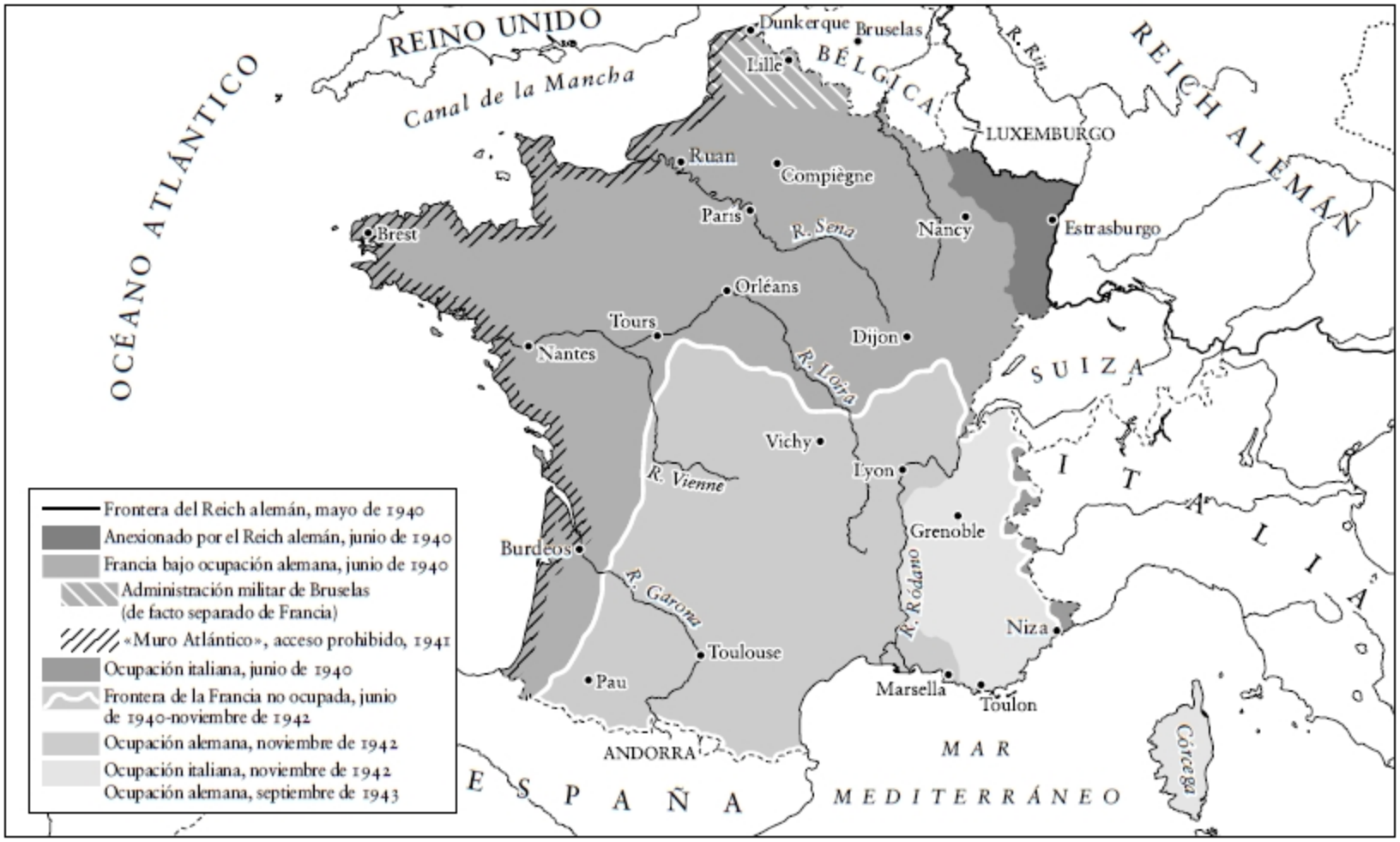
La humillación francesa parecía completa. Sin embargo, lo peor aún estaba por venir. Siguiendo órdenes personales de Hitler, se buscó, hasta dar con él en un museo, el vagón privado del comandante en jefe francés durante la Primera Guerra Mundial, el mariscal Foch, a bordo del cual se había firmado el armisticio del 11 de noviembre de 1918, y, tras derribar las paredes del museo con un equipo alemán de demolición, sacaron al exterior el vagón y lo remolcaron de vuelta al lugar que había ocupado en el bosque de Compiègne con ocasión de la firma del armisticio. Cuando los alemanes llegaron, William L. Shirer observó el rostro de Hitler «encendido por la venganza» mezclada con el triunfo observable en su «forma resuelta de caminar». Tomando el mismo asiento que Foch ocupó en 1918, Hitler se hizo fotografiar y no tardó en marcharse despectivamente, acompañado por Hess, Göring y Ribbentrop entre otros, dejando al resto de la comitiva y a los jefes militares para que leyeran en voz alta las condiciones y obtuvieran la rúbrica de los abatidos franceses.[49] De conformidad con ese acuerdo, todos los combates cesaron el 24 de junio de 1940. Francia quedó dividida en dos partes, una zona ocupada en el norte y el oeste, con un Estado

nominalmente autónomo en el sur y el este gobernado desde la ciudad balnearia de Vichy por el gobierno existente a las órdenes del mariscal Pétain, cuyas leyes y decretos tenían validez en todo el país.[50]

Las fuerzas alemanas habían logrado la mayor maniobra de envolvimiento de la historia. Ninguna victoria posterior iba a ser tan extraordinaria, o con un coste tan bajo en cuanto a vidas alemanas, de las cuales se perdieron menos de 50.000 (muertas o desaparecidas). Se capturó a casi un millón y medio de prisioneros, más que en cualquier otra acción militar concreta. El éxito convenció a Hitler y a los principales generales de que tácticas similares arrojarían dividendos en acciones futuras, en particular el año siguiente, en la invasión de la Unión Soviética.[51] El enemigo ancestral de Alemania había sido humillado. Versalles había sido vengado. Hitler no cabía en sí de euforia. Antes del amanecer en la mañana del 28 de junio de 1940, voló secretamente a París con su arquitecto Albert Speer y el escultor Arno Breker en un breve viaje turístico a título enteramente personal. Visitaron la Opéra, especialmente iluminada para él, la Torre Eiffel, que compuso el telón de fondo para una foto informal de los tres hombres tomada al alba, los Invalides y el barrio artístico de Montmartre. «Ver París era el sueño de mi vida —le confesó Hitler a Speer—. No puedo decir lo feliz que soy al haber cumplido hoy ese sueño». Complacido con la visita, reveló al arquitecto que a menudo había pensado en arrasar la ciudad. Sin embargo, después de que los grandiosos planes de construcción previstos por los dos hombres para la capital alemana hubieran convertido a Berlín en la nueva capital mundial de Germania, diría más tarde: «París sólo será una sombra. ¿Para qué destruirla entonces?».[52]

Hitler nunca regresó a la capital francesa. El desfile de la victoria iba a tener lugar en Alemania. El 6 de julio de 1940, multitudes ingentes, vitoreantes, se alineaban en las calles de Berlín, sobre las cuales la gente había esparcido miles de ramos de flores junto al camino que iba a conducir al Führer desde la estación hasta la Cancillería. A su llegada, no dejaron de pedirle que se asomara a la balconada para ser aclamado por las miles de personas congregadas. Como observó William L. Shirer, apenas hubo entusiasmo cuando se anunció la noticia de la invasión de Francia. No se habían reunido multitudes ante la Cancillería, como solía suceder cuando se

producían grandes acontecimientos. «La mayoría de los alemanes que he visto —anotó el 11 de mayo de 1940— están sumidos en una depresión provocada por las noticias».[53] Al igual que en crisis internacionales anteriores, se extendió la preocupación por las consecuencias, acrecentada por un temor generalizado ante la posibilidad de que los aliados bombardeasen las ciudades alemanas. Pero también como en ocasiones anteriores, el alivio ante la facilidad con que Hitler había logrado su objetivo, unido a los sentimientos de orgullo nacional, acabó por levantar una ola de euforia. Esta época era mucho más espléndida que cualquier otra anterior. No era extraña la reacción de Lore Walb, una estudiante de historia perteneciente a la clase media nacida en 1919 en Renania y que por entonces estaba en la Universidad de Múnich. «¿No es lo más formidable?», se preguntaba retóricamente mientras anotaba en su diario las victorias el 21 de mayo de 1940. Como tantos otros, ella lo atribuía todo a Hitler: «Realmente es sólo ahora cuando podemos valorar de veras la grandeza de nuestro Führer. Ha demostrado su genio como estadista, pero su genio no disminuye como jefe militar [...] ¡Con este Führer la guerra no puede acabar para nosotros en otra cosa que no sea la victoria! Todos estamos firmemente convencidos de ello».[54]




7. La división de Francia, 1940.

«La admiración ante los logros de las tropas alemanas no tiene límites —concluía el Servicio de Seguridad de las SS el 23 de mayo de 1940—, y ahora la siente hasta gente que mantenía cierta distancia y escepticismo en el inicio de la campaña».[55] La capitulación de Bélgica, proseguían los informes, «provocó el mayor de los entusiasmos en todas partes», y la entrada de las tropas alemanas en París «desató la euforia entre la población de todos los rincones del Reich hasta un punto nunca visto antes. Hubo ruidosas muestras de alegría y escenas emotivas de júbilo en muchas plazas y en muchas calles».[56] «El entusiasmo reciente —se informaba el 20 de junio de 1940— da cada vez la impresión de que ya no cabe uno mayor, y sin embargo con cada nuevo acontecimiento la población manifiesta su alegría de una manera todavía más intensa». La declaración de Pétain de que los franceses estaban arrojando la toalla fue acogida con manifestaciones espontáneas en las plazas de numerosas ciudades alemanas. Los ex combatientes de la Primera Guerra Mundial sentían asombro ante la rapidez de la victoria. Incluso aquellos que se oponían al régimen confesaban un sentimiento de orgullo y decían que la atmósfera de júbilo general hacía imposible proseguir sus actividades clandestinas de resistencia, si es que así podían llamarse.[57] El oficial católico Wilm Hosenfeld, quien había sido tan crítico con la política alemana en Polonia que había escrito a su mujer que «a veces he sentido vergüenza de ser un soldado alemán»,[58] fue arrastrado por las noticias: «Muchacho, ah, muchacho —escribió a su hijo el 11 de junio de 1940—, ¡quién no habría sido feliz al tomar parte en ello!».[59] En Hamburgo, la maestra de escuela Luise Solmitz, conservadora, participaba de la euforia general: «Un día grandioso, grandioso, para el pueblo alemán», escribió en su diario el 17 de junio de 1940 al oír el anuncio de que Pétain estaba pidiendo la paz. «Todos estábamos llenos de felicidad y euforia». La victoria era «un cambio increíblemente esplendoroso del destino de la nación, el cumplimiento de unos sueños nacionalistas que venían de lejos». Comparadas con esto, las preocupaciones del día a día por la guerra que habían dominado su diario hasta ese momento pasaron a un segundo plano. Sólo cuando recordaba la persecución que ella y Friedrich, su esposo judío, habían sufrido, a pesar de

formar lo que se consideraba como un «matrimonio mixto privilegiado», se detenía para reflexionar: «Los éxitos son tan formidables que la sombra proyectada por esa luz no deja de tornarse más oscura y amenazadora».[60]

## VI

La conquista de Francia marcó el punto culminante de la popularidad de Hitler en Alemania entre 1933 y 1945. La gente confiaba en que Gran Bretaña pediría entonces la paz y la guerra concluiría a finales del verano. Sin embargo, el problema de cómo actuar a continuación no era sencillo. Además, la actitud de Hitler hacia los británicos era fundamentalmente ambivalente. Por un lado, admiraba al Imperio Británico, que en las décadas de 1930 y 1940 era el más extenso del mundo abarcando todavía un área enorme del globo; y consideraba a los ingleses como primos «anglosajones» de los alemanes que al final se verían obligados por la lógica del destino racial a hacer causa común con ellos. Por otro lado, Hitler se daba cuenta de que había fuerzas poderosas en la política británica que veían a Alemania bajo su liderazgo como una profunda amenaza para el imperio a la que había que detener a toda costa. El mes de septiembre anterior, esas fuerzas habían empujado al primer ministro británico Neville Chamberlain a declarar la guerra a Alemania inmediatamente después de la invasión de Polonia. Hitler era consciente del hecho de que algunas figuras importantes del Partido Conservador, especialmente el secretario de asuntos exteriores, Lord Halifax, todavía ansiaban una solución pacífica al conflicto, y esperaba que éste pudiese convencerles de alguna manera para empezar a negociar un tratado de paz. Durante la mayor parte de los primeros meses de la guerra, la política de Hitler hacia Gran Bretaña se mantuvo vacilante entre la agresión y la conciliación. Incluso después de que el nombramiento de Churchill como primer ministro hiciese mucho menos probable una paz por separado, Hitler continuaba esperando que ésta se produjera al tiempo que preparaba los planes de invasión en caso de que no lo lograra.[61]

Ribbentrop, el ministro de Exteriores, era decididamente partidario de una invasión. Después de haber invadido y conquistado Gran Bretaña, imaginaba la restauración del antiguo rey Eduardo VIII, a quien se había obligado a abdicar en 1936 en favor de su hermano menor, tras declarar su intención de desposarse con una americana divorciada, y había marchado al exilio con el título de duque de Windsor. El duque había visitado Alemania no mucho tiempo después de su renuncia al trono, y se dijo que saludó a los dirigentes con una versión modificada del saludo nazi. En más de una ocasión había dejado claro que veía con buenos ojos lo que a su entender los nazis se proponían llevar a cabo en Alemania. En 1940 contaba a cualquiera que le escuchara que Gran Bretaña prácticamente había perdido la guerra y era hora de acordar la paz con los nazis. A principios del verano de 1940, el duque y su esposa residían en Portugal, y Ribbentrop encargó a Walter Schellenberg, el oficial de inteligencia de las SS que ya había dejado su impronta en el asunto de Venlo, que los secuestrara y los llevase a Alemania a través de España. Ribbentrop pensaba también que secuestrar al duque de Windsor sería favorable para sus propios objetivos al dificultar más una paz por separado con Gran Bretaña. El complot nazi se basaba en convencer a la pareja de que se hallaba en peligro de secuestro y tal vez de asesinato a manos de agentes secretos británicos para impedir que cayesen en manos alemanas. Se reclutó a fascistas españoles a espaldas del gobierno neutral de Franco, que se hubiera quedado horrorizado debido al daño causado a las relaciones con los británicos, para llevarse en secreto a los Windsor una vez hubieran traspasado la frontera. Sin embargo, el complot se enredó inevitablemente en las redes de la política interna del poder nazi, y ni Schellenberg ni ningún otro pusieron todo su empeño en lograr que saliera bien, no fuese a darle un gran triunfo al odiado Ribbentrop. El duque y la duquesa acabaron por echar por tierra el complot al acceder a la sugerencia de Churchill de que el duque se trasladase a las Bahamas en calidad de gobernador general de las islas. Esto puso miles de kilómetros entre él y su esposa y esa clase de intrigas. El superior de Schellenberg, Reinhard Heydrich, felicitó al joven oficial de inteligencia al manejar con la mezcla justa de motivación aparente e incompetencia práctica la misión que le había encomendado Ribbentrop.[62]

Entretanto, Hitler había estado consultando a sus jefes del ejército de tierra y de la armada en relación con los aspectos prácticos de la invasión. La flota alemana había sufrido pérdidas severas en la campaña noruega. Tres cruceros y diez destructores se habían hundido y dos cruceros pesados y un acorazado habían sufrido daños severos y estaban en el dique seco. En el verano de 1940, el almirante Raeder contaba tan sólo bajo sus órdenes con un crucero pesado y dos cruceros ligeros, así como cuatro destructores. Ésta era una fuerza lamentablemente inadecuada para intentar hacerse con el control del Canal de la Mancha, protegido como estaba por cinco acorazados, once cruceros y treinta destructores de la armada británica, apoyados por otra fuerza naval importante que podía zarpar desde Gibraltar casi de inmediato.[63] Además, los alemanes no habían logrado sumar la flota francesa a su propia fuerza naval después de la capitulación de Francia. El 3 de julio de 1940, en un movimiento audaz que indignó más a la opinión francesa, barcos británicos atacaron la base naval francesa en Mers-el-Kébir, cerca de Orán, en la Argelia bajo control francés, dañando varios buques de guerra y matando a 1.250 marineros franceses, con el fin de impedir que la armada francesa cayese en manos alemanas. Raeder contaba así con un número demasiado escaso de buques de guerra a su disposición. De manera que sería preciso conseguir al menos una superioridad aérea completa sobre el Canal de la Mancha destruyendo la fuerza aérea británica. Solamente así podía quedar más o menos neutralizado el obstáculo potencial que representaba el dominio naval británico.[64]

Después de muchas deliberaciones, el 16 de julio Hitler firmó una orden de invasión, pero únicamente «en caso de necesidad», y tres días más tarde, en una ocasión minuciosamente orquestada en el Reichstag, renovó su oferta anterior de paz a los británicos. No obstante, eran tan vagos los términos en que la misma se había formulado que el gobierno de Churchill la rechazó en menos de una hora. Al escuchar por la radio la noticia del rechazo británico a la oferta de paz junto a un grupo de oficiales del ejército y de funcionarios, William L. Shirer quedó impresionado por la consternación que produjo el anuncio. «No podían dar crédito a lo que oían —escribió—. Uno de ellos me gritó: “¿Lo comprende usted? ¿Puede usted entender a esos locos británicos? ¿Rechazar el ofrecimiento de paz en estas

circunstancias?”». «Los alemanes con los que he hablado del tema —comentó Shirer al día siguiente— no son capaces de entenderlo. Necesitan la paz. No quieren otro invierno como el anterior. No tienen nada en contra de Gran Bretaña [...] Piensan [...] que, si se llegara a una confrontación, podrían darles también un buen repaso a los británicos. Pero preferirían la paz».[65] Entre algunos alemanes, el rechazo británico a pedir la paz desató sentimientos implacables de odio y venganza surgidos de la decepción ante el hecho evidente de que la guerra no estaba llegando a su final después de todo. «Jamás he albergado terribles sentimientos de odio —escribió la estudiante Lore Walb en su diario el 17 de junio de 1940—, pero una cosa sí la deseo: esta vez el Führer no debe ser tan compasivo y debería dar a los ingleses una verdadera lección; pues sólo ellos son responsables de toda la desgracia y el sufrimiento en que tantos pueblos se han hundido».[66]

Hitler aún esperaba que Churchill fuese derrocado por los partidarios de una paz por separado en su propio gobierno. Sin embargo, en realidad no había posibilidad de que tal cosa sucediera. Tanto Churchill como su gabinete sabían que la paz con una Alemania entonces dominante en Europa occidental daría paso a una intromisión alemana cada vez mayor en los asuntos internos británicos, a exigencias crecientes para seguir una política más severa con los judíos, al respaldo alemán al potencial equivalente británico de Quisling, el político fascista sir Oswald Mosley, y, a largo plazo, al socavamiento y la destrucción de la independencia británica, en especial si entretanto Alemania había logrado conquistar la Unión Soviética. Una y otra vez, las ofertas de paz de Hitler habían demostrado traer no «paz para nuestro tiempo», sino únicamente nuevas exigencias, tal y como la experiencia de Checoslovaquia había mostrado, y en julio de 1940 pocos políticos británicos se hacían todavía ilusiones acerca de este hecho.[67]

Por consiguiente, con una desgana que resultaba obvia para las personas de su entorno, Hitler dio comienzo a los preparativos para la invasión de Gran Bretaña. La planificación había empezado el invierno anterior para la «operación León Marino». Una flota de 2.000 barcazas de río se congregó en los puertos del Canal y el Mar del Norte (en su mayor parte completamente inapropiadas para una travesía marítima salvo en

condiciones de calma chicha), se realizaron maniobras de desembarco y se levantaron señales a lo largo de la costa del Canal indicando a los soldados el camino hasta los puntos de embarque.[68] Walter Schellenberg preparó un manual para los soldados y los funcionarios alemanes a modo de guía de las instituciones británicas con las que se encontrarían.[69] Las figuras relevantes en las fuerzas armadas se mostraban escépticas. La armada, advertía Raeder, no estaría preparada hasta mediados de septiembre como muy pronto, pero lo mejor sería esperar hasta el mes de mayo. El jefe del Estado Mayor, Franz Halder, estuvo debatiendo interminablemente con los planificadores navales cuál sería el mejor lugar para un desembarco. Mientras que el ejército de tierra quería desembarcar en un frente amplio para maximizar la ventaja militar, la armada prefería desembarcar en un frente reducido para minimizar el peligro de ser atacados por la armada británica. Pero en cualquier caso, para despejar el camino de la invasión, las defensas aéreas británicas tenían que ser destruidas. Por tanto, el 1 de agosto Hitler firmó la orden que autorizaba el lanzamiento de ataques aéreos contra Gran Bretaña. Los acontecimientos en Noruega y Francia habían insuflado en Hitler la confianza de que una invasión conjunta por aire y por mar era en principio viable a condición de que sus aviones poseyeran un dominio incontestable de los cielos. El control naval británico del Canal y el Mar del Norte podría representar un tipo de obstáculo que no se daba en una invasión terrestre, pero sin aviones que los protegieran, los barcos de la armada británica serían con toda seguridad presa fácil para los bombarderos en picado alemanes.[70]

Los aviones alemanes ya habían llevado a cabo bombardeos a pequeña escala sobre objetivos británicos desde el 5 y el 6 de junio de 1940 en adelante; los bombardeos se intensificaron desde el 10 de julio y fueron intensos a partir del 18 de agosto de 1940. Aunque hubo bombardeos dispersos en un gran número de ciudades pequeñas y grandes, la ofensiva principal del ataque desde mediados de agosto se dirigió contra los aeródromos del Mando de Caza de la fuerza aérea británica. Contrariamente al mito británico de «los pocos»,* las dos fuerzas estaban equilibradas: a mediados de agosto de 1940 había 1.379 pilotos de caza británicos en un estado de disponibilidad operativa, contra unos 870 pilotos alemanes,

aunque por supuesto los pilotos británicos estaban emplazados en todo el país, mientras que los alemanes estaban concentrados a lo largo de la costa del Canal. La protección de los bombarderos alemanes dependía de los aviones de caza, y estaban mal equipados para hacer frente a los aparatos de caza británicos enviados para interceptarlos y derribarlos. Los británicos desplegaban dos de los aviones de caza más veloces y avanzados del mundo, el Hurricane y el Spitfire, que se habían fabricado y seguían fabricándose a marchas forzadas para reforzar las defensas de Gran Bretaña. Despegaban mucho antes de que la fuerza alemana atacante llegase gracias a la invención y el despliegue del radar, desarrollado por vez primera en 1935 para la interceptación británica de los mensajes de radio alemanes, y a miles de observadores apostados a lo largo de la costa del Canal. Así, los aviones alemanes jamás llegaban a tiempo para atrapar a los aparatos de caza británicos todavía sin despegar.[71]

A medida que en los cielos del sureste de Inglaterra empezaban a entrecruzarse los surcos de vapor blanco de las batallas aéreas, poco a poco iba resultando más claro que los alemanes no iban a lograr su propósito. Aunque del principal caza alemán, el Messerschmitt Me109, podría decirse que era mejor que sus equivalentes británicos en altitudes superiores a 20.000 pies, perdía su ventaja porque tenía que dar protección a los bombarderos manteniéndose a altitudes menores, donde el Spitfire y el Hurricane maniobraban mejor y podían girar y ladearse con mayor rapidez. El Messerschmitt Me110, un caza pesado diseñado para escoltar a los escuadrones de bombarderos, estaba en condiciones aún peores para eludir los ataques de los cazas británicos que se movían con rapidez. La fuerza aérea alemana en general se había construido asimismo para dar apoyo directo a las fuerzas de tierra, y encontraba difícil adaptarse para proteger en el aire a los escuadrones de bombarderos. Las bases aéreas desde donde lanzar el ataque habían de ser improvisadas apresuradamente en las áreas recién conquistadas del norte de Francia, resultaba difícil organizar los suministros y las reparaciones a menudo requerían demasiado tiempo. No había diferencias en la pericia o el nivel entre los pilotos de los aviones de caza de las dos fuerzas, pero unos y otros escaseaban relativamente. No obstante, mientras que muchos pilotos británicos cuyos aviones fueron

derribados se las arreglaron para lanzarse en paracaídas de forma segura sobre suelo británico y volver a la contienda más tarde, otro tanto, obviamente, no sucedía con sus homólogos alemanes. El resultado de la batalla se puede interpretar por las cifras de bajas: casi 900 aviones alemanes, incluyendo cuanto menos 443 cazas, fueron derribados entre el 8 y el 31 de agosto de 1940, frente a 444 aviones británicos en el período ligeramente más largo que abarca desde el 6 de agosto hasta el 2 de septiembre. Los británicos no tenían dificultad para reemplazar sus pérdidas, con 738 Hurricanes y Spitfires operativos el 6 de septiembre de 1940 frente a 672 el 23 de agosto. A principios de septiembre, los británicos contaban con más del doble de pilotos listos para volar que los alemanes.[72] También era crucial que la fabricación alemana de aviones por ese entonces se estuviese retrasando sustancialmente en relación con la británica. Inmediatamente después de la anexión alemana de Austria, en abril de 1938, el gobierno británico había impulsado una fuerte aceleración pensada para fabricar 12.000 nuevos aviones de combate en los dos años siguientes. En la segunda mitad de 1940 los británicos estaban fabricando el doble de aviones de caza que los alemanes.[73]

No obstante, los mandos de la fuerza aérea alemana, en particular los dos más directamente implicados, el mariscal de campo Albert Kesselring y el antiguo jefe de la Legión Cóndor en España, el mariscal de campo Hugo Sperrle, habían recibido información muy diferente sobre el resultado de la batalla. Según la información que habían recibido, el 50 por 100 de todos los aviones de caza británicos había quedado fuera de combate frente a sólo el 12 por 100 de sus homólogos alemanes, o 791 aviones frente a 169. Muchos pilotos alemanes creían que habían ganado. Ya el 17 de agosto de 1940, William L. Shirer, en su encuentro con un piloto de un caza Messerschmitt en un café belga —y no, pensaba él, con un personaje inherentemente jactancioso—, quedó impresionado cuando el joven le dijo tranquilamente: «“Es cosa de otro par de semanas, ya sabes, hasta que acabemos con la RAF. En quince días a los británicos ya no les quedarán aviones”».[74] Ulrich Steinhilfer, un joven piloto de Me109, escribió a su madre con desenfrenado entusiasmo sobre sus misiones. El 19 de agosto de 1940, tras atacar un aeródromo en Manston, le dijo: «Apunté a un tanque de

combustible donde estaba repostando un Spitfire, a continuación apunté a otros dos Spitfires, uno tras otro. El tanque explosionó y todo empezó a arder a su alrededor. Mis otros dos Spitfires comenzaron a arder a su vez. Sólo ahora me doy cuenta del poder que se le entrega a un piloto con estos cuatro cañones».[75] El último día de agosto su optimismo permanecía intacto. «Una de las misiones de hoy —escribió a su madre— consistió en un ataque a tierra sobre Detling junto con un par de sesiones de batallas aéreas. Nuestro escuadrón cazó tres sin sufrir bajas y el grupo obtuvo una puntuación de diez. Así es como deberían seguir aumentando nuestra experiencia en el combate y la pericia. ¡*Tally-Ho*!».*, [76]

En Berlín aceptaban sin cortapisas ese optimismo. Por tanto, se creía que había llegado el momento, a principios de septiembre, de poner en marcha la fase siguiente del ataque, consistente en la destrucción de la industria, el transporte y la moral de los británicos mediante bombardeos masivos de las ciudades más importantes. Los bombardeos aéreos de este tipo ya habían comenzado, si bien no de manera coordinada, y un ataque al East End de Londres el 24 de agosto de 1940 había provocado que la fuerza aérea británica lanzase una contraofensiva sobre Berlín la noche siguiente. Aunque éste no fue muy efectivo en cuanto a poder destructivo, causó consternación en la capital alemana y enfureció a Hitler, que declaró en un mitin público celebrado en el Palacio de los Deportes de Berlín el 4 de septiembre de 1940 que si la fuerza aérea británica lanzaba unos cuantos miles de kilogramos de bombas sobre las ciudades alemanas, «nosotros arrojaremos [...] un millón de kilogramos en una sola noche. Y si ellos declarasen que intensificarán fuertemente sus ataques a nuestras ciudades, ¡nosotros borraremos sus ciudades!».[77] Pero con todo, ni los bombardeos británicos ni los alemanes en esa fase de la guerra eran lo que Hitler llamó el 1 de agosto «ataques de terror». Él se refirió a esta táctica únicamente para insistir en que la misma no debería ser empleada a no ser bajo sus órdenes explícitas, las cuales no llegaron de hecho hasta el 4 de abril de 1942, después del primer gran bombardeo aéreo británico a un objetivo no militar, la ciudad septentrional alemana de Lübeck.[78]

Dijeran lo que dijeran los propagandistas, las tripulaciones aéreas en ambos bandos tenían órdenes de dejar caer las bombas únicamente cuando pudiesen avistar un objetivo adecuado de importancia económica o militar —como, por ejemplo, los muelles de Londres—. En la práctica, por supuesto, esas instrucciones no se ajustaban mucho a la realidad dada la imposibilidad de bombardear con precisión con los equipos de la época. Además, el bombardeo de Londres había empezado casi dos semanas antes del discurso de Hitler el 4 de septiembre. Lo que ahora era diferente era la frecuencia y la intensidad de los ataques. El 7 de septiembre, 350 bombarderos atacaron los muelles de Londres en un ataque a pleno día que causó grandes daños. Tanto los bombarderos como los escuadrones de cazas que los acompañaban debían volar a gran altitud para evitar el fuego antiaéreo, así que los británicos retiraron sus escuadrones de cazas de los aeródromos costeros trasladándolos hacia el oeste con el fin de ganar tiempo para ascender, y mantenían un turno rotatorio permanente de patrullas en el aire en previsión de ataques alemanes. Mientras iban ganando altura, los pilotos británicos comunicaban por radio estimaciones falsas de su altitud con el fin de engañar a los pilotos de los cazas alemanes para que se mantuviesen relativamente a baja altura. Todo ello redujo las pérdidas británicas, mientras que los alemanes pronto se vieron obligados a realizar ataques sobre todo por la noche en un intento de reducir las suyas. Entre el 7 de septiembre y el 5 de octubre de 1940, la fuerza aérea alemana llevó a cabo 35 ataques a gran escala, 18 de ellos sobre Londres. Sólo en la semana del 7 al 15 de septiembre de 1940, 298 aviones alemanes fueron abatidos, frente a 120 británicos. Más de 200 bombarderos atacaron Londres el 15 de septiembre, acompañados de una escolta sustancial de aviones de caza. 158 bombarderos alcanzaron su objetivo, siendo derribados algunos antes de alcanzar la ciudad y otros forzados a dar la vuelta por una u otra razón. 300 Hurricanes y Spitfires se enfrentaron a ellos sobre la capital, derribando a 34 bombarderos y 26 aviones de caza y dañando otros muchos aparatos.[79]

El Junkers 88, sostén de la fuerza alemana de bombarderos, se movía con lentitud, era demasiado pequeño para llevar una carga explosiva realmente efectiva y carecía de maniobrabilidad y capacidad defensiva para

rechazar un ataque de los cazas británicos. Otros bombarderos, como el Heinkel 111 y el Dornier 17, no sólo eran de un tamaño relativamente pequeño, sino que además estaban anticuados en muchos aspectos; de hecho estaban siendo sustituidos a marchas forzadas por el Junkers 88 pese a sus defectos. La fuerza alemana de bombarderos era sencillamente inadecuada para cumplir su tarea. Sólo en el ataque del 15 de septiembre hubo una cuarta parte de los 200 bombarderos utilizados que no regresó. Unas pérdidas de tal magnitud eran insostenibles.[80] Había una escasez creciente de aviones de caza y, aún en mayor medida, de pilotos. En su escolta de un «ataque amplio» sobre Londres el 17 de septiembre, Ulrich Steinhilfer, en un nuevo Me109 mejorado, «encontró una oposición de cazas sorprendentemente poderosa».[81] El 29 de septiembre de 1940, «cuando llegamos a Londres y comenzó la batalla aérea, advertí de repente que sólo estaban conmigo los cinco aparatos de nuestro escuadrón y entre treinta y cincuenta Spitfires desafiándonos». Pudo escapar sólo porque los aviones de caza británicos se alejaron para atacar un objetivo más importante. Steinhilfer le contó a su padre en octubre que en su grupo «únicamente quedan doce de los antiguos tripulantes»; no podían incorporar a la batalla a recién llegados sin experiencia por temor a perderlos, y había un tipo nuevo de Spitfire tan rápido que «nuestros Me apenas pueden perseguirlo [...], ya no se habla de una superioridad absoluta».[82] «El mando de nuestra fuerza aérea —apuntó Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, tras un informe de situación el 7 de octubre de 1940— ha subestimado los aviones de caza británicos un cien por cien [...] Necesitamos cuatro veces más para aplastar a los ingleses».[83] Cuando el 27 de octubre de 1940 el propio Steinhilfer fue derribado, lanzándose en paracaídas, para pasar el resto de la guerra en cautiverio, la batalla de los aviones de caza ya se había perdido.

El 14 de septiembre de 1940, víspera de la fecha límite original para el lanzamiento de la «operación León Marino», la invasión de Gran Bretaña, Hitler convocó una reunión de jefes de las fuerzas armadas para reconocer que «en conjunto, pese a todos nuestros éxitos, las condiciones previas requeridas para la operación aún no se dan [...] Un desembarco victorioso significa la victoria; pero esto exige un dominio completo del aire», y éste

no se había logrado. «La operación León Marino» se pospuso indefinidamente.[84] Raeder convenció a Hitler para proseguir con los ataques nocturnos, en especial sobre Londres con el fin de destruir la infraestructura militar y económica de la ciudad. También los ataques se justificaban cada vez más debido a su impacto sobre la moral de la población. Muchos en Alemania vieron con agrado la decisión. «La guerra de aniquilación contra Inglaterra se ha iniciado ahora realmente», escribió Lore Walb con satisfacción en su diario el 10 de septiembre de 1940: «¡Ruego a Dios que no tarden en rendirse!».[85] Esta «guerra de aniquilación» se conocía en Londres como «el *Blitz*». En total, unos 40.000 civiles británicos murieron durante la Batalla de Inglaterra y el *Blitz*. Pero la moral no se quebró. Una nueva estratagema alemana consistente en el envío de aviones de caza y cazabombarderos sobrevolando a gran altitud —sólo en octubre de 1940 se hicieron 253 ataques de esa clase— estaba pensada para acabar tanto con la moral de la población como con la resistencia de los cazas británicos. Unos 146 Spitfires y Hurricanes se perdieron en octubre de 1940. Pero la fuerza aérea británica había adaptado sus tácticas mediante la organización de patrullas que sobrevolaban a gran altitud, y ese mismo mes los alemanes perdieron otros 365 aparatos, en su mayor parte bombarderos. En noviembre un ataque contra la ciudad de Coventry, en los Midlands de Inglaterra, llevado a cabo por una flota de casi 450 bombarderos destruyó por completo el centro de la ciudad, incluyendo la catedral medieval, acabó con la vida de 380 de sus habitantes e hirió a 865; la inteligencia británica no supo prever el ataque y la ciudad carecía de toda protección.[86]

Pero éste fue un error nada frecuente. El Junkers 88 era el mejor de los bombarderos alemanes, pero era lento. Concluyendo que tales ataques resultaban poco efectivos, Raeder convenció a Hitler para trasladar la campaña de bombardeos a los puertos marítimos ingleses desde el 19 de febrero de 1941, pero aunque se organizaron muchos ataques, también allí las defensas nocturnas ganaron rápidamente en efectividad a medida que el radar y los cañones controlados por el radar entraban en funcionamiento. Hacia mayo de 1941 se estaban reduciendo los ataques. La moral de la ciudadanía británica, si bien débil durante la fase inicial de la campaña de

bombardeos, no se había derrumbado. Ninguna presión interna significativa había forzado a Churchill a pedir la paz. La fabricación británica de aviones no se había visto seriamente afectada. 600 bombarderos alemanes habían sido derribados. Los alemanes corrientes empezaron a deprimirse con el resultado del conflicto. «Por vez primera desde que empezó la guerra —escribió Lore Walb en su diario el 3 de octubre de 1940— mi optimismo permanente ha empezado a flaquear. No estamos haciendo progreso alguno contra Inglaterra».[87] Y en diciembre de 1940, Hans Meier-Welcker se vio obligado a concluir en privado, como muchos otros ya habían hecho, que no había señales de «un hundimiento de la moral entre el pueblo inglés».[88] Por vez primera, Hitler había perdido una batalla importante. Las consecuencias iban a ser de gran alcance.[89]

# «AMBICIÓN PATOLÓGICA»

## I

A medida que fue haciéndose evidente que la fuerza aérea alemana no iba a hacerse con el dominio de los cielos entre Gran Bretaña y el continente, Hitler buscó métodos alternativos para forzar la rendición de los testarudos ingleses. Su atención se volvió al Mediterráneo. Tal vez sería posible contar con Italia, la Francia de Vichy y España para destruir la fuerza naval británica, así como sus bases navales en el área. Pero una serie de encuentros mantenidos a finales de octubre no dieron ningún fruto concreto. El astuto caudillo español, el general Franco, si bien agradecía a Hitler su apoyo durante la Guerra Civil española, no hizo promesa alguna, sino que se limitó a decir que entrarían en guerra en el bando de Alemania cuando a él le conviniera. En su opinión, la guerra aún no estaba decidida y desdeñaba abiertamente la creencia alemana de que Gran Bretaña no tardaría en sucumbir. Dijo que incluso si se producía una invasión exitosa, el gobierno de Churchill se refugiaría en Canadá y proseguiría la lucha desde allí con ayuda de la armada británica. Además, era muy posible que Estados Unidos respaldase a Churchill; de hecho, ya el 3 de septiembre de 1940 el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt había firmado un acuerdo de cesión en arrendamiento de cincuenta destructores a la armada británica. Dada su mala disposición a obligar a la Francia de Vichy a entregar cualquiera de sus territorios coloniales en el norte de África a los españoles, Hitler tenía poco o nada de valor que ofrecer a Franco a cambio de su implicación en la guerra, y el dictador español lo sabía. «Esta gente es intolerable —le dijo Franco a su ministro de Exteriores tras el encuentro—. Quieren que entremos en la guerra a cambio de nada».[90] El encuentro concluyó sin ningún resultado concreto. Un furioso Ribbentrop tuvo

palabras duras contra Franco tachándolo de «cobarde desagradecido» cuya negativa a ayudar era una forma ruin de agradecer la ayuda que Alemania le había dispensado en la Guerra Civil española, mientras Hitler le dijo a Mussolini unos pocos días después que preferiría que le «sacaran tres o cuatro dientes» a tener que sufrir otras nueve horas de negociaciones con el dictador español.[91]

A Hitler no le fue mucho mejor con el mariscal Pétain y su primer ministro, Pierre Laval, que querían una promesa firme de nuevo territorio colonial para el régimen de Vichy a cambio de prestar apoyo francés al ataque contra Gran Bretaña. El encuentro acabó sin que ni unos ni otros hubiesen prometido nada. En Italia las cosas aún fueron peor. El dictador fascista Benito Mussolini se había aproximado más a la órbita alemana a finales de la década de 1930, pero no se había involucrado en la guerra cuando ésta empezó en septiembre de 1939. Sin embargo, su ambición por crear un nuevo Imperio Romano en el Mediterráneo había cobrado fuerza tras derrotar a Etiopía y anexionársela en 1936 y participar victoriosamente con el bando de Franco en la Guerra Civil de España entre 1936 y 1939. Para entonces, Mussolini había empezado a emular a Hitler introduciendo una legislación racial de corte alemán a finales del otoño de 1938.[92] Habiendo iniciado su trayectoria como maestro de Hitler, Mussolini estaba comenzando a convertirse en su pupilo. Cada éxito de la política exterior alemana amenazaba con ensombrecer más al fascismo italiano. En consecuencia, poco después de la ocupación alemana de la residual Checo-Eslovaquia en marzo de 1939, Mussolini invadió Albania, ya controlada por Italia entre bastidores pero nunca anexionada formalmente. Otra pieza se había encajado en el puzle del nuevo Imperio Romano. Al cabo de poco más de un año, el 10 de junio de 1940, a medida que se hacía evidente que Hitler estaba consiguiendo una dominación absoluta sobre Europa Occidental, Italia terminó por sumarse a la guerra con la esperanza de obtener colonias británicas y francesas en el norte de África a lo largo de la franja costera meridional del Mediterráneo. Puesto que la Francia de Vichy era, ciertamente, un aliado del Tercer Reich, conseguirlo no sería cosa sencilla. El dictador italiano quedó excluido sin miramientos de las negociaciones en el vagón de tren de Compiègne, y Hitler rechazó su

reclamación de la flota francesa aun antes de que la misma fuese destruida por el ataque británico en Mers-el-Kébir.[93] Enojado y decepcionado, Mussolini miró en derredor suyo en busca de otra oportunidad para levantar su nuevo Imperio Romano. La encontró en los Balcanes. El 28 de octubre de 1940, sin informar antes a Hitler, Mussolini envió un ejército italiano por la frontera albanesa en dirección a Grecia. El Führer alemán estaba furioso. El terreno era difícil, el tiempo, muy adverso y empeoraría inevitablemente a medida que se aproximase el invierno, y toda la operación parecía una distracción innecesaria.[94]

Hitler tenía motivos para estar preocupado. Las tropas italianas estaban mal entrenadas, exhaustas y mal pertrechadas. Carecían del equipo de invierno necesario para afrontar los rigores de las nieves en las montañas. No contaban con el apoyo naval que habría hecho posible desembarcos de anfibios como los que se habían revelado tan eficaces en Noruega y Dinamarca. No disponían de mapas que les ayudasen a atravesar terrenos en los que en buena medida no había caminos en la frontera greco-albanesa. El blindaje italiano resultaba completamente inadecuado para aplastar las defensas griegas. No había una línea unificada de mando. El ministro de Exteriores italiano había sido incapaz de impedir que la información sobre la invasión aflorase con anterioridad. Los griegos tuvieron así tiempo para adoptar medidas defensivas. En el curso de unos pocos días los italianos eran repelidos en todas partes. El 14 de noviembre de 1940 los griegos empezaron una contraofensiva, apoyada por cinco escuadrones de aviones británicos que bombardearon puertos y líneas de comunicación italianos clave. En unas pocas semanas el ejército de Mussolini había tenido que retroceder hasta adentrarse en el territorio albanés. Los italianos perdieron a cerca de 39.000 hombres de un total de poco más medio millón; más de 50.000 sufrieron heridas y más de 12.000 sufrieron de congelación, mientras que otros 52.000 tuvieron que ser declarados incapacitados para la acción por otras diversas razones.[95] La invasión resultó un fiasco. A pesar de los intentos propagandísticos para disfrazar de retórica el desastre, la humillación de Mussolini difícilmente podría haber sido más patente.

Se mirase como se mirase, habría tenido más sentido atacar Malta, y posiblemente también Gibraltar y Alejandría, en vez de Grecia, con el objetivo de privar a los británicos de bases navales cruciales en el Mediterráneo. Pero Mussolini hizo caso omiso de este imperativo estratégico. El 11 de noviembre de 1940, la mitad de la flota de combate italiana quedó inoperativa de resultas de un ataque aéreo británico en Taranto llevado a cabo por aviación embarcada. Algunos meses después, el 28 de marzo de 1941, alertada por el desciframiento en el centro de decodificación de Bletchley Park de un mensaje de la armada italiana, la armada británica situada frente a las costas del cabo Matapán, en el Mediterráneo, hundió tres cruceros y dos destructores italianos en su ruta para interceptar convoyes británicos de víveres destinados a los griegos. Las fuerzas británicas únicamente perdieron un avión.[96] Durante el resto de la guerra, lo que quedaba de flota italiana moderna y bien equipada permaneció junto a los puertos por temor a sufrir nuevos daños. También mucho antes, un intento de invadir el Egipto bajo control británico desde la colonia italiana de Libia había sido repelido por un reducido contingente anglo-indio, aunque bien entrenado, compuesto por 35.000 hombres, que capturaron a 130.000 hombres y 380 carros de combate en diciembre de 1940.[97] Quizá la mayor humillación tuvo lugar en abril de 1941, cuando la fuerza italiana ocupante en la capital etíope, Adís Abeba, se rindió a una fuerza aliada conjunta que consiguió arrebatar la colonia a sus dominadores fascistas en una campaña mucho más corta que la guerra italiana original de conquista en 1935-1936. La inteligencia británica había logrado descifrar tantos planes de batalla de los italianos y obtenido información tan detallada acerca de sus movimientos y del estado de las tropas que los mandos británicos conocían con gran antelación lo que los italianos iban a hacer. Un contingente de 92.000 soldados italianos y 250.000 soldados abisinios sufrió una derrota completa ante 40.000 soldados africanos conducidos por británicos. El emperador etíope Haile Selassie recuperó de forma triunfal su trono, mientras fuerzas aliadas habían invadido en mayo de 1941 Eritrea y la Somaliland italiana, poniendo todo el noreste de África en manos aliadas.[98]

Tan completa fue la debacle italiana que a Hitler prácticamente no le quedó otra opción que intervenir. El 19 de enero de 1941, Mussolini llegó al Berghof para mantener conversaciones durante dos días. Los fracasos italianos habían transformado totalmente la relación entre los dos dictadores. Mientras Hitler había mostrado con anterioridad alguna deferencia para con su antiguo mentor, ahora, si bien hizo cuanto pudo para mostrarse respetuoso, no había duda de que él y su entorno estaban comenzando a guardar cierto desprecio al dictador italiano. El 6 de febrero de 1941 Hitler instruyó al general Erwin Rommel sobre la tarea de restablecer la situación en el norte de África. Nacido en 1891 y perteneciente a la clase media, Rommel no era un general alemán al uso. Muy condecorado en la Primera Guerra Mundial, había atraído la atención debido a un libro sobre tácticas de infantería publicado en 1937. Él mismo se había distinguido por su audacia al mando de una división de carros de combate en la invasión de Francia. Nombrado para encabezar el Afrika Korps recién creado, llegó a Trípoli el 12 de febrero de 1941 con la orden de evitar que se produjera un nuevo hundimiento italiano en Libia. Nominalmente bajo mando italiano, Rommel mostró poca consideración hacia los generales italianos. Sus tropas estaban bien entrenadas y no tardaron en adaptarse a las condiciones peculiares de la guerra en un terreno monótono, llano y arenoso. Rommel podía conocer de antemano los movimientos británicos gracias a los mensajes cifrados del agregado militar de EE.UU. en El Cairo que los alemanes habían descifrado, mientras las señales que él mismo enviaba a sus superiores a menudo decían algo diferente de lo que realmente decidía hacer. Basándose en su experiencia anterior en la guerra conjunta aérea y blindada, las tropas de Rommel pasaron rápidamente a la acción, haciendo retroceder a un contingente británico debilitado por el despliegue de muchos de sus mejores soldados en Grecia para defenderla de la esperada invasión alemana.[99]

Para el 1 de abril de 1941, Rommel había obtenido tal éxito que ignoró las órdenes de Berlín y decidió seguir adelante cientos de millas hasta las inmediaciones de la frontera egipcia. Halder consideraba que se había vuelto «loco de atar», y creía que había desplegado sus fuerzas en exceso y había quedado expuesto a una contraofensiva. Criticó con acritud la

«ambición patológica» de Rommel.[100] Los británicos enviaron a un nuevo oficial al mando, reforzaron sus fuerzas y contraatacaron. De hecho, Rommel había forzado enormemente sus líneas de aprovisionamiento y tuvo que emprender la retirada. Pero finalmente se las ingenió para obtener más carros de combate y combustible y acabó ocupando el puerto marítimo libio clave de Tobruk en junio de 1942. La victoria hizo que Hitler le promoviese al rango de mariscal de campo, el más joven del ejército alemán. En esa guerra de movimientos rápidos cruzando enormes distancias por un desierto casi siempre yermo, Rommel obligó a los británicos a replegarse tierra adentro en Egipto. Se encontraba a un paso del Canal de Suez, amenazando una ruta británica importante de aprovisionamiento y acariciando la tentadora posibilidad de conseguir acceder a los inmensos yacimientos petrolíferos de Oriente Medio.[101]

Rommel era generalmente considerado como un héroe no sólo en Alemania, sino también en Gran Bretaña. Sin embargo, sus victorias procuraron nuevas oportunidades a los nazis y a sus aliados para aplicar sus doctrinas de la superioridad racial sobre minorías indefensas. Las victorias del Afrika Korps acarrearon un sufrimiento terrible a los judíos que vivían en comunidades a menudo asentadas desde mucho tiempo atrás en las ciudades principales del norte de África. 50.000 judíos vivían en Túnez, y tan pronto como los alemanes ocuparon el país sus hogares fueron asaltados, sus propiedades confiscadas, sus objetos de valor robados y sus hombres jóvenes —más de 4.000 de ellos— expedidos a campos de trabajo no lejos del frente de batalla. La violación de mujeres tunecinas judías por parte de soldados alemanes estaba lejos de constituir casos aislados. Walter Rauff, el jefe de la Gestapo en Túnez, trasladado desde los campos de la muerte en Europa oriental, instauró enseguida un reino del terror contra los judíos de Túnez. Muchos sufrieron un maltrato cruel; hubo árabes compasivos que escondieron a algunos. La situación de los judíos en Marruecos y Argelia, las colonias vecinas de la Francia de Vichy, distaba de ser mucho mejor. Casi inmediatamente después del establecimiento del régimen en 1940, unos 1.500 judíos al servicio de la Legión Extranjera francesa fueron separados del servicio y encarcelados en una red de campos de trabajo en rápido crecimiento y cuyo número pronto sobrepasaría el

centenar. Uniéndoseles allí prisioneros de guerra de diversas naciones, entre ellas Polonia, Grecia y Checoslovaquia, se vieron obligados a trabajar en proyectos como el nuevo Ferrocarril Transahariano en condiciones de una gran crueldad. Las severas leyes discriminatorias de Vichy contra los judíos en Francia también se aplicaron en el norte de África. En conjunto, tal vez 5.000 judíos norteafricanos murieron durante la ocupación del Eje, aproximadamente el 1 por 100 del total. Esas cifras hubieran sido mucho mayores de haber sido posible transportarlos por el Mediterráneo a los centros de exterminio de la Polonia bajo ocupación alemana.[102]

Mientras se desarrollaban estos graves acontecimientos, los alemanes trataban de conseguir acceder a los yacimientos petrolíferos vitales en Oriente Medio alimentando el descontento contra el gobierno británico en Irak. Pero los británicos se las arreglaron para acallar el descontento sin demasiada dificultad en el verano de 1941, y apuntalaron este éxito arrebatando Siria, una colonia francesa, a la Francia de Vichy. Frustrado en consecuencia, Hitler se vio reducido a hacer promesas que por el momento no tenía ninguna posibilidad de cumplir. El clérigo musulmán Haj Amin al-Husseini, gran muftí de Jerusalén, huyó a Berlín con el fracaso del levantamiento en Irak, y Hitler le recibió el 28 de noviembre de 1941 con una promesa vacía de destruir los asentamientos judíos en Palestina.[103] En realidad, en un intento de evitar ofender a los árabes, el Ministerio de Propaganda recomendó durante un tiempo sustituir el término «antisemita» por el más específico de «antijudío» en los medios de comunicación; los árabes, después de todo, eran semitas también.[104] Sin embargo, las victorias de Rommel mantuvieron vivo todavía el sueño de poder acceder a los enormes yacimientos petrolíferos de Oriente Medio.

## II

La búsqueda de petróleo no se limitó al norte de África y Oriente Medio. El 27 de mayo de 1940, a consecuencia de sus formidables victorias, el Tercer Reich se aseguró el monopolio de las reservas petrolíferas rumanas. En julio los envíos de petróleo rumano a Gran Bretaña, que anteriormente habían constituido casi el 40 por 100 de la producción del yacimiento

petrolífero de Ploesti, habían quedado completamente interrumpidos.[105] Pero la dictadura del rey Carol de Rumanía, que había negociado esos acuerdos, se vio en un aprieto cuando Hitler obligó al rey a ceder la Transilvania septentrional a Hungría, aliada de Alemania, y a entregar más territorio en el sur a Bulgaria (una promesa debido a que las tropas alemanas tenían que pasar por Bulgaria para alcanzar Grecia). Carol se había visto también obligado a ceder Besarabia y la Bucovina septentrional a la Unión Soviética como parte del acuerdo alcanzado en el Pacto Nazi-Soviético del año anterior. El 6 de septiembre de 1940, Carol se vio forzado a abdicar frente a la indignación popular suscitada por tales concesiones, y fue expulsado por el ejército comandado por su líder, el general Ion Antonescu, en alianza con la Guardia de Hierro fascista. Antonescu se convirtió en primer ministro en un nuevo gobierno de coalición fuertemente respaldado por el estamento militar. Sin embargo, a principios de 1941 la Guardia de Hierro protagonizó un levantamiento violento contra el nuevo gobierno, dirigiendo su furia sobre todo contra los 375.000 judíos del país, a quienes aquélla culpaba, de forma absurda, de la cesión de los territorios perdidos. A las órdenes de su líder, Horia Sima, la Guardia de Hierro lo arrasó todo en su camino a Bucarest, dando caza a los judíos, llevándolos a los bosques y fusilándolos. Los hombres de Sima también llevaron a doscientos varones judíos a un matadero, los desnudaron, los sometieron al proceso completo de matanza normalmente empleado con animales y colgaron sus cadáveres por la garganta de los ganchos empleados para la carne, etiquetando los cuerpos como «aptos para el consumo humano». Hubo alguna evidencia de que las SS habían respaldado la revuelta con el fin de lograr un control más estrecho del turbulento Estado balcánico. Pero al cabo de dos días, Antonescu aplastó la rebelión rápidamente y se erigió en el dictador militar del país. Horia Sima se vio obligado a escapar y se refugió en Alemania. Un plebiscito amañado confirmó el nuevo orden. Antonescu, un soldado profesional perteneciente a una familia de militares, entonces cincuentón, ya había establecido buenas relaciones con Hitler, quien se mostró profundamente impresionado con él en el plano personal; entre otras cosas, el líder rumano convenció a los nazis para que dejasen de apoyar a la Guardia de Hierro, dejando así a sus miembros a merced del

gobierno. Hitler ofreció como contrapartida la posibilidad de ayudar a los rumanos a recuperar el territorio sustancial que habían perdido ante la Unión Soviética y tal vez más aún. Surgió una estrecha alianza entre ambos países. Las tropas alemanas entraron en Rumanía, pero el país siguió siendo independiente no sólo nominalmente. En 1941 casi el 50 por 100 de la producción rumana de crudo era producido por empresas de propiedad alemana, y las exportaciones de derivados del petróleo casi se triplicaron en comparación con el año anterior. Tuvo mucho que ver con el objetivo de asegurar esos suministros el que Hitler decidiera que era necesario liberar a los italianos de sus problemas en la vecina Grecia.[106]

No obstante, en el Reino de Yugoslavia, compuesto por diversas nacionalidades, la situación se había hecho más difícil para Hitler. El 25 de marzo de 1941 el gobierno yugoslavo había cedido a la presión alemana (que había incluido la convocatoria del príncipe regente Pablo en el Berghof para asistir a una característica alocución intimidatoria de Hitler) y se había aliado formalmente con Alemania, encajando así otra pieza del escenario diplomático con vistas a la invasión venidera de Grecia. El renuente gobierno yugoslavo se las arregló para obtener garantías de que no habría tropas alemanas que pasaran por su país en su marcha a Grecia y de que no le pedirían que procurase apoyo militar alguno. Como recompensa por su buena voluntad, obtuvo un compromiso en virtud del cual recibiría el puerto griego de Salónica una vez que la conquista alemana del país se hubiese completado. Sin embargo, una alianza con Alemania resultaba odiosa para los serbios que formaban parte del cuerpo yugoslavo de oficiales, para quienes tal alianza constituía una muestra de la influencia excesiva de los croatas en el gabinete, y en cualquier caso habían estado profundamente comprometidos con la causa aliada y habían sido hostiles a Alemania y Austria desde la Primera Guerra Mundial. En las primeras horas del 27 de marzo de 1941 los oficiales serbios llevaron a cabo un golpe de Estado, derrocaron al príncipe regente y proclamaron a Pedro II, que sólo contaba diecisiete años, como rey. El acontecimiento fue acogido por los serbios con grandes muestras de entusiasmo en las calles de Belgrado. Se formó un gobierno integrado por todos los partidos, ocultando por el momento las serias divisiones entre serbios y croatas frente a la probable reacción de

Berlín.[107] Esa reacción no tardó en llegar. Hitler estaba furioso. Convocó a los mandos del ejército y de la fuerza aérea de Alemania y manifestó que, en vista de semejante traición, Yugoslavia sería aplastada. El país tenía que ser atacado «en una operación relámpago» y «con la mayor dureza». Italia, Hungría y Bulgaria se quedarían con territorios del país derrotado. A los croatas les concederían su independencia. Los planes para la invasión de Grecia habrían de ser revisados en el tiempo más breve posible con el fin de incluir una invasión paralela de Yugoslavia. Era éste otro Estado que, al igual que Polonia, había osado desafiarle, otro Estado, por consiguiente, al que había que destruir totalmente.[108]

8. La guerra en el Mediterráneo, 1940-1942.

Después de disponer los preparativos necesarios con Hungría e Italia, aliadas de Alemania, el Duodécimo Ejército Alemán entró en el sur de Yugoslavia y el norte de Grecia el 6 de abril de 1941. Del 8 al 10 de abril las fuerzas alemanas, húngaras e italianas invadieron el norte de Yugoslavia. Con más efectivos y con blindados y equipos más modernos, y con el apoyo de 800 aviones, las fuerzas alemanas aplastaron a sus adversarios. El ejército yugoslavo, aunque sobrepasaba el millón de efectivos, estaba mal equipado, pobremente comandado y desgarrado por divisiones étnicas. Se desmoronó enseguida. A medida que las oleadas de bombarderos alemanes devastaban la capital yugoslava, Belgrado, las divisiones blindadas y de infantería alemanas avanzaban con rapidez. Ocuparon la ciudad el 12 de abril de 1941, llevando a la capitulación al gobierno yugoslavo cinco días más tarde. 344.000 soldados yugoslavos fueron capturados. Las pérdidas alemanas sumaron 151 muertos. Entretanto, los griegos, apoyados por una fuerza expedicionaria británica, habían ofrecido una resistencia más consistente, pero también allí la combinación ya utilizada con éxito del dominio aéreo y los blindados modernos acabó con la resistencia. Separadas del ejército griego, las fuerzas británicas en retirada decidieron evacuar, y un contingente naval reunido apresuradamente, hostigado por aeroplanos alemanes, había logrado evacuar de las playas a unos 50.000 soldados a finales del mes de abril, si bien se perdieron varios barcos en la operación. Desesperado ante al curso que estaban tomando los acontecimientos, el primer ministro griego se pegó un tiro el 18 de abril de 1941. El 27 de abril las tropas alemanas entraban en Atenas.[109]

El rey y el gobierno ya se habían ido a Creta, adonde griegos, británicos y otras fuerzas aliadas se habían retirado. Pero el 20 de mayo de 1941, fuerzas aerotransportadas alemanas desembarcaron en la isla y se apoderaron rápidamente de los aeródromos principales, donde ahora desembarcaban más soldados alemanes. El oficial británico al mando de la isla no se había percatado de la importancia de las defensas aéreas. Sin cazas no tenía forma de interceptar la invasión de tropas aerotransportadas. Para el 26 de mayo había concluido que la situación no tenía remedio. Dio comienzo una evacuación caótica. Con el dominio absoluto de los cielos, la aviación alemana hundió tres cruceros y seis destructores británicos.

Obligaron a los aliados a poner fin a la evacuación el 30 de mayo de 1941, abandonando a unos 5.000 hombres. A pesar de que, gracias a la decodificación en Bletchley Park de las señales militares de los alemanes, se avisó con antelación de estas operaciones, el oficial británico al mando simplemente carecía de la fuerza suficiente tanto en tierra como en el aire. Le habían prohibido reubicar sus tropas desplegándolas en los puntos de ataque previstos por si hacerlo provocaba que los mandos alemanes sospecharan de que sus señales habían sido interceptadas. Más de 11.000 soldados británicos fueron capturados y murieron cerca de 3.000 soldados y marineros. Toda la operación fue un desastre para los británicos. Churchill y sus asesores se vieron forzados a reconocer que había sido un error enviar tropas a Grecia por adelantado.[110]

Pero las victorias alemanas, por espectaculares que fuesen, costaron muy caras. Los griegos y sus aliados habían combatido tenazmente, y los invasores alemanes no se habían librado de sufrir bajas. En Creta habían muerto 3.352 de un total de 17.500 soldados invasores alemanes, disuadiendo a las fuerzas armadas alemanas de organizar una operación aerotransportada similar en Malta o Chipre.[111] «Nuestra orgullosa unidad de paracaidistas —escribió un soldado tras la victoria— jamás se recuperó de las enormes pérdidas sufridas en Creta».[112] De mayor gravedad fue el hecho de que pronto se vio que la ocupación estaba lejos de ser un asunto simple. Mientras Bulgaria entró en la Macedonia oriental y la Tracia occidental, expulsando a más de 100.000 griegos del área y llevando a colonos búlgaros en una violenta acción de «limpieza étnica», en Grecia se instauró un gobierno títere para mantener la ficción de la independencia. No obstante, el verdadero poder residía en el ejército alemán, el cual ocupaba puntos estratégicos clave en el territorio continental y en algunas de las islas, en especial Creta, y en los italianos, a quienes se había dado el control sobre la mayor parte del resto del país. Cuando las tropas alemanas entraron en Atenas, cansadas, hambrientas y sin víveres, empezaron a exigir comida gratuita en los restaurantes, a saquear las casas en las que se alojaban y a detener en las calles a los transeúntes y despojarlos de sus relojes y joyas. Un habitante de la ciudad, el musicólogo Minos Dounias, se preguntaba:

> ¿Dónde está el tradicional sentido del honor alemán? Yo viví en Alemania trece años y nadie me estafaba. Ahora de repente [...] se han convertido en ladrones. Vacían las casas de todo cuanto ven. En la casa de los Pistolakis se quedaron con las fundas de las almohadas y se apropiaron de las reliquias cretenses de su valiosa colección. En las casas pobres de la zona confiscaron sábanas y mantas. En otros vecindarios se apoderaron de los óleos y hasta de los pomos metálicos de las puertas.[113]

Mientras las tropas robaban cuanto podían, los oficiales encargados de las provisiones confiscaban grandes cantidades de alimentos, algodón, cuero y muchas otras cosas. Se requisaron todos los depósitos de aceite de oliva y arroz. Desde la isla de Quíos despacharon durante las tres primeras semanas de la ocupación 26.000 naranjas, 4.500 limones y 100.000 cigarrillos. Empresas como Krupps e I. G. Farben enviaron a representantes para proceder a la expropiación de complejos mineros e industriales a bajo precio.[114]

A consecuencia de aquel asalto a gran escala a la economía del país, el desempleo en Grecia se disparó y los precios de los alimentos, ya elevados debido al perjuicio causado por la acción militar, se pusieron por las nubes. Los saqueos y las requisas ocasionaron que los pequeños campesinos acaparasen los productos y agrediesen a los agentes enviados desde las ciudades para llevarse las cosechas. Los mandos militares locales trataban de mantener los productos en la región dificultando o incluso interrumpiendo el envío de víveres a las grandes ciudades. Se introdujo el racionamiento, y mientras los italianos empezaban a mandar provisiones suplementarias a Grecia para aliviar la situación, las autoridades en Berlín se negaron a seguir su ejemplo con el argumento de que ello haría peligrar la situación alimentaria en Alemania. El hambre y la desnutrición no tardaron en andar al acecho en las calles de Atenas. Las reservas de combustible eran inaccesibles o resultaban demasiado costosas para calentar los hogares de la gente en el gélido invierno de 1941-1942. La gente mendigaba por las calles, revolvía en los cubos de basura en busca de sobras y en su desesperación empezaba a comerse la hierba. Los oficiales del ejército alemán se divertían tirando sobras desde los balcones a las pandillas de niños y observándoles pelearse por esos restos. La gente, sobre todo niños, caía enferma y empezaba a morir por las calles. En total, los índices de mortalidad se multiplicaron por cinco y hasta por siete en el

invierno de 1941-1942; la Cruz Roja calculó que entre 1941 y 1943 murieron 250.000 griegos debido a la inanición y a enfermedades asociadas a ella.[115]

En las áreas montañosas del norte de Grecia, bandas armadas asaltaban las rutas alemanas de abastecimiento y hubo que contabilizar algunas bajas entre los alemanes; el oficial al mando del ejército alemán en la región incendió cuatro aldeas y fusiló a 488 civiles griegos como represalia. En Creta, soldados británicos abandonados a su suerte tomaron parte en las actividades de la resistencia, y en 1944 un general alemán fue capturado por agentes enviados desde El Cairo, contándose entre ellos Patrick Leigh Fermor, quien más tarde se convertiría en escritor. Si las represalias salvajes del ejército alemán causaron o no algún efecto es algo que no puede asegurarse. El hambre y el agotamiento del conjunto de la población griega fueron la causa de que durante aproximadamente el primer de año de la ocupación no abundaran los intentos de resistencia armada ni un liderazgo coordinado.[116]

## III

La situación en la Yugoslavia ocupada era drásticamente diferente. Yugoslavia, una creación artificial que había agrupado en un solo Estado a grupos étnicos y religiosos diversos desde el fin de la Primera Guerra Mundial, estaba desgarrada por enconadas disputas y rivalidades entre comunidades que estallaron con la mayor virulencia tan pronto como se produjo la invasión alemana. El Reich alemán se anexionó la parte septentrional de Eslovenia, al sur de la frontera austríaca, mientras Italia se apoderó de la costa adriática hasta las islas dálmatas (incluyendo algunas de ellas) y asumió el control de la administración de la mayor parte de Montenegro. Albania, una posesión italiana desde abril de 1939, ocupó un extenso pedazo del sureste, incluyendo buena parte de Kosovo y Macedonia Occidental, además de engullir parte de Montenegro, mientras los húngaros voraces se apoderaron de Backa y otras regiones en las que habían gobernado hasta 1918, y los búlgaros, además de arrebatar a los griegos la mayor parte de Macedonia, entraron con paso firme en la parte yugoslava

de Macedonia. El resto del país quedó dividido en dos. Hitler estaba decidido a recompensar a sus aliados y a castigar a los serbios. El 10 de abril de 1941, el día en que las fuerzas alemanas entraron en Belgrado, el líder fascista croata Ante Pavelić, alentado por los alemanes, proclamó una Croacia independiente, que incluía todas las áreas habitadas por croatas, incluyendo a Bosnia y Herzegovina. El Estado recién independizado de Croacia era mucho más extenso que la Serbia residual. Pavelić se alió de inmediato con Alemania y declaró la guerra a los aliados. Como Quisling, su homólogo en Noruega, Pavelić era un extremista con escaso apoyo popular. Abogado nacionalista, había creado su organización cuando el rey Alejandro había impuesto una dictadura de dominio serbio en 1929 tras las manifestaciones en las cuales la policía serbia había matado a varios nacionalistas croatas. Conocidos como ustashe (insurgentes), el movimiento de Pavelić había logrado su golpe de efecto más espectacular cuando agentes suyos habían colaborado con terroristas macedonios en el magnicidio del rey yugoslavo, junto con el ministro de Asuntos Exteriores francés, durante una visita de estado a Francia en 1934. A consecuencia de la represión subsiguiente de su organización, Pavelić se había visto obligado a dirigirla desde el exilio en Italia, donde la había convertido en un movimiento fascista maduro, completado con una doctrina racial que veía a los croatas como «occidentales» en lugar de eslavos. Dio a su organización la misión de salvar al Occidente cristiano, católico, frente a la amenaza que representaban los eslavos ortodoxos, los bolcheviques ateos y los judíos. No obstante, se calcula que hasta principios de la década de 1940 Pavelić se había granjeado el apoyo de no más de 40.000 croatas de un total de 6 millones en Yugoslavia.[117]

En un primer momento, Hitler quería designar como jefe del nuevo Estado a Vladko Maček, líder del Partido Campesino Croata moderado, pero cuando él se negó la elección recayó en Pavelić, que regresó del exilio y proclamó un Estado de partido único de los croatas.[118] Pavelić se puso a reclutar a hombres jóvenes del subproletariado urbano para los ustashe, y casi de inmediato desató una limpieza étnica a gran escala, empleando el terror y el genocidio para expulsar del nuevo Estado a 2 millones de serbios, 30.000 gitanos y 45.000 judíos, o para hacer de ellos, cuanto menos

nominalmente, croatas convirtiéndolos al catolicismo. Los estudiantes ultranacionalistas y muchos nacionalistas croatas integrantes del clero católico, en especial los monjes franciscanos, se sumaron encantados a la campaña. Ya el 17 de abril de 1941, un decreto proclamaba que todo aquel que fuese hallado culpable de haber ofendido el honor de la nación croata, ya fuera en el pasado, el presente o el futuro, había cometido alta traición y cabía aplicarle en consecuencia la pena de muerte. Otro decreto definía a los croatas como arios y les prohibía casarse con quienes no fuesen arios. Las relaciones sexuales entre judíos y mujeres croatas fueron declaradas ilícitas, si bien no a la inversa. Todos los que no eran croatas quedaron excluidos de la ciudadanía. Mientras al menos en las ciudades la nueva ley contra la traición no se cumplía a rajatabla, en el campo los ustashe ni siquiera se molestaban en guardar cierta apariencia de legalidad. Después de matar a tiros a unos trescientos serbios, incluyendo a mujeres y niños, en la localidad de Glina en julio de 1941, los ustashe ofrecieron una amnistía a los habitantes de las aldeas cercanas si se convertían al catolicismo. 250 personas acudieron a la ceremonia en la iglesia ortodoxa de Glina. Una vez en el interior, quien las recibió no fue un párroco católico, sino la milicia ustashe, que las obligó a echarse en el suelo y a continuación las golpeó en la cabeza empleando garrotes provistos de pinchos. En cualquier parte de la nueva Croacia se produjeron escenas igualmente espantosas de asesinatos en masa durante el verano y el otoño de 1941. En varias ocasiones los serbios que vivían en el campo fueron conducidos en tropel a la iglesia local, donde las ventanas eran tapiadas y el edificio reducido a cenizas con la gente en el interior. Las unidades croatas de ustahe sacaban los ojos a los hombres serbios y sajaban los pechos de las mujeres con navajas.[119]

El primer campo de concentración en Croacia entró en funcionamiento a finales de abril de 1941, y el 26 de junio se promulgó una ley que instauraba una red de campos por todo el país. Los campos no estaban destinados a los adversarios del régimen, sino que su finalidad era el exterminio de las minorías étnicas y religiosas. Sólo en el sistema de campos de Jasenovac se calcula que fallecieron más de 20.000 judíos. La muerte sobrevenía principalmente debido a las enfermedades y a la desnutrición, pero la milicia ustashe, incitada por algunos frailes

franciscanos, solía golpear con martillos a los prisioneros hasta la muerte en largas sesiones nocturnas de asesinatos en masa. En el campo de Loborgrad, el oficial al mando y su equipo violaron reiteradamente a 1.500 mujeres judías. Cuando el tifus se declaró en el campo de Stara Gradiska, el administrador envió a quienes lo padecían al campo de Djakovo, donde no había presencia de la enfermedad, para que los prisioneros pudieran ser infectados también allí. El 24 de julio de 1941, el coadjutor de Udbina escribió: «Hasta la fecha, hermanos míos, hemos estado trabajando para nuestra religión con la cruz y el breviario, pero ha llegado el momento de trabajar con un revólver y un fusil».[120] El jefe de la Iglesia católica en Croacia, el arzobispo Alojzije Stepinac, un férreo adversario de los «cismáticos» ortodoxos, declaró que la mano de Dios estaba interviniendo para eliminar el yugo serbo-ortodoxo. A Pavelić incluso le concedieron una audiencia privada con el Papa el 18 de mayo de 1941. No obstante, Stepinac acabó por decidirse a protestar contra las conversiones forzosas que se obraban a todas luces mediante el terror, si bien la condena de las muertes no se produjo hasta 1942, cuando se expulsó de la orden franciscana al padre Filipović, que había dirigido escuadrones de la muerte en Jasenovac. En 1943 Stepinac reprobó el registro y la deportación a los campos de exterminio de los judíos croatas que quedaban. Pero ya era demasiado tarde. Para entonces, probablemente se había dado muerte a alrededor de 30.000 judíos, junto a la mayor parte de los gitanos del país (muchos de los cuales murieron trabajando en condiciones inhumanas en el proyecto de construcción del dique del Sava), mientras que los cálculos más fiables sitúan el número de víctimas serbias en torno a 300.000. Tal era la consternación que se desató sobre todo en Italia a raíz de esas masacres, a medida que los miles de refugiados serbios y judíos que cruzaban la frontera de Dalmacia referían las atrocidades, que el ejército italiano empezó a desplazarse a territorio croata declarando que protegería a todas las minorías que se encontraran allí. Pero era demasiado tarde para la mayoría. A más largo plazo, entre los serbios quedaron unos recuerdos del genocidio croata que han seguido alimentando un rencor profundo y

duradero. Aún no se había olvidado cuando Serbia y Croacia terminaron recuperando su independencia después del hundimiento del Estado yugoslavo de posguerra en la década de 1990.[121]

## IV

El carácter poco entusiasta de los preparativos de Hitler para la invasión por mar de Gran Bretaña era fiel reflejo del hecho de que ya antes de que acabara el mes de julio de 1940 su mente se había vuelto hacia un plan que le entusiasmaba mucho más: la conquista de Rusia. Ésta había estado en el mismo núcleo del pensamiento de Hitler desde principios de la década de 1920. Ya en *Mi lucha*, su opúsculo político autobiográfico, había manifestado en términos intransigentes la necesidad de adquirir «espacio vital» para los alemanes en Europa oriental. Había repetido esto en numerosos discursos dirigidos al personal militar a sus órdenes, muy especialmente el 3 de febrero de 1933, cuando prometió explícitamente a los jefes del ejército que emprendería una guerra para germanizar Europa oriental en algún momento del futuro.[122] Tras reunir a los jefes de las fuerzas armadas a finales de julio de 1940, Hitler les dijo que era momento de comenzar a planificar ese acontecimiento. Serían necesarias de 80 a 100 divisiones para aplastar al Ejército Rojo. Sería un juego de niños en comparación con la invasión de Francia.[123] De hecho, el ejército había realizado ya estudios de viabilidad y concluyó que una invasión no era practicable antes de la primavera siguiente. Nuevos estudios se llevaron a cabo con vistas a lanzar un ataque en mayo de 1941. La perspectiva de una guerra en dos frentes no alarmó a Hitler. Francia había sido eliminada, Gran Bretaña parecía estar cerca del desmoronamiento. En cuanto al Ejército Rojo, las purgas de Stalin lo habían diezmado y había dado muestras de una absoluta incompetencia en la guerra con Finlandia. Los eslavos, en cualquier caso, eran seres inferiores incapaces de oponer una resistencia sólida a una raza superior. El bolchevismo no hacía más que debilitarlos. Hitler lo consideraba como un instrumento de la conspiración judía mundial, la cual había conseguido esclavizar a los eslavos y doblegarlos a su voluntad. Había, claro está, muchas razones por las cuales esta opinión

no constituía más que una fantasía, no siendo la menor de ellas el hecho de que el propio Stalin era antisemita y había destituido a su ministro de Exteriores, Litvinov, en 1939, entre otras cosas porque era judío. Con todo, pensaba Hitler, si las naciones europeas racialmente superiores habían sido aplastadas con tanta facilidad, ¿acaso tenían alguna posibilidad los eslavos? «Los rusos son inferiores —les dijo Hitler a Brauchitsch y Halder el 5 de diciembre de 1940—. El ejército carece de un líder». Las fuerzas armadas alemanas precisarían de no más de cuatro o cinco meses para aplastar a la Unión Soviética.[124]

Además de la primacía ideológica del «espacio vital», confluían también razones pragmáticas para atacar la Unión Soviética. Durante 1940 y el primer semestre de 1941, el Tercer Reich tenía una dependencia excesiva de los suministros procedentes de Europa oriental. Por supuesto, el pacto de no agresión firmado por Ribbentrop y el ministro de Exteriores soviético, Molotov, el 24 de agosto de 1939 todavía mantenía su vigencia en aquel momento.[125] De hecho, el 12 de noviembre de 1940 el propio Molotov llegó a Berlín con motivo de una invitación de Hitler para discutir una cooperación futura. El 10 de enero de 1941 la Unión Soviética firmó un nuevo acuerdo de comercio en virtud del cual se doblaba la cantidad de exportaciones de grano procedente de Ucrania con destino al Tercer Reich, convenciendo así irónicamente a Hitler, si es que era necesario que lo convencieran, de que la Unión Soviética poseía suministros prácticamente ilimitados de alimentos, los cuales serían esenciales para la conducción ulterior de la guerra y el futuro en general del Tercer Reich. Las concesiones de Stalin a las peticiones alemanas en el terreno de los intercambios comerciales influyeron así poco o nada en la oportunidad de la invasión alemana.[126]

Ofreciesen lo que ofreciesen los soviéticos, Hitler no tenía la menor intención de renunciar a sus planes. El 18 de diciembre de 1940 ordenó a sus fuerzas armadas que estuviesen listas para aplastar a la Unión Soviética en una campaña rápida que daría comienzo en la primavera siguiente. Su relativa precipitación se explicaba en buena medida a consecuencia de su fracaso para derrotar a Gran Bretaña. Pensaba que en 1942 EE.UU. podría haber entrado en la guerra en el bando de los aliados. Derrotar a los

soviéticos pondría a Alemania en una posición sólida para hacer frente a los americanos. Al eliminar una amenaza poderosa al oeste de Japón, animaría a los japoneses a entrar en guerra contra América. Y aislaría a los británicos todavía más y tal vez los obligaría a sentarse a negociar. Ésta fue en realidad la razón primordial inicial para lanzar la invasión en 1941. «Pero si Rusia es aplastada —les dijo Hitler a sus generales el 31 de julio de 1940— eselfinal de toda esperanza que pueda inducir a Inglaterra a mantener aún la expectativa de que se produzca un vuelco de la situación».[127] «Los caballeros en Inglaterra no son estúpidos, ya se sabe —le dijo al mariscal de campo Fedor von Bock a principios de enero de 1941—. Se darán cuenta de que carece de sentido para ellos continuar con la guerra cuando Rusia haya sido vencida y eliminada de la misma».[128] Añadió algunas semanas después que era además necesario lanzar la invasión antes de que Gran Bretaña fuese derrotada; si se hacía después, el pueblo alemán no lo soportaría. El nombre en clave para la invasión, sugerido por el propio Hitler, fue «operación Barbarroja», la cual debía su nombre a Federico Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y cruzado alemán en el siglo XII.[129]

A medida que se iban concretando más los planes, el número de divisiones destinadas a la invasión fluctuaba, pero acabó por fijarse en unos dos centenares. Las fuerzas del Ejército Rojo desplegadas frente a los invasores eran de un tamaño aproximadamente comparable, pero en la mente de Hitler y sus líderes militares eran muy inferiores en calidad. Ciertamente, el Ejército Rojo en la zona de combate sobrepasaba con mucho a sus adversarios en cuanto a equipos, con casi el triple de piezas de artillería y la misma ventaja en carros de combate. Incluso en el aire, las fuerzas soviéticas contaban con una superioridad numérica importante, con el doble de aviones de combate que los alemanes y sus aliados. Pero muchos de esos aparatos se habían quedado obsoletos, todavía no se estaba fabricando cantidad alguna de nuevos modelos de carros de combate y nuevas piezas de artillería, y las purgas de Stalin durante la década de 1930 habían afectado de forma importante a los gestores y a los diseñadores en materia de fabricación de aviones y municiones, a los mandos militares y a los altos mandos de la fuerza aérea.[130] Además, los preparativos alemanes

eran concienzudos. Con la euforia desatada por el éxito de las divisiones blindadas en la invasión de Francia, Hitler ordenó que la fabricación de armamento se centrase en los carros de combate. El número de divisiones blindadas del ejército alemán se dobló entre el verano de 1940 y el verano de 1941, acompañado por un aumento correspondiente en el número de vehículos semioruga con los cuales trasladar rápidamente a las divisiones de infantería ligera tras los carros de combate para obtener ventaja. La producción alemana de armas durante el año anterior a la invasión de la Unión Soviética se concentró realmente, como no lo había hecho con anterioridad a la invasión de Francia, en procurar los medios para librar una guerra clásica de movimientos relámpago. Como apoyo, la producción dejó de centrarse en la munición, de la cual había abundantes existencias, para orientarse a la fabricación de ametralladoras y de artillería de campaña. Por consiguiente, a pesar de las continuas luchas burocráticas internas entre las distintas oficinas encargadas de la gestión de adquisiciones y de la administración económica bajo el control de Fritz Todt, Georg Thomas y Hermann Göring, la industria armamentística del Tercer Reich operó con cierta eficacia en los preliminares de la operación Barbarroja.[131]

En el primer semestre de 1941 se mejoraron las comunicaciones ferroviarias y de otros tipos en la Polonia bajo ocupación alemana, y se hizo acopio de suministros en el área fronteriza. Finalmente, los planes estratégicos preveían la interceptación y destrucción de las fuerzas soviéticas situadas en la frontera y el avance veloz hasta una línea desde Arcángel hasta Astracán. En el norte, Finlandia, ferozmente resentida debido a la pérdida de territorio ante la Unión Soviética al final de la «Guerra de Invierno» en 1940, acordó movilizar las dieciséis divisiones de su ejército, reorganizadas y dotadas de los materiales alemanes más modernos, si bien sus objetivos no iban más allá de la recuperación del territorio perdido.[132] En el sur, Rumanía proporcionó dieciocho divisiones a las fuerzas invasoras.[133] A las tropas rumanas se sumó un contingente reducido de húngaros, pero unos y otros tenían que permanecer separados debido a las malas relaciones entre los dos países. La mayor parte de los equipos de las fuerzas húngaras estaban obsoletos, los fusiles empleados por la infantería se atascaban con frecuencia, disponían únicamente de 190

carros de combate, los cuales estaban también anticuados, y seis de los diez batallones «alpinos» que se sumaron a la invasión de Rusia iban en bicicleta. Mucho más importante era el hecho de que Hungría estaba convirtiéndose rápidamente en una fuente importante de petróleo para los alemanes, hasta erigirse mediada la guerra en el segundo proveedor más importante después de Rumanía.[134] La participación de los húngaros obedeció en buena parte a la preocupación del regente de Hungría, el almirante Miklós Hórthy, frente al hecho de que los rumanos avanzasen subrepticiamente contra él y recuperasen parte del territorio que habían perdido en beneficio de Hungría en 1940. Análogamente, la participación del Estado cliente alemán de Eslovaquia, que envió dos divisiones destinadas sobre todo a proporcionar seguridad tras el frente, tenía por objetivo ganarse el favor de los alemanes frente a ulteriores reclamaciones húngaras de su territorio. Por el contrario, los 60.000 soldados italianos con los que contribuyó Mussolini no formaron parte propiamente de la invasión, y tal contribución se hizo con la vaga esperanza de que los alemanes considerasen favorablemente las aspiraciones italianas en el tratado de paz tras la guerra. 45.000 voluntarios españoles anticomunistas se unieron a la lucha en el frente de Leningrado, inspirados por el compromiso ideológico y con la aprobación de Franco, a modo de gesto de gratitud hacia Hitler por su ayuda en la guerra que le había llevado al poder. Los voluntarios no pudieron sentir alegría cuando fueron recibidos a su llegada por una orquesta de la fuerza aérea alemana que interpretaba erróneamente el himno nacional de los republicanos, sus adversarios derrotados en la Guerra Civil.[135]

Bulgaria, aliado balcánico de Alemania, adoptó una línea más cauta que los húngaros y los rumanos. El rey Boris III, que dirigía el ejército del país, las relaciones exteriores y otras muchas cosas, era lo bastante realista como para reconocer que su ejército de leva compuesto por campesinos no era adecuado para la guerra moderna y no tenía el menor interés en combatir lejos de casa. Boris tenía que poner en práctica un equilibrio delicado. Comentó en cierta ocasión: «Mi ejército es pro alemán, mi mujer es italiana, mi pueblo es pro ruso. El único pro búlgaro que hay en este país soy yo».[136] Había participado con entusiasmo en el desmembramiento de

Grecia y Yugoslavia, y comenzado con la bulgarización del sistema educativo y otros aspectos de la vida pública en las áreas ocupadas por sus fuerzas. Pero la anexión búlgara de Tracia provocó una fuerte resistencia, abocando a un levantamiento importante a finales de septiembre de 1941. Boris adujo no sin cierta justificación que el ejército era allí necesario para sofocar la revuelta, lo cual hizo en los meses siguientes matando a entre 45.000 y 60.000 griegos y ordenando la expulsión o el reasentamiento de muchos más. No obstante, igual importancia tenía desde el punto de vista del rey la amenaza de una sublevación interna de los republicanos fascistas. En parte para conjurar este peligro, pero cediendo también a las presiones alemanas, había introducido una legislación antisemita en octubre de 1940 que prohibía las relaciones sexuales entre judíos y no judíos y expulsaba a los judíos de profesiones e industrias diversas. Pero la legislación búlgara había sido meticulosa para definir a los judíos con arreglo a términos religiosos, y muchos judíos pudieron eludir los efectos de la legislación mediante la conversión, a menudo meramente formal, al cristianismo. Además, la legislación no se aplicó con todo rigor. Por ejemplo, se exigía por ley a los judíos que luciesen en su ropa la «estrella judía», pero la fábrica que por encargo del gobierno debía fabricarlas lo hacía en número tan escaso que la pequeña cantidad de judíos que habían empezado a ponérselas pronto se las quitaron porque nadie más las llevaba. El rey se vio asimismo obligado a disolver las logias masónicas presentes en el país, un objetivo predilecto de los nazis y los fascistas que teorizaban sobre conspiraciones, en buena medida para enojo de sus ministros, muchos de los cuales eran francmasones. Sin embargo, consciente del poder amenazador del coloso ruso en su umbral, se negó con firmeza a proporcionar tropas para el frente soviético, y ciertamente, aunque Bulgaria declaró la guerra a los aliados occidentales, jamás se la declaró a la Unión Soviética.[137] Exasperado y admirado a medias, Hitler lo llamó «un hombre muy inteligente, incluso astuto», mientras Goebbels, menos dado a los rodeos, lo llamó «un socio intrigante, artero».[138]

Por consiguiente, a pesar de sus complementos multinacionales, la operación Barbarroja resultaba ser así esencialmente una operación alemana. A medida que las nieves invernales de la Europa centro-oriental se

derretían y el suelo se descongelaba, las fuerzas armadas alemanas comenzaron a trasladar cantidades ingentes de hombres y equipos hasta la frontera soviética. Durante mayo y principios de junio de 1941, Zygmunt Klukowski anotó el paso por su región de Polonia de columnas inacabables de tropas y vehículos alemanes, observando por ejemplo el paso de entre 500 y 600 vehículos sólo el 14 de junio.[139] Stalin se apresuró a poner en práctica una política inútil para intentar apaciguar a los alemanes mediante la intensificación de las entregas soviéticas de caucho asiático y otros suministros en virtud del acuerdo de comercio suscrito en enero de 1941. Como marxista-leninista dogmático, Stalin estaba convencido de que el régimen de Hitler era un instrumento del capitalismo monopolístico alemán, de manera que si él procuraba cuanto desearan las empresas alemanas no habría razón alguna inmediata para llevar a cabo la invasión. De acuerdo con las disposiciones acordadas en virtud del Pacto Nazi-Soviético, ya desde principios del año anterior la Unión Soviética estaba suministrando casi tres cuartas partes de las necesidades que tenía Alemania de fosfatos, más de dos tercios de sus asbestos importados, sólo un poco menos de su cromita, más de la mitad de su manganeso, más de un tercio del níquel importado y, lo que incluso resultaba más crucial, más de un tercio del petróleo que importaba.[140] Stalin vetó personalmente las propuestas que abogaban por detener el fortalecimiento militar alemán lanzando un ataque tras la línea polaca de demarcación. Los informes de los agentes soviéticos e incluso de miembros de la embajada alemana en Moscú en el sentido de que era inminente una invasión tan sólo le convencieron de que los alemanes estaban jugando fuerte en su campaña para arrancarle concesiones económicas.[141]

Al mismo tiempo, Stalin se daba cuenta de que, tal como les dijo a los cadetes que se graduaron en Moscú el 5 de mayo de 1941, «la guerra con Alemania es inevitable». Molotov podría lograr aplazarla durante dos o tres meses, pero entretanto resultaba vital «enseñar nuevamente a nuestro ejército y a nuestros oficiales al mando. Educarlos en el espíritu del ataque».[142] Pronunciado ante jóvenes oficiales como un mensaje retórico para el futuro, no se trataba de una declaración de intenciones. Stalin no creía que el Ejército Rojo estuviese en condiciones de enfrentarse a los

alemanes hasta 1942 o quizás hasta 1943. No era ya sólo que el Estado Mayor no hubiese preparado ningún plan para atacar a las fuerzas alemanas, tampoco lo tenía para defenderse de ellas.[143] Aunque los alemanes organizaron un plan amplio y sofisticado para engañar al adversario con el fin de ocultar la verdadera naturaleza de sus intenciones, la inteligencia soviética empezó a mandar informes precisos de que la invasión estaba planeada para una fecha situada en torno al 22 de junio de 1941. Pero Stalin hizo caso omiso. Los primeros informes de que los planes de invasión iban a hacerse operativos el 15 de mayo de 1941, aunque acertados en su momento, se revelaron equivocados cuando los alemanes aplazaron la operación Barbarroja para preparar la invasión de Grecia y Yugoslavia. Hitler culpó más tarde a Mussolini de las consecuencias, pero en realidad el clima en la Europa centro-oriental durante aquellas semanas hubiese desaconsejado una invasión de la Unión Soviética aunque el Führer alemán no se hubiese visto obligado a intervenir para rescatar a su aliado italiano del embrollo en la Europa meridional. A consecuencia de ello, los agentes soviéticos que habían pronosticado lo que iba a ocurrir perdieron toda credibilidad.[144] Para una mente estrecha y desconfiada como la de Stalin, las fuerzas capitalistas en Gran Bretaña, incluyendo el gobierno polaco exiliado, parecían estar proporcionándole informaciones falsas acerca de las intenciones de Alemania con objeto de arrastrarlo al conflicto. Seguramente, el Führer alemán no se lanzaría en ningún caso a la invasión mientras el conflicto con Gran Bretaña permaneciese irresuelto. Si un ex soldado comunista desertara de las fuerzas alemanas el 21 de junio de 1941 y cruzara a nado un río para contarles a los rusos en la otra orilla que su unidad había recibido órdenes de lanzarse a la invasión a la mañana siguiente, Stalin lo haría fusilar por propagar «información falsa».[145]

# OPERACIÓN BARBARROJA

## I

A medida que se iban intensificando en Berlín los preparativos para la invasión, crecía la preocupación del lugarteniente oficial de Hitler, Rudolf Hess, ante la perspectiva de una guerra en dos frentes, una guerra de la cual había precedentes históricos ominosos, sobre todo en 1914-1918, todavía presentes en las mentes de los nazis dirigentes. Hess, servilmente entregado a Hitler, tenía el convencimiento, no sin razón, de que el objetivo principal del Führer nazi en el oeste desde la conquista de Francia había sido sentar a Gran Bretaña en la mesa de negociaciones. En los últimos años, Hess, quien nunca fue el más perspicaz de los cerebros nazis, había ido perdiendo influencia sin cesar; su acceso a Hitler se había visto seriamente reducido desde el estallido de la guerra en septiembre de 1939, y era su ambicioso segundo, Martin Bormann, quien había estado ejerciendo cada vez en mayor medida los poderes considerables de su oficina. Hess no había tomado parte en la planificación de la operación Barbarroja, y de hecho jamás había desempeñado papel alguno en materia de política exterior. Sin embargo, se consideraba a sí mismo bien dotado para ello. El estudioso de la geopolítica Karl Haushofer, profesor de Hess, había inculcado en éste la convicción de que el destino de Gran Bretaña era unirse al bando alemán en la lucha mundial contra el bolchevismo. En la mente resentida y confundida del lugarteniente cobró forma un plan audaz. Él mismo volaría a Gran Bretaña para negociar la paz. La consecución de un acuerdo le devolvería el favor de Hitler y aseguraría la retaguardia de Alemania con vistas al ataque venidero a la Unión Soviética. A pesar de las órdenes explícitas de Hitler en sentido contrario, Hess prosiguió perfeccionando en secreto su pericia para volar. Disponía de un Messerschmitt Me110 especialmente preparado para

su uso, y se hizo con mapas y cartas meteorológicas de Alemania, el Mar del Norte y el norte de Inglaterra. A las seis de la tarde del 10 de mayo de 1941 Hess se puso un uniforme de aviador forrado de piel, despegó desde el aeródromo de la fábrica de Messerschmitt en Augsburgo y se dirigió hacia el noroeste, en dirección a las Islas Británicas.[146]

Cinco horas después, Hess se lanzó desde el aparato en paracaídas no lejos de Glasgow, dejando que el aparato continuara su marcha, sin piloto, hasta acabar envuelto en llamas tras estrellarse. Él acabó cayendo, no sin dificultades, en pleno campo. A un campesino de por allí que se le acercó le dijo que su nombre era Alfred Horn y que tenía un mensaje para el duque de Hamilton, cuya residencia se hallaba en los alrededores. El aristócrata había sido miembro de la Sociedad Anglo-Alemana antes de la guerra, y el hijo de Haushofer, Albrecht, le había dicho a Hess que aquél sería un contacto importante en los esfuerzos por lograr la paz. El consejo dejaba patente tanto la ignorancia de Haushofer como la credulidad de Hess. En realidad, Hamilton no era una figura política particularmente significativa en la política británica. Por entonces jefe de ala en la fuerza aérea británica, era extremadamente improbable que actuase como conducto dispuesto a transmitir los intentos de paz alemanes. Hamilton, a quien llamaron atendiendo a la petición de Hess, acudió al cuartel de la Home Guard,* donde Hess se encontraba detenido, y no tardó en convencerse de que se hallaba frente a frente con el lugarteniente del Partido Nazi. Tras la tensión sufrida en su arriesgado vuelo, la confusión mental de Hess llegó a tal punto que no intentó siquiera una vez discutir una paz por separado con el duque, y en realidad no pudo pensar en otra cosa que no fuera repetir la «oferta de paz» vaga ofrecida por Hitler el mes de julio anterior. El diplomático Ivone Kirkpatrick, quien había servido en la embajada de Berlín desde 1933 hasta 1938 y hablaba un buen alemán, fue enviado a Escocia para interrogar a Hess y se las arregló para obtener un poco más de información. Dijo en su informe que Hess «había venido sin el conocimiento de Hitler con objeto de convencer a las personas con poder de decisión de que, puesto que Inglaterra no podía ganar la guerra, lo más sensato era hacer la paz ahora». Hess conocía a Hitler mejor que la mayoría, y él podía asegurar a Kirkpatrick que el Führer alemán no tenía designios en relación con el

Imperio Británico. Información irrelevante. «Hess —concluía Kirkpatrick — no parece [...] estar muy al tanto de los planes de acción del gobierno alemán en lo que se refiere a las operaciones».[147] Durante el resto de la guerra, Hess estuvo confinado en varios lugares, entre ellos la Torre de Londres. La «misión» que él mismo se había impuesto se había revelado inútil por completo. Sólo era reflejo de su propia confusión mental y su falta de realismo.[148]

El propio Hitler no supo nada del vuelo de Hess hasta que uno de los asistentes del lugarteniente, Karl-Heinz Pintsch, llegó al Berghof en torno al mediodía del 11 de mayo de 1941 para entregar una carta en la cual Hess informaba al líder nazi de sus intenciones y de que cuando leyera esa carta él ya se encontraría en Inglaterra. Hess escribió que Hitler podía simplemente tacharlo de loco sin remedio si le desagradaba la operación. Pero no se filtró noticia alguna procedente de los británicos. Profundamente disgustado, Hitler convocó de inmediato a Bormann y le dijo a Göring por teléfono que acudiese sin demora desde su castillo en las cercanías de Núremberg. «Ha ocurrido algo terrible», le espetó.[149] Enormemente preocupado ante la posibilidad de que los británicos se adelantasen con la noticia, insinuando así a Mussolini y a los demás aliados de Alemania que estaba maniobrando a sus espaldas para acordar la paz por separado con Gran Bretaña, Hitler autorizó una declaración para la radio que se emitió a las ocho de la tarde del 11 de mayo de 1941, haciendo suya la sugerencia del propio Hess y atribuyendo el vuelo al trastorno mental y a una alucinación del lugarteniente. La transmisión radiofónica contaba a la población alemana que Hess había partido en avión a las Islas Británicas pero probablemente se hubiera estrellado por el camino. El 13 de mayo de 1941, la BBC informaba de la llegada de Hess a Escocia y su posterior captura. Entretanto, por consejo de Otto Dietrich, jefe de prensa de Hitler, se había hecho pública una segunda declaración en todas las radios alemanas subrayando el estado de delirio y la confusión mental de Hess. Goebbels, que aquel día llegó al Berghof más tarde, pensaba que esto únicamente agravaba el desastre. «Por el momento —escribió en su diario

— todo el asunto sigue siendo de veras confuso». «El Führer está absolutamente abatido —añadió—. Vaya un espectáculo para el mundo: un hombre mentalmente trastornado, segundo del Führer».[150]

Tan pronto como recibió la noticia de la deserción de Hess, Hitler abolió el cargo de lugarteniente y la oficina de Hess pasó a denominarse Cancillería del Partido, a las órdenes de Bormann como antes, pero ahora bajo la supervisión formal de quien fuera la *éminence grise* de Hess. Este paso aumentó considerablemente el poder de Bormann. Se mantenía el problema de qué explicación había que darle al episodio. Hitler ya había convocado en el Berghof a todas las autoridades del Reich y a los jefes regionales del partido. El 13 de mayo de 1941 les repitió que Hess no estaba en su sano juicio. En un llamamiento emotivo a la lealtad de todos ellos, afirmó que Hess le había traicionado y decepcionado. Hans Frank, que estuvo presente, contó a su personal en el Gobierno General algunos días después que al acabar el discurso «Nunca antes había notado al Führer tan profundamente afectado».[151] Como Goebbels había pensado, la idea de que el lugarteniente de Hitler hubiera venido padeciendo un trastorno mental durante muchos años no proyectaba una luz particularmente favorable ni sobre él ni sobre su régimen. Muchos miembros del partido se negaron a creer la noticia al principio. «Depresión e incertidumbre» eran los sentimientos que prevalecían según observaban los agentes secretos nazis de vigilancia.[152] «Nadie cree que estuviera enfermo», señaló una autoridad local en el distrito rural bávaro de Ebermannstadt.[153] Tampoco nadie con quien el mariscal de campo Fedor von Bock hablase acerca de la «misteriosa historia» se creía la explicación oficial.[154] «¿Por qué el Führer no dice nada del caso Hess?», se preguntaba Annemarie Köhler, la amiga de Victor Klemperer. «Realmente debería decir algo. ¿De qué excusa se valdrá? ¿Que Hess ha estado enfermo durante años? Pero en ese caso no debiera ser el lugarteniente de Hitler».[155] Lore Walb, por entonces estudiante de historia en la Universidad de Heidelberg, era de la misma opinión. «Si realmente había estado enfermo durante mucho tiempo antes (trastornado mental, ¿a ratos?), ¿por qué había mantenido esa posición tan relevante?», se preguntaba.[156] La mayoría de la gente parece haber sentido compasión por Hitler ante la traición de su lugarteniente.[157] Contaban

chistes para aliviar su preocupación, su desconcierto y su desorientación. «¿Así que eres tú el loco?», le pregunta en un chiste Churchill a Hess cuando éste se presenta en la oficina del primer ministro para mantener una entrevista. «No —responde Hess—, sólo su lugarteniente». «Comunicado de prensa británico: "Hoy hemos sabido que Hess está realmente loco: quiere regresar a Alemania"». «Que nuestro gobierno está loco es algo que sabemos desde hace mucho —decían los berlineses—, pero que lo reconozca, ¡eso sí es nuevo!».[158]

## II

Para Hitler, la semana aproximada que se vio obligado a emplear en el asunto Hess constituyó una distracción inoportuna. Sin embargo, a partir de mediados de mayo 1941, el Führer nazi volvió a pensar en sus planes para la creación de un «espacio vital» en Europa oriental. Su visión tocante al futuro de esa vasta región, que abarca Polonia, Ucrania y Bielorrusia y que, con la inclusión de grandes extensiones de la Rusia europea, llega hasta el Cáucaso, se articulaba en los monólogos a rienda suelta que Hitler prodigaba ante sus acompañantes en las comidas y las cenas. Desde principios de julio de 1941, tomaba nota de ellos, cumpliendo órdenes de Bormann y con el consentimiento de Hitler, un miembro destacado del partido, Heinrich Heim, discretamente sentado en una esquina de la sala (durante algunos períodos lo sustituía otro miembro de menor rango en el partido, Henry Picker). Las notas se dictaban luego a un estenógrafo, a continuación se las entregaban a Bormann, que las corregía y archivaba para la posteridad. Se publicarían tras la muerte de Hitler, y sus sucesores en el Reich milenario podrían consultarlas para orientarse en aquello que su gran Führer había pensado acerca de un completo repertorio de temas políticos e ideológicos.[159] A pesar de su tediosa reiteración, son ciertamente valiosas como guía del pensamiento de Hitler en lo tocante a temas generales de política e ideología. Sus ideas a este respecto apenas cambiaron con el paso de los años, de manera que lo que sostenía en el verano de 1941 da una buena idea de lo que ya debía haber estado pensando en la primavera.

En julio de 1941 Hitler gustaba de hacer castillos en el aire para sus invitados a propósito del futuro de Europa oriental. Dijo que una vez que la conquista se hubiese completado, los alemanes se anexionarían vastas extensiones de territorio para su propia supervivencia racial y su expansión. «La ley de la selección natural justifica esta lucha incesante al permitir la supervivencia de los mejor adaptados».[160] «No cabe pensar que un pueblo superior deba vivir de forma penosa en un suelo demasiado escaso para él, mientras multitudes amorfas, cuya contribución a la civilización es nula, ocupan extensiones infinitas de un suelo que es uno de los más ricos del mundo».[161] Crimea y el sur de Ucrania se convertirían en «una colonia exclusivamente alemana», dijo. Los habitantes que allí vivían serían «expulsados».[162] En cuanto al resto del oriente, dijo que si un puñado de ingleses habían dominado a millones de indios, en Rusia sucedería otro tanto con los alemanes:

> El colono alemán vivirá en granjas espléndidas, espaciosas. Las fuerzas armadas alemanas se alojarán en edificios suntuosos, los gobernadores en palacios [...] Alrededor de la ciudad, en una extensión de entre treinta y cuarenta kilómetros, tendremos un cinturón de aldeas magníficas conectadas mediante las mejores carreteras. Lo que exista más allá será otro mundo, en el cual pensamos dejar vivir a los rusos a su antojo. Simplemente es necesario que mandemos sobre ellos. En caso de que se produzca una revolución, bastará únicamente con que arrojemos unas cuantas bombas sobre sus ciudades y el episodio quedará zanjado.[163]

Se construiría una red tupida de carreteras, proseguía Hitler, «jalonada a lo largo de todo su recorrido por ciudades alemanas», y en ellas «se asentarán nuestros colonos». Los colonos de sangre alemana procederían de toda Europa occidental e incluso de América. Hacia la década de 1960 habría veinte millones de ellos, mientras se dejaría a las ciudades rusas «venirse abajo».[164]

«En cien años —afirmaba Hitler— nuestra lengua será la lengua de Europa». Mucho tuvo que ver con esto que en el otoño de 1940 hiciera sustituir los caracteres góticos por los romanos en toda la correspondencia y las publicaciones oficiales.[165] Algunos meses más tarde, volvió a su concepción de cómo sería el nuevo este alemán. Habría que tender nuevas vías férreas para asegurar una «comunicación rápida» entre los núcleos más importantes hasta Constantinopla:

> Imagino trenes directos cubriendo las distancias a una velocidad media de doscientos kilómetros por hora, y nuestro parque ferroviario actual es obviamente inadecuado para este fin. Serán necesarios vagones de mayor tamaño, probablemente de dos pisos, los cuales darán a los pasajeros situados en la cubierta superior la oportunidad de admirar el paisaje. Cabe suponer que ello exigirá la construcción de una vía mucho más ancha que la que se encuentra en uso en la actualidad, y que el número de líneas se debe doblar para hacer frente a cualquier aumento del tráfico [...]. Sólo esto nos permitirá concretar nuestros planes para explotar los territorios del este.[166]

El nuevo sistema ferroviario se complementaría con una red igualmente ambiciosa de autopistas de seis carriles. «¿Qué importancia tendrá el trayecto de mil kilómetros hasta Crimea cuando nosotros podamos recorrerlo a ochenta kilómetros por hora por la autopista y completar fácilmente esa distancia en un par de días?», se preguntaba. Imaginaba un tiempo en que sería posible desplazarse de «Klagenfurt a Trondheim y de Hamburgo a Crimea por las Autopistas del Reich».[167]

A medida que este escenario se fuese desarrollando, la sociedad rusa quedaría profundamente atrasada. «En comparación con Rusia —sostenía Hitler— hasta Polonia parece un país civilizado».[168] Los alemanes no mostrarían «ningún remordimiento» en relación con los habitantes autóctonos. «No vamos a ir para hacer de niñeras; carecemos absolutamente de cualquier obligación en lo que respecta a esa población». No les proporcionarían instalaciones médicas ni educativas; y además de no vacunarlos ni adoptar otras medidas de carácter preventivo, los convencerían de que las vacunaciones eran un peligro cierto para su salud.[169] Estas ideas suponían que la sociedad rusa terminase por marchitarse y desaparecer de la mano de otras sociedades eslavas en Bielorrusia, Ucrania y Polonia. En un período de cien años, la población eslava de Europa oriental sería sustituida por «millones de campesinos alemanes» que vivirían en el territorio.[170] Lo que ello significaría en términos más concretos ya estaba claro a principios de 1941. El objetivo de la guerra contra la Unión Soviética, según dijo el jefe de las SS, Heinrich Himmler, a los líderes de las SS en el castillo de Wewelsburg en enero de 1941, era reducir la población eslava en 30 millones, una cifra que más tarde repitieron otros líderes nazis, incluyendo a Hermann Göring, quien le dijo a Ciano, ministro de Exteriores italiano, el 15 de noviembre de 1941:

«Este año morirán de hambre de 20 a 30 millones de personas en Rusia».[171] Los 30 millones, no sólo rusos sino también otros habitantes de la Unión Soviética en áreas bajo control alemán, iban a morir de hambre, y no en un plazo largo, sino poco menos que inminente. Las ciudades soviéticas, muchas de las cuales se habían creado a raíz de la industrialización forzosa y brutal llevada a cabo por Stalin en la década 1930, dejarían de existir por inanición, mientras que prácticamente toda la producción de alimentos de las áreas conquistadas tenía que destinarse a alimentar a los ejércitos invasores alemanes y a mantener los niveles nutricionales en la propia Alemania, de forma que la desnutrición y el hambre, que (según creía Hitler) habían tenido un papel tan funesto en el hundimiento del frente interno alemán en la Primera Guerra Mundial, no volviesen a manifestarse en la Segunda. Este «plan del hambre» lo desarrolló principalmente Herbert Backe, secretario de Estado del Ministerio de Agricultura, un nazi de la línea dura que había trabajado durante muchos años con el ministro de Agricultura, Richard Walther Darré, el principal ideólogo nazi del campesinado, y mantenía una buena relación personal con Heydrich. Pero el plan también fue aprobado por el general Georg Thomas, la figura más destacada en la adquisición de armas en la administración central de las fuerzas armadas. Reunidos con el general Thomas el 2 de mayo de 1941, los secretarios de Estado de los ministerios relevantes acordaron que las fuerzas armadas tendrían que subsistir gracias a los recursos de las tierras conquistadas en el este, y concluyeron que «no hay duda de que millones de personas morirán de hambre si sacamos del país aquello que necesitemos».[172]

Estas ideas hallaron su expresión concreta en lo que se llamó «Plan General para el Este», que Himmler encargó el 21 de junio de 1941 a la oficina del comisario del Reich para el Reforzamiento de la Raza Alemana. Himmler recibió la primera versión del plan el 15 de julio de 1941, a cargo del profesor Konrad Meyer, experto académico en la oficina especializado en la política de asentamientos. Después de arduas deliberaciones y de la introducción de mejoras, el plan quedó finalizado en mayo de 1942, con la aprobación de Hitler, y la Oficina Central de Seguridad del Reich lo adoptó formalmente en julio de 1942. El Plan General para el Este, convertido ya

en la política oficial del Tercer Reich, proponía desalojar a entre el 80 y el 85 por 100 de la población polaca, el 64 por 100 de la ucraniana y el 75 por 100 de la bielorrusa, expulsándolas más al este o dejándolas perecer a causa de las enfermedades y la desnutrición. Sin contar a la población judía presente en esas áreas, el plan preveía así obligar a que no menos de 31 millones de personas abandonasen sus hogares, en lo que constituiría sin ninguna duda un violento procedimiento homicida de despojamiento; algunos cálculos, tomando en consideración incrementos estimados de población, elevan la cantidad hasta no menos de 45 millones. Además de los territorios polacos incorporados a Alemania, también el Gobierno General, Letonia y Estonia, y de hecho la mayor parte de la Europa centrooriental, serían completamente alemanes en un plazo de veinte años. El espacio abandonado por los eslavos sería ocupado por 10 millones de alemanes. Las fronteras de Alemania se extenderían en realidad mil kilómetros hacia el este.[173]

Himmler y las SS presentaban esto como la reanudación y la consecución de lo que ellos veían como la misión civilizadora de los Caballeros Teutones cruzados de los tiempos medievales. Pero iba a tratarse de una misión actualizada y modernizada para adaptarse a las condiciones del siglo XX. Meyer proclamó que los nuevos colonos alemanes no serían tradicionalistas recalcitrantes, sino agricultores progresistas, equipados con la última maquinaria, dedicados a crear un país de las maravillas agrícola que mantendría bien nutrida y abastecida la nueva Alemania mucho más extensa. Poseerían granjas en buena medida similares a las granjas hereditarias del Reich [*Erbhofe*] en Alemania.[174] Un tercio de ellos serían oficiales retirados de las SS, que darían apoyo militar e ideológico a toda la empresa. Y a ellos se unirían trabajadores del campo procedentes de las regiones agrícolas superpobladas del suroeste de Alemania, puesto que la mano de obra autóctona ya no estaría disponible. El plan tenía en cuenta además la visión de futuro de Hitler consistente en ciudades grandes y modernas y centros industriales unidos por medios de comunicación avanzados: el plan aspiraba a una población agrícola de poco más de un tercio del total en las nuevas regiones del asentamiento alemán. Meyer estimó la inversión total requerida para concretar el plan en no menos de

40.000 millones de Reichsmarks, una suma que Himmler revisó al alza hasta los 67.000 millones, cifra equivalente a dos terceras partes del Producto Interior Bruto de Alemania en 1941, o medio millón de Reichsmarks por cada kilómetro cuadrado de las regiones recién colonizadas. Esta gigantesca suma sería recaudada de fuentes diversas: el presupuesto estatal, los fondos de las SS, las autoridades locales, los ferrocarriles y el sector privado. La ambición del plan producía simplemente estupor. Proponía llevar la destrucción hasta un punto jamás antes contemplado en la historia de la humanidad.[175]

La invasión de la Unión Soviética trasladaría a un territorio considerablemente mayor las políticas brutales y homicidas que ya se habían puesto en práctica en Polonia desde que dio comienzo la guerra: deportaciones étnicas y reasentamientos, traslados de población, germanización, genocidio cultural y disminución de la población debido a las expropiaciones, el hambre y las enfermedades. Pero iba a ser incluso más radical que en Polonia. Hitler, los nazis y la mayoría de los generales más importantes veían a los polacos como poco más que seres inferiores eslavos, pero veían la Unión Soviética como una amenaza, puesto que a su juicio a sus habitantes de etnia eslava los conducían líderes despiadados y maliciosos de la conspiración mundial «judeo-bolchevique» para socavar la raza y la civilización alemanas. Mientras que hacia los polacos y sus líderes sólo sentían desprecio, Hitler expresaba una y otra vez su admiración personal por Stalin, «una de las figuras más extraordinarias de la historia mundial», como lo llamó en julio de 1941.[176] «Además —dijo Hitler a sus compañeros de cena un año más tarde—, Stalin debe inspirar nuestro respeto incondicional. A su manera, ¡es un auténtico demonio! Conoce a sus referentes, Gengis Kan y los otros, muy bien [...]».[177] «Stalin —dijo Hitler en otra ocasión— es mitad bestia, mitad gigante [...] Si le hubiésemos dado diez años más, Europa habría sido barrida como en el tiempo de los hunos».[178] Así pues, dijo Hitler a los jefes del ejército el 17 de marzo de 1941, «la élite intelectual desplegada por Stalin debe ser aniquilada».[179] Del mismo modo que se había acabado con la intelectualidad polaca, el mismo destino iba a correr su homóloga soviética. A propósito de esta idea, Hitler explicó en un discurso el 30 de marzo de 1941 sus aspectos esenciales, de

los cuales escribió unas líneas el general Halder. La guerra inminente no sería convencional: «La pugna de dos cosmovisiones enfrentadas entre sí. Sentencia de aniquilación contra el bolchevismo, es lo mismo que la criminalidad asocial. El comunismo, gran peligro para el futuro. Debemos abandonar el punto de vista de la camaradería marcial. El comunista no es bajo ningún concepto un camarada. Ésta es una guerra de aniquilación».[180] En particular, los comisarios políticos en el Ejército Rojo serían considerados no como soldados, sino como criminales y tratados en consonancia. Hitler reclamaba la «aniquilación de los comisarios bolcheviques y la élite intelectual comunista [...] El conflicto —advertía— será muy distinto del conflicto en el oeste».[181]

## III

El 19 de mayo de 1941, las instrucciones que se habían dado a las tropas para la invasión exigían «una acción despiadada y enérgica contra alborotadores, irregulares, saboteadores y judíos bolcheviques, así como la total eliminación de cualquier resistencia activa y pasiva».[182] La inclusión de los «judíos» como una categoría aparte en esa lista poseía una enorme importancia. En realidad, al ejército alemán le estaban dando licencia para matar a los judíos dondequiera que los encontrara basándose en que todos ellos formaban parte de la resistencia bolchevique. La conquista de Polonia había ya revelado la violencia homicida y en muchas ocasiones sádica que las tropas regulares alemanas infligieron a los «judíos del este». La invasión de la Unión Soviética iba a reproducir esa violencia a una escala mucho mayor. La inclusión del asesinato de los prisioneros en el plan de invasión se recalcó el 6 de junio de 1941, cuando el mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas, emitió una orden según la cual todos los comisarios políticos del Ejército Rojo, a quienes él consideraba como los «creadores de métodos brutales de combate asiáticos», debían ser fusilados inmediatamente después de su captura.[183]

Cuando tuvo lugar la invasión, la clase de dudas que habían asaltado a altos mandos como Johannes Blaskowitz en Polonia habían sido acalladas mucho antes. Ninguno de los generales planteó la menor objeción a las órdenes de Hitler. El anticomunismo y el antisemitismo, tradicionales en el cuerpo de oficiales, se habían ido acentuando gracias a los años de propaganda y adoctrinamiento nazis. La experiencia de Polonia los había vuelto insensibles ante la idea de que eslavos y judíos fuesen reprimidos de la manera más brutal posible. Solamente unos pocos, como el mariscal de campo Fedor von Bock o el teniente coronel Henning von Tresckow, ordenaron discretamente a sus oficiales ignorar la orden de matar a comisarios y civiles por ser incompatible con la legislación internacional o peligroso para la disciplina, cuando no ambas cosas. La gran mayoría de los generales transmitieron las órdenes siguiendo la cadena de mando.[184] Ya el 27 de marzo de 1941, antes del discurso de Hitler, el mariscal de campo von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, había dado una orden según la cual las tropas «deben tener claro el hecho de que el conflicto se libra entre una raza y otra, y proceder con la severidad necesaria».[185] Los soldados fueron instruidos convenientemente, en un esfuerzo propagandístico de grandes dimensiones que incluía la referencia inevitable a «la lucha contra la judería del mundo, la cual [está esforzándose] para predisponer a todos los pueblos del mundo en contra de Alemania».[186] Se prescindió de las normas al uso. Los oficiales no eran únicamente oficiales, sino además líderes en un combate racial contra el «bolchevismo judío». Como escribió el general Erich Hoepner en las órdenes de partida de sus tropas el 2 de mayo de 1941:

> La guerra contra Rusia es una parte fundamental de la lucha del pueblo alemán por su existencia. Es la antigua lucha de los alemanes contra los eslavos, la defensa de la cultura europea frente a la avalancha moscovita, asiática, la defensa frente al bolchevismo judío. Esta lucha debe aspirar a convertir en escombros la Rusia de hoy, y en consecuencia debe llevarse a cabo con una dureza sin precedentes.[187]

Otros generales dictaron también órdenes similares, incluyendo a Walter von Reichenau, Erich von Manstein y Karl-Heinrich von Stülpnagel (más tarde un miembro de la resistencia militar).[188]

Las discusiones entre Horst Wagner, general de intendencia del ejército, y el jefe del Servicio de Seguridad de las SS, Reinhard Heydrich, derivó en una orden militar dictada el 28 de abril de 1941 dando a las SS el poder de actuar por iniciativa propia en el cumplimiento de la orden de los comisarios y de tareas «de seguridad» similares tras las líneas. Se crearon cuatro grupos operativos del Servicio de Seguridad de las SS, A, B, C y D, cada uno de los cuales contabilizaba entre 600 y 1.000 hombres, con el fin de seguir al ejército en su avance hacia Rusia en cuatro zonas organizadas de norte a sur. Les seguían grupos más reducidos de las SS y la policía. Por último, en áreas mucho más alejadas del frente colocadas bajo control civil, batallones de soldados de las SS se encargaban de dar «seguridad». Las unidades policiales se componían de 23 batallones con 420 oficiales y 11.640 efectivos, escogidos entre solicitantes voluntarios y sometidos por las SS a un adiestramiento ideológico. La mayor parte de ellos eran treintañeros, mayores que el soldado habitual. Un número sustancial de los agentes habían sido soldados Freikorps en los años violentos de la República de Weimar en sus inicios. Muchos de ellos habían ejercido como policías desde hacía bastante tiempo, reclutados de la «Policía de Orden», acusadamente derechista, formada en la República de Weimar para ocuparse de los disturbios civiles, en su mayor parte causados por paramilitares de izquierdas. Algunos de los hombres eran camisas pardas nazis o individuos de ascendencia alemana procedentes de Polonia integrantes de las milicias de autoprotección. Se reclutó un pequeño número de batallones integrados por policías que habían pasado a la reserva. Todos eran voluntarios, las SS revisaban con cuidado sus antecedentes y los sometían a un proceso de adoctrinamiento que incluía una fuerte dosis de antisemitismo. Eran escogidos especialmente para el servicio en la Unión Soviética. En su mayoría los reclutaban del estrato inferior de las clases medias; se daba por descontado que los integrantes de la Policía de Orden contaban con pequeños negocios que sus viudas podían sacar adelante en su ausencia. Desde mediados de mayo de 1941 la Escuela de la Policía de Fronteras en Pretzsch se encargó de su preparación, en las inmediaciones de Leipzig, sometiéndolos a una formación ideológica que reforzaría ampliamente sus prejuicios ya de por sí existentes contra eslavos y judíos.

Por consiguiente, y pese a las afirmaciones en sentido contrario vertidas por historiadores posteriores, no se trataba ni de «hombres corrientes» ni de «alemanes corrientes».[189]

El 2 de julio de 1941 se ordenó a los grupos operativos y a los batallones policiales que ejecutaran a todos los funcionarios comunistas, comisarios del pueblo, «judíos al servicio del partido o del Estado» y «otros elementos radicales (saboteadores, propagandistas, francotiradores, asesinos por motivos políticos, alborotadores, etc.)».[190] La orden de fusilar únicamente a una categoría específica de judíos parecía a primera vista indicar un enfoque más restrictivo que el que tenía que adoptar el ejército. Centraba la atención de los grupos operativos en primer lugar en aquellos a quienes Hitler identificaba como la intelectualidad comunista y la élite judía, dos categorías que él y Heydrich, así como la mayor parte de los otros líderes nazis y muchos de los generales del ejército, consideraban como más o menos idénticas. No obstante, las mujeres y los niños no quedaban descartados de manera explícita. Además, identificar a los judíos con los comunistas era algo alentado no sólo por años de propaganda antisemita, sino también por el hecho de que los judíos eran en realidad el grupo nacional singular más numeroso en parcelas fundamentales de la élite soviética, incluyendo la policía secreta, un hecho que nunca había pasado desapercibido. Todos ellos sin excepción, por lo menos hasta la invasión nazi y las atrocidades antisemitas que la acompañaron, hacía mucho que habían repudiado su origen étnico y religioso judío. Se identificaban plenamente con la ideología supranacional y secular del bolchevismo. Más allá de esto, la inclusión de categorías mal definidas como «propagandistas» y «alborotadores» constituía una invitación franca para matar a todos los varones judíos, puesto que la ideología nazi consideraba en principio que *todos* los hombres judíos se adscribían a esos grupos. Por último, el trato recibido por la población judía de Polonia, no sólo por parte de las SS sino también del ejército, daba una idea muy clara de que desde el principio los grupos operativos y los batallones policiales no iban a andarse con grandes remilgos a la hora de decidir a qué judíos fusilar o a cuántos de ellos.[191]

## IV

En las primeras horas del 22 de junio de 1941, los meses de planificación se dieron finalmente por concluidos. A las 3:15 de la mañana, justo antes del amanecer en la noche más corta del año, se inició una potente descarga de artillería a lo largo de un frente que recorría más de mil seiscientos kilómetros hacia el sur desde el Báltico. Más de tres millones de soldados, con otro medio millón de tropas procedentes de Rumanía y otros países aliados de Alemania, atravesaron por numerosos puntos la frontera soviética desde la frontera finlandesa en el norte hasta las tierras remotas junto al mar Negro en el sur. Estaban equipados con 3.600 carros de combate, 600.000 vehículos a motor y 700.000 cañones de campaña y demás artillería. Tras las líneas se habían reunido unos 2.700 aviones, más de la mitad de toda la fuerza aérea alemana. Cuando dieron comienzo los primeros asaltos motorizados por tierra, 500 bombarderos, 270 bombarderos en picado y 480 aviones de caza sobrevolaron sus cabezas y avanzaron con objeto de destruir los aeródromos militares soviéticos. Aquélla fue la mayor fuerza invasora de toda la historia hasta entonces. El objetivo militar era atrapar y destruir a los ejércitos soviéticos mediante una serie masiva de movimientos envolventes obligándolos a retroceder contra la línea de los ríos Dniéper y Dvina, a unos 500 kilómetros del lugar de la invasión.[192] Sólo el primer día, los ataques aéreos alemanes contra 66 aeródromos soviéticos destruyeron más de 1.200 aviones soviéticos, casi todos ellos antes de que hubiesen podido despegar. En la primera semana, la fuerza aérea alemana había inutilizado más de 4.000 aviones soviéticos que ya no cabía reparar. Los bombardeos aéreos también se llevaron a cabo en diversas ciudades importantes, de Bialystok a Tallinn, de Kiev a Riga. Con el dominio de los cielos asegurado, los tres grupos principales del ejército avanzaron con sus carros de combate, apoyados por bombarderos en picado y seguidos por la infantería ligera, destruyendo las defensas del Ejército Rojo y ocasionando pérdidas enormes en unas tropas soviéticas mal preparadas. En la primera semana de invasión, el Grupo de Ejércitos Centro penetró decisivamente en las defensas soviéticas, rodeando a las tropas del Ejército Rojo en una serie de batallas. Al final de la segunda semana de

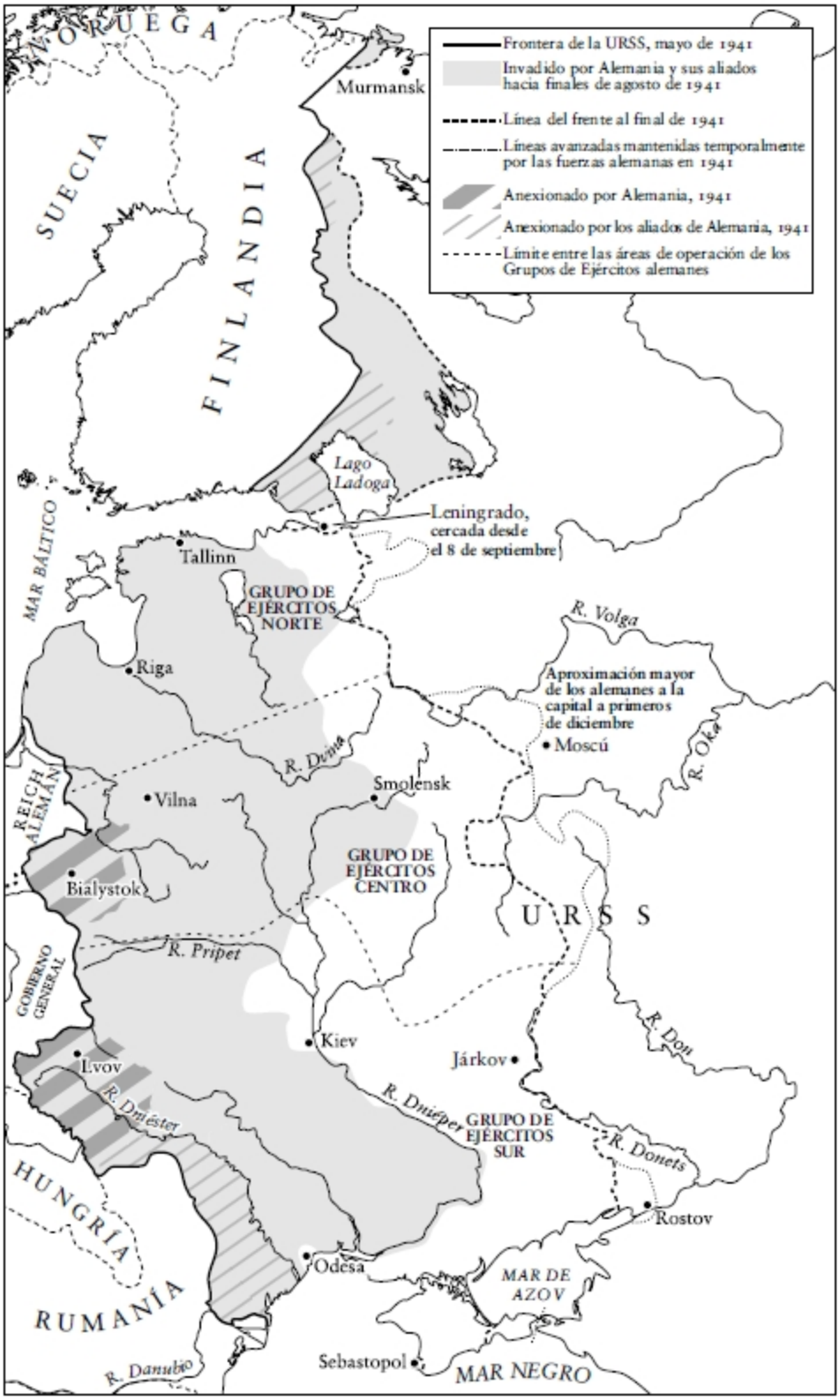
julio ya eran 600.000 los prisioneros capturados. Por entonces, más de 3.000 piezas de artillería y 6.000 carros de combate soviéticos habían sido capturados o destruidos, cuando no simplemente abandonados por las tropas. 89 de las 164 divisiones del Ejército Rojo habían quedado fuera de combate. Las fuerzas alemanas se apoderaron de Smolensk y prosiguieron hacia Moscú. El Grupo de Ejércitos Norte conquistó Letonia, Lituania y la mayor parte de Estonia, y avanzó hacia Leningrado (San Petersburgo). El Grupo de Ejércitos Sur estaba dirigiéndose hacia Kiev, invadiendo las regiones agrícolas e industriales de Ucrania. Tropas finlandesas, ayudadas por unidades alemanas, aislaron el puerto de Murmansk y se abrieron paso hacia Leningrado desde el norte, mientras tropas alemanas y rumanas entraron en Besarabia, muy lejos al sur.[193]

La sorpresa y la rapidez resultaron cruciales para sembrar el caos en las fuerzas soviéticas. Las tropas alemanas avanzaban hasta 50 kilómetros diarios, en ocasiones más. La invasión, escribió el general Gotthard Heinrici a su mujer el 11 de julio de 1941 «significa para nosotros correr, correr con la lengua afuera, siempre correr, correr, correr».[194] Al soldado Albert Neuhaus le dejaban estupefacto las «columnas de vehículos que pasan por aquí día tras día, hora tras hora. Puedo decirte —escribió a su mujer el 25 de junio de 1941— que una cosa así ocurre sólo una vez en el mundo. Uno no deja de estrujarse el cerebro preguntándose de dónde salen todos esos innumerables millones de vehículos».[195] En el calor seco del verano, las enormes columnas blindadas levantaban enormes nubes de asfixiante polvo. «En apenas un momento —escribió un soldado ya en el primer día de la invasión— mi cara y el uniforme quedan cubiertos con una capa de polvo del grosor de un dedo».[196] El general Heinrici se encontró conduciendo por carreteras «en las que el polvo llega hasta los tobillos. Cada paso, cada vehículo moviéndose, levanta polvaredas impenetrables. Las rutas por donde marchamos se caracterizan por nubes de un color entre amarillento y pardo que cuelgan bajo el cielo como largos velos».[197] A medida que proseguía el impetuoso avance, el Ejército Rojo se precipitaba en el caos a lo largo de todo el frente. Sus comunicaciones quedaron interrumpidas, los transportes averiados, no tardaron en agotarse la munición y los equipos, el combustible, los repuestos y otras muchas cosas. Faltos de preparación para

la invasión, los oficiales ni tan siquiera podían adivinar dónde se produciría el siguiente ataque alemán, y en muchas ocasiones no disponían de artillería para contrarrestar el impacto derivado de la irrupción de los carros de combate alemanes. Muchos de los carros de combate del Ejército Rojo, desde los BT a los T-26 y 28, se habían quedado obsoletos: la mayoría del total de 23.000 carros de combate desplegados por el Ejército Rojo en 1941 se habían perdido más por averías que por la acción del enemigo. Las comunicaciones por radio no se habían puesto al día desde la guerra finlandesa y su codificación era tan básica que para los alemanes no suponía ningún esfuerzo escucharlas para descifrarlas. Lo peor de todo era, tal vez, que las instalaciones médicas resultaban del todo inadecuadas para ocuparse de la ingente cifra de muertos y atender a los muchos miles de heridos. En ausencia de una planificación militar apropiada, los oficiales del ejército apenas podían pensar en otra cosa que no fuese atacar frontalmente a los alemanes, con resultados previsiblemente desastrosos. Una retirada ordenada se había vuelto prácticamente imposible debido a que los alemanes habían destruido previamente las carreteras, las vías férreas y los puentes tras las líneas. El ritmo de las deserciones se disparaba en el Ejército Rojo a medida que los soldados desmoralizados huían entre la confusión y el desaliento. En sólo tres días a finales de junio de 1941, la policía secreta soviética atrapó a casi 700 desertores que huían de la batalla en el frente suroccidental. «La retirada ha provocado un pánico ciego», como el jefe del Partido Comunista en Bielorrusia le escribió a Stalin el 3 de septiembre de 1941, y «los soldados están exhaustos, incluso se duermen bajo el fuego de artillería [...] Con el primer bombardeo las formaciones se deshacen, muchos simplemente echan a correr hacia los bosques, en toda el área boscosa en la región donde se sitúa la línea del frente abunda esa clase de refugiados. Muchos tiran sus armas y se vuelven a casa».[198]

Cierta idea de la magnitud del desastre puede obtenerse del diario de Nikolai Moskvin, un comisario político soviético, que registra una transición rápida desde el optimismo («ganaremos con toda seguridad», escribió el 24 de junio de 1941) al desaliento unas pocas semanas más tarde («¿Qué voy a decirles a los muchachos?», se preguntaba con tristeza el 23 de julio de 1941: «Seguimos retirándonos»).[199] El 15 de julio de 1941 ya

había fusilado a los primeros desertores de su unidad, pero proseguían las deserciones y al acabar el mes, tras haber sido herido, tuvo que admitir que tenía «la moral casi por los suelos».[200] Su unidad se perdió porque no poseía mapa alguno, y la mayoría de los hombres murieron en un ataque alemán mientras Moskvin, incapaz de moverse, permaneció oculto en los bosques junto a dos compañeros, aguardando que los rescataran. Lo encontraron unos campesinos, lo atendieron hasta que se recuperó y se unió a ellos para ayudarles con la cosecha. A medida que iba conociéndolos, descubría que carecían de toda lealtad al sistema estalinista. Su propósito principal era seguir con vida. Después de las batallas, se precipitaban a saquear los cadáveres que quedaban en el campo. ¿Qué les habría reportado de todos modos la lealtad a Stalin? En agosto de 1941, Moskvin se topó con algunos soldados del Ejército Rojo que habían escapado de un campo de prisioneros de guerra alemán. «Dicen que no hay donde cobijarse, ni agua, que el hambre y las enfermedades están matando a la gente, que muchos carecen de ropa o zapatos adecuados». Escribió que pocos habían pensado en lo que supondría que los alemanes te encarcelaran. La realidad era peor de cuanto nadie pudiera imaginarse.[201]




9. La operación Barbarroja y el frente oriental, 1941.

El ejército alemán, a tenor de las órdenes que había recibido, no tenía interés alguno en mantener con vida a los cientos de miles de prisioneros de guerra soviéticos. Hitler y el Alto Mando del Ejército ya habían ordenado fusilar de inmediato a los comisarios políticos soviéticos que acompañaban al Ejército Rojo, y los mandos en el terreno cumplieron esas órdenes, en muchas ocasiones entregándolos a las SS para que recibiesen un «trato especial». A decenas de miles los trasladaron a campos de concentración en Alemania y murieron ante pelotones de fusilamiento.[202] Durante las primeras semanas, también a muchos soldados recién capturados los fusilaron en el acto. «Estamos haciendo muy pocos prisioneros ahora —escribió Albert Neuhaus a su mujer el 27 de junio de 1941—, y puedes figurarte lo que eso significa».[203] Como muchos soldados contaban en sus cartas, no hubo «clemencia alguna» para con las tropas del Ejército Rojo que se rindieron durante las primeras semanas de la campaña.[204] El destino de aquellos a quienes se perdonaba no era mucho mejor. En octubre de 1941, Zygmunt Klukowski presenció el paso por su distrito de una columna de 15.000 prisioneros de guerra soviéticos. Lo que vio le dejó consternado:

> Todos parecían esqueletos, no más que sombras de seres humanos avanzando a duras penas. En mi vida jamás había visto nada igual. Los hombres se desplomaban por las calles; los más fuertes tiraban de otros sosteniéndolos del brazo. Parecían animales hambrientos, no personas. Se peleaban por unos restos de manzana en la cuneta sin prestar atención a los alemanes, que les pegaban con porras de goma. Algunos se santiguaban y arrodillaban implorando comida. Los soldados encargados de la vigilancia les pegaban sin compasión. No sólo golpeaban a los prisioneros, sino también a la gente que al pasar por allí intentara darles algo de comida. Tras el paso de la macabra unidad, algunos carros tirados por caballos transportaban a prisioneros incapaces de caminar. Esta forma increíble de tratar a los seres humanos solamente es posible bajo la ética alemana.[205]

Al día siguiente, cuando se presentó otra columna de prisioneros que caminaban arrastrando los pies, los vecinos les dejaron en las aceras pan, manzanas y otros alimentos. «Aun cuando los soldados del convoy empezaron a dispararles mientras los prisioneros se peleaban por la comida, éstos no prestaban ninguna atención a los alemanes», señaló Klukowski. Después de obligar a la gente a retirar la comida, los alemanes decidieron

posteriormente que podían cargarla en un carro y repartirla entre los prisioneros. Klukowski pensaba que el aspecto de los prisioneros era «más parecido a los esqueletos de los animales que al de los seres humanos».[206]

Muchos prisioneros de guerra soviéticos murieron de hambre y agotamiento en su camino a los campos. El mariscal de campo Walter von Reichenau ordenó a sus guardias «disparar a todos los prisioneros que desfallezcan». A algunos los transportaban en tren, pero para tal propósito sólo había disponibles vagonetas. Los resultados, sobre todo cuando el invierno dio comienzo, fueron catastróficos. Sólo el 22 de noviembre de 1941 se utilizaron vagones con techo, después de que muriesen por congelación durante el viaje 1.000 de los 5.000 prisioneros de un transporte ferroviario procedente del Grupo de Ejércitos Centro. Aun así, el mes siguiente un informe oficial alemán señalaba que «entre el 25 y el 70 por 100 de los prisioneros» moría durante el viaje a los campos, en buena parte debido a que nadie se preocupaba de procurarles algún alimento. Los campos que se habían constituido detrás de las líneas apenas merecían tal nombre. Muchos eran simplemente espacios abiertos toscamente cercados por medio de una alambrada. Apenas se habían hecho preparativos para ocuparse de una cantidad tan ingente de prisioneros, y nada se había hecho para procurarles víveres o medicinas. Un prisionero que logró escapar e hizo el camino de vuelta a las líneas soviéticas contó a los policías que lo interrogaron que lo habían confinado en un campo instalado en Polonia que estaba compuesto por doce bloques en cada uno de los cuales se alojaban entre 1.500 y 2.000 prisioneros. Los guardias alemanes utilizaban a los presos para hacer prácticas de tiro, y les lanzaban sus perros cruzándose apuestas a propósito de qué perro provocaría las heridas más terribles. Los prisioneros estaban famélicos. Cuando uno de ellos moría, los otros se arrojaban sobre el cadáver y lo devoraban. En una ocasión, a doce hombres los fusilaron por canibalismo. Todos ellos estaban infestados de piojos y el tifus se extendía rápidamente. Sus uniformes ligeros de verano resultaban del todo inadecuados para protegerles de las inclemencias de los rigores invernales. En febrero de 1942, únicamente 3.000 de los primeros 80.000 seguían con vida.[207]

La misma experiencia se repitió en otros campos situados tras el frente. En su visita a Minsk el 10 de julio de 1941, Xaver Dorsch, funcionario de la Organización Todt, vio que el ejército había construido un campo para 100.000 prisioneros de guerra y 40.000 civiles, casi toda la población de la ciudad, «dentro de un área cuyo tamaño es aproximadamente el de la Wilhelmplatz» en Berlín:

> Los prisioneros están tan estrechamente hacinados en ese espacio que apenas pueden moverse y tienen que hacer sus necesidades allí donde estén. Una unidad de soldados se encarga de su vigilancia. El tamaño reducido de la guardia significa que ésta sólo puede controlar el campamento empleando la fuerza más brutal. El problema de la alimentación de los prisioneros es prácticamente irresoluble. Algunos de ellos han estado sin alimento durante seis u ocho días. El hambre los ha empujado a una apatía terrible en la que únicamente conservan una obsesión: procurarse algo que llevarse a la boca [...] El único lenguaje posible para la escasa guardia, obligada a desempeñar sus obligaciones día y noche sin descanso, es el del fusil, y hacen un uso implacable de él.[208]

Más de 300.000 prisioneros del Ejército Rojo habían muerto al finalizar 1941. Wilm Hosenfeld estaba consternado por la manera en que a los prisioneros rusos se les privaba de todo sustento, una política que a él le parecía «tan repulsiva, inhumana y absurdamente estúpida que sólo cabe sentir una gran vergüenza de que nosotros podamos hacer algo así».[209] Quienes vivían en las proximidades se ofrecían a llevarles víveres a los prisioneros, pero el ejército alemán se lo tenía prohibido.[210] Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, anotó el 14 de noviembre de 1941 que «numerosos prisioneros están muriendo de inanición cada día. Impresiones espantosas, pero no parece posible hacer nada para ayudarlos en este momento».[211]

Fueron consideraciones de orden práctico más que moral las que finalmente condujeron a un cambio de política. Al finalizar octubre de 1941, las autoridades alemanas habían empezado a cobrar conciencia de que se podía utilizar a los prisioneros soviéticos para realizar trabajos forzados, y se adoptaron medidas para procurarles comida, ropa y refugio adecuados, si bien seguían siendo escasos.[212] A muchos (si bien no a todos) los condujeron a fábricas y cárceles abandonadas. No obstante, un gran número de ellos seguía viviendo en refugios subterráneos en enero de 1942. Las condiciones volvieron a empeorar en 1943, si bien nunca igualaron las

de los primeros meses de la guerra; había para entonces un número suficiente de prisioneros alemanes en manos de los soviéticos como para que al Alto Mando de las fuerzas armadas alemanas le preocupasen las represalias. En el transcurso de toda la guerra, las fuerzas alemanas capturaron a unos 5,7 millones de soviéticos. Los registros oficiales alemanes mostraban que 3,3 millones de ellos habían fallecido cuando la guerra llegó a su fin, o un 58 por 100 del total. La cifra real fue probablemente bastante superior. Comparativamente, 356.687 de unos dos millones de prisioneros alemanes capturados por el Ejército Rojo, en su mayor parte en las últimas fases de la guerra, no sobrevivieron, un índice de mortalidad de casi el 18 por 100. Esto excedía con creces los índices de mortalidad de los británicos, los franceses y otros militares sometidos al cautiverio de los alemanes, unos índices que se mantuvieron por debajo del 2 por 100 hasta los caóticos meses finales de la guerra, por no mencionar los índices de los militares alemanes a quienes los aliados occidentales retuvieron como prisioneros. Con todo, los índices de mortalidad de los prisioneros alemanes en campos soviéticos, más que cualquier ánimo revanchista contra los alemanes por parte de sus captores, reflejaban las condiciones de vida terribles en la Unión Soviética, y en el sistema de campos del gulag en general, tras la destrucción masiva ocasionada por la guerra y las malas cosechas del período de la inmediata posguerra. En realidad, no hay evidencias de que los prisioneros alemanes recibiesen un trato distinto al de los demás prisioneros en los campos soviéticos, salvo en la intensidad con la cual se los sometía en tanto que «fascistas» a programas de reeducación política.[213]

Por el contrario, a los prisioneros del Ejército Rojo en manos alemanas se les condenó a morir como consecuencia directa de las doctrinas raciales nazis que compartía una mayoría abrumadora en los cuerpos de oficiales alemanes, quienes consideraban a los «eslavos» como seres inferiores cuya vida no valía la pena conservar mientras hubiera bocas alemanas hambrientas a las que alimentar.[214] Éste era, en un sentido, el primer escenario de la puesta en marcha del «Plan General para el Este». Únicamente unos pocos oficiales protestaron contra el maltrato de que eran objeto los prisioneros de guerra soviéticos. Uno de ellos fue el mariscal de

campo Fedor von Bock, al mando del Grupo de Ejércitos Centro. Bock anotó el 20 de octubre de 1941: «Es terrible la impresión que producen decenas de miles de prisioneros de guerra rusos que, sin apenas vigilancia, marchan sin cesar hacia Smolensk. El agotamiento hace tambalearse a esos infelices hasta que mueren, tienen un aspecto famélico y muchos de ellos se han quedado por el camino, exhaustos o muertos. He hablado con los ejércitos sobre esto, pero —añade— no hay prácticamente nada que pueda hacerse». E incluso a Bock, el arquetipo del oficial prusiano tradicionalmente «correcto», le preocupaba más en definitiva impedir que los prisioneros se dieran a la fuga y se uniesen a los grupos partisanos formados por los miles de soldados del Ejército Rojo que habían quedado atrapados tras las líneas por el rápido avance de las fuerzas alemanas. «Hay que custodiarlos y vigilarlos con mayor rigor —concluyó después de observar a los desastrados prisioneros rusos—, de otra manera estaremos nutriendo cada vez más el movimiento partisano».[215] La inquietud entre los altos mandos como Bock era acallada por la insistencia de Hitler en que a los prisioneros de guerra soviéticos no se les trataría como a simples soldados, sino como a enemigos raciales e ideológicos; los oficiales que los tenían bajo su responsabilidad a diario tenían pocos reparos en lo concerniente a verlos morir.[216] Aquellos prisioneros que terminaron por ser liberados y regresaron a la Unión Soviética —bastante más de un millón y medio— se toparon con una fuerte discriminación de resultas de una orden dictada por Stalin en agosto de 1941 equiparando la rendición a la traición. A muchos de ellos los enviaron a los campos de trabajo del gulag tras haber sido objeto de investigación por parte de la contrainteligencia militar soviética. A pesar de los intentos llevados a cabo por el mariscal Georgi Zhukov, el alto mando principal del ejército, para poner fin tras la muerte de Stalin a la discriminación sufrida por los antiguos prisioneros de guerra, éstos no fueron formalmente rehabilitados hasta 1994.[217]

## V

A las 3:30 a.m. del 22 de junio de 1941, el jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, Georgi Zhukov, telefoneó a la dacha de Stalin para despertar al líder soviético de su sueño. Los alemanes, le dijo, habían empezado a bombardear las posiciones del Ejército Rojo a lo largo de la frontera. Stalin se negaba a creer que una invasión a toda escala estuviera en marcha. Más tarde durante esa misma mañana, en una pequeña reunión que mantuvo en Moscú con dirigentes civiles y jefes militares, les dijo que a buen seguro Hitler no estaba al corriente de ello. Debía de tratarse de una conspiración urdida por jefes militares de las fuerzas armadas alemanas. Stalin sólo reconoció que Hitler lo había engañado cuando el embajador alemán, el conde Friedrich Werner von Schulenburg, se reunió con el ministro de Exteriores, Molotov, en el Kremlin para entregarle la declaración de guerra. Presa de la estupefacción en un primer momento, humillado y confundido, Stalin no tardó en recuperar el control de sí mismo. El 23 de junio de 1941 estuvo trabajando en su escritorio en el Kremlin desde las 3:20 de la mañana hasta las 6:25 de la tarde, recogiendo información y adoptando los preparativos necesarios para la creación de un alto mando que se hiciese cargo de las operaciones. Con el transcurso de los días cundía en él el desánimo ante la envergadura y la rapidez del avance alemán. A finales de junio, se marchó a su dacha diciendo, con su inimitable tosquedad característica: «Todo se ha perdido. Me rindo. Lenin fundó nuestro Estado y nosotros lo hemos jodido». No se dirigió al pueblo soviético, no habló con sus subordinados, ni siquiera se puso al teléfono. De hecho, los aviones alemanes dejaron caer octavillas sobre las líneas del Ejército Rojo afirmando que Stalin había muerto. Cuando una delegación del Politburó llegó a la dacha, encontraron a Stalin abatido en un sillón. «¿Por qué habéis venido?», preguntó. Sintiendo un sobresalto, dos miembros de la delegación, Mikoyan y Beria, advirtieron que Stalin pensaba que habían ido a arrestarlo.[218]

Guiados por el convencimiento de que el sistema soviético se encontraba en una condición tan penosa que únicamente era necesario un avance decidido para que se desplomara, Hitler y los altos mandos lo habían apostado todo a la rápida derrota del Ejército Rojo. Al igual que sus predecesores en 1914, esperaban que la campaña hubiese concluido mucho

antes de las fechas navideñas. Carecían de contingentes numerosos en la reserva y tampoco hicieron previsiones para reemplazar a los hombres y los equipos perdidos en el frente. Muchos de los pilotos que combatieron en la campaña esperaban que los destinasen de vuelta al oeste para combatir contra los británicos a comienzos de septiembre. Las contundentes victorias militares de las primeras semanas les convencieron de que estaban en lo cierto. No había duda de que los ejércitos soviéticos habían quedado destruidos por completo. Hitler participó de la euforia general. El 23 de junio de 1941, viajó desde Berlín a su nuevo cuartel de campaña en la retaguardia, en Rastenburg, Prusia Oriental. Complejo extenso situado en la espesura boscosa, con su propia vía férrea, sobre la cual Göring rodaba de cuando en cuando lenta y ruidosamente a bordo de su lujoso tren personal, el cuartel general se había empezado a construir a partir del otoño anterior. El complejo albergaba varios búnkeres y edificios, invisibles tanto desde los alrededores como desde el aire. Había dependencias para los guardias, comedores y salas de conferencias. Una pista de aterrizaje permitía en caso de apuro trasladar en avionetas al personal hasta el cuartel general y desde el mismo. Otros dos complejos cercados no lejos de allí eran utilizados por los jefes de las fuerzas armadas y los equipos de planificación. Hitler llamó al cuartel «La Guarida del Lobo», una referencia a su apodo en la década de 1920. Era allí donde recibía informes de los jefes de las fuerzas armadas y pronunciaba en el transcurso de los almuerzos y las cenas los extensos monólogos de los que Bormann había ordenado que se dejara constancia por escrito al servicio de la posterioridad. Hitler no tenía intención de permanecer allí más allá de unas pocas semanas. «La guerra en el este ya está ganada en líneas generales», le dijo a Goebbels el 8 de julio de 1941.[219] No estaba haciendo otra cosa que hacerse eco de la opinión de los militares. El 3 de julio de 1941, el jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, al señalar que el Ejército Rojo parecía no disponer de más reservas para poner en combate, ya había dado alas a su euforia. «Así pues no me estoy excediendo —anotó en su diario— si digo que la campaña contra Rusia se ha ganado en 14 días».[220]

En consecuencia, el 16 de julio de 1941 mantuvo Hitler una reunión para adoptar los preparativos con vistas a la gobernación de los territorios conquistados. Como responsable general a título nominal se encontraba Alfred Rosenberg, principal ideólogo del Partido Nazi, designado ministro para los Territorios Orientales Ocupados. Sus orígenes germano-bálticos parecían convertirlo en el hombre adecuado para el puesto. La oficina de Rosenberg había estado planeando la cooptación de algunas de las nacionalidades sometidas a la Unión Soviética en la región, y en especial los ucranianos, a modo de contrapeso frente a los rusos. Pero estos planes quedaron en nada. Hitler retiró del ámbito competencial de Rosenberg no sólo el ejército, sino también las SS de Himmler y la Oficina del Plan Cuatrienal de Göring. Y no sólo Himmler y Göring, sino que también el propio Hitler había previsto la dominación, la deportación o el asesinato de millones de habitantes en las áreas ocupadas, y no su cooptación al servicio de un Nuevo Orden nazi. Para la consecución de tal objetivo, Hitler designó a Erich Koch, el gobernador de la región de Prusia Oriental, para que dirigiese el Comisariado del Reich de Ucrania, con instrucciones de ser tan duro y despiadado como fuese posible. Koch se prestó con entusiasmo a cumplir su tarea. Sus homólogos en el Comisariado del Reich del Territorio del Este, que incluía los antiguos Estados bálticos, y el Comisariado General en Bielorrusia, Hinrich Lohse y Wilhelm Kube, se mostraron respectivamente débiles y corruptos, y terminaron siendo tan ignorados como el propio Rosenberg. Así pues, incluso en mayor medida que en Polonia, las SS tenían permiso para hacer prácticamente cuanto quisieran en los territorios recientemente ocupados.[221]

Hitler era consciente de la posibilidad de que la radicalidad de sus planes para la dominación racial y el exterminio de las poblaciones autóctonas de las áreas ocupadas pudiera provocar las protestas de la opinión pública mundial. Dijo el 16 de julio de 1941 que, por consiguiente, la propaganda tenía que recalcar que las fuerzas alemanas habían ocupado la región con el fin de restaurar el orden y la seguridad y liberarla del control soviético.[222] La invasión se justificó ante el pueblo alemán no solamente como la fase decisiva en la guerra contra el «bolchevismo judío», sino además como medida preventiva concebida para impedir que los

soviéticos atacasen Alemania. Ciertamente, el 17 de septiembre de 1941 Hitler dijo a quienes estaban almorzando con él que se había visto obligado a «prever que Stalin pudiera pasar a la ofensiva en el transcurso de 1941», mientras Goebbels ya dejó constancia de sus invectivas «a propósito de la camarilla dirigente bolchevique que había ambicionado invadir Alemania». Es materia de discusión hasta qué punto reflejaban esas manifestaciones las creencias verdaderas de los dos hombres: ambos sabían que sus palabras quedarían recogidas para la posteridad; las de Hitler gracias a los estenógrafos de Bormann, y las de Goebbels por sus secretarias, ya que por entonces éste se había puesto a dictar sus diarios en vez de escribirlos por sí mismo y había firmado un contrato para su publicación después de su muerte.[223] Pero ésa era ciertamente la línea con que se nutría a la multitud de alemanes corrientes.

El anuncio de la invasión sorprendió casi por completo a una mayoría de alemanes. En numerosas ocasiones anteriores, la inminencia de la guerra había sido obvia a juzgar por una escalada masiva de propaganda hostil contra el futuro enemigo por parte de la maquinaria mediática de Goebbels. Sin embargo, al haber querido Hitler engañar a Stalin haciéndole creer que no se produciría un ataque, la propaganda había sido del todo inexistente en esta ocasión, y de hecho a mediados de junio hubo incluso rumores de que Stalin estaba a punto de realizar una visita formal al Reich alemán. La mayor parte de la atención de la población seguía centrada en el conflicto con Gran Bretaña y la esperanza de alcanzar un acuerdo. No es de extrañar, por tanto, que fuesen contradictorias las reacciones iniciales de la gente ante el anuncio del lanzamiento de la operación Barbarroja. La estudiante Lore Walb recogió con acierto en su diario la reacción pública. Escribió que la gente sentía «al mismo tiempo una aprensión y un abatimiento intensos, pero también, de alguna manera, exhalaba un suspiro de alivio». Al parecer de ella, por lo menos las cosas se habían aclarado con el final de la alianza tácticamente necesaria pero políticamente falsa entre Alemania y el bolchevismo soviético.[224] Las autoridades locales en el distrito rural bávaro de Ebermannstadt informaron de que la población estaba mostrando «rostros de preocupación» y sentía inquietud ante el hecho de que «una vez más la guerra se alargue de manera interminable».[225] Luise Solmitz pensaba

también que la invasión de la Unión Soviética presagiaba una guerra sin fin.[226] «En lo primero que pensamos todos es en cuánto tiempo se va a prolongar la guerra», escribió el periodista Jochen Klepper, que se había alistado como un oficial de reserva con las unidades alemanas en Bulgaria y Rumanía, «pero a continuación se impone la convicción de que antes o después había que enfrentarse a Rusia».[227]

A algunos les preocupaba que a Hitler le estuviese perdiendo una ambición desmesurada. El 22 de junio de 1941, Melita Maschmann se encontraba caminando por delante de una cervecería al aire libre junto al lago Constanza, adonde había ido para visitar a sus padres, cuando oyó a Hitler anunciando por la radio la invasión de la Unión Soviética. Más tarde recordaba que su primera reacción había sido de temor y aprensión. Una guerra en dos frentes jamás había sido buena idea, y ni siquiera Napoleón había sido capaz de derrotar a los rusos.

> La gente a mi alrededor mostraba rostros de preocupación. Evitábamos mirarnos a los ojos y contemplábamos el lago. Su orilla más distante estaba envuelta en la bruma bajo un cielo gris. Había algo sombrío en la atmósfera de aquella mañana nublada de verano. Antes de que la emisión radiofónica hubiese concluido había empezado a llover. Me había pasado la noche en vela y tenía frío. Caminé por la orilla con un acceso de depresión. El agua, gris e indiferente, lamía el muelle. La invasión de Rusia significaría ciertamente una cosa. La guerra se prolongaría durante muchos años y serían quizás enormes los sacrificios.[228]

Las victorias contundentes de los ejércitos alemanes, difundidas con entusiasmo a través de los medios de comunicación desde el 29 de junio de 1941, levantaron el ánimo de algunos y convencieron a muchos de que pudiera ser que la guerra no fuese a durar tanto después de todo; sin embargo, el entusiasmo terminó superado por la aprensión presente entre la gran mayoría.[229] Un dirigente en Ebermannstadt resumió las reacciones con una franqueza excepcional algunas semanas después, el 29 de agosto de 1941. El número de personas que «sigue con fervor el devenir de los acontecimientos desde el ciego entusiasmo —escribió— es infinitesimal. La gran mayoría de la población espera el final de la guerra con idéntico anhelo al que siente una persona enferma por su recuperación».[230]

# TRAS LAS HUELLAS DE NAPOLEÓN

## I

En el curso de unas cuantas semanas de retiro en su dacha llevado por el desaliento, Stalin terminó por recobrar el valor, si es que en verdad lo había perdido. Algunos creían que se había confinado en un aislamiento temporal como Iván el Terrible siglos antes, para demostrar su condición de indispensable. Se creó un Comité Estatal de Defensa, presidido por el propio Stalin. Su retiro le había dado ocasión para reflexionar sobre su papel. El 3 de julio de 1941, el mismo día en que Franz Halder confió a su diario la creencia de que las fuerzas alemanas ya habían logrado la victoria, Stalin se dirigió por radio al pueblo soviético, por vez primera no como un dictador comunista sino como un líder patriótico. «Hermanos y hermanas, ¡amigos!», dijo. Éste era un tono enteramente nuevo. Llegó hasta el punto de admitir que el Ejército Rojo no había sido preparado para el ataque. Los alemanes, dijo, eran «malévolos y desleales [...], están armados hasta los dientes con carros de combate y artillería». Sin embargo, no se impondrían. El pueblo soviético tenía que organizar una defensa civil y movilizar cada gramo de energía para vencer al enemigo. Era necesario formar grupos de partisanos en la retaguardia para producir el mayor número posible de daños y trastornos. La población sentía que el silencio, las mentiras y las evasivas por fin habían sido sustituidos por alguna clase de verdad.[231] La propaganda del Partido Comunista empezó a subrayar la defensa no de la revolución, sino de la madre patria. El periódico del partido, *Pravda* («Verdad»), quitó el lema «Trabajadores del mundo, ¡uníos!» de su cabecera y puso en su lugar «¡Muerte a los invasores alemanes!». Nikolai Moskvin anotó el 30 de septiembre de 1941 que «el estado de ánimo de la población local ha cambiado enormemente». De la constante amenaza de

traicionarle ante los alemanes, pasaron a abrazar la causa patriótica después de saber que las autoridades de la ocupación estaban manteniendo en funcionamiento las granjas colectivas porque ello facilitaba la recogida del grano para transportarlo a Alemania.[232]

El llamamiento patriótico del discurso era aún más poderoso, porque la población ya estaba empezando a conocer las crudas realidades de la ocupación alemana. Los relatos del tormento vivido en los campos de prisioneros de guerra, entremezclándose con los testimonios de testigos oculares de los fusilamientos en masa de civiles y los incendios de aldeas por parte de las tropas alemanas, hicieron surgir en las filas del Ejército Rojo todavía en retirada una determinación para combatir al enemigo que prácticamente había estado del todo ausente en los primeros días caóticos de la guerra. Cuando cayó la ciudad de Kursk, los alemanes detuvieron a todos los habitantes varones sanos, los hacinaron en recintos a la intemperie cercados con alambradas sin alimentos ni agua y los pusieron a trabajar bajo la vigilancia de alemanes que blandían porras de goma. «Las calles están vacías —señalaba un informe de inteligencia soviético—. Las tiendas han sido saqueadas. No hay suministro de agua ni de electricidad. Kursk se ha desmoronado».[233] Minsk, informaba Fedor von Bock, era poco más que un «montón de escombros, en el que la población deambula de acá para allá sin alimento alguno».[234] Otras ciudades grandes y pequeñas quedaron reducidas a un estado similar. Los conquistadores alemanes, que requisaban la mayor parte de los alimentos para su propio sustento, las habían despojado deliberadamente de todas las provisiones, en una situación que ya se había vuelto crítica debido a que el Ejército Rojo en retirada se llevaba consigo grandes cantidades de ellas. Hitler declaró que era su firme intención «arrasar Moscú y Leningrado con objeto de impedir que la población permanezca allí y nos obligue a alimentarla durante el invierno. La fuerza aérea tiene que aniquilar esas ciudades».[235] Muchas personas huyeron ante el avance de las tropas alemanas —la población de Kiev, por ejemplo, se redujo a la mitad, de 600.000 a 300.000—, pero también para quienes se habían quedado seguir con vida no tardó en convertirse en una prioridad en cada área ocupada. El ejército alemán dictó una serie de órdenes imponiendo toques de queda, reclutando a hombres jóvenes para

hacer trabajos forzados, requisando prendas de invierno y ejecutando a cientos de ciudadanos en represalia por cualquier supuesto incendio intencionado o acto de sabotaje.[236] Los saqueos de las tropas alemanes estaban tan extendidos como lo habían estado en Polonia. «En cualquier parte —escribió el general Gotthard Heinrici cáusticamente el 23 de junio de 1941— los nuestros están tratando de procurarse arneses y arrebatando los caballos a los granjeros. Fuerte descontento y lamentos en las aldeas. Así es como la población es "liberada"».[237] La requisa de los alimentos, añadió Heinrici el 4 de julio de 1941, era concienzuda y exhaustiva. «Pero el territorio no tardará probablemente en quedar seco».[238] El comportamiento de las tropas pronto se granjeó las antipatías hasta de quienes al principio las habían acogido como a libertadores de la tiranía de Stalin. «¡Bastaría solamente con que los nuestros fuesen un poco más decentes y sensatos!», se lamentaba Hans Meier-Welcker. «Están despojando a los granjeros de cuanto les viene en gana». Meier-Welcker vio a soldados robando pollos, destrozando colmenas para apoderarse de los panales y arrojándose sobre una bandada de gansos en un corral. Trató de castigar a los saqueadores, pero hacerlo era una causa perdida.[239]

El 31 de agosto de 1941, un oficial del ejército dio parte desde otro lugar del frente:

> La población, no solamente en Orscha sino también en Mogilev y otras localidades, se ha quejado reiteradamente de que soldados alemanes les arrebaten sus pertenencias, unas pertenencias que tal vez ni siquiera vayan a utilizar. Una mujer en Orscha nos contó, a mí y a algunos otros, que un soldado alemán se había llevado el abrigo de su hijo de tres años, al cual sostenía en brazos. Dijo que su hogar había sido pasto de las llamas; y que jamás hubiese pensado que la crueldad de los soldados alemanes llegase al extremo de apoderarse de la ropa de los más pequeños.[240]

Las órdenes del Cuartel General amenazando con castigar tales actos quedaron en papel mojado. En Witebsk, de las doscientas reses de la colectividad local las tropas se las llevaron a todas menos a ocho, y pagaron por sólo doce de ellas. Se robaron cantidades ingentes de provisiones, incluyendo un millón de planchas de madera de un depósito de maderas local y 15 toneladas de sal de un almacén. Con la llegada del frío, los soldados comenzaron a llevarse el mobiliario de madera de las casas para

utilizarlo como combustible. En el sur se decía que las tropas húngaras estaban «llevándose todo cuando no estuviese sujeto con clavos». La población local se refería a ellos como «austro-hunos». La gente tuvo que alojar a la fuerza a varios miles de soldados, manteniéndolos a pan y cuchillo. Desesperadas, muchas mujeres se pusieron a ejercer la prostitución. En algunas áreas, la incidencia de las enfermedades venéreas entre las tropas alemanas alcanzó pronto un 10 por 100. El establecimiento de doscientos burdeles oficiales del ejército para las tropas del este sirvió de poco para aliviar la situación. Las violaciones eran frecuentes, si bien no se utilizaban como una política deliberada del ejército; con todo, del millón y medio de integrantes de las fuerzas armadas condenados por tribunales militares debido a toda clase de delitos, únicamente a 5.349 los llevaron a juicio por delitos sexuales, en su mayor parte a consecuencia de las demandas presentadas por mujeres que habían sido víctimas. Los tribunales se mostraron indulgentes con esta clase de delito, y los arrestos por actos de saqueo y pillaje también disminuyeron después del 22 de junio de 1941. No cabe duda de que el ejército estaba haciendo la vista gorda, para que la moral no se viese afectada, ante los comportamientos censurables de las tropas en el este.[241] El pillaje y las violaciones iban de la mano de las acciones premeditadas de destrucción. Las unidades del ejército alemán se divertían en los diversos palacios que salpicaban la campiña en los alrededores de San Petersburgo ametrallando los espejos y destrozando las sedas y los brocados de las paredes. Se llevaron las estatuas de bronce que adornaban las famosas fuentes del Palacio Peterhof para fundirlas, y destruyeron la maquinaria que las hacía funcionar. Las casas donde habían vivido figuras célebres de la cultura rusa se convirtieron en objetivo: los manuscritos de Tolstoi en la Yasnaya Polyana ardieron en las estufas, mientras la casa del compositor Chaikovski era destrozada y las motocicletas del ejército rodaban sobre las partituras que cubrían el suelo.[242]

Desde el principio, los militares adoptaron una política de represalias que llegó a ser brutal. Al igual que en Serbia, las unidades del ejército alemán asaltaron aldeas ucranianas, bielorrusas y rusas, prendiendo fuego a las viviendas y fusilando a sus moradores como castigo por hasta el acto

más pequeño de supuesto sabotaje. Apenas sentían remordimientos al destruir lo que les parecían en cualquier caso viviendas a duras penas habitables. «Si uno no hubiese visto con sus propios ojos esas condiciones primitivas entre los rusos —escribió el soldado Hans-Albert Giese a su madre el 12 de julio de 1941—, no podría creer que exista todavía algo semejante [...] A veces nuestros establos para las vacas en Alemania parecen de oro si se comparan con la mejor habitación en los hogares que los rusos eligen para vivir. Quizá sea una chusma peor que los gitanos». Unos pocos días más tarde se refirió a los aldeanos rusos como «cimarrones».[243] Los altos mandos del ejército menospreciaban igualmente a la población civil de Rusia, que Manstein, de un modo nada original, describió como un territorio alejado de la civilización occidental. Rundstedt se quejaba una y otra vez de la suciedad en el área que él controlaba, en el sector meridional del frente. Tanto a los oficiales como a los soldados en general, los habitantes de la Unión Soviética les parecían primitivos, asiáticos, torpes y fatalistas, cuando no maliciosos e indignos.[244] Al entrar en la Unión Soviética, Gotthard Heinrici sintió que había entrado en otro universo: «Creo que sólo podríamos hacerle justicia si en lugar de haber entrado poco a poco, como hicimos, a pie, hubiésemos viajado hasta allí como en una travesía marítima con rumbo a una parte desconocida del globo, y en ese caso, al irnos alejando de nuestras costas, hubiésemos cortado todos los vínculos íntimos con las cosas a las que estamos acostumbrados en la patria».[245] Era una especie de turismo negativo: «Apenas habrá alguien en este mísero territorio —escribió un soldado en el área conquistada— a quien no le guste pensar, y a menudo, en Alemania y en sus seres queridos. Las cosas aquí son de veras incluso peores que en Polonia. Sólo imperan la suciedad y una pobreza espantosa, y simplemente uno no puede entender cómo puede vivir la gente en semejantes circunstancias».[246] No importaba, por consiguiente, cuánta severidad se aplicase sobre esa población mísera, semihumana. Cientos de civiles fueron capturados como rehenes; lo acostumbrado era fusilarlos cuando se producía un nuevo acto de resistencia partisana. «Ahora estamos experimentando la guerra en toda su tragedia —contaba Alois Scheuer, un cabo nacido en 1909 que pertenecía a la generación de mayor edad en las tropas—, es la mayor desdicha de la

humanidad, convierte a la gente en despiadada y brutal». Solamente pensar en su mujer y sus hijos, así como su fe católica, evitaron que «acabe convertido prácticamente en un completo desalmado».[247] La violencia militar alemana contra los civiles pronto hizo que se desvaneciera el apoyo de la población local a los invasores en un primer momento. La resistencia partisana provocó nuevas represalias, lo cual condujo a que aumentase la cifra de partisanos, y así el ciclo creciente de violencia prosiguió. «La guerra se libra con crueldad por ambos bandos», confesó Albert Neuhaus en agosto de 1941.[248]

Unos pocos meses más tarde, Neuhaus comentaba un incidente nada insólito que debía de haber sucedido en muchas ocasiones con anterioridad. «En una aldea vecina por la que hemos pasado esta tarde, nuestros soldados habían colgado de un árbol a una mujer, porque había estado levantando a la gente contra las tropas alemanas. Así que los estamos tratando sin consideración alguna».[249] Fotógrafo aficionado, Neuhaus ni siquiera albergaba la más mínima duda para tomar una instantánea de un presunto partisano ahorcado de un árbol y enviársela a su mujer.[250] En todas partes, las tropas alemanas prendían fuego a las aldeas y fusilaban a los civiles por miles.[251] La rapidez del avance alemán ocasionaba que numerosas unidades del Ejército Rojo se quedasen aisladas; entonces proseguían luchando tras las líneas del frente, sumándose a la población local para crear bandas de partisanos con objeto de hostigar al enemigo en la retaguardia. Esto enfurecía a las tropas alemanas que, al igual que en Polonia en 1939, consideraban que esto era de alguna manera injusto. «Soldados perdidos —informaba el general Gotthard Heinrici el 23 de junio de 1941, transcurrido sólo un día de invasión— se sientan en cualquier parte en los grandes bosques, en incontables granjas, y a menudo reciben un balazo por la espalda. En general, los rusos están haciendo la guerra de una manera insidiosa. Los nuestros los han liquidado en varias ocasiones, sin compasión».[252] «Los nuestros —escribió el 6 de julio de 1941— golpean y disparan a matar contra todo lo que se mueva con uniforme marrón».[253] El 7 de noviembre de 1941, Heinrici se vio forzado a decirle a su intérprete, el teniente Beutelsbacher, quien había estado ejecutando a guerrilleros

soviéticos reales o imaginarios, «que no cuelgue a partisanos a menos de cien metros de distancia delante de mi ventana. No es una vista agradable por la mañana».[254]

Enfrentados con tales horrores, los soldados y los civiles soviéticos empezaron a escuchar el mensaje patriótico, nuevo, de Stalin y a defenderse. Alentados por Stalin, cada vez más y más jóvenes marcharon a los bosques para formar bandas de partisanos, asaltando las instalaciones alemanas e intensificando el círculo vicioso de violencia y represión. Al terminar el año, una aplastante masa de civiles en las áreas ocupadas había cambiado de opinión para apoyar al régimen soviético, alentados por el énfasis de Stalin en la defensa patriótica contra un invasor extranjero despiadado.[255] Al aumento de la resistencia partisana se sumó una recuperación espectacular de la eficacia combativa del Ejército Rojo. La estructura poco ágil del Ejército Rojo se simplificó, creando unidades flexibles que podrían responder con mayor rapidez a los avances tácticos alemanes. Se ordenó a los mandos soviéticos concentrar su artillería en las defensas antitanque allí donde parecía probable que los blindados alemanes atacasen. El replanteamiento soviético prosiguió en 1942 y 1943, pero ya antes de que concluyese 1941 se había hecho el trabajo preliminar para responder con mayor eficacia a la incesante invasión alemana. El Comité Estatal de Defensa reorganizó el sistema de movilizaciones para hacer un uso mejor de los 14 millones de reservistas surgidos mediante una ley de reclutamiento universal en 1938. Más de 5 millones de reservistas fueron movilizados con rapidez en el curso de unas pocas semanas de la invasión alemana, y les siguieron otros. Tan precipitada resultó esa movilización que la mayor parte de las nuevas divisiones y brigadas no tenían para luchar otra cosa que fusiles. Ello era así en parte debido a que los centros de producción estaban siendo objeto de traslado a gran escala, a medida que las fábricas en las regiones industriales de Ucrania eran desmanteladas y transportadas a lugar seguro al este de los montes Urales. Un consejo especial de traslados se constituyó el 24 de junio, y la operación se puso en marcha a primeros de julio. La aviación alemana de reconocimiento informó de inexplicables movimientos de vagones de ferrocarril en la región; se emplearon, por ejemplo, no menos de 8.000 vagones de carga

para trasladar las instalaciones metalúrgicas de una localidad situada en el Donbass hasta el centro industrial recién constituido de Magnitogorsk, en los Urales. En total, 1.360 fábricas de armas y municiones se trasladaron hacia el este entre julio y noviembre de 1941, utilizando un millón y medio de vagones de ferrocarril. El hombre a cargo de la compleja tarea de traslados, Andrej Kosygin, se ganó una reputación merecida como incansable administrador eficaz, lo cual iba a llevarle a un puesto relevante en la Unión Soviética después de la guerra. Se saboteó o destruyó todo aquello que no se pudiera trasladar, como minas de carbón, estaciones eléctricas, talleres de reparación de locomotoras e incluso presas hidroeléctricas en el río Dniéper. Esta política de tierra quemada privó a los invasores alemanes de recursos con los cuales habían contado. Sin embargo, junto con la evacuación, ello comportaba asimismo que el Ejército Rojo tendría que luchar en el invierno de 1941-1942 en buena medida con los equipos existentes hasta que funcionasen los centros de producción nuevos o trasladados.[256]

Stalin ordenó también una serie de operaciones de limpieza étnica a gran escala para alejar del escenario bélico a quienes él y el Alto Mando soviético consideraban elementos potencialmente subversivos. A más de 390.000 personas de ascendencia alemana en Ucrania las deportaron hacia el este desde septiembre de 1941. Había en total casi un millón y medio de gentes de ascendencia alemana en la Unión Soviética. Para dar comienzo a su expulsión, 15.000 agentes de la policía secreta soviética descendieron hasta el Volga, desalojando a 50.000 personas ya a mediados de agosto de 1941. Acciones similares se llevaron a cabo en el bajo Volga, donde residía una comunidad numerosa de ascendencia alemana. A mediados de septiembre de 1941 dieron comienzo las expulsiones en las ciudades principales. Al acabar 1942 se había deportado a Siberia y a otros territorios remotos a más de 1.200.000 personas de ascendencia alemana. Tal vez murieron hasta 175.000 debido a la brutalidad de la policía, al hambre y a las enfermedades. Muchos de ellos no hablaban en absoluto alemán, y únicamente eran alemanes en virtud de su lejana ascendencia. Ello no suponía ninguna diferencia. También se persiguió a otros grupos étnicos; los polacos, como hemos visto, fueron deportados en gran cantidad desde

1939, y más tarde durante la guerra también se expulsó a más de medio millón de chechenos y a otras minorías presentes en el Cáucaso por haber colaborado supuestamente con los alemanes. Además, a medida que las fuerzas alemanas avanzaban, la policía secreta soviética asesinaba de modo sistemático a todos los presos políticos en las cárceles situadas en el camino de aquéllas. Una cuadrilla llegó a una prisión en Lutsk que había sido dañaba en un bombardeo, puso en fila a los presos políticos y ametralló hasta a 4.000 de ellos. Solamente en Ucrania Occidental y en Bielorrusia Occidental, unos 100.000 prisioneros murieron fusilados, acuchillados con bayonetas o por el estallido de granadas de mano arrojadas a sus celdas.[257] Cualquiera que fuese su impacto en el resultado de la guerra, tales acciones acumularon un legado enconado de odio que iba a conducir en un tiempo muy breve a la comisión de actos terribles de venganza.

## II

La voluntad soviética de resistir, expresada de esas maneras diversas, activa en todos los niveles jerárquicos, pronto se hizo evidente a ojos de los jefes militares alemanes, quienes no tardaron en darse cuenta de que de ningún modo la guerra iba a finalizar en cuestión de semanas. El Grupo de Ejércitos Centro había logrado rodear a un gran número de tropas soviéticas, pero en el norte y el sur el Ejército Rojo únicamente había sido forzado a replegarse, y el avance alemán estaba ralentizándose. Lejos de desaparecer, el Ejército Rojo estaba comenzando a hallar maneras de incorporar a nuevos reservistas al frente, y estaba empezando a organizar contraataques victoriosos con apoyo local. Mucho antes de que julio finalizase, el mariscal de campo Fedor von Bock se vio forzado a ocuparse de los contraataques reiterados de las fuerzas soviéticas. Los rusos se estaban volviendo «insolentes», señaló. «¡La victoria todavía no se ha logrado!». «¡Los rusos están siendo increíblemente resistentes!».[258] Escribió un soldado en un folleto de propaganda que las tropas tenían que resistir «día tras día los alaridos desgarradores de las hordas bolcheviques, que parecen surgir de la tierra en masas compactas».[259] Sobre todo en la proximidad de Smolensk, en el camino de Minsk a Moscú, al este del río

Dniéper, los mandos soviéticos Zhukov y Timoshenko habían comenzado una serie de contraataques a gran escala el 10 de julio de 1941 en un intento de desbaratar el avance del grupo blindado del general Heinz Guderian hacia la ciudad. Pobremente equipada, mal coordinada e inadecuadamente abastecida, la resistencia soviética fracasó, pero ralentizó el avance alemán e infligió pérdidas severas en hombres y equipos a las fuerzas de Guderian, cuyas líneas de aprovisionamiento se habían alargado más de lo aconsejable. Los soldados ordinarios compartían la opinión de que los rusos eran inesperadamente duros de roer.[260] Los ejércitos alemanes se hallaban sometidos a un hostigamiento incesante y a ataques continuos. «Los rusos son muy fuertes y luchan hasta el límite de sus fuerzas —le escribió el general Gotthard Heinrici a su mujer el 20 de julio de 1941—. Aparecen de repente por todas partes, disparando, abatiéndose sobre las columnas, los vehículos para el transporte de tropas, los mensajeros, etc. [...] Nuestras pérdidas son cuantiosas».[261]

De hecho, los alemanes habían perdido a más de 63.000 hombres al terminar el mes.[262] El 22 de julio de 1941, Heinrici le confió a su mujer: «Uno no tiene la sensación de que en general la voluntad rusa de resistir haya sido quebrada, o de que la población quiera desembarazarse de sus líderes bolcheviques. Por el momento la impresión que uno tiene es que la guerra proseguirá, incluso si capturamos Moscú, en algún lugar en las profundidades de este país inacabable».[263] En las pocas semanas que siguieron, manifestó una y otra vez en las cartas su estupor ante la «asombrosa fortaleza para resistir» de los rusos, y su «extraordinaria tenacidad». «Sus unidades están todas medio destruidas, pero se reponen con nuevos individuos y simplemente vuelven a atacar. Se me escapa cómo logran arreglárselas los rusos».[264] La inteligencia militar alemana no había conseguido registrar la presencia de las ingentes unidades soviéticas de reserva situadas al este del Dniéper, desde donde se enviaban constantemente tropas de refresco al frente.[265] Poco más de un mes después de que la invasión diera comienzo, los principales generales alemanes estaban empezando a reconocer que la Unión Soviética era el «primer adversario serio» del Tercer Reich con unos «recursos humanos

inagotables».[266] Ya el 2 de agosto, el general Halder estaba empezando a pensar en la manera de abastecer a las tropas alemanas con ropa de invierno.[267] Nueve días después su preocupación era seria:

> Vista la situación en su conjunto, se hace cada vez más claro que hemos subestimado al coloso ruso, el cual se ha venido preparando a conciencia para la guerra con la absoluta falta de restricciones característica de los Estados totalitarios. Esta conclusión es válida para sus recursos económicos, para los organizativos, para el sistema de transporte y, por encima de todo, para su capacidad operativa estrictamente militar. En el inicio de la guerra calculamos en torno a 200 div[isiones] del enemigo. Ahora ya estamos contabilizando 360. Esas div[isiones] no están sin duda armadas ni equipadas en el sentido que nosotros damos a esas palabras, y a menudo están pobremente conducidas desde un punto de vista táctico. Pero se encuentran allí. Y cuando una docena de ellas ha sido destruida, los rusos ponen en liza otra docena.[268]

Y hasta el cálculo nada halagüeño de Halder subestimaba en realidad sustancialmente la fortaleza de su adversario. Además, las tropas alemanas estaban sufriendo fuertes pérdidas; a finales de julio de 1941, el 10 por 100 de la fuerza invasora había muerto, sufrido heridas o desaparecido. «En vista de la debilidad de nuestras fuerzas y la vastedad de los territorios —concluía dejándose llevar por el pesimismo el 15 de agosto de 1941—, el éxito está ya fuera de nuestro alcance».[269]

Mientras el Ejército Rojo aprovechó sus ingentes reservas para sustituir a los millones de soldados perdidos o capturados durante los primeros meses de la campaña, las fuerzas armadas alemanas ya habían consumido la mayor parte del personal disponible y contaban con muy pocas tropas de refresco para poner en combate. A finales de julio, Guderian siguió adelante con sus fuerzas blindadas y se hizo con el control del territorio comprendido entre los ríos Dvina y Dniéper, pero las tropas alemanas, desplegadas en exceso, dejaban brechas en sus defensas, y el Ejército Rojo, espoleado por un nuevo entusiasmo para la batalla, lanzó una serie de contraataques que empezaron a causar una honda preocupación al mariscal de campo Fedor von Bock, al mando del Grupo de Ejércitos Centro. Mientras se sucedían sin interrupción los ataques, tuvo que reconocer «que nuestras tropas están cansadas y, a consecuencia de las fuertes pérdidas entre los oficiales, no muestran tampoco la firmeza requerida». «Apenas me quedan reservas con las cuales hacer frente al despliegue de fuerza del enemigo y sus ofensivas incesantes», confesó el 31

de julio de 1941. Al finalizar la primera semana de agosto se hallaba seriamente preocupado ante «el lento declive del valor para combatir de nuestras tropas bajo el impacto de ofensivas constantes». Se preguntaba cómo podrían sus fuerzas proseguir su avance en tales condiciones.[270]

Completamente al margen de todo ello, desplazarse por el campo resultaba mucho más arduo de lo que había sido en Francia, Holanda o Bélgica. Las rutas pavimentadas eran escasas y distantes entre ellas, totalizando únicamente 65.000 kilómetros en toda la vasta extensión de la Unión Soviética. Un soldado anotó que incluso las carreteras terminadas estaban tan repletas de baches que su unidad prefería marchar por la cuneta.[271] El ancho de vía del ferrocarril hacía difícil trasladar trenes desde Europa occidental después de que el Ejército Rojo hubiese eliminado prácticamente todas las locomotoras, los vagones de mercancías y los coches de pasajeros soviéticos, así como destruido o saboteado vías, puentes y viaductos. E incluso sin esos problemas, el país se encontraba demasiado desprovisto de líneas de ferrocarril para transportar con cierta rapidez las grandes cantidades de hombres y suministros empleados por los alemanes. La producción alemana de *jeeps* y camiones todavía era relativamente baja a pesar del impulso de motorización de la década de 1930, y en cualquier caso los vehículos a motor eran de uso limitado debido a la escasez de combustible. En esas circunstancias, el ejército alemán y los de sus aliados dependían en gran medida de los caballos —al menos 625.000 de ellos en el frente oriental— para el transporte de lo esencial, arrastrando piezas de artillería, portando munición y tirando de los carros de suministros. Los caballos solían desenvolverse mejor en los caminos peligrosos y cubiertos de lodo que pasaban por carreteras en Europa oriental. «¡Damos gracias a Dios por nuestros caballos!», exclamó Meier-Welcker algunos meses más tarde:

> En ocasiones ellos son la última y la única cosa en que podemos confiar. Gracias a ellos pudimos pasar el invierno, aunque muriesen a millares por el agotamiento, la falta de forraje y su formidable esfuerzo. Los caballos poseen una gran importancia en el verano húmedo de este año y en el terreno a menudo densamente boscoso, pantanoso e intransitable de nuestro sector actual. El pasado invierno y la primavera las unidades de tropas motorizadas quedaron reducidas en nuestra área a meros objetos inservibles.[272]

Pero los caballos también se movían con lentitud, pudiendo únicamente avanzar al paso durante la mayor parte del tiempo. El grueso de la infantería, como siempre, caminaba penosamente a pie.

Mientras la invasión proseguía, el desgaste natural de las misiones de vuelo casi ininterrumpidas empezó a afectar a la aviación alemana. Al final de julio de 1941 había únicamente poco más de 1.000 aparatos operativos. El dominio del aire servía de poco si escaseaban demasiado los bombarderos para infligir daños de importancia en la industria bélica soviética. La extensión de Rusia era demasiado grande para que la fuerza aérea alemana estableciera una superioridad aérea permanente, por muy eficaz que fuera en el cumplimiento de misiones tácticas. Los bombarderos en picado Stuka aterrorizaban a la infantería enemiga con el fuerte ruido de sus motores cuando caían desde el cielo, pero eran enormemente vulnerables a los ataques de los aviones de caza, mientras que los bombarderos desplegados más comúnmente, los Dornier 17 y los Junkers 88, carecían del alcance suficiente para ser efectivos contra las instalaciones soviéticas. Las pérdidas de soldados, sumando a los desaparecidos, los heridos y los muertos, superaban por entonces la cifra de 213.000. El resto, como Bock había observado, estaba comenzando a sufrir por la fatiga tras más de un mes de combates sin interrupción. Los repuestos para los carros de combate y los vehículos blindados de transporte de tropas escaseaban. El 30 de julio de 1941 el Alto Mando del Ejército ordenó que el avance se detuviera y se reagrupara. Poco más de un mes después de haberse iniciado, la invasión había empezado a perder su ímpetu.[273]

La división de las fuerzas invasoras en Grupos de Ejércitos Norte, Centro y Sur, pensada para un avance tangencial, era una medida necesaria en parte debido a la presencia en el área de invasión de los extensos e impenetrables pantanos del Pripet. Pero ello significaba que las fuerzas armadas alemanas no podían concentrarse en una ofensiva única e imparable para noquear al adversario. En agosto de 1941 ya estaba claro que el avance no podría proseguir por los tres frentes simultáneamente. Había que elegir entre poner el peso de la fase siguiente de la ofensiva en el norte, hacia Leningrado, el centro, hacia Moscú, o el sur, hacia Kiev. Los generales alemanes al mando, siguiendo la doctrina militar clásica prusiana

consistente en atacar el centro de gravedad del enemigo, querían continuar hacia Moscú. Sin embargo, Hitler, cuyo desprecio por las tropas rusas no tenía límite, no pensó que esto fuese necesario; a su juicio, apoderarse de los recursos económicos de los territorios de la Unión Soviética situados al oeste era el primer objetivo; el Estado soviético se desmoronaría de todos modos. Después de las victorias en Francia y el oeste, ni Halder ni los otros generales que pensaban como él tenían el valor de llevarle la contraria al Führer. El 21 de agosto de 1941, tras arduas discusiones, Hitler rechazó la petición del ejército de continuar avanzando hacia Moscú, y ordenó a los generales desviar fuerzas del Grupo de Ejércitos Centro para reforzar la ofensiva en el sur, tomar Kiev, adueñarse de los recursos agrícolas de Ucrania, y a continuación enfilar hacia Crimea para privar a los rusos de una posible base para lanzar ataques aéreos sobre los campos petrolíferos rumanos. Se detrajeron del centro más tropas y recursos para reforzar el avance hacia Leningrado. Sin embargo, los aliados finlandeses de Alemania carecían de los recursos, las tropas y, ciertamente, la voluntad política para hacer retroceder a las fuerzas soviéticas mucho más allá de la frontera ruso-finlandesa, y la resistencia soviética feroz ralentizaba el avance alemán. Un Hitler frustrado anunció el 22 de septiembre de 1941 que había «decidido borrar de la faz de la tierra la ciudad de San Petersburgo. No tengo interés alguno en que esa extensa ciudad siga existiendo tras la derrota de la Rusia soviética».[274] La amenaza se demostró una bravuconada inconsistente.

El mariscal de campo Fedor von Bock telefoneó a Halder y le dijo que la decisión de concentrarse en el sector meridional era descabellada,

> por encima de todo porque pone en duda la ofensiva en el este. ¡Las Instrucciones de Guerra siempre están diciendo que la cuestión no es capturar Moscú! ¡No quiero capturar Moscú! Quiero destruir al ejército enemigo, ¡y el grueso de ese ejército está delante de mí! El desvío hacia el sur es un asunto secundario, por más importante que pueda ser, que pone en riesgo la ejecución de la operación principal, es decir, la destrucción de las fuerzas armadas rusas antes del invierno; ¡no sirve de ayuda en absoluto![275]

Un Bock decepcionado sólo podía descargar su frustración en las páginas de su diario: «Si la campaña del este después de todos sus éxitos se va ahora apagando para convertirse en una defensa deprimente —escribió—, no es culpa mía».[276] Halder estaba igualmente enojado, criticando en su diario el

«zigzagueo de las órdenes personales del Führer» que el cambio de objetivo implicaba.[277] No obstante, en un principio la decisión de Hitler de debilitar sus fuerzas en el centro no parecía representar un problema. Las divisiones blindadas alemanas de los Grupos de Ejércitos Centro y Sur a las órdenes de Heinz Guderian, que había causado un fuerte malestar a Bock con sus exigencias insistentes e intempestivas, penetraron en las líneas soviéticas, rechazaron una contraofensiva masiva lanzada a finales de agosto y principios de septiembre, y capturaron a otros 665.000 prisioneros, además de 884 carros de combate y más de 3.000 piezas de artillería. Kiev, Járkov y la mayor parte de la Ucrania central y oriental fueron ocupadas a finales de septiembre y octubre, y el 21 de noviembre de 1941 las fuerzas alemanas tomaron Rostov del Don, haciendo posible la perspectiva de interrumpir el abastecimiento de petróleo procedente del Cáucaso para el Ejército Rojo, así como el aprovechamiento de los recursos industriales de la Cuenca del Donets. Éstas se contaron entre las victorias militares alemanas más importantes de la guerra.[278]

Aun antes del asalto a Kiev, las pérdidas alemanas en lo tocante a muertos, desaparecidos y heridos o incapacitados se habían elevado a casi 400.000, y la mitad de los carros de combate estaban fuera de servicio o en reparación. Bock consideró la operación como «un éxito brillante», pero añadió que «la fuerza principal de los rusos se mantiene intacta delante de mí, y al igual que antes permanece abierta la cuestión relativa a si conseguiremos aplastarla y aprovechar la victoria antes de la llegada del invierno de manera que Rusia no pueda recuperarse en esta guerra».[279] Hitler creía que esto aún era posible. Las fuerzas alemanas, le dijo a Goebbels el 23 de septiembre de 1941, habían logrado el gran avance que habían estado buscando. Las tropas alemanas no tardarían en rodear Moscú. A juicio de Hitler, Stalin estaba obligado a pedir la paz, y esto inevitablemente llevaría también a Gran Bretaña a la mesa de negociaciones. El camino estaba expedito para una victoria final. Con todo, Hitler no esperaba en ese momento que esto sucediera rápidamente. Ya estaba resignado a aceptar que la guerra se prolongaría hasta la primavera siguiente. Pero las contundentes victorias de los meses precedentes le hicieron ser optimista en el sentido de que la guerra habría terminado hacia

mediados de 1942 como muy tarde.[280] Grandes cantidades de tropas fueron enviadas de nuevo al Grupo de Ejércitos Centro, reforzado ahora con nuevos suministros y fortalecido con más fuerzas procedentes del norte con el fin de reanudar la marcha hacia Moscú. Bock había logrado su deseo.[281] Dos millones de soldados alemanes y 2.000 carros de combate, con el apoyo de una numerosa fuerza aérea, avanzaban hacia la capital soviética en octubre de 1941 en una nueva campaña denominada operación Tifón, rodeando una y otra vez a las fuerzas del Ejército Rojo y capturando a 673.000 prisioneros, así como cantidades ingentes de equipos. En un discurso pronunciado en Múnich el 8 de noviembre de 1941, aniversario del *putsch* fallido de la cervecería en 1923, con motivo de la tradicional asamblea anual de los dirigentes regionales del partido y los «antiguos combatientes», Hitler declaró: «Nunca antes un imperio gigantesco había sido aplastado y destruido en un tiempo más breve que la Rusia soviética».[282]

Pero se trataba de una nueva ilusión. Porque las semanas de retraso se revelaron fatídicas. Visto en retrospectiva, muchos consideraban que si se hubiese continuado hacia Moscú en agosto y septiembre, las fuerzas alemanas bien pudieran haber conquistado la capital soviética, a pesar de los crecientes problemas para mantener sus líneas de aprovisionamiento abiertas a tanta distancia de sus bases situadas mucho más al oeste. Y, como deseaba Bock, al actuar así podrían haber provocado pérdidas enormes, quizá fatalmente desalentadoras, en las fuerzas principales del Ejército Rojo. Pero en definitiva esto era así *a posteriori*, con una visión terriblemente distorsionada. Los generales como Bock, Halder y los demás que abogaban, tanto entonces como más tarde, por la idea de un gran ataque para noquear a las fuerzas soviéticas desplegadas ante Moscú estaban reflejando sobre todo el dogma de la tradición militar prusiana en que se habían educado y había transcurrido la mayor parte de sus vidas: la tradición que prescribía el ataque como el rey de las operaciones militares, y la destrucción total de los ejércitos enemigos como el único final adecuado para cualquier campaña militar. Bock sabía casi mejor que nadie que las tropas estaban cansadas, las unidades diezmadas, que los suministros llegaban de forma intermitente y que los equipos resultaban

inadecuados para una campaña invernal. Sin embargo, al igual que muchos mandos superiores en el ejército alemán, lo atormentaba el recuerdo de la Batalla del Marne, el fracaso de la ofensiva hacia el oeste en 1914. Como Hitler, estaba resuelto a que aquello no se repitiese. Y también como Hitler, subestimaba fatalmente la fortaleza del enemigo, un enemigo del que él conocía la amplitud de sus reservas de hombres y *matériel*, pero a las que menospreciaba igual que, en resumidas cuentas, pasaba por alto el nuevo espíritu combativo del Ejército Rojo que había causado tantas bajas en sus fuerzas.[283]

## III

En octubre, como Bock había temido, la cúpula dirigente soviética había replanteado y reorganizado por completo su forma de conducir la guerra. Tras dictar órdenes draconianas para el castigo de haraganes y desertores, y habiendo sometido a un consejo de guerra sumarísimo y fusilado a Dmitri Pavlov, quien se hallaba al mando del Ejército Rojo en el frente occidental en el momento de la invasión, Stalin comenzó a darse cuenta, mientras se dirigía a sus oficiales en octubre de 1941, de que para motivar a las tropas lo aconsejable era emplear la «persuasión, no la violencia». Empezó a permitir a sus mandos una mayor libertad de acción en la dirección de sus campañas. Entretanto, después de la lectura de una biografía del general zarista Kutuzov, que había abandonado Moscú ante la invasión de Napoleón, el líder soviético concluyó que dejar la capital provocaría el pánico. Una cosa era reducir a cenizas una pequeña población de principios del siglo XIX, otra cosa totalmente distinta entregar la gran conurbación que se había convertido en la capital soviética moderna. «Nada de evacuaciones —dijo Stalin—. Nos quedaremos aquí hasta la victoria».[284] Bajo el liderazgo de Stalin, el nuevo Comité Estatal de Defensa comenzó a tener el control de la situación. El 10 de octubre de 1941, Stalin designó al general Georgi Zhukov para que se pusiera al frente de los ejércitos de defensa de la capital. Las fuerzas de Zhukov, cuyo número rondaba el millón de hombres, tuvieron que mantenerse a la defensiva mientras Bock avanzaba con rapidez

hacia Moscú. El pánico se desató entre la población en algunos barrios de la ciudad, si bien ésta se libró de los horrores del bombardeo aéreo al centrar los aviones alemanes sus esfuerzos en atacar a las tropas soviéticas.[285]

Las lluvias de otoño llegaron con fuerza, convirtiendo las carreteras rusas sin asfaltar en un lodazal intransitable. El 15 de octubre de 1941, Guderian le dijo a Bock que tenía que ordenar hacer un alto en el avance. El mariscal de campo lo achacaba no sólo a la resistencia tenaz del enemigo, sino también al «estado calamitoso de las carreteras, el cual hace poco menos que imposible la circulación de los vehículos a motor».[286] Debido a que «las carreteras y los caminos son temporalmente intransitables para los vehículos —anotó Meier-Welcker—, no hemos recibido ningún suministro de combustible, municiones o alimentos», y las tropas vivían a expensas de lo que podían encontrar, patatas sobre todo, cociendo su propio pan y sacrificando el ganado local.[287] Al circular por una carretera de la región el 16 de octubre de 1941, el general Heinrici se encontró con «una fila continua de vehículos a motor hundidos, inundados, averiados, irremediablemente atascados. El número de caballos muertos que yacen junto a ellos en el lodo es prácticamente similar. Hoy —tuvo que admitir— hemos tenido que detenernos debido a las dificultades que presentan las carreteras».[288] A finales de octubre, los ejércitos alemanes habían estado atascados en el barro durante tres semanas.

Zhukov aprovechó la oportunidad para restaurar el orden, declarando la ley marcial el 19 de octubre de 1941 y disponiendo nueve ejércitos de reserva al otro lado del río Volga. Aunque éstos se componían fundamentalmente de reclutas sin entrenamiento e individuos antes rechazados por los militares, sumaban un total de 900.000 hombres y, como esperaban Stalin y Zhukov, supondrían un serio obstáculo para cualquier intento alemán de rodear la ciudad. Además, un informe de Richard Sorge, espía en Tokio a las órdenes de Stalin, no mucho antes de que lo detuviesen el 18 de octubre de 1941, convenció al líder soviético de que los japoneses no planeaban atacar Rusia (ciertamente, sus objetivos eran otros). Junto al respaldo de más informes de inteligencia, ello condujo a un movimiento decisivo: el 12 de octubre Stalin ordenó que 400.000 soldados con experiencia, 1.000 carros de combate y 1.000 aviones se desplazasen en

dirección oeste por Siberia para situarse detrás de Moscú, reemplazándolos con soldados reclutados en fechas bastante recientes para disuadir a los japoneses de cambiar sus ideas.[289] Los alemanes no sólo no habían previsto los nuevos refuerzos traídos por Stalin, sino que éstos además resultaron decisivos. El mariscal de campo Bock temía lo peor: «La división del Grupo de Ejércitos —escribió el 25 de octubre de 1941—, sumada a un tiempo espantoso, nos ha llevado a quedarnos atascados. Por eso los rusos están ganando tiempo para recomponer sus divisiones diezmadas y reforzar sus defensas, más si cabe porque controlan el conjunto de carreteras y vías férreas en torno a Moscú. ¡Lo cual no augura nada bueno!».[290]

El 15 de noviembre de 1941, cuando el invierno comenzaba a declararse, el suelo era lo bastante firme como para que Bock reanudase su avance. Los carros de combate y los vehículos blindados rodaban una vez más, alcanzando posiciones que distaban 30 kilómetros de los suburbios y cortando el paso del canal Moscú-Volga. Pero pronto comenzó a nevar, y en la noche del 4 de diciembre la temperatura cayó en picado a 34 grados centígrados bajo cero, congelando los equipos alemanes y penetrando en la ropa inadecuada para el invierno que llevaban los soldados. La noche siguiente el termómetro aún cayó más, alcanzando en algunos lugares los 40 grados bajo cero. En pleno invierno ruso, las tropas alemanas, equipadas para una campaña que confiaban en que se prolongara a lo sumo hasta el otoño, estaban pobremente uniformadas y mal preparadas. «Todos los ejércitos —anotó Bock ya el 14 de noviembre de 1941— se están quejando de las dificultades considerables para procurarse nuevos suministros de cualquier clase: alimentos, munición, combustible y ropa de invierno».[291] El ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, empezó una campaña para recoger ropa invernal para las tropas. Hitler hizo un llamamiento personal el 20 de diciembre de 1941, y esa misma noche Goebbels emitió por radio una lista de ayuda de las cosas necesarias. Las prendas de lana y piel les fueron confiscadas a los judíos alemanes a finales de diciembre de 1941 para enviárselas a las tropas ateridas en el frente oriental. Pero ya era demasiado tarde; y en todo caso, las dificultades de transporte ocasionaban que gran parte de la ropa no llegase al frente. Meier-Welcker se limitó a esperar a finales de enero que la «recogida de lana» pudiese llegar al frente cuanto

menos para el invierno siguiente. Entre las tropas alemanas, los casos de congelación estaban produciéndose con una frecuencia cada vez mayor. «Tienen los pies tan hinchados —anotó— que hay que cortar las botas. Es así como se ve que los pies o como mínimo los dedos están morados o ya negros, y están empezando a congelarse».[292]

Los generales al mando habían sido conscientes del problema, pero llevados por un optimismo ciego habían creído que aquél se resolvería con la ocupación de las ciudades rusas importantes, como Moscú y Leningrado, donde podrían ocupar los barrios menos fríos en invierno. El invierno había llegado, y ellos todavía se encontraban acampados en la estepa abierta. El viento, escribió el general Heinrici, «te acuchilla en la cara con agujas y se mete por el casco de protección y los guantes. Los ojos lagrimean tanto que apenas puedes ver nada».[293] En una división de infantería, un promedio del 13 por 100 del personal de cada unidad quedó incapacitado para el servicio a causa de la congelación entre el 20 de diciembre de 1941 y el 19 de febrero de 1942.[294] Tras varias semanas sin lavarse ni cambiarse de ropa, los hombres estaban sucios e infestados de bichos. «Todos están llenos de piojos, y no dejan de tener picores y rascarse —escribió Heinrici—. Muchos tienen heridas con pus de tanto rascarse y arañarse. Muchos están aquejados de infecciones en la vejiga y los intestinos por echarse en el suelo frío». Sus tropas estaban «totalmente exhaustas».[295] Tales condiciones eran ideales para los ejércitos soviéticos, que habían aprendido la lección de la Guerra de Invierno glacial contra Finlandia y ahora estaban equipados de manera conveniente para el combate en esas terribles condiciones, desplegando batallones de esquiadores para moverse ágilmente sobre un terreno cubierto de nieve, y caballería ligera para avanzar con rapidez por terrenos anegados intransitables para los carros de combate. Las tácticas defensivas del ejército alemán partían de suponer que podrían reunir fuerzas suficientes para ofrecer una defensa sólida frente a los contraataques, que el Ejército Rojo utilizaría principalmente la infantería y que los oficiales al mando podrían escoger el terreno y emprender repliegues tácticos allí donde fuese necesario. Todas estas suposiciones se revelaron erróneas desde el principio y contribuyeron al desastre que no tardarían en sufrir las fuerzas alemanas. El 5 de diciembre de 1941, Zhukov ordenó una contraofensiva,

centrada al principio en las pinzas alemanas al norte y el sur de Moscú, para eliminar el peligro de que la ciudad se viera rodeada. Zhukov ordenó a las tropas soviéticas no perder tiempo y vidas en ataques frontales contra posiciones fortificadas, sino limitarse a sobrepasarlas, dejando fuerzas de cobertura, y dirigirse hacia las líneas alemanas de retirada. El 7 de diciembre de 1941, Bock señaló que ahora se estaba enfrentando a veinticuatro divisiones más del Ejército Rojo de las que había en su zona de operaciones a mediados de noviembre. Las probabilidades en su contra no hacían más que incrementarse. Sin suministros, debilitadas en el número de efectivos, sin fuerzas de reserva, físicamente agotadas, las tropas no se podían desplegar con rapidez para hacer frente al ataque de un enemigo «que está organizando una contraofensiva con el arrojo temerario de sus muchedumbres humanas inagotables».[296]

Incapaz de decidir si proseguir el avance o cortarlo en seco, Bock no podía pensar en nada mejor que no fuera enviar a Halder una sucesión incesante de peticiones de refuerzos. Al día siguiente, Hitler reconoció la gravedad de la situación al ordenar que se detuviese el avance. Entretanto, la vacilación de Bock comenzó a extender la incertidumbre entre las tropas. Si ya no podían continuar avanzando, ¿qué iban a hacer a continuación?[297] La moral empezó a venirse abajo. Ya el 30 de noviembre de 1941, el cabo Alois Scheuer le escribió a su mujer desde su posición a 60 kilómetros de Moscú:

> Estoy sentado con mis camaradas en un refugio subterráneo, medio a oscuras. No tienes idea del aspecto asqueroso y enloquecido que tenemos todos, y hasta qué punto esta vida se ha convertido para mí en un tormento. Ya no puede ser descrito con palabras. Sólo me queda ya un pensamiento: ¿cuándo escaparé de este infierno? [...] Simplemente ha sido y está siendo demasiado para mí tener que estar aquí formando parte de esto. Poco a poco está acabando con nosotros.[298]

El día de Navidad de 1941, Scheuer calculó que el 90 por 100 de quienes integraban su compañía al principio ya no estaban allí; muertos, heridos, desaparecidos, enfermos o afectados por la congelación. Sus propios dedos de los pies estaban comenzando a ponerse negros. Scheuer sobrevivió hasta febrero de 1943, cuando lo mataron mientras seguía combatiendo en el frente oriental.[299] En medio de violentas ventiscas que derribaban las líneas

alemanas de los teléfonos de campaña y bloqueaban las carreteras, la confusión comenzó a extenderse en las tropas de Bock. Únicamente permanecía en servicio una sola vía férrea para emprender la retirada, y las carreteras quedaron bloqueadas con carros de combate y vehículos inmovilizados, muchos de los cuales tenían que ser abandonados a medida que las fuerzas alemanas, alarmadas y sorprendidas por la contraofensiva, empezaban a replegarse ante el ataque de Zhukov. Contraataques de menor envergadura en el extremo norte y en el sur, en Tikhvin y Rostov, impedían a los alemanes trasladar refuerzos al frente de batalla.[300]

Los carros de combate y los vehículos blindados alemanes se habían quedado en muchos casos sin combustible. Escaseaban las municiones y los víveres. La aviación de combate no podía volar con nevadas intensas. El 16 de diciembre de 1941, tras obligar a retroceder a las líneas alemanas más avanzadas hacia el norte y el sur de la ciudad, Zhukov ordenó avanzar de lleno hacia el oeste. En el plazo de diez días la situación se había vuelto desesperada para los alemanes. «Hemos tenido un día difícil», escribió Meier-Welcker el 26 de diciembre de 1941:

> Obstaculizados por la nieve, y en especial por la nieve acumulada por las ventiscas, retirándola metro a metro con palas, y moviéndonos con vehículos y equipos del todo inadecuados para el invierno ruso, con el enemigo avanzando hacia nosotros, la preocupación ha estado en conducir a las tropas a tiempo hasta un lugar seguro, transportar a los heridos y no dejar que demasiadas armas ni demasiados equipos caigan en manos del enemigo, todo lo cual ha sido enormemente arduo para las tropas y los oficiales al mando.[301]

Lo peor de todo eran las «tormentas de nieve que con gran rapidez tornaban intransitables las carreteras que acabábamos de despejar con palas».[302] No había forma de detener el avance ruso. «Pertrechados con unos equipos de invierno de primera, avanzan por todas partes por las extensas brechas que han abierto en nuestro frente», observaba Heinrici el 22 de diciembre. «Aunque veíamos venir el desastre de que acabasen rodeándonos, una y otra vez llegaba desde arriba la orden de detenernos». Sin embargo, no había otra alternativa que moverse para no quedar aislados por completo. El resultado fue una retirada caótica en lugar de ordenada. «La retirada con hielo y nieve —escribió Heinrici— es absolutamente napoleónica en su forma. Las pérdidas son similares».[303]

## IV

Enfrentados al fracaso de su gran ofensiva, Bock y los altos mandos no tenían mucha idea sobre qué hacer a continuación. Un minuto ordenaban emprender una retirada, y el siguiente pensaban que era mejor oponer resistencia. Guderian confesó que ignoraba de qué modo sacar al ejército del atolladero en que se encontraba. Mientras vacilaba, fracasando totalmente en la preparación de posiciones defensivas apropiadas para sobrevivir durante el invierno, Bock insistía con un optimismo poco menos que absurdo acerca de la posibilidad de avanzar nuevamente. Sin embargo, él creía ahora que el asunto de emprender o no la retirada era más de índole política que militar. El desaliento de los generales empezó a tener graves consecuencias. La crisis del ejército alemán situado ante Moscú provocó la primera convulsión de importancia en los altos mandos de las fuerzas armadas durante la guerra. El primero en ser destituido fue el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, al mando del Grupo de Ejércitos Sur. Hitler le había ordenado, por medio del comandante en jefe, el mariscal de campo Walther von Brauchitsch, impedir que las divisiones blindadas del general Ewald von Kleist, sometidas a un asedio, se retirasen de las afueras de Rostov más allá de lo que el Führer alemán estaba dispuesto a aceptar. Sin embargo, temiendo que quedasen rodeadas, Rundstedt se negó. Un Hitler colérico lo destituyó el 1 de diciembre de 1941, sustituyéndolo con el mariscal de campo Walter von Reichenau. Sólo cuando visitó la zona el 2 y el 3 de diciembre de 1941, Hitler reconoció que Rundstedt había tenido razón. Pero no lo restituyó en el cargo. El mando de Reichenau tuvo un carácter breve, puesto que murió de un ataque al corazón el 17 de enero de 1942. Su muerte constituía una señal de la fuerte tensión mental y física bajo la cual desarrollaban entonces su trabajo los altos mandos, en su mayor parte hombres que contaban alrededor de sesenta años. A principios de diciembre, Rundstedt, ya enfermo, sufrió también un ataque al corazón, si bien no resultó fatal. El siguiente en sufrir un deterioro grave de su salud fue el propio Bock. Ya el 13 de diciembre de 1941, le dijo a Brauchitsch que se encontraba «físicamente muy debilitado». «La “enfermedad rusa” y un evidente sobreesfuerzo me han debilitado tanto —escribió algunos días

después— que debo temer no estar a la altura de mi responsabilidad». El 16 de diciembre de 1941, le pidió permiso a Hitler para obtener una baja por enfermedad. No tenía nada que ver, sin embargo, con alguna diferencia de opinión entre los dos hombres. Antes de que abandonara el frente el 19 de diciembre de 1941, entregando el mando del Grupo de Ejércitos Centro al mariscal de campo Günther von Kluge, Bock dictó órdenes a sus tropas para que mantuvieran las posiciones. Anotó en su diario que la reunión que mantuvo con Hitler el 22 de diciembre de 1941 fue «muy cordial». Que se trataba de una enfermedad real y no diplomática se vio bien a las claras con la petición que Bock le hizo a Hitler para ser destinado de nuevo a una posición de mando en el frente en cuanto se hubiese recobrado, como de hecho no tardó en ocurrir.[304]

El 16 de diciembre de 1941, en el más importante de esos cambios en los altos mandos del ejército, Hitler aceptó la renuncia del mariscal de campo Walther von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército. Brauchitsch, zarandeado por las exigencias mutuamente enfrentadas del Führer y de los generales, había sido incapaz de resistir la tensión de la derrota. También él sufrió un ataque al corazón a mediados de noviembre. Después de alguna discusión, Hitler decidió que sería él mismo quien lo sustituiría y no otro general.[305] El anuncio de Hitler de que él mismo había sustituido a Brauchitsch y asumido la dirección de las operaciones militares fue acogido con alivio por muchas de las tropas alemanas asediadas. «Ahora el Führer ha tomado nuestro destino en sus propias manos —dijo Albert Neuhaus a su mujer el 21 de diciembre de 1941— después de que Brauchitsch haya renunciado por enfermedad. Y el Führer sabrá cómo desplegar a sus soldados donde sea conveniente hacerlo».[306] Los generales también suspiraron aliviados. Al final había dejado de depender de ellos la responsabilidad de rescatar al ejército del caos en las inmediaciones de Moscú. Guderian esperaba una acción «rápida y enérgica» con la «energía de costumbre» en Hitler, mientras que otro oficial al mando de los carros de combate, el general Hans-Georg Reinhardt, veía con agrado el hecho de que sería «finalmente una orden del Führer» la que aportaría «claridad» a propósito de qué hacer a continuación. Únicamente unos pocos mantenían el escepticismo, siendo uno de ellos el general Heinrici, quien le escribió a

su mujer el 20 de diciembre de 1941 que Hitler había asumido el control del mando, pero «probablemente tampoco estará en su mano dar un vuelco a la situación».[307]

Sin embargo, casi todos los generales consideraban que Hitler ya había dado muestras de su genio como jefe militar en 1940, y confiaban en que podría desatar el nudo gordiano. Poniéndose en acción con impaciencia para llenar el vacío en la toma de decisiones, Hitler ordenó traer refuerzos desde el oeste y dijo a sus tropas en el frente oriental que mantuvieran sus posiciones hasta que aquéllos llegaran. «Hay que infundir en las tropas por todos los medios, incluso los más duros, una voluntad ciega por defender el terreno sobre el que están situadas», les dijo a los oficiales del Grupo de Ejércitos Centro cuatro días más tarde. «Hablar de la retirada de Napoleón es amenazar con que se haga realidad», advirtió el 20 de octubre de 1941. La retirada de Napoleón fue el principio del fin para el emperador francés. A él no iba a sucederle lo mismo.[308] Su orden de resistir con firmeza no solamente aclaró qué debía hacer el ejército, sino que además tuvo cierta repercusión en el aumento de la moral. Por otra parte, el hecho de que esa orden se aplicara a rajatabla empezó a tener un efecto sobre los repliegues tácticos que, a una escala más reducida, requería con frecuencia lo desesperado de la situación en diversas partes del frente. En particular, Gotthard Heinrici sentía una frustración cada vez mayor ante las reiteradas órdenes de resistir con firmeza, cuando lo que todo esto conllevaba era un peligro incesante de verse rodeados. «El desastre continúa», le escribió a su mujer la Nochebuena de 1941:

> Y en la cúpula, en Berlín, en lo más alto, nadie quiere admitirlo. Los dioses ciegan primero a quienes quieren destruir. No hay día en que no experimentemos esto nuevamente. Pero por razones de prestigio nadie se atreve a dar un paso atrás con decisión. No quieren admitir que su ejército ya se halla completamente rodeado delante de Moscú. Se niegan a reconocer que los rusos puedan lograr algo semejante. Y con una completa ceguera están hundiéndose en el abismo. Y terminarán por perder en cuatro semanas su ejército delante de Moscú, y más tarde perderán totalmente la guerra.[309]

Heinrici criticaba con dureza a sus superiores, que se negaban a ordenar una retirada «por miedo a ofender a la cúpula dirigente».[310]

Éste fue el comienzo de una leyenda que ha perdurado mucho tiempo, repetida después de la guerra por muchos de los generales de Hitler que sobrevivieron, según la cual solamente con que Hitler les hubiese dejado a ellos continuar al timón, podrían haber logrado la victoria. Las guerras se ganaron gracias a los generales de carrera; la intromisión de un aficionado como Hitler, por más dotado que pudiese estar, al final sólo podía conducir al desastre. No obstante, la verdad fue muy diferente. La ciega insistencia de los generales en atacar durante el otoño y a principios del invierno de 1941, su fracaso en preparar posiciones defensivas para resistir durante el invierno, su optimismo ingenuo frente a lo que ellos sabían que era un enemigo decidido y bien pertrechado, su negativa deliberada a extraer consecuencias del cansancio creciente de las tropas, las dificultades cada vez mayores de abastecimiento y la inadecuación de gran parte de sus equipos en el frío glacial del invierno ruso los abocó entrado el mes de diciembre a una situación de parálisis inducida por el desaliento y la indecisión. La estabilización de la situación por parte de Hitler no hizo más que aumentar el desprecio que éste sentía por ellos. «De nuevo una escena acalorada con el Führer —recogió Halder en su diario el 3 de enero de 1942 —enlaqueél pone en duda que los generales tengan el valor de tomar decisiones difíciles».[311] Hitler estaba ahora decidido a no consentir a los generales ni una sola libertad más. El mariscal de campo Wilhelm Ritter von Leeb, al mando del Grupo de Ejércitos Norte, se encontró con las críticas de Hitler cuando se presentó ante él el 12 de enero de 1942 con la finalidad de pedirle que autorizase, para evitar más pérdidas, la retirada de algunas posiciones que él consideraba indefendibles. Hitler, con el apoyo de Halder, pensaba que esto debilitaría el flanco norte del Grupo de Ejércitos y dificultaría la campaña del verano siguiente. Cuando vio que no se salía con la suya, presentó su renuncia, la cual le fue aceptada el 16 de enero de 1942. A su sustituto, el general Georg von Küchler, Halder le expresó con firmeza que se esperaba de él que obedeciera las órdenes emanadas del cuartel general de Hitler.[312]

Desobedecer las órdenes de Hitler implicaba ahora graves consecuencias. El general Heinz Guderian se reunió con Hitler el 20 de diciembre de 1941 para suplicarle que le diese permiso para emprender la

retirada. Hitler le dijo que él ordenaría que las tropas se atrincherasen y combatiesen. Sin embargo, objetó Guderian, había más de un metro y medio de suelo congelado. Hitler repuso que en ese caso las tropas tendrían que sacrificarse. Contaba con el apoyo de Halder y Kluge, quienes sentían antipatía hacia el arrogante y terco jefe de carros de combate, como también con el apoyo de Bock, y vio en el incidente una oportunidad para desembarazarse de él. Desobedeciendo la orden expresa de Kluge, Guderian llevó a cabo una operación de repliegue a gran escala, diciéndole a su oficial al mando: «Conduciré mi ejército en estas circunstancias extraordinarias de manera que pueda responder por él ante mi conciencia». Kluge pensó que ante quien debía responder era ante sus superiores, y le dijo a Hitler que o se iba Guderian o se iba él mismo. El 26 de diciembre de 1941, Guderian fue destituido. La falta de solidaridad entre los generales al mando hacía poco menos que imposible cualquier intento que pudiesen hacer por adoptar una postura contra la insistencia inamovible de Hitler en resistir a toda costa.[313] El general Erich Hoepner, jefe de carros de combate, señaló con agudeza: «La "voluntad fanática" no bastará por sí sola. La voluntad está. Lo que falta es la fuerza».[314] Enfrentado al aislamiento del Vigésimo Cuerpo del Ejército, Hoepner solicitó permiso para replegarse y retirarse hasta una línea más fácilmente defendible. El nuevo jefe del Grupo de Ejércitos Centro, el mariscal de campo Günther von Kluge, le dijo que estaba informando del asunto a Hitler y le ordenó prepararse para un repliegue inmediato. Pensando que ello significaba que Hitler daría su aprobación y no queriendo exponerse al desastre por demorarse más, Hoepner empezó de todos modos el repliegue, retirando a sus tropas en la tarde del 8 de enero de 1942. Consternado y temiendo lo que pudiera pasar por la cabeza de Hitler, Kluge puso de inmediato la maniobra en conocimiento del Führer, quien esa misma noche expulsó a Hoepner del ejército sin asignarle una pensión.[315]

Con esos cambios y otros más abajo en la cadena de mando, Hitler había logrado establecer un dominio absoluto sobre los altos mandos del ejército. Desde entonces los altos mandos harían lo que él quisiera. Su profesionalidad jactanciosa había fracasado ante Moscú. El propio Hitler estaría ahora al mando de las operaciones militares. Con esta victoria sobre

los generales, podía permitirse cierta relajación en su férrea insistencia en no retroceder. A mediados de enero de 1942, el mariscal de campo Kluge había obtenido la aprobación de Hitler para realizar una serie de modificaciones del frente incluyendo algunos repliegues localizados a su «posición de invierno». Los combates continuaban a medida que el Ejército Rojo organizaba ininterrumpidamente ataques que tenían por objeto la estrecha línea de comunicación alemana con la retaguardia. El general Heinrici se granjeó una reputación considerable como estratega defensivo al resistir hasta que los ataques rusos perdieron ímpetu; al final de la guerra iba a perseguirle nuevamente, cuando Hitler puso bajo su responsabilidad la defensa de Berlín.[316] No obstante, la magnitud del desastre de Moscú era clara para todos. Zhukov había obligado a retroceder a los alemanes hasta el punto desde donde éstos habían lanzado la operación Tifón dos meses antes. Para el ejército alemán esto era, como señaló el general Franz Halder, «la crisis más grave en dos guerras mundiales».[317] Las pérdidas causadas a las fuerzas armadas alemanas fueron enormes. En 1939, únicamente hubo 19.000 muertos: y en todas las campañas de 1940 las pérdidas alemanas habían totalizado no más de 83.000; eran muchos, ciertamente, pero no insustituibles. Sin embargo, en 1941, se habló de 357.000 soldados alemanes muertos o desaparecidos en combate, más de 300.000 de ellos en el frente oriental. Eran unas pérdidas enormes que no se podían reemplazar fácilmente. Lo único que evitó que el desastre fuese todavía peor fue la decisión de Stalin de atacar a lo largo de todo el frente en lugar de sacar partido concentrando sus fuerzas en un ataque sin cuartel contra el Grupo de Ejércitos Centro alemán.[318]

A pesar de todos sus avances desde el 22 de junio de 1941, los alemanes no habían logrado sus objetivos en ninguna parte. El optimismo arrogante de las primeras semanas de la operación Barbarroja había dado paso a una sensación cada vez mayor de crisis, reflejada en las continuas destituciones ordenadas por Hitler de sus generales al mando. Las fuerzas militares alemanas se habían mostrado por vez primera vulnerables. Después de Moscú, Hitler seguía siendo optimista acerca de las posibilidades de victoria. Pero ahora sabía que lograrlo llevaría más tiempo del que había previsto inicialmente.[319] La invasión de la Unión Soviética

había cambiado el aspecto de la guerra de manera irrevocable. A una serie de victorias fáciles en el oeste había seguido una lucha en el este cada vez más enconada. Lo que ocurría en el frente soviético empequeñecía cuanto se había visto en Francia, Dinamarca, Noruega u Holanda. A partir del 22 de junio de 1941, por lo menos dos terceras partes de las fuerzas armadas alemanas estuvieron siempre desplegadas en el frente oriental. El número de quienes combatieron y perdieron la vida en dicho frente y en su retaguardia fue mayor que el de todos los demás escenarios de guerra juntos desde 1939 a 1945, incluyendo el de Extremo Oriente. La mera magnitud de la lucha fue extraordinaria. Como también lo eran el encarnizamiento y el fanatismo ideológico de los dos bandos. Fue en definitiva en el frente oriental más que en ningún otro donde quedó sellada la suerte de la guerra.[320]

# 3

# «LA SOLUCIÓN FINAL»

# «NINGUNA PIEDAD, NADA»

## I

Al entrar en Kovno (Kaunas), en Lituania, el 27 de junio de 1941, el teniente coronel Lothar von Bischoffshausen, oficial del ejército, observó a una multitud de hombres, mujeres y niños que, reunidos en el patio delantero de una estación de servicio junto a la carretera, reían y prorrumpían en clamores. Llevado por la curiosidad, se detuvo para ver lo que estaba sucediendo. Bischoffshausen, un soldado de carrera nacido en 1897 y antiguo combatiente del Afrika Korps, había recibido múltiples condecoraciones y no era un liberal humanitario, pero cuando se aproximó al gentío también él quedó impresionado por lo que vio:

> En el patio de cemento de la estación de servicio, un hombre rubio de estatura media, de unos veinticinco años de edad, estaba de pie apoyado en un palo de madera dándose un respiro. El palo era tan grueso como su brazo y le llegaba hasta el pecho. A sus pies yacían entre quince y veinte personas muertas o moribundas. Por una manguera salía agua que arrastraba la sangre al alcantarillado. A sólo unos pocos pasos por detrás de ese hombre, otros veinte hombres, vigilados por civiles armados, aguardaban en pie su cruel ejecución en silenciosa sumisión. En respuesta a una rápida señal, el siguiente se adelantaba en silencio y era salvajemente apaleado hasta la muerte con el palo de madera, mientras el público jaleaba con entusiasmo cada uno de los golpes.[1]

Bischoffshausen señaló que algunas de las mujeres levantaban a sus hijos para que pudiesen ver mejor. Más tarde, oficiales del Estado Mayor le dijeron que los asesinatos fueron una acción espontánea de los habitantes del lugar «en represalia contra los colaboradores y los traidores de la ocupación rusa finalizada poco antes». En realidad, al igual que manifestaron otros testigos oculares, las víctimas eran judías en todos los casos. Un fotógrafo alemán consiguió obtener fotografías del episodio.

Mostrando su pase del ejército, impidió que un hombre de las SS le confiscara la película, conservando así para la posteridad un documento de esos acontecimientos. Bischoffshausen informó de la matanza a sus superiores. Aunque descubrió que integrantes del Servicio de Seguridad de las SS habían estado presentes en la zona desde el 24 de junio de 1941, y no era difícil sospechar que habían contribuido a incitar la matanza, el general al mando en el área le comunicó que se trataba de un asunto interno de los lituanos y rehusó intervenir.[2]

Lo que vio no era fruto de la casualidad, un episodio singular o espontáneo de violencia. Las fuerzas alemanas, nada más entrar en la Unión Soviética y los diversos territorios controlados por ésta seguidas por los cuatro grupos operativos del Servicio de Seguridad de las SS y sus correspondientes unidades operativas, con la participación de varios batallones policiales, habían empezado a cumplir las órdenes que Heydrich les había dado de matar a los civiles resistentes, a cuadros y judíos del Partido Comunista, así como a todos los prisioneros de guerra judíos, con el fin, según creían ellos, de eliminar cualquier posibilidad de resistencia o subversión de los «bolcheviques judíos». En un principio, de las matanzas debían encargarse siempre que fuera posible miembros de la población local, a quienes los nazis esperaban levantar contra sus opresores comunistas y judíos.[3] En un informe escrito a mediados de octubre de 1941, el jefe del grupo operativo A, Walther Stahlecker, puso por escrito la orden de Heydrich de poner en marcha lo que él denominaba «medidas de autolimpieza» por parte de la población local o, en otras palabras, pogromos antijudíos que iban a parecer acciones espontáneas realizadas por lituanos patriotas. Era importante «crear para la posteridad el hecho firmemente sustentado y demostrable de que la población liberada adoptó por iniciativa propia las medidas más duras contra el enemigo bolchevique y judío, sin que ninguna consigna del lado alemán pudiera apreciarse». «Al principio resultó extrañamente difícil poner en marcha allí un pogromo a gran escala», dijo Stahlecker, pero al final un líder local partisano antibolchevique se las arregló, «sin que pudiera percibirse que los alemanes hubiesen ordenado algo al respecto o alentando a ello de algún modo», para matar a más de 1.500 judíos en la noche del 25 al 26 de junio y a otros

2.300 la noche siguiente, prendiendo fuego también a sesenta casas judías y a varias sinagogas. «Las unidades de las fuerzas armadas fueron informadas y mostraron una plena comprensión hacia los hechos», añadió.[4]

Pogromos de este tipo se sucedieron en muchos lugares durante los primeros días de la ocupación. La experiencia de la ocupación soviética desde la primavera de 1940, bajo la cual las élites autóctonas y los nacionalistas habían sido perseguidos, detenidos, deportados o ejecutados, había exacerbado el antisemitismo en los Estados bálticos. Stalin había estimulado a la minoría rusa y a la judía para que ayudaran a construir los nuevos Estados soviéticos de Letonia, Lituania y Estonia, y dos terceras partes del Comité Central del Partido Comunista de Letonia eran de ascendencia rusa o judía, si bien, claro está, como todos los comunistas, rechazaban sus identidades étnicas y religiosas de origen en aras del internacionalismo secular bolchevique. Por su parte, los nazis consideraban a los pueblos bálticos no como eslavos infrahumanos, sino como potencialmente asimilables a la raza dominante alemana. Sin embargo, en esos países solamente una minoría muy reducida de nacionalistas extremistas descargó sobre la población judía local el odio al comunismo que habían acumulado durante el período de la ocupación soviética.[5] El grupo operativo A, por ejemplo, para matar a 400 judíos en Riga tuvo que recurrir más a una policía auxiliar que a los civiles de la localidad. Es más que probable que en la práctica hubiera que seguir el mismo procedimiento en otras áreas como Mitau, donde la población judía local de 1.550 personas fue, según se dijo, «asesinada por la población sin excepción alguna». Por último, en Estonia la población judía era tan escasa —no más de 4.500 personas— que esas acciones no eran posibles en absoluto, y la mayor parte de los judíos se las arregló para ponerse a salvo.[6] Cuando las tropas alemanas alcanzaron Estonia, los grupos operativos de la Seguridad de las SS y otras unidades de Letonia y Lituania habían pasado en cualquier caso a matar por sí mismos a los varones judíos. En la localidad fronteriza lituana de Garsden (Gargzdai), donde las tropas alemanas se habían topado con una resistencia feroz del Ejército Rojo, la seguridad fue cedida a una unidad de la policía de fronteras de Memel, que detuvo a entre 600 y 700 judíos. Actuando bajo las órdenes del jefe de la Gestapo en Tilsit, Hans-

Joachim Böhme, hicieron marchar a 200 varones y a una mujer judíos (la mujer de un comisario político soviético) a un terreno situado en las inmediaciones, donde los obligaron a cavar sus propias tumbas y acto seguido, en la tarde del 24 de junio de 1941, los fusilaron sin excepción. Una de las víctimas fue un muchacho de doce años. Conocida ahora como la unidad operativa de Tilsit, el grupo de Böhme se desplazó luego al este, matando a más de 3.000 civiles hasta el 18 de julio de 1941.[7]

El 30 de junio de 1941, Himmler y Heydrich hicieron una visita al grupo, cuyas acciones contaron con la aprobación de ambos. Obviamente, Böhme y sus hombres estaban satisfaciendo sus deseos. Las fuerzas alemanas trataban a todos los varones judíos como comunistas, partisanos, saboteadores, saqueadores, miembros peligrosos de la élite intelectual o simplemente «elementos sospechosos», y obraban en consonancia con ello. El antisemitismo condujo también a que las tropas alemanas regulares fusilasen a los soldados judíos capturados en vez de someterlos a un cautiverio tras el frente. El soldado Albert Neuhaus, de Münster, nacido en 1909 y por tanto algo mayor que la media de edad de los soldados, escribió el 25 de junio de 1941 que «aquí, en lo que era Lituania, las cosas están mucho más judaizadas y por ello no hay piedad con el enemigo».[8] La mezcla entre el antisemitismo ideológicamente preconcebido y la racionalización con criterios militares o de seguridad, así como la implicación de diversas instancias en las matanzas, resultaba manifiesta en una carta que un soldado alemán envió a sus padres el 6 de julio de 1941 desde Tarnopol, en la Galitzia oriental. Tras describir el descubrimiento de los cuerpos mutilados de soldados alemanes a quienes habían capturado las tropas del Ejército Rojo, el soldado proseguía:

> Ayer nosotros y las SS actuamos compasivamente, ya que a todo judío capturado lo fusilábamos en el acto. Hoy ha sido diferente, ya que hemos vuelto a encontrar los cuerpos mutilados de sesenta camaradas. Esta vez los judíos tuvieron que subir los cadáveres del sótano, tenderlos cuidadosamente y a continuación fijarse en las atrocidades. Después, tras examinar a las víctimas, fueron golpeados con porras y palas hasta la muerte. Hasta ahora hemos enviado al otro barrio a unos mil judíos, pero siguen siendo pocos para lo que han hecho.[9]

Los judíos, claro está, no tenían en absoluto relación alguna demostrable con las atrocidades. No obstante, un total de unos 5.000 integrantes de la población judía de la localidad, incluyendo a un pequeño número de mujeres y niños, fueron masacrados.[10]

A finales de junio y durante las primeras semanas de julio, los grupos operativos mataron a una cantidad cada vez mayor de hombres judíos en los territorios ocupados en el este, alentados por las visitas frecuentes de Himmler y Heydrich a sus áreas de actividad. Los líderes de las SS empezaron a asignar a los grupos operativos cuotas que éstos tenían que cumplir. En Vilna (Vilnius), al menos 5.000 y probablemente hasta 10.000 judíos fueron ejecutados hasta finales de julio. A la mayor parte de ellos los condujeron a unas fosas que el Ejército Rojo había excavado con anterioridad para una base de carros de combate, los obligaron a atarse las camisetas en torno a la cabeza de forma que no pudiesen ver, y acto seguido los ametrallaron por docenas. Tres unidades del Servicio de Seguridad de las SS en Riga, con ayuda de la policía auxiliar local, habían dado muerte a otros 2.000 judíos en un bosque en las afueras de la población a mediados de julio, mientras otros miles de judíos eran igualmente fusilados en otros núcleos de población. En el transcurso de la escalofriante actividad no tardó en irse prescindiendo de las formalidades legales que habían acompañado los primeros fusilamientos en masa, incluyendo los rituales convencionales propios de los pelotones de fusilamiento.[11] Ya el 27 de junio de 1941, hombres pertenecientes a diversas unidades bajo el mando general de la 221ª División de Seguridad del Ejército habían conducido a más de 500 judíos hasta una sinagoga en Bialystok y los habían quemado vivos, mientras unidades del ejército volaban los edificios circundantes para detener la propagación del fuego. Otros judíos fueron detenidos por las calles. Prendían fuego a sus barbas y los obligaban a bailar antes de fusilarlos. Por lo menos un total de 2.000 judíos encontraron la muerte. Poco después, un batallón policial alemán entró en lo que había quedado del barrio judío y sacó su botín en veinte camiones. Himmler y Heydrich llegaron a Bialystok a principios de julio de 1941 y se quejaron de que a

pesar de esas matanzas no se estaba haciendo lo suficiente para combatir la amenaza judía. Casi de inmediato se detuvo a más de mil varones judíos en edad militar; se los llevaron de la ciudad y los fusilaron igualmente.[12]

El grupo operativo informó de que aspiraba a «liquidar» por completo al «cuadro dirigente judeo-bolchevique» presente en el área, pero en la práctica reunió y mató prácticamente a toda la población de judíos varones adultos sin que importaran la ocupación o el nivel de estudios.[13] La invasión alemana de 1941 había constituido inicialmente una sorpresa tanto para los judíos como para Stalin, y la mayoría de los judíos no huyeron a menos que tuviesen alguna relación con el Partido Comunista. Muchos de ellos tenían recuerdos relativamente positivos de la ocupación alemana en la Primera Guerra Mundial, y estaban disgustados debido a la erradicación soviética de las instituciones judías, a la expropiación comunista de sus negocios y a las campañas antirreligiosas que los habían forzado a abandonar su indumentaria tradicional y a dejar de celebrar el Sabbath.[14] Un soldado alemán contó que su unidad había sido bien acogida en el este de Polonia no únicamente por los aldeanos que les ofrecían leche, mantequilla y huevos, sino también por los judíos, quienes, según observaba el soldado, «todavía no se han dado cuenta de que ha llegado su hora».[15] Sin embargo, las cosas no tardaron en cambiar. Las noticias de las matanzas se difundieron con rapidez y los judíos empezaron a escapar en masa a medida que se aproximaban las fuerzas alemanas. La rapidez del avance del ejército alemán era tal que a menudo los sobrepasaban y ya no podían escapar de los grupos operativos de las SS que seguían al ejército a muy corta distancia.[16] No obstante, en un informe remitido por la unidad operativa 6 del grupo operativo C el 12 de septiembre de 1941 se indicaba que el 90 por 100 de la población judía en muchas poblaciones ucranianas ya había huido. «La expulsión de cientos de miles de judíos —añadía el informe—, por lo que estamos oyendo a través de los Urales en la mayor parte de los casos, no tiene ningún coste y constituye una contribución considerable a la solución de la cuestión judía en Europa».[17]

## II

Felix Landau, un ebanista austríaco de treinta años, se encontraba en el área de Lemberg (Lvov) a principios de julio. Landau se había unido a las SS en abril de 1934 y había tomado parte en el asesinato del canciller austríaco Dollfuss en 1934.[18] Era un nazi comprometido y, por tanto, antisemita. Se había ofrecido como voluntario para el servicio en el grupo operativo C, y llegó a Lemberg el 2 de julio de 1941 con una de las unidades del grupo operativo tras los pasos de los ejércitos alemanes en su avance. Landau llevaba un diario en el que anotaba los progresos de su unidad. La entrada de las tropas alemanas en Lemberg, escribió, había descubierto los cuerpos mutilados de los nacionalistas ucranianos a quienes había matado la policía secreta soviética tras una tentativa de levantamiento, junto con, según se decía, varios aviadores alemanes capturados a quienes se había dispensado el mismo trato.[19] En realidad, en Lemberg, al igual que en otras poblaciones, la policía secreta soviética había intentado evacuar a «elementos contrarrevolucionarios» de las prisiones antes de la invasión alemana, y masacrado a todos aquellos que no estaban en condiciones de trasladarse. Entre los hombres asesinados se contaban varios prisioneros de guerra alemanes. Muchas de las víctimas habían sido golpeadas hasta la muerte y se las desenterró con huesos rotos, si bien los informes habituales de que les habían sacado los ojos o mutilado los genitales respondían más probablemente a la depredación de las ratas y otros animales carroñeros. Existe también alguna evidencia de que los nacionalistas ucranianos en Lemberg clavaban los cuerpos en la pared de la prisión, los crucificaban o les amputaban los pechos o los genitales para dar la impresión de que las atrocidades soviéticas eran incluso peores de lo que en verdad eran.[20] El descubrimiento de los cadáveres mutilados condujo a una orgía de violencia por parte de los militares, los ucranianos y la unidad del grupo operativo por igual.[21] «Poco tiempo después de nuestra llegada —anotó Landau— fusilamos a los primeros judíos». No disfrutando especialmente con ello, dijo: «No me siento muy inclinado a disparar contra gente indefensa; incluso si sólo se trata de judíos. Me gustaría bastante más un buen combate abierto y franco», pero el 3 de julio de 1941 su unidad fusiló a otros 500 judíos, y el 5 de julio de 1941 a otros 300 polacos y judíos.[22]

Poco después de llegar a la ciudad, se informó a la unidad de Landau de que ucranianos allí residentes y soldados alemanes habían llevado a 800 judíos hasta la antigua ciudadela de la policía secreta soviética y habían comenzado a agredirles, responsabilizándolos de las matanzas en las cárceles. En su camino hacia la ciudadela, Landau vio

> a cientos de judíos caminando por la calle con los rostros ensangrentados, brechas en la cabeza, las manos rotas y los ojos fuera de sus órbitas. Estaban cubiertos de sangre. Algunos de ellos llevaban a otros que se habían desplomado. Nos encaminamos a la ciudadela; allí vimos cosas que pocas personas han visto jamás. En la entrada de la ciudadela los soldados montaban guardia. Portaban palos cuyo grosor era el de la muñeca de un hombre y golpeaban con violencia y pegaban a cualquiera que se cruzara en su camino. Los judíos salían en tropel por la entrada del recinto. Había filas de judíos echados unos encima de otros como cerdos, gimiendo de una manera horrible. Una multitud de judíos salían de la ciudadela completamente bañados de sangre. Nosotros nos detuvimos e intentamos ver quién se hallaba al mando de la unidad. Alguien había dejado marchar a los judíos. Los estaban golpeando con furia y odio.[23]

Para Landau esa violencia era «perfectamente comprensible» en vista de lo que había ocurrido antes. El odio que algunos ucranianos sentían por los judíos era alimentado por el prejuicio religioso y los resentimientos nacionalistas derivados del hecho de que muchos judíos habían trabajado para terratenientes polacos. Ese odio halló expresión en el apoyo a las milicias antisemitas y de un nacionalismo extremo que marchaban hacia la Galitzia oriental al lado de las tropas alemanes. Por encima de todo, sin embargo, tanto los milicianos ucranianos como las tropas alemanas culpaban a los judíos de las matanzas de prisioneros que había llevado a cabo la policía secreta soviética en su retirada. En un lugar, Brzezany, los ucranianos creyeron cobrarse venganza golpeando hasta la muerte a los judíos con palos tachonados con clavos. En Boryslaw, el general alemán al mando, al ver tirados en la plaza los cadáveres de los hombres jóvenes a quienes la policía secreta soviética había matado en la cárcel, dio veinticuatro horas a una multitud furibunda para que hiciese cuanto quisiera con los judíos de la localidad. Los judíos fueron apresados, los obligaron a limpiar los cadáveres, a bailar, y acto seguido fueron golpeados hasta la muerte con tubos de plomo, hachas, martillos y cualquier otra cosa que tuviesen a mano.[24] En total, sólo en esas primeras semanas de invasión 7.000 judíos murieron asesinados en Lemberg. La participación de

nacionalistas ucranianos se atestiguó ampliamente, y los ucranianos asesinaron sin duda a otros 2.000 judíos en la ciudad al finalizar el mes. Aun así, por lo general esas operaciones no eran sistemáticas.[25] Únicamente una minoría reducida de ucranianos era nacionalista radical con ganas de tomarse venganza contra los comunistas soviéticos por años de opresión y por la hambruna colectiva de principios de la década de 1930. El grupo operativo C se vio obligado a concluir que «los intentos llevados a cabo con cautela para incitar pogromos contra los judíos no han tenido el éxito que esperábamos [...] Un antisemitismo decidido con un fundamento racial o espiritual es, sin embargo, extraño a la población».[26]

Después de dejar Lemberg, la unidad de Landau se dirigió a Cracovia, en donde los fusilamientos se reanudaron.[27] Al llevar a veintitrés judíos, algunos de ellos refugiados procedentes de Viena, incluyendo a dos mujeres, hasta un bosque para fusilarlos, Landau se preguntaba a sí mismo, mientras los judíos comenzaban a cavar sus tumbas: «¿Qué diablos estará pasando por sus mentes en estos momentos? Creo que cada uno de ellos alberga una pequeña esperanza de que de algún modo no será fusilado. Los candidatos a morir se organizan en tres turnos porque faltan palas. Es extraño. Me siento del todo impasible. Ninguna piedad, nada», escribió.[28] Tras cavar las tumbas, las víctimas tenían que darse la vuelta. «Seis de nosotros teníamos que fusilarlas. La tarea se asignaba del siguiente modo: tres apuntaban al corazón, tres a la cabeza. Yo me encargaba del corazón. Los disparos se producían y los cerebros restallaban en el aire. Dos en la cabeza es demasiado. Casi la arrancaban de cuajo».[29] Después de esos actos de matanza, Landau fue puesto al mando del reclutamiento de judíos para realizar trabajos forzados. Había fusilado a veinte por negarse a presentarse el 22 de julio de 1941, después de lo cual, escribió Landau en su diario, todo marchaba sobre ruedas.[30] Aparte de esas frías descripciones de los asesinatos en masa, gran parte del diario de Landau giraba en torno a las preocupaciones tocantes a su novia, una mecanógrafa de veinte años a la que había conocido en Radom. Al acabar el año vivía con ella en una gran casa en el campo, donde él le encargó al artista y escritor judío Bruno Schulz, cuya obra lo impresionaba, pintar un mural. Ello mantuvo temporalmente con vida al artista, aunque Schulz murió poco más tarde de

un disparo efectuado por uno de los oficiales que rivalizaban con Landau en la SS local.[31] Si Landau mostró algún remordimiento, no dejó constancia del mismo.

Esos asesinatos y pogromos masivos tuvieron lugar a menudo en público, y además de ser observados y atestiguados por participantes y espectadores, también fueron fotografiados. Soldados del ejército y hombres de las SS conservaban en sus carteras instantáneas de las ejecuciones y los fusilamientos y las enviaban a casa para la familia y los amigos, o bien las llevaban hasta Alemania cuando tenían un permiso. Muchas de esas fotos se encontraron en los soldados alemanes a quienes el Ejército Rojo había matado o capturado. Los soldados pensaban que esos testimonios y fotos mostrarían cómo se aplicaba la justicia alemana a un enemigo brutal e infrahumano. La población judía parecía confirmar cuanto habían leído en *Der Stürmer*, el tabloide antisemita de Julius Streicher: en cualquier lugar de Europa oriental adonde iban los soldados encontraban «lugares mugrientos de mala muerte» repletos de «bichos», «suciedad y deterioro», habitados por «cantidades inacabables de judíos, esos repulsivos sujetos del *Stürmer*».[32] En el sector meridional del frente, el mariscal de campo Gerd von Rundstedt se encontró en zonas que condenaba categóricamente como un «mugriento agujero judío de mala muerte».[33] «Todo se encuentra en el estado más penoso —le escribió el general Gotthard Heinrici a su mujer el 11 de julio de 1941—. Estamos aprendiendo a apreciar las ventajas de la cultura bolchevique. Sólo hay muebles de la clase más rudimentaria. Vivimos sobre todo en cuartos vacíos. La Estrella de David está pintada por todas las paredes y en las mantas».[34] La identificación ocasional que hacía Heinrici entre la suciedad, el bolchevismo y la «Estrella de David» era habitual. Impregnó las acciones de muchos oficiales y efectivos de cualquier rango en el curso de la campaña oriental.

## III

El 16 de julio de 1941, hablando con Göring, Lammers, Rosenberg y Keitel, Hitler manifestó que era necesario «fusilar a cualquiera por el solo hecho de que mire con recelo» para pacificar las áreas ocupadas:[35] «Adoptaremos en cualquier caso todas las medidas necesarias —fusilamientos, deportaciones, etc.— [...] Los rusos han ordenado una guerra de guerrillas detrás de nuestras líneas. Esta guerra de guerrillas presenta una ventaja: nos brinda la posibilidad de exterminar todo aquello que se nos ponga por delante». En la mente de Hitler se encontraban por supuesto en primer lugar los judíos entre los adversarios, y no solamente en Rusia, sino en el resto de Europa, de hecho en el resto del mundo. Al día siguiente, hizo públicos dos nuevos decretos sobre la administración de los nuevos territorios conquistados en el este, dando a Himmler un control absoluto sobre las «medidas de seguridad», incluyendo, no hacía ni falta decirlo, la eliminación de la amenaza de «subversión judeo-bolchevique». Himmler entendía que esto significaba desalojar a todos los judíos de esas áreas mediante una combinación de fusilamientos y confinamientos en guetos. Desde el punto de vista de Himmler, esto allanaría el camino para la ulterior puesta en práctica de sus ambiciosos planes de reestructuración racial de Europa oriental, así como por supuesto para aumentar enormemente su propio poder en relación con el del jefe administrativo nominalmente responsable de la región, Alfred Rosenberg. Himmler envió a la región dos brigadas de caballería de las SS, contabilizando cerca de 13.000 hombres, el 19 y el 22 de julio, respectivamente.[36]

El 28 de julio de 1941, Himmler estableció unas directrices para la 1ª Brigada de Caballería de las SS, con el propósito de ayudarla en su tarea de ocuparse de los habitantes de los extensos pantanos del Pripet:

> Si la población, vista en términos nacionales, es hostil, inferior desde un punto de vista racial y humano, o también, como a menudo será el caso en zonas pantanosas, está formada por criminales que se han asentado allí, hay que fusilar a cualquiera que sea sospechoso de dar apoyo a los partisanos, llevarse a las mujeres y a los niños y confiscar y poner en lugar seguro el ganado y los alimentos. Las aldeas han de quedar arrasadas.[37]

Se entendió desde el comienzo que los «bolcheviques judíos» alentaban a los partisanos y que, en consecuencia, una tarea fundamental de las brigadas de caballería era la matanza de los judíos presentes en el área. El 30 de julio

de 1941, la 1ª Brigada de Caballería de las SS indicó en la conclusión de un informe: «Además, hasta el final del período que abarca este informe, se ha fusilado a 800 hombres y mujeres judíos con edades comprendidas entre los dieciséis y los sesenta años por alentar el bolchevismo y a los irregulares bolcheviques».[38] Extender las matanzas de hombres judíos a las mujeres y a los niños judíos elevó asimismo los índices de asesinatos a nuevas cotas. La escala de las matanzas llevadas a cabo particularmente por las brigadas de caballería de las SS recientemente asignadas carecía de precedentes. A las órdenes del teniente general de las SS y jefe de la policía de Rusia central, Erich von dem Bach-Zelewski, una brigada fusiló a más de 25.000 judíos en menos de un mes, siguiendo una orden dictada a principios de agosto por Himmler, quien se hallaba de visita en la zona, según la cual «todos los hombres judíos deben ser fusilados. Empujen a las mujeres judías a los pantanos». Las mujeres no iban a sobrevivir mucho tiempo; en otras palabras, terminarían ahogadas en los pantanos del Pripet. Sin embargo, como informaba la caballería de las SS el 12 de agosto de 1941: «Empujar a las mujeres y los niños a los pantanos no tuvo el éxito esperado, ya que los pantanos no eran lo bastante profundos para que se hundieran en ellos. En la mayoría de casos, daban con suelo firme (probablemente arena) a un metro de profundidad, de manera que ahogarse en ellos no era posible».[39]

Si no era posible empujar a las mujeres a los pantanos del Pripet, entonces, concluían los oficiales de las SS, había que fusilarlas igualmente. Ya en la primera quincena de agosto, Arthur Nebe, el jefe del grupo operativo B, que operaba en el área de Bach-Zelewski, ordenó a sus tropas que comenzasen a fusilar a las mujeres y a los niños al igual que a los hombres. Más al sur, la otra brigada de las SS de Himmler, a las órdenes de Friedrich Jeckeln, empezó los fusilamientos sistemáticos de toda la población judía, matando a 23.600 hombres, mujeres y niños en Kamenetsk-Podolsk en tres días a finales de agosto de 1941. El 29 y el 30 de septiembre de 1941 los hombres de Jeckeln, apoyados por unidades policiales ucranianas, trasladaron desde Kiev a un gran número de judíos, a quienes se había convocado, con vistas a un reasentamiento, al barranco de

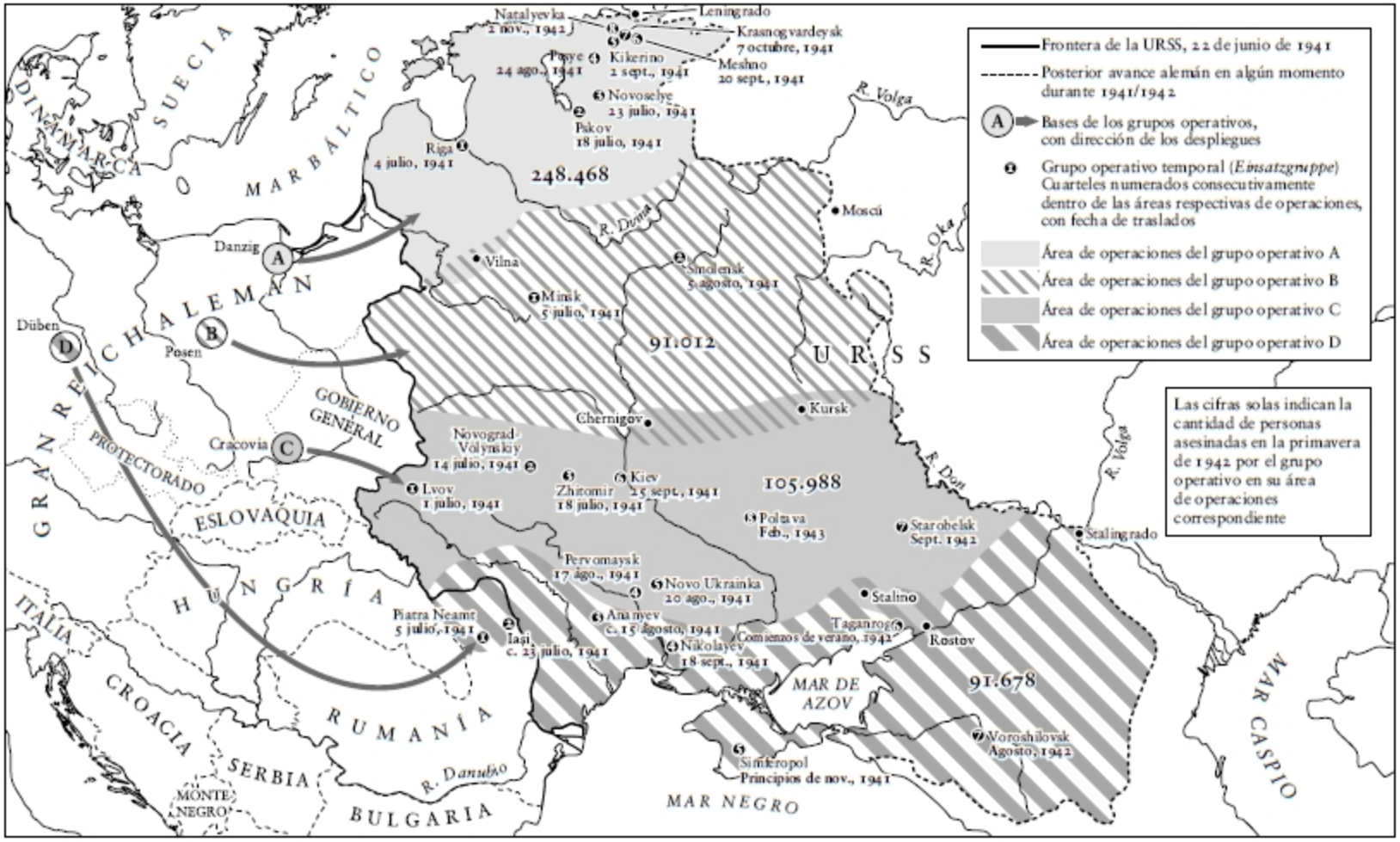
Babi Yar, donde los obligaron a desvestirse. Como testificó más tarde Kurt Werner, un miembro de la unidad a la que se había ordenado llevar a cabo las matanzas:

> Los judíos tenían que tenderse boca abajo en el suelo junto a las paredes del barranco. Había tres grupos de tiradores situados al fondo del barranco, cada uno de ellos compuesto aproximadamente por una docena de hombres. Esos pelotones de fusilamiento recibían simultáneamente a sendos grupos de judíos. Cada grupo sucesivo de judíos tenía que tenderse sobre los cuerpos de aquellos a quienes ya se había fusilado. Los tiradores se situaban detrás de los judíos y los mataban con un tiro en la nuca. Todavía recuerdo hoy el terror absoluto de los judíos cuando se percataron por vez primera de los cuerpos cuando éstos alcanzaron el borde superior del barranco. Muchos gritaban dominados por el pánico. Resulta poco menos que inconcebible imaginar qué nervios de acero exigía llevar a cabo aquel trabajo sucio allí abajo. Era horrible [...] Tuve que pasarme toda la mañana en el barranco. Parte del tiempo no hacía otra cosa que disparar sin descanso.[40]

En dos días, según informó el grupo operativo C el 2 de octubre de 1941, la unidad mató a un total de 33.771 judíos en el barranco.[41]

Las tropas de Jeckeln habían fusilado al finalizar octubre a más de 100.000 judíos entre hombres, mujeres y niños. En otros lugares situados detrás del frente oriental, los grupos operativos y otras unidades que los secundaban empezaron asimismo a matar a las mujeres y a los niños al igual que a los hombres, comenzando a hacerlo en diversos momentos desde finales de julio hasta principios de septiembre.[42] En todos los casos, a los pocos hombres que se negaron a participar en los asesinatos les concedían un período de descanso sin que hubiese consecuencias disciplinarias para ellos. Esto incluía también a altos mandos, como por ejemplo el jefe de la unidad operativa 5 perteneciente al grupo operativo C, Erwin Schulz. Cuando le dijeron a principios de agosto de 1941 que Himmler había ordenado fusilar a todos los judíos que no se destinasen a trabajos forzados, Schulz solicitó una entrevista con el jefe de personal de la Oficina Central de Seguridad del Reich, quien, tras escuchar las objeciones de Schulz a participar en la acción, convenció a Heydrich para relevar al reacio oficial de sus obligaciones y devolverlo a su antiguo puesto en la Academia de Policía de Berlín sin ningún menoscabo para su carrera. Sin embargo, la gran mayoría de los oficiales y los hombres tomaba parte por voluntad propia y no planteaba objeciones. El antisemitismo profundamente

asentado se mezclaba con el deseo de no parecer débil y con varios otros motivos, no siendo el menor de ellos la codicia, ya que, como en Babi Yar, se convertían en botín las posesiones de las víctimas de todas estas matanzas, sus casas eran saqueadas y sus propiedades confiscadas. Como admitió más tarde un responsable de la policía implicado en los asesinatos, el pillaje tenía que beneficiar a todos.[43]




10. Operaciones de matanza de los grupos operativos de las SS, 1941-1943.

En la población de Stanislawów, en Galitzia, Hans Krüger, el jefe de la Policía de Seguridad, fue informado por las autoridades alemanas locales de que el gueto que estaban a punto de constituir no iba a poder albergar la totalidad de la población judía de la localidad, que se cifraba en unas 30.000 personas, posiblemente más. De manera que el 12 de octubre de 1941 mandó detener a los judíos de la población y los puso en fila en una larga cola que se extendía hasta el borde de unas zanjas abiertas que se habían excavado en el cementerio de la localidad. Allí los fusilaron policías alemanes, individuos de ascendencia alemana y ucranianos nacionalistas, para quienes Krüger dispuso una mesa repleta de comida y alcohol en los intervalos de los fusilamientos. Mientras Krüger supervisaba la masacre, caminando a zancadas en círculo con una botella de vodka en una mano y un perrito caliente en la otra, los judíos comenzaron a sentir pánico. Familias enteras saltaron a las zanjas, donde fueron fusiladas o enterradas bajo cuerpos que les caían encima; otros fueron fusilados al tratar de escalar por las paredes del cementerio. Cuando el sol se puso habían muerto entre 10.000 y 12.000 judíos, hombres, mujeres y niños. Krüger anunció entonces a los que quedaban que Hitler había aplazado su ejecución. Muchos fueron pisoteados en la carrera hacia las puertas del cementerio, donde los volvieron a detener y los trasladaron al gueto.[44]

En algunos casos, como en la población de Zloczów, los mandos del ejército alemán en la localidad protestaron y se las arreglaron para detener los asesinatos, por lo menos con carácter temporal.[45] Por el contrario, en la aldea de Byelaya Tserkow, al sur de Kiev, el coronel Riedl, comandante de campaña austríaco, tenía registrada a toda la población judía y ordenó a una unidad del grupo operativo C fusilarlos a todos. Junto con los milicianos ucranianos y una sección de soldados del ala militar de las SS, las tropas del grupo operativo llevaron a varios cientos de hombres y mujeres judíos a un campo de tiro de las inmediaciones y les descerrajaron un tiro en la cabeza. Poco después, el 19 de agosto de 1941, cargaron en camiones a varios de los hijos de las víctimas y los condujeron al campo de tiro, fusilándolos de igual modo, pero noventa de los más jóvenes, desde bebés hasta niños de seis años, quedaron atrás, sin vigilancia, en un edificio situado en las afueras de la aldea, sin comida ni agua. Los soldados alemanes los oyeron

chillar y sollozar por la noche, y alertaron al capellán militar católico de su unidad, que encontró a los niños sedientos, tirados por el suelo en unas condiciones deplorables, cubiertos de moscas, con el piso lleno de excrementos. Fuera quedaban unos cuantos guardias armados ucranianos sin un propósito fijo, pero los soldados alemanes eran libres de ir y venir a su antojo. El capellán consiguió la ayuda de un oficial del estado mayor del regimiento, el teniente coronel Helmuth Groscurth, quien, después de inspeccionar el edificio, apostó soldados alrededor del mismo para impedir que se llevasen a los niños. Indignado ante la anulación de su autoridad, Riedl se quejó ante el oficial al mando en la región, el mariscal de campo von Reichenau, de que Groscurth y el capellán estaban distanciándose de la ideología nacionalsocialista en sentido estricto. «Explicó —según informó Groscurth— que mantenía el exterminio de las mujeres y los niños judíos por tratarse de un asunto urgente». Reichenau respaldó a Riedl y ordenó que el asesinato de los niños siguiera adelante. El 22 de agosto de 1941, llevaron a los niños y los bebés a un bosque cercano y los fusilaron junto a una zanja que las tropas de Riedl habían excavado. Posteriormente, el oficial de las SS al mando, August Häfner, explicó que tras alegar que no era razonable pedirles a sus propios hombres, muchos de ellos con hijos, que llevasen a cabo los fusilamientos, obtuvo permiso para encargar a las milicias ucranianas que perpetrasen la hazaña. El «llanto» de los niños, recordaba, «era indescriptible. Jamás olvidaré la escena en toda mi vida. Me resulta prácticamente insoportable. Recuerdo en particular a una niña rubia menuda que me cogía de la mano. También a ella la fusilaron más tarde [...] Muchos niños recibieron cuatro o cinco impactos de bala antes de morir».[46]

El horror de Groscurth ante semejantes acontecimientos reflejaba las dudas morales que lo habían conducido a establecer contacto con la resistencia militar-conservadora. Protestó sosteniendo que tales atrocidades en realidad no eran mejores que las cometidas por los comunistas soviéticos. Pensaba que el relato de los acontecimientos ocurridos en la aldea llegaría inevitablemente a Alemania, dañando el prestigio del ejército alemán y minando la moral. Ferviente protestante y nacionalista conservador, su valor provocó en agosto de 1941 la ira de sus superiores, y Reichenau le reprendió formalmente. En alguna medida, pudo haber

expresado sus objeciones de una manera que incomodaba a sus superiores. Sin embargo, en su informe a Reichenau el 21 de agosto de 1941 concluía que la indignación no radicaba en el fusilamiento de los niños, sino en el hecho de que hubieran estado en unas condiciones deplorables mientras los oficiales responsables de las SS dudaban qué hacer al respecto. Una vez que la decisión de matar a los adultos se había tomado, él no veía otra opción que la de matar igualmente a los niños. «Tanto los bebés como los niños —manifestó— deberían haber sido eliminados de inmediato para haber evitado esta agonía inhumana».[47]

## IV

El 12 de junio de 1941, durante una visita a Múnich, el jefe del ejército y dictador rumano Ion Antonescu recibió «directrices» de Hitler a propósito de la manera de ocuparse de los judíos en las áreas bajo control soviético hacia las que estaba previsto que el ejército rumano se desplazase diez días después como parte del plan correspondiente a la operación Barbarroja. Siguiendo sus órdenes, los mandos de la policía rumana comenzaron a confinar en guetos a los judíos que vivían en las ciudades y a «exterminar *in situ*» a los judíos hallados en el campo. 100.000 judíos huyeron de esos territorios hacia la Unión Soviética, pero no antes de que los rumanos hubiesen empezado a matarlos en gran número.[48] Ya con anterioridad a la invasión, Antonescu había ordenado inscribir en un registro a todos los judíos rumanos y prohibido que éstos desarrollasen una amplia variedad de profesiones. Se expropiaron las propiedades judías y los judíos quedaron sometidos a los requerimientos de trabajos forzados. Desde el 8 de agosto de 1941 todos los judíos tenían que llevar la estrella amarilla. Éstas y otras órdenes reflejaban no únicamente las exhortaciones de Hitler, sino también el propio antisemitismo personal profundamente arraigado y violento de Antonescu. Los miembros con más poder del régimen rumano justificaban el trato dispensado a los judíos entendiéndolo como una cruzada cristianoortodoxa contra los no creyentes realzada por la declaración del patriarca ortodoxo Nicodim en el sentido de que era necesario destruir a los judíos, siervos del bolchevismo y verdugos de Cristo. También Antonescu

solía expresar su antisemitismo en un lenguaje teñido de palabrería religiosa («Satanás es el judío», escribió en una diatriba virulentamente antisemita). Pero también hablaba sin cesar de lo que él veía como la necesidad de una «purificación» racial de Rumanía, y las leyes discriminatorias que introdujo eran de carácter racial, no religioso.[49] Estaba obsesionado con la imagen de los judíos como la fuerza motriz del más antirreligioso de los movimientos políticos, el bolchevismo. Culpaba a los judíos de las pérdidas militares, de la escasez de alimentos y suministros y de cualquier otro problema que tuviera que afrontar. La cúpula alemana alentaba en él tales creencias.

El 26 de junio de 1941 dio comienzo un pogromo en la localidad de Iaşi, al noreste de Rumania, organizado por oficiales rumanos y alemanes de inteligencia y con la participación del cuerpo de policía local. Por lo menos murieron 4.000 judíos residentes en el lugar antes de embutir al resto en dos trenes de mercancías en vagones cerrados y a continuación enfrentarlos a un viaje con un destino incierto; cuando finalmente los trenes se detuvieron, 2.713 de los judíos que iban en ellos habían muerto de sed o asfixiados. Hasta los observadores alemanes quedaron impresionados por la violencia. «Todo marcha según lo planeado, incluyendo la matanza de los judíos», escribió alguien en Iaşi el 17 de julio de 1941, pero añadió: «Las atrocidades que están ocurriendo aquí y cuya ejecución se puede observar son incalificables; y nosotros, yo y los otros, las toleramos y debemos tolerarlas».[50] Después de las masacres en Iaşi, que acabaron posiblemente con 10.000 judíos, Antonescu ordenó la expulsión de todos los judíos de Besarabia y Bucovina, junto con otros elementos supuestamente subversivos. Dijo que había que emplear las ametralladoras: allí la ley no existía. Se fusiló a miles de judíos, y los supervivientes fueron encarcelados en campos y guetos miserables sin apenas víveres, sobre todo en Kishinev, la capital de Besarabia, antes de ser expulsados a Transnistria, en el sur de Ucrania, que estaba siendo ocupada por el ejército rumano. Las marchas forzadas, el hambre y las enfermedades causaron estragos; en diciembre de 1941 y enero de 1942, las autoridades rumanas ordenaron el fusilamiento con carácter inmediato de miles de los judíos expulsados.[51] En un campo situado en Transnistria, el comandante alimentaba a los presos con un tipo de guisante con que habitualmente se alimentaba al ganado. Después de que

médicos judíos informasen de que los guisantes provocaban la parálisis de las extremidades inferiores, tras la cual sobrevenía la muerte en la mayoría de los casos, el comandante ordenó seguir alimentando a los presos con los guisantes. No tenían otra cosa con que alimentarlos. Al menos fueron 400 los judíos que sufrieron parálisis antes de que finalmente el suministro de comida se modificase.[52]

Hubo más masacres cuando las tropas rumanas ocuparon Odesa. El 22 de octubre de 1941, una bomba de relojería que el servicio secreto ruso había activado hizo saltar por los aires el cuartel general del ejército rumano, matando a sesenta y una personas, en su mayor parte oficiales y empleados rumanos, entre ellos el oficial al mando de la ciudad. Antonescu ordenó una represalia brutal. Se hizo colgar a 200 «comunistas» por cada oficial muerto debido a la explosión. Las tropas rumanas tomaron esto como una licencia para poner en marcha un pogromo. Durante los dos días que siguieron, 417 judíos y presuntos comunistas fueron colgados o fusilados, y se detuvo a unos 30.000 judíos forzándolos a abandonar la ciudad para ir a la localidad de Dalnic. Pero entonces, con la intervención del alcalde de Odesa, los hicieron marchar de vuelta hasta el puerto de la ciudad. Allí introdujeron a 19.000 de ellos como si de ganado se tratase en cuatro grandes naves industriales donde los ametrallaron a todos. Después de esto, prendieron fuego a las naves para asegurarse de que no quedasen supervivientes.[53] Miles de los residentes judíos que quedaban en Odesa tuvieron que abandonar la ciudad como paso previo a su deportación a la Ucrania bajo control alemán. 52.000 judíos de Odesa y el sur de Besarabia fueron embutidos en unos cuarenta establos para vacas en Bodganovka o retenidos en corrales a la intemperie. En las inmediaciones de Domanovka y Akmecetka había otros 22.000, muchos de ellos arrojados con deliberado sadismo en pocilgas como animales en una enorme granja abandonada del Estado soviético. Les arrebataron el dinero y las joyas, que se entregaron al banco central rumano. El tifus hizo su aparición en aquellas condiciones insalubres y los judíos empezaron a morir en gran número.[54]

Los rumanos esperaban poder transportar a esos judíos a la Ucrania bajo dominio alemán, pero cuando resultó evidente que tal cosa no iba a ocurrir, los guardias en Bogdanovka, con la ayuda de la policía ucraniana,

metieron en establos a cerca de 5.000 judíos ancianos y enfermos, esparcieron heno por la techumbre, empaparon todo con gasolina y los quemaron vivos en el interior. A los judíos que podían caminar, alrededor de unos 43.000, los condujeron a un barranco cercano y los fusilaron de uno en uno con un tiro en la nuca. Los policías ucranianos, siguiendo órdenes rumanas en Domanovka, fusilaron a otros 18.000. Las pocilgas en Akmecetka se utilizaron para alojar a los enfermos y a aquellos cuyos cuerpos estaban consumidos, y se dejó deliberadamente morir de hambre a 14.000 bajo las órdenes del mando rumano de la región, el teniente coronel Isopescu. A otros miles de judíos rumanos los deportaron a guetos y campos improvisados, caóticamente administrados y escasamente aprovisionados en Transnistria, donde los índices de mortalidad alcanzaron entre un tercio y la mitad en el invierno de 1941-1942. Por el contrario, en el gueto de Varsovia, que pese a su hacinamiento y sus penurias tenía al menos una infraestructura social y administrativa en funcionamiento, los índices de mortalidad oscilaron en torno al 15 por 100 en ese período.[55]

Enfrentado a las peticiones desesperadas de los líderes supervivientes de la comunidad judía en Rumanía para que se pusiera fin a esas masacres, Antonescu se refugió en las consabidas alegaciones de que los judíos habían torturado y asesinado anteriormente a soldados rumanos, por lo que su destino era merecido. En una carta abierta publicada en la prensa rumana el 19 de octubre, Antonescu escribió a un líder de la comunidad judía que «cada día sacamos de los sótanos de Chisinau los cuerpos horriblemente mutilados de nuestros mártires [...] ¿Te has preguntado cuántos de los nuestros cayeron asesinados de una forma cobarde por tus correligionarios? ¿Y a cuántos quemaron vivos? [...] Éstos son actos de odio —proseguía— al borde de la locura que tus judíos han mostrado hacia nuestro pueblo tolerante y hospitalario [...]».[56] En el plazo de un año desde el comienzo de la campaña, las fuerzas rumanas, en ocasiones conjuntamente con unidades alemanas de las SS y policiales, y más a menudo actuando por cuenta propia, habían matado a entre 280.000 y 380.000 judíos, la cifra más alta de asesinados por cualquier país europeo independiente durante la Segunda Guerra Mundial, exceptuando Alemania.[57]

El grupo operativo D de las SS, descontento con la naturaleza caótica de muchas de esas matanzas, intentó canalizar lo que llamaba «las ejecuciones sádicas incorrectamente llevadas a cabo por los rumanos» hacia un «procedimiento más controlado».[58] Ohlendorf se quejó a Berlín de que las fuerzas rumanas hubiesen «conducido a miles de niños y personas mayores débiles, ninguna de ellas en condiciones de trabajar, desde Besarabia y Bucovina a la esfera alemana de interés». Sus hombres enviaban a muchos de nuevo de vuelta a territorio rumano, matando a una cantidad importante de ellos en el proceso. A finales de agosto, como relató más tarde uno de sus subordinados, Ohlendorf no se desprendía en ningún momento de «un documento con una tira ancha roja donde se leía "Documento Confidencial del Reich" [...], de resultas del cual él nos informó de que todos los judíos sin distinción fuesen liquidados a partir de entonces».[59] A mediados de septiembre, en cumplimiento de esa orden, una subunidad del grupo operativo asesinó a todos los judíos en la población de Dubossary, forzando con golpes de culata a las madres y a sus hijos a permanecer en el borde de fosas excavadas *ex profeso*, donde eran obligados a arrodillarse antes de recibir un disparo en la nuca. Así se asesinó a alrededor de 1.500 personas en una sola ejecución en masa, una de las muchas acciones similares cometidas por el grupo operativo y por sus distintas subdivisiones en aquel tiempo. Una vez más, Himmler estaba presente en la zona cuando se produjeron tales masacres.[60] Para Ohlendorf y Himmler, las operaciones de asesinato llevadas a cabo por las fuerzas rumanas no eran ni exhaustivas ni sistemáticas en grado suficiente, y estaban acompañadas por un exceso de ineficacia, de corrupción y de una caprichosa brutalidad sádica. A medida que el grupo operativo D se fue desplazando hacia el sur, alcanzando finalmente Crimea, registró cada ciudad y cada pueblo, matando a todo judío, hombre, mujer y niño, al que encontraran, e informando orgullosamente a su debido momento de que había dejado el área completamente «libre de judíos».[61]

## V

La inclusión explícita del asesinato en masa de los comisarios bolcheviques, los judíos, los partisanos y otros tantos en las órdenes promovidas en Berlín en la primavera de 1941 con motivo de la invasión de la Unión Soviética contribuyó a poner el genocidio en la agenda también en otros lugares de los Balcanes. En Yugoslavia, la atmósfera estaba todavía más envenenada a raíz de la violencia desatada en el área controlada por el régimen fascista ustashe en Croacia. Cuando los ustashe empezaron a masacrar a los serbios en gran número en la primavera de 1941, miles de refugiados escaparon por la frontera a la Serbia bajo ocupación alemana, donde se unieron al movimiento naciente de resistencia, compuesto sobre todo por ex soldados y policías que se trasladaron a las colinas en abril de 1941. Conocidos generalmente como chetniks, por el nombre de las bandas armadas antiturcas en las Guerras de los Balcanes de principios de siglo, esos grupos cayeron gradualmente bajo el liderazgo del coronel Dragoljub Mihailović, un nacionalista serbio en contacto con el gobierno en el exilio del joven rey Pedro. A finales de junio de 1941, las acciones dispares de los chetniks condujeron a un levantamiento general, el primero en un país europeo ocupado por los alemanes. A los rebeldes se unieron los partisanos comunistas bajo Josip Broz, Tito, quien había estado organizando sus fuerzas durante varios meses. Mientras los serbios eran alentados tanto por el odio serbio hacia los croatas como por el deseo de resistir a los alemanes, los comunistas de Tito aspiraban a unir a todos los grupos étnicos y religiosos en la lucha contra las fuerzas de la ocupación. El enardecimiento de la situación obedecía no sólo a la violencia genocida ininterrumpida en la vecina Croacia, sino también a las políticas draconianas adoptadas desde el principio por el ejército alemán. El general Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, había dictado órdenes que no se diferenciaban de las que anteriormente se habían seguido en Polonia, pero todavía más completas y más severas. Las fuerzas armadas tenían que cooperar con la policía alemana allí desplazada y con el Servicio de Seguridad de las SS en la detención de terroristas, saboteadores y exiliados alemanes, conocidos o presuntos, a quienes el propio Halder añadió dos categorías más: comunistas y judíos.[62]

Al cabo de unas pocas semanas de la invasión, las autoridades militares de la ocupación habían obligado a los judíos serbios a inscribirse en un registro, y en algunos lugares les impusieron la obligación de ponerse la estrella judía. El ejército alemán ordenó la exclusión de los judíos de una variedad de ocupaciones, expropió gran parte de sus propiedades sin compensación alguna y amplió estas medidas a los gitanos de Serbia. Los oficiales del ejército se trasladaron a casas de campo perfectamente amuebladas después de que sus propietarios judíos hubieran sido desalojados, encarcelados o fusilados, mientras los soldados empezaron a comprar a bajo precio todos los bienes judíos confiscados.[63] Tan pronto como dio comienzo el levantamiento chetnik, los mandos militares en Belgrado ordenaron a la comunidad judía proporcionar cuarenta rehenes cada semana, con la intención de fusilarlos si la resistencia persistía. A consecuencia de ello, entre las 111 personas a quienes los alemanes habían ejecutado hasta el 22 de julio de 1941 en «represalias» se contaban numerosos judíos. Desde el 27 de julio de 1941, los serbios eran asimismo considerados «corresponsables» si proporcionaban un entorno de apoyo a los rebeldes. En lo tocante a las tropas alemanas, todos los rebeldes eran comunistas o judíos. A mediados de agosto, los judíos de la región del Banato fueron deportados a Belgrado, donde todos los varones judíos y gitanos quedaron recluidos a comienzos de septiembre. Para entonces, según un informe oficial alemán, pese al hecho de que «se había fusilado o colgado públicamente a aproximadamente 1.000 comunistas y judíos, y prendido fuego a las casas de los culpables, no era posible sofocar el aumento incesante de la sublevación armada».[64]

Los 25.000 soldados alemanes que permanecieron en Yugoslavia mientras el grueso de las fuerzas armadas se desplazó a Grecia carecían de experiencia de combate y su media de edad rondaba los treinta años. Todos los oficiales procedían de la reserva. Los pocos regimientos alemanes de apoyo y de policía acantonados en Serbia jamás habían tomado parte en la lucha contra la insurgencia guerrillera. Apenas tenían idea de cómo enfrentarse a un movimiento de resistencia sólido y eficaz. Lo que hicieron,

sin embargo, no fue distinto de lo que el ejército alemán estaba haciendo en otros lugares de Europa oriental. «Es comprensible», explicó un alto mando del ejército alemán en Serbia, el general Bader, el 23 de agosto de 1941,

> que las tropas que a menudo reciben disparos desde la retaguardia efectuados por bandas comunistas clamen venganza. En una situación así se suele detener y fusilar a toda persona hallada en la campiña. No obstante, en la mayoría de casos no detienen a los grupos culpables, que ya se han esfumado antes; atrapan a gente inocente y provocan así que una población que hasta ese momento se ha mantenido leal se acerque a los asaltantes por miedo o resentimiento.[65]

Hicieron oídos sordos a su advertencia. Los soldados alemanes prosiguieron realizando actos salvajes de venganza por los ataques que no podían contrarrestar. «¡Hoy hemos batido un récord! —escribió un teniente el 29 de julio de 1941—. Esta mañana hemos fusilado a 122 comunistas y judíos en Belgrado».[66] La designación de un gobierno serbio títere encabezado por Milan Nedić, un político serbio pro alemán y anticomunista, contribuyó poco a resolver la situación. El oficial al mando en la región, el mariscal de campo Wilhelm List, católico bávaro y soldado profesional con una larga trayectoria, sentía una frustración cada vez mayor. A su juicio, los serbios eran violentos y de sangre caliente por naturaleza, y únicamente la fuerza podía domarlos. En agosto de 1941, Hitler subrayó personalmente que era necesaria «la intervención más dura» para la eliminación militar de la sublevación.[67] Goebbels no estaba tan convencido. El 24 de septiembre de 1941, escribió no sin cierta preocupación que el «sangriento reino de terror» de los croatas contra los serbios estaba abocando a éstos «a la desesperación [...], de manera que los movimientos de sublevación no dejan de extenderse».[68]

Y de hecho los chetniks actuaron cada vez con mayor arrojo, capturando a 175 alemanes en dos incidentes aislados a primeros de septiembre de 1941. List apartó expeditivamente al jefe militar en activo en Serbia, un general de la fuerza aérea, e importó a un austríaco, el general Franz Böhme, como comandante en jefe. Böhme tenía la confianza de Hitler, quien de hecho lo había propuesto como comandante en jefe del ejército austríaco en un momento dado durante sus negociaciones con el dictador austríaco Schuschnigg poco antes de la invasión alemana de

Austria en 1938. Böhme compartía plenamente los prejuicios y los resentimientos antiserbios y antisemitas del cuerpo austríaco de oficiales. «Vuestra misión», les dijo a sus tropas el 25 de septiembre de 1941,

> se tiene que llevar a cabo en un país en el que en 1914 corrieron ríos de sangre alemana debido a la traición de los serbios, hombres y mujeres. Sois los vengadores de los muertos. Hay que darle un ejemplo intimidatorio a toda Serbia, uno que castigue al conjunto de la población de la forma más severa. Todo aquel que muestre compasión estará traicionando las vidas de sus camaradas. Se le exigirán responsabilidades y deberá responder sin excepción ante un consejo de guerra.[69]

Böhme sistematizó la práctica existente de la represalia violenta. Ordenó expediciones punitivas a ciudades y aldeas, la apertura de campos de concentración para supuestos «comunistas» y judíos en Šabac y Belgrado, y el fusilamiento de todos los bolcheviques sospechosos, de los cuales habían muerto ya más de 1.000 el 4 de octubre de 1941. El 16 de septiembre de 1941, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas, había ordenado fusilar de cincuenta a un centenar de comunistas en represalia por cada soldado alemán muerto en las áreas bajo ocupación alemana en toda Europa. Böhme dictó el 10 de octubre de 1941 una orden que incluso iba más lejos: «Los comunistas o los habitantes varones que sean sospechosos de ser comunistas, todos los hombres judíos y un número especificado de habitantes nacionalistas y con inclinaciones democráticas» tenían que ser capturados como rehenes y ejecutados en una proporción de un centenar por cada soldado alemán a quien hubiesen matado los partisanos y de cincuenta por cada soldado herido.[70]

Böhme sobrepasó las órdenes de Keitel, que no mencionaban a los judíos. En general se daba por sentado que el trato dispensado a los judíos en Alemania y Polonia los convertía automáticamente en enemigos de la ocupación alemana de Serbia. Un razonamiento similar se aplicaba a los gitanos, si bien quedaban entre éstos explícitamente exentos aquellos que contaran con un empleo regular y cuya familia hubiese dejado de ser nómada a partir de 1850 como muy tarde. Sin que hubiese en modo alguno la menor prueba al respecto, la administración militar afirmaba «que el factor judío participa en una medida considerable en la dirección de las bandas y que son gitanos los responsables de atrocidades concretas y de

actividades de espionaje».[71] Siguiendo órdenes de Böhme, se fusiló a 2.200 prisioneros de los campos de concentración de Šabac y Belgrado, 2.000 de ellos judíos y 200 gitanos. Hubo abundantes testimonios. A Milorad Jelesić, un serbio recluido en otro campo de las inmediaciones, lo llevaron a un terreno cerca de Šabac y le ordenaron al igual que a otros excavar una zanja a la intemperie mientras un destacamento de soldados alemanes tomaba su almuerzo. A continuación, según testificó más tarde,

> un grupo de cincuenta individuos en quienes pude advertir su condición de judíos fue conducido desde detrás de un campo de maíz [...] Un oficial dio la orden y entonces los alemanes les apuntaron a la nuca; dos soldados por cada judío. Luego nosotros tuvimos que dirigirnos a la carrera hasta la fosa abierta y arrojar allí dentro a los muertos. A continuación, los alemanes nos ordenaron hurgar en sus bolsillos y sacarles cualquier objeto de valor [...] Si no lográbamos quitarles los anillos, los alemanes nos daban un cuchillo pequeño y teníamos que cortarles los dedos y entregarles así los anillos.[72]

Luego trajeron a otro grupo de cincuenta judíos, y la operación se repitió por espacio de los dos días siguientes, siendo el número de víctimas gitanas cada vez mayor. Algunos de los judíos eran refugiados austríacos a quienes, con una ironía histórica siniestra, mataban sobre todo soldados austríacos en represalia por los actos de resistencia de los partisanos serbios contra el ejército alemán.[73]

Las medidas de Böhme, dirigidas contra personas que nada tenían que ver con el levantamiento partisano, habían traspasado la línea que separaba las represalias militares, por excesivas que fueran, de los asesinatos en masa gratuitos. Siguieron nuevos fusilamientos. En muchos casos eran filmados con fines propagandísticos. En las dos semanas transcurridas desde que se había dictado la orden del 10 de octubre, unidades del ejército en Serbia fusilaron a más de 9.000 judíos, gitanos y otros miembros de la población civil. Hasta hubo soldados que tomaron parte en los asesinatos como si éstos fueran una especie de deporte. Cuando un soldado vienés regresó a su regimiento en Belgrado tras un permiso, sus camaradas en el regimiento lo recibieron con la frívola pregunta: «¿Te vienes con nosotros a fusilar judíos?».[74] Si a las tropas ya no les quedaban supuestos comunistas demócratas, nacionalistas, judíos y gitanos por matar en algún lugar concreto según tuvieran ordenado, simplemente congregaban a los demás

habitantes de sexo masculino y los fusilaban también. Con ese procedimiento, por ejemplo, unidades de la 717ª División de Infantería fusilaron en la población de Kraljevo a 300 hombres que parecían pertenecer a las categorías destacadas en la orden de Böhme, antes de pasar a reunir de forma indiscriminada a 1.400 serbios y fusilarlos igualmente con el fin de alcanzar su cuota de 100 «rehenes» por cada alemán muerto.[75] Al igual que Böhme, eran austríacos prácticamente todos los altos mandos del ejército y los mandos de las SS en la Yugoslavia ocupada; también lo eran numerosas unidades del ejército, incluyendo la 717ª División de Infantería. La extrema violencia empleada contra las poblaciones locales, contra serbios, gitanos y judíos, era en buena parte reflejo de su hostilidad profundamente arraigada hacia los serbios y de la naturaleza particularmente virulenta del antisemitismo en el país del cual, como el propio Hitler, procedían.[76]

Al terminar 1941 se contaban por cientos de miles los asesinatos, sobre todo de judíos, cometidos por el ejército, los grupos operativos del Servicio de Seguridad de las SS y quienes los secundaban en el conjunto de Europa oriental. El grupo operativo A informó de que hasta mediados de octubre había matado a más de 118.000 judíos, una cifra que se había incrementado hasta casi 230.000 a finales de enero de 1942. El grupo operativo B había informado de exactamente 45.467 judíos fusilados al finalizar octubre, sumando algo más de 91.000 al acabar el mes de febrero siguiente. El grupo operativo C había fusilado a unos 75.000 hasta el 20 de octubre de 1941, y el grupo operativo D informó de cerca de 55.000 hasta el 12 de diciembre de 1941 y un total de casi 92.000 hasta el 8 de abril de 1942. La exactitud de tales cifras no se puede establecer con precisión; en algunos casos se pueden haber exagerado o contabilizado dos veces. Por otra parte, no incluían a todos los judíos asesinados por milicias locales o unidades del ejército alemán, cuyos mandos habían dictado órdenes para matar a «comunistas judíos» y otros «elementos judíos». El hecho de que los altos mandos del ejército sintieran una y otra vez necesario prohibir a sus tropas participar en pogromos, saqueos y fusilamientos masivos de civiles judíos indica hasta qué punto esas acciones eran habituales. De hecho, en algunos casos, como en el de la 707ª División del Ejército en Bielorrusia, el

exterminio de los judíos estuvo organizado en realidad por los militares con el pretexto de combatir la actividad guerrillera.[77] En total, es probable que los grupos operativos y los grupos militares y paramilitares que los secundaban hubieran fusilado aproximadamente a medio millón de judíos al terminar 1941.[78]

De forma desigual pero inequívoca, se había dado un paso importante: la extensión de los asesinatos a las mujeres y los niños, y el abandono efectivo del pretexto, o en muchos casos realmente la creencia, de que se estaba matando a los judíos porque habían organizado la resistencia ante las fuerzas alemanas invasoras. Solían ser los mandos locales de las SS sobre el terreno quienes decidían el ritmo, la manera y la extensión de los asesinatos. No obstante, el rol de Himmler fue decisivo en lo relativo a determinar la extensión de esas acciones, y luego, a veces conjuntamente con Heydrich, en impulsarlas con ocasión de las visitas de inspección a las áreas donde las matanzas estaban teniendo lugar, así como en incorporar refuerzos a las SS presentes en la zona para aumentar las matanzas.[79] Fue Himmler quien, por medio de incesantes órdenes verbales dictadas a sus subordinados, llevó a cabo la transición hasta el asesinato indiscriminado de los judíos de uno y otro sexo y todas las edades en julio y agosto de 1941. Él estaba convencido, entonces y más tarde, de estar realizando el propio deseo de Hitler expresado el 16 de julio de fusilar a «cualquiera por el solo hecho de que mire con recelo». Como en otros casos, aquí también la cadena nazi de mando actuaba indirectamente. No había ninguna orden específica, precisa; Hitler estableció los parámetros generales de la acción, Himmler los interpretó y los oficiales de las SS sobre el terreno, con el estímulo de Himmler, emplearon su propia iniciativa para decidir cuándo y cómo llevarlos a la práctica, como claramente ponía de manifiesto el calendario desigual con que se dio el paso de fusilar no ya a hombres judíos sino además a mujeres y niños judíos. No obstante, está claro que el asesinato en masa de los judíos de Europa oriental que empezó en ese entonces fue por encima de todo un reflejo de los propios deseos y creencias personales de Hitler, repetidamente formulados tanto en público como en privado durante esos meses.[80]

Así, por ejemplo, el 25 de octubre de 1941 Hitler estaba cenando con Himmler y Heydrich, y sus pensamientos se centraron naturalmente en las masacres que habían puesto en marcha en Rusia, y en concreto en la orden de Himmler de principios de agosto de «trasladar a la fuerza a las mujeres judías hasta los pantanos»:

> En el Reichstag vaticiné a la judería que el judío desaparecerá de Europa si la guerra no se evita. Esa raza de criminales tiene sobre su conciencia los dos millones de muertos de la [Primera] guerra [Mundial], y ahora de nuevo a cientos de miles. Nadie puede decirme: ¡pero no podemos enviarlos al cenagal! Pues ¿quién se preocupa por nuestro pueblo? Es bueno que el terror producido por nuestro exterminio de la judería nos preceda.[81]

El 1 de agosto de 1941, Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, ordenó a la Oficina Central de Seguridad del Reich remitir a Hitler los informes que la misma estaba recibiendo de los grupos operativos. En total, entre cuarenta y cincuenta copias de cada informe solían hacerse circular en el partido y las oficinas gubernamentales.[82] Así, por ejemplo, el «Informe de Actividades número 128», emitido el 3 de noviembre de 1941 y que contenía los primeros seis informes completos de los grupos operativos desde julio hasta octubre, se distribuyó mediante cincuenta y cinco copias no sólo en la Cancillería del Partido, sino también en los departamentos gubernamentales, incluyendo el Ministerio de Asuntos Exteriores, donde no menos de veintidós funcionarios visaron el documento.[83] Así, además de Hitler, otros muchos individuos en los estamentos superiores del partido y la administración del Estado estuvieron plenamente al corriente de las masacres que los grupos operativos estaban llevando a cabo en el este.

# EMPRENDER EL GENOCIDIO

## I

Teniendo en cuenta la referencia de Hitler el 25 de octubre de 1941 a su propia profecía de la aniquilación de los judíos en caso de que hubiese una guerra mundial, no es de extrañar que estuviera pensando a escala global en ese momento. En el fondo de la mente de Hitler a lo largo de toda la operación Barbarroja y lo que aconteció después estuvo el pensamiento de que la derrota rápida de la Unión Soviética daría lugar también a la capitulación de los británicos. El intento de bombardear a los británicos hasta su rendición en 1940 había fracasado estrepitosamente. Sin embargo, había otras formas de llevarlos a la mesa de negociaciones. La principal de ellas era la interrupción de sus suministros, que necesariamente tenían que llegar por mar, en parte del lejano Imperio Británico, pero fundamentalmente de Estados Unidos. El presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, había ganado hasta ese momento un considerable apoyo interno al mantener a América al margen de la guerra. Pero durante algún tiempo había pensado en privado que EE.UU. debería actuar para detener una nueva agresión alemana.[84] Por consiguiente, Roosevelt comenzó un programa a gran escala de fabricación de armas mientras el Congreso aprobaba destinar grandes sumas de dinero a la construcción de aviones, barcos, carros de combate y equipos militares. Ya el 16 de mayo de 1940, Roosevelt había llevado al Congreso una propuesta para fabricar no menos de 50.000 aviones militares en el plazo de un año, comenzando inmediatamente. Una producción muchas veces superior a la que podía alcanzar cualquiera de los países europeos beligerantes. Las discusiones técnicas mantenidas en secreto con los británicos aseguraban que esos aviones servirían al esfuerzo bélico de éstos. No mucho después,

el Congreso aprobó también la Ley de Expansión de la Armada en los Dos Océanos, inaugurando la construcción de flotas enormes para el Atlántico y el Pacífico agrupadas en torno a portaaviones que hacían posible que la Armada de EE.UU. pudiese atacar a los enemigos de América en todo el mundo. El reclutamiento obligatorio fue lo siguiente, alistando y adiestrando a un ejército compuesto por 1,4 millones de hombres. En noviembre de 1940, Roosevelt fue reelegido. Manteniéndose con un apoyo bipartidista en el Congreso, envió ingentes cantidades de suministros militares y navales, así como alimentos y muchas otras cosas a Gran Bretaña en virtud de los acuerdos de «préstamo y arriendo». Sólo en 1940, los británicos pudieron comprar más de 2.000 aviones de combate de EE.UU.; en 1941 el número ascendió a más de 5.000. Se trataba de cantidades significativas. A mediados de agosto de 1941, Roosevelt y Churchill se reunieron para firmar la «Carta del Atlántico», que entre otras cosas estipulaba que los submarinos estadounidenses acompañarían a los convoyes a Gran Bretaña durante al menos la mitad de su travesía atlántica.[85]

Desde junio de 1941, EE.UU comenzó a enviar por barco suministros y equipos a la Unión Soviética en cantidades cada vez mayores; Roosevelt temía, no sin cierta justificación, que si la URSS era derrotada Alemania volvería a atacar a Gran Bretaña y acto seguido desafiaría a Estados Unidos.[86] El ritmo y la escala del rearme americano en 1940-1941, y la invasión alemana de la Unión Soviética que ocupaba a las fuerzas soviéticas en el oeste, contribuyeron a convencer al gobierno agresivamente expansionista japonés de que su impulso para crear un nuevo imperio japonés en el sureste asiático y el Pacífico exigía más pronto que tarde la eliminación de las fuerzas navales americanas en la región. El 7 de diciembre de 1941, seis portaaviones japoneses enviaron sus aviones a bombardear la base naval americana de Pearl Harbor, en Hawai, donde hundieron, dañaron o inutilizaron dieciocho buques, antes de proceder con la invasión de Tailandia, Malasia y las Filipinas. El ataque unió al pueblo americano en favor de la intervención en la guerra. Y también movió a Hitler a eliminar las restricciones que había mostrado hasta entonces hacia EE.UU. Autorizó el hundimiento de navíos americanos en el Atlántico para

dificultar y si era posible impedir el abastecimiento de suministros procedentes de EE.UU. con destino a Gran Bretaña y la Unión Soviética. A continuación, pensando en aprovecharse de la preocupación de América por el Pacífico, hizo una declaración formal de guerra el 11 de diciembre de 1941. Italia, Rumanía, Hungría y Bulgaria también declararon la guerra a EE.UU. Hitler creía que el ataque japonés debilitaría a los americanos al dividir su esfuerzo militar. Ello deparaba la mejor oportunidad de derrotar a EE.UU. en el Atlántico e imposibilitar el envío de suministros a Gran Bretaña y la Unión Soviética. Además, recursos británicos importantes en el Lejano Oriente se perderían a medida que los japoneses atacaran las colonias británicas desde Malasia a Birmania y tal vez por último también la India. Por encima de todo, la iniciativa de Hitler estaba dominada por la conciencia de que era vital atacar más pronto que tarde, antes de que el enorme fortalecimiento militar en EE.UU. alcanzase su pleno y abrumador desarrollo.[87]

Tales acontecimientos tuvieron un efecto directo en la política nazi hacia los judíos. El incremento veloz de la ayuda americana a Gran Bretaña y la Unión Soviética acentuó el convencimiento de Hitler en el sentido de que EE.UU. estaba participando efectivamente en la guerra en una alianza secreta auspiciada por los judíos con Churchill y Stalin. El 22 de junio de 1941, el día del lanzamiento de la operación Barbarroja, Hitler anunció que había llegado la hora «en que será preciso plantar cara a esta conspiración de los instigadores judeo-anglosajones de la guerra y los dirigentes igualmente judíos de la central bolchevique de Moscú».[88] Ya en la primavera de 1941 se había puesto en marcha la propaganda con que se pretendía persuadir al pueblo alemán de que la administración Roosevelt era parte de una conspiración judía internacional contra Alemania. El 30 de mayo y el 6 de junio de 1941, el Ministerio de Propaganda se dirigió a la prensa para hacer hincapié en que «Inglaterra [está] en definitiva gobernada por la judería; lo mismo vale para EE.UU.», e insistía en que «el propósito de los judíos en EE.UU. era sin lugar a dudas destruir y exterminar Alemania a toda costa».[89] Ahora el despliegue propagandístico se intensificó de modo espectacular.

La operación Barbarroja se había concebido desde el inicio como un ataque sorpresa, de manera que no había estado precedida por el tipo de intensificación propagandística que había presagiado el ataque contra Polonia en 1939. Por ello, en las semanas que siguieron a la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, la cúpula dirigente nazi creyó necesario lanzar una ofensiva de propaganda pensada para obtener la aprobación *a posteriori* del pueblo alemán. Casi de manera inmediata, Hitler centró su atención en los judíos. La coincidencia de la operación Barbarroja con el incremento de la ayuda americana a Gran Bretaña y Rusia constituyó el núcleo central del intenso ataque a través de los medios de comunicación que siguió. El propio Hitler lo dirigió personalmente y reflejaba sus convicciones más profundas.[90] El 8 de julio de 1941, Hitler le dijo a Goebbels que intensificara los ataques contra el comunismo en los medios de comunicación. «Nuestra línea propagandística —escribió Goebbels el día siguiente— es pues clara: debemos proseguir desenmascarando la colaboración entre el bolchevismo y la plutocracia, y ahora revelar igualmente cada vez más el carácter judío de ese frente».[91] Se dieron las debidas instrucciones a la prensa, y una campaña masiva se puso en movimiento, reforzada por el mayor respaldo que Hitler le dio a su ministro de Propaganda el 14 de julio de 1941.[92]

Esa campaña se difundió a través del diario del Partido Nazi, el *Völkischer Beobachter* [Observador Popular], editado desde 1938 por Wilhelm Weiss. Con una tirada de casi 1,75 millones, poseía un estatus semioficial. Sus historias se debían en buena parte a las directrices para la prensa dictadas por Otto Dietrich, el jefe de prensa del Reich, desde el cuartel general a continuación de su reunión diaria con el Führer. A lo largo de todo el año 1940, el diario no había publicado en su portada ni un solo titular de naturaleza antisemita. En febrero y marzo de 1941 hubo tres, pero luego no hubo más durante tres meses hasta que en julio comenzó una campaña intensa. El 10 y el 12 de julio, el periódico publicó titulares de portada sobre el «bolchevismo judío», el 13 y el 15 de julio centró su atención en Gran Bretaña («La judería inunda Inglaterra con mentiras soviéticas»), y el 23 y el 24 de julio se refirió a Roosevelt como el instrumento de los judíos y los francmasones que se proponían destruir

Alemania. Hubo nuevas noticias de portada el 10 y el 19 de agosto («El objetivo de Roosevelt es la dominación mundial en manos de los judíos») y nuevos titulares espeluznantes contra Roosevelt el 27 y el 29 de octubre y el 7 de noviembre, con una información destacada sobre «El enemigo judío» el 12 de noviembre. Después de esto, la campaña perdió fuerza, con sólo cuatro titulares antisemitas en 1942.[93] De manera similar, los carteles de *Parole der Woche* [Lema Semanal], que, publicados a partir de 1937 en tiradas de 125.000 copias que cubrían paredes y quioscos en toda Alemania o se ponían en soportes de cristal diseñados al efecto, cambiaban de tema cada semana, habían mencionado cuestiones antisemitas únicamente en tres de las 52 ediciones de 1940, pero entre 1941 y su interrupción en 1943 alrededor de una cuarta parte de ellos contuvieron ataques contra los judíos. A diferencia del *Völkischer Beobachter*, los carteles en las paredes continuaron la campaña en 1942, con doce de los veintisiete publicados hasta julio de temática antisemita.[94] Así pues, la mayor cantidad de propaganda antisemita de cualquier clase se produjo indudablemente en el segundo semestre de 1941, reflejando la orden que Hitler le dio a Goebbels el 8 de julio de centrar la atención de su maquinaria de propaganda en los judíos. La propaganda tuvo un efecto prácticamente inmediato. Ya el 23 de junio de 1941, por ejemplo, un suboficial del ejército alemán destinado en Lyon comentó: «Ahora los judíos nos han declarado la guerra abiertamente, de un extremo al otro, desde los plutócratas de Londres y Nueva York hasta los bolcheviques. Todo cuanto se halla sometido a los judíos se ha alineado en un frente contra nosotros».[95]

En la articulación de esta campaña tuvo mucho que ver un panfleto del americano Theodore N. Kaufman, aparecido a principios de año bajo el título de *Germany Must Perish* (Alemania debe perecer), el cual reclamaba la esterilización de todos los varones alemanes y el reparto del territorio de toda Alemania entre sus vecinos europeos. Kaufman era un excéntrico (para no decirlo de una manera más contundente) que ya había cosechado el ridículo en la prensa de EE.UU. al instar a la esterilización de todos los hombres americanos para evitar que sus hijos se convirtieran en asesinos y delincuentes. Sin embargo, Goebbels se aferró al nuevo panfleto de Kaufman, describió a éste como un asesor oficial de la Casa Blanca y lo

proclamó a los cuatro vientos como un producto judío que revelaba cuáles eran las verdaderas intenciones del gobierno de Roosevelt en lo que se refería a Alemania: «Roosevelt reclama la esterilización del pueblo alemán: el pueblo alemán tiene que ser exterminado en dos generaciones».[96] «¡Alemania tiene que ser aniquilada!», se leía en el cartel de *Parole der Woche* del 10 de octubre de 1941. «Siempre la misma aspiración».[97] Goebbels manifestó que haría traducir el libro de Kaufman y distribuirlo en millones de copias, «sobre todo en el frente». Un folleto que contenía fragmentos traducidos se publicó según se había previsto en septiembre de 1941, en el que el editor afirmaba que el material constituía una prueba de que «la judería mundial en Nueva York, Moscú y Londres coincide en reclamar el total exterminio del pueblo alemán».[98] El ministro de Propaganda asoció esta idea con las noticias incesantes de la prensa informando acerca de supuestas atrocidades cometidas por las tropas del Ejército Rojo contra los soldados alemanes. El mensaje era claro: los judíos estaban conspirando en todo el mundo para exterminar a los alemanes; defenderse exigía matarlos allí donde se encontraran.[99] En respuesta a la amenaza, como Goebbels afirmó el 20 de julio de 1941 en un artículo para *Das Reich*, una publicación semanal que él había fundado en mayo de 1940 y que por entonces había alcanzado una tirada de 800.000 ejemplares, Alemania y de hecho Europa descargarían un golpe contra los judíos «sin piedad y sin misericordia» que los llevaría a «su ruina y a su perdición».[100]

Ese golpe se dio por etapas a finales del verano y principios del otoño de 1941. Desde finales de junio, los grupos operativos y quienes los secundaban mataron, como hemos visto, en el este a un número creciente de hombres judíos, luego, desde mediados de agosto, también a mujeres y niños judíos. Pero ya estaba claro por entonces que los líderes nazis estaban pensando no solamente en una escala regional, sino europea. El 31 de julio de 1941, Heydrich entregó a Göring, quien estaba formalmente a cargo de la política en materia de judíos, un documento breve para que lo firmara. Éste daba a Heydrich el poder de «hacer todos los preparativos necesarios en los aspectos organizativos, prácticos y materiales para una solución total de la cuestión judía en la esfera alemana de influencia en Europa». El elemento clave de esa orden, la cual también autorizaba a Heydrich para

consultar a todas las demás oficinas centrales del partido y el gobierno en aquellas áreas de sus competencias respectivas que se viesen afectadas, era que extendía la responsabilidad de Heydrich a todo el continente. No se trataba de una orden para iniciar, menos todavía para llevar a la práctica, una «solución total de la cuestión judía», era una orden para hacer los preparativos de esa acción. Pero, por otra parte, fue bastante más que un simple encargo para realizar «estudios de viabilidad» que podrían ser o no utilizados alguna vez en el futuro, como algunos historiadores han visto en ella; simplemente faltan los informes y las referencias subsiguientes al resultado de esos estudios que uno podría esperar encontrar en el material documental.[101]

El asunto se aplazó durante algunas semanas mientras Hitler y los generales discutían acerca de si seguir avanzando hacia Moscú o desviar los ejércitos alemanes más al norte y el sur; y luego, durante buena parte de los primeros días de agosto, Hitler padeció un cuadro serio de disentería.[102] Sin embargo, hacia mediados de agosto ya se encontraba lo bastante restablecido como para lanzar una nueva diatriba contra los judíos, anotada por Goebbels en la entrada de su diario correspondiente al 19 de agosto de 1941:

> El Führer está convencido de que la profecía que entonces anunció en el Reichstag, en el sentido de que si la judería lograba otra vez provocar una guerra mundial ésta finalizaría con la aniquilación de los judíos, se está confirmando. Se está haciendo realidad en estas semanas y meses con una certidumbre que parece poco menos que asombrosa. Los judíos tienen que pagar el precio en el este; hasta cierto punto ya lo han pagado en Alemania, y aún deberán pagarlo más en el futuro. Su último refugio sigue siendo Norteamérica, y allí también tendrán que pagar tarde o temprano.[103]

Era destacable en este pasaje la manera en que Goebbels desliza el alcance global de las ambiciones geopolíticas finales del nazismo. En un plano más inmediato, esas observaciones coincidían, no por casualidad, con una escalada marcada de las muertes producidas por los grupos operativos en la Europa oriental ocupada. Además, desde febrero hasta abril de 1941, Hitler había sancionado la deportación de unos 7.000 judíos desde Viena al distrito de Lublin a petición del líder regional nazi de la antigua capital austríaca, Baldur von Schirach, quien había cobrado importancia en la década de 1930

como jefe de las Juventudes Hitlerianas. La principal aspiración de Schirach era hacerse con las casas y los pisos de los judíos para repartirlos entre personas sin hogar que no fuesen judías. Al mismo tiempo, su acción se inscribía en una sucesión de medidas antisemitas alentadas por la ideología que se remontaban a los primeros días de la ocupación alemana de Viena en marzo de 1938.[104] Durante varios meses aquello siguió siendo una acción aislada. Con objeto de evitar cualquier posible revuelta interna mientras la guerra continuaba su curso, Hitler vetó con carácter temporal la propuesta de Heydrich de comenzar a evacuar también a los judíos alemanes de Berlín.[105]

No obstante, a mediados de agosto de 1941 Hitler aceptó la idea que antes había rechazado de empezar a deportar al este a los judíos que seguían en Alemania. Hacia mediados de septiembre, sus deseos se habían hecho ampliamente conocidos en la dirección nazi. El 18 de septiembre de 1941, Himmler le dijo a Arthur Greiser, gobernador de la región del Wartheland: «El Führer quiere que el antiguo Reich y el Protectorado [de Bohemia y Moravia] se vacíen y liberen de judíos desplazados del oeste al este tan pronto como sea posible».[106] Hitler pudo haber pensado en las deportaciones, que se iban a realizar abiertamente, como una advertencia a «la judería internacional», especialmente la de EE.UU., para que no intensificase su esfuerzo bélico o peores cosas les ocurrirían a los judíos de Alemania. Hitler había estado sometido a la presión de adoptar medidas de represalia contra la Rusia «judeo-bolchevique» tras la deportación forzosa de los alemanes del Volga llevada a cabo por Stalin.[107] Los líderes regionales, muy especialmente Karl Kaufmann en Hamburgo, presionaban para que los judíos fuesen desalojados como una manera de dejar sitio a las familias alemanas que habían perdido sus viviendas en los bombardeos. Joseph Goebbels, en su calidad de líder regional de Berlín, estaba decidido a «evacuar a los judíos de Berlín con la mayor celeridad posible». Esto se podría hacer «tan pronto como hayamos despejado los asuntos militares en el este».[108] El hecho de que enormes extensiones de territorio hubieran sido ya conquistadas al este del Gobierno General ofrecía la posibilidad de deportar allí a los judíos de Centroeuropa. Éstos, según dijo Goebbels después de una reunión con Heydrich, deberían ser alojados en campos de

trabajo que los comunistas ya habían levantado. «¿Acaso hay algo más obvio que quienes ahora deberían ocuparlos sean los judíos?».[109] Por encima de cualesquiera otros motivos posibles en la mente de Hitler, prevalecía el de la seguridad: en su recuerdo de 1918, los judíos habían apuñalado Alemania por la espalda, y desde que él había alcanzado el poder había estado tratando de evitar mediante medios cada vez más radicales que algo así se repitiera expulsándolos del país. Por una parte, la amenaza había aumentado aparentemente de resultas de la invasión de la Unión Soviética y la involucración cada vez mayor de América en la guerra. Por otra, la oportunidad para proceder a una deportación en masa se presentaba por fin con las nuevas anexiones territoriales en el este. Parecía haber llegado el momento de actuar a escala europea.[110]

## II

Durante ese período, las condiciones de vida se deterioraron con rapidez para aquellos judíos que permanecían en Alemania. Uno de ellos era Victor Klemperer, cuya posición era todavía en alguna medida segura gracias a su matrimonio con una mujer no judía, su esposa Eva, y al hecho de que constara como veterano de guerra. Encarcelado en una celda de la policía en Dresde el 23 de junio de 1941 por infringir las normas tocantes al apagado de las luces, a Klemperer se le hizo insoportable el tiempo transcurrido en la celda. Sin embargo, no lo trataron mal y, pese a su preocupación obsesiva de que se hubieran olvidado de él, lo pusieron en libertad el 1 de julio de 1941. Se reintegró a la vida en la casa de judíos que se veía obligado a compartir en condiciones de hacinamiento junto a su mujer y otras parejas similares en Dresde.[111] Su diario no tardó en llenarse con las dificultades crecientes que él y su mujer vivieron en lo que él denominaba «la caza de alimento». En abril de 1942, Klemperer escribió con desaliento que «ahora nos enfrentamos a una inanición absoluta. Hasta los nabos se reservaban hoy para los “clientes registrados”». Se nos han acabado las patatas, nuestros cupones para el pan durarán quizás un par de semanas, no cuatro».[112] Empezaron a mendigar y hacer trueques.[113] Hacia mediados de 1942, la sensación de hambre no abandonaba a Klemperer en ningún

momento y la había mitigado robándole la comida a otra inquilina de la casa («sin remordimientos —confesó—, porque ella necesita poco, deja que buena parte se desperdicie, recibe muchas cosas de su anciana madre; pero siento tal humillación»).[114]

Desde el 18 de septiembre de 1941 en adelante, de resultas de un decreto publicado por el Ministerio de Transporte del Reich, a los judíos alemanes dejó de estarles permitido el uso de los vagones restaurante en los trenes, ir de excursión en autocares o desplazarse en transporte público en las horas punta.[115] Cuando el 19 de septiembre de 1941 su mujer le estaba cosiendo la estrella judía sobre la pechera izquierda de su abrigo, a Klemperer le entró «un ataque terrible de desesperación». Al igual que muchos otros judíos, se sentía avergonzado de salir a la calle (avergonzado «¿de qué?», se preguntaba retóricamente). Su mujer comenzó a hacerse cargo de las compras.[116] Confiscaron la máquina de escribir de Klemperer, y desde el 28 de octubre en adelante tuvo que escribir a mano su diario y el resto de su autobiografía.[117] Siguieron otras pequeñas privaciones. A los judíos les negaron los cupones para adquirir jabón para afeitarse («¿pretenden reintroducir a la fuerza la barba del judío medieval?», se preguntaba Klemperer irónicamente).[118] Una lista confeccionada por él con todas las restricciones a las que se encontraban sometidos llegó por entonces a superar la treintena de cosas, incluyendo prohibiciones para utilizar autobuses, ir a museos, comprar flores, poseer abrigos de piel y mantas de lana, acceder a las estaciones de tren, comer en restaurantes y sentarse en tumbonas.[119] Una ley promulgada el 4 de diciembre de 1941 imponía la pena de muerte para prácticamente cualquier infracción cometida por un judío.[120] El 13 de marzo de 1942, la Oficina Central de Seguridad del Reich ordenó pegar una estrella de papel blanco en la entrada de cada hogar habitado por judíos.[121] Un nuevo golpe se produjo en mayo de 1942 cuando las autoridades anunciaron que a los judíos dejaba de estarles permitido tener mascotas o regalarlas; abatidos, Klemperer y su mujer llevaron su gato, Muschel, a un veterinario amigo y lo sacrificaron ilegalmente para ahorrarle así el sufrimiento al que creían que someterían al

animal si se lo entregaban a las autoridades.[122] Todas esas medidas, como su entrada en vigor puso en evidencia, estaban pensadas para preparar la deportación en masa al este de los judíos de Alemania.[123]

Para recalcar la firmeza de la decisión en lo tocante a la deportación, Himmler ordenó el 23 de octubre de 1941 que a los judíos dejase de estarles permitido emigrar desde el Reich alemán o desde cualquier otro país ocupado por éste.[124] El final de la comunidad judía en Alemania vino también señalado por la disolución de la Liga Cultural Judía por parte de la Gestapo el 11 de septiembre de 1941; sus objetos de valor, instrumentos musicales, posesiones y propiedades se repartieron entre varias instituciones, entre las que se contaban las SS y el ejército.[125] Todas las escuelas judías que quedaban en el Reich ya se habían clausurado.[126] Las redadas y deportaciones se pusieron en marcha el 15 de octubre de 1941; en virtud de unos decretos publicados el 29 de mayo y el 25 de noviembre de 1941 y aprobados personalmente por Hitler, los deportados se veían privados de su nacionalidad alemana y sus propiedades pasaban a manos del Estado. Hasta el 5 de noviembre de 1941, veinticuatro trenes largos cargados con judíos —unos 10.000 del Antiguo Reich, 5.000 de Viena y 5.000 del Protectorado— habían sido transportados a Lódź, junto a 5.000 gitanos del territorio rural austríaco del Burgenland. Hasta el 6 de febrero de 1942, otros treinta y cuatro trenes de mercancías habían trasladado a 33.000 judíos hasta Riga, Kovno y Minsk.[127] Esto aún dejaba a un número sustancial que estaba haciendo tareas de trabajos forzados consideradas de importancia para la economía de guerra. Goebbels estaba decepcionado y presionó para que las deportaciones se acelerasen. El 22 de noviembre de 1941, pudo anotar en su diario que Hitler se había mostrado de acuerdo en seguir con las deportaciones organizándolas ciudad por ciudad.[128]

Para preparar las deportaciones, la Gestapo obtendría de la Asociación del Reich de los Judíos en Alemania listas de los judíos de cada lugar, identificaría los nombres de aquellos que tendrían que ser deportados, daría a cada uno de ellos un número correlativo y les informaría de la fecha en la cual tendrían que partir y de los preparativos que debían adoptar para el viaje. A cada deportado le permitían llevar 50 kilos de equipaje y provisiones para un plazo de entre tres y cinco días. La policía local los

llevaba a un centro de tránsito desde donde, tras aguardar a menudo muchas horas, los transportaban a un tren de pasajeros corriente para emprender el viaje. Estas medidas estaban pensadas para impedir que los judíos sintieran miedo ante el destino que les aguardaba. Con todo, los trenes comenzaban su viaje por la noche en estaciones de maniobra, en lugar de hacerlo en estaciones de pasajeros, y no era infrecuente que la policía empujase con violencia a los deportados para que subieran a los trenes, entre ofensas y golpes. Cada transporte llevaba vigilancia policial durante el viaje. Cuando los deportados llegaban a su destino, su situación empeoraba radicalmente. Por ejemplo, el primer cargamento en dejar Múnich partió el 20 de noviembre de 1941, y tras ser desviado de Riga, su destino original, donde el gueto estaba lleno, llegó a Kovno tres días después. La policía, informada de que el gueto también estaba allí lleno, llevó a los deportados al cercano Fuerte IX, donde fueron obligados a esperar durante dos días en el foso seco en torno al edificio hasta que todos ellos fueron fusilados.[129]

En enero de 1942, a los judíos de Dresde les llegó la orden de que tenían que ser deportados al este. El alivio de Victor Klemperer fue, por consiguiente, palpable, cuando se enteró de que los poseedores de la Cruz de Hierro, Primera Clase, que vivían en «matrimonios mixtos», como era su propio caso, quedaban exentos.[130] Para los que permanecieron, la vida se hizo aún más dura. El 14 de febrero de 1942, a Klemperer, que contaba sesenta años y cuya salud no era la mejor, le ordenaron presentarse para trabajar retirando la nieve de las calles. Al llegar al lugar de reunión, descubrió que él era el más joven de los doce hombres judíos allí presentes. Contó que por fortuna los capataces del departamento municipal de limpieza eran decentes y educados, permitiendo que los hombres se limitasen a quedarse allí conversando, y le dijeron a Klemperer: «No tienes que esforzarte demasiado, al Estado no le hace falta».[131] Les pagaron la exigua cantidad de 70 Reichsmarks por semana después de impuestos.[132] Cuando dejó de ser necesario ese servicio, enviaron a Klemperer a trabajar en una fábrica de embalajes.[133] La Gestapo se comportaba de una forma cada vez más brutal y abusiva, y los judíos tenían pánico a los registros domiciliarios de las autoridades. Cuando registraron la propia casa de judíos de Klemperer, él se encontraba casualmente ausente visitando a un amigo.

Al regresar vio que la casa había sido registrada. Habían robado toda la comida y la bebida, además de algún dinero y las medicinas. Habían vaciado en el suelo el contenido de los armarios, los cajones y las estanterías y lo habían pisoteado. Los hombres de la Gestapo habían metido todo lo que querían robar, incluyendo la ropa de cama, en cuatro maletas y un baúl grande, que los inquilinos tenían que llevar a la comisaría de policía al día siguiente, tal como les habían ordenado. A Eva Klemperer la habían insultado («Tú, ramera de judío, ¿por qué te casaste con el judío?») y escupido en el rostro una y otra vez. «Qué deshonra inimaginable para Alemania», fue la reacción de Victor Klemperer.[134] «*Éstos* ya no son registros domiciliarios —comentó su mujer—, son *pogromos*».[135] Preocupado hasta la desesperación ante el hecho de que la Gestapo encontrase sus diarios («te asesinan por menos de nada»), Klemperer le pidió a su esposa que los llevase en intervalos más frecuentes a su amiga no judía, la doctora Annemarie Köhler, para mantenerlos en lugar seguro. «Pero seguiré escribiendo —afirmó en mayo de 1942—. Es *mi* heroicidad. Me propongo dar testimonio, un testimonio preciso».[136]

En Hamburgo, agradeciendo que su marido, Friedrich, no tuviera que llevar la estrella amarilla gracias a su estatus privilegiado como condecorado de guerra casado con una mujer no judía y a educar a una hija como cristiana, Luise Solmitz anotó con amargura el 13 de septiembre de 1941: «Nuestra fortuna es ahora adversa; en todo aquello que no nos afecta». Los Solmitz obtuvieron una resolución de la Gestapo según la cual las personas de matrimonios mixtos privilegiados como el suyo no estaban obligadas a alojar a judíos en sus casas. Los recortes en las pensiones, en las prestaciones sociales y en los racionamientos los compartían con otros alemanes. Por lo demás, vivían en buena parte como lo habían hecho antes, si bien necesariamente de una manera más privada, puesto que Friedrich había quedado efectivamente excluido de participar en la vida social de los círculos no judíos en los que anteriormente se había movido. Luise Solmitz y su marido perdían peso sin parar a medida que los víveres iban disminuyendo en el curso de 1941. A 21 de diciembre de 1942 ella pesaba 43,5 kilos. No obstante, su principal preocupación en relación con los cambios en las disposiciones tocantes al racionamiento no era tanto que la

dieta se redujese, sino que a ella le prohibiesen recoger las cartillas de racionamiento de la familia y que Friedrich tuviera que ir por sí mismo a la oficina de racionamiento como judío, con el «insulto malvado, intolerable» que le había impuesto el gobierno («Israel»), e hiciese cola «entre toda esa gente con la que jamás había tenido nada que ver» o, en otras palabras, la población restante de judíos en Hamburgo. La preocupación de ella por la seguridad de su hija semijudía, Gisela, aumentaba a medida que circulaban rumores de que las personas clasificadas como de raza mixta iban a ser deportadas. «Somos ya los juguetes de poderes oscuros y malignos», escribió llevada por el fatalismo en su diario el 24 de noviembre de 1942.[137]

## III

Está claro que en octubre de 1941 la idea de la deportación abarcaba en principio al conjunto de Europa, y estaba pensada para comenzar casi de inmediato.[138] El 4 de octubre de 1941, Heydrich se refirió a «el plan de una evacuación total de los judíos de los territorios que hemos ocupado».[139] A principios de noviembre de 1941, Heydrich defendió su aprobación de los ataques antisemitas a las sinagogas parisinas que se habían producido cuatro días antes en vista del hecho de que «la judería ha sido identificada en último extremo y sin la menor duda como incendiaria culpable de lo que ha pasado en Europa, y tiene que acabar por desaparecer de Europa».[140] El propio Hitler redobló con la mayor dureza sus ataques retóricos contra los judíos, no sólo contra los de la Unión Soviética y EE.UU., sino también contra los del conjunto de Europa. El 28 de noviembre de 1941, reunido con el gran muftí de Jerusalén, Haj Amin al-Husseini, Hitler manifestó: «Alemania está decidida a presionar a una nación europea tras otra para solucionar el problema judío». Le aseguró al muftí que también en Palestina se ocuparían de los judíos una vez que Alemania se hiciese con el control del área.[141]

Por entonces, se procedía a la detención de los judíos supervivientes en las regiones conquistadas por las fuerzas alemanas en Europa oriental y a su confinamiento en los guetos de las principales poblaciones. En Vilna (Vilnius) desde el 6 de septiembre de 1941 encerraron a 29.000 judíos en un

área que antes había alojado únicamente a 4.000 personas. En su visita al gueto de Vilna a primeros de noviembre de 1941 Goebbels observó que «los judíos conviven amontonados en las viviendas, verlos es horrible, no digamos ya tocarlos [...] Los judíos son los piojos de la humanidad civilizada. Hay que exterminarlos como sea [...] Allí donde los perdonas acabas convertido en su víctima».[142] El 10 de julio de 1941 se creó en Kovno otro gueto donde con frecuencia fuerzas alemanas y lituanas asaltaban con violencia a una población judía de 18.000 personas en busca de objetos de valor.[143] Por esa época se establecieron guetos de menor tamaño en otras poblaciones en los Estados bálticos poco después de las grandes masacres de la población judía local. Dado que esas masacres se dirigieron fundamentalmente, al menos en la fase inicial, contra los hombres, en esos guetos hubo a menudo preponderancia de mujeres y niños: en Riga, por ejemplo, donde se creó el gueto a finales de octubre de 1941, había algo menos de 19.000 mujeres en comparación con poco más de 11.000 hombres cuando el gueto se cerró apenas un mes después. Desalojaron a 24.000 personas y las fusilaron el 30 de noviembre y el 8 de diciembre de 1941; a los demás, hombres sobre todo, los enviaron a Alemania como operarios fabriles. Una matanza en masa similar se produjo a una escala mayor en Kovno el 28 de octubre de 1941, cuando Helmut Rauca, jefe del departamento de la Gestapo encargado de los judíos en la ciudad, ordenó a los 27.000 habitantes judíos congregarse a las seis de la mañana en la plaza principal. Durante todo el día, Rauca y sus hombres estuvieron separando a aquellos que podían trabajar de los que no. Al anochecer, 10.000 judíos habían ido a parar a la segunda categoría. Al resto los enviaron a Alemania. A la mañana siguiente los 10.000 salieron a pie de la ciudad con destino al Fuerte IX y los fusilaron en grupos.[144]

Casi todos los guetos creados en la Europa oriental ocupada tras la invasión de la Unión Soviética eran improvisados y relativamente efímeros, pensados como poco más que áreas de retención para los judíos destinados a morir en un futuro inminente. En Yalta se creó un gueto el 5 de diciembre de 1941 al aislar un área situada en el límite de la población: el 17 de diciembre de 1941, menos de dos semanas más tarde, el gueto se clausuró y se acabó con la vida de quienes lo ocupaban. Un patrón similar pudo

observarse igualmente en otros centros.[145] Estaba claro que no se contaba con que los judíos de Europa oriental viviesen mucho más tiempo. Los guetos tenían que quedar vacíos con el fin de dejar lugar a los judíos cuya expulsión del Antiguo Reich y el Protectorado de Bohemia y Moravia, y después del resto de la Europa bajo ocupación alemana, estaba exigiendo reiteradamente Hitler. Algunos historiadores han tratado de identificar una fecha concreta en la cual Hitler ordenó la expulsión y el exterminio de los judíos de Europa. Sin embargo, no hay pruebas convincentes de ello. Se ha dado una gran importancia al hecho de que, mucho después de la guerra, Adolf Eichmann recordara que Heydrich lo había mandado llamar a últimos de septiembre o primeros de octubre para decirle que «el Führer ha ordenado el exterminio físico de los judíos». Himmler iba a referirse también en más de una ocasión en el futuro a esa orden. Pero es muy dudoso que Himmler o Heydrich la recibieran, o de hecho algún otro, de manera explícita. Las afirmaciones de Hitler, recogidas en varias fuentes, muy especialmente la grabación pública de sus discursos y las anotaciones privadas de sus conversaciones en el diario de Goebbels y en *Las conversaciones privadas de Hitler*, representan el estilo y la sustancia de lo que él tenía que decir sobre ese asunto. Constituye un error buscar, o imaginar, una orden, ya fuese escrita u oral, como la dictada por Hitler en el caso del programa de la eutanasia obligatoria, para cuya aplicación era necesario legitimar las actuaciones de los médicos profesionales más que las de los hombres comprometidos de las SS, quienes de todos modos apenas precisaban de ello.[146] Como el Tribunal Supremo del Partido Nazi había observado ya a principios de 1939, bajo la República de Weimar los líderes del partido se habían acostumbrado a eludir la responsabilidad legal asegurándose de «que las acciones [...] no sean ordenadas con absoluta claridad o con todo detalle». De la misma manera, los miembros del partido se habían acostumbrado «a interpretar una orden más allá de lo que diga en palabras, igual que se ha convertido en una costumbre extendida por parte de la gente que dicta las órdenes [...] no decirlo todo» y «sólo insinuar» el propósito de una orden.[147]

Así pues, es extremadamente improbable que Hitler no se limitase en relación con los judíos a hacer el tipo de declaraciones que pronunció repetidamente desde mediados de 1941, respaldado por la propaganda virulentamente antisemita de Goebbels y sus medios de comunicación coordinados. Esas declaraciones a menudo se difundían y hacían públicas a través de los medios ampliamente, y al menos las que hizo en público tendrían que ser familiares para prácticamente cualquier miembro del partido, las SS y organizaciones similares. Sumadas a las órdenes explícitas que se habían dado con anterioridad en la operación Barbarroja para matar a los comisarios soviéticos y a los judíos, y a las políticas asesinas llevadas ya a la práctica en Polonia desde septiembre de 1939, forjaron una mentalidad genocida con la que Himmler en Berlín y sus altos mandos destinados en el este competían para ver cómo podían realizar lo más completa y radicalmente posible la repetida promesa, o amenaza, de Hitler de aniquilar a los judíos de Europa. A menudo se enfrentaban con una falta severa de alimentos, y, como en Polonia, establecieron una jerarquía en lo tocante al racionamiento de los alimentos según la cual los judíos quedaban inevitablemente en el escalafón más bajo. De ahí a un exterminio activo no había más que un breve paso para muchos mandos locales y regionales entusiastas que —como en Bielorrusia— ordenaron también matar a otras personas vistas como incapaces de trabajar y, en consecuencia, «engullidores sin utilidad», como se decía. Entre éstos se encontraban los enfermos mentales y los discapacitados. Los asesinaban no por razones raciales, si bien la campaña alemana de la «eutanasia» había procurado un precedente importante, sino de índole económica. A las SS no les molestaban las influencias «degenerativas» en la herencia eslava; simplemente consideraban que los enfermos mentales y los discapacitados en esos territorios estaban de más.[148]

Los resultados concretos de esa mentalidad se hicieron evidentes como muy tarde a mediados de octubre de 1941. Por entonces, los judíos del Gran Reich alemán y el Protectorado estaban siendo deportados al este, y los judíos del resto de la Europa ocupada por los alemanes tendrían que seguir sus pasos. Ningún judío tenía permitido emigrar. Existen numerosas declaraciones de aquel entonces en varios niveles de la jerarquía nazi

atestiguando que había un acuerdo común según el cual todos los judíos de Europa tenían que ser deportados al este. Los grupos operativos estaban fusilando de manera indiscriminada a ingentes cantidades de judíos en toda la Europa oriental ocupada. En una conferencia pronunciada en la Academia Alemana el 1 de diciembre de 1941 ante autoridades del ejército, de la policía, del partido, del Frente Alemán de Trabajo, del mundo académico, del cultural, y otras personalidades, Goebbels dijo que la profecía expresada por Hitler del 30 de enero de 1939 ya se estaba cumpliendo:

> La compasión o el arrepentimiento están completamente fuera de lugar. Al desencadenar esta guerra, la judería hizo una valoración completamente falsa de las fuerzas a su disposición. Ahora está sufriendo un proceso gradual de aniquilación, algo que había planeado para nosotros y que sin duda hubiese llevado a cabo de haber tenido el poder para hacerlo. Ahora está pereciendo como resultado de la propia ley de la judería: «Ojo por ojo y diente por diente».[149]

Aunque el asesinato en masa, como insinuó Goebbels, tenía, por razones obvias de orden práctico, que realizarse en etapas, no había duda de que, como dijo Alfred Rosenberg hablando en una conferencia de prensa el 18 de noviembre de 1941, el objetivo era el «exterminio biológico de toda la judería de Europa».[150]

Por entonces, estaba claro que las autoridades militares, las unidades policiales, las SS y los administradores civiles estaban cooperando sin dificultad en la aplicación del programa de exterminio. Según un informe recogido por la Inspección de Armas de las Fuerzas Armadas, la milicia ucraniana, «en muchos lugares, lamentablemente con el concurso voluntario de integrantes de las fuerzas armadas alemanas», había estado fusilando a hombres, mujeres y niños judíos de una manera «horrible». Hasta 200.000 habían muerto ya en el Comisariado del Reich de Ucrania, y al final el total casi alcanzaría el medio millón.[151] Sin embargo, ya se estaba haciendo evidente que los fusilamientos en masa no podían alcanzar la intensidad exterminadora que Himmler estaba reclamando. Además, quienes estaban al mando de los grupos operativos se quejaban de que los continuos fusilamientos en masa de mujeres y niños indefensos estaban creando una tensión intolerable en sus hombres. Como Rudolf Höss, un alto mando de las SS, recordó más tarde: «Siempre me estremecía ante la

perspectiva de ejecutar el exterminio mediante fusilamientos cuando pensaba en los enormes grupos afectados, y en las mujeres y los niños». Muchos integrantes de los grupos operativos, «incapaces de seguir soportando caminar en medio de la sangre, se habían suicidado. Algunos se habían vuelto locos incluso. La mayoría [...] tenía que apoyarse en el alcohol para realizar su espantoso cometido».[152] Los grupos de judíos a los que había que fusilar eran tan numerosos que un informe de un grupo operativo concluía el 3 de noviembre de 1941: «A pesar del hecho de que hasta el momento han sido liquidados así unos 75.000 judíos, con todo se ha hecho evidente que este método no procurará una solución al problema judío».[153]

## IV

Una solución al problema, sin embargo, se presentó de inmediato. Después de la finalización impuesta de la operación «eutanasia» T-4 el 24 de agosto de 1941, de resultas de la denuncia del obispo Clemens von Galen, sus técnicos en el manejo del gas letal pudieron ser utilizados nuevamente en el este.[154] Especialistas de la unidad T-4 visitaron Lublin en septiembre; como también Viktor Brack y Philipp Bouhler, sus dos principales administradores. El doctor August Becker, quien se describía a sí mismo como «un especialista en los procesos de gaseamiento utilizados en el exterminio de los enfermos mentales», recordó más tarde:

> Me trasladaron a la Oficina Central de Seguridad del Reich en Berlín de resultas de una conversación en privado entre el Reichsführer de las SS, Himmler, y el jefe del servicio, Brack. Para las operaciones de gaseamiento a gran escala en el este que justamente estaban iniciándose, Himmler quería desplegar personal que se encontraba en ese momento disponible a consecuencia de la suspensión del programa de la eutanasia y que, al igual que yo, era especialista en el exterminio mediante el gaseamiento.[155]

Además, Albert Widmann, inventor de la cámara de gas estándar empleada en el programa de «eutanasia», visitó Minsk y Mogilev, donde el grupo operativo B había solicitado asistencia técnica para matar a los pacientes de los hospitales mentales de la zona. Esos asesinatos eran una parte corriente

de las actividades de los grupos operativos en el este, como lo habían sido en Polonia en 1939-1940, y varios miles de pacientes con problemas mentales cayeron víctimas de ellos. Después de haber matado a varios pacientes a base de bombear al interior de un cuarto sellado el gas de monóxido de carbono procedente del tubo de escape de un coche, Arthur Nebe, el jefe del grupo operativo, tuvo la idea de matar a la gente metiéndola en una camioneta herméticamente cerrada y canalizando hacia el interior de la misma los gases del tubo de escape. Heydrich dio su aprobación.[156]

El 13 de octubre de 1941, Himmler se reunió con los jefes de policía en la región, Globocnik y Krüger, a última hora de la tarde y decidió que se debería construir un campo en Belzec para servir como base para las camionetas de gas. Sería, en otras palabras, un campo creado con el solo propósito de matar.[157] La construcción empezó el 1 de noviembre de 1941, y el mes siguiente fueron enviados allí especialistas de la operación T-4.[158] Por entonces se mataba sistemáticamente a los habitantes de los guetos polacos para dejar sitio a los judíos que iban a ser llevados hasta allí desde otros lugares de Europa. Un centro similar se estableció en Chelmno, en el Wartheland, donde a los prisioneros judíos transportados desde el gueto de Lódź los harían salir en el interior de las camionetas para gasearlos. Las tres camionetas de gas con base en Chelmno podían matar a cincuenta personas cada vez, transportándolas desde el campo en dirección a los bosques situados a unos 16 kilómetros de distancia y asfixiándolas durante el trayecto. Al llegar al destino se detenían para descargar su macabro cargamento en zanjas excavadas por otros prisioneros judíos del campo. De vez en cuando alguna madre dentro de la camioneta se las arreglaba para arropar a su pequeño con tanta fuerza que le impedía inhalar los gases letales. Jakow Grojanowski, uno de los sepultureros empleados por las SS, relató que los guardias alemanes agarraban a algunos bebés que habían sobrevivido al viaje y les aplastaban la cabeza contra los árboles cercanos. Hasta 1.000 murieron asesinados en un solo día; al igual que 4.400 gitanos procedentes del gueto de Lódź. En total fueron 145.000 los judíos llevados a la muerte en el primer período de existencia de Chelmno; otros les

siguieron, y 7.000 más murieron cuando el campo volvió a abrirse por poco tiempo en la primavera de 1944; el total de asesinados en el campo superó los 360.000.[159]

Alrededor de una treintena de esas camionetas de gas las fabricó un pequeño fabricante de vehículos en Berlín. Los grupos operativos recibieron las cuatro primeras en noviembre y diciembre de 1941; al acabar el año los cuatro grupos operativos estaban empleándolas.[160] Los operarios de las camionetas describieron más tarde que hasta sesenta judíos, muchas veces en un estado físico precario, con hambre, sed y debilidad, completamente vestidos, podían ser obligados a entrar como ganado en la parte trasera de cada camioneta. «No parecía que los judíos supieran que estaban a punto de ser gaseados», declaró un testimonio más tarde. «Los gases del tubo de escape se introducían en el interior de la camioneta —recordaba Anton Lauer, miembro del batallón de reserva policial número 9—. Todavía hoy puedo oír a los judíos dando golpes y gritando: "Queridos alemanes, déjennos salir"». «Tras abrir las puertas —recordaba otro operario— una nube de humo salía flotando. Cuando el humo había desaparecido, podíamos dar comienzo a nuestro repugnante trabajo. Era espantoso. Podías ver que habían luchado terriblemente por sus vidas. Algunos de ellos mantenían agarrada su nariz. Había que tirar de los muertos con esfuerzo para separarlos».[161]

Una camioneta de gas se envió también a Serbia, donde el general Franz Böhme, enérgicamente aplicado al exterminio de judíos como represalia por su participación, según suponía él, en el levantamiento chetnik en marcha desde el mes de julio anterior, informó en diciembre de 1941 de que 160 soldados alemanes muertos y 278 heridos habían sido vengados por la matanza de entre 20.000 y 30.000 civiles serbios, incluyendo a todos los varones adultos judíos y gitanos. Hasta entonces, sólo los hombres habían sido asesinados; Böhme consideró que las mujeres, los niños y los ancianos judíos que quedaban, 10.000, así como cualquier hombre judío superviviente, serían detenidos y alojados en un gueto. Las SS encerraron a más de 7.000 mujeres y niños judíos, 500 hombres judíos y 292 mujeres y niños gitanos en un campo instalado en Sajmiste, al otro lado del río frente a Belgrado, donde los mantuvieron retenidos en condiciones

insalubres en barracones sin calefacción, mientras las SS organizaban el envío de una unidad móvil de gaseamiento procedente de Berlín. Al tiempo que liberaban a los gitanos, a los judíos les dijeron que iban a trasladarlos a otro campo donde reinaban mejores condiciones. Apenas acabó de subir al camión el primer grupo de sesenta y cuatro personas, sellaron las puertas y giraron el tubo de escape para que empezara a bombear sus gases letales al interior. Mientras el camión circulaba por el centro de Belgrado, ante una muchedumbre de peatones que nada sospechaban y en medio del tráfico diario, hacia el campo de tiro en Avela, al otro lado de la capital, los judíos en el interior estaban siendo gaseados hasta la muerte. Una unidad policial en Avela los sacó y los arrojó a una fosa común previamente excavada. Al comenzar mayo de 1942, los 7.500 presos judíos del campo sin excepción habían muerto de esa manera, junto con los pacientes ingresados y la plantilla del hospital judío de Belgrado y los prisioneros judíos de otro campo cercano. Serbia, según declaró con orgullo el oficial de las SS al mando en el país, Harald Turner, en agosto de 1942, era hasta el momento el único país en el que la cuestión judía había quedado completamente «solucionada».[162]

# LA CONFERENCIA DE WANNSEE

## I

El 29 de noviembre de 1941, Reinhard Heydrich ordenó a Adolf Eichmann redactar una invitación destinada a varios altos funcionarios de los ministerios con responsabilidades de una u otra clase en relación con la cuestión judía, junto con representantes de departamentos esenciales de las SS y el Partido Nazi implicados en la materia. «El 31 de julio de 1941 —empezaba la invitación—, el mariscal del Gran Reich alemán me encargó, con la ayuda de las demás autoridades principales, tomar todas las medidas organizativas y técnicas necesarias para lograr una solución integral de la cuestión judía, así como proporcionarle cuanto antes una propuesta integral».[163] Con objeto de acabar de perfilar los detalles de tal propuesta, todos los organismos afectados tenían que reunirse. A Heydrich le preocupaba muy especialmente la inclusión de representantes de instituciones y departamentos con los que las SS habían tenido algunos problemas. Se solicitó al Ministerio de Asuntos Exteriores que enviase a un alto funcionario, desmintiendo alegatos posteriores en el sentido de que la conferencia tenía por toda intención ocuparse de los judíos alemanes; en realidad, aunque Heydrich no entró en ningún detalle relativo a cuál iba a ser exactamente el tema de discusión en la conferencia, el Ministerio de Asuntos Exteriores supuso que se centraría en aprobar la detención y deportación de los judíos en cualquier país europeo bajo ocupación alemana.[164]

La reunión quedó fijada para el 9 de diciembre de 1941 e iba a celebrarse en el tranquilo suburbio berlinés de Wannsee en una casa junto al lago. Sin embargo, un día antes, al tener noticia del ataque japonés a Pearl

Harbor, el equipo de Heydrich telefoneó a todos los invitados y la conferencia se pospuso en vista de que era probable que a él y a otros participantes los convocasen a la sesión del Reichstag que justificaba sin ninguna duda ese nuevo capítulo en la política internacional.[165] Sin embargo, ello no significaba que la política hacia los judíos fuese a quedar relegada. En una reunión de altos dirigentes del partido celebrada el día después de que EE.UU. hubiese declarado la guerra, Hitler, según anotó Goebbels en su diario, repitió sus sentimientos del mes de agosto anterior con palabras más precisas:

> En cuanto a la cuestión judía, el Führer está decidido a prepararse para actuar. Él vaticinó a los judíos que si ellos daban lugar a otra guerra mundial, sufrirían su propia aniquilación. Esto no era mera palabrería. La guerra mundial ya está aquí, la aniquilación de la judería debe ser la consecuencia necesaria. Esta cuestión va a ser contemplada sin ningún sentimentalismo. No estamos aquí para apiadarnos de los judíos sino de nuestro propio pueblo alemán. Ahora que el pueblo alemán ha perdido en el frente oriental a otros 160.000 muertos, los instigadores de este conflicto sangriento tendrán que pagarlo con sus vidas.[166]

El 14 de diciembre de 1941, Rosenberg acordó con Hitler no mencionar por razones de política internacional «el exterminio de la judería» en un discurso público que estaba a punto de pronunciar, aun cuando, como señaló Hitler, «ellos nos endilgaron la guerra y trajeron la destrucción; no es nada sorprendente que sean los primeros en correr con las consecuencias».[167]

Por entonces, Hitler y cualquier otro miembro de la cúpula dirigente nazi tenían claro que la guerra no iba a finalizar tan pronto como habían previsto. Tenían asumido que se prolongaría todo el invierno, si bien seguían pensando que la Unión Soviética se derrumbaría en algún momento del verano de 1942. Por consiguiente, la deportación de los judíos europeos al este se produciría antes de que la guerra hubiese terminado. Con la retórica radical de Hitler de noviembre y diciembre de 1941 se pretendía seguir adelante con la planificación en detalle y la puesta en práctica de esa política lo antes posible.[168] Como ya se estaba exterminando a los judíos en los territorios ocupados de la Europa oriental, incluyendo aquellos que como el Wartheland habían sido incorporados al Reich, estaba claro que los planes anteriores para deportarlos al Comisariado del Reich de Ucrania, o a

alguna zona no definida más al este, se habían abandonado. Como Hans Frank le dijo a su equipo en el Gobierno General de Polonia el 16 de diciembre de 1941, tras regresar de la conferencia de líderes nazis con Hitler el 12 de diciembre en Berlín:

> Con los judíos —quiero decírselo a ustedes con toda franqueza— hay que llegar al final de una u otra forma [...] Nos han dicho en Berlín que por qué planteamos todas esas objeciones; no se puede hacer nada con ellos en el [Comisariado del Reich del] Territorio del Este ni en el Comisariado del Reich [de Ucrania], ¡liquídenlos ustedes! Caballeros, tengo que prepararles para luchar contra cualquier noción de piedad. Debemos aniquilar a los judíos allí donde demos con ellos y siempre que sea posible con el fin de sostener la estructura íntegra del Reich en esta zona.[169]

Sin embargo, ¿de qué modo iba a hacerse? El número de judíos en el Gobierno General con los que le habían dicho a Frank que tenía que acabar era increíblemente grande, unos tres millones y medio en total según Frank (algo exagerado; su equipo dejó más tarde la cifra en dos millones y medio): «No podemos fusilar a esos 3,5 millones de judíos —se lamentaba Frank ante su equipo el 16 de diciembre de 1941—, no podemos envenenarlos, pero podremos tomar medidas que de algún modo conduzcan a lograr su aniquilación en sintonía con otras medidas a gran escala que habrán de ser abordadas desde el Reich».[170] Pronto estaría claro cuáles serían esas medidas.

El asesinato en masa de los judíos de Europa oriental que empezó en el verano de 1941 se debía en parte al fervor ideológico de hombres como Arthur Greiser, gobernador de la región del Wartheland, y de los jefes de policía y los líderes de los grupos operativos, quienes por propia iniciativa realizaron masacres de judíos a gran escala en varios centros. Al mismo tiempo, sin embargo, se inscribían en el marco de una política global cuyos parámetros fueron establecidos por Hitler y puestos en práctica en la medida de lo posible por Himmler. Cuando, por ejemplo, el jefe de la policía en Riga, Friedrich Jeckeln, mandó fusilar a los deportados judíos de Berlín que había transportado un tren nada más llegar éstos, Himmler, cuya orden de no matarlos, enviada el 30 de noviembre de 1941, le había llegado a Jeckeln demasiado tarde, se puso furioso. El fusilamiento de los judíos de Berlín desataría la alarma de los que aún se encontraban en la capital. La

intención era mantenerlos en el gueto de Riga por el momento. Himmler llamó al orden a Jeckeln y le dijo que no volviese a actuar por su cuenta.[171] Sin embargo, en su mayor parte, las iniciativas locales y regionales encajaban bien en los propósitos generales del régimen. El traslado general de la tecnología de los gaseamientos al este, junto a los expertos que sabían cómo montarla y utilizarla, y la participación de instituciones como la administración del Gobierno General de Frank, el ejército, la Cancillería del Führer (que procuraba los especialistas en las tecnologías del gas) y la Oficina Central de Seguridad del Reich, bajo la dirección de Himmler, indicaban la existencia de una política ampliamente coordinada dependiente de un centro de dirección. Como también lo indicaba el ritmo seguido por las operaciones de matanza en las regiones, coincidente con los inicios de las deportaciones organizadas de judíos desde el Reich y la puesta en marcha de campos especiales cerca de los guetos más importantes en el este con el único propósito de matar a quienes los ocupaban.

Ninguna operación de semejante envergadura y escala podría haber tenido lugar en el Tercer Reich sin el conocimiento de Hitler, cuya posición como Führer lo convertía en la persona ante quien todas esas instituciones respondían en última instancia. Fue la retórica antisemita asesina pero deliberadamente generalizada de Hitler, repetida en muchas ocasiones en la segunda mitad de 1941, la que dio alas a Himmler y a sus subordinados para ejecutar las matanzas.[172] De vez en cuando, Hitler confirmaba directamente que aprobaba los asesinatos. Por ejemplo, en una reunión con Himmler el 18 de diciembre le dijo al jefe de las SS, según las notas de este último: «la cuestión judía / que los exterminen como partisanos».[173] El exterminio de los judíos soviéticos tenía, pues, que continuar, bajo el pretexto de que se trataba de partisanos. Los frutos de esa política se hicieron visibles poco después de un año en el «Informe número 51», fechado el 29 de diciembre de 1942, que Himmler le envió a Hitler y que éste leyó, como confirma una anotación marginal del asistente de Hitler. Titulado «La lucha contra los asaltantes», el informe señalaba bajo el epígrafe «Los que ayudan a los asaltantes o son sospechosos de serlo» que el número de «judíos ejecutados» en el sur de Rusia, Ucrania y el distrito de Bialystok en los meses transcurridos desde agosto hasta noviembre de 1942

era no inferior a 363.211.[174] La plena extensión de las matanzas se convirtió en un factor en sí mismo, sugiriendo poderosamente a los nazis dirigentes que el exterminio en masa de los judíos en una escala sin precedentes hasta aquel entonces era ya una posibilidad real. Por entonces, la red nazi se había ampliado para incluir no sólo a los judíos polacos o soviéticos, sino también a los judíos en toda la Europa ocupada.[175]

## II

El 20 de enero de 1942, la reunión de altos mandos convocada por Heydrich el mes de noviembre anterior pudo finalmente celebrarse. Entre los quince hombres reunidos en torno a una mesa de la casa junto al Wannsee había representantes del Ministerio para los Territorios Orientales Ocupados dirigido por Rosenberg, de la Oficina del Gobierno General de Polonia a cargo de Frank y del Servicio de Seguridad de las SS en Polonia, Letonia y el Comisariado del Reich del Territorio del Este, todos ellos implicados con la misma operación del programa de exterminio; los Ministerios del Interior y de Justicia, la Cancillería del Partido y la Cancillería del Reich, para cuestiones de orden legal y administrativo; el Ministerio de Asuntos Exteriores, encargado de los judíos residentes en países nominalmente independientes al margen de Alemania, en especial en Europa occidental; el Plan Cuatrienal, para ocuparse de los aspectos económicos; y los departamentos de las SS de la Oficina Central de Seguridad del Reich y la Oficina Central para la Raza y el Asentamiento, que se ocuparían de los exterminios. Se había producido alguna discusión entre varios sátrapas nazis, sobre todo Hans Frank y Alfred Rosenberg, en cuanto a quién debería tener el control sobre la «cuestión judía» en los territorios ocupados, y Heydrich quería afirmar la autoridad de las SS. Comenzó éste, por consiguiente, recordando a los reunidos que Göring le había encargado el 31 de julio de 1941 tomar las medidas necesarias para la solución final de la cuestión judía en Europa, y que la responsabilidad global atañía a su superior, Heinrich Himmler. Después de esbozar las medidas adoptadas en los últimos años para lograr que los judíos emigrasen de Alemania, Heydrich señaló que Hitler había aprobado más recientemente

una política nueva, consistente en deportarlos al este. Esto, subrayaba Heydrich, constituía tan sólo una medida temporal, si bien procuraría «una experiencia práctica que resulta de gran importancia para la venidera solución final de la cuestión judía».[176]

Heydrich continuó contabilizando la población judía de cada país europeo, incluyendo a muchos que se hallaban fuera de la esfera alemana de influencia. Señaló que había, por ejemplo, 4.000 judíos en Irlanda, 3.000 en Portugal, 8.000 en Suecia y 18.000 en Suiza. Todos ellos eran países neutrales, pero su inclusión en la lista sugería con fuerza que, en algún momento de un futuro en absoluto lejano, el Tercer Reich esperaba hallarse en posición de presionarlos para que entregasen al exterminio a sus comunidades judías. En total, calculaba Heydrich, la población judía de Europa totalizaba unos 11 millones, si bien, señaló con un gesto de desaprobación, se trataba en muchos casos de personas que únicamente practicaban el judaísmo, «ya que en algunos países todavía no cuentan con una definición del término *judío* conforme a principios raciales».[177] «En el transcurso de la solución final y bajo un liderazgo apropiado —dijo— habría que poner a trabajar a los judíos en el este. Agrupados por sexos en grandes columnas de trabajadores, los judíos en condiciones de trabajar se pagarán su camino al este construyendo carreteras». Sin embargo, esto era en la práctica otra forma de exterminio, ya que, según continuó Heydrich: «Con toda seguridad, la gran mayoría será eliminada por causas naturales». Los que sobrevivieran a la experiencia serían «tratados de forma adecuada porque, por selección natural, formarían el germen de un nuevo renacimiento judío (véase la experiencia histórica)». Los considerados «aptos para trabajar» sólo serían en cualquier caso una pequeña minoría. El representante del Gobierno General señaló que «de todas maneras los dos millones y medio de judíos presentes en la región no estaban en su mayor parte en condiciones de trabajar». Habría que enviar a un gueto para ancianos a los judíos de más de sesenta y cinco —casi un tercio de la población judía de Alemania y Austria que aún seguía allí— y a los judíos con condecoraciones de guerra o que hubieran sufrido heridas graves en la Primera Guerra Mundial. Los reunidos discutieron los problemas que entrañaba convencer a los países ocupados o aliados para que les entregasen

sus comunidades judías. Para tal fin, habría que imponerle al gobierno húngaro un «asesor para cuestiones judías». Deteniéndose para señalar que la «cuestión judía» ya se había «solucionado» en Eslovaquia y Croacia, a continuación los reunidos se sumergieron en una discusión intrincada y en modo alguno concluyente a propósito de qué habría que hacer con las personas «no de una sola raza»; un asunto del que se siguió hablando en ulteriores reuniones y discusiones de seguimiento, muy especialmente el 6 de marzo de 1942. Se concluyó entonces con lo que las actas describían un tanto evasivamente como «varios tipos posibles de solución». Según un testimonio posterior, se incluía la utilización de camionetas para gasear.[178]

Se ha sostenido que la preocupación principal de la conferencia era organizar la provisión de mano de obra para los planes ingentes de construcción de carreteras previstos por el Plan General para el Este. Así pues, no tenía que ver en realidad con los asesinatos en masa.[179] Pero en realidad, el grupo operativo C ya había recomendado algunos meses antes el reclutamiento de judíos para proyectos que exigieran mano de obra, así como comentado que ello «conduciría a una liquidación gradual de la judería». Los trabajadores esclavos judíos carecían de raciones adecuadas y trabajaban hasta desplomarse. Dada la escasez de mano de obra cuyos efectos estaba padeciendo cada vez más la economía de guerra alemana, recurrir a trabajadores judíos parecía inevitable; pero esto no constituía en definitiva una alternativa a matarlos, sólo una forma distinta de hacerlo. La referencia poco menos que entre paréntesis al hecho de que los judíos del Gobierno General no estaban en su mayor parte en condiciones de trabajar, junto a la afirmación de que se mataría a aquellos que sobrevivieran a las columnas de trabajadores, eran indicativas de que el propósito principal de la reunión fue discutir la logística del exterminio. Los hombres sentados alrededor de la mesa en la casa de Wannsee eran bien conscientes de ello.[180]

El énfasis que se puso en la conferencia sobre el «exterminio por medio del trabajo» tuvo consecuencias administrativas significativas en las semanas que siguieron. En febrero de 1942, la administración de todos los campos de concentración se reestructuró, quedando fusionadas las divisiones administrativas de economía, construcción y asuntos internos en la nueva Oficina Central de Economía y Administración de las SS, dirigida

por Oswald Pohl. El Grupo D de la Oficina Central de Pohl, bajo las órdenes de Richard Glücks, estuvo desde entonces al mando de todo el sistema de campos de concentración. Esos cambios indicaban el hecho de que los campos de concentración se veían ahora como una fuente importante de mano de obra al servicio de las industrias de guerra de Alemania. En realidad, la cosa venía de antes de la guerra, pero ahora era cuando se iba a hacer mucho más sistemática. Sin embargo, las SS no enfocaron de forma racional la necesidad de utilizar mano de obra prisionera para la economía de guerra. Para ellos, sacar el mayor partido de esos hombres no era cuestión de mejorar sus condiciones o pagarles un salario. Por el contrario, había que obligarlos a aumentar la aportación de su trabajo por medio de la violencia y el terror. Las SS no consideraban a los prisioneros simplemente como prescindibles, sino como obstáculos a medio y largo plazo para la reorganización racial de Europa oriental. De ahí que los sometiesen al «exterminio por medio del trabajo». Se acabaría con la vida de quienes dejasen de ser productivos, y se los sustituiría con nuevos trabajadores esclavos. Esto era también lo que las SS imaginaban que ocurriría con millones de eslavos una vez concluida la guerra. La selección de los judíos físicamente capacitados para hacer trabajos procuraba una justificación conveniente para el asesinato en masa de los millones a quienes no se consideraba aptos para trabajar.[181]

La conversación en la Conferencia de Wannsee, tal como Eichmann, que preparó las actas, admitió más tarde, se había centrado en el exterminio, a menudo expresado «en términos muy crudos [...] totalmente al margen del lenguaje legal».[182] Las actas habían minimizado este hecho, pero en los aspectos cruciales dejaban claro que todos los judíos de Europa perecerían de una u otra forma. Prácticamente todos los hombres en torno a la mesa o bien habían dado órdenes directas en alguna ocasión para dar muerte a los judíos —cuatro de ellos habían ordenado o dirigido las matanzas en masa ejecutadas por los grupos operativos del Servicio de Seguridad de las SS, tanto Eichmann como Martin Luther, del Ministerio de Asuntos Exteriores, habían exigido explícitamente que todos los judíos de Serbia fuesen fusilados, varios participantes, entre ellos los representantes de la Cancillería del Partido y el Ministerio de Asuntos Exteriores, habían visto

muy probablemente las estadísticas de los asesinatos recogidas por los grupos operativos y remitidas a Berlín, y los funcionarios enviados a Wannsee desde el Gobierno General y el Ministerio para los Territorios Orientales Ocupados habían sancionado ya el asesinato de los judíos considerados no aptos para el trabajo—, o bien habían creado las condiciones en los guetos que ellos sabían que resultarían funestas para muchos de sus habitantes.[183] De forma que para ellos no era un problema planificar el genocidio.

Al final de la reunión, los participantes pasaron un rato bebiendo brandy y felicitándose por el trabajo realizado en un día fructífero. Heydrich se sentó junto a la chimenea con Eichmann y con Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, todos ellos de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Heydrich empezó a fumar y bebió un coñac, algo que, como dijo Eichmann más tarde, él no le había visto hacer antes, o al menos no durante muchos años. El Ministerio del Interior y el Gobierno General habían entrado en razón, y la autoridad absoluta de Heydrich en la «solución final» se había afirmado sin ninguna ambigüedad. Al enviar treinta copias de las actas a varios funcionarios, Heydrich observó que «felizmente la línea básica» se había puesto por escrito «en lo tocante a la ejecución práctica de la solución final de la cuestión judía».[184] Al leer su copia de las actas, Joseph Goebbels observó: «La cuestión judía se ha de solucionar ahora a escala paneuropea». El 31 de enero de 1942, Eichmann expidió nuevas órdenes de deportación. Los problemas con el transporte demoraron los asuntos durante algunas semanas, por lo que ordenó una nueva serie de deportaciones de judíos alemanes en marzo.[185] No los llevaron a campos de concentración, sino a guetos en el este. Allí serían confinados durante un tiempo, posiblemente hasta el final de la guerra, antes de proceder a matarlos. Entretanto, se utilizaría como mano de obra a aquellos que estuviesen en mejores condiciones. Para dejarles lugar, había que desalojar de los guetos a los judíos de Polonia y Europa oriental y exterminarlos en los campos instalados en las inmediaciones que ya habían sido adecuados para ese fin.[186]

III

La Conferencia de Wannsee y sus repercusiones tuvieron lugar en una atmósfera de violenta propaganda antisemita que el propio Hitler conducía. El 30 de enero de 1942, en su discurso tradicional con motivo del aniversario de su nombramiento como Canciller del Reich en 1933, Hitler recordó a quienes lo escuchaban en el Palacio de los Deportes de Berlín que había vaticinado en 1939 que si los judíos empezaban una guerra mundial, serían aniquilados: «Para nosotros [...] está claro que la guerra únicamente puede acabar o bien con el exterminio de los pueblos arios, o bien con la desaparición de la judería de Europa [...] ¡Esta vez la antigua ley judía verdadera, "ojo por ojo, diente por diente", se va a aplicar por vez primera!».[187] En privado, Hitler aseguró a Himmler y Lammers que los judíos tendrían que abandonar Europa totalmente. El 25 de enero de 1942 les dijo:

> Soy tremendamente humano. En los días en que Roma estuvo regida por los papas a los judíos no se les dispensó un buen trato. Todos los años hasta 1830 ocho judíos eran paseados por la ciudad a lomos de burros. Estoy tan sólo diciendo que tienen que irse. Si perecen en el proceso, no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Sólo contemplo el exterminio total si no se van por su propia voluntad. ¿Por qué tendría que considerar yo a un judío de forma distinta que a un prisionero ruso? Muchos están muriendo en los campos de prisioneros porque los judíos nos han llevado a esta situación. Pero ¿qué puedo hacer al respecto? ¿Por qué entonces provocaron la guerra los judíos?[188]

Hitler admitió en ese momento que se estaba matando a un extenso número de prisioneros de guerra, manifestando que un destino similar estaban corriendo los judíos de Europa, mientras al mismo tiempo se lavaba verbalmente las manos de toda responsabilidad por ambos actos de matanzas: en su propia imaginación, eran los judíos los responsables.

La justificación de Hitler del genocidio prosiguió a lo largo de los primeros meses de 1942, expresada de una forma que no aspiraba a ninguna claridad. Su insistencia continua en la necesidad de destruir, eliminar, aniquilar, exterminar a los judíos de Europa daba continuamente alas a sus subordinados, encabezados por Himmler, para seguir adelante con el exterminio de los judíos aun antes de que la guerra hubiese finalizado.[189] El 14 de febrero de 1942, Hitler le dijo a Goebbels

> estar decidido a limpiar Europa de judíos sin remordimiento. Es inaceptable tener a este respecto cualquier tipo de sentimentalismos. Los judíos se han hecho merecedores de la catástrofe que hoy en día están sufriendo. A medida que aniquilemos a nuestros enemigos, también ellos padecerán su propia aniquilación. Debemos acelerar este proceso con una frialdad implacable, y al hacerlo estaremos prestando un servicio incalculable a una raza humana a la que la judería ha estado atormentando durante milenios.[190]

El propio Goebbels era perfectamente consciente del proceso por el cual el programa de matanzas se estaba aplicando. El 27 de marzo de 1942, confió a su diario los detalles de los que se había enterado, o al menos algunos de ellos; hasta Goebbels se mostraba también prudente a la hora de ponerlo todo sobre papel. Es un pasaje crucial, tanto en lo que respecta a las ideas de Hitler como a las de su ministro de Propaganda, y merece ser citado con todo detalle:

> A los judíos se les está expulsando ahora del Gobierno General hacia el este, empezando en Lublin. Se está aplicando un procedimiento bastante brutal, y no es para describirlo con mayor detalle, sin que apenas quede nada de ellos. En general, cabe concluir que el 60 por 100 ha de ser liquidado, mientras que sólo un 40 por 100 se puede emplear para trabajar. El antiguo líder de la región de Viena [Globocnik], quien se está encargando de esta tarea, la está llevando a cabo de una manera bastante prudente y con un procedimiento que no llama la atención demasiado. Los judíos están siendo castigados brutalmente, de eso no hay duda, pero bien que se lo han ganado. La profecía que el Führer les anunció si se daba el caso de que empezasen una nueva guerra mundial está empezando a cumplirse de la forma más terrible. Uno no debe permitirse ninguna clase de sentimentalismos para dirigir estos asuntos. Si no nos defendiéramos de ellos, los judíos nos aniquilarían. Es una lucha a vida o muerte entre la raza aria y el bacilo judío. Ningún otro gobierno ni régimen podría reunir la fuerza para emprender una solución final de la cuestión. También en este aspecto el Führer es el pionero y el portavoz persistente de una solución radical, que viene exigida por cómo son las cosas y parece ser así inevitable.[191]

A medida que los guetos en el Gobierno General quedasen libres (en otras palabras, cuando se hubiera dado muerte a sus residentes), prosiguió, se irían llenando con los judíos procedentes del Reich, y luego el proceso se repetiría.[192] Su insistencia en que los judíos estaban empeñados en el exterminio de la raza alemana proporcionaba una justificación implícita para masacrarlos.

Esta serie de diatribas antisemitas culminó en un discurso que Hitler pronunció en la última sesión celebrada en el Reichstag, en la tarde del 26 de abril de 1942. Los judíos, dijo, habían destruido las tradiciones culturales

de la sociedad humana. «Lo que permanece es la parte animal del ser humano y un estrato judío que, al haber sido llevado al liderazgo, termina por destruir de forma parasitaria su propia fuente de alimento». Sólo entonces estaba la nueva Europa declarando la guerra a ese proceso de descomposición de sus pueblos por obra de los judíos.[193] El mismo día Goebbels anotó en su diario: «Una vez más discuto la cuestión judía con el Führer, extensamente. Su postura en relación con este problema es implacable. Ansía expulsar a los judíos de Europa por completo».[194] En esos meses, a los discursos de Hitler los secundaban un coro amplio de discursos antisemitas pronunciados por otros líderes nazis, así como las diatriabas antijudías en la prensa. En un discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes de Berlín el 2 de febrero de 1942, el líder del Frente Alemán de Trabajo, Robert Ley, manifestó que «la judería será exterminada y tiene que serlo. Es nuestra misión sagrada. De eso se trata en esta guerra».[195] Lo crucial aquí eran las preocupaciones de naturaleza ideológica que sentían los líderes nazis ante la amenaza para la seguridad que se creía que planteaban los judíos. Contribuyó a agudizarlas de forma drástica un atentado organizado por un grupo de resistentes comunistas a las órdenes de Herbert Baum en una exposición antisoviética en Berlín el 18 de mayo de 1942. Apenas hubo daños y tampoco víctimas. Pero la acción causó una fuerte impresión en la cúpula dirigente nazi. La Gestapo logró localizar y detener a quienes lo habían perpetrado, entre quienes, escribió Goebbels el 24 de mayo de 1942, había cinco judíos y tres semijudíos, así como cuatro que no eran judíos. «A partir de esta composición uno ve hasta qué punto es correcta nuestra política en materia de judíos», anotó. Goebbels pensaba que esto mostraba que todos los judíos que quedaban tenían que ser expulsados de Berlín como medida de seguridad. «Por supuesto, lo mejor sería liquidarlos».[196] Baum se suicidó después de haber sido torturado, se ejecutó a los demás integrantes del grupo y 250 hombres judíos encarcelados en Sachsenhausen fueron fusilados a modo de «represalia», sustituyéndolos otros 250 hombres judíos de Berlín tomados como rehenes. El 23 de mayo de 1942 Hitler les dijo a los líderes nazis reunidos en la Cancillería del Reich que el atentado demostraba «que los judíos están resueltos a conseguir que esta guerra concluya de forma victoriosa para

ellos sea como sea, puesto que saben que la derrota significa también la muerte de cada uno de ellos».[197] En una conversación con el ministro de Propaganda el 29 de mayo de 1942, Hitler se decantó por hacer caso omiso de las objeciones a la deportación de los trabajadores forzados judíos de Berlín. Podrían reemplazarlos trabajadores extranjeros. «Veo un gran peligro —dijo Goebbels— en el hecho de que 40.000 judíos sin nada ya que perder anden sueltos por la capital del Reich». La experiencia de la Primera Guerra Mundial, añadió Hitler, mostraba que los alemanes únicamente tomarían parte en movimientos subversivos si los judíos los convencían para ello. «En todo caso —escribió Goebbels—, la aspiración del Führer es lograr que toda Europa occidental quede libre de judíos».[198]

Quien trasladó a los hechos esas diatribas radicales contra los judíos fue Heinrich Himmler, quien se reunió con Hitler en varias ocasiones durante esos meses para mantener discusiones confidenciales. En el último invierno y comienzos de la primavera de 1942, de resultas de la Conferencia de Wannsee, Himmler siguió adelante sin interrupción con el programa de matanzas. Visitó Cracovia y Lublin el 13 y el 14 de marzo, cuando se había iniciado el programa de matanzas en masa mediante gas venenoso. Un mes después, el 17 de abril de 1942, un día después de conversar con Hitler, él se hallaba en Varsovia, donde ordenó el asesinato de los judíos de Europa occidental que habían llegado al gueto de Lódź. Tras consultar nuevamente con Hitler el 14 de julio de 1942, Himmler viajó otra vez al este para acelerar el programa de matanzas. En Lublin, envió una orden a Krüger, el jefe de la policía en el Gobierno General, para organizar el asesinato de los judíos que quedaban en el Gobierno General hasta finales de año. Himmler ordenó incluso por escrito el exterminio de los últimos judíos ucranianos, que comenzó en mayo de 1942. Al igual que en el otoño y el invierno anteriores, Himmler, recorriendo sin descanso las áreas ocupadas de Polonia, proseguía ininterrumpidamente con las masacres. La Conferencia de Wannsee había hecho más fácil el proceso de coordinación y ejecución, pero ni lo había inaugurado ni lo había convertido en una secuencia automática de acontecimientos.[199] La actividad infatigable de Himmler aseguraba que el proceso se desarrollase. Como él escribió el 26 de julio de 1942, en respuesta a un intento de Rosenberg de

interferir, tal como él lo veía, en la política hacia los judíos: «Los territorios orientales ocupados quedarán libres de judíos. El Führer ha puesto sobre mis hombros la realización de esa orden tan difícil. Por consiguiente, no permito intromisiones de nadie».[200]

Al mismo tiempo, en la Oficina Central de Seguridad del Reich, Adolf Eichmann estaba poniendo en práctica la Conferencia de Wannsee mediante el establecimiento de una sucesión de órdenes pensadas para poner los trenes a rodar hacia los guetos de Europa oriental una vez más. El 6 de marzo de 1942, él les dijo a los jefes de la Gestapo que había que deportar a 55.000 judíos más desde el «Antiguo Reich», el Protectorado y la «Marca Oriental» (es decir, la antigua Austria). Alrededor de sesenta trenes, cada uno de ellos cargado con hasta un millar de deportados, siguieron su camino a los guetos durante las semanas siguientes. A la eliminación de la mayor parte de los empleados de las instituciones judías que quedaban, con un primer tren que partió el 20 de octubre de 1942, le siguió la de los presos judíos de los campos de concentración en el Reich. Tras la decisión de empezar a deportar a los trabajadores judíos de las fábricas de municiones en Alemania y sustituirlos con polacos, la policía empezó a detener a los «judíos puros» que quedaban y a sus familias en Alemania el 27 de febrero de 1943. El primer tren partió el 1 de marzo de 1943 y al concluir la primera semana de la intervención eran casi 11.000 los judíos a quienes se había transportado, incluyendo a 7.000 de Berlín, donde en ese momento vivía la mayoría de judíos alemanes que quedaban. Entre 1.500 y 2.000 judíos berlineses a quienes se había detenido pudieron demostrar a la policía que estaban exentos de la deportación, en su mayor parte gracias a su matrimonio con cónyuges que no lo eran. Mientras las autoridades resolvían los detalles relativos al lugar al que los iban a enviar para trabajar —ya no en fábricas de municiones, por razones de seguridad, sino en las escasas instituciones judías que quedaban en la capital, como los hospitales—, las esposas, los parientes y los amigos se reunieron en la acera situada frente al edificio de la Rosenstrasse 2-4, donde los detenidos se encontraban, a la espera de una decisión, pronunciando sus nombres y en ocasiones tratando de introducir paquetes de comida en el edificio. Al cumplirse el 8 de marzo de 1943, a la mayoría de los detenidos les habían

asignado nuevos trabajos; el resto siguió detenido. La pequeña multitud se dispersó. La leyenda posterior elevaba este incidente a una protesta pública insólita que había conseguido la liberación de los detenidos; pero nunca hubo intención alguna de enviar a esos judíos concretos al este para acabar con ellos y la multitud no había tomado parte en ninguna clase de protesta explícita.[201] Por entonces habían sido destruidos los últimos vestigios de las organizaciones de la comunidad judía en Alemania; los únicos judíos que quedaban eran aquellos que se encontraban en una posición de privilegio (en su mayor parte a raíz de su matrimonio con personas no judías) o los que habían entrado en la clandestinidad.

El suicidio les pareció a algunos la única escapatoria digna. El escritor Jochen Klepper, protestante fervoroso, cuya mujer e hijastras eran judías, había rechazado la idea de la resistencia, como muchos otros, por razones patrióticas. «No podemos desear la perdición de Alemania a causa de la aversión que provoca el Tercer Reich», escribió en su diario al inicio de la guerra.[202] Ante la sucesión de una nueva medida antisemita tras otra en perjuicio de su familia, Klepper se las arregló para obtener el permiso para que una de sus hijastras pudiera emigrar, pero la otra hija, Renate, no lo hizo. En 1937 Klepper le había enviado al ministro del Interior, Wilhelm Frick, ejemplares de su exitosa novela histórica *Der Vater, Roman des Soldatenkönigs* [El padre, novela del rey soldado], y en octubre de 1941 utilizó el aprecio de Frick por su obra para conseguir una notificación oficial certificando que Renate no sería objeto de deportación. El 5 de diciembre de 1942, Renate obtuvo de la embajada de Suecia en Berlín un permiso por escrito para emigrar, pero cuando Klepper visitó a Frick con el fin de intentar obtener un permiso para que su mujer se marchase con ella, el ministro del Interior le dijo: «No puedo proteger a tu mujer. No puede proteger a ningún judío. Por su propia naturaleza, esas cosas no se pueden hacer en secreto. Llegarán a oídos del Führer y entonces montará en cólera».[203] Era probable, dijo Frick, que las dos mujeres fuesen deportadas al este. «Dios sabe —escribió desesperado Klepper— que no puedo soportar que Hanni y la niña emprendan esta deportación, la más cruel y espantosa de todas».[204] Quedaba una última oportunidad. Puesto que Frick había perdido en cualquier caso el poder de conceder permisos de

emigración, Klepper movió algunos hilos y consiguió una entrevista personal con Adolf Eichmann, quien le dijo que si bien a su hija probablemente le darían permiso para marcharse, no sería así en el caso de su mujer. Klepper, su mujer y su hija no querían separarse. «Moriremos ahora; ¡oh, también eso está en manos de Dios!», escribió Klepper el 10 de diciembre. «Esta noche alcanzaremos juntos la muerte. Sobre nosotros, la imagen de Cristo nos bendice en estas horas postreras, y él luchará por nosotros. En vista de ello, nuestra vida llegará a su final».[205] Unas pocas horas después, estaban muertos.

En ese período fueron muchos los judíos que pusieron fin a su vida para no ser deportados; otros lo hicieron más por desesperación ante una situación cada vez más insoportable. Entre ellos se encontraba Joachim Gottschalk, un actor de cine famoso a quien Goebbels había prohibido aparecer en las películas porque se negó a divorciarse de su mujer judía. El 6 de noviembre de 1941, se mató junto a su esposa y su hija al recibir las dos mujeres una orden de deportación. También la viuda del pintor Max Liebermann se mató en 1943 cuando recibió una orden de deportación. La enterraron en el cementerio judío de Weissensee, donde el año anterior habían enterrado a 811 suicidas frente a 254 en 1941. Hasta 4.000 judíos alemanes se suicidaron entre 1941 y 1943, sólo en el último trimestre de 1941 el número ascendió a 850. Por entonces, los suicidios de judíos conformaban casi la mitad de todos los suicidios en Berlín, a pesar de que la comunidad judía superviviente era muy escasa. En su mayor parte, se trataba de ancianos, e ingerir veneno, el método más común, lo veían como una manera de hacer valer su derecho a poner fin a su propia vida cuándo y cómo ellos querían, en lugar de morir asesinados a manos de los nazis. Algunos hombres se ponían las medallas por el servicio en la Primera Guerra Mundial antes de suicidarse. Esos actos continuaron casi hasta el final de la guerra. El 30 de octubre de 1944, por ejemplo, una mujer judía de Berlín a cuyo marido no judío habían matado en el frente oriental se negó a aceptar su situación y no se presentó para recoger su «estrella judía» en la oficina de la Gestapo de su localidad, prefiriendo en cambio el suicidio.[206]

Mucho antes de esto, el programa de exterminio se había extendido a otros lugares de Europa. Las deportaciones dieron comienzo el 25 de marzo de 1942. En las semanas que siguieron se envió a unos 90.000 judíos, en primer lugar hombres jóvenes con el propósito de hacerles trabajar, y a continuación hombres mayores, mujeres y niños, desde el Estado títere de Eslovaquia a los guetos en el distrito de Lublin, y a los campos situados en el este. Al visitar Bratislava, la capital eslovaca, el 10 de abril de 1942, Heydrich le dijo a Tuka, jefe de gobierno, que el suyo era simplemente «una parte del programa» para la deportación de medio millón de judíos desde los países europeos, Holanda, Bélgica y Francia entre ellos.[207] El 27 de marzo de 1942, se deportó de París al este a 1.112 judíos para que, mantenidos como rehenes, sirvieran de elemento disuasorio para la resistencia francesa (con la cual, en realidad, muy pocos de ellos tenían alguna relación). Otros cinco trenes, cuya partida había sido ya propuesta por Heydrich en primavera, siguieron en junio y julio de 1942. En julio se tomó la decisión de reclamar al gobierno croata la entrega a Alemania de los judíos residentes en el país para su exterminio; 5.000 fueron deportados según lo establecido el mes siguiente. La presión recayó en otros aliados de Alemania, entre ellos Finlandia y Hungría, para que actuasen de igual modo. La «solución final de la cuestión judía en Europa» estaba ahora en marcha.[208]

## IV

Algunos meses antes, hacia finales de septiembre de 1941, Hitler había jubilado al protector del Reich de Bohemia y Moravia, el antiguo ex ministro conservador de Asuntos Exteriores Konstantin von Neurath, aparentemente por motivos de salud. Los ocupantes alemanes habían comenzado a toparse con una resistencia creciente de los checos, y el sabotaje comunista y otros actos subversivos se estaban multiplicando a partir de la invasión alemana de la Unión Soviética. Hitler pensó que la situación requería un enfoque más firme y más riguroso que el que Neurath podía ofrecer. El nuevo protector del Reich era Reinhard Heydrich, quien por consiguiente añadía ahora la dirección de Bohemia y Moravia a sus

muchas otras obligaciones. Heydrich no tardó en anunciar que los checos serían divididos en tres categorías básicas. A los débiles desde un punto de vista racial e ideológico los deportarían al este. Quienes fueran juzgados como insatisfactorios desde un punto de vista racial, pero aceptables en el plano ideológico, serían esterilizados. Los checos impecables con arreglo a criterios raciales pero de ideología sospechosa serían germanizados. Si se negaban, serían fusilados. Sin embargo, antes de que pudiese lanzar este programa estrafalario, Heydrich tenía que hacer frente a la marea creciente de la resistencia. Empezó a ordenar la detención y ejecución de checos por su participación en el movimiento resistente; 404 sólo en sus primeros dos meses de gestión. En el mismo período envió a otros 1.300 a campos de concentración en el Reich, donde fallecieron la mayoría de ellos. En octubre de 1941 organizó un proceso judicial con fines propagandísticos contra el primer ministro checo Alois Eliáš, quien carecía de poder real, que fue condenado a muerte a bombo y platillo por haber establecido presuntamente contacto con el gobierno checo en el exilio y haber alentado la resistencia local. Eliáš fue ejecutado finalmente en junio de 1942. Esas medidas destruyeron eficazmente el movimiento checo de resistencia, haciendo que Heydrich se ganase el apodo de «carnicero de Praga». No obstante, encargado entre otras cosas de mejorar la productividad de los trabajadores checos en las fábricas y el campo con el fin de abastecer a la agricultura y la industria alemanas, Heydrich aumentó también las raciones de comida para más de dos millones de empleados, e hizo que los trabajadores de las fábricas de municiones dispusieran de 200.000 pares de zapatos nuevos muy necesarios. Reorganizó y mejoró el sistema checo de seguridad social, y participó en una serie de gestos públicos para que las masas dejasen de apoyar a la élite intelectual checa, incluyendo un plan para enviar a los trabajadores a hoteles de lujo en localidades balnearias checas. Todo esto, a juicio de Heydrich, evitaría la reaparición de cualquier tipo de movimiento serio de resistencia cuando ésta ya había sido destruida eficazmente.[209]

Alarmado ante el éxito aparente de las políticas de Heydrich, el gobierno checo en el exilio en Londres pidió con insistencia que lo mataran. Ello tendría el beneficio añadido de desatar una represión feroz que a su vez daría alas otra vez al movimiento de resistencia. Sin un movimiento activo

de resistencia actuando en el Protectorado a favor del gobierno checo en el exilio, éste se podría encontrar en una posición negociadora de debilidad cuando la guerra terminase. El gobierno británico secundó ese plan. Dos exiliados checos, Jozef Gabčík y Jan Kubiš, fueron elegidos en diciembre de 1941 por el gobierno checo en el exilio para hacer el trabajo. Ambos aprendieron de los británicos técnicas de sabotaje y espionaje, y volaron al Protectorado en un avión suministrado por el Ejecutivo Británico de Operaciones Especiales en mayo de 1942, tirándose en paracaídas en un terreno situado a las afueras de Praga. En la mañana del 27 de mayo de 1942, Heydrich salió de su casa, situada a poco menos de veinte kilómetros de Praga, para dirigirse en coche hasta su oficina en el castillo de Hradčany, en el centro de la ciudad. A pesar de ser el principal responsable de seguridad en el Reich, no se molestó en absoluto en lo tocante a su propia seguridad personal. Se desplazaba solo, sin escolta; la única persona que le acompañaba en el coche era su chófer. En aquel preciso momento, mientras disfrutaba del agradable tiempo primaveral, Heydrich había pedido que lo llevaran al trabajo en un automóvil descapotable. Los magnicidas habían determinado que Heydrich hacía cada día el mismo camino, a la misma hora. Aunque esa mañana concreta él se desplazaba un poco más tarde de lo habitual, aún estaban agazapados aguardándolo cuando el coche ralentizó la marcha para tomar una curva pronunciada de la ruta en un suburbio de la capital checa. La metralleta sten de Gabčík se bloqueó cuando éste intentó dispararla, pero Kubiš logró arrojar una granada que impactó en las ruedas traseras y estalló deteniendo el vehículo. Heydrich abandonó el vehículo de un salto, empuñó su revólver y empezó a disparar a Kubiš, que corrió a ocultarse tras un tranvía que pasaba, se subió de un salto a una bicicleta y pedaleó para alejarse del escenario. Frustrado, Heydrich se volvió hacia Gabčík, que le devolvió los disparos con un revólver, sin lograr darle pero alcanzando al chófer en las dos piernas. Entonces Heydrich se llevó la mano a la cadera y caminó con dificultad hasta quedar inmóvil. Gabčík abandonó el lugar y logró huir subiéndose a un tranvía repleto de gente. El individuo que vigilaba, que había hecho señales con un espejo para avisar a los magnicidas de que el coche se aproximaba, se fue alejando sin apresurarse del lugar de los hechos.[210]

Heydrich había quedado gravemente herido. La granada le había incrustado en las costillas, el estómago y el bazo trozos de cuero y crin de caballo y fragmentos de los muelles de acero de la tapicería del vehículo. Le extrajeron los objetos extraños en una operación, pero el corte era demasiado grande, la herida se infectó y el 4 de junio de 1942 murió.[211] Era, como afirmó en un obituario *Das Schwarze Korps*, el semanario de las SS, «un hombre sin defectos».[212] Hitler lo llamó «indispensable».[213] A muchos les parecía ciertamente como la encarnación de todas las virtudes de las SS. Hasta sus propios hombres lo llamaban en ocasiones, con un toque de ironía, «la bestia rubia». Sin embargo, su forma de ser se mantuvo esquiva, difícil de definir. La mayoría de los historiadores lo han caracterizado como un técnico del poder, un «artesano del pragmatismo», o la «encarnación de las técnicas de gobierno por medio de la fuerza bruta». Ciertamente, no cabe dudar acerca de su vehemente ambición por hacer carrera en beneficio propio bajo el Tercer Reich. Se ha sostenido que era demasiado inteligente para tomarse en serio la ideología. Pero cualquiera que lea las notas y las afirmaciones que dejó escritas quedará impresionado por su asimilación mecánica y total de la ideología nazi, su permeabilidad a los patrones de pensamiento del nazismo, su falta de aprecio hacia cualquier posible alternativa a la cosmovisión nazi.[214] Su plan extraordinario para clasificar a la población checa y ocuparse de ella fue un ejemplo ilustrativo.

Lo que estuvo ausente en la retórica de Heydrich fue la zafiedad y la crudeza que tan a menudo caracterizaba el lenguaje empleado por «antiguos combatientes» como Hans Frank, Hermann Göring o Heinrich Himmler. La ideología nazi parecía ser para Heydrich algo completamente personal, un conjunto incuestionado de ideas y actitudes que él ambicionaba poner en práctica con una eficacia fría, desapasionada. La mayor parte de sus subordinados y colegas lo temían, incluso Himmler, quien era demasiado consciente de su inferioridad intelectual ante su subordinado. «Tú y tu lógica —le gritó en una ocasión—: no se oye hablar de otra cosa que no sea tu lógica. Todo lo que propongo lo echas abajo con tu lógica. Estoy harto de ti y de tus críticas frías, racionales».[215] Sin embargo, por otra parte, Heydrich era también, como muchos señalaban, un hombre apasionado, un deportista entusiasta, un músico que muchas veces se emocionaba

visiblemente al tocar el violín. Su personalidad dividida no pasaba inadvertida a sus contemporáneos, muchos de los cuales (errando por completo) la explicaban refiriéndose a una ascendencia dividida, en parte judía; «un hombre infeliz, completamente enfrentado a sí mismo, como a menudo ocurría con quienes eran de raza mixta», una observación atribuida a Himmler.[216] Carl J. Burckhardt, el comisionado de la Sociedad de Naciones en Danzig durante la década de 1930, se dijo al reunirse con Heydrich: «Dos personas me están mirando simultáneamente».[217] Uno de los colegas de Heydrich le contó a Burckhardt una historia de cómo Heydrich, al llegar a casa borracho en cierta ocasión, miró por una puerta abierta hacia el baño, donde las luces estaban encendidas, y vio su propia imagen en el espejo de cuerpo entero situado en la pared opuesta. Sacando su revólver, disparó un par de veces contra la imagen reflejada gritando: «¡Por fin te tengo, escoria!».[218]

Hitler decidió disponer en honor de Heydrich una ceremonia fúnebre adecuadamente solemne y pomposa. En privado, se mostró furioso debido al fallo de seguridad que había facilitado las cosas a los autores del atentado. La costumbre de Heydrich de permitirse «gestos tan heroicos como desplazarse en un vehículo descapotable sin blindaje» era, dijo, «estúpida e insensata».[219] Sustituyó a Heydrich en el Protectorado Karl Hermann Frank, que había sido su segundo, así como de Neurath. Defensor de un enfoque más crudamente represivo y menos sutil que Heydrich, Frank acabó por ser nombrado ministro de Estado para Bohemia y Moravia en agosto de 1943. Fue Frank quien estuvo al mando de la terrible venganza con que Hitler castigó a los checos. A cambio de una jugosa recompensa, un agente local del Ejecutivo Británico de Operaciones Especiales informó a la Gestapo del lugar donde se ocultaban los autores del magnicidio, la iglesia ortodoxa de San Cirilo y San Metodio en Praga. Junto con otros cinco agentes a quienes los británicos también habían lanzado en paracaídas en el Protectorado, lucharon en un frenético tiroteo que se prolongó durante varias horas. Finalmente, conscientes de que estaban perdidos, volvieron sus armas hacia ellos mismos. Hitler quería al principio fusilar a 10.000 checos de inmediato como represalia por el asesinato, y eliminar a toda la clase intelectual checa igual que había hecho con los polacos. Le dijo al

presidente checo títere, Hácha, que si se producía otro incidente similar, «tendríamos que considerar la deportación de toda la población checa».[220] Volando rápidamente a Berlín, Frank convenció al Führer de que esas medidas causarían un daño enorme a la producción checa de armas. Entre los documentos que le fueron encontrados a otro agente checo del Ejecutivo de Operaciones Especiales había uno en que se mencionaba la aldea checa de Lidice. Frank sugirió que convertir la aldea en un ejemplo sería una represalia suficiente. Hitler dio su aprobación. El 10 de junio de 1942 toda la población de Lidice, encargada de procurar refugio a los autores del magnicidio, fue detenida; se fusiló a los hombres, se envió a las mujeres al campo de concentración de Ravensbrück y se quedaron con los niños para clasificarlos con criterios raciales. A ochenta y uno de ellos, juzgados como racialmente inferiores, se los llevaron y los asesinaron; a los otros diecisiete les asignaron nuevas identidades y los entregaron en adopción a familias alemanas. La aldea fue pasto de las llamas. Otros veinticuatro hombres y mujeres fueron fusilados en la pequeña aldea de Lezacky, y sus hijos fueron enviados a Ravensbrück. Se sometió a un juicio sumarísimo a otras 1.357 personas y se las ejecutó por su presunta implicación en la resistencia. 250 checos, familias enteras incluidas, murieron asesinados en el campo de concentración de Mauthausen. Y se detuvo a 1.000 judíos en Praga y se los llevaron para matarlos. En total, unos 5.000 checos fallecieron en esa orgía de venganza. Únicamente la necesidad desesperada que tenía el régimen nazi de la industria bohemia de armamento, de un tamaño considerable y avanzada, evitó que el terror continuase. Por el momento, al menos, había alcanzado su objetivo.[221]

El magnicidio de Heydrich acentuó el temor en la dirección nazi de que los judíos (que en realidad nada tenían que ver con ello) representaran una amenaza cada vez mayor para la seguridad en el frente interno. Algunos historiadores han sostenido también que la creciente escasez de alimentos en el Reich fue lo que movió a acelerar el programa de matanzas en esa época. Las raciones diarias que se repartían a la población alemana se habían reducido en abril de 1942. Esos recortes eran no sólo impopulares, sino que además obligaban al gobierno a reducir todavía más las raciones que se asignaban a los trabajadores extranjeros en Alemania, con el fin de

evitar comentarios hostiles de los alemanes autóctonos. Esto perjudicaba su productividad. La severidad de los recortes llegó a tal punto que Hitler dio el insólito paso de forzar la jubilación de su ministro de Agricultura, Richard Walther Darré, quien se había demostrado más un ideólogo que un administrador, y promover al más alto funcionario del ministerio, Herbert Backe, al puesto de ministro en funciones. Tras reunirse con Hitler y Himmler en mayo de 1942, Backe consiguió la aprobación de ambos para detener el abastecimiento de las fuerzas armadas alemanas desde Alemania. En adelante, tendrían que vivir del territorio en que se encontraran. En el este, donde estaban estacionadas la mayor parte de ellas, esto significaba recortar todavía más las raciones de la población local, lo cual fue ordenado por Backe el 23 de junio de 1942. En cuanto a los judíos que quedaban en la región, y cuya provisión de alimentos ya habían recortado hasta tasas de inanición muchos administradores locales, sus raciones se paralizarían completamente. El Gobierno General, dijo Backe, sería «desinfectado» de judíos «dentro del año próximo».[222] Pero esto, por supuesto, no era una declaración de intenciones, era más bien un anuncio de lo que se esperaba en todo caso, a tenor de la escala de los programas de matanzas ya en curso. Ni existe evidencia alguna que sugiera un vínculo causal directo entre la situación alimentaria y cualquier aceleración decisiva del programa de exterminio. Las consideraciones tocantes a la seguridad seguían en lo más alto de las mentes de los dirigentes nazis.

El 19 de julio de 1942, Himmler ordenó a Friedrich Wilhelm Krüger, el jefe de la policía en el Gobierno General, asegurarse de «que el reasentamiento de toda la población judía se haya realizado y completado no más tarde del 31 de diciembre de 1942». La reorganización étnica de Europa exigía una «limpieza total».[223] También Hitler estaba ahora resuelto, como dijo en septiembre de 1942, a que se apartase hasta donde fuera posible a los trabajadores judíos de las fábricas de municiones en el Reich, y a que todos los judíos que quedaban en Berlín fuesen deportados.[224] Volvió a su «profecía» del 30 de enero de 1939 en un discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes de Berlín el 30 de septiembre de 1942. Les dijo a quienes lo escuchaban que él había vaticinado «que si la judería provoca una guerra internacional mundial para

exterminar a los pueblos arios, en ese caso los exterminados no serán los pueblos arios sino la judería». Pero ahora «una oleada antisemita» estaba recorriendo Europa «de un pueblo a otro», y cada Estado que entraba en la guerra se convertiría en un Estado antisemita.[225] Según trascendió de una discusión privada con Bormann el 10 de octubre de 1942, Göring «cree que los pasos emprendidos por el Reichsführer de las SS, Himmler, son absolutamente correctos», pese al hecho de que tendría que haber (probablemente por razones económicas) algunas excepciones.[226] Unos pocos días antes, en un discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes de Berlín, Göring le había dicho al público que Churchill y Roosevelt eran «unos borrachos y unos enfermos mentales manejados por los judíos». La guerra era una «gran guerra de razas [...] para dirimir si los alemanes y los arios sobrevivirán o si los judíos regirán el mundo».[227] Así pues, también él presentaba el exterminio como un acto necesario en defensa propia del pueblo alemán. El discurso anual de Hitler ante los «antiguos combatientes» nazis en Múnich el 8 de noviembre de 1942, emitido por la radio alemana, repitió de nuevo su profecía de 1939, en esta ocasión afirmando sin rodeos que la guerra finalizaría en su «exterminio». Añadió que los judíos que (pensaba él) se habían reído entonces de él, «ya han dejado de hacerlo».[228]

Nada más terminar su discurso, el jefe de prensa de Hitler, Dietrich, redobló una vez más la propaganda antisemita. En los meses siguientes, Goebbels volvió también a ese tema de forma incesante. Una parte significativa de su discurso en el Palacio de los Deportes de Berlín el 18 de febrero de 1943, el cual se transmitió a través de todas las emisoras de radio alemanas, se dedicó a ello:

> Detrás de la embestida —[gritos vehementes de exclamación]—, detrás de la embestida de las divisiones soviéticas *ya podemos ver a las escuadras de la muerte judías*, que se avecinan detrás del *terror*, el espectro de millones de hambrientos y la anarquía total en Europa. La judería internacional se está revelando una vez más como el agente *diabólico* de la descomposición [...] ¡*Jamás hemos sentido miedo de la judería y hoy estamos menos atemorizados que nunca*! [gritos de «¡Heil!», fuerte aplauso] [...] La aspiración del bolchevismo es la revolución mundial de los judíos [...] Alemania al menos no piensa acobardarse ante esta amenaza judía; ¡sí en cambio enfrentarse a ella con el *exter*... [corrigiéndose], la exclusión *oportuna*, y en caso de necesidad *total* y *más radical*, de la judería! [fuerte aplauso, gritos de entusiasmo, risas].[229]

El resbalón deliberado de Goebbels mereció la complicidad de su audiencia en todo el país, no únicamente en el asesinato en masa de los judíos, sino además en su comprensión de que había que recurrir al lenguaje eufemístico para referirse a ello. Hitler habló, no tan explícitamente, en términos parecidos el 24 de febrero y el 21 de marzo de 1943. Ordenó a Goebbels intensificar la propaganda antisemita en las emisiones destinadas al exterior, sobre todo a Inglaterra.[230] En un largo monólogo dirigido al ministro de Propaganda el 12 de mayo de 1943, después de que a Goebbels le hubiese llamado la atención la falsificación zarista titulada *Los protocolos de los sabios de Sión* (una obra que Hitler insistía en considerar indudablemente auténtica), el Führer nazi insistió en que los judíos estaban actuando en todas partes apoyándose en su instinto racial para socavar la civilización. «Los pueblos modernos no tienen más elección para perdurar que eliminar a los judíos». Sólo luchando contra la raza judía «con todos los medios a nuestra disposición» era posible la victoria. «Los pueblos que se hayan enfrentado y combatido a los judíos en primer lugar los sucederán en el dominio del mundo».[231] El tono apocalíptico de este discurso era notable. Hitler estaba justificando el exterminio de los judíos como una condición previa necesaria para que los alemanes dominasen el mundo.

El 3 de mayo de 1943, Goebbels envió una circular confidencial a la prensa alemana exigiéndole que dedicara una mayor atención a los ataques contra los judíos. «Las posibilidades para exponer el verdadero carácter de los judíos son ilimitadas —opinaba—. Hay que utilizar ahora a los judíos en la prensa alemana como un blanco político: hay que culpar a los judíos; los judíos querían la guerra; los judíos están haciendo que la guerra se agrave; y hay que culpar a los judíos sin descanso».[232] Después de que sólo hubiera cuatro titulares de portada de naturaleza antisemita en el *Völkischer Beobachter* en todo 1942, sólo en los primeros cinco meses de 1943 hubo diecisiete. De hecho, en 1943 el periódico publicó en total treinta y cuatro titulares de portada referidos a los judíos.[233] La ofensiva propagandística repetía *ad nauseam* las diatribas que se habían tornado familiares contra Churchill, Roosevelt y Stalin como marionetas de una conspiración del mundo judío cuyo fin era aniquilar la raza alemana; una especie de proyección, se ha afirmado, de la propia pulsión del nazismo para aniquilar

a los judíos.[234] A medida que empeoraba la situación militar y los bombardeos de los aliados sobre las ciudades alemanas empezaban a tener un fuerte impacto, no dejaron de intensificarse las advertencias propagandísticas en el sentido de que una victoria de los aliados significaría una exterminación genocida del pueblo alemán. Se sacó el mayor jugo del descubrimiento de las tumbas de los oficiales polacos a quienes la policía secreta soviética había masacrado en Katyń poco después de iniciada la guerra, una masacre atribuida inevitablemente no a los rusos sino a los judíos. La propaganda antijudía, que tuvo su primer período de intensidad concentrada en la segunda mitad de 1941 como una manera de difundir lo que los nazis llamaban la «solución final de la cuestión judía en Europa», estaba ahora convirtiéndose en un medio para animar al pueblo alemán a seguir luchando.[235]

Así pues, el ritmo, la justificación y el modo de aplicación del genocidio variaron repetidamente desde su inicio en el verano de 1941. Examinar los orígenes de «la solución final» en cuanto proceso más que como decisión única revela una diversidad de impulsos promovidos por los dirigentes nazis en general, y por Hitler y Himmler en particular, para la lucha contra el supuesto enemigo global de los alemanes. Sin embargo, prevaleciendo sobre todos ellos, se hallaba el recuerdo de 1918, la creencia de que los judíos, dondequiera que pudieran estar y quienesquiera que pudieran ser, amenazaban con debilitar el esfuerzo bélico alemán tomando parte en la subversión, en actividades guerrilleras, en movimientos comunistas de resistencia y otras muchas acciones. Lo que guió los impulsos exterminadores de los nazis, sin distinción de su rango, no fue la clase de desprecio que consideraba a los eslavos como seres inferiores prescindibles, sino una mezcla de temor y odio ideológicamente omnipresente, que culpaba a los judíos de todos los males de Alemania y quería su destrucción como un asunto de vida o muerte en aras de la supervivencia de Alemania.

# «COMO OVEJAS AL MATADERO»

## I

Ya un poco antes de la Conferencia de Wannsee, Himmler había designado a Odilo Globocnik, jefe de la policía y las SS en Lublin, para que organizara la matanza sistemática de todos los judíos presentes en el Gobierno General. Habría que vaciar los guetos para dejar sitio a los judíos deportados del oeste. Globocnik tenía que crear una serie de campos para lograr ese objetivo en la «operación Reinhard».[236] Globocnik era un nazi austríaco. Su profundo antisemitismo le había supuesto una condena en 1933 por el asesinato de un judío. Lo habían nombrado jefe de la región de Viena tras la anexión, pero en enero de 1939 lo degradaron convirtiéndolo en un soldado raso por especular con moneda extranjera. Himmler, no obstante, no lo perdió de vista, y lo nombró para su cargo en Lublin el mes de noviembre siguiente. En 1940, Globocnik levantó un pequeño imperio económico gracias a los trabajos forzados de los judíos, y en julio de 1941 encargó la construcción de un campo de trabajo gigantesco en Majdanek. Para la operación Reinhard, Globocnik reclutó a un amplio número de personas de la antigua operación T-4, contándose Christian Wirth entre ellos. Quien les pagaba continuaba siendo la oficina central del programa de la eutanasia de la Cancillería del Führer en Berlín, si bien recibían las órdenes de Globocnik. Compartían ese origen casi el total de los veinte o treinta hombres de las SS empleados en cada uno de los campos que Globocnik estaba empezando a crear para llevar a cabo su misión. Esto situaba los campos al margen de la organización habitual de los centros de las SS. Todos los hombres de las SS eran oficiales o suboficiales. El personal básico se componía de auxiliares ucranianos, a muchos de ellos los

habían reclutado en los campos para prisioneros de guerra y habían recibido un breve entrenamiento antes de que los enviaran a trabajar para Globocnik.[237]

Los tres campos de la «operación Reinhard» creados para proceder con el programa de exterminio estaban situados en lugares remotos al oeste del río Bug, pero bien conectados por ferrocarril con otras partes de Polonia y de acceso relativamente fácil desde los guetos principales. La construcción del primero de esos campos de la muerte, en Belzec, comenzó en el emplazamiento de un campo de trabajo existente el 1 de noviembre de 1941. Se creó bajo la supervisión de un antiguo especialista de la eutanasia, que se quedó allí para ayudar a Christian Wirth tras el nombramiento de este último como comandante del campo en diciembre de 1941. Hizo construir un ramal ferroviario, que se dirigía hasta el campo desde la estación cercana. Había casas para los miembros de las SS, barracones para un reducido número de prisioneros de estancia más prolongada, como zapateros, sastres o carpinteros, que trabajarían para las SS, y alojamientos para los ayudantes ucranianos. Las cámaras de gas habían sido fabricadas con madera, pero eran herméticas y estaban provistas de tubos a través de los cuales se bombearían los gases de los vehículos, matando a quienes se encontrasen en el interior de las mismas. Wirth escogió este procedimiento porque era difícil obtener en cantidad botes de monóxido de carbono puro como los que se habían empleado en la acción de la eutanasia, y podían hacer sospechar a las víctimas si los veían a su llegada. En febrero de 1942 las instalaciones estaban a punto. Se pusieron a prueba con grupos reducidos de judíos; luego se gaseó también a los trabajadores judíos que les habían ayudado en la construcción. El 17 de marzo de 1942 se hizo entrega de los primeros deportados en el campo y fueron gaseados de inmediato a su llegada. En cuatro semanas, 75.000 judíos habían sido enviados a la muerte, incluyendo a 30.000 de los 37.000 habitantes del gueto de Lublin, y un número mayor de otras regiones del Gobierno General, incluyendo Zamość y Piaski.[238]

De la brutalidad asesina de las detenciones y las deportaciones a Belzec dejó constancia Zygmunt Klukowski, cuyo diario proporciona un relato gráfico si bien no completamente preciso del impacto que aquéllas

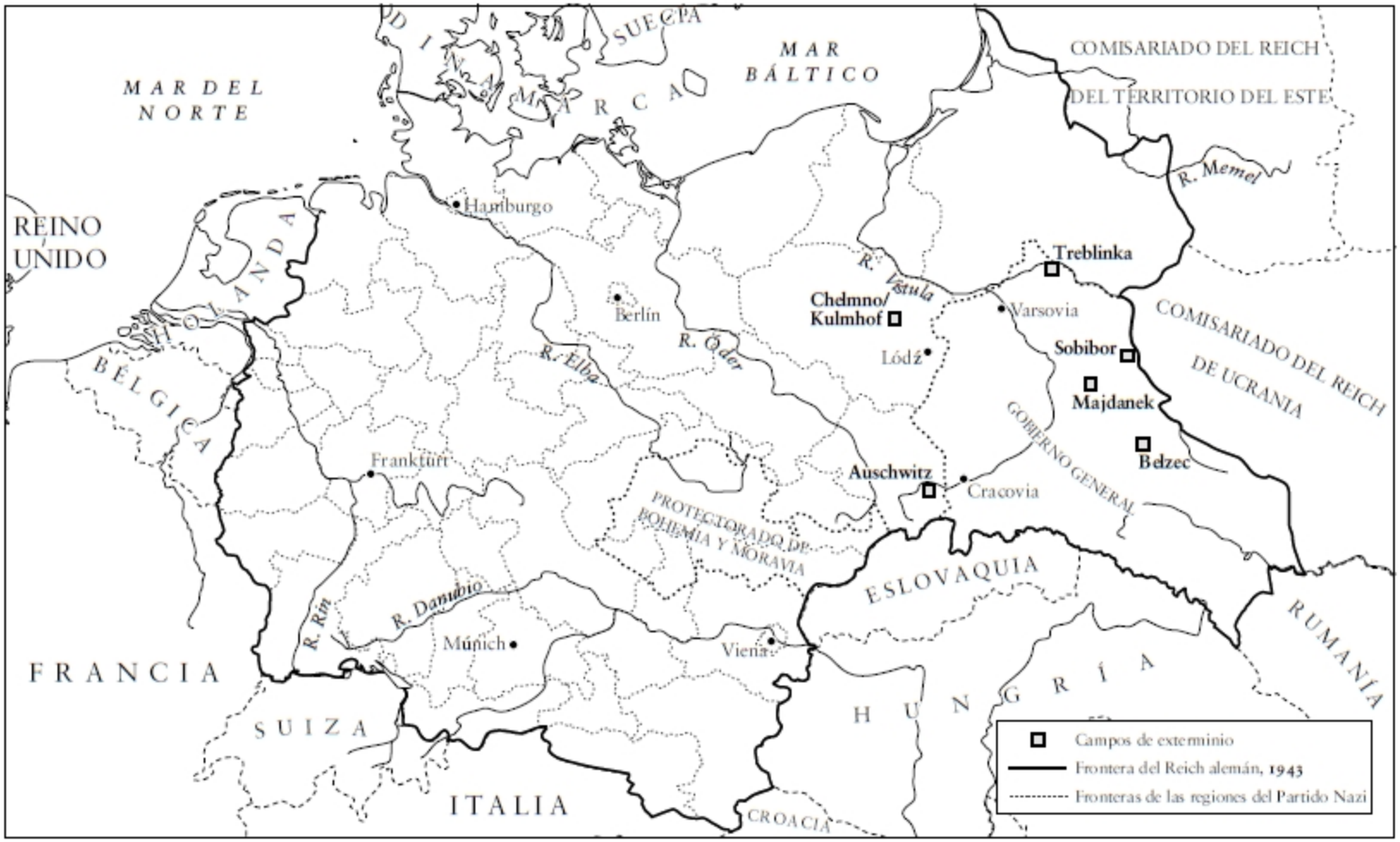
tuvieron en las poblaciones judías autóctonas en Polonia. El 8 de abril de 1942, Klukowski se enteró de

> que cada día dos trenes, compuesto cada uno de ellos por veinte coches, llegan a Belzec, uno desde Lublin, el otro desde Lvov. Después de descargarlos en vías separadas, los judíos son obligados a entrar en el recinto alambrado. A algunos los matan con electricidad, a otros con gases tóxicos, y los cuerpos se incineran. En el camino a Belzec los judíos sufren un calvario. Son conscientes de lo que les aguarda. Algunos tratan de defenderse. En la estación de ferrocarril de Szczebrzeszyn, una mujer joven entregó un anillo de oro a cambio de un vaso de agua para su hijo, que agonizaba. En Lublin la gente presenció cómo se arrojaba a niños pequeños por las ventanillas de los trenes ya lanzados a toda máquina. A muchos los fusilan antes de llegar a Belzec.[239]

Poco después se llevaron a 2.500 judíos de Zamość; fusilaron a varios cientos en las calles. Los habitantes judíos de Szczebrzeszyn se hallaban en un estado de pánico absoluto, enviando a sus hijos a vivir con polacos en Varsovia, y sobornando a éstos para que los mantuvieran ocultos. Las muchedumbres se congregaban con objeto de saquear sus hogares en cuanto los deportaran.[240] El 8 de mayo de 1942, escribió Klukowski, una unidad policial alemana llegó a Szczebrzeszyn y empezó a abrir fuego contra los judíos «como patos, matándolos no sólo en las calles, sino también en sus propias viviendas; hombres, mujeres y niños de forma indiscriminada». Klukowski empezó a organizar la ayuda para los heridos, pero entonces le dijeron que no le estaba permitido prestar ayuda a los judíos, así que para impedirles el paso, a su pesar, apostó a personal en el exterior del hospital. «Fue una suerte que lo hiciera», anotó posteriormente: poco después se presentó la policía en el hospital, portando ametralladoras, y entró en las salas en busca de judíos: de haber habido alguno, a Klukowski y probablemente a parte de su equipo los hubieran fusilado casi con toda seguridad. Toda la masacre lo dejó totalmente alterado, como hizo constar en su diario:

> Me entristece que haya tenido que negarme a prestar cualquier tipo de ayuda. Actué así sólo debido a las órdenes estrictas de los alemanes. Esto iba contra mis propios sentimientos y contra los deberes de un médico. Aún puedo ver con mis ojos los vagones repletos de muertos, a una mujer judía caminando con su hijo muerto en brazos, y a montones de heridos tirados en las aceras delante de mi hospital, donde se me prohibió prestarles cualquier ayuda.[241]

Lo horrorizaba el comportamiento de algunos polacos, que saqueaban las casas de las víctimas y hasta se reían cuando veían cómo las fusilaban. Más tarde, la policía alemana ordenó además al Consejo Judío local pagar por la munición empleada en la masacre.[242]




11. Campos de exterminio, 1941-1945.

Wirth trató de diseñar el campo en Belzec de una manera que disipara las sospechas de los judíos llegados hasta allí. A éstos les decían que se trataba de un centro de tránsito y que iban a ser desinfectados antes de recibir ropa limpia y de que les devolvieran sus objetos de valor. Las mismas cámaras de gas estaban pensadas para semejar duchas. Todo esto seguía la pauta original ideada para los gaseamientos de la eutanasia, si bien a una escala mucho mayor. Pero las falsedades no resultaban muy convincentes. La misma brutalidad con la cual eran detenidos tenía que dejar a los judíos con pocas ilusiones en cuanto a la suerte que les tenían reservada. Otro oficial austríaco de las SS, Franz Stangl, describió lo que vio en Belzec en la primavera de 1942:

> Me desplacé hasta allí en automóvil. Al llegar, lo primero que se alcanzaba era la estación ferroviaria de Belzec, a la izquierda de la carretera. El campo se hallaba en el mismo lado, pero sobre una loma. La oficina del comandante quedaba alejada a 200 metros, al otro lado de la carretera. Era un edificio de una planta. El hedor [...] Oh, Dios, el hedor. Estaba en todas partes. Wirth no se encontraba en su oficina. Recuerdo que me llevaron ante él [...] Estaba en una colina, junto a las fosas [...] las fosas [...] llenas, estaban llenas. No puedo decírselo; no cientos, miles, miles de cadáveres [...] Una de las fosas había rebosado. Habían arrojado en su interior demasiados cadáveres y la putrefacción se había desarrollado con demasiada rapidez, de manera que el líquido que había debajo había empujado hacia arriba los cuerpos y los cadáveres se habían deslizado loma abajo. Vi algunos de ellos [...] Oh, Dios, era espantoso.[243]

El propio Stangl tendría que desempeñar posteriormente un rol fundamental en la operación Reinhard. Nacido en 1908, hijo de un antiguo soldado muy violento, había crecido en la pobreza de una pequeña población y le enseñaron el oficio de tejedor. En 1931 había ingresado en la policía, siendo sometido a un duro entrenamiento antes de tomar parte en la persecución y la detención de miembros de la oposición socialista ilegal durante la dictadura de Schuschnigg. En algún momento se había convertido en un miembro activo, secreto, del Partido Nazi, y después de la absorción de Austria por el Reich en 1938 lo promovieron antes de trasladarlo a trabajar en la administración central del programa «eutanasia» de matanzas en Berlín en 1940. Allí tuvo que conocer a Christian Wirth, que lo citó en Belzec para ponerlo al corriente de la operación Reinhard sobre el terreno.[244] Stangl pensaba que el programa estaba funcionando con una ineficacia lamentable. Las cámaras de gas en Belzec eran construcciones

rudimentarias. Se rompían continuamente, dejando a los deportados a la espera durante días sin comida ni agua; muchos morían. Finalmente esto terminó por ser demasiado incluso para Wirth. En junio de 1942, detuvo temporalmente los transportes y desmanteló las cámaras de gas de madera sustituyéndolas con una construcción de hormigón que albergaba seis cámaras de gas con una capacidad total para 2.000 personas a la vez. Entraron en funcionamiento a mediados de julio; los transportes siguieron llegando hasta mediados de diciembre. Al final de 1942 se había dado muerte en el campo a unos 414.000 judíos de la Polonia ocupada, y a otros procedentes de otros lugares de Centroeuropa que habían sido llevados a los guetos en el distrito de Lublin; el total pudo elevarse a 600.000.[245]

El segundo de los campos de la operación Reinhard se construyó en las inmediaciones de la aldea de Sobibor, donde hasta ese momento no había otra cosa que un pequeño campo de trabajo para mujeres judías. La construcción comenzó en marzo de 1942, pero estaba retrasada, de manera que Wirth designó a Franz Stangl comandante de campo con el cometido inicial de finalizar la construcción a tiempo. A mediados de mayo de 1942 las cámaras de gas estaban a punto. Se encontraban en una construcción de ladrillos y en cada uno de ellas cabían cien personas a las que se mataba con los gases de un motor canalizados hasta el interior desde el exterior. El campo se hizo a imitación del de Belzec, con las áreas de administración y recepción cerca del ramal ferroviario y el área de exterminio a cierta distancia, fuera del alcance de la vista y a la cual se accedía por un pasaje angosto de 150 metros de longitud conocido como el «tubo». Detrás del edificio de las cámaras de gas había fosas para los cadáveres. Un tranvía de vía estrecha que iba desde la vía férrea a las fosas servía para el transporte de los cuerpos de las personas que habían muerto durante el trayecto. Se hacían los gestos habituales para tranquilizar a las víctimas a su llegada, pero, al igual que en Belzec, solían resultar ineficaces puesto que las SS y en particular los guardias ucranianos gritaban a las víctimas y las golpeaban a medida que pasaban por el «tubo». Algunos hombres de las SS adiestraban a un perro para morder a los judíos desnudos, aumentando su pánico. Stangl dirigía el campo de forma eficiente según su forma de ver las cosas, y a diferencia de Belzec, el campo no estaba inundado por cantidades

ingentes de deportados. No obstante, durante los tres primeros meses del funcionamiento del campo se dio allí muerte a casi 100.000 judíos de Lublin, Austria, el Protectorado de Bohemia y Moravia y el Antiguo Reich.[246]

Trabajar con la línea ferroviaria principal llevó a que los transportes quedasen temporalmente interrumpidos en el verano de 1942. Al mismo tiempo, el clima caluroso provocó que se hincharan las capas fuertemente comprimidas de los cuerpos enterrados en las fosas y se elevaran por encima del suelo tras el área de exterminio, como había sucedido en Belzec, causando un hedor espantoso y atrayendo a grandes cantidades de ratas y otros animales carroñeros. Los hombres de las SS empezaron a notar un gusto rancio en el agua. El suministro de agua en el campo se extraía de pozos y era evidente que estaban contaminándose. De manera que la administración del campo construyó una gran fosa, la llenaron de leña y le prendieron fuego; trajeron una excavadora mecánica para desenterrar los cadáveres, que fueron depositados sobre unas parrillas e incinerados por un destacamento especial de judíos [*Sonderkommando*] a cuyos integrantes dieron muerte después. Entretanto, los transportes se reanudaron en octubre de 1942 y prosiguieron hasta el comienzo de mayo de 1943. Un transporte de 5.000 personas llegó procedente de Majdanek: los prisioneros, vestidos con uniformes a rayas, estaban ya debilitados por el hambre y los malos tratos. En esa ocasión, las cámaras de gas se habían roto, de manera que se mantuvo a los prisioneros a la intemperie por la noche. 200 de ellos murieron de agotamiento o debido a las palizas y los fusilamientos aplicados por las SS durante las horas de oscuridad. Al día siguiente condujeron como ganado a los que quedaban hasta las cámaras de gas. Otro transporte llegó en junio de 1943 con los prisioneros ya desnudos porque las SS en Lvov pensaban que esto les haría más difícil huir: el viaje había sido largo, y veinticinco de los cincuenta vagones de mercancías no contenían más que cadáveres. Habían muerto de hambre y sed, y como recordó más tarde un testigo ocular, algunos de ellos llevaban muertos dos semanas cuando llegaron.[247]

Los judíos aún llevaban consigo algunos efectos personales. Se los arrebataron, junto con la ropa y el contenido de sus maletas. Las autoridades del campo se incautaron de los objetos valiosos. Muchos de ellos acabaron en los bolsillos de los hombres de las SS y sus ayudantes. Las joyas de mayor valor y el oro de los empastes de los muertos se enviaban a una oficina central de clasificación en Berlín, donde los metales preciosos se fundían en barras para el Reichsbank y las joyas se intercambiaban en países ocupados o neutrales a cambio de diamantes industriales necesarios para las fábricas alemanas de armas.[248] Desde agosto de 1942, la organización de la recolección y la entrega de esos objetos corría a cargo de la Oficina Central de Economía y Administración de Pohl. La oficina de Rosenberg se encargaba de la confiscación del mobiliario y demás efectos que los judíos habían dejado atrás, incluyendo la ropa, la vajilla, las alfombras y otras muchas cosas, y los objetos confiscados se subastaban en Alemania.[249] Un informe presentado a la oficina de Pohl calculaba no muy por debajo de 180 millones de Reichsmarks el valor total de los bienes confiscados a los judíos en la operación Reinhard hasta el 15 de diciembre de 1943.[250]

Por entonces, casi 250.000 víctimas habían muerto en Sobibor. Cuando Himmler visitó el campo a principios de 1943, la actividad ya se estaba reduciendo. Aunque no estaba programada la llegada de nuevos transportes regulares, la administración del campo organizó un transporte especial desde un campo de trabajo en el distrito con el fin de que Himmler observase un gaseamiento en acción. Complacido por lo que vio, concedió ascensos a veintiocho oficiales de las SS y la policía, entre ellos a Wirth, Stangl y otros responsables de su funcionamiento. Ordenó también que se hicieran los preparativos para el cierre de los campos y la eliminación de todas las huellas de su actividad una vez que hubieran exterminado a los últimos grupos de víctimas. Sobibor tenía que transformarse en un depósito para almacenar la munición capturada al Ejército Rojo. Para la construcción de las nuevas instalaciones utilizaron a trabajadores judíos. Entretanto, la incineración de los cadáveres de las víctimas se mantuvo a marchas forzadas. Los trabajadores judíos utilizados en la construcción, muchos de ellos prisioneros de guerra soviéticos con experiencia en el combate

llegados el 23 de septiembre de 1943 y que formaban un grupo cohesionado, bien disciplinado, se dieron cuenta de que estaban perdidos. Empezaron a organizar su fuga. El 14 de octubre de 1943, se las ingeniaron para atraer con diversos pretextos a la mayor parte del personal de las SS en el campo y a varios de los auxiliares ucranianos hasta los talleres y matarlos con puñales y hachas sin llamar la atención de los guardias apostados en las torres de vigilancia. Los resistentes cortaron los cables telefónicos del campo y el suministro de electricidad. Cuando trataron de escapar por la entrada principal, los guardias ucranianos abrieron fuego con sus armas automáticas, matando a muchos; otros se dieron a la fuga por la valla que rodeaba el perímetro. A algunos los mataron en el campo minado al otro lado de la valla, pero más de 300 de un total de 600 prisioneros lograron fugarse del campo (los que no lo lograron fueron fusilados al día siguiente). A 100 de los huidos los atraparon y mataron prácticamente en el acto, y las SS y la policía se movilizaron en una amplia operación de búsqueda para la cual se dispuso de aviones de reconocimiento. Pero el resto evitó la captura, y algunos de ellos terminaron estableciendo contacto con unidades de partisanos. Poco después, llegó un nuevo destacamento de prisioneros judíos para desmantelar el campo. Se demolieron los edificios, se plantaron árboles, se edificó una granja, y una vez completado el trabajo, se obligó a los judíos a echarse sobre las parrillas ardientes y los fusilaron de uno en uno. Después de diciembre de 1943 ya no quedó nadie en el campo, y todas las huellas manifiestas del mismo habían desaparecido.[251]

## II

El tercero de los campos de la operación Reinhard estaba situado en Treblinka, al noreste de Varsovia, en una remota área boscosa en el extremo de un ramal ferroviario de vía única que llegaba hasta una vieja cantera desde la estación de ferrocarril en Malkinia, una estación en la línea ferroviaria principal de Varsovia a Bialystok. En la primavera de 1941 los ocupantes alemanes abrieron cerca de la cantera un campo de trabajo cuya finalidad era extraer materiales para usarlos en las fortificaciones en la frontera germano-soviética de Polonia. Un año más tarde, las SS lo

escogieron como el emplazamiento para un nuevo campo de la muerte. Su construcción comenzó a principios de junio de 1942, bajo la supervisión de Richard Thomalla, el oficial de las SS que había construido Sobibor. Cuando se inició su construcción, los campos de la muerte en Belzec y Sobibor ya estaban en funcionamiento, así que Thomalla intentó mejorarlos. Trajeron a trabajadores judíos para levantar el nuevo campo; a muchos de ellos las SS los fusilaban al azar mientras estaban trabajando, o los obligaban a permanecer alineados con los árboles a medida que éstos eran derribados para despejar el terreno, de manera que los progresos quedaban muchas veces interrumpidos. Construyeron un ramal ferroviario y una estación desde la cual los judíos que llegaban eran conducidos a una sala para desvestirse cerca del «gueto» donde vivían los prisioneros cuya estancia era más prolongada. Una vez allí, los judíos desnudos enseguida eran llevados como ganado a través de un callejón angosto vallado (llamado por las SS «el camino hacia el cielo») hasta una construcción de ladrillo cuidadosamente oculta en la parte más elevada del campo. En ella había tres cámaras de gas, en las cuales se obligaba a entrar a las víctimas con gritos e improperios para matarlas con los gases producidos por motores diésel canalizados hasta el interior mediante un sistema de tubos. Detrás del edificio había un conjunto de zanjas que una excavadora mecánica había excavado, cada una de ellas con una longitud de 50 metros, una anchura de 25 metros y una profundidad de 10 metros. Destacamentos especiales de prisioneros metían los cuerpos en vagonetas para trasladarlos desde la zona de procesamiento por una vía férrea estrecha y los arrojaban a las zanjas, que sobresalían del suelo cuando estaban llenas.[252]

Al igual que en Sobibor, a los judíos les decían a su llegada que habían llegado a un campo de tránsito y que iban a darles ropa limpia y sus objetos de valor custodiados después de someterse a una ducha de desinfección. Al principio llegaban a diario unos 5.000 judíos o más, pero desde mediados de agosto de 1942 se aceleró el ritmo de las matanzas, y para finales de ese mismo mes se había gaseado en Treblinka a 312.000 judíos, no sólo de Varsovia, sino también de Radom y Lublin. Habían pasado menos de dos meses desde que se efectuaron los primeros gaseamientos en ese campo el 23 de julio de 1942. El primer comandante del campo, Irmfried Eberl, un

médico austríaco que había participado en la operación «eutanasia», había manifestado su ambición de sobrepasar a cualquier otro campo en la cifra de muertes. Los trenes para el transporte carecían de ventilación y, sin agua ni servicios sanitarios, fueron miles los muertos durante el trayecto con un tiempo caluroso. La presión de las cifras llegaba a tal punto que se abandonó cualquier fingimiento. Oskar Berger, que llegó en un transporte el 22 de agosto de 1942, anotó «cientos de cuerpos tirados» en el andén, «montones de fardos, ropas, maletas, todo mezclado. Los soldados de las SS, los alemanes y los ucranianos se situaban en los techos de los barracones y disparaban contra la multitud indiscriminadamente. Hombres, mujeres y niños caían sangrando. El aire se llenaba de gritos y llanto». Los hombres de las SS conducían hasta las cámaras de gas a los supervivientes golpeándolos con látigos y barras de hierro. Por si acaso sus gritos llegaban a oídos de quienes aguardaban abajo, las SS contaban con una pequeña orquesta que tocaba canciones centroeuropeas de éxito para ahogar el ruido. Eran tantas las víctimas que llegaban a las cámaras de gas que éstas no daban abasto y, como en el caso del transporte que hizo su entrada el 22 de agosto de 1942, los guardias de las SS fusilaban a su vez a una gran cantidad de judíos en la zona de recepción. Ni siquiera esto funcionó, y los trenes que acababan de llegar permanecían a la espera durante horas, días incluso, en el calor del verano. Muchos de quienes se encontraban en su interior morían de sed, insolación o asfixia. Las cámaras de gas se averiaban con frecuencia, en ocasiones cuando las víctimas ya estaban dentro, en donde se las obligaba a esperar durante horas hasta que las reparaciones hubieran concluido. Las zanjas se colmaban enseguida, y otras nuevas no se podían excavar con rapidez suficiente, así que no tardó en haber cuerpos sin enterrar por todas partes.[253]

Eberl y su equipo confiscaron para sí mismos grandes cantidades de las posesiones de los judíos, y se decía que el oro y el dinero se amontonaban en el patio de clasificación junto con enormes montones de ropa y maletas que también se estaban acumulando con excesiva rapidez para poder procesarlos. Los guardias ucranianos, faltos de un alojamiento apropiado, habían levantado tiendas alrededor del campo, donde se divertían con prostitutas de la zona. De Eberl se dijo que obligó a una

muchacha judía a quitarse la ropa y bailar desnuda delante de él; luego la fusilaron. Globocnik y Wirth tuvieron noticia del caos, y efectuaron una visita de inspección por sorpresa destituyendo a Eberl en el acto. Wirth había sido nombrado inspector general de los tres campos de la muerte en agosto de 1942, con el encargo de racionalizar las operaciones de matanza. Entregó el mando a Franz Stangl, el comandante de Sobibor, a comienzos de septiembre. A su llegada, Stangl estableció lo que él entendía por un régimen ordenado. Pulcramente vestido, con una chaqueta blanca elegante, pantalones oscuros y botas militares, solía llevar una fusta, si bien no la utilizaba ni participaba de violencia alguna a título personal. Construyó una estación de ferrocarril falsa, donde no faltaban horarios, taquillas y un reloj de estación, aunque las manecillas estaban pintadas y jamás se movían. Dispuso huertos, edificó nuevos barracones y construyó nuevas cocinas, todo ello con el fin de engañar a las víctimas a su llegada induciéndolas a pensar que se encontraban en un campo de tránsito. Poniéndose, como hacía habitualmente, en una posición privilegiada entre el campo inferior y el superior, vigilaba a los prisioneros desnudos mientras eran conducidos brutalmente por «el camino al cielo», pensando en ellos, como confesó más tarde, como «cargamento» más que como seres humanos. Cada tanto, Stangl se marchaba a casa con permiso para visitar a su mujer y a la familia. Jamás le reveló a ella cuál era su trabajo, y ella creía que él tomaba parte únicamente en trabajos de construcción.[254]

En el campo continuaban las escenas de sadismo y violencia. A las cuadrillas de trabajo formadas por judíos se las golpeaba continuamente, y cuando su período de servicio expiraba eran fusilados delante de sus sustitutos. Los auxiliares ucranianos solían agarrar y violar a las mujeres jóvenes judías, y de uno de ellos, Ivan Demjanjuk, que vigilaba a los judíos en su camino a las cámaras de gas y ponía en marcha el motor diésel en el exterior, se dijo que seccionaba las orejas y la nariz de los judíos de mayor edad cuando iban entrando.[255] En septiembre de 1942, un prisionero, Meir Berliner, que en realidad se trataba de un ciudadano argentino, acuchilló de muerte a un oficial de las SS cuando se pasaba lista. Wirth fue consultado; mandó ejecutar a 160 hombres al azar como represalia e interrumpir durante tres días el suministro de comida y agua para los prisioneros. El incidente

no detuvo el flujo de víctimas enviadas a las cámaras de gas. La cifra de deportados fluctuó durante los primeros meses de 1943, pero a finales de julio de 1943 el pequeño número de individuos mantenidos con vida para trabajar en el campo comenzaba a ser consciente de que el volumen de trabajo por hacer estaba disminuyendo. Ya en la primavera de 1942, Himmler había decidido que convenía desenterrar los cuerpos sepultados en los campos de exterminio y quemarlos para destruir las evidencias de los asesinatos. Globocnik se resistió a la puesta en práctica de esta política excepto allí donde la misma fuese absolutamente necesaria por otras razones, como en Sobibor. Se dice que comentó que en lugar de desenterrar los cuerpos habría que «enterrar placas de bronce donde quedara constancia de que fuimos nosotros quienes tuvimos el coraje de llevar a cabo la gigantesca tarea».[256]

En diciembre de 1942, sin embargo, las incineraciones comenzaron en Chelmno y Belzec, a las que siguieron en abril de 1943 las de Treblinka. Himmler tomó la decisión de cerrar los campos habida cuenta de que ya se había dado muerte a la inmensa mayoría de los habitantes judíos de los guetos polacos. Para finales de julio de 1943, cuatro meses después, prácticamente se había ultimado la tarea de desenterrar e incinerar alrededor de 700.000 cadáveres que habían sido sepultados sin el menor cuidado en fosas comunes. A Treblinka llegaban cada vez menos deportados. Los mismos trabajadores se dieron cuenta de que iban a ser los siguientes en pasar por las cámaras de gas. Se crearon grupos de resistencia clandestina en las dos partes del campo, y si bien el plan que tomó forma para coordinar sus acciones no resultó finalmente, el 2 de agosto de 1943 consiguieron prenderle fuego a parte del campo, hacerse con armas y posibilitar que casi la mitad de los 850 presos del campo atravesaran la valla perimetral y se dieran a la fuga. Al mirar desde su ventana, Stangl vio de repente a judíos al otro lado de la valla que rodeaba el perímetro interior, abriendo fuego. Los cables del teléfono no habían sido cortados, de manera que Stangl pidió refuerzos del exterior. Los combatientes judíos no habían logrado hacerse con muchas armas ni recoger una gran cantidad de munición, y los guardias de las SS, mejor armados, mataron a entre 350 y 400 al abrir fuego contra ellos. Únicamente media docena de guardias cayeron abatidos por los

disparos. De los hombres fugados, capturaron a la mitad poco tiempo después, y tal vez un centenar desapareció en los bosques cercanos; no se sabe cuántos de ellos lograron sobrevivir. Prácticamente, el único edificio que quedó intacto después del incendio fue la construcción de ladrillo sólido que contenía las cámaras de gas.[257]

Stangl trató al principio de reconstruir el campo, pero tres semanas más tarde fue convocado por Globocnik, que le dijo que el campo se tenía que cerrar de inmediato y que a él lo iban a trasladar a Trieste para organizar la eliminación de los partisanos. De vuelta en el campo, Stangl empaquetó sus cosas, luego reunió a todos los trabajadores judíos que quedaban, «porque —diría más tarde sin el menor indicio de ironía— quería decirles adiós. A algunos les estreché la mano».[258] Después de su partida, los mataron. Entretanto, los levantamientos en Sobibor y Treblinka habían reforzado la creencia de Himmler en el sentido de que los judíos suponían en todas partes un riesgo para la seguridad. El número de presos recluidos en los dos campos era reducido, pero había unos 45.000 judíos, incluyendo a mujeres y niños, en tres campos de trabajo en la región de Lublin dirigidos por el personal de la operación Reinhard, especialmente en Travniki y Poniatowa, así como también un gran número de judíos en el campo de concentración de Majdanek. Himmler decidió que había que acabar con todos ellos de inmediato. En una operación de corte militar cuidadosamente planeada, cuyo nombre en clave fue «operación Festival de la Cosecha», miles de integrantes de la policía, las SS y el ala militar de las SS rodearon los campos, donde a los hombres ya les habían ordenado que excavaran trincheras con el pretexto de que estaban construyendo fortificaciones defensivas. Cuando las fuerzas alemanas se presentaron, hicieron desvestirse a todos los presos e ir a las trincheras, donde los fusilaron a todos. Un grupo judío de resistencia clandestina en Poniatowa se apoderó de un barracón y abrió fuego contra las SS, pero los alemanes incendiaron los barracones y quemaron vivos a todos los judíos que se hallaban en el interior. En Majdanek seleccionaron a todos los presos judíos y, sumados a muchos otros judíos trasladados hasta allí desde campos de trabajo más pequeños en el distrito de Lublin, los obligaban a desvestirse, los condujeron hasta las trincheras excavadas previamente y allí los

fusilaron. A medida que las trincheras se colmaban, a las nuevas víctimas desnudas que llegaban se las obligaba a echarse encima de los cuerpos inertes antes de fusilarlas. Las matanzas, que comenzaron alrededor de las seis de la mañana, se prolongaron hasta las cinco de la tarde. En ese único día, los judíos asesinados en el campo rondaron los 18.000. En Travniki y Majdanek, los altavoces del campo transmitían música de baile a todo volumen para amortiguar el sonido producido por los disparos y los gritos de las víctimas. La «operación Festival de la Cosecha» acabó con la vida de 42.000 personas en total.[259]

En la actualidad, las huellas que han perdurado de la operación Reinhard son escasas o nulas. Después de la sublevación, los edificios que quedaban en Treblinka fueron demolidos, el terreno se cubrió de hierba y se plantaron árboles y flores, y los ladrillos de las cámaras de gas se utilizaron para construir una pequeña granja, pensada para que en ella viviese un ucraniano que dio su promesa de que contaría a los visitantes que él había estado viviendo allí durante décadas.[260] Sin embargo, la población polaca de la zona sabía lo que había ocurrido allí, y en el verano de 1944 se extendieron los rumores de que había judíos sepultados a los que no les habían quitado sus dientes de oro, y que sus ropas, repletas de joyas y objetos de valor, estaban enterradas con ellos. Durante muchos meses, un gran número de campesinos y trabajadores de las granjas estuvieron registrando el área minuciosamente en busca de tesoros enterrados. Cuando una integrante de la comisión de crímenes de guerra del Estado polaco visitó el emplazamiento de Treblinka el 7 de noviembre de 1945, se encontró con «muchedumbres compuestas por toda clase de rateros y ladrones provistos con palas [...] excavando, registrando, rastrillando y filtrando la arena. Quitaban el polvo de los miembros en descomposición [y] de los huesos y la basura que habían arrojado allí». La macabra búsqueda del tesoro sólo finalizó cuando el gobierno polaco erigió monumentos oficiales en los emplazamientos de los campos y apostó guardias en torno a ellos.[261]

Según un informe destinado a Eichmann el 11 de enero de 1943 e interceptado por los servicios británicos de vigilancia, la cifra de judíos exterminados en los campos de la operación Reinhard hasta el final del año

anterior totalizaba aproximadamente 1.250.000 personas.[262] Cumpliendo órdenes de Himmler, su «inspector de estadística», Richard Korherr, proporcionó el 23 de marzo de 1943 una lista más exhaustiva de todos los judíos «evacuados» o «conducidos a los campos» en el este; la lista elevaba su número a 1.873.539, si bien se incluían también las matanzas producidas fuera de los campos Reinhard. Una versión más breve del informe, actualizado el 31 de marzo de 1943 y realizado con la tipografía grande que se empleaba para los documentos destinados a ser leídos por un Hitler miope, le fue presentada al Führer alemán en vísperas de su quincuagésimo cuarto aniversario, el 19 de abril de 1943.[263] Los cálculos modernos sitúan el número total de exterminados en Belzec, Sobibor y Treblinka en torno a 1.700.000.[264]

## III

La conquista de Polonia y la victoria sobre Francia, con la reanexión de Alsacia y Lorena, había conducido a la creación de nuevos campos de concentración en los territorios incorporados en Stutthof, cerca de Danzig, en septiembre de 1939 (con carácter local hasta enero de 1942), Natzweiler, en Alsacia, en junio de 1940, y Gross-Rosen, en Silesia, en agosto de 1940 (al principio como un campo dependiente de Sachsenhausen). En abril de 1940 se creó otro campo en un antiguo centro de agrupamiento para trabajadores emigrantes cerca de la localidad de Oswiecim, conocida en alemán como Auschwitz, que por entonces formaba parte del Reich alemán. Se construyó para albergar a presos políticos polacos. El 4 de mayo de 1940 el antiguo combatiente Freikorps y oficial de campo en Dachau y Sachsenhausen, Rudolf Höss, fue ascendido a comandante. En sus memorias, Höss se quejaba del bajo nivel del personal que le habían asignado y de la falta de suministros y materiales de construcción. No sin un toque de orgullo, escribió que cuando se vio incapaz de obtener alambre suficiente para vallar el campo, lo hurtó de otros sitios; sacó el acero de viejas fortificaciones de campaña; y tuvo que «organizar» los vagones y camiones que precisaba. Tuvo que desplazarse en automóvil 90 kilómetros para adquirir ollas para la cocina. Entretanto, los prisioneros habían

empezado a incrementarse; el 14 de junio de 1940 llegó el primer grupo al que había que separar, imponer un período de cuarentena y a continuación enviarlo a otros campos. La mayoría de ellos eran reclutados para los trabajos de construcción mientras permanecían en Auschwitz. Pero Auschwitz no tardó en convertirse en un centro permanente para presos políticos polacos, de los cuales llegó a haber hasta 10.000 en el campo. Sobre la entrada, Höss colocó un arco de hierro forjado con las palabras *Arbeit macht frei*, «el trabajo libera», un lema que había aprendido en Dachau.[265]

En noviembre de 1940, Himmler le dijo al comandante que «Auschwitz tenía que convertirse en *la* central de investigación agrícola para los territorios del este [...] Se crearían enormes laboratorios y viveros. Se llevaría a cabo la reproducción de toda clase de animales de granja».[266] El campo todavía creció más después de la operación Barbarroja. El 26 de septiembre de 1941, Himmler ordenó que el edificio de un campo nuevo de gran tamaño en Birkenau (Brzezinka), que distaba 2 kilómetros del campo principal de Auschwitz, alojase a prisioneros de guerra soviéticos y los utilizasen para proyectos de trabajo: hasta 200.000 tenían que ser encarcelados allí de acuerdo con los planes de Himmler, si bien éstos jamás se realizaron plenamente. 10.000 prisioneros de guerra soviéticos llegaron en octubre de 1941. Höss los llevó a unos barracones separados en el campo principal, y trató de utilizarlos para construir el campo nuevo en la cercana Birkenau, pero los encontró demasiado débiles y desnutridos para servir de alguna utilidad. «Morían como moscas», apuntó más tarde, sobre todo en invierno. Abundaron los casos de canibalismo. «Yo mismo —recordaba— me encontré entre pilas de ladrillos con un ruso que yacía con el cuerpo abierto en canal y sin hígado. Se golpeaban hasta la muerte para alimentarse [...] Ya no eran seres humanos. Se habían convertido en animales que sólo buscaban comida». Evidentemente, a Höss no se le pasó por la cabeza dársela. De los 10.000, únicamente unos pocos centenares se mantenían con vida en la primavera siguiente.[267]

El nuevo campo en Auschwitz-Birkenau se formó a partir de dos, paralelamente a la construcción de otro centro de trabajo para prisioneros soviéticos en la parte oriental de la ciudad de Lublin. Este último se conoció

oficiosamente como el campo de Majdanek. Sin embargo, el proyecto no marchó bien, y Majdanek alcanzó tan sólo una quinta parte de la extensión proyectada (planes más ambiciosos para él, como mantener a un cuarto de millón de presos, se abandonaron rápidamente). En lugar de los 50.000 prisioneros soviéticos planeados, sólo 2.000 llegaron para construir el campo. A medida que se desarrollaba, Majdanek asumió funciones diversas, albergando no sólo a prisioneros de guerra, sino también a miembros de la resistencia polaca, a rehenes y a deportados, y posteriormente a prisioneros enfermos transportados desde otros campos para asesinarlos allí. Contenía una extensa variedad de talleres y fábricas pequeñas, pero la administración del campo jamás consiguió integrarlas en la economía de guerra alemana, y el empleo de judíos se consideraba sobre todo un medio para matarlos al obligarlos a trabajar largas horas en tareas agotadoras. Cuando Himmler decidió acelerar el ritmo del exterminio de los judíos en julio de 1942, en Majdanek se construyeron unas siete cámaras de gas, de las cuales por lo menos tres ya estaban en funcionamiento en septiembre de 1942. Unos 50.000 judíos fueron llevados a la muerte en esas cámaras de gas con gases de motor en los meses que siguieron. Además, después de la revuelta de Sobibor, 18.000 judíos fueron fusilados en el campo como parte de la «operación Festival de la Cosecha». En total, en Majdanek terminaron con la vida de 180.000 personas; hasta 120.000 de ellas eran judías, no sólo del distrito de Lublin, sino también de lugares más distantes, incluyendo Europa occidental. Que Majdanek no se hiciera más grande se explicaba al menos en parte como consecuencia de la mala gestión permanente. La administración del campo no tardó en ser muy conocida por su corrupción y su salvajismo. Dos de sus comandantes, Karl Otto Koch y Hermann Florstedt, no sólo robaban a manos llenas, sino que descuidaban por completo sus obligaciones administrativas, prefiriendo hacerse respetar por medio del terror puro y duro. Finalmente fueron demasiado lejos hasta para la Oficina Central de Seguridad del Reich, y los arrestaron y ejecutaron. Sobre su sucesor, Max Koegel, pesaban condenas por malversación y falsedad en la década de 1920 ynoera mucho mejor. Muchos de los guardias eran croatas y rumanos a los cuales era difícil controlar. Tenían mala fama por su crueldad para con los presos judíos. Por inestable, mal administrado

e ineficaz, el campo de Majdanek jamás alcanzó su potencial inicialmente previsto como centro de trabajo y exterminio multifuncional. Ese logro, si de un logro se trataba, le correspondió a Auschwitz.[268]

Ciertamente, Auschwitz estaba destinado a convertirse en el centro de muerte en masa más grande de la historia, mayor incluso que los centros de muerte en Belzec, Sobibor y Treblinka. Himmler convocó a Höss, según el recuerdo posterior de éste, en algún momento del verano de 1941, pero con mayor probabilidad algunos meses después, justo al acabar del año o a principios de 1942, e informó al comandante del campo de que, puesto que las instalaciones de exterminio existentes en el este no eran suficientes para llevar a cabo la solución final de la cuestión judía, nombraba a Auschwitz como un centro adicional, muy especialmente debido a su combinación de buenas comunicaciones y relativa lejanía de los principales núcleos de población. Poco después de esto, Eichmann llegó al campo y expuso los planes con más detalle. Mientras que los campos de la operación Reinhard se habían creado para matar a los judíos de Polonia, la función definitiva de Auschwitz tenía que ser matar a los judíos traídos desde el resto de la Europa ocupada, incluyendo no sólo los territorios vecinos de la antigua Polonia, sino además, una vez que esos judíos hubieran sido exterminados, de Alemania, el Protectorado del Reich de Bohemia y Moravia y países occidentales como Francia, Bélgica y Holanda. Desde el principio, los métodos empleados en Auschwitz se distinguieron de los de otros campos. Inicialmente, ello se debió a un descubrimiento casual; pero pronto se convirtió en algo sistemático.[269]

En julio de 1941 un equipo de prisioneros estaba desinfectando en presencia de los guardias de las SS algunas prendas de vestir y ropa de cama con el pesticida químico conocido como Zyklon-B, cuyo principal elemento era ácido sulfúrico, cuando todos ellos se percataron de que el gas no tardó en matar a un gato que merodeaba por el lugar. Uno de los guardias aventuró que la sustancia química podía servir también para matar personas. La idea, que el equipo de la T-4 había considerado brevemente en 1939 rechazándola por inviable, fue aceptada por la dirección del campo. A principios de septiembre de 1941, se puso a prueba con 600 prisioneros de guerra soviéticos, a los que una comisión de la Gestapo había clasificado el

mes anterior como «fanáticos comunistas», junto con 250 presos enfermos del campo. Los condujeron hasta un sótano en el bloque 11, en el campo principal, y los gasearon. Ese mismo mes repitieron el experimento con 900 prisioneros en buen estado del Ejército Rojo en el depósito de cadáveres del campo.[270] Höss recordó más tarde cuando presenció cómo los gaseaban. Llevaron a los hombres como a ganado hasta la cámara, las puertas se cerraron herméticamente, a continuación el Zyklon-B en polvo fue agitado y derramado por los agujeros del techo. El calor generado por los cuerpos que llenaban la cámara inferior lo transformó con rapidez en un gas letal. «Durante un lapso de tiempo corto —recordó Höss— pudo oírse un murmullo. Al arrojar el polvo se oyeron voces: "¡gas!". A continuación hubo un fuerte griterío y los prisioneros atrapados se lanzaron contra las puertas. Pero las puertas resistieron». Todos los prisioneros murieron.[271] En la siguiente visita de Eichmann al campo, se acordó emplear el gas de forma sistemática. Pero el depósito de cadáveres del campo estaba tan próximo al edificio de la administración central, que cuando mataron a los prisioneros soviéticos, el personal pudo oír sus gritos en la cámara de gas. Así que Höss decidió que las matanzas tenían que llevarse a cabo lejos del campo principal, en Auschwitz-Birkenau. Pronto hubo dos cámaras de gas provisionales listas para entrar en funcionamiento, en los edificios conocidos como el búnker I y el búnker II, o la «casa roja» y la «casa blanca». El 20 de marzo de 1942 se cobraron sus primeras víctimas.[272]

Guardias de las SS y auxiliares con perros y látigos sacaban a empujones de los trenes a los deportados supervivientes a su llegada gritándoles: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Deprisa! ¡Deprisa!». Eran obligados a ponerse en fila —en los primeros meses en un terreno al raso a 2,5 kilómetros del campo, en el extremo de una vía muerta para mercancías, y en etapas posteriores de la existencia del campo en la «rampa» tristemente famosa que conducía desde la vía muerta hasta el campo— y someterse a una «selección». «El proceso de selección —recordó Höss posteriormente sin aparentar flaqueza alguna— [...] era en sí mismo rico en incidentes».[273] De hacer la selección se encargaban médicos de las SS que hacían algunas preguntas a los que llegaban y los examinaban superficialmente. A los que contaban con menos de dieciséis años, a las madres con hijos, a los

enfermos, a los viejos y a los débiles los situaban a la izquierda, los cargaban en camiones y los trasladaban directamente a las cámaras de gas, después de decirles que allí iban a ser «desinfectados». Las familias, recordaba Höss, trataban de mantenerse unidas y abandonaban impulsivamente una fila para unirse a otra. «A menudo era necesario usar la fuerza para restablecer el orden». A los hombres y mujeres sanos los conducían al campo, tatuados con un número de serie en el brazo izquierdo y registrados. En muchos transportes formaban una minoría. En el campo principal y en los campos de trabajo se llevaban a cabo «selecciones» periódicas para eliminar a aquellos de quienes se pensara que ya no estaban en condiciones de trabajar. A diferencia de muchos de los recién llegados, esas víctimas sabían lo que les aguardaba a muchas de ellas; a menudo se producían escenas terribles mientras lloraban, imploraban misericordia o trataban de resistir los esfuerzos para hacerlas entrar en las cámaras de gas.[274]

Los elegidos para morir marchaban a las cámaras de gas desde el área de selección. Los dos búnkeres tenían una capacidad de 800 y 1.200 personas, respectivamente. Durante el transcurso de 1942-1943, las instalaciones para gasear en Auschwitz-Birkenau se ampliaron y perfeccionaron. Una cámara de gas diseñada para tal fin que ya se había encargado para el campo principal en octubre de 1941 se entregó en cambio en Birkenau, y se construyeron además tres nuevos crematorios. Los cuatro pasaron a denominarse crematorios I, II, III y IV cuando las dos cámaras de gas del campo principal se cerraron en julio de 1943 (una fue destruida, la otra se conservó fuera de servicio). Se planearon otras pero nunca se fabricaron. Todos los crematorios nuevos quedaron situados a cierta distancia de los barracones de los prisioneros. Estaban ocultos por árboles y arbustos. A dos de ellos las SS los conocían como los «crematorios forestales». Las nuevas cámaras de gas se completaron entre marzo y junio de 1943. A los grupos de menos de 200 personas los conducían a unos baños en el crematorio II o en el III después de la «selección» y los fusilaban con un tiro en la nuca. A grupos más numerosos los gaseaban. En cada instalación, la cámara de gas se encontraba normalmente bajo el nivel del suelo, disimulada de la manera habitual como unas duchas y cerrada por

una puerta hermética con una mirilla. A los judíos escogidos para morir los llevaban a una sala para desvestirse, les contaban que iban a someterse a una ducha para desinfectarlos y los hacían desnudarse. «Lo primordial era que toda la actividad de llegar y desnudarse debía tener lugar en una atmósfera con la mayor calma posible», escribió Höss más tarde. Los miembros de los destacamentos especiales de prisioneros judíos destinados para ocuparse de los cuerpos después de los gaseamientos conversaban con las víctimas y hacían cuanto podían para tranquilizarlas. A los que se mostraban reacios a desvestirse los «ayudaban», y a los menos dóciles los «calmaban» o, si empezaban a gritar y a chillar, los sacaban fuera y recibían un tiro en la nuca. A muchos no los engañaban. Las madres a veces intentaban ocultar a sus bebés en los montones de ropa. Los niños solían llorar, pero la mayoría «entraba en las cámaras de gas, jugando o bromeando entre ellos y llevando sus juguetes», escribió Höss. De vez en cuando, los judíos se dirigían a él mientras estaba supervisando el procedimiento. «Una mujer se dirigió a mí cuando pasaba a mi lado —recordó más tarde— y, señalando a sus cuatro hijos que estaban ayudando resueltamente a los más pequeños a caminar por el firme irregular, susurró: "¿Cómo puede matar a estos niños tan encantadores, tan buenos? ¿Es que no tiene corazón?"».[275]

Una vez introducidas las víctimas como si de ganado se tratara en la cámara de gas, los hombres de las SS que se encontraban sobre el techo de hormigón reforzado volcaban los botes de Zyklon-B en cuatro aberturas, derramando las bolitas a través de unos conductos con rejillas, lo cual hacía posible que las bolitas se disolviesen en un gas letal tan pronto como el calor corporal de las víctimas había elevado la temperatura del aire. Al cabo de veinte minutos aproximadamente, volvían a levantar los botes para eliminar la posibilidad de que todavía continuara saliendo gas, mientras se procedía a ventilar la cámara y un destacamento especial de prisioneros judíos llevaba los cadáveres a rastras hasta otra sala, les arrancaban los dientes y los empastes de oro, cortaban el cabello de las mujeres, les quitaban los anillos de oro, las gafas, las prótesis y demás impedimentos y ponían los cuerpos en montacargas que los subían al crematorio situado en la planta baja, donde eran introducidos en hornos crematorios y reducidos a

cenizas. Los huesos que quedaban se desmenuzaban y las cenizas se utilizaban como fertilizante o se tiraban en los bosques y los arroyos de las inmediaciones. Estas instalaciones, creadas y suministradas por la empresa Topf e Hijos de Erfurt, fueron patentadas para su uso futuro por el inventor, el ingeniero Kurt Prüfer, que se personó en Auschwitz en diversas ocasiones para supervisar su construcción, las pruebas y el funcionamiento inicial. Introdujo numerosas pequeñas innovaciones técnicas, incluyendo, por ejemplo, la instalación de calefacción en el crematorio II para acelerar la disolución del Zyklon-B en los días fríos de invierno. Sus planos han sobrevivido y han proporcionado a los historiadores una prueba documental importante acerca del *modus operandi* de los crematorios.[276] No obstante, los diseños de Prüfer no resistían la prueba del uso continuado. Muy pronto, las cifras de cadáveres se revelaron demasiado grandes para que los hornos crematorios pudieran ocuparse de ellas. El trabajo de albañilería empezó a agrietarse y el sobrecalentamiento dañó los hornos. Antes de la construcción de las nuevas instalaciones, la mayoría de cadáveres habían sido sepultados en el suelo, pero desde septiembre de 1942 las SS, bajo las órdenes de Paul Blobel, quien estaba al mando de operaciones similares en otros campos, empezaron a hacerlos desenterrar por medio de destacamentos especiales de prisioneros para quemarlos sobre parrillas metálicas extendidas sobre zanjas, idéntico procedimiento al seguido en los campos de la operación Reinhard poco después. Hasta fin de año, se había deshecho de esa forma de 100.000 cuerpos en un intento por ocultar las huellas del asesinato para la posteridad. Este método también tuvo que ser utilizado siempre que los hornos crematorios resultaran incapaces de absorber las cifras de cadáveres que iban llegando.[277]

En Auschwitz, al igual que en los campos de la operación Reinhard, se daba muerte con regularidad a los destacamentos especiales y los sustituían otros prisioneros jóvenes en buen estado físico. Algunos de ellos, entre quienes se contaban ex miembros de la resistenca francesa y el movimiento clandestino comunista polaco, formaron una organización de prisioneros clandestina que se las arregló para establecer contacto con un movimiento secreto de resistencia más amplio entre los presos convencionales en algún momento a finales del verano de 1943. La incorporación de refuerzos de las

SS frustró una rebelión cuyo objetivo era abrir el camino para una fuga masiva. Sin embargo, en 1944, después de que los guardias del campo pertenecientes a las SS hubieran matado a 200 integrantes del destacamento especial tras un intento de fuga fallido, otros 300 a quienes se había elegido para gasearlos el 7 de octubre de 1944 atacaron a los hombres de las SS cuando se estaban acercando al crematorio IV, usando cuanto podían agarrar, como piedras y barras de hierro. Prendieron fuego al edificio y lo destruyeron. El humo alertó a otros miembros de la resistencia en el campo, y algunos consiguieron atravesar la alambrada que rodeaba el crematorio II, aunque ninguno logró alcanzar la libertad; los mataron a todos, incluyendo a un grupo que había buscado refugio en un cobertizo y a cuyos integrantes las SS quemó vivos. Entretanto, las SS habían montado puestos de ametralladoras en el campo y comenzado a abrir fuego indiscriminadamente; en total, en los tres días que siguieron resultaron asesinados en torno a 425 prisioneros de los destacamentos especiales.[278]

## IV

Los primeros deportados en llegar a Auschwitz, en marzo de 1942, procedían de Eslovaquia y de Francia. Al principio fueron registrados y admitidos en la creencia de que podrían ser empleados para hacer trabajos; pero no mucho más tarde, en mayo de 1942, dio comienzo el exterminio sistemático, matando no sólo a los judíos franceses y eslovacos, sino también a otros judíos de Polonia, Bélgica y Holanda. Era un transporte de Holanda el que Himmler observó cuando era seleccionado y asesinado durante su visita el 17 y el 18 de julio de 1942. «No hubo la menor crítica por su parte», señaló Höss; de hecho, la visita finalizó con la concesión del Reichsführer de las SS de un ascenso al comandante del campo. En una recepción nocturna, Höss observó que Himmler «estaba del mejor humor, llevaba la voz cantante en la conversación y se mostraba extremadamente sociable, especialmente para con las damas». Himmler se dirigió al día siguiente al campo de mujeres, «asistió a la flagelación de una convicta» y «conversó con algunas mujeres testigos de Jehová y discutió con ellas acerca de las creencias fanáticas que profesaban». En su discurso final antes

de partir, Himmler ordenó una intensificación de las matanzas e instó a Höss para que completara la construcción del campo nuevo en Birkenau lo antes posible.[279] A partir de julio empezaron a llegar los judíos alemanes, primero desde Viena y luego, en noviembre y diciembre, desde Berlín. Los trenes comenzaron a entregar a judíos procedentes de Rumanía, Croacia, Finlandia y Noruega, y luego Bulgaria, Italia y Hungría, Serbia, Dinamarca, Grecia, y el sur de Francia.[280]

La mayor parte de los judíos eran transportados directamente a Auschwitz desde su país de origen, pero algunos provenían de un campo especial creado al norte de la localidad checa de Terezin, conocida por los alemanes como Theresienstadt, donde se había establecido la prisión central de la Gestapo en el Protectorado. El trabajo comenzó en este nuevo campo en noviembre de 1941, y los primeros 10.000 judíos llegaron a principios de enero de 1942. El cometido inicial del campo era servir como centro de agrupamiento para judíos checos, y estaba organizado a la manera de un gueto, con un Consejo Judío dirigido por un decano, el sionista Jakob Edelstein, a quien Adolf Eichmann conocía perfectamente como figura preponderante entre los judíos checos. Bajo el liderazgo de Edelstein, el campo desarrolló una variedad amplia de actividades culturales y deportivas, estableció un sistema asistencial y recibió dinero suficiente de las autoridades alemanas para funcionar como un tipo de gueto modélico en el que debían filmar los noticiarios internacionales y que había que enseñar en las visitas efectuadas por delegaciones de organizaciones como la Cruz Roja. Una película terminada hacia finales de noviembre de 1944 mostraba parques, piscinas, actividades deportivas, escuelas, conciertos y rostros dichosos en todas partes. Titulada *Der Führer schenkt den Juden eine Stadt* [El Führer obsequia una ciudad a los judíos], en realidad jamás se llegó a exhibir. Su director fue el actor judeoalemán Kurt Gerron, quien había alcanzado la fama a finales de la República de Weimar al interpretar la canción de Mack el Cuchillo en la primera grabación de *La ópera de cuatro cuartos* de Bertolt Brecht y Kurt Weill, y protagonizar, junto a Emil Jannings y Marlene Dietrich, la película *El ángel azul*. En 1933, Gerron había volado primero a París y luego a Holanda, donde siguió haciendo películas; pero a consecuencia de la invasión nazi lo recluyeron junto a

otros judíos y lo enviaron a Theresienstadt. Gerron organizó un espectáculo de cabaré en el campo, titulado *El Carrusel*, una empresa tan exitosa que parecía convertirle en un candidato idóneo para dirigir la película, lo cual hizo bajo coacción. Después de terminarla, trasladaron a Gerron hasta Auschwitz en el último envío de deportados que salió del campo, el 18 de octubre de 1944, y lo gasearon.[281]

La descripción de la vida cultural activa en el campo-gueto, a diferencia de otros elementos de la película, no mentía. En el mismo traslado de deportados de Gerron en octubre de 1944 se encontraba el compositor judeocheco Viktor Ullmann, un seguidor de Arnold Schoenberg, a quien habían llevado a Theresienstadt dos años antes. Entre otras cosas, Ullmann compuso una ópera, *El emperador de Atlantis*, interpretada con éxito en el campo, además de música de cámara y obras para piano. Después, Ullmann se limitó a escribir sus composiciones en el dorso de las listas de presos que habían de ser deportados a Auschwitz. Los amigos se las arreglaron para conservar de un modo u otro muchas de ellas hasta el final de la guerra. Los artistas judíos en el campo daban lecciones de dibujo y pintura a los niños presentes entre los presos; muchos de sus dibujos también han sobrevivido. A pesar de tales actividades culturales, las condiciones en el campo eran por lo general pobres y se fueron deteriorando con el transcurso del tiempo. Desde julio de 1942, comenzaron a llegar al campo trenes repletos de ancianos judíos procedentes del Reich. Muchos estaban débiles, agotados o enfermos, y murieron por centenares. Solamente en septiembre de 1942, 3.900 personas murieron de un total de 58.000. Entre los reclusos de Theresienstadt había también judíos veteranos de la Primera Guerra Mundial con sus familias, y cónyuges judíos de «matrimonios mixtos» que se habían disuelto. El 8 de septiembre de 1943 no menos de 18.000 presos fueron llevados a Auschwitz. Les permitían conservar sus ropas y sus pertenencias. Estaban alojados allí en un «campo familiar» especialmente concebido con una escuela y un jardín de infancia, viviendo en un alojamiento relativamente superior que tenían permiso para decorar. El propósito del «campo familiar» era impresionar a los visitantes y proporcionar material para la propaganda internacional. Después de seis meses quedó clausurado; en dos acciones distintas, en marzo y julio de

1944, se trasladó a casi todos los reclusos a la cámara de gas, excepto a 3.000 de ellos, que fueron trasladados a otro campo.[282] Luego, sólo en octubre de 1944 doce convoyes de deportados salieron de Theresienstadt con destino a Auschwitz, dejando una población de poco más de 11.000 personas donde había cerca de 30.000 a mediados de septiembre. No obstante, en el plazo de unas pocas semanas la cifra se había elevado otra vez a 30.000 con la nueva afluencia de deportados procedentes de Eslovaquia, los territorios checos y el Reich, muchos de ellos «de raza mixta». En febrero de 1945, las autoridades del campo construyeron una sala de gran tamaño que podía ser cerrada herméticamente y una fosa enorme. Era posible exterminar allí mismo a todos los presos que quedaban en caso de que resultara deseable o necesario. Finalmente no ocurrió tal cosa. Sin embargo, de las algo más de 140.000 personas a las que se había deportado a Theresienstadt durante el período de existencia del campo, al final de la guerra conservaban la vida menos de 17.000.[283]

Si Theresienstadt era un gueto modélico, entonces Auschwitz era en muchos sentidos una localidad alemana modélica en el este recién conquistado. En marzo de 1941 eran 700 los guardias de las SS destinados en el campo, una cifra que había aumentado a más de 2.000 en junio de 1942; en total, a lo largo de todo el período de existencia del campo trabajaron en él en una u otra ocasión unos 7.000 hombres de las SS. Los miembros de las SS y sus familias, en el caso de que tuvieran, vivían en la localidad con el personal de oficina y administración; había conciertos, funciones teatrales de compañías visitantes, como la del Teatro Estatal de Dresde, un pub (con un apartamento en el piso superior para Himmler, que de hecho no lo usó nunca) y un centro médico. Los hombres de las SS disponían de una gran cantidad de comida y les concedían períodos de permiso regularmente. Si no estaban casados, podían recibir visitas de sus amantes, o de sus esposas si estaban casados y sus familias residían en otra parte del Reich, por lo general durante la época más calurosa del verano. Se levantaron casas nuevas para el personal del campo, y no lejos de allí estaba la gigantesca planta química I. G. Farben, en Monowitz, que hacía de Auschwitz un centro económico de importancia y empleaba a directores, científicos, gestores y personal de oficina procedentes de Alemania. La

creación en un único complejo de un área residencial, una fábrica, un campo de trabajo y un centro de exterminio anticipaba el tipo de comunidad urbana que se podría haber fundado en otras partes al este de Alemania, por lo menos hasta que el Plan General para el Este se cumpliera completamente. El único motivo de queja por parte de sus residentes era el olor desagradable que, proveniente de los crematorios del campo, llegaba hasta la población y la zona donde vivían las SS.[284]

Durante todo el período de existencia del campo, murieron en Auschwitz al menos 1,1 millones de personas, y posiblemente lo hicieron hasta 1,5 millones; el 90 por 100 de ellas, probablemente alrededor de 960.000, eran judías, lo que equivalía a entre una quinta y una cuarta parte de todos los judíos a quienes se dio muerte en la guerra. Entre ellos se contaron 300.000 judíos de Polonia, 69.000 de Francia, 60.000 de Holanda, 55.000 de Grecia, 46.000 de Checoslovaquia (el Protectorado de Bohemia y Moravia), 27.000 de Eslovaquia, 25.000 de Bélgica, 23.000 de Alemania (el «Antiguo Reich»), 10.000 de Croacia, 6.000 de Italia, el mismo número de Bielorrusia, 1.600 de Austria y 700 de Noruega. En la última etapa de la guerra, como veremos, alrededor de 394.000 judíos húngaros fueron trasladados a las cámaras de gas y llevados a la muerte. Más de 70.000 polacos no judíos murieron, 21.000 gitanos, 15.000 prisioneros de guerra soviéticos y hasta 15.000 personas de una gran variedad de nacionalidades, principalmente europeos del este. La minoría «escogida» para trabajar a su llegada era registrada, y a algunos les tatuaban el antebrazo. Hubo en torno a 400.000 de éstos, de los cuales alrededor de la mitad eran judíos. Por lo menos la mitad de los prisioneros registrados murieron por desnutrición, enfermedades, agotamiento o hipotermia.[285]

Rudolf Höss confesó posteriormente que para él había sido difícil cumplir con sus obligaciones manteniendo la serenidad como comandante de la mayor fábrica de asesinatos de la historia del mundo.

> Tenía que verlo todo. Hora tras hora, de día y de noche, tenía que vigilar el traslado y la incineración de los cadáveres, la extracción de los dientes, el corte del cabello, toda la actividad repugnante, interminable [...] Tenía que observar por la mirilla de las cámaras de gas y observar el proceso mismo de la muerte porque los doctores querían que lo hiciera. Tenía que hacer todo

> esto porque yo era el único a quien todos miraban, porque debía demostrarles a todos que no me limitaba a dar las órdenes y establecer las reglas, sino que además estaba preparado para estar presente en cualquiera de las tareas que había asignado a mis subordinados.[286]

Sus subordinados solían preguntarle: «¿Es necesario que hagamos todo esto? ¿Es necesario acabar con cientos de miles de mujeres y niños?». Höss sentía que «él tenía que decirles que ese exterminio de la judería tenía que producirse, de manera que Alemania y nuestra posteridad pudieran quedar libres para siempre de sus implacables adversarios».[287] Antisemita hasta el final, Höss meditaba después de la guerra que el antisemitismo había «saltado al primer plano únicamente cuando los judíos habían ido demasiado lejos en su búsqueda de poder, y cuando sus malvadas maquinaciones se habían hecho demasiado evidentes para que el público en general pudiese aguantarlo».[288] Unido a su trabajo por esas creencias, a Höss le parecía que tenía que eliminar cualquier duda en lo tocante al cumplimiento de lo que él creía que eran órdenes de Hitler. Estaba moralmente obligado a no mostrar ningún signo de debilidad ante sus subordinados. «La dureza» era después de todo un valor fundamental de las SS. «Yo tenía que mostrarme frío e indiferente ante sucesos que deben encoger el corazón de cualquiera que posea sentimientos humanos —recordó más tarde—. Tenía que observar con frialdad mientras las madres se dirigían a las cámaras de gas con niños que reían o lloraban».[289] En particular, después de haber tomado alcohol una noche con Eichmann, que «dio muestras de estar totalmente obsesionado con la idea de destruir a cualquier simple judío que pudiera caer en sus manos», a Höss le pareció que tenía que suprimir sus sentimientos: «después de esas conversaciones con Eichmann, me dio por pensar que esa clase de emociones constituían poco menos que una traición al Führer».[290]

A Höss no podía ayudarle el hecho de acordarse de su propia mujer y de sus hijos mientras observaba a las familias judías entrar en las cámaras de gas. En su hogar, lo atormentaban los recuerdos de esas escenas. Pero también en Auschwitz se sentía acosado. Las exigencias continuas de expansión, la incompetencia y la falsedad de sus subordinados y el número de prisioneros de los que ocuparse siempre en aumento lo empujaron al ensimismamiento y a la bebida. Su esposa, que vivía con él y sus cuatro

hijos (el quinto nació en 1943) en una casa justo al otro lado del perímetro del campo, trataba de organizar fiestas y excursiones para mejorar la calidad de vida de su marido, pero éste no tardó en ser conocido por su mal carácter, a pesar del hecho de que podía requisar todo cuanto quisiera (ilegalmente) de los almacenes del campo. «El jardín de mi mujer —escribió más tarde— era un paraíso de flores [...] Los niños no paraban de pedirme cigarrillos para los prisioneros. Se habían encariñado en particular con los que trabajaban en el jardín». Los hijos de Höss tenían muchos animales en el jardín, como tortugas y lagartos; los domingos Höss se iba con su familia a caminar por la campiña para hacer una visita a sus caballos y sus potrillos, o, en verano, iban a nadar al río que conformaba el límite oriental del complejo del campo.[291]

## V

A muchos de los judíos que llegaron a Auschwitz-Birkenau, sobre todo en las fases finales de la existencia del campo, los condujeron hasta allí directamente desde sus países de origen. Sin embargo, muchos otros pasaron por la etapa transitoria de confinamiento en un gueto, como sucedió con todos los judíos a quienes se dio muerte en los campos de la operación Reinhard. Allí tenían la posibilidad de sobrevivir durante meses o incluso años. Los guetos mayores, como hemos visto, se establecieron poco después de la conquista de Polonia en 1939. Algunos de ellos duraron hasta bien mediada la guerra. En la práctica, claro está, las condiciones en los guetos eran tan terribles que ya significaron una muerte lenta para muchos de sus habitantes. Faltos de provisiones, ni siquiera para los que trabajaban al servicio de la economía de guerra alemana, el hacinamiento era terrible, carecían de unos servicios sanitarios adecuados y abundaban las enfermedades. A lo largo del invierno de 1941-1942, Adam Czerniaków, el decano judío del gueto de Varsovia, siguió haciendo cuanto pudo para combatir el rápido deterioro de la situación debido a los efectos del hambre y las enfermedades. «En los refugios de asistencia pública —anotó el 19 de noviembre de 1941—, las madres están ocultando a sus hijos muertos debajo de las camas durante 8 días con el fin de recibir una ración de

alimentos mayor». Tras encontrarse con un grupo de niños el 14 de junio de 1942, Czerniaków anotó con desaliento que eran «esqueletos vivientes [...] Me avergüenza admitirlo —escribió—, pero he llorado como no lo había hecho en mucho tiempo». A medida que contingentes numerosos de judíos deportados de Alemania empezaban a llegar al gueto y a permanecer en él durante algunos días antes de que los trasladaran a Treblinka, y a medida que los rumores de los campos de la muerte comenzaban a propagarse, Czerniaków hacía cuanto podía para intentar detener el pánico en aumento. Incluso organizó juegos para los niños presentes en el gueto, comparándose él mismo con el capitán del Titanic («un barco se está hundiendo y el capitán, para levantar el ánimo de los pasajeros, ordena a la orquesta que toque una pieza de jazz. Había preparado mi mente para emular al capitán»).[292]

Tranquilizado una y otra vez por las autoridades alemanas en el sentido de que eran inciertos los «rumores aterradores» acerca de deportaciones inminentes, Czerniaków recorría el gueto intentando «tranquilizar a la población» («lo difícil que me resulta no lo ven»). Pero el 21 de julio de 1942, la Policía de Seguridad alemana empezó a detener en presencia de Czerniaków a integrantes del Consejo Judío y a otros representantes con el fin de mantenerlos como rehenes para que los demás colaborasen. A la mañana siguiente, el especialista en deportaciones de las SS en la región, Hermann Höfle, llamó a Czerniaków y a los demás líderes judíos que quedaban en el gueto para una reunión. Mientras el joven intérprete judío de Czerniaków, Marcel Reich-Ranicki, mecanografiaba las actas, el sonido del vals *El Danubio azul* de Strauss, que las SS hacían sonar mediante un gramófono portátil situado en la calle, se deslizaba a través de la ventana abierta. A Czerniaków le habían comunicado oficialmente que iban a deportar a todos los judíos, enviándolos a razón de 6.000 diarios, comenzando de inmediato. Todo aquel que intentase detener la operación sería fusilado. Durante toda su etapa como decano, Czerniaków había guardado una pastilla de cianuro lista para emplear si recibía órdenes que no pudiese conciliar con su conciencia. Uno de los oficiales de las SS a cargo de las deportaciones le había informado de que los niños estaban incluidos, y Czerniaków no podía aceptar entregarlos para

que los mataran. «Me siento impotente —escribió en una carta final—, mi corazón tiembla de dolor y compasión. Ya no puedo soportar todo esto. Mi acto mostrará a todos lo que deben hacer». Negándose a firmar la orden de deportación, se tragó la pastilla y murió al instante. Enseguida quedaron acalladas las dudas que con respecto a él había en la comunidad del gueto. «Su final justifica su comienzo —escribió Chaim Kaplan—. Czerniaków se ganó el paraíso en un instante».[293]

El oficial católico alemán del ejército Wilm Hosenfeld, destinado en Varsovia y encargado de organizar actividades deportivas para las tropas, se dio cuenta de las deportaciones a Treblinka casi tan pronto como empezaron. «Que una población entera, hombres, mujeres, niños, esté siendo sin más masacrada en el siglo XX por nosotros, nosotros entre todos los pueblos, que estamos librando una cruzada contra el bolchevismo, constituye una culpa colectiva tan horrenda que uno quisiera que se lo tragase la tierra ante semejante infamia».[294] Escribió que solamente en la última semana de julio de 1942 se llevaron a 30.000 judíos para exterminarlos en masa. Ni siquiera en los días de la guillotina y el Terror revolucionario francés, escribió sarcásticamente, «se alcanzó jamás semejante virtuosismo en el asesinato en masa».[295] Los judíos, le dijo a su hijo en agosto de 1942, «tienen que ser exterminados, y ya lo están siendo. ¡Qué cantidad de sufrimiento humano incalculable aflora en un lado, y cuánta maldad y bestialidad del hombre, en el otro! ¿Cuántos inocentes deben morir, quién reclama justicia y legalidad? ¿Tiene que ocurrir todo esto?».[296] «La muerte se pasea por las calles del gueto», dejó escrito en su diario Chaim Kaplan en junio de 1942. «No hay día en que los judíos polacos no sean conducidos a la masacre. Se calcula, y las cifras no carecen de cierto fundamento, que 750.000 judíos polacos han dejado ya este mundo». Kaplan dejó constancia por escrito de escenas terribles en que cada día detenían y enviaban a la gente a Treblinka en las continuas deportaciones del verano de 1942. El 5 de agosto de 1942 llegó el turno de los niños que vivían en los orfanatos y otros hogares infantiles. Esas operaciones no fueron ordenadas ni pacíficas. Las tropas alemanes, los hombres de las SS y los auxiliares empleaban una fuerza desproporcionada para detener a los judíos y forzarlos a subir a los trenes. Durante las redadas

en el gueto murieron fusilados más de 10.000 judíos; algunos de ellos intentaron sin duda resistirse. A primeros de agosto de 1942, de visita en Varsovia, Zygmunt Klukowski no pegó ojo debido al sonido del fuego de ametralladora proveniente del gueto. «Me dijeron que cada día estaban asesinando a unos 5.000».[297] Al acabar las redadas el 12 de septiembre de 1942, eran más de 253.000 habitantes del gueto los que habían sido conducidos a Treblinka y gaseados. Ya en agosto de 1942, temiéndose lo peor para sí mismo, Kaplan confió su diario a un amigo. Éste lo sacó de contrabando del gueto y se lo dio a un miembro de la clandestinidad polaca, quien lo llevó consigo cuando emigró a Nueva York en 1962, después de lo cual el diario se publicó por fin. Los propios temores de Kaplan habían estado más que justificados: lo detuvieron en una redada no mucho después de haber confiado su diario, y pereció con su mujer en las cámaras de gas de Treblinka en diciembre de 1942 o enero de 1943.[298]

En noviembre de 1942 únicamente quedaban 36.000 judíos en el gueto de Varsovia, todos ellos integrados en programas de trabajo de una u otra clase.[299] Eran pocos los que todavía dudaban de la suerte que correrían los que fueran apresados en una «operación». Sabían que iban a la muerte, incluso si no estaban al corriente del modo en que se produciría. Las deportaciones en masa provocaron una autocrítica angustiada entre los judíos políticamente activos. «¿Por qué nos dejamos conducir como ovejas al matadero?», era la pregunta angustiada que Emanuel Ringelblum se hacía a sí mismo.[300] Ringelblum pensaba que el terror ante la extrema violencia de los alemanes había empujado a los judíos hacia la pasividad. La gente sabía que si trataba de rebelarse otros muchos que habían quedado al margen se convertirían también en blanco de las represalias alemanas. Los judíos religiosos, que probablemente constituían la mayoría de los residentes en los guetos, se inclinaban tal vez por considerar el sufrimiento y la muerte como meramente pasajeros, y por aceptar lo que estaba ocurriendo como el resultado de la voluntad divina, por duro que pudiera ser. A menudo la gente confiaba en la dirección del gueto, que casi siempre intentaba tranquilizar con respecto al futuro en vez de crear problemas extendiendo la alarma. Hacerse con armas era difícil, la resistencia polaca solía ser reacia (aunque no siempre) a suministrarlas, y con frecuencia había

que comprarlas en el mercado negro a precios muy elevados. Siempre cabía la esperanza, y la necesidad de la misma conducía habitualmente a que los residentes en los guetos prefiriesen negarse a creer en las historias de los campos de exterminio que les contaban. A menudo, en particular en las etapas iniciales del programa de asesinatos, las autoridades alemanas convencían a los seleccionados para la deportación de que simplemente los estaban trasladando a otro gueto u otro campo. La inmensa mayoría de los judíos se encontraban demasiado debilitados por el hambre prolongada, las privaciones y las enfermedades, y demasiado ocupados en la lucha diaria por seguir vivos como para ofrecer alguna resistencia. No obstante, hubo judíos jóvenes y políticamente activos en varios guetos que formaron movimientos clandestinos de resistencia cuyo objetivo era preparar una sublevación armada u organizar una fuga a los bosques para unirse a los partisanos, la táctica preferida por los comunistas (pero que también obstaculizaba una posible resistencia dentro del gueto mismo). Un grupo de este tipo fue especialmente activo en Vilna, pero en general no pudo actuar debido a las divisiones políticas internas entre comunistas, socialistas y sionistas, la desaprobación de los consejos judíos que administraban los guetos y la intervención violenta de las autoridades alemanas ante el menor indicio de resistencia.[301]

Sin embargo, en Varsovia la resistencia cristalizó. En el transcurso de 1942 empezaron a cobrar forma las organizaciones judías clandestinas, y los comunistas polacos les suministraron armas. El 18 de enero de 1943, los insurgentes atacaron a los guardias alemanes que escoltaban una columna de deportados, y los deportados huyeron. Para Himmler, el gueto se había convertido en un riesgo para la seguridad y ordenó su «eliminación» definitiva el 16 de febrero de 1943. Sin embargo, el asalto había hecho que el movimiento de resistencia fuera muy conocido y admirado entre la población judía que permanecía en Varsovia, la cual estaba ahora recogiendo y acumulando víveres y preparándose para un levantamiento, a pesar de la hostilidad del Consejo Judío del gueto a emprender cualquier acción armada. Alarmada ante la perspectiva de un enfrentamiento armado y preocupada por la política de izquierdas de algunos de los líderes del gueto en la clandestinidad, la resistencia nacionalista polaca rechazó la

petición de ayuda por parte de dichos líderes y se ofreció en cambio a sacar de contrabando a los combatientes judíos por seguridad; el ofrecimiento fue rechazado. Era fundamental en la resistencia la certeza de que toda la población del gueto estaba a punto de morir; no quedaba esperanza alguna, y los resistentes, hombres en su gran mayoría jóvenes, se convencieron de que sería mejor caer peleando y morir con dignidad que someterse dócilmente al exterminio. Cuando las SS irrumpieron para empezar la redada final el 19 de abril de 1943, fueron tiroteadas desde diversos puntos y sólo pudieron abrirse paso en una serie de violentas escaramuzas en las calles.[302]

Jürgen Stroop, el oficial de las SS encargado de sofocar la revuelta, describió el modo en que sus hombres lucharon día y noche contra la resistencia desesperada. El 23 de abril de 1943, Himmler le ordenó continuar con «la mayor dureza, la mayor implacabilidad y la mayor fuerza». «Por consiguiente, decidí», escribió Stroop,

> emprender la total aniquilación del barrio residencial judío incendiando todos los bloques de viviendas, incluyendo los de las fábricas de armas [...] Los judíos casi siempre salían a continuación de sus escondrijos y sus búnkeres. No era infrecuente que los judíos permanecieran en las casas en llamas hasta que, debido al calor y al miedo a morir abrasados, decidían saltar de las plantas superiores, lanzando antes a la calle colchones y otros objetos mullidos de las casas que ardían. Con los huesos rotos, todavía trataban de arrastrarse por la calle hacia bloques de viviendas que aún no estuvieran ardiendo o que sólo estuvieran parcialmente en llamas.[303]

Algunos combatientes huyeron por las alcantarillas bajo el gueto, de manera que Stroop ordenó abrir decenas de tapas de alcantarilla y arrojó al interior de las mismas bengalas de humo, empujando a los resistentes que se encontraban en el alcantarillado hacia un área de la ciudad donde podrían arrinconarlos y acabar con ellos a tiros. Unos cuantos se las arreglaron para escapar por el límite con el lado polaco de la ciudad. Mataron a la gran mayoría. El 16 de mayo de 1943 Stroop anunció el final de la operación haciendo volar la sinagoga principal de la ciudad. El combate había sido desigual. Sólo quince soldados alemanes y auxiliares perdieron la vida. Se trataba con casi toda probabilidad de una estimación a la baja, pero con igual probabilidad la cifra real, fuera la que fuera, no guardaba proporción alguna con la cifra de los judíos muertos. Stroop dijo que 7.000 judíos

habían sido «aniquilados» en las escaramuzas callejeras, y hasta 6.000 habían sido «aniquilados» cuando los edificios fueron pasto de las llamas o explosionados. A los demás residentes del gueto los habían llevado a Treblinka.[304] «Se han erradicado los últimos restos de los habitantes judíos del gueto —escribió Wilm Hosenfeld el 16 de junio de 1943—. Un oficial de las SS me dijo cómo habían acribillado a los judíos que salían corriendo de las casas en llamas. Todo el gueto es una ruina en llamas. Así es como nos proponemos ganar la guerra. Estos animales».[305]

El 11 de junio de 1943, Himmler ordenó arrasar las ruinas del gueto de Varsovia. Había que cubrir o tapiar los sótanos y las alcantarillas. Una vez completado el trabajo, había que echar tierra por encima y construir un parque. Aunque el parque jamás se llegó ni a comenzar, los edificios en ruinas se demolieron a lo largo de los meses que siguieron. Himmler y las SS persiguieron de forma implacable a los supervivientes del levantamiento. Stroop ofreció como recompensa un tercio del dinero en efectivo que estuviera en posesión de cualquier judío hallado en la parte polaca de la ciudad al policía que lo detuviera, y amenazó con ejecutar a cualquier polaco del que se supiera que estaba cobijando a un judío. La población polaca de Varsovia, según dijo Stroop, había «acogido bien en general las medidas puestas en práctica contra los judíos». Un número sustancial de judíos sobrevivieron ocultos durante un tiempo, protegidos por polacos. Entre ellos se encontraba Marcel Reich-Ranicki, que había robado una buena cantidad de dinero de la caja fuerte de sus empleadores, el Consejo Judío, y le había entregado a la resistencia la mayor parte de él. Con lo que le quedaba, él y su mujer salieron del gueto recurriendo al soborno en febrero de 1943, y encontraron un escondrijo con un cajista polaco en las afueras de la ciudad. Cada vez que se aventuraba a salir, Reich-Ranicki se sentía en grave peligro debido a los polacos jóvenes que querían ganar un dinero, o a veces hasta la joyería y la ropa de invierno que llevaban las víctimas, al identificar a los judíos en las calles y entregárselos a la policía.[306]

Emanuel Ringelblum, el historiador cuya incesante recopilación de diarios, cartas y documentos nos ha proporcionado gran parte de lo que sabemos acerca del gueto de Varsovia, también se ocultó. A Ringelblum lo

detuvieron durante el levantamiento y lo llevaron al campo de Travniki, de donde un trabajador del ferrocarril polaco y un contacto judío lo sacaron en julio de 1943. Uniformado como un ferroviario y con unos papeles falsos que le había facilitado la clandestinidad polaca, logró regresar junto a su mujer y a su hijo de doce años a Varsovia, donde se mantuvieron ocultos en compañía de otros treinta judíos en un búnker situado bajo los invernaderos de un mercado de hortalizas regentado por polacos. Desde allí, Ringelblum volvió a establecer contacto con la resistencia judía, y reanudó su trabajo de recopilar información y escribir para la posteridad informes de cómo iban las cosas. Sin embargo, el 7 de marzo de 1944 delataron el búnker y la Gestapo detuvo a sus ocupantes. A Ringelblum lo torturaron durante tres días, luego lo llevaron al solar del gueto, donde lo obligaron a contemplar cómo mataban a su mujer y a su hijo antes de que lo ejecutaran a él mismo. Los alemanes habían tenido conocimiento del archivo que él había reunido, pero finalmente no pudieron poner sus manos en él; Ringelblum lo había enterrado bajo el gueto durante el levantamiento, pero se negó a revelar el paradero del mismo. En septiembre de 1946 localizaron parte de él y lo desenterraron; el resto se descubrió en diciembre de 1950, con las *Notas* de Ringelblum encerradas en un cántaro de leche.[307]

Mucho antes de la muerte de Ringelblum, a los líderes iniciales de la mayor parte de las comunidades del gueto judío los habían apartado y los habían sustituido por hombres más fáciles de intimidar para hacer cuanto se les antojara a los alemanes.[308] Prácticamente, la única elección al alcance de esos hombres era intentar preservar a una minoría de los habitantes en el gueto del celo exterminador de los nazis argumentando que eran imprescindibles en términos económicos. No obstante, ni siquiera esto serviría de algo a la postre, puesto que Hitler y Himmler eran cada vez más del parecer de que el riesgo para la seguridad que representaban los judíos excedía cualquier valor que pudieran tener para la economía de guerra.[309] Chaim Rumkowski, el decano controvertido y obstinado del gueto de Lódź, era un buen ejemplo de los dilemas irresolubles a que se enfrentaban los líderes del gueto por entonces. Rumkowski había preservado el gueto inicialmente al convencer a los alemanes de que lo tuviesen como un centro de producción. Sin embargo, ello no era óbice para que los alemanes

privasen sistemáticamente al gueto de provisiones. El diario del joven estudiante Dawid Sierakowiak hablaba del «hambre en todas partes» en el gueto de Lódź ya en abril de 1941. La vida para él, como para otros, se reducía a una búsqueda inacabable de algo para comer; sobre todo, zanahorias y otras hortalizas. Sierakowiak aliviaba el aburrimiento aprendiendo esperanto con un grupo de amigos comunistas, antes de que pudiera inscribirse en la escuela del gueto y empezar las lecciones otra vez. Con otros prisioneros, Sierakowiak se mantenía en contacto con los acontecimientos del mundo escuchando en secreto las emisiones radiofónicas de la BBC y leyendo los periódicos alemanes que llegaban desde el exterior mediante el contrabando. Las noticias que oía sólo contribuían a aumentar su desánimo: una victoria alemana tras otra al parecer sin fin. El 16 de mayo de 1941 anotó en su diario que una revisión médica lo había dejado seriamente preocupado por su salud: el doctor «se mostró muy impresionado por mi delgadez [...] Las enfermedades pulmonares son el último éxito en la moda del gueto; se llevan a la gente por delante tanto como la disentería y el tifus. En cuanto a la comida, cada vez está peor en todas partes; ha pasado una semana desde que hubo algunas patatas». De alguna manera se las arregló para sobrevivir durante el año, ocupando su mente con la traducción de Ovidio al polaco y ganando algún dinero con clases particulares. A menudo enfermo, se aferraba obstinadamente a sus estudios, finalizándolos con éxito en septiembre de 1941 y encontrando un empleo en una talabartería.[310]

Entretanto, mientras la policía judía del gueto iba llevándose a más y más prisioneros, que ya no regresarían, empezaban a llegar judíos de otras partes de Europa. Rumkowski intentó convencer, infructuosamente, a las autoridades alemanas de que no había espacio para ellos. A los 143.000 judíos que vivían en el gueto de Lódź en el otoño de 1941 se sumaron ahora, en octubre, 2.000 más procedentes de pequeñas poblaciones en las inmediaciones, luego 20.000 del Reich y el Protectorado de Bohemia y Moravia, junto con 5.000 gitanos. Sierakowiak pensó que los nuevos que llegaban parecían vestir con elegancia. No obstante, los recién llegados no tardaron en verse obligados a vender sus trajes confeccionados a medida a cambio de pequeñas cantidades de harina y pan. Mientras tanto, el 6 de

diciembre de 1941, las camionetas de gas en el campo recién construido en Chelmno empezaron a entrar en funcionamiento. A Rumkowski le ordenaron inscribir a 20.000 residentes en el gueto supuestamente para hacer trabajos al otro lado de los muros del gueto. Rumkowski logró convencer a los alemanes para rebajar a la mitad esa cifra, y con un comité especial escogió a prostitutas, delincuentes, personas que vivían de la beneficencia, desempleados y gitanos. En un intento de tranquilizar a la gente, Rumkowski manifestó en un discurso público el 3 de enero de 1942 que las personas honradas no tenían nada que temer. El 12 de enero de 1942 tuvieron lugar las primeras deportaciones. A 29 de enero de 1942, más de 10.000 judíos habían sido conducidos desde el gueto directamente a Chelmno y llevados a la muerte en las camionetas de gas. A 2 de abril de 1942, otros 34.000 habían sido transportados y asesinados; en mayo el total había alcanzado los 55.000, entre los que se encontraban más de 10.000 judíos deportados a Lódź desde el oeste.[311]

Por un tiempo fueron llegando nuevos transportes de judíos, sobre todo del Wartheland. La población del gueto se mantuvo así muy por encima de 100.000 personas.[312] Para mediados de 1942, escribió Sierakowiak, mucha gente se estaba muriendo de la «enfermedad del gueto»: «Una persona adelgaza (un "reloj de arena") y el rostro palidece, luego sobreviene la hinchazón, unos cuantos días en la cama o en el hospital y se acabó. La persona vivía, la persona ha muerto; vivimos y morimos como ganado». En septiembre de 1942, detuvieron a 2.000 pacientes de los hospitales del gueto con la cooperación de la administración del gueto de Rumkowski y los trasladaron para gasearlos; después se hizo otro tanto con todos los niños menores de diez años, con todas las personas por encima de sesenta y cinco y con todos los desempleados, sumando otros 16.000. La madre de Sierakowiak era una de ellas. A muchos los fusilaron, sugiriendo una resistencia cada vez mayor a las deportaciones. Rumkowski justificó su cooperación con esa actuación en un discurso ante los habitantes del gueto pronunciado el 4 de septiembre de 1942: «¡Tengo que amputar miembros para salvar el cuerpo!», dijo, llorando mientras hablaba. No quedó claro si lo creía de veras o no. La mayor parte de los residentes que quedaban, asustados y deprimidos, estaban demasiado ocupados en la lucha diaria por

sobrevivir para reaccionar con algo que no fuera una triste resignación. En noviembre de 1942 el padre de Sierakowiak enfermó «completamente cubierto de piojos y de sarna»; en marzo falleció. En abril de 1943 las cosas empezaron a mejorar para Dawid Sierakowiak: encontró un empleo en una panadería, un puesto largamente buscado puesto que le permitía comer pan hasta saciarse en el trabajo. Pero era demasiado tarde. Ya estaba enfermo, aquejado de fiebre, desnutrición y tuberculosis, atormentado por los piojos y por la sarna, tan débil que en ocasiones era incapaz de levantarse de la cama por la mañana. «Realmente no tenemos escapatoria», escribió el 15 de abril de 1943. Fue su última anotación en el diario. Murió el 8 de agosto de 1943, sólo dos semanas después de su decimonoveno cumpleaños.[313]

Para entonces el gueto de Lódź tenía los días contados. Después del levantamiento del gueto de Varsovia, Himmler había ordenado el 21 de junio de 1943 «liquidar» los demás guetos que quedaban en el este. Había que deportar a los judíos que quedaban en el Reich.[314] En los meses que siguieron mataron a 26.000 habitantes del gueto de Minsk, y al acabar el año habían muerto otros 9.000, todos ellos enrolados en planes de trabajo.[315] En Bialystok, la «liquidación» final dio comienzo el 15 de agosto de 1943, pillando por sorpresa al movimiento de resistencia local. Las profundas divisiones entre los comunistas y los sionistas en la resistencia dificultaron más si cabe una acción concertada, y los resistentes contaban con un apoyo escaso de la población del gueto. No obstante, los enfrentamientos se prolongaron durante cinco días. Globocnik, que tomó personalmente el mando de las operaciones, mandó carros de combate y, copiando a Stroop, destruyó todos los edificios del gueto prendiéndoles fuego.[316] En otros guetos, el proceso de disolución ya se había iniciado antes de que Himmler transmitiera su orden.[317] En Lvov, se llevaron a 40.000 judíos de un campo de trabajo a mediados de agosto de 1942 y los gasearon en Belzec; a los judíos que quedaban los confinaron en un gueto de nueva creación en la ciudad, mientras que a doce miembros del Consejo Judío los colgaron de los faroles de la calle o del techo del edificio que albergaba el despacho del consejo. A lo largo de los meses que siguieron, nuevas operaciones condujeron a otros miles de habitantes del gueto a las cámaras de gas de Belzec, hasta que a principios de 1943 se cerró el gueto y

a los judíos que quedaban los hicieron regresar al campo de trabajo. Sólo 3.400 de una población total de 160.000 sobrevivieron a la guerra.[318] Las redadas empezaron en Vilna en abril de 1943, incitando a la huida, como en otras partes, de muchos integrantes jóvenes de la resistencia, especialmente los que profesaban creencias comunistas, para los cuales el objetivo principal era ayudar al Ejército Rojo empujando a las fuerzas alemanas hacia los bosques de las inmediaciones. A la mayor parte de los 20.000 habitantes que permanecían aún en el gueto se los llevaron para matarlos, muchos de ellos en Sobibor.

El último gueto importante por cerrar fue el de Lódź, que se fue reduciendo paulatinamente en el verano de 1944. Más de 73.000 personas todavía vivían en él. Las deportaciones a Chelmno empezaron a mediados de julio, e incluso entonces aún se realizaban con la participación de la policía judía del gueto, y luego, a partir del 3 de agosto, se ordenó cada día a unos 5.000 judíos que se congregaran en la estación del ferrocarril, con la promesa de que los iban a realojar en mejores condiciones. Todos los trenes se dirigían directamente a los campos de exterminio. El último de ellos, que abandonó el gueto entonces ya prácticamente vacío el 28 de agosto de 1944, transportaba a Chaim Rumkowski, el decano del gueto, y a su familia. A su llegada a Auschwitz-Birkenau los enviaron a todos a la cámara de gas. De los cerca de 70.000 judíos que todavía vivían en el gueto a finales de julio de 1944, sólo 877 seguían aún allí el mes de enero siguiente, encargados de la tarea de poner orden.[319] En conjunto, para entonces habían muerto más del 90 por 100 de los 3,3 millones de judíos de Polonia.[320]

## VI

El exterminio de los judíos se ha visto en ocasiones como una especie de asesinatos en masa producidos en cadena, industrialmente, y en esta imagen hay cuanto menos algo de verdad. Ningún otro genocidio en la historia se ha llevado a cabo mediante medios mecánicos —gaseamientos— en instalaciones especialmente construidas como las que estaban en funcionamiento en Auschwitz o Treblinka. Al mismo tiempo, sin embargo, esas instalaciones no funcionaban eficiente ni eficazmente, y si la impresión

que se da al llamarlas industriales es que eran automatizadas o impersonales, entonces se trata de una falsa impresión. Hombres como Höss y Stangl y sus subordinados trataron de aislarse de la dimensión humana de lo que estaban haciendo al referirse a sus víctimas como «carga» o «piezas». De su conversación con Gerhard Stabenow, el jefe del Servicio de Seguridad de las SS en Varsovia, en septiembre de 1942, Wilm Hosenfeld señaló cómo el lenguaje que Stabenow empleaba lo distanciaba del hecho de que aquello en lo que tomaba parte era el asesinato en masa de seres humanos: «Él habla de los judíos como de hormigas u otros bichos, de su "reasentamiento", que significa su asesinato en masa, como lo haría del exterminio de chinches en la desinfección de una casa».[321] Pero al mismo tiempo esos hombres no eran inmunes a las emociones humanas que trataban de reprimir con tanta severidad, y recordaban los incidentes en que mujeres y niños a título individual habían apelado a su conciencia, por más que tales apelaciones no sirvieran de nada. La tensión psicológica que la matanza ininterrumpida de civiles indefensos, mujeres y niños incluidos, imponía en esos hombres era considerable, como lo había sido en el caso de los grupos operativos de las SS, cuyos integrantes habían fusilado a cientos de miles de judíos antes de que las primeras camionetas de gas se desplegaran en un intento por acelerar las matanzas, pero también de convertirlas de alguna manera en algo más impersonal.

Lo que mantuvo a esos hombres activos fue la creencia de que estaban cumpliendo órdenes de Hitler y matando a los enemigos presentes y futuros de la raza alemana. No se trataba de burócratas o especialistas de la muerte anónimos; ni era la matanza a cualquier nivel simplemente el producto de presiones con carácter impersonal para obedecer órdenes superiores, ni la fría búsqueda de ventajas materiales o militares para el Tercer Reich. Las carreras de hombres de las SS como Eichmann, Stangl y Höss los revelaban como antisemitas recalcitrantes; el odio racial de sus subordinados, avivado y exacerbado por años de propaganda, entrenamiento y adoctrinamiento, apenas era menos extremo. La conversión del odio visceral en abstracto hacia los judíos en acciones violentas de asesinatos en masa se demostró que en realidad no era difícil para ellos, ni para unos cuantos burócratas del Servicio de Seguridad de las SS que se hicieron con la dirección de los

grupos operativos en el este. En particular, en los rangos inferiores de las SS, pero también en el ejército regular, el contacto con judíos, ya fuese un individuo o grupos pequeños, solía despertar un grado de brutalidad personal, sádica, un deseo de humillar y destruir, que raras veces se manifestaba en el contacto con simples polacos, rusos u otros eslavos. A los prisioneros eslavos no los obligaban a hacer ejercicios gimnásticos o a bailar antes de fusilarlos, como sí ocurría con los judíos; ni los obligaban como a éstos a limpiar las letrinas con sus ropas o sus manos desnudas; eran los judíos quienes supuestamente estaban detrás del régimen de Stalin, quienes ordenaban a la policía secreta soviética hacer masacres salvajes con los prisioneros alemanes, los que alentaban a los partisanos a lanzar ataques crueles y cobardes contra las tropas alemanas desde la retaguardia. Los simples soldados, tanto los hombres de las SS como los del ejército, estaban fuertemente influidos por la propaganda y el adoctrinamiento y, si eran jóvenes, con años de educación en el sistema escolar del Tercer Reich, inclinados a creer que los judíos en general, y los judíos del este en particular, eran sucios, peligrosos, falsos y enfermizos, los enemigos de toda la civilización.[322]

Las atrocidades de la policía secreta soviética reafirmaron a los soldados alemanes en su creencia de que los judíos, a los cuales se obstinaban en culpar, eran asesinos salvajes que no merecían compasión alguna. «La judiada sólo es buena para una cosa», escribió un sargento,

> la aniquilación [...] Y yo mismo me he convencido de que el liderazgo completo de todas las instituciones [soviéticas] estaba constituido por judíos. Así que su culpabilidad es enorme, el sufrimiento que han causado, inimaginable, sus actos asesinos, diabólicos. Esto sólo se puede expiar por medio de la aniquilación. Hasta la fecha he rechazado esta manera de hacer las cosas por inmoral. Sin embargo, después de ver con mis propios ojos el Paraíso Soviético no conozco ninguna otra solución. En esos judíos del este habita la escoria de todo tipo de criminalidad, y soy consciente de la excepcionalidad de nuestra misión.[323]

Abusar de los judíos y humillarlos podía servir además como una forma de compensación por el estatus humilde y las privaciones diarias del soldado corriente. «Lo mejor aquí —escribió uno de ellos desde una población ocupada en el este en mayo de 1942— es que todos los judíos se descubren ante nosotros. Si un judío se percata de nuestra presencia a 100 metros de

distancia, ya se quita el sombrero. Si no lo hace, le enseñamos a hacerlo. Aquí sientes que eres un soldado, porque aquí mandamos nosotros».[324] Más arriba en la cadena de mando, el ejército solía justificar la matanza de judíos como un paso necesario para el mantenimiento de las provisiones de alimentos esenciales para el propio ejército,[325] pero se trata de una afirmación en la que no conviene creer a pies juntillas. La necesidad de alimentar al ejército y a la población civil alemana en Alemania creó en una coyuntura especial una necesidad percibida de poner en marcha lo que en términos médicos se podría denominar un *triage*, distinguiendo a aquellos a los que se consideraba que necesitaban comida con mayor urgencia y en mayores cantidades de aquellos otros con una prioridad menor. Pero lo que puso a los judíos en el extremo inferior de esa clasificación no fue un cálculo racionalista basado en una estimación de su contribución a la economía. Se derivó por encima de todo de una ideología seguida de forma obsesiva que consideraba a los judíos no ya simplemente como los habitantes más prescindibles de la Europa oriental ocupada, sino como una amenaza concreta para Alemania en todos los aspectos, conspirando con otros judíos en cualquier parte del mundo, y sobre todo en Gran Bretaña y EE.UU., para hacer la guerra contra el Tercer Reich. Si los judíos hubieran sido simplemente consumidores en exceso de recursos escasos, Himmler difícilmente habría emprendido un viaje personal a Finlandia para tratar de convencer al gobierno local de que entregaran la reducida comunidad de judíos que se hallaban bajo su control para enviarlos a la deportación y el exterminio.[326]

Como ello sugiere, el programa de exterminio fue dirigido e impulsado repetidamente desde el núcleo de poder, sobre todo por los continuos ataques retóricos de Hitler contra los judíos en el segundo semestre de 1941, repetidos en otras ocasiones a medida que los judíos volvían a dominar sus pensamientos como una amenaza. No hubo una única decisión, llevada a la práctica de una manera racionalista, burocrática; por el contrario, el programa de exterminio surgió en un proceso que se prolongó por espacio de varios meses, en el cual la propaganda nazi forjó una mentalidad genocida que Himmler y otros nazis destacados alentaron para seguir adelante con las matanzas de judíos en una escala siempre creciente.

En total, durante la guerra murieron asesinados unos 3 millones de judíos en los campos de exterminio. A 700.000 los mataron en camionetas de gas y a 1,3 millones los fusilaron los grupos operativos de las SS, las unidades policiales y las fuerzas aliadas o las milicias de apoyo. Hasta un millón de judíos murieron debido al hambre, las enfermedades o la brutalidad de las SS y los fusilamientos en los campos de concentración y sobre todo en los guetos que el Tercer Reich estableció en los territorios ocupados. Es imposible llegar a precisar una cifra total, pero no cabe duda de que los nazis y sus aliados mataron deliberadamente de una u otra forma a por lo menos 5,5 millones de judíos. Desde la apertura de los archivos en el antiguo bloque soviético en la década de 1990 se ha constatado que el total probable ronda los 6 millones, la cifra que Adolf Eichmann dio en su juicio celebrado en Jerusalén en 1961. «Con este asesinato terrible de los judíos —escribió Wilm Hosenfeld el 16 de junio de 1943—, hemos perdido la guerra. Hemos arrojado sobre nosotros mismos un estigma indeleble, una maldición que jamás podrá ser disipada. No merecemos compasión alguna, todos somos culpables».[327]

# 4

# «EL NUEVO ORDEN»

# EL NERVIO DE LA GUERRA

## I

En la madrugada del 8 de febrero de 1942, Albert Speer, el arquitecto favorito y amigo íntimo de Hitler, estaba con éste en el cuartel de campaña de Rastenburg, en Prusia Oriental, revisando sus planos para volver a construir Berlín. La conversación, como recordó más tarde, animaba visiblemente a un Führer cansado, que había consumido las horas previas en una conferencia descorazonadora con el ministro de Armamento, Fritz Todt. Éste, ya en el transcurso de la Batalla de Moscú en noviembre y diciembre de 1941, había llegado a la conclusión de que la guerra no se podía ganar. No sólo los recursos industriales de británicos y americanos eran mayores que los de Alemania, sino que la industria soviética estaba fabricando equipos mejores a una escala mayor, mejor adaptados para el combate en los rigores del invierno. Los suministros alemanes estaban escaseando. Los industriales estaban informando a Todt de que no podrían igualar la producción militar de los enemigos de Alemania. Pero Hitler hacía oídos sordos. Le pareció que el ataque japonés a Pearl Harbor aplazaba la participación americana en el teatro europeo y le daba a Alemania una nueva oportunidad para lograr la victoria. El 3 de diciembre de 1941, Hitler había dado una orden para la «simplificación y una mayor eficiencia de la fabricación de armamento» pensada para propiciar «una producción en masa asentada sobre principios modernos». A instancias de Hitler, Todt había reorganizado el sistema de gestión de la producción de armas en cinco comités principales, para munición, armas, tanques, ingeniería y equipos, respectivamente, y creado un nuevo comité asesor con presencia de representantes de la industria y las fuerzas aéreas. En la visita que Todt le hizo a Hitler el 7 y 8 de febrero de 1942 se habló probablemente

de esas nuevas estructuras y de los beneficios que podían reportar. Es muy probable que Todt advirtiese a Hitler en esa visita a Rastenburg de que, a pesar de todos esos cambios, la situación seguía siendo grave, cuando no crítica; de ahí el aire de abatimiento del Führer cuando salió de la reunión mantenida por ambos.[1]

Conversando brevemente con Speer con una copa de vino, Todt le ofreció un asiento en el avión que iba a devolverle a Berlín a las 8 a.m. el 8 de febrero. El arquitecto se encontraba en Rastenburg sólo por casualidad debido a que las fuertes nevadas le habían impedido regresar a Berlín desde Dnepropetrovsk en ferrocarril. Había aceptado en cambio que lo transportaran en avión hasta el cuartel de campaña de Hitler, el cual por lo menos se encontraba más cerca de su destino. Así que estaba buscando un transporte, y la oferta de Todt resultaba por tanto tentadora. Pero cuando Hitler y Speer se fueron a dormir eran las 3 de la madrugada, y Speer dejó dicho que quería dormir y no viajaría con el ministro de Armamento. Speer aún estaba durmiendo cuando sonó el teléfono que había junto a su cama poco después de las ocho de la mañana. El avión de Todt, un Heinkel 111 bimotor modificado, tras haber despegado con normalidad se había estrellado e incendiado. Había quedado totalmente destruido. Todos sus ocupantes habían muerto.[2] Más tarde, una comisión de investigación sugirió que el piloto había accionado por error un mecanismo de autodestrucción; pero en realidad aquel aparato en concreto carecía de dicho mecanismo, y no existía ninguna prueba fiable de que hubiese estallado en el aire. Nicolaus von Below, el adjunto de Hitler de la fuerza aérea, recordó más tarde que Hitler había prohibido que el personal bajo sus órdenes con mayores responsabilidades emplease esos pequeños aviones bimotores, y se había mostrado tan preocupado en relación con la navegabilidad del Heinkel que había ordenado al piloto hacer un vuelo de prueba con el aparato antes de que Todt embarcara. Below era del parecer de que las malas condiciones meteorológicas durante el despegue del avión habían privado al inexperto piloto de una buena visibilidad y por ello había estrellado el aparato contra el suelo. El misterio jamás quedó resuelto satisfactoriamente. ¿Había colocado Speer una bomba en el aeroplano? Parece improbable, ya que si bien el relato del accidente que él introdujo en

sus memorias estaba lleno de imprecisiones, no existe razón alguna para dudar de su historia en el sentido de que él se encontraba en Rastenburg de forma puramente casual, y por tanto no habría tenido tiempo para planear la muerte de Todt. Ni tampoco, a pesar de que hubo cierta tirantez en la relación entre los dos hombres, había ninguna razón obvia por la que Speer deseara que estuviera muerto. ¿Había decidido Hitler entonces matar a su ministro de Armamento porque no podía soportar el pesimismo constante de sus informes? ¿Le había dicho tal vez en privado a Speer que no volase en ese avión? Esta especulación tampoco es convincente; no era así como Hitler se deshacía de subordinados incómodos o inconvenientes, y en caso de haber querido desembarazarse de Todt hubiera sido mucho más probable que simplemente lo cesara o, en un caso extremo, lo hubiera hecho arrestar y fusilar.[3]

Todt era un ingeniero y un nazi acérrimo que había adquirido importancia como el constructor de las famosas autopistas de Alemania en la década de 1930. Hitler lo respetaba y admiraba, y le había dado la responsabilidad no sólo de la fabricación de armas y municiones, sino también de la energía y los canales navegables, así como de algún aspecto vinculado a la organización de los trabajos forzados durante la guerra. Todt había encabezado la industria de la construcción en dependencia de la administración del Segundo Plan Cuatrienal de Göring. Había estado al frente de su propio equipo, la Organización Todt, construyendo carreteras en todos los territorios ocupados, prosiguiendo con la creación de las defensas del Muro del Oeste y creando bases para submarinos en la costa atlántica. Dentro del partido, Todt estaba a cargo de la Oficina Central para la Técnica, controlando en ese ámbito asociaciones voluntarias de muy diversa índole. En la primavera de 1940, Hitler había constituido un nuevo Ministerio de Armamento y nombró a Todt para dirigirlo. De resultas de esta acumulación de cargos, Todt había conseguido un poder nada desdeñable sobre la gestión económica de la guerra, si bien tuvo que enfrentarse a una variedad de adversarios, especialmente Hermann Göring.[4] No iba a ser un hombre fácil de sustituir.

Durante el desayuno en el cuartel del Führer el 8 de febrero de 1942, se habló sobre todo de quién debería sucederle. Speer se dio cuenta de que iban a pedirle que asumiera el control de al menos una parte de las funciones de Todt, toda vez que como inspector general de construcción para Berlín ya contaba con algunas responsabilidades en ese ámbito, incluyendo la reparación de los daños causados por los bombardeos y la provisión de refugios antiaéreos. Todt le había asignado la tarea de mejorar el sistema de transporte en Ucrania, que de hecho era la razón por la que había estado en Dnepropetrovsk. Hitler le había dicho en más de una ocasión que quería confiarle alguna de las tareas que correspondían a Todt. Pero Speer no estaba preparado cuando, como recordó más tarde, «Hitler lo convocó como primera visita del día a la hora tardía de costumbre, en torno a la una de la tarde», y le dijo que lo nombraba sucesor de Todt en todas sus competencias, no sólo al mando de la construcción. Aunque se quedó «estupefacto», Speer conservó la presencia de ánimo suficiente para pedirle a Hitler que dictase una orden formal, la cual él podría utilizar para imponer su autoridad en su nueva esfera de actuaciones. Había, sin embargo, un último obstáculo por superar. Justo en el momento de irse, Göring «irrumpió con precipitación». Había subido a su tren especial en su mansión de caza, situada a unos 100 kilómetros, nada más tener conocimiento de la muerte de Todt. «Es mejor que yo asuma las funciones del doctor Todt dentro del marco del Plan Cuatrienal», dijo. Pero era demasiado tarde. Hitler repitió su nombramiento formal de Speer para todas las tareas de Todt. Y la autoridad de Göring sobre la economía aún se vio más disminuida cuando Speer convenció a Hitler para que firmase un decreto el 21 de marzo de 1942 ordenando que todos los demás aspectos de la economía se supeditaran a la fabricación de armas, controlada por él mismo.[5]

En sus memorias, escritas muchos años después de estos hechos, Speer, no sin un poco de sinceridad, manifestó que lo sorprendió «la imprudencia y la frivolidad» de su nombramiento. Después de todo, él no contaba con experiencia militar ni industrial. Según escribió,

> era el diletantismo de Hitler lo que lo llevaba a preferir escoger a no especialistas como sus colaboradores más cercanos. Después de todo, ya había escogido a un vendedor de vinos como su ministro de Asuntos Exteriores, al filósofo de su partido como ministro para Asuntos del Este, y a un antiguo piloto de combate como supervisor de toda la economía. Ahora estaba escogiendo a un arquitecto entre todos para ser su ministro de Armamento. Hitler prefería sin ninguna duda cubrir puestos de dirección con personas no expertas. Durante toda su vida respetó a los profesionales como, por ejemplo, Schacht, pero desconfió de ellos.[6]

Pero la elección no era tan irracional como Speer afirmó más tarde. Como arquitecto, él no era tanto un artista solitario sentado ante su mesa de dibujo haciendo bocetos de edificios cuanto un director de un despacho grande y complejo implicado en grandes proyectos de construcción y diseño, en realidad gigantescos.[7] Como inspector general de contrucción para Berlín, ya estaba familiarizado con los estragos que podían provocar los bombardeos y, como el hombre responsable de restablecer las carreteras y las vías férreas en Ucrania, lo sabía todo acerca de los problemas planteados por unas comunicaciones pobres y la necesidad de organizar un suministro adecuado de mano de obra. Speer había trabajado estrechamente con Todt en varias áreas. Sus obligaciones ya lo habían puesto al corriente de los juegos de poder de hombres como Göring, y su reacción inicial tras su nombramiento mostraba a todas luces que era plenamente capaz de arreglárselas con ellos. Sin embargo, por encima de todo, era el hombre de Hitler. Era el amigo personal de éste, tal vez el único. Incluso después de su nombramiento, juntos siguieron estudiando minuciosamente modelos para el nuevo Berlín y soñando con la transformación de las ciudades alemanas que harían realidad una vez acabada la guerra. Mucho tiempo antes de su nombramiento, Speer había caído según admitió él mismo bajo el hechizo del Führer. Haría cuanto él quisiera incondicionalmente.[8]

A diferencia del optimismo a toda prueba de Speer, otros además de Todt habían empezado por entonces a albergar serias dudas en relación con la capacidad alemana para continuar la guerra hasta la victoria. Unos pocos meses antes de su nombramiento, Speer había visitado al director general de la fábrica Junkers en Dessau, Heinrich Koppenberg, para hablar sobre las naves necesarias para albergar la nueva fábrica de aviones gigantesca que estaba planeando en el este. Speer recordó más tarde que Koppenberg lo condujo a «una habitación cerrada con llave y me mostró una gráfica

comparando la producción americana de bombarderos para los siguientes años con la nuestra. Le pregunté —continuaba Speer— qué tenían que decir nuestros líderes sobre esas cifras deprimentes. “De eso se trata, no querrán creérselas”, dijo él. Y acto seguido rompió a llorar fuera de sí».[9] El general Georg Thomas, jefe de adquisiciones en el Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas, era cada vez más pesimista desde el verano de 1941. En enero de 1942, le preocupaba más a quién había que culpar por la desastrosa situación de los suministros a que se enfrentaba el ejército en el este que cómo resolver la situación, «puesto que —según dijo— algún día alguien será considerado responsable».[10] El general Friedrich Fromm, que comandaba el ejército de reserva en Alemania y tenía la responsabilidad en lo tocante al abastecimiento de armas al ejército, le dijo el 24 de noviembre de 1941 al jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, que la economía de las armas se encontraba en una «curva descendente. ¡Está pensando —anotó Halder en su diario— en la necesidad de firmar la paz!».[11] Las reservas de mano de obra se estaban agotando, y el suministro de combustible escaseaba, y Fromm aconsejó a Hitler que enviase todas las tropas nuevas disponibles al Grupo de Ejércitos Sur, de manera que pudiesen hacer un movimiento rápido hacia los campos petrolíferos del Cáucaso. La desesperación de algunos fue más lejos incluso. El 17 de noviembre de 1941 el jefe de la organización de adquisiciones para la fuerza aérea, Ernst Udet, un ex piloto de combate con una brillante trayectoria, se pegó un tiro después de fracasar reiteradamente en el intento de convencer a Hitler y Göring de que la fabricación de aviones en Gran Bretaña y América estaba aumentando con tanta rapidez que los aviones alemanes se enfrentarían a unas fuerzas aplastantes, irresistibles, en el plazo de unos meses.[12] En enero de 1942, Walter Borbet, director de la Bochumer Verein, una gran empresa de fabricación de armas en la que había implantado nuevos métodos de fabricación, se pegó un tiro también, convencido tanto de que no era posible ganar la guerra como de que quienes mandaban en Alemania jamás aceptarían firmar la paz.[13]

Esos hombres tenían buenos motivos para estar preocupados. A pesar de todos los esfuerzos de los alemanes, los británicos seguían aventajándolos en las cifras de producción de carros de combate y otras

armas. Los dirigentes encargados de las adquisiciones de las fuerzas armadas insistían en la sofisticación tecnológica a costa de la producción en masa, y hubo disputas incesantes entre el ejército, la armada y la fuerza aérea, todos ellos rivalizando entre sí con sus exigencias muy convincentes para tener prioridad en la asignación de recursos. Centrarse en un armamento complejo conllevaba beneficios más altos para las empresas que una producción en masa de bajo coste. Todo esto ralentizó la producción y redujo las cantidades de armamento y materiales de que podían disponer las fuerzas armadas. Al mismo tiempo, Hitler no cejaba de exigir esfuerzos cada vez mayores a la industria a medida que en la situación militar no se lograba el gran avance previsto. En julio de 1941, ordenó la construcción de una nueva flota de batalla para alta mar, al tiempo que incrementar por cuatro la fuerza aérea y ampliar el número de divisiones motorizadas en el ejército hasta treinta y seis. También él era perfectamente consciente del rápido aumento de las cantidades de armas y equipos americanos que estaban logrando llegar a Gran Bretaña. Ya en el tiempo en que Estados Unidos se convirtió formalmente en una nación beligerante, en diciembre de 1941, estaba fabricando grandes cantidades de armamento que Alemania hasta la fecha no había dado signos de poder igualar. Los oficiales del ejército empezaron a comienzos de 1942 a observar una mejoría en los materiales militares de los soviéticos, así como en el armamento. Exigir que la producción alemana de armas igualara todo eso parecía completamente inverosímil.[14]

A diferencia de Todt y los otros responsables económicos que pensaban que la guerra ya estaba perdida en el terreno económico y, por consiguiente, también en términos militares, Speer creía, con Hitler, que la guerra aún se podía ganar. Tenía una fe ciega en las facultades de Hitler. En cada escenario, la voluntad de Hitler había triunfado sobre la adversidad, y así volvería a suceder. Speer no era un tecnócrata; era un auténtico creyente.[15] Por supuesto, Speer no estaba tan ciego como para no darse cuenta de que ésta era una razón de peso para su nombramiento. De hecho, Hitler le confió en más de una ocasión que la muerte de Todt en un momento en que Speer estaba de visita en su cuartel fue providencial. Como Speer escribió más tarde,

> A diferencia del problemático doctor Todt, Hitler debió ver en mí al principio un instrumento bastante servicial. En gran medida, ese cambio en el personal obedecía al principio de selección negativa que gobernaba la composición de quienes se hallaban al servicio de Hitler. Habida cuenta de que él reaccionaba habitualmente a quien se le opusiera escogiendo a alguien más dócil, con el paso de los años reunió a su alrededor a un grupo de colaboradores que se entregaban cada vez más a sus argumentos y los trasladaban a la acción sin escrúpulos.[16]

Este principio ya se había aplicado en los cambios que Hitler había hecho en los altos mandos del ejército después de la debacle de Moscú. Ahora se aplicaba también en la dirección de la economía de guerra. Pero Speer no era ningún aficionado por lo menos en un aspecto. En las semanas que siguieron, rechazó todas las tentativas de Göring para limitar sus poderes. Apeló repetidamente a Hitler para que lo apoyara e incluso para que transfiriese al Ministerio de Armamento las funciones tocantes a ese ámbito en el Plan Cuatrienal. En todo ello, Speer mostró que su instinto de poder era tan fuerte como el de cualquiera en las alturas del poder nazi.[17]

## II

Speer disponía de algunas ventajas importantes en su misión de impulsar la producción bélica alemana hacia una mayor eficiencia. Contaba con el apoyo de Hitler, al cual recurría siempre que se enfrentase a una oposición seria, y mantenía buenas relaciones con figuras claves de la dirección nazi. Como inspector general de construcción, por ejemplo, Speer había trabajado estrechamente con Himmler y las SS, y sus planes desmesurados dependían del suministro de piedras de las canteras que extraían los prisioneros de los campos de concentración de Flossenbürg y Mauthausen.[18] También gozaba de buenos contactos en la dirección de la administración de armamento (sobre todo el secretario de Estado del Ministerio del Aire, el mariscal de campo Erhard Milch, nominalmente un hombre de Göring pero en la práctica mucho más dispuesto a trabajar con Speer). Speer accedió además al cargo cuando ya se había iniciado el impulso para racionalizar, extendido por las críticas insistentes de Hitler a la ineficiencia y facilitado por los cambios en la gestión económica inaugurados por Todt en diciembre de 1941. Trabajó duro para eliminar

solapamientos en la producción de armas entre los tres ejércitos. Hizo que los principales productores industriales pasasen a depender directamente de él mismo y les dio un grado de responsabilidad delegada en la mejora de sus métodos de producción. Luchó contra la burocracia excesiva e introdujo métodos racionalizadores de la fabricación en masa. El resultado, afirmó después él mismo, fue un aumento significativo de la producción en cada área en el plazo de seis meses. «La productividad total en el armamento se incrementó en un 59,6 por 100 [...] Al cabo de dos años y medio, a pesar del comienzo de los bombardeos intensos, habíamos elevado nuestra producción global de armamento de un índice promedio de 98 para el año 1941 —una puntuación baja, todo hay que decirlo— a un pico de 322 en julio de 1944».[19]

Al hacerse cargo de la dirección de la fabricación de armamento, Speer se jactó de las virtudes de la racionalización. Incorporó a algunos de los industriales para integrar la estructura del nuevo comité creado por Todt. Un ejemplo típico del uso que Speer hizo de los industriales para aumentar la eficiencia se podría encontrar en la fabricación de submarinos, para lo cual nombró a un fabricante de automóviles con el fin de que reorganizara el proceso de montaje en 1943. El nuevo jefe de submarinos desglosó la producción de cada nave en ocho secciones, encargando a una firma diferente la fabricación de cada sección con partes estandarizadas para obtener un calendario coordinado con los otros, ensamblándose el producto final en una planta central, y fue así como se redujo el tiempo necesario para fabricar cada U-Boot [submarino alemán] de cuarenta y dos semanas a dieciséis. Speer puso también en práctica un sistema nuevo de contratos a un precio fijo que Todt introdujo en enero de 1941, lo cual obligaba a bajar los precios y ofrecía exenciones en el impuesto de sociedades a las empresas que redujeran los costes y, por tanto, los precios en una cantidad significativa. Speer exigió que las empresas explotasen a los trabajadores de manera más eficaz, con la introducción de los turnos dobles, e intentó reducir costes usando las plantas ya existentes más intensivamente en lugar de construir fábricas nuevas. En la creación de una nueva planta intervenían no menos de 1,8 millones de hombres, pero gran parte de la capacidad añadida no se podía utilizar debido a la escasez de energía y a la falta de

máquinas herramientas; Speer puso fin a los contratos para montar nuevas instalaciones industriales por un coste de 3.000 millones de Reichsmarks. E introdujo una concentración y una simplificación drásticas de la producción de armas y los productos relacionados con ellas en toda la economía. La cifra de empresas en su mayor parte pequeñas dedicadas a la fabricación de lentes prismáticas para su empleo en visores, telescopios, binoculares, periscopios y objetos similares se redujo de 23 a 7, y la variedad de los diferentes tipos de lentes lo hizo de una asombrosa cifra de 300 a sólo 14. Speer descubrió que no menos de 334 fábricas estaban fabricando equipos antiincendios para la fuerza aérea; a comienzos de 1944 había reducido esa cantidad a sesenta y cuatro, lo cual se calculaba que había supuesto un ahorro de 360.000 horas/hombre por mes. El número de empresas que fabricaban máquinas herramientas se fue reduciendo de 900 a principios de 1942 hasta 369 en octubre del año siguiente. Speer amplió incluso el principio de racionalización a las industrias de bienes de consumo. Cuando supo que 5 de los 117 fabricantes de alfombras en Alemania estaban produciendo el 90 por 100 de las alfombras que se fabricaban, ordenó cerrar a los otros 112 y puso sus fábricas y la mano de obra al servicio de la economía de guerra. En la pugna por los recursos, las distintas fuerzas armadas y sus fabricantes asociados habían exagerado sus necesidades, de forma que, por ejemplo, las fábricas de aviones habían pedido cuatro veces más del aluminio que realmente precisaban. El metal se almacenaba o se destinaba a usos no esenciales como la construcción de escaleras o invernaderos. Speer obligó a las empresas a entregar sus reservas y vinculó la asignación de materias primas a objetivos de producción.[20]

La producción de armas requería cantidades ingentes de acero, que Hitler ordenó que se destinara sobre todo al ejército de tierra por encima de la armada o la fuerza aérea. La introducción de una mayor eficiencia en la organización de la producción del acero fue en gran medida el logro del Ministerio de Economía del Reich y su responsable principal, Hans Kehrl. Éste creó un nuevo sistema de ordenación y producción en una reunión mantenida el 15 de mayo de 1942 del nuevo organismo de planificación central que él había establecido con Milch para coordinar la producción de armas. Al mismo tiempo, Speer designó a especialistas en reducción de

costes para que asesorasen a las empresas sobre la manera de usar el acero y otras materias primas de una forma más eficiente. Mejores máquinas y más automatización redujeron las pérdidas. En mayo de 1943, Speer podía reivindicar que, en comparación con 1941, se había reducido a menos de la mitad la cantidad de hierro y acero empleados para producir una tonelada de armamento. Hacia el final de la guerra, cada tonelada de acero se estaba empleando para fabricar una cantidad de municiones que cuadruplicaba la de 1941. Sin embargo, la producción de acero precisaba de grandes cantidades de carbón de coque, y éste se revelaba imposible de obtener dadas las dificultades a que se enfrentaba el sistema ferroviario y a la baja productividad de la mano de obra forzada en las minas. Además, en las minas seguían faltando más de 100.000 trabajadores, mientras que los ferrocarriles necesitaban a otros 9.000 hombres para cargar y hacer funcionar los trenes que transportaban el carbón. Informado de estos problemas el 11 de agosto de 1942, Hitler manifestó con rotundidad: «Si debido a la escasez de carbón de coque la producción de la industria del acero no se puede elevar conforme a lo planeado, entonces hemos perdido la guerra».[21]

Se obtuvo más carbón al reducir las asignaciones para los hogares hasta un 10 por 100. La producción de acero aumentó a 2,7 millones de toneladas en un mes a comienzos de 1943 en el Gran Reich alemán. Con el incremento en las asignaciones de acero para las fábricas de munición, y la introducción de nuevos incentivos para los industriales, Speer pudo aumentar la producción de armas hasta doblarla en su primer año en el cargo. De forma simultánea, Erhard Milch y el Ministerio del Aire pudieron doblar la producción mensual de aviones, en gran medida al concentrar la fabricación en un número pequeño de fábricas gigantescas. Al obligar a los fabricantes principales a hacer cambios en la alta dirección, Milch impulsó un programa de racionalización en el que el desarrollo de aviones de caza y bombarderos nuevos más avanzados se sacrificaba a la producción en masa de grandes cantidades de los modelos existentes, obteniendo de ese modo importantes economías de escala. Un avión de caza avanzado, el Messerschmitt Me210, ya se estaba fabricando, pero el Ministerio del Aire había seguido adelante demasiado rápido dejando irresueltos problemas

cruciales de diseño y desarrollo. El avión era inestable, y sin embargo se estaban fabricando centenares de ellos. Milch canceló el proyecto y orientó los recursos a la producción de aparatos como el bimotor Heinkel 111. Este bombardero medio había volado primero en 1934 y se había mostrado ineficaz para el bombardeo aéreo, así que lo reutilizaron como interceptor nocturno sobre Alemania, en lo que tuvo algún éxito. Igualmente, Milch destinó recursos para producir en las cadenas de fabricación más aviones de caza Me109. El número de fábricas que construían el aparato se redujo de siete a tres, y la producción se elevó de 180 mensuales hasta 1.000. Esos cambios supusieron que en el verano de 1943 se estuviesen fabricando mensualmente el doble de aviones que un año y medio antes.[22]

La fuerza aérea había reclamado incesantemente modificaciones y mejoras en los aviones existentes, ralentizando así la producción; de hecho, al final de 1942 el número de cambios en el diseño recomendados para el bombardero Junkers Ju88 había llegado a 18.000, mientras que las especificaciones de los cambios en el bombardero pesado Heinkel He177 que se acumulaban en las oficinas de diseño de Heinkel ocupaban no menos de cincuenta y seis carpetas gruesas. Trabajando con Milch, Speer hizo cuanto pudo para rechazar las nuevas peticiones de cambios en el diseño, pero hasta comienzos de 1944 no logró reducir el número de modelos de aviones de combate en producción de cuarenta y dos a treinta, luego a nueve y por último a cinco. La cifra de diferentes clases de carros de combate y vehículos blindados se rebajó de forma drástica en enero de 1944, con la conformidad reticente y largo tiempo postergada del ejército, de dieciocho a siete, y un solo tipo de arma antitanques sustituyó a los doce existentes. Speer tuvo conocimiento de que un total de 151 tipos diferentes de camión se fabricaban para uso militar; en 1942 rebajó esa cifra a veintitrés. Este proceso de simplificación se amplió también a la extracción de carbón en las minas y a las máquinas herramientas, en las que un total de 440 tipos distintos de prensas hidráulicas y mecánicas se redujeron a treinta y seis. Los componentes suponían un problema particular, dificultando y ralentizando el proceso de producción; el Ju88, por ejemplo, utilizaba más de 4.000 clases diferentes de pernos y tornillos. Su sustituto definitivo, el Ju288, utilizaba únicamente 200. En este ámbito, y en todos los ámbitos

donde fuera posible, fascinantes máquinas automáticas sustituían el trabajo manual, y el proceso de simplificación significaba asimismo que los trabajadores necesitaban una preparación más breve y más elemental que la que habían precisado anteriormente. Todo ello impulsó la productividad, que en las industrias de armas era en 1944 un 50 por 100 mayor que dos años antes.[23]

Speer racionalizó también la fabricación de carros de combate. El ejército alemán había contado al principio de la guerra con dos tanques medios, el Mark III y el Mark IV, y un tanque de diseño checo, el T-38, los cuales habían mostrado su valía en la invasión de Polonia y Europa occidental en 1939-1940. Sin embargo, en 1941 se enfrentaron con el superior T-34 soviético, que era rápido, maniobrable y al mismo tiempo estaba mejor blindado y equipado con cañones más efectivos. Esto condujo a un replanteamiento importante, que derivó en la producción de dos nuevos carros de combate, el Tiger de 56 toneladas y el Panther de 45 toneladas. Ambas eran armas formidables, no limitándose a igualar el T-34, y su potencia de fuego era muy superior a la de sus equivalentes americanos. Speer consiguió que salieran de las cadenas de montaje en cantidades considerables durante 1943. Pero casi al mismo tiempo en el que se empezaron a fabricar en cantidades significativas, los bombardeos de los aliados comenzaron a destruir las fábricas donde se construían, de manera que ya no se volvieron a producir en cantidad suficiente. Por el contrario, la industria soviética estaba fabricando cuatro tanques por cada uno de los fabricados por los alemanes a comienzos de 1943. La reubicación de la industria soviética en los Urales había valido la pena finalmente.[24] La economía alemana podría haber producido al menos en algunas áreas mejores armas que las economías de sus enemigos, pero era del todo incapaz de igualarse con ellas en cuanto a la cantidad. El cambio a una producción en masa estandarizada se produjo en Alemania más tarde que en otros lugares; en realidad, llegó demasiado tarde en definitiva.[25]

La diferencia en otras áreas de la fabricación de armamento era, si no tan espectacular, igualmente impactante. En 1942, incluso Estados Unidos estaba produciendo únicamente la mitad de armas de infantería que la Unión Soviética, y apenas algo más en lo relativo a aviones de combate y

tanques. El método americano de racionalización era el mismo que el de los alemanes, concentrando la producción en unas pocas plantas gigantescas para producir una variedad reducida de armamento estandarizado. Sin embargo, la racionalización alemana en algunas áreas se consiguió a costa de la calidad. El avión de caza Me109, por ejemplo, era demasiado lento para enfrentarse a sus equivalentes soviéticos más maniobrables. Los bombarderos Junkers también eran demasiado lentos, y demasiado pequeños para transportar una carga explosiva realmente devastadora. Los nuevos tanques Tiger y Panther eran productos superiores, pero, como pasaba tan a menudo, los enviaron precipitadamente a la batalla antes de que todos los problemas de diseño hubieran quedado resueltos. Mostraban una tendencia preocupante a averiarse. Y con demasiada frecuencia se quedaban sin combustible y no era posible reabastecerlos.[26] Al mismo tiempo, la población soviética pagaba caro sus esfuerzos hercúleos de producción: de la misma manera ya conocida en el impulso industrializador de Stalin durante la década de 1930, se reclutó a cientos de miles de trabajadores de las granjas, la producción agrícola sufrió y se extendieron la desnutrición y también los casos de inanición. La agitación febril de la movilización de la economía soviética, evidente en 1942, no era sostenible mucho tiempo. Sin embargo, los acuerdos de préstamo y arriendo con Estados Unidos proporcionaron a los ejércitos soviéticos grandes cantidades de víveres, materias primas y equipos de comunicaciones, sobre todo radios y teléfonos de campaña, y también se hicieron notar enormemente en los materiales y los suministros británicos. Los americanos no tardarían en entrar en guerra directamente en Europa y el norte de África. Los esfuerzos racionalizadores de Speer, el impulso de Todt en aras de la eficiencia, las reformas organizativas de Milch, los cambios administrativos de Kehrl, todo fue a la postre insuficiente.[27]

Mediada la guerra, la economía americana estaba produciendo tal cantidad de armas, aviones, buques de guerra, municiones y materiales militares que el Tercer Reich no podía esperar equipararse. En 1942, las fábricas de EE.UU. produjeron cerca de 48.000 aviones; el año siguiente salieron cerca de 86.000 de las cadenas de montaje, y en 1944 más de 114.000. Por supuesto, una gran parte de ellos se destinaron a combatir

contra los japoneses en el Pacífico. Pero ello no impedía que quedase un gran número para desplegar en el teatro de guerra europeo. Además, tanto la Unión Soviética como Gran Bretaña estaban produciendo también en mayor cantidad que Alemania. Así, en 1940 la Unión Soviética fabricó más de 21.000 aviones, en 1943, cerca de 37.000. El Imperio Británico fabricó 15.000 aviones en 1940, en 1941, poco más de 20.000, en 1942, más de 23.000, en 1943, alrededor de 35.000, y en 1944, aproximadamente 47.000: la inmensa mayoría de ellos se fabricaron en el mismo Reino Unido. Comparativamente, en Alemania se fabricaron 10.000 aviones nuevos en 1940, 11.000 en 1941 y hasta 15.000 en 1942. Las medidas de racionalización adoptadas por Speer y Milch y la concentración creciente de recursos en la producción aérea únicamente tuvieron efecto a partir de 1943, cuando más de 26.000 aviones salieron de las cadenas de montaje, y en 1944, cuando la cifra se aproximó a 40.000. Aún era menos que los que fabricaban Gran Bretaña y sus territorios de ultramar, y menos de una quinta parte de la producción conjunta de las tres potencias aliadas principales.[28]

En otros ámbitos sucedía otro tanto. Por ejemplo, según el Alto Mando Alemán de las Fuerzas Armadas Conjuntas, Alemania consiguió fabricar entre 5.000 y 6.000 carros de combate anualmente desde 1942 a 1944, fracasando así estrepitosamente en el aumento de la producción. Comparativamente, en Gran Bretaña y sus territorios de ultramar se fabricaron cada año de 6.000 a 8.000 carros de combate. Sin embargo, la Unión Soviética fabricó anualmente en torno a 19.000 carros de combate durante ese período, y la producción en EE.UU. de carros de combate se elevó de 17.000 en 1942 a más de 29.000 unidades en 1944. En 1943, la producción aliada conjunta de ametralladoras llegó a 1.110.000 unidades frente a 165.527 en Alemania. Claro que no todo el armamento militar aliado se desplegó contra los alemanes: en particular, los británicos y los americanos estaban librando combates encarnizados en Asia y el Pacífico. No obstante, a Gran Bretaña y la Unión Soviética llegaron grandes cantidades de armas y materiales americanos para reforzar lo que ya era una

superioridad soviética enorme en carros de combate y aviones. En 1942 ya había malos presagios, como Todt había advertido.[29] En 1944 estaban a la vista de todos.

III

La presión sobre la economía alemana se podía haber calculado a partir del hecho de que, durante 1944, el 75 por 100 del PIB se dedicó a la guerra, en comparación con el 60 por 100 en la Unión Soviética y el 55 por 100 en Gran Bretaña.[30] Sin embargo, Alemania pudo beneficiarse también de la anexión u ocupación de una gran parte de Europa en la primera mitad de la guerra. Como ya hemos visto, el control sobre Polonia ofrecía oportunidades para el enriquecimiento a las que pocos podían resistirse. Tal vez en mayor medida aún, la conquista de países ricos en Europa occidental, con su avanzado sector industrial y su próspero sector agrícola, dio la esperanza de establecer una diferencia mayor desde 1940. En total, se ha calculado que la esfera alemana de influencia en Europa en 1940 contaba con una población de 290 millones, con un PIB anterior a la guerra mayor que el de EE.UU. Entre los países conquistados, Francia, Bélgica y Holanda contaban también con imperios extensos de ultramar que añadían más potencial al poder económico del Tercer Reich. Las autoridades alemanas empezaron a emprender la explotación de los recursos de los países conquistados con un desenfreno que no auguraba nada bueno para el bienestar futuro de las economías sometidas. En la euforia inicial por la victoria, los saqueos y el pillaje estuvieron a la orden del día. Después de la derrota de Francia, los ejércitos alemanes requisaron para su propio uso 300.000 fusiles franceses, más de 5.000 piezas francesas de artillería, cerca de 4 millones de proyectiles franceses y 2.170 carros de combate franceses; el ejército alemán siguió empleando gran parte de ese material en las últimas fases de la guerra. Todo ello constituía no más de un tercio del botín total arrebatado a los franceses por los alemanes. La confiscación de miles de locomotoras e ingentes cantidades de material rodante suministró otro tercio. El sistema ferroviario alemán había estado privado de inversiones en la época anterior a la guerra, lo que ocasionó graves retrasos en el

transporte de cantidades ingentes de materias primas como el carbón a lo largo y ancho del país. Ahora, sin embargo, estaba en condiciones de reponer sus reservas agotadas con 4.260 locomotoras y 140.000 vagones de mercancías y coches de pasajeros pertenecientes a los ferrocarriles franceses, holandeses y belgas. Por último, las fuerzas armadas alemanas confiscaron cantidades enormes de materias primas para la industria de armas en Alemania, incluyendo 81.000 toneladas de cobre, el suministro de un año de estaño y níquel y volúmenes considerables de gasolina y petróleo. En total, los franceses calcularon que durante la ocupación les arrebataron bienes por valor de 7.700 millones de Reichsmarks.[31]

El gobierno alemán y las fuerzas armadas alemanas no fueron los únicos en aprovecharse de la conquista de otros países: los soldados alemanes corrientes, como ya hemos visto, también lo hacían. La escala de sus depredaciones en Polonia, la Unión Soviética y el oeste y el sur de Europa fue considerable. Las cartas escritas por los soldados alemanes están repletas de noticias y promesas tocantes a bienes, saqueados o adquiridos con sus Reichsmarks alemanes, que enviaban a sus familias en Alemania. Heinrich Böll, quien más tarde se haría famoso como novelista ganador de un Premio Nobel, enviaba paquetes de mantequilla, papel de carta, huevos, zapatos de señora, cebollas y muchas otras cosas. «Tengo medio lechón para vosotros», anunció triunfalmente a su familia justo antes de regresar a casa de permiso en 1940. Madres y esposas mandaban dinero a sus varones en Francia, Bélgica, Letonia o Grecia a fin de que ellos comprasen provisiones para llevar o enviar a casa. Raramente volvían los soldados a Alemania sin llevar consigo bolsas y maletas repletas de regalos que habían comprado o robado. Después de que el régimen levantara las restricciones en relación con la cantidad de cosas que podían llevarse o enviar a casa de esta manera, el número de paquetes enviados de Francia a Alemania por medio del correo militar llegó a superar los tres millones al mes. La paga de los soldados se incrementó a finales de 1940 con el propósito explícito de ayudarles a pagar productos extranjeros para sus familias. Aún más importantes fueron las cantidades enormes de objetos, materiales y, sobre todo, comida que el ejército alemán y las autoridades civiles en la Europa oriental ocupada habían requisado y confiscado oficialmente.[32]

El Tercer Reich empezó también a explotar las economías de maneras más sutiles, menos obvias. El tipo de cambio con el franco francés y el franco belga, el florín holandés y otras monedas en la Europa occidental ocupada se fijó en un nivel extremadamente favorable para el Reichsmark alemán. Se ha calculado, por ejemplo, que el poder de compra del Reichsmark en Francia estaba más de un 60 por 100 por encima de lo que hubiera estado si se hubiese permitido que el tipo de cambio encontrase su propio nivel en los mercados en vez de fijarse artificialmente por decreto.[33] Alemania importaba legalmente, cuando no saqueaba, enormes cantidades de bienes de los países conquistados, pero no pagaba por ellos mediante el aumento proporcional de sus propias exportaciones. En vez de ello, a las empresas francesas, holandesas y belgas que exportaran mercancías a Alemania les pagaban sus propios bancos centrales en francos o florines, y las sumas pagadas se hacían constar como deudas del Reichsbank en Berlín. Las deudas, por supuesto, jamás se pagaron, así que a finales de 1944 el Reichsbank debía 8.500 millones de Reichsmarks a los franceses, casi 6.000 millones a los holandeses y 5.000 millones a los belgas y luxemburgueses.[34] En total, los pagos franceses a Alemania se elevaron a casi la mitad de todo el gasto público francés en 1940, 1941 y 1942, y alcanzaron el 60 por 100 en 1943.[35] Se ha calculado que por entonces Alemania estaba utilizando el 40 por 100 de los recursos franceses.[36] En total, los alemanes extrajeron mientras duró la guerra bastante más del 30 por 100 de la producción neta de los países ocupados en el oeste.[37] Los efectos de esas exacciones en las economías internas de los países ocupados fueron significativos. El control alemán de los bancos centrales en los países ocupados condujo al final de las restricciones en la emisión de billetes de banco, de manera que los «costes de la ocupación» se pagaron en buena medida imprimiendo moneda simplemente, abocando a una inflación elevada, agravada por la escasez de bienes para comprar al ser éstos trasladados a Alemania.[38]

Las empresas alemanas podían utilizar el Reichsmark sobrevalorado para hacerse con el control de empresas rivales en Francia, Bélgica y otras partes de Europa occidental. Podía ayudarlas la normativa del gobierno alemán en materia de comercio y distribución de materias primas, que por lo general servía para darles ventaja. Sin embargo, el enorme déficit de

Alemania acumulado con el impago de las deudas a los bancos centrales de los países ocupados hacía obviamente más difícil exportar el capital necesario para comprar empresas en los países conquistados. I. G. Farben, el trust alemán de tintes, logró hacerse con el control de gran parte de la industria química francesa, y las empresas alemanas, sobre todo Reichswerke Hermann Göring, empresa patrocinada por el Estado, no dejaron escapar gran parte de las industrias siderúrgicas en Alsacia y Lorena. El patrocinio estatal de la Reichswerke Hermann Göring le daba a ésta una ventaja obvia frente a las firmas privadas en la adquisición de empresas extranjeras. Muchas de las empresas adquiridas eran controladas por el Estado o de propiedad extranjera; la arianización de las empresas judías también desempeñaba un papel en este apartado, si bien, en términos generales, no había un gran volumen de ellas. No obstante, muchas de las empresas privadas de mayor tamaño eludieron los cambios forzados en la dirección, incluyendo grandes multinacionales holandesas como Philips, Shell y Unilever, o Arbed, el enorme conglomerado del acero. Por supuesto, los ocupantes alemanes supervisaban las actividades de esas empresas de muchas maneras, pero en la mayor parte de los casos no estaban en condiciones de ejercer un control directo o recoger directamente los beneficios financieros.[39]

Ello se debía en buena medida a que en los países ocupados en Europa occidental los gobiernos nacionales conservaban su existencia, por más limitados que pudieran tener sus poderes, y las leyes y los derechos de la propiedad seguían aplicándose como antes. Así pues, desde el punto de vista de Berlín, lo que se precisaba era la cooperación económica, por muy desiguales que fueran los términos en los cuales se basaba, no la dominación total o la expropiación según el modelo aplicado en Polonia. Las autoridades civiles y militares de la ocupación establecieron las condiciones generales, y generaban oportunidades para las empresas alemanas, por ejemplo mediante la arianización (aunque no en Francia, donde las propiedades judías se hallaban bajo el control de las autoridades francesas). Por consiguiente, todo cuanto podían hacer las empresas alemanas para ampliar su influencia y recoger los beneficios de la ocupación era congraciarse con las autoridades ocupantes en el intento por

adelantarse a sus competidoras.[40] La política de cooperación dictada desde Berlín limitaba la libertad de acción de esas empresas. La cooperación no sólo obedecía a la conveniencia —el deseo de obtener la cooperación de Francia y otros países de Europa occidental en la lucha incesante contra Gran Bretaña—, sino también a una visión más ambiciosa: el concepto de un «Nuevo Orden» en Europa, una economía paneuropea a gran escala que movilizaría el continente como un único bloque para competir con las vastas economías de Estados Unidos y el Imperio Británico. El 24 de mayo de 1940, representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores, el Plan Cuatrienal, el Reichsbank, el Ministerio de Economía y otras partes interesadas mantuvieron una reunión para discutir de qué modo se iba a establecer ese Nuevo Orden. No cabía duda de que éste tenía que ser presentado no como un vehículo para el expansionismo alemán, sino como una propuesta para la cooperación europea. Era evidente que la política de Alemania de intentar combatir en la guerra con sus propios recursos no estaba funcionando. Había que aprovechar también los recursos de otros países. Como el propio Hitler le dijo a Todt el 20 de junio de 1940: «El curso de la guerra pone de manifiesto que hemos ido demasiado lejos en nuestros esfuerzos por hacer realidad la autarquía».[41] El Nuevo Orden estaba pensado para reconstruir a escala europea la autarquía, la autosuficiencia.[42]

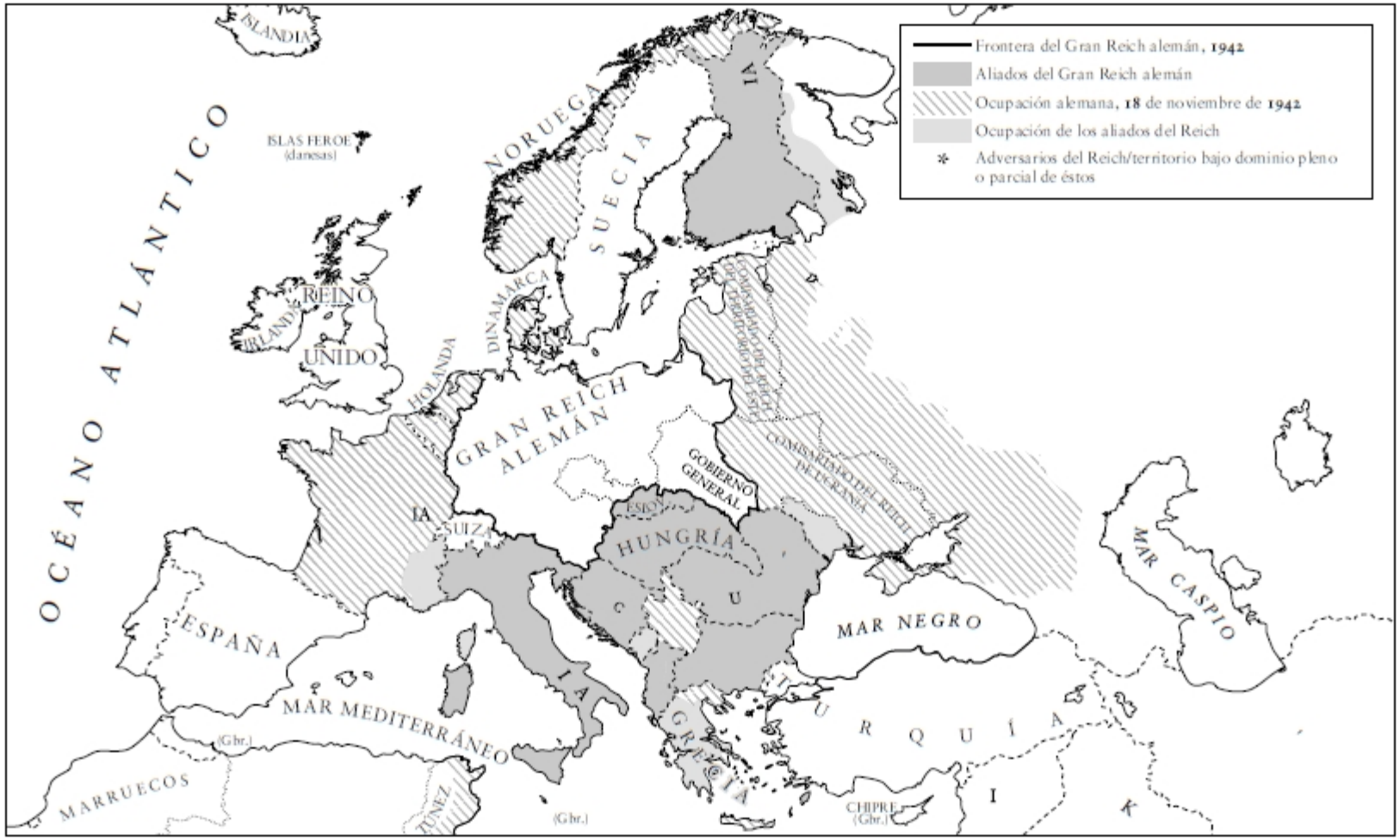
Por tanto, como Hermann Göring, jefe del Plan Cuatrienal, expresó el 17 de agosto de 1940, lo que se requería era una «integración mutua y la vinculación de intereses entre la economía alemana y las de Holanda, Bélgica, Noruega y Dinamarca», así como una intensificación de la cooperación económica con Francia. Empresas como I. G. Farben salieron a la palestra con sus propias sugerencias con respecto a cómo se podían satisfacer sus propias necesidades industriales, como afirmaba una memoria de la empresa del 3 de agosto de 1940, a través de la creación de «una gran esfera económica organizada para ser autosuficiente y planificada en relación con las demás esferas económicas del mundo».[43] También en esto, como un representante del Ministerio de Economía del Reich explicó el 3 de octubre de 1940, era necesaria la circunspección:

> Se puede adoptar la postura de que podemos dictar sin más lo que deba suceder en el terreno económico en Europa, es decir, limitándonos a contemplar los asuntos sólo desde el punto de vista de los intereses alemanes. Éste es el criterio que en ocasiones prevalece en los círculos privados de negocios cuando se abordan las cuestiones de la estructura futura de la economía europea desde el punto de vista del ámbito concreto de actuación de cada cual. Sin embargo, esa forma de ver las cosas sería desacertada porque en el análisis final no estamos solos en Europa y no podemos dirigir una economía con naciones sometidas. No cabe duda de que debemos evitar caer en uno u otro extremo: por un lado, que tengamos que engullirlo todo y despojar a los demás de cuanto posean, y, por el otro, que digamos: nosotros no somos así, no queremos nada.[44]

Llevar ese curso intermedio era más o menos la línea adoptada por los imperialistas económicos visionarios que habían desarrollado un pensamiento sobre una esfera alemana de interés económico —en ocasiones conocida como *Mitteleuropa* «Centroeuropa»— antes de la Primera Guerra Mundial. Tal esfera, pensaban los planificadores de la economía, implicaría la creación de cárteles, inversiones y adquisiciones de ámbito europeo. Podría precisar la intervención gubernamental para abolir las barreras arancelarias y regular las monedas. Pero desde el punto de vista de la industria alemana, el Nuevo Orden debía ser creado sobre todo por la empresa privada. La integración económica europea bajo el estandarte del Nuevo Orden tenía que basarse no en reglamentos estatales y controles gubernamentales, sino en la reestructuración de la economía de mercado europea.[45]

La persecución de semejante objetivo significaba evitar hasta donde fuera posible dar la impresión de que la conquista de los países de Europa occidental no suponía otra cosa que la dominación económica y la explotación de los mismos. Al mismo tiempo, sin embargo, a los planificadores alemanes de la economía no les cabía la menor duda de que el Nuevo Orden se constituiría por encima de todo para servir a los intereses económicos alemanes. Esto implicaba una prestidigitación que en ocasiones podría ser bastante sofisticada. Consciente, por ejemplo, de la mala reputación que había adquirido el concepto de las reparaciones desde 1919, el Tercer Reich no reclamó compensaciones financieras a los países derrotados; cómo hubiera podido hacerlo de todos modos, habida cuenta de que las indemnizaciones que Alemania había tenido que pagar desde 1919 hasta 1932 habían servido para compensar los daños ocasionados a Francia

y Bélgica por la invasión alemana de esos dos países en 1914, y de que en 1940 nadie había invadido Alemania. Así que, en cambio, los alemanes victoriosos impusieron a las naciones derrotadas lo que dio en llamarse «costes de ocupación». Éstos estaban destinados de forma ostensible a pagar por el mantenimiento de las tropas, las bases militares y navales, los aeródromos y los emplazamientos defensivos de los alemanes en los territorios conquistados. De hecho, las sumas extraídas por ese concepto excedían con creces los costes de la ocupación, ascendiendo en el caso de Francia a unos 20 millones de Reichsmarks diarios, lo suficiente, según un cálculo francés, para sostener un ejército de 18 millones de hombres. Hasta finales de 1943, cerca de 25.000 millones de Reichsmarks habían llegado a las arcas de los alemanes por ese concepto. Tan enormes eran las sumas que los alemanes alentaron a los franceses a contribuir a su pago vendiendo acciones y, en no mucho tiempo, el control mayoritario de las empresas vitales de propiedad francesa en la industria rumana del petróleo y en las enormes minas de cobre de Yugoslavia había pasado a empresas dominadas por el partido en Alemania, como la omnipresente Reichswerke Hermann Göring y la «multinacional» acabada de fundar, Kontinental Öl.[46]




12. El Nuevo Orden en Europa, 1942.

## IV

Lo que todo esto reflejaba era el hecho de que desde que comenzaron a llevarse a cabo importantes preparativos para la invasión de la Unión Soviética las ideas en favor de la cooperación económica empezaron a quedar arrinconadas frente a los imperativos de la explotación económica. Algunos, como Speer, se tomaban esas ideas relativamente en serio.[47] Pero en lo que respecta a Hitler, eran poco más que una cortina de humo. El 16 de julio de 1941, por ejemplo, Hitler prestó alguna atención a una afirmación en un periódico de la Francia de Vichy según la cual la guerra contra la Unión Soviética era una guerra europea y, en consecuencia, debería beneficiar a todos los Estados europeos. «Lo que le digamos al mundo sobre los motivos de nuestras actuaciones —manifestó— debería [...] obedecer a razones tácticas».[48] Decir que la invasión era una empresa europea era esa clase de táctica. La realidad era que tendría lugar en interés de Alemania. Esto había estado claro desde hacía tiempo para los líderes nazis. Como Goebbels afirmó el 5 de abril de 1940: «Estamos desarrollando la misma revolución en Europa que la que hicimos a una escala menor en Alemania. Si alguien pregunta —continuó— cómo imaginamos la nueva Europa, tenemos que responder que no lo sabemos. Claro que tenemos algunas ideas al respecto, pero si tuviéramos que expresarlas con palabras no tardarían en crearnos más enemigos».[49] El 26 de octubre de 1940, Goebbels puso de manifiesto con gran crudeza a qué se reducían esas ideas: «Cuando esta guerra acabe, queremos ser dueños de Europa».[50]

En 1941, por consiguiente, los alemanes explotaban hasta el límite a los países conquistados de Europa occidental. La mayor parte de ellos contaba con sectores industriales avanzados que se pretendía que contribuyeran al esfuerzo bélico alemán. Sin embargo, pronto estuvo claro que la contribución francesa estaba quedando muy por debajo de lo que esperaban los responsables económicos y militares alemanes. Los intentos de lograr que las fábricas francesas produjeran 3.000 aviones para el esfuerzo bélico alemán se paralizaron una y otra vez antes de que se firmara un acuerdo el 12 de febrero de 1941. Incluso después del mismo, la producción se ralentizó debido a la escasez de aluminio y a las dificultades

en la obtención de carbón para proporcionar energía. Hasta el final del año, las fábricas en Francia y Holanda sólo entregaron 78 aviones, mientras que en el mismo período los británicos habían adquirido más de 5.000 aviones a EE.UU. El siguiente año las cosas mejoraron algo, con la entrega a la fuerza aérea alemana de 753 aviones; pero ello constituía únicamente una décima parte de la cantidad que los británicos obtuvieron de los americanos. Una moral baja, la mala salud y la desnutrición de los trabajadores, y probablemente también una renuencia ideológica considerable aseguraron que en Francia la productividad de la mano de obra fuese sólo una cuarta parte de la que había en Alemania. En total, los territorios occidentales ocupados pudieron fabricar tan sólo poco más de 2.600 aeroplanos para uso militar alemán a lo largo de toda la guerra.[51]

Incluso con la aportación de los recursos naturales sustanciales de las áreas conquistadas de Europa occidental, la economía del Tercer Reich siguió adoleciendo de falta de combustible durante la guerra. Especialmente grave era la falta de petróleo. Los intentos por dar con un sustitutivo se revelaron infructuosos. La producción de combustible sintético sólo subió a 6,5 millones de toneladas en 1943 tras los 4 millones producidos en los cuatro años anteriores. Las economías ocupadas de Europa occidental en 1940 eran grandes consumidoras de petróleo importado, del cual no producían ni una gota, y por ello no hicieron más que sumarse a los problemas de Alemania en materia de combustible cuando quedaron bruscamente aisladas de sus antiguas fuentes de suministro. Rumanía suministraba anualmente 1,5 millones de toneladas de petróleo, y Hungría un volumen sólo ligeramente inferior, pero esto no era en modo alguno suficiente. Las reservas de combustible francesas y de otros países estaban en manos de las fuerzas ocupantes, reduciendo el abastecimiento de petróleo en Francia a tan sólo el 8 por 100 de los niveles anteriores a la guerra. El aliado italiano de Alemania consumía más cantidades de petróleo alemán y rumano, puesto que también Italia quedó aislada de otras fuentes de suministro. Las reservas petrolíferas alemanas jamás superaron los 2 millones de toneladas durante toda la guerra. En cambio, el Imperio Británico y EE.UU. proporcionaron a Gran Bretaña más de 10 millones de

toneladas de importaciones de petróleo en 1942, y el doble en 1944. Los alemanes no consiguieron hacerse con otras fuentes petrolíferas en el Cáucaso y Oriente Medio.[52]

El carbón, que todavía procuraba el combustible esencial para la generación de electricidad de uso industrial y doméstico, estaba presente en Europa occidental y en Centroeuropa en enormes cantidades, pero la producción en los países ocupados se desplomó a medida que fue decayendo el ritmo de trabajo de los obreros. Algunos incluso se declararon en huelga en protesta contra unas raciones de comida insoportablemente bajas y el empeoramiento de las condiciones. En 1943 y 1944, alrededor del 30 por 100 del carbón empleado en Alemania procedía de las áreas ocupadas, en particular de la Alta Silesia, pero se podría haber obtenido más, en especial de las vetas ricas en carbón del norte de Francia y Bélgica. El bloqueo británico interrumpió las importaciones de grano, fertilizantes y forraje del exterior, mientras que las confiscaciones alemanas de esos materiales en las granjas de Francia, Holanda y Bélgica, junto con el reclutamiento de los trabajadores del campo para los programas de trabajos forzados en Alemania, tuvieron un efecto nefasto para la agricultura. Los granjeros tenían que sacrificar cerdos, pollos y otros animales en cantidades ingentes porque no había nada con que alimentarlos. La cosecha de grano en Francia cayó más de la mitad en los dos años transcurridos entre 1938 y 1940. Los ocupantes alemanes introdujeron el racionamiento de los alimentos. Durante 1941, las raciones oficiales en Noruega se redujeron hasta 1.600 calorías diarias, y en Francia y Bélgica lo hicieron hasta no superar las 1.300. Esto no era suficiente para alimentar a una persona, y, como en la Europa oriental ocupada, surgió enseguida un mercado negro a medida que la gente empezaba a infringir la ley para sobrevivir.[53] Todo esto comportaba que la suma de las economías de Europa occidental estuviera muy por debajo de las expectativas para reforzar el esfuerzo bélico alemán. No sólo decayó la productividad en las minas de carbón, sino que la confiscación del material rodante y las locomotoras de Francia, Bélgica y Holanda creó serios problemas en el transporte de los suministros de carbón, dificultando la producción industrial. A medida que caían los suministros de carbón, las acerías, desprovistas del coque esencial para la

fundición, empezaron también a verse en dificultades. La economía alemana no sólo era incapaz de sacar un gran provecho de la adquisición de minas de carbón en Francia y Bélgica, sino que las condiciones en las minas alemanas empezaron a deteriorarse también. Tampoco era una ayuda el reclutamiento de muchos obreros experimentados por las fuerzas armadas, y los intentos de inducir a que los hombres bajasen a las minas gracias a salarios más altos quedaban contrarrestados por unos horarios que ya eran largos, incluyendo el trabajo los domingos, las condiciones peligrosas y, por encima de todo, la pobreza de las raciones de comida con que los mineros debían subsistir.[54] En conjunto, la economía de guerra alemana ganó por tanto mucho menos de lo esperado con la conquista de otros países europeos.

Todo ello reflejaba, en definitiva, la primacía de la explotación implacable dictada por el Estado. Algunos economistas, como Otto Bräutigam, un alto funcionario en el Ministerio de Rosenberg para los Territorios Orientales, consideraban que Alemania podía haber sacado mucho más de las economías de los países que había conquistado, sobre todo en Europa oriental, si la cúpula dirigente alemana se hubiera guiado por las ideas que abogaban por un Nuevo Orden económico de colaboración en Europa en lugar hacerlo por las políticas de dominación, opresión y asesinatos en masa con arreglo a criterios raciales.[55] Algunos empresarios y capitalistas tal vez pensaran de manera similar, pero en general consideraban las políticas del régimen hacia los pueblos a los que sometía como un hecho consumado, y trataban de obtener cuanto pudieran sacar de las mismas. Se trataba, en palabras del politólogo exiliado Franz Neumann durante la guerra, de una *economía de dominación*, una economía capitalista de mercado cada vez más sujeta a la dirección y el control desde arriba.[56] ¿Simplemente se trataba de eso? ¿Estaba la economía nazi alejándose totalmente del capitalismo de libre empresa? No hay duda de que, en el transcurso de la guerra, el régimen intervino entrometiéndose cada vez más en la economía, hasta un punto que representaba mucho más que limitarse a encauzarla en determinadas direcciones o forzarla a funcionar dentro del contexto político de una guerra global. Los controles de precios y de cambio, la regulación del reparto de la mano de obra y las

materias primas, la fijación de un tope para los dividendos, la racionalización impuesta, el establecimiento y modificación de los objetivos de producción y muchos otros factores constituían una deformación drástica del mercado. El aumento enorme y precipitado del gasto del Estado en armamento distorsionó el mercado al detraer los recursos destinados a la producción de bienes de consumo y reorientarlos a las industrias relacionadas con las armas y a la industria pesada. La industria pasó así a servir cada vez más a los propósitos y los intereses de un régimen político movido por la ideología.[57]

Además, con el paso del tiempo, los intereses del Estado y los del partido se iban adueñando de una cuota cada vez mayor de la economía. Por ejemplo, casi toda la industria de diarios y revistas se encontraba ya en manos de los nazis antes de la guerra, y gran parte de la propiedad de otros medios de comunicación, incluyendo los estudios de cine y las editoriales, recaía igualmente en las ramas de la organización del Partido Nazi. En algunas regiones, Turingia entre ellas, los jefes del partido en la región habían podido hacerse con las industrias fundamentales. Después de 1939, organismos del Estado o el partido pudieron hacerse con el control de las empresas de propietarios extranjeros cuyos países estuvieran en guerra con Alemania, y la arianización de las firmas en los países ocupados procuró aún más oportunidades. En este sentido, la Reichswerke Hermann Göring, bajo dirección estatal, extendió sus tentáculos todavía más. La Oficina Central de Economía y Administración de las SS, dirigida por Oswald Pohl, creció rápidamente hasta convertirse en una red compleja de negocios que se ocupaban de una variedad asombrosa de ámbitos. El *holding* creado por Pohl en 1940, el llamado Deutscher Wirtschaftsbetrieb (Empresa Económica Alemana), poseía o tenía en usufructo y controlaba de forma efectiva empresas de construcción de viviendas, muebles, cerámica y cemento, una cantera, fábricas de municiones, carpinterías, talleres textiles, editoriales de libros y muchas otras cosas. A menudo reflejaban los propios intereses personales de Himmler, en ocasiones un tanto excéntricos. Así, por ejemplo, a Himmler le interesaba reducir el consumo de alcohol en Alemania, y en particular en las SS, de manera que dispuso que la empresa de agua mineral Apollinaris, en Bad Neuenahr, de propiedad británica antes

de la guerra, fuese entregada en usufructo por sus consejeros al *holding* de las SS, retribuyéndola con un contrato importante para suministrar agua mineral a las SS. El director existente no podía ser destituido, pero le obligaban a trabajar con un subdirector designado por las SS que daba a éstas una gran capacidad de control. A consecuencia de tales cambios, el imperio económico de las SS se amplió con gran rapidez.[58] No obstante, las SS no contaban simultáneamente con una concepción general clara de cuál había de ser su papel. Crecían por simple adición, de forma desordenada, como sugiere el ejemplo de la empresa de agua mineral Apollinaris. Ni era una meta significativa de las SS hacerse con el control de la economía alemana; siempre se antepusieron la seguridad y la política racial.[59] En los últimos dos años de la guerra, de hecho, estos últimos objetivos arrinconaron las ambiciones económicas de las SS.[60]

Sin embargo, por sorprendentes que fueran esos cambios, no alteraban demasiado el hecho de que Alemania seguía siendo una economía capitalista, dominada por la empresa privada. La reglamentación era extensa y molesta, pero la aplicaban muchas instituciones y organizaciones diferentes que a menudo rivalizaban entre sí.[61] Los patrones industriales y los ejecutivos de las empresas se las arreglaban para preservar cuanto menos cierto margen de maniobra, pero eran sumamente conscientes de que durante la guerra tanto su autonomía como el funcionamiento de una economía de libre mercado eran cada vez más limitados, y les preocupaba enormemente que el régimen se transformara en una economía enteramente «socialista» dirigida por el Estado; Joseph Goebbels, generalmente considerado como un «socialista», era un hombre del saco particular en este aspecto, pero los imperios económicos en aumento de las SS y la Reichswerke Hermann Göring, entre otros, eran también un motivo de inquietud. Esas preocupaciones condujeron a que muchos empresarios e industriales cooperasen con el régimen sin escatimar esfuerzos con el fin de impedir, como se temían, injerencias incluso más drásticas en su facultad para tomar decisiones.[62]

De manera que los directores, los ejecutivos y los presidentes de empresas estaban más que dispuestos a aprovecharse de los muchos incentivos que el Estado podía ofrecer, muy especialmente, por supuesto, la

provisión de lucrativos contratos de armas. Las empresas alemanas también se beneficiaron de las actividades de las SS. El Dresdner Bank, por ejemplo, concedió créditos a las SS y altos ejecutivos del banco obtuvieron como recompensa su integración como dirigentes en la organización. Los servicios del banco a las SS incluían la provisión de préstamos para obras en Sachsenhausen y financiación para la construcción del Crematorio II en Auschwitz.[63] Huta, la pequeña empresa que construía las camionetas de gas que se emplearon para matar a los judíos en Chelmno y otros lugares, la empresa de ingeniería Topf e Hijos, que fabricó las cámaras de gas en Auschwitz, y muchas otras empresas no podían sino alegrarse de beneficiarse del negocio de la muerte. Algunas empresas, como la que suministraba el Zyklon-B a Auschwitz, tal vez pudieran no ser conscientes del uso que se daba a sus productos, pero en la mayoría de casos era más que obvio. Las que procesaban el oro extraído de los empastes de los cadáveres de los judíos asesinados en Auschwitz y otros campos de la muerte no pudieron albergar muchas dudas sobre su procedencia. Después de recogerlos en los campos, los empastes se enviaban a una refinería perteneciente a Degussa, empresa radicada en Frankfurt, líder en Alemania en lo relativo al procesamiento de metales preciosos. El oro se fundía y se transformaba en lingotes, junto con otros materiales de oro, joyería y objetos similares, que les habían arrebatado a los judíos y a otras personas en las áreas conquistadas de Europa. En total, se ha estimado que del robo de que los judíos fueron objeto entre 1939 y 1945 Degussa ganó alrededor de 2 millones de Reichsmarks; el 95 por 100 del oro llegado a la firma entre 1940 y 1944 procedía de los saqueos.[64] Degussa consiguió esos beneficios por medio de la venta del oro a través del Reichsbank a instituciones financieras como el Deutsche Bank.[65] El origen de gran parte de ese oro estuvo bastante claro para quienes lo procesaban en la planta de la fábrica. Los empastes llegaban a la factoría de Degussa para su procesamiento, como recordó un trabajador mucho después de la guerra, en unas condiciones que no dejaban la menor duda acerca de su procedencia: «Las coronas y los puentes, los había con los dientes todavía sujetos [...] Eso era lo más deprimente, el hecho de que aún estaba todo allí. Probablemente

igual que cuando se había extraído de una boca. Los dientes aún seguían allí, y en ocasiones todavía manchados de sangre y con restos de encía adheridos».[66]

# «A LOS CERDOS NO LOS TRATAN PEOR»

## I

El éxito de Speer al impulsar la economía de guerra a una producción mayor, si bien a la postre iba a resultar inútil, se apoyó en buena medida en el uso efectivo de la mano de obra. La cantidad de trabajadores de la industria encargados de la manufactura de armas había crecido hasta un 159 por 100 desde 1939 a 1941, y cuando Speer asumió el cargo quedaba poco margen para proseguir con el crecimiento en ese ámbito. Speer alentó un uso más eficiente de la mano de obra, no sólo por medio del incremento del volumen del trabajo por turnos, sino también a través de la racionalización general de la producción, reduciendo a la mitad la cantidad de horas/hombre necesarias para hacer un carro de combate Panzer III, por ejemplo. El número de aviones de combate fabricados en factorías alemanas se cuadruplicó entre 1941 y 1944, e incluso si la elección de las fechas tope para las estadísticas maximizaba el incremento, el aumento en la producción seguía siendo bastante real. No obstante, esto se logró con una cantidad de trabajadores en las fábricas de aviones que en 1944 no era mucho mayor de lo que había sido en los tres años anteriores, de 390.000 en vez de 360.000.[67]

Al mismo tiempo, se destinaba mano de obra nueva a las industrias de armamento, incrementando sensiblemente el tamaño en unas cuantas áreas cruciales. En 1942, la cifra de trabajadores encargados de fabricar carros de combate se incrementó en cerca de un 60 por 100. Un aumento del 90 por 100 en la cifra de empleados en las fábricas de locomotoras el mismo año ayudó a elevar la producción de menos de 2.000 en 1941 a más de 5.000 dos años después. El aumento crucial se produjo en la fabricación de municiones, para la cual se empleó a 450.000 trabajadores durante el otoño

de 1943, frente a 160.000 en las factorías de carros de combate y 210.000 en la manufactura de armas. También en este ámbito hubo incrementos importantes, si bien no se habían debido a Speer, sino a un programa anunciado el 10 de enero de 1942 bajo la dirección de Todt.[68] La tarea de reclutar a esos nuevos trabajadores recayó en el hombre a quien Hitler nombró como plenipotenciario general para el empleo de mano de obra con la creación de ese nuevo cargo el 21 de marzo de 1942: Fritz Sauckel. Sauckel tenía una personalidad muy diferente a la de un afable profesional burgués cultivado como Speer. Nacido el 27 de octubre de 1894, hijo de un empleado de una oficina de correos, Sauckel creció con pocos medios en Franconia, dejó la escuela a los quince años y, tras ejercer como grumete en un carguero, se pasó la Primera Guerra Mundial en un campo de prisioneros después de que un buque de guerra francés hundiera su barco al poco de iniciarse las hostilidades. De regreso en Alemania en 1919, trabajó como tornero en una fábrica de rodamientos antes de iniciar estudios de ingeniería. En aquel entonces, por tanto, se trataba de un don nadie, tanto en lo que respecta a sus orígenes como a su estilo de vida. A diferencia de algunos de los otros nazis más destacados, Sauckel parece haber tenido un matrimonio feliz, durante el cual tuvo no menos de diez hijos. En 1923 oyó hablar a Hitler, y su mensaje apelando a la necesidad de la unidad nacional lo convenció totalmente para abrazar la causa. Sauckel mantuvo su lealtad hacia Hitler después del fallido *putsch* de la cervecería aquel mismo año, y Hitler lo recompensó nombrándolo líder del partido en la región de Turingia en 1927. Elegido en 1929 para entrar en la asamblea legislativa de esa región, Sauckel ocupó el cargo de jefe de gobierno de Turingia cuando el Partido Nazi se convirtió en el más poderoso tras las elecciones de 1932.[69]

Durante la década de 1930, Sauckel no sólo condujo la arianización de uno de los fabricantes de armas más grandes en Turingia, sino que además se aseguró de que su control pasara a manos de un *holding* de su propiedad, la Wilhelm Gustloff Stiftung [Fundación Wilhelm Gustloff]. A pesar de sus orígenes, Sauckel no era un extraño en el mundo de los negocios y la industria. Su experiencia iba a resultarle muy útil en 1942. El populismo plebeyo de Sauckel encontró su momento de gloria al estallar la guerra, cuando, después de que Hitler hubiese rechazado su petición de que le

permitiera servir en las fuerzas armadas, se embarcó a escondidas en un submarino como polizón, siendo descubierto cuando el submarino ya había zarpado. Dada la importancia de Sauckel, el jefe de la flota de submarinos, el almirante Karl Dönitz, hizo regresar a puerto la nave, pero el suceso no dañó la reputación de Sauckel. Aliado estrecho de Martin Bormann, Sauckel parecía poseer tanto para Bormann como, de hecho, para Hitler la energía y el carácter implacable necesarios para solucionar el problema de la mano de obra en 1942. Sus antecedentes como nazi montaraz garantizaban al partido que él no iba a tener miramientos con los eslavos «infrahumanos», ni siquiera si era vital la mano de obra eslava para el esfuerzo bélico alemán. El nuevo cargo dependía directamente de Hitler, lo que daba a Sauckel, como a Speer, una importancia enorme. Él se valió de ello, al menos al comienzo, para trabajar estrechamente con Speer sobre todo en la organización del reclutamiento de los trabajadores extranjeros, si bien las tensiones entre los dos hombres eran palpables, y más tarde protagonizarían una lucha sin cuartel por el poder. Otras instituciones que habían desempeñado un papel en la movilización de la mano de obra, incluyendo el Ministerio de Trabajo del Reich, el Plan Cuatrienal y el Frente Alemán de Trabajo, quedaron efectivamente apartadas. Por otra parte, el elemento coercitivo necesario para llevar a la práctica la movilización requería inevitablemente los servicios de la Oficina Central de Seguridad del Reich, cuyo jefe, Heinrich Himmler, se erigió así en un tercer actor importante en este asunto junto a Sauckel y Speer.[70]

En Alemania había ya una gran cantidad de trabajadores extranjeros —de los cuales más de un millón eran polacos— cuando Sauckel asumió su cargo de nueva creación. Como Himmler y Göring consideraban a los polacos inferiores con arreglo a criterios raciales y también de cualquier otro tipo, se los veía capaces tan sólo de trabajar en tareas simples, no especializadas, de la agricultura, donde de hecho eran muy necesarios debido al reclutamiento de los trabajadores alemanes para el ejército y la emigración duradera de los trabajadores del campo a las ciudades.[71] De los 1,2 millones de prisioneros de guerra y civiles extranjeros que trabajaban en Alemania en mayo de 1940, el 60 por 100 lo hacía en la agricultura. Los 700.000 polacos que se encontraban entre ellos se dedicaban casi

exclusivamente a las labores en el campo, aunque unos pocos se empleaban en la construcción de carreteras. Los intentos por reclutarlos para las minas no habían tenido un gran éxito; los trabajadores polacos carecían de experiencia, la salud de muchos era precaria, estaban desnutridos o no eran aptos para el trabajo físico duro que se requería de los mineros del carbón, y su productividad era baja.[72] Sin embargo, mientras los trabajadores polacos habían sido reclutados en una proporción abrumadora para la agricultura, a mediados de la década de 1940 era en la industria de las armas donde se necesitaban muchos más trabajadores; el déficit según algunos inspectores de armamento se elevaba a un millón. Los prisioneros de guerra franceses y británicos capturados en gran número durante la campaña occidental de mayo y junio de 1940 parecían los más apropiados. Hasta primeros de julio de 1940 ya se había enviado a trabajar en Alemania a unos 200.000 de ellos; la cifra se incrementó a 600.000 hasta agosto de 1940 y a 1.200.000 hasta octubre de 1940.[73]

Sin embargo, los intentos por identificar a los trabajadores cualificados para desplegarlos en la industria de las armas no tuvieron mucho éxito. En diciembre de 1940 más de la mitad de los prisioneros se dedicaban, como los polacos, a la agricultura. El déficit había de ser completado recurriendo a voluntarios civiles. A éstos los reclutaban de los países occidentales ocupados y de los países aliados de Alemania, y teóricamente al menos se suponía que tenían los mismos salarios y las mismas condiciones que los trabajadores alemanes. En octubre de 1941 había 300.000 trabajadores civiles en Alemania procedentes de los países occidentales, 270.000 de Italia, 80.000 de Eslovaquia y 35.000 de Hungría. Los italianos no tardaron en hacerse impopulares con sus quejas de la comida alemana y con un comportamiento ruidoso por las noches, mientras que los privilegios que tenían establecidos provocaban el rencor entre los alemanes autóctonos. Y tampoco los trabajadores foráneos estuvieron a la altura de lo esperado por sus empleadores. En su mayor parte, como lamentaba el Servicio de Seguridad de las SS, ponían poco empeño en su trabajo. La razón era obvia: sus salarios se mantenían muy por debajo de los de sus homólogos alemanes, y no estaban vinculados a los resultados.[74]

Sin embargo, la invasión de la Unión Soviética introdujo una dimensión totalmente nueva en el despliegue de la mano de obra extranjera. Hitler, Göring y los responsables económicos del Reich empezaron, como hemos visto, considerando prescindible a la población de los territorios conquistados en la operación Barbarroja. La victoria sería rápida, de manera que la mano de obra no iba a ser necesaria. En octubre de 1941, sin embargo, ya estaba claro que la victoria no se produciría ese año, y los industriales en Alemania estaban comenzando a presionar al régimen para utilizar a los prisioneros de guerra del Ejército Rojo, por ejemplo en las minas, donde la escasez de personal había provocado una caída de la producción. El 31 de octubre de 1941, Hitler ordenó el reclutamiento de los prisioneros de guerra rusos para trabajar en la economía de guerra. Utilizarlos como trabajadores no cualificados permitía reubicar a los trabajadores cualificados alemanes allí donde fueran más necesarios.[75] No obstante eran tantos los prisioneros de guerra soviéticos que para entonces habían muerto, y la condición del resto era tan precaria, que sólo el 5 por 100 de los 3.350.000 soldados del Ejército Rojo capturados hasta finales de marzo de 1942 se empleó realmente para trabajar.[76] Así pues, el reclutamiento de civiles se hizo incluso más apremiante.

Utilizando una mezcla de propaganda e incentivos por un lado, y de coerción y terror por el otro, las autoridades civiles y militares alemanas en los territorios orientales ocupados lanzaron una campaña masiva para reclutar a trabajadores civiles ya antes de que Sauckel asumiera el cargo. Las comisiones armadas de reclutamiento recorrían la campiña arrestando y encarcelando a hombres y mujeres jóvenes y saludables o, en caso de que se hubiesen ocultado, maltrataban a sus padres y demás familiares hasta que se entregaran. A finales de noviembre de 1942, el propio Sauckel afirmó haber reclutado a más de un millón y medio de trabajadores extranjeros desde su nombramiento, elevando el total hasta cerca de 5,75 millones. A muchos de ellos, especialmente a los procedentes del oeste, les hicieron contratos de seis meses, y a una parte de ellos los dejaron marchar por no reunir condiciones, de manera que el número real de trabajadores extranjeros (incluyendo a los prisioneros de guerra) empleados en Alemania en noviembre de 1942 era en realidad no mayor de 4.665.000. Era un logro

importante a juicio de Sauckel.[77] Pero no era suficiente. En 1942 la guerra en el este se había vuelto precisamente el tipo de guerra de desgaste que Hitler había tratado de evitar. Desde junio de 1941 a mayo de 1944, las fuerzas armadas alemanas estuvieron perdiendo cada mes a 60.000 hombres como promedio que perdían la vida en el frente oriental. Además, quedaron fuera de combate otros cientos de miles más por haber sido capturados o heridos, o por haber caído enfermos.[78] Reemplazarlos no era nada fácil. En 1942 se consiguió cerca de un millón más de nuevos reclutados bajando la edad de reclutamiento; a otros 200.000 hombres los reclutaron de empleos en la industria de las armas por cuya labor antes se consideraban exentos; elevar la edad de reclutamiento para incluir a las personas de mediana edad había sido también necesario para incorporar a muchas de ellas. Sin embargo, esas medidas agravaron a su vez la escasez existente de mano de obra en la industria de las armas y en la agricultura.[79]

Cuantos más soldados morían en el frente oriental, el ejército reclutaba a más grupos nuevos de trabajadores alemanes de las industrias de las armas antes protegidos, y más necesitaban esas industrias sustituir a los empleados que se marchaban con nuevas cohortes de trabajadores extranjeros. El régimen, que no estaba dispuesto a suscitar las iras de la opinión popular en Alemania mejorando los salarios y las condiciones de los trabajadores extranjeros, siguió intensificando la coacción incluso en el oeste. El 6 de junio de 1942, Hitler acordó con Pierre Laval, el primer ministro francés de Vichy, dejar en libertad a 50.000 prisioneros de guerra franceses a cambio de enviar a 150.000 trabajadores civiles a Alemania, en un programa que posteriormente iba a ampliarse mucho más. A principios de 1942, Sauckel pidió que un tercio de todos los trabajadores franceses de la metalurgia, que ascendían a unos 150.000 obreros cualificados, se recolocaran en Alemania junto con otros 250.000 trabajadores de todo tipo. En diciembre de 1943 había más de 666.000 trabajadores franceses empleados en Alemania, junto con 223.000 belgas y 274.000 holandeses. Cuanta mayor determinación empleaban las comisiones ambulantes de Sauckel en la detención de los operarios de las factorías francesas, mayor dificultad había para que esas fábricas mantuvieran la fabricación de municiones y materiales destinados al esfuerzo bélico alemán. Aumentar la

coacción provocaba una resistencia mayor, igual que había ocurrido antes en Polonia.[80] Sauckel creía tener muchas más oportunidades en el este que en el oeste para el reclutamiento forzado. A medida que la situación militar en el frente oriental empeoraba, el ejército, las autoridades de la ocupación y las SS empezaron a perder todo escrúpulo que aún conservaran en lo tocante al reclutamiento de las poblaciones autóctonas como mano de obra. Hablando en Posen en octubre de 1943, Heinrich Himmler afirmó: «Que 10.000 mujeres rusas se desplomen por agotamiento en la construcción de una zanja antitanques para Alemania es algo que sólo me interesa en tanto en cuanto la zanja quede excavada al servicio de Alemania».[81] Las SS prendían fuego a aldeas enteras si los hombres jóvenes escapaban del reclutamiento como mano de obra, apresaban a los trabajadores potenciales por las calles y tomaban rehenes hasta que se presentaran suficientes candidatos para el reclutamiento; medidas todas que contribuían a alimentar el reclutamiento en las filas partisanas. Entretanto, las autoridades militares en el este concibieron un plan («operación heno») para apoderarse de hasta 50.000 niños con edades comprendidas entre los diez y los catorce años con objeto de utilizarlos en trabajos de fabricación para la fuerza aérea alemana, o bien deportarlos a Alemania para hacerlos trabajar en las fábricas de armas. Con esa clase de métodos el número de trabajadores extranjeros procedentes de las áreas ocupadas de la Unión Soviética empleados en Alemania se elevó a más de 2,8 millones en el otoño de 1944, incluyendo a 600.000 prisioneros de guerra. Por entonces, había en conjunto cerca de 8 millones de trabajadores extranjeros en el Reich. El 46 por 100 de los trabajadores en la agricultura eran ciudadanos extranjeros, al igual que el 33 por 100 de los empleados en las minas, el 30 por 100 en la industria metalúrgica, el 32 por 100 en la construcción, el 28 por 100 en la industria química y el 26 por 100 en el transporte. En el último año de la guerra, más de una cuarta parte de la fuerza de trabajo en Alemania se componía de ciudadanos de otros países.[82]

## II

La afluencia masiva de mano de obra extranjera cambió el rostro de las ciudades pequeñas y grandes de Alemania desde la primavera de 1942. En toda Alemania se levantaron campos y albergues para alojar a esos trabajadores. Sólo en Múnich, por ejemplo, había 120 campos para prisioneros de guerra y 286 campos y albergues para trabajadores extranjeros civiles. De esta manera, se pusieron a disposición de los trabajadores extranjeros 80.000 camas. Algunas empresas empleaban cantidades muy numerosas de ellos: hacia finales de 1944, el fabricante de vehículos de automoción BMW tenía alojados a 16.600 trabajadores extranjeros en once centros especiales.[83] La factoría Daimler-Benz en Untertürkheim, cerca de Stuttgart, que fabricaba motores de avión y otros productos para la guerra, contó con una plantilla de hasta 15.000 personas durante la guerra. Aparte de la sección de investigación y desarrollo de la empresa, la proporción de trabajadores extranjeros se incrementó desde prácticamente cero en 1939 hasta más de la mitad en 1943. Los alojaron en setenta centros diferentes, incluyendo barracones improvisados levantados en una vieja sala de variedades y lo que había sido una escuela.[84] En la acería Krupp, en Essen, que en septiembre de 1942 había perdido a más de la mitad de sus trabajadores alemanes varones, incorporados a las fuerzas armadas, mientras que al mismo tiempo había tenido que doblar la producción desde 1937 para satisfacer el fuerte aumento de los pedidos militares, cerca del 40 por 100 de la plantilla estaba compuesta por extranjeros a comienzos de 1943. Se encontraban allí porque la empresa había presentado numerosas solicitudes ante las autoridades gubernamentales competentes (en la época más reciente, la oficina de Sauckel), y porque la misma empresa había emprendido una ofensiva para reclutar obreros cualificados en Europa occidental. La dirección de Krupp movió los hilos en la administración de la ocupación alemana en Francia para asegurarse una asignación de cerca de 8.000 trabajadores, muchos de ellos altamente cualificados, en el otoño de 1942. La oficina de Sauckel empezó incluso a sospechar que la empresa prefería operarios extranjeros cualificados a alemanes menos preparados y experimentados. En la población de Essen, donde estaba radicada la empresa Krupp, los trabajadores extranjeros vivían en alojamientos privados, o —si se trataba

de prisioneros de guerra o reclutados del este— en campos construidos *ex profeso* y especialmente vigilados. Los campos para trabajadores soviéticos estaban especialmente mal construidos, con unos servicios sanitarios deficientes y falta de ropa de cama y otros materiales. Un extenso número de los civiles tenía menos de dieciocho años. La dieta que les asignaban era claramente peor que la que se procuraba a los de otras nacionalidades. Un capataz de la planta de fabricación de vehículos de Krupp, que también era sargento de las SS y por tanto no era probable que se compadeciese de los trabajadores soviéticos, se quejó de que le pedían que sacara un rendimiento laboral decente a unos hombres cuya ración diaria no era «más que agua en la que flotaban un par de nabos, igual que agua de fregar». Otro gerente de Krupp señaló: «Esa gente está muriéndose de hambre y no está de ningún modo en condiciones de hacer el trabajo duro en la fabricación de calderas para el que nos los asignaron».[85]

La corrupción era abundante en los campos de los trabajadores extranjeros; comandantes y oficiales desviaban las provisiones y las vendían en el mercado negro, o prestaban a cambio de licores o alimentos a trabajadores cualificados poniéndolos al servicio de artesanos locales. Menudeaba el trapicheo con los permisos de salida, a menudo falsificados por presos con buena formación que trabajaban en la administración del campo. En un campo, un intérprete germano-polaco creó una extensa banda dedicada a la prostitución utilizando a mujeres jóvenes recluidas en él y sobornando a los guardias alemanes para que hiciesen la vista gorda con el robo de los alimentos en las cocinas del campo. Las relaciones sexuales eran moneda corriente entre los oficiales alemanes del campo y las mujeres recluidas; a menudo eran objeto de coacción, y la violación no era algo infrecuente. A finales de 1943 había 60 burdeles abiertos para cubrir las necesidades sexuales de los trabajadores extranjeros, empleando a 600 prostitutas, todas ellas (al menos según el Servicio de Seguridad de las SS) voluntarias procedentes de París, Polonia o el Protectorado checo, y todas ellas ganando una suma de dinero nada desdeñable por ofrecer sus servicios sexuales a los trabajadores. Si su labor resultaba tan lucrativa como suponían las SS es algo cuestionable. Así, en un burdel que atendía un campo en Oldenburg entre seis y ocho mujeres alcanzaron un total de

14.161 visitas de clientes en el transcurso de 1943, ganando 200 Reichsmarks semanales, de los que 110 se deducían para los gastos de cada día.[86] Si esas medidas se habían pensado para impedir las relaciones amorosas entre los trabajadores extranjeros y las ciudadanas alemanas, fracasaron. El contacto social entre los alemanes y los trabajadores extranjeros occidentales no estaba prohibido a no ser que estos últimos fuesen prisioneros de guerra, y hubo inevitablemente muchos contactos sexuales, tantos, de hecho, que el Servicio de Seguridad de las SS calculó que, a consecuencia de los mismos, 20.000 hijos ilegítimos nacieron de mujeres alemanas, de manera que el «peligro de contaminación extranjera de la sangre del pueblo alemán no hacía más que aumentar».[87]

La situación de los trabajadores polacos en el Reich era especialmente mala. Según informaron en febrero de 1940 los observadores secretos de los socialdemócratas alemanes en el exilio, los habitantes de las aldeas estaban prestando ayuda en el campo a los trabajadores polacos de todas las maneras posibles. Sobre todo en los territorios situados en el este, los alemanes llevaban muchas décadas acostumbrados a dar empleo a los polacos como temporeros. Esa confraternización disgustaba profundamente al régimen, y reaccionó con propaganda en la que se detallaban las atrocidades supuestamente cometidas por los polacos y se presentaban pruebas de su presunta inferioridad racial y de la amenaza que esto representaba supuestamente.[88] Basándose en cómo había sido la relación con los trabajadores checos reclutados por el Reich después de marzo de 1939,[89] el régimen nazi, tras las discusiones mantenidas entre Hitler, Himmler y Göring, promulgó una serie de decretos el 8 de marzo de 1940 para asegurarse de que la inferioridad racial de los polacos quedara claramente reconocida en Alemania. A los trabajadores polacos en Alemania les entregaban folletos con la advertencia de que se arriesgaban a que los enviaran a un campo de concentración si se mostraban holgazanes en el trabajo o atentaban contra la labor industrial. Recibían salarios más bajos que sus equivalentes alemanes por hacer el mismo trabajo, estaban sometidos a una fiscalidad especial y no tenían pluses ni paga por enfermedad. Los trabajadores polacos tenían que llevar un distintivo señalándolos como tales; un precursor de la «estrella judía» introducida el

año siguiente. Se tenían que alojar en barracones separados y mantenerse al margen de las instituciones culturales alemanas y los lugares de diversión, como bares, tabernas y restaurantes. No tenían permitido utilizar las mismas iglesias que los católicos alemanes. Para impedir las relaciones sexuales con mujeres alemanas, se reclutarían cifras iguales de hombres y mujeres de Polonia, o bien, donde esto no fuera posible, se crearían burdeles para los hombres. Los trabajadores polacos no tenían permitido utilizar el transporte público. Estaban sujetos a un toque de queda. Por orden expresa del propio Hitler, todo varón polaco que mantuviera relaciones sexuales con una persona de raza alemana sería castigado con la pena de muerte. Se difundiría el nombre de las mujeres alemanas que hubiesen mantenido relaciones con trabajadores polacos, y quedarían deshonradas entre otras cosas afeitándoles la cabeza. Aunque un tribunal no las condenase a una pena de encarcelamiento, serían enviadas de todas formas a un campo de concentración. El doble rasero en materia sexual que se aplicaba bajo el régimen nazi aseguraba que castigos similares no se decretaran para varones alemanes que mantuvieran relaciones sexuales con mujeres polacas. Durante la primera fase de la guerra, esos decretos se distribuyeron ampliamente entre las autoridades locales y se cumplieron en diversos lugares, en ocasiones a consecuencia de las denuncias por parte de integrantes de la comunidad, aunque los actos rituales de humillación como el afeitado de la cabeza de las mujeres alemanas causaban asimismo un desasiego amplio en la población.[90] Un incidente habitual ocurrió el 24 de agosto de 1940 en Gotha, cuando a un trabajador polaco de diecisiete años lo ahorcaron en público sin juicio ante 50 polacos (a quienes se obligó a estar presentes) y 150 alemanes (que asistieron por propia voluntad). Su delito era haber sido sorprendido manteniendo relaciones sexuales con una prostituta alemana. Esa clase de incidentes se hizo más frecuente desde el otoño de 1940.[91] Los polacos tenían que quedar al margen de la sociedad alemana por todos los medios. Por tanto, no era muy sorprendente que muchos se dieran a la fuga, y que la resistencia al reclutamiento en la misma Polonia se extendiera con suma rapidez.[92]

Los prisioneros de guerra soviéticos que trabajaban en Alemania tuvieron un trato incluso más duro que sus homólogos polacos.[93] En una reunión mantenida el 7 de noviembre de 1941, Göring estableció las pautas:

> El sitio de los trabajadores cualificados alemanes está en la industria de armamento. Retirar la basura con palas y extraer piedras de las canteras no son sus cometidos; para eso están los rusos [...] Nada de contactos con la población alemana, en particular, nada de «solidaridad». El trabajador alemán es siempre y fundamentalmente jefe de los rusos [...] Las *provisiones de comida* es materia del Plan Cuatrienal. Los rusos cuentan con su propia comida (gatos, caballos, etc.). Ropa, alojamiento, manutención, un poco mejor que lo que tenían en casa, donde algunos aún viven en cuevas [...] Supervisión: miembros de las fuerzas armadas durante el trabajo, así como trabajadores alemanes en labores de policía auxiliar [...] Posibles castigos: desde la supresión de las raciones de comida a la ejecución por un pelotón de fusilamiento; en líneas generales, nada más entre lo uno y lo otro.[94]

Parte de la intención de esas regulaciones era sumar a la clase obrera alemana a la ideología del régimen, de la cual aún se mantenían distantes muchos de sus integrantes, convirtiendo a éstos en miembros de la raza dominante en su trato con los rusos. El compromiso más amplio que tales reflexiones expresaban, entre los impulsos racistas de exterminio de las SS por un lado y la necesidad de mano de obra por el otro, se manifestaba en éste como en otros ámbitos por medio del reclutamiento de los supuestamente infrahumanos como trabajadores, pero sin dejar de tratarlos como infrahumanos, negándoles unas condiciones de vida decentes e imponiéndoles un régimen draconiano de supervisión y castigo. El 20 de febrero de 1942, tras semanas de negociación, Heydrich firmó un decreto de reclutamiento ordenando que prisioneros de guerra y trabajadores forzados soviéticos, quienes —se afirmaba— se habían criado bajo el bolchevismo y eran por tanto enemigos inveterados del nacionalsocialismo, serían segregados de los alemanes hasta donde fuera posible, deberían llevar un distintivo especial y serían ahorcados como castigo en caso de mantener relaciones sexuales con mujeres alemanas.[95]

Hubiesen venido voluntariamente o no, todos los trabajadores soviéticos recibían el mismo trato: eran conducidos como ganado a los barracones, sometidos a los rituales humillantes de despiojarse y alimentados a base de pan y sopa aguada. «A los cerdos no los tratan peor», fue la queja que a principios de 1942 expresaron dos jóvenes rusas que

habían llegado de forma voluntaria y que por esa razón tenían permiso para escribir a sus parientes en su país. «[...] Es como estar en la cárcel, y la puerta está cerrada [...] No se nos permite salir a ninguna parte [...] Nos levantamos a las cinco de la mañana y a las siete vamos al trabajo. Terminamos a las cinco de la tarde».[96] Cundían la tuberculosis y enfermedades similares.[97] Los empleadores pronto comenzaron a quejarse de que los trabajadores del este estaban tan desnutridos que más del 10 por 100 se ausentaba cada día por enfermedad y el resto apenas se hallaba en condiciones de trabajar. Algunas mujeres se desplomaban por el hambre mientras trabajaban. Las noticias de cómo los trataban llegaron a sus amigos y parientes y produjeron un descenso veloz en el número de voluntarios. El Ministerio de Rosenberg para los Territorios Orientales reclamó que mejorase el trato de que eran objeto; y cuando el 13 de marzo de 1942 Speer informó a Hitler sobre la situación, el Führer ordenó que los trabajadores civiles rusos no permanecieran confinados y que recibieran mejores salarios, pluses de rendimiento y raciones mejores. Por otro lado, toda insubordinación era castigada con la muerte. El 9 de abril de 1942, esas órdenes hallaron expresión en un nuevo conjunto de regulaciones que Sauckel llevó a la práctica de inmediato, revistiéndolas de una retórica brutal pensada para tranquilizar a los ideólogos nazis en el sentido de que a los rusos inferiores desde un punto de vista racial no se los trataba con un espíritu humanitario. Si desobedecían órdenes, dijo Sauckel, serían entregados a la Gestapo y «¡colgados, fusilados!». Si ahora se les daban raciones decentes, ello era así porque «incluso una máquina puede rendir sólo si le pongo combustible, aceite lubricante y cuido de lo que necesita». De otro modo los rusos se convertirían en una carga para el pueblo alemán, cuando no en una amenaza para su salud.[98]

Semejante retórica lograba vencer la hostilidad de las SS hacia el reclutamiento de civiles soviéticos. Sin embargo, se consideraba como algo vital para los fines políticos que en sus salarios y condiciones no hubiese una mejora sustancial en un momento en que las raciones para los alemanes se estaban reduciendo. Esto habría originado reacciones hostiles entre la población alemana. Se argumentó que el nivel de vida de los civiles soviéticos en el este había sido inferior en cualquier caso. Por otra parte, era

igual de importante que sus salarios no fuesen tan bajos que para contratarlos los empresarios despidieran incluso a los trabajadores alemanes. Para impedirlo, los empleadores tenían que pagar una sobretasa especial por los trabajadores del este. Y para mejorar los ritmos del trabajo, los trabajadores percibían retribuciones por unidad y pluses de productividad, sobre todo cuando se cobró conciencia de que el programa de industrialización forzosa de Stalin de la década de 1930 había dotado a muchos de ellos con aptitudes muy necesarias en la industria alemana. A pesar de lo limitado de esta clase de mejoras, ahora estaban siendo reclutados en cifras crecientes. No obstante, Sauckel juzgó necesario recordar a los dirigentes locales nazis en septiembre de 1942 que «los rusos azotados, hambrientos y muertos no extraen carbón para nosotros, no sirven de ningún modo para fabricar hierro y acero».[99] En consecuencia, a finales de 1942 los trabajadores extranjeros estaban convirtiéndose en un factor vital tanto para la industria como para la agricultura. Al mismo tiempo, sin embargo, las SS y los órganos encargados de aplicar la ley y los del partido sentían una preocupación cada vez mayor al considerar que la presencia de cantidades ingentes de hombres y mujeres procedentes de los países conquistados en las ciudades grandes y pequeñas de Alemania constituía una amenaza para la seguridad, y estaban tratando de contenerla por todos los medios. Con la aprobación de la Oficina Central de Seguridad del Reich, Martin Bormann estableció una operación especial de vigilancia, con unidades compuestas por miembros de confianza del partido, ex soldados, hombres de las SS y las SA, cuya finalidad era controlar a los trabajadores extranjeros y denunciarlos si incumplían las normas, por ejemplo al usar un transporte público, acudir a los bares o desplazarse en bicicleta.[100]

No sólo había unas condiciones precarias para los trabajadores, también la seguridad era muy laxa, a pesar de los castigos draconianos por infringir las normas. En abril de 1942, mientras el programa impulsado por Sauckel para importar mano de obra extranjera estaba en marcha, escaparon de sus campos y albergues algo más de 2.000 prisioneros de guerra y trabajadores civiles soviéticos; tres meses más tarde, la cifra se había multiplicado por más de diez. En agosto de 1942, la Gestapo pronosticó desalentadoramente que hasta acabar el año se producirían al menos otras

30.000 fugas. Incluso si era correcta su afirmación de haber vuelto a capturar a unas tres cuartas partes de los huidos, la situación se les estaba yendo de las manos claramente. Haciéndose cargo de la situación el mes siguiente, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, había ordenado levantar barricadas en las carreteras y cordones por todo el país, poner controles en las estaciones ferroviarias y apostar hombres en los centros urbanos para pedir los papeles a los viandantes de aspecto sospechoso. Así, la afluencia masiva de trabajadores extranjeros estaba ahora causando un efecto drástico en las vidas de los alemanes corrientes, a medida que las inspecciones y los controles policiales se iban haciendo más molestos que nunca antes. Había tantos trabajadores extranjeros en Hamburgo en la primavera de 1943, escribió Luise Solmitz en su diario, que había «una confusa babel de lenguas donde quiera que oyeses hablar a la gente».[101]

> Entretanto, Fr. [iedrich Solmitz] ha visto una procesión mísera de trabajadores extranjeros en la calle Ostmark: muchachas rubias, personas jóvenes, entre ellas los asiáticos inconfundibles, personas mayores, tambaleándose bajo sus fardos, sin una sonrisa oriental, cargadas con sus pertenencias exiguas, a un paso de morir por agotamiento. «¡Eh, vosotros, bajad de la acera maleantes!».[102]

Esa clase de sentimientos de lástima no eran infrecuentes, incluso si, como sugiere la referencia de Luise Solmitz a los «asiáticos», el pueblo alemán solía experimentar un sentimiento de superioridad racial sobre los prisioneros y los trabajadores forzados soviéticos.[103] Cuando, algunos meses más tarde, Friedrich Solmitz le dio algo de comer a un trabajador forzado famélico, lo denunciaron de forma anónima a la policía y fue detenido por la Gestapo; tuvo suerte de que lo dejaran en libertad después de hacerle tan sólo una advertencia.[104]

## III

Una razón mayor para el reclutamiento en masa de mano de obra extranjera para la industria alemana de las armas tenía que ver con el hecho de que, por diversos motivos, el régimen no incorporaba a un número suficiente de mujeres alemanas a la fuerza de trabajo. Las posibilidades a ese respecto

eran en realidad bastante limitadas. Durante muchas décadas, la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo había sido mucho mayor en Alemania que en la economía industrial más avanzada de Gran Bretaña. En 1939, algo más de la mitad de todas las mujeres con edades comprendidas entre los quince y los sesenta años estaban en activo en Alemania, en comparación con sólo una cuarta parte que lo estaba en el Reino Unido. Gracias a un esfuerzo considerable, el índice de participación británica se había incrementado hasta el 41 por 100 en 1944; pero nunca alcanzó el de Alemania. La participación de las mujeres en la fuerza de trabajo alemana superaba también a su equivalente en EE.UU., que se situaba en el 26 por 100. La razón básica estribaba en que las granjas de pequeño tamaño tan características de muchas regiones agrícolas alemanas tenían una fuerte dependencia de la mano de obra femenina, tanto más en la medida en que los hombres partían al frente o tenían que incorporarse a la industria de las municiones. En 1939, no menos de 6 millones de mujeres alemanas trabajaban en granjas, cuando en Gran Bretaña sumaban no más de 100.000. A medida que los hombres eran reclutados para el ejército o la fabricación de armas, la proporción de mujeres en la fuerza laboral autóctona alemana dedicada a labores agrícolas se fue incrementando del 55 por 100 en 1939 al 67 por 100 en 1944; esa tarea era una parte vital de la industria militar, y las mujeres que la llevaban a cabo contaban con la ayuda en los momentos cruciales, como eran los meses de las cosechas, de mano de obra femenina adicional con carácter temporal reclutada para ese fin, lo que supuso, por ejemplo, cerca de 950.000 mujeres en el verano de 1942. Más allá de todo esto, eran cientos de miles las mujeres que trabajaban como auxiliares familiares no remuneradas en granjas y tiendas. 14 millones de mujeres estaban empleadas en 1941, constituyendo el 42 por 100 de la fuerza de trabajo autóctona (había ya grupos numerosos de trabajadoras extranjeras en Alemania antes de la guerra, y sus cifras aumentaron igualmente). ¿Hasta dónde se podía elevar el índice?[105] Los dirigentes económicos eran de la opinión de que ni siquiera con los esfuerzos más enérgicos para movilizar a las mujeres incorporándolas a la

industria bélica sería posible reclutar en torno a más de 1,4 millones de nuevos pares de manos. Esto representaba tan sólo una fracción de la cifra que realmente se precisaba.[106]

Cuando la guerra dio comienzo, Alemania experimentó en verdad una caída en el empleo femenino cuando medio millón de mujeres se quedaron sin trabajo entre mayo de 1939 y mayo de 1941. Ello fue en gran medida así debido a los recortes en el sector textil, el del calzado y las industrias de bienes de consumo en general, que daban empleo a un gran número de mujeres. En junio de 1940 unas 250.000 trabajadoras habían dejado esos sectores para incorporarse a la industria bélica. Entre mayo de 1939 y mayo de 1942, la cifra de mujeres que trabajaban en industrias productoras de bienes de equipo se elevó de 760.000 a algo más de 1,5 millones, mientras que en las industrias de los bienes de consumo la cifra cayó de algo más de 1,6 millones a algo menos de 1,3 millones. De ahí que el Frente Alemán de Trabajo presionara enérgicamente para lograr una mejora de las condiciones de las mujeres trabajadoras con el fin de atraer a un número mayor de ellas a la industria de las armas. En mayo de 1942, logró un aumento del fondo gubernamental para abrir guarderías infantiles destinadas a las mujeres trabajadoras casadas, un incremento de la prestación para las trabajadoras en las semanas anteriores y posteriores al parto y nuevos recortes en el horario de trabajo de las mujeres en gestación y las madres durante la lactancia. Sin embargo, el efecto de tales incentivos quedaba más que aguado a causa de las generosas ayudas económicas que percibían las esposas y las viudas de los hombres destinados al servicio activo; en algunos casos, las cuantías superaban el 85 por 100 de los salarios percibidos por los hombres en sus ocupaciones civiles anteriores. El propio Hitler también se opuso personalmente al reclutamiento forzoso de las mujeres alemanas para las industrias de guerra, porque pensaba que el trabajo en las fábricas de municiones podría perjudicar sus posibilidades de cuidar de los hijos o incluso quitarles completamente el deseo de tenerlos. Él mismo vetó la idea de reclutar a las mujeres con edades comprendidas entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años para el Servicio de Trabajo del Reich [*Reicharbeitsdienst*, RAD] en noviembre de 1943, afirmando que esto afectaría a su capacidad para cuidar a sus maridos y sus familias; Hitler

había intervenido también el año anterior para tratar de asegurarse de que a las mujeres alemanas que se inscribieran con carácter voluntario en empleos relacionados con la guerra les asignaran tareas de oficina relativamente poco exigentes. Movilizar a las mujeres con hijos pequeños no se consideraba aceptable en ningún país beligerante; y en cualquier caso en 1944 más de 3,5 millones de mujeres alemanas en esa condición desempeñaban empleos a tiempo parcial, lo cual representaba cuatro veces más que en el Reino Unido. Quizá primara la obsesión de Hitler, como siempre, por el precedente, según lo veía él, de la «puñalada por la espalda» que a su juicio había provocado la derrota en Alemania en 1918. Las mujeres en el frente interno se habían sentido descontentas porque las enojaba que las hubiesen obligado a desarrollar trabajos fabriles mal pagados, peligrosos y agotadores, y algunas de ellas habían tomado parte en las huelgas que Hitler pensaba que habían minado la moral en el frente interno. Un apoyo asistencial inadecuado había conducido a las mujeres a sumarse a los disturbios motivados por la escasez de comida y a extender en mayor medida un sentimiento contrario a la guerra entre la población. Hitler tenía la firme determinación de que ello no sucediera en la Segunda Guerra Mundial.[107]

El 1 de septiembre de 1939 Hitler apeló ciertamente a las mujeres para que se unieran a la «comunidad combatiente» de Alemania e hiciesen su contribución al esfuerzo bélico. Pero ¿en qué consistía esa contribución?[108] Los intentos del régimen para reforzar el rol de la madre en la «comunidad nacional» alemana se mantuvieron inalterados a lo largo de la guerra: las organizaciones nazis de mujeres continuaban con las exposiciones itinerantes sobre la maternidad, los cursos sobre la crianza de los hijos y las celebraciones del Día de la Madre que habían organizado antes de la guerra.[109] Junto a la publicación en curso de libros en los que se ensalzaba a la madre alemana, aparecieron nuevas colecciones de obras, pensadas para un público femenino, donde se narraban las vidas de alemanas heroicas del pasado. Su heroísmo, sin embargo, consistía no en hazañas de guerra que hubiesen realizado por sí mismas, sino en el noble auxilio a sus hombres, enviando a sus esposos e hijos a la batalla, o protegiendo a sus pequeños cuando el enemigo se avecinaba. El valor de las mujeres en tiempo de

guerra se mostraba principalmente por medio de su negativa a caer en la desesperación cuando tenían noticia de la muerte de un ser amado en una batalla. Como amas de casa, insistía la propaganda en varios medios de comunicación, las mujeres podían contribuir al esfuerzo bélico comportándose de forma responsable como consumidoras y manteniendo a la familia vestida y alimentada en circunstancias económicas de penuria. Si había que convencer a las mujeres para que ocupasen trabajos relacionados con la guerra, entonces éstos debían ser adecuados a lo que la ideología nazi consideraba como la esencia femenina. Si servían como agentes de prevención frente a ataques aéreos, al hacerlo protegían a la familia alemana; si fabricaban municiones en una factoría, estaban suministrando a los hijos de la nación las armas que precisaban para sobrevivir en la batalla. El sacrificio desinteresado era lo que les correspondía. Una mujer que trabajaba en una fábrica mientras su hijo estaba sirviendo en el frente manifestó: «Antes le untaba la mantequilla en el pan, ahora pinto granadas y pienso, lo hago por él».[110]

No había equivalente alemán de «Rosie the Riveter» [Rosie la remachadora], el cacareado icono de la propaganda americana que alegremente se arremangaba para ayudar en el esfuerzo bélico desempeñando lo que se había considerado tradicionalmente como un trabajo masculino en un mundo industrial de hombres.[111] Pese a todas las medidas asistenciales pensadas para proteger a las madres trabajadoras, el hecho seguía siendo que en Alemania, al igual que en otros países, la mayoría de las mujeres con trabajos remunerados a tiempo completo eran jóvenes y solteras. Organizaciones como la Liga de Muchachas Alemanas y el Frente Alemán de Trabajo no escatimaban esfuerzos con el fin de reclutar a mujeres para varios tipos de empleos relacionados con la guerra, y no habría de subestimarse hasta qué punto las jóvenes nazis más comprometidas se ofrecían para el Servicio de Trabajo llevadas por su entusiasmo por la causa. La participación de las mujeres en la fuerza de trabajo civil alemana se incrementó, según una estimación, del 37 por 100 en 1939 al 51 por 100 en 1944, año éste en que hubo 3,5 millones de mujeres trabajando a tiempo parcial en turnos de hasta ocho horas. Pero, por supuesto, la fuerza laboral civil alemana no dejaba de menguar todo el

tiempo. Cada vez eran más los alemanes que partían al frente, de manera que la cifra real de mujeres alemanas en empleos remunerados sólo aumentó de 14.626.000 en mayo de 1939 a 14.897.000 en septiembre de 1944.[112] Simplemente, para los empleadores resultaba mucho más sencillo apoyarse en la mano de obra extranjera. Podían conseguir trabajadores cualificados, o al menos entrenados, de Francia o las áreas conquistadas de la Unión Soviética, y en todo caso en condiciones (cuanto menos en teoría) de asumir trabajos físicos duros. Y podían emplearlos a cambio de salarios muy bajos y sin que fuera necesario organizar y proporcionar los beneficios y privilegios variados a los que las trabajadoras alemanas tenían derecho.[113]

Los empleadores, claro está, no se oponían a las mujeres trabajadoras como tales. De hecho, en mayo de 1944 las mujeres constituían en torno al 58 por 100 de todos los trabajadores civiles polacos y soviéticos en Alemania. Muchas de ellas trabajaban de empleadas domésticas para ayudar a las mujeres alemanas en el hogar, mientras que a las jóvenes alemanas, que en tiempo de paz hubiesen realizado normalmente ese rol, las enviaban en cambio a desarrollar labores en el Servicio de Trabajo con carácter forzoso. El 10 de septiembre de 1942, Sauckel publicó un decreto para la importación de empleadas domésticas del este. En parte, esto suponía regularizar una situación en la cual muchos administradores civiles y muchos oficiales de las fuerzas armadas habían llevado ya a sus hogares en Alemania a mujeres de los territorios ocupados como empleadas domésticas. Consultado sobre este asunto, Hitler descartó de raíz posibles objeciones raciales: afirmó que muchas mujeres en Ucrania eran de ascendencia alemana, y que si eran rubias y de ojos azules podían germanizarse al cabo de un período adecuado de servicio en el Reich. El decreto de Sauckel precisaba que las mujeres, cuya edad debía situarse entre los quince y los treinta y cinco años, deberían parecerse a las alemanas tanto como fuera posible. Las familias de clase media se aferraron con avidez a la oportunidad. Dar trabajo a una criada del este se convirtió en un signo de distinción. A diferencia de las empleadas del hogar alemanas, a las mujeres del este se les podía encargar cualquier tarea, por sucia o dura que fuese; eran baratas; se les podía obligar a trabajar durante largas jornadas sin vacaciones; y se las podía mantener en una posición de

subordinación absoluta. Como informaba el Servicio de Seguridad de las SS, «una gran parte de amas de casa se han quejado repetidamente de que, a diferencia de las muchachas rusas, las alemanas que hacen tareas domésticas suelen ser descaradas, holgazanas y desvergonzadas, y hacen lo que se les antoja».[114] Tener una sirvienta rusa en el hogar permitía a las familias de clase media volver a los viejos buenos tiempos en que los sirvientes sabían cuál era su lugar y obedecían sin rechistar.[115]

Los patrones industriales aplicaban un razonamiento similar. A diferencia de las alemanas, las mujeres del este podían trabajar en turnos de noche y realizar tareas físicamente duras. Podían no tener vacaciones y se las consideraba dóciles y obedientes. «¡Queremos más trabajadoras del este!», manifestó en Jena en junio de 1943 la dirección de la fábrica de óptica Carl Zeiss.[116] Debido a su elevado número, era inevitable que abundasen las relaciones sexuales entre los alemanes y las trabajadores extranjeras. Himmler y las SS solían ver con preocupación a los niños nacidos de esas relaciones. Algunas mujeres polacas y de otras nacionalidades querían quedarse preñadas porque creían que ello haría que las mandasen a casa.[117] Pero desde finales de 1942 las trabajadoras extranjeras embarazadas no iban a ser deportadas a su país de origen, sino examinadas para determinar si el niño iba a tener un «buen linaje racial». Si el diagnóstico era positivo, había que separar de sus madres a los pequeños una vez destetados, alojarlos en hospicios —sin el consentimiento de la madre si ésta procedía del este— y criarlos como alemanes. A los otros los alojaban en hospicios para niños extranjeros. Estos pequeños apenas importaban a efectos de la alimentación y de los estándares generales de cuidados y apoyo. En uno de esos hogares, en las inmediaciones de Helmstedt, el 96 por 100 de los niños rusos y polacos murieron entre mayo y diciembre de 1944 debido a las enfermedades y la desnutrición, mientras que en otro hogar en Voerde murieron ese año 48 de un total de 120 niños a causa de una epidemia de difteria. Los índices de mortalidad entre los bebés de las trabajadoras rusas y polacas alojados en el hogar infantil de la fábrica de Volkswagen en Wolsburgo eran semejantes. El 11 de agosto de 1943, un general de las SS informó a Himmler de que era obvio que a los niños de un hogar visitado por él los estaban «dejando morir lentamente de hambre».[118]

Esa clase de políticas tuvieron que influir en la moral y el compromiso de muchos trabajadores extranjeros. Sin embargo, mientras que entre 1939 y 1941 el rendimiento por trabajador en la industria de las armas cayó en cerca de una cuarta parte, comenzó a recuperarse en 1942, y la productividad había mejorado manifiestamente en 1944. La razón de que ello fuera así radica por encima de todo en los principios de racionalización que Speer y sus correligionarios introdujeron e impulsaron con tal determinación que 1944 se revelaría como el momento álgido de la economía de guerra alemana.

## IV

Un elemento clave de la administración de Speer de la economía de las armas fue su colaboración no sólo con las SS, sino también con la industria alemana. A este respecto, no tardó en surgir un nexo de intereses comunes. En su búsqueda de mano de obra barata y obediente, las empresas industriales de toda Alemania alzaron la vista más allá de los trabajadores extranjeros disponibles y empezaron a reclutar a los presos de los campos de concentración. En octubre de 1944, por ejemplo, los 83.300 trabajadores extranjeros empleados por el grupo químico gigante de I. G. Farben —el 46 por 100 del total del personal— incluían no sólo a 9.600 prisioneros de guerra, sino además a 10.900 prisioneros suministrados por el sistema de campos. Entre los emplazamientos industriales cruciales levantados por el grupo durante la guerra se contaba una enorme factoría de buna (caucho sintético) en Monowitz, a cinco kilómetros de la localidad de Auschwitz. Se encontraba lo bastante alejada hacia el este como para quedar fuera del radio de los bombardeos aéreos, pero contaba con buenas conexiones ferroviarias y tenía cerca buenos suministros de agua, cal y carbón. Una vez acordada su construcción, el 6 de febrero de 1941, Carl Krauch, el director de I. G. Farben que también era jefe de investigación y desarrollo para la organización del Plan Cuatrienal de Hermann Göring, logró que éste le pidiese a Himmler que proporcionase mano de obra compuesta tanto por las gentes de ascendencia alemana reasentadas en el área como por los prisioneros del cercano campo de concentración (por entonces polacos,

tanto militares como civiles) con el fin de acelerar la construcción. La empresa se comprometió a pagar a las SS de 3 a 4 marcos por cada turno de entre nueve y once horas que completase cada prisionero, mientras el comandante del campo, Rudolf Höss, aceptó proporcionar, entrenar, alimentar y vigilar a los presos, así como tender un puente y un ramal ferroviario desde el campo al lugar donde se hallaba la fábrica. En la primavera de 1942 había en el lugar 11.200 hombres trabajando, 2.000 de ellos procedentes del campo. Otto Ambros, que dirigía el programa de la buna dentro de I. G. Farben, manifestó que la empresa «haría de esta nueva instalación industrial una potente piedra angular para una germanización viril y sana en el este». «Nuestra nueva amistad con las SS —le comentó en privado a su jefe en la empresa, Fritz ter Meer— se está revelando muy beneficiosa».[119]

A finales de 1943, sin embargo, la construcción estaba lejos de terminarse. Monowitz llegó a reunir hasta 29.000 obreros, de los cuales aproximadamente la mitad eran extranjeros, en torno a una cuarta parte de ascendencia alemana, y el resto, prisioneros del campo. El maltrato que los guardias de las SS dispensaban a los prisioneros, junto con las escasas raciones que éstos recibían y la falta de instalaciones médicas y sanitarias básicas en los barracones, donde había una sola cama para dos o tres personas, produjeron que un número cada vez mayor de ellos cayera enfermo o resultase incapaz de resistir las largas horas de trabajo físico pesado que les exigían. También por entonces, la gran mayoría de los prisioneros del campo eran judíos. Muy probablemente a petición de los gerentes de la empresa, un oficial de las SS se desplazó desde el campo, examinó a los 3.500 prisioneros que tomaban parte en las obras de construcción y mandó de vuelta al campo principal de Auschwitz a los que consideró que ya no estaban en condiciones de trabajar. A partir de ese momento, esas «selecciones» se repitieron regularmente, de manera que en 1943 y 1944 pasaron por Monowitz un total de 35.000 prisioneros, de los cuales se sabe que 23.000 murieron por enfermedad o agotamiento o acabaron en las cámaras de gas; el total pudo elevarse a 30.000. En sus alojamientos, los gerentes de la empresa estaban expuestos a un hedor incesante procedente de las chimeneas de los crematorios, y aún lo

estuvieron más desde septiembre de 1942 al procedente de las parrillas al aire libre sobre las que se incineraba de cuando en cuando una gran cantidad de cuerpos sin vida. Los supervisores y los gerentes de I. G. Farben sabían de los exterminios en masa que se estaban realizando en Birkenau, y de la suerte que aguardaba a aquellos a quienes las SS considerasen no aptos para el trabajo en Monowitz: de hecho, algunos de ellos incluso utilizaron las cámaras de gas como una amenaza ante los prisioneros que a su juicio no trabajaran lo suficiente. Entretanto, las SS estaban obteniendo un ingreso sustancioso fruto de su colaboración con la gigantesca empresa química, recaudando en total unos 20 millones de Reichsmarks en pagos efectuados por la compañía a cambio de los trabajadores.[120]

El uso de los prisioneros de los campos de concentración como trabajadores era el resultado de un cambio significativo en la naturaleza, el alcance y la administración de los campos que tuvo lugar a principios de 1942. Casi inmediatamente después de iniciada la guerra, a Theodor Eicke, que había estado al mando de los campos desde los comienzos del Tercer Reich, lo trasladaron en cumplimiento de obligaciones militares; murió en combate en Rusia el 16 de febrero de 1943. Bajo el mando de su sucesor, Richard Glücks, la población total del sistema de campos aumentó con rapidez de un total de 21.000 en vísperas de la guerra a 110.000 en septiembre de 1942. Por supuesto, este total no incluía los campos de exterminio de la operación Reinhard, donde a los prisioneros no los inscribían a su llegada, sino que los mandaban sin preámbulos a las cámaras de gas a excepción de un pequeño número empleado durante un tiempo en los destacamentos especiales. Entre los nuevos prisioneros había un gran número de obreros polacos, y desde 1940 también de adversarios conocidos del régimen alemán de ocupación, o sospechosos de serlo, en el Protectorado de Bohemia y Moravia, en Francia, Bélgica, Noruega, Holanda y Serbia. Obreros, profesionales y miembros del clero eran un objetivo específico. Con la invasión de la Unión Soviética se produjeron más detenciones. Una relación de las detenciones realizadas por la Gestapo en octubre de 1941 en el Reich mostraba que el total mensual ascendió a 544 detenciones por «comunismo y marxismo», 1.518 por «oposición», 531

por «asociación ilícita con polacos o prisioneros de guerra» y no menos de 7.729 por «dejar de trabajar». Hubo detenciones menos numerosas por oposición religiosa al régimen, o por tratarse de judíos a quienes se había dejado marchar de un campo de concentración tras el pogromo de noviembre de 1938 a condición de que emigrasen y no lo habían hecho.[121]

La expansión del sistema en los primeros dos años y medio de la guerra implicó la creación de nuevos campos, incluyendo Auschwitz, Gross-Rosen y Stutthof. Pese a la reiteración de Himmler en insistir en que algunas de las nuevas instalaciones eran en verdad campos de trabajo, la diferencia entre un campo de concentración, uno de trabajo y un gueto se fue diluyendo con el paso de la guerra. Ello se debió en buena medida a que la necesidad rápidamente creciente de mano de obra en la economía de guerra alemana hacía de la población de los campos una fuente cada vez más obvia de trabajadores para las industrias relacionadas con la guerra. El cambio más importante en este aspecto se produjo como parte de la reorganización general de la economía de guerra que siguió a la derrota del ejército alemán en las inmediaciones de Moscú y luego al nombramiento de Albert Speer como ministro de Armamento. El 16 de marzo de 1942, Himmler trasladó la Inspección de los Campos de Concentración a la Oficina Central de Economía y Administración de las SS, dirigida por Oswald Pohl. Ésta se convirtió en el conducto por medio del cual las empresas solicitaban la provisión de mano de obra, y las SS confinaban a un número creciente de polacos y trabajadores del este en los campos con objeto de poder satisfacer esa demanda. El 30 de abril de 1942, Pohl escribió a Himmler resumiendo el cambio de función que entonces estaba teniendo lugar en los campos:

> La movilización desde el comienzo de toda la mano de obra de los campos para tareas militares (elevar la fabricación de armamento) y más tarde para los programas de construcción de tiempos de paz es cada vez más importante. Ser conscientes de ello exige una actuación que permita una transformación paulatina de los campos de concentración desde su antigua forma sesgadamente política a una organización adaptada a las exigencias económicas.[122]

Himmler estaba de acuerdo en líneas generales con este cambio radical, si bien seguía insistiendo en que los campos tenían que llevar a cabo una reeducación política, «de otra manera podría ganar terreno la sospecha de

que nosotros detenemos a la gente, o si ya lo está, la mantenemos encerrada con el fin de disponer de trabajadores».[123]

13. Campos de concentración y satélites, 1939-1945.

En líneas generales, la mano de obra se suministraba conforme a los mismos términos que la que se empleaba en Monowitz: las SS recibían un pago por la misma, y a cambio supervisaban y vigilaban los destacamentos de trabajadores, se aseguraban de que trabajasen duro y les proporcionaban ropas, comida, alojamiento y asistencia médica. Himmler dio orden de que se identificase a los trabajadores cualificados en la población del campo, y que otros considerados apropiados recibiesen formación. El grueso de ellos se utilizó en proyectos de construcción, para trabajos físicos pesados y relativamente no especializados, pero cuando poseían experiencia la idea de Himmler era que había que sacarle partido. Desde 1933, muchos prisioneros de los campos salían para cumplir diariamente con obligaciones de trabajo, pero a partir de entonces la magnitud de la expansión del sistema llegó a tal punto que no tardó en ser necesario levantar subcampos cerca de los lugares de trabajo que distaran a más de un día de camino del campo principal. En agosto de 1943 había 224.000 prisioneros en los campos; el mayor era el complejo de tres campos en Auschwitz, con 74.000, a continuación Sachsenhausen, con 26.000, y Buchenwald, con 17.000. En abril de 1944, los reclusos se alojaban en veinte campos y 165 subcampos. En agosto de 1944, la cifra de reclusos se había elevado a cerca de 525.000. También de manera creciente, a los trabajadores forzados en los territorios ocupados los trasladaron al Reich, de forma que en enero de 1945 había cerca de 715.000 presos, de los que más de 202.000 eran mujeres.[124]

Para entonces, la proliferación de subcampos, muchos de ellos muy pequeños, había alcanzado tales dimensiones que no quedaba prácticamente ninguna población en el Reich donde no hubiera prisioneros de un campo de concentración trabajando allí o en las inmediaciones. Neuengamme, por ejemplo, disponía de no menos de ochenta y tres subcampos, incluyendo uno en Alderney, en las Islas del Canal. Auschwitz contaba con cuarenta y cinco. Algunos eran muy pequeños, por ejemplo, en Kattowitz, donde diez prisioneros de Auschwitz tomaron parte durante 1944 en la construcción de refugios antiaéreos y barracones para la Gestapo. Otros estaban vinculados a empresas industriales de mayor envergadura, como la fábrica antiaérea dirigida por la empresa Rheinmetall-Borsig en Laurahütte [Siemanowice], donde unos 900 prisioneros estaban trabajando a finales de 1944 junto con

850 trabajadores forzados y 650 alemanes. A muchos de los prisioneros los escogían por sus aptitudes y formación, y el trato que se les daba era relativamente bueno; otros trabajaban en las cocinas, hacían labores de oficina o se encargaban de trabajos no cualificados cargando y descargando productos y materiales. Al mando del campo donde vivían se hallaba Walter Quakernack, un guardia trasladado temporalmente desde el campo principal en Auschwitz y conocido por su brutalidad; los británicos lo ejecutaron por sus crímenes en 1946.[125] Pero esta situación cambió pronto cuando las SS perdieron el control de la distribución y el empleo de los prisioneros de los campos, de lo cual pasó finalmente a encargarse en octubre de 1944 el Ministerio de Armamento. En los meses finales de la guerra, las SS simplemente se limitaron en realidad a procurar «seguridad» a los patrones de los prisioneros.[126]

A los campos de trabajo recurrieron numerosas empresas alemanas de armas. En realidad, la demanda de las empresas era tal que contraviniendo los principios ideológicos más básicos de las SS y las administraciones de los campos, incluso se reclutó a la fuerza a los prisioneros judíos si contaban con aptitudes y formación apropiadas.[127] A las empresas les traía sin cuidado el bienestar de los prisioneros, y las SS continuaban tratándolos de igual manera que en los campos, por lo que la desnutrición, el agotamiento, la tensión física y, en no menor medida, la violencia permanente de los guardias les afectaron gravemente. En la factoría Volkswagen de Wolfsburgo se empleó a 7.000 prisioneros desde abril de 1944, en su mayor parte para trabajos de construcción; las condiciones penosas bajo las cuales vivían no constituían un motivo de gran preocupación para la dirección de la empresa, y las SS continuaban priorizando la eliminación de la individualidad de los prisioneros y su cohesión de grupo por encima de su mantenimiento como obreros eficaces.[128] También los astilleros Blohm und Voss de Hamburgo, donde las SS crearon otro subcampo, reclutaron a prisioneros. En este caso también entraron en conflicto los intereses de la empresa con el celo represivo de las SS.[129] En la factoría Daimler-Benz en Genshagen reclutaron para trabajar a 180 presos de Sachsenhausen desde enero de 1943, a los que se sumaron otros miles de Dachau y otros campos en varias plantas. El despliegue de

los campos de trabajo era el motor que impulsaba la creación de subcampos por el país, reflejando a su vez la creciente dispersión de la producción de armas en muchos emplazamientos diferentes, algunos subterráneos, otros en la campiña, en un esfuerzo por evitar los bombardeos de los aliados. Las empresas necesitaban una inyección rápida de mano de obra para construir las nuevas instalaciones, y las SS estaban más que dispuestas a suministrarla.[130]

Las muertes en los campos de trabajos forzados estaban a la orden del día, y las condiciones eran espantosas. En todas partes fusilaban a los prisioneros que se encontraran demasiado débiles o enfermos para trabajar, cuando no los gaseaban en ocasiones. A diferencia de otros campos, el complejo de Auschwitz siguió hasta el final cumpliendo la doble función de campo de trabajo y de exterminio, y las instalaciones para gasear en masa en otros lugares, como en Sachsenhausen o Mauthausen, sólo tuvieron un uso relativamente restringido. No obstante, los médicos de las SS en los campos recibieron instrucciones de matar a los presos demasiado enfermos o débiles para trabajar por medio de inyecciones letales de fenol. La causa de la muerte en tales casos se atribuía al tifus u otra enfermedad similar.[131] El subcomandante de Auschwitz, Hans Aumeier, le dijo el 16 de diciembre de 1942 al oficial de las SS encargado de las deportaciones de Zamość:

> Únicamente habría que enviar a los polacos en buen estado físico con el fin de evitar hasta donde sea posible cualquier carga inservible para el campo y el sistema de transporte. Las personas mentalmente deficientes, los idiotas, los lisiados y los enfermos han de ser eliminados lo antes posible para aligerar la presión sobre el campo. No obstante, actuar adecuadamente es complicado porque la Oficina Central de Seguridad del Reich ha ordenado que, a diferencia de los judíos, los polacos mueran por causas naturales.[132]

Así pues, en realidad, lo que Aumeier estaba diciendo era que únicamente cuando se matara a los polacos habría que falsificar los documentos para registrar una muerte por causas naturales. Los índices de mortalidad fueron ciertamente elevados. No menos de 57.000 de un promedio total de 95.000 prisioneros murieron sólo en el segundo semestre de 1942, un índice del 60 por 100. En algunos casos, especialmente en Mauthausen, donde se enviaba a los alemanes «asociales» y condenados por crímenes para «exterminarlos mediante el trabajo», los índices de mortalidad eran incluso superiores. En

enero de 1943, Glücks ordenó a los comandantes de los campos «hacer todos los esfuerzos necesarios para reducir la mortalidad», por tanto, «mantener la capacidad para trabajar de los prisioneros». Los índices de mortalidad bajaron ciertamente en alguna medida después de esto. No obstante, otros 60.000 prisioneros murieron en los campos entre enero y agosto de 1943 a causa de las enfermedades, la desnutrición y los malos tratos o el asesinato a manos de las SS.[133] Existía una tensión permanente entre las SS, incapaces de renunciar al concepto arraigado de los campos como instrumentos de castigo y opresión racial y política, y los empleadores, que los veían como fuentes de mano de obra barata; jamás se resolvió de manera satisfactoria.[134]

¿Qué provecho sacaron las empresas del empleo de una mano de obra compuesta por trabajadores forzados y prisioneros? No cabe duda de que era ciertamente barata. Emplear a un prisionero de guerra soviético, por ejemplo, costaba menos de la mitad que un empleado alemán. Hasta 1943, lo más probable es que las empresas alemanas se aprovechasen financieramente de la utilización de trabajadores extranjeros. Pero su productividad era baja, sobre todo si se trataba de prisioneros de guerra. En 1943 y 1944, por ejemplo, la productividad de los prisioneros de guerra en las minas de carbón fue sólo la mitad de la de los operarios flamencos.[135] Pero la mano de obra extranjera se empleaba cada vez más en proyectos de construcción que no produjeron ganancias significativas hasta una vez acabada la guerra. La planta química gigante en Auschwitz-Monowitz, por ejemplo, jamás se completó, y nunca llegó a producir buna, si bien una instalación para fabricar metanol, utilizado en el combustible de los aviones y los explosivos, empezó a funcionar en octubre de 1943; a finales de 1944, estaba produciendo el 15 por 100 de la producción total de Alemania de sustancias químicas. A más largo plazo, la factoría de Monowitz se convirtió en un productor importante de caucho artificial, pero sólo mucho después de que la guerra hubiera concluido y hallándose bajo ocupación soviética.[136] Una empresa similar construida utilizando como mano de obra a prisioneros de campos de concentración, entre otros el de Gleiwitz, costó a la firma química Degussa 21 millones de Reichsmarks a finales de 1944, mientras las ventas de los productos que estaba comenzando a fabricar

generaron un beneficio de no más de 7 millones, y las fuerzas soviéticas desmantelaron para su propio uso las instalaciones construidas por los prisioneros, después de lo cual el gobierno polaco nacionalizó lo que había quedado. La impaciencia de las empresas para hacer uso del sistema de los campos de concentración como fuente de mano de obra barata, en especial en los dos últimos años de la guerra, obedecía más a metas a largo plazo que a la obtención de ganancias inmediatas. En 1943 muchos líderes empresariales se dieron cuenta de que la guerra se iba a perder. Empezaron a mirar al futuro y a situar sus empresas con vistas a la posguerra. La manera más segura de invertir era adquirir bienes inmuebles y maquinaria, y por eso sus factorías tenían que ampliarse para engullir más terreno y recibir más pedidos armamentísticos del gobierno. Esto a su vez exigía reclutar a más trabajadores, y a los líderes empresariales no les importaba gran cosa de dónde los trajeran. Una vez disponían de los obreros, las empresas solían tomar sus propias decisiones en cuanto a la mejor manera de explotarlos al margen de las instrucciones de los órganos centrales de planificación. La provisión de mano de obra forzada, y aún más las condiciones mortíferas en que era utilizada, era responsabilidad de las SS y el Estado nazi. Pero una gran parte de la responsabilidad por la veloz expansión y explotación de dicha mano de obra recae sobre las empresas que la reclamaron.[137] En total, en el curso de la guerra se reclutó a unos 8.435.000 trabajadores extranjeros para la industria; solamente 7.945.000 de ellos seguían vivos a mediados de 1945. Para los prisioneros de guerra la factura fue todavía peor: de los 4.585.000 que se vieron obligados a hacer trabajos forzados durante la guerra, sólo 3.425.000 continuaban con vida al final de la contienda.[138] Los supervivientes tuvieron que esperar casi medio siglo hasta que pudieron reclamar una compensación.

Speer jamás logró un control total de la economía. Aunque su influencia era enorme, gran parte de ella dependía de la cooperación fluida con otras partes interesadas, implicando no sólo a Göring y el Plan Cuatrienal, sino también a las fuerzas armadas y a sus oficiales encargados de las adquisiciones, como Milch y Thomas, a Sauckel y sus operaciones de movilización de la mano de obra, al Ministerio de Economía del Reich y a las SS. En sus memorias, Speer diferenció muy marcadamente los años en

que él estuvo al mando y lo que él describía como el caos administrativo anterior; el contraste era exagerado.[139] Por una parte, Fritz Todt ya había logrado cierta centralización antes de su fallecimiento; por otra parte, la «policracia» administrativa que muchos historiadores han identificado con la economía de guerra antes de Speer se prolongó hasta el final de la contienda.[140] Speer hizo cuanto pudo para hacerse con el control, pero jamás lo consiguió por completo. No menos importancia tiene el hecho de que Speer pudiera sacar provecho de las conquistas nazis. Unida al saqueo y a la requisa de grandes cantidades de alimentos, materias primas, armas, materiales y productos industriales de los países ocupados, a la expropiación de los judíos de Europa, a la desigualdad en materia de impuestos, a las relaciones arancelarias y los tipos de cambio entre el Reich y las naciones bajo su dominio, y a la compra ininterrumpida a precios ventajosos de toda clase de bienes por parte de los soldados alemanes, la movilización de la mano de obra extranjera contribuyó enormemente a la economía de guerra alemana. Probablemente una cuarta parte de los ingresos del Reich se generó por conquista, de una u otra forma.[141]

Con todo, incluso esto resultó insuficiente para estimular la economía de guerra alemana hasta el punto en que pudiese competir con la fortaleza económica abrumadora de EE.UU., la Unión Soviética y el Imperio Británico juntos. Ningún volumen de racionalización, mejoras en la eficiencia y movilización de la mano de obra hubiese funcionado a largo plazo. Los éxitos militares alemanes de los dos primeros años de la guerra se sustentaron en una gran medida en el factor sorpresa, en la rapidez y la agilidad y en el uso de tácticas insólitas contra un enemigo desprevenido. Una vez perdido ese factor, también se perdieron las posibilidades de victoria. A finales de 1941 la guerra se había convertido en una guerra de desgaste, igual que la Primera Guerra Mundial. Simplemente, la producción de sus enemigos estaba superando la de Alemania, y en definitiva no había nada que Speer pudiese hacer para enderezar la situación por más empeño que pusiera. Esto ya lo tenían claro muchos líderes económicos incluso antes de que Speer asumiera el cargo en 1942. En ningún momento de la guerra, la ratio del PIB de los aliados en relación con el de los países del Eje, Japón incluido, estuvo por debajo de 2:1, y en 1944 se elevaba a más

de 3:1.[142] A comienzos de 1944, hasta Speer estaba empezando a darse cuenta de que las probabilidades eran nulas. Todos sus esfuerzos sólo sirvieron para aplazar lo inevitable. Iban dirigidos no a corregir la crisis en el abastecimiento de armas, sino a disfrazarla. El reclutamiento en masa de mano de obra extranjera, la racionalización, los esfuerzos desesperados para coordinar la fabricación de armamento, todo ello no eran más que iniciativas fundamentalmente irracionales que ignoraban la imposibilidad básica de que la producción de Alemania superase a la de sus enemigos.[143] El 18 de enero de 1944, agotado por la tensión de intentar lograr lo imposible, Albert Speer enfermó gravemente y lo ingresaron en un hospital. Transcurrieron cerca de cuatro meses antes de que se restableciera lo suficiente como para poder regresar al trabajo. En el período intermedio, sus rivales, de Himmler a Sauckel, se arremolinaron como buitres alrededor de lo que ellos creían su cadáver político, a la espera de recoger los restos de su imperio para sí mismos.[144]

# BAJO LA FÉRULA NAZI

## I

Según algunas versiones, el Nuevo Orden en Europa no era tan sólo una idea económica, sino que implicaba asimismo una reestructuración política.[145] Enfrentado con el problema de administrar los territorios de Europa que dominaba, el Tercer Reich condimentó un guiso característico con aderezos diferentes.[146] Mientras que algunas zonas como el oeste de Polonia y pequeños territorios del este de Francia y Bélgica se incorporaron directamente al Reich, otras, a las que se pensaba absorber más tarde, como Alsacia-Lorena, Luxemburgo o Bialystok, se pusieron bajo la autoridad del gobernador regional alemán más cercano. Una tercera categoría, con un estatus un tanto impreciso, que incluía el Protectorado de Bohemia y Moravia y los Comisariados del Reich de Ucrania y del «Territorio del Este» (los Estados bálticos y Bielorrusia), se hallaba bajo la autoridad de una administración alemana creada *ex profeso*, si bien en el Protectorado había además una numerosa presencia checa en la burocracia. En otros países bajo la ocupación alemana había una administración militar si se los consideraba estratégicamente importantes, como Bélgica, la Francia ocupada o Grecia; los países considerados «germánicos», como Noruega, Dinamarca y Holanda, estaban gobernados por un comisario civil del Reich, recurriendo a la administración autóctona en la medida de lo posible. Sólo en Noruega ocupaba el poder un líder fascista local, aunque en otro Estado nominalmente independiente, la Francia de Vichy, surgió un régimen con rasgos claramente fascistas. Una quinta categoría la componían Estados clientes como Croacia o Eslovaquia, donde había una presencia militar alemana limitada pero representantes alemanes de uno u otro tipo ejercían un gran poder. Finalmente había los aliados de Alemania, en especial

Hungría, Italia y Rumanía, donde había influencia alemana pero no dominación. No obstante, la situación era fluctuante, cambiante en función de la situación militar y en función de las condiciones locales, de forma que los países en ocasiones pasaban de una categoría a otra.[147]

La explotación económica no era la única prioridad para las autoridades ocupantes. El «Nuevo Orden» exigía la reestructuración racial de Europa, así como su reorganización en beneficio de Alemania. Un objetivo importante de la administración alemana de los países ocupados, así como de los representantes en los Estados clientes y las naciones aliadas, era poner en práctica al igual que en la propia Alemania «la solución final de la cuestión judía en Europa». Allí donde podían, los administradores alemanes, ya fueran civiles, militares o las SS, actuaban con rapidez para lograr la aprobación de leyes antijudías, la arianización de las propiedades judías y finalmente la detención de la población judía y su deportación a los centros de muerte en el este. Las reacciones ante esas políticas variaron ampliamente de un país a otro, dependiendo del celo de los alemanes, de la fortaleza del sentimiento antisemita en las autoridades locales, del grado de orgullo nacional en la población y el gobierno y de algunos otros factores. Casi en todas partes, los refugiados judíos de otros países se convirtieron en las primeras víctimas. La administración del país adonde habían ido huyendo de la persecución en Alemania o en otro lugar les ofrecía por lo general poca o ninguna protección; incluso las organizaciones judías locales se mostraban reacias a hacer algo para ayudarlos. Sin embargo, cuando los alemanes actuaron contra la población judía autóctona de esos países, las reacciones se tornaron más complejas y más polémicas.

Esas actuaciones comenzaron en líneas generales en 1941 y 1942 y, por tanto, se produjeron antes de la aparición de movimientos de resistencia en la Europa occidental ocupada. La velocidad y la magnitud de las victorias militares alemanas en 1940 habían dejado a la mayor parte de los europeos occidentales en un estado de conmoción y abatimiento. Millones de refugiados tenían que encontrar su forma de regresar a casa; había que reparar el daño material causado por la acción militar; había que restablecer la normalidad cotidiana. En 1940 o 1941 apenas había nadie que pensara

que Gran Bretaña sobreviviría al violento ataque que Hitler lanzaría con toda seguridad tarde o temprano. La mayor parte de la gente en los países ocupados de Europa occidental decidió esperar a ver qué sucedía y entretanto proseguir con sus vidas de la mejor forma que pudieran. Eran muy pocos los que emprendieron cualquier clase de resistencia. Antes de junio de 1941, la vigencia ininterrumpida del Pacto Germano-Soviético hacía también difícil para los comunistas pasar a la acción. Grupos pequeños de independentistas de izquierdas y nacionalistas de derechas tomaron parte en varios tipos de resistencia, pero en ellos no se contemplaba la acción violenta y en general apenas tuvieron efecto. Para la gran mayoría, las victorias de Alemania la convertían en un país admirado, o cuanto menos respetado. Habían demostrado la efectividad de la dictadura y la debilidad de la democracia. El orden político anterior a la guerra estaba desacreditado. Trabajar con las autoridades ocupantes parecía inevitable.[148] Y al menos para algunos, la derrota era un acicate para la regeneración nacional.

Esto era más obvio en Francia, donde tras el armisticio hubo una división del país, con una zona ocupada en el norte y a lo largo de la costa occidental, y un área autónoma en el sur y el este, dirigida por el gobierno del mariscal Pétain desde la localidad balnearia de Vichy. Técnicamente, éste fue el último gobierno de la Tercera República derrotada y desacreditada, pero el parlamento votó enseguida dar plenos poderes a Pétain para redactar el borrador de una nueva constitución. El anciano mariscal abolió la Tercera República, pero no creó nada que la sustituyera formalmente. Todo giraba en torno a él mismo. «Los ministros únicamente son responsables ante mí —dijo el 10 de noviembre de 1940—. La historia me juzgará a mí solo».[149] Fomentó el culto al líder. Su retrato estaba en todas partes, y exigía a todos los funcionarios públicos que prestasen un juramento personal de lealtad hacia él. En la Francia de Vichy, los alcaldes y otros cargos públicos eran nombrados en vez de elegidos, y era Pétain quien controlaba el proceso de nombramientos. La opinión pública lo consideraba el salvador de Francia. Su régimen adoptó un tinte fascista, proclamando una «revolución nacional» que regeneraría la sociedad y la cultura francesas. Había que movilizar un nuevo movimiento juvenil y

disciplinar a los jóvenes al servicio del país. Vichy proclamaba las virtudes de la familia tradicional, con las mujeres en su lugar adecuado en el papel de esposas y madres. Los valores católicos tenían que reemplazar el ateísmo de la Tercera República, y tanto el alto como el bajo clero prestaron como era de esperar su apoyo al régimen. Sin embargo, Vichy jamás tuvo el tiempo o la coherencia para desarrollar un fascismo pleno. Además, muchas de sus políticas no tardaron en generar rechazo en la opinión pública. La represión moral de Vichy no era popular entre los jóvenes, y la requisa de mano de obra por parte de los alemanes empezó a poner a la gente en contra de la idea de colaborar. El entonces vicepresidente Pierre Laval, a quien gustaba verse a sí mismo como alguien realista y que, por tanto, consideraba la «revolución nacional» con un saludable grado de escepticismo, no continuó con Pétain y fue destituido en diciembre de 1940, pero el 18 de abril de 1942 Pétain lo llamó de nuevo para que ocupara el cargo de primer ministro, y permaneció en él hasta el final de la guerra asumiendo cada vez más las riendas del gobierno del anciano mariscal.[150]

El triunfo del mariscal Pétain y los nacionalistas de extrema derecha en Francia llevó al poder en la zona no ocupada a un régimen en cuyo núcleo abundaba el antisemitismo. Una corriente que se explicaba en parte por la oposición militar a la campaña para exonerar al oficial judío Alfred Dreyfus, a quien habían acusado de espiar para los alemanes en la década de 1890, en parte por el efecto antisemita de una sucesión de escándalos financieros tristemente famosos en la década de 1930, y en parte por la mayor influencia del crecimiento del antisemitismo europeo tras la estela de Hitler.[151] La polarización de la política francesa en la época del Frente Popular con respaldo comunista en 1936 y 1937 bajo el gobierno de Léon Blum, que pasaba por ser judío, añadió más combustible a las llamas del sentimiento antisemita en la derecha. Y la inmigración a Francia de unos 55.000 refugiados judíos desde Centroeuropa, elevando la población judía total del país a 330.000 personas en 1940, alimentó irónicamente los temores entre los militares ante una «quinta columna» de agentes que trabajaran en secreto para la causa alemana, al igual que seguían creyendo que había sucedido en lo concerniente a Dreyfus.[152] Más de la mitad de los judíos residentes en Francia no eran ciudadanos franceses, y una gran parte

de aquellos que sí lo eran había adquirido su ciudadanía después de la Primera Guerra Mundial. Ahora se convirtieron en el primer objetivo de la discriminación del Estado. Ya el 18 de noviembre de 1939, mucho antes de la derrota, una nueva ley estipulaba el internamiento de aquellos a quienes se considerase un peligro para la patria francesa, y unos 20.000 residentes extranjeros en Francia, entre ellos muchos inmigrantes judíos procedentes de Alemania, Austria y Checoslovaquia, quedaron confinados en campos de prisioneros; a muchos los liberaron enseguida, pero nada más iniciarse la invasión alemana volvieron a detener y a trasladar a los campos a todos los ciudadanos alemanes, en su mayor parte judíos. Los judíos de Alsacia-Lorena, Francia y los países del Benelux se contaban entre los millones que se echaron al camino aterrorizados, huyendo hacia el sur. Al mismo tiempo, defensores del antisemitismo como Charles Maurras y Jacques Doriot intensificaban sus ataques retóricos contra los judíos, a quienes culpaban ahora de la derrota francesa, un punto de vista compartido por muchas figuras relevantes de la derecha política, así como por amplios sectores de la población francesa en general y, en no menor medida, por la jerarquía de la Iglesia católica en Francia.[153] En los años de guerra que siguieron, otros escritores antisemitas, como Louis-Ferdinand Céline, Pierre Drieu La Rochelle, o Lucien Rebatet en su éxito de ventas *Les Décombres*, reprodujeron esas ideas y, al menos en el caso de Rebatet, describieron a los judíos franceses como malas hierbas que había que cortar de raíz.[154]

Después de la derrota francesa y la creación del régimen de Vichy en la zona no ocupada, el gobierno de Pétain revocó en primer lugar la legislación que prohibía la incitación al odio racial o religioso, luego, el 3 de octubre de 1940, aprobó su primera medida formal contra los judíos, a quienes definía como personas con tres o cuatro abuelos judíos, o dos si su cónyuge lo era. A los judíos les prohibieron en particular poseer o dirigir empresas de comunicación. A los profesores universitarios judíos los despidieron de sus empleos con pocas excepciones. Esas disposiciones tuvieron validez en toda Francia, incluyendo la zona ocupada; además, cuando las autoridades alemanas en la zona ocupada tomaban medidas contra los judíos, el régimen de Vichy se adaptaba a ellas con frecuencia con el pretexto de mantener la unidad administrativa de Francia. El 4 de

octubre de 1940, otra ley instauró campos de internamiento para todos los judíos extranjeros presentes en la zona de Vichy. A finales de 1940 ascendían a 40.000 los judíos internados en ellos.[155] Los judíos autóctonos franceses y sus principales representantes aseguraron al régimen de Vichy que el destino de los judíos extranjeros no era asunto de su incumbencia.[156] Por el momento, los dejaron relativamente tranquilos. Pero esto no duraría. Ya en agosto de 1940, la embajada alemana en París había comenzado a instar a las autoridades militares a eliminar a todos los judíos del área ocupada.[157] La medida no tardó en aplicarse.

En la zona ocupada de Francia, el embajador alemán, Otto Abetz, urgió a la adopción de medidas con carácter inmediato contra los judíos. Con la aprobación explícita de Hitler, se prohibió la inmigración judía a la zona ocupada y se hicieron los preparativos para la expulsión de todos los judíos que aún permanecieran en ella. El 27 de septiembre de 1940, con la aprobación de Von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, a los judíos que habían huido a la zona no ocupada se les prohibió regresar, y todas las personas y bienes judíos tenían que ser registrados como antesala de su respectiva expulsión y expropiación. Desde el 21 de octubre de 1940, todos los comercios de judíos se tenían que señalizar como tales. Para entonces, la inscripción de los alrededor de 150.000 judíos que había en la zona ocupada se había completado en gran parte.[158] La arianización de los negocios judíos se impulsó ahora con rapidez, al tiempo que la existencia de los judíos se veía cada vez más perjudicada debido a una serie de ordenanzas que les prohibían toda una variedad de ocupaciones. Los judíos tenían prohibido entrar en bares en cuya clientela hubiese miembros de las fuerzas armadas alemanas. Y las SS empezaron a adoptar un rol cada vez más activo, dirigidas por Theodor Dannecker, el oficial responsable para la «cuestión judía» en el Servicio de Seguridad de las SS en Francia. Dannecker ordenó la detención y el internamiento en los campos de 3.733 inmigrantes judíos el 14 de mayo de 1941. El régimen de Vichy empezó también a llevar a cabo medidas de arianización siguiendo las mismas pautas, confiscando los objetos de valor y los negocios judíos. A principios de 1942, unos 140.000 judíos habían quedado inscritos, haciendo posible que las autoridades los detuviesen cuando así lo decidieran.[159] Los

preparativos para deportarlos comenzaron en octubre y noviembre de 1941, de resultas de una serie de reuniones entre Himmler y figuras importantes de la administración de la ocupación francesa, entre quienes se encontraba Abetz, en septiembre de 1941.[160]

Muchos de esos refugiados se habían opuesto al régimen nazi, y a un buen número de ellos la Gestapo les dio caza sin piedad. A un refugiado judío en particular lo aguardaba un destino singular. En junio de 1940 una unidad de la Gestapo llegó a París para capturar al joven polaco Herschel Grynszpan, cuyo asesinato allí de un diplomático alemán había sido el pretexto para lanzar el pogromo del 9 y 10 de noviembre de 1938. A Grynszpan en realidad lo habían trasladado las autoridades penitenciarias francesas a Toulouse. En el trayecto se había fugado, tal vez con la connivencia de sus captores, o quizá sólo se hubiera extraviado, pero lo sorprendente fue que poco después se presentó inesperadamente en una comisaría de policía para identificarse ante las autoridades. La Gestapo entró rápidamente en escena. Después de interrogarlo en los sótanos tristemente famosos de la calle Prinz Albrecht de Berlín, sin que quedasen dudas de sus presuntos pero de hecho puramente imaginarios patrocinadores judíos, lo llevaron al campo de concentración de Sachsenhausen, donde ingresó el 18 de enero de 1941, y parece ser que recibió un trato relativamente privilegiado. En marzo de 1941, lo trasladaron a Flossenbürg, y en octubre a la prisión de Moabit en Berlín a la espera de ser juzgado por el Tribunal Popular que presidía Otto-Georg Thierack. Entretanto, un equipo de abogados se había desplazado a París para intentar hallar pruebas en que basar la acusación, que en 1938 se esgrimió como justificación del pogromo, según la cual Grynszpan había actuado formando parte de una conspiración judía. No se obtuvo prueba alguna. Peor aún, ahora había quedado claro que el hombre contra quien había disparado, Vom Rath, era homosexual, y circulaban rumores de que los dos habían mantenido relaciones íntimas. Las acusaciones carecían de fundamento, pero el peligro de caer en el ridículo todavía era grande, por lo que Goebbels decidió abandonar la idea de juzgarlo. Grynszpan fue

trasladado a la penitenciaría de Magdeburgo en septiembre de 1942, donde al parecer murió a comienzos de 1945 sin que se sepa si concurrieron o no causas naturales.[161]

Entretanto, las tensiones estaban agudizándose en París y otras partes de la zona ocupada de Francia. Al oficial al mando del ejército en la zona ocupada, Otto von Stülpnagel, lo sustituyó el 16 de febrero de 1942 su primo Karl-Heinrich von Stülpnagel, un antisemita montaraz al que habían trasladado desde el frente oriental. El nuevo oficial al mando ordenó que las detenciones en masa de judíos y su deportación al este fueran la base de las futuras represalias. De resultas de un ataque contra soldados alemanes, la policía alemana arrestó a 743 judíos, en su mayor parte franceses, y los confinó en un campo bajo control alemán en Compiègne; junto a otros 369 prisioneros judíos, los deportaron a Auschwitz en marzo de 1942.[162] Asimismo, el 1 de junio de 1942 asumió el mando en París un nuevo jefe de las SS y la policía; otro traslado desde el este, Carl Oberg. Por último, en la zona de Vichy, el regreso de Pierre Laval para encabezar el gobierno en abril de 1942 señalaba una mayor voluntad de colaboración con los alemanes en la creencia de que ello sentaría las bases para una asociación francoalemana en la construcción de una nueva Europa después de la guerra. Con la radicalización creciente de la política alemana en lo tocante a los judíos, Laval nombró en consecuencia a un antisemita radical, Louis Darquier (que se hacía llamar, un tanto pretenciosamente, «Darquier de Pellepoix»), para que se encargara de los asuntos judíos en la zona no ocupada, con la asistencia de un nuevo jefe de policía efectivo y sin escrúpulos, René Bousquet. Fue el propio Bousquet quien pidió permiso a Heydrich, en la visita que éste hizo a Francia el 7 de mayo de 1942, para transportar al este a otros 5.000 judíos desde el campo de tránsito en Drancy. A finales de junio de 1940 ya habían partido 4.000 hacia Auschwitz.[163]

El 11 de junio de 1942, Eichmann convocó una reunión en la Oficina Central de Seguridad del Reich con los jefes de los departamentos para asuntos judíos del Servicio de Seguridad de las SS en París, Bruselas y La Haya. Se informó de que Himmler exigía el traslado de hombres y mujeres judíos desde Europa occidental para realizar trabajos, junto con un número

sustancial de los considerados no aptos para trabajar. Por razones militares no era posible deportar a más judíos de Alemania durante el verano. 100.000 iban a salir de las dos zonas francesas (más tarde quedaron reducidos a 40.000 por cuestiones de orden práctico), 15.000 lo harían de Holanda (una cifra posteriormente aumentada a 40.000 para completar en parte el déficit de los procedentes de Francia) y 10.000, de Bélgica.[164] Por entonces llevar la estrella judía se había vuelto obligatorio en la zona ocupada, dando lugar a numerosas muestras de compasión por parte de comunistas, estudiantes e intelectuales católicos franceses.[165] El 15 de julio de 1942 dieron comienzo las detenciones de judíos apátridas. La policía francesa recurrió a los archivos recopilados con anterioridad para identificar y comenzar con las detenciones de 27.000 refugiados judíos en la región de París. La extensión de la actuación llegó a tal punto que difícilmente podía seguir siendo secreta, ni siquiera en la etapa de planificación, y muchos judíos pasaron a la clandestinidad. A 17 de julio de 1942 habían detenido a poco más de 13.000. Después de enviar a todos los solteros y a las parejas sin niños al campo de tránsito de Drancy, la policía encerró a los 8.160 hombres, mujeres y niños que quedaban en el velódromo conocido como Vél d'Hiv. Por espacio de entre tres y seis días permanecieron allí, sin agua, servicios ni lecho alguno, con temperaturas de 37 grados centígrados o valores superiores, subsistiendo únicamente con uno o dos cuencos diarios de sopa. Junto con otros 7.100 judíos de la zona de Vichy, terminaron por ser enviados tras pasar por otros centros de tránsito a Auschwitz: un total de 42.500 al finalizar el año. Entre ellos había un transporte enviado el 24 de agosto de 1942 compuesto sobre todo por niños y adolescentes enfermos con edades comprendidas entre los dos y los diecisiete años que habían estado hospitalizados mientras enviaban a sus padres a Auschwitz; los gasearon a todos, 553, nada más llegar al campo.[166]

Los representantes principales de la comunidad judía francesa apenas hicieron nada para protestar contra esas deportaciones de judíos extranjeros, y menos todavía para tratar de impedirlas. Sólo cuando ya habían deportado a la mayoría, y los alemanes empezaban a centrar su atención en los judíos autóctonos franceses, empezó a cambiar su actitud.[167] El enfoque de la Iglesia católica en Francia experimentó una evolución similar. Reunidos el

21 de julio de 1942, los cardenales y los arzobispos franceses resolvieron no hacer nada para impedir la deportación de los judíos extranjeros a lo que ellos sabían que sería su muerte. Quienes protestaban eran, así lo manifestaron, enemigos del cristianismo, comunistas sobre todo. Sería erróneo hacer causa común con ellos. La carta que remitieron al mariscal Pétain el 22 de julio de 1942 se limitaba a criticar el maltrato a los prisioneros de guerra, especialmente en el Vél d'Hiv. Algunos prelados no eran tan comedidos. El 30 de agosto de 1942, el arzobispo de Toulouse, Jules-Gérard Saliège, publicó una carta pastoral afirmando con rotundidad que tanto los judíos franceses como los extranjeros eran seres humanos y no deberían subir a los trenes como ganado. Otros alentaban entre bastidores los intentos de rescate, en especial cuando se trataba de niños judíos. Pero la Iglesia católica en Francia como institución había sido por tradición profundamente conservadora, incluso monárquica en el sentimiento; y compartía en buena medida las ideas que sustentaba el régimen de Vichy. Únicamente manifestaron los cardenales y los arzobispos su oposición cuando sobre el régimen recayó la presión de reclasificar como extranjeros a todos los judíos que hubieran sido naturalizados como ciudadanos franceses desde 1927. Estaba claro, asimismo, que esta política toparía con una fuerte crítica popular, y Pétain y Laval rechazaron la propuesta en agosto de 1943. Su renuencia se vio sin duda fortalecida al tomar conciencia entonces de que Alemania iba camino de perder la guerra.[168]

El 11 de noviembre de 1942, remitiéndose simbólicamente al aniversario del armisticio que había puesto fin a la Primera Guerra Mundial, las tropas alemanas cruzaron la frontera desde la zona ocupada al área controlada por Vichy y procedieron a asumir el control de la misma. El régimen de Vichy no había logrado evitar la invasión aliada de los territorios que controlaba en el norte de África, muy especialmente Argelia, y no había duda de que sus fuerzas de combate ineficaces, que Hitler ordenó entonces disolver, no ofrecían ninguna perspectiva de defensa frente a los ataques aliados contra la costa francesa meridional desde la otra orilla del Mediterráneo.[169] Ello presagiaba un nuevo empeoramiento significativo de la situación para la población judía que quedaba en Francia. El 10 de diciembre de 1942, Himmler apuntó tras una reunión con Hitler que los dos

hombres habían acordado «judíos en Francia / 600.000-700.000/ liquidarlos».[170] Esta cifra doblaba el número de judíos que realmente se encontraban en Francia. No obstante, el mismo día, Himmler les dijo a sus subordinados: «El Führer ha dado la orden de que los judíos y otros enemigos del Reich en Francia sean detenidos y deportados del país».[171] Las deportaciones se reanudaron en febrero de 1943. Sin embargo, los esfuerzos de las autoridades alemanas para detener y deportar a los judíos franceses chocaron con dificultades crecientes. Crecía la voluntad popular de ayudarles u ocultarlos, y unos 30.000 lograron una relativa seguridad en la porción del sureste francés ocupada por Italia. En el verano de 1943, tomada la decisión de exterminar a los judíos franceses, Eichmann envió a Alois Brunner directamente desde Salónica, donde éste había hecho un trabajo similar, para reemplazar con un personal compuesto por veinticinco oficiales de las SS a los oficiales franceses al mando del campo de tránsito en Drancy. A lo largo de los meses que siguieron, la Gestapo detuvo a la mayoría de los líderes de la comunidad judía francesa y los deportó a Auschwitz o a Theresienstadt; el último tren partió hacia Auschwitz el 22 de agosto de 1944.[172] En total murieron unos 80.000 de los 350.000 judíos franceses, algo menos de la cuarta parte; ésta era una proporción muy superior a la de los demás países en Europa occidental con gobiernos en buena medida propios, como Dinamarca o Italia.[173]

El control alemán del área de Francia que antes había permanecido sin ocupar presagió el declive del régimen de Vichy. Pétain se había convertido ahora en poco más que una figura decorativa para Laval, que podía dar rienda suelta a sus ideas radicales derechistas. Cuando proclamó abiertamente su deseo de que Alemania ganase la guerra, muchos franceses se indignaron. Sin embargo, tuvo que recurrir cada vez más a la represión para imponer sus ideas. En enero de 1943, creó una nueva fuerza de policía, la milicia francesa (*Milice française*), a las órdenes de Joseph Darnand, cuyos legionarios paramilitares fascistas formaban su núcleo activo y radical. Con cerca de 30.000 miembros, todos sujetos a un código de honor que los obligaba a luchar contra la democracia, el comunismo, el individualismo y la «lepra judía», la milicia resistía más de un parecido fugaz con la Legión de San Miguel Arcángel de Corneliu Zelea Codreanu

en Rumanía. Darnand se unió a las SS y, como recompensa, la organización de Himmler empezó a procurarle dinero y armas. A Laval lo estaban desbordando por el flanco derecho, y en diciembre de 1943 los alemanes autorizaron a la milicia francesa a operar en toda Francia. Esos cambios acentuaron la impopularidad de la ocupación y el régimen de Vichy. Los problemas económicos crecientes, una rápida caída del nivel de vida y reclutamientos de mano de obra cada vez más apremiantes minaron la credibilidad del régimen todavía más. Al otro lado del Canal, en Londres, esperaba el movimiento de la Francia Libre comandado por el coronel Charles de Gaulle. En 1943 el régimen de Vichy había perdido la mayor parte de su poder, y la idea de la regeneración nacional en que el régimen había basado su llamamiento al pueblo francés había perdido su razón de ser tras asumir los alemanes el control de la zona no ocupada.[174]

## II

En Bélgica, el caos que acompañó a la invasión alemana era tal que a la mayoría de la población lo único que le preocupaba era recuperar algún tipo de normalidad. Dos millones de belgas, una quinta parte de la población, habían huido hacia el sur, a Francia, cuando se produjo la irrupción de las fuerzas alemanas, y a pesar de la relativa brevedad del conflicto, la acción militar ocasionó daños materiales considerables. Vista desde Bélgica, la situación parecía muy distinta de cómo se veía al otro lado del Canal. Los belgas veían al rey Leopoldo III, cuya precipitada rendición había despertado las iras de Londres, como una figura unificadora, y su presencia en Bruselas durante la guerra, aunque se hallara recluido, constituyó un elemento esencial para la unidad nacional. El gobierno, que había huido a Londres, fue culpado de la derrota junto con el Parlamento. El orden anterior a la guerra resultaba impopular incluso para los pequeños grupos de extrema izquierda y extrema derecha que intentaron, con poco éxito, resistir a la ocupación alemana. Dada la importancia de la costa belga como un punto desde donde lanzar una posible invasión de Gran Bretaña, ya fuese en 1940 o en algún momento en el futuro, Hitler decidió dejar a los militares al mando, al igual que lo estaban en los departamentos franceses del Nord y el

Pas-de-Calais. Ello condujo a una forma de ocupación diferente y en alguna medida más suave de lo que podría haber sido si un comisario nazi se hubiese hallado al mando. Desde el punto de vista alemán, el rol de la industria pesada belga era también importante para la economía de guerra, de modo que era vital no ganarse la enemistad de la población obrera. La clase dominante belga, la administración pública, los abogados, los industriales, la Iglesia, así como los líderes políticos que no habían partido al exilio, trabajaron en general para la administración militar alemana con el fin de tratar de mantener la paz y la calma y conservar el orden social existente. La inmensa mayoría de los belgas corrientes no vio más alternativa que hacer otro tanto, estableciendo cuantos acuerdos creyeron necesarios con las fuerzas ocupantes.[175]

Los ocupantes alemanes tendían asimismo a ver a los habitantes flamencos de Bélgica como nórdicos en su constitución racial, y sostenían la misma idea en relación con la inmensa mayoría de los habitantes de Holanda. A largo plazo, de hecho, estaba prevista la incorporación de Holanda al Reich. En consecuencia, la administración alemana era relativamente conciliadora, y trataba de no despertar antipatías en la población. En todo caso, al igual que en Bélgica, se culpó en general de la derrota al orden existente antes de la guerra, y la gran mayoría de los holandeses prácticamente no vieron más alternativa que aceptar la ocupación, al menos a corto y medio plazo. Lo mejor que podía hacerse parecía ser alcanzar un *modus vivendi* con los alemanes y esperar a ver el curso de los acontecimientos a largo plazo. La reina Guillermina y el gobierno habían huido al exilio en Londres, de forma que se importó un gobierno civil bajo la dirección del político austríaco Arthur Seyss-Inquart, quien procedió a nombrar a colegas austríacos para todos los altos cargos civiles, excepto uno. Por añadidura, el jefe de las SS y la policía alemana en Holanda, Hanns Rauter, también era austríaco. La administración militar, dirigida por un general de la fuerza aérea, era relativamente débil. De manera que los designados por el Partido Nazi y las SS contaban con un margen de maniobra mucho mayor que sus homólogos en Bélgica para imponer políticas extremas. En ausencia de un gobierno holandés, Seyss-

Inquart publicó una sarta de edictos y requerimientos judiciales, y estableció un control exhaustivo sobre la administración. Las consecuencias de ello no tardarían en manifestarse.[176]

Había 140.000 judíos viviendo en Holanda cuando las fuerzas armadas alemanas la invadieron en 1940, de los cuales 20.000 eran refugiados extranjeros. Los judíos holandeses autóctonos pertenecían a una de las comunidades judías más antiguas de Europa, y el antisemitismo era relativamente limitado en cuanto a su extensión e intensidad antes de la ocupación alemana. Sin embargo, la firme posición de los nazis y en especial de los altos mandos de las SS en ausencia de un gobierno holandés, y las convicciones antisemitas de la práctica totalidad de la administración austríaca de la ocupación, confirieron un impulso radical a la persecución de los judíos holandeses. Además, irónicamente, habida cuenta de que Hitler y los nazis dirigentes consideraban a los holandeses como quintaesencialmente arios, la necesidad de eliminar a los judíos de la sociedad holandesa se revelaba particularmente urgente. La administración alemana empezó casi de inmediato a establecer medidas antijudías, limitando la participación judía en los empleos públicos, y luego, en noviembre de 1940, poniendo fin a la misma. Había que inscribir en un registro los comercios judíos, y otro tanto se hizo el 10 de enero de 1941 con los individuos que fueran judíos (con criterios parecidos a los de las Leyes de Núremberg). Con la inevitable aparición de un Partido Nazi holandés autóctono, las tensiones comenzaron a agravarse, y cuando los dueños judíos de una heladería en Amsterdam agredieron a una pareja de policías alemanes tras confundirlos con nazis holandeses, las fuerzas alemanas rodearon el barrio judío de la ciudad y detuvieron a 389 hombres jóvenes, a los que deportaron a Buchenwald y luego a Mauthausen. Únicamente sobrevivió uno de ellos. Se multiplicaron las protestas de profesores universitarios holandeses y las Iglesias Protestantes (excepto los luteranos) ante las políticas antisemitas de los ocupantes. El Partido Comunista holandés declaró una huelga general que prácticamente paralizó Amsterdam el 25 de febrero de 1941. Las autoridades alemanas ocupantes respondieron con una represión masiva y violenta, en el transcurso de la cual mataron a varios de los manifestantes, y la huelga tuvo un rápido final.

Otros 200 judíos jóvenes, en esta ocasión refugiados procedentes de Alemania, fueron localizados, detenidos y enviados a la muerte a Mauthausen después de que un pequeño grupo de resistentes lanzase un ataque audaz pero inútil contra el centro de comunicaciones de la fuerza aérea alemana el 3 de junio de 1941.[177]

La situación de los judíos holandeses se hizo verdaderamente catastrófica tras la conferencia de Eichmann del 11 de junio de 1942. Ya el 7 de enero de ese año, cumpliendo órdenes alemanas, el Consejo Judío de Amsterdam, responsable de los judíos de todo el país desde el mes de octubre anterior, empezó a mandar a los judíos que carecían de empleo a los campos de trabajo de Amersfoort y otros lugares. Dirigidos principalmente por nazis holandeses, los campos se convirtieron enseguida en centros de torturas y abusos de triste fama. Otro campo, en Westerbork, donde estaban detenidos refugiados germano-judíos, se convirtió en el centro de tránsito principal para los deportados no holandeses al este, mientras que a los judíos holandeses los congregaban en Amsterdam antes de subirlos a trenes con destino a Auschwitz, Sobibor, Bergen-Belsen y Theresienstadt. Tras la introducción de una nueva legislación antisemita, que recogía una versión holandesa de las Leyes de Núremberg, y la obligación de llevar la estrella judía desde principios de mayo de 1942, se hizo más sencillo identificar a los judíos en Holanda. El peso principal en materia de detenciones, confinamientos y deportaciones de los judíos recaía sobre la policía holandesa, que participaba gustosamente y, en el caso de una fuerza compuesta por 2.000 hombres a título de auxiliares voluntarios de la policía reclutados en mayo de 1942, con una violencia considerable. Siguiendo el procedimiento habitual, la policía alemana de seguridad en Amsterdam —unos 200 hombres en total— obligó a cooperar en el proceso de las deportaciones al Consejo Judío, en buena parte porque permitían que éste estableciese las categorías de judíos que quedarían exentos. La corrupción y el favoritismo se extendieron con rapidez a medida que los judíos holandeses, en su desesperación, utilizaban cualquier medio a su alcance para obtener el sello codiciado en sus tarjetas de identidad que les concedía inmunidad. Esa inmunidad no estaba al alcance de los judíos no holandeses, en su mayor parte refugiados procedentes de Alemania, muchos de los

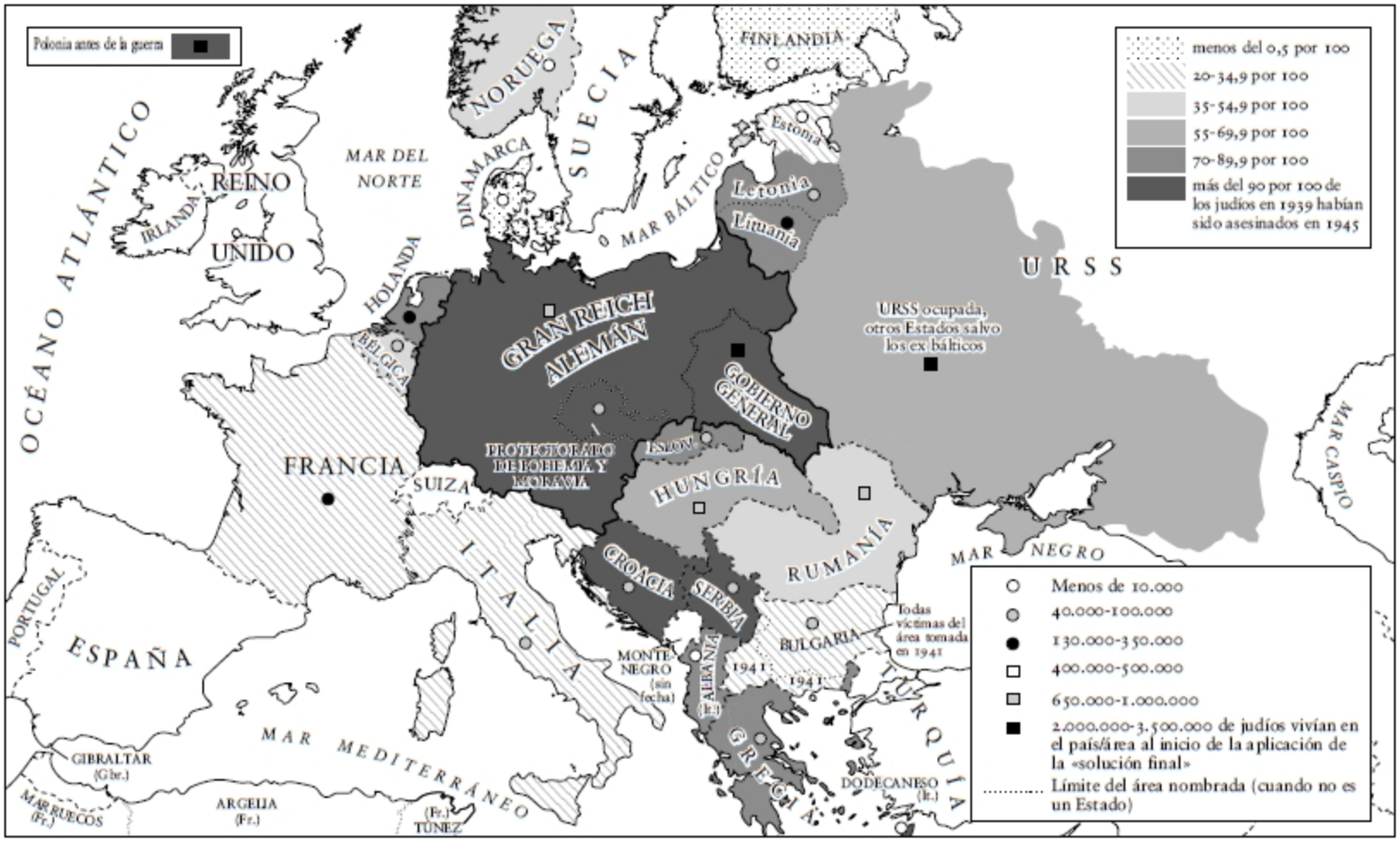
cuales, por consiguiente, optaron por ocultarse; entre ellos, la familia germano-judía Frank, cuya hija adolescente, Anne, conservó un diario que saltó a la fama cuando fue publicado después de la guerra.[178]

Dos miembros del Consejo Judío se las arreglaron para destruir los archivos de hasta un millar de niños judíos en su mayor parte de la clase obrera que se encontraban en un orfanato central y los ocultaron. Sin embargo, la ayuda de la gran mayoría de la población holandesa no estaba por llegar de forma inminente. La administración pública y la policía estaban habituadas a trabajar con los ocupantes alemanes, y adoptaban una postura estrictamente legalista de las órdenes que se les pedía que aplicaran. Los líderes de las iglesias católica y protestantes enviaron una protesta conjunta a Seyss-Inquart el 11 de julio de 1942, oponiéndose no sólo al asesinato de los judíos conversos al cristianismo, sino también al de los judíos no bautizados, la inmensa mayoría. Cuando el obispo católico de Utrecht, Jan de Jong, se negó a ceder ante la intimidación de las autoridades alemanas, la Gestapo detuvo a todos los católicos judíos a los que pudo encontrar, y envió a noventa y dos de ellos a Auschwitz. No obstante, pese a este enfrentamiento, ni las iglesias ni el gobierno holandés en el exilio hicieron nada para movilizar a la población contra las deportaciones. Tampoco tuvieron efecto las informaciones que, a propósito de los campos de la muerte, enviaban a Holanda voluntarios holandeses de las SS, así como dos presos políticos holandeses a los que habían liberado de Auschwitz. Entre julio de 1942 y febrero de 1943 fueron cincuenta y tres los trenes que partieron de Westerbork, llevando un total de cerca de 47.000 judíos a Auschwitz; 266 de ellos sobrevivieron a la guerra.[179] En los meses que siguieron, a otros 35.000 los llevaron a Sobibor, de los cuales únicamente sobrevivieron diecinueve. En ese período, un tren cargado con 1.000 judíos salía los martes del campo de tránsito de Westerbork todas las semanas, y a más largo plazo fueron más de 100.000 los deportados para morir hasta el final de la guerra.[180] La administración nazi en Holanda fue más allá en su antisemitismo que cualquier otra en Europa occidental, reflejando en buena medida la fuerte presencia de austríacos entre sus altos dirigentes. Seyss-Inquart incluso procedió a la esterilización de los

compañeros judíos en los 600 matrimonios llamados mixtos registrados en Holanda, una política debatida pero que nunca se llevó a la práctica en la propia Alemania.[181]

El contraste con la vecina Bélgica era llamativo. Entre 65.000 y 75.000 judíos vivían en Bélgica al principio de la guerra, todos ellos inmigrantes y refugiados excepto un 6 por 100. El gobierno militar alemán publicó un decreto el 28 de octubre de 1940 obligándolos a inscribirse ante las autoridades, y pronto los judíos autóctonos sufrieron el despido en la administración pública, la justicia y los medios de comunicación, mientras se ponía en marcha el registro y la arianización de todos los bienes judíos de valor. El movimiento nacionalista flamenco prendió fuego a las sinagogas en Amberes en abril de 1941 tras la exhibición de una película antisemita.[182] Sin embargo, el gobierno militar alemán informó de que entre los belgas corrientes la comprensión de la cuestión judía era escasa, y temía reacciones hostiles en caso de que hubiese que detener a los judíos belgas autóctonos. Según parecía, eran considerados como belgas por la mayor parte de la población. Himmler se mostró dispuesto por el momento a aceptar un aplazamiento de la deportación de los judíos belgas, y cuando el primer tren partió a Auschwitz el 4 de agosto de 1942 contenía únicamente judíos extranjeros. En noviembre de 1942 habían deportado a cerca de 15.000. Por entonces, sin embargo, una organización clandestina judía recientemente constituida había entrado en contacto con la resistencia belga, en cuya ala comunista ya había numerosos judíos extranjeros, y dio comienzo una operación amplia para ocultar a los judíos que quedaban en el país; muchas instituciones católicas locales tuvieron también un papel importante en la ocultación de los niños judíos. En Holanda, por otra parte, los líderes de la comunidad judía fueron menos activos para ayudar a los judíos a pasar a la clandestinidad. También es muy posible que el hecho de que la monarquía belga, el gobierno y la administración pública y policial hubieran permanecido en el país procurara una protección contra el celo genocida de los ocupantes nazis, como también el control efectivo de Bélgica por parte del ejército alemán, a diferencia de la dominación que el comisario nazi Seyss-Inquart y las SS ejercieron en Holanda. Ciertamente, la policía belga estuvo menos dispuesta a ayudar en la detención de judíos

de lo que estuvieron sus colegas en Holanda. A consecuencia de todo ello, sólo deportaron a 25.000 judíos desde Bélgica a las cámaras de gas de Auschwitz; otros 25.000 lograron esconderse. En total, los nazis asesinaron al 40 por 100 de los judíos belgas, una cifra de por sí atroz; en Holanda, no obstante, el porcentaje alcanzó el 73 por 100, o 102.000 de un total de 140.000.[183]




14. El exterminio de los judíos europeos.

## III

Para la consecución del propósito declarado por Hitler de librar Europa de judíos, Heinrich Himmler, puntillosamente concienzudo, prestó también atención a Escandinavia, donde el número de judíos era tan pequeño que prácticamente no tenían importancia política o económica, y el antisemitismo autóctono estaba bastante menos extendido que en otros países de Europa occidental. Incluso visitó Helsinki en julio de 1942 con el fin de intentar convencer al gobierno, aliado del Tercer Reich, para que entregase a los alrededor de 200 judíos extranjeros que vivían en Finlandia. Cuando la policía finlandesa empezó a confeccionar un listado, se propagaron las noticias de detenciones inminentes y se alzaron voces en protesta tanto dentro del gobierno como fuera de él. Finalmente la cifra se redujo a ocho (cuatro alemanes y un estonio, con sus familias), deportados a Auschwitz el 6 de noviembre de 1942. Los mataron a todos excepto a uno. Los aproximadamente 2.000 judíos finlandeses autóctonos no se vieron afectados, y después de que el gobierno finlandés le asegurase a Himmler que no había «cuestión judía» en el país, éste renunció a todo empeño por conseguir que los entregaran a las SS.[184]

En Noruega, sometida a una ocupación alemana directa, la tarea de Himmler era más sencilla. El rey y el gobierno elegidos antes de la guerra habían partido al exilio en Gran Bretaña, desde donde enviaban regularmente mensajes por radio a la población. La resistencia a la invasión alemana había sido tenaz, y la instauración de un gobierno títere a las órdenes del fascista Vidkun Quisling no había conseguido propiciar un apoyo popular masivo a la colaboración con los ocupantes alemanes tal y como el propio Quisling había prometido. La escasez creciente de comida y materias primas, como sucedía en toda Europa occidental, había contribuido poco a lograr el apoyo de la población. La mayoría de noruegos seguían oponiéndose a la ocupación alemana, pero por el momento eran incapaces de hacer gran cosa al respecto. Entre bastidores, el país estaba realmente gobernado por el comisario del Reich Josef Terboven, el líder regional del Partido Nazi en Essen. Había alrededor de 2.000 judíos en Noruega, y en julio de 1941 el gobierno de Quisling los apartó de la administración del

Estado y el ejercicio profesional. En octubre de 1941, arianizaron sus propiedades. Poco después, en enero de 1942, el gobierno de Quisling ordenó inscribir en un registro a los judíos conforme a lo establecido por las Leyes de Núremberg. Sin embargo, en abril de 1942, admitiendo el fracaso de Quisling para ganarse el apoyo de la gente, los alemanes destituyeron su gobierno y Terboven empezó a gobernar directamente. En octubre de 1942, las autoridades alemanas ordenaron la deportación de los judíos de Noruega. El 26 de octubre, la policía noruega empezó a detener a los hombres judíos, tras lo cual procedieron a la detención de las mujeres y los niños el 25 de noviembre. El 26 de noviembre enviaron por barco a Stettin a 532 judíos, a los que siguieron otros; en total, deportaron a 770 judíos noruegos, de los que 700 terminaron gaseados en Auschwitz. Sin embargo, 930 lograron escapar a Suecia y los demás sobrevivieron ocultos o fugados de una u otra forma.[185] Una vez que las deportaciones de judíos desde Noruega dieron comienzo, el gobierno sueco decidió conceder asilo a todos los judíos que llegasen al país procedentes de otros lugares de Europa.[186] La Suecia neutral adoptaba en ese momento un rol significativo a favor de aquellos que pugnaban por detener el genocidio. El gobierno sueco estaba ciertamente muy bien informado acerca de todo ello. El 9 de agosto de 1942, su cónsul en Stettin, Karl Ingve Vendel, que trabajaba para el servicio secreto sueco y tenía buenos contactos con miembros de la resistencia contra los nazis en el estamento militar alemán, cumplimentó un informe extenso que ponía de manifiesto que a los judíos los estaban gaseando en gran número en el Gobierno General. Las autoridades continuaron concediendo asilo a los judíos que cruzasen la frontera sueca, pero se negaron a tomar cualquier iniciativa para acabar con los asesinatos.[187]

Hitler consideraba como arios a los daneses, al igual que a los suecos y a los noruegos; a diferencia de estos últimos, los daneses no habían ofrecido una resistencia digna de tal nombre a la invasión alemana en 1940. Era además importante mantener en calma la situación en Dinamarca para que mercancías vitales pudiesen circular de un lado a otro sin obstáculos entre Alemania y Noruega y Suecia. La importancia estratégica de Dinamarca, que controlaba un trecho significativo de la costa situada frente a Inglaterra, era crucial. Por todas esas razones, el gobierno y la administración daneses

permanecieron en gran medida intactos hasta septiembre de 1942, cuando el rey Christian X enojó considerablemente a Hitler al responder al mensaje de felicitación de cumpleaños que éste le envió con un laconismo que únicamente se podía interpretar como una grosería. Ya enojado por el grado de autonomía que mostraba el gobierno danés, un Hitler iracundo sustituyó de inmediato al oficial militar alemán al mando en el país, dando instrucciones a su sucesor para que siguiera una línea más dura. Más significativamente, nombró al alto oficial de las SS Werner Best como plenipotenciario del Reich el 26 de octubre de 1942. Por entonces, sin embargo, Hitler se había calmado, y Best era plenamente consciente de la necesidad de no molestar a los daneses, a su gobierno o a su monarquía con un exceso de severidad. Por consiguiente, y un tanto inesperadamente, Best se rigió para empezar por una política de flexibilidad y moderación. Durante algunos meses, incluso instó a la prudencia en relación con la política en lo tocante a los judíos daneses, de los que se contaban unos 8.000, y poco se hizo al respecto aparte de adoptar medidas menores de discriminación ante las cuales los líderes de la comunidad judía no protestaron.[188]

Pero cuando la suerte militar de Alemania empezó a declinar, los actos de resistencia en Dinamarca comenzaron a multiplicarse. Los sabotajes, las huelgas y varios tipos de disturbios se habían extendido en el verano de 1943. Hitler ordenó la declaración de la ley marcial, y a ello siguió poco después la renuncia del gobierno danés a mantener su cooperación. Era claro que no había posibilidad de formar una administración alternativa más dispuesta que tomase su lugar, aunque éste era el rumbo preferido por Ribbentrop, el ministro alemán de Asuntos Exteriores. Best maniobró entonces para asumir todo el poder, usando al funcionariado danés para aplicar su propio gobierno personal. Para ello, Best precisaba de un aumento enorme de las competencias policiales, y el modo de lograrlo le parecía obvio: la aplicación de la deportación largo tiempo aplazada de los judíos daneses. El 17 de septiembre de 1943, Hitler le dio su aprobación, refrendando la orden de deportación el 22 de septiembre de 1943. En su mente, los judíos eran responsables en cualquier caso de que la resistencia danesa se recrudeciera, y eliminarlos sería crucial para acabar con ella. La

rapidez y la sorpresa eran vitales. Pero las noticias de la inminencia de las detenciones empezaron a filtrarse. El gobierno sueco, a quien su embajador en Copenhague le había comunicado la fecha, hizo público un ofrecimiento para conceder asilo a todos los judíos daneses, que consiguientemente empezaron a ocultarse. En un país donde el colaboracionismo era débil y apenas existía un antisemitismo autóctono, a Best le pareció entonces que una acción policial sería contraproducente. Para peinar el terreno la policía necesitaba probablemente semanas y daría pie a un mayor enojo de la gente. Best intentó, infructuosamente, que Berlín suspendiera la operación. Así que él mismo se aseguró de que la fecha planeada para la operación, el 2 de octubre de 1943, se filtrara cuanto fuera posible. El 1 de octubre de 1943, después de numerosos preparativos en secreto, los daneses de cualquier parte y en cualquier situación actuaron conjuntamente para enviar por barco a alrededor de 7.000 judíos que cruzaron el estrecho para alcanzar Suecia y la seguridad. Sólo detuvieron a 485 al día siguiente, el de la «operación». Best medió ante Eichmann para asegurarse de que llevasen a casi todos los detenidos no a Auschwitz, sino a Theresienstadt, donde la gran mayoría de ellos sobrevivió a la guerra.[189]

Best presentó su actuación como un triunfo para la política alemana. «Dinamarca —escribió al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán— ha sido liberada de judíos, puesto que aquí ya no quedan más judíos en activo y con residencia legal que caigan bajo los decretos pertinentes».[190] Su acción no estuvo guiada por consideraciones morales de ninguna clase, sino por un cálculo de poder político dentro del contexto general de un antisemitismo virulento y asesino propagado y aplicado por las SS, organización a la cual él mismo pertenecía. Ya estaba claro que la ley marcial pronto finalizaría, y, cuando ello ocurrió, Best instituyó un régimen de lo que podría denominarse terror entre bastidores, en el cual él proclamaba en público la continuación de un enfoque flexible, pero —cumpliendo las órdenes de Hitler para tomar represalias— utilizaba bandas armadas clandestinas, incluyendo a veces a hombres de las SS vestidos como civiles, para matar a aquellos a quienes él creyera más responsables de la campaña creciente de sabotajes contra las instalaciones militares y económicas alemanas. Su política tuvo poco éxito: de hecho, el 19 de abril

de 1944 mataron a su propio chófer. A medida que la situación amenazaba con deteriorarse hasta llegar a un estado de guerra civil abierta, y Copenhague parecía estar convirtiéndose en una versión europea de Chicago en la década de 1920, Best dio marcha atrás nuevamente. Ignorando las órdenes de Hitler y Himmler, instando a celebrar procesos judiciales con fines propagandísticos y ejecutar en el acto a los sospechosos, dictó ejecuciones individuales, pero ni siquiera después de una huelga masiva en Copenhague se mostró dispuesto a aplicar una política de contraterrorismo a gran escala. Sin embargo, desde la perspectiva danesa apenas había diferencia entre las dos políticas. Como señaló Ulrich von Hassell el 10 de julio de 1944, después de reunirse con un amigo destinado en Dinamarca, Best era «un hombre muy sensato». «El asesinato de soldados alemanes o de daneses afines a los alemanes no se compensa con la tortura o el fusilamiento de un rehén. En cambio, se aplica una simple política de asesinatos en venganza, es decir, se mata a unos cuantos daneses inocentes. Hitler quería una proporción de 5 a 1; Best la redujo a 2 a 1. El odio creado en todas partes no tiene límites».[191] El efecto era, así pues, el mismo. La vida normal continuó en Dinamarca a su manera, con la administración pública manteniendo su funcionamiento, pero el dominio de los ocupantes alemanes sobre el país se fue debilitando paulatinamente. Y aunque Best se había vuelto atrás en su instrumentalización de la «política judía» para abandonar las formas existentes de colaboración e implantar un régimen de terror desnudo, éste se iba a introducir en otros países con un efecto mortífero.[192]

Al mismo tiempo, proseguía en toda la Europa ocupada la persecución obsesiva de la población judía, con independencia de la utilidad económica o de otra clase que tuviese su exterminio. Un buen ejemplo claro era Grecia, donde había una comunidad judía numerosa, 55.000 en la zona de la ocupación alemana, 13.000 en el área controlada por los italianos, cuya renuencia a cooperar con las medidas antisemitas frustró las ambiciones de la Oficina Central de Seguridad del Reich hasta 1943. Sin embargo, en 1942 el ejército alemán empezó a reclutar a hombres judíos para proyectos que requerían mano de obra forzada, y en febrero de 1943 se convirtió en obligatorio llevar la estrella judía. A la numerosa población judía de la

ciudad septentrional de Salónica la trasladaron como ganado a un distrito en ruinas de la ciudad como antesala para la deportación. Entretanto, altos funcionarios del departamento de Eichmann habían llegado a Salónica para preparar la operación, Alois Brunner entre ellos. El 15 de marzo de 1943 salió el primer tren con 2.800 judíos a bordo; en el curso de unas pocas semanas les siguieron otros hasta que 45.000 de los 50.000 residentes judíos de la ciudad habían sido enviados a Auschwitz, donde mataron a la mayoría inmediatamente después de su llegada. Desprevenidos, y mal informados o no informados en absoluto de lo que se hacía en Auschwitz, no opusieron resistencia; ni existía ninguna organización griega que pudiese haberse ofrecido a ayudarles. El líder de la comunidad religiosa en Salónica, el rabino Zwi Koretz, se limitó a intentar disipar los temores de su congregación. Frente a las protestas del representante de la Cruz Roja en Atenas, René Burckhardt, tuvo éxito una petición alemana presentada ante las oficinas centrales de la organización para que lo trasladasen de vuelta a Suiza. El cónsul italiano en Salónica, Guelfo Zamboni, apoyado por el embajador en Atenas, intervino para intentar obtener el mayor número de exenciones que pudiera, pero únicamente pudo salvar a un total de 320 de los judíos de Salónica. Entretanto, los alemanes arrasaron el cementerio judío y emplearon las lápidas para pavimentar nuevas carreteras en la zona.[193]

Transcurrieron algunos meses antes de que las deportaciones pudieran extenderse a la capital, puesto que la lista de integrantes de la comunidad judía había quedado destruida. No obstante, el 23 de marzo de 1944, detuvieron y deportaron a Auschwitz a 800 judíos que se habían congregado en la sinagoga principal después de que las autoridades alemanas hubieran prometido repartir pan para la Pascua judía; y en el transcurso de julio de 1944, los alemanes detuvieron a las comunidades judías minúsculas que vivían en las islas griegas, incluyendo a noventa y seis personas de Kos y a 1.750 de Rodas, a cuyos miembros enviaron por barco al continente e igualmente los deportaron a Auschwitz.[194] Como en el caso de Finlandia, el carácter obsesivo con que las SS, secundadas por las autoridades civiles y militares alemanas presentes en el lugar, cazaron a los últimos judíos para

llevarlos a la muerte al margen de toda justificación militar o económica constituyó un crudo testimonio de la primacía del pensamiento antisemita en la ideología del Tercer Reich.

## IV

La situación de las poblaciones judías de los países aliados de la Alemania nazi era compleja y se modificó a medida que lo hacía la suerte de la guerra. En algunos de ellos, el antisemitismo autóctono era fuerte, y en el caso de Rumanía, como hemos visto, condujo a pogromos y a matanzas a gran escala. No obstante, a mediados de 1942 el dictador rumano Ion Antonescu estaba empezando a pensárselo dos veces en lo relativo al exterminio de los judíos rumanos, que constituían una parte extensa de las clases profesionales del país. Las mediaciones de EE.UU., la Cruz Roja, el gobierno turco, la reina madre de Rumanía, el metropolitano ortodoxo de Transilvania y el nuncio apostólico empezaron a tener efecto en el dictador. Existe también alguna evidencia de que judíos rumanos ricos habían sobornado a Antonescu y a algunos de sus funcionarios para posponer su deportación. Además, entre bastidores, intelectuales, profesores universitarios, maestros de escuela y otros rumanos recordaban enérgicamente a Antonescu que Rumanía era el único país europeo al margen de Alemania que había llevado a cabo por iniciativa propia un exterminio a gran escala de los judíos. Cuando la guerra hubiese terminado, y los alemanes, como por entonces parecía cada vez más probable para muchas de las principales figuras rumanas, hubieran resultado derrotados, ello haría peligrar las reclamaciones rumanas sobre el norte de Transilvania, puesto que en diciembre de 1942 Churchill y Roosevelt declararon como un objetivo de guerra de los aliados imponer sanciones a aquellos países que hubiesen perseguido a los judíos. En un primer momento, Antonescu había accedido a la petición alemana de permitir la deportación a la Polonia ocupada no sólo de los judíos rumanos que vivían en Alemania o en la Europa bajo ocupación alemana, sino también de los 300.000 judíos que quedaban en la propia Rumanía. Pero Antonescu, a pesar de su historial de limitación de la igualdad civil de los judíos y otras muchas cosas, estaba

enojado por los reiterados intentos alemanes de que les entregara a los que eran, después de todo, ciudadanos rumanos. Advertido por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán de que representaban una seria amenaza, siguió mostrándose indeciso. Después de emplear durante un tiempo tácticas dilatorias, Antonescu detuvo primero la deportación de judíos a Transnistria, y a finales de 1943 empezó a repatriar a los deportados supervivientes de vuelta a su tierra natal rumana.[195] Hitler no renunció a tratar de convencerle para que reanudase el genocidio, advirtiéndole todavía el 5 de agosto de 1944 de que si Rumanía era derrotada no podía esperar que los judíos rumanos la defendieran o hicieran otra cosa que no fuese instaurar un régimen comunista.[196] Pero Antonescu ya no estaba dispuesto a escucharle.

Las preocupaciones en materia de soberanía también eran decisivas en Bulgaria, donde el rey Boris se negó a entregar a las SS a los judíos del país tras la amplia protesta popular contra el plan. Aún había en funcionamiento un parlamento en el país que imponía límites a la libertad de acción de la monarquía autoritaria, y los diputados protestaron enérgicamente contra la deportación de ciudadanos búlgaros, a pesar de haber cedido antes a la presión alemana con la introducción de una legislación antisemita. En los territorios anexionados de Tracia y Macedonia se privó de su ciudadanía a 11.000 judíos, a quienes detuvieron y entregaron a los alemanes para que acabaran con ellos. Con todo, en Bulgaria, donde la minoría judía era poco numerosa, el antisemitismo endémico no abundaba. La indignación se extendió cuando un funcionario antisemita con un exceso de celo incluyó a 6.000 judíos del Reino de Bulgaria anterior a la guerra en una lista con vistas a deportarlos junto a otras personas. La iglesia ortodoxa intervino para proteger a los judíos declarando que Bulgaria recordaría con vergüenza la guerra si los deportaba. En una visita a Alemania efectuada el 2 de abril de 1943, el rey Boris explicó a Ribbentrop, el ministro de Exteriores, que a los 25.000 judíos que quedaban en Bulgaria los confinarían en campos de concentración en lugar de entregarlos a los alemanes. Ribbentrop insistió en que a su juicio únicamente «la solución más radical era la acertada». Pero se vio obligado a admitir que no podía hacerse ninguna otra cosa.[197]

De un modo similar, el gobierno húngaro, que había nacionalizado las tierras pertenecientes a los judíos y comenzado las discusiones con el gobierno alemán acerca de la deportación de los judíos húngaros, empezó asimismo a hallar excusas para no cooperar con las peticiones cada vez más insistentes del Ministerio de Exteriores alemán. En octubre de 1942, el regente húngaro y jefe de Estado efectivo, Miklós Hórthy, y su primer ministro, Miklós Kalláy, rechazaron una solicitud alemana para que los judíos húngaros se pusieran la estrella judía. Al tiempo que Hitler no quería ofender a Rumanía o Bulgaria, se sentía cada vez más enojado con el fracaso de Hungría para entregar a su población judía de 800.000 personas al exterminio y en lo tocante a la confiscación de sus objetos de valor. Además, en la creencia de que Alemania iba camino de perder la guerra, Hórthy estaba ahora retirando tropas del ejército bajo mando alemán en el frente oriental. En consecuencia, el 16 y el 17 de abril de 1943 Hitler se reunió con Hórthy cerca de Salzburgo, en presencia del ministro de Exteriores, Ribbentrop, para presionarlo a propósito de estos asuntos. Entre otras cosas, Hórthy dejó claro durante la discusión del primer día que cualquier solución húngara de la «cuestión judía» tendría que tener en cuenta las circunstancias específicas de Hungría. Consternados ante la renuencia de Hórthy a acceder a su petición, Hitler y Ribbentrop volvieron al tema el segundo día. Ambas partes dejaron en ese momento de lado los circunloquios diplomáticos. De acuerdo con las actas del intérprete, Ribbentrop le dijo a Hórthy «que los judíos han de ser o bien aniquilados, o bien trasladados a campos de concentración. No hay otro camino». Hitler intervino enérgicamente con una serie de argumentos más extensos:

> Donde los judíos estuvieron abandonados a su suerte, como por ejemplo en Polonia, habían regido la más espantosa pobreza y la degeneración. No eran más que puros parásitos. En Polonia era evidente este estado de cosas. Si no podían trabajar, tenían que perecer. Había que tratarlos como a los bacilos de la tuberculosis, los cuales podían infectar un cuerpo sano. Esto no era una crueldad si se recordaba que había que sacrificar incluso a criaturas inocentes de la naturaleza, como las liebres y los ciervos, para no ocasionar males. ¿Por qué habría que tener mayor compasión con las bestias que querían traernos el bolchevismo? Las naciones que no se desembarazaron de los judíos perecieron.[198]

Sin embargo, Hórthy no cambió de opinión. Pronto pagaría el precio de su intransigencia.

El pequeño Estado católico y predominantemente agrario de Eslovaquia, constituido como Estado autónomo tras el Pacto de Múnich de 1938, había estado gobernado desde marzo de 1939, cuando se había hecho nominalmente independiente, por el sacerdote católico Jozef Tiso, como presidente, y el profesor de Derecho y nacionalista radical Vojtech Tuka, como jefe de gobierno. El ala extremista, que Tuka lideraba, del movimiento nacionalista se había ido aproximando paulatinamente al nacionalsocialismo y podía contar con una fuerza paramilitar conocida como la Guardia Hlinka, que tomaba su nombre del sacerdote Andrej Hlinka, quien había estado alentando desde hacía tiempo el crecimiento del nacionalismo eslovaco. Hitler, en una reunión con Tiso, Tuka y el ministro del Interior, Mach, el 28 de julio de 1940, les dijo que hicieran entrar en vigor una legislación para ocuparse de la pequeña minoría judía de Eslovaquia: 80.000 personas, que conformaban el 3,3 por 100 de la población total del país. Ellos aceptaron el nombramiento del oficial alemán de las SS Dieter Wisliceny como su asesor oficial en materia de asuntos judíos, y poco después de su llegada a la capital eslovaca, Bratislava, el gobierno comenzó un programa exhaustivo de expropiaciones de la población judía, apartando a los judíos de la vida económica, suprimiendo sus derechos civiles y reclutándolos para programas de trabajos forzados. A los judíos eslovacos los obligaron a ponerse la estrella judía nada más introducirse la medida en el Reich. En el espacio de unos pocos meses, la población judía del país se había visto ampliamente reducida a un estado de indigencia. A principios de 1942, en respuesta a la solicitud del gobierno alemán de 20.000 obreros eslovacos para la industria alemana de las armas, el gobierno ofreció en cambio a 20.000 obreros judíos. El asunto pasó así a las manos de Eichmann, quien decidió que podrían utilizarlos para construir el campo de exterminio en Auschwitz-Birkenau. Eichmann propuso también llevarse a sus familias o, en otras palabras, asegurar, de una manera que iba a hacerse costumbre, que a los hombres que pudiesen trabajar los reclutarían para programas de trabajo a su llegada al campo, y a quienes no pudieran trabajar los conducirían sin preámbulos a las cámaras de gas. El 26

de marzo de 1942, la Guardia Hlinka, ayudada por unidades compuestas por individuos de ascendencia alemana, hizo subir a vagones para animales y sin escatimar golpes e insultos a 999 mujeres jóvenes judías eslovacas y las trasladaron a Auschwitz. No tardaron en seguirlas más hombres, mujeres y niños. Insólitamente, el gobierno eslovaco pagaba 500 Reichsmarks a las autoridades alemanas por cada judío «improductivo» para cubrir los costes de transporte y como compensación por permitirles mantener la propiedad de los mismos. Eichmann aseguró a los eslovacos que ninguno de los deportados regresaría jamás. Y de hecho a finales de junio de 1942 habían sido ya deportados unos 52.000 judíos eslovacos, bastante más de la mitad de toda la población judía del país, en su inmensa mayoría a Auschwitz; ni siquiera los que se salvaron para trabajar en los proyectos de construcción en Birkenau vivieron mucho tiempo.[199]

Por entonces, no obstante, las deportaciones, puestas en marcha, conviene recordarlo, a iniciativa del propio gobierno eslovaco y no en respuesta a ninguna solicitud de los alemanes, estaban topándose con dificultades. Ante las escenas penosas y violentas en las cocheras de los ferrocarriles, cuando la Guardia Hlinka golpeaba a los judíos deportados, se organizaron protestas de los eslovacos de a pie, que además se expresaban por boca de algunos miembros destacados de la Iglesia, como el obispo Pavol Jantausch, que reclamó un trato humano para los judíos. La postura formal de la Iglesia católica eslovaca era en cierto modo más ambivalente, puesto que unía la reclamación de que se respetaran los derechos civiles de los judíos a la acusación de su presunta responsabilidad por la muerte de Jesús en la Cruz. El Vaticano llamó al embajador eslovaco dos veces para preguntarle en privado qué estaba sucediendo, una intervención que, pese a toda su moderación, suscitó que Tiso, quien después de todo todavía era un sacerdote ordenado, reconsiderase la validez del programa. Mucho más importante fue la iniciativa de un grupo de líderes todavía ricos de la comunidad judía eslovaca, quienes sobornaron sistemáticamente a los funcionarios eslovacos clave para asignar los certificados de protección. El 26 de junio de 1942, el embajador alemán en Bratislava presentó una queja ante el hecho de que se hubieran expedido 35.000 de esos certificados, de resultas de lo cual prácticamente ya no quedaban judíos por deportar. En el

Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Ernst von Weizsäcker respondió diciéndole al embajador que recordara a Tiso que «la cooperación de Eslovaquia en la cuestión judía hasta ahora ha sido enormemente apreciada», y que la interrupción de las deportaciones causaría por tanto cierta sorpresa. No obstante, aparte de una reanudación breve y transitoria en septiembre de 1942, quedaron interrumpidas las deportaciones eslovacas. En abril de 1943, cuando Tuka amenazó con reanudarlas, se vio obligado a dar marcha atrás debido a las protestas públicas, especialmente de la Iglesia, que para entonces no albergaba dudas de cuál era la suerte que aguardaba a los deportados. La presión de los alemanes, incluyendo un encuentro personal de Hitler y Tiso el 22 de abril de 1943, no surtió efecto.[200] Sin embargo, en 1944 el movimiento eslovaco de resistencia, cuya fortaleza y determinación habían aumentado, llevó a cabo un intento desastroso de derrocar a Tiso, que la Guardia Hlinka reprimió brutalmente con apoyo de soldados alemanes. Fue entonces cuando Tiso ordenó la deportación de los judíos que quedaban en el país, algunos con destino a Sachsenhausen y Theresienstadt, pero la mayoría a Auschwitz.[201]

## V

En toda la Europa ocupada, los movimientos de resistencia estaban comenzando a hacer progresos en 1943, y en algunas partes bastante antes. En Francia, el reclutamiento de mano de obra condujo a la formación del maquis, grupos de resistencia así llamados por haber surgido originariamente en la maleza que recibe ese nombre en Córcega. En ocasiones, agentes británicos del Ejecutivo de Operaciones Especiales asesoraban, entrenaban y abastecían a los resistentes. Éstos debilitaban el apoyo a los ocupantes alemanes distribuyendo panfletos de propaganda, extendiendo rumores y alentando toda clase de diversas formas de no cooperación, incluidas las huelgas. Atacaban a los soldados alemanes cuando se encontraban solos o a colaboradores locales significados, incluyendo a la policía, y participaban de forma creciente en actos de sabotaje y subversión. A principios de 1944, Joseph Darnand, jefe de la milicia de Vichy, reemplazó a René Bousquet como jefe de la policía,

mientras que Philippe Henriot, durante muchos años un extremista de derechas muy conocido, asumió la dirección de la propaganda del régimen. Henriot empezó a poner en circulación una gran cantidad de literatura virulentamente antisemita, tachando de conspiración judía contra Francia a la resistencia francesa que no hacía sino intensificarse con rapidez. Al mismo tiempo, la policía de Darnand torturó y asesinó a numerosos judíos relevantes y a combatientes de la resistencia. Ésta respondió en junio de 1944 asesinando a Henriot.[202] Las autoridades militares alemanas en Francia practicaron una política de represalias, deteniendo y fusilando a «rehenes». A primeros de junio de 1944, el ejército ordenó intensificar las represalias, lo que fue interpretado por la segunda división de carros de combate de las SS como la aplicación de la política que venía siendo habitual en el este desde hacía tiempo. El 10 de junio de 1944 sus tropas entraron en la aldea de Oradour-sur-Glane, fusilaron a todos los hombres y condujeron como si de ganado se tratase a las mujeres y a los niños hasta el interior de la iglesia, a la que prendieron fuego quemándolos vivos a todos. En total, 642 aldeanos perecieron en la masacre. Supuesta represalia a raíz de los violentos asaltos realizados en fechas recientes contra soldados alemanes, tuvo lugar en una comunidad que en realidad no poseía conexión alguna con la resistencia. El único efecto que tuvo fue desatar una oleada de repulsión en toda Francia y poner a la gente todavía más en contra de la ocupación alemana.[203]

A medida que se extendía la resistencia, cooperaba de forma cada vez más estrecha con las fuerzas regulares aliadas. Sin embargo, al mismo tiempo los movimientos de resistencia se encontraban profundamente divididos en casi todas partes. El requerimiento que Stalin hizo a los comunistas para que formasen grupos de partisanos en julio de 1941 los galvanizó para entrar en acción, pero al mismo tiempo surgieron en oposición a ellos otros movimientos partisanos y de resistencia, de signo nacionalista y a menudo de derechas, que a menudo debían su lealtad a los gobiernos en el exilio en Londres. Y el antisemitismo nazi, que en ocasiones resonaba entre los resistentes nacionalistas, empujó a los judíos en algunos lugares a formar a su vez sus propias unidades partisanas. Era terreno abonado para una lucha compleja en la cual, para muchos partisanos, los

alemanes estaban lejos de ser el único enemigo.[204] Tal vez las divisiones más graves entre los movimientos de resistencia se produjeron en el sureste de Europa. En Grecia, la resistencia comunista lanzó con éxito ataques contra las líneas alemanas de comunicación y a mediados de 1944 se había adueñado de veras de gran parte del interior montañoso e inaccesible. En agosto de 1943 estallaron duros combates entre sus fuerzas y su adversario más pequeño de derechas, bajo el mando de Napoleón Zervas, ambicioso y de nombre muy apropiado, que contaba con el respaldo de los británicos como contrapeso frente a los comunistas. El conflicto tenía que degenerar finalmente en una verdadera guerra civil. Una situación bastante similar surgió en la antigua Yugoslavia, en donde los partisanos comunistas yugoslavos a las órdenes de Tito obtuvieron el respaldo de los británicos porque fueron más activos que los chetniks nacionalistas serbios. En 1943, las fuerzas de Tito sumaban unos 20.000 hombres. Al igual que en Grecia, los partisanos comunistas, a pesar de las represalias feroces de las fuerzas alemanas de ocupación, lograron adueñarse de enormes extensiones del interior inhóspito y remoto del país. Sin embargo, e incluso en mayor medida que en Grecia, los dos movimientos de resistencia emplearon tanto tiempo combatiéndose entre sí como contra los alemanes. De hecho, Tito llegó a negociar con los alemanes, ofreciéndoles sus servicios para aplastar a los chetniks si las fuerzas ocupantes alemanas aceptaban suspender sus campañas antipartisanas, en lo cual se mostraron conformes durante un tiempo hasta que el propio Hitler vetó el trato.[205]

Tras la línea del frente oriental, la dominación alemana comenzó a desintegrarse no habiéndose cumplido un año de la invasión de la Unión Soviética. Ya en la primavera de 1942, la situación en lo relativo a la seguridad en algunas partes de Polonia estaba fuera de control. En su diario, Zygmunt Klukowski recogía un asalto tras otro; escribía que los partisanos estaban en todas partes haciéndose con los víveres y matando a personas que trabajaban para la administración alemana. «Resulta poco menos que imposible descubrir de quiénes se trata —escribió—, polacos, rusos, incluso desertores alemanes o simplemente bandidos». La policía había renunciado a intentar intervenir.[206] Numerosos grupos partisanos estaban bien armados y organizados, y algunos oficiales polacos estaban formando unidades

regulares del Ejército Nacional. Sedientos de venganza, los vecinos desalojados de sus hogares para dejar sitio a gentes de ascendencia alemana engrosaron sus filas. A menudo regresaban a sus aldeas para incendiar sus propios hogares antes de que los alemanes pudiesen ocuparlos.[207] El Ejército Nacional mantuvo un contacto estrecho con el gobierno polaco, de cuyo consejo de tener paciencia raramente hizo caso, en su exilio de Londres. Desde enero de 1943, Klukowski dedicó una parte cada vez mayor de las entradas de su diario a describir los actos de resistencia militar y sabotaje. Ya algunas líneas ferroviarias locales se hicieron intransitables debido a las explosiones constantes y a los ataques con ametralladoras. Atacaban las aldeas de los colonos alemanes, requisaban el ganado y golpeaban brutalmente a quien protestase. Los líderes partisanos locales se convirtieron en héroes populares; Klukowski se reunió con uno de ellos y acordó procurar material médico al movimiento.[208] Después de esto, los contactos de Klukowski con el Ejército Nacional se hicieron más frecuentes. Usando el nombre en clave de «Podwinski», proporcionaba dinero a sus combatientes, anotaba informaciones sobre sucesos ocurridos en su zona y actuaba como correo para las unidades partisanas. También atendía a los partisanos heridos, ignorando el requerimiento alemán de que diese parte a la policía de todos los casos de heridas de bala. Jamás abandonó su cautela característica: cuando los mandos de las unidades partisanas lo visitaban, los hacía desvestirse «a fin de que si se presentaban los alemanes pareciese que se trataba de un reconocimiento físico normal».[209]

Grupos partisanos contrarios, en especial los organizados por los rusos, también se mostraban activos por entonces. Algunos de ellos se componían de algunos cientos de hombres.[210] De la actividad guerrillera se derivaron represalias de las fuerzas ocupantes alemanas, que tomaban rehenes de la población local y amenazaban públicamente con matar a diez o veinte de sus miembros por cada alemán abatido a tiros por la resistencia, una amenaza que llevaban a cabo una y otra vez, sumándose a la atmósfera general de terror y aprensión de la población local.[211] La policía auxiliar alemana y la polaca tenían cada vez más dificultades para organizar operaciones efectivas, ya fuera contra el movimiento de resistencia, ya

contra la oleada creciente de violencia, robos y desórdenes. La brutalidad de la dominación alemana en Europa oriental desde su mismo inicio había provocado un rechazo total en la mayoría de la población.[212] El argumento, sostenido por Alfred Rosenberg entre otros, de que ésta era la principal razón por la que se extendía la resistencia partisana, no tuvo el menor efecto en Himmler ni en la cúpula del ejército. La actividad partisana contribuyó a avivar también el antisemitismo de los administradores civiles. Un funcionario en Bielorrusia escribió en octubre de 1942 que a su juicio los judíos tenían una «participación muy elevada en el éxito de toda la campaña de sabotaje y destrucción [...] Una operación de un solo día [...] reveló entre los 223 asaltantes que perdieron la vida a 80 judíos armados. Me hace feliz —añadió— ver que los 25.000 judíos que se encontraban al principio en el territorio se han reducido a 500».[213] Unas 345.000 personas, en torno al 5 por 100 de la población de Bielorrusia, murieron en la guerra de guerrillas. Se ha calculado que, a lo largo de todo el período de ocupación alemana, alrededor de 283.000 personas tomaron parte en Bielorrusia en grupos guerrilleros de uno u otro tipo.[214] Las represalias militares alemanas causaron pérdidas similares de vidas en otros lugares de Europa oriental.

Grupos de partisanos judíos, formados por hombres y mujeres que se habían internado en los densos bosques de Europa oriental huyendo de las ametralladoras de los grupos operativos de las SS, comenzaron a aparecer también a principios de 1942.[215] Muchos judíos huyeron por su cuenta a los bosques, pero no lograron entrar en contacto con los partisanos. A menudo topaban con ladrones que les quitaban la ropa, y muchos murieron de hambre. Tan mal les iba que, como señaló Zygmunt Klukowski, «no es un hecho aislado que los judíos se dirijan por propia iniciativa a la gendarmería local y pidan que los fusilen».[216] Klukowski explicaba que los aldeanos solían ser hostiles con esos guerrilleros. «Hay mucha gente que ve a los judíos no como seres humanos, sino como animales con los que hay que acabar».[217] Sin embargo, había una amplia participación judía en el movimiento guerrillero. Abba Kovner, un intelectual de veintitrés años de edad, puso en marcha el primer grupo judío de resistencia en Europa oriental, en Vilna, el 31 de diciembre de 1941. En una reunión de 150 jóvenes disfrazados en una fiesta de fin de año, Kovner leyó en voz alta un

manifiesto en el que, partiendo de los fusilamientos y las matanzas en masa que se habían venido produciendo desde el verano anterior, manifestó: «Hitler planea exterminar a todos los judíos de Europa [...] Nosotros no queremos dejarnos llevar como ovejas al matadero».[218] A principios de 1942, los cuatro hermanos Bielski, campesinos bielorrusos a cuyos padres habían matado los alemanes en diciembre de 1941, crearon otro grupo. Ocultos en un campamento secreto enclavado en los bosques interminables de la región, los Bielski crearon un sistema complejo para obtener armas y a ellos se unieron otros judíos; sumaban 1.500 al final de la guerra. Muchos más judíos se unieron a título individual a unidades partisanas dirigidas por comunistas.[219]

El Nuevo Orden en Europa estaba comenzando a desmoronarse. Su primera ambición, la creación de una esfera amplia de cooperación económica y política, se había desvanecido ante las realidades espantosas de la guerra. La dominación alemana se había hecho más violenta en todas partes. Las ejecuciones y los fusilamientos en masa, a consecuencia de la creencia de que el terror era la única manera de combatir la resistencia, habían sustituido a los mecanismos informales de cooperación y colaboración. Los regímenes amigos del Tercer Reich, desde Vichy a Hungría, se estaban distanciando o estaban perdiendo su autonomía y cayendo en el mismo patrón de represión y resistencia que estaba minando el control alemán en los países ocupados de forma directa. Las demandas insaciables de mano de obra y materiales por parte de la economía de guerra alemana, y la explotación despiadada de las economías sometidas, estaban empujando a un número cada vez mayor de hombres y mujeres jóvenes a los movimientos de resistencia, cuyas campañas extensas de no cooperación, obstaculización, sabotaje y asesinato de figuras relevantes no hacían sino alimentar represalias siempre más violentas que generaban a su vez una mayor aversión de los pueblos sometidos y una nueva intensificación de la resistencia. Con todo, este ciclo de violencia era también un reflejo de la posición de empeoramiento general de Alemania en la guerra misma, sobre todo desde comienzos de 1943. La creencia inicial en Europa de que no había alternativa a la dominación alemana estaba empezando a resquebrajarse. En el corazón de la nueva disposición de los

europeos para resistir se hallaba la percepción de que Hitler podía, después de todo, perder la guerra. El momento crucial llegó de la mano de una sola batalla que mostró más que ninguna otra que se podía derrotar a las fuerzas armadas alemanas: Stalingrado.

# GUERRA TOTAL

## I

La ampliación del programa nazi de exterminio en 1942 tuvo lugar en un contexto militar en el que las fuerzas armadas alemanas habían pasado a la ofensiva una vez más. Ciertamente, la derrota del ejército alemán a las puertas de Moscú puso de manifiesto que la creencia de Hitler en la fragilidad del régimen estalinista en la Unión Soviética se había demostrado decisivamente errónea. La operación Barbarroja había fracasado estrepitosamente en la consecución de sus objetivos en los días plenos de confianza de junio de 1941. Tras detener el avance alemán ante Moscú, el Ejército Rojo había pasado a la ofensiva y obligado al ejército alemán a replegarse. Como le escribió un oficial alemán a su hermano: «Los rusos se están defendiendo con un valor y una tenacidad que el doctor Goebbels tacha de "animal"; se nos va la vida en ello, igual que en repeler cada vez a los atacantes. Al parecer —continuó con un sarcasmo que delataba el respeto creciente de los soldados alemanes hacia el Ejército Rojo, así como un desprecio por Goebbels extendido entre la oficialidad—, el verdadero valor y el heroísmo auténtico sólo empiezan en Europa occidental y en el centro de esta parte del mundo».[220]

El frío terrible del crudo invierno, seguido por un deshielo primaveral que convertía el terreno en fangoso, hizo que cualquier campaña sin importar la escala resultara difícil hasta mayo de 1942. En ese momento, envalentonado por la victoria sobre los alemanes frente a Moscú, Stalin ordenó una serie de contraofensivas. Su confianza se vio fortalecida por el hecho de que las instalaciones industriales reubicadas en los Urales y la Transcaucasia habían empezado a producir cantidades significativas de equipos militares: 4.500 carros de combate, 3.000 aviones, 14.000 fusiles y

más de 50.000 morteros en el inicio de la campaña de primavera en mayo de 1942. Durante el verano y el otoño de ese año, la comandancia del Ejército Rojo experimentó con varias maneras de desplegar los nuevos carros de combate en combinación con la infantería y la artillería, aprendiendo de sus errores en cada ocasión.[221] Sin embargo, los primeros contraataques de Stalin resultaron tan desastrosos como los combates del otoño anterior. Los ataques masivos contra las fuerzas alemanas en el área de Leningrado no consiguieron liberar la ciudad sitiada, los ataques por el centro fueron repelidos en combates feroces, y en el sur los alemanes resistieron con firmeza continuas ofensivas soviéticas. En el área de Járkov, una ofensiva soviética a gran escala en mayo de 1942 finalizó con 100.000 soldados del Ejército Rojo muertos y el doble de ellos capturados. Los mandos soviéticos habían subestimado gravemente la fuerza alemana en la zona y fracasado en el establecimiento de la supremacía aérea. Entretanto, el mariscal de campo Fedor von Bock, de vuelta tras su permiso por enfermedad el 20 de enero de 1942 como oficial al mando del Grupo de Ejércitos Sur, había decidido que el ataque era la mejor manera de defenderse, y libró una campaña prolongada y finalmente victoriosa en Crimea. Sin embargo, en todo momento fue bien consciente de la fragilidad de las líneas alemanas y del cansancio permanente de las tropas, observando con preocupación que estaban «combatiendo para proseguir su avance con gran dificultad y pérdidas considerables».[222] En una victoria importante, Bock se apoderó de la ciudad de Vorónezh. La situación parecía estar mejorando. «Allí vi con mis propios ojos —escribió Hans-Albert Giese, un soldado de la Alemania rural del norte— cómo nuestros tanques hacían trizas a los colosos rusos. El soldado alemán es simplemente mejor en cada apartado. Pienso además que todo quedará resuelto este año».[223]

Pero no iba a ser así. Hitler pensaba que Bock estaba actuando de manera dilatoria y demasiado cautelosa después de la captura de Vorónezh, dando ocasión a que divisiones soviéticas cruciales evitaran quedar rodeadas y destruidas. La preocupación de Bock se centraba en sus tropas exhaustas. Pero Hitler no lo podía aceptar. Relevó a Bock de su mando a partir del 15 de julio de 1942, reemplazándolo con el capitán general Maximilian von Weichs.[224] Un Bock resentido pasó el resto de la guerra en

el retiro efectivo, tratando de defender obsesivamente su comportamiento en el avance desde Vorónezh y esperando contra toda esperanza su rehabilitación. Entretanto, el 16 de julio de 1942, con el fin de hacerse con el mando personal de las operaciones, Hitler trasladó su cuartel de campaña a un nuevo centro, cuyo nombre en clave era *Werwolf* [hombre lobo], cerca de Vinnitsa, en Ucrania. Transportados desde Prusia Oriental a bordo de dieciséis aviones, Hitler y su personal de oficina pasaron los tres meses y medio siguientes en un recinto de barracones húmedos, acosados por el calor y las picaduras de los mosquitos. Allí también quedó ubicado por el momento el cuartel general operativo del Alto Mando del Ejército de Tierra y de las Fuerzas Armadas.[225] La acometida principal de la ofensiva alemana durante el verano tenía por objetivo apoderarse del Cáucaso con sus ricos yacimientos petrolíferos. La escasez de combustible había desempeñado un rol importante en la debacle de Moscú el invierno anterior. Con una sobreactuación típicamente teatral, Hitler advirtió de que si los yacimientos petrolíferos del Cáucaso no se conquistaban en tres meses, Alemania perdería la guerra. Habiendo dividido previamente el Grupo de Ejércitos Sur en un sector situado en el norte (A) y un sector situado en el sur (B), ordenó entonces al Grupo de Ejércitos A acabar con las fuerzas del enemigo en torno a Rostov-on-Don y a continuación avanzar por el Cáucaso, conquistando la costa oriental del mar Negro y penetrando hasta Chechenia y Bakú, a orillas del Caspio, siendo las dos áreas ricas en petróleo. El Grupo de Ejércitos B debía tomar la ciudad de Stalingrado y seguir su avance hacia el Caspio a través de Astracán, junto al Volga inferior. La división del Grupo de Ejércitos Sur y la orden de lanzar ambas ofensivas de forma simultánea, al tiempo que se enviaban varias divisiones hacia el norte para apoyar el ataque a Leningrado, eran un reflejo de que Hitler seguía subestimando al ejército soviético. El jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, era presa de la desesperación, sin que su ánimo mejorase con el desprecio manifiesto de Hitler por la comandancia del ejército alemán.[226]

Sin embargo, al margen de lo que pensaran en privado, los generales no veían más alternativa que aceptar los planes de Hitler. La campaña comenzó con un ataque a Crimea del Grupo de Ejércitos A, en el cual el mariscal de campo Erich von Manstein derrotó a veintiuna divisiones del

Ejército Rojo, matando o capturando a 200.000 de un total de 300.000 soldados que se enfrentaban a sus fuerzas. El mando del Ejército Rojo se dio cuenta demasiado tarde de que los alemanes, por lo menos transitoriamente, habían renunciado a su ambición de conquistar Moscú y estaban concentrando sus fuerzas en el sur. La ciudad más importante de Crimea, Sebastopol, opuso una resistencia tenaz, pero sucumbió después de un asedio que se prolongó durante un mes, con 90.000 soldados del Ejército Rojo convertidos en prisioneros. No obstante, toda la operación le había acarreado al ejército alemán cerca de 100.000 bajas, y cuando fuerzas alemanas, húngaras, italianas y rumanas se movieron hacia el sur se toparon con que los rusos estaban adoptando una táctica nueva. En vez de luchar por cada centímetro del camino hasta terminar rodeados y destruidos, los ejércitos rusos, con el beneplácito de Stalin, llevaron a cabo una serie de repliegues tácticos que privaron a los alemanes de la enorme cifra de prisioneros que esperaban capturar. Capturaron a entre 100.000 y 200.000 en tres batallas a gran escala, muchos menos que antes. Impertérrito, el Grupo de Ejércitos A ocupó los yacimientos petrolíferos de Maykop, para encontrarse únicamente con que los rusos en su retirada habían destruido sistemáticamente las refinerías. Para dejar constancia del éxito de su avance, tropas de montaña de Austria ascendieron al monte Elbrus, que con sus 5.630 metros (o 19.000 pies) es el punto más elevado del Cáucaso, y colocaron la bandera alemana en la cima. Hitler se enfureció en privado, muy enojado por lo que él veía como un alejamiento de los objetivos reales de la campaña. «A menudo veía a Hitler enojado —dijo más tarde Albert Speer—, pero raras veces se puso tan furioso como cuando llegó esa información. Se puso a decir pestes contra esos montañeros insensatos que habrían de responder ante un consejo de guerra. Exclamó indignado que estaban entreteniéndose con sus idioteces en medio de una guerra».[227] Su reacción sugería un nerviosismo en relación con el avance que se iba a revelar plenamente justificado.

En el norte, las fuerzas alemanas habían aislado Leningrado (San Petersburgo) desde el 8 de septiembre de 1941. Con más de 3 millones de personas residiendo en la ciudad y en sus suburbios, la situación no tardó en hacerse extremadamente difícil a medida que las provisiones quedaban

reducidas a prácticamente nada. No pasó mucho tiempo antes de que el hambre atormentara a quienes residían en la ciudad, comiéndose a los gatos, los perros, las ratas, e incluso entre ellos. Una línea de comunicación estrecha y precaria se mantenía abierta a través del hielo del lago Ladoga, pero los rusos no podían llevar más que una ínfima parte de lo que se necesitaba para aprovisionar de víveres la ciudad y proteger del frío a sus habitantes. En el primer invierno del asedio, hubo 886 detenciones por canibalismo. Evacuaron a 440.000 personas, pero, según estimaciones alemanas, en el invierno de 1941 a 1942 murieron por el frío y el hambre un millón de civiles. La situación de la ciudad mejoró en el transcurso de 1942, con toda la gente dedicada a cultivar y almacenar hortalizas para el invierno siguiente, la evacuación de otro medio millón de personas y el envío por barco a través del Ladoga de cantidades masivas de suministros y municiones que se almacenaron para cuando comenzase a helar. Un nuevo conducto tendido en el fondo del lago transportaba petróleo para calefacción. 160 aviones de combate de la fuerza aérea alemana fueron derribados en un intento infructuoso de bombardear la línea de comunicación soviética, mientras los bombardeos en la propia ciudad causaban numerosos daños, pero no lograban destruirla o quebrar la moral de los ciudadanos que permanecían en ella. La suerte también acudió al final en ayuda de los leningradeses: el invierno de 1942 a 1943 fue mucho menos crudo que su calamitoso predecesor. Las heladas se presentaron tarde, a mediados de noviembre. Cuando todo empezó a congelarse de nuevo, la ciudad todavía resistía el asedio alemán.[228]

Más al sur, un contraataque soviético en la población de Rzhev en agosto de 1942 estaba amenazando con dañar gravemente al Grupo de Ejércitos Centro. Halder le pidió a Hitler que permitiese efectuar un repliegue hasta una línea más fácilmente defendible. «Siempre vienes aquí con la misma propuesta, la de retirarse», le gritó Hitler a su jefe del Estado Mayor. Hitler le dijo que le faltaba la misma resistencia que a las tropas. Halder perdió los estribos. Adujo que él era bastante resistente. «Pero ahí fuera están cayendo a millares fusileros y tenientes valerosos, un sacrificio en vano en una situación desesperada simplemente porque a sus mandos no se les permite tomar la única decisión razonable y tienen las manos atadas a

la espalda».[229] En Rzhev, Hans Meier-Welcker observó una mejora alarmante de las tácticas soviéticas. Por entonces estaban comenzando a coordinar los carros de combate, la infantería y el apoyo aéreo como no lo habían logrado antes. Él pensaba que las tropas del Ejército Rojo estaban en condiciones mucho mejores que las alemanas para enfrentarse a unas condiciones meteorológicas extremas. «¡Estamos asombrados —escribió en abril de 1942— ante lo que los rusos están consiguiendo en el barro!».[230] «Nuestras columnas de vehículos —escribió un oficial— están irremediablemente atascadas en el lodazal de unas carreteras inacabables, y se hace ya difícil organizar nuevos suministros».[231] En tales condiciones, los vehículos blindados alemanes solían quedar inutilizables. En verano, las tropas tenían que soportar temperaturas de 40 grados a la sombra y las enormes nubes de polvo que levantaban en su avance las columnas motorizadas. «Las carreteras —escribió el mismo oficial a su hermano— están cubiertas de una *sola* nube densa de polvo, a través de la cual hombres y animales se abren camino: resulta molesta para los ojos. El polvo suele arremolinarse en gruesos pilares que luego se agitan a lo largo de las columnas, haciendo que resulte imposible ver alguna cosa durante unos minutos».[232]

Hitler, impacientado por esos problemas de orden práctico, o tal vez no consciente de ellos, exigió que sus generales siguieran adelante con el avance. «Las discusiones con el Führer hoy —anotó Halder desalentado a finales de agosto de 1942— se han caracterizado una vez más por las graves acusaciones contra el alto mando militar en la cúpula del ejército. Se les acusa de arrogancia intelectual, de no querer corregirse y de falta de capacidad para reconocer aquello que es imprescindible».[233] Finalmente, el 24 de septiembre de 1942, Hitler destituyó a Halder, espetándole que había perdido el valor. El sustituto de Halder fue el general de división Kurt Zeitzler, que con anterioridad había estado a cargo de las defensas costeras en el oeste. Fervoroso nacionalsocialista, Zeitzler comenzó su ejercicio del cargo exigiendo que todos los miembros del Estado Mayor del Ejército reafirmasen su fe en el Führer, una fe que Halder había perdido tan manifiestamente desde hacía mucho tiempo. Se calculó que a finales de 1942 sumaban en el frente oriental más de un millón y medio los soldados

de distintas nacionalidades muertos, heridos, incapacitados para la acción o capturados, cerca de la mitad de la fuerza invasora al principio. Los muertos alemanes ascendían a 327.000.[234] Era cada vez más difícil reemplazar esas bajas. La campaña en el este se había estancado. Para tratar de salir del punto muerto, el ejército alemán avanzó hacia Stalingrado, no sólo un centro industrial importante y un punto de distribución crucial para los suministros con destino y origen en el Cáucaso, sino además una ciudad de cuyo nombre se desprendía una significación simbólica que durante los meses siguientes iba a adquirir una importancia que iba mucho más allá de cuanto su situación pudiera justificar.[235]

## II

El conde Heinrich von Einsiedel, joven piloto de caza, bisnieto del canciller del Reich Otto von Bismarck por línea materna, estaba volando sobre Stalingrado el 24 de agosto de 1942, un día claro y cálido, en busca de señales de actividad enemiga. «Una leve bruma se extendía sobre las estepas —escribió— mientras volaba alto en círculos sobre ellas en mi Me109. Mis ojos escudriñaban el horizonte, que se perdía en vagas neblinas. El cielo, las estepas, los ríos y los lagos, que tan sólo se podían divisar débilmente en la distancia, se extendían plácidamente, uniéndonos con la eternidad». Einsiedel, que acababa de cumplir veintiún años, compartía plenamente la imagen romántica del piloto de caza, caballero del aire, que atraía a los jóvenes de la aristocracia como él a ese brazo de las fuerzas armadas. La excitación del combate superaba con creces las dudas que tenía en lo concerniente a la justicia de la causa. Sin embargo, su relato de los hechos expresaba también la pura fortaleza de los números de la fuerza aérea rusa, contra la cual el valor y la destreza resultaban finalmente inútiles. A propósito de la aproximación del enemigo, escribió:

> Cada Stuka alemán, cada avión de combate estaba rodeado por grupos de cazas rusos. [...] Nosotros nos arrojamos al tumulto guiados por el azar. Un Rato de dos estrellas se cruzó en mi camino. El ruso me vio, hizo un descenso en picado y trató de escapar volando bajo. El miedo parecía haberlo paralizado. Volaba a toda prisa a poco más de diez metros del suelo y no se

> defendía. Mi aparato vibraba con el retroceso de los cañones. Un surco de fuego salió arrojado del tanque de combustible del avión ruso. Estalló y se precipitó a tierra. Una franja ancha y larga de estepa chamuscada fue todo cuanto quedó del avión.[236]

Tras avistar por encima de él un grupo de cazas soviéticos, abandonó su descenso en picado y aceleró enfilando hacia ellos. «El amor por la persecución —confesó— y un sentimiento de indiferencia se habían adueñado de mis reacciones». Trazando una curva con una fuerte inclinación, se puso detrás de uno y lo derribó. Fue una acción imprudente. «Cuando me volví para avistar los cazas rusos —escribió en su diario tras el episodio— vi sus cañones llameantes a menos de setenta y cinco metros detrás mío. Se produjo una explosión tremenda y sentí un golpe fuerte en el pie. Hice girar mi Messerschmitt y lo obligué a realizar un ascenso brusco. Me quité de encima a los rusos». Pero el avión de Einsiedel quedó muy dañado, sus cañones habían quedado inservibles y tuvo que volar como pudo de regreso a la base.[237] Esa clase de incidentes se sucedieron todos los días sobre Stalingrado a finales del verano y durante el otoño de 1942, e inevitablemente pasaron factura. Los altos mandos se mostraban en contra de las acciones individuales espectaculares, las cuales, decían ellos, desperdiciaban combustible. A partir de entonces, ordenaron a la unidad de Einsiedel dar apoyo a la infantería alemana y evitar el enfrentamiento con los cazas rusos. Se trataba de una batalla perdida. «Las averías se multiplicaron enormemente [...] Un grupo de cazas de cuarenta y dos aparatos raramente disponía de más de diez operativos». Las posibilidades eran nulas. El 30 de agosto un disparo penetró en el refrigerador del motor del aparato de Einsiedel volando a baja altura sobre las líneas rusas y se estrelló. Milagrosamente, Einsiedel resultó ileso. Pero las tropas soviéticas se presentaron enseguida en el lugar de los hechos. Le arrebataron todos sus efectos personales antes de conducirlo para que lo interrogaran.[238]

Como Einsiedel había apuntado, los aviones alemanes no habían logrado establecer una completa superioridad aérea en la zona; con la misma rapidez con que perdían aviones ante los ases alemanes del aire, los soviéticos se afanaban por reemplazarlos en la zona de combate con aparatos procedentes de otros frentes. Por otro lado, sin embargo, la fuerza aérea soviética tampoco había logrado hacerse con el dominio. A lo largo de

la primavera y el verano de 1942, mientras los aviadores alemanes seguían disputándose el dominio de los cielos con los pilotos de los cazas soviéticos, las fuerzas terrestres alemanas del Grupo de Ejércitos B iban avanzando regularmente hacia la ciudad de Stalingrado, la puerta de acceso al curso inferior del Volga y el mar Caspio. Hasta entonces, los alemanes no habían conseguido apoderarse de Moscú ni de Leningrado. Por lo que, en especial para Hitler, aún era más importante capturar y destruir Stalingrado. El 23 de agosto de 1942, aviones alemanes en oleadas sucesivas bombardearon la ciudad para arrasarla, causando enormes daños y numerosas pérdidas de vidas. Al mismo tiempo, los carros de combate alemanes avanzaban prácticamente sin oposición alguna, alcanzando el Volga por el norte. Mientras los bombardeos continuaban, ahora reforzados por la artillería alemana, Stalin dio permiso para que los civiles comenzasen a evacuar la ciudad, la cual se estaba desmoronando rápidamente convertida en ruinas inhabitables. El 12 de septiembre de 1942, tropas alemanas del 6º Ejército del general Friedrich Paulus, respaldadas por el 4º Ejército blindado del general Hermann Hoth, entraron en Stalingrado. Parecía ser sólo cuestión de semanas que la ciudad cayera. Pero el oficial al mando estaba en algunos aspectos muy lejos de estar preparado para la tarea de tomar la ciudad. Paulus había sido adjunto del jefe del Estado Mayor antes de que le dieran el mando a comienzos de año. Nacido en 1890, había pasado casi toda su carrera, incluyendo los años de la Primera Guerra Mundial, ocupando puestos en el Estado Mayor, y prácticamente no contaba con ninguna experiencia de combate. En esa situación, se apoyaba enormemente en Hitler, cuyos logros como líder lo intimidaban. El 12 de septiembre, cuando sus tropas estaban entrando en la ciudad, Paulus estaba consultándole al Führer en Vinnitsa. Ambos hombres coincidían en que la captura de Stalingrado daría a las fuerzas alemanas el control de toda la línea del frente a lo largo de los ríos Don y Volga. El Ejército Rojo ya no disponía de más recursos; se vendría abajo, dejando a los alemanes libres para dedicar sus esfuerzos a acelerar el avance hacia el Cáucaso. Paulus le aseguró al Führer que la ciudad se encontraría en manos alemanas en el

plazo de unas pocas semanas.[239] Hitler ya había decidido que lo que harían después sería matar a toda la población masculina adulta de la ciudad, y que a las mujeres y los niños los deportarían.[240]

El 30 de septiembre de 1942, los hombres de Paulus habían invadido dos terceras partes de la ciudad, moviendo a Hitler a anunciar públicamente que Stalingrado estaba a punto de caer. El discurso de Hitler contribuyó enormemente a reforzar la fe de las tropas en la victoria final. «El gran discurso del Führer —le escribió Albert Neuhaus a su mujer desde el frente de Stalingrado el 3 de octubre de 1942— no ha hecho más que fortalecer nuestra fe en otro cien por cien».[241] Pero los discursos no vencieron la resistencia soviética, al margen de la repercusión que tuviesen en la moral. Los altos mandos, incluyendo a Paulus y a su superior Weichs, y a Zeitzler, el sucesor de Halder, aconsejaron a Hitler ordenar una retirada temiendo las pérdidas que se sufrirían en un período largo de combates casa por casa. Pero para Hitler la importancia simbólica de Stalingrado sobrepasaba ahora con mucho todas las consideraciones prácticas. El 6 de octubre de 1942, Hitler se reafirmó en que había que tomar la ciudad.[242] En el otro bando imperaban consideraciones similares. Después de un año de derrotas casi continuas, Stalin había decidido poner en liza todos los recursos posibles en la defensa de lo que quedaba. La ciudad llevaba su nombre, y sería un golpe psicológico importante que sucumbiese. Al mismo tiempo, sintiéndose afectado por las derrotas de los meses anteriores, decidió dejar manos libres al jefe del Estado Mayor, el general Aleksandr Vasilevskii, y a Georgi Zhukov, el general que había detenido a las tropas alemanas en Moscú un año antes, para que organizaran la campaña general en el sur. Stalin dio el mando de las fuerzas del Ejército Rojo en la ciudad al general Vasili Chuikov, un enérgico soldado profesional de poco más de cuarenta años de edad. Chuikov había tenido una carrera con altibajos, habiendo sido destinado como castigo a China, en calidad de agregado militar soviético, tras la derrota de su 9º Ejército frente a los finlandeses en la Guerra de Invierno de 1940. Stalingrado, donde lo pusieron al mando del 62º Ejército, era su oportunidad para demostrar su valía. Chuikov comprendió que debía «defender la ciudad o morir en el intento», como le dijo al jefe político de la

región, Nikita Jruschov. Estacionó unidades armadas de la policía política soviética en cada paso del río para interceptar a los desertores y ejecutarlos en el acto. La retirada era impensable.[243]

La aviación y la artillería alemanas continuaron atacando la parte de Stalingrado ocupada por los soviéticos, pero las ruinas de la ciudad causadas por los bombardeos procuraban a las tropas soviéticas las condiciones ideales para la defensa. Atrincherándose tras montañas de escombros, guareciéndose en los sótanos y apostando francotiradores en los pisos superiores de bloques de viviendas semiderruidos, podían tender emboscadas a los soldados alemanes en su avance, desbaratar sus asaltos a base de muchos efectivos o encauzar el avance enemigo por avenidas donde podían emplear fusiles antitanque y armamento pesado ocultos. Sembraban miles de minas al abrigo de la oscuridad, bombardeaban las posiciones alemanas por la noche y colocaban bombas trampa para matar a soldados alemanes cuando éstos entraban en las casas. Chuikov formó pelotones de ametralladoras e hizo preparativos para que hicieran llegar por barco granadas de mano a la ciudad.[244] A menudo la lucha era cuerpo a cuerpo, empleándose bayonetas y puñales. La lucha derivó enseguida en una guerra de desgaste. El combate constante, incesante, se cobró un precio cada vez mayor y muchos soldados cayeron enfermos. En las cartas que remitían a sus hogares está muy presente una amarga decepción tras saber que tendrían que pasar unas segundas navidades consecutivas en la zona. A pesar del peligro de que el censor militar los descubriera, muchos se expresaron con enorme franqueza. «Ya sólo me queda un gran deseo —escribió uno el 4 de diciembre de 1942—, y es éste: que esta mierda se acabe pronto [...] Estamos todos tan deprimidos».[245] Sin embargo, fue en la retaguardia de las fuerzas de Paulus, y no en la ciudad misma, donde llegaría el gran avance soviético. Zhukov y Vasilevskii convencieron a Stalin para traer y adiestrar a grandes cantidades de tropas de refresco, totalmente equipadas con carros de combate y artillería, con el fin de intentar organizar una operación enorme de bloqueo. La Unión Soviética estaba ya fabricando más de 2.000 carros de combate al mes frente a los 500 de Alemania. En octubre, el Ejército Rojo había creado cinco nuevos ejércitos de carros de combate y

quince cuerpos de carros de combate para la operación. Se reunieron más de un millón de hombres listos para lanzar un ataque masivo contra las líneas de Paulus a principios de noviembre de 1942.[246]

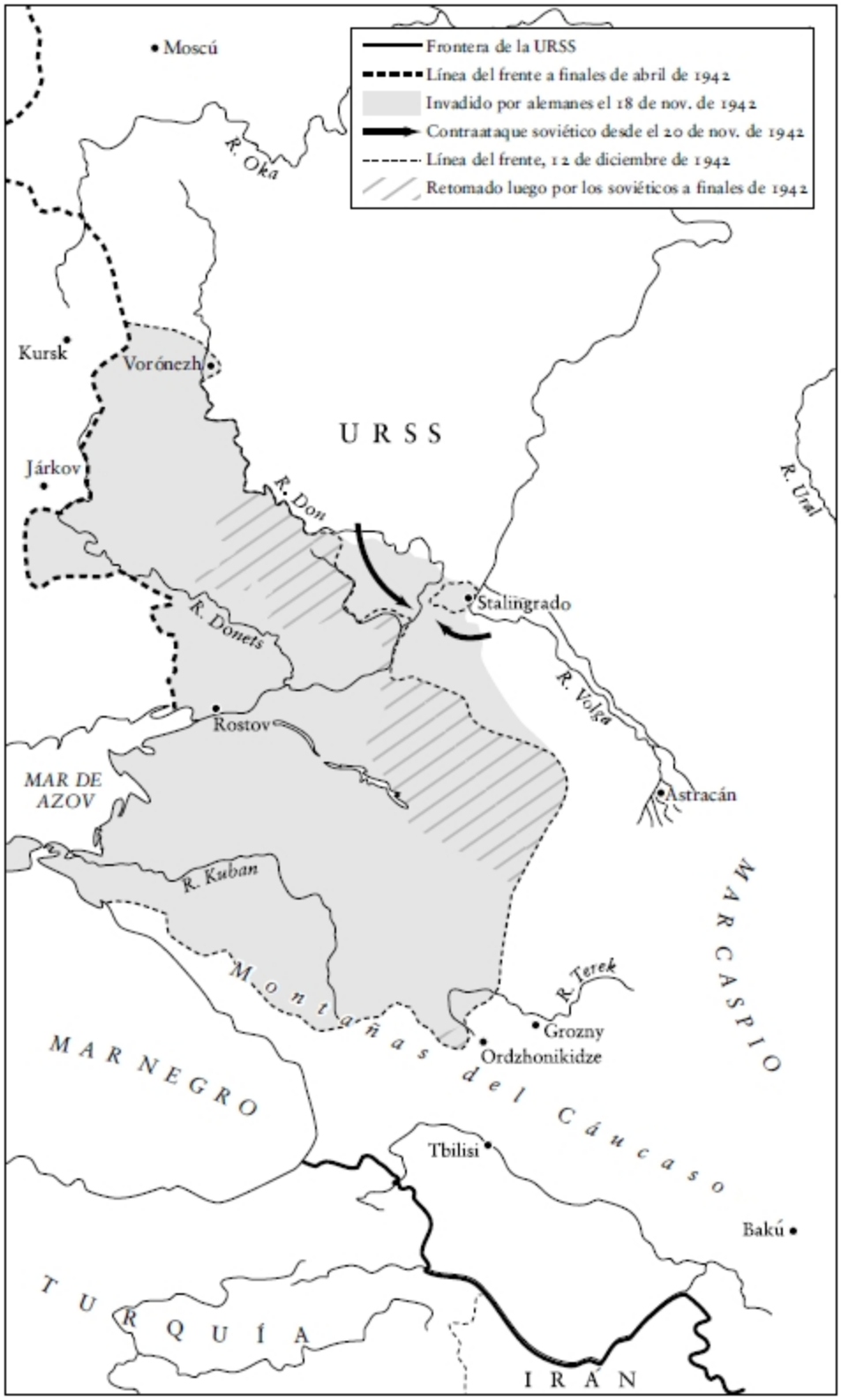
Zhukov y Vasilevskii vieron presentarse su oportunidad cuando el superior de Paulus, el general Maximilian von Weichs, al mando del Grupo de Ejércitos B, decidió concentrar sus fuerzas en la toma de la ciudad para ayudar a Paulus. Fuerzas rumanas tomarían el control de la mitad de las posiciones alemanas al oeste de Stalingrado, liberando así a las fuerzas alemanas para emprender el asalto a la ciudad misma. Para Von Weichs suponían más que una retaguardia. Pero Zhukov sabía que los rumanos tenían un historial militar pobre, como lo tenían los italianos, estacionados al lado de los rumanos en el noroeste. Zhukov desplazó dos cuerpos blindados y cuatro ejércitos de campaña para enfrentarse a rumanos e italianos al noroeste de las fuerzas armadas de Hoth, así como otros dos cuerpos de carros de combate para enfrentarse a los rumanos en el sureste, al otro lado de los blindados alemanes. Se mantuvo un estricto secreto, las comunicaciones por radio se redujeron todo lo posible, las tropas y los vehículos blindados avanzaban por la noche y se camuflaban durante el día. Paulus no optó por reforzar sus defensas, prefiriendo mantener sus tanques cerca de la ciudad, donde no eran de gran utilidad. El 19 de noviembre de 1942, las nuevas fuerzas soviéticas completaron los preparativos y, con unas condiciones meteorológicas favorables, atacaron un punto débil de las líneas rumanas a casi 160 kilómetros de la ciudad. 3.500 cañones y morteros pesados abrieron fuego con la primera neblina de la mañana, atacando para abrir paso a los carros de combate y a la infantería. Los ejércitos rumanos no estaban preparados, carecían de armamento antitanques y fueron aplastados. Tras plantear una lucha inicial, empezaron a huir llevados por el pánico y la confusión. Paulus reaccionó con demasiada lentitud, y cuando al fin envió carros de combate para tratar de apuntalar las líneas rumanas ya era demasiado tarde. No había nada que contrarrestara las enormes columnas de tanques T-34 que ahora atravesaban la brecha.[247]

El veloz avance soviético también obligó pronto a las líneas alemanas a retroceder, empujando a los hombres de Paulus hacia la ciudad. Ninguno de los generales alemanes había considerado un ataque soviético de esa magnitud, y pasó algún tiempo antes de que se dieran cuenta de que lo que estaba en marcha era una maniobra clásica de envolvimiento, por lo que no desplazaron tropas para impedir que las dos ofensivas con tanques soviéticos completasen el cerco. El 23 de noviembre de 1942, las dos columnas de tanques se encontraron en Kalach, aislando por completo de la retaguardia a Paulus y a sus fuerzas y dejando los vehículos blindados de Hoth abandonados al otro lado del perímetro rodeado. Con veinte divisiones, seis de ellas motorizadas, y casi 250.000 hombres en total, el primer pensamiento de Paulus fue tratar de escapar hacia el oeste. Pero carecía de un plan claro, y vaciló una vez más. La idea de una huida hubiera significado una retirada, abandonando el intento tan proclamado de capturar Stalingrado, y Hitler no estaba dispuesto a autorizar una retirada porque ya había anunciado públicamente que Stalingrado sería conquistada.[248] Speer le informó de todo ello en el Berghof en noviembre de 1942, quejándose Hitler en privado de que los generales sobrevaloraban sistemáticamente la fortaleza de los rusos, de quienes él pensaba que estaban gastando sus últimas reservas y que pronto serían vencidos.[249] Confiando en que así fuera, Hitler organizó una fuerza de auxilio a las órdenes del mariscal de campo Von Manstein y el general Hoth. La confianza de Manstein en que él conseguiría romper el cerco reforzó a Hitler en su negativa a permitir que Paulus emprendiese la retirada. El 28 de noviembre de 1942, Manstein envió un telegrama a las fuerzas sitiadas: «Resistid — Os sacaré de allí — Manstein». «¡Eso nos ha impresionado! —exclamó un teniente alemán en la bolsa de resistencia de Stalingrado—. ¡Vale más que un tren cargado de municiones y un Ju[nkers] lleno de víveres!».[250]

## III

Las fuerzas de Manstein, dos divisiones de infantería, junto con tres divisiones blindadas, todas bajo el mando de Hoth, avanzaron al encuentro del Ejército Rojo desde el sur el 12 de diciembre de 1942. Como respuesta,

Zhukov atacó al 8º Ejército italiano en el noroeste, apoderándose de su posición y desplazándose al sur para aislar a las fuerzas de Manstein de la retaguardia. El 19 de diciembre de 1942, la fuerza blindada alemana de auxilio había sido detenida en seco, a 56 kilómetros de las líneas de retaguardia de Paulus. Nueve días más tarde, estaba prácticamente rodeada y Manstein se vio obligado a autorizar a Hoth a retirarse. La operación de auxilio había fracasado. A Paulus no le quedaba más opción que intentar escapar, como Manstein le dijo a Hitler el 23 de diciembre. Pero ello seguía pareciendo una renuncia total a la tentativa de tomar la ciudad, y por tanto, una vez más, Hitler la descartó. Sin embargo, Paulus le informó de que el 6º Ejército sólo disponía de combustible suficiente para que sus vehículos blindados y de transporte avanzasen 20 kilómetros antes de quedarse sin él. Göring había prometido un puente aéreo diario con 300 toneladas de provisiones para la bolsa de resistencia con el fin de mantener operativos a los hombres de Paulus, pero en la práctica tuvieron que arreglárselas con poco más de 90, e incluso la intervención personal de Hitler sólo sirvió para llegar a 120 toneladas, y eso tan sólo durante unas tres semanas. Los aviones tenían dificultades para aterrizar y despegar debido a las fuertes nevadas, y los aeródromos sufrían el ataque continuo de los rusos.[251] Los suministros estaban disminuyendo y la situación de los soldados alemanes en la ciudad se tornaba más y más desesperada. Por entonces prácticamente se limitaban a intentar sobrevivir. La mayor parte de ellos estaban viviendo en sótanos o en búnkeres subterráneos, cuando no en trincheras a la intemperie, que intentaban revestir y cubrir con ladrillo y madera lo mejor que podían. A menudo los acondicionaban y decoraban para intentar recrear una atmósfera acogedora. Como le escribió a su mujer un soldado el 20 de diciembre de 1942:




15. El frente oriental, 1942.

> Quince hombres ocupamos un búnker, es decir, un agujero en el suelo con el tamaño aproximado de la cocina en Widdershausen [su hogar en Alemania], cada uno con sus bártulos. Ya puedes imaginarte la terrible falta de espacio. Ahora el siguiente panorama. Un hombre se está lavando (si hay agua disponible), un segundo se está despiojando, un tercero está comiendo, un cuarto está cocinando una fritanga, otro está dormido, etc. Más o menos así son las cosas por aquí.[252]

En agujeros subterráneos como ésos aguardaban los frecuentes ataques soviéticos, conservando lo mejor que podían la munición y las provisiones.[253]

Cuando llegaron las Navidades, el ejército de Paulus estaba ciertamente perdido. Las Navidades propiciaron el afloramiento de un enorme torrente de emociones en las cartas que los soldados enviaban a casa, cuando comparaban su situación desesperada con la paz y la calma que habían conocido en su círculo familiar en años anteriores. Encendieron velas y utilizaron ramas arrancadas para hacer árboles navideños. La carta que un joven oficial le mandó a su madre el 27 de diciembre de 1942 no era insólita:

> A pesar de todo, el arbolito tenía tanto encanto navideño y un aire tan acogedor a su alrededor que al principio no pude soportar la contemplación de las velas encendidas. Estaba profundamente emocionado, hasta un punto en que me vine abajo y tuve que volver la espalda durante un minuto antes de poder sentarme con los otros y cantar villancicos ante la visión maravillosa del árbol iluminado con las velitas.[254]

Las tropas se confortaban con las emisiones radiofónicas emitidas desde la patria, en especial cuando ponían canciones sentimentales que a veces ellos se aprendían de memoria y las cantaban. «Hay una canción que solemos cantar por aquí —escribió un soldado a su familia el 17 de diciembre de 1942—. El estribillo dice así: “Pronto todo esto habrá terminado —un día acabará—, después de cada diciembre llegará un mayo”».[255] Escribir cartas para enviar a casa se convirtió en una manera de mantener vivas las emociones humanas; la idea de volver a Alemania y reunirse con sus familias mantenía a raya el desaliento. El ejército rodeado envió a Alemania durante los meses del conflicto cerca de 3 millones de cartas, o las encontraron, sin enviar, en los soldados muertos en combate o capturados.[256]

Las tropas no murieron de frío como sí sucedió el invierno anterior. «Por cierto —escribió Hans Michel desde Stalingrado el 5 de noviembre de 1942—, estamos bien abastecidos con material de invierno; he podido hacerme también con un par de calcetines, una bufanda de lana de primera calidad, un segundo jersey, un abrigo de piel, ropa interior cálida, etc. Todo son prendas de la colecta de lana. Tienes que echarte a reír cuando ves a un hombre u otro vistiendo un pichi de mujer o algo por el estilo». A los que estaban de guardia les proporcionaban además botas de fieltro y abrigos de piel. Los veteranos de la campaña de Moscú también destacaron que el invierno de 1942 a 1943 fue inicialmente mucho más suave de lo que había sido el año anterior.[257] Pero el calor surgido de las distintas capas de ropa era terreno abonado para los piojos. «Tu jersey rojo —escribió un soldado a su mujer el 5 de noviembre de 1942—esun trampa ideal para atrapar piojos; ya he cazado bastantes en él (disculpa el salto en mis pensamientos, pero uno acaba de picarme ahora)». Otro escribió que aunque él no fuera el más afectado, «ya he aplastado unos cuantos miles». Algunos trataban de quitarle importancia al problema en las cartas que mandaban a casa («se puede decir sin faltar a la verdad que "cada cual tiene su propio zoo"», bromeaba uno), pero a la larga la irritación física y el malestar que causaban se sumaba a la desmoralización creciente de las tropas alemanas. «Te pueden volver loco —escribió un soldado de infantería el 28 de diciembre de 1942—, ya no puedes dormir como Dios manda [...] Poco a poco te van llenando de repugnancia hacia ti mismo. No tienes la menor ocasión de lavarte adecuadamente y cambiarte de ropa interior». «Los malditos piojos —se lamentaba otro el 2 de enero de 1943— se te comen entero. El cuerpo queda totalmente consumido».[258]

No obstante, era mucho peor la escasez cada vez mayor de comida, que debilitaba la resistencia de los hombres al frío, por más ropa de abrigo que pudiesen ponerse. «Nos estamos alimentando, principalmente, sólo con carne de caballo —escribió un soldado alemán el 31 de diciembre de 1942 —, y yo mismo hasta he comido carne de caballo cruda del hambre que tenía».[259] «Nos hemos comido todos los caballos en unos pocos días», apuntó el oficial del Estado Mayor Helmuth Groscurth el 14 de enero de 1943, añadiendo con amargura: «En el décimo año de nuestra época

gloriosa nos hallamos delante de una de las catástrofes más grandes de la historia».[260] «Aunque estoy agotado —escribió otro soldado ese mismo día—, no puedo dormir por las noches, sino soñar con los ojos abiertos una y otra vez con pasteles, pasteles, pasteles. A veces rezo y a veces maldigo mi suerte. En todo caso nada tiene sentido o justificación».[261] «No llego a 42 kilos de peso. No hay más que piel y huesos, un muerto viviente», escribió otro el 10 de enero de 1943.[262] Por entonces, el tiempo había empeorado bruscamente, y las tropas debilitadas eran incapaces de soportar el frío. Combatir en tales circunstancias era poco menos que imposible, y la depresión se fue apoderando de los soldados. «No eres más que una ruina, sólo eso [...] Estamos sumidos en la desesperación».[263] «También el cuerpo va perdiendo paulatinamente su capacidad de resistencia —era la observación en otra carta, escrita el 15 de enero de 1943—, porque no puede continuar mucho más tiempo sin grasa ni una alimentación adecuada. Se han cumplido ahora 8 semanas y nuestra situación, nuestro triste aprieto, sigue invariable. Nunca antes en mi vida el destino había sido tan severo conmigo, ni el hambre me había atormentado tanto como ahora».[264] Un soldado joven contó que a su compañía únicamente le habían dado una única barra de pan por cada seis hombres para que durase tres días. «Querida mamá [...] Ya no puedo mover las piernas, y a otros les pasa lo mismo, es por el hambre, uno de nuestros camaradas murió, ya no le quedaba nada en el cuerpo y fue a una marcha, y el hambre hizo que se desplomara en el camino y murió de frío, el frío ya no pudo soportarlo».[265] El 28 de enero de 1943 se dio la orden de que había que dejar morir de hambre a los enfermos y a los heridos. Las tropas alemanas estaban sufriendo en realidad la misma suerte que Hitler había planeado para los eslavos.[266]

Incluso la fe en Hitler empezaba entonces a resquebrajarse. «Ninguno de nosotros ha perdido todavía su convicción o su esperanza —escribió el conde Heino Vitztbum, un oficial aristócrata, el 20 de enero de 1943— en que el Führer encontrará una manera de proteger a los muchos miles que aquí se encuentran, pero por desgracia ya hemos sufrido en muchas ocasiones amargas decepciones».[267] No sólo estaba agotándose la comida, también las municiones. «Los rusos —se lamentaba un soldado el 17 de

enero de 1943— han fabricado sus armas de la forma adecuada para el invierno; puedes echar una mirada donde quieras: artillería, lanzagranadas, órganos de Stalin y aviones. Están atacando sin descanso día y noche, y nosotros tenemos que ahorrar cada bala porque la situación lo exige. Cuánto desearíamos en realidad volver a disparar sin trabas».[268] Los hombres empezaban a preguntarse si no sería mejor que los capturasen como prisioneros que continuar la lucha desesperada, si bien, como uno señaló el 20 de enero de 1943, no estaría tan mal «si se tratara de franceses, americanos o ingleses, pero con los rusos no sabes realmente si no sería mejor pegarte un tiro». «Si todo sale mal, mi amor —le escribió otro a su mujer—, no esperes que me hayan hecho prisionero». Al igual que otros, empezaba a utilizar sus cartas para despedirse de sus seres queridos.[269] Los Servicios de Seguridad de las SS abrieron muchas cartas de ese tipo en Alemania para obtener una imagen realista del efecto que causaban en la moral. Ya a mediados de enero, los informes confidenciales del Servicio de Seguridad de las SS sobre la moral en el frente interno señalaban que la gente no se creía la propaganda difundida desde Berlín. Las cartas procedentes del frente se veían como la única fuente fiable de información. «Si amplios sectores de la población ven actualmente la situación en el este con una preocupación mucho mayor que una semana antes, esto se explica por el hecho de que las cartas que ahora están llegando desde el frente suenan en su inmensa mayoría muy serias y en alguna medida extremadamente sombrías».[270]

Por entonces, el mariscal Konstantin Rokossovskii, un oficial con experiencia a quien Stalin había depurado y encarcelado en la década de 1930, pero que fue restituido en el cargo en 1940 y puesto al mando de las tropas del Ejército Rojo al oeste de Stalingrado, había comenzado a avanzar a través de la bolsa de resistencia desplazándose de oeste a este, capturando el último aeródromo el 16 de enero de 1942. El bombardeo aéreo, el fuego de artillería y los carros de combate, respaldados por una infantería numerosa, aplastaron las defensas alemanas debilitadas. En el sector situado al sur, las tropas rumanas no hicieron sino emprender la huida, dejando una enorme brecha en la línea defensiva por donde el Ejército Rojo hizo pasar sus tanques T-34. El clima se había vuelto frío, y muchos soldados

alemanes caían al suelo por el agotamiento y morían de frío en pleno repliegue. Otros tiraban de los heridos con trineos, transitando por carreteras heladas llenas de material militar abandonado o destrozado. Las fuerzas alemanas opusieron resistencia en unos pocos sectores, pero no tardaron en tener que retroceder hacia las ruinas de la ciudad, donde 20.000 heridos se hacinaban en improvisados hospitales subterráneos y en sótanos donde se accedía tras pasar por delante de montones de cadáveres congelados. Las vendas y las medicinas se agotaron, y no había posibilidad de liberar a los pacientes de los piojos. Incluso los que no estaban hospitalizados estaban enfermos, hambrientos, congelados y exhaustos.[271]

Ocho días antes, el Alto Mando soviético le había hecho a Paulus una oferta de rendición honrosa. Hasta ese momento eran 100.000 los soldados alemanes muertos en la batalla. La situación del resto se había hecho manifiestamente desesperada desde el fracaso de Manstein en su intento de atravesar las líneas enemigas. Altos oficiales estaban comenzando a rendirse al enemigo. Sin embargo, unas vez más, Hitler ordenó a Paulus continuar la lucha. El general ordenó responder en el futuro con cañonazos a todo acercamiento soviético. El 22 de enero de 1943, Paulus sugirió de todas formas que la rendición era la única manera de salvar a los soldados que quedaban. Una vez más, Hitler rechazó su petición. Entretanto, el avance de Rokossovskii siguió progresando con fuerza, dividiendo la bolsa en dos y encerrando a los 100.000 soldados alemanes que quedaban en dos pequeñas áreas de la ciudad.[272] La máquina propagandística de Goebbels estaba en ese momento renunciando a su discurso anterior de victoria. Cada vez más, las historias de la prensa y los noticiarios hacían hincapié en el heroísmo de unos soldados cercados, una lección para todos en el orgullo de continuar la lucha, sin rendirse jamás, ni siquiera cuando la situación parecía no tener remedio. El telegrama enviado por Paulus la noche anterior al décimo aniversario del nombramiento de Hitler como canciller del Reich el 30 de enero de 1933 era de lo más idóneo para la propaganda: «En el aniversario de su toma del poder, el 6º Ejército saluda a su Führer. La esvástica aún ondea sobre Stalingrado. Ojalá que nuestra lucha sea un ejemplo para las generaciones presentes y venideras de que jamás tenemos que capitular, ni siquiera cuando hemos perdido toda esperanza. Entonces

Alemania vencerá. *Heil, mein Führer*. Paulus, general».[273] El mismo día, Hermann Göring pronunció un discurso transmitido por la radio en el que comparaba el 6º Ejército a los espartanos que murieron defendiendo el paso de las Termópilas contra las hordas persas invasoras. «Permanecerá como la mayor lucha heroica de nuestra historia», vaticinó. No pasó desapercibido para muchos de los soldados agachados en torno a las radios en los búnkeres diseminados por Stalingrado y sus alrededores que en las Termópilas encontraron la muerte todos los espartanos. Para subrayar el mensaje, Hitler ascendió a Paulus a mariscal de campo el 30 de enero de 1943, una medida pensada —y comprendida bien claramente por su destinatario— como una invitación al suicidio.[274]

Pero Paulus, al final, terminó por volverse contra su superior. El 31 de enero de 1943, en lugar de suicidarse, se rindió junto con todas las tropas que quedaban en la parte de Stalingrado que él ocupaba todavía. Rokossovskii acudió para aceptar la rendición formal acompañado por un fotógrafo y un intérprete, agentes de la policía secreta y oficiales del ejército, así como el mariscal Voronov, del Estado Mayor soviético. El cabello oscuro y la barba incipiente de Paulus habían empezado a teñirse de blanco con la tensión de los últimos meses, y había desarrollado un tic en sus músculos faciales. Los generales soviéticos le pidieron que ordenase a todos los soldados que quedaban que se rindiesen para evitar nuevos derramamientos de sangre. En un último resto de obediencia a Hitler, Paulus se negó a ordenar el alto el fuego a la otra bolsa de resistencia. Los restos de seis divisiones se guarecían en ella; Hitler les ordenó luchar hasta el final. Pero los rusos los bombardearon sin piedad y se rindieron el 2 de febrero de 1943. En total, durante la batalla resultaron capturados 235.000 soldados alemanes y aliados de todas las unidades, incluyendo la malograda fuerza de auxilio de Manstein; más de 200.000 habían muerto. Vestidos con harapos, sucios, sin afeitar, cubiertos de piojos y muchas veces sin poder apenas caminar, a los 91.000 soldados alemanes y aliados que quedaban en Stalingrado los hicieron ponerse en fila y marchar hacia el cautiverio. Ya débiles, hambrientos y enfermos, fallecieron por millares en su camino a los campos para prisioneros. Los rusos no estaban preparados para una cifra tan elevada de prisioneros, las provisiones de comida eran inadecuadas, y más

de 55.000 prisioneros habían muerto a mediados de abril de 1943. Entre ellos, Helmuth Groscurth, cuyos diarios de 1939 y 1940 procurarían más tarde a los historiadores importantes revelaciones acerca de los primeros progresos de la resistencia militar-conservadora contraria a Hitler; capturado en la bolsa que se rindió el 2 de febrero de 1943, sucumbió al tifus y murió el 7 de abril de ese año. En total, de los hombres convertidos en prisioneros en Stalingrado fueron menos de 6.000 los que consiguieron regresar finalmente a Alemania.[275]

## IV

Era imposible hallar una explicación convincente para una derrota de esas dimensiones. La retirada de Moscú el año anterior se pudo presentar como una medida temporal, un repliegue táctico que se recuperaría más adelante. Pero en el caso de Stalingrado era poco menos que imposible adoptar esa misma línea. No había forma de ocultar que un ejército alemán había quedado completamente rodeado y destruido. En privado, Hitler hablaba pestes de la debilidad de las tropas rumanas e italianas, pero lo que sobre todo le ponía furioso era lo que él entendía como una cobardía de Paulus y los altos mandos a sus órdenes, que habían preferido perder su honor rindiéndose en vez de salvarlo suicidándose. Lo peor estaba por venir, porque, casi inmediatamente después de la invasión, los rusos comenzaron los intentos por «reeducar» a los prisioneros de guerra alemanes como «antifascistas», empezando con los suboficiales y siguiendo a continuación con los oficiales. Una combinación acertada del palo y la zanahoria logró el apoyo para la causa de una cifra creciente de prisioneros, quienes en su mayoría la secundaban porque era lo más fácil que podía hacerse. Entre ellos, un número reducido de nacionalistas alemanes fervorosos tenían el convencimiento de que Hitler estaba destruyendo Alemania, y que unirse a sus enemigos era la manera más rápida de salvar su país. Unos pocos oportunistas, antes nazis en muchos casos, proclamaron con especial énfasis su apoyo al «antifascismo». En julio de 1942, la policía secreta soviética había conseguido un éxito suficiente para empezar a crear una organización de prisioneros convertidos, que se tornó al año siguiente en un «Comité

Nacional “Alemania Libre”». El joven piloto Friedrich von Einsiedel se convirtió en una de sus figuras más relevantes, tendiendo hacia el ala comunista de la organización junto con algunos otros que habían abrigado serias dudas respecto de la causa nazi incluso antes de que los hubieran capturado. No obstante, aún resultó más espectacular que al Comité Nacional se uniese también el mariscal de campo Friedrich von Paulus, al que convencieron los rusos para que en su nombre grabase varias transmisiones radiofónicas propagandísticas destinadas a Alemania. Las emisiones no tuvieron seguramente un gran impacto, pero el mero hecho de que Paulus estuviese llevándolas a cabo causó una gran vergüenza en la cúpula dirigente nazi, y le brindó una nueva prueba a Hitler, si es que necesitaba alguna, de que el Alto Mando del Ejército no era de fiar.[276]

Goebbels ya había empezado a preparar al pueblo alemán para las malas noticias aun antes de la rendición final en Stalingrado. Desde todos los medios de comunicación se vertieron de forma coordinada los elementos de un nuevo mito: «Murieron para que Alemania pueda vivir», como el *Völkischer Beobachter* publicó el 4 de febrero de 1943. El sacrificio de las tropas sería un modelo para todos los alemanes del futuro. Sin embargo, era difícil decir qué se había logrado exactamente con su sacrificio. La joven estudiante Lore Walb, por ejemplo, aceptaba la imagen de la propaganda oficial del «heroísmo» de las tropas en Stalingrado y la necesidad de «resistir». Pero ello no le impidió anotar el 3 de febrero de 1943: «Hoy es el día más negro para Alemania en la historia de nuestra guerra».[277] Y muchas personas se burlaban de la retórica proveniente del Ministerio de Propaganda.[278] El Servicio de Seguridad de las SS informaba de un «sentimiento general de conmoción profunda» entre los alemanes. La gente hablaba de las enormes pérdidas, y discutía sobre si se había reconocido con antelación suficiente la amenaza soviética que planeaba sobre el 6° Ejército:

> La gente habla sobre todo de que la fortaleza del enemigo ha tenido que ser subestimada, pues de otra manera no se habría tomado el riesgo de continuar para ocupar Stalingrado ni siquiera después de haberle puesto cerco. Los camaradas del pueblo no pueden entender cómo es que no fue posible liberar Stalingrado, y algunos de ellos no están precisamente bien informados en lo

> relativo a la evolución en el sector meridional del frente oriental para tener una comprensión cabal de la importancia estratégica de esas batallas [...] Existe un convencimiento general de que *Stalingrado* significa un *punto de inflexión* en la guerra.[279]

El informe no podía por menos de concluir que algunas personas veían ciertamente en Stalingrado «el principio del fin», y se decía que en los despachos del gobierno en Berlín había «en alguna medida un ambiente inequívoco de desesperación absoluta».[280]

Se informaba de que en Franconia la gente estaba dirigiendo «la crítica más severa contra la cúpula del ejército» y preguntándose por qué el 6º Ejército no se había replegado cuando había oportunidad. Además, «la gente sostiene basándose en las cartas [del frente] que muchos soldados han muerto simplemente de agotamiento, y que otros muestran además tal aspecto que no puedes reconocerlos debido al mucho peso que han perdido. Los rumores corren —concluía el informe—, lo que sin duda baja la moral de la población enormemente».[281] Los informes de otras zonas sugerían un «estado de ánimo visiblemente preocupado, si bien todavía no desesperado», a consecuencia de la derrota.[282] En el distrito rural de Ebermannstadt, en Baviera, donde muchas personas tenían hijos, hermanos o maridos en el 6º Ejército, se informaba de que las críticas habían «llegado a un punto de gran dureza y vehemencia, incluso si la gente tiene buen cuidado a la hora de escoger sus palabras con el fin de eludir un proceso penal». Así pues, la población estaba criticando a Hitler sin llamarlo por su nombre, si bien el significado de lo que decían no creaba dudas: Hitler no descansaría hasta que todo estuviera destruido, había sobrevalorado la fortaleza de Alemania, debería haber intentado acordar la paz.[283] Por primera vez, como el diplomático desafecto Ulrich von Hassell anotó en su diario el 14 de febrero de 1943, los «rumores críticos» se dirigían contra el propio Hitler.[284] La gente se preguntaba por qué no salvó las vidas de los hombres que quedaban del 6º Ejército ordenándoles que capitularan.[285] Los pocos judíos perseguidos y maltratados que permanecían en Alemania se esperanzaron con la derrota. El 5 de febrero de 1943, Victor Klemperer tuvo noticia de que «se comenta que la debacle en Rusia es real y decisiva». Un

conocido suyo que no era judío le dijo que la conmoción pública era tan grande que había muchas posibilidades de que se produjera un levantamiento interno contra los nazis.[286]

La crisis en la moral a que dio lugar la derrota en Stalingrado no terminó enseguida. Un funcionario local en Baviera afirmó el 19 de marzo de 1943 que «el ánimo popular ya no es bueno». «La palabra Stalingrado se mantiene en primer plano».[287] Muchos querían que todo acabara, y opinaban que los ingleses y los americanos no consentirían que los rusos se apoderasen de Alemania; incluso si lo hacían, los únicos que lo pasarían mal serían los hombres del partido.[288] A mediados de abril, el Servicio de Seguridad de las SS informó de que la gente estaba reclamando poder ver más a Hitler. «Una imagen del Führer gracias a la cual la gente pueda tener la seguridad de que —a diferencia de lo que se había rumoreado en una ocasión— su pelo no se ha cubierto de canas tendría un efecto más positivo en la actitud de los camaradas del pueblo que muchos eslóganes enardecidos».[289] El carisma de Hitler estaba empezando a apagarse. Los cuadros regionales del partido apuntaron que empezaban a circular chistes sobre él. «¿Cuál es la diferencia entre el Sol y Hitler?», se preguntaba uno de ellos, y la respuesta era: «Que el Sol se levanta por el este, y Hitler se pone por el este».[290]

En julio de 1943, el Servicio de Seguridad de las SS observaba que «*están circulando muy deprisa los rumores más absurdos y malintencionados acerca de los dirigentes del partido o el Estado, y pueden durar semanas y meses*».[291] Así, por ejemplo, de Baldur von Schirach se decía, faltando por completo a la verdad, que había huido a Suiza con su familia. Peor aún:

> Contar chistes que son desagradables y perjudiciales para el Estado, chistes incluso sobre la persona del Führer, se ha convertido en algo mucho más habitual desde Stalingrado. Cuando los camaradas del pueblo hablan en bares, en talleres o en otros lugares donde se reúnen, comparten los «últimos» chistes políticos, y mientras lo hacen a menudo no distinguen entre los que son relativamente inocentes en el contenido y los que son manifiestamente de oposición. Hasta los camaradas del pueblo que apenas se conocen entre sí andan intercambiando chistes políticos. No cabe duda de que están dando por sentado que cualquiera *puede contar hoy cualquier chiste sin el temor de verse rechazado y menos aún denunciado a la policía*.[292]

Igualmente, proseguía el informe, la gente critica ahora abiertamente al régimen afirmando que es ineficaz, que está mal organizado y que es corrupto. Tampoco cabía duda «de que *escuchar las emisoras de radio extranjeras* se ha *hecho mucho más frecuente* en los últimos meses». El Servicio de Seguridad de las SS encontraba en este hecho una explicación para el extendido pesimismo que la gente estaba mostrando en lo concerniente a las consecuencias finales de la guerra. Como señal simbólica nítida de la distancia creciente de la gente en relación con el régimen, «*el uso del saludo alemán*, como vienen señalando los comerciantes y los funcionarios que atienden a la gente, ha *disminuido* notablemente en los últimos meses. Se constata asimismo *que numerosos integrantes del partido ya no llevan su insignia del mismo*».[293]

## V

El ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, era sumamente consciente de la necesidad de hacer algo espectacular para levantar la moral y revertir la situación. Sabía, como cualquier otro en la cúpula dirigente nazi, que el factor subyacente decisivo en el revés de la fortuna militar y naval de Alemania era la incapacidad de la economía para producir equipos suficientes, carros de combate suficientes, cañones suficientes, aviones suficientes, submarinos suficientes, municiones suficientes. Incluso antes de que se hubiera hecho evidente en toda su extensión la catástrofe en Stalingrado, Goebbels estaba comenzando a afirmar «que únicamente un mayor compromiso bélico de la sociedad nos pondrá en situación de lograr victorias militares. Cada día aporta nuevas evidencias —dijo en su conferencia ministerial el 4 de junio de 1943— de que nos enfrentamos en el este con un adversario despiadado al que sólo cabe derrotar con los métodos más despiadados. Para lograrlo, es imprescindible la implicación total de todos los recursos y las reservas de que disponemos».[294] Por entonces, Goebbels no dejaba de insistirle a Hitler para que declarase la «guerra total», incluyendo la movilización de las mujeres para el trabajo, el cierre de «comercios elegantes» y «cafés elegantes», y muchas otras cosas.

Disgustado con el lento progreso habido tras la decisión inicial de Hitler de respaldar la idea, decidió aumentar la presión con una gran manifestación pública.

El 18 de febrero de 1943, Goebbels pronunció en el Palacio de los Deportes de Berlín un discurso importante, transmitido por radio para la nación, ante un público cuidadosamente seleccionado de 14.000 fanáticos nazis, que representaban, como él dijo, «un corte transversal de la entera nación alemana, en el frente y en el país. ¿Estoy en lo cierto? [*Fuertes gritos de «¡sí!». Largos aplausos*.] ¡Pero los judíos no están representados! [*Ovaciones, gritos*]».[295] Después de esbozar las medidas que se habían adoptado contra lujos y distracciones, afirmó que los alemanes querían entonces «un modo de vida espartano para todos», la clase de vida, en realidad, que el propio Führer vivía. Cada uno debía redoblar sus esfuerzos para obtener la victoria. En el clímax de su discurso, formuló una serie de diez preguntas retóricas a un público ya completamente enardecido. Se produjeron entre ellas los siguientes intercambios:

> ¿Estáis vosotros y el pueblo alemán decididos, si el Führer lo ordena, a trabajar diez, doce y, si fuera necesario, catorce y dieciséis horas diarias y a esforzaros al máximo por la victoria? [*Clamores exclamando «¡sí!» y largos aplausos*.] [...] Os lo pregunto: ¿Queréis la guerra total? [*Clamores exclamando «¡sí!». Fuertes aplausos*.] ¿Queréis que sea, si fuera necesario, incluso más total y más radical de lo que hoy podemos imaginar? [*Clamores exclamando «¡sí!». Aplausos*.]

Uniendo la idea de la guerra total a la lealtad a Hitler, el ministro de Propaganda hizo que la multitud gritara con entusiasmo a favor de la movilización de cualquier último recurso, incluyendo a las mujeres trabajadoras, en la lucha final por la victoria. Lo interrumpieron más de 200 veces entre clamores y aclamaciones, eslóganes («*Sieg Heil*! [¡salve la victoria!]», «*Führer, befiehl! Wir folgen dir*! [¡Führer, mándanos! ¡Te seguimos!]») y ovaciones histéricas. En conjunto, el acontecimiento se describió posteriormente como «un hito en la hipnotización de las masas». Millones de personas que habían estado esperando alguna clase de señal del régimen escucharon el discurso. Para recalcar la importancia del mismo, al

día siguiente lo publicaron los periódicos y se volvió a emitir por radio el domingo siguiente. Lo presentaban como una manifestación impresionante de la voluntad del pueblo alemán de luchar hasta el final.[296]

Con toda probabilidad, Hitler había dado de antemano su aprobación en líneas generales a la iniciativa de Goebbels. Sin embargo, no había sido consultado en lo relativo al contenido detallado del discurso, así que ordenó que le enviasen de inmediato una copia y manifestó su completa aprobación.[297] Pero, en concreto, ¿qué significaba realmente «guerra total»? En el seno de la cúpula nazi se vio en primer lugar como una tentativa de Goebbels, con el asesoramiento y el apoyo de Speer, para hacerse con el control del frente interno. La respuesta inicial de Hitler a la crisis había consistido en crear un «Comité de los Tres», compuesto por Martin Bormann, Hans-Heinrich Lammers y Wilhelm Keitel, para poner en marcha medidas de «guerra total»; el discurso de Goebbels fue entre otras cosas un intento de marginar a ese grupo, y lo siguiente que hizo fue intrigar con Hermann Göring para apartarlos de la dirección de la «guerra total». Pero para entonces Göring había perdido buena parte de su energía inicial debilitado por dosis de morfina, a la que se había hecho adicto. Hitler se negó a dar a Goebbels y Speer o al grupo de Lammers la autoridad del frente interno que unos y otros se disputaban. En el otoño de 1943, el Comité de los Tres había cesado efectivamente su actividad. Quedaron en nada sus iniciativas para simplificar la administración pública del Reich reduciendo las duplicaciones, por ejemplo entre los ministerios de Finanzas del Reich y de Prusia (el grupo abogaba por suprimir este último), y empleó mucho más tiempo para discutir sobre trivialidades del tipo de si prohibir o no las carreras de caballos.[298] En cuanto a las realidades económicas de la «guerra total», era difícil ver lo que podía hacerse. El problema, como resultó evidente en toda la sucesión de derrotas y reveses sufridos en la guerra durante 1943, no estaba en que la población no se emplease a fondo en el trabajo, sino en la falta de materias primas. No tenía sentido reclamar un impulso en la producción si no había carbón y acero suficientes para fabricar aviones y carros de combate, o no había suficiente petróleo para abastecerlos de combustible. Y la movilización de las mujeres, como hemos visto, sólo podía subsanar la escasez de mano de obra en una medida muy

limitada; así que, inevitablemente, se recurría cada vez más a la mano de obra extranjera. Desde un punto de vista puramente práctico, la «guerra total» se redujo a un intento de eliminar el consumo interno del país con el fin de desviar recursos a la industria bélica. También en este aspecto las posibilidades eran limitadas.

Una serie de decretos publicados a comienzos de 1943 puso sin duda freno a la producción no relacionada con la guerra y al consumo. El 30 de enero de 1943, el Comité de los Tres ordenó el cierre de los negocios no esenciales. Esa medida condujo a que sólo en la región de Brandenburgo 9.000 negocios en su mayor parte pequeños echasen el cierre, causando un resentimiento generalizado en la clase media inferior en tanto en cuanto a los dueños de talleres independientes los estaban obligando a convertirse en asalariados de las fábricas de armas. A muchos de ellos les preocupaba que no pudiesen abrir de nuevo después de la guerra. La aplicación de esa política hubo de interrumpirse al cabo de unos pocos meses ante la insistencia del Ministerio de Propaganda debido a la extensión de la resistencia y el efugio.[299] En Berlín se tuvo conocimiento de que el Melody Bar de la Kurfürstendamm había cerrado sólo para reabrir inmediatamente como un restaurante, con los mismos camareros. El Gong Bar pasó a llamarse Café Gong y basó el negocio en el café y los pasteles en vez de la cerveza y los cócteles. La medida también les creó problemas a los que trabajaban con las municiones y otras industrias relacionadas con la guerra, ya que estaban obligados a pasar la semana lejos de sus familias y por ello cenaban en los restaurantes. Por entonces eran numerosos los bares y pequeños restaurantes que estaban a cargo de personas que habían llegado a la edad de la jubilación y de las cuales difícilmente podía esperarse que engrosaran las fábricas de municiones. Mientras se cerraban los bares de la clase obrera, el resentimiento extendido no hacía sino exacerbarse ante el hecho de que se mantenían en activo los hoteles más exclusivos, como el Vier Jahreszeiten en Hamburgo, con su asador de precios prohibitivos, y los restaurantes elegantes, como la ostrería de Schumann en la misma ciudad.[300] La represión del consumo ostentoso resultó en cualquier caso tan

sólo simbólica. Estaba muy bien decir que los alemanes tenían que vivir como espartanos, pero en 1943 muchos pensaban que ya lo estaban haciendo.

El giro a la producción y la inversión relacionadas con la guerra en detrimento del consumo se había iniciado ya en la década de 1930, pero cuando la guerra estalló todavía se aceleró más. Al acabar el primer año de la guerra, el gasto militar se había incrementado de una quinta parte a una tercera parte de la producción nacional. Con la esperanza de evitar dar al pueblo alemán la sensación de que le estaban chupando la sangre para alimentar la maquinaria militar, el Ministerio de Economía del Reich descartó sus intenciones iniciales de imponer una subida considerable de impuestos, y optó en cambio por controlar el gasto de los consumidores racionándolo. A finales de agosto de 1939, el consumo *per capita* había caído un 11 por 100; el año siguiente cayó otro 7 por 100.[301] Al poco de estallar la guerra, la comida y la ropa se racionaron. Por supuesto, no se trataba de nada nuevo en principio. Ya en la década de 1930 se habían racionado algunos alimentos y otros artículos que escaseaban.[302] En octubre de 1939 se asignó una ración oficial de comida de 2.570 calorías diarias para los civiles, 3.600 calorías para cada integrante de las fuerzas armadas y 4.652 para los obreros encargados de tareas físicas de especial dureza. Los civiles debían presentar sus cartillas de racionamiento en las tiendas, con un color para cada artículo diferente (por ejemplo, el rojo para el pan), y sus compras se señalaban para que no recibiesen más del máximo permitido. Esas cartillas de racionamiento tenían un mes de vigencia con el fin de que se pudieran expedir las nuevas con máximos distintos en caso de necesidad.[303]

En concreto, al comienzo de la guerra esto quería decir, por ejemplo, un máximo de 10 kilos de pan al mes para un adulto normal, 2.400 gramos de carne, 1.400 gramos de alimentos grasos incluyendo la mantequilla, 320 gramos de queso, etc. A medida que la guerra seguía su curso, estas asignaciones empezaron a menguar. La ración de pan se mantenía más o menos igual, pero la carne se redujo a 1.600 gramos por mes a mediados de 1941, y por ese entonces el racionamiento comenzó a introducirse para la fruta y no tardaría en hacerlo para las hortalizas y las patatas. A principios

de 1943, las asignaciones se situaron en 9 kilos mensuales de pan, 600 gramos de cereales, 1.850 gramos de carne y 950 gramos de alimentos grasos. En general, esos niveles se mantuvieron en valores aproximados, con fluctuaciones al alza y a la baja, hasta la fase final de la guerra, cuando la asignación de pan cayó de 10,5 kilos mensuales en enero de 1945 a 3,6 kilos en abril, la ración de cereales de 600 a 300 gramos, la carne cayó bruscamente a sólo 550 gramos y los alimentos grasos bajaron de 875 a 325 gramos. Sólo de las patatas, con una asignación regular de unos 10 kilos por mes a lo largo de la guerra, pareció existir siempre provisiones abundantes. Sin embargo, esas cantidades no sólo eran insuficientes para las necesidades de la mayoría de la gente, a menudo resultaba además imposible obtenerlas debido a la escasez. El racionamiento abarcaba asimismo una variedad más extensa de artículos que en Gran Bretaña, y las estrictas restricciones en las prendas de vestir redujeron en octubre de 1941 el consumo medio alemán a una cuarta parte de los niveles existentes en tiempos de paz; muchas prendas de vestir se habían confeccionado con materiales sintéticos de baja calidad y a menudo la gente tenía que calzar zuecos de madera debido a la falta de piel. «Un hombre cansado de la vida —en un chiste que circulaba en abril de 1942— intenta en vano colgarse; imposible: la soga está hecha de fibra sintética. Entonces lo intenta arrojándose al río; pero flota porque lleva un traje de madera. Finalmente consigue quitarse la vida. Ha estado viviendo durante dos meses solamente de lo que le daban con su cartilla de racionamiento».[304]

Incluso recortes relativamente pequeños en las raciones de comida podían alimentar el descontento. En marzo de 1942, por ejemplo, el Servicio de Seguridad de las SS informó de que el anuncio de inminentes recortes en las raciones por el equivalente de unas 250 calorías diarias para población civil normal y 500 diarias para obreros encargados de labores duras había tenido un efecto «devastador», de hecho, «en mayor medida que prácticamente cualquier otro suceso en la guerra». Los trabajadores en particular no entendieron la necesidad de los recortes dado que ya habían considerado muy escasas las raciones existentes. «El ánimo en esos sectores de la población —advertía el informe— ha alcanzado un punto inferior a cualquier otro observado anteriormente en el curso de la guerra». Y había

un resentimiento extendido ante la capacidad, como muchos veían, de los mejor situados para aprovechar sus contactos con el fin de obtener comida en una cantidad muy superior a la racionada.[305] Si a diferencia de lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial, se había evitado el hambre —poco menos que una obsesión del régimen, toda vez que Hitler la consideraba uno de los factores primordiales tras la mítica «puñalada por la espalda» de 1918—, ello se debía en buena medida a las importaciones masivas procedentes del exterior, sobre todo a partir de 1940, desde los territorios ocupados. Éstas eran especialmente vitales para mantener la ración de pan en un nivel aceptable, dado que el pan era el ingrediente básico en la dieta de muchos alemanes, y que su recorte en abril de 1942 se había «sentido con especial dureza en todos los sectores de la población».[306]

Las importaciones de trigo panificable aumentaron de 1,5 millones de toneladas en 1939 y 1940 a 3,6 millones en 1942 y 1943 y se mantuvieron aproximadamente al mismo nivel el año siguiente. No obstante, era indudable que la inmensa mayoría de la población continuaba encontrando que las raciones de comida apenas bastaban para sobrevivir, y cada vez que el régimen apretaba el cinturón a la gente provocaba un enfado y un descontento generalizados. Los paquetes de comida enviados por parientes y amigos en el ejército destinados en Francia u otro lugar de Europa occidental servían de ayuda, pero nunca eran suficientes, y en algunas situaciones, en especial en Stalingrado y más en general en el frente oriental, los paquetes de comida tendían a viajar en dirección contraria. En total, la contribución de las economías de los países ocupados, en el este y en el oeste, a la economía alemana durante la guerra probablemente no fue mucho más allá del 20 por 100 en conjunto. No bastó para lograr que la gente sintiera que vivía bien. «¿Cuál es la diferencia entre la India y Alemania? —según un chiste popular de la primavera de 1943—. En la India, una persona [Gandhi] pasa hambre por todos, en Alemania, todos pasan hambre por una persona [Hitler]».[307]

La retórica de Goebbels del sufrimiento y el sacrificio no era convincente porque los niveles de vida ya habían descendido severamente mucho antes de 1943. En realidad, ni siquiera la retórica era nueva. Goebbels había difundido un llamamiento a favor de la «guerra total» a

primeros de 1942, después de la debacle ante Moscú.[308] Ya en marzo de 1939, Hitler había manifestado que «toda movilización debe ser total», incluyendo la economía. Con la actividad del rearme, los niveles de vida ya se habían hundido incluso antes. Pocas leyendas hay más duraderas en la historia que la del *Blitzkrieg* como una estrategia económica pensada para hacer la guerra de forma poco costosa y rápida, sin poner la economía en pie de guerra.[309] La economía estaba en pie de guerra mucho antes de que la contienda empezara.[310] El consumo privado cayó del 71 por 100 de la renta nacional en 1928 al 59 por 100 en 1938, y cuando la guerra estalló los ingresos reales no lograron recuperarse hasta sus niveles anteriores a la Depresión. Los salarios reales en Alemania habían crecido un 9 por 100 en 1938 en comparación con sus niveles en 1913, pero la cifra comparable en EE.UU. era del 53 por 100 y en el Reino Unido, del 33 por 100. La calidad de muchos bienes en Alemania, desde la ropa hasta los alimentos, decayó bajo el impacto de las restricciones a las importaciones durante la década de 1930. Cuando empezó la guerra, el Ministerio de Finanzas y el Plan Cuatrienal acordaron limitar el consumo personal, sobre todo por medio del racionamiento, a sólo el mínimo necesario para asegurar la supervivencia. Aumentaron los impuestos sobre la cerveza, el tabaco, los cines, los teatros, los viajes y otros elementos de consumo, y todos los contribuyentes tenían que pagar un impuesto adicional para la guerra. A consecuencia de ello, los impuestos se incrementaron en un 20 por 100 de media para la población, en su mayor parte obreros que estaban ganando entre 1.500 y 3.000 Reichsmarks anuales entre 1939 y 1941, y en un 55 por 100 para quienes ganaban entre 3.000 y 5.000 Reichsmarks. Los impuestos proporcionaban la mitad de los ingresos necesarios para el gasto militar, la otra mitad se cubría por medio de exacciones en los territorios ocupados y préstamos gubernamentales.[311]

Hitler vetó nuevas subidas de los ingresos fiscales debido a que temía la hostilidad popular que podían provocar. En vez de ello, se recaudaron fondos adicionales apoderándose de los ahorros de la gente. El gobierno tenía pleno conocimiento del hecho de que desde primeros de 1940 estaba fluyendo más y más dinero hacia las cuentas de ahorro de bancos y fondos de seguros locales de Alemania. En el plazo de un año, los inversores

colocaron más de mil millones de Reichsmarks en ahorros. El gobierno iba retirando calladamente la parte más jugosa para pagar las armas, al tiempo que imponía severos recortes en el tipo de programas que normalmente habría financiado, como la construcción de viviendas, que cayó de algo más de 320.000 nuevas viviendas en 1937 a sólo 40.000 cinco años después. Ya en 1940, 8.000 millones de Reichsmarks fluyeron de los bancos a la fabricación de armas, una cifra que se incrementó a 12.800 millones el año siguiente. Este sistema para financiar la guerra era mucho más ventajoso que las solicitudes públicas de créditos, con un resultado tan desastroso en la Primera Guerra Mundial, cuando los inversores patriotas perdieron todos sus ahorros en la inflación de la posguerra. No indicaba, como se ha sostenido en ocasiones, la confianza de la gente en el gobierno, ni la certidumbre en la victoria. A medida que se hacían más estrictas las restricciones del gobierno sobre otras formas de inversión, no quedaba ninguna alternativa para la gente. En vez de hacer inversiones a largo plazo, la gente prefería en la medida de lo posible poner su dinero donde fuese fácil retirarlo en caso de necesitarlo una vez concluida la guerra.[312] Aparte de esto, no parecía haber gran cosa que se pudiese hacer con él. Como Mathilde Wolff-Mönckeberg, una mujer de una familia prominente de Hamburgo, escribió el 25 de marzo de 1944, todo el mundo había entrado en el trueque:

> Yo he cambiado la mesa a cambio de alimentos grasos y carne, así como una cantidad considerable de otros manjares que la nueva dueña traerá de su cantina. Pero ¿qué otra cosa puede hacerse estos días? El estómago pide su parte y el dinero no compra nada. Todo el mundo tiene enormes cantidades de dinero [...] Sólo puedes convencer a los obreros para que entren en tu casa si les pones cigarrillos en las manos o les convidas a una copa de brandy. Al hombre de la compañía del gas, a quien intenté engatusar para que nos permitiese tener una nueva cocina, tuve que ablandarlo con una cerveza, dos sándwiches de salchichas y por último un cigarro.[313]

Dos meses antes, el Servicio de Seguridad de las SS había dedicado un informe especial a la propagación del trueque. Eran tantos los bienes y servicios esenciales que escaseaban que «el mercado negro de pequeñas cantidades de bienes se ha convertido en una forma de vida para tanta gente que la mayoría descarta cualquier tipo de reserva al respecto sosteniendo que “quienes no se ayuden a sí mismos jamás mejorarán su situación”».

Únicamente la compraventa y el trueque con afán de lucro topaban con la desaprobación popular. A pesar de ello, para la aparición de un mercado negro en una escala sustancial no había más que un pequeño paso.[314]

El rápido incremento de los ahorros en la primera parte de la guerra reflejaba el hecho de que el gasto del consumo cayó más bruscamente hasta 1942, manteniéndose relativamente estable a partir de entonces hasta los últimos meses de la guerra. El consumo *per capita* en Alemania (en sus fronteras anteriores a la guerra, incluyendo Austria, los Sudetes y Memel) cayó una cuarta parte entre 1939 y 1942, y a partir de entonces se estabilizó. Si se toma en cuenta la incorporación al Reich de áreas relativamente pobres de Polonia, entonces en 1941 el consumo real *per capita* había caído al 74 por 100 de su nivel en 1938, estabilizándose a continuación en el 67-68 por 100 en los dos años siguientes, mientras las ventas reales *per capita* cayeron en cantidades aproximadamente similares. La producción *per capita* real de todos los bienes de consumo cayó en un 22 por 100 desde 1938 hasta 1941. Después de un incremento inicial causado por las compras inducidas por el pánico, las ventas de tejidos y objetos de metal y para la casa eran en junio de 1940 un 20 por 100 inferiores al año anterior, y las ventas de mobiliario, un 40 por 100 inferiores.[315] Y esas cifras ocultaban el hecho de que el mayor destinatario de los bienes de consumo eran las fuerzas armadas. Por ejemplo, en 1941 y 1942 el consumo de carne *per capita* en las fuerzas armadas era más de cuatro veces mayor que el de la población civil, y el consumo de trigo panificable era dos veces y media mayor. Mientras los ciudadanos tenían que arreglárselas con sustitutivos, los soldados podían tomar café de verdad y contaban con provisiones abundantes de cigarrillos y alcohol. Era cosa de la política. La ración de carne para los soldados era tres veces y media la de los ciudadanos, y estaban autorizados para doblar la ración diaria de pan. La mayor parte de los sectores no armamentísticos de la economía estaban trabajando principalmente para las fuerzas armadas, y en enero de 1940 el 90 por 100 de los muebles fabricados se destinaron a los militares, mientras en mayo de 1940 las fuerzas armadas, las SS y otras organizaciones uniformadas adquirieron la mitad de todas las ventas de tejidos. El 80 por 100 de todos los productos químicos de consumo se destinó a las fuerzas armadas

(incluyendo pasta dentífrica y betún para los zapatos).[316] Era tanto el carbón que se reservaba para la producción industrial que la gente no disponía de una cantidad suficiente para calentar los hogares durante el invierno. «En Alemania —decía un chiste muy popular de 1941—la temperatura todavía se mide según las escalas extranjeras de Celsius y Réaumur. Hitler ordena que en lo sucesivo las mediciones se hagan según la escala Fahrenheit alemana. De esta forma la temperatura se eleva 65 grados ¡y la escasez de carbón queda resuelta automáticamente!».[317]

El empeño de Goebbels para levantar las pasiones de la multitud logró enardecer a algunos. «Son las 2 de la mañana —escribió en su diario el 19 de febrero de 1943 el soldado paracaidista Martin Pöppel desde el frente oriental—. No puedo dejar de pensar en el discurso de Goebbels instando a la guerra total. El discurso ha sido tan demoledor y redondo que siento que debo escribir a casa con mi propia respuesta. Todo el mundo quedó entusiasmado con sus palabras, todos nosotros caímos bajo su hechizo. Nos hablaba con el corazón».[318] Goebbels se ganó numerosos elogios por poner de manifiesto la gravedad de la situación militar. Aparentemente, muchos no se habían percatado con anterioridad. Quedaron impresionados por el hecho de que, como ellos creían, el régimen estuviera siendo honesto, si bien otros eran más escépticos. Unos cuantos consideraban que Goebbels «ha pintado la situación "más negra de lo que es", con el fin de hacer énfasis en las *medidas totalizadoras*». Su discurso apenas contenía en concreto nada nuevo. «Ciertamente —informó el Servicio de Seguridad de las SS—, la gente reconocía en general la eficacia de las 10 preguntas, pero los camaradas del pueblo y los miembros del partido sin distinción han expresado el pensamiento de que el fin propagandístico de esas preguntas y respuestas era más que obvio para lectores y oyentes».[319] Se pudieron oír las quejas de los pequeños agricultores porque «ya se les había obligado a trabajar con un esfuerzo sobrehumano durante un largo tiempo», de manera que las demandas expresadas en el discurso les parecían poco menos que incomprensibles.[320] De hecho, se informaba de que en Würzburgo algunas personas «están caracterizando la pronunciación del discurso con sus preguntas como una comedia, puesto que quienes estuvieron presentes en el mitin no eran integrantes del pueblo [en general], sino grupos con la orden

de asistir que por descontado gritaban que sí a todo».[321] Acto propagandístico sin duda alguna organizado, el discurso del Palacio de los Deportes no había logrado resultar muy convincente porque la población sabía que la movilización económica ya se había acometido hasta donde era posible. El impulso dado por el discurso se malgastó en gran medida con asaltos a los locales «de lujo» cuyo impacto sobre la economía de guerra en conjunto era mínimo. No obstante, al cabo de unos pocos meses del discurso de Goebbels, la guerra total iba a cebarse con el país en un sentido que ni el ministro de Propaganda ni ninguna otra persona habían previsto: y su impacto, tanto desde el punto de vista económico como humano, iba a ser devastador.

# 5

# «EL PRINCIPIO DEL FIN»

# ALEMANIA EN LLAMAS

## I

El 9 de noviembre de 1934, un alumno de un colegio de Dresde imaginó al escribir una redacción sobre la guerra aérea cómo sería ésta si en un conflicto futuro el enemigo decidiera bombardear la ciudad. Las sirenas, escribió, atronaban y la gente huía a los refugios antiaéreos. Las bombas se precipitaban con un ruido ensordecedor, haciendo añicos las ventanas y destruyendo todas las casas. «Llamas enormes arden furiosamente sobre Dresde». Una segunda oleada de aviones enemigos se presentaba dejando caer bombas de gas. En los refugios antiaéreos apenas había supervivientes. Todo lo que quedaba era cenizas y escombros. El ataque era una catástrofe total. Sin embargo, el muchacho no mereció una nota alta por su presciencia. «¡No puede poner nada peor! —escribió su profesor sobre la redacción con incredulidad furiosa—. ¡Disparatado! ¡Desalmado! ¡No es tan sencillo arrasar Dresde! Apenas escribes nada de las defensas. El texto está plagado de errores».[1] Al cabo de poco más de diez años se iba a demostrar con el mayor dramatismo que el alumno no andaba errado. Con todo, tampoco a su profesor le faltaba un ápice de razón. Desde el mismo comienzo del Tercer Reich, el régimen había empezado a preparar las defensas contra los bombardeos. Se designaron agentes de prevención frente a ataques aéreos, se instalaron sirenas de advertencia y se obligó a la población de los centros urbanos a tomar parte en ejercicios repetidos. Empezaron a construirse baterías antiaéreas, con la creencia de que resultaría decisiva la artillería antiaérea («Flak»).[*] Sin embargo, la construcción de refugios antiaéreos y búnkeres a prueba de bombas no se

puso en práctica con denuedo hasta el otoño de 1940, y aun entonces la falta de mano de obra y de materias primas supuso que no se pudiera ir demasiado lejos. De hecho, dos años después se abandonó.[2]

Cuando la guerra dio comienzo, las alarmas frecuentes, casi siempre falsas, causaban trastornos, inquietud y rabia, pero, por lo menos al principio, los daños infligidos por las bombas eran relativamente leves. A medida que su situación militar en Francia se deterioraba, en mayo de 1940 los británicos decidieron atacar objetivos escogidos al este del Rin: el puerto marítimo y el centro industrial y de negocios de Hamburgo, la segunda ciudad alemana, fácilmente alcanzable por el Mar del Norte, se convirtió en objetivo predilecto. El primer ataque sobre la ciudad, el 17 y el 18 de mayo de 1940, fue el primero sobre cualquier núcleo urbano importante, y lo siguieron 69 nuevos bombardeos y 123 alarmas hasta el final del año. En ese período, los habitantes de Hamburgo tuvieron que pasar casi todas las noches en búnkeres y refugios antiaéreos. Pero el daño ocasionado fue relativamente pequeño: 125 muertos y 567 heridos. En 1941 y el primer semestre del año siguiente continuaron los ataques, pero en intervalos mayores: en total, hasta mediados de julio de 1942 la ciudad había sufrido 137 ataques con un coste de 1.431 muertos y 4.657 heridos. En una ciudad de dos millones de personas, algo más de 24.000 habían perdido sus hogares. Por entonces, después de un comienzo tardío, las autoridades de Hamburgo habían reforzado la mayoría de los sótanos de la ciudad. En las áreas próximas al río Elba, donde el nivel freático era demasiado elevado para permitir construir, habían dispuesto búnkeres sólidos sobre el terreno. Precauciones similares se adoptaron en otros núcleos urbanos pequeños y grandes por todo el Reich.[3] Pero los bombarderos británicos no tardaron en ir adquiriendo un alcance mayor. Los bombardeos aéreos nocturnos contra Berlín en 1940 y 1941 no fueron ni a gran escala ni muy destructivos, pero eran una molestia, y se hicieron tan frecuentes que los habitantes de la capital empezaron a restarles importancia. A la gente se le aconsejó oficialmente que echase una cabezada por la tarde antes de que anocheciera y comenzasen los bombardeos. Corrió entonces el chiste de que cuando alguien llegaba al refugio antiaéreo y decía «buenos días», significaba que había estado

durmiendo de veras. Si alguien llegaba y decía «buenas noches», significaba que no lo había hecho. Cuando llegaban unos cuantos y decían «¡Heil, Hitler!», eso significaba que habían estado durmiendo todo el tiempo.[4]

A pesar de todos los preparativos, los dirigentes del Tercer Reich, al igual que sus homólogos en la Unión Soviética, no dieron mucha importancia a los bombardeos estratégicos a gran escala. Unos y otros utilizaban los bombarderos tácticamente, ya fuera en apoyo de fuerzas terrestres o para despejarles el camino. Los ataques alemanes a Londres y a otras ciudades en 1940 estaban pensados sobre todo para llevar a los británicos a la mesa de negociaciones, y cuando ello no se consiguió se suspendieron. La idea de destruir el corazón enemigo mediante una campaña de bombardeos incesante, duradera e intensa no se contemplaba en Berlín. Únicamente en el frente oriental se había emprendido algo parecido a esa clase de campaña, pero tenía objetivos estrictamente militares y no duró mucho tiempo. En 1943 y 1944, la fuerza aérea alemana lanzó una ofensiva de bombardeos estratégicos contra objetivos industriales y de comunicaciones soviéticos. Obtuvo algunos éxitos, muy especialmente con la destrucción de 43 bombarderos B-17 fabricados en EE.UU. y de cerca de un millón de toneladas de combustible para aviación que había recibido la Unión Soviética y estaba almacenado en un aeródromo en Poltava en junio de 1944, eliminando así la amenaza de que los bombarderos americanos atacasen Alemania desde el este al igual que desde el oeste. Pero la falta de combustible y un cambio en la producción de aviones, que pasó a orientarse a la fabricación de cazas para la defensa de las ciudades alemanas contra los bombardeos de los británicos y los americanos, impidieron que la ofensiva se pudiera intensificar.[5] De igual manera, Stalin consideraba que los bombardeos eran útiles principalmente para apoyar a las tropas avanzadas sobre el terreno. No desarrolló una flota de bombarderos estratégicos de gran alcance, y la destrucción sembrada finalmente en las ciudades alemanas amenazadas por el avance del Ejército Rojo en los dos últimos años de la guerra la causaron bombarderos británicos y americanos, no los

rusos. No obstante, Stalin estaba ciertamente encantado de que los aliados occidentales apoyaran al Ejército Rojo por medio del desarrollo de una campaña de bombardeos a gran escala sobre tierras alemanas.[6]

El miedo a los bombardeos aéreos se había extendido en Europa en la década de 1930, sobre todo después de que bombarderos alemanes e italianos causaran la destrucción de Guernica en la Guerra Civil española. Los bombarderos jamás podían ser precisos para alcanzar los objetivos, en buena parte porque tenían que ser grandes para transportar una carga explosiva adecuada y esto los hacía lentos y difíciles de maniobrar, por lo que debían volar a la mayor altitud posible para evitar que la artillería antiaérea «Flak» los alcanzase. Ello a menudo los situaba por encima de las nubes, lo cual dificultaba todavía más la identificación de los objetivos. De día los ataques eran poco menos que imposibles debido a las fuertes pérdidas en aviones que los cazas y las defensas terrestres causaban. Hubo algunos al principio de la guerra, pero enseguida se abandonaron. El bombardeo nocturno distaba mucho de ser fácil, sobre todo porque todas las naciones beligerantes no ahorraron esfuerzos para imponer el «apagón», ocultando o apagando el alumbrado público y privado en pequeñas y grandes ciudades para que los bombarderos enemigos no pudiesen verlas. Además, los bombarderos tenían que recorrer muchas veces distancias considerables para alcanzar sus objetivos, y la dificultad de la navegación era otro problema que las tripulaciones tenían que superar. Lo mejor que podían hacer los pilotos era dirigirse hacia donde ellos pensaban que se hallaba el objetivo y dejar caer las bombas. Si bien los pequeños bombarderos en picado, como los Stuka, podían prestar un apoyo táctico más preciso a las fuerzas terrestres, sólo podían llevar una carga explosiva limitada y, por tanto, no eran aptos para bombardeos estratégicos a gran escala. Así pues, en la práctica todos los bombardeos importantes eran más o menos indiscriminados; la precisión era simplemente inalcanzable. Casi desde el principio, por consiguiente, el bombardeo estratégico sirvió a dos propósitos que en la práctica no era posible deslindar: destruir los recursos militares e industriales del enemigo por un lado, y debilitar la moral de la población civil por el otro. En muchos ataques en 1941 —todos ellos pequeños para estándares posteriores—, la mayor parte de las bombas no

alcanzaron los objetivos pretendidos. Únicamente era probable que resultaran alcanzados objetivos muy grandes, en la práctica ciudades pequeñas y grandes en toda su extensión, por aviones que volaban a gran altitud en la noche, y ésta fue la estrategia por la que Churchill y la cúpula dirigente británica acabaron por decantarse en las postrimerías de 1941. Para ponerla en práctica pusieron a Arthur Harris, un oficial enérgico y resuelto, al frente del Mando de Bombarderos. Harris decidió centrarse en las ciudades alemanas importantes, a las que sus bombarderos no necesitaban aproximarse demasiado para localizar industrias relacionadas con la guerra y las viviendas de la gente que trabajaba en ellas. En 1942, cuando el combate terrestre en el continente y en el norte de África no parecía marchar bien para los británicos, la destrucción causada por los bombarderos de Harris en las ciudades alemanas reforzó la moral militar y civil británicas. Al mismo tiempo, por sorprendente que pueda parecer, pocos británicos veían en el bombardeo de Alemania una oportunidad para vengar la destrucción de Coventry y el *Blitz* de Londres.[7]

Los británicos y los americanos, a diferencia de los alemanes o los rusos, ya tenían decidido a finales de la década de 1930 que los bombarderos pesados eran el arma estratégica del futuro. En 1942 la producción británica de bombarderos pesados, en especial el Avro Lancaster cuatrimotor, con sólo un año de vuelo, y el Handley Page Halifax, introducido en 1940, estaba ya en pleno desarrollo, incrementándose la de los modelos bimotores más ligeros como el Wellington, un modelo importante del Mando de Bombarderos con más de 11.000 fabricados en total. Cuando Harris asumió el cargo había únicamente sesenta y nueve bombarderos pesados a su disposición. Al finalizar el año contaba con cerca de 2.000. Se convirtieron en el sostén principal de los ataques británicos a Alemania. Finalmente se fabricaron más de 7.000 Lancaster y 6.000 Halifax, que sustituyeron a los cuatrimotores Stirling, menos exitosos. A ellos se sumaron desde finales de 1942 los bombarderos americanos con base en los aeródromos británicos, en especial el poderoso B-17, «Fortaleza Volante», del cual se fabricaron más de 12.000 aparatos, y el más rápido, más ligero pero más vulnerable Liberator, el cual se fabricó a gran escala, saliendo finalmente más de 18.000 de las cadenas de montaje. La primera

demostración de Harris de su nueva táctica a base de bombardeos masivos contra grandes concentraciones urbanas se llevó a cabo contra Lübeck en la noche del 28 al 29 de marzo de 1942. La ciudad carecía de toda importancia económica o militar digna de mencionarse, pero sus edificios antiguos de ladrillo y madera la convertían en adecuada para una demostración de lo que el bombardeo podía lograr. 234 bombarderos Wellington, Lancaster y Stirling, volando bajo porque Lübeck carecía prácticamente de defensas y era fácil llegar a ella desde el mar, dejaron caer bombas explosivas de gran tamaño para cuartear los edificios de la ciudad, a las que siguieron bombas incendiarias para prenderles fuego. El 50 por 100 de la ciudad quedó destruido; 1.425 edificios quedaron totalmente arrasados y 10.000 sufrieron daños, que fueron severos en cerca de 2.000. Murieron 320 personas y 785 resultaron heridas. Harris continuó con los bombardeos lanzando nuevos ataques contra otras ciudades pequeñas situadas a lo largo de la costa báltica en abril de 1942, entre ellas la ciudad medieval de Rostock.[8]

Esos ataques provocaron que Hitler anunciase en abril de 1942 lo que él llamaba «ataques de terror» contra objetivos británicos, con el fin de «producir los efectos más dolorosos en la vida pública [...] en el marco de una acción de represalia».[9] Al cabo de casi todo un año sin lanzar ataques de consideración contra ciudades británicas, ordenó a la fuerza aérea alemana lanzar una contracampaña de bombardeos, conocida como «Baedeker» por una conocida colección de guías turísticas, contra ciudades británicas históricas. Las operaciones se realizaban sólo con pequeñas cantidades de aviones —únicamente había disponibles treinta cazabombarderos para los ataques durante el día y 130 bombarderos para las horas de oscuridad— contra poblaciones históricas pequeñas más o menos desguarnecidas. Apenas causaron daños a la industria bélica británica y no lograron ningún éxito militar relevante.[10] Constituyeron una respuesta completamente emocional de Hitler. No tenía forma de contrarrestar las enormes fuerzas reunidas por Harris, «el bombardero». Con todo, a pesar de la devastación causada por el ataque a Lübeck, la moral en la población no parecía haber quedado dañada. El día posterior al ataque, muchas tiendas volvieron a abrir con letreros como «¡La vida sigue aquí!».[11] Ni tampoco pareció que los ataques causaran indignación contra

los británicos. Luise Solmitz dejó constancia de los bombardeos en su diario de forma impersonal, como si se tratasen de desastres naturales u obras de Dios. «Ya no somos dueños de nuestro destino, estamos obligados a dejar que éste nos gobierne y a aceptar lo que venga sin confianza o esperanza», escribió resignadamente el 8 de septiembre de 1942.[12] La destrucción de Lübeck, la vieja ciudad hanseática alemana de ladrillo rojo, la sumió en la tristeza, pero al mismo tiempo se refirió a los bombardeos de York y Norwich, «un terrible pesar por todo ese patrimonio cultural germánico [...] En todas partes, sufrimiento y aniquilación».[13]

La vulnerabilidad de Lübeck al ataque era insólita. Los ataques nocturnos británicos contra el Ruhr en 1940 habían provocado la designación de un general de la fuerza aérea, Josef Kammhuber, para que organizase un sistema nacional de defensas contra los bombardeos aéreos. A finales de año había creado una línea de estaciones de radar que abarcaba desde París hasta Dinamarca, respaldadas por aviones de caza nocturnos Me110 comandados desde un centro de control y dotadas de reflectores y cañones antiaéreos. A consecuencia de ello, más de 1.000 bombarderos británicos resultaron abatidos en 1941. Las cosas sólo empezaron a mejorar para los británicos en 1942, con la introducción de los Lancaster y de un nuevo dispositivo de navegación por radio que les permitía mantenerse unidos en formación desbordando las defensas alemanas. Harris comenzó a desplegar aviones de reconocimiento por delante de las flotas de bombarderos para localizar los objetivos e iluminarlos. Desde comienzos de 1943 estaban equipados con radares y localizadores de objetivos por radio que les ayudaban a volar con escasa visibilidad, si bien no sería hasta el año siguiente cuando se perfeccionaron. Harris asignó a un bombardero como parte de la tripulación de cada avión para que el piloto pudiese centrarse en hallar el camino hasta el objetivo y regresar. Y desde mediados de 1943, después de un largo aplazamiento debido en parte al miedo a que los alemanes pudiesen seguir la misma idea, los bombarderos estuvieron equipados con un dispositivo conocido como «Window». Éste consistía en grandes cantidades de tiras de aluminio que se dejaban caer desde el compartimento de carga de las bombas para confundir a los radares enemigos. Para hacer frente a esas medidas, la fuerza aérea alemana

desarrolló su propio radar aéreo que permitía a los cazas nocturnos volar en grupos, localizar los bombarderos enemigos y derribarlos. Desplazó a una gran cantidad de cazas al oeste, dejando menos de un tercio de ellos para enfrentarse al Ejército Rojo. Las baterías antiaéreas se fabricaban a gran escala: en agosto de 1944 había 39.000, y para su uso durante todas las noches fueron necesarios no menos de un millón de artilleros. Las defensas alemanas lograron inutilizar una cifra sustancial de bombarderos enemigos; el índice de mortalidad entre los hombres del Mando de Bombarderos británico llegó al 50 por 100 en total; más de 55.000 hombres perdieron la vida en el curso de la guerra. Sin embargo, la inclinación característica de Hitler por el ataque antes que la defensa hizo que se decantase sistemáticamente por la represalia ordenando nuevos bombardeos sobre Gran Bretaña y reduciendo la importancia de la fabricación y el despliegue de aviones de caza en posiciones defensivas. Y en cualquier caso, los cazas necesitaban tanto tiempo para ascender a una posición desde la que pudieran atacar a los bombarderos que volaban a más de 9.000 metros de altura que muchas veces no podían combatirlos hasta después de que éstos hubieran liberado su carga explosiva.[14]

Sin embargo, al principio no hubo campañas sostenidas de bombardeos contra Alemania. Para demostrar que se podían llevar a cabo bombardeos más grandes contra objetivos de mayor tamaño, Harris organizó un ataque de mil bombarderos contra Colonia el 30 de mayo de 1942, que destruyó más de 3.300 edificios y dejó sin hogar a 45.000 personas. Se contabilizaron 474 muertos y 5.000 heridos, muchos de ellos graves. El bombardeo demostró que grandes flotas de bombarderos podían alcanzar sus objetivos sin contratiempos y aplastar las defensas locales.[15] Sin embargo, un ataque de mil bombarderos contra Essen en el verano de 1942 no fue muy fructífero en términos relativos, y no se repitió; entre otras cosas, para organizarlo sólo había sido posible incluir aviones normalmente utilizados para el adiestramiento, y tripulados por hombres que estaban haciendo cursos con ellos. Los bombarderos británicos se concentraron entonces no en objetivos urbanos, sino en los astilleros de los submarinos alemanes en la costa atlántica francesa, tan fuertemente protegidos con hormigón reforzado que resultaban poco menos que invulnerables. Sin

embargo, proteger los convoyes del Atlántico parecía la mayor prioridad. Sólo cuando Churchill y Roosevelt se reunieron en Casablanca en enero de 1943 se tomó la decisión de empezar en serio la campaña de bombardeos estratégicos. Ambos líderes acordaron que el segundo frente reclamado por Stalin habría de posponerse hasta 1944; en su lugar, se lanzaría la invasión de Italia y una nueva campaña de bombardeos; su finalidad, citando a los jefes del Estado Mayor conjunto en su orden a las fuerzas aéreas británicas y americanas el 21 de enero de 1943, era llevar a cabo «la destrucción y la dislocación progresivas del sistema militar, industrial y económico alemán, así como socavar la moral de la población alemana hasta un punto en que su capacidad para la resistencia armada se haya debilitado fatalmente».[16] La nueva ofensiva conjunta de bombardeos dio comienzo con una serie de ataques contra el Ruhr. El 5 de marzo de 1943, 362 bombarderos atacaron Essen, donde se hallaba la fábrica de armas Krupp; siguió toda una sucesión de nuevos bombardeos sobre la ciudad a lo largo de los meses posteriores. Entretanto, se lanzaron ataques contra Duisburg, Bochum, Krefeld, Düsseldorf, Dortmund, Wuppertal, Mülheim, Gelsenkirchen y Colonia, en todos los casos centros principales de la industria y la minería. El ataque a Dortmund fue especialmente duro. 800 bombarderos dejaron caer el doble de tonelaje arrojado el año anterior sobre Colonia en el ataque con mil bombarderos. Murieron 650 personas, y la biblioteca de la ciudad, con más de 200.000 volúmenes y una hemeroteca única, fue pasto de las llamas. Un nuevo bombardeo de Colonia el 28 y 29 de junio de 1943 provocó cerca de 5.000 muertos. En total, 15.000 personas perdieron la vida en las ciudades industriales del oeste alemán en esa serie de ataques repentinos. Además, el 16 de mayo de 1943 el escuadrón «romperrepresas», volando bajo hacia las represas importantes en los ríos Eder y Möhne, arrojó sus «bombas de rebote» que hicieron pedazos las barreras de hormigón y liberaron enormes cantidades de agua, dañando seriamente el abastecimiento de agua en el Ruhr e inundando grandes extensiones de campo, así como interrumpiendo el suministro eléctrico de las plantas industriales. Murieron más de 1.500 personas, en su mayor parte trabajadores extranjeros y prisioneros de guerra; los rumores inducidos por el pánico en la población alemana elevaron la cifra a un mínimo de 30.000. Para completar la devastación, los

rápidos cazabombarderos Mosquito, fabricados con madera para darles más velocidad y alcance, volaron hacia el Ruhr entre los ataques más intensos para asegurar que no hubiera respiro.[17] Goebbels, el ministro de Propaganda del Reich, quedó impresionado por la devastación. «Nos encontramos en una situación de clara inferioridad —le confió a su diario tras el ataque a Dortmund—, y tenemos que encajar con furia tenaz los golpes de los ingleses y los americanos».[18]

El ministro de Armamento, Albert Speer, estaba seriamente alarmado. Visitó varias veces el Ruhr para organizar el traslado de la fuerza de trabajo a campos desde los que poder destinarla a otras factorías si la propia había quedado destruida, e hizo cuanto pudo para reparar los daños y volver a poner las cosas en funcionamiento. Reclutó a 7.000 hombres del Muro del Oeste para reconstruir las represas. El Frente Alemán de Trabajo, la Organización Todt y el Partido Nazi regional crearon equipos especiales para poner orden y lograr que los mineros y los obreros de las fábricas de municiones regresaran al trabajo, mientras que la NSV se movilizó para atender a aquellos que habían perdido sus hogares.[19] Pese a todos esos esfuerzos, no había duda de la magnitud de los daños que los bombarderos habían ocasionado a la economía de guerra. La producción de armas había estado creciendo a un promedio de un 5,5 por 100 mensual en Alemania desde junio de 1942; ahora el incremento se interrumpió por completo. La producción de acero cayó en 200.000 toneladas en el segundo trimestre de 1943 y hubo que recortar las cuotas de munición. El abastecimiento de componentes para aviones atravesaba por dificultades, y desde julio de 1943 hasta marzo de 1944 se estancó la fabricación de aviones.[20] Un ataque de bombarderos americanos a Schweinfurt el 17 de agosto de 1943 causó destrozos importantes en varias factorías que fabricaban rodamientos de bolas y llevó a una caída del 38 por 100 en su producción. «Estamos acercándonos a un momento de colapso total [...] en nuestra industria de suministros —comunicó Speer a la Oficina de Adquisiciones de la Fuerza Aérea—. Pronto tendremos aviones, carros de combate o camiones sin algunos componentes fundamentales». Advirtió a Hitler de que si persistían los bombardeos de los centros industriales de Alemania, la producción alemana de armas se paralizaría por completo.[21]

## II

A los ataques contra el Ruhr les siguió un bombardeo masivo de Hamburgo, el puerto marítimo más importante de Alemania y un centro naval e industrial de primer orden. Ésa fue la primera ocasión en que se empleó el «Window» y se vio que era enormemente efectivo. En la noche del 24 al 25 de julio de 1943, 791 bombarderos despegaron de cuarenta y dos aeródromos situados en el este de Inglaterra y siguieron un rumbo noreste hacia la desembocadura del río Elba. Cuarenta y cinco tuvieron que emprender el camino de vuelta a causa de problemas mecánicos, vertiendo sus bombas al mar. El grueso de la flota viró al sureste y voló hacia Hamburgo desde el norte, algo que no esperaban los defensores de la ciudad, arrojando grandes cantidades de tiras de aluminio en intervalos de un minuto y causando un serio trastorno en el radar de tierra. Apenas hubo resistencia, y sólo se perdieron doce de los aviones. Los pilotos informaron de haces de reflectores en tierra oscilando sin dirección fija en busca de objetivos. Los aviones de reconocimiento dejaron caer sus señales indicadoras, y la fuerza principal empezó a descargar sus bombas sobre el centro de la ciudad poco antes de la una de la mañana. La gente corrió a sus refugios. Numerosas bombas cayeron en suburbios distantes escasamente poblados y en comunidades rurales, pero el centro de la ciudad y los astilleros del puerto también resultaron alcanzados, y los vehículos contra incendios y los equipos de evacuación empezaron su trabajo siguiendo un plan preconcebido aun antes del final del ataque. Pero el ataque a Hamburgo fue un tipo nuevo de operación, no un simple bombardeo, sino una sucesión de ellos pensada para destruir la ciudad en etapas. Al día siguiente, 109 «Fortalezas Volantes» americanos volaron a la ciudad para realizar otro ataque. Los bombardeos a la luz del día eran mucho más peligrosos que los ataques nocturnos, y no menos de setenta y ocho aviones resultaron alcanzados por el fuego antiaéreo, ocasionando que muchos dejasen caer sus bombas antes de llegar al objetivo, si bien el puerto y los suburbios alejados sufrieron algunos daños. Un bombardeo menor la noche siguiente mantuvo la presión; luego, en la noche del 27 al 28 de julio de 1943, 735 bombarderos se pusieron en vuelo, esta vez desde el este. Los

aviones de reconocimiento dejaron caer sus señales en un área concentrada al sureste del centro de la ciudad y la fuerza principal descargó 2.326 toneladas de bombas antes de regresar a casa. Se perdieron diecisiete aviones y sus tripulaciones, pero la mayoría de aparatos escapó porque a los artilleros antiaéreos les habían dado orden de restringir el fuego hasta los 18.000 pies [poco menos de 5.500 metros] durante una tercera parte de la ruta del ataque para permitir que los cazas nocturnos atacasen a la aviación enemiga: aparte de los Stirling, que ya habían hecho su trabajo, todos los bombarderos podían volar por encima de esa altitud y los cazas nocturnos eran demasiado escasos para tener un gran impacto.[22]

Aquella noche era excepcionalmente cálida y seca, y los bomberos se encontraban en su mayor parte en el área occidental de la ciudad ocupándose aún de los rescoldos que quedaban de bombardeos anteriores. En los primeros veintitrés minutos del ataque, los bombarderos dejaron caer en un área tan pequeña en el sureste de la ciudad tantas bombas incendiarias, bombas explosivas y bombas de alto poder explosivo que los incendios se unieron en uno solo, aspirando el aire circundante hasta convertir un área de 2,5 $km^2$ en un incendio colosal, con temperaturas que llegaron a los 800 grados centígrados en el centro del mismo. El fuego empezó a atraer rachas de aire huracanado que soplaba desde todas direcciones, extendiéndose más de tres kilómetros hacia el sureste mientras los bombarderos seguían arrojando sus cargas explosivas. La fuerza del viento surgido de la tormenta de fuego, ululante y cargado de pavesas, arrancó árboles de cuajo y convirtió en antorchas vivas a las personas a las que sorprendió en las calles. La tormenta de fuego aspiró el aire de los refugios en los sótanos donde miles de personas eran presa del pánico, matándolas debido a la intoxicación de monóxido de carbono, cuando no atrapándolas y ahogándolas al reducir los edificios que había sobre ellas a montañas de escombros que sellaron los respiraderos y las salidas. A las tres de la mañana había 16.000 bloques de pisos cuyas fachadas sumaban 213 kilómetros envueltos en llamas, hasta que por fin la tormenta de fuego empezó a amainar. A las siete de la mañana había terminado. Muchas

personas sobrevivieron gracias a la pura fortuna. Traute Koch, de quince años, describía cómo su madre la envolvió en sábanas mojadas, la empujó fuera del refugio antiaéreo y le dijo: «¡corre!».

> Vacilé en la puerta. Ante mí no veía más que fuego; todo estaba rojo, como la puerta de una caldera. Me golpeó un calor intenso. Una viga ardiente cayó delante de mis pies. Di un respingo, pero entonces, cuando estaba dispuesta a saltar por encima de ella, una mano fantasmagórica la quitó velozmente de en medio. Me precipité a la calle. Las sábanas en las que iba envuelta hacían de velas y tenía la sensación de que la tormenta me arrastraba. Llegué a la fachada principal de un edificio de cinco plantas ante el que habíamos acordado reunirnos. Lo habían bombardeado y evacuado en un ataque anterior, y no quedaba gran cosa en él de la que el fuego pudiera apropiarse. Alguien salió, me agarró con sus brazos y tiró de mí hacia la entrada.[23]

Descendieron al sótano, y sobrevivieron. Otros no tuvieron tanta fortuna. Johann Burmeister, un comerciante de frutas y verduras, dejó constancia de cómo saltaba la gente a los numerosos canales de Hamburgo para apagar sus ropas en llamas. Algunos se suicidaron. Una vendedora de sombreros de diecinueve años describió cómo su tía la había arrastrado por las calles inundadas de pavesas hasta que el avance de ambas quedó interrumpido porque el asfalto se había fundido. «Había gente en la calzada, algunos ya muertos, otros todavía con vida pero adheridos al asfalto [...] Sus pies se les habían pegado y tenían que poner las manos para intentar escapar de nuevo. Gritaban apoyados en las manos y las rodillas». Finalmente, decidió bajar por un terraplén entre algunos árboles que ardían. «Separé mi mano de la de mi tía y me fui. Creo que pasé por encima de algunas personas que aún estaban vivas». Abajo dio con una manta y se la echó por encima. A la mañana siguiente, encontró el cuerpo de su tía; pudo identificarla únicamente gracias al anillo de zafiro azul y blanco que siempre llevaba. Se encontraron muchos cadáveres carbonizados y resecos; algunos yacían en un amasijo de grasa humana coagulada.[24]

Esto estaba lejos de ser el final del sufrimiento de Hamburgo. Cuando el viento barrió el humo de las ruinas todavía incandescentes, el Mando de Bombarderos decidió organizar un tercer ataque. En la noche del 29 al 30 de julio, 786 bombarderos partieron hacia Hamburgo. Cuarenta y cinco tuvieron que regresar a causa de problemas mecánicos, y algunos más resultaron derribados en el camino, pero la mayoría alcanzó su objetivo,

identificando la ciudad por el resplandor de sus incendios, visible incluso por encima del horizonte. En la ciudad y en el área de su entorno se habían colocado apresuradamente más reflectores, y tanto las baterías antiaéreas como los cazas nocturnos aprovecharon plenamente la luz que aquéllos proyectaban sobre los bombarderos, evitando así la necesidad de depender de las indicaciones del radar, todavía confusas debido a las tiras de aluminio del sistema «Window» que los bombarderos dejaban caer. Esta vez arrojaron las bombas sobre un área mucho más amplia; fuertes vientos habían desviado de su rumbo a los aviones de reconocimiento. A consecuencia de ello, el sector noreste de la ciudad quedó devastado en lugar del área más hacia el oeste que era la elegida. Sin embargo, ni siquiera entonces quedó satisfecho Harris; tras un aplazamiento motivado por unas condiciones climatológicas adversas, lanzó un cuarto y último ataque a gran escala contra la ciudad el 2 y el 3 de agosto de 1943. Despegaron dos grupos de bombarderos. El primero, con 498 aparatos precedidos por 54 aviones de reconocimiento, tenía que atacar las zonas residenciales acomodadas situadas al oeste del lago central de Hamburgo, el Alster, mientras que el segundo grupo, compuesto por 245 bombarderos y 27 aviones de reconocimiento, tenía como misión destruir el área industrial de Harburg, situada al sur. Esta vez las defensas alemanas habían aprendido cómo hacer frente al «Window» permitiendo a los cazas nocturnos volar libremente y operar visualmente guiándose por las indicaciones sobre la posición de los bombarderos que les transmitían sin cesar desde tierra, así como por el propio radar que llevaban a bordo. Las condiciones atmosféricas empeoraron y los bombarderos atravesaron una tormenta con fuerte aparato eléctrico que convirtió sus hélices en ruedas de fuego, como señaló un piloto, y los zarandeó de lo lindo. Las oleadas de bombarderos se dispersaron, muchos dejaron caer sus cargas explosivas en pequeñas ciudades y aldeas o en el campo, y regresaron antes de alcanzar Hamburgo. Algunos se estrellaron. Los cazas enemigos y el fuego antiaéreo se cobraron su parte. Un total de 35 aparatos no pudieron volver, y en la ciudad apenas hubo daños. No obstante, en el conjunto de los cuatro grandes ataques, los bombarderos aliados habían volado sobre la ciudad en más de 2.500 misiones, dejando caer 8.300 toneladas de bombas incendiarias y bombas

de alto poder explosivo sobre su objetivo. Los cazas nocturnos habían derribado a 59 de ellos, a 11 los derribó la artillería antiaérea «Flak», y a otros 17, una combinación de causas, incluyendo los daños ocasionados por la tormenta en el último de los ataques. La devastación era abrumadora. Los astilleros de la ciudad quedaron pulverizados, de forma que entre veinte y veinticinco submarinos alemanes cuya construcción estaba prevista o ya en marcha jamás llegaron a fabricarse. El producto industrial de la ciudad, según cálculos posteriores, retrocedió al 80 por 100 de sus niveles anteriores en los últimos cinco meses, pero se calculó que las pérdidas de la producción relacionada con la guerra causadas por los bombardeos se habían elevado al equivalente a cerca de dos meses de toda la producción de la ciudad. Los trastornos fueron enormes. Todas las estaciones ferroviarias de la ciudad quedaron destruidas, el puerto y el Elba, bloqueados por los barcos hundidos, los demás ríos y canales, por los escombros caídos. El suministro de gas, agua y electricidad para la ciudad quedó interrumpido y no se pudo reanudar hasta mediados de agosto. No obstante, el coste más importante fue en vidas humanas. En parte por accidente y en parte porque así se había planeado, el grueso de las bombas había caído en áreas residenciales. La tormenta de fuego había devastado en concreto las áreas de la clase obrera situadas al sureste del centro de la ciudad, habitadas por personas que tradicionalmente se habían opuesto a los nazis, mientras que el barrio acomodado de casas situado al noroeste, donde vivía la élite pronazi, quedó en buena parte intacto, aunque su destrucción hubiera sido uno de los objetivos del último ataque malogrado. En total, el 56 por 100 de los hogares de Hamburgo, alrededor de 256.000, habían quedado destruidos, y 900.000 personas no tenían dónde alojarse. Unas 40.000 personas perdieron la vida, y otras 125.000 necesitaron tratamiento médico, muchas de ellas por quemaduras.[25]

14.000 bomberos, 12.000 soldados y 8.000 especialistas técnicos trabajaron día y noche para hacer frente al fuego y reparar los peores daños, llevando provisiones de comida y agua. La gente empezó a huir de la ciudad después del primer ataque. Había, como escribió Mathilde Wolff-Mönckeberg en una carta dirigida a su hijo en el extranjero que no fue enviada, «pánico y caos [...] No había tranvías, ni metro, ni transporte

ferroviario a los suburbios. La mayoría de la gente cargaba con algunas pertenencias en carros, bicicletas, cochecitos de niño, o se echaba cosas a la espalda y empezaba a caminar, sin más objeto que poner tierra de por medio, escapar».[26] 840.000 personas de las que habían perdido sus hogares vagaban hacia las afueras de la ciudad y la policía las guiaba a estaciones ferroviarias aún intactas o a embarcaderos de río situados en los alrededores. El líder del Partido Nazi en la región, Karl Kaufmann, hizo los preparativos para evacuarlos a áreas rurales en el norte y el este. 625 trenes se llevaron a más de 750.000 personas con destino a hogares nuevos, en su mayoría temporales. A pesar de la súplica de Kaufmann para que los funcionarios permanecieran en sus puestos, muchos de ellos huyeron también. Tres semanas después de los ataques, 900 de los 2.500 funcionarios de la oficina de distribución de alimentos de la ciudad seguían sin ocupar sus puestos, ausentes o muertos. Muchos cabecillas locales del Partido Nazi obraron por su cuenta requisando trenes para evacuados de su propio distrito urbano, y no fueron pocos los que confiscaron coches y camiones para sacar de la ciudad a sus propias familias y cuanto pudieran de lo que poseían. El aparato del partido parecía sumido en un estado de colapso. En el omnímodo Estado paternalista del Tercer Reich, la gente estaba confiada en que sería auxiliada en caso de crisis, así que el fracaso sin paliativos ante la catástrofe suscitó abundantes comentarios hostiles. La ira popular no se dirigió contra los británicos por sus «ataques de terror», aunque la propaganda de Goebbels hizo cuanto pudo para despertar sentimientos de venganza, sino contra Göring y la fuerza aérea alemana, cuyo fracaso en la defensa de la patria era bien patente, y contra el Partido Nazi, que había acarreado semejante destrucción a Alemania. «La gente que lucía insignias del partido —escribió Mathilde Wolff-Mönckeberg— tenía que arrancárselas de sus abrigos y se oían gritos de “Vamos a por ese asesino”. La policía no intervenía».[27]

Los ataques conmocionaron hasta tal punto a Luise Solmitz que era incapaz de encontrar palabras para describirlos. Cuando ella y su marido se aventuraron al otro lado de la puerta por las calles de la ciudad a principios

de agosto de 1943, no vieron «más que escombros, escombros en nuestro recorrido». Con horror y fascinación, ella observaba la lentitud con que los edificios sobrecalentados se iban enfriando gradualmente:

> La carbonera de la Rebienhaus, junto a la esquina, finalmente, finalmente se apagó. Un drama espléndido. Las tiendas [sobre la carbonera], destruidas, un rojo y un rosáceo intensos. Avancé hasta la escalera de la carbonera, fue una irresponsabilidad hacerlo; la enorme casa amenazaba con desmoronarse sobre mí, completamente en ruinas, y debajo pude contemplar el infierno solitario, llameante, repleto de llamas furiosas con vida propia. Más tarde sólo resplandecía el hueco de la carbonera, las tiendas estaban tiznadas de negro, cuevas muertas. Al final el fuego se fue tornando azulado. Durante el día el aire temblaba con el calor.[28]

De visita en Hamburgo algunos días antes, el 28 de julio de 1943, el soldado y ex guardia de asalto nazi Gerhard M., que como siempre se desplazaba con su bicicleta, la encontró desierta. «¿Adónde ha ido la gente?», se preguntó. En la zona obrera de la Hammerbrookstrasse, cerca del puerto, se topó con

> un silencio sepulcral. No hay nadie buscando sus pertenencias porque también aquí la gente yace bajo los escombros. La calle se ha vuelto intransitable. Tengo que cargar con la bicicleta al hombro y trepar por los escombros. Las casas han quedado arrasadas. No importa hacia dónde mire: un campo de ruinas, tan silencioso como la muerte. Nadie se libró aquí. Bombas incendiarias, bombas para reventar edificios enteros y bombas con temporizadores, todas cayeron a la vez. Aún puedes ver cuerpos sin vida tirados en la calle. ¿Cuántos debe de haber todavía bajo los escombros, en lo que pasaba por ser la calle?[29]

¿Cuándo, se preguntaba, se reconstruiría todo y la gente viviría allí de nuevo? Como viejo guardia de asalto, sólo conocía una respuesta: «Cuando hayamos ganado la guerra. Cuando podamos ocuparnos otra vez de nuestro trabajo en Alemania tranquilamente. Cuando dejen de tenernos envidia en el exterior».[30] Le reconfortaba el hecho de que Hamburgo se hubiera recuperado de la devastación anterior del Gran Incendio de 1842, justo un siglo antes. E imaginaba —olvidando tal vez el daño y la pérdida de vidas causados por el *Blitz*— que Londres, donde la gente se estaba regocijando «en su ignorancia de la fortaleza de Alemania» y viviendo una vida «libre de preocupaciones», algún día no lejano sufriría la misma suerte: «un día la arrogante Londres sentirá los efectos de la guerra, y lo hará hasta un punto mucho mayor que ahora en Hamburgo».[31] No obstante, semejante reacción

no era habitual. En los refugios antiaéreos, los intentos por avivar las llamas del odio contra los británicos solían tropezarse con gestos de desaprobación. «Casi tres horas en el búnker», escribió Luise Solmitz en otra ocasión. «Guardia de búnker Söldner: “Los londinenses tienen que sentarse en sus búnkeres durante 120 horas. Espero que no salgan jamás; ¡no lo merecen!”. “Tienen que hacer lo que su gobierno quiere. ¿Qué otra cosa van a hacer?”, dijo una voz de mujer».[32] «A pesar de lo mucho que hemos sufrido con los ataques —escribió más tarde—, no hay mucho odio hacia el “enemigo” en Hamburgo».[33]

Lo que la gente sentía era desesperación. «Hemos perdido el valor y sólo estamos llenos de una estúpida apatía —escribió Mathilde Wolff-Mönckeberg—. Prácticamente todo el mundo sabe que todo ese cuento y esa inmundicia impresa en los periódicos y exaltada a través de las ondas no son más que absurdos disparates».[34] El Servicio de Seguridad de las SS informó de que «amplios sectores de población *se están cerrando en banda contra la propaganda* en su forma actual».[35] Finalmente, muchas personas retornaron a Hamburgo, de forma que la población de la ciudad se recuperó desde 600.000 personas a más de un millón a finales de año, pero una gran cantidad de refugiados permaneció en otros lugares del Reich, acentuando lo que el Servicio de Seguridad de las SS llamaba el «impacto de la conmoción y una enorme consternación» en la «población de todo el territorio del Reich». «Las historias que los camaradas del pueblo evacuados han estado difundiendo en relación con los efectos del daño causado en Hamburgo han reforzado todavía en mayor medida los temores existentes».[36] La preocupación no hacía sino acentuarse con la práctica común de los aliados de tirar panfletos sobre las ciudades alemanas advirtiendo a la población de que iban a destruirlos: en ocasiones los panfletos contenían rimas amenazadoras, como la de «Hagen [una población en el Ruhr], aunque en un agujero os escondáis para escapar, nada impedirá que os podamos encontrar». En 1943 aviones aliados dejaron caer enormes cantidades de cartillas falsas de racionamiento de comida que ciertamente indujeron a confusión a los ciudadanos corrientes y supusieron un trabajo añadido para las autoridades locales. La destrucción causada en los ataques a Hamburgo de julio y agosto de 1943 infligió un duro golpe a

la moral de la población civil, ya debilitada como estaba con la derrota catastrófica del ejército alemán en Stalingrado. A partir de agosto de 1943, la gente mantuvo menos el entusiasmo por la guerra que el miedo a lo que pudiera pasar si Alemania perdía, temor aprovechado de manera creciente por la propaganda difundida a través de los medios de comunicación coordinados por Goebbels.[37]

Al mismo tiempo, la exhortación del Ministerio de Propaganda a los alemanes corrientes para que redoblasen sus esfuerzos en la campaña de la «guerra total» estaba minada por la obvia falta de preparación del régimen. «Nos mienten descaradamente —se lamentó un simple oficial del ejército después de que su hogar familiar hubiera sido bombardeado en Hamburgo —. Los acontecimientos en Hamburgo demuestran que la "guerra total" puede haberse proclamado, pero no se ha preparado».[38] El 17 de junio de 1943, tras los ataques a Wuppertal y Düsseldorf, la gente, como informó el Servicio de Seguridad de las SS, estaba «totalmente exhausta y apática». Sin embargo, algunos (o así lo suponían cautelosamente las SS) culpaban al régimen. En Bremen, dos guardias de asalto se habían acercado a una mujer que lloraba delante del sótano de su casa, dañada por las bombas, en cuyo interior yacían los cadáveres de su hijo, su nuera y su nieta de dos años. Al intentar ellos consolarla, les gritó: «Los cadetes de los camisas pardas tienen la culpa de la guerra. Mejor harían en haber marchado al frente y asegurarse de que los ingleses no vienen aquí».[39] Era digno de mención, proseguía el informe, que la gente en las ciudades bombardeadas estuviera utilizando el tradicional «¡Buenos días!» en lugar de «¡Heil, Hitler!» al saludarse. Un miembro del partido interesado en las estadísticas señaló que el día posterior al ataque a Barmen, él había saludado a cincuenta y una personas con las palabras «¡Heil, Hitler!» y le habían devuelto el mismo saludo sólo dos personas. «Todo el que traiga a cinco nuevos miembros al partido —decía un chiste recogido por el Servicio de Seguridad de las SS en agosto de 1943— tiene derecho a afiliarse a él. A todo el que traiga a diez nuevos miembros incluso se le extiende un certificado asegurando que jamás perteneció al partido».[40] Otro chiste popular en muchos territorios del Reich decía como sigue:

> Uno de Berlín y otro de Essen hablan sobre la extensión de los daños ocasionados por los bombardeos en sus respectivas ciudades. El de Berlín explica que el bombardeo de la ciudad fue tan espantoso que los cristales de las ventanas aún seguían cayendo cinco horas después del ataque. El de Essen responde que eso no era nada, en Essen incluso dos semanas después del ataque los retratos del Führer todavía salían volando por las ventanas.[41]

En Düsseldorf alguien había colgado un retrato de Hitler de una horca de fabricación casera.[42] La desilusión con Hitler era especialmente intensa en ciudades como ésa, donde el movimiento obrero socialdemócrata y el comunista se habían afianzado con anterioridad a 1933. Pero se había extendido en casi todas las grandes poblaciones y ciudades, Hamburgo y Berlín incluidas. Allí el descontento afloró fácilmente a la superficie, toda vez que la creencia en el sistema nazi nunca había arraigado muy profundamente en las masas.

## III

La evacuación masiva de los habitantes de Hamburgo también se llevó a cabo en otras ciudades pequeñas y grandes del Reich. Tras cada ataque a gran escala se producía un éxodo. Pero había también en cada caso un plan de evacuación. Al principio estuvo centrado en los más jóvenes, en gente que en otras palabras no tenía una utilidad inmediata para la economía de guerra. Se desarrolló un programa detallado de «evacuación de niños al campo» (*Kinderlandverschickung*), con el envío de los niños de más de diez años de las ciudades a campamentos situados en el sur de Alemania, Sajonia, Prusia Oriental, y en alguna medida también en Polonia, Dinamarca, el Protectorado del Reich de Bohemia y Moravia y los Estados bálticos. A finales de 1940 ya se había enviado a unos 300.000 a un total de cerca de 2.000 campamentos, en su mayor parte durante unas pocas semanas; los niños de menos de diez años eran acogidos por familias locales. En 1943 permanecían durante períodos más largos, en ocasiones durante meses seguidos, y llegó a haber en algún momento más de un millón de niños en unos 5.000 campamentos.[43] El programa fue concebido en buena medida para permitir a las Juventudes Hitlerianas, que estaban al frente del mismo junto con la NSV, apartar a los niños de la influencia de

sus familias y sobre todo de la Iglesia, y proporcionarles una educación rigurosamente nazi. Sacerdotes y pastores tenían prohibido su acceso a los campamentos, y los obispos empezaron a quejarse por la ausencia en ellos de educación religiosa.[44] El programa resultaba tan exitoso a ojos de Baldur von Schirach, el líder de las Juventudes Hitlerianas, y de su equipo que hasta se esbozaron planes para ampliarlo una vez ganada la guerra.[45] Sin embargo, el programa tropezó con una hostilidad considerable de la gente que vivía en entornos rurales, en especial por parte de aquellos con quienes se alojaban niños y adolescentes descarados e indisciplinados de las áreas obreras que se habían venido abajo en las grandes ciudades de Alemania, y muchos se negaron a aceptarlos aun ofreciéndoles a cambio incentivos de tipo económico para que lo hicieran. El cierre de las escuelas de las ciudades dañadas por los bombardeos y la evacuación de los alumnos y los maestros al campo siguió teniendo un alcance limitado. Incluso a finales de 1943 únicamente 32.000 alumnos de Berlín, de una población escolar total de 249.000 alumnos, habían sido evacuados de esa manera; 85.000 permanecieron en la ciudad, mientras que a 132.000 sus padres los enviaron para que se alojasen con parientes en otros lugares de Alemania. Así pues, en lo relativo a evacuar a los niños de las áreas bombardeadas de las pequeñas y grandes ciudades de Alemania, valerse por uno mismo seguía siendo hasta ese momento más importante que la dirección del Estado o del partido.[46]

A lo largo de 1944 y 1945, a medida que se intensificaban los bombardeos aéreos y dejaban a más personas sin hogar, fue aumentando la cifra de evacuados y refugiados hasta superar los 8 millones, incluyendo no sólo a los niños, sino también a las madres y a los recién nacidos, así como a los ancianos.[47] El 18 de noviembre de 1943, el Servicio de Seguridad de las SS resumió las consecuencias hasta ese momento. Mientras que la mayoría de mujeres y de niños a los que se había evacuado estaban razonablemente satisfechos con su suerte, se apuntaba que una minoría no lo estaba, en especial aquellas mujeres que habían tenido que separarse de sus hombres. Entre ellos podían oírse quejas similares, especialmente en las clases obreras, cuyas familias habían sido evacuadas al campo: se sentían abandonados y desatendidos, solos y necesitados. Un minero en el Ruhr les

había comentado a sus colegas una vez concluido el turno: «“Vuelvo a sentirme angustiado cuando pienso en la tarde que tengo por delante. Mientras estoy en la factoría no pienso en ello, pero cuando vuelvo a casa el terror me supera. Echo de menos a mi mujer y las risas de mis hijos”. Y —proseguía el informe— el hombre no dejó de llorar mientras lo contaba, abiertamente y sin avergonzarse».[48] Las tensiones surgidas entre familias obreras evacuadas a áreas católicas y los piadosos habitantes locales con quienes se alojaban ocasionaron ciertos problemas. «A los de Hamburgo podemos daros las gracias por esto», reprocharon algunos bávaros a personas evacuadas del norte después de que Múnich y Núremberg también hubieran resultado atacadas. «¡Esto ha pasado porque no vais a la iglesia!».[49] Añadiéndose a estas tensiones se presentó el hecho de que, como apuntaba el informe, «la mayor parte de las mujeres y los niños evacuados se han alojado en pequeñas aldeas y comunidades rurales en las más precarias circunstancias». A menudo tenían que caminar varios kilómetros para obtener víveres «con viento y mal tiempo, hielo y nieve», dejando a sus hijos sin vigilancia y causando así una mayor preocupación. En muchas ocasiones, las autoridades locales y del partido en las áreas rurales parecían no ser de ninguna ayuda. Un resentimiento extendido obedecía al hecho manifiesto de que las casas de la clase media y alta permanecían con habitaciones vacías, mientras los campesinos y los artesanos tenían que dejar sitio para los evacuados en las casitas donde vivían hacinados. La evacuación alimentó nuevas preocupaciones en relación con la suerte que correrían las propiedades dañadas que la gente había dejado en la ciudad.[50]

Problemas de este tipo condujeron a que numerosas mujeres volviesen con sus hijos a sus poblaciones de origen, un traslado que las autoridades trataron de desalentar ordenando que sus cartillas de racionamiento no fuesen aceptadas allí. A consecuencia de ello, 300 mujeres organizaron una manifestación abierta, pública, en la localidad industrial de Witten, cerca de Dortmund, el 11 de octubre de 1943, y hubo que llamar a la policía para restablecer el orden. Sin embargo, al acudir al lugar de los hechos, la policía se negó a intervenir llevada por el convencimiento de que las mujeres protestaban no sin razón. Escenas similares aunque no tan drásticas se

sucedieron en otros lugares del Ruhr. «Insultar a cuadros y personas prominentes —señalaba el informe con un tono de estupefacción— estaba a la orden del día».[51] Se informó de que una mujer había dicho, en alusión obvia al destino de los judíos alemanes: «¿Por qué no nos mandáis a Rusia, abrís fuego contra nosotros con las ametralladoras y nos liquidáis?».[52] La gente quería que reparasen sus casas lo antes posible o que construyeran otras nuevas.[53] Pero esto era poco menos que imposible debido a la magnitud de los daños. Algunas autoridades, como el gobernador de Hamburgo, Karl Kaufmann, instaron a la deportación de los judíos para que quedasen más viviendas disponibles para la gente que las había perdido en los bombardeos, pero la minoría judía en Alemania era tan reducida —nunca había superado el 1 por 100 de la población, ni siquiera en su apogeo— que si bien se utilizó esa oportunidad, entre otros por parte de Albert Speer en su búsqueda de alojamiento para sus trabajadores, no bastaba de ninguna manera ni siquiera para atenuar el problema. Las autoridades locales hicieron planes para construir alojamientos de emergencia, incluyendo barracones de madera de dos plantas de fabricación rápida, pero tales planes entraban en conflicto con la fabricación industrial oficialmente prioritaria para la guerra. El 9 de septiembre de 1943, Hitler publicó un decreto estableciendo una «ayuda para las viviendas alemanas» bajo la dirección de Robert Ley, y el régimen proporcionó subvenciones para levantar barracones prefabricados, de cuya construcción en algunos casos se encargaron prisioneros judíos de los campos de concentración. Pero esos barracones tampoco tuvieron un gran efecto. En marzo de 1944, una estimación oficial situaba la cifra de personas sin hogar en 1,9 millones, siendo necesarias un total de 657.000 nuevas viviendas. A finales de julio de 1944 sólo se habían construido 53.000. Algunos empleadores proporcionaron un nuevo alojamiento sencillo a sus trabajadores alemanes, pero también el alcance de esta medida fue muy limitado. Al visitar Bochum en diciembre de 1944, Goebbels señaló que la ciudad aún contaba con 100.000 habitantes que moran en ella, corrigiéndose acto seguido: «decir “moran” es excesivo: acampan en sótanos y agujeros».[54]

El propio Goebbels había desempeñado un rol cada vez más importante en lo relativo a hacer frente a los ataques aéreos tras ser nombrado por Hitler en enero de 1943 presidente del Comité Interministerial de Daños Causados por los Bombardeos. Esto le dio amplios poderes para enviar ayuda de emergencia a las ciudades damnificadas, llegando por ejemplo incluso a la confiscación de instalaciones militares para procurar un alojamiento temporal a la gente que había perdido sus hogares. Cuando un ataque aéreo contra Kassel, el 22 de octubre de 1943, desató una tormenta de fuego gigantesca que convirtió en inhabitables el 63 por 100 de las casas y los pisos de la población, Goebbels desplazó a un equipo que le informó casi de inmediato de que el jefe local del partido, Karl Weinrich, era por completo incapaz de ocuparse de la situación. A instancias de Goebbels, Weinrich fue jubilado poco después aduciendo motivos de salud. La experiencia indujo a Goebbels a convencer a Hitler para crear el 10 de diciembre de 1943 un cuerpo de inspectores para evaluar las medidas civiles contra la guerra aérea, a cargo del propio Goebbels. Todo esto le permitió criticar a los dirigentes del partido que no le gustaban, y utilizar su influencia para marginarlos o incluso disponer que los sustituyeran. Pero jamás consiguió por supuesto hacerse con un control total de esa área; de hecho, en ciertos aspectos únicamente le enfrentó a otras figuras poderosas, como Göring, que controlaba la defensa civil, y Himmler, que estaba al mando de la policía y los servicios de extinción de incendios. De las bombas sin detonar, abundantes, se ocupaba el Ministerio de Justicia del Reich, el cual, siguiendo una orden dictada por Hitler en octubre de 1940, enviaba a prisioneros de los penales estatales para que intentasen desactivarlas. En julio de 1942, según comunicó a Hitler dicho ministerio, ya se habían desactivado más de 3.000 bombas; esta cifra se incrementó drásticamente a medida que los ataques se fueron intensificando en los meses siguientes. El índice de mortalidad entre los prisioneros que tomaban parte en esos trabajos rondaba el 50 por 100. Para los que sobrevivían, la promesa de una revocación de condena que había seducido a muchos de ellos para aceptar servir en la desactivación de las bombas jamás se materializaba. Muchas otras medidas de emergencia después de los ataques aéreos a gran escala quedaron en manos de la NSV, que

transportaba cocinas de campaña para proporcionar a la gente alimento, en ocasiones con la ayuda del ejército. La guerra transformó esa organización en un operativo de rescate que se ocupaba de las consecuencias de la «guerra total», alojando a los evacuados, cuidando de los ancianos, buscando hogares para los huérfanos, creando un servicio de búsqueda de niños desaparecidos y un sinfín de otras cosas. En 1944 más de un millón de voluntarios trabajaban para la organización y para la Cruz Roja alemana, que cooperaba estrechamente con ella. Había eliminado con éxito la competencia de los grupos de ayuda de la Iglesia.[55] Pero aún tenía un adversario en la organización de mujeres nazis, que también desarrollaba su cometido en el cuidado de familias con niños que habían perdido su hogar debido a las bombas.[56] Los líderes regionales del Partido Nazi estaban facultados para aumentar las asignaciones de los racionamientos y distribuir provisiones adicionales de comida, así como expedir cartillas de racionamiento sustitutivas para aquellos que hubieran perdido las suyas en un bombardeo. No obstante, las provisiones solían escasear, y la demanda de utensilios de cocina y otros artículos para el hogar tropezaba con la escasez de materiales y las necesidades prioritarias de la industria bélica. La compensación económica sufragada por el gobierno (con arreglo a dos decretos publicados en noviembre de 1940) para que aquellas personas que hubieran perdido su hogar en los bombardeos pudieran alquilar un nuevo alojamiento y reemplazar los objetos esenciales para el hogar tuvo un efecto muy limitado.[57]

Ni se demostró fácil aumentar al nivel deseado la provisión de instalaciones de protección frente a los ataques aéreos. A pesar de las inspecciones frecuentes que llevaban a cabo dirigentes importantes del partido, como Karl Kaufmann, el líder de la región de Hamburgo (que criticó con severidad la falta de búnkeres en una visita de inspección a Dresde en enero de 1945), poco se hizo para mejorar la situación. Hitler había planeado en un principio la construcción de hasta 2.000 búnkeres a prueba de bombas a finales de septiembre de 1940, y a finales de agosto de 1943 se habían terminado más de 1.700. En el apogeo del programa de construcción en Berlín, a mediados de 1941, más de 22.000 trabajadores tomaban parte en la construcción de búnkeres en la capital, muchos de ellos

extranjeros forzados a trabajar. Pero incluso 2.000 era a todas luces una cifra patéticamente diminuta para proteger a la numerosa población urbana de Alemania. El hormigón se precisaba para las bases de submarinos, la mano de obra para la industria de las armas y el Muro del Oeste, el transporte para materiales relacionados con las armas, el dinero para fabricar aviones y carros de combate. En consecuencia, aquellos búnkeres que se terminaron, en especial los de muros gruesos y estructuras de hormigón reforzado levantados sobre el suelo, quedaban completamente atestados de gente cuando se producía un ataque; por ejemplo, 5.000 personas se hacinaban a principios de 1945 en un búnker en Hamburgo-Harburgo que se había construido para albergar a 1.200 personas. Tanto en las ciudades pequeñas como en las grandes, la protección contra los ataques aéreos sólo estaba al alcance de una parte mínima de la población: 1.200 personas de una población de 38.400 en Lüdenscheid, por ejemplo, o 4.000 personas de una población de 25.100 en Soest. Ya en 1943 la gente comenzó a quejarse de que el régimen no había hecho nada para construirlos al comienzo de la guerra, cuando había dinero, hombres y materiales. No tardaron en extenderse rumores de que los jefes del Partido Nazi se habían fabricado sus propios búnkeres privados, como había hecho el líder regional sajón Martin Mutschmann con mano de obra compuesta por zapadores de las SS, bajo su mansión privada en Dresde; el único refugio antiaéreo a prueba de bombas en toda la ciudad. El más espectacular era por descontado el complejo del búnker del propio Hitler bajo la Cancillería del Reich en Berlín. Un refugio contra ataques aéreos había existido allí desde 1936, pero a comienzos de 1943 se puso en marcha un enorme programa de ampliación. Compuesto de dos pisos situados a 12 metros bajo la superficie, y protegido por un techo de hormigón reforzado cuyo grosor superaba los 3,5 metros, disponía de su propio generador de gasóleo para proporcionar calefacción e iluminación, bombear agua y deshacerse de los residuos. Su construcción por una empresa de Essen, Hochtief, junto con el búnker de mando en el cuartel de campaña de Hitler y el complejo subterráneo de Ohrdruf, en Turingia, había consumido más

hormigón y utilizado más mano de obra (28.000 hombres en total) que todo el programa público de construcción de búnkeres para la defensa de la población civil en toda Alemania en los años 1943 y 1944 juntos.[58]

Las vidas de la gente en las ciudades pequeñas y grandes de Alemania durante la segunda mitad de la guerra transcurrían cada vez más no poco tiempo, si no la mayor parte de él, en los refugios antiaéreos, los búnkeres y los sótanos, como insinuaban los comentarios de Goebbels en Bochum. Los avisos de ataques aéreos hacían que la gente corriese a refugiarse en ellos con creciente frecuencia, de día y de noche. En Münster, por ejemplo, las sirenas sonaron 209 veces en 1943 y 329 en 1944; ese año, las alarmas sonaron no menos de 231 veces durante el día. Y en los tres primeros meses de 1945, las alarmas de esa ciudad sonaron en 293 ocasiones advirtiendo de un ataque aéreo, más que en todo 1943. Otras ciudades pequeñas y grandes sufrieron experiencias similares. El trastorno en las vidas cotidianas de la gente, para el sueño, para la economía, era enorme y en los últimos meses de la guerra se hizo prácticamente insoportable en muchas partes. La gente trataba de descargar la tensión con los chistes: «“¿A quién debemos estar agradecidos por los cazas nocturnos?”. “A Hermann Göring”. “Y por toda la fuerza aérea”. “A Hermann Göring”. “¿Y a las órdenes de quién hace Hermann Göring todo esto?”. “¡A las órdenes de Hitler!”. “¿Dónde estaríamos de no ser por Hermann Göring y el Führer?”. “¡En nuestra cama!”».[59] A medida que los ejércitos enemigos avanzaban a través de la Europa ocupada en 1944 y 1945, las estaciones de radar alemanas en puestos avanzados enmudecían y el intervalo que mediaba entre las alarmas advirtiendo de los ataques aéreos y el comienzo de los bombardeos no hacía sino reducirse incesantemente. La gente empezó a sentir pánico, abalanzándose de manera tumultuosa a los refugios; cada vez más había más heridos y hasta muertos en las aglomeraciones. De hecho, en enero de 1944 treinta personas murieron aplastadas en la pugna por acceder a un búnker en la Hermannplatz de Berlín; en noviembre siguiente, treinta y cinco personas perdieron la vida en circunstancias similares en la población de Wanne-Eickel.[60]

Quienes se quedaban en sus hogares colocaban bolsas de arena y cubos de agua para intentar apagar los incendios causados por las bombas. Sabían sobradamente que no había protección contra un impacto directo. Las paredes de los sótanos estaban rotas para permitir la huida a una casa vecina en caso de que una bomba cayera sobre la propia. Alguien que escribía un diario describió en los siguientes términos una noche en su sótano, que utilizaba durante los ataques aéreos, en el curso de uno de ellos:

> Para empezar, una serie de bombas incendiarias cayeron en las inmediaciones. Luego se produjo una detonación tras otra, explosiones fuertes, muy fuertes. Dado que no contamos con un sótano muy profundo, nos echamos en el suelo sobre colchonetas, cerca del agujero que habíamos hecho [con el fin de escapar a la casa vecina, conforme a lo establecido en las reglamentaciones]. Cada uno tenía una prenda húmeda enroscada en la cabeza, una máscara de gas en el brazo, cerillas en los bolsillos y una toalla húmeda que nos poníamos sobre la cara a la orden de «¡atención!» que señalaba el acercamiento audible de bombas pesadas, apretándola contra la boca y los orificios nasales de manera que los ojos, también cerrados, y la boca quedaran protegidos de la presión del aire y las partículas de mortero. Aunque en nuestra calle no cayeron bombas de alto poder explosivo ni bombas para reventar edificios, las paredes temblaron de manera inquietante. Las luces se apagaron y encendimos nuestras linternas. Se oía el estrépito de las roturas de cristales y de la caída de tejas, marcos de ventanas, etc. En la casa no esperábamos encontrar más que escombros. Había un olor penetrante de fuego.[61]

En los refugios públicos, la admisión y el comportamiento se regulaban cuidadosamente y se controlaban mediante agentes de prevención de ataques aéreos, pero en la última fase de la guerra, las reglas fueron ignoradas cada vez más. Aquéllos se destinaban supuestamente a personas que carecían de hogar, y los judíos y los gitanos no tenían permiso para acceder a ellos. En 1944, Goebbels ordenó que los trabajadores de las industrias bélicas vitales gozaran de prioridad. La gente tenía que mostrar una tarjeta de admisión al acceder a un refugio público. En el segundo semestre de 1943 eran pocos los que prestaban mucha atención a las reglas. La gente se hacinaba indiscriminadamente en los búnkeres, donde las instalaciones de ventilación concebidas para sólo unas cuantas personas pronto se revelaron inadecuadas, el aire fétido hacía transpirar a la gente, se extendían la sarna y otras enfermedades e infestaciones relacionadas con la suciedad y la gente comenzaba a perder cualquier sentido del orden, como un responsable de sanidad en Hamm anotó en enero de 1945: «Se están apropiando de las posesiones de los demás, no respetan a las mujeres ni a

los niños, desaparece cualquier sentido del orden o el aseo personal. Personas que eran muy pulcras no se molestan en lavarse o en peinarse el cabello cada día [...] En los búnkeres ya no van a los aseos, sino que orinan en la oscuridad, en los rincones».[62]

Entretanto, en la superficie, la policía pugnaba por restaurar el orden después de los grandes bombardeos. Se acordonaban las ruinas peligrosas, se despejaban las calles, se recogían los cuerpos, si era posible los identificaban y los sepultaban, en ocasiones envueltos simplemente en papel, en fosas comunes: aunque Hitler lo había prohibido, en la mayoría de casos resultaba irrealizable hacer cualquier otra cosa, puesto que la cantidad de cadáveres excedía con mucho la capacidad de los cementerios para encargarse de ellos, y debido a las objeciones religiosas a la incineración a lo largo de los años no se contaba con instalaciones disponibles para incinerarlos. En las paredes de sus casas reducidas a ruinas, la gente dejaba mensajes escritos con tiza para los parientes desaparecidos con la esperanza de que aún pudieran estar vivos. Las cosas de la gente yacían por todas partes entre las ruinas: camas, muebles, enseres, prendas de vestir, botes y latas de comida, y cualquier otra cosa imaginable. Había destacamentos especiales que los recogían y los llevaban a depósitos de almacenamiento a la espera de que sus dueños, si seguían con vida, los reclamaran: sólo en Colonia había 150 de esos depósitos, los cuales en su mayor parte resultaron posteriormente destruidos en los ataques aéreos.[63] En esa situación, con gente desesperada y privada de todo vagando por las calles, la tentación de apropiarse de alguno de esos objetos era a menudo irresistible. Las sanciones para quienes fueran atrapados eran severas. Un decreto publicado el 5 de septiembre de 1939 contra los «parásitos del pueblo» (*Volksschädlinge*) prescribía la muerte para los ladrones que actuaran al amparo de los apagones. Como apuntó un periódico de Hamburgo el 19 de agosto de 1943, no mucho después de los grandes ataques aéreos sobre la ciudad,

> la policía y los tribunales se han puesto enérgicamente manos a la obra y están logrando en sesiones ininterrumpidas imponer cada vez más su justo castigo a todos aquellos que, llevados por el egoísmo, se aprovecharon de la angustia de nuestros camaradas saqueándolos. ¡Todo

aquel que saquee y por tanto cometa un delito de la mayor gravedad contra la comunidad será erradicado![64]

Un caso menor, insignificante, de saqueo podía suponer un período de uno o dos años de encarcelamiento en un centro penitenciario estatal, pero los robos reiterados o de importancia mayor se castigaban con la pena de muerte, en particular si el infractor pertenecía a un destacamento de recogida.

El Tribunal Especial de Bremen condenó a un hombre a quince años en un centro penitenciario el 4 de marzo de 1943 por quince cargos por apropiarse de ropa, receptores de radio, comida y otros objetos en los lugares bombardeados al amparo de la oscuridad y la posterior venta de los mismos. El tribunal señaló que tenía condenas anteriores y lo declaró un delincuente habitual peligroso. Sin embargo, el fiscal consideró la sentencia demasiado indulgente, y la recurrió para que se agravase la pena hasta la muerte por decapitación. El día anterior a la vista de apelación, el infractor se suicidó.[65] En otro caso, cuya vista se celebró el 23 de enero de 1945, un obrero con diez condenas anteriores fue condenado a la pena de muerte por quedarse con objetos que sustrajo a personas muertas en un ataque aéreo el mes de junio anterior. Su botín se componía de un reloj de pulsera, una pipa, una lata de tabaco, una brocha de afeitar, un manojo de llaves, un cortaúñas, dos encendedores y una boquilla y un estuche para cigarrillos. Lo ejecutaron el 15 de marzo de 1945.[66] Casos semejantes llegaban ante los tribunales especiales cada vez con mayor frecuencia. Treinta y dos de las cincuenta y dos penas de muerte impuestas por los Tribunales Especiales de Dortmund, Essen y Bielefeld en 1941 se debieron a delitos contra la propiedad; en 1943 una cuarta parte de todas las sentencias de muerte impuestas en el conjunto de Alemania se debió a delitos contra la propiedad, en su gran mayoría por saqueos en los lugares bombardeados.[67] Pero se trataba de una batalla perdida. Cuanto más se destruía la urdimbre de las ciudades alemanas, tanto más se desmoronaba la urdimbre de la sociedad alemana. En 1943 empezó la transición de una «comunidad nacional» a una «sociedad en ruinas». Acabaría en 1945 en un estado de casi completa disolución.

## IV

Las operaciones de bombardeo llevadas a cabo con éxito por los aliados en la primavera y el verano de 1943 pusieron más que en entredicho las defensas aéreas de Göring. No sólo empezó a declinar abruptamente la posición de éste en la dirección nazi, sino también su reputación entre la población en general. Pronto circularon chistes de todos los tipos sobre él. Habida cuenta de que se jactó en cierta ocasión de que pasaría a llamarse Meier si una sola bomba enemiga caía sobre la patria, la gente comenzó a llamarlo habitualmente «señor Meier». No obstante, el mariscal del Reich, como dijo Speer más tarde, se limitó a esconder la cabeza bajo el ala. Cuando el general Adolf Galland, al mando de los aviones de caza, informó del progreso alarmante de los cazas americanos que, dotados con depósitos de combustible adicionales, habían podido acompañar a los bombarderos hasta Aquisgrán, Göring desestimó el informe. Él mismo era un antiguo piloto de caza y sabía que eso era imposible. Unos pocos aviones debían de haber sido empujados hacia el este por el viento. Cuando Galland insistió, indicando que algunos cazas habían sido derribados e identificados en tierra, Göring perdió los estribos: «¡Te adjunto una orden oficial según la cual no estuvieron allí!», gritó. Galland, que sostenía un puro enorme entre los dientes, cedió con pausada ironía. «Órdenes son órdenes, señor», repuso, mostrando, como señaló Speer, «una sonrisa inolvidable». Los ataques eran tan graves que sumieron en un estado de profunda depresión al jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea alemana, Hans Jeschonnek. El 18 de agosto de 1943 se suicidó, dejando una nota donde manifestaba que no quería que Göring asistiera a su funeral. Por supuesto, el mariscal del Reich no pudo evitar hacerlo, y de hecho depositó una corona en nombre de Hitler. Pero el suicidio, ocurrido dos años más tarde del de Ernst Udet, era otra señal de que la autocomplacencia sublime de Göring estaba empujando a sus subordinados a la desesperación.[68]

Sin embargo, en lugar de proseguir sus ataques contra el Ruhr en 1943, los aliados desviaron su atención a Berlín. Además de su condición de capital del Reich, era también con cierta distancia el mayor centro industrial de Alemania. Pero se encontraba mucho más alejada de los aeródromos

británicos que Hamburgo o el Ruhr, y los bombarderos tenían que recorrer un camino largo y dando un rodeo para llegar hasta allí. De manera que las defensas alemanas tenían tiempo para localizarlos. Berlín se encontraba también fuera del radio de acción de las ayudas más eficaces para la navegación, porque se hallaba oculto por la curvatura de la Tierra. Impertérritos, más de 700 bombarderos sobrevolaron la capital en la noche del 22 al 23 de noviembre de 1943, dejando caer sus cargas explosivas entre densas nubes, guiados por el radar. Aunque muchos no alcanzaron sus objetivos, el ataque destruyó un gran número de puntos de referencia familiares, incluyendo la mayoría de las grandes estaciones ferroviarias y también, irónicamente, las antiguas embajadas del Reino Unido y Francia. Observando un ataque desde una torre de artillería antiaérea «Flak», Albert Speer tuvo una vista privilegiada de «las luces de las bengalas en paracaídas, que los berlineses llamaban "árboles navideños", seguidas de los destellos de las explosiones envueltas en nubes de humo, los innumerables reflectores de búsqueda, la excitación cuando un avión era atrapado e intentaba zafarse del cono de luz, la fugaz antorcha llameante cuando resultaba alcanzado». Cuando amaneció, la ciudad estaba envuelta en una nube de humo y polvo que se elevaba por encima de los 6.000 metros.[69]

Posteriormente, el Mando de Bombarderos atacó la capital en el curso de unos pocos meses en otras dieciocho ocasiones. En total, los ataques mataron a más de 9.000 personas y dejaron a 812.000 sin hogar. Pero el coste para los aliados fue alto. Más de 3.300 pilotos y tripulantes británicos murieron, y cerca de 1.000 tuvieron que saltar en paracaídas y resultaron capturados. En el ataque del 24 de marzo de 1944, el 10 por 100 de los bombarderos quedó destruido y muchos otros resultaron alcanzados. Ése fue el último de esos bombardeos británicos. Anteriormente en ese mismo mes, los americanos habían empezado a organizar ataques diurnos que se prolongarían en abril y en mayo de 1944.[70] Por entonces, los americanos habían aprendido a reducir sus pérdidas secundando los ataques con aviones de caza para enfrentarse a las defensas aéreas alemanas. Pero el radio de acción limitado de los cazas los obligaba a regresar en la frontera alemana. El 14 de octubre de 1943, una flota de cerca de 300 B-17 voló hacia el

Reich alemán por Aquisgrán. Nada más dar la vuelta la escolta de los cazas americanos, se presentó un enjambre de cazas alemanes que apuntaron sus cañones y abrieron fuego contra los bombarderos, deshaciendo las formaciones y a continuación derribando los aparatos de uno en uno. 220 bombarderos americanos alcanzaron Schweinfurt y provocaron una nueva devastación en las factorías de rodamientos, pero en total 60 aparatos resultaron abatidos y otros 138 dañados. De igual forma, en un ataque a Núremberg el 30 de marzo de 1944, a 795 bombarderos que volaban en una noche despejada con luz de luna los reconocieron por sus rastros de vapor incluso antes de que alcanzasen Alemania, y escuadrones de cazas nocturnos los atacaron mientras cubrían la larga ruta hacia su objetivo. Derribaron a 95, el 11 por 100 de los que habían salido. Harris alertó de que semejantes pérdidas no eran sostenibles.[71]

Para los bombarderos era imperiosa la presencia de cazas que los escoltaran para combatir a los cazas nocturnos alemanes. A los aviones de caza americanos P-38 Lightning y P-47 Thunderbolt ya los habían equipado con depósitos adicionales de combustible bajo las alas, pero el que marcaba la verdadera diferencia era el P-51 Mustang, un avión con un armazón americano y un motor británico Rolls-Royce Merlin. Equipado con depósitos adicionales de combustible, podía recorrer hasta 1.800 millas [2.896 kilómetros], lo cual le permitía escoltar a los bombarderos toda la ruta hasta Berlín y regresar con combustible de sobra. De las cadenas de montaje no tardaron en salir miles de esos aviones. Los primeros volaron a Alemania con ocasión de un ataque a Kiel en diciembre de 1943, y pronto todos los bombardeos estuvieron secundados por escuadrones de unos cazas que resultaban lo bastante rápidos y maniobrables como para enfrentarse a sus homólogos alemanes, a pesar de la carga adicional de combustible que llevaban. Ya en noviembre de 1943, las pérdidas alemanas de aviones de caza estaban empezando a incrementarse a medida que se comenzaban a utilizar las nuevas tácticas. En diciembre se había perdido cerca de la cuarta parte de la flota alemana de aviones de caza. La producción no podía mantener el ritmo de esas pérdidas, con un incremento de alrededor de un 50 por 100 mensual en la primavera de 1944; los ataques aéreos también habían afectado a las fábricas de aviones, cuya producción cayó de 873 en

julio de 1943 a 663 aparatos en diciembre de ese año. Trasladar los cazas al oeste para combatir a los bombarderos desguarneció el frente oriental, donde en abril de 1944 a la fuerza aérea alemana ya únicamente le quedaban 500 aviones de combate frente a más de 13.000 aviones soviéticos. A juicio del Ministerio del Aire alemán, habría que producir 5.000 aviones mensuales para tener una posibilidad de victoria en esos enfrentamientos. En vez de ello, los bombarderos aliados destruyeron no sólo las fábricas de aviones, sino también las refinerías de petróleo y las instalaciones de producción de combustible, dejando a la fuerza aérea alemana a expensas del combustible almacenado hasta junio de 1944. Para entonces la fuerza aérea alemana había sufrido ciertamente una derrota efectiva y los cielos estaban libres para permitir una mayor intensificación de la ofensiva de los bombardeos estratégicos.[72]

Por supuesto, aunque los cazas alemanes de defensa hubieran menguado hasta quedar convertidos en una amenaza marginal, los escuadrones de bombarderos todavía debían enfrentarse con un gran número de baterías antiaéreas, y sobrevolar las pequeñas y grandes ciudades alemanas seguía siendo un asunto peligroso y muchas veces mortal. Pero las pérdidas se redujeron a unas cifras aceptables a ojos de los jefes de las fuerzas aéreas de los aliados, y eran compensadas con creces por una expansión enorme de la fabricación de aviones en Gran Bretaña y Estados Unidos. En marzo de 1945 se contabilizaban más de 7.000 bombarderos americanos y aviones de caza operativos, mientras que los británicos estaban desplegando más de 1.500 bombarderos pesados en salidas prácticamente incesantes a toda Alemania. De los 1,42 millones de toneladas de bombas que se arrojaron sobre Alemania durante la guerra, no menos de 1,18 millones cayeron entre finales de abril de 1944 y comienzos de mayo de 1945, el último año de la guerra. Sin embargo, no se trataba solamente de una cuestión de cantidad. El declive de las defensas alemanas permitía a los cazabombarderos más pequeños aproximarse y atacar sus objetivos con mayor precisión que la que jamás podrían lograr los Lancaster o los B-17, y en el segundo semestre de 1944 dirigieron su atención al sistema de transportes, atacando los nudos ferroviarios y de comunicaciones. A finales de año, habían reducido a la mitad el número de

desplazamientos de mercancías en el sistema ferroviario alemán. Las fábricas de armas sufrían incluso de forma más severa que antes. A finales de enero de 1945, el ministerio de Speer calculó que la economía había producido un 25 por 100 menos de carros de combate de los planeados, un 31 por 100 menos de aviones y un 42 por 100 menos de camiones, en todos los casos debido a la destrucción ocasionada por los bombardeos. Y ni siquiera la consecución de tales objetivos de fabricación habría contrarrestado en modo alguno la asombrosa producción industrial y militar de Estados Unidos, por no hablar de la producción adicional de la economía de guerra en Gran Bretaña y la Unión Soviética. Además, la necesidad de combatir los bombardeos absorbía una cantidad creciente de los recursos alemanes, con una tercera parte de toda la producción de artillería destinada a la fabricación de cañones antiaéreos en 1944, y dos millones de personas dedicadas a la defensa antiaérea y a hacer reparaciones y restablecer el orden después de los ataques. La superioridad aérea alemana se perdió en el frente oriental, donde dejó de haber cazas y bombarderos en cantidad suficiente como para procurar a las fuerzas terrestres el apoyo que precisaban para derrotar al Ejército Rojo, un apoyo que había desempeñado un papel crucial en las primeras etapas de la guerra. En 1944 los bombarderos aliados estaban en condiciones de pulverizar las carreteras, los puentes y las vías férreas tras las playas de Normandía, haciendo que a las fuerzas alemanas les resultara imposible incorporar refuerzos adecuados. La invasión no se hubiera podido producir de haber conservado la fuerza aérea alemana el dominio de los cielos.[73]

Por tanto, se ha sostenido que los bombardeos ayudaron a salvar vidas al acortar la guerra, y en particular que salvaron vidas de los países aliados al debilitar la resistencia alemana. No obstante, los bombardeos causaron también entre 400.000 y medio millón de muertos, en su inmensa mayoría civiles, en las pequeñas y grandes ciudades alemanas. De esas personas, unas 11.000 murieron hasta el final de 1942, tal vez 100.000 en 1943, 200.000 en 1944 y entre 50.000 y 100.000 en los meses últimos de la guerra, en 1945. En torno a un 10 por 100 eran trabajadores extranjeros y prisioneros de guerra. Todas esas cifras no pueden ser más que aproximativas, pero no cabe dudar de su intensificación en los dos últimos

años de la guerra. En el bando aliado, unos 80.000 soldados del ejército del aire perdieron la vida en los bombardeos, junto con unos 60.000 civiles británicos en los bombardeos alemanes, y muy posiblemente una cifra similar en los ataques aéreos alemanes contra Varsovia, Rotterdam, Belgrado, Leningrado, Stalingrado y otras ciudades europeas. Alrededor del 40 por 100 del parque de viviendas en las localidades alemanas de más de 20.000 habitantes quedó destruido; en algunas ciudades, como Hamburgo y Colonia, la cifra ascendía al 70 por 100, y en algunas ciudades más pequeñas, como Paderborn o Giessen, prácticamente quedó inhabitable cualquier vivienda individual. La devastación fue enorme y fueron necesarios muchos años para subsanarla.[74]

Los muertos alemanes no eran meros «daños colaterales», por adoptar la expresión que se ha hecho habitual en guerras ocurridas en años posteriores en otros lugares. Minar la moral de la población civil, incluso cobrándose venganza de Alemania y los alemanes, formaba parte de manera irrebatible de los objetivos de la ofensiva de los bombardeos estratégicos, si bien los ataques contra la población civil se han considerado tradicionalmente un crimen de guerra. Incluso sin aceptar que fuera innecesaria toda la campaña de bombardeos, resulta cuanto menos defendible que la misma se prolongó más allá de lo estrictamente necesario, y se condujo, especialmente en el último año de la guerra, de una manera demasiado indiscriminada como para poder justificarla.[75] Sobre este espinoso asunto, no hay duda de que las discusiones enconadas continuarán. Sin embargo, lo que resulta innegable es que los bombardeos tuvieron un efecto enorme en la moral de la población civil. La esperanza de algunos en Gran Bretaña de que los bombardeos empujarían a los alemanes corrientes a sublevarse contra los nazis y precipitarían el final de la guerra adolecía de falta de realismo. La mayor parte de los alemanes afectados por los bombardeos estaban demasiado ocupados intentando sobrevivir entre las ruinas, reconstruir sus hogares destruidos y sus vidas destrozadas, así como hallar la manera de evitar que los mataran, como para preocuparse por cosas como la revolución. Cuando una vez acabada la guerra se le preguntó a la población civil en Alemania qué había sido lo más duro de soportar, el 91 por 100 dijo que los bombardeos; y más de un tercio dijo que éstos habían

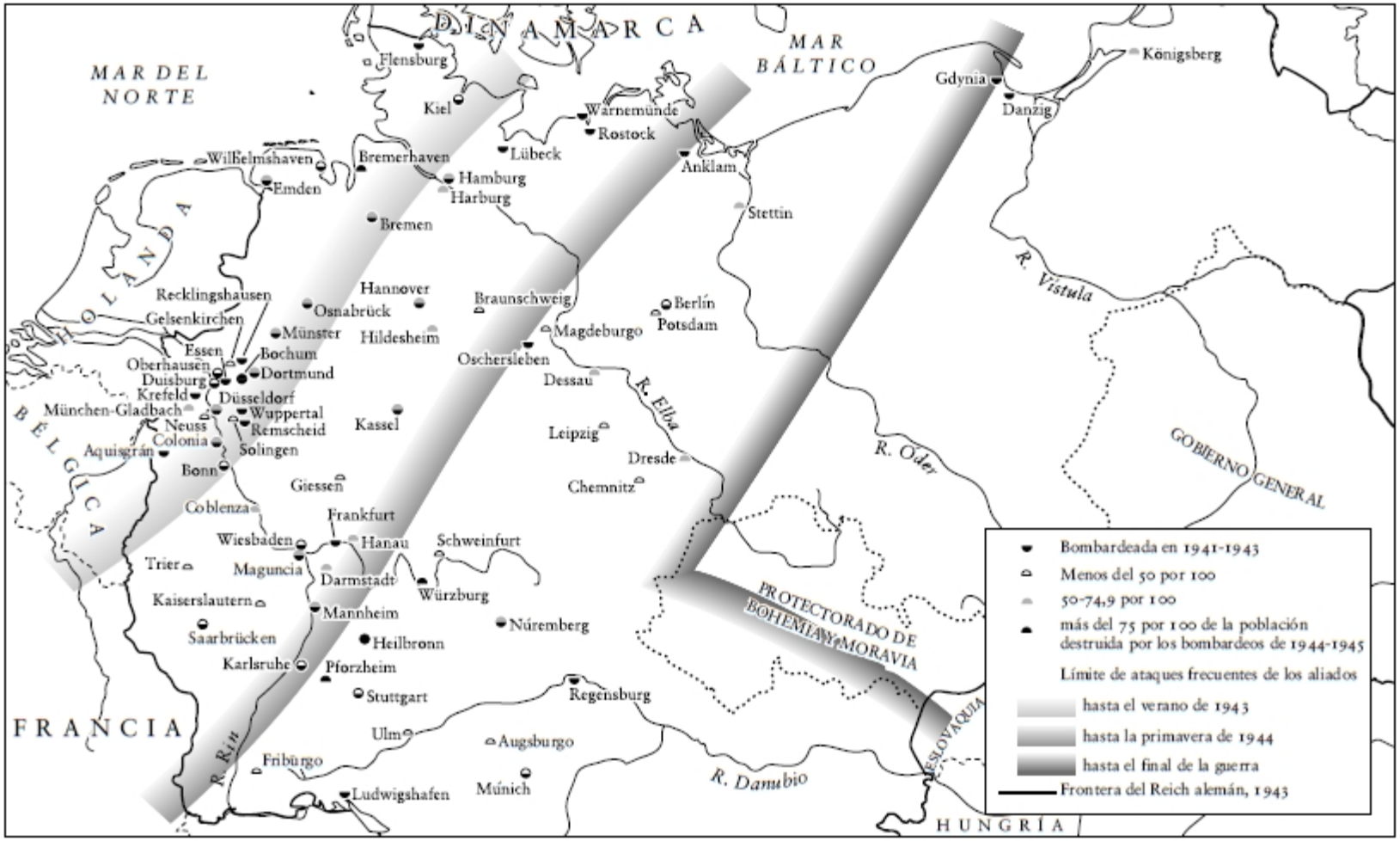
hecho menguar la moral de la gente, incluyendo la suya propia.[76] Los bombardeos extendieron el desencanto popular con respecto al Partido Nazi en mayor medida aún que las derrotas en Stalingrado y el norte de África. En este aspecto, un ejemplo no infrecuente se puede ver en la correspondencia del soldado paracaidista Martin Pöppel, quien a la sazón servía en una unidad que combatía contra las fuerzas invasoras de los países aliados tras el Día D. En 1944 Pöppel recibía desde Alemania cartas cada vez más desesperadas de su mujer. Ella no podía seguir comprendiendo ni aguantando a los nazis. «¿Qué es lo que han hecho de nuestra espléndida y hermosa Alemania? —se preguntaba—. ¡Es para echarse a llorar!». Las bombas de los aliados estaban destruyéndolo todo. Era con toda seguridad momento para parar la guerra. «¿Por qué deja la gente que nuestros soldados mueran inútilmente? ¿Por qué dejan que el resto de Alemania se destruya? ¿Por qué todo este sufrimiento, por qué?».[77]

El Ministerio de Propaganda de Goebbels criticó con fiereza a las tripulaciones que llevaban a cabo los bombardeos aliados y a sus jefes políticos. Los americanos eran gángsteres, sus tripulaciones, pandilleros sin formación ex convictos. Por el contrario, los medios de comunicación alemanes afirmaban que los aviadores británicos procedían en su mayor parte de los sectores decadentes de la aristocracia. Sin embargo, a tenor de la visión propagada por los medios nazis, unos y otros se hallaban al servicio de los conspiradores judíos, que también estaban manipulando a Roosevelt y Churchill en su búsqueda de la destrucción total de Alemania.[78] La propaganda ciertamente obtuvo un resultado.[79] Desde 1943 hasta el final hubo abundantes informaciones sobre personas que reclamaban ataques contra Londres como represalia; pero ello no obedecía tanto a la ira como a la creencia de que solamente así se impediría que hubiese nuevos ataques contra Alemania, e incluso la derrota en la guerra en general.[80] «Una y otra vez —informó el Servicio de Seguridad de las SS— se podía oír: “Si no hacemos algo pronto, ya no habrá nada que nos ayude”, o “No podemos seguir contemplando cómo se hace añicos todo cuanto tenemos”».[81]

En 1944, bajo la presión psicológica de las alarmas, los ataques, la muerte y la destrucción constantes, y con la exacerbación de los medios de comunicación de Goebbels, se había extendido en alguna medida la ira

popular contra los pilotos y las tripulaciones de los bombarderos aliados. Ésta empezó a manifestarse de forma violenta contra los tripulantes de los aviones aliados que se habían visto obligados a tirarse en paracaídas tras ser alcanzado su aparato. El 26 de agosto de 1944, una multitud enfurecida golpeó hasta la muerte a siete miembros americanos de las fuerzas aéreas que se habían tirado en paracaídas sobre Rüsselsheim, mientras que el 24 de marzo de 1945 un soldado atacó con la culata de su fusil a un miembro de la fuerza aérea británica que aterrizó con paracaídas en un campo en las inmediaciones de Bochum. El tripulante cayó y una multitud lo rodeó y le dio puntapiés, causándole graves heridas. Alguien trató de dispararle, pero el arma de fuego se encasquilló, de forma que lo arrastraron hasta que un miembro de la multitud sacó un martillo y lo golpeó hasta producirle la muerte. La Gestapo capturó a otros tres tripulantes británicos que habían aterrizado también en la zona, a los que torturó antes de fusilarlos. Un obrero local que protestó ante sus compañeros por esos asesinatos fue denunciado, detenido y fusilado por la Gestapo. No era ya que la policía no interviniera para detener tales incidentes, sino que cualquiera que lo hiciese sería probablemente detenido y juzgado por «relacionarse indebidamente con prisioneros de guerra». El líder regional del partido en Westfalia del Sur ordenó el 25 de febrero de 1945 que los pilotos «que hayan sido derribados no deben ser protegidos de la ira del pueblo». En total, al menos 350 tripulantes de las fuerzas aéreas de los países aliados fueron linchados en los dos últimos años de la guerra, y otros sesenta aproximadamente sufrieron heridas pero no perdieron la vida. En un incidente tristemente conocido, tras la fuga de cincuenta y ocho tripulantes británicos de un campo de prisioneros de guerra cerca de Sagan, en la Baja Sajonia, el 24 de marzo de 1944, la Gestapo, cumpliendo órdenes explícitas de Hitler, fusiló a todos los que volvió a capturar. No obstante, estos incidentes se han de poner en perspectiva. El número total de soldados de las fuerzas aéreas aliadas que fueron linchados o a los que la Gestapo fusiló no representó más del 1 por 100 de todos los capturados.[82] El odio que incitaba a cometer tales actos era producto por encima de todo de la fase última de los bombardeos y, como señaló el Servicio de Seguridad de las SS, no se hizo realmente presente antes de 1944. Los observadores del Servicio de Seguridad se

hicieron eco de los clamores entre la población, especialmente entre aquellos que habían perdido su hogar bajo los bombardeos, para que los británicos fuesen gaseados o «aniquilados», pero añadían que «las palabras que suenan cargadas de odio contra Inglaterra son muchas veces más una expresión de desesperación y la creencia de que la aniquilación de Inglaterra es la única salvación [...] *No puede hablarse de un odio por el pueblo inglés en conjunto*». Y citaban a una mujer que había perdido su hogar en un ataque atribuyéndole estas palabras: «Me duele que todas mis cosas se hayan ido para siempre. Pero así es la guerra. Contra los ingleses, no, nada tengo contra ellos».[83]




16. Bombardeos aliados sobre las ciudades alemanas, 1941-1945.

# LA LARGA RETIRADA

## I

El brusco derrumbe de la moral entre la población alemana en 1943 no fue tan sólo el resultado de la intensificación de los bombardeos aliados contra las ciudades alemanas, sino que reflejaba asimismo una serie de reveses contundentes en otros escenarios de la guerra. Entre ellos, en el norte de África se situaba uno de los más descorazonadores. En el verano de 1942, el mariscal de campo Erwin Rommel había conseguido capturar Tobruk, el puerto marítimo crucial del norte de África, y había obligado a retroceder a los británicos hacia Egipto. Pero las dificultades en el abastecimiento de sus tropas tanto por tierra como por mar debilitaron la posición de Rommel, y los británicos se mantuvieron firmes en El Alamein, donde prepararon a conciencia las posiciones defensivas y concentraron sus fuerzas listas para un contraataque. El 23 de octubre de 1942, a las órdenes de un nuevo general, el meticuloso Bernard Montgomery, los británicos atacaron a las fuerzas alemanas con más del doble de los efectivos de infantería y de carros de combate que Rommel podía reunir. A lo largo de doce días les infligieron una derrota decisiva. En su retirada precipitada por el desierto, Rommel perdió a 30.000 hombres, que fueron capturados. Apenas dos semanas más tarde, los aliados, con un dominio del Mediterráneo prácticamente incontestado, desembarcaron a 63.000 hombres, equipados con 430 carros de combate, en Marruecos y Argelia. La intentona alemana de hacerse con el control del norte de África y acceder desde allí a los yacimientos petrolíferos del Medio Oriente había fracasado. Rommel regresó a Alemania con un permiso por enfermedad en marzo de 1943.[84] La derrota en el norte de África se tornó en humillación a mediados de mayo, cuando 250.000 soldados del Eje, la mitad de ellos alemanes, se rindieron a

los aliados.[85] El Tercer Reich, con su completo fracaso en lo concerniente a desbaratar el control británico sobre Egipto y el Medio Oriente, quedó sin acceso a yacimientos cruciales de petróleo. Esos fracasos eran señal una vez más no sólo de que los británicos no estaban dispuestos a claudicar, sino de la solidez del vasto Imperio Británico respaldado por los recursos materiales de Estados Unidos.[86] Reflexionando en privado sobre tales fracasos en 1944, el mariscal de campo Rommel seguía creyendo que, de haber dispuesto de «más formaciones motorizadas y una línea segura de abastecimiento», podía haberse adueñado del Canal de Suez, interrumpiendo así los suministros británicos, y proseguido para hacerse con los yacimientos petrolíferos del Medio Oriente, de Persia e incluso de Bakú, a orillas del mar Caspio. Pero no fue así. Con amargura, concluía Rommel que «la guerra en el norte de África se decidió por el peso del material angloamericano. De hecho, desde la entrada de América en la guerra, apenas había posibilidades de que lográsemos la victoria final».[87] Era un punto de vista compartido por muchos alemanes corrientes. Escribió en su diario la estudiante Lore Walb que Rommel era un general brillante. Sin embargo, proseguía: «¿Qué puede hacer con fuerzas limitadas y municiones escasas?». Cuando Tobruk volvió a ser capturada por los aliados en noviembre de 1942, ella estaba empezando a preguntarse si aquello era «el principio del fin», y al cabo de unos pocos días empezó a temer que se hubiera perdido la guerra por completo: «¿Permitirá el Cielo que seamos aniquilados?».[88]

El Tercer Reich estaba empezando a perder a sus aliados. En marzo de 1943, el rey Boris III de Bulgaria concluyó que los alemanes no iban a ganar la guerra. Reunido con Hitler en junio, a Boris le pareció ventajoso acceder a la petición del dictador alemán para que tropas búlgaras reemplazasen a las fuerzas alemanas en el noreste de Serbia, de manera que éstas se pudieran desplegar en el frente oriental. Pero se negó a dar una mayor ayuda, y entre bastidores comenzó a tantear el terreno de la paz con los aliados, temiendo fundadamente que los soviéticos despreciarían la posición oficial búlgara de neutralidad con respecto a las grandes líneas del conflicto. Hitler continuó presionándolo, reuniéndose de nuevo con él en agosto de 1943. Sin embargo, antes de que pudiese desprenderse algo de las

conversaciones entre ambos, los acontecimientos tomaron un giro inesperado. Poco después de regresar a Sofía, Boris enfermó, falleciendo el 28 de agosto de 1943, cuando sólo contaba cuarenta y nueve años. En el clima febril de los tiempos, los rumores de que lo habían envenenado se propagaron de inmediato. No obstante, una autopsia realizada a principios de la década de 1990 reveló que había muerto de un infarto del ventrículo izquierdo del corazón. Le sucedió Simeón II, que era sólo un muchacho, y la regencia continuó en gran medida la política de Boris de apartarse del bando alemán, estimulada por la cifra creciente de bombardeos aliados en Sofía, los cuales dieron comienzo en noviembre de 1943. La oposición popular a la guerra se extendió con rapidez, así como las bandas armadas de partisanos constituidas bajo el liderazgo del Frente de la Patria, de inspiración soviética, causando trastornos cada vez mayores; llegaron agentes británicos para apoyarlos, pero el movimiento partisano no consiguió hacer grandes progresos y algunos de los agentes británicos fueron traicionados y fusilados. No obstante, bajo esas presiones, el gobierno empezó a dar marcha atrás, revocando la legislación antijudía y declarando la plena neutralidad el año siguiente.[89]

Mucho más alarmantes para muchos alemanes fueron los acontecimientos drásticos que se desarrollaron en Italia después de la derrota alemana en el norte de África. El 10 de julio de 1943, fuerzas angloamericanas, transportadas por mar y respaldadas por ataques aéreos contra posiciones defensivas situadas detrás de las playas, desembarcaron en Sicilia, que estaba ocupada por tropas conjuntas italianas y alemanas. A pesar de los amplios preparativos, el ataque estuvo lejos de una ejecución perfecta. Las fuerzas de desembarco confundieron a los aviones que sobrevolaban con aviación enemiga y abrieron fuego contra ellos, debilitando la ofensiva aerotransportada. El oficial británico al mando, Montgomery, dividió sus fuerzas en el este en una columna costera y otra tierra adentro, a consecuencia de lo cual únicamente lograron progresar lentamente frente a la sólida resistencia alemana. Siracusa fue capturada, pero debido a los retrasos en el avance británico, los alemanes se las arreglaron para evacuar a la mayor parte de sus tropas al continente. Pese a todo, la isla terminó por caer en manos de las fuerzas aliadas. En lo que

resultaba también ominoso para el dictador fascista italiano, Mussolini, los ciudadanos de Palermo habían hecho ondear banderas blancas ante los americanos que llevaban a cabo la invasión, y había señales crecientes de que los italianos corrientes ya no deseaban continuar combatiendo. Hitler visitó a Mussolini en el norte de Italia el 18 de julio de 1943 para intentar reforzar la confianza de éste, pero su monólogo de un par de horas deprimió al dictador italiano y le hizo sentir que carecía de la voluntad para seguir adelante. El prestigio y la popularidad del dictador jamás se habían recuperado de las derrotas catastróficas de 1941, muy especialmente en Grecia. Su relación con Hitler había cambiado fundamentalmente desde entonces: incluso el propio Mussolini se refería a la Italia fascista como tan sólo la «luz trasera» del Eje, y pronto adquirió un nuevo apodo: el regional de Italia. Hitler, que siempre se acostaba tarde, le tomó gusto a enviarle mensajes en mitad de la noche, obligándolo a permanecer despierto para recibirlos; y el dictador italiano empezó a quejarse por estar hartándose de tener que acudir a las reuniones con aquél como un camarero al toque de la campanilla.[90]

Mientras las tropas italianas seguían combatiendo, perdían su fe en la causa por la cual les habían pedido que sacrificaran sus vidas. El propio Mussolini empezó a quejarse en privado de que los italianos le estaban decepcionando. Desconfiando de la capacidad de los italianos para proseguir la lucha, Hitler ya había hecho planes para apoderarse de Italia y los territorios ocupados por ella en el sur de Francia, Yugoslavia, Grecia y Albania. Puso a Rommel al mando de la operación.[91] A medida que los aviones aliados empezaban a bombardear ciudades italianas, se hizo inminente la perspectiva de una invasión del territorio continental italiano por parte de los aliados. Las fuerzas alemanas se trasladaron a la península, indicando por medio de su mera presencia al servicio de qué causa estaban luchando los italianos en ese momento. Por primera vez en muchos años salió a la superficie una seria oposición a la dictadura de Mussolini y entró en ebullición a finales de julio. En febrero de 1943, Mussolini había realizado una purga de figuras destacadas en su Partido Fascista cada vez más descontento. Las críticas en relación con el liderazgo político y militar de Mussolini no habían dejado de crecer. Éste fue prácticamente su último

acto decisivo. Desorientado y desmoralizado, Mussolini empezó a sufrir dolores estomacales que minaban sus energías. Pasaba buena parte de su tiempo tonteando con su amante, Clara Petacci, traduciendo al alemán clásicos italianos de la literatura, o dedicándose a asuntos administrativos menores. Puesto que no era sólo comandante en jefe de las fuerzas armadas, sino que también tenía a su cargo varios ministerios, se empezó a crear un vacío en el centro de poder. Los jefes del partido destituidos empezaron a intrigar contra él. En el Gran Consejo Fascista, aquellos que o bien querían que se adoptaran medidas más radicales para movilizar a la población, o bien pretendían poner la conducción ulterior de la guerra enteramente en manos del ejército, decidieron despojarle de la mayoría de sus poderes en una reunión celebrada el 24 y el 25 de julio de 1943 (la primera desde 1939). Pocos detalles trascendieron de aquel dramático maratón de diez horas. El destacado fascista moderado Dino Grandi, que propuso la moción, confesó posteriormente que había llevado consigo todo el rato una granada por si se hacía necesaria. Pero no lo fue. La reacción de Mussolini a las críticas que lo acusaban fue pobre y confusa. Apenas parecía saber de qué se trataba y no logró formular una contrapropuesta, lo que indujo a muchos a pensar que no tenía objeciones a la moción de Grandi. En las primeras horas de la mañana, la misma fue aprobada por diecinueve votos contra siete.[92]

La votación del Gran Consejo no pudo ser mejor para los intereses de los altos mandos del ejército, cuyo malestar en relación con la guerra los había movido a pedir al rey que destituyera a Mussolini (para lo cual el rey estaba facultado con arreglo a la Constitución porque la posición formal de Mussolini seguía siendo la de primer ministro) y a ordenar que lo arrestaran al día siguiente. No hubo resistencia y el ya ex dictador fue encarcelado sin que se produjeran protestas significativas. Hasta donde se sabe, únicamente se suicidó un fanático fascista tras escuchar la noticia. Como sucesor de Mussolini, el monarca nombró al mariscal Pietro Badoglio para dirigir un nuevo gobierno. El Partido Fascista se descompuso más o menos bajo el impacto de esos episodios drásticos y no tardó en ser declarado ilegal. Badoglio y el rey aseguraron a los alemanes que Italia permanecería en la guerra, y en señal de buena voluntad, o tal vez en reconocimiento de lo

inevitable, el nuevo gobierno les autorizó a hacerse con el control de los pasos alpinos cruciales y otras posiciones importantes, y empezaron a afluir a la península gran cantidad de tropas y materiales. Mientras los alemanes retiraban a sus soldados de Córcega y Cerdeña, utilizaron también las tropas que habían logrado evacuar de Sicilia para comenzar los preparativos de defensa de la parte meridional de la Italia continental. En medio de una situación de rápido deterioro, Badoglio empezó a negociar en secreto un armisticio con los aliados, que firmó el 3 de septiembre de 1943. Ese mismo día, soldados aliados desembarcaron en Calabria, en el extremo sur de Italia, y luego, el 9 de septiembre de 1943, en Salerno, siguiendo la línea costera. El día anterior, 8 de septiembre, el gobierno italiano anunció su rendición ante los aliados. Badoglio, el rey y el gobierno huyeron al sur, al amparo de los aliados. En Alemania hubo alemanes corrientes que expresaron su decepción al no haber sido capturados y ahorcados los líderes italianos. Ni el ejército ni el gobierno italianos dieron órdenes de ninguna clase a los millones de soldados italianos que todavía empuñaban las armas.[93]

Enfrentados con las curtidas tropas alemanas que tomaban posiciones en toda la península, los soldados italianos depusieron sus armas, se quitaron los uniformes o simplemente se rindieron. Únicamente intentaron resistir algunas unidades, muy especialmente en la isla bajo control italiano de Cefalonia, frente a la costa griega, donde los combates prosiguieron durante una semana y terminaron con la ejecución por parte de los ocupantes alemanes de más de 6.000 soldados y marineros italianos, fusilando a casi todos los oficiales italianos en grupos durante un período de cuatro horas de matanzas a sangre fría. Medio millón de militares italianos tuvieron mucha fortuna al encontrarse en áreas que ya se hallaban bajo control aliado. Les quitaban las armas y por último los mandaban a casa. Sin embargo, 650.000 soldados italianos fueron capturados por el ejército alemán como prisioneros de guerra, y luego los deportaron a Alemania como trabajadores forzados en diciembre de 1943. Su situación estuvo lejos de ser envidiable. Goebbels afirmó que los italianos eran «un pueblo gitano echado a perder». Hitler pensaba que eran totalmente decadentes. Muchos alemanes sentían rencor ante lo que ellos consideraban como la traición de

Italia al Eje, que comparaban con episodios similares en la Primera Guerra Mundial, cuando Italia también había cambiado de bando. El Servicio de Seguridad de las SS informó de

> sentimientos *acusados* de odio en todo el Reich y en todos los estratos de población *contra* un pueblo, *los* italianos. La gente no tiene nada que objetar en principio a la animadversión de nuestros verdaderos enemigos. Se ve como algo inevitable. Pero la gente no puede perdonar a los italianos, porque después de que nos hayan dado garantías de su amistad por medio de sus representantes elegidos, ahora nos han traicionado de una forma tan «despreciable» por segunda vez. El *odio* contra los italianos brota de los sentimientos más profundos.[94]

Las autoridades alemanas trataron a los italianos con especial dureza, cobrándose una severa venganza por haber repudiado la alianza con Alemania. En lo relativo a las raciones de comida y el trato en general, pusieron a los italianos en pie de igualdad con los trabajadores soviéticos. En la factoría Krupp, en Essen, los prisioneros de guerra italianos perdieron una media de 9 kilos de peso en los primeros tres meses de 1944; algunos perdieron hasta 22 kilos. Los índices de mortalidad eran más elevados que los de cualquier otro grupo excepto el de los trabajadores soviéticos.[95] Hasta 50.000 prisioneros de guerra italianos murieron en esas condiciones. Con setenta y siete muertes por mil, la cifra quintuplicaba la del índice de mortalidad de los prisioneros de guerra británicos; de hecho, era el índice de mortalidad mayor de todos los prisioneros de guerra occidentales en Alemania.[96]

En la propia Italia, la indignación de los alemanes ante la defección de los italianos encontró expresión en numerosos actos de vandalismo y venganza gratuitos. El 26 de septiembre de 1943, tras encontrar alguna resistencia menor cuando marchaban hacia Nápoles, las tropas alemanas vertieron keroseno en las estanterías de la biblioteca de la universidad y les prendieron fuego, destruyendo 50.000 volúmenes y manuscritos, muchos de ellos de gran valor. Al cabo de dos días, mientras la biblioteca aún era pasto de las llamas, los soldados alemanes descubrieron otros 80.000 libros y manuscritos procedentes de varios archivos que se encontraban depositados en Nola por seguridad, y les prendieron fuego junto a los fondos del Museo Municipal, entre ellos cuarenta y cinco obras pictóricas. El oficial al mando alemán en Italia, el mariscal de campo de la fuerza aérea Albert Kesselring,

organizó apresuradamente la evacuación de los tesoros artísticos de los museos de Florencia y otras ciudades que probablemente se convertirían en campos de batalla si los aliados lograban mantener su avance por la península. Soldados y hombres de las SS se llevaron joyas, pieles y objetos de plata de palacios y casas de campo, o se alojaron en ellos expulsando a sus dueños. La marquesa de Origo, una mujer angloamericana casada con un aristócrata italiano, al llegar a su casa después de que las tropas alemanas se hubieran retirado, describió el panorama que se ofrecía a su vista:

> Los alemanes han robado cuanto se les ha antojado, mantas, prendas de vestir, zapatos y juguetes, así como, por supuesto, cualquier cosa de valor o comestible, y han destruido adrede gran parte de lo que tenía un valor sentimental o personal [...] En el comedor todavía está puesta la mesa, y hay huellas de un festín de borrachos: botellas de vino vacías y vasos rotos junto a varios de mis sombreros de verano (que presumiblemente se habrán probado), juguetes, muebles volcados y papel higiénico [...] El cuarto de baño está lleno de inmundicias, y la carne putrefacta, tirada por todas las mesas, se añade al hedor nauseabundo. Las moscas abundan. También nuestro dormitorio presenta un aspecto semejante.[97]

Su experiencia, que sufrió de la indiferencia de unos soldados alemanes fatigados o exhaustos, muchos de los cuales habían combatido antes en el frente oriental, fue habitual por entonces para muchos de los italianos con propiedades.

Desde un punto de vista político, los alemanes no se quedaron de brazos cruzados. En septiembre de 1943, el dictador depuesto, Mussolini, había sido trasladado cumpliendo órdenes del nuevo gobierno en primer lugar a la isla de Ponza, luego a otra isla, y por último a un hotel para esquiadores aislado en las montañas apeninas del centro de Italia. Deprimido y enfermo, en una ocasión intentó suicidarse. Entretanto, Hitler había comenzado a organizar una operación de búsqueda y rescate, decidido a que su aliado no cayera en manos angloamericanas, con todas las posibilidades que ello podría acarrear debido a la mala publicidad y las revelaciones embarazosas. Hitler era consciente del hecho de que, según las informaciones del Servicio de Seguridad de las SS, muchos alemanes pensaban que si el régimen de Mussolini podía desmoronarse de repente, otro tanto podía ocurrir con el de Hitler. La mística del dictador italiano

tenía que ser restablecida de alguna manera. Y algo había de hacerse para paliar los desastrosos efectos de su derrocamiento sobre la moral popular en Alemania, donde, según se apuntó a finales de julio, la gente estaba considerándolo como otro momento crucial en la guerra, y la mayoría estaba deprimida y no veía «ya ninguna salida».[98] No era difícil dar con el paradero de Mussolini; se supo gracias a la interceptación de las comunicaciones por radio. El hotel estaba provisto de una amplia fuerza de policías militares armados. Pero tenían orden de actuar con suma prudencia, y en todo caso la ocupación de Italia por parte de los alemanes los hizo extremadamente reacios a cuestionar a los nuevos gobernantes de la península. El camino parecía expedito para una operación de rescate.[99]

El 12 de septiembre de 1943, tras un reconocimiento aéreo de la zona, una unidad de comandos de las SS compuesta por soldados paracaidistas dirigidos por Otto Skorzeny, un oficial austríaco de las SS, voló en silencio sobre la cumbre a bordo de planeadores y se lanzó en paracaídas al hotel, dejando que los aviones se estrellaran en los montes cercanos. En cinco minutos habían invadido el hotel sin disparar una bala. Skorzeny dio con Mussolini y le anunció que Hitler lo enviaba. Tras despejar una pista de aterrizaje en un pequeño prado en pendiente situado delante del hotel, los comandos se pusieron en contacto con un Stork, un pequeño avión de reconocimiento y enlace, que podía tomar tierra a velocidades muy bajas: Mussolini fue introducido en el aeroplano y transportado primero a Roma y de allí al cuartel de campaña de Hitler en Rastenburg. Hitler quedó decepcionado al hallarse frente a un hombre roto a todas luces. Pero convenció al ex dictador italiano para establecer un régimen títere en el norte de Italia, radicado en la localidad de Salò. Allí, inducido por los nazis, hizo juzgar y ejecutar a cinco de los fascistas principales que habían votado contra él en el Gran Consejo, incluyendo a Galeazzo Ciano, yerno suyo y ex ministro de Exteriores. Su régimen no tardó en degenerar en un caos de violencia, corrupción y terror. Entretanto, la audaz hazaña de Skorzeny levantó el ánimo de la gente en Alemania, tal como de hecho se había pretendido con la misma. Mostraba, en palabras de la gente, que Alemania todavía era capaz de superar una situación delicada improvisando a lo grande.[100]

## II

El contragolpe alemán y el establecimiento de un régimen fascista títere en Salò sumió a 43.000 judíos de Italia, de los cuales 34.000 estaban situados en la zona alemana, en una crisis muchísimo peor que la sufrida por ellos hasta entonces. Los judíos habían estado sometidos a una discriminación oficial considerable desde la introducción de las leyes raciales en 1938 de acuerdo con las líneas establecidas por las Leyes de Núremberg en Alemania. Sin embargo, el antisemitismo jamás había sido muy intenso ni extenso en Italia. De hecho, en Grecia, en el sur de Francia y en Croacia el ejército italiano había adoptado algunas medidas para proteger a los judíos del asesinato y la deportación. Ahora esa protección había dejado de ser posible. Para empezar, los alemanes se centraron en el pillaje. Poco después de la ocupación alemana en Roma, el jefe del Servicio de Seguridad de las SS en la capital italiana, Herbert Kappler, ordenó a la comunidad judía entregar 50 kilos de oro en un plazo máximo de treinta y seis horas. Si lo hacían, aseguró a los líderes de la comunidad que no habría deportaciones. Y en realidad, aunque Himmler había telefoneado ya a Kappler el 12 de septiembre de 1943 para ordenarle que organizase la deportación de los judíos italianos, el jefe del Servicio de Seguridad era de la opinión de que la policía italiana planteaba una amenaza mucho mayor para la seguridad, y tenía intención de dedicar su propio personal, bastante limitado, a ocuparse, a ser posible, primero de ellos. Mientras los líderes de la comunidad judía reunían el oro, entregándoselo a Kappler para su traslado a la Oficina Central de Seguridad del Reich el 7 de octubre de 1943, el equipo de Alfred Rosenberg llegó a la ciudad y empezó a cargar los materiales de la biblioteca de la comunidad en dos vagones de ferrocarril con vistas a su traslado a Alemania. Ese saqueo a la vista de todo el mundo causó que se extendiera la alarma entre los judíos de Roma, aterrados ante la impunidad con la que la acción se llevó a cabo. No parecía constituir una buena señal para su propia seguridad. De hecho, las tropas de las SS asesinaron muy poco tiempo después a cincuenta y cuatro judíos en el norte del país, en el área del lago Maggiore, y las deportaciones comenzaron desde Merano y Trieste. Y el 6 de octubre de 1943, Theodor Dannecker llegó a Roma con

una escolta armada con la orden de Berlín de hacer caso omiso de Kappler y organizar la detención y el transporte de los judíos a Auschwitz para su exterminio.[101]

La llegada de Dannecker suscitó una honda preocupación entre los principales dirigentes alemanes en Roma. El representante en funciones del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, Eitel Möllhausen, y el jefe de las fuerzas armadas alemanas en la zona, el mariscal de campo Albert Kesselring, unieron sus fuerzas a las de Kappler con el fin de presionar al Ministerio de Exteriores en Berlín para utilizar a los judíos en obras de fortificación en lugar de «liquidarlos», como Möllhausen indicó imprudentemente en un telegrama enviado a Berlín el 6 de octubre de 1943. Además, el embajador alemán en el Vaticano, recientemente nombrado, Ernst von Weizsäcker, advirtió a Exteriores de que el Papa Pío XII, bajo cuyas ventanas, por así decir, iba a tener lugar la deportación, podía hacer pública una protesta; para evitarlo, el embajador recomendaba asimismo que sería preferible en cambio emplear a los judíos en proyectos de trabajo en Italia. La reacción de Hitler no tardó en llegar. El 9 de octubre de 1943, el Ministerio de Asuntos Exteriores le comunicó a Möllhausen en unos términos nada imprecisos que Ribbentrop insistía, «siguiendo una orden del Führer», en que los judíos de Roma debían ser trasladados y él debía «quedar al margen de todas las cuestiones relativas a los judíos», las cuales atañían a las SS.[102] Esto acalló toda oposición de manera efectiva. Con el apoyo de tropas alemanas regulares, los hombres de las SS de Dannecker detuvieron a 1.259 judíos romanos el 16 de octubre de 1943, entre ellos 200 niños de menos de diez años de edad. La mayoría de los detenidos eran mujeres. Después de dejar en libertad a veintinueve de los prisioneros por no ser italianos, o por ser «de raza mixta» o estar casados con no judíos, Dannecker los envió a Auschwitz. Quince de ellos sobrevivieron a la guerra. Muchos otros judíos optaron por ocultarse, ayudados por italianos no judíos indignados por la operación. Algunos miles de judíos encontraron refugio en el Vaticano y en monasterios y conventos en otras partes de Roma, pero la protesta pública del Papa que se había pronosticado no se materializó; la misma podría haber servido de señal para los italianos y causado que los alemanes detuviesen su operación por temor a suscitar una

reacción pública en contra. Sin embargo, al Papa le inquietaba que una condena abierta pudiera hacer peligrar la posición de la Iglesia o incluso, en realidad, del propio Vaticano. En un artículo publicado posteriormente en el órgano vaticano oficial, *L'Osservatore Romano*, en el que se alababa al Papa por sus intentos de mitigar el sufrimiento causado por la guerra, se vertían unos términos tan vagos y generales que, como señaló Weizsäcker, muy pocas personas en realidad lo interpretarían como una referencia a la cuestión judía.[103]

En el Estado fascista residual de Mussolini en el norte de Italia, el gobierno ordenó el internamiento de todos los judíos en campos de concentración, y en Venecia la policía comenzó a practicar la detención de judíos en diciembre de 1943, y de nuevo en agosto y octubre de 1944, desalojándolos de una residencia de ancianos y de un hospital, así como de sus propios hogares. Después de la segunda y la tercera de aquellas redadas, en las que hubo, a diferencia de la primera, participación alemana, se dio muerte a los más débiles de los capturados y el resto fue deportado a Auschwitz. En total, llevaron hasta allí a otros 3.800 judíos en 1944, mientras que otros 4.000 judíos y partisanos fueron detenidos por Odilo Globocnik, a quien habían trasladado desde el este, en la costa adriática y asesinados en un campo de concentración no lejos de Trieste, algunos de ellos en camionetas de gas.[104] No obstante, alrededor del 80 por 100 de los judíos de Italia sobrevivió a la guerra, en buena parte gracias a la ayuda de italianos corrientes no judíos.[105] La ocupación alemana llevó a la inmediata formación de grupos de guerrilleros, contabilizándose 10.000 combatientes a finales de 1943 y 100.000 en octubre de 1944. Aproximadamente la mitad de ellos eran comunistas, y era en general escasa la unidad o la coordinación con los demás. Sus actividades generaron diversas organizaciones para contrarrestarlas alentadas por el régimen de Salò; éstas recorrían los campos para dar caza a los adversarios del régimen y llevar a cabo sangrientas represalias. Unidades de las SS tomaban parte, y en un incidente tristemente conocido, el 24 de marzo de 1944, detuvieron en Roma a 335 personas, de las que setenta y dos eran judías, las llevaron a las Fosas Ardeatinas, un laberinto de catacumbas de los primeros cristianos, las hicieron arrodillarse y las fusilaron disparándoles por la espalda en

represalia por un ataque sin apenas importancia llevado a cabo por los partisanos el día anterior. Siguieron otras masacres, todas ellas con el mismo pretexto, incluyendo una en que fusilaron a 771 personas en Marzabotto. En total, según las estimaciones, cerca de 45.000 partisanos murieron en tiroteos con la policía alemana o la fascista, o con paramilitares, unidades de las SS o del ejército, y cerca de 10.000 personas fueron ejecutadas en acciones de represalia.[106] Entre los partisanos implicados en esas operaciones estuvo el joven químico industrial Primo Levi, que había huido a las estribaciones alpinas para evitar ser detenido y a continuación se unió a un grupo que se hizo llamar Justicia y Libertad. Capturado por la milicia fascista, admitió su condición de judío y fue llevado al campo de internamiento para judíos en Fossoli, cerca de Módena, y de allí a Auschwitz, donde pudo sobrevivir varios meses gracias a su conocimiento del alemán y a la ayuda de un prisionero italiano. En noviembre de 1944, trasladaron a Levi a Monowitz, donde sus conocimientos científicos se utilizaron en el proyecto de la buna. Después de la guerra, los recuerdos y las reflexiones de Levi, recogidos en su libro *Si esto es un hombre* y en otras publicaciones, atrajeron la atención mundial por la meticulosidad y la delicadeza de su testimonio.[107]

Entretanto, tropas aliadas continuaban combatiendo para abrirse paso lentamente por la península. En su camino se hallaban los pantanos pontinos, que Mussolini había desecado con un coste enorme durante la década de 1930, convirtiéndolos en tierras de labranza, poblándolos con 100.000 veteranos de la Primera Guerra Mundial y sus familias, y construyendo cinco nuevas ciudades y dieciocho aldeas en el lugar. Los alemanes decidieron devolverlos a su estado anterior para ralentizar el avance aliado y al mismo tiempo cobrarse una nueva venganza de los traidores italianos. No mucho después de la rendición italiana, visitaron la región Erich Martini y Ernst Rodenwaldt, dos médicos especialistas en malaria que trabajaban en la Academia Militar de Medicina de Berlín. Ambos hombres contaban con el respaldo de la Herencia Ancestral de Himmler, una organización de las SS para la investigación; Martini formaba parte del comité asesor del instituto de investigación de dicha organización en Dachau. Los dos hombres ordenaron al ejército alemán que

interrumpiera el funcionamiento de las bombas de drenaje que mantenían secos los antiguos pantanos, de manera que al terminar el invierno volvieron a estar cubiertos con 30 centímetros de agua. Luego, haciendo oídos sordos a los ruegos de científicos italianos en el área de la medicina, pusieron en marcha las bombas en sentido inverso, transportando agua del mar hasta la zona, y destruyeron las compuertas para mareas que impedían que entrase agua del mar con marea alta. Cumpliendo sus órdenes, las tropas dinamitaron muchas de las bombas y se llevaron las demás a Alemania, destruyeron los materiales empleados para mantener los canales de drenaje libres de vegetación y minaron el terreno en torno a ellos, asegurándose de que el daño provocado fuese duradero.[108]

La finalidad de esas medidas era sobre todo reintroducir la malaria en los pantanos, pues el propio Martini había descubierto en 1931 que únicamente un tipo de mosquito podía sobrevivir y reproducirse igualmente bien en agua de mar, dulce o salobre, el llamado *Anopheles labranchiae*, el vector de la malaria. A consecuencia de la inundación, las especies de mosquito de agua dulce desaparecieron de los pantanos pontinos; casi todos los mosquitos que ahora se reproducían frenéticamente en los 98.000 acres de tierras inundadas eran portadores de la enfermedad, a diferencia de la situación en 1940, cuando estaban en vías de ser erradicados. Sólo para asegurarse de que la enfermedad arraigaba, el equipo de Martini y Rodenwaldt mandó confiscar todas las existencias de quinina, la sustancia empleada para combatirla, y trasladarlas a un lugar secreto en la Toscana, lejos de los pantanos. Para reducir el número de testigos, los alemanes habían evacuado a toda la población de las tierras pantanosas, permitiéndola regresar únicamente cuando su trabajo se hubo completado. Con sus hogares inundados o destruidos, muchos tenían que dormir al raso, donde rápidamente cayeron víctimas de los grandes enjambres de mosquitos *anopheles* que ahora se reproducían en los canales de drenaje obstruidos y en los cráteres de las bombas dinamitadas. Los casos oficialmente registrados de malaria se dispararon de poco más de 1.200 en 1943 a cerca de 55.000 el año siguiente, y 43.000 en 1945: más tarde se calculó que la cifra real en el área en 1944 fue casi el doble de la oficialmente registrada. Sin quinina disponible, y con los servicios médicos patas arriba debido a la

guerra y al desmoronamiento efectivo del Estado italiano, los habitantes empobrecidos de la zona, que ahora sufrían por la desnutrición así como por la destrucción de las tierras de labranza y las provisiones de alimentos, cayeron víctimas de la malaria. Ésta se había introducido de manera intencionada como un acto de guerra biológica, dirigido no ya contra tropas aliadas que pudieran atravesar la región, sino también contra el cuarto de millón de italianos que vivían allí, personas a las que los alemanes ya no trataban como aliadas sino como seres inferiores desde un punto de vista racial cuyo acto de traición al desertar de la causa del Eje merecía el castigo más severo posible.[109]

## III

La invasión aliada de Italia fue posible gracias a lo que se había convertido por entonces en un dominio completo del mar Mediterráneo. En 1942 y 1943 los británicos y los americanos pudieron desembarcar sus ejércitos en el norte de África, Sicilia e Italia con impunidad. Los buques de la armada alemana e italiana eran incapaces de atacarlos. Durante la década de 1930, Hitler había tratado de construir una extensa flota de superficie, pero el destino de los relativamente escasos barcos que se habían construido hasta 1939 no era alentador. A principios de la guerra, la armada británica aventajó en estrategia al acorazado de bolsillo alemán Graf Spee y lo obligó a escabullirse frente a las costas de Uruguay. Otra unidad de la armada británica abordó un barco-prisión, el Altmark, frente a las costas de Noruega el 16 de febrero de 1940 y liberó a 300 marineros británicos capturados. Hubo más barcos alemanes destruidos en la invasión de Noruega, como hemos visto. La armada alemana jamás consiguió construir un portaaviones, de manera que los ataques aéreos contra buques británicos estaban limitados por el radio de los bombarderos con base en tierra. La aviación con base en Noruega atacó los convoyes en ruta con destino a los puertos de Rusia en el Ártico, pero se trataba de una aviación escasa. Eran los barcos alemanes los que tenían que causar daños. Así que el comandante en jefe de la armada alemana, el gran almirante Raeder, destinó naves principales de la flota a atacar a los británicos. Sin embargo, corrieron

suertes dispares. Un nuevo acorazado, el Bismarck, hundió el crucero británico Hood y causó graves daños en el acorazado Prince of Wales, pero fue localizado por un hidroavión británico y hundido el 27 de mayo de 1941. El acorazado de bolsillo Lützow fue torpedeado el 13 de junio de 1941, mientras que minas británicas causaron serios daños en los acorazados Scharnhorst y Gneisenau cuando se deslizaban por el canal de la Mancha en su ruta de Francia a Noruega a comienzos del año siguiente, y ambos buques quedaron efectivamente inutilizados. Un ataque de un comando británico al puerto de Saint Nazaire destruyó la única dársena en el Atlántico donde se podía reparar el único acorazado que quedaba, el Tirpitz, el cual fue objeto de sucesivos ataques en su refugio noruego hasta que un minisubmarino británico lo alcanzó en septiembre de 1943 y quedó fuera de servicio con carácter permanente. La lección era clara. Las fuerzas convencionales navales no darían resultado. El gran almirante Raeder, que había seguido abogando por los ataques de superficie a lo largo de ese período, fue sumariamente destituido el 30 de enero de 1943 y sustituido por el almirante Karl Dönitz, jefe de la flota de submarinos, quien apenas acababa de lograr disuadir a Hitler de desmantelar todos los barcos de gran tamaño que le quedaban a la armada alemana y emplear sus cañones para la defensa costera.[110]

En realidad, Hitler había centrado los recursos desde hacía tiempo en la fabricación de submarinos. Sin embargo, al comienzo de la guerra, debido a la dificultad derivada de la escasez de materias primas como cobre y caucho, y a la concentración de recursos en la planificación para la invasión terrestre de Francia, los planes ambiciosos de Dönitz para construir 600 submarinos no tuvieron la menor posibilidad de salir adelante. De hecho, únicamente se fabricaron veinte entre el estallido de la guerra y el verano de 1940. La infiltración de un submarino en la base naval británica de Scapa Flow, donde hundió el acorazado Royal Oak, fue un golpe de propaganda espectacular. Pero mucho más trascendental era el hecho de que los submarinos, por muy escaso que fuese su número, lanzaron de inmediato ataques contra buques aliados en un intento de interrumpir los suministros. Acudió en su ayuda haber sabido descifrar con éxito los códigos de los británicos para cifrar sus transmisiones por radio. En marzo

de 1940 habían hundido cerca de 680.000 toneladas de embarcaciones británicas. Lo cual fue un serio motivo de alarma en Londres. Con todo, se trataba únicamente de una pequeña parte del total. Las pérdidas, las averías y los largos períodos en los puertos debido a las reparaciones suponían que sólo hubiera veinticinco submarinos alemanes operando en aguas del Atlántico en el verano de 1940. Lo cual no bastaba de ningún modo para cortar las líneas de abastecimiento transatlánticas de Gran Bretaña.[111]

Además de no ser numerosos, los submarinos alemanes tampoco eran mucho más avanzados técnicamente de lo que lo habían sido en la Primera Guerra Mundial. Todavía tenían que navegar normalmente en superficie, sobre la cual se desplazaban con lentitud y podían ser identificados fácilmente por aviones enemigos; sumergirse únicamente era posible durante períodos de tiempo relativamente cortos. Contaban además con la desventaja de no disponer del apoyo de un reconocimiento aéreo, de forma que por sí mismos tenían que localizar los barcos. Los británicos establecieron un sistema de convoyes casi de inmediato, asignando la protección de un destructor para los buques mercantes vulnerables. Al escudriñar el horizonte ansiosamente para avistar las columnas de humo delatoras de los buques británicos alzándose débilmente sobre el horizonte, los tripulantes de los submarinos alemanes tenían que apuntar visualmente antes de soltar los torpedos. Sumergirse era una táctica defensiva, una medida utilizada como último recurso para despistar a los destructores que hacían de escolta y sus cargas de profundidad. Era fácil ser vistos, y sólo unas cuantas pérdidas entre la flota de submarinos alemanes pondrían en serios apuros el intento de destruir las líneas marítimas de abastecimiento británicas.[112] Una campaña de fabricación realmente a gran escala podría haber dado ventaja a los submarinos alemanes. Construirlos era mucho más barato que fabricar buques de guerra de superficie. Hitler ordenó que el ritmo de fabricación se incrementara hasta veinticinco submarinos mensuales en julio de 1940. Pero los resultados se hacían esperar. Al acabar el año, un observador como el soldado intelectual Hans Meier-Welcker se vio forzado a admitirlo: «No podemos acabar con la potencia naval inglesa».[113] Otras figuras con más galones eran del mismo parecer. Al cabo de poco tiempo, Hitler cambió las prioridades situándolas de nuevo en el

ejército de tierra, y en marzo de 1941 sólo se habían entregado setenta y dos submarinos más. A lo largo del mismo período, los veintitantos submarinos alemanes que cruzaban el Atlántico en un momento dado consiguieron a pesar de todo hundir más de 2 millones de toneladas de barcos británicos. Sin embargo, el sistema de convoyes se reforzó, y los británicos lograron descifrar los códigos alemanes transmitidos por radio, de forma que las pérdidas habían caído por debajo de las 100.000 toneladas mensuales en el verano de 1941.[114]

En los primeros meses transcurridos tras la declaración de guerra contra Estados Unidos, los submarinos alemanes que merodeaban frente a la costas americanas y en aguas del Caribe se aprovecharon de que los americanos no atenuaran las luces de las localidades costeras para hundir una gran cantidad de barcos de suministros que zarpaban para atravesar el Atlántico sin escolta naval armada. A finales de agosto de 1942, 485 barcos se habían ido a pique, totalizando más de 2,5 millones de toneladas. Durante la mayor parte de 1942, hasta que pudo ser descifrado en diciembre de ese año, un nuevo código alemán impidió a los británicos descifrar los mensajes navales, mientras que por su parte los alemanes podían descifrar los mensajes por radio británicos. En noviembre de 1942 sólo se hundieron 860.000 toneladas de barcos aliados, 720.000 de ellas debido a la acción de los submarinos. Por entonces, el número de submarinos alemanes en el mar había aumentado de veintidós en enero de 1942 a más de un centenar. Ya el 27 de junio de 1942, el convoy del Ártico PQ17, que transportaba suministros militares destinados a la Unión Soviética, había quedado en buena medida destruido por aviones y submarinos alemanes con la pérdida de veintiséis de un total de treinta y nueve barcos después de que las autoridades navales de Londres hubiesen ordenado al convoy dispersarse con la creencia equivocada de que el acorazado Tirpitz se había hecho a la mar para atacarlo. Muchas lecciones se aprendieron de aquella debacle, y tras una breve interrupción, los convoyes del Ártico se reanudaron en septiembre de 1942, en esta ocasión con un mayor grado de éxito. Sin embargo, los intentos por bombardear los astilleros donde se construían los submarinos alemanes y los puertos donde permanecían fondeados terminaron en un costoso fracaso. La «Batalla del Atlántico», que así se

apodó, alcanzó el clímax en los primeros cuatro meses de 1943 en una serie de combates encarnizados entre las escoltas de los convoyes y los submarinos alemanes, de los cuales había en ese momento más de 120 en el Atlántico Norte.[115] Los resultados parecían inciertos.

Pero los británicos lograron nuevamente descifrar el tráfico de señales navales alemanas a partir de diciembre de 1942 y alejar la ruta que seguían sus convoyes de los submarinos alemanes al acecho.[116] Los submarinos se vieron obligados a buscar los convoyes de los aliados principalmente mediante la navegación en grupos distantes entre sí («manadas de lobos») que convergían cuando uno de ellos avistaba al enemigo. Desde 1941 hasta junio de 1943, cuando se introdujo un nuevo código, la armada alemana siempre interceptaba las comunicaciones por radio desde la costa con los convoyes, ayudando así a los submarinos a dar con los convoyes o al menos a averiguar cuál era su rumbo. Pero las señales de radio empleadas por los submarinos alemanes para comunicarse entre ellos eran interceptadas por los buques de escolta de los convoyes. Los submarinos no podían enviar ni recibir señales de radio mientras se encontraban sumergidos, y cuando se encontraban bajo el agua sólo podían desplazarse muy lentamente, de manera que pasaban la mayor parte del tiempo en la superficie, lo cual los exponía a ser localizados y atacados. Bajo el agua, se los podía localizar por medio del sónar y causarles daños con las cargas de profundidad. Los submarinos por lo general atacaban desde la superficie y por la noche, de forma que las escoltas de los convoyes desarrollaron un sistema de reflectores para localizarlos. Desde 1943 pequeños portaaviones acompañaban a los convoyes. Esto supuso un gran cambio, en buena parte para los convoyes del Ártico. En febrero de 1943, los aliados, sobre todo los americanos, estaban fabricando por vez primera más tonelaje en buques que el que estaban hundiendo los alemanes. En mayo de 1943, los alemanes estaban perdiendo un submarino por día, y los oficiales al mando de los submarinos eran cada vez más reticentes a enfrentarse con el enemigo. El 24 de mayo de 1943, el almirante Dönitz reconoció la derrota y ordenó a la flota de submarinos abandonar el Atlántico Norte. Los submarinos alemanes se siguieron fabricando en cantidades sustanciales, se encargaron

nuevas clases más avanzadas y la guerra en el mar continuó, pero la amenaza para los suministros de los aliados en el Atlántico y a través del océano Ártico ya no volvió a ser realmente significativa.[117]

# «SE HAN ABIERTO LAS PUERTAS DEL INFIERNO»

## I

En el frente oriental, la derrota del 6º Ejército alemán en Stalingrado marcó el inicio de una larga retirada que únicamente iba a finalizar con la completa derrota en Berlín poco más de dos años más tarde. Fue el punto de inflexión decisivo de la guerra en el este.[118] Incluso antes de que Paulus y sus fuerzas destartaladas se hubieran rendido, el Grupo de Ejércitos A (la otra mitad del Grupo de Ejércitos Sur) estaba atravesando también por dificultades. En el verano de 1942, el Grupo de Ejércitos A había hecho rápidos avances por el Cáucaso a medida que el Ejército Rojo se retiraba mientras los generales soviéticos trataban desesperadamente de organizar refuerzos en hombres y materiales. A primeros de otoño, los ejércitos alemanes, que dependían de líneas de abastecimiento largas y precarias, estaban agotados, disminuidos en el número de efectivos y debilitados al haber sido divididos en distintas cabezas de puente. A mediados de septiembre de 1942, a pesar de la rapidez de sus avances, se hallaban todavía a cientos de kilómetros de sus objetivos, los yacimientos petrolíferos de Grozni y Bakú. El oficial al mando del Grupo de Ejércitos A, el mariscal de campo Wilhelm List, concluyó que simplemente carecía de los recursos para obligar a retroceder a los rusos por los pasos de montaña antes de la llegada del invierno. Informado de la situación, Hitler montó en cólera y destituyó a List, tomando él mismo con carácter temporal el mando del Grupo de Ejércitos A, si bien no se molestó en visitar el escenario de las operaciones. Hitler seguía pensando que podría conquistar los yacimientos petrolíferos del Caspio. Pero incluso él tuvo que acabar admitiendo que ello no se produciría en 1942. El Ejército Rojo acabó por reorganizarse en grado suficiente como para oponer resistencia. Avanzar entre huertos fragantes,

viñedos y maizales, con un horizonte de montañas cuyas cumbres estaban cubiertas de nieve, les había parecido a muchos soldados alemanes poco menos que idílico. Pero en la ciudad de Ordzhonikide se toparon con una resistencia insalvable. «Ninguno de nosotros —escribió un joven artillero el 2 de noviembre— ha pasado por algo como lo de estos días. Se han abierto las puertas del infierno».[119] «Lo que hemos pasado en las dos últimas semanas —escribió el 14 de noviembre de 1942— ha sido espantoso».[120] Rodeadas por soldados del Ejército Rojo, las fuerzas alemanas luchaban por hallar una salida; pero no había adónde ir que no fuera retroceder. La ofensiva no sólo se había estancado, había tocado a su fin.[121]

La retirada se convirtió entonces en la única opción, a medida que la acometida soviética al oeste de Stalingrado no sólo dejó aislado al 6º Ejército de Paulus, sino que también constituía una amenaza para otras posiciones alemanas. El Grupo de Ejércitos A quedaría aislado también si las fuerzas soviéticas lograban capturar Rostov y cerrar el Cáucaso por el lado norte. A medida que ganaba enteros su preocupación en lo relativo a Stalingrado, Hitler nombró al mariscal de campo Ewald von Kleist para dirigir el Grupo de Ejércitos A. Kleist vio de inmediato el peligro de quedar aislados. El 27 de diciembre de 1942, Manstein convenció a Zeitzler para que le pidiera a Hitler permiso para retirarse del Cáucaso. Hitler dio su consentimiento no sin reticencia. Tal vez se percató de que con el 6º Ejército inmovilizado en Stalingrado y con el envío anterior al norte de unidades cruciales, no sería posible mandar refuerzos al Cáucaso. Poco después, cambió de idea; pero era demasiado tarde: Zeitzler había telefoneado para transmitir la orden y el repliegue se había iniciado. Perseguidas por fuerzas soviéticas relativamente débiles, las tropas alemanas desanduvieron todo el camino hasta Rostov del Don, y a continuación, a medida que el Ejército Rojo avanzaba en dirección oeste tras su victoria en Stalingrado, los alemanes se vieron forzados a retroceder aún más.[122] La retirada deprimió a muchos de los soldados. «Podrías romper a llorar —escribió Albert Neuhaus a su esposa el 16 de febrero de 1943— cuando piensas cuánto sacrificio y esfuerzo ha costado la conquista de esos territorios. No hay que pensar en ello [...] Parece haber una verdadera crisis en este momento y podrías perder el valor de no tener un

corazón ferviente».[123] Ésta fue una de las últimas cartas que envió a casa. Una bala del Ejército Rojo acabó con él poco menos de un mes después, el 11 de marzo de 1943.[124]

El frente oriental se había reconstruido y, en alguna medida, estabilizado por medio de esos repliegues. Desde Europa occidental se trasladaron nuevas tropas, mientras Manstein reorganizaba y volvía a equipar sus fuerzas, listas para un contraataque. El 19 de febrero de 1943, el Grupo de Ejércitos Sur envió en dirección norte dos ejércitos blindados que pulverizaron a las fuerzas soviéticas en su avance y volvieron a capturar Járkov, mientras otro ejército blindado destruyó los blindados soviéticos más al este. Un mes después, el deshielo primaveral lo convirtió todo en un lodazal e impidió temporalmente proseguir con las operaciones. Pero ni Hitler ni los altos mandos del ejército se hicieron la menor ilusión con esos limitados triunfos. Después de Stalingrado, a pesar de toda la retórica contundente que los dirigentes nazis seguían permitiéndose, sabían que Alemania se había puesto a la defensiva en el frente oriental. La prioridad esencial era en ese momento mantener el control de las áreas fuertemente industriales de la Cuenca del Donets, con sus yacimientos ricos y esenciales de carbón y minerales. Hitler les dijo a los generales que su pérdida significaría el final de la guerra.[125] Lo que se requería era una ofensiva táctica pensada para enderezar el frente alemán, con el menor sacrificio posible en hombres y armamento, y debilitando al Ejército Rojo lo bastante como para impedirle que lanzase una ofensiva exitosa en verano. Las posibilidades eran limitadas. Los generales alemanes sabían que el Ejército Rojo tenía en ese momento cerca del doble de hombres y tres o cuatro veces más piezas de artillería y carros de combate de los que ellos tenían en el frente oriental. ¿Dónde, en tales circunstancias, era más seguro lanzar la ofensiva? Como habían hecho cuando estuvieron a las puertas de Moscú, los generales discutieron entre ellos y fueron incapaces de ponerse de acuerdo en una decisión. El Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas discrepó del Alto Mando del Ejército en lo tocante a si era en todo caso más importante reforzar las defensas en Italia y el oeste. Y como sucediera delante de Moscú, Hitler se vio finalmente obligado a tomar la decisión por

sí mismo. Ordenó descargar el golpe en Kursk, donde un saliente en la línea del frente exponía a las fuerzas soviéticas a una maniobra clásica de envolvimiento.[126]

Mientras aguardaban a que el terreno se endureciese, los mandos alemanes del ejército desplazaron un gran número de los nuevos carros de combate Tiger y Panther, junto con otros blindados pesados —en especial una nueva arma, el cañón autopropulsado Ferdinand— y aviación de combate para preparar el asalto del saliente. Manstein quería actuar con rapidez, antes de que el Ejército Rojo pudiese llevar a cabo sus preparativos, pero sus expectativas se vieron frustradas debido a los problemas del sistema ferroviario en lo tocante al traslado de los refuerzos al frente, así como a los ataques de los partisanos contra los convoyes. El mariscal de campo Model, al mando del 9º Ejército blindado al norte de Kursk, advirtió una y otra vez que sus fuerzas eran demasiado débiles para llevar a cabo su parte de la «operación Ciudadela», nombre que se dio a la misma. Por consiguiente, Hitler aplazó el ataque mientras sus ejércitos reunían sus fuerzas. Pero la vulnerabilidad de la protuberancia de Kursk resultaba obvia para todos, por lo que el Ejército Rojo sumó refuerzos masivos en hombres y blindados. La inteligencia soviética se las arregló para descubrir no sólo dónde se iban a producir las embestidas de los alemanes, sino también en qué momento iban a dar comienzo. El factor sorpresa, esencial en el diseño original del ataque, se había perdido. Las consecuencias se iban a revelar funestas para los ejércitos alemanes.[127]

A comienzos de julio, las fuerzas se habían congregado para lo que iba a ser la mayor batalla terrestre de la historia. Las estadísticas eran abrumadoras. En la Batalla de Kursk, incluyendo la operación Ciudadela y dos contraofensivas soviéticas, tomaron parte un total de más de 4 millones de soldados, 69.000 piezas de artillería, 13.000 carros de combate y cañones autopropulsados y cerca de 12.000 aviones de combate. En el asalto inicial de la operación Ciudadela, el Ejército Rojo sobrepasaba en número a las fuerzas alemanas en una proporción de casi 3 a 1 (1.426.352 hombres contra aproximadamente 518.000). 2.365 carros de combate y cañones autopropulsados en el bando alemán se enfrentaron a 4.938 vehículos del mismo tipo. Los defensores soviéticos poseían 31.415 piezas de artillería de

varias categorías, incluyendo lanzacohetes, para levantar una pared de fuego que los alemanes difícilmente pudieran penetrar, mientras las 7.417 piezas de artillería desplegadas por los ejércitos alemanes no tenían la menor posibilidad de destruir las defensas soviéticas. Las fuerzas alemanas en el frente oriental habían perdido desde hacía tiempo el control de los cielos, y con sólo 1.372 aviones de combate para enfrentarse a los 3.648 de sus adversarios difícilmente podían volver a hacerse con ese control. Además de todo esto, el Ejército Rojo mantenía no lejos de allí grandes cantidades de hombres y equipos de reserva, listos para sumarse al combate en cualquier momento si la situación lo requería. Percatándose de ello, Model mantuvo un importante contingente de fuerzas blindadas alejadas de la batalla por si los soviéticos incorporaban sus reservas para amenazar la retaguardia. En conjunto en todo el escenario de la batalla, el Ejército Rojo sobrepasaba en número a sus adversarios alemanes en una proporción de 3 a 1 en hombres, 3 a 1 en carros de combate y blindados, 5 a 1 en artillería y 4 a 1 en aviación. Y estaba mucho mejor preparado y organizado de lo que lo había estado en enfrentamientos anteriores.[128]

## II

En la mañana del 5 de julio de 1943, los alemanes atacaron de forma simultánea desde ambos lados del saliente. Los rusos estaban esperándolos. En tres meses de trabajo febril, 300.000 personas reclutadas de la población civil habían ayudado a las tropas soviéticas en la construcción de sistemas defensivos con una profundidad de 300 kilómetros, con alambradas, zanjas profundas, trampas para tanques, búnkeres, nidos de ametralladoras, lanzallamas y artillería, dispuestos en ocho líneas sucesivas. Se colocaron en el suelo cerca de un millón de minas, en algunos sectores más de 3.000 por kilómetro. Un oficial alemán al mando de los blindados comentó: «Lo que sucedió en Kursk fue increíble. Jamás he vivido algo semejante en guerra, ni antes ni después. Los soviéticos habían preparado un sistema defensivo cuya extensión en profundidad era inconcebible para nosotros. Cada vez que atravesábamos una posición tras una lucha feroz nos topábamos con otra nueva».[129] No obstante, la batalla empezó mal para el

Ejército Rojo. Confundida por la información falsa de un soldado alemán capturado en cuanto al momento del asalto planeado, la artillería soviética abrió fuego en primer lugar, revelando así a los alemanes el hecho de que conocían la inminencia del asalto. Los bombarderos soviéticos despegaron en un ataque sorpresa contra los aeródromos alemanes, que estaban repletos de aviones de combate, pero fueron avistados por el radar alemán y la fuerza aérea alemana hizo despegar de inmediato sus aviones de caza, los cuales derribaron a 425 aviones soviéticos, perdiendo únicamente treinta seis de los suyos. A consecuencia de ello, los alemanes obtuvieron una supremacía temporal en el aire, pese a la fortaleza mucho mayor de las fuerzas aéreas soviéticas en la zona.[130]

Entretanto, en el norte, el mariscal de campo Walter Model avanzaba con el 9º Ejército blindado. Consciente de las ingentes reservas soviéticas en su retaguardia, y de la enorme superioridad de las fuerzas con que se enfrentaba, se mostró inusitadamente vacilante. Intentó preservar sus carros de combate utilizándolos para seguir a la infantería en lugar de desplegarlos para perforar las defensas soviéticas en profundidad. Esto ralentizó el avance, y luego Model comenzó a perder sus tanques al estallar éstos tras entrar en contacto con minas. Al cabo de cinco días de feroz combate, el avance se detuvo.[131] Al sur, Manstein desplegó su ejército blindado significativamente mayor, con más de 200 tanques Tiger y Panther, de manera clásica, abriéndose paso entre las defensas soviéticas. Pero los campos de minas, que destruyeron a veinticinco de ellos el primer día, también les obligaron a ralentizar la marcha. Las averías mecánicas inutilizaron a otros cuarenta y cinco Panther, en otro ejemplo de los peligros de desplegar un arma nueva antes de que haya sido verificada y puesta a prueba satisfactoriamente. No obstante, los Tiger pesados se mostraron sólidamente resistentes a los intentos de destruirlos, e incluso los Panther no tardarían en mostrar su superioridad sobre los T-34 soviéticos, a los que hacían pedazos a distancias que superaban con creces los 2.000 metros. Las fuerzas de Manstein y Hoth avanzaban sin cesar y los generales soviéticos empezaron a sentir pánico. Decidieron enterrar una gran cantidad de sus tanques en el terreno, hasta la torreta, a modo de protección. Esto causaba enormes dificultades a los carros de combate alemanes, que ahora debían

aproximarse mucho para destruir a sus adversarios soviéticos; los tanques rusos bien camuflados solían dejar que los Tiger y los Panther pasasen antes de destruirlos disparándoles por detrás a corta distancia. El ataque en el sur empezó a ralentizarse, su situación se agravó con el traslado de un gran número de aviones de combate para apoyar al sitiado Model en el norte. Sin embargo, el 11 de julio de 1943, las fuerzas de Manstein se habían abierto paso a través de las defensas soviéticas y tenían a su alcance su primer gran objetivo, la población de Prochorovka.[132]

Entonces los generales soviéticos lanzaron un contraataque con el propósito de rodear y destruir las fuerzas alemanas. Pavel Rotmistrov, destacado general soviético de carros de combate, envió fuerzas de refresco, avanzando hasta 380 kilómetros desde la retaguardia en tan sólo tres días con más de 800 tanques. Manteniendo algunos en la reserva, envió 400 de ellos desde el noreste, y otros 200 desde el este, contra las fuerzas alemanas fatigadas por la batalla, a las cuales cogió totalmente desprevenidas. Con tan sólo 186 vehículos blindados, de los cuales sólo 117 de ellos eran carros de combate, las fuerzas alemanas se enfrentaban a la destrucción total. No obstante, los conductores de los carros soviéticos, agotados después de tres días de conducción, y quizá también exaltados como solían estar los soldados del Ejército Rojo a causa de las dosis abundantes de vodka, no supieron ver una enorme zanja antitanques de 4,5 metros de profundidad que unos zapadores soviéticos habían excavado no mucho tiempo antes como parte de los preparativos de Zhukov para la batalla. Las primeras líneas de T-34 cayeron directamente en la zanja, y cuando los que seguían se dieron cuenta por fin del peligro, viraron en redondo inducidos por el pánico, colisionando unos con otros y estallando en llamas mientras los alemanes abrían fuego. Transcurrida la mitad del día, los alemanes estaban informando de 190 carros de combate soviéticos destruidos o abandonados en el campo de batalla, algunos de ellos aún en llamas. La cifra parecía tan increíble que un alto mando se personó para verificarla. La pérdida de tantos tanques enfureció a Stalin, que amenazó con someter a un consejo de guerra a Rotmistrov. Para salvar su pellejo, el general acordó con su oficial al mando y con el comisario político responsable del área, Nikita Jruschov, aducir que los tanques se habían perdido en una gran batalla y que las

heroicas fuerzas soviéticas habían destruido más de 400 carros de combate alemanes. Stalin, cuya idea había sido originalmente enviar las fuerzas de Rotmistrov a la refriega, no pudo por menos que aceptar la información que le dieron. Ésta se convirtió en la fuente de una leyenda que ha perdurado según la cual Prochorovka fue la «mayor batalla de tanques de la historia». En realidad, se trató de uno de los mayores fiascos militares de la historia. Las fuerzas soviéticas perdieron un total de 235 carros de combate, los alemanes, tres. A pesar de ello, Rotmistrov se convirtió en un héroe y hoy en día un enorme monumento conmemora el lugar de la batalla.[133]

Los tanques alemanes ausentes habían desaparecido en respuesta a una orden de Hitler para desplegarlos en otro escenario. La situación de rápido deterioro en el Mediterráneo, y sobre todo los desembarcos aliados en Sicilia el 10 de julio de 1943, convencieron al Führer alemán de que era necesario retirar de inmediato las fuerzas cruciales del frente oriental, y sobre todo las divisiones de carros de combate que estaban tomando parte en la operación Ciudadela, y transportarlas a la península italiana para aprestarse a defenderla frente a la inminente invasión aliada. Manstein aún creía que sería posible obtener un éxito limitado de la ofensiva de Kursk, en particular en vista de las fuertes pérdidas soviéticas. Sin embargo, el 17 de julio de 1943 los oficiales al mando de los carros de combate recibieron la orden de retirarse. En años posteriores, Manstein y otros generales reprocharon a Hitler haber tirado supuestamente a la basura las posibilidades de victoria. Pero el hecho fue que el fiasco en Prochorovka apenas supuso un cambio real en el equilibrio general de fuerzas en Kursk. Las pérdidas sufridas por las fuerzas alemanas en la batalla fueron en conjunto relativamente ligeras: 252 carros de combate frente a cerca de 2.000 tanques soviéticos, tal vez 500 piezas de artillería frente a cerca de 4.000 de sus equivalentes soviéticas, 159 aeroplanos frente a cerca de 2.000 aviones de caza y bombarderos rusos, 54.000 hombres comparados con los cerca de 320.000 soldados rusos. Lejos de ser el cementerio del ejército alemán, como se ha descrito en ocasiones, la batalla tuvo tan sólo un impacto relativamente menor. Ciertamente, había puesto de manifiesto que los carros de combate Tiger y Panther eran muy superiores a los T-34. Pero esto no suponía una gran diferencia; su número era demasiado escaso en

comparación con sus equivalentes soviéticos. Los fines de la operación Ciudadela habían sido limitados y modestos. Pero la operación había fracasado. Su fracaso convenció a muchos soldados alemanes de que la fortuna no se iba a revertir después de Stalingrado. Por vez primera una ofensiva alemana en pleno verano había sido repelida, en buena medida porque lo que se desarrollaba en ese momento era una guerra en dos frentes.[134]

Aquello no era ni mucho menos el final de la Batalla de Kursk. El 12 de julio de 1943, mientras la ofensiva alemana seguía desarrollándose, el Ejército Rojo lanzó un contragolpe. Más de un millón de soldados de refresco entraron en batalla, junto con 3.200 carros de combate y cañones autopropulsados, 25.000 piezas de artillería y lanzagranadas y cerca de 4.000 aviones. Ello significaba que, sumadas a las fuerzas que ya combatían en la defensa, el contingente del bando soviético era en ese momento abrumador y carecía de precedentes: más de 2.250.000 hombres, de los cuales algo más de millón y medio eran tropas de combate; 4.800 tanques y cañones autopropulsados; y 35.200 piezas de artillería. Lo cual suponía más del doble del tamaño de la fuerza victoriosa del Ejército Rojo en Stalingrado. La superioridad numérica del Ejército Rojo era tan abismal que hasta podía permitirse emprender nuevas ofensivas en otros sectores del frente oriental al mismo tiempo, con el respaldo de una operación guerrillera generalizada en la retaguardia alemana que comprometía a un gran número de soldados alemanes. El Ejército Rojo, avanzando en un frente amplio en lugar de seguir el principio clásico de perforar las líneas alemanas y rodear al enemigo en una maniobra de envolvimiento, sufrió unas pérdidas tremendas. Una vez finalizadas las contraofensivas, el 23 de agosto de 1943, el Ejército Rojo había perdido aproximadamente a un total de 1.677.000 hombres, muertos, heridos o desaparecidos en combate, frente a 170.000 de los alemanes; más de 6.000 carros de combate frente a los 760 de los alemanes; 5.244 piezas de artillería en comparación con tal vez unas 700 en el bando alemán; y más de 4.200 aviones frente a 524 de los alemanes. En conjunto, el Ejército Rojo perdió en julio y agosto de 1943

cerca de 10.000 carros de combate y cañones autopropulsados, los alemanes algo más de 1.300.[135] La incuria de Stalin y sus generales en lo relativo a las vidas de sus hombres era impresionante.

Con todo, los alemanes estaban muy lejos de poder hacer frente a sus pérdidas considerablemente inferiores. El 2 de septiembre de 1943, Otto Wöhler, un general de infantería alemán, confesó:

> Mientras nosotros nos veíamos obligados a adoptar las tácticas más difíciles para conservar la munición, el enemigo podía contar con municiones ilimitadas para su artillería y los lanzagranadas. El recorte en nuestras filas llegó a un punto en que ya no era posible mantener la l[ínea] p[rincipal] de c[ombate], sino únicamente construirla a partir de grupos de seguridad unidos por patrullas [...] La 39ª D[ivisión de Infantería] únicamente dispuso de 6 oficiales y unos 300 hombres en la lucha de esta mañana [...] Los oficiales al mando me informaron de que el exceso de cansancio había hecho surgir tal apatía entre los soldados que las medidas draconianas no estaban produciendo el efecto deseado por el momento, y ni siquiera el ejemplo de los oficiales y «una palmada de aliento» servían de algo.[136]

Los generales alemanes tuvieron que emprender la retirada. Hitler se puso furioso, y dictó una serie de órdenes para que se mantuvieran las posiciones. Pero la situación era insostenible, e incluso el oficial al mando preferido por Hitler, Walter Model, hizo caso omiso de los deseos del Führer y llevó a cabo una serie de repliegues tácticamente hábiles con los que se consiguió reducir las pérdidas alemanas. Mientras las tropas soviéticas avanzaban hacia Járkov, Hitler ordenó mantener la ciudad a toda costa: Manstein y Werner Kempf, su oficial al mando sobre el terreno, le dijeron que no era posible. Hitler reaccionó destituyendo a Kempf, pero su sustituto dijo otro tanto, y Hitler se vio forzado a aceptar la evacuación de la ciudad. A medida que las tropas alemanas se retiraban del campo de batalla de Kursk, dejaban atrás un escenario de devastación apocalíptica, un «campo de batalla —como lo describió un soldado alemán— en el que todo árbol y arbusto habían quedado triturados, el terreno, cubierto de piezas de artillería destruidas, tanques incendiados y aviones derribados [...] Imágenes del fin del mundo ante las que los hombres podían ser arrastrados a la desesperación a menos que tuvieran nervios de acero».[137]

## III

Los meses transcurridos entre la Batalla de Kursk en julio y agosto de 1943 y los desembarcos de Normandía en junio de 1944 han recibido a veces el nombre de «año perdido» de la guerra.[138] Los generales eran perfectamente conscientes de lo desesperado de su situación, y le pedían una y otra vez a Hitler que les concediese libertad de acción de forma que ellos pudiesen disponer de los grandes espacios abiertos de la estepa para realizar movimientos tácticos a gran escala, esperando así aislar a los ejércitos soviéticos que avanzaban y destruirlos. Sin embargo, a Hitler esto le parecía tan sólo una excusa para una retirada cobarde, y a medida que pasaba el tiempo aumentaba su insistencia para que mantuviesen las posiciones. Lo cual significaba, cada vez más, que los repliegues alemanes no estaban integrados en una estrategia general, y se producían de repente, como reacción ante la amenaza de verse cercados por los ejércitos soviéticos. Demasiado a menudo, las unidades alemanas abandonaban su posición en una huida inducida por el pánico en vez de hacerlo conforme a un repliegue planificado.[139] A lo largo de todo el período, las fuerzas alemanas estuvieron retirándose de manera casi permanente, incendiándolo y destruyéndolo todo a medida que se marchaban. Un joven soldado de infantería describió la escena a su mujer, que se hallaba en su hogar, a medida que su unidad se replegaba al otro lado del Dniéper:

> Al otro lado del río todo ha estado ardiendo ferozmente durante días, pues has de saber que prendemos fuego a todas las ciudades y aldeas de los territorios que ahora estamos evacuando, hasta la casa más pequeña en una aldea tiene que desaparecer. A todos los edificios grandes los hacemos saltar por los aires. Los rusos no tienen que encontrar otra cosa que un campo de escombros. Ello les priva de la menor posibilidad de alojar a sus tropas. Así que es una imagen espeluznantemente maravillosa.[140]

Los soldados estaban poseídos por una especie de ansia de destrucción, como esa carta sugiere, que muchas veces los llevaba a saltarse la disciplina y a saquear colectivamente los edificios antes de que fueran arrasados. Sólo que los edificios que ardían revelaban con demasiada claridad a las tropas soviéticas que avanzaban hacia dónde se encaminaban los alemanes y la tarea de destrucción consumía un tiempo y unos recursos que podrían haberse empleado mejor en la organización de líneas defensivas. Las

unidades de soldados se retiraban cada vez más por su cuenta, tan pronto como su situación empezaba a parecer crítica, sin aguardar a que se lo ordenaran.[141]

No obstante, los ejércitos alemanes se mantuvieron unidos contra las embestidas temerarias de los soviéticos, cuyos incesantes ataques frontales les causaban pérdidas que quintuplicaban las de sus adversarios, a veces más. Un mayor conocimiento del enemigo, la adecuación de los puntos fuertes y la defensa en profundidad hacían posible que sectores cruciales del frente mantuvieran las posiciones una y otra vez antes de que la superioridad numérica los aplastara y obligara a emprender la retirada.[142] ¿Qué mantenía a los soldados alemanes en la lucha perdiendo una batalla tras otra? Cada vez en mayor medida, sentían que estaban combatiendo por Alemania más que por Hitler o el nazismo. El miedo y la aversión ante las «hordas bolcheviques», ante los «seres inferiores» soviéticos, los hacía estar más que dispuestos a matar y destruir. La misma temeridad de su enemigo le quitaba valor a la vida más que nunca. Cuanto más se aproximaba la retirada a las fronteras de la propia Alemania, más desesperada era la lucha para salvarla, al margen de la propia lealtad de los soldados a los principios del nazismo. Al mismo tiempo, las creencias nacionalistas que sostenían a los soldados habían sido exacerbadas a lo largo de la década anterior por la ideología nazi. Ésta las llenaba de su desprecio por los eslavos, su afirmación de la superioridad alemana y, algo crucial, su disposición a utilizar la violencia para la consecución de sus fines.[143]

La amalgama del nazismo con un tipo de nacionalismo más tradicional era más fuerte entre los soldados más jóvenes y de menor rango, y más débil entre las generaciones de más edad, lo cual significaba sobre todo los mandos superiores del cuerpo de oficiales. La mayoría de generales, nacidos en la década de 1880, eran nacionalistas de corte tradicional. Habían crecido en el reinado del último káiser, cuando habían pertenecido con naturalidad a la casta gobernante de oficiales, aristócratas, altos funcionarios, miembros de las iglesias protestantes, profesores universitarios y hombres de negocios conservadores. Muchos habían vivido en distritos rurales o ciudades pequeñas y se habían relacionado solamente con las familias de otros oficiales o con miembros de la élite local. En

particular, si procedían de la Prusia situada al este del Elba, probablemente habían vuelto los ojos con miedo hacia el coloso amenazante de la «semiasiática» Rusia. La dilatada preparación militar que habían seguido había confirmado sus valores conservadores, monárquicos y nacionalistas, del mismo modo que los había aislado más si cabe del resto de la sociedad. Característico en este aspecto fue Gotthard Heinrici, un general cuyo único rasgo fuera de lo normal era la asiduidad con que llevaba un diario y la minuciosidad vívida con que describía en él lo que veía y vivía. Nacido en 1886 en Gumbinnen, en la frontera con Polonia, se había alistado como cadete militar en 1905, había combatido en la Primera Guerra Mundial y se había abierto paso en el escalafón alternando como era habitual los destinos de intendencia y los operativos entre una guerra y otra, ascendiendo a general de división en 1938, a teniente general en junio de 1940 y a general de ejército el 1 de enero de 1943. Heinrici había pasado toda su vida dentro de los confines de la élite militar sin un conocimiento verdadero del resto de la sociedad alemana y sin relacionarse con ella. Todo su mundo se había desmoronado en noviembre de 1918, al igual que el de los demás miembros de la élite guillermina. Heinrici culpaba de la derrota a una conspiración revolucionaria judeo-socialista en el frente interno y, como era lógico, apoyó el *putsch* de Kapp esperanzado en el hundimiento de la República de Weimar y suspirando por librar una guerra de venganza contra los enemigos de Alemania. Receloso al principio ante lo que él consideraba como el radicalismo vulgar de los nazis, lo convencieron el apoyo de Hitler al rearme y su erradicación de la socialdemocracia y el comunismo. Heinrici no era ningún ideólogo nazi, pero llegó a admirar a Hitler y se adhirió al régimen a raíz de un conformismo innato y un sentimiento de lealtad patriótica. Apoyaba el objetivo de Hitler de lograr que Alemania dominara Europa y se sirviera de ese dominio para desafiar al Imperio Británico y a Estados Unidos por la hegemonía global, si bien, a diferencia de Hitler, se mantuvo escéptico en lo relativo a si lograrlo era factible. Lo que se ve en su diario es no únicamente su preocupación ejemplar por el bienestar de sus soldados, cuyas privaciones él se aseguraba de compartir, sino también su mentalidad rígida, la cual no admitía mayor prioridad que la militar. Sus prejuicios, expresados de manera un tanto informal pero muy arraigados,

contra judíos y eslavos eran los propios de su clase. Su lealtad a Hitler y a sus propias ideas de Alemania iba a mantenerlo en el combate prácticamente hasta el mismo final.[144]

De un molde similar era Fedor von Bock, cuya carrera, a diferencia de la del más prosaico Heinrici, acabó por conducirlo al grado de mariscal de campo. Nacido en 1880 en Küstrin, otra población en las fronteras del este de Alemania, procedía de una familia de militares, había luchado en los dos frentes en la Primera Guerra Mundial y permaneció en el ejército durante los años de Weimar. En 1938 había estado al mando del 8º Ejército en la marcha a Austria, luego comandó el Grupo de Ejércitos Norte en su invasión de Polonia en 1939. Su matrimonio tardío, en 1936, con una viuda que ya tenía hijos, parece haber sido próspero, aunque su servicio activo implicaba que él apenas tuviera ocasión de ver a su familia. Bock admiraba a Hitler por haber recuperado el orgullo nacional y militar de Alemania, pero tampoco él era en modo alguno un ideólogo nazi. Sus diarios de la guerra muestran a un soldado cabal, ajeno a casi todo lo que no fuera la acción y la planificación militares. Su monarquismo no era un secreto. En Holanda, en mayo de 1940, se desplazó en coche a Doorn, donde el anciano káiser Guillermo II continuaba su vida en el exilio; pero se encontró con que a los soldados que custodiaban la residencia les habían ordenado no permitirle el acceso para presentar sus respetos. La profesionalidad militar de Bock le hacía creer fundamentalmente en las leyes de la guerra, el respeto por la población civil, la preocupación por el bienestar de los prisioneros de guerra y todo lo que ello conllevaba. Pensaba, por ejemplo, que las áreas ocupadas deberían estar sujetas a un gobierno militar, y no le gustaba la intromisión de las SS. Le preocupaban las políticas nazis tocantes a los judíos en la Francia ocupada y en Bélgica, y sus diarios no muestran en absoluto un antisemitismo franco, ni tan siquiera implícito. Pero Bock admitía que Hitler hiciera cuanto le viniera en gana en las áreas conquistadas por el ejército, y en todo caso todos esos asuntos no tenían a sus ojos la menor importancia en comparación con las exigencias impuestas por las necesidades militares. Su tiempo y sus energías estaban dedicadas

casi exclusivamente a comandar ejércitos en campañas operativas, de forma que jamás hizo nada en relación con esas violaciones del comportamiento militar exigible.[145]

El interés material se sumaba a la profesionalidad y el nacionalismo conservador para mantener a los generales bajo control. Al igual que en otros países, también en la Alemania nazi se estableció una variedad de nuevos honores y medallas con el fin de recompensar la bravura en combate durante la guerra, y los mandos en el campo de operaciones que tenían éxito fueron ascendidos con rapidez, doce de ellos al rango de mariscal de campo tras la victoria en el oeste en 1940. Hitler jamás confió plenamente en el ejército, y veía esos ascensos como una manera de vincular a su voluntad a los altos mandos, incluso si éstos desaprobaban la ideología nazi. Sin embargo, el ascenso rápido no suponía un gran cambio para el carácter esencialmente aristocrático que dominaba en los niveles superiores del cuerpo de oficiales.[146] La promoción conllevaba no sólo un aumento de salario, sino también pluses; 4.000 Reichsmarks mensuales, libres de impuestos, para un mariscal de campo o un gran almirante. Hitler no tenía reparos en emplear su propia fortuna personal considerable para hacer entrega de cantidades mucho más importantes. El 24 de abril de 1941, obsequió con carácter excepcional al gran almirante Raeder con 250.000 Reichsmarks, en su sexagésimo quinto cumpleaños, para ayudarle a cubrir los costes de construcción de una nueva casa. Tales regalos se solían ofrecer discretamente y entre bastidores, como otro cheque de 250.000 Reichsmarks que el asistente principal de Hitler, Rudolf Schmundt, le entregó al mariscal de campo Wilhelm Ritter von Leeb para celebrar el sexagésimo quinto aniversario de este último el 5 de septiembre de 1941. Leeb, como Hitler sabía, no se mostraba precisamente acrítico con su manera de conducir la guerra. La suma ayudó a tranquilizar al mariscal de campo, e incluso después de su retiro forzoso a comienzos de 1942, tras la derrota sufrida delante de Moscú, se dedicó a buscar activamente una propiedad con vistas a comprarla con su regalo, recabando continuamente la ayuda de diversas autoridades civiles en su búsqueda, que por fin dio sus frutos en 1944.

Con anterioridad, Leeb se había sentido tan desilusionado con la violación propuesta por Hitler de la neutralidad belga en 1940 que había tanteado el terreno en lo relativo a la oposición militar que estaba cristalizando una vez más en torno al jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder. Pero ése fue el único contacto que tuvo, y no lo repitió. Entre otros altos mandos que recibieron la misma suma al alcanzar la edad de sesenta o sesenta y cinco años se incluyeron el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, el mariscal de campo Wilhelm Keitel y el mariscal de campo Hans-Günther von Kluge. Algunos, como Guderian o Kleist, recibieron fincas valiosas o el dinero para comprarlas. La finca Deipenhof, que recibió Guderian, estaba valorada en casi 1.250.000 Reichsmarks. Anteriormente crítico con el comportamiento de Hitler en la guerra, Guderian regresó del retiro forzoso en las postrimerías del conflicto como uno de los que abogaban más resueltamente por luchar hasta el final. No cabe duda de que la expectativa de recibir de Hitler un regalo de tal calibre influyó en el comportamiento de muchos otros altos mandos. Pese a ello, se trataba de hombres que a menudo consideraban indispensable dejar bien a las claras su adhesión a las virtudes militares prusianas, la modestia, la probidad, la frugalidad y un marcado sentido del honor. Como el diplomático desafecto Ulrich von Hassell apuntó, «para la mayoría de generales, una carrera y el bastón de mariscal de campo son más importantes que los grandes principios prácticos y los valores morales que están en juego».[147]

En cuanto a las divisiones, los miembros de menor rango del cuerpo de oficiales mostraban algunas características similares, pero también había diferencias que obedecían en gran medida al hecho de que en su mayor parte pertenecían a los grupos de edad más jóvenes. En la 235ª División de Infantería, por ejemplo, que había sido objeto de un análisis estadístico minucioso, únicamente el 9 por 100 de los oficiales había nacido antes de 1900, y el 8 por 100, entre 1900 y 1909; por lo menos el 65 por 100 había nacido entre 1910 y 1919, y el 19 por 100 restante pertenecía a la generación posterior a 1919. El dominio protestante de la élite militar quedaba reflejado en el hecho de que el 57 por 100 de los oficiales en la división se describían como protestantes, y tan sólo el 26 por 100 lo hacían como católicos, en marcado contraste con la filiación religiosa de las tropas

bajo sus órdenes, en cuyas filas los católicos eran mayoría; la influencia del nazismo se ponía claramente de manifiesto en el hecho de que el 12 por 100 de los oficiales se describían como «deístas», el término impreciso, no confesional, preferido por el régimen. Los oficiales de la división procedían en su gran mayoría de la clase media, o media-alta, instruida y profesional, y ya habían servido en el ejército durante algunos años, que en muchos casos se remontaban a la República de Weimar. El 43 por 100 formaba parte de una organización nazi de uno u otro tipo. Iban a ser condecorados con mayor probabilidad por su valentía de lo que solían serlo sus hombres, y tenían mejores perspectivas de carrera suponiendo que sobrevivieran: cerca de la mitad de ellos acabó al mando de un batallón en el curso de la guerra, si no ascendieron más, e incluso los de menor rango podían confiar en que se les promoviera al grado de capitán o al de comandante. Sin embargo, esto significaba que tenían muchas más probabilidades que sus hombres de que los trasladaran a otra división o les asignaran otras obligaciones.[148]

Para la gran mayoría de soldados corrientes, el marco institucional en el que vivían y combatían fue sorprendentemente estable durante la mayor parte de los años de la guerra. Aproximadamente la mitad de todas las fuerzas alemanas en cualquier momento no tomaban parte en los combates; o bien estaban en la reserva o destinadas a trabajos de seguridad en áreas ocupadas tras el frente, cuando no empleadas en la ingente variedad de tareas administrativas, de abastecimiento, de apoyo u otros cometidos auxiliares. Por cada regimiento de carros de combate, por ejemplo, tenía que haber no sólo hombres que condujeran los vehículos, sino también hombres encargados de repararlos, de abastecerlos con combustible y municiones, de transportarlos al frente y desde el mismo, así como de mantener el contacto con su posición. Además, había en todo momento un gran número de soldados sometidos a entrenamiento o convalecientes después de haber quedado incapacitados para la acción a causa de heridas o enfermedades de cualquier tipo. En cuanto a la otra mitad, la de aquellos cuya obligación era combatir, en torno al 80 por 100 servía en divisiones de infantería, que por tanto se podían considerar como la típica unidad de combate de las fuerzas armadas. Desde el estallido de la guerra hasta la invasión de la Unión Soviética, el ejército pasó por un largo período inicial

de expansión, entrenamiento y organización en el transcurso del cual las pérdidas militares, en torno a unos 130.000 muertos o desaparecidos, eran relativamente bajas, elevándose de hecho tan sólo a un 2,5 por 100 del total de pérdidas militares alemanas durante la guerra. Se formaban incesantemente divisiones nuevas combinando soldados experimentados de las divisiones existentes con reclutas nuevos, asegurando así un grado elevado de continuidad. De las noventa divisiones de infantería al inicio de la guerra, el ejército creció para albergar unas 175 en junio de 1941. Las tropas en su mayor parte participaban en el combate real sólo de forma intermitente, en guerras relámpago de corta duración como la invasión de Polonia, las campañas del oeste en 1940 y las victorias en los Balcanes el año siguiente. Todo ello supuso que las tropas se mantuvieran relativamente cohesionadas y que un sentimiento de estabilidad apuntalara la lealtad entre los «camaradas» que componían cada unidad.[149]

Esta imagen de relativa estabilidad cambió drásticamente con las fuertes pérdidas que empezaron a golpear al ejército tras la invasión de la Unión Soviética. La administración militar trató de mitigar de diversas maneras los trastornos ocasionados por esas pérdidas, por ejemplo asegurándose de que los nuevos reclutas viniesen de la misma parte de Alemania que los soldados de las unidades a las que se incorporaban, y que los hombres que se habían restablecido de sus heridas fuesen devueltos a sus antiguos regimientos, de forma que la composición social y cultural de cada regimiento conservase cierta homogeneidad, mejorando así (eso se pensaba) su cohesión y su energía para combatir. Se mantuvo la insistencia de las fuerzas armadas en un entrenamiento concienzudo para asegurar que los soldados entrasen en batalla como combatientes eficaces. A pesar de ello, las pérdidas crecientes supusieron que muchos regimientos no pudiesen recuperar una fortaleza plena, y de hecho algunos dejaron de existir por completo como unidades de combate efectivas. La moral empezó también a resentirse con la serie de derrotas importantes que dio comienzo con Stalingrado. No obstante, hasta finales del verano de 1944 no hay duda de que las fuerzas armadas alemanas se mantuvieron relativamente intactas en lo concerniente a su organización, estructura y patrones de reclutamiento. La derrota no se produjo de resultas de su desorganización o

su ineficacia, sino en razón de la superioridad militar y económica del Ejército Rojo (o en el norte de África e Italia, y más tarde en Normandía, de los británicos y los americanos).[150]

¿Quiénes eran los hombres que combatían en esas divisiones de infantería? Los soldados y los suboficiales de la 253ª División de Infantería cubrían una amplia franja de edades. El 19 por 100 había nacido entre 1901 y 1910 y había vivido de adulto los años de Weimar; el 68 por 100 había nacido entre 1911 y 1920 y por tanto, al igual que el 11 por 100 nacido entre 1921 y 1926, se había socializado y educado total o parcialmente bajo el Tercer Reich. Lo que llama la atención, a pesar del promedio de edad cada vez menor de los soldados en el transcurso de toda la guerra, es la preponderancia de la generación nacida poco antes o durante la Primera Guerra Mundial. En otras palabras, el carácter, el comportamiento y la moral en esa división, como con toda probabilidad también en las otras divisiones de infantería, se forjaron a partir de una generación de hombres con edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta años.[151] Como podría esperarse de esa estructura de edades, la mayoría de los soldados —el 68 por 100 al comienzo de la guerra, el 60 por 100 hacia el final de la misma— eran solteros. Muchos de los soldados de mayor edad ya tenían hijos, razón por la cual el mando de la división tendía a apartarlos del frente y enviaba a los hombres más jóvenes sin ataduras familiares a las situaciones de mayor peligro. Igualmente, el matrimonio y la paternidad pueden haberse demostrado factores restrictivos en el comportamiento de los soldados de mayor edad cuando había que ocuparse de las poblaciones civiles, en especial de las mujeres y los niños, en los territorios conquistados.[152]

El 59 por 100 de los soldados de la división nacidos después del final de la Primera Guerra Mundial había pertenecido a una organización nazi. El 69 por 100 de los nacidos entre 1916 y 1919 había formado parte del Servicio de Trabajo del Reich. El 83 por 100 de los nacidos entre 1913 y 1917 ya había estado sirviendo en las fuerzas armadas antes de 1939. El porcentaje de los nacidos entre 1910 y 1920 que se habían integrado en una de esas instituciones cuando estalló la guerra era de un 75 por 100; en realidad, el 43 por 100 había pasado por más de una. Éstos fueron

justamente los grupos de edad que formaron el núcleo de la división durante la mayor parte de la guerra.[153] Además, a medida que la guerra se desarrollaba, el propio ejército intensificó el adoctrinamiento político al cual sometía a sus oficiales y suboficiales y, por medio de ellos, a las tropas. La idea de un ejército apolítico, proclamada de forma tan sonora e insistente en la República de Weimar, había pasado a mejor vida. Cuando la guerra estalló, las fuerzas armadas consideraban el alistamiento y el entrenamiento de sus filas como la etapa final y más elevada en un proceso de educación ideológica que había dado comienzo mucho antes. El soldado recibía entrenamiento no sólo para ser un combatiente, sino también un miembro pleno de la comunidad racial de los alemanes, incluso, de acuerdo con algunas pautas de adiestramiento, un nuevo tipo de hombre. A todos los oficiales se les exigía conocer la verdad de la cosmovisión nacionalsocialista y no dudar de ella. Se publicó una avalancha de libros, panfletos y manuales para ayudarles a lograrlo. En muchas de esas obras se informaba a los oficiales de la conspiración mundial de los judíos contra Alemania y se les decía que el judío era el más peligroso y mortal de todos los enemigos contra los que tendrían que luchar. Se adoptaron medidas para asegurar que en todo momento la «conducta espiritual de la guerra» estuviese en consonancia con el espíritu del nacionalsocialismo. Un adoctrinamiento intensivo ideológico se sumó al que los hombres ya habían recibido a través de la escuela, de las Juventudes Hitlerianas y de los medios de comunicación de Goebbels. Difícilmente podía sorprender que muchos de los hombres entrasen en batalla contra los soldados del Ejército Rojo describiéndolos como «seres inferiores a quienes los judíos han arrastrado a la locura».[154]

En particular, cuando el sentimiento de invencibilidad del ejército empezó a quebrarse a partir de diciembre de 1941, y luego, de una forma infinitamente más drástica, después de Stalingrado, los altos mandos redoblaron sus esfuerzos para convencer a los soldados de que estaban luchando por una buena causa. El oficial alemán, según afirmó Hitler en 1943, tenía que ser un oficial político. Sobre todo cuando las cosas estaban yendo mal, resultaba vital que los oficiales acudieran a su hontanar de convicciones nacionalsocialistas para recordar qué estaba en juego. El 22 de

diciembre de 1943, Hitler ordenó la creación de un equipo para coordinar «el liderazgo nacionalsocialista en las fuerzas armadas». La medida, como le dijo a Goebbels y a algunos otros en privado a primeros del mes siguiente, iba a asegurar que todos los soldados habitaran en el mismo mundo mental, en el cual poseerían la «ciega voluntad» de luchar por la causa nazi hasta el final. Se centralizó y amplió la provisión de oficiales nazis encargados de la educación política. En la armada y las fuerzas aéreas se adoptaron medidas similares. En realidad, los nazis estaban introduciendo en las fuerzas armadas alemanas una especie de paralelismo con los comisarios políticos, tan importantes en el Ejército Rojo. Su rol se inculcaba a través de numerosos cursos especiales de educación política que se impartían tras el frente y se exponían en conferencias organizadas por el ejército. De forma creciente, a medida que pasaba el tiempo y a una derrota le sucedía otra, las órdenes y las instrucciones de los oficiales se hicieron más nacionalsocialistas en el contenido, en un intento por alentar en los hombres una resistencia cada vez más ciega ante un enemigo abrumadoramente poderoso.[155] Por supuesto, esto aún dejó a un número considerable de oficiales y hombres indiferentes, o incluso hostiles, a la ideología nazi, dependiendo de la edad de los mismos, de sus circunstancias y de sus convicciones previas. Aun así, en líneas generales apenas puede haber duda de que la educación y el adoctrinamiento políticos surtieron efecto en las tropas y desempeñaron un papel impulsándolas a luchar hasta el final.

Algunos siguieron ciertamente luchando inducidos por su compromiso antisemita. La propaganda y el adoctrinamiento habían infundido en ellos la firme creencia de que, como escribió el 1 de marzo de 1942 un soldado destinado en el servicio de mensajeros militares del Führer en el frente oriental, «ésta es una cuestión de dos grandes visiones del mundo. O nosotros o los judíos».[156] Esta convicción seguía vigente cuando la victoria alemana se empezó a poner en duda. «No puede ser de ninguna de las maneras —escribió un soldado destinado en el sur de Francia a finales de mayo de 1942— que los judíos venzan e imperen».[157] Entremezclándose con esa incredulidad había una dosis de miedo cada vez mayor. Si Alemania era derrotada, escribió otro soldado en agosto de 1944, «los judíos caerán

entonces sobre nosotros y exterminarán todo lo alemán, habrá una matanza cruel y terrible».[158] Pese a todo, la ideología nazi tuvo un papel irrelevante o inexistente en el compromiso de muchos otros. ¿Por qué, por ejemplo, siguió sirviendo en el ejército un hombre como Wilm Hosenfeld, que odiaba tanto el nazismo? El régimen para el cual servía no sólo estaba persiguiendo y asesinando a europeos del este y judíos, sino también, algo de lo que se dio cuenta en diciembre de 1943, a los propios alemanes. Procedente de la Hesse rural, Hosenfeld tal vez no había sido consciente de hasta qué punto maltrataron los nazis a sus adversarios políticos en la década de 1930. Una conversación con su nuevo asistente, un ex comunista cuya salud se había quebrado a consecuencia de las repetidas torturas en las celdas de la Gestapo, le despojó de esa última ilusión. Estaba claro, escribió Hosenfeld, que los hombres que dirigían el régimen aprobaban esa clase de comportamientos:

> Ahora me queda claro por qué sólo pueden seguir actuando por medio de la fuerza y las mentiras, y por qué las mentiras tienen que servir de protección para todo su sistema [...] Cada vez se han de realizar actos más violentos, la guerra es únicamente la continuación lógica de su política. Ahora todo el pueblo [alemán], que no exterminó esta úlcera a su debido momento, debe perecer. Estos canallas nos están sacrificando a todos [...] Las atrocidades aquí en el este, en Polonia, Yugoslavia y Rusia, no hacen sino continuar en línea recta el proceso que empezó con sus adversarios políticos en Alemania [...] Y los idiotas de nosotros creímos que nos traerían un futuro mejor. Cualquier persona que diese su consentimiento a este sistema, aunque fuese en el grado más mínimo, tiene que sentir hoy vergüenza por ello.[159]

Para Hosenfeld, los nazis eran una pequeña camarilla de criminales que no representaban al pueblo alemán en su conjunto. Él seguía cumpliendo con sus obligaciones no por ellos, sino por Alemania, para defenderla del bolchevismo. Muy probablemente un buen número de oficiales como él pensaban de igual manera. En julio de 1943, por ejemplo, el general Heinrici sentía cada vez mayor preocupación ante el hecho de que Alemania corría peligro de perder la guerra. Escribió que aquello era como reafirmar su propio compromiso para proseguir la lucha: «Está claro que no cabe la derrota en esta guerra, porque lo que vendría a continuación es mejor no pensarlo siquiera. Alemania se hundiría, y nosotros con ella».[160]

Apenas existen evidencias que sugieran que la ideología nazi se extendió por el ejército para rellenar un vacío dejado por la desintegración de los valores militares y la lealtad básica entre los soldados en tanto que «camaradas». La homogeneidad relativa de cada división en la mayoría de aspectos supuso que las lealtades primordiales de grupo permanecieran intactas en el seno de la división durante la mayor parte de la guerra. Lo que constituyó la base para la conducta cruel de las tropas alemanas en el este durante la guerra no fue tanto la desintegración de tales lealtades como su persistencia, en una amalgama de veteranos experimentados y cada vez más cínicos y deshumanizados con un flujo continuo y, desde comienzos de 1943, creciente de hombres más jóvenes nazificados profundamente en el plano ideológico. Incluso en tiempos de fuertes pérdidas, como a finales de 1941 y principios de 1942, la cohesión social de las compañías de la 253ª División de Infantería resultó dañada pero no destruida, y con el regreso de los soldados convalecientes y la llegada de nuevos reclutas pronto quedó restablecida.[161] Se trataba de grupos de hombres unidos por vínculos de lealtad mutua forjados en el fragor de la batalla. Incluso cuando empezaron a dudar de si la victoria podría lograrse, como hicieron cada vez en mayor medida después de Stalingrado, continuaron peleando gracias a un sentimiento de camaradería y de apoyo mutuo en la adversidad.[162] En ese contexto podían crear vínculos emocionales en grupos reducidos que servían de sustitutivo, al menos hasta cierto punto, de las familias que habían dejado en casa, cuidando a los heridos, decorando sus búnkeres y los cuarteles donde se alojaban y, al igual que los soldados que pusieron tanto capital emocional en la celebración de las navidades en Stalingrado, procurando alguna clase de sentido para la vida en medio del sinsentido de la guerra. En ese contexto, quizá de otra manera, se encontraba la comunidad nacional orgánica, la *Volksgemeinschaft*, en miniatura; y consecuentemente, la masculinidad agresiva de todos los soldados se orientaba hacia el exterior, hacia el enemigo, y hacia una población a la que, por lo menos en el este, ellos consideraban como inferior en términos raciales, de hecho escasamente humana.[163]

Los hombres seguían luchando además por puro temor, temor por lo que sería de ellos si se rendían al enemigo, temor a sus superiores en caso de que diesen muestras de abatimiento. Las fuerzas armadas disponían de sus propios tribunales militares, que los oficiales utilizaban a voluntad en los tres ejércitos para juzgar delitos que abarcaban desde el robo de paquetes de comida enviados con el correo de campaña, en un extremo, a la deserción, en el otro. Cualquiera de esos delitos podía poner al infractor ante un pelotón de fusilamiento. Numerosos procesos tenían que ver con el delito imprecisamente definido como «subversión de la moral de combate» (*Wehrkraftzersetzung*), en el que cabía cualquier cosa, desde expresiones derrotistas a automutilaciones con la esperanza de quedar incapacitado para la acción; y, al igual que en la vida civil, criticar al régimen y a sus líderes se consideraba también delito. Por el contrario, como ya hemos visto, eran relativamente pocos los procesos motivados por delitos tales como saqueos, violaciones o asesinatos contra la población civil de los territorios ocupados, y para el fusilamiento de los enemigos capturados en vez de hacerlos prisioneros hubo manga ancha, sobre todo en las fases iniciales de la operación Barbarroja. En consecuencia, se recurrió a los tribunales militares sobre todo como un medio para reforzar la disciplina y la voluntad de luchar. Se ha calculado que a lo largo de toda la guerra los tribunales militares juzgaron el asombroso total de tres millones de casos, de los cuales alrededor de 400.000 tuvieron como acusados a miembros de las poblaciones civiles y prisioneros de guerra.[164] De todos estos casos, no menos de 30.000 finalizaron con la imposición de la pena capital a un miembro de las fuerzas armadas alemanas. Comparativamente, sólo hubo cuarenta y ocho ejecuciones en las fuerzas alemanas durante la Primera Guerra Mundial. De las 30.000 sentencias de muerte, algunas fueron conmutadas y unas pocas se pronunciaron *in absentia*. Sin embargo, la gran mayoría —al menos 21.000 según las estimaciones más minuciosas— se hicieron cumplir. En todos los demás países beligerantes, con excepción de la Unión Soviética, las condenas de muerte pronunciadas por tribunales militares durante la Segunda Guerra Mundial se pueden contabilizar a lo sumo por centenares en vez de por millares.[165]

Se suponía que un prisionero llevado ante un tribunal militar debía ser juzgado por tres jueces. Las normas requerían que al acusado se le procurase un abogado, pero en el fragor de la batalla tales normas eran ampliamente ignoradas. Un participante recordó por ejemplo que en un sector del frente de Stalingrado cubierto por cuatro divisiones del ejército hubo 364 sentencias de muerte dictadas por consejos de guerra sumarísimos en el espacio de poco más de una semana, por delitos entre los que se incluían la cobardía, la deserción y el robo de paquetes de comida.[166] Actuando en su condición de comandante en jefe, Hitler dictó un conjunto de pautas que prescribían los castigos más draconianos. «La pena de muerte se recomienda —según decía una de las pautas— si el infractor actuó movido por el miedo de exponerse a un peligro, o bien si en las circunstancias particulares del caso en cuestión resulta necesaria para el mantenimiento de una disciplina férrea».[167] Los jueces militares compartían por lo general la visión del aparato judicial civil bajo el nazismo ya que, como sostuvo uno de ellos:

> Todo aquello que sirve al pueblo es justo [...] En el sentido más restringido de la ley militar se desprende que «todo aquello que sirve a las fuerzas armadas es justo» [...] Ahora queda claro por qué no puede haber ningún «soldado promedio». Ser soldado implica elevar la concepción nacionalsocialista del honor y el comportamiento propio de un militar a un *ethos* profesional.[168]

Ésta fue la causa, por ejemplo, de que hubiera 6.000 ejecuciones por «subvertir la moral de combate». El delito más común que ponía a los hombres frente a un pelotón de fusilamiento era la deserción, causante de 15.000 ejecuciones. En muchos casos, el delito apenas había sido en realidad más que ausentarse sin permiso (*unerlaubte Entfernung*). Las sentencias, siguiendo las órdenes dictadas por el Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas en diciembre de 1939 y de nuevo en julio de 1941, se cumplían lo antes posible una vez dictadas. «Cuanto más rápido le sea impuesto a un parásito de las fuerzas armadas (*Wehrmachtschädling*) el castigo que merece, más fácil será impedir que otros soldados cometan actos iguales o parecidos y más fácil resultará mantener una disciplina férrea entre las tropas».[169]

## IV

Aterrorizar a los soldados por medio de la aplicación draconiana de la justicia militar pudo ser de gran ayuda para que siguieran luchando mucho después de que supieran que la guerra estaba perdida. Pero lo que el régimen precisaba cada vez más era una fuerza militar que peleara por un ciego compromiso nacionalsocialista. Esto era algo que ciertamente podía alcanzarse con el ala militar de las SS (*Waffen SS*). Su historia se remontaba a los primeros días del Tercer Reich, cuando Hitler había formado una escolta personal armada que, posteriormente, se convirtió en el llamado estandarte de Adolf Hitler (*Leibstandarte Adolf Hitler*). Concebida principalmente como una unidad ceremonial, se hallaba bajo las órdenes de un nazi bávaro poco amante de sutilezas, Josef («Sepp») Dietrich, que había trabajado anteriormente como empleado en una gasolinera, camarero, trabajador en una granja y capataz en una fábrica de tabaco. Nacido en 1892, había servido en una unidad de carros de combate, pero por lo demás carecía de toda experiencia militar importante, como recalcaron los generales del ejército de forma tan reiterada como inútil. Sin embargo, el jefe de Dietrich, Heinrich Himmler, no tardó en crear otra organización más extensa y empezó a reclutar a hombres del ejército para dotar a la unidad de un entrenamiento militar apropiado, que desde 1938 se proporcionó asimismo a los hombres de Dietrich. A estas distintas unidades militares de las SS se les habían unido a finales de 1939 grupos provenientes de las unidades de la calavera formadas por Theodor Eicke para custodiar los campos de concentración. Las fuerzas de las SS crecieron en número, desde 18.000 efectivos en vísperas de la guerra a 140.000 en noviembre de 1941, incluyendo regimientos de carros de combate e infantería motorizada. Desde el principio estuvieron pensadas para ser una élite ideológicamente comprometida, altamente preparada y, a diferencia del ejército, incondicionalmente leal a Hitler. Los altos mandos, nacidos en su mayor parte en la década de 1890 o a primeros de 1900, eran notablemente más jóvenes que sus equivalentes en el ejército y, por tanto, contaban con cuarenta y tantos años o poco más de cincuenta en el tiempo de la guerra. Los regimientos militares de las SS tenían nombres como «El Reich»,

«Alemania», «El Führer», etc. Otra diferencia con respecto al ejército radicaba en que el ala militar de las SS era una institución no del pueblo alemán sino de la raza alemana, y su figura principal, Gottlob Berger, nazi de larga trayectoria y veterano de la Primera Guerra Mundial con quien Himmler mantenía una de las relaciones más estrechas, abrió oficinas de reclutamiento en países «germánicos» como Holanda, Dinamarca, Noruega y Flandes, formando la primera división no alemana («Viking») en la primavera de 1941. Siguieron nuevos reclutamientos en los países europeos del este a medida que las cifras empezaban a tener mayor importancia que las supuestas afinidades raciales. En 1942, el ala militar de las SS contabilizaba 236.000 hombres; en 1943 superó el medio millón; y en 1944 se acercó a un total de 600.000 hombres, de los cuales unos 369.000 estaban en activo sobre el terreno.[170]

Los mandos del ejército regular se mostraban despectivos con el ala militar de las SS, a cuyos mandos consideraban faltos de profesionalidad y demasiado inclinados a sacrificar las vidas de sus hombres. Aunque las divisiones de las SS estaban puestas bajo su mando, los generales del ejército poco podían hacer para controlar el impulso fanático que había en ellas por inmolarse. Cuando Eicke le dijo que las vidas de sus hombres no habían importado lo más mínimo en un ataque que acababa de lanzar, el general del ejército Erich Hopner, bajo cuyo mando habían puesto a Eicke, condenó con rotundidad esa actitud: «Ése es el punto de vista de un carnicero».[171] No obstante, los generales del más alto rango no eran completamente reacios a que el ala militar de las SS encabezase los ataques y sufriese el grueso de las bajas: así se preservaban las vidas de sus propios hombres y se reducía la fortaleza de una poderosa fuerza rival. Himmler se quejó en agosto de 1944 de que «personas de mala voluntad» en el ejército estaban conspirando para «masacrar a esa fuerza no bienvenida y desembarazarse de ella con vistas a algún cambio futuro».[172] Los mandos del ejército sostenían asimismo que los integrantes del ala militar de las SS estaban más inclinados que sus propias tropas a cometer masacres de civiles inocentes, especialmente judíos, así como otros crímenes, sobre todo en el frente oriental. Una investigación oficial del ejército en agosto de 1943 señaló que de los dieciocho casos probados de violación de los que había

tenido conocimiento, doce los habían cometido miembros del ala militar de las SS. Determinar la precisión de tales informes no es posible. El ala militar de las SS tendía a servir de excusa para los mandos del ejército regular deseosos de ocultar o pasar por alto los crímenes cometidos por sus propios hombres. Por otra parte, de su brutalidad se sabía que se quejaban incluso los oficiales de otras ramas de las SS. Cuando el oficial al mando de la división «Prinz Eugen» [Príncipe Eugenio] trató de disculpar ante un ministro del gobierno títere de Croacia algunas atrocidades cometidas por sus hombres como «errores», otro oficial de las SS le espetó: «Desde que llegasteis allí, por desgracia se ha producido un "error" detrás de otro».[173] A partir de 1945, los intentos de los antiguos oficiales del ala militar de las SS por describir a sus tropas como simples soldados corrientes no resultaron convincentes, puesto que no cabía poner en duda ni su estatus de élite ni su compromiso ideológico ciego. Por otro lado, la abundancia de pruebas tocantes a la conducta de las tropas regulares en el frente oriental y detrás del mismo, pruebas que han ido saliendo a la luz desde principios de la década de 1990, socava las afirmaciones en el sentido de que el ala militar de las SS era completamente excepcional en su desprecio por las leyes y convenciones de la guerra.

El fanatismo fuera de duda del ala militar de las SS, así como la tendencia de los mandos militares a emplazar a sus unidades en primera línea del frente, causó fuertes pérdidas entre sus tropas. Un total de 900.000 hombres del ala militar de las SS sirvieron en la guerra, de los cuales perdieron la vida más de un tercio —el 34 por 100—.[174] El 15 de noviembre de 1941, la división Totenkopf [Calavera] informó de unas pérdidas del 60 por 100 entre oficiales y suboficiales. Un informe se lamentaba de que su columna vertebral había desaparecido. En general, la opinión que tenía la población alemana en lo relativo al ala militar de las SS sostenía, como informó el Servicio de Seguridad de las SS en marzo de 1942, que estaba mal entrenada y sus hombres a menudo eran «sacrificados temerariamente». Sus hombres entraban en combate porque el ala militar de las SS se quería demostrar mejor que el ejército.[175] Además, los padres estaban comenzando a intentar evitar que sus hijos se alistaran debido a que éstos serían sometidos a un adoctrinamiento anticristiano en el ala militar de

las SS. «Influencia negativa de los padres y la Iglesia», informó un centro de reclutamiento en febrero de 1943. «Los padres generalmente en contra del ala militar de las SS», informó otro. En Viena un hombre le dijo al oficial de reclutamiento: «El cura nos dijo que las SS son ateas y que si nos uniéramos a ellas iríamos al infierno».[176] Voluntarios de Flandes, Dinamarca, Noruega y Holanda empezaron a solicitar que les diesen de baja, quejándose del trato arrogante y autoritario que los oficiales de las SS alemanas dispensaban a los reclutas extranjeros. Los oficiales encargados del reclutamiento empezaron a ir a los campos de trabajo y a obligar a los hombres jóvenes a «ofrecerse como voluntarios». Los parientes se quejaban de esas actuaciones, mientras los oficiales del ala militar de las SS no tardaron en declararse insatisfechos con los resultados, en la medida en que muchos de los nuevos reclutas estaban «intelectualmente menos dotados que la media» y «tendían a la insubordinación y a fingirse enfermos». El ala militar de las SS se fue deteriorando con rapidez hacia el final de la guerra. Pero en esto no hizo más que seguir el curso tomado por las fuerzas armadas regulares.[177]

# UN NUEVO «TIEMPO DE LUCHA»

## I

El 7 de noviembre de 1942, Albert Speer estaba viajando con Hitler a bordo del propio tren del Führer con destino a Múnich. «En años anteriores —recordó Speer—, Hitler había convertido en costumbre mostrarse en la ventana de su tren especial cada vez que el mismo se detenía. Ahora esos encuentros con el mundo exterior se le antojaban indeseables; para evitarlos, las persianas del tren que quedaban junto a las estaciones permanecían bajadas». Esa noche a última hora el tren se detuvo en un apartadero, y Hitler y el resto del séquito del Führer tomaron asiento para cenar. Speer relató lo que sucedió a continuación:

> La mesa estaba dispuesta elegantemente con cubertería de plata, copas talladas, fina porcelana y arreglos florales. Cuando empezábamos a dar cuenta de nuestra abundante comida, ninguno de nosotros reparó al principio en un tren de mercancías que estaba detenido en una vía adyacente. Desde el vagón destinado al transporte de ganado, unos soldados alemanes desaliñados, famélicos y en algunos casos heridos que estaban regresando del este clavaban su mirada en los comensales. Sobresaltado, Hitler reparó en la sombría escena a dos metros de su ventana. Sin dirigir siquiera un gesto de salutación a los soldados, ordenó de inmediato a su sirviente que bajara las persianas. Así fue como Hitler manejó en aquel momento, en la segunda mitad de la guerra, un encuentro fortuito con soldados corrientes del frente, como él mismo había sido una vez.[178]

Hitler, ciertamente, se apartó cada vez más de la vida pública desde 1942. Goebbels y Speer intentaron, aunque sin éxito, convencerlo para que visitara las áreas gravemente dañadas por los bombardeos en las ciudades alemanas para reforzar la moral.[179] Había rumores de que había enfermado o estaba herido. Con todo, cuando hablaba ya no tenía el efecto que una vez había sido capaz de producir en la opinión de la gente. Por ejemplo, un discurso emitido el 21 de marzo de 1943 —su primer discurso público

después de Stalingrado— fue tan breve y lo pronunció a tal velocidad y con una monotonía tan apagada que la gente se preguntó si no se había dado prisa para concluir por si un ataque aéreo lo interrumpía o si lo había pronunciado en realidad un doble.[180]

Hitler se hizo menos abiertamente cordial incluso con sus íntimos. A partir del otoño de 1943, Speer pensaba que almorzar con él era «un suplicio». Su perro, un alsaciano, era, escribió Speer, «la única criatura viviente en el cuartel general que despertaba algún destello de sentimiento humano en Hitler». Dada su aversión a las malas noticias, sus subordinados hacían hincapié en los informes positivos y presentaban éxitos transitorios insignificantes como si se tratase de grandes victorias. Hitler no se desplazaba al frente, y no tenía el menor contacto con las duras realidades de los combates. Siempre dio por sentado que estaban en plenitud las divisiones marcadas en los mapas que utilizaba para dirigir la estrategia. Equipado con la última tecnología, con teléfono y radiotransmisores-receptores, podía comunicarse con los generales sobre el terreno, pero la comunicación real transcurría siempre en un solo sentido; si cualquiera de los generales protestaba o intentaba devolverlo a la realidad, le hablaba a voces y en algunos casos lo destituía. En su cuartel general, amenazaba e intimidaba a los oficiales del Estado Mayor y montaba en cólera cuando le comunicaban malas noticias. Los generales eran unos cobardes, rugía, «la instrucción del Estado Mayor es una escuela de mentiras y engaños», la información que el ejército le estaba haciendo llegar era falsa, «la situación se está representando adrede como desfavorable; ¡así es como quieren forzarme a autorizar retiradas!».[181]

En el fondo, Hitler era consciente de que la situación militar se estaba deteriorando, pero siempre mostraba una aparente fachada de optimismo. Su voluntad había triunfado antes: volvería a triunfar. Con su concentración de poder en los asuntos militares, tuvo que trabajar por primera vez en su vida con gran ahínco, abandonando el estilo de vida informal y caótico de sus años anteriores como dictador, con sus veladas dedicadas a escuchar música, ver viejas películas o elucubrar con los modelos arquitectónicos creados por Speer. Ahora se pasaba el tiempo reunido con sus generales, o más bien discutiendo con ellos e intimidándolos, estudiando

minuciosamente mapas militares y elaborando con el mayor cuidado planes militares, a menudo hasta el último detalle. Más convencido que nunca de su propio genio infalible, las sospechas y la desconfianza con respecto a sus subordinados lo consumían cada vez más, en especial en cuestiones militares. Sin él no se podía tomar ninguna decisión de importancia. Nada inclinado hacia la práctica del ejercicio físico, recurrió de forma creciente a las píldoras y los remedios que le prescribía el doctor Theo Morell, su médico personal desde 1936: más de veintiocho píldoras diarias diferentes en las últimas fases de la guerra, y tantas inyecciones que Göring apodó a Morell «el Canciller Aguja». Morell supervisaba la dieta de Hitler lo mejor que podía, habida cuenta del vegetarianismo de su paciente y su afición por alimentos tales como la sopa de guisantes, que le causaba indigestión. Morell era un médico titulado y en absoluto un curandero, y todas las medicinas que le prescribió a Hitler estaban clínicamente aprobadas. Su comportamiento como médico le permitió atender eficazmente a su paciente, quien se apoyó cada vez más en él a medida que transcurría la guerra, y de hecho Morell logró que Hitler no enfermara durante prácticamente todo el tiempo, aparte de un período en que sí estuvo enfermo a primeros de agosto de 1941. Sin embargo, no pudo combatir con eficacia el deterioro físico de Hitler bajo la tensión a que éste se veía ahora sometido. Desde 1941, los electrocardiogramas empezaron a mostrar una dolencia cardíaca progresiva, probablemente causada por esclerosis en las arterias coronarias. Desde principios de la primavera de 1943, Hitler sufrió de dispepsia, con retortijones abdominales periódicos (al menos veinticuatro accesos a finales de 1944) que tal vez se agravaron con el tratamiento de Morell. Empezó un temblor en su mano izquierda, que empeoró manifiestamente desde finales de 1942, y estuvo acompañado por un encorvamiento creciente y movimientos bruscos de su pierna izquierda. En 1944 más que caminar arrastraba los pies, y los síntomas de un caso leve pero con una tendencia general a empeorar de la enfermedad de Parkinson estaban haciéndose cada vez más evidentes a ojos de todos los observadores con formación médica. Incluso Morell, que se decantaba por diagnósticos psicosomáticos, aceptó ese punto de vista a comienzos de 1945 y empezó a aplicar el tratamiento habitual disponible en aquel momento. Más en

general, los observadores empezaron a advertir que Hitler estaba envejeciendo deprisa, con su cabello tornándose gris y una apariencia que ya no era la de un hombre de mediana edad vigoroso y enérgico, sino —debido en buena medida a la enfermedad de Parkinson— la de uno mayor cada vez más débil. La vacilación en cuanto a si revelárselo o no al resto del mundo pudo haber sido un factor importante en su rechazo cada vez más acusado a aparecer en público.[182]

Hitler pronunció nueve discursos públicos en 1940, siete en 1941, cinco en 1942 y sólo un par en 1943. El 30 de enero de 1944, undécimo aniversario de su nombramiento como Canciller del Reich, pronunció un discurso radiofónico, y el 24 de febrero, aniversario de la promulgación del programa del Partido Nazi, se dirigió en Múnich a los «antiguos combatientes» del partido, pero declinó el ofrecimiento de Goebbels de emitir por radio su discurso y ni siquiera fue informada la prensa. Después de esto, ya no se le volvió a oír en público, excepto brevemente en circunstancias especiales (como veremos más adelante) el 21 de julio de 1944. Por lo demás, no tomó ninguna iniciativa para comunicarse directamente de palabra con el pueblo alemán, y hasta su discurso tradicional en Múnich el 8 de noviembre de 1944 lo leyó Heinrich Himmler ante los «antiguos combatientes». Pasó la mayor parte del tiempo en su cuartel de campaña, absorto casi enteramente en la conducción de la guerra, trasladándose a su refugio montañoso en el Berghof, en los Alpes bávaros, durante tres meses de 1943 y de nuevo desde finales de febrero a mediados de julio de 1944.[183] En el Ministerio de Propaganda comenzaban a acumularse cartas preguntando, como Goebbels anotó el 25 de julio de 1943, «por qué el Führer ni tan sólo se dirige al pueblo alemán para explicar la situación actual. A mi juicio —le confió a su diario el ministro de Propaganda—, es perentorio que el Führer lo haga». De otro modo, pensaba Goebbels, la gente dejaría de creer en él.[184] Los admiradores de Hitler entre los alemanes corrientes también se impacientaron. ¿Por qué no hablaba Hitler de la «difícil» situación militar en septiembre de 1944?, preguntaba uno de sus partidarios en una carta dirigida al Ministerio de Propaganda.[185] Goebbels se hizo cada vez más crítico con la obsesión de Hitler por los asuntos militares en evidente detrimento de la política interna. Se quejaba

de que la ausencia de Hitler en Berlín estaba produciendo una «crisis de liderazgo». «No puedo influir en él políticamente. Ni siquiera puedo informarle acerca de las medidas más urgentes en mi ámbito. Todo pasa por Bormann».[186] El oscuro poder de éste aún se acrecentó cuando fue nombrado el 12 de abril de 1943 «secretario del Führer». Goebbels empezó a tener la impresión de que Hitler en gran medida había perdido contacto con los asuntos internos del país.[187]

Al menos superficialmente, parecía como si el hueco pudiera llenarse con el «segundo hombre en el Reich», Hermann Göring. El 30 de agosto de 1939, Göring había logrado convencer a Hitler para que crease un Consejo Ministerial para la Defensa del Reich, cuyo rol era coordinar la administración pública. Hitler retuvo el poder de veto sobre las decisiones del Consejo, pero en realidad le había entregado en buena medida el control de los asuntos internos a Göring, que se convirtió en el presidente del Consejo. La obvia importancia del Consejo atrajo a sus reuniones a varias figuras clave, como Goebbels, Himmler, Ley y Darré, y en febrero de 1940 estaba comenzando a parecer una especie de gabinete sustitutivo. Alarmado, Hitler ordenó que el Consejo no volviera a reunirse, y jamás lo hizo. Göring no trató de revivirlo: el derecho que había adquirido a añadir una firma a las leyes y los decretos después de la de Hitler bastaba para satisfacer su vanidad. A pesar de sus amplios poderes como jefe del Plan Cuatrienal, Göring estaban perdiendo energías y firmeza, tal vez bajo la influencia de su adicción a la morfina. Pasaba cada vez más tiempo en sus diversos pabellones de caza y sus castillos, y dedicaba buena parte de la energía que le quedaba a crearse un modo de vida opulento y extravagante. En marzo de 1943, un visitante que pasó un día con Göring en Carinhall informó del estilo de vida entonces «grotesco» del mariscal del Reich:

> Apareció temprano con una chaqueta de cuero bávara con las mangas de la camisa completamente blancas. A lo largo del día cambió a menudo de vestuario, y se presentó en la cena envuelto en un kimono azul o violeta y con pantuflas revestidas de pelo. Llevaba en un costado, incluso por la mañana, un puñal dorado que también cambiaba con frecuencia. En el alfiler de su corbata lucían diversas piedras preciosas, y en torno a su cuerpo rollizo llevaba puesta una gran faja, tachonada de pedrería, por no hablar de la suntuosidad y la cantidad de sus anillos.[188]

En esas circunstancias, no había posibilidad de que Göring se hiciese con el control de la gestión diaria de los asuntos internos en el Reich. Además, los pobres resultados de la fuerza aérea, de la cual él era el jefe, provocaron una caída en picado de su reputación a partir de 1942, no sólo entre la población en general, sino también ante el mismo Hitler.

Era claro que el Tercer Reich se estaba quedando cada vez más sin liderazgo en el frente interno. Sin embargo, el aparato de gobierno seguía funcionando de alguna manera. La administración pública, cuyo personal se componía en buena medida de burócratas tradicionales, concienzudos y trabajadores, continuó ocupándose de los asuntos de su competencia hasta el final de la guerra, ministros y secretarios de Estado pusieron en práctica políticas cuyas líneas generales había trazado Hitler antes de la guerra y respondieron a los cambios iniciados por él cuando se produjeron. No osaron formular políticas sobre temas importantes sin su aprobación expresa. Al igual que antes, las propias intervenciones de Hitler en política eran discontinuas, arbitrarias y a menudo contradictorias. Como cada vez les resultaba más difícil acceder hasta él, los ministros, empezando por Goebbels, comenzaron a enviarle con regularidad informes relativos a asuntos de importancia. En ocasiones Hitler tomaba nota de ellos, aunque era más habitual que no fuera así; es muy improbable que, por ejemplo, leyera de veras cada uno de los alrededor de 500 informes que le envió el ministro de Propaganda, o cada uno de los 191 que le hizo llegar el ministro de Justicia durante la guerra. Quizá consciente del hecho de que disponía de menos tiempo que antes para intervenir en la conducción de los asuntos internos del país, dio órdenes en mayo de 1942 y nuevamente en junio de 1943 de que se le llamara exclusivamente «Führer» y no «Führer y canciller del Reich», incluso al firmar leyes y decretos oficiales. Hitler no estaba en condiciones de procurar ninguna clase de dirección general de los temas internos, de manera que para los departamentos gubernamentales resultó cada vez más necesario publicar sus propias disposiciones en cuestiones de detalle, a menudo sin consultar a otros departamentos sobre los contenidos. En 1941, por ejemplo, se aprobaron 12 leyes formales después de consultar con los ministerios, Hitler dictó 33 decretos, el Consejo Ministerial para la Defensa del Reich ordenó 27 decretos, y hubo 373 disposiciones y órdenes

que publicaron los departamentos gubernamentales por su cuenta. En ausencia de un gabinete formal o una dirección consistente por parte de Hitler, el gobierno no hacía sino fragmentarse cada vez más. «Todo el mundo hace y deja de hacer lo que le viene en gana —se lamentaba Goebbels en su diario el 2 de marzo de 1943—, porque no hay una autoridad fuerte en ningún lado».[189] Un Comité de los Tres de coordinación (Bormann, Keitel y Lammers) se estableció, como habíamos visto, a principios de 1943, pero tropezó con la hostilidad de personajes poderosos como Goebbels y Speer, y después de agosto dejó de reunirse.[190]

Con el paso del tiempo el Partido Nazi empezó a caer en un vacío de poder interno. El 20 de agosto de 1943, Hitler destituyó a Frick, ministro del Interior, confiriéndole un título sin sentido (protector del Reich de Bohemia y Moravia, donde Karl Hermann Frank, nombrado entonces ministro del Estado para Bohemia y Moravia, se mantuvo en la práctica en el cargo). Goebbels había estado abogando durante años por la destitución de Frick. Decía el ministro de Propaganda que Frick estaba viejo y agotado, y que el declive de la moral de la población requería un enfoque más enérgico del frente interno. El hombre elegido por Hitler para sustituir a Frick fue Heinrich Himmler, cuyo ascenso implicó una intensificación de la represión policial para hacer frente a la posibilidad de que la desmoralización se tornara una manifiesta resistencia.[191] Al mismo tiempo, Martin Bormann empleó con eficacia su control del acceso a Hitler para dejar de lado a la administración pública y a muchos de sus ministros. A comienzos de 1945, Lammers se quejaba de no haber visto a Hitler desde septiembre del año anterior, y de que «continuamente recibía presiones de todos lados para precipitar las numerosas decisiones apremiantes que se esperan del Führer».[192] El jefe de la administración pública se vio así reducido a pedirle al jefe de la Cancillería del Partido que le permitiese ver al jefe de Estado. El eclipse de la administración tradicional del Estado en comparación con el partido no habría podido ser más obvio. Y quedó subrayado aún en mayor medida con el poder creciente de Goebbels, cuya iniciativa abogando por la «guerra total» en 1943 logró, entre otras cosas, acercarlo más que nunca al núcleo de la dirección económica.[193]

Nada más iniciarse la guerra, los líderes regionales del partido habían sido nombrados en sus nuevos puestos a título de comisarios regionales para la Defensa del Reich, una posición que les facultaba para actuar con independencia de los gobernadores civiles y las autoridades militares regionales existentes. Las discrepancias posteriores por una cuestión de competencias acabaron en victoria para el partido el 16 de noviembre de 1942, cuando el número de comisarios para la Defensa del Reich se incrementó de trece a cuarenta y dos, y las regiones que cubrían coincidían exactamente con la división regional del partido. Se sucedieron nuevas luchas por el poder a medida que los intentos de Bormann para controlar a los comisarios desde la Cancillería del Partido resultaban frustrados por el acceso directo a Hitler de éstos, con tendencia a recurrir de forma creciente a su propio personal para hacer que sus órdenes entrasen en vigor, en lugar de pasar por las administraciones regionales estatales como se suponía que debían hacer. A partir de marzo de 1943, chocaron con el nuevo ministro del Interior, Heinrich Himmler, sin duda un adversario más duro que su predecesor, Wilhelm Frick, pero que también se encontró con la pérdida de eficacia de la administración pública a consecuencia de la guerra. Un informe de Ernst Kaltenbrunner, sucesor de Heydrich como jefe del Servicio de Seguridad de las SS, presentado el 26 de agosto de 1944 por encargo de Himmler, confirmó que los líderes regionales estaban eludiendo a los funcionarios públicos con su propio personal. Kaltenbrunner escribió descorazonadoramente:

> En la presente situación, a la población no le gusta que no siempre se anteponga la cooperación presidida por la camaradería y que, por el contrario, haya gente que se aproveche de la coyuntura para obtener cambios en el equilibrio interno de poder. La necesidad constante de los órganos de gobierno locales de defender su posición origina una pérdida de energía, inhibe la iniciativa y en ocasiones produce un sentimiento de impotencia.[194]

Con el deterioro de la situación militar, los cuadros del partido se ocuparon todavía más de apuntalar la moral y aislar a «rezongones» y a protestones. Cada jefe de bloque, con arreglo a una serie de instrucciones dictadas el 1 de junio de 1944 por Robert Ley en su calidad de jefe de organización del partido, debía visitar cada vivienda al menos una vez al mes y asegurarse de que sus residentes tenían el nivel correcto de compromiso político e

ideológico. Cuando peor iban las cosas, más trataba el partido de recrear la atmósfera del «tiempo de lucha» anterior a 1933.[195] En las filas del Partido Nazi, muchos a quienes las fuerzas armadas habían empequeñecido hasta ese momento veían con buenos ojos el poder y la influencia crecientes del partido. «En general —escribió Inge Molter, cuyo padre se había afiliado al Partido Nazi en Hamburgo en 1932, a su marido, Alfred, el 7 de agosto de 1944—, estos tiempos me recuerdan enormemente al tiempo de lucha. Como en aquellos días, papá tiene que darle al partido cada minuto libre».[196]

## II

Un gran número de sanciones legales servían para hacer cumplir los mayores niveles de compromiso ideológico que la guerra requería. Como Roland Freisler, secretario de Estado del Ministerio de Justicia del Reich, afirmó en septiembre de 1939:

> Alemania está implicada en una lucha por el honor y la justicia. Hoy más que nunca, el soldado alemán se erige en el modelo de cumplimiento con el deber para cualquier alemán. Todo aquel que, en vez de tratar de parecerse a él, peca contra el pueblo no tiene sitio en nuestra comunidad [...] ¡No aplicar la severidad más extrema contra esos parásitos constituiría una traición al soldado alemán combatiente![197]

Detrás de tales consideraciones se cernía el espectro perenne de 1918. Otra afirmación del Ministerio de Justicia del Reich en enero de 1940 aclaraba las cosas:

> Durante la guerra, la tarea del sistema judicial es la eliminación de los elementos políticamente perniciosos y criminales que, en un momento crucial, pudieran tratar de apuñalar por la espalda el frente de batalla (es decir, los consejos de obreros y soldados de 1918). Esto es tanto más importante por cuanto la experiencia muestra que el sacrificio de las vidas de los mejores en el frente entraña el fortalecimiento de los elementos inferiores en la retaguardia.[198]

El pensamiento social darwinista en afirmaciones como ésa se reflejaba en una mayor tendencia a juzgar y castigar a los infractores en función de quiénes eran, no por lo que hubieran hecho. Se veía claramente en las leyes nuevas, a menudo formuladas con términos imprecisos, repletos de

referencias a «parásitos del pueblo». Nada más estallar la guerra, la pena de muerte se aplicó a cualquiera declarado culpable por intentar «subvertir o paralizar públicamente la voluntad del pueblo alemán o de un pueblo aliado de afirmarse en el terreno militar».[199] Un decreto contra parásitos del pueblo publicado el 5 de septiembre de 1939 sometía a la pena capital a cualquiera que fuese declarado culpable por delitos contra la propiedad o las personas cometidos durante los apagones, incluyendo los saqueos, y a cualquiera que dañase la voluntad de combatir del pueblo alemán. El empleo de armas de fuego en la comisión de crímenes violentos se hizo sancionable con la pena de muerte desde el 5 de diciembre de 1939. El Código Penal del Reich se enmendó para aplicar la pena de muerte a cualquiera que suponga un «obstáculo» al esfuerzo bélico alemán. Esas infracciones incluían, por ejemplo, hacer comentarios «derrotistas». En virtud de otro decreto, acaparar o esconder provisiones de comida se podía castigar con la muerte. Ésta era también la condena que se imponía a todo aquel que dañase deliberadamente material militar o fabricase municiones defectuosas. En total, a comienzos de 1940 más de cuarenta infracciones diferentes, algunas de ellas, como las que hemos visto, definidas en términos enormemente imprecisos, eran castigables con la ejecución. En 1941, la pena de muerte se extendió para incluir a «delincuentes habituales» peligrosos.[200]

Como es lógico, las ejecuciones por delitos empezaron entonces a incrementarse. En 1939, 329 personas fueron condenadas a muerte en el Gran Reich Alemán; en 1940 esa cifra se incrementó hasta 926, y en 1941, a 1.292, antes de saltar drásticamente a 4.457 en 1942 y a 5.336 en 1943. En total, los tribunales del Tercer Reich, y en especial los tribunales especiales regionales y el Tribunal Popular nacional, pronunciaron 16.560 sentencias de muerte, de las cuales 664 se dictaron entre 1933 y 1939, y 15.896 durante la guerra. En torno a 12.000 de ellas se ejecutaron, las demás se conmutaron por la cadena perpetua. El mismo Tribunal Popular pronunció más de 5.000 sentencias de muerte a lo largo de toda su trayectoria, más de 2.000 de ellas sólo en 1944. Desde 1936, las ejecuciones en Alemania se habían cumplido mediante la guillotina, pero en 1942 los verdugos oficiales del Estado estaban empleando también la horca por la

razón de que ésta era más rápida, más sencilla y más limpia. Por entonces, eran tantas las ejecuciones que estaban teniendo lugar en las prisiones estatales de Alemania que el ministro de Justicia consintió que se llevaran a cabo a cualquier hora del día, en lugar de practicarse sólo al amanecer como anteriormente. Se contrataron nuevos verdugos, en casi todos los casos procedentes del entorno tradicional de los verdugos profesionales, con sus conexiones con los viejos oficios de la matanza y la compra-venta de carne de caballo para los mataderos. En 1944 había 10 verdugos principales en activo, con un total de treinta y ocho asistentes a su servicio. Posteriormente, uno de ellos afirmó haber despachado a más de 2.800 delincuentes durante su tiempo de permanencia en el cargo, desde 1924 hasta 1945. A menudo, el tiempo que entonces se dejaba transcurrir entre la sentencia y la ejecución no iba más allá de unas pocas horas, ciertamente no lo suficiente para preparar y considerar peticiones de clemencia. No obstante, los pabellones de la muerte en las prisiones alemanas empezaron a sufrir un serio hacinamiento. Aproximadamente, la mitad de las ejecuciones realizadas hasta finales de 1942 correspondieron a no alemanes, sobre todo trabajadores forzados polacos y checos que, como hemos visto, se hallaban sometidos a sanciones legales particularmente draconianas. En la noche del 7 al 8 de septiembre de 1943, el Ministerio de Justicia ordenó la ejecución en la horca de 194 prisioneros en el penal de Plötzensee, en Berlín, con la finalidad de reducir el hacinamiento, el cual se había agravado desde que un ataque aéreo había dañado algunas de las celdas de la prisión. Tras matar a setenta y ocho, en tandas de ocho, se descubrió que de la oficina de la prisión habían salido expedientes erróneos, y que seis de los reclusos ejecutados no habían recibido en absoluto sentencias de muerte. Como era habitual, los funcionarios del ministerio no encaminaron sus esfuerzos a subsanar, aunque fuera retrospectivamente, esa injusticia, sino a buscar a los otros seis prisioneros a los que se debería haber ejecutado. En la mañana del 8 de septiembre, el verdugo, cuya petición de interrumpir el proceso durante veinticuatro horas había sido tajantemente rechazada, había completado su trabajo con otros 142 ahorcamientos. Los cuerpos quedaron tirados a la intemperie, con elevadas temperaturas, durante varios días antes de ser retirados.[201]

Esas medidas, en especial cuando se aplicaban a alemanes autóctonos, reflejaban en buena medida la propia creencia inveterada de Hitler en el sentido de que el sistema judicial alemán era demasiado indulgente. El 8 de febrero de 1942, por ejemplo, se quejó en privado de que se encarcelaba a demasiados ladrones de viviendas y cacos en general, donde eran «mantenidos a expensas de la comunidad». Habría que «enviarlos a un campo de concentración de por vida o aplicarles la pena de muerte. En tiempo de guerra —añadía—, este último castigo sería el apropiado, aunque sólo sea para servir de ejemplo». Pero el sistema judicial aún seguía obsesionado con «hallar circunstancias atenuantes; siempre conforme a los usos de los períodos de paz. Tenemos que poner fin a esa clase de prácticas».[202] En marzo de 1942, se indignó hasta tal punto al leer una noticia en la prensa, a propósito de una sentencia de cinco años de cárcel dictada por un tribunal en Oldenburg para un hombre que había golpeado y maltratado a su mujer hasta la muerte, que telefoneó al secretario de Estado Schlegelberger en el Ministerio de Justicia «con la mayor vehemencia» para quejarse de ello.[203] El asunto obviamente aún le irritaba cuando se acercó al Reichstag el 26 de abril de ese año para pronunciar un discurso importante, difundido por radio para toda Alemania. «En lo sucesivo —afirmó, arrancando fuertes aplausos— voy a intervenir en esos casos y relevar de su cargo a los jueces que fracasen estrepitosamente en el cumplimiento de las exigencias de hoy en día».[204] Los jueces quedaron consternados. Ni siquiera los nazis habían sugerido hasta ese momento romper el principio largamente asentado de la inamovilidad de los jueces. Una amenaza así les hizo responder con la mayor docilidad a la presión que entonces recaía sobre ellos para que impusieran condenas más severas a los delincuentes. En muchos casos, las mismas ya procedían de Hitler. Éste había ordenado al ministerio que le telefoneara en unas dieciocho ocasiones desde el comienzo de la guerra para exigir que los delincuentes sobre quienes él había leído en la prensa matutina que habían sido condenados a penas de encarcelamiento fueran «fusilados al tratar de escapar». El ministro de Justicia, el conservador Franz Gürtner, había tratado de imponer algún tipo de procedimiento ordinario en tales intervenciones, pero en enero de 1941 había fallecido, y Franz Schlegelberger, el funcionario de mayor rango en el

ministerio, le había sucedido en el cargo. Esto convirtió en extremadamente vulnerable al ministerio. El 20 de agosto de 1942, Hitler acabó sustituyéndolo por Otto-Georg Thierack, un nazi de la línea dura y presidente del Tribunal Popular; el secretario de Estado del ministerio, Roland Freisler, dejó su puesto para ocupar la plaza de Thierack en el Tribunal Popular.[205]

En la reunión durante un almuerzo que se celebró para señalar esa transición, Hitler dejó clara su convicción de que la justicia era esencialmente un asunto de eugenesia. En la guerra, dijo, «siempre terminan muriendo los mejores hombres. Todo este tiempo, el que no sirve absolutamente para nada es objeto de cariñosos cuidados en cuerpo y alma» en prisión. Si no se hiciera nada, habría «un cambio paulatino en el equilibrio de la nación» en favor de los elementos inferiores y criminales. El juez, concluyó, debe ser por tanto «el bastión de la conservación de la raza».[206] Thierack se puso en acción enseguida. A principios de septiembre de 1942, empezó a expedir «cartas para los jueces» [*Richterbriefen*], donde esbozaba para los tribunales casos en los que la supuesta indulgencia de éstos había suscitado la crítica de Hitler, de las SS o de elementos del partido, e instruyéndolos sobre el modo de tratar casos similares en el futuro.[207] También daba consejos en relación con los principios generales. El 1 de junio de 1943, por ejemplo, les dijo que «la finalidad de condenar radica en la protección de la comunidad nacional», y que el castigo «en nuestro tiempo tiene que cumplir con la tarea profiláctico-popular de limpiar continuamente el conjunto de la raza por medio de la eliminación implacable de los criminales que no merecen vivir».[208] Para la consecución de tal objetivo, Thierack maniobró también para regular la relación entre el sistema judicial y las SS, las cuales —no únicamente a instancias de Hitler— habían estado apoderándose de delincuentes condenados a períodos de reclusión y fusilándolos «al tratar de escapar», o ejecutando en realidad por iniciativa propia a delincuentes antes incluso de ponerlos a disposición judicial. Lo que el ministerio llamaba con delicadeza la «corrección de sentencias judiciales insuficientes por medio de un tratamiento especial de la policía» iba a cesar; Bormann y Himmler iban a derivar esos casos al ministerio, junto con las peticiones de clemencia, de manera que el tiempo

de Hitler ya no se ocupara con esa clase de asuntos triviales. Las oficinas locales y regionales del partido y las SS recibieron la orden de que en lo sucesivo dejasen de interferir en el proceso judicial. Como un *quid pro quo*, Thierack acordó en su reunión con Bormann y Himmler el 18 de septiembre de 1942 que los «asociales» serían transferidos desde las prisiones estatales a las SS «para su exterminio por medio del trabajo». «Las personas en prisión preventiva serán entregadas sin excepción, checos o alemanes con penas de más de ocho años atendiendo a la recomendación del ministro de Justicia del Reich».[209]

17. Centros de reclusión alemanes.

Una gran cantidad de delincuentes no alemanes quedaron desde ese momento en manos de las SS, si bien otros continuaron pasando por los tribunales. Esto explica en buena medida el hecho de que la cifra de penas de muerte oficialmente registrada en el Reich cayese de 5.336 en 1943 a 4.264 el año siguiente, si bien el descenso podría obedecer en parte al hecho de que estuvieran llamando a filas para ir al frente a los jueces furibundamente nazis de la generación más joven, dejando los tribunales en manos de los jueces de mayor edad, que conservaban al menos algún vestigio de lealtad al proceso judicial.[210] El descenso estadístico, en otras palabras, marcaba un aumento incesante en el número de alemanes autóctonos sentenciados con penas de muerte. A ellos se sumaban los «asociales» y los «delincuentes habituales» que Thierack enviaba a las SS para su «exterminio por medio del trabajo». Una vez que Hitler dio su consentimiento a las matanzas el 22 de septiembre de 1942, comenzó el traslado de prisioneros desde los centros penitenciarios. En su mayoría se trataba de «reclusos por razones de seguridad», delincuentes reincidentes que habían estado en prisión desde los primeros años del Tercer Reich. En el proceso quedaron también incluidos los gitanos y los judíos confinados en las prisiones. Los presos cuyo traslado a un campo de concentración tenía que ser recomendado por el ministerio eran examinados en las prisiones por funcionarios, generalmente en una sesión muy breve que no se prolongaba más allá de unos pocos minutos. Algunos permanecían en prisión una vez vencida la fecha en que debían ser puestos en libertad para poder examinarlos de esa manera. Los alcaides de las cárceles intentaban, y lograban en muchos casos, retener a aquellos prisioneros cuyo trabajo fuera especialmente valioso desde el punto de vista económico para el centro penitenciario en cuestión. En total, más de 20.000 reclusos fueron entregados. A la mayoría de ellos los condujeron a Mauthausen, donde a su llegada los golpeaban salvajemente, a veces hasta la muerte; a continuación, si sobrevivían a ese tormento, se veían obligados a subir los 186 empinados escalones de la cantera del campo transportando piedras de hasta 50 kilos de peso. Si los prisioneros se tambaleaban y caían, los guardias de las SS, que en ocasiones los arrojaban a la cantera desde una altura de 30 o 40 metros, les pegaban un tiro o los obligaban a vaciar camiones de piedras

sobre los hombres que trabajaban abajo. Algunos presos acababan con su sufrimiento arrojándose al precipicio, a las profundidades de la cantera. A finales de 1942, el índice de mortalidad de los presos trasladados se situó en el 35 por 100, muy por encima de cualquier otro grupo de presos en un campo de concentración aparte de los judíos.[211]

## III

Los presos que quedaban en las prisiones estatales de Alemania experimentaron unas condiciones que no hicieron sino empeorar paulatinamente con el transcurso de la guerra. La necesidad de mano de obra incrementó bruscamente la presión sobre el Ministerio de Justicia para que llevase a la práctica lo que Thierack llamaba la «movilización de presos». Éstos eran cedidos cada vez en mayor número a los fabricantes de armas, a cambio de una suma apropiada, de igual manera que los prisioneros de los campos de concentración. Asimismo, ello suponía que a menudo los enviasen a subcampos en vez de mantenerlos encarcelados. En las cárceles, las provisiones de comida empezaron a escasear, y los presos a veces no tenían otra cosa que comer que forraje para animales y hortalizas enmohecidas. Así, por ejemplo, en 1943 trascendió que los reclusos de Plötzensee, cuando daban vueltas por el patio de la prisión en su ejercicio diario, arrancaban las hojas de los árboles para enriquecer la sopa. La pérdida de peso y las deficiencias vitamínicas debilitaban a los presos y los hacían más propensos a sufrir infecciones.[212] Las provisiones de comida no iban a la par con el aumento de la población reclusa, sobre todo entre las mujeres. La cifra de mujeres condenadas por delitos subió de 46.500 en 1939 a 117.000 en 1942, y la de delincuentes juveniles lo hizo de 17.500 a 52.500. Muchas de las sentencias sancionaban infracciones de las leyes y los reglamentos vigentes durante la guerra, sobre todo delitos económicos, que aumentaron de menos de 3.000 en 1940 a más de 26.500 dos años después. Las condenas por asociación ilegal con prisioneros de guerra, un delito nuevo, alcanzaron 10.600 casos en 1943. Pero el número de personas condenadas por otros delitos también aumentó: por ejemplo, las condenas por robo aumentaron de 48.000 en 1939 a cerca de 83.000 en 1943. En

cambio, los delitos sexuales disminuyeron sensiblemente, reduciéndose en más de un 50 por 100 las condenas por proxenetismo, las de violación en más de un 65 por 100 y los delitos sexuales con menores en más del 60 por 100. La policía estaba obviamente tan ocupada haciendo cumplir las restricciones impuestas por la guerra que estaba comenzando a descuidar otros ámbitos de la legislación penal, si bien el descenso de los delitos sexuales sería también reflejo de la partida de millones de varones jóvenes al frente de batalla.[213]

Inevitablemente, el hacinamiento en esas circunstancias se convirtió en un grave problema en las instituciones penales estatales de Alemania durante la guerra. La población reclusa total creció de algo menos de 110.000 personas a mediados de 1939 hasta 144.000 a mediados de 1942 y 197.000 a mediados de 1944. En el Antiguo Reich —el territorio comprendido dentro de las fronteras de 1937 con algunos pequeños añadidos durante la guerra—, la cifra subió de unos 100.000 a comienzos de la guerra hasta 140.000 en septiembre de 1942 y 158.000 dos años más tarde. La proporción de mujeres reclusas se incrementó desde el 9 por 100 de la población presa en 1939 al 23 por 100 cuatro años después, cuando en los establecimientos penitenciarios alemanes había más de 43.000 mujeres entre rejas. Esas cantidades sobrepasaban con creces la capacidad de las prisiones. La suciedad y las enfermedades fueron el resultado a medida que cada celda era ocupada por varios reclusos, se sobrepasaban las limitaciones de las instalaciones sanitarias y era poco menos que imposible lavarse y ducharse, sobre todo en el último año de la guerra. Las infestaciones con sarna y piojos se hicieron comunes, y varias prisiones sufrieron epidemias de tifus y otras enfermedades infecciosas. Los guardias de las prisiones gastaban cada vez peor genio y eran más propensos a recurrir a la violencia para mantener el orden, en la medida en que la proporción de guardias y prisioneros se deterioró de 1 a 6 (en 1939) a 1 a 14 (en 1944). En algunos casos los prisioneros estaban encadenados a la pared o al suelo mientras se les castigaba. Las palizas, relativamente infrecuentes en la década de 1930, devinieron lugar común en los dos últimos años de la guerra. Debido a la decisión de las autoridades de prisiones de ayudar a recolectar ropa de invierno para auxiliar a las tropas alemanas que se estaban congelando a las

puertas de Moscú en diciembre de 1941, a los reclusos les fueron confiscados más de 55.000 calcetines y cerca de 5.000 jerseys, exponiendo a los presos al frío y provocando un aumento de los índices de mortalidad. Las cárceles no disponían de refugios antiaéreos, y las que se encontraban en el centro o en las inmediaciones de grandes núcleos urbanos estaban especialmente expuestas a la destrucción de los bombardeos, provocando más muertes y un mayor hacinamiento al menguar el número de celdas.[214]

Incluso después de 1943 había más alemanes en las prisiones estatales que en los campos de concentración. Pero las condiciones en estos últimos también se deterioraron. Desde mediados de la década de 1930, los campos habían empezado a funcionar básicamente como centros de detención de «asociales» y otras minorías, después de haber liberado por buena conducta a la mayoría de los adversarios políticos del régimen, para quienes se habían pensado los campos en un principio. Sin embargo, nada más iniciarse la guerra los campos empezaron a reanudar su función anterior como centros de detención y disuasión para la población civil alemana en el sentido más amplio, sobre todo antiguos comunistas y socialdemócratas. Al dar comienzo la guerra, Hitler le dio a Himmler nuevos poderes para detener y encarcelar que éste utilizó, con la aprobación del Führer, para detener a personas sospechosas de oponerse al régimen. El 26 de octubre de 1939, la Gestapo ordenó que en caso de que se produjera el traslado a un campo de un obrero de una fábrica de armas, por su comportamiento hostil al Estado o muy probablemente por minar la moral de los trabajadores, había que poner un aviso en la factoría comunicando el hecho, añadiendo en casos severos que la persona había quedado recluida en un bloque de castigo. La orden añadía que había que tener buen cuidado de no anunciar la duración de la condena o la fecha de puesta en libertad. Si se ordenaba un castigo corporal en el campo para el trabajador, también había que informar de este hecho.[215] Por si esto no era lo bastante disuasorio, los campos empezaron a funcionar como lugares donde se ejecutaba a personas a las que la policía había detenido acusadas de «sabotaje» u «holgazanería». Las ejecuciones gozaban de una amplia cobertura publicitaria. Rudolf Höss contó más tarde que mientras aún se hallaba en Sachsenhausen detuvieron a un antiguo comunista en la fábrica de aviones Junkers tras negarse a llevar a

cabo trabajos de protección contra ataques aéreos; Himmler en persona ordenó su ejecución, que iba a tener lugar en el campo de concentración más cercano. El hombre fue llevado a Sachsenhausen, donde correspondía a Höss encargarse de la ejecución. Ordenó que en una cantera de arena situada no lejos de los talleres del campo erigieran un poste y dispuso que ataran al hombre al mismo. «El hombre estaba completamente resignado a su suerte», recordó más tarde, aunque «no había pensado que fueran a ejecutarlo. Se le permitió escribir a su familia y le dieron cigarrillos tal como había pedido». Un pelotón de fusilamiento le disparó al corazón y Höss le dio «el *coup de grâce*». «En los días posteriores —añadió Höss— íbamos a tener abundantes experiencias de esa clase. Casi no había día en que no tuviese que formar con mi pelotón de ejecuciones».[216]

La mayor parte de alemanes enviados a los campos se convirtieron en reclusos de larga duración. En consecuencia, los presos «políticos» se convirtieron una vez más en una parte importante de la población de los campos. Tenían que llevar un triángulo rojo en sus uniformes para distinguirlos de las otras categorías de presos, como los «delincuentes comunes», marcados con un triángulo verde. Los testimonios posteriores de los presos políticos acerca de sus vivencias en los campos describían a los «delincuentes comunes» en particular como hombres brutales y despiadados a quienes las SS ponían a sabiendas en puestos de responsabilidad con objeto de intimidar a los demás. La realidad fue bien diferente. Las SS utilizaron tanto a los «delincuentes comunes» como a los «políticos» para trabajar al servicio de la administración del campo en el control de los otros presos, porque eran alemanes y cumplían por tanto los criterios raciales exigidos por las SS para ocupar puestos de responsabilidad. Benedikt Kautsky, hijo de un socialdemócrata prominente de la época del Imperio, recordó más tarde de su propio período como prisionero en diversos campos de concentración que se libraba una «lucha enconada» permanente entre los «rojos» y los «verdes», en la cual cada bando solía denunciar ante las SS a los miembros del otro, tomar parte en «intrigas despreciables» y organizar «revoluciones palaciegas» contra sus adversarios. Los vencedores quedaban en condiciones de acceder a empleos relativamente seguros en la oficina del campo, a una comida mejor, a ropa

mejor y a una mayor libertad de acción, más poder y más estatus. Alcanzar el puesto de «jefe de bloque» o «kapo» significaba mejores posibilidades para sobrevivir. Fue así como los presos políticos lograron en algunos campos, especialmente en Buchenwald y Neuengamme, hacerse con el control de la administración interna de los propios reclusos. No hay pruebas convincentes de que los «delincuentes comunes» fuesen en ningún caso más crueles o faltos de escrúpulos que los otros, los kapos políticos. La supervivencia de todos ellos dependía del cumplimiento de las órdenes de las SS.[217]

La enorme expansión de los campos, a medida que dejaban de ser centros de castigo para erigirse en suministradores de mano de obra forzada, transformó el carácter de los mismos. De los 21.000 presos en su mayor parte alemanes a mediados de 1939, el sistema aumentó para albergar a 110.000 en septiembre de 1942 y a cerca de 715.000 en enero de 1945, de los que 202.000 eran mujeres. En Buchenwald, por ejemplo, sólo en 1944 ingresaron cerca de 100.000 nuevos prisioneros. El campo albergaba presos de más de treinta países diferentes, y los extranjeros superaban con creces en número a los alemanes.[218] En tales circunstancias, al no poder las autoridades del campo responder adecuadamente con programas de construcción para atender la afluencia masiva de nuevos prisioneros, la muerte y las enfermedades, ayudadas por la brutalidad de los guardias del campo, se hicieron incluso más habituales que antes. Por debajo de la aristocracia del campo que constituían «verdes» y «rojos», la gran multitud de prisioneros vivía en todo momento en un estado de miedo y privaciones. La vida en los campos era, salvo raras excepciones, una guerra de todos contra todos por la supervivencia de los mejor adaptados, asignándose las peores ocupaciones a quienes eran menos capaces de defenderse. Los judíos y los eslavos recibían las raciones más reducidas de comida y el alojamiento menos adecuado, y el hambre, el agotamiento, las palizas y las enfermedades tornaban a los más débiles en «musulmanes» (*Muselmänner*), el apelativo de los presos para aquellos que habían perdido toda esperanza. Estos últimos ya no intentaban mantener alguna limpieza,

impedir que otros presos les robasen la comida o sobrevivir a los golpes que los guardias y los kapos descargaban inevitablemente sobre ellos, hasta que morían víctimas de los malos tratos y el agotamiento.[219]

La transformación de los campos en centros de abastecimiento de mano de obra para la industria y la afluencia de cientos de miles de nuevos prisioneros deparaban oportunidades para el propio enriquecimiento que los comandantes y los oficiales no tardaron en explotar. Consciente del problema de la corrupción, Himmler dirigió unas palabras a los líderes más destacados de las SS en Posen el 4 de octubre de 1944, recordándoles que ellos habían tomado de los judíos «cuantas riquezas tenían» y se las habían entregado al Reich.

> No nos hemos quedado con nada. Los hombres que por su cuenta hayan actuado mal serán castigados. [...] Algunos hombres de las SS —no hay ciertamente muchos— no han estado a la altura y morirán sin compasión. Teníamos el derecho moral, teníamos la obligación para con nuestro pueblo de destruir a ese pueblo que quería destruirnos. Pero no tenemos derecho a utilizar en beneficio propio una prenda de piel, un reloj, cigarrillos o cualquier otra cosa. Hemos exterminado una bacteria porque no queremos que la bacteria acabe por infectarnos y provocarnos la muerte. No veré surgir ni prosperar el menor brote de septicemia. Allí donde pueda aferrarse, la cauterizaremos.[220]

Himmler estaba refiriéndose, al menos de manera implícita, a una comisión de investigación a las órdenes de un juez de las SS, Konrad Morgen, que había destapado abundantes evidencias de corrupción en la administración de varios de los campos. Únicamente se hizo fusilar en el acto a unos pocos de los responsables; a la mayoría de ellos los destituyeron o trasladaron a otros cometidos. El más prominente entre ellos fue el comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, a quien trasladaron el 22 de noviembre de 1943 para que se ocupara de tareas administrativas en la inspección de campos de concentración. A algunos otros comandantes de los campos se les sancionó de una manera similar, incluyendo, como hemos visto, a los de Majdanek y Treblinka. El caso de Karl Otto Koch, destituido como comandante de Buchenwald a finales de 1941, se salió de lo habitual por su severidad. Las extensas investigaciones de Morgen en el transcurso de 1942 y 1943 revelaron que Koch no sólo había malversado cuantiosas sumas de dinero de las SS, sino que además había permitido darse a la fuga a prisioneros,

destruido pruebas cruciales de su corrupción y asesinado a testigos clave. Con la aprobación de Himmler, Morgen arrestó a Koch el 24 de agosto de 1943, lo puso ante un tribunal de las SS e hizo que lo condenasen a muerte: lo fusilaron finalmente en Buchenwald pocos días antes de que fuerzas estadounidenses liberasen el campo.[221]

## IV

Al agravarse el hacinamiento en los campos las enfermedades comenzaron a proliferar, y los presos desnutridos y víctimas de malos tratos sucumbían cada vez más a las infecciones, entre las que a veces había epidemias mortíferas de tifus. Los bloques que servían de hospital en los campos comenzaron a sufrir bajo la presión. Por esa razón, Himmler se dirigió a la unidad T-4 de «eutanasia» en Berlín a principios de 1941 solicitando su ayuda. Inicialmente, al estar ocupados por entero dando muerte a los discapacitados psíquicos y a los enfermos mentales, los miembros del equipo de la T-4 no pudieron prestar su ayuda. Pero cuando se detuvo el programa de matanzas en agosto de 1941 de resultas de la intervención del obispo von Galen, los dos administradores principales de la unidad, Philipp Bouhler y Viktor Brack, empezaron a enviar doctores de la T-4 para evaluar a los reclusos de los campos que habían enfermado de gravedad. Actuaban bajo la denominación burocrática de «tratamiento especial 14f13», ideada por el jefe del cuerpo de inspectores de campos de concentración, donde «tratamiento especial» significaba «matar», el «14» indicaba que se trataba de muertes registradas en los campos, y el «13» se refería a la causa de la muerte, en este caso, gaseamiento (hubo otras denominaciones archivadas como «14f6», suicidio, «14f7», muerte natural, etc.).[222] Con el programa 14f13, desde septiembre de 1941 visitaron los campos comisiones de doctores de la organización de la eutanasia. Tras una inspección meramente visual de los prisioneros a los que las SS obligaban a formar ante ellos, cumplimentaban formularios del tipo de los utilizados habitualmente en la operación T-4 para aquellos a los que escogían para morir. Los formularios se enviaban a la oficina de Brack en Berlín, desde donde eran remitidos al centro de matanzas que se hubiera escogido (Bernburg, Hartheim o

Sonnenstein), el cual solicitaba a continuación que el campo correspondiente entregase a los presos designados. Como se traslucía claramente en una carta que uno de los miembros de un tribunal médico, Friedrich Mennecke, le envió a su mujer el 26 de noviembre de 1941 desde el campo de concentración en Buchenwald, en muchos casos el proceso de selección era una «tarea puramente teórica» que apenas tenía algo que ver con la medicina. Se aplicó concretamente con «un total de 1.200 judíos —escribió— que no tienen en ningún caso que ser "examinados", pero cuyas razones para haber sido detenidos (a menudo muy amplias) se han de tomar de los archivos y copiar en los formularios». Mennecke diagnosticó a los presos no judíos a los que escogía para morir con expresiones tales como «psicópatas compulsivos, desarraigados, de mentalidad antigermánica», o «psicópatas que odian ciegamente a los alemanes y asociales». Bajo el epígrafe «síntomas», Mennecke introdujo descripciones como «comunista obcecado, indigno de incorporarse a las fuerzas armadas», o «infamia racial permanente».[223]

A los escogidos para morir les decían que iban a trasladarlos para que estuvieran en mejores condiciones. Después de la primera inspección, los presos se volvían más precavidos y les decían a sus compañeros reclusos que se quitaran las gafas antes de formar delante de los médicos y que no se registraran con lesiones menores si podían evitarlo. El hecho de que a los presos escogidos les dijeran que dejaran sus gafas, junto con prótesis y demás accesorios utilizados por los discapacitados antes de iniciar el traslado se consideraba acertadamente como una señal inequívoca de la suerte que les aguardaba. La cantidad de elegidos era considerable. Ya la primera vez que echaron las redes, en los campos del Antiguo Reich y la antigua Austria —Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Mauthausen, Neuengamme y Ravensbrück—, los doctores seleccionaron a no menos de 12.000 víctimas. Esto no fue muy del agrado de Himmler, quien ordenó a los comandantes de los campos que únicamente matasen a los presos que no estuvieran en condiciones de trabajar; en abril de 1943 aún se restringió más, aplicándose únicamente a los enfermos mentales. No obstante, la cifra total de prisioneros de los campos de concentración asesinados en las cámaras de gas del programa T-4 se había elevado a unos 20.000. Desde

abril de 1944, el campo de concentración de Mauthausen, donde 10.000 de alrededor de 50.000 prisioneros estaban registrados como enfermos, empezó a enviar a reclusos directamente a la cámara de gas de Hartheim sin la participación de la organización de la eutanasia en Berlín; así se acabó con la vida de un número de presos que se desconoce. Debido a la envergadura del programa, la demolición planificada de la cámara de gas se aplazó hasta el 12 de diciembre de 1944.[224]

Éste no fue el único fin para el que se utilizaron Hartheim y los otros centros de matanza del programa de la T-4 después de agosto de 1941. Brack y Bouhler no sólo enviaron a sus expertos a los campos o los trasladaron temporalmente con motivo de la operación Reinhard en el este, también los utilizaron para continuar con el programa original de matanzas en secreto. La protesta de Galen había debilitado la posición política de la organización que ambos dirigían, que se convirtió en objeto de disputas internas entre el grupo de la T-4, con sede en la Cancillería del Führer, y el Ministerio del Interior que acabaron en un compromiso tenso en que el programa quedaba bajo el control formal de Herbert Linden, que ocupaba el nuevo cargo de comisario del Reich para las instituciones sanitarias y asistenciales dependiente del Ministerio del Interior. Sin embargo, el grupo de la T-4 continuó con su cometido. Viktor Brack, su figura principal, explicaba a los implicados que «la “operación” no se ha acabado con la interrupción ocurrida en agosto de 1941, sino que continuará».[225] Las organizaciones subsidiarias, como el grupo de transporte que trasladaba a los pacientes a los centros de matanza, también se mantuvieron en funcionamiento. Era indudable para todos que las matanzas en masa tenían que dejar paso en ese momento a los asesinatos a título individual con el fin de no despertar sospechas en la gente, pues el cierre de las cámaras de gas no había puesto fin a la inquietud generalizada. El 18 de noviembre de 1941, por ejemplo, en lo que fue sin duda alguna el ataque frontal más decidido al programa por parte de un médico durante la vigencia del Tercer Reich, Franz Büchner, profesor de medicina en la Universidad de Friburgo, se preguntó retóricamente en una conferencia sobre el juramento hipocrático: «¿El ser humano del futuro será valorado únicamente por su valor biológico?». Su respuesta fue inequívocamente negativa. «Todo

médico que piense en términos hipocráticos rechazará la idea de que la vida de los enfermos incurables debería describirse, en el sentido de Binding y Hoche, como una vida indigna de ser vivida». Binding y Hoche, autores de un breve tratado influyente en defensa de la eutanasia involuntaria, estaban por consiguiente a juicio de Büchner abogando por la violación de la ética médica fundamental. «La vida —afirmó Büchner— es el único amo a quien debe servir el médico».[226]

Pero el personal médico en el cuartel general de la T-4 en Berlín y en las instituciones psiquiátricas y asistenciales seguía comprometido con la idea de poner fin a «la vida indigna de ser vivida». Los asesinatos de niños por medio de inyecciones letales o de una inanición inducida continuaron como antes, sólo que ahora esos métodos se aplicaban también con pacientes adultos y en una variedad de establecimientos muy superior a los primeros centros de matanza. En Kaufbeuren-Irsee a los pacientes que podían trabajar en la granja del psiquiátrico o en alguna otra ocupación se les alimentaba con lo que se clasificaba como una «dieta normal», mientras que a los que no podían se les administraba una «dieta básica», consistente en pequeñas cantidades de hortalizas hervidas en agua. Al cabo de tres meses de no ingerir prácticamente grasas ni proteínas, quedaban tan débiles que bastaba con inyectarles una pequeña cantidad de sedantes para acabar con ellos. A finales de 1942 eran tantos los que morían que el director del psiquiátrico prohibió que sonara la campana de la capilla durante los entierros por si su frecuencia alarmaba a la población local. Se celebraron reuniones entre los directores y el personal de las diferentes instituciones para determinar la mejor manera de matar por inanición a los internos, y por ejemplo el ministro del Interior bávaro dio órdenes que estipulaban el recorte de las raciones de comida para los «improductivos». En Eglfing-Haar, a los pacientes seleccionados para morir los aislaban en pabellones especiales que no tardaron en ser apodados «casas de hambre». El director, Hermann Pfannmüller, muy franco en relación con el propósito de esas dietas, inspeccionaba con regularidad las cocinas del psiquiátrico para asegurarse de que se llevaban a la práctica. Consciente de lo que estaba pasando, el cocinero añadía grasas a la olla cuando aquél se marchaba. No obstante, desde 1943 hasta 1945 murieron alrededor de 429 internos en las

casas de hambre. En Hadamar, a los pacientes considerados incapaces de trabajar les procuraban por todo alimento una dieta a base de sopa de ortigas, sólo tres veces por semana; a los parientes que recibían cartas remitidas por los internos pidiendo paquetes de comida les contaban que la sensación de hambre era un síntoma de su enfermedad, y que en cualquier caso los soldados y las personas que estaban trabajando al servicio de la nación tenían que tener prioridad en la distribución de provisiones de alimentos. 4.817 pacientes fueron transportados a Hadamar entre agosto de 1942 y marzo de 1945: no menos de 4.422 de ellos murieron.[227]

Por entonces, el hambre y las inyecciones letales servían también para matar a los pacientes indisciplinados y refractarios, además de a todos aquellos a quienes el director del psiquiátrico considerase trabajadores poco capaces, al margen de las operaciones dirigidas por el cuartel general de la T-4 sujetas a la cumplimentación de formularios. En Kaufbeuren-Irsee, por ejemplo, a un muchacho gitano de quince años que había robado provisiones del hospital lo mataron con una inyección letal diciéndole que era una vacuna contra el tifus; en Hadamar, en diciembre de 1942, a un interno que trabajaba en la finca al que descubrieron contando historias en la población local sobre el psiquiátrico lo encerraron y murió antes del cuarto día. La corrupción tenía un papel también: los pacientes que poseían un reloj de calidad o un par de zapatos robustos morían en ocasiones a manos del personal de enfermería deseoso de hacerse con sus propiedades, mientras que en el reformatorio psiquiátrico de Kalmenhof la producción hortofrutícola de la finca de 1.000 acres perteneciente a la institución solía destinarse al director y al personal en vez de a los internos, los cuales tenían que sobrevivir con aproximadamente la mitad de su cuota prevista de leche, carne y mantequilla.[228] El programa de matanzas incluso se intensificó en 1944 y 1945 y se mantuvo sin interrupción en algunos centros hasta el final de la guerra; de hecho, en Kaufbeuren-Irsee se registró un asesinato el 29 de mayo de 1945, casi un mes después de que la guerra hubiese concluido oficialmente.[229]

En el período intermedio se habían sumado nuevas categorías de víctimas a la lista original. Hacia el final de 1942, el directorio central del programa de la eutanasia empezó a organizar la matanza de trabajadores

extranjeros forzados, polacos sobre todo, que habían desarrollado enfermedades mentales o habían contraído la tuberculosis; en Hadamar asesinaron a más de un centenar de ellos entre mediados de 1944 y el final de la guerra, y hubo más que murieron en Hartheim y otros centros de matanza establecidos, así como en nuevos campos y centros creados con esa finalidad. Las matanzas se extendieron a los recién nacidos cuyas madres, trabajadoras forzadas, se habían resistido a las presiones para que abortaran; sesenta y ochos niños menores de tres años murieron asesinados en la institución de Kelsterbach desde 1943 a 1945, porque los habían clasificado como prole racialmente indeseable de esas mujeres.[230] En Hadamar, a más de cuarenta niños sanos allí trasladados en abril de 1943 los mataron porque habían quedado clasificados como «raza mixta en primer grado», es decir, que uno de sus padres era judío. A menudo, los habían llevado para ocuparse de ellos porque sus padres habían muerto, o habían matado al padre o la madre judíos y se había dictaminado que el progenitor que quedaba era incapaz de atenderlos. El médico jefe en Hadamar, Adolf Wahlmann, justificaba esos asesinatos clasificando a las víctimas como «deficientes mentales congénitos» o «de educación difícil», aunque no existía en absoluto la menor justificación médica o psiquiátrica para semejante denominación.[231]

La matanza de los pacientes de los psiquiátricos se extendió fuera de las fronteras del Reich. Ya en 1939 y 1940, la práctica se había extendido a los psiquiátricos de la Polonia ocupada. Desde el verano de 1941 se practicó asimismo en los territorios de la Unión Soviética conquistados y ocupados por los ejércitos alemanes en el curso de la operación Barbarroja. Además de matar a una gran cantidad de judíos y miembros del Partido Comunista, los grupos operativos de las SS que seguían los pasos del ejército alemán registraban los centros psiquiátricos y mataban de forma sistemática a los internos fusilándolos, envenenándolos, privándoles de alimento o dejándolos a la intemperie en la gelidez del invierno para que muriesen de frío. Desde agosto de 1941, cumpliendo órdenes de Himmler, empezaron a buscar otras formas de hacerlo en vista de la presión que estos métodos directos causaban en los hombres de las SS, algunos de los cuales estaban cayendo en la bebida o padeciendo agotamiento nervioso. Con la ayuda de

los equipos proporcionados por Albert Widmann y el Instituto Técnico-Criminal, las SS probaron en primer lugar el confinamiento de los pacientes en un edificio y hacerlos saltar por los aires con explosivos. Esto era demasiado sucio para su gusto. De modo que procedieron a gasearlos con monóxido de carbono en camionetas móviles de gas, tal como sugería Widmann. Realizadas de esta manera, las matanzas de los pacientes internados en psiquiátricos que llevaban a cabo los grupos operativos en la Unión Soviética ocupada prosiguieron esporádicamente hasta finales de 1942. Aunque jamás se sabrá la cifra exacta, fuentes soviéticas sugieren que resultaron exterminadas de esta manera alrededor de 10.000 personas.[232]

Después de agosto de 1941 se incrementaron los esfuerzos para que la atención pública no reparase en esos programas de matanza. Por ejemplo, el traslado de pacientes se justificaba entonces como un modo de apartarlos del peligro que planteaban los ataques aéreos. Con todo, las matanzas no pudieron mantenerse completamente en secreto. El 21 de octubre de 1943, Herbert Linden se quejó al rector de la Universidad de Jena debido a que su personal estaba siendo excesivamente franco en cuanto a la continuación del programa de «eutanasia infantil»:

> Según el director Kloos, en Stadtroda, a la madre de un muchacho con idiocia se le dijo lo siguiente en la clínica de Jena: «Su hijo sufre de idiocia, no siendo posible ningún progreso, y en vista de ello debe ser trasladado al hospital regional de Stadtroda, donde tres médicos de Berlín examinan a los niños en ciertos períodos y deciden si hay que poner fin a sus vidas».[233]

Linden dijo que era preciso poner fin a esa falta de rigor. «Como sabe —añadió en una segunda carta—, el Führer quiere evitar toda discusión en relación con la cuestión de la eutanasia».[234] También se alzaron voces de protesta en el seno de la iglesia confesante, muy especialmente en octubre de 1943, cuando un sínodo celebrado en Breslau declaró públicamente: «La aniquilación de seres humanos, simplemente porque son parientes de un criminal, están viejos, son enfermos mentales o pertenecen a una raza extranjera, no es propia de la espada imperial que las autoridades han recibido de Dios».[235] Las instituciones benéficas protestantes, como el Hospital Bethel de Bodelschwingh, trataban en ocasiones de postergar el transporte de los pacientes a los centros de matanza, o de trasladarlos para

ponerlos a salvo, pero hasta los intentos de Bodelschwingh sólo tuvieron un éxito limitado.[236] La Iglesia católica se mostró vacilante al principio, aunque no tardó en percatarse de que el programa de matanzas seguía adelante. El cardenal Bertram, temeroso de exacerbar la situación todavía más tras el sermón de Galen, eliminó una carta pastoral conjunta sobre el tema que un grupo de obispos había redactado en noviembre de 1941. En cambio, a primeros de 1943, los obispos instaron a las instituciones católicas a no cooperar con el registro de pacientes para el Ministerio del Interior, que lo había ordenado a finales del año anterior con la clara intención de recopilar listas de personas de las que deshacerse.[237] El 29 de junio de 1943, el Papa Pío XII publicó una encíclica, *Mystici Corporis*, en la que condenaba la manera en que, en Alemania, «en ocasiones se ha privado de la vida a personas con malformaciones físicas, personas con trastornos mentales y personas con enfermedades hereditarias [...] La sangre de aquellos que son en todos los casos los más caros a nuestro Salvador por merecer la piedad más grande —concluyó— clama de la tierra al Cielo».[238] Más tarde, el 26 de septiembre de 1943, los obispos católicos de Alemania leyeron en voz alta desde el púlpito de las iglesias de todo el país una condena sin matices de la matanza de «los discapacitados psíquicos y los enfermos mentales inocentes e indefensos, de los enfermos incurables y los heridos de muerte, de los rehenes inocentes y de los prisioneros de guerra y los delincuentes desarmados, de las gentes de una raza o un origen extranjeros». La amplitud de los términos en que se expresaba la condena era insólita. Sus efectos en general fueron mínimos.[239]

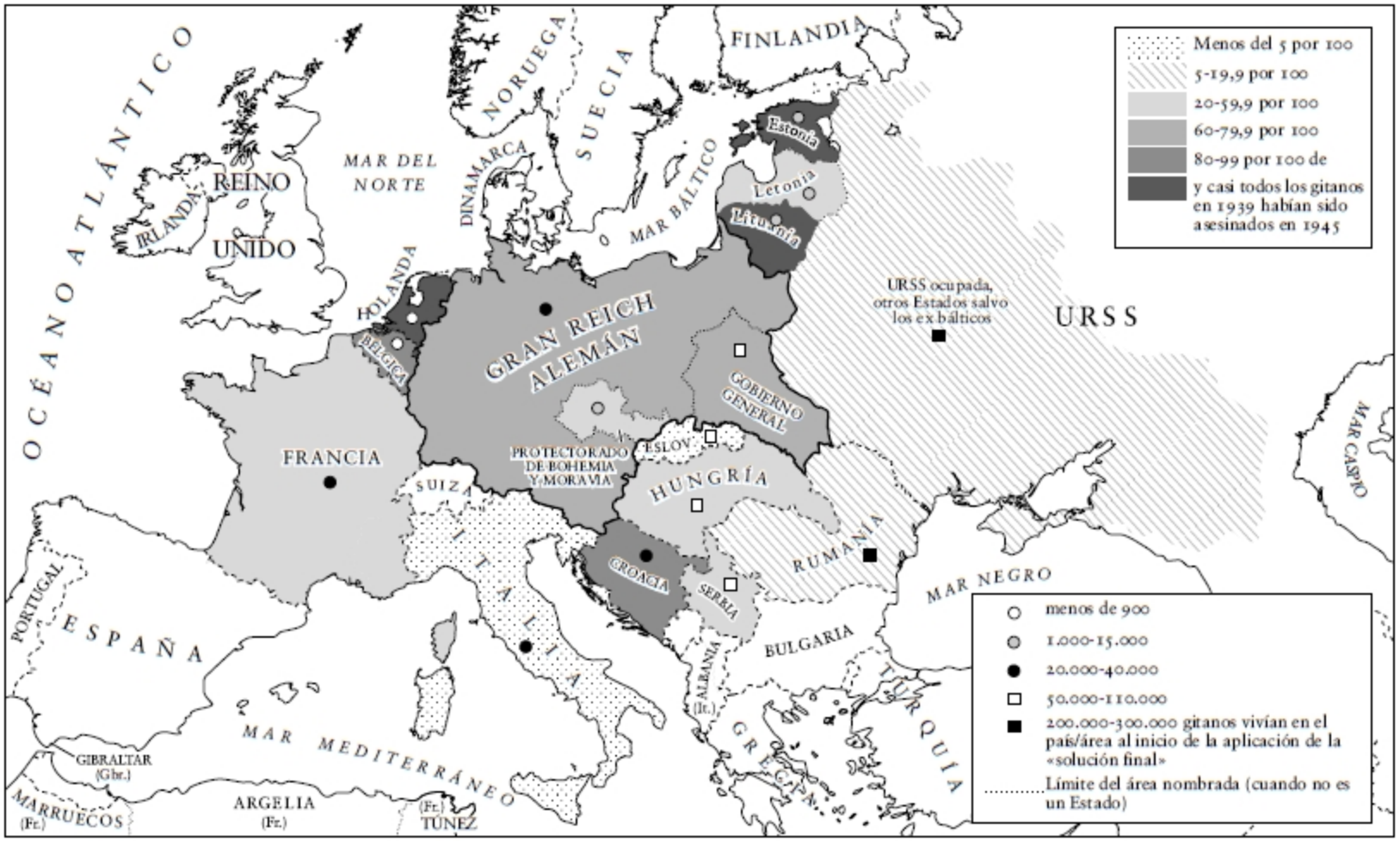
## V

Entre los numerosos pueblos a quienes los nazis consideraban inferiores en el plano racial, los gitanos tenían reservado un lugar especial. Himmler los consideraba especialmente subversivos debido a su forma de vida ambulante, a su supuesta criminalidad y a su aversión por los empleos estables, convencionales. La mezcla racial con alemanes planteaba una amenaza eugenésica. En septiembre de 1939, los gitanos alemanes habían sido detenidos y registrados mediante una oficina especial en Berlín. A

muchos de ellos los internaron en campos especiales. Nada más estallar la guerra, las SS aprovecharon la oportunidad para poner en práctica lo que Himmler ya había llamado la «solución final de la cuestión gitana».[240] Se limitaron sus movimientos, y a muchos los expulsaron de las áreas fronterizas por creer que su deambular y su falta de patriotismo los hacía susceptibles de ser reclutados por agencias extranjeras de inteligencia. Un plan para reasentarlos en la Polonia ocupada quedó archivado mientras Himmler organizaba allí el reasentamiento de las gentes de ascendencia alemana, pero en una reunión de altos mandos de las SS presidida por Heydrich el 30 de enero de 1940 se decidió que era el momento de llevar el plan a la práctica. En mayo de 1940 detuvieron a unos 2.500 gitanos alemanes y los deportaron al Gobierno General. No obstante, en agosto de 1940 se decidió posponer nuevas deportaciones hasta haberse ocupado de los judíos. Mientras las SS se mostraban vacilantes, se intensificó la persecución de los gitanos que seguían en el Reich. Expulsaron a los soldados gitanos del ejército y a los niños gitanos de las escuelas, y reclutaron a los hombres gitanos para los programas de trabajos forzados. A principios de 1942 detuvieron a los gitanos de Alsacia-Lorena, y a algunos de ellos los trasladaron a campos de concentración en Alemania como «asociales». A 2.000 gitanos en Prusia Oriental los hicieron subir a vagones de ganado y los transportaron a Bialystok, donde quedaron confinados en una prisión desde la cual los trasladaron más adelante a un campo en Brest-Litovsk. Entretanto, el equipo de investigación del doctor Robert Ritter, con sede en la Oficina de Salud del Reich, proseguía meticulosamente con el registro y la evaluación racial de cada gitano y semigitano en Alemania. En marzo de 1942, el equipo había evaluado a 13.000; un año después el total evaluado en Alemania y Austria había sobrepasado la cifra de 21.000; y en marzo de 1944, el proyecto quedó finalmente completado, con una cuenta final de 23.822. Sin embargo, para entonces muchos de aquellos a quienes Ritter y su equipo habían evaluado ya no seguían con vida.[241]

Las matanzas dieron comienzo en 1942. El año anterior, la Oficina de la Policía Criminal del Reich, que ya había concentrado a los gitanos del Burgenland austríaco en diversos campos de la provincia, había convencido a Himmler para que autorizase la deportación de 5.000 de ellos a una

sección especialmente acordonada del gueto de Lódź. No obstante, los planes para usar a los adultos gitanos en la realización de trabajos quedaron en nada. Cuando el tifus empezó a propagarse con intensidad en el gueto, afectando especialmente al barrio excesivamente poblado e insalubre donde los gitanos vivían, la administración alemana decidió llevárselos a todos a Chelmno, donde mataron a la gran mayoría —más de la mitad, niños— en camionetas móviles de gas. Más o menos por entonces, los grupos operativos de las SS en la Europa oriental ocupada estaban fusilando a grupos numerosos de gitanos por «asociales» y «saboteadores». En marzo de 1942, por ejemplo, el grupo operativo D informó con evidente satisfacción de que en Crimea no quedaban ya gitanos. Además de hombres, las matanzas incluían por regla general a mujeres y niños. Normalmente los detenían junto con la población judía local, los despojaban de sus ropas, los alineaban a lo largo de zanjas y les pegaban un tiro en la nuca. Se contaron por miles, e incluyeron tanto a familias ambulantes como a sedentarias, a pesar del hecho de que Himmler estableció una distinción nítida entre unas y otras. En Serbia, como hemos visto, el oficial al mando del ejército en la región, Franz Böhme, incluyó a los gitanos en sus detenciones y fusilamientos de «rehenes». En palabras de un testigo ocular de un fusilamiento en masa de judíos y gitanos llevado a cabo por hombres de la 704ª División de Infantería del ejército regular alemán el 30 de octubre de 1941: «El fusilamiento de los judíos es más sencillo que el de los gitanos. Hay que reconocer que los judíos van a la muerte con serenidad, mantienen la calma, mientras que los gitanos rompen a llorar, gritan y no dejan de moverse mientras aguardan en el lugar donde van a fusilarlos. Algunos saltan incluso a las zanjas y fingen estar muertos». Harald Turner, el jefe de las SS en la zona, suponía (sin prueba alguna) que los gitanos estaban trabajando para los judíos en la guerra de guerrillas y eran responsables de numerosas atrocidades. Mataron a varios miles, aunque cuando se procedió en febrero de 1942 al gaseamiento de los judíos serbios que quedaban en el campo de Sajmiste, liberaron a las mujeres y a los niños gitanos que allí se encontraban.[242]




18. El exterminio de los gitanos.

También los aliados de Alemania en los Balcanes se encargaron de matar a los gitanos. En Croacia, como hemos visto, los ustashe masacraron a un gran número de gitanos, como también de serbios y judíos. De igual modo, el régimen antisemita de Ion Antonescu en Rumanía ordenó deportar a Transnistria a 25.000 de un total de 209.000 gitanos rumanos, junto con 2.000 integrantes de una secta religiosa, los inochentistas, que se negaban por motivos de conciencia a prestar el servicio militar. Los detenidos eran en su mayor parte gitanos ambulantes, a quienes Antonescu consideraba en gran medida responsables de los delitos y desórdenes públicos en Rumanía. En la práctica, las detenciones tenían a menudo un carácter completamente arbitrario, y el ejército rumano protestó no en vano contra la inclusión de algunos veteranos de la Primera Guerra Mundial en las deportaciones. De los deportados se decía en 1942 que vivían en condiciones de «indescriptible miseria», sin comida, demacrados y cubiertos de piojos. El número de los que morían de hambre, frío o debido a enfermedades no cesaba de aumentar. Encontraban sus cuerpos en las carreteras locales; en la primavera de 1943 habían perecido miles de ellos, cuando los trasladaron a un alojamiento mejor en varias aldeas y les dieron empleos en proyectos de obras públicas. Únicamente la mitad de los deportados sobrevivió lo bastante como para regresar a Rumanía desde Transnistria con el ejército rumano en retirada en 1944.[243]

Aunque esas matanzas se llevaron a cabo a gran escala, fueron muchísimo menos sistemáticas que las de los alemanes. El 16 de diciembre de 1942, Himmler ordenó la deportación de más de 13.000 gitanos alemanes a una sección especial del campo de Auschwitz.[244] El comandante del campo, Rudolf Höss, recordó que detener a gitanos fue caótico, con la detención de muchos veteranos de guerra condecorados e incluso de miembros del Partido Nazi sencillamente porque contaban con algún antepasado gitano. En su caso no había clasificación como semigitano o gitano en una cuarta parte; todo aquel con una cantidad siquiera mínima de ascendencia gitana era considerado una amenaza. Los 13.000 componían menos de la mitad de la población gitana y semigitana del Reich; muchos de los otros quedaron exentos porque trabajaban en fábricas de armas y municiones, por lo que muchos de los deportados eran niños. A otros miles

los deportaron a Auschwitz desde el Protectorado de Bohemia y Moravia. En Auschwitz-Birkenau llenaban un campo especial habilitado para familias. Éste albergó finalmente a cerca de 14.000 gitanos procedentes de Alemania y Austria, 4.500 de Bohemia y Moravia y 1.300 de Polonia. La higiene era precaria, las condiciones, de extrema suciedad, cundía la desnutrición y los confinados, sobre todo los niños, pronto sucumbieron al tifus y la tuberculosis. En varias ocasiones se procedió a identificar a los enfermos y conducirlos a las cámaras de gas. A unos 1.700 que llegaron procedentes de Bialystok el 23 de marzo de 1943 los mataron poco después de su llegada. A principios de 1944, a la mayoría de los hombres y mujeres del campo para familias gitanas los trasladaron a otros campos en Alemania para emplearlos como mano de obra forzada. El 16 de mayo de 1944 las SS rodearon el campo para familias con el propósito de enviar a los 6.000 prisioneros que quedaban a las cámaras de gas. Alertados por el comandante alemán del campo, los gitanos se armaron con cuchillos, palas, palancas y piedras y se negaron a salir. Temiendo una batalla campal, las SS se retiraron. En las semanas que siguieron fueron trasladando a más gitanos en grupos reducidos para trabajar en Alemania. El 2 de agosto de 1944, Rudolf Höss, restituido por entonces como el comandante del campo principal, ordenó a las SS detener a los alrededor de 3.000 gitanos que quedaban, a los que repartieron comida y comunicaron que iban a deportarlos a otro campo. Sin embargo, la intención real de Höss era dejar libre el alojamiento de los gitanos en el campo para la gran cantidad de nuevos prisioneros que llegaban. Los gitanos fueron conducidos a los crematorios y asesinados. A otros 800, niños en su mayoría, los enviaron a Buchenwald a primeros de octubre de 1944 y también los mataron. Esto elevó la cifra total de gitanos muertos en Auschwitz a más de 20.000, de los que 5.600 habían sido gaseados y el resto había muerto debido a las enfermedades o los malos tratos. En sus memorias, Höss los describió sorprendentemente como «mis prisioneros más queridos», confiados, bondadosos e inocentes, como niños.[245]

A los gitanos en la Alemania nazi los detuvieron, los enviaron a campos de concentración y los exterminaron no porque se pensara de ellos, como sí ocurría con respecto a los judíos, que constituían una amenaza tan

poderosa para el esfuerzo bélico alemán que había que masacrarlos a todos, sino porque eran considerados como «asociales», delincuentes y sin utilidad para la «comunidad nacional». En la Alemania nazi, claro está, estas supuestas características se creían en gran medida heredadas y por tanto de origen racial. Pero esto no convierte el asesinato en masa de gitanos alemanes y europeos en un genocidio en la misma medida que lo fue el asesinato en masa de los judíos alemanes y europeos. En la mayor parte de los campos de concentración, a los gitanos los tachaban de asociales y se les obligaba a llevar el triángulo negro que los señalaba como tales. En ocasiones, como veremos en el capítulo siguiente, eran escogidos especialmente para la experimentación médica; en Buchenwald no cabe duda de que los seleccionaron para tratamientos de especial dureza. Al menos 5.000 y tal vez hasta 15.000 permanecieron en Alemania durante la guerra, y en enero de 1943 la policía ordenó que había que esterilizarlos si aceptaban la operación. A cambio de dar su consentimiento, se les ofrecía como aliciente permiso para casarse con alemanes semigitanos. Sin embargo, aquellos que se negaban era probable que quedaran sujetos a una fuerte presión para dar su consentimiento. A varios de ellos los amenazaron con enviarlos a un campo de concentración. Otros se salieron con la suya esgrimiendo que la mezcla de sangre gitana en sus venas era insignificante. En total, entre 2.000 y 2.500 gitanos fueron esterilizados durante la guerra, en su mayor parte clasificados por Ritter y su equipo como «gitanos asociales de raza mixta». Cayeron en una categoría similar a la de los llamados judíos de raza mixta, un grupo que causaba una incertidumbre permanente entre los nazis en lo tocante a qué habría que hacer con ellos. En definitiva, los gitanos no fueron, en otras palabras, el objeto de una campaña de exterminio físico concertada, obsesiva y dirigida de forma centralizada que pretendiese eliminarlos a todos, sin excepciones. Sin embargo, el hecho de que a la mayoría de ellos se los tachara asimismo de «asociales» les imponía una doble carga de discriminación y persecución. Por esa razón mataron a tantos de ellos, a diferencia de lo que sucedió con la inmensa mayoría de los llamados judíos de raza mixta. A largo plazo, por

supuesto, las leyes raciales y los programas de esterilización tenían por objetivo eliminar ambas categorías de la cadena hereditaria en lo que algunos han llamado un «genocidio retardado».[246]

## VI

Las distintas categorías de presos en los campos también incluían a los homosexuales, señalados mediante un triángulo rosa. La homosexualidad masculina era ilegal, designada con una definición cuyo alcance ya se había ampliado de forma considerable antes de la guerra. El jefe de las SS, Heinrich Himmler, rayaba en la obsesión en lo relativo a dar caza a los homosexuales, de los que pensaba que minaban la virilidad de las SS y las fuerzas armadas; en esto contaba con el apoyo de Hitler, que en agosto de 1941 afirmó que «la homosexualidad es en realidad tan infecciosa y tan peligrosa como la peste», e instó a emplear una «severidad sin miramientos [...] allí donde los síntomas de la homosexualidad se manifiesten entre los jóvenes».[247] El 4 de septiembre de 1941, la pena de muerte se introdujo para castigar el sexo con menores.[248] Luego, en noviembre de 1941, a petición de Himmler, Hitler dio una orden confidencial que prescribía la ejecución de un miembro de las SS descubierto cometiendo «actos no naturales con otro hombre».[249] La orden, según decretó Himmler el mes de marzo siguiente, se tenía que poner en conocimiento de todos los miembros de las SS y la policía y éstos debían firmar un formulario manifestando haberla leído y comprendido. En la práctica, esta política no se aplicó con gran celo, y los casos sometidos a un tribunal fueron relativamente pocos; de hecho, Himmler conmutó en los últimos meses de la guerra las sentencias de algunos de los hombres de las SS condenados por comportamiento homosexual, a condición de que se incorporaran al ala militar de las SS y combatieran en el frente.[250]

Las fuerzas armadas también tenían interés en combatir la homosexualidad entre las tropas y, tras mucho debate interno, decidieron el 19 de mayo de 1943 castigar los casos graves, comoquiera que éstos pudieran ser definidos, con la pena de muerte, y otros casos con un licenciamiento deshonroso de las fuerzas armadas, el confinamiento en un

campo de castigo o la comunicación a la policía. En el seno de las fuerzas armadas hubo en 1940 algo más de 1.100 condenas por contravenir la ley contra actos homosexuales, elevándose a unas 1.700 anuales durante el resto de la guerra. Más en general, las condenas a varones de la población civil en Alemania por contravenir la sección 175 del Código Penal del Reich, que prohibía la homosexualidad, se redujeron de unas 8.200 en 1939 a poco más de 4.000 en 1940, reflejando el alistamiento de millones de hombres en las fuerzas armadas. Los infractores civiles eran al principio enviados a prisión después de juicio, pero Himmler ordenó en 1940 que a todos los homosexuales de quienes se descubriera que habían tenido más de una pareja sexual los llevasen directamente a un campo de concentración al final de su condena de encarcelamiento.[251] Ernst Kaltenbrunner, en el Servicio de Seguridad de las SS, quería ir más allá incluso. En julio de 1943 instó al Ministerio de Justicia a publicar un decreto de emergencia en virtud del cual se ordenaba la castración forzosa de los homosexuales, toda vez que eran demasiado pocos los prisioneros que se habían ofrecido a solicitarlo por propia voluntad. El ministerio señaló que la falta de voluntarios obedecía a que el propio ministerio había prohibido las castraciones desde el comienzo de la guerra, pero añadió que la prohibición quedaba desde ese momento revocada. Kaltenbrunner se sintió satisfecho con esa explicación, si bien consiguió también que el ejército volviese a examinar cerca de 6.000 juicios por homosexualidad que se habían celebrado contra soldados desde septiembre de 1939, con la intención de expulsar con deshonor a los «incorregibles» (a muchos de los cuales haría detener ciertamente por la Gestapo, recluyéndolos en los campos).[252]

Esto suponía que en cada uno de los años de la guerra se trasladase a por lo menos 2.300 homosexuales a uno u otro de los principales campos de concentración alemanes.[253] Allí eran alojados al margen de los demás prisioneros y forzados a trabajar a la intemperie con cualquier clima, confiando en que esto distinguiese a aquellos que realmente eran «viriles» de aquellos que no lo eran. En Sachsenhausen, Rudolf Höss pensaba que, al tratarlos así, los hombres jóvenes que se habían prostituido sólo por el dinero «no tardaban en recuperar la sensatez por medio del trabajo duro y la disciplina estricta de la vida en el campo». Sin embargo, aquellos a quienes

él veía como homosexuales auténticos «se venían abajo poco a poco» bajo la presión.[254] En Dachau, unos 31 prisioneros fueron encarcelados debido a su homosexualidad en 1939, 50 en 1940, 37 en 1941, 113 en 1942, 81 en 1943, 84 en 1944 y 19 en 1945. 109 de ellos todavía se encontraban en el campo en la víspera de la liberación en 1945.[255] En ocasiones, a hombres de izquierdas que pasaban por ser homosexuales se les confinaba en un campo debido a su homosexualidad cuando la Gestapo no podía atribuirles un delito político. Así, por ejemplo, al oficinista H. D., nacido en 1915, lo detuvieron en 1938 cuando intentaba establecer contacto con la embajada soviética en Praga. A su compañero lo detuvieron y torturaron hasta que no pudo por menos que admitir que mantenía una relación sexual con H. D. La Gestapo no podía obtener una condena por traición, pero consiguió una condena en los tribunales conforme a la ley que prohibía la homosexualidad, y H. D. pasó tres años y medio en un penal. Cuando lo pusieron en libertad, en noviembre de 1941, volvieron a detenerlo de inmediato y lo llevaron a Buchenwald, donde tuvo que ponerse el triángulo rosa, lo obligaron a trabajar en la cantera del campo y un kapo cuyo odio hacia los homosexuales era conocido lo maltrató brutalmente. Sólo le salvó la puesta en libertad del propio kapo. Los guardias de las SS explotaban sin piedad el bloque destinado a los homosexuales en el campo, robando con frecuencia los paquetes de comida que algunos de los prisioneros del bloque recibían de amigos y parientes. También se separaba a los homosexuales durante los trabajos en la cantera y eran «fusilados al tratar de escapar». La demanda cada vez mayor de mano de obra de los campos de concentración a partir del otoño de 1942 puso fin a esa práctica, aunque no así a la brutalidad cotidiana de los guardias y los kapos. H. D. pudo por fin encargarse de tareas más ligeras y sobrevivió. Muchos otros no lo lograron.[256] En total, entre 5.000 y 15.000 homosexuales pasaron por los campos de concentración a lo largo de todo el período del Tercer Reich, de los cuales se cree que perecieron hasta la mitad.[257]

Existen pocas dudas de que la política nazi en relación con los homosexuales se fue radicalizando y decantándose más por el exterminio con el transcurso de la guerra; y de hecho, más en general, la vasta expansión del sistema de campos de concentración en ese período no fue

sólo un síntoma de la demanda insaciable de nuevos recursos que precisaba la economía de guerra, sino que también era reflejo de la radicalidad cada vez más acusada del régimen nazi en conjunto. En febrero de 1944, el Ministerio de Justicia estaba preparando la introducción de una ley que autorizaría a la policía a detener, encarcelar y de hecho eliminar finalmente a cualquiera a quien se considerase «extraño a la comunidad». Como precisaba la definición legal en el anteproyecto de ley:

> Un extraño a la comunidad es: 1) todo aquel que por su forma de ser y su manera de vivir [...] se muestra incapaz de satisfacer con su propio esfuerzo las exigencias mínimas de la comunidad nacional; 2) todo aquel que a) por holgazanería o frivolidad lleva una vida inútil, derrochadora o desordenada [...], b) por una tendencia o propensión a [...] pequeños delitos, o por una tendencia a crear desórdenes con el alcohol, viola gravemente su deber de preservar la comunidad nacional, c) trastorna de forma persistente la paz general por mostrarse irascible o pendenciero; o 3) todo aquel cuya forma de ser y cuya manera de vivir ponen de manifiesto que su tendencia natural le inclina a cometer delitos graves.[258]

En un borrador del preámbulo, el criminólogo Edmund Mezger escribió que esa ley se aplicaría a los «fracasados» y a los inmorales, así como a los «delincuentes» y a los «holgazanes».[259] La ley jamás entró en vigor. Goebbels pensaba que habría producido una mala impresión en el exterior, en un momento en el que Alemania necesitaba desesperadamente de la buena voluntad de los países neutrales. Otros, situados en los escalafones superiores del régimen, la bloquearon porque hubiera dado al sistema policial de Himmler poderes prácticamente ilimitados sobre el conjunto de la sociedad alemana, imponiendo la ideología nazi por medio de un reino de terror desatado.[260] Pero fue un producto característico de la época. Exhalaba el espíritu radical del «tiempo de lucha» que estaba volviendo a aparecer en las fases finales de la guerra: un espíritu que en ese momento contaba con todo el aparato del Estado y el partido a su disposición.

# 6

# ACTITUDES MORALES ALEMANAS

# MIEDO Y CULPA

## I

En la noche del 10 de marzo de 1941, una muchacha de quince años se despertó de repente por un ruido procedente de otro lugar del apartamento donde vivía con su familia en un área obrera de Düsseldorf. «Oía a mi padrastro discutiendo con mi madre», le contó más tarde a la Gestapo. «Él estaba borracho y le oí decir: "Ahora ya no importa en absoluto. Inglaterra ganará sin ninguna duda. A Alemania ya no le quedan municiones". A esto repuso mi madre: "Cuando hablas así no eres alemán y te voy a denunciar a la policía"». Por entonces, la muchacha ya había salido de la cama y estaba observando la discusión a través de la puerta de la cocina. «Observé a mi padrastro —prosiguió— agarrar un cuchillo y apuntar con él a mi madre, diciéndole: "Antes de que me traiciones, te mataré". Revelé mi presencia para ayudar a mi madre, pero cuando mi padrastro me vio soltó el cuchillo e intentó golpearme con una silla [...] Más tarde se lo llevó la policía».[1] Su mujer le contó a la Gestapo lo que él había dicho, entre otras cosas: «Hitler es el responsable del hambre que padecemos y de la guerra» y «Hitler quería ahorcar a los judíos, pero ellos deberían ahorcarle primero a él». El hombre negó las acusaciones, y dijo que no podía recordar haber pronunciado ninguna clase de afirmaciones desleales por estar completamente borracho en aquel momento. Como muchos otros incidentes por el estilo (si acaso con un menor dramatismo), se trataba de algo más que un simple rechazo de las ideas políticas de su marido por parte de la mujer. Los agentes de la Gestapo asignados para el caso se percataron de que, como la hijastra decía, el hombre solía andar borracho y ponerse agresivo, y concluyeron que la falta de armonía en el hogar, más que fruto de una fuerte

desavenencia política, constituía el núcleo del asunto. Decidieron que no había pruebas suficientes para la acusación y dejaron en libertad al hombre tras confiscar el cuchillo. En casos así solían ponerse de parte del marido: las mujeres maltratadas no tenían gran importancia en la lista de prioridades de la Gestapo.[2]

En otros casos, la Gestapo se tomó más en serio las quejas de las mujeres. En marzo de 1944, por ejemplo, una mujer de Düsseldorf que perdió su hogar en un bombardeo fue a buscar refugio en casa de su hermana. Ésta, Frau Hoffmann, estaba casada con un policía desde 1933 y se encontraba ausente en aquel momento debido a que había ido a visitar a su madre en Baviera. Cuando entró en la casa, la mujer quedó estupefacta al descubrir al policía compartiendo el dormitorio conyugal con una mujer estonia. Se puso en contacto con su hermana en Baviera para contarle lo sucedido. Cuando regresó, Frau Hoffmann intentó lograr que su marido pusiera fin a la relación con la amante. Pero fue en vano. El matrimonio fue yendo de mal en peor con rapidez, con frecuentes discusiones acaloradas y gritos. Llevada por la desesperación, Frau Hoffmann sacó a la luz algunas de las cartas que él le había mandado cuando ella estuvo ausente. En ellas, había escrito entre otras cosas que Alemania jamás ganaría la guerra. La mujer también lo denunció por haber estado haciendo afirmaciones derrotistas en el desempeño de su trabajo. Como era de esperar, su marido fue detenido e interrogado. Bajo la presión de la Gestapo, fue incapaz de justificar el contenido de sus cartas y confesó que las afirmaciones de su mujer eran ciertas. Lo juzgaron por minar la moral de la población, siendo condenado a la pena de muerte a comienzos de 1945 y ejecutado poco después.[3]

También en este caso, la denuncia obedecía a circunstancias personales, pero el motivo no importaba realmente en lo que se refería a la Gestapo. De hecho, únicamente en torno a un 30 por 100 de las denuncias presentadas a la policía eran de mujeres. En la inmensa mayoría de los casos, las mujeres habían sufrido abusos o violencia a manos de los hombres. El Estado nazi no había cesado de inmiscuirse cada vez más profundamente en la familia y la vida privada desde 1933, y las mujeres que pasaban por dificultades en sus relaciones estaban reaccionando cruzando la

frontera entre lo privado y lo público en la otra dirección, permitiendo así que el régimen se sirviese de ellas eficazmente en su erradicación de los estados de ánimo derrotistas o adversos. Parece que en la atmósfera agresivamente masculina del Tercer Reich las mujeres sentían a menudo que no había alternativa. Era improbable que una empleada acosada sexualmente por su jefe o una esposa golpeada y vejada por su marido lograsen que su caso llegase a los tribunales a no ser que ella denunciase al hombre por algún tipo de delito político.[4] Al Estado le interesaba enormemente mantener bajo control a las mujeres de los soldados cuando sus maridos estaban en el frente, y no iba a ponerse a escucharlas si se quejaban. En la propaganda y los medios de comunicación, las esposas de los soldados, los marineros y los aviadores (*Kriegerfrauen*) eran descritas como puras, asexuales, sacrificadas, trabajadoras y, por encima de todo, fieles. Así que todos los jefes de bloque y los dirigentes y empleados locales del partido se mantenían vigilantes con respecto a la conducta de las mujeres. A consecuencia de ello, hubo numerosas denuncias acusando a mujeres que no lograban situarse a la altura de la imagen santa a la que se supone que debían ceñirse. La sección de la Gestapo en Düsseldorf registró un caso típico en noviembre de 1941, cuando a cierta Frau Müller la abordó el capataz en la factoría de embalajes donde ella trabajaba con acusaciones acerca de su relación con un obrero belga. Siguió una discusión a gritos, ella le dio una bofetada en la cara al capataz y él la denunció a la policía. Interrogada por la Gestapo, ella dijo que su marido, un soldado, había tenido relaciones con otras mujeres e incluso había tenido hijos con alguna de ellas. No obstante, la Gestapo la conminó oficialmente a comportarse como era debido y poner fin a su relación con el belga, pues de lo contrario actuarían con mucha mayor severidad.[5]

A pesar de presionar a las mujeres de los soldados para que llevasen una vida casta mientras sus hombres estaban sirviendo en las fuerzas armadas, el Estado nazi estuvo lejos de ser el régimen sexualmente represor y mojigato descrito por miembros exiliados de la Escuela de Frankfurt de sociología o por los seguidores del marxista freudiano Wilhelm Reich. En el curso de la guerra, la gente se mostró naturalmente cauta en lo relativo a tener hijos. Con los maridos en el frente, había de todos modos menos

oportunidades para concebir un hijo, y muchas mujeres eran reacias a convertirse de hecho en madres solteras. Los nacimientos cayeron de más de 1.413.000 en 1939 a sólo poco más de un millón de promedio en cada uno de los años posteriores de guerra, mientras el número de nuevos matrimonios cayó de casi 775.000 a menos de 520.000.[6] A medida que aumentaban las defunciones a causa de la guerra, no hacía sino aumentar la preocupación de Hitler en relación con el futuro demográfico de Alemania. El 15 de agosto de 1942, dio orden de retirar de la línea del frente al último hijo superviviente de cada familia en la que hubiesen matado a más de un hijo, porque, dijo, en vista de la base genética obviamente valerosa y abnegada de tales familias, «la nación y el Estado tienen interés en que vuestras familias no perezcan».[7] Heinrich Himmler ya había ordenado a sus efectivos de las SS tener hijos ya fuera dentro del matrimonio o «al margen de los límites de las leyes y convenciones burguesas», como dijo.[8] Tenían que ser, claro está, racialmente puros, y de hecho para este fin las restricciones en lo que respecta a los matrimonios se hicieron en realidad más estrictas en 1941, tal vez en respuesta al gran número de trabajadores extranjeros presentes entonces en Alemania.[9] También en enero de 1944, recogiendo los propios puntos de vista de Hitler sobre el tema, Martin Bormann hizo público un memorándum advirtiendo acerca de la posición «catastrófica» en que se hallaría Alemania después de la guerra, con la «pérdida de sangre» para la nación a consecuencia de la muerte en masa de los hombres jóvenes más bravos en el frente de batalla. Bormann sugería varios remedios, incluyendo instruir a las mujeres acerca de los beneficios de tener hijos y suavizar las leyes en materia de hijos ilegítimos en una situación en la que habría un amplio excedente de mujeres.[10]

El interés del régimen nazi por aumentar la población, el cual se extendió incluso a alentar a las mujeres adecuadas desde un punto de vista racial a tener hijos fuera del matrimonio, condujo a la publicación de manuales populares sobre cómo lograr una vida sexual feliz. El doctor Johannes Schultz escribió uno de aquellos pequeños tratados; su libro de 1940 *Geschlecht-Liebe-Ehe* [Sexo-Amor-Matrimonio] proporcionaba instrucciones detalladas tanto a los hombres como a las mujeres sobre, entre otras cosas, cómo alcanzar mejor el orgasmo durante la penetración. Al

mismo tiempo, la actitud extremadamente entusiasta de Schultz en lo relativo al sexo heterosexual tuvo un reverso nefasto, en la medida en que aprobaba el exterminio de los discapacitados en la operación de la T-4 y abonaba el camino de los «exámenes» practicados en el Instituto Göring de Investigación Psicológica y Psicoterapia, en los cuales hombres acusados de homosexualidad eran forzados a mantener relaciones sexuales con una prostituta y, si no lograban un resultado satisfactorio, eran enviados a campos de concentración. En lo concerniente al sexo heterosexual racialmente válido, el aliento nazi combinado con las circunstancias de la guerra iba a producir lo que muchos comentaristas describieron como un relajamiento de la moral sexual entre 1939 y 1945.[11] La trabajadora social de Hamburgo Käthe Petersen se quejó en 1943 de que el comportamiento de las mujeres había sufrido un deterioro acusado durante la guerra; se habían generalizado las costumbres relajadas, la disipación, la prostitución incluso:

> Muchas esposas antes respetables han reparado en la existencia de otros hombres al ir a trabajar. En muchas empresas —la compañía de tranvías es un ejemplo particularmente ilustrativo—, los obreros varones parecen haber adquirido la costumbre de rondar a las mujeres de los soldados. También en muchas fábricas, las mujeres de los soldados han ido por mal camino debido a las influencias corrosivas de algunas de sus compañeras de trabajo menos decentes. Mujeres que anteriormente se dedicaban a sus tareas domésticas y eran buenas madres han sido inducidas debido a esas influencias a descuidar sus labores en casa y a sus hijos, y a interesarse sólo por las aventuras nocturnas y la búsqueda de compañía masculina.[12]

El Servicio de Seguridad de las SS informó el 13 de abril de 1944 de que los soldados en el frente estaban cada vez más afectados por las historias acerca de las infidelidades de las mujeres casadas. Afirmaba que había un acusado incremento de la inmoralidad femenina, y era particularmente preocupante que las mujeres jóvenes no viesen nada malo en mantener relaciones sexuales con trabajadores extranjeros o prisioneros de guerra inferiores en el plano racial. Las denuncias solían comportar la detención de esas mujeres y, como Himmler había ordenado en enero de 1940, su reclusión en un campo de concentración por un período mínimo de un año si su comportamiento ofendía el «sentimiento popular».[13]

El informe de 1944 del Servicio de Seguridad de las SS culpaba de la inmoralidad femenina a la inactividad, no al empleo femenino, muy especialmente a

> las *ayudas familiares* comparativamente *altas* que reciben las mujeres y las viudas de los soldados [...] Estas mujeres no tienen que encontrar un empleo porque en muchos casos el nivel de las ayudas familiares les garantiza incluso un nivel de vida mayor que el que tenían antes de la guerra. El tiempo y el dinero de que disponen las incitan a pasarse las tardes y las noches en cafés y bares, no necesitan pensárselo dos veces para darse el gusto de tomar vinos y licores caros, y lo que es más, están en disposición de invitar a los hombres —soldados principalmente — a que los tomen también.[14]

Otros factores eran la erotización de la vida pública a través de canciones de moda y películas y revistas de teatro populares, y un sentimiento entre algunas mujeres de que si los soldados estuviesen teniendo, como era probablemente el caso, «una relación extraconyugal», las mujeres «tenían los mismos derechos y estaban también autorizadas a pasarlo bien».[15] El sexo estaba convirtiéndose incluso en una mercancía, siendo sobre todo mujeres jóvenes quienes lo ofrecían a cambio de alimentos escasos y lujos como chocolate, medias de seda o cigarrillos. Sobre todo en los últimos ataques aéreos se extendió un sentimiento de que la vida valía poco y podía finalizar en cualquier momento, de forma que mujeres y muchachas jóvenes decidieron vivirla plenamente mientras pudieran.[16]

No está claro, sin embargo, que todo esto formase parte de un aumento general del poder y la libertad de acción de las mujeres, como algunas historiadoras feministas han sostenido. Ciertamente, durante la guerra las mujeres tuvieron que arreglárselas por sí mismas, llevar sus familias sin la presencia controladora de sus maridos y desarrollar más que nunca el ingenio y la iniciativa para sacar adelante sus vidas cotidianas. Sin embargo, lo hicieron en circunstancias de creciente adversidad, cuando la escasez de combustible y comida creaban preocupación e inquietud, los bombardeos o las evacuaciones forzosas causaban un gran trastorno en sus vidas y la lucha general por sobrevivir conducía al desánimo y el agotamiento. Las mujeres de soldados que abandonaron o denunciaron a sus maridos fueron una minoría muy reducida. La mayoría mantenía correspondencia regular con ellos, pedían su consejo en las cartas y

deseaban su regreso. Como escribió una mujer a su marido el 17 de abril de 1945: «Ah, sólo con que estuvieses aquí con nosotros todo sería mucho, mucho mejor y más fácil».[17] Los hombres llegaban a casa de permiso en intervalos cada vez más espaciados en la última parte de la guerra. Las mujeres casadas mantenían como era costumbre fotografías de su marido expuestas de forma prominente en casa para que los hijos no lo olvidaran, hablaban de él habitualmente y trataban hasta donde era posible de que estuviera presente en la vida familiar. En lo que a ellos respecta, el padre a menudo les hacía llegar desde el frente sus consejos y aliento, o sus censuras y críticas, controlando a su familia en la medida en que ello podía hacerse desde la distancia. Incluso comentaban las notas de la escuela. «La calificación de Klaus en inglés ha bajado por vago —escribió un padre, con toda seguridad un maestro de escuela, a su mujer desde el frente—. Le falta la influencia de un padre para disciplinarlo».[18] «Te devuelvo el cuaderno de ejercicios —escribió otro padre desde el frente a su hijo de nueve años de edad en 1943—. Continúalo con tanta diligencia y tus padres se sentirán muy orgullosos. Tu redacción sobre historia local es muy buena».[19]

## II

Una razón que explica la relativa falta de éxito que tuvo el intento de Himmler de aumentar la población infantil del país alentando los nacimientos ilegítimos radica en el hecho de que la mayoría abrumadora de alemanes seguía orientando su vida moral principalmente mediante la brújula de la religión cristiana. En 1939, el 95 por 100 de los alemanes se describía bien como católicos, bien como protestantes; el 3,5 por 100 era «deísta» (*Gottgläubig*) y el 1,5 por 100, ateo: la mayor parte de las personas pertenecientes a estas últimas categorías eran nazis convencidos que habían renunciado a su Iglesia a instancias del partido, el cual había estado tratando desde mediados de la década de 1930 de reducir la influencia del cristianismo en la sociedad.[20] En las áreas rurales especialmente, y entre las generaciones de mayor edad, el predominio abrumador del cristianismo alentaba actitudes conservadoras en materia de moral sexual que los sermones de pastores y curas no hacían sino reforzar. Esto no era del agrado

de los dirigentes nazis. Durante la década de 1930, Hitler había restringido cuanto había podido la autonomía de la Iglesia católica, la cual contaba con más feligreses en el sur y el oeste de Alemania, y a consecuencia de ello las relaciones entre el Tercer Reich y la Iglesia se habían deteriorado seriamente. En el norte y el centro protestantes de Alemania, el intento de crear una fusión de la ideología nazi y una Iglesia depurada de sus elementos «judíos» en el movimiento de los Cristianos Alemanes había sido en gran medida un fracaso, en buena parte debido a la oposición tenaz de los pastores fundamentalistas de la llamada iglesia confesante. El ministro para Asuntos Eclesiásticos, Hans Kerrl, partidario entusiasta de los Cristianos Alemanes, murió decepcionado el 12 de diciembre de 1941, a la edad de cincuenta y cuatro años. La situación en el seno del protestantismo alemán cuando se inició la guerra se encontraba en una especie de punto muerto porque ningún bando ganaba realmente la batalla, y la enorme mayoría de protestantes corrientes trató de encontrar algún punto intermedio entre uno y otro.[21]

La hostilidad de Hitler al cristianismo alcanzó nuevas cotas, o simas, durante la guerra. Era un tema recurrente en sus monólogos durante las comidas. En 1942 dijo que, una vez que la guerra se hubiera terminado y la victoria estuviera asegurada, el concordato que había firmado con la Iglesia católica en 1933 quedaría definitivamente abrogado y la Iglesia sería tratada como cualquier otra asociación voluntaria no nazi. El Tercer Reich «no toleraría la injerencia de ninguna clase de influencia extranjera», como el Papa, y el nuncio apostólico tendría que regresar finalmente a Roma.[22] Los curas, dijo, eran «parásitos negros», «abortos con sotana».[23] Hitler recalcaba una y otra vez su convicción de que el nazismo era una ideología secular fundada en la ciencia moderna. La ciencia, manifestó, destruiría con facilidad los últimos vestigios de superstición que quedaban. «Poned un pequeño telescopio en una aldea y destruiréis un mundo de supersticiones».[24] «Lo mejor —afirmó el 14 de octubre de 1941— es dejar que el cristianismo perezca de muerte natural. Una muerte lenta produce cierto consuelo».[25] Criticaba especialmente lo que él veía como una violación de la ley de la selección natural y la supervivencia de los mejor adaptados por parte de la Iglesia. «Llevado al extremo de su lógica, el

cristianismo significaría el cultivo sistemático del fracaso humano».[26] Era indeleblemente judío en su origen y en su naturaleza. «El cristianismo es un prototipo del bolchevismo: la movilización por parte de los judíos de las masas de esclavos con objeto de minar la sociedad».[27] El cristianismo era una droga, un tipo de enfermedad: «Vamos a ser el único pueblo inmunizado frente a la enfermedad».[28] «A largo plazo —concluía— el nacionalsocialismo y la religión no podrán seguir coexistiendo». Hitler no iba a perseguir a las Iglesias: éstas simplemente se marchitarían. «Pero en ese caso no debemos sustituir la Iglesia por algo equivalente. ¡Sería espantoso!».[29] El futuro era nazi, y el futuro sería secular.

No obstante, al estallar la guerra, Hitler suavizó inicialmente sus políticas anticristianas, preocupado porque un mayor empeoramiento de las relaciones Iglesia-Estado pudiera socavar la solidaridad nacional en la continuación de la guerra. El régimen presionó a los líderes eclesiásticos de las dos iglesias para que mostraran en público su apoyo al esfuerzo bélico, lo cual hicieron. La breve suspensión de los concilios eclesiásticos ordenada por la Gestapo en las primeras semanas de la guerra no tardó en levantarse. Se nombraron rápidamente capellanes militares para las unidades militares y gozaron de popularidad entre los soldados. Sin embargo, la tregua no duró mucho tiempo. A medida que Hitler y la cúpula nazi se sentían más confiados en cuanto al resultado de la guerra, empezaron a reanudar sus ataques contra las iglesias. Los informes de las visitaciones de las iglesias protestantes de Franconia en la primavera de 1941 empezaban a registrar que «la lucha contra la Iglesia se ha reanudado perceptiblemente». El partido estaba haciendo circular de nuevo literatura anticristiana.[30] Martin Bormann dirigió una circular a los líderes regionales del partido en junio de 1941 recordándoles que el nacionalsocialismo era incompatible con el cristianismo y apremiándoles para que hiciesen cuanto estuviera en su mano para reducir la influencia de las Iglesias.[31] Muchos de los líderes regionales, como por ejemplo Arthur Greiser en el Wartheland, eran de por sí anticristianos furibundos y apenas necesitaban de estímulo para seguir la iniciativa de Bormann. Pronto las parroquias se mantuvieron cerradas con carácter permanente si se hallaban demasiado alejadas de los refugios antiaéreos, las campanas de las iglesias se hicieron fundir para la

fabricación de armas, las publicaciones periódicas eclesiásticas se clausuraron debido a la escasez de papel y Hermann Göring, el único nazi importante que tenía a su cargo un brazo de las fuerzas armadas, prohibió a los capellanes el acceso a la fuerza aérea. Aduciendo la necesidad de intensificar el esfuerzo bélico, el Estado abolió algunos días festivos religiosos y trasladó otros de los días laborables a los domingos. Los últimos vestigios de educación religiosa se fueron reduciendo formalmente de un modo paulatino en Sajonia. Se confiscaron propiedades eclesiásticas en toda Alemania para convertirlas en maternidades, escuelas para niños evacuados u hospitales para soldados heridos. En septiembre de 1940 se prohibió con carácter general el ingreso de nuevas novicias en cualquier orden monástica. Luego, comenzando en diciembre de 1940, monasterios y conventos fueron expropiados y los monjes y las monjas expulsados. El partido o el Estado se habían apoderado de unos 130 en mayo de 1941.[32]

Esa clase de expropiaciones fue, como hemos visto, lo que movió al obispo Von Galen a denunciar la operación «eutanasia» en 1941. Y ciertamente esas medidas suscitaron un gran desasosiego entre los fieles. El 31 de mayo de 1941, por ejemplo, se informó de que en el distrito rural de Ebermannstadt, en Baviera, la gente simplemente estaba ignorando la orden de trabajar en los días correspondientes a festividades religiosas:

> La mayor parte de la población rural todavía sigue fielmente a su comunidad religiosa. Todos los intentos por acabar con esa lealtad han topado con un rechazo frío y en parte producen descontento y odio. El día festivo (legalmente abolido) de la Ascensión constituyó simplemente una prueba contundente de la oposición a la prohibición estatal, tanto por parte de la población protestante como de la católica. La abolición del Día de la Ascensión, así como la prohibición de celebrar procesiones, peregrinajes, etc., en días laborables son vistas como una mera excusa para la paulatina eliminación de todas las fiestas religiosas, como parte del total exterminio de las comunidades religiosas cristianas.[33]

Unos cincuenta y nueve sacerdotes quedaron detenidos en Baviera solamente por protestar contra la abolición de los días sagrados. Esta oposición fue bastante firme. Pero ninguna medida anticristiana produjo mayor rencor que un decreto publicado por el ministro de Educación de Baviera, Adolf Wagner, el 23 de abril de 1941 ordenando sustituir las oraciones en las escuelas por cánticos nazis, así como retirar de las paredes

de las escuelas los crucifijos y las imágenes religiosas. Multitudes de madres indignadas se congregaron en el exterior de las escuelas de donde habían retirado los crucifijos reclamando que volviesen a ponerlos. Impresionado por esta oposición pública, Wagner retiró su decreto al cabo de sólo un par de semanas. No lo hizo público porque no quería desprestigiarse. Los nazis locales impetuosos persistieron en la actuación, provocando por tanto que arreciaran las protestas y las manifestaciones de los padres con el inicio del nuevo año escolar en el otoño de 1941. Las mujeres recogieron miles de firmas para reclamar que las cruces regresaran a su sitio. ¿Cómo podrían ellas apoyar a sus maridos en la lucha contra el bolchevismo impío, se preguntaban, si la religión era atacada en la patria? Vino en su apoyo una carta pastoral impactante del cardenal Faulhaber, leída en voz alta desde los púlpitos de las iglesias el 17 de agosto de 1941. Estaba claro que la oposición no iba a cejar en su empeño. Humillado, Wagner tuvo que revocar públicamente la orden, dejar en libertad a los cincuenta y nueve sacerdotes, ordenar que todos los crucifijos volviesen a ser puestos en las escuelas y permitir que una oración (con una redacción aprobada oficialmente) fuese leída en voz alta antes del inicio de las clases por la mañana. Hitler escondió a Wagner bajo la alfombra después de ese fracaso y le dijo que terminaría en Dachau si volvía a las andadas con algo tan estúpido.[34]

El éxito de los que protestaron fue una muestra de la profundidad de sus convicciones. Fue también fruto de la naturaleza más bien deslavazada de las medidas. Si Wagner las hubiese llevado a la práctica en una operación coordinada de la noche a la mañana, podría haber tenido más posibilidades de lograrlo. Hitler, Goebbels y hasta Bormann se dieron entonces cuenta de que la solución final de la cuestión eclesiástica tendría que aguardar hasta que la guerra hubiese acabado. Poner en práctica esas agresiones resultaba demasiado desestabilizador y demasiado perjudicial para la unidad y la moral de la nación, en especial cuando la guerra empezaba a ir mal. En 1942 los informes de las visitaciones de las iglesias protestantes de Franconia referían que todo estaba otra vez en calma.[35] Era incesante la presión sobre los miembros activos del partido para que abandonasen la Iglesia, pero pocos hacían caso al llamamiento. Por otra

parte, la situación de deterioro de Alemania durante la guerra no pareció provocar que mucha gente redescubriese la religión. «La gravedad de los tiempos —según el mismo informe— ha inducido a regresar a las ceremonias eclesiásticas a sólo unos pocos miembros aislados de la parroquia que han permanecido alejados de la Iglesia. En líneas generales, solamente puede observarse una apatía general en la mayor parte de la población [...]. Lamentablemente, existe una fuerte inclinación entre los jóvenes a ver la Iglesia como una *quantité négligeable* [algo sin importancia]».[36] De ello se desprendía que a Hitler no le faltaba alguna razón al suponer que el cristianismo se marchitaría si el Tercer Reich perduraba lo bastante en el futuro. La educación y el adoctrinamiento nazis estaban distanciando del cristianismo a la generación más joven.

La persecución, tal como se sufrió sobre todo en 1941, volvió a la jerarquía de la Iglesia católica extremadamente cautelosa en lo tocante a tomar parte en las protestas públicas contra el régimen. Aquellos obispos que anduviesen preocupados en asuntos como la «cuestión judía, el trato dispensado a los prisioneros de guerra rusos, las atrocidades de las SS en Rusia, etc.», como se expresaba en un memorándum sin firma descubierto posteriormente en los archivos del cardenal Faulhaber, decidieron dirigirse a la cúpula dirigente nazi con sus preocupaciones tan sólo en privado, limitándose en público a protestar en términos generales sobre la persecución de la Iglesia y las vulneraciones de los derechos básicos, la propiedad, la libertad y las vidas de los ciudadanos alemanes por parte del régimen. Una protesta pública a este respecto, fechada el 15 de noviembre de 1941, quedó sin embargo cancelada a instancias del clérigo católico de mayor rango en Alemania, el cardenal Bertram.[37] Bertram se esforzó más que la mayoría en no alzar la voz, pero durante los años de la guerra los obispos católicos mostraron en público una escasa preocupación en relación con el asesinato en masa de los judíos o los prisioneros de guerra soviéticos. Hasta Clemens von Galen guardó silencio. En su célebre sermón del 3 de agosto de 1941, condenando la campaña de la eutanasia, también hizo referencia a los judíos, pero sólo para preguntarse retóricamente si Jesús únicamente había llorado sobre Jerusalén o si lo había hecho también sobre la tierra de Westfalia. Insinuó que era absurdo pensar que Jesús lloró

únicamente sobre el pueblo «que rechazó la verdad de Dios, que renunció a la ley de Dios y se condenó así a la ruina».[38] Aun cuando por lo menos un judío se dirigió de veras a él con la esperanza de que haría alguna cosa para ayudar a los judíos, no hizo ni dijo nada, ni siquiera en privado.[39]

El conde Conrad Preysing, obispo de Berlín, fue tal vez quien abogó de forma más insistente dentro de la Iglesia católica por una política de condena sin paliativos al maltrato que el régimen infligía a los judíos. En agosto de 1943 preparó por escrito una súplica formal dirigida al régimen para la cual confiaba en contar con la firma de todos los obispos católicos de Alemania. Si bien condenaba la evacuación brutal de los judíos de Alemania, no mencionaba en cambio su exterminio y únicamente pedía que las deportaciones se llevasen a cabo de una manera que respetase los derechos humanos de los deportados. Sin embargo, los obispos católicos rechazaron la súplica formal, optando en cambio por una carta pastoral que pedía a los feligreses respetar el derecho a la vida de las personas de otras razas. Preysing se dirigió al nuncio apostólico, quien se limitó a decirle: «Es bueno y deseable amar al prójimo, pero el amor que hace un mejor servicio es aquel que consiste en evitar poner en aprietos a la Iglesia».[40] El silencio relativo de la Iglesia católica en Alemania reflejaba en buena medida la preocupación creciente del Papa Pío XII ante la amenaza del comunismo, una preocupación tanto más acusada a medida que las fuerzas alemanas atravesaban mayores dificultades en el frente oriental y el Ejército Rojo comenzaba su avance. El Papa jamás olvidó sus vivencias como nuncio apostólico en Múnich durante las revoluciones comunista y anarquista de 1919, unos sucesos a los que se refirió al recibir al nuevo embajador alemán en el Vaticano, Ernst von Weizsäcker, en julio de 1943. A medida que la guerra proseguía, Pío XII veía el Reich alemán como el único baluarte de Europa contra el comunismo, sobre todo después del derrocamiento de Mussolini y a la luz de la fuerza cada vez mayor de los grupos de partisanos comunistas en el norte y el centro de Italia, y condenó en privado la exigencia aliada de obtener una rendición incondicional. Pío XII encaminó sus esfuerzos a utilizar el estatus internacional de neutralidad del Vaticano para trabajar a favor de un compromiso de paz que dejase una Alemania anticomunista intacta. En la búsqueda de tal objetivo, consideró que para no

correr el riesgo de comprometer la neutralidad del Vaticano era mejor no alzar su voz en contra del exterminio de los judíos. Con todo, ello no le impidió formular una serie de condenas rotundas del programa de la «eutanasia» en sendas cartas remitidas a sus obispos en Alemania; ni tampoco hacer públicas en mayo y junio de 1943 sendas declaraciones de compasión por el sufrimiento del pueblo polaco, como ya había hecho en diciembre de 1939.[41]

Como le manifestó por escrito a Preysing en abril de 1943, el Papa temía que las protestas públicas abocaran a una persecución renovada de la Iglesia en Alemania. No estaba dispuesto a intervenir para ayudar a los judíos. Pensaba el Papa que una postura pública contra las matanzas no las detendría y en realidad podría no servir más que para acelerarlas. Además, con los alemanes en Roma, una crítica abierta podría ocasionar que tropas alemanas irrumpiesen en el Vaticano. Todo cuanto podía hacer, le dijo a Preysing, era rezar por los «católicos no arios o semiarios [...] en el hundimiento de su existencia mundana y en su necesidad espiritual». Contrariamente a lo que algunos de sus críticos han sostenido, no hay pruebas convincentes de que Pío XII fuese un antisemita, ni de que hubiese concluido a partir de su experiencia en Múnich en 1919 que el comunismo formaba parte de una conspiración judía mundial.[42] Pero, por otra parte, era plenamente consciente en abril de 1943 de que los judíos, incluidos los católicos de origen judío, además de estar sufriendo en el plano espiritual y en el material, estaban muriendo en gran número asesinados por los alemanes. Pío XII sabía por supuesto que muchos curas católicos en Italia, entre ellos algunos en la Ciudad del Vaticano, estaban dando refugio a judíos desde el momento en que los alemanes comenzaron a amenazar la existencia de éstos a partir del otoño de 1943. No hizo nada para poner fin a esos actos, pero tampoco tomó parte en ellos ni pronunció una sola palabra que pudiese alentar a los curas a realizarlos. Sin dejar de ser nunca el cauteloso diplomático de carrera que era, Pío XII hizo lo que creía mejor para los intereses de la Iglesia católica en Italia y en otras partes.[43]

Entre los protestantes alemanes, las cosas sólo fueron algo diferentes. El 4 de abril de 1939, los Cristianos Alemanes hicieron pública una declaración en Bad Godesberg en la que se afirmaba «la responsabilidad de

la Iglesia para mantener a nuestro pueblo racialmente puro», e insistía en que no había «ninguna contradicción más acusada» que la existente entre el judaísmo y el cristianismo. El mes siguiente, la iglesia confesante replicó con un documento similar reconociendo que «la preservación de la pureza de nuestro pueblo exige una política racial seria y responsable». Pocos habrán observado una gran diferencia entre ambas.[44] De vez en cuando la iglesia confesante alzaba su voz en protesta. Cuando la cancillería eclesiástica, formalmente el órgano dirigente de la iglesia evangélica junto con tres obispos, hizo pública una carta abierta reclamando «que los bautizados no arios permanezcan alejados de las actividades de la iglesia de la congregación alemana», la cúpula de la iglesia confesante preguntó con mordacidad si en tal caso a Cristo y a los apóstoles, de haber vivido en el Tercer Reich, los hubieran expulsado de la iglesia por motivos raciales. Y al ir tornándose la persecución en asesinatos en masa, un protestante destacado trató de detener la persecución de los judíos. El obispo Theophil Wurm le escribió a Goebbels en noviembre de 1941 advirtiéndole de que la campaña contra los judíos estaba dando alas a la propaganda enemiga. Goebbels tiró la carta a la papelera. Otra carta, que Wurm trató de hacerle llegar a Hitler por medio de un alto funcionario, exponía un punto de vista similar con respecto a lo que él llamaba «la dureza creciente en el trato a los no arios».[45] El 16 de julio de 1943, Wurm volvió a intentarlo. Para entonces, como él escribió, había perdido a su hijo y a su yerno en el frente oriental. Escribiéndole directamente a Hitler, afirmó que las «medidas de aniquilación» dirigidas contra «no arios» se situaban «en flagrante contradicción con la ley de Dios y violan el fundamento de toda vida y todo pensamiento en Occidente: el derecho fundamental a la vida y a la dignidad humana en general que Dios ha concedido a todas las personas». Aunque era aparentemente una carta privada, Wurm la había copiado y repartido en el seno de la Iglesia. El 20 de diciembre de 1943, Wurm repitió sus argumentos principales en una carta dirigida a Hans-Heinrich Lammers, el jefe de la Cancillería del Reich. «Por la presente queda usted advertido categóricamente —replicó Lammers—, y le insto a ser más cuidadoso en el futuro en lo concerniente a mantenerse dentro de los límites de su ministerio». La política no atañía a los obispos. Nadie aparte de Wurm se

propuso intervenir hasta ese punto, y poco después de su protesta le prohibieron escribir o hablar en público durante el resto de la guerra, si bien no dejó de predicar yoficiar ceremonias a pesar de la prohibición.[46]

## III

Si las iglesias no condenaban abiertamente el genocidio nazi de los judíos, ni emprendían alguna acción para tratar de detenerlo, entonces, ¿cuál era la actitud de la multitud de alemanes corrientes en este asunto? Enterarse de las matanzas no era difícil. Obviamente, las noticias viajaban con rapidez hasta los pocos judíos que quedaban en Alemania.[47] Victor Klemperer relataba en enero de 1942 los rumores que apuntaban a «que en Riga fusilaron a los judíos evacuados, en grupos, a medida que salían del tren».[48] El 16 de marzo de 1942, su diario mencionaba por vez primera «Auschwitz (o algo por el estilo), cerca de Königshütte, en la Alta Silesia, del que se dice que es el campo de concentración más espantoso».[49] En octubre de 1942, Klemperer se refería al mismo como un «matadero donde se trabaja a destajo».[50] «La voluntad de exterminio no cesa de crecer todo el tiempo», anotó a finales de agosto de 1942.[51] De los asesinatos en masa en Auschwitz y en otros lugares, anotaba, «hemos tenido noticia con demasiada frecuencia y por demasiadas fuentes arias solventes como para que sea fruto de la leyenda».[52] Como esto sugiere, no era difícil enterarse de los asesinatos en masa de judíos, polacos y otros grupos en el este. Se podía saber gracias a varias fuentes. El Servicio de Seguridad de las SS informó en marzo de 1942 de que los soldados hablaban abiertamente a su regreso de Polonia de cómo allí se estaba matando a un gran número de judíos.[53] La Cancillería del Partido Nazi se quejó el 9 de octubre de 1942 de que las «conversaciones» en torno a «“medidas extremas” contra los judíos, en particular en los Territorios Orientales» se estuvieran «difundiendo por boca de hombres de permiso de las diversas unidades desplegadas en el este que han tenido la oportunidad de presenciar tales medidas».[54] Los funcionarios de numerosos escalafones en la administración central del Reich leían los informes de los grupos operativos o estaban en contacto con administradores en el este.[55] Los jefes de estación, los maquinistas y los

conductores de los trenes y el resto del personal en las estaciones de ferrocarril y en las zonas destinadas a las mercancías podían identificar los trenes y sabían adónde se dirigían. Los policías que detenían a los judíos o que se ocupaban de sus expedientes o sus bienes lo sabían también. Los funcionarios de vivienda que redistribuían entre los alemanes los hogares de los judíos, los administradores que se ocupaban de las propiedades de los judíos, la lista era casi inacabable.

Algunos alemanes reaccionaron con un patente entusiasmo a la discriminación de que eran objeto los judíos. Después de ponerse la estrella amarilla, Victor Klemperer tuvo que sufrir por vez primera que jóvenes miembros de las Juventudes Nazis le increparan por las calles.[56] En su relato minuciosamente detallado de la vida cotidiana como judío en la Alemania nazi durante la guerra, Klemperer recogió una amplia variedad de reacciones de los alemanes corrientes en la calle cuando se topaban con él con la estrella puesta. Mientras uno le preguntó sin rodeos «¿por qué sigue vivo, canalla?», otros, perfectos desconocidos, se acercaban a él y le tomaban de la mano susurrándole «¡ya sabe usted por qué!», antes de seguir su camino rápidamente.[57] Esos encuentros se hicieron más peligrosos desde finales de octubre de 1941, cuando el jefe de Seguridad del Reich ordenó detener a cualquier alemán que diese muestras de cualquier clase de amabilidad hacia un judío en público, junto con la detención y el encarcelamiento en un campo de concentración del judío en cuestión.[58] Hubo quienes persistieron, sin embargo. En ocasiones, Klemperer podía reconocer en obreros amistosos a «antiguos miembros del SPD, probablemente del KPD», pero también era objeto de los improperios que le dirigían otros obreros.[59] En una visita a la oficina del seguro de salud, Klemperer reparó en un obrero que no perdía de vista su estrella judía y decía que «tendrían que darles una inyección. ¡Así sería el final para todos ellos!».[60] Por el contrario, en abril de 1943 un trabajador que sacaba las pertenencias de un «evacuado» de la casa de judíos en Dresde en la que Victor Klemperer vivía, le susurró: «Esos malditos cerdos; las cosas que están haciendo en Polonia a mí también me ponen furioso».[61] Las raciones

judías eran menos que inadecuadas, pero mientras que algunos tenderos se ceñían a las normas impasiblemente, otros mostraban cierta buena voluntad para vulnerarlas.[62]

Cuando los judíos se vieron obligados a ponerse la estrella amarilla en sus ropas, lo que facilitaba que la gente los identificara, muchos alemanes no judíos no reaccionaron como Goebbels quería que lo hicieran. Hubo judíos que contaron que los saludaban por la calle con una cortesía insólita, había personas que se acercaban a ellos y les pedían perdón o les ofrecían un asiento en el tranvía. Los diplomáticos extranjeros, entre quienes se contaban el embajador sueco y el cónsul general de EE.UU. en Berlín, apreciaron parecidas reacciones favorables por parte de la mayoría de la población, sobre todo de la gente de más edad. El anuncio público del estatus de los judíos como perseguidos alimentaba sentimientos de vergüenza y de culpa cuando se aplicaba a seres humanos vivos, visibles.[63] Las reacciones populares a la introducción de la estrella judía fueron en una mayoría abrumadora de rechazo, y los que la vieron como la oportunidad de insultar y agredir a los judíos constituían una reducida minoría.[64] Cuando, al cabo de no mucho tiempo, la policía empezó a practicar redadas de judíos en las ciudades alemanas y a llevárselos a las estaciones locales de ferrocarril para deportarlos al este, las reacciones públicas de rechazo volvieron a superar a las de aprobación. En particular, a los alemanes de mayor edad las deportaciones les parecían vergonzosas. El Servicio de Seguridad de las SS informó en diciembre de 1941 de que en Minden había gente que iba diciendo que «resultaba incomprensible cómo se podía tratar a los seres humanos con tanta brutalidad; ya se tratase de judíos o de arios, al final todos ellos eran personas creadas por Dios».[65] Los de tendencia religiosa eran especialmente críticos con las deportaciones.[66] Una muchedumbre se congregó en Lemgo para ver partir desde allí el último transporte de judíos a finales de julio de 1942. Muchos ciudadanos, sobre todo los de mayor edad, se mostraron críticos, e incluso hubo miembros del Partido Nazi que dijeron que se estaba siendo demasiado duro con los judíos, los cuales habían estado viviendo en la ciudad durante muchas décadas, siglos incluso.[67]

«En el tren —anotó Luise Solmitz en Hamburgo el 7 de noviembre de 1941— la gente estira el cuello; por lo que parece, un nuevo tren cargado de no arios a los que trasladar se está formando en Logenähs».[68] No mucho después, oyó a un transeúnte comentar cómo habían sacado a una anciana judía de una residencia para ancianos judíos, «juntándola con ese pequeño montón de miseria»: «¡Bien está que hagan limpieza de gentuza!». Sin embargo, otro testigo de la operación se ofendió con ese comentario: «¿Está hablando conmigo? —preguntó—. Por favor, cierre el pico».[69] A lo largo de todo el verano de 1942, Luise Solmitz presenció las continuas deportaciones de ancianos judíos a Theresienstadt. «Toda Hamburgo está llena de deportaciones, incluso de las personas de más edad», anotó. Un conocido contó que «niños gritando de alegría habían acompañado el traslado», aunque la propia Solmitz jamás había visto un comportamiento semejante. «Una vez más, los judíos se han ido a Varsovia —escribió el 14 de julio de 1942—. He encontrado pruebas de ello en los cubos de basura del exterior de sus viviendas, llenos hasta el borde con los restos miserables de sus pocas posesiones, con latas de colores, lámparas viejas de mesita de noche, bolsos de mano rotos. Había niños hurgando entre los restos, alborozados, provocando un desorden increíble».[70]

La familia Solmitz tuvo ante sí un nuevo desafío inesperado cuando Gisela, hija de Friedrich y Luise, se enamoró de un belga que trabajaba en una factoría de Hamburgo y los dos decidieron casarse. En la oficina del registro, un funcionario le dijo a Luise que el Ministerio de Justicia del Reich había rechazado la solicitud de la pareja para contraer matrimonio, añadiendo:

> «¿Saben los padres del joven que su hija es mestiza en primer grado? Estoy seguro de que habrán dado su consentimiento, pero ¿son conscientes de ello?». — «Bélgica no reconoce esas leyes ni esas consideraciones». — «¿Qué quiere decir con eso de “Bélgica”? Hoy ni siquiera empleamos el término “Alemania”. Pensamos: “Europa”. Ningún judío debe quedarse en Europa. Ésta es mi opinión personal, no la oficial, pero hay señales que me anuncian que los judíos van a ser tratados con mayor severidad incluso que antes». Me lo dijo dos veces. Y tomé asiento, impotente. «Fíjese —continuó él sermoneándome— en lo que han hecho los judíos en Rusia, en América. Ahora nos damos cuenta por primera vez».

Cuando Luise Solmitz tuvo la valentía de mencionar a su marido judío, el funcionario quedó completamente desconcertado. «¿Su marido aún sigue aquí?», exclamó con incredulidad.[71]

## IV

Unas pocas personas intentaron salvar a esos judíos mientras pudieran. La historia del empresario Oskar Schindler es famosa: alemán nacido en Chequia e integrante del Partido Nazi, se quedó con una fábrica de esmalte en Cracovia cuando su propietario judío fue privado de ella, y dio empleo a 1.100 obreros forzados judíos al tiempo que tomó parte en numerosas actividades en el mercado negro, comerciando con arte que había sido saqueado y practicando otras formas de corrupción. Sin embargo, con el paso del tiempo Schindler empezó a sentir indignación ante el trato de que eran objeto los judíos polacos y se las ingenió para emplear su dinero y sus conexiones para proteger a quienes trabajaban para él. Al acercarse el Ejército Rojo, obtuvo autorización para evacuar a sus obreros a una fábrica de armas en los Sudetes, aunque la misma jamás fabricó arma alguna. Los judíos sobrevivieron a la guerra, pero Schindler había perdido la mayor parte de su fortuna para protegerlos, y no prosperó en el mundo de los negocios más ordenado de los años de la posguerra. Se trasladó a Argentina en 1948, pero tuvo que declararse en bancarrota una década después y regresó a Alemania, residiendo primero en Frankfurt y a continuación en Hildesheim, y falleciendo como un hombre relativamente pobre en 1974, a la edad de sesenta y seis años.[72]

Otro salvador, el oficial católico del ejército alemán Wilm Hosenfeld, empezó también empleando a polacos y judíos, con el fin de protegerlos de que los detuvieran, en su administración de los deportes practicados por el ejército en Varsovia. «¡A cuántos he ayudado ya!», le escribió a su mujer el 31 de marzo de 1943, añadiendo al cabo de algunos meses: «Mi conciencia no es tan mala como para que deba temer algún castigo».[73] El 17 de noviembre de 1944, Hosenfeld se topó con un superviviente judío famélico del gueto, el cual vivía en una casa abandonada que Hosenfeld estaba inspeccionando para usarla como el nuevo cuartel general de mando del

ejército.[74] El hombre resultó ser un conocido pianista profesional, Wladyslaw Szpilman, cuyos recitales radiofónicos habían hecho que su nombre fuera muy conocido en Polonia antes de la guerra. Hosenfeld lo ocultó en el desván mientras la comandancia del ejército alemán se mudaba a la planta baja, y le estuvo suministrando comida y ropa de invierno hasta que los alemanes abandonaron la ciudad. Jamás le reveló a Szpilman su nombre, ni hizo mención alguna en su diario, por razones obvias de seguridad, de lo que había hecho. No fue hasta la década de 1950 cuando el pianista, que para ese entonces había restablecido su carrera en Polonia, descubrió la identidad de quien le había salvado.[75]

Hubo otras personas, menos célebres, que ayudaron a mantener ocultos a un total de varios miles de judíos en Berlín, Varsovia, Amsterdam y muchas otras ciudades ocupadas. Entre esas personas había grupos clandestinos que se movían por creencias socialistas o religiosas, o en ocasiones sencillamente humanitarias, como escultistas, organizaciones caritativas, clubes de estudiantes y toda una variedad de redes que ya existían previamente. Algunos judíos, en especial en Francia, pudieron esconderse en la campiña gracias a la ayuda de granjeros y aldeanos amigos o compasivos. Uno de los numerosos grupos dedicados al rescate fue la Organización para Salvar a los Niños y Proteger la Salud de las Poblaciones Judías, fundada en Rusia en 1912. Su rama francesa ocultó a varios cientos de niños judíos, muchos de ellos refugiados procedentes de Alemania y Austria, procurándoles documentos de identidad falsos, dispersándolos en familias no judías que estaban dispuestas a correr el riesgo o pasándolos de contrabando a España o Suiza. En definitiva, grupos en la clandestinidad como ése se las arreglaron para ocultar a muchos miles de judíos o ponerlos a salvo fuera de la Europa bajo ocupación alemana.[76] Pero esos miles, claro está, se tienen que contraponer a los millones que no sobrevivieron.

Un pequeño número de individuos intentó también que el mundo exterior a la Europa bajo dominación alemana supiera del exterminio. A finales de julio de 1942, el industrial alemán Eduard Schulte, que disfrutaba de buenas relaciones con miembros destacados del régimen, viajó a Zurich, donde le dijo a un socio suyo judío que Hitler había planeado la total aniquilación de los judíos de Europa antes de que acabara el año. Le dijo

que hasta 4 millones serían transportados al este para exterminarlos, posiblemente con ácido sulfúrico. La información llegó a Gerhart Riegner, del Congreso Mundial Judío, que para transmitirla por telegrama a su cuartel general en Nueva York contó con la embajada británica y la estadounidense. Esas noticias solían topar con el escepticismo entre aquellos a quienes iban dirigidas. La enormidad del crimen parecía inconcebible. El gobierno estadounidense recomendó al Congreso mantener la confidencialidad de la información de Riegner hasta que ésta se pudiera verificar de forma independiente.[77] Una información más fiable y precisa únicamente podría provenir de un testigo ocular. Uno de los más extraordinarios fue Kurt Gerstein, un experto en desinfecciones del Instituto de Higiene del ala militar de las SS. La Oficina Central de Seguridad del Reich envió a Gerstein en el verano de 1942 para que entregase 100 kilos de Zyklon-B en Lublin para un fin no revelado. El 2 de agosto de 1942, Gerstein llegó a Belzec y estuvo presente en la llegada de un tren cargado de judíos procedente de Lvov, a los que obligaron a desvestirse antes de ser conducidos por ayudantes ucranianos a las cámaras de gas, en donde les dijeron que iban a desinfectarlos. Allí hubieron de aguardar por espacio de dos horas y media, entre sollozos y gritos, mientras los mecánicos en el exterior trataban de lograr poner en marcha el motor diésel. Una vez que el motor comenzó a funcionar, anotó Gerstein con gran precisión, fueron necesarios treinta y dos minutos para matar a las personas que había en el interior de la cámara. Gerstein quedó estupefacto ante lo que presenció. En el viaje de regreso desde Varsovia a Berlín se lo contó todo a Göran von Otter, un diplomático sueco que informó de los pormenores en un despacho remitido al Ministerio de Asuntos Exteriores sueco tras comprobar con discreción las credenciales de Gerstein. El despacho estuvo pudriéndose allí hasta el final de la guerra, mantenido en secreto por funcionarios que temían enojar con él a los alemanes. De regreso a Berlín, Gerstein no dejó de importunar al nuncio apostólico, a los líderes de la iglesia confesante y a la embajada suiza con su historia, en todos los casos inútilmente. Sin embargo, Gerstein, a diferencia de lo que se podría pensar, no renunció a su puesto ni solicitó un traslado. Continuó expidiendo al campo remesas de Zyklon-B al tiempo que redoblaba sus vanos esfuerzos por difundir

información sobre lo que estaba ocurriendo. Por último, escribió tres informes distintos sobre lo que había visto, a los que añadió información obtenida tras hablar con otros implicados. Pero mantuvo esos informes en secreto, y sólo al final de la guerra los hizo públicos al entregárselos a los americanos. Detenido en tanto que presunto criminal de guerra, Gerstein se ahorcó en su celda el 25 de julio de 1945, muy probablemente por remordimiento debido a su fracaso o por la culpa de no haber hecho más.[78]

Los intentos más decididos de informar al mundo acerca del programa de exterminio procedieron de Polonia. Miembros de la resistencia enviaron información sobre los gaseamientos en Treblinka al gobierno polaco exiliado en Londres apenas habían dado comienzo. El 17 de septiembre de 1942, el gobierno polaco en el exilio aprobó una protesta pública contra los crímenes que los alemanes estaban perpetrando contra los judíos, pero no emprendió ninguna acción concreta, sin alentar a los polacos para que diesen refugio a los judíos, ni a éstos para que buscaran refugio entre los polacos. A juicio del gobierno polaco en el exilio, atraer demasiado la atención sobre los judíos distraería a la opinión mundial del sufrimiento de los polacos, lo cual minaría el intento del gobierno de combatir la política de Stalin que pretendía lograr que los aliados reconociesen la frontera nazi-soviética acordada antes de la partición de Polonia en septiembre de 1939. Algunos políticos del gobierno en el exilio creían que la influencia judía se hallaba detrás no sólo de Stalin sino también de Churchill y Roosevelt. La misma podría ser empleada a favor del reconocimiento de la Línea Curzon.[79] La situación solamente cambió cuando en 1942 la resistencia encargó a Jan Karski, un integrante de la clandestinidad polaca, desplazarse al oeste e informar de la difícil situación de Polonia. El asesinato de los judíos no ocupaba uno de los primeros lugares en la lista de prioridades que le habían asignado. No obstante, enterados de su misión, dos miembros de un grupo clandestino judío lo convencieron para que visitara el gueto de Varsovia y muy probablemente también el campo de Belzec. Karski informó de cuanto había visto cuando por fin llegó a Londres.[80]

Su declaración tuvo un efecto contundente. El 29 de octubre de 1942, el arzobispo de Canterbury presidió una importante reunión de protesta pública en el Albert Hall de Londres, con representantes de las

comunidades judía y polaca entre los asistentes. Finalmente, el gobierno polaco exiliado en Londres reconoció de manera oficial el 27 de noviembre de 1942 el hecho de que los judíos de Polonia y otros lugares de Europa estaban siendo asesinados en el territorio que dicho gobierno reivindicaba como propio. Representantes del gobierno informaron a Churchill, y el 14 de diciembre de 1942 el secretario de Asuntos Exteriores, Eden, entregó un informe oficial sobre el genocidio al gabinete británico. Tres días después, los gobiernos aliados hicieron pública una declaración conjunta prometiendo castigar a los responsables del asesinato en masa de los judíos de Europa.[81] Los aliados concluyeron que la mejor manera de detener el genocidio era centrarlo todo en ganar la guerra lo antes posible. Bombardear las líneas ferroviarias que llevaban a Auschwitz y otros campos sólo habría dado un respiro provisional a los judíos y habría desviado la atención y recursos del objetivo mayor consistente en derrocar al régimen que estaba acabando con ellos.[82] Lo que los aliados sí hicieron, sin embargo, fue ordenar una campaña masiva de propaganda contra el régimen nazi. Desde comienzos de diciembre de 1942, medios de propaganda británicos y de otros países aliados bombardearon a la ciudadanía alemana con información radiofónica y escrita sobre el genocidio, prometiendo que sería castigado.[83] En Berlín, enfrentados a esas acusaciones, los propagandistas nazis ni siquiera siguieron molestándose en desmentirlas. En lo que se refería a la contrapropaganda, Goebbels señaló que

> de ningún modo debe optarse por una refutación completa o parcial de las afirmaciones a propósito de las atrocidades cometidas con los judíos, sino sencillamente por una actuación alemana que centrará su atención en los actos de violencia de los ingleses y los americanos en todo el mundo [...]. Así sucederá con toda seguridad que cada parte acuse a cada parte de estar cometiendo atrocidades. Este clamor general provocará finalmente que este tema quede suprimido de la agenda.[84]

El asesinato en masa de los judíos se convirtió así en una especie de secreto a voces en Alemania como muy tarde desde finales de 1942, y Goebbels sabía que sería inútil negarlo.

En consecuencia, no hay pruebas que sustenten la afirmación expresada por muchos alemanes nada más acabar la guerra asegurando que no sabían nada del exterminio de los judíos. Sin embargo, tampoco las hay que sustenten que los alemanes en general eran partidarios entusiastas del antisemitismo homicida del régimen, o que el odio por los judíos fuera una fuerza significativa que mantuvo unida a la «comunidad nacional» antes o durante la guerra.[85]

Sorprende que los voluminosos informes de vigilancia del Servicio de Seguridad de las SS tuvieran relativamente poco que decir sobre el asunto. Había buenas razones para ello. Como el servicio clandestino de información del Partido Socialdemócrata escribió en marzo de 1940:

> El terror omnipresente fuerza a los «camaradas del pueblo» a ocultar su estado de ánimo, a abstenerse de expresar lo que piensan realmente, y en cambio a fingir optimismo y aceptación. De hecho, está obligando cada vez a más personas a acomodarse a las exigencias del régimen hasta en los pensamientos; ya no se atreven a juzgarse a sí mismas. El caparazón exterior de lealtad que se forma de esta manera aún puede prolongarse largo tiempo.[86]

Las discusiones francas sobre las persecuciones y los asesinatos de los judíos fueron así relativamente infrecuentes, e incluso raras veces el Servicio Seguridad de las SS dejó constancia de ellas.[87] No obstante, las pruebas de que disponemos sugieren que, en líneas generales, los alemanes corrientes no estaban conformes. Las campañas propagandísticas de Goebbels en el segundo semestre de 1941 y nuevamente en 1943 no habían logrado convencerlos para la causa. Pero si no se podía lograr que la gente aprobase el asesinato de los judíos, entonces tal vez el hecho de que la gente tuviera un inequívoco conocimiento de ello podía utilizarse para convencerla de proseguir la lucha por miedo a lo que los judíos pudieran hacer en venganza, máxime si, como proclamaba la propaganda nazi, los judíos estaban al mando de los enemigos de Alemania: Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética.[88]

Los dos últimos años de la guerra estuvieron repletos de propaganda en torno a las atrocidades difundida por los medios de comunicación controlados por Goebbels: del Ejército Rojo muy especialmente se decía, sin faltar del todo a la verdad, que en su avance se abandonaba a las violaciones y el asesinato de alemanes. Con todo, los efectos de esto no

fueron los que Goebbels pretendía. Lejos de conducir a un fortalecimiento de la determinación de los alemanes corrientes, esa propaganda únicamente sirvió para revelar sentimientos hondamente arraigados de culpabilidad por no haber hecho nada para impedir la muerte de los judíos. Ese sentimiento era un subproducto inesperado de las convicciones persistentemente cristianas de la gran mayoría de los ciudadanos alemanes. Por ejemplo, en junio de 1943 se informó de que «grupos clericales» de Baviera reaccionaron de esa manera a la campaña de propaganda de Goebbels centrada en la masacre soviética de oficiales polacos en Katyń. La Cancillería del Partido en Múnich les atribuyó haber dicho lo siguiente:

> Las SS emplearon métodos similares de matanza en su lucha contra los judíos en el este. El trato horrible e inhumano que las SS dan a los judíos exige prácticamente que el Señor castigue a nuestro pueblo. Si esos asesinatos no quedan vengados en nosotros, es que ya no hay justicia divina. El pueblo alemán se ha echado tal culpa colectiva sobre sí mismo que no puede contar con ninguna clase de piedad o de perdón. Todo queda implacablemente vengado aquí en la Tierra. Debido a estos métodos salvajes ya no hay posibilidad de que nuestros enemigos se conduzcan humanamente en la guerra.[89]

Cuando la catedral de Colonia resultó bombardeada el mes siguiente, la gente dijo que lo había sido en castigo por la quema de sinagogas en 1938.[90] Un agente del Servicio de Seguridad informó el 3 de agosto de 1943 de que había gente en Baviera que sostenía «que Würzburgo no había sido atacada por aviadores enemigos porque en Würzburgo no se prendió fuego a ninguna sinagoga. Otros decían a su vez que los aviadores ya se estaban acercando también a Würzburgo porque el último judío había abandonado la ciudad poco antes». El 20 de diciembre de 1943, el obispo protestante de Württemberg, Teophil Wurm, escribió a Hans-Heinrich Lammers, el veterano funcionario a cargo de la Cancillería del Reich de Hitler, diciéndole que en muchos casos el pueblo alemán consideraba

> los sufrimientos que habían tenido que soportar a causa de los ataques enemigos como una venganza por lo que se les ha hecho a los judíos. Los incendios de casas e iglesias, el estrépito y el destrozo de los bombardeos nocturnos, la huida con exiguas posesiones de las casas que han quedado destruidas, la perplejidad en la búsqueda de algún lugar en el que refugiarse, todo ello recuerda a la población de la manera más dolorosa lo que tuvieron que sufrir los judíos en ocasiones anteriores.[91]

Poco más de un año después, el 6 de noviembre de 1944, el Servicio de Seguridad de las SS informó desde Stuttgart de que la propaganda de Goebbels que ilustraba gráficamente los saqueos, las matanzas y las violaciones del Ejército Rojo en Nemmersdorf, en la Prusia Oriental,

> en muchos casos lograba lo contrario de lo que se pretendía. Los compatriotas dicen que es desvergonzado darle tanto espacio en la prensa alemana. [...] «¿Qué se propone la cúpula dirigente mediante la publicación de imágenes como las del *Nationalsozialistischer Kurier* [Correo nacionalsocialista] del sábado? Tendrían que darse cuenta de que la contemplación de esas víctimas recordará a cualquier persona sensata las atrocidades cometidas en territorio enemigo, hasta en la propia Alemania. ¿No hemos asesinado a miles de judíos? ¿No cuentan los soldados una y otra vez que los judíos en Polonia han tenido que excavar sus propias tumbas? ¿Y qué trato les dimos a los judíos en el campo de concentración de Alsacia? Los judíos también son seres humanos. Con nuestro comportamiento hemos enseñado al enemigo lo que nos pueden hacer si nos vencen». (La opinión de numerosas personas de todas las clases de la población.)[92]

«Los judíos se limitarán a retribuirnos por los crímenes que hemos cometido contra ellos», vaticinaba una carta anónima dirigida al jefe de prensa en el Ministerio de Propaganda el 4 de julio de 1944.[93] El miedo y la culpa estaban llevando a una gran mayoría de alemanes a temer el castigo de los aliados. En lo sucesivo a partir de 1943, se estuvieron mentalizando para desviar ese castigo en la medida en que pudieran negando cualquier conocimiento del genocidio una vez que la guerra estaba perdida.

# CULTURAS DE DESTRUCCIÓN

## I

Durante la Segunda Guerra Mundial, como antes de la misma, la propaganda nazi podría parecer omnipresente e ineludible, acorralando a una nación pasiva en los límites de una adulación irreflexiva a Hitler, un entusiasmo incondicional por la ideología nazi y un apoyo sin objeciones a la conquista militar y la supremacía racial que constituían los fines primordiales del esfuerzo bélico alemán. Ésta al menos era la impresión que Goebbels deseaba dar. Sin embargo, era falsa.[94] Para empezar, la propaganda estaba lejos de ser omnipresente. Hasta el propio Goebbels se daba cuenta de que la misma debía tener ciertos límites. El entretenimiento y las distracciones tenían también un papel que desempeñar. «Es importante para la guerra mantener a nuestro pueblo con un buen estado de ánimo —escribió en su diario el 26 de febrero de 1942—. En la [Primera] Guerra Mundial no lo conseguimos y tuvimos que pagar por ello con una terrible catástrofe. Ese ejemplo no debe repetirse bajo ninguna circunstancia».[95] Al adoptar este punto de vista, Goebbels estaba entre otras cosas aprendiendo de la experiencia, en la medida en que el disgusto popular ante los medios de comunicación politizados en exceso y una dieta incesante de discursos y llamamientos habían propiciado ya una extensión de la indiferencia frente a la propaganda nazi antes de la guerra.[96] En 1939, por consiguiente, el Ministerio de Propaganda nazi sabía perfectamente que su ambición inicial de lograr una movilización espiritual y emocional sin fisuras del pueblo alemán se hallaba fuera de su alcance. La finalidad de la propaganda nazi durante la guerra fue por tanto más modesta: que la población siguiera luchando y asegurarse de que cumpliera, siquiera en apariencia, con las exigencias a que la obligaba el régimen.[97]

Como ministro de Propaganda, Goebbels contaba con un enorme poder sobre las artes, la cultura y los medios de comunicación, pero no podía obrar completamente a su antojo. Tenía un rival considerable en Otto Dietrich, a quien Hitler había nombrado jefe de la Oficina de Prensa del Reich del Partido Nazi en 1931. En 1938, Hitler le nombró asimismo presidente de la Cámara de Prensa del Reich. A diferencia de Goebbels, Dietrich trabajaba en la oficina de Hitler y se encontraba por tanto en disposición de recibir las órdenes directas del Führer prácticamente a diario. Era una de las tareas de Dietrich proporcionarle a Hitler cada mañana un resumen de los medios de prensa internacionales. En lo sucesivo a partir de 1938, Dietrich y su personal dieron asimismo conferencias de prensa cada día a las doce del mediodía en las que transmitían directrices a los editores de los periódicos alemanes. Con objeto de intentar sortear la influencia cada vez mayor de Dietrich, Goebbels programó su propia conferencia ministerial cada día a las 11 de la mañana. Esto no hizo sino empeorar las cosas. En 1940 Dietrich empezó a desbancar tácticamente a Goebbels mediante la publicación de sus «Eslóganes Diarios del Jefe de Prensa del Reich» desde el cuartel general de Hitler. Las relaciones entre los dos hombres se deterioraron todavía más. En cierta ocasión, cuando se encontraban sentados en torno a la mesa del almuerzo de Hitler, Dietrich dijo: «*Mein Führer*, esta mañana, mientras estaba tomando un baño, se me ocurrió una buena idea». Rápido como un rayo, Goebbels lo interrumpió: «Señor Dietrich, debería tomar más baños».[98]

Un enfrentamiento particularmente grave se produjo en octubre de 1941, cuando Hitler envió a Dietrich a Berlín para anunciar en una conferencia internacional de prensa que la Unión Soviética había sido derrotada. Aunque ello obedeciera a una percepción extendida en los escalafones superiores de la dirección nazi en aquel momento, Goebbels estaba furioso: semejantes declaraciones en exceso optimistas suponían asumir un riesgo innecesario.[99] Estaba en lo cierto, como se vería. La tensión entre Goebbels y Dietrich era tan acusada que el propio Hitler estimó necesario ordenar el 23 de agosto de 1942 que todas las directrices para la prensa, incluidas las de Goebbels, se canalizaran a través de la oficina de Dietrich, dictaminando que las conferencias de prensa de

Dietrich a las doce del mediodía eran las únicas que representaban legítimamente las opiniones del Führer. No mucho después, Dietrich tuvo éxito en lograr que uno de sus hombres fuera nombrado adjunto del Jefe de Prensa del Reich con un despacho en el Ministerio de Propaganda. Goebbels transmitió sus quejas a Bormann, cuyo poder era en ese momento considerable. Esa iniciativa arriesgada provocó que Dietrich amagara con dimitir, algo que Hitler rechazó sin rodeos. Fue sólo hacia el final de la guerra cuando Goebbels se llevó por fin el gato al agua, obteniendo poder de veto sobre las directrices diarias de Dietrich a la prensa en junio de 1944 y, por último, convenciendo a Hitler para que echara al jefe de prensa el 30 de marzo de 1945, demasiado tarde para que se apreciara algún cambio.[100] Por entonces, el ministro de Propaganda ya había logrado apartar también a otros rivales. Éstos abarcaban desde la división de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Ribbentrop a las «empresas de propaganda» establecidas por las fuerzas armadas. La dirección de la propaganda siempre había estado desgarrada por rivalidades, pero finalmente Goebbels consiguió en los dos últimos años de la guerra un control casi total sobre la misma.[101]

Mientras esas disputas se desarrollaban en segundo plano, el Ministerio de Propaganda producía enormes cantidades de material en cada medio de comunicación como parte de su esfuerzo para levantar la moral. Un informe oficial del Ministerio de Propaganda señaló que en el año transcurrido desde septiembre de 1939 se habían producido nueve exposiciones de diapositivas que 4,3 millones de personas habían visto en espectáculos vespertinos organizados por oficinas del partido regionales. Entre los temas cubiertos figuraban «Políticas raciales de Alemania» e «Inglaterra, pirata mundial». En los primeros dieciséis meses de la guerra, el partido organizó unos 200.000 mítines políticos, principalmente con el fin de fortalecer la moral. Los carteles gráficos para las paredes se imprimían en grandes cantidades (un millón el de «Abajo los enemigos de Alemania», por ejemplo); los carteles textuales aparecían en tiradas de hasta medio millón. El ministerio distribuyó 32,5 millones de ejemplares de *Parole der Woche*, del Partido Nazi, e imprimió no menos de 65 millones de panfletos sobre una amplia variedad de temas. También merece recordarse

que antes del fin de 1940 se habían distribuido 700.000 fotografías de Hitler. Otto Dietrich les dijo a los representantes de la prensa el 3 de septiembre de 1939 que los periodistas ya no eran sólo reporteros, sino también «soldados del pueblo alemán».[102] En 1944 el Partido Nazi controlaba casi la totalidad de la prensa alemana. En ese momento era un medio de propaganda mucho más que de entretenimiento. La necesidad de racionar el suministro de papel condujo a la Cámara de Prensa del Reich a cerrar 500 periódicos en mayo de 1941 y otros 950 dos años más tarde (incluyendo el antes respetable *Frankfurter Zeitung*). Sin embargo, la gente estaba ávida de noticias durante la guerra, y la tirada de los periódicos importantes se elevó sustancialmente mientras caía el número de ellos. La tirada total de diarios aumentó de 20,5 a 26,5 millones entre 1939 y 1944. El diario de bandera del partido, *Völkischer Beobachter*, estaba vendiendo 1.192.500 copias en 1941, y a él se sumaron nuevos semanarios significativos, sobre todo *Das Reich*, fundado por Goebbels en 1940, y que al cabo de tres años estaba imprimiendo 1,5 millones de copias de cada edición. El tamaño y la importancia crecientes de las SS se ponían de manifiesto en el hecho de que su propio semanario, *Das Schwarze Korps*, fundado en 1935, era por entonces el segundo semanario en número de ventas con una tirada de 750.000 ejemplares. Con todo, la gente no sólo leía la prensa para informarse o enterarse de las últimas noticias del partido o de las SS. También lo hacía por entretenimiento y como pasatiempo, y así las ventas de las revistas y semanarios ilustrados subieron de 11,9 a 20,8 millones entre 1939 y 1944.[103]

El régimen puso un gran énfasis en la literatura como un estímulo para el compromiso patriótico, recuperando y poniendo a la venta clásicos apropiados como el *Guillermo Tell* de Schiller con un renovado entusiasmo. 45.000 bibliotecas en el frente abastecían de materiales de lectura a los soldados en sus ratos libres, si tenían alguno. Los alemanes donaron no menos de 43 millones de volúmenes para abastecerlas. 25.000 bibliotecas públicas en Alemania atendían las necesidades de lectura de la población civil. ¿Qué era lo que la gente leía durante la guerra? William L. Shirer relató en octubre de 1939 que las novelas más vendidas en Alemania eran por entonces *Lo que el viento se llevó* de Margaret Mitchell y *La ciudadela*

de A. J. Cronin. *Fünfzig Jahre Deutschland* [Cincuenta años de Alemania], del explorador sueco Sven Hedin, estaba atrayendo a lectores que buscaban el consuelo de que Alemania no era del todo menospreciada en el mundo no fascista.[104] Esta situación obviamente no podía perdurar. La guerra deparó a la Cámara de Literatura del Reich oportunidades considerablemente mayores para ejercer un control sobre escritores y editores. La censura se acentuó en 1940, y la necesidad de racionar los suministros de papel sirvió de excusa para exigir a los editores que comunicasen con antelación los libros nuevos y sus autores con vistas a su posterior aprobación. Se prohibieron todos los libros y los periódicos de los Estados enemigos, excepto los puramente científicos y los de autores que hubieran fallecido antes de 1904 (siempre que no se tratase de judíos). Los autores alemanes vivos aún interesados en publicar en el Tercer Reich se enfrentaban a un futuro incierto, a menos que escribieran libros con títulos como *Volamos contra Inglaterra*, que encabezó las estadísticas de los préstamos de las bibliotecas de Hamburgo en 1940 y 1941. William L. Shirer informó de que los libros antisoviéticos seguían vendiéndose bien en 1939 y 1940, a pesar del pacto Hitler-Stalin, y las historias de detectives eran también muy populares. Los libros de temática bélica eran muy buscados, entre ellos *Der totale Krieg* [La guerra total], un breve tratado famoso escrito por el fallecido Erich Ludendorff, y también se vendían bien las descripciones propagandísticas de Inglaterra y Polonia. Pero el mayor superventas fue *Mi lucha*, de Hitler, que en 1940 había procurado a su autor ganancias por no menos de 6 millones de ejemplares.[105]

La literatura de evasión de diversos tipos ganó más importancia que nunca desde que la guerra empezó. Goebbels estimuló la publicación de literatura erótica y pornografía suave, sobre todo para los soldados, mientras que las historias humorísticas y las recopilaciones de chistes también se vendían bien. Las novelas del salvaje Oeste de Karl May —muy conocidas por tratarse del autor favorito de Hitler— disfrutaban de un renovado interés, provocando en algunos lectores militares la reflexión de que con ellas habían aprendido mucho acerca de cómo enfrentarse a los partisanos soviéticos que se hallaban en la retaguardia del frente oriental. En esa situación, los escritores literarios se refugiaron cada vez más en la

«emigración interior», ya fuera cayendo en el silencio o bien creando romances históricos. Werner Bergengruen, cuya obra anterior a 1939 había sido interpretada por el público en general como una crítica velada del régimen nazi, vendió 60.000 copias de su novela de 1940 *Am Himmel wie auf Erden* [En la tierra como en el cielo], antes de que la misma fuese objeto de prohibición el año siguiente. Privado de la oportunidad de llegar a su público de la manera convencional, escribió poemas anónimos y los hizo circular privadamente y, en realidad, de forma ilegal. *Das Reich der Dämonen* [El reino de los demonios], de Frank Thiess, quedó también prohibida después de que su primera edición se hubiera agotado en 1941. Su siguiente novela, *Napolitanische Legende* [Leyenda napolitana], publicada el año siguiente, tuvo una acogida menos represiva porque su traslación al presente era menos obvia. El problema con esas obras fruto de la «emigración interior» era que su mensaje para el presente únicamente podía ser descubierto por medio de la lectura más atenta entre líneas, a menudo leyendo cosas que de hecho el lector quería ver más que aquello que el autor quería que se entendiera. Después del final de la guerra, Thiess afirmó en una enconada controversia con el exiliado Thomas Mann que sólo los autores que se habían quedado en Alemania para oponerse al régimen podían proclamarse los fundadores espirituales de la democracia de la posguerra. Pero sus obras, al igual que las de otros escritores tolerados, tuvieron tanto efecto en lo relativo a distraer a los lectores de las realidades de la vida en tiempos de guerra en el Tercer Reich como a la hora de expresar un deseo ampliamente extendido de adquirir distancia frente a todo ello.[106]

## II

De todos los medios de comunicación de masas empleados por el Ministerio de Propaganda, fue al teatro, quizás de forma sorprendente, a lo que destinó más dinero, concediéndole más del 26 por 100 de los subsidios dedicados por el ministerio a las artes, en comparación, por ejemplo, con menos del 12 por 100 para el cine. Al comienzo de la guerra, había no menos de 240 teatros en Alemania administrados por autoridades estatales,

regionales, locales o municipales, con un total de 222.000 asientos, a los que se añadían unos 120 teatros de una u otra clase financiados con capital privado. En 1940 se vendieron unos 40 millones de entradas; en torno a una cuarta parte de ellas eran ventas por paquetes para grupos de soldados u obreros de las fábricas de municiones. La demanda era alta, alimentada por el cierre de muchas otras fuentes de diversión y distracción.[107] Si bien el turismo a título privado e individual se mantuvo en alguna medida durante la guerra, el programa de la Kraft durch Freude del Frente Alemán de Trabajo quedó reducido de forma drástica, se recortaron sus operaciones de turismo dentro y fuera del país, sus buques y medios de transporte se transformaron para el uso de las tropas, y sus fondos para espectáculos se destinaron a atender las necesidades de los miembros de las fuerzas armadas.[108] El teatro se convirtió en un sustitutivo importante.

El Servicio de Seguridad de las SS observó a principios de 1942 que «durante la guerra un gran número de teatros pueden consignar cifras de visitantes que antes casi nunca se habían dado. En las ciudades grandes ya es poco menos que imposible obtener entradas a la venta en las taquillas habituales».[109] Goebbels sostuvo al inicio de la guerra que el repertorio debía rehuir «la exageración y la vulgaridad que son contrarias a la gravedad de los tiempos y al sentimiento nacional del pueblo».[110] Sin embargo, era consciente de que la mayor parte de quienes frecuentaban los teatros, sobre todo quienes lo hacían por vez primera, iba sobre todo en busca de entretenimiento. Los directores teatrales recibieron la consigna de no representar obras pesimistas o deprimentes. También se prohibieron las interpretaciones de obras pertenecientes a autores de Estados enemigos (si bien, ocasionalmente, Shakespeare admitía excepciones). Chejov se pudo representar antes del 22 de junio de 1941, pero no a partir de esa fecha. Los directores teatrales hicieron cuanto estuvo en su mano para sortear esas disposiciones. Montaron nuevas representaciones de clásicos alemanes, también tragedias, y crearon así, como tantos de ellos manifestaron posteriormente, un oasis teatral en el desierto cultural nazi. Nada de todo ello podría disimular el hecho de que la censura de numerosos autores extranjeros empobreció el repertorio. Responder a la demanda pública de comedias y espectáculos de puro entretenimiento hundió más el nivel de lo

que los escenarios alemanes ofrecían en esos años. Y por supuesto, al igual que en otras áreas de la cultura en la Alemania en tiempo de guerra, lo que se lograba a través del teatro era sobre todo huir de la realidad.[111] A partir de 1943, huir de ese modo se fue haciendo cada vez más arduo, a medida que los bombardeos destruían un teatro tras otro, abocando en muchas ocasiones a que los actores y los tramoyistas fueran reclutados para las fuerzas armadas o la fabricación de municiones. Cuando en agosto de 1944, en su nueva calidad de plenipotenciario del Reich para la Guerra Total, Goebbels ordenó el cierre de todos los teatros, salas de variedades y cabarés, prácticamente se estaba limitando a hacer de la necesidad virtud.[112]

Como con el teatro, la popularidad del cine aumentó enormemente en los inicios de la guerra.[113] En 1942 se vendieron más de mil millones de entradas, una cantidad que quintuplicaba la de 1933. Cada alemán fue al cine un promedio de trece o catorce veces al año. La asistencia de gente joven fue especialmente elevada: mediante un muestreo en 1943 se concluyó que más del 70 por 100 de quienes tenían de diez a diecisiete años de edad fueron al cine por lo menos una vez al mes, y el 22 por 100 al menos una vez por semana. Los que frecuentaban los cines tenían a su disposición no sólo más de 7.000 salas, sino además una gran cantidad de cines itinerantes que recorrían las áreas rurales y también llegaron hasta el frente de batalla para entretener a las tropas. Cada año desde 1939 a 1944, los estudios alemanes produjeron en torno a entre sesenta y setenta películas nuevas que se exhibían en cada país europeo donde hubiera tropas alemanas acantonadas.[114] Los estudios eran de titularidad estatal, organizados de forma centralizada desde 1942, y equipados para emplear las técnicas más modernas. En el cine cada programa debía contener por orden del Ministerio de Propaganda un «filme cultural» educativo que tratara de historia natural, mostrara la «obra cultural» alemana en Polonia o, desde 1943, diese instrucciones acerca de la protección frente a los ataques aéreos.[115]

Se decía que los espectadores los encontraban bastante aburridos. Lo que ellos deseaban ver de veras era el último noticiario. Desde el 7 de septiembre de 1940 todos los noticiarios existentes se fundieron en uno solo, titulado desde noviembre de 1940 «Crónica semanal alemana»

(*Deutsche Wochenschau*), que constituía una parte obligatoria de cada programa cinematográfico. Los productores podían mostrar en un plazo no superior a dos semanas un noticiario de cuarenta minutos de la película cuyas imágenes habían sido captadas por camarógrafos y periodistas «incrustados» en los regimientos que estaban sirviendo en el frente. Esto dio a los noticiarios una inmediatez y una autenticidad que los hizo muy populares. De cada uno se hacían hasta 3.000 copias, y cada noticiario era visto por unos 20 millones de personas contando sólo Alemania. Los noticiarios satisfacían la demanda de la gente de información de primera mano sobre el desarrollo de la guerra, y muchas personas iban al cine principalmente para verlos más que por la película. Un empleo hábil de la música, un enfoque más centrado en las imágenes que en las palabras y un montaje cuidadoso les daban un atractivo poderoso y hasta cierto valor estético. Por supuesto, los soldados aparecían siempre como héroes que ahuyentaban a unos enemigos extremadamente malvados empeñados en destruir Alemania, las descripciones de la situación estratégica eran por lo general imprecisas y siempre optimistas, y no tenían cabida en la pantalla la sangre y las vísceras, los cuerpos muertos y todo aquello que probablemente causara horror o repulsión. La petición que Hitler le hizo al Ministerio de Propaganda el 10 de julio de 1942 para que en los noticiarios se mostraran planos con atrocidades rusas («Solicitó concretamente que esas atrocidades incluyeran genitales cercenados y la colocación de granadas de mano en los pantalones de prisioneros»)[116] no parece que fuera atendida, tal vez por fortuna para los espectadores de las salas de cine. No obstante, los espectadores se sentían inmersos en la acción casi como participantes virtuales, rompiendo a menudo espontáneamente en aplausos y voces de «¡Heil!» durante las crónicas de las victorias en los dos primeros años de la guerra.[117]

Goebbels apuntaló el impacto informativo y propagandístico del noticiario con una serie de películas impactantes cuyo objetivo era popularizar elementos clave de la ideología nazi. En 1941, encargó cuatro películas antibolcheviques, entre ellas *Terror G.P.U.*, que se estrenó al año siguiente. Su título ya estaba anticuado: la policía política rusa de entonces era conocida por las iniciales NKVD. Como era previsible, el énfasis de la

película se ponía en las maquinaciones de la presunta conspiración judía tras las actividades homicidas de la policía soviética. Goebbels intentó conquistar el favor de los espectadores por medio de una historia amorosa situada en el centro del drama, pero la película no tuvo éxito: su caracterización de los rusos como torturadores sádicos estaba demasiado dominada por los clichés y era demasiado burda, y después de su estreno Goebbels frenó la producción de nuevas películas antisoviéticas. Igualmente desigual fue la fortuna que tuvieron las películas que encargó contra los británicos, sobre quienes él quería mostrar que estaban controlados por judíos y gobernados por plutócratas. *Die Rothschilds Aktien auf Waterloo* ponía en la picota en 1940 las manipulaciones financieras imaginarias de un banco judío durante la Batalla de Waterloo en 1815 (en la cual, claro está, se veía ganar a los prusianos a las órdenes del general Blücher). La película resultó un fracaso de público, puesto que no estaba claro si pretendía ser antibritánica o antisemita, y fue retirada en 1940 y objeto de un nuevo montaje. Otras películas, como *Mein Leben für Irland*, *Carl Peters* y *Ohm Krüger*, todas ellas estrenadas en 1941, atacaban el historial colonial británico. *Ohm Krüger* era particularmente impresionante. Película sobre la Guerra de los Boer, contó con una buena actuación (protagonizada por Emil Jannings) y un presupuesto elevado. Sin embargo, muchos de los personajes de la película eran burdas caricaturas: la reina Victoria aparecía como una adicta al whisky medicinal, Cecil Rhodes como un decadente, atendido por esclavos y obsesionado con el oro, Austen Chamberlain, con su monóculo, como hipócrita y acabado, el general Kitchener como cruel e inhumano, y el joven Winston Churchill, comandante de un campo de concentración, como un asesino sádico que alimenta a su bulldog con filetes de carne y dispara a los presos famélicos si se quejan por no tener alimento. Ohm Krüger, el líder de los boer, quedaba retratado como un héroe nacional honrado, sencillo, que conduce con éxito la resistencia con todo en contra, una lección que Goebbels consideraba valiosa, ordenando su reestreno en 1944.[118] Los críticos con el estreno fueron ciertamente una minoría, y los que consideraban que algunas escenas no eran «históricamente veraces» eran muchos menos que los que la veían como «una especie de documento histórico». Los más entendidos entre el

público se preguntaban, sin embargo, si era prudente representar al «pueblo boer» de una manera tan heroica. «El carácter de ese pueblo híbrido es ambiguo y no se puede presentar como una imagen ideal de la raza germánica, aunque sólo sea en vista de las tareas coloniales que afrontará la Gran Alemania tras la victoria final».[119]

Casi inmediatamente después de comenzar la guerra, Goebbels ordenó la preparación de dos películas antisemitas impactantes: *El judío Süss* y *Der ewige Jude* [El judío eterno], las dos pensadas para conseguir el apoyo del público alemán a la intensificación de las medidas antijudías por parte de la dirección nazi nada más iniciarse la guerra, sobre todo en Polonia. *El judío Süss*, dirigida por Veit Harlan y estrenada el 24 de septiembre de 1940, era una película de época basada en una novela del mismo nombre escrita por el escritor judío (entonces exiliado) Lion Feuchtwanger. Mientras Feuchtwanger había querido subrayar el papel del judío como chivo expiatorio, Harlan convirtió el carácter de Süss, un prestamista dieciochesco ahorcado por sus presuntos crímenes, en el de un villano que no sólo extorsionaba a probos alemanes para sacarles su dinero, sino que además raptó y violó a una hermosa muchacha alemana. Harlan contraponía el personaje con aspecto de civilizado y socialmente integrado de Süss no sólo a los alemanes de cabello rubio, sino también a todos los otros personajes judíos que aparecen en la película, a los que se representa como feos y sucios. El ahorcamiento de Süss al final de la película expresaba el mensaje más claro posible en cuanto al destino que los judíos merecían en el presente. Las interpretaciones elogiadísimas de los actores principales estaban tan logradas que uno de ellos persuadió a Goebbels para que comunicase públicamente que no era judío, porque muchos de los espectadores estaban convencidos de que sí lo era. Himmler se entusiasmó hasta tal punto con la película que ordenó a todos los efectivos de las SS que fueran a verla, y la película también se exhibió especialmente a públicos no judíos de Europa oriental en las inmediaciones de los campos de concentración y de exterminio, y en Alemania en poblaciones donde estuviera programada una nueva deportación.[120]

*Der ewige Jude*, dirigida por Fritz Hippler bajo la supervisión personal de Goebbels, era una película documental que también pretendía mostrar cómo eran en verdad los judíos. Las imágenes de judíos en las calles de ciudades polacas se alternaban con secuencias fílmicas de «ratas que —según aclaraba la sinopsis— son los parásitos y las portadoras de bacilos entre los animales, al igual que los judíos ocupan una posición similar entre la humanidad». A través del montaje de la filmación de una matanza *kosher* tomada en Polonia poco después de la invasión de 1939, se pretendía insinuar la brutalidad de los judíos, al tiempo que unos decorados de tamaño natural que simulaban ser hogares judíos mostraban la suciedad, el descuido y la infestación con bichos. Al igual que las ratas, los judíos habían emigrado por el mundo, y en todas partes, se afirmaba en la película citando una serie completa de estadísticas inventadas, los judíos cometían crímenes, propagaban la revolución y la subversión y minaban los valores y las normas culturales. Tan radical era el antisemitismo de la película que el Ministerio de Propaganda tuvo dudas sobre si mostrársela o no al público, y ciertamente tuvo más éxito entre los militantes del partido; el público en general no quedó tan impresionado. Se informó de que mucha gente se marchó en mitad de la proyección de la película, y otros declararon que a su juicio era «aburrida». La mayoría de la gente prefería las imágenes más sutiles y más interesantes desde un punto de vista dramático representadas en un drama como el *El judío Süss*, tan impactante en su efecto sobre los espectadores que la gente se levantaba espontáneamente de sus asientos durante las proyecciones, sobre todo en la escena de la violación, y maldecía lo que veía en la pantalla. En Berlín hubo entre el público quienes gritaron «¡Echemos a los últimos judíos fuera de Alemania!».[121]

Lo que el éxito de *El judío Süss* y el fracaso comparativo de *Der ewige Jude* pusieron de manifiesto era que los alemanes no querían más propaganda. Con la llegada de la guerra, la gente necesitaba distraerse de sus preocupaciones diarias más que nunca. William L. Shirer informó en octubre de 1939 de que «en el mundo del cine, el gran éxito del momento es Clark Gable en *China Seas* (o *Aventura en China*, como la llaman aquí). Lleva cuatro semanas llenando el Marmorhaus, donde un filme alemán tiene suerte si aguanta una semana en cartel».[122] Shirer exageraba: no todas

las películas alemanas eran un fracaso. Goebbels era muy consciente de la popularidad de películas como *Wunschkonzert* y *El gran amor*, con más de 20 millones de espectadores cada una. Las dos tenían un contenido ideológico implícito, representando a parejas separadas por la guerra que conquistaban sus propios deseos personales sirviendo al conjunto de la comunidad y se unían de nuevo al final. Al tiempo que se mostraban episodios de acción militar, ponían entre paréntesis los aspectos más violentos y destructivos de la guerra, presentando a los espectadores una versión aséptica del conflicto que se suponía tranquilizadora.[123] El enorme éxito de esas películas convenció a Goebbels para ordenar que cuatro de cada cinco películas deberían ser «buenas películas de entretenimiento, de calidad». Y ciertamente, no menos de cuarenta y una de las setenta y cuatro películas producidas en Alemania en 1943 fueron comedias.[124] Por entonces, la gente acudía en gran número a ver operetas, revistas, películas de detectives y melodramas cuidadosamente ambientados. En el preciso momento en que Goebbels estaba pronunciando su discurso en pro de la «guerra total» ante los fieles del partido en el Palacio de los Deportes, los alemanes corrientes tomaban asiento en los cines de Berlín para ver *Two Happy People* [Dos personas felices], *Be Fond of Me* [Encaríñate de mí] y *The Big Number* [La gran actuación]. El escapismo alcanzó nuevas cotas el año siguiente con *Der weisse Traum* [El sueño blanco], un espectáculo de revista sobre hielo en el que se interpretaba una canción que aconsejaba así a la gente: «Cómprate un globo de colores / Sujétalo con firmeza en la mano / Imagina que se va volando contigo / A un país de las hadas remoto».[125]

En 1943, ni la proliferación de películas de entretenimiento ni los tonos intimidatorios de la voz en *off* en los noticiarios semanales podían ocultar el hecho de que la guerra iba mal. Como informó el Servicio de Seguridad de las SS el 4 de marzo de 1943, estaba claro que «la gente ya no va al cine simplemente por los noticiarios y no quiere seguir asumiendo todos los aspectos menores desagradables que suele conllevar acudir a las salas de cine, como hacer cola para adquirir las entradas».[126] Cuanto más empezaba la propaganda a perder contacto con la realidad, la insistencia reiterada de los noticiarios en la inevitabilidad de la victoria final topaba

cada vez más con el escepticismo de los espectadores. A mediados de 1943, Goebbels trató de contrarrestar ese desencanto encargando una película en color bajo la dirección de Veit Harlan sobre el asedio a que los ejércitos de Napoleón sometieron en 1806 a la pequeña ciudad alemana de Kolberg, en el Báltico. Después de las derrotas militares clamorosas de Jena y Austerlitz, la guarnición había resuelto entregar la ciudad, pero el alcalde había recobrado el ánimo de los ciudadanos para resistir numantinamente. Muchos temas de la propaganda nazi en la segunda mitad de la guerra convergían en la trama: la desconfianza del partido en el ejército, el llamamiento populista a los alemanes corrientes para que se unieran en torno a la bandera, la creencia en el sacrificio, el estoicismo del pueblo frente a la muerte y la destrucción. «La muerte está entrelazada con la victoria», como dice el alcalde en un determinado momento. «Los logros más espléndidos siempre surgen con dolor». «De las cenizas y los escombros —dice otro personaje, anticipando la derrota y exhortando implícitamente a los espectadores a pelear hasta el último aliento— renacerá un nuevo pueblo como el fénix, un nuevo Reich».

Muchos de los discursos en la película no los escribió Harlan, sino el propio Goebbels. Éste destinó para la película un presupuesto de 8,5 millones de Reichsmarks, el doble del coste normal para producir una película. En un ejemplo muy ilustrativo de la prioridad que le daba a la película, Goebbels requisó a 4.000 marineros y 187.000 soldados del ejército para rodar las escenas correspondientes a la batalla, en un momento en el que eran muy necesarios en el frente. El episodio que la película representaba era suficientemente oscuro para la mayoría de la gente como para no saber que Kolberg había caído en realidad en manos de Napoleón: en el guión, el emperador francés se retiraba con gran disgusto, desconcertado por la resistencia inquebrantable de los ciudadanos. Pero era demasiado tarde. La película no estuvo lista hasta el 30 de enero de 1945, cuando la exhibieron en Berlín en el aniversario del nombramiento de Hitler como canciller del Reich doce años antes. Para entonces muchos cines habían quedado destruidos; 237 de ellos ya en agosto de 1943. En Hannover, únicamente doce de los treinta y un cines seguían abiertos. La interrupción de las comunicaciones ferroviarias suposo que la posibilidad

de distribuir copias de *Kolberg* al resto del país poco menos que se esfumara. Apenas la vio nadie. La propia población de Kolberg fue capturada por el Ejército Rojo menos de dos meses después del estreno. «Me cercioraré —escribió Goebbels en su diario— de que en el informe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas no se mencione la evacuación de Kolberg».[127]

## III

Joseph Goebbels ambicionaba llevar el mensaje nazi a los hogares de todos los habitantes de Alemania, y para tal fin ninguna institución estaba más capacitada que la radio.[128] En agosto de 1939, el Ministerio de Propaganda del Reich se hizo con el control de todas las emisoras de radio en Alemania, y desde julio de 1942 el ministerio administró directamente la Sociedad de Radio del Reich (la emisora principal). Los programas de radio se utilizaban, como en otros países beligerantes, para dar consejos prácticos a los oyentes sobre cómo aprovechar al máximo las raciones de comida, cómo economizar en su forma de vida y en general cómo hacer frente a las condiciones impuestas por la guerra. Las noticias desde el frente transmitían una imagen positiva del heroísmo de las tropas, mientras que en las fases posteriores de la guerra las emisiones empezaban a instar a los oyentes a continuar la lucha a pesar de las malas noticias que llegaban del frente. Sin embargo, la radio padeció la incorporación a filas de su personal, y programas enteros e incluso frecuencias se pusieron al servicio de la propaganda dirigida en lenguas extranjeras a audiencias situadas en el exterior del país. Como anteriormente, Goebbels insistió en que la propaganda estaba lejos de ser la única e incluso la principal función de la radio alemana. En 1944, por ejemplo, de las 190 horas de emisiones semanales, 71 se dedicaban a música popular, 55 al entretenimiento en general y 24 a la música clásica, dejando 32 horas a la semana para programas políticos, 5 horas para emisiones que combinaban música y palabras y 3 horas semanales para «cultura». Algunos oyentes sostenían la idea de que la música popular no debería emitirse en tiempos tan difíciles, y especialmente en las zonas rurales las «propuestas modernas» a base de

cantantes de baladas y música de baile estaban mal vistas por mucha gente. Pero las emisoras radiofónicas insistían (no sin cierta justificación) en que esos programas eran populares entre los soldados y entre los alemanes ocupados en el Servicio de Trabajo, así que los mantuvieron. El Servicio de Seguridad de las SS informó de que los programas en los que había una mezcla de humor y música popular eran especialmente exitosos. Las emisoras se ocupaban de atender los gustos regionales, y de los oyentes bávaros se decía que escuchaban con agrado la emisión de canciones locales como «la canción tradicional de los músicos de Tegernsee».[129]

Sin embargo, algunas canciones trascendían las fronteras de las regiones y eran un éxito entre las tropas y la población civil por igual. Canciones como «Ich weiss, es wird einmal ein Wunder Gescheh'n» [Sé que un día sucederá un milagro], de Zarah Leander, consolaban a la gente en tiempos duros e implícitamente prometían un futuro mejor. Como hemos visto, las tropas en Stalingrado se congregaban en torno a sus aparatos de radio para escuchar a la popular *chanteuse* Lale Andersen cantar «Pronto todo esto habrá terminado / Un día acabará». Como otras actuaciones por el estilo, ésta pretendía fortalecer los lazos emocionales de las parejas y las familias separadas por la guerra. En 1939, la canción de gran éxito «Lili Marleen», de Andersen, arrojaba una oleada de nostalgia sobre quienes la escuchaban al describir a un soldado diciéndole adiós a su chica bajo un farol de la calle junto a su cuartel. ¿Volverán a verse? ¿Encontrará ella a otro? ¿Sobrevivirá él a la guerra? Y en caso de que no lo consiga, ¿quién acompañará entonces a Lili bajo el farol? La canción sintetizaba las preocupaciones personales así como las esperanzas persistentes de los hombres lejos de sus amantes. Añadía más picante el hecho de que, mientras las palabras eran de los hombres, quien las cantaba era una mujer atractiva. Con todo, a Goebbels le disgustaba su tono pesimista y nostálgico. A finales de septiembre de 1942, hizo detener a Andersen por minar la moral de las tropas. Interceptaron la correspondencia que ella mantenía con amigos residentes en Suiza, entre los que había judíos alemanes exiliados, y le reprocharon su negativa a acceder a la petición de Goebbels de hacer una visita con fines publicitarios al gueto de Varsovia. Goebbels le prohibió cualquier nueva aparición pública. Finalmente, desde

mediados de 1943 volvieron a permitirle cantar en público a condición de que no incluyera «Lili Marleen» en el repertorio. En el primer concierto de Andersen tras la suspensión de la prohibición, el público le pidió a voces que cantase la canción, y cuando quedó claro que no iba a hacerlo, fue el propio público quien lo hizo. Finalmente, en agosto de 1944, la canción quedó terminantemente prohibida. Mucho antes de esto, las tropas británicas y americanas habían comenzado a escuchar la canción cuando se emitía desde el potente transmisor de radio de las fuerzas alemanas en Belgrado. Las autoridades militares aliadas la hicieron traducir al inglés. Marlene Dietrich cantó «My Lili of the Lamplight» [Mi Lili a la luz del farol], así como Vera Lynn, y (en francés) Edith Piaf, y hacia el final de la guerra las fuerzas británicas transmitieron por radio la versión alemana a las líneas enemigas para tratar de abatir el ánimo de los soldados alemanes, tal vez confirmando así sin pretenderlo la creencia de Goebbels en el sentido de que esa canción dañaba la moral.[130]

Por entonces, se hacía cada vez más difícil para los alemanes escuchar no sólo «Lili Marleen», sino cualquier cosa en la radio. Los «receptores del pueblo» [*Volksempfänger*] de precio módico se estropeaban muchas veces, y era difícil conseguir pilas y repuestos. Un mercado negro boyante no tardó en desarrollarse. Los bombardeos interrumpían el abastecimiento de electricidad en las poblaciones, en ocasiones durante días y días. Y a medida que la guerra empezaba a ir mal para los alemanes, los oyentes recelaban cada vez más de las noticias que sobre ella transmitía la radio alemana.[131] Ya en enero de 1942, el Servicio de Seguridad de las SS se lamentó de que la gente se mostrara indiferente a los programas radiofónicos de política. Sin embargo, la gente andaba también preocupada por la falta de informaciones detalladas en relación con la marcha de la guerra en el frente oriental y en África. Tenían la impresión de no saber lo que estaba pasando. «Una declaración franca sobre estas cuestiones, que conmueva y aflija a todos, eliminaría el sentimiento presente de incertidumbre».[132] En la búsqueda de información fiable, los oyentes alemanes sintonizaron emisoras de radio extranjeras, sobre todo la BBC. Los populares receptores del pueblo, vendidos a bajo precio antes de la guerra, únicamente podían recibir emisiones en onda corta y ello hacía

difícil escuchar emisoras extranjeras. Sin embargo, representaban menos del 40 por 100 de los aparatos de radio que había en Alemania en 1943. La mayor parte de la gente que disponía de radio podía sintonizar el servicio de la BBC en lengua alemana sin excesiva dificultad, e incluso los receptores del pueblo en ocasiones conseguían sintonizarlo. En agosto de 1944, la BBC calculó que hasta 15 millones de alemanes la escuchaban a diario.[133]

Los alemanes escuchaban la BBC y otras emisoras extranjeras corriendo un grave riesgo. Cuando estalló la guerra, sintonizar emisoras extranjeras se convirtió en un delito que se podía sancionar con la pena de muerte. En bloques de pisos con un aislamiento acústico deficiente resultaba demasiado sencillo para vecinos fanáticos o malintencionados que identificaban los tonos graves de los presentadores de informativos de la BBC filtrándose por las paredes denunciar a los oyentes ante las autoridades. Unas 4.000 personas resultaron detenidas y acusadas por «escuchar la radio ilegalmente» en el primer año de vigencia de la ley, y la primera ejecución de un infractor se produjo en 1941.[134] Un caso habitual fue el de un obrero de Krefeld a quien habían sentenciado a un año de encarcelamiento en diciembre de 1943 por escuchar la BBC y contar a sus compañeros de trabajo lo que oía. Como la mayoría de la gente castigada por ese delito, antes había participado activamente en la política de izquierdas. A los infractores comunes raramente se les castigó de forma muy severa, y las acusaciones y sentencias desde 1941 fueron relativamente poco frecuentes. En 1943, por ejemplo, únicamente se dictaron once sentencias de muerte en todo el Gran Reich Alemán por «escuchar la radio ilegalmente», o el 0,2 por 100 del total.[135] No obstante, la gente adoptó precauciones extraordinarias para evitar que la oyesen escuchando la BBC, encerrándose con llave en el baño o tapándose con una manta junto con el aparato, o bien apostando fuera de la habitación a otros integrantes de la familia. No mucho después de que la guerra empezara, William L. Shirer escribió, exagerando un tanto: «Muchas sentencias de encarcelamiento por un período prolongado recaen sobre alemanes que escuchan emisoras de radio extranjeras, y pese a todo muchos siguen escuchándolas», incluyendo a una familia con quien él había pasado una tarde no hacía mucho tiempo. «Se sentían inquietos cuando se ponían a escuchar las noticias de la BBC de

las seis de la tarde», señaló. El portero era el «espía nazi oficial asignado al bloque de pisos», y había otros también. «Ponían la radio tan baja que yo apenas alcanzaba a oír las noticias —escribió Shirer—, y una de las hijas vigilaba junto a la puerta de la calle».[136]

Ninguna de esas precauciones era necesaria en Gran Bretaña u otros países cuando se trataba de escuchar los programas radiofónicos propagandísticos procedentes de Alemania. Goebbels se aseguró de que se asignasen mayores recursos a las emisiones en lengua inglesa, y empleó en su realización a británicos y americanos pro alemanes, a menudo con creencias fascistas: el más tristemente famoso de ellos era William Joyce, cuyo modo de hablar meloso le granjeó entre los oyentes británicos el apodo de «Lord Haw-Haw».* Esas emisiones de propaganda se hacían con un público en buena medida porque su estilo era más íntimo y relajado que el fríamente formal de la BBC; pero en general su efecto sobre la moral fue mínimo, y con el paso del tiempo la gente empezó a hartarse del sarcasmo y el desprecio continuos de Joyce. Quizá Goebbels puso en marcha el más sorprendente de esos programas radiofónicos, a despecho de todas las creencias apreciadas por los nazis sobre la degeneración racial de la música de *jazz*, cuando una banda de *swing* dirigida por el cantante de baladas Karl («Charlie») Schwedler salió en antena con canciones populares británicas y americanas, adaptando a modo de parodia las palabras de las canciones originales para fines propagandísticos. Un tema favorito era la falta de fiabilidad de la BBC («hablar haciéndose ilusiones», como expresaba una parodia de «Lambeth Walk»).[137]

El régimen no sólo recurrió para sus propios fines al *jazz* y al *swing*, sino que uno y otro se convirtieron además en expresiones de oposición al mismo. En Hamburgo, a los «jóvenes del *swing*» acomodados de los años anteriores a la guerra no les impidieron la celebración de bailes y fiestas por el mero estallido del conflicto. A principios de 1940, la Gestapo descubrió a 500 de ellos bailoteando en una sala de baile de un hotel de Altona a los acordes de música inglesa, incluso con letras en inglés. Cuando esto volvió a suceder la policía estaba preparada. El 2 de marzo de 1940, cuarenta agentes de la Gestapo asaltaron otro baile, en la Curio-Haus, en el distrito universitario de la ciudad, cerraron con llave las puertas y tomaron las

huellas de 408 participantes, todos ellos menores de veintiún años salvo diecisiete. Hubo que cancelar nuevos bailes públicos, pero la juventud de la alta sociedad de Hamburgo no dejó de organizar fiestas privadas. Hasta diciembre de 1941 los jóvenes se reunían en el cine Waterloo, cerca de la estación ferroviaria de Dammtor, para ver películas americanas, con el joven Axel Springer, futuro editor de prensa, ejerciendo de proyeccionista. Cuando la policía puso mayor celo, los jóvenes del *swing* se retiraron a las casas lujosas de sus padres en los suburbios, donde hacían fiestas en los sótanos en lo que la Gestapo describía con desaprobación como un «ambiente erótico». Una fiesta de verano en junio de 1942 en una de esas casas incluyó un espectáculo de cabaré con imitaciones de Hitler y Goebbels. Las Juventudes Hitlerianas, que temían a los jóvenes del *swing* como rivales para su propia popularidad, si es que disfrutaban de alguna, enviaron espías a la fiesta, y el cabaretero quedó detenido.

De la arrogancia y la despreocupación de los *swingers*, de su indumentaria provocativa, como el traje gris de Hannelore Evers, chaleco de hombre y chaqueta abierta con hombreras («un impacto absoluto», como recordaría más tarde un veterano de los jóvenes del *swing*), o el hábito de Kurt-Rudolf Hoffmann de llevar la bandera americana en la solapa, además de la admiración nada disimulada que sentían por el estilo británico, acabaron por tener noticia Himmler y Heydrich, que el 26 de enero de 1942 ordenaron que los detuvieran, les dieran una paliza y los forzaran a trabajar. Sus padres tenían que ser interrogados y enviados a un campo de concentración si se hallaba que habían alentado las «tendencias anglófilas» de sus hijos. En el plazo de unas pocas semanas, hasta setenta *swingers* habían sido arrestados y enviados a campos, entre ellos Ravensbrück y Sachsenhausen. Allí quedaron clasificados como presos políticos, si bien muchos negaban haber actuado por convicción política. «Éramos largos de cabello y cortos de cerebro», confesó uno más tarde, y en lo relativo a su costumbre de abuchear los noticiarios cuando iban al cine, uno de ellos dijo que lo hacían porque «íbamos a decirles a esos estúpidos bastardos que nosotros éramos distintos, eso es todo». Sin embargo, la indiferencia hacia el racismo del régimen que condujo a varios de los jóvenes del *swing* a mantener relaciones sexuales con chicas judías, el odio a la guerra que

algunos de ellos mostraban en sus cartas (interceptadas por la Gestapo) y su desprecio rotundo por los líderes nazis y las Juventudes Hitlerianas dieron a la Gestapo algún fundamento para considerarlos como políticos. Muchos de esos jóvenes fueron reclutados por el ejército tras haber cumplido su tiempo en un campamento para menores, pero al menos tres de ellos, a tenor de sus propios testimonios *a posteriori*, se las arreglaron para evitar dispararle al enemigo, y dos de ellos cruzaron las líneas y se rindieron.[138]

## IV

Como sugiere la popularidad de las películas y los programas de radio musicales, al principio la vida musical no se vio afectada relativamente por la guerra.[139] Las óperas para evadirse eran populares en los escenarios, así como en las pantallas de cine: *Capriccio* (1942), de Richard Strauss, fue la más notable de las compuestas durante esos años. El propio Hitler se había apasionado en fechas recientes con la música de Anton Bruckner, cuyos manuscritos planeaba recopilar en la espléndida biblioteca del enorme monasterio austríaco de St. Florian, donde Bruckner había tocado el órgano y donde su cuerpo yacía enterrado. El monasterio estaba situado cerca de Linz, la ciudad predilecta de Hitler. Éste mandó expulsar expeditivamente a los monjes con el fin de transformar el edificio para su nueva función. Hitler pagó con sus propios fondos la restauración del órgano, y también subvencionó la publicación de la edición Haas de las obras reunidas de Bruckner. Compró varias piezas más para la biblioteca, e hizo levantar en el monasterio un centro de estudios sobre Bruckner, respaldándolo también con sus propios fondos; el objetivo era que a largo plazo se erigiera en el núcleo de un conservatorio de música de referencia. Hitler alentó la fundación de una Orquesta Sinfónica de Bruckner, que empezó a interpretar conciertos en el otoño de 1943. Sin embargo, su proyecto de que un campanario en Linz tañese un tema de la Cuarta Sinfonía de Bruckner, la *Romántica*, jamás llegó a realizarse.[140]

A pesar de todo esto, a juicio de Hitler, Wagner seguía sin tener en definitiva sustituto. En 1940, a su regreso de su breve estancia en París, se dirigió a Bayreuth para asistir a una interpretación de *El ocaso de los*

*dioses*. Iba a ser la última para él. Inmerso en la conducción de la guerra, y cada vez más reacio a aparecer en público, después ya no presenció más interpretaciones musicales *in situ*. Con todo, en ningún momento dejó de creer en el poder de la música. En el mismo año, creó un «festival de Guerra» en Bayreuth, al cual invitó —u obligó a asistir— a invitados especialmente elegidos, un total de 142.000 durante los cinco años que duró el festival. «La guerra —recordó en enero de 1942— me dio la oportunidad de cumplir un deseo muy querido por Wagner: que los hombres elegidos entre el pueblo —obreros y soldados— asistieran a su festival gratuitamente».[141] En 1943 *El ocaso de los dioses* dejó de parecer adecuada en vista de la situación militar en rápido deterioro, y tras consultar con Winifred Wagner, Hitler la hizo sustituir por *Los maestros cantores de Núremberg* en los dos festivales subsiguientes. En su propio cuartel, había interrumpido por completo las audiciones de Wagner después de Stalingrado, y trataba de evadirse con *La viuda alegre*, su opereta preferida, de Franz Lehár, desentendiéndose convenientemente del hecho de que el libretista era judío, como ciertamente lo era la propia esposa de Lehár.[142]

Bayreuth y sus festivales siempre ocuparon un lugar un tanto anómalo en el Tercer Reich, en buena medida debido a que en la práctica estaban administrados por la familia Wagner, que consultaba directamente con Hitler, mientras otros aspectos de la vida musical alemana caían bajo el control de la Cámara de Música del Reich, y en consecuencia del Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels. El ministerio afirmó en 1940 que había 181 orquestas permanentes en activo en el Reich, las cuales daban empleo a un total de 8.918 músicos.[143] Tuvieron que adaptarse a las condiciones impuestas por la guerra, tocando en fábricas de municiones e interviniendo en actos de beneficencia para las tropas. Las consideraciones políticas siguieron imponiéndose a la hostilidad general del régimen hacia la modernidad musical; el hecho de que, por ejemplo, Hungría fuese aliada de Alemania permitió que la Filarmónica de Múnich, dirigida por Osvald Kabasta, interpretara en concierto en 1942 *Música para cuerdas, percusión y celesta*, de Béla Bartók, aunque el propio compositor nunca había querido que su música se tocara en la Alemania nazi (por entonces había partido al exilio en EE.UU.). Sin embargo, las consideraciones políticas conllevaban

asimismo —u ofrecían una oportunidad a las orquestas para salir de viaje— giras por los países ocupados, difundiendo la cultura alemana y haciendo proselitismo a favor de la música alemana. El repertorio era acusadamente alemán, con la música de Richard Strauss y Hans Pfitzner ocupando un puesto de honor entre los compositores vivos. Directores como Eugen Jochum o Hans Knappertsbusch, y hombres más jóvenes como Herbert von Karajan y Karl Böhm, aseguraban que la calidad se mantuviera, hasta que la destrucción de las salas de conciertos y los teatros de ópera y el alistamiento en las fuerzas armadas de intérpretes y administradores empezaron a pasar factura a partir de 1943. Böhm no causó un perjuicio a su carrera por haber hecho el saludo nazi desde el escenario al comienzo de sus conciertos, mientras Karajan, miembro del Partido Nazi desde 1933, se benefició del hecho de que se le considerase políticamente más fiable que la figura prominente con la que empezaba a rivalizar por el aprecio de los espectadores de ópera durante la guerra, Wilhelm Furtwängler.[144]

Sin embargo, a Hitler no dejó de gustarle Furtwängler («el único director cuyos gestos no parecen ridículos —dijo en 1942— es Furtwängler»).[145] Esa aprobación fortaleció más el compromiso de Furtwängler con el Tercer Reich: de hecho, el 13 de enero de 1944 Goebbels escribió en su diario: «Me resulta muy grato observar que cuanto peor nos van las cosas más apoya Furtwängler nuestro régimen».[146] Durante la guerra, Furtwängler se convirtió en una especie de director de cámara para la élite nazi. Llevó una orquesta a Noruega una semana antes de la invasión alemana de 1940, un acontecimiento descrito por la embajada alemana en Oslo, que sabía que las fuerzas alemanas estaban a punto de lanzar un ataque contra el país, como «muy apropiado para despertar y alentar la simpatía por el arte alemán y por Alemania». En 1942 dirigió una interpretación de la Novena Sinfonía de Beethoven con ocasión del cumpleaños de Hitler. Todo esto lo hizo voluntariamente. Su nacionalismo conservador lo mantuvo en el Reich hasta enero de 1945, cuando se encontró con Albert Speer en el entreacto de un concierto. «Parece tan cansado, maestro», le dijo Speer dirigiéndole una mirada de complicidad: le

sugirió que tal vez sería buena idea quedarse en Suiza después de un próximo concierto y no regresar. Furtwängler captó la insinuación y no volvió.[147]

Muchas personas que iban a sus conciertos, o que en general escuchaban música por la radio, pudieron de ese modo, como señaló Furtwängler tras la guerra, refugiarse durante un rato en un mundo de valores espirituales más elevados que los procurados por los nazis. Con todo, la significación de la música podía variar enormemente en función de quién la estuviera tocando o escuchando. «Cuando oigo a Beethoven —escribió un periodista por ejemplo en una revista de radio en 1942—, me siento valeroso».[148] Una mujer que asistía en 1943 al Festival de Guerra de Bayreuth comentó que la interpretación le había dado «más coraje y más fuerza para el trabajo por venir».[149] Los habitantes de Bayreuth, por el contrario, encontraban aborrecible la opulencia del festival. Al ver a un grupo de invitados del Festival de Guerra bebiendo coñac, un grupo de soldados coincidió: «Ya lo veis una vez más: siempre nos toca el papel de estúpidos».[150] El espectáculo resultaba especialmente irritante para gente que había perdido sus hogares en los bombardeos. «Aquí esos mierdas —dijo uno de ellos al observar a los invitados en el restaurante del teatro— engullen y trasiegan hasta que no pueden más, mientras que a aquellos de nosotros que lo hemos perdido todo no nos dan para beber ni una gota de vino».[151] Incluso fuera de Bayreuth se informó de que había personas que se quejaban debido a los recursos que se destinaban al festival en un momento en que se exhortaba a todo el mundo a vivir frugalmente: el servicio ferroviario, objeto de una fuerte presión, tuvo que transportar a 30.000 personas a Bayreuth, muchas de ellas con permiso para ausentarse de sus empleos en las fábricas de municiones durante la mayor parte de la semana.[152] Sin embargo, a los asistentes al festival éste les parecía un obsequio de Hitler de una generosidad poco menos que increíble. De sus expresiones de gratitud quedó adecuada constancia en el informe del Servicio de Seguridad. Con todo, para la mayoría de ellos sólo se trataba de una pausa breve, aunque bienvenida. La música en abstracto apenas guardaba relación con la vida; y al escucharla, quienes frecuentaban conciertos y óperas estaban tomando la misma ruta de evasión que

Goebbels había dispuesto para ellos. Como confesó en 1943 uno de los obreros de la industria de municiones que asistieron al Festival de Bayreuth: «Tras caer el telón no éramos capaces en absoluto de retomar rápidamente el camino de regreso a la realidad por nosotros mismos».[153] Muchos otros debieron de sentir lo mismo.

Los resultados en lo tocante a la producción de nueva música bajo los auspicios del Tercer Reich estuvieron lejos de ser convincentes. Richard Strauss era sin duda alguna el compositor alemán más famoso durante el Tercer Reich, pero los nazis se mostraron contrarios al hecho de que su hijo se hubiera casado con una mujer a la que ellos clasificaban como judía. En 1938, cuando Austria, donde él y su familia tenían su residencia, quedó incorporada al Reich, los guardias de asalto fueron especialmente a por su nuera judía, Alice, en el pogromo del 9 y 10 de noviembre de ese año, atormentándola de forma inmisericorde y asaltando su casa. Las protestas de Strauss y sus buenas relaciones con Baldur von Schirach, el líder regional de Viena, amigo personal de la familia Strauss en virtud de su educación como hijo de un director teatral de Weimar, dieron algún fruto, pero el compositor no pudo impedir que la abuela de Alice fuese deportada a Theresienstadt. Strauss se desplazó en su limusina hasta las puertas del campo, donde de manera solemne se anunció: «Soy el compositor Richard Strauss». Guardias incrédulos le obligaron a retirarse. La abuela murió, junto con otros veinticinco parientes judíos de la nuera de Strauss. Entretanto, a instancias de Goebbels, la Gestapo asaltó el hogar de Alice y se la llevó para interrogarla con su marido, a quien presionaron para que se divorciara. Él se mantuvo firme. Las cartas reiteradas del compositor a Himmler y otras personas no consiguieron aclaración alguna en relación con la herencia que él deseaba transmitirles a sus nietos, judíos a medias. Strauss continuaba siendo el compositor vivo de ópera interpretado con mayor frecuencia en Alemania en 1942, pero atravesaba por circunstancias difíciles, ya no contaba —a diferencia de algunos otros músicos prominentes— con el favor del régimen y tuvo que enfrentarse a la amenaza constante para la vida de su nuera y sus nietos.[154]

La verdadera naturaleza de la relación del compositor con el régimen se puso de manifiesto con toda crudeza en una reunión de compositores prominentes con Goebbels el 28 de febrero de 1941 en la que Strauss intentó convencer al ministro de Propaganda para revocar una decisión reciente que consistía en reducir los pagos por derechos de reproducción a los compositores serios para recompensar con unos honorarios exentos de impuestos a los autores de música ligera interpretada con mayor frecuencia, como la del favorito de Hitler, Franz Lehár, cuya obra despreciaba Strauss con seguridad. Goebbels tenía una frase incriminadora extraída de una carta de Strauss a su libretista Stefan Zweig fechada el 17 de junio de 1933 y en la cual criticaba al régimen; la leyó en voz alta, tras lo cual le gritó a Strauss: «¡Cállese, y tome nota de que no tiene usted idea de quién es usted y de quién soy yo! ¡Lehár tiene a las multitudes, usted no! ¡Basta de sandeces sobre la importancia de la música seria! ¡Esto no revalorizará su reputación! ¡La cultura de hoy es distinta de la de ayer! ¡Usted, Herr Strauss, es de ayer!».[155] En 1943 aumentaron los problemas de Strauss por negarse a alojar a evacuados en su hogar. Cuando volvió a negarse el año siguiente, Goebbels intentó prohibir sus óperas. Hitler lo rechazó. Pero el octogésimo aniversario del compositor en junio fue ignorado con toda la intención por el régimen y el partido. Se había convertido en cierta manera en una persona oficialmente ignorada.

Al segundo compositor alemán más popular en las salas de conciertos, Hans Pfitzner, le fue algo mejor. En marzo de 1942 se quejó, malhumorado y compadeciéndose de sí mismo, de que el régimen estaba actuando como si él no existiese, «y no es una buena señal para esta Alemania que puestos de importancia sean ocupados por hombres de un carácter y una inteligencia decididamente inferiores, y nadie repare en mí para esos puestos siquiera una vez».[156] Encontró comprensión no en Alemania sino en la Polonia ocupada, donde el gobernador regional Greiser le concedió el Premio Wartheland, dotado con 20.000 Reichsmarks, y el gobernador general Frank invitó a Pfitzner a dirigir un concierto especial en Cracovia en mayo de 1942 con música de su repertorio y de otros compositores. Invitado nuevamente el año siguiente, estaba tan complacido que escribió para la ocasión una «Salutación de Cracovia» [*Krakauer Begrüssung*] especial de

seis minutos. Pfitzner sobrevivió a la guerra, falleciendo en una residencia de ancianos en Salzburgo en 1949, a la edad de ochenta años.[157] Mucho mejor le fueron las cosas a Werner Egk, quien había obtenido la aprobación de Hitler durante la década de 1930 por una obra en la que resonaban temas ideológicos nazis, incluso si estaba escrita en un estilo claramente moderno. Su ópera *Peer Gynt* se representó en numerosos teatros de ópera alemanes en 1939 y 1940, en Praga en 1941 y en la Ópera de París en 1943. Para entonces, Egk estaba encabezando la división de compositores de la Cámara de Música del Reich y ganando 40.000 Reichsmarks anuales. Una nueva obra para la escena, *Columbus*, se podía entender claramente como un paralelismo entre la conquista europea de América y la creación del imperio alemán en el este. En febrero de 1943 escribió en el *Völkischer Beobachter* que confiaba en que Alemania ganaría la guerra, logrando una vez que ésta hubiera finalizado un «matrimonio entre política idealista y arte realista».[158] Por el contrario, la reputación de Carl Orff, cuya *Carmina Burana* había constituido un éxito extraordinario en su primera representación en 1937, se vino abajo durante la guerra. Su ópera *La astuta*, representada por vez primera en febrero de 1943, tuvo una acogida mucho menos entusiasta. ¿Era por semejante cultura, se preguntó un crítico tras el estreno de la obra en Graz en marzo de 1944, por lo que los soldados alemanes se estaban sacrificando en el frente? En la segunda representación los nazis del lugar irrumpieron y saludaron la pieza con un coro de silbidos. Sin embargo, las afirmaciones *a posteriori* de Orff en el sentido de que la ópera era un audaz acto de resistencia a la tiranía nazi carecían de toda verosimilitud: en el libreto, la denuncia de la tiranía y la injusticia se ponían en boca no de los personajes heroicos, sino en la de los de un coro de villanos e incapaces, y su intención clara era que se la entendiera irónicamente.[159]

En definitiva, durante los años de la guerra apenas se compuso música valiosa en Alemania. Las composiciones más significativas llegaron de una fuente por completo diferente: los compositores judíos confinados en Theresienstadt. Además de Viktor Ullmann y Kurt Gerron, muchos otros prisioneros compusieron e interpretaron música correspondiente a una variedad de géneros durante los pocos años de existencia del campo. Algunas de las más conmovedoras de esas composiciones fueron obra de

Ilse Weber, que compuso la música y las letras de canciones, y las cantaba acompañándose con una guitarra cuando hacía sus rondas nocturnas en la sala infantil del hospital del campo donde ejercía de enfermera. Nacida en 1903, Weber había trabajado como redactora y productora de radio en Praga antes de su deportación en 1942. Su marido y el hijo de menor edad estaban en el campo con ella; habían logrado poner a salvo a su hijo mayor en Suecia. Las canciones populares de Zarah Leander y Lale Andersen hablaban del tiempo en el que amigos, parientes, socios y amantes volverían a verse; las canciones de Weber no albergaban tales ilusiones:

> Adiós, amigo mío, hemos llegado al final
> Del viaje que emprendimos juntos.
> Me han encontrado un sitio en el expreso de Polonia,
> Y ahora debo abandonarte para siempre.
> Fuiste leal y sincero, me ayudaste a superar los momentos terribles,
> Estuviste a mi lado con tiempo bueno y malo.
> Sólo sintiéndote cerca disiparía cualquier temor,
> Juntos pudimos sobrellevar todas nuestras dificultades.
> Adiós, es el final; te echaré de menos, amigo mío,
> Y las horas que pasamos juntos.
> Te entregué mi corazón; sé fuerte cuando nos separemos,
> Pues esta vez nuestra despedida es para siempre.[160]

La simplicidad cálida de sus arreglos nunca resultó tan conmovedora como en su nana «Wiegala», que dicen que fue cantando a los niños del campo, entre ellos su hijo Tommy, cuando iba con ellos a la cámara de gas de Auschwitz el 6 de octubre de 1944:«*Wiegala, wiegala, wille*: ¡qué silencioso está el mundo! Ningún sonido perturba la hermosa paz: duérmete, mi pequeño, duérmete tú también».*,[161]

## V

Se pensaba que Theresienstadt y otros campos y guetos no presentaban temas apropiados para los pintores y los escultores alemanes que estaban en activo en los años de la guerra. La guerra heroica era lo que Goebbels y la Cámara del Reich de Cultura querían que los artistas describieran.[162] La cuarta Gran Exposición de Arte Alemán, inaugurada por el Ministerio de

Propaganda en 1940, dedicaba varios espacios al arte de temática bélica, y las escenas de las batallas ocupaban un puesto preferente entre las 1.397 obras de 751 artistas que componían la muestra. La guerra, como escribió un comentarista, «es un reto formidable. Las artes visuales alemanas han respondido al desafío».[163] En la inauguración de la exposición de 1942, Hitler recordó a quienes lo escuchaban que los artistas alemanes «han sido llamados también para servir a la patria y en el frente».[164] Los que visitaron las exposiciones organizadas durante los años de la guerra o vieron en el cine las crónicas de los noticiarios acerca de ellas, pudieron admirar pinturas como *Los lanzallamas* de Rudolf Liepus, *Francotirador apuntando con un fusil* de Gisbert Palmié o *Alerta en un submarino* de Rudolf Hausknecht. Un comité presidido por Luitpold Adam, quien ya había servido como artista de la guerra en la contienda de 1914 a 1918, nombró a cuarenta y cinco artistas oficiales de temática bélica; en 1944 había ochenta artistas en su plantilla. Los artistas estaban vinculados a unidades de las fuerzas armadas, recibían un salario y sus pinturas y dibujos pasaban a ser propiedad del gobierno. Había exposiciones especiales de sus obras que recorrían Alemania para demostrar que la creatividad de la cultura alemana no decaía en tiempos de guerra. Los propios artistas, de hecho, eran considerados como soldados: «Únicamente un carácter semejante al de un soldado —como observó un comentarista en 1942—, colmado de sentimientos intensos, está en condiciones de transmitir la experiencia de la guerra de forma artística».[165]

Los artistas de temática bélica empleaban diversas técnicas, y algunos de ellos pintaban paisajes que no tenían nada que ver con las realidades de la guerra. *Atardecer en el río Duna*, de Franz Junghans (1942), por ejemplo, era casi abstracto en el empleo de colores fundiéndose entre sí sobre el paisaje llano y monótono. En *Dos prisioneros rusos de los alemanes*, de Olaf Jordan, los sometidos aparecen representados con alguna simpatía y compasión, mientras que el bosquejo que hizo Wolfgang Willrich de un aldeano bávaro sirviendo en el frente oriental mostraba más del campesino que del soldado en sus rasgos toscos, cómicos. Pero la gran mayoría de las pinturas de los artistas de temática bélica representaban escenas optimistas de soldados heroicos con la mirada fija desafiante puesta en el enemigo,

apostados en sus puestos de ametralladoras o dirigiendo las tropas en su avance con gestos que implícitamente incluían al espectador, y así a todo el pueblo alemán, invitándolo a unirse al ataque. La pintura de uno de los artistas de temática bélica más populares, Elk Eber, cuya obra se reproducía incesantemente en las revistas de propaganda, «tenía —como se leía en una nota necrológica en el *Völkischer Beobachter* en 1941— básicamente un único tema: la masculinidad marcial, heroica, de nuestro tiempo».[166] Concretamente, *El correo militar* de Eber, que a menudo se veía en postales, era una de las favoritas: mostraba a un soldado con casco de acero, el fusil colgado horizontalmente a la espalda, que sale a la carrera heroicamente de una trinchera, con la determinación marcada en sus facciones mezclada con la fruición de su rol. Sin embargo, no importa lo que representaran, los artistas de temática bélica tenían buen cuidado de no mostrar los horrores de la batalla. No había heridos, ni cuerpos sin vida, ni soldados con miembros amputados, no había sangre, ni sufrimiento, de hecho prácticamente en sus obras no había ni rastro de una violencia real. El contraste con las pinturas desgarradoras realizadas por los artistas alemanes contrarios a la guerra en 1914-1918 era visto con agrado. Se coincidía en que las nuevas obras eran totalmente apropiadas para su utilización en escuelas. «Mostrad a los alumnos las imágenes de soldados pintadas por Erler o Spiegel —señaló un comentarista—, comparadlas con las obras vulgares y horrendas de Dix o Grosz. Cada alumno reconocerá de inmediato qué es arte decadente... La fuerza del artista real está en su sangre, que le empuja al heroísmo».[167]

Sin embargo, el principal artista alemán durante la guerra no fue un pintor sino un escultor. Arno Breker ya había creado varias figuras monumentales, agresivas y militaristas antes de la guerra.[168] Su prestigio en Europa era considerable. Hitler convenció en 1941 a un grupo de artistas franceses, entre ellos André Derain, Kees van Dongen y Maurice Vlaminck, para que lo visitaran en su estudio. Uno de los del grupo, el director de la École des Beaux-Arts, escribió a su regreso llevado por el entusiasmo sobre la manera en que «un gran país honra a sus artistas y a las obras de éstos, a su cultura intelectual y a la dignidad de la existencia humana».[169] Breker parecía el tema ideal para una gran retrospectiva, la cual se celebró en abril

de 1942 no en Berlín sino en la París ocupada. Jean Cocteau escribió una introducción empalagosa para el catálogo, donde lo elogiaba como un digno sucesor de Miguel Ángel.[170] Sabedores del elevado aprecio que Hitler le profesaba, nazis prominentes rivalizaron entre sí por obtener su amistad, y Breker mantuvo buenas relaciones no sólo con Hermann Göring y Joseph Goebbels sino también con Heinrich Himmler, que discutió con él unos encargos para decorar varios locales de las SS con su obra. En abril de 1941, Breker fue nombrado vicepresidente de la Cámara del Reich para las Artes Visuales. Breker desempeñó un papel clave en los planes de Speer para la reconstrucción de Berlín, y este último le montó lo que venía a ser prácticamente una factoría para producir sus esculturas, bajorrelieves y otros objetos tridimensionales, subvencionándola con ingentes sumas de dinero. Hitler les dijo una noche a quienes estaban cenando con él que Breker merecía un ingreso anual de un millón de Reichsmarks, y Martin Bormann le dio unos honorarios libres de impuestos de 250.000 Reichsmarks en abril de 1942. Hitler y Speer pagaron la renovación del castillo de Breker cerca del río Óder, donde el escultor mostraba su estatus de privilegio exhibiendo en las paredes su colección de pinturas de Léger, Picasso y otros artistas oficialmente considerados como «degenerados». El embajador alemán en París puso a disposición de Breker la casa confiscada a la fabricante judía de cosméticos Helena Rubinstein, y el escultor gastó una importante cantidad de sus cuantiosos ingresos adquiriendo obras de Rodin y otros artistas, así como grandes cantidades de excelentes vinos, libros y perfumes.[171]

Breker estaba lejos de ser el único con avidez por adquirir pinturas, esculturas y otros objetos culturales en los países ocupados. En realidad, Hitler y Göring lo aventajaban con creces a este respecto. Los dos eran hombres ricos cuando la guerra estalló.[172] Hermann Göring poseía una decena de casas, castillos y pabellones de caza, todos ellos abastecidos y mantenidos con cargo al contribuyente. En todos esos lugares, y particularmente en su mansión de caza principal, enorme y que no dejaba de extenderse, en Carinhall, nombrada así por su primera mujer, Göring quería exponer obras de arte, tapices, pinturas, esculturas y muchos otros objetos para subrayar su estatus como el segundo hombre del Reich. Göring gastó

grandes fortunas en la adquisición de objetos culturales de todo tipo, empleando todos los medios a su alcance.[173] Por el contrario, el propio Hitler consideraba indispensable evitar exhibiciones ostentosas de la riqueza personal, prefiriendo en cambio reunir una colección de arte para uso público. Hitler había planeado largo tiempo convertir su ciudad natal de Linz, en Austria, en la capital cultural del Reich, dibujando incluso bocetos de los nuevos edificios y museos públicos que esperaba construir allí. Linz se convertiría en la Florencia alemana, con una colección exhaustiva sobre todo de arte germánico que quedaría albergada en una serie de galerías y museos levantados para ese fin. También Berlín tenía que contar con museos de arte adecuados para su nuevo estatus como la capital del mundo que iba a ser. El 26 de junio de 1939, Hitler contrató los servicios de un historiador del arte, Hans Posse, director de un museo en Dresde, para reunir la colección que él precisaba para tal propósito. Posse dispuso de fondos poco menos que ilimitados, y mediada la guerra estaba adquiriendo objetos de arte en toda la Europa ocupada por los alemanes, hasta haber acumulado un total casi increíble de más de 8.000 objetos en 1945. Dotado de plenos poderes por Hitler, tenía licencia para pujar más o desbancar a otros agentes, como Kajetan Mühlmann, que trabajaban para Göring o para otros museos alemanes importantes, cuando no para sí mismos. En diciembre de 1944, Posse y Herman Voss, director del Museo de Wiesbaden y el hombre que sucedió enseguida a Posse tras su muerte a consecuencia de un cáncer en diciembre de 1942, habían gastado un total de 70 millones de Reichsmarks en adquisiciones para la colección de Linz. Como es lógico, los intermediarios utilizados por Hitler y Posse, como Karl Haberstock, obtuvieron pingües beneficios con sus negocios.[174]

Ese enorme dispendio no tuvo lugar en condiciones normales del mercado de arte. Muchos países, por ejemplo, tenían leyes y disposiciones que controlaban la exportación de tesoros artísticos, pero durante la guerra Hitler pudo ignorarlas fácilmente o rechazarlas sin miramientos. Además, los precios elevados ofrecidos en muchos casos a cambio de los maestros alemanes que él quería para el Museo de Linz no eran exactamente lo que parecían, al menos no a partir de 1940, puesto que los alemanes fijaban los tipos de cambio con el franco francés y otras monedas en los países

ocupados en valores que resultaban extraordinariamente favorables. Sin embargo, en muchos casos no fue necesario gastar un solo céntimo. Las obras de arte ya habían sido confiscadas en gran número a los coleccionistas judíos alemanes, sobre todo después del pogromo del 9 y 10 de noviembre de 1938, supuestamente para «mantenerlas a salvo»; el Estado alemán confeccionó un registro de las mismas y a continuación se apropió de ellas. En marzo de 1938 se sentó un precedente con la invasión de Austria. Allí, al igual que en otros países ocupados, los judíos, si emigraban, eran obligados a desprenderse de sus objetos de valor para que el Reich se hiciera cargo de ellos. Después de la conquista de Francia en 1940, las propiedades de los ciudadanos que habían huido del país también cayeron en manos del Reich alemán; lo mismo se aplicó finalmente a todos los judíos deportados a Auschwitz y otros campos de exterminio en el este desde cada país europeo ocupado, ofreciendo amplias oportunidades para el pillaje.[175]

El saqueo se extendió mucho más allá de la expropiación de los judíos cuando los nazis invadían países habitados por gentes a las que ellos consideraban eslavos infrahumanos, sin cultura. Ya durante la invasión de Polonia, las tropas alemanas revolvieron las casas solariegas y los palacios en busca de objetos culturales de cualquier clase. Sin embargo, el expolio del patrimonio cultural de Polonia no tardó en hacerse de forma organizada. Kajetan Mühlmann, quien anteriormente había realizado tareas similares en Viena, quedó al mando del proceso. A finales de noviembre de 1940 el registro quedó completo y Posse llegó para elegir las mejores muestras para el Führer. Tras él siguieron a su debido tiempo los directores de los museos de arte de Alemania, ávidos de tomar parte en el botín. Las disputas estallaron cuando Hermann Göring trataba de obtener cuadros para él mientras Hans Frank se negaba a que sacaran el preciado botín de su cuartel general. Sin embargo, quizás ésta no era tan mala idea, porque Frank no tenía la menor idea de cómo exponer o proteger a los antiguos maestros, y en cierta ocasión fue objeto de reprimenda por parte de Mühlmann por haber colgado una pintura de Leonardo da Vinci encima de un radiador. Las colecciones privadas fueron saqueadas al igual que los museos públicos, y la enorme colección reunida por la familia Czartoryski, incluyendo un

Rembrandt y un Rafael, sufrió un expolio sistemático.[176] Entretanto, Hans Frank estaba ocupado decorando su cuartel general con obras de arte saqueadas y enviando trofeos a su hogar en Baviera. Cuando las tropas americanas llegaron allí en 1945, encontraron un Rembrandt, un Leonardo, una madona de Cracovia del siglo XIV, así como vestimentas y cálices de iglesias polacas.[177]

Ese proceso de saqueo y expropiación se repitió a mayor escala cuando Alemania invadió la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. Al igual que en Polonia, la limpieza étnica estuvo acompañada por la limpieza cultural. Unidades especiales, provistas con listas de arte «germánico» para la confiscación y expedición del mismo al Reich, acompañaban a las SS en su avance. Entre los más famosos de esos objetos se encontraba el célebre salón ámbar que Pedro el Grande recibió del rey Federico Guillermo I de Prusia, y donde posteriormente se añadieron nuevos obsequios de su sucesor. Los soviéticos lo habían despojado de todo el mobiliario y los objetos trasladables, pero dejaron en su sitio los paneles de ámbar, y el salón, instalado en el Palacio de Catalina en la ciudad de Pushkin, fue desmantelado y devuelto a Königsberg en Prusia Oriental, donde lo exhibieron antes de guardarlo en cajas y almacenarlas para protegerlo de ataques aéreos. Por supuesto, los soviéticos habían puesto muchos tesoros culturales fuera del alcance de los ejércitos invasores, no quedaban grandes colecciones privadas en la Unión Soviética, ya que el Estado comunista las había confiscado todas, y los alemanes jamás lograron tomar posesión de Moscú o San Petersburgo; pero todavía quedaba mucho por saquear; por ejemplo, sólo de Járkov se llevaron 279 pinturas, y Himmler requisó un gran número de obras de arte para decorar y amueblar el cuartel general de las SS en Wewelsburg. Muchas veces un individuo podía hacerse con tesoros a precios de ganga: un oficial de las SS le envió a Himmler una colección de joyería antigua que había comprado a la viuda de un arqueólogo soviético, que se moría de hambre en una Kiev destrozada por la guerra, a cambio de 8 kilos de mijo.[178]

Los tesoros de arte más valiosos, sin embargo, iban a encontrarse en los países conquistados de Europa occidental. El 5 de julio de 1940, Hitler encargó a una subsección de la Oficina de Política Exterior del Partido Nazi

dirigida por Alfred Rosenberg reunir obras de arte de propietarios judíos y confiscar material antialemán junto con cuantos documentos pudieran ser valiosos para el Reich. Radicada al principio en París, y respaldada por la autoridad del propio Hitler, la unidad de Rosenberg tomó rápidamente la iniciativa en la avidez por adquirir objetos culturales para el Museo de Linz y otras colecciones. El 1 de marzo de 1941, la unidad se trasladó a Berlín, desde donde enviaba emisarios para supervisar el expolio de museos y bibliotecas en el este siguiendo los pasos de la operación Barbarroja. Sin embargo, cuando el personal de Rosenberg llegó a Holanda en septiembre de 1940, Kajetan Mühlmann ya estaba allí, como lo estaba el curador de las obras de arte de Hermann Göring, Walter Andreas Hofer. Hitler autorizó a Hans Posse a trasladarse a Holanda el 13 de junio de 1940, y Hermann Göring viajó a Amsterdam en persona. Siguió una actividad frenética de compras agresivas, y un gran número de obras de arte real o supuestamente alemán pasaron de coleccionistas, intermediarios y museos holandeses a depósitos en el Reich. El equipo de Mühlmann localizaba las colecciones llevadas a Holanda por sus dueños judíos alemanes huyendo de la persecución en la década de 1930, y las confiscaba. Un autorretrato de Rembrandt de 1669 se hallaba entre las distintas obras enviadas de vuelta a Alemania sobre la base de que habían sido exportadas de forma ilegal: los dueños judíos de esas obras no recibieron compensación de ninguna clase. Además, quedaron confiscadas las obras de arte pertenecientes a judíos que habían huido del país para refugiarse en Inglaterra, y los cajones de embalaje con obras de arte a punto de ser expedidas al exterior fueron abiertos y se procedió a retirar y confiscar su contenido.[179]

En Francia el botín iba a ser incluso más rico. El 30 de junio de 1940, Hitler ordenó que los objetos de arte propiedad del Estado francés quedaran bajo custodia alemana. El embajador Abetz hizo los preparativos para confiscar un gran número de obras de arte informando al ejército de que Hitler o Ribbentrop decidirían qué había que llevarse a Alemania. En esta categoría entraron obras de Renania saqueadas por Napoleón, ya listadas en un documento de 300 páginas redactado por historiadores alemanes del arte que recorrieron los museos y las bibliotecas de Francia en la década de 1930 haciéndose pasar por investigadores académicos. Pero la comandancia

del ejército había recurrido a su propio historiador de arte, el conde francófilo Franz Wolff-Metternich, quien convenció a las autoridades militares para que no cooperasen debido a que la Convención de La Haya de 1907 prohibía los saqueos. Tras lograr el apoyo del comandante en jefe del ejército Brauchitsch, frustró todos los intentos de Abetz para secuestrar obras de arte propiedad del Estado francés. Con los marchantes y los coleccionistas judíos, cuyas posesiones debían ser también confiscadas por orden de Hitler, las cosas acontecieron de una manera muy diferente. Las propiedades de quince importantes marchantes judíos se requisaron, junto con las de propietarios judíos como los Rothschild, quedando almacenadas en el Jeu de Paume, una galería pequeña utilizada por el Louvre para exposiciones temporales. El personal operativo de Rosenberg llegó a administrar la colección, y pronto Hermann Göring también se presentó de improviso en el museo, pasando dos días allí para seleccionar veintisiete obras de Rembrandt, van Dyck y otros para su colección privada. Pero aceptó por prudencia que Hitler escogiese antes que nadie los objetos que deseara del Jeu de Paume. Rosenberg y los museos alemanes podían hacerse con la mayor parte de lo que quedaba. Todo había que pagarlo, y los beneficios debían transferirse a un fondo para los huérfanos de guerra franceses. Al tiempo que Hans Posse, al examinar la lista de obras acumuladas por el museo, ordenó enviar cincuenta y tres obras de arte con destino a Alemania para su inclusión final en el Museo de Linz, Göring eligió más de 600 pinturas, piezas de mobiliario y otros objetos, los cuales había tasado a precios muy bajos si iba a exponerlos en Carinhall o a precios altos cuando tenía intención de venderlos. Göring rechazó de forma tajante las objeciones de Wolff-Metternich, y el ejército quedó eximido formalmente de cualquier responsabilidad ulterior en relación con las obras de arte.[180]

Al final de la guerra, la colección personal de Hitler incluía 75 Lenbachs, 58 Stucks, 58 Kaulbachs, 52 Menzels y 44 Spitzwegs. Además de pintores alemanes y austríacos del siglo XIX, poseía también 15 Rembrandts, 23 Brueghels, 2 Vermeers, 15 Canalettos, y cuadros de Tiziano, Leonardo, Botticelli, Holbein, Cranach, Rubens y muchos otros. Sólo la extrañeza de El Bosco, Grunewald y Durero evitó que Hitler

adquiriese obras suyas. Con frecuencia Hitler se refería a las obras que había obtenido, pero no las contemplaba casi nunca; todas ellas estaban almacenadas.[181] Se hallaba hasta tal punto obsesionado con la idea del Museo de Linz que en su testamento iba a dar instrucciones para la fundación del museo. «Jamás compré para mi propio beneficio las pinturas que están en las colecciones que he ido acumulando con el paso de los años —afirmó—, sino únicamente para la creación de una galería en la ciudad donde crecí, Linz». Al final, sin embargo, en la fantasía de Hitler de erigir un centro mundial para el arte germánico apenas había en realidad algo más que el deseo ilusorio de rehabilitarse como artista tras los fracasos y las humillaciones de sus años en Viena antes de la Primera Guerra Mundial.[182]

# CIENCIA MORTÍFERA

## I

En marzo de 1940, William Guertler, profesor de metalurgia en la Universidad Técnica de Berlín y nazi de larga trayectoria, redactó una petición personal para Hitler. Había muchas peticiones, y el personal de Hitler se ocupaba de ellas rutinariamente. No existen pruebas de que Hitler leyese alguna vez lo que Guertler tenía que decirle. Pero se consideró lo bastante importante como para remitírsela a Hans-Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, que la mandó copiar y distribuir a algunos ministros, Hermann Göring entre ellos. Lo que preocupaba a Guertler, al cabo de siete meses de guerra, era una caída de los niveles educativos tan brusca que estaba llevando, en su opinión, a la catástrofe. Nada más iniciarse la contienda, el Ministerio de Educación había decretado, en aras de un uso más eficiente del tiempo de los estudiantes, que el año universitario tradicional de dos semestres lectivos debería ser sustituido por un año de tres semestres lectivos sin ninguna disminución en la duración de cada período. Por tanto, el año académico se había incrementado de siete meses y medio a diez meses y medio. Así que, se quejaba Guertler,

> a nosotros los profesores se nos ha encomendado asegurar que los estudiantes aprendan en un año todo lo que solían aprender en un año y medio. Hemos hecho cuanto hemos podido. Ha sido completamente en vano. La capacidad de los estudiantes para el aprendizaje ya se había puesto a prueba en exceso. Aun antes de esto, nos habíamos visto incapaces de mantener el nivel educativo, pero ahora cada examen nos ha indicado un deterioro catastrófico en los conocimientos adquiridos. Los jóvenes estudiantes llevan mucho tiempo teniendo que privarse de esos placeres aun en los años más aplicados de estudio que una vez habían sido tan célebres, y tan bien merecidos. Se atormentan extraordinariamente; sobrepasa sus fuerzas.[183]

Ni Lammers ni ninguna de las otras personas que leyeron la petición se mostró disconforme. Hasta el ministro de Educación del Reich, Bernhard Rust, aceptó el diagnóstico alarmante del profesor.[184]

El descenso de los niveles educativos había comenzado mucho antes de la guerra y afectado tanto a escuelas como a universidades. En 1937 los nueve años de educación secundaria habían quedado reducidos a ocho. La influencia de las Juventudes Hitlerianas había reducido la autoridad de muchos profesores, y el énfasis de la educación nazi en el deporte y el ejercicio físico había recortado el tiempo disponible para el estudio académico. Aun logrando incluso adquirir unos conocimientos razonables en esa situación, era probable que los escolares olvidaran gran parte de los mismos en los aproximadamente dos años y medio que se veían obligados a dedicar al Servicio de Trabajo y al servicio en las fuerzas armadas antes de que se les autorizara a matricularse en una universidad.[185] La guerra propició un nuevo incremento en el contenido ideológico del plan de estudios; por ejemplo, más de 150 panfletos publicados de forma precipitada sustituyeron a las explicaciones de los libros de texto anteriores en materia de la historia y las instituciones inglesas, con propaganda hostil tachando a Gran Bretaña de país gobernado por judíos que había cometido incontables atrocidades en su turbio pasado. Cada vez resultaba más difícil conseguir los libros de texto, y los edificios escolares en muchas pequeñas y grandes ciudades o bien fueron requisados para utilizarlos como hospitales militares, o bien, especialmente desde 1942, quedaron destruidos a causa de los bombardeos.[186] Los profesores partían al frente y nadie los sustituía, hasta el punto de que en febrero de 1943 la Asociación de Maestros Nacionalsocialistas dejó de funcionar por falta de actividad y de fondos. Los alumnos de mayor edad tenían que dedicar más y más tiempo para ayudar en trabajos relacionados con los ataques aéreos, recoger ropa, trastos viejos, papel y metal para la economía de guerra, o para ir al campo en verano a ayudar con las cosechas durante cuatro meses ininterrumpidos. Desde febrero de 1943 las clases en las escuelas de Berlín tenían lugar únicamente por las mañanas, pues todos los niños se pasaban las tardes o bien con ejercicios e instrucción militares, o bien yendo a apostarse en las

baterías antiaéreas si tenían quince o más años. Los últimos exámenes escolares se realizaron en 1943, y en los últimos meses de guerra la mayoría de escuelas interrumpieron la enseñanza por completo.[187]

Las escuelas nazis de élite también resultaron muy perjudicadas. El castillo de Vogelsang, por ejemplo, perdió a casi todos sus estudiantes y profesores, destinados al servicio militar tan pronto como se inició la guerra, y sus instalaciones se emplearon para alojar a soldados y luego proporcionar cursos de adoctrinamiento para recuperar a heridos de guerra.[188] Los centros de instrucción políticonacional, o Napolas, otro tipo de escuela de élite, sufrieron igualmente. Los estudiantes furibundamente nazis veían la guerra como una oportunidad para hacer patente su compromiso, demostrar su valor y ganar medallas. Unos 143 estudiantes o graduados de Napolas habían sido condecorados por su valor en marzo de 1944; a 1.226 los habían matado. De ahí que la cifra de estudiantes cayera bruscamente, y a finales de 1944 los Napolas se estaban empleando para formar a cadetes de oficiales y a integrantes del ala militar de las SS. No obstante, se siguió impartiendo alguna enseñanza, y en cierta ocasión en la escuela Oranienstein, hacia el final de la guerra, los estudiantes estaban tomando absurdamente lecciones de navegación a vela mientras los bombarderos americanos volaban sobre sus cabezas, «una escena totalmente de locos en un mundo totalmente de locos», como recordó más tarde un estudiante.[189]

En esa situación, no era sorprendente que también se resintieran los niveles educativos en las universidades. Pero éstas tenían además sus propios problemas. Todas las universidades alemanas cesaron sus actividades el 1 de septiembre de 1939, y cuando volvieron a abrir diez días más tarde, registraron una caída espectacular en el número de estudiantes, de 41.000 a 29.000, lo que se explicaba por el alistamiento de muchos estudiantes varones en las fuerzas armadas. Las cifras comenzaron a recuperarse con lentitud a partir de entonces: hasta 38.000 en 1942, y 52.000 en 1943; en las instituciones de educación superior de todo tipo hubo un aumento de 52.000 estudiantes en 1940 a 65.000 en 1944. Entre los estudiantes que formaban parte de esas cifras se incluían entonces soldados con heridas de guerra, hombres declarados como no aptos para el servicio

por una u otra razón, soldados de permiso (muchos de los cuales habían perdido su plaza en la universidad al alistarse), estudiantes extranjeros, estudiantes de medicina obligados por sus unidades del ejército a continuar sus estudios, y cada vez en mayor medida mujeres: el 14 por 100 del alumnado en todas las instituciones de educación superior en 1939, el 30 por 100 en 1941, y el 48 por 100 en 1943. Como antes de la guerra, la medicina ocupaba una posición incuestionablemente hegemónica en las universidades alemanas. El 62 por 100 de todos los estudiantes estaba inscrito en facultades de medicina en 1940; todos ellos tenían que servir seis meses en el frente como soldados con el fin de prepararse para el servicio como médicos del ejército cuando obtuvieran el título. Así pues, no respondía a la verdad una percepción extendida entre algunos seguidores nazis (por lo general hostiles a los intelectuales) según la cual aquellos que fueron a la universidad durante la guerra eran «prófugos» que intentaban eludir el servicio militar; en realidad, casi todos los estudiantes varones fueron miembros de las fuerzas armadas con una ocupación u otra.[190]

Los niveles educativos en la universidad no cayeron durante la guerra simplemente a consecuencia del declive de los niveles educativos en las escuelas. A los estudiantes los obligaban a dedicar un volumen de tiempo cada vez mayor haciendo trabajos, ayudando con la cosecha o trabajando en fábricas durante las vacaciones. El Ministerio de Educación reconoció en 1941 que el año de tres semestres lectivos, junto con el Servicio de Trabajo durante las vacaciones, estaba imponiendo una tensión insostenible sobre los estudiantes, y restauró el año de dos semestres.[191] Sin embargo, hubo quejas generalizadas de profesores universitarios ante el hecho de que los estudiantes estaban o bien demasiado cansados para estudiar, o bien se mostraban demasiado perezosos y apáticos. El acusado desprecio del Partido Nazi, con el que habían machacado a los estudiantes en sus años de formación, por el aprendizaje rebajaba el respeto por los maestros. Después de la guerra habría una enorme demanda de abogados y médicos, así que ¿para qué tomarse la molestia de esforzarse? Como el Servicio de Seguridad de las SS consignó el 5 de octubre de 1942:

> Hay una coincidencia unánime en todas las ciudades universitarias del Reich en *que el rendimiento de los estudiantes no cesa de disminuir*. Sus trabajos escritos, su participación en las clases y los seminarios, así como las calificaciones de sus exámenes, han alcanzado un punto realmente bajo [...] Muchos estudiantes *ni tan siquiera poseen el conocimiento más simple, el más elemental*. Cada vez son más frecuentes en los trabajos escritos los errores ortográficos, gramaticales y estilísticos.[192]

El conocimiento de lenguas extranjeras, añadía el informe, era tan pobre que los estudiantes no estaban en condiciones de seguir las clases donde se emplearan palabras en latín para designar distintas partes del cuerpo humano. Los estudiantes pidieron a los profesores que evitasen utilizar palabras extranjeras, y éstos empezaron a rebajar los mínimos, haciendo más sencillos los exámenes para aprobar y reduciendo la exigencia de un esfuerzo mayor por medio de una corrección menos rigurosa del trabajo del estudiante.[193]

El alumnado, ya menospreciado por muchos nazis vehementes como políticamente apático antes de la guerra, no aumentó su compromiso con el nacionalsocialismo cuando la guerra se declaró. Si se involucraba en el conflicto, ello era así tanto por Alemania como por la causa del nacionalsocialismo. La Asociación de Estudiantes Nacionalsocialistas Alemanes decayó, si bien se anotó un éxito al convencer a los miembros pertenecientes a hermandades tradicionales que quedaban en sus filas para que abandonaran la práctica de batirse en duelo, puesto que había dejado de ser necesario demostrar la propia hombría permaneciendo impávidamente quieto mientras un oponente abría una cicatriz en una de las mejillas por medio de un sable: ahora el valor de uno se podía poner a prueba combatiendo en una batalla real.[194] La guerra, sin embargo, se acercaba cada vez más hasta el seno de las universidades mismas, sobre todo aquéllas situadas en las poblaciones y ciudades más grandes. En julio de 1944, veinticinco de un total de sesenta y un centros de educación superior en el Gran Reich Alemán habían resultado dañados. El trastorno para la enseñanza era considerable, ya que llevaba tiempo encontrar nuevas aulas y auditorios, y también éstos sufrían a menudo los bombardeos. Las falsas alarmas frecuentes ocasionaban un mayor trastorno. Hacia el final de la guerra, en 1945, los bombardeos habían puesto fin de hecho a la educación superior casi en cualquier parte de Alemania: únicamente Erlangen,

Gotinga, Halle, Heidelberg, Marburgo y Tubinga quedaron intactas. Muchas otras universidades habían sufrido una destrucción completa. Mucho antes de esto, estudiar se había hecho más dificultoso debido a la comprensible decisión de muchas bibliotecas universitarias de trasladar sus fondos valiosos a minas de carbón o emplazamientos similares con el fin de resguardarlos. Tampoco las librerías se libraron de los bombardeos, de manera que cada vez costaba más encontrar publicaciones especializadas y manuales de texto.[195]

Cuando Goebbels fue nombrado plenipotenciario del Reich para la guerra total en 1944, la educación universitaria finalizó de hecho. 16.000 estudiantes fueron reclutados para marchar al frente, y 31.000 lo fueron para servir en las industrias de la guerra. Goebbels había querido cerrar todas las universidades, pero Himmler le había impedido que lo hiciera con el argumento de que por lo menos algunas de las actividades universitarias redundaban directamente en beneficio del esfuerzo bélico. Así pues, los únicos estudiantes a quienes se permitió que prosiguieran sus estudios eran o bien aquellos que estaban a punto de realizar sus exámenes finales, o bien aquellos inscritos en cursos sobre materias como física, matemáticas, balística y electrónica. Había todavía 38.000 estudiantes alemanes en la universidad a finales de 1944, aunque su número era muy inferior al de los estudiantes que habían estado en ella un año antes. Pero ya no podían estudiar de un modo efectivo por más que lo hubieran querido. La desilusión con el régimen se había extendido. El uso del «saludo hitleriano» se decía que prácticamente había cesado muchos meses antes. Con todo, la oposición al nazismo seguía siendo muy poco habitual. Una apatía vegetativa era muchísimo más común.[196]

## II

En tales circunstancias resultaba extremadamente difícil para los docentes universitarios continuar con la labor investigadora y las publicaciones. La prolongación del año académico en 1939 y 1940 lo hizo poco menos que imposible para muchos. Únicamente si se podía demostrar que la investigación suponía un beneficio directo para el esfuerzo bélico, o para

proyectos asociados con él, se le concedía alguna clase de prioridad. La publicación en las artes y las humanidades se redujo a poco más que propaganda. Para la mayor parte de los profesores, nacionalistas conservadores como eran, la guerra suponía un llamamiento espiritual a las armas para luchar por Alemania por mucho que pudiera desagradarles el nazismo y sus ideas. Un caso ilustrativo fue el del historiador de Friburgo Gerhard Ritter, cuyos escritos, públicos y privados, de los años de la guerra se debatían entre la repugnancia moral que le producía el nazismo y el compromiso patriótico con la causa alemana. Al igual que muchos otros en su situación, se entusiasmó con las victorias de 1939 y 1940, pero los reveses y desastres militares de los años siguientes lo fueron desilusionando cada vez más. Su comportamiento estuvo fuertemente marcado por la muerte de su propio hijo en el frente oriental. En sus conferencias públicas y en sus publicaciones, hizo cuanto pudo por fortalecer la moral dentro del país y en las fuerzas armadas; realizó giras por Francia y otros países ocupados y pronunció discursos ante las fuerzas armadas mientras continuaba con la docencia en su propia universidad. Sin embargo, llenaba cada vez más sus charlas y sus artículos con llamamientos a la moderación y con críticas implícitas a lo que él veía como extremismo nazi. Por ejemplo, en la introducción de una reedición de su biografía de Martín Lutero insistió en la importancia de mantener una conciencia pura y un orden legal firme. Ritter se oponía rotundamente a los intentos de los Cristianos Alemanes por nazificar el protestantismo alemán, y empezó a escribir memorias privadas acerca de la necesidad de restablecer un orden moral cuando la guerra hubiera acabado. La Gestapo lo detuvo finalmente en noviembre de 1944, pero no fue objeto de maltrato en prisión; sobrevivió a la guerra y en la Alemania Occidental de la década de 1950 se convirtió en una figura prominente como historiador. Su postura compleja y muchas veces contradictoria durante el Tercer Reich tipificaba la de muchos otros académicos de humanidades, y no fue el único cuyas opiniones evolucionaron gradualmente de un apoyo explícito al régimen, si bien con reservas en todo momento, hacia una oposición cada vez más acusada basada en valores cristianos, conservadores y patrióticos que a su juicio aquél estaba violando.[197]

Sin embargo, otros historiadores y científicos sociales, y en especial los más jóvenes, estaban deseosos de participar en la guerra en aras no tanto de Alemania como de la ideología nazi. Especialistas en la historia de Europa centro-oriental como los jóvenes Theodor Schieder y su colega Werner Conze manifestaron que extensas partes de la región eran históricamente alemanas e instaron a la expulsión de la población judía con objeto de dejar espacio a los colonos alemanes. En un memorándum presentado a Himmler, Schieder abogaba por la deportación de los judíos al extranjero, y el traslado de parte de la población polaca más al este. Otros historiadores más veteranos, como Hermann Aubin y Albert Brackmann, ofrecieron sus servicios en la identificación de territorios históricamente «alemanes» de la región, como un preludio a la expulsión del resto de la población. Los estadísticos calcularon la proporción de judíos en la región, los demógrafos plasmaron los detalles de un posible aumento de población en un futuro después de la germanización, los economistas se ocuparon de los análisis de costes y beneficios de la deportación y las matanzas, los geógrafos delimitaron los territorios por colonizar y desarrollar de nuevo. Todo ello se introdujo por último en el Plan General para el Este, con su ambición casi ilimitada de reorganización y exterminio raciales.[198] Estas distintas contribuciones entusiastas ponían de manifiesto la impaciencia de diversos estudiosos e instituciones por influir, o el menos tener un papel, en la reconstrucción de la Europa del Este administrada por los nazis. Más allá de esto, se afanaron por participar en los programas megalómanos desarrollados por la dirección nazi para la reconfiguración de toda la estructura económica, social y racial de Europa. «El conocimiento no puede limitarse a aguardar a que lo llamen —le escribió Aubin a Brackmann el 18 de septiembre de 1939—. Debe hacerse oír».[199]

Algunos de esos estudiosos y científicos siguieron trabajando en las universidades durante la guerra, pero la actividad investigadora, particularmente en las ciencias naturales y en la física, estaba concentrada más aún que en los años de paz en centros no universitarios fundados por importantes organizaciones nacionales, en especial la Comunidad Alemana de Investigación y la Sociedad Káiser Guillermo. Éstas sobrevivieron, con sus muy estimables presupuestos, en la primera parte de la guerra en buena

medida porque nadie en el poder les prestaba mucha atención. Las victorias militares alemanas generaron un sentimiento generalizado de autocomplacencia. Las victorias en el oeste en 1940 y los rápidos avances en la Unión Soviética el año siguiente demostraban no únicamente la superioridad de las armas alemanas, sino también la estatura dominante de la ciencia y la tecnología alemanas. Sólo cuando las cosas empezaron a torcerse los líderes nazis se volvieron hacia los científicos en busca de ayuda. Albert Speer en concreto estaba deseoso de coordinar la investigación científica y orientarla hacia proyectos relevantes para la guerra. En el verano de 1943 se creó un Consejo de Investigación del Reich para coordinar y orientar las empresas científicas a través de la extensa variedad de centros de investigación e instituciones de apoyo financiero que competían entre sí en el empeño por entregar nuevas armas y tecnologías. Pese a ello aún seguían en activo varias instituciones rivales, ya que la fuerza aérea y el ejército de tierra insistían en gestionar sus propios centros de investigación y la descentralización y el derroche de los recursos en la investigación militar se oponían a todos los intentos del Consejo de Investigación del Reich para desarrollar una investigación coherente que evitara que las mismas áreas fuesen atendidas por grupos paralelos de investigadores.[200]

La investigación científica durante la guerra abarcó toda la gama de planes y ambiciones nazis. Los científicos de un instituto especialmente creado en Atenas desarrollaban investigaciones con el fin de mejorar los rendimientos de los cultivos y los suministros de alimentos para su uso futuro por parte de los colonos alemanes en el este, mientras una unidad de botánica de las SS recogía muestras de plantas tras el frente oriental para ver si algunas de ellas poseían valor nutricional.[201] Esa tarea implicaba un trato recíproco: los científicos no sólo estaban siendo cooptados por el régimen, sino que también estaban deseosos de aprovechar las oportunidades de investigación que el régimen procuraba para construir sus propias carreras como investigadores y favorecer su propio trabajo científico. En realidad, tan intensa fue la colaboración que algunos incluso hablaban irónicamente de «guerra al servicio de la ciencia».[202] La creación en 1942 de un Instituto del Reich de Investigación Psicológica y

Psicoterapia vino a confirmar los esfuerzos de Matthias Göring (un primo del mariscal del Reich, cuyo nombre fue de gran ayuda en su campaña) para que obtuviera reconocimiento una profesión a la que los nazis asociaban desde hacía tiempo con doctores judíos como Sigmund Freud. El instituto investigaba temas relevantes para la guerra como los motivos de las neurosis y las crisis nerviosas en los soldados; pero también investigaba la homosexualidad, la cual, como hemos visto, era considerada por el ejército y las SS una seria amenaza para la valentía en combate del soldado alemán.[203]

De la investigación biológico-racial se ocupaban no sólo los Institutos del Káiser Guillermo, sino también la organización de la Herencia Ancestral dirigida por Himmler, el brazo investigador de las SS.[204] Antes y durante la guerra, los hombres de Himmler se desplegaron por todas partes en busca de pruebas para sus teorías raciales y antropológicas a menudo descabelladas. La organización preparó expediciones a Escandinavia, Grecia, Libia e Irak en busca de vestigios prehistóricos, y dos estudiosos recorrieron diversos lugares de Oriente Medio remitiendo informes a lo largo de su recorrido a la inteligencia alemana. Ernst Schäfer y Bruno Beger, miembros del equipo de la Herencia Ancestral, lideraron una expedición hasta el lejano Tíbet, la más sorprendente de todas, donde fotografiaron a unos 2.000 de sus habitantes, efectuaron mediciones de 376 individuos e hicieron moldes de plástico de diecisiete rostros de tibetanos. Heinrich Harrer, ya muy conocido por su conquista del monte Eiger, logró una fama mayor en otra expedición enviada por Himmler al Himalaya. Detenido por los británicos al estallar la guerra, se fugó y pasó siete años en el Tíbet, escribiendo más tarde un relato de sus experiencias con gran éxito de ventas. Al toparse con problemas para identificar quién era judío y quién no en las regiones étnica y culturalmente amalgamadas de Crimea y el Cáucaso tras la invasión de las fuerzas alemanas, Himmler mandó a la zona a Schäfer y Beger para tratar de aclarar las cosas, de manera que fuera posible separar y matar a los judíos. No mucho tiempo después, Beger quedó absorbido por un estudio de gran envergadura centrado en las características supuestamente raciales judías. Imposibilitado para continuar su trabajo debido al avance del Ejército Rojo en 1943, se trasladó a

Auschwitz, donde seleccionó y efectuó mediciones de prisioneros judíos e hizo moldes de sus rostros con pleno conocimiento del inminente destino que aquéllos iban a correr. Luego se desplazó al campo de concentración situado en Natzweiler. Allí contó con la ayuda de August Hirt, siniestro especialista de anatomía cuyas facciones habían quedado gravemente desfiguradas por una herida que afectó a su mandíbula superior y a la inferior en la Primera Guerra Mundial. En Natzweiler los dos hombres empezaron una colección de calaveras de judíos, haciendo primero radiografías de los reclusos elegidos, y a continuación, tras ordenar que los gasearan, macerando su carne en una solución química antes de añadir los restos esqueléticos al archivo de la Herencia Ancestral en el castillo de Mittersill. Esas actividades macabras cesaron únicamente con la llegada de los ejércitos aliados.[205]

## III

La ciencia de la medicina se puso también al servicio de la guerra que se estaba librando. Los planificadores militares y civiles precisaban con urgencia de respuestas médicas para una amplia variedad de cuestiones. Algunas de ellas estaban directamente relacionadas con la guerra: cómo combatir el tifus más eficazmente, cómo evitar la infección de las heridas, cómo mejorar las posibilidades de supervivencia de los marineros a la deriva en botes salvavidas después del hundimiento de su buque. Todas las naciones beligerantes tuvieron que hacer frente a esa clase de problemas en el curso de la guerra. En Alemania, la investigación médica pudo recurrir a la experimentación con los presos de los campos de concentración en la búsqueda de respuestas a esos problemas. Nadie obligaba a los investigadores en el campo de la medicina a realizar esa labor; por el contrario, fueron ellos los que tomaron gustosamente parte en ella o incluso se postularon para desarrollarla. Que ello fuera así no debería sorprendernos: durante algunos años los médicos se habían contado entre los partidarios más entusiastas de la causa nazi.[206] Desde su punto de vista, los presos de los campos de concentración eran en todos los casos seres infrahumanos racialmente inferiores, criminales sin escrúpulos o traidores a

la causa alemana, cuando no una combinación de todo ello. Fueran lo que fueran, a juicio de los doctores nazis —dos tercios de la profesión médica en el Tercer Reich— no tenían derecho a la vida o al bienestar y eran por tanto sujetos más que indicados para desarrollar una experimentación médica que podía, como de hecho iba a ocurrir en muchos casos, provocar dolor, sufrimiento, enfermedades y la misma muerte.

La primera vez que se utilizaron reclusos de los campos para la experimentación médica fue en Dachau, donde quien llevaba la voz cantante era un joven doctor ambicioso de las SS, Sigmund Rascher. Nacido en 1909, Rascher se afilió al Partido Nazi en 1933 y cuando estalló la guerra estaba al servicio de la Herencia Ancestral, la organización de investigación de Himmler. La pareja de Rascher, Karoline Diehl, una ex cantante dieciséis años mayor que su compañero, era una vieja amiga de Himmler, y por esa razón el líder de las SS reaccionó positivamente cuando el doctor le presentó un proyecto para el diagnóstico precoz del cáncer. Rascher pretendía crear una forma infecciosa de cáncer que se pudiera emplear como raticida. Con el fin de llevar a cabo la investigación, obtuvo la autorización de Himmler para efectuar análisis regulares de sangre a presos de larga duración en Dachau. En 1941, Rascher, que entretanto había sido nombrado oficial médico de la fuerza aérea en la reserva, convenció además al líder de las SS para que le dejase realizar experimentos con prisioneros en Dachau con el fin de evaluar las reacciones del cuerpo humano a la descompresión rápida y la falta de oxígeno en altitudes elevadas, con el propósito de averiguar cómo mantener con vida a un piloto cuando se veía obligado a lanzarse en paracaídas desde la cabina presurizada de un avión en altitudes de 18 o 21 kilómetros. Entre febrero y mayo de 1942 se hicieron hasta 300 experimentos en una cámara móvil de descompresión en Dachau con diez o quince presos por actos delictivos. El sufrimiento causado a los prisioneros era considerable, y por lo menos se sabe de tres que murieron durante los experimentos. Cuando se hallaba ausente el colega superior en jerarquía designado por la fuerza aérea, Rascher realizaba otros «experimentos terminales», como él los llamaba, en los que la muerte del sujeto estaba planeada desde el inicio: consistían en ver cuánto tiempo podía permanecer vivo alguien cuando el suministro de

aire disminuía gradualmente. Algunos de los sujetos, descritos por Rascher como «criminales profesionales judíos, racialmente infamantes», perdían la conciencia de resultas de un salto simulado en paracaídas sin oxígeno que correspondería a una altitud de 14 kilómetros, y acto seguido morían asfixiados antes de recuperarse. Rascher informaba sobre estos experimentos directamente a Himmler, que visitó Dachau para observarlos. Los experimentos también se filmaron y un grupo de personas pertenecientes al personal médico de la fuerza aérea pudo ver los resultados en el Ministerio del Aire el 11 de septiembre de 1942. En el transcurso de ese proyecto se causó la muerte a entre setenta y ochenta prisioneros.[207]

Himmler estaba tan complacido con el trabajo de Rascher que creó en el verano de 1942 un Instituto de Investigación Aplicada en Ciencias de la Defensa, englobado en la división de las SS de la Herencia Ancestral, con el propósito expreso de encargarse de la investigación médica en los campos de concentración. La actuación de Rascher en Dachau se convirtió en parte de esta organización. Ya en junio, Himmler, a instancias de la fuerza aérea, había encargado a Rascher la realización de experimentos con prisioneros para determinar la mejor manera de favorecer la supervivencia de los pilotos que caían a las aguas heladas del Mar del Norte. Mientras flotaban en grandes tanques llenos de agua con temperaturas diversas (pero siempre bajas), ataviados con uniformes de la fuerza aérea y chalecos salvavidas, los cuerpos de los prisioneros eran estrechamente monitorizados al tiempo que se ponían en marcha una variedad de intentos simulados de rescate. Entre quince y dieciocho de los cincuenta o sesenta presos sometidos a ese experimento habían muerto en octubre de 1942. El promedio de tiempo antes de morir era de setenta minutos. Sacarlos y zambullirlos en un baño caliente no provocaba un *shock* en el sistema, como Rascher había esperado, sino que causaba una mejoría inmediata. Presentó los resultados en Núremberg, el 26 y el 27 de octubre de 1942, en una concurrida conferencia a la que asistieron noventa y cinco investigadores de medicina; ninguno de ellos planteó objeción alguna al uso de presos de los campos como sujetos, ni al hecho de que los experimentos hubiesen acabado con la vida de muchos de ellos.[208]

Esto marcó tal vez el momento culminante de la carrera de Rascher. El desarrollo de la misma había dependido casi por completo de la predilección que Himmler mostró por él. Cuando el jefe de las SS se había opuesto inicialmente a su matrimonio con Karoline Diehl argumentando que ella era demasiado mayor para tener hijos, la pareja le había demostrado su error con el anuncio de que ella estaba encinta. Cuando Rascher informó a Himmler de que su prometida había dado a luz a dos niños, el matrimonio obtuvo el consentimiento, y Himmler incluso envió a la pareja un ramo de flores con su más efusiva enhorabuena. Sin embargo, al líder de las SS lo estaban engañando, y cuando Karoline Rascher anunció que había dado a luz a otro niño a comienzos de 1944, incluso Himmler sospechó que había gato encerrado: ¿no era demasiado mayor una mujer de cincuenta y dos años para tener hijos? Una investigación puso al descubierto que ella había arrebatado a una madre a su pequeño en la estación ferroviaria principal de Múnich, y que se había hecho con sus otros hijos de manera muy parecida. Himmler, furioso por haber sido engañado tan burdamente, ordenó que la detuvieran y encarcelaran en Ravensbrück y a continuación ordenó su ejecución. El propio Rascher fue despedido de todos sus empleos y encarcelado en Buchenwald; al final de la guerra lo trasladaron de vuelta a Dachau y allí lo fusilaron tres días antes de la liberación del campo.[209]

Sin embargo, el descrédito de Rascher de ningún modo acabó con esa clase de experimentación médica. La fuerza aérea y la armada de Alemania estaban asimismo interesadas en la supervivencia de los tripulantes de los aviones y los marineros que hubieran logrado hacerse con un bote o una balsa salvavidas pero careciesen de agua potable. En concreto eran los tripulantes de los aviones quienes se enfrentaban con este problema, puesto que los suministros de cualquier cantidad de agua eran demasiado pesados para transportarlos a bordo de los aparatos. En vista de que varios experimentos de transformación del agua de mar con el fin de poder beberla no dieron fruto porque se hicieron con sujetos cuya salud no se podía poner en riesgo al tratarse de verdaderos voluntarios, el profesor Schröder, uno de los doctores principales de la fuerza aérea, solicitó a Himmler el 7 de junio de 1944 que pusiera a su disposición cuarenta individuos sanos de los

campos de concentración. Los hombres jóvenes se seleccionaron entre 1.000 gitanos trasladados desde Auschwitz a Buchenwald y a los que se dijo que si se ofrecían como voluntarios para tareas especiales en Dachau estarían bien alimentados y que los experimentos no revestían peligro: el doctor a cargo de los experimentos, Wilhelm Beiglböck, les dijo que él mismo había bebido agua de mar sin efectos nocivos. Después de alimentarlos con raciones de las fuerzas aéreas durante una semana, sometieron a los sujetos a una dieta de agua marina que había sido tratada de diferentes maneras o que en algunos casos no estaba sometida a tratamiento alguno. Pronto sufrieron todos de una sed insoportable. Si se negaban a ingerir más agua de mar, los obligaban a tragarla. Un hombre enloqueció de desesperación y hubo que ponerle una camisa de fuerza, mientras a otro lo ataron a su cama. A otros los vencía la apatía o proferían gritos de dolor. Cuando se fregaba el suelo, los hombres se arrojaban a él para lamer los restos de líquido dejados por la fregona. Si bien nadie murió en realidad a raíz de esos experimentos, el dolor y el padecimiento que infligieron fueron tan considerables como escasos los resultados.[210]

Investigadores médicos interesados en el tratamiento de las heridas sufridas en combate realizaron nuevos experimentos. Tras la muerte de Reinhard Heydrich a causa de la septicemia, Himmler, cumpliendo instrucciones de Hitler, ordenó que los experimentos se llevaran a cabo bajo la supervisión del médico jefe de las SS, Ernst-Robert Grawitz, para ver si diversas sulfonamidas podían ser eficaces contra una infección de esa clase, y en qué condiciones. Se trataba de fármacos antibacterianos, las precursoras de los antibióticos, y ya las había desarrollado la empresa farmacéutica Bayer con algún éxito; el investigador médico Gerhard Domagk había sido galardonado con el Premio Nobel de Medicina por su papel en el desarrollo de una variedad comercial conocida como Prontosil en 1939, si bien Hitler le había prohibido aceptar el premio. Karl Gebhardt, el médico personal de Himmler, empezó en julio de 1942 a experimentar en el campo de Ravensbrück con quince presos varones y cuarenta y dos mujeres jóvenes prisioneras procedentes de Polonia, en su mayoría estudiantes. La reputación de Gebhardt, seriamente maltrecha debido al fracaso de sus sulfonamidas para lograr salvar la vida de Heydrich,

dependía del éxito de esa labor. Se puso manos a la obra con entusiasmo y dedicación. En primer lugar, simuló heridas de guerra abriendo las pantorrillas de los sujetos, aplastando los músculos y suturando tejido infeccioso a las heridas, añadiendo en algunos casos esquirlas de cristal y astillas de madera o trozos de gasa impregnados de diversos cultivos bacterianos. Gebhardt trató a los pacientes con sulfonamidas, a continuación abrió de nuevo las heridas al cabo de cuatro días para evaluar los resultados. No habían tenido efecto alguno. Experimentos similares se llevaron a cabo simultáneamente en Dachau, donde diez personas murieron de gangrena producida por infecciones inducidas de forma artificial. Sin embargo, Grawitz no estaba convencido de que los experimentos de Ravensbrück hubieran sido concienzudos, puesto que las heridas sólo habían revestido poca importancia, por lo que Gebhardt tomó a otras veinticuatro mujeres y les inyectó tejido gangrenoso; tres de ellas murieron, pero el resto sobrevivió, muy probablemente gracias al tratamiento con sulfonamidas. Gebhardt realizó más experimentos en el campo, destrozando incluso los huesos de mujeres con un martillo para simular heridas de guerra. El tratamiento con sulfonamidas resultó lo bastante eficaz como para que Himmler rehabilitase a Gebhardt y le permitiera reanudar su carrera. En Dachau, médicos de las SS realizaron una labor similar, inoculando pus a cuarenta sujetos, curas católicos polacos en su mayor parte, y tratando a unos pero no a otros, no limitándose a consignar sus efectos, sino también fotografiándolos. Doce murieron y todos ellos sufrieron terriblemente. Muchos de los experimentos con sulfonamidas dejaron a los sujetos de los mismos con graves secuelas de salud o de incapacidad física para el resto de sus vidas.[211] Los resultados de los experimentos se presentaron en mayo de 1943 en una conferencia de médicos en la que no hubo el menor intento de ocultar el hecho de que los sujetos no habían dado su consentimiento a lo que se había hecho con ellos.[212]

La experimentación médica en los campos no sólo se ocupaba de las heridas, sino también de las enfermedades. La más importante de ellas era el tifus, sobre el que la investigación llevada a cabo poco antes de la Primera Guerra Mundial había mostrado que se transmitía mediante los

piojos del cuerpo humano. Aparte de matar los piojos, no había defensa contra la enfermedad hasta que investigadores polacos desarrollaron una vacuna a principios de la década de 1930; pero su fabricación era compleja, costosa y requería mucho tiempo. El ejército alemán empezó a fabricarla, pero no estaba en condiciones de producir las cantidades que se precisaban. El peligro de que las tropas alemanas se infestaran de piojos al entrar en contacto con los soldados y las poblaciones civiles del este condujo a una intensificación de la investigación alemana con la participación de los laboratorios de I. G. Farben. Produjeron diversas vacunas, pero la dosis que requerían seguía siendo incierta y su eficacia, dudosa. Los médicos alemanes eran del parecer de que la experimentación humana constituía el método obvio para dar respuesta a esas cuestiones. Tras ser aprobados el 29 de diciembre de 1941 en una reunión de representantes de diversas partes interesadas, incluyendo el Cuerpo de Inspectores de Sanidad del Ejército, el ala militar de las SS, el jefe de Salud del Reich y el Instituto Robert Koch (el centro que lideraba la investigación bacteriológica), los experimentos dieron comienzo en el campo de concentración de Buchenwald. En el experimento inicial, a 145 reclusos les administraron en primer lugar una serie de inoculaciones de la vacuna, o no (si pertenecían a un grupo de control); a continuación, más o menos quince días después de la dosis final, volvieron a inocularles, esta vez con la sangre de un paciente infectado con la variedad de tifus más virulenta. El experimento se repitió en ocho ocasiones más con vacunas diferentes, con resultado de muerte para 127 de los 537 presos de los campos sometidos a esos procedimientos.[213]

Tras la Batalla de Stalingrado, donde las tropas alemanas habían muerto a millares por desnutrición, Hitler había concluido que había que encontrar nuevas maneras de alimentar a los soldados. El médico de Hitler, Karl Brandt, el jefe de las SS, Heinrich Himmler, y varios expertos en nutrición discutieron sobre lo que podía hacerse. Finalmente, un tipo de paté artificial denominado «Nutrición del Este» (*Östliche Kostform*), fabricado a base de restos de celulosa, se desarrolló y alimentó a 450 prisioneros en apariencia sanos en Mauthausen en 1943. La perspectiva de poder usarlo para toda la población confinada en los campos de concentración era especialmente tentadora. Los prisioneros encontraron

asqueroso el paté pero no tuvieron opción. En un segundo experimento en Mauthausen, a 150 prisioneros los obligaron a subsistir sólo con el paté durante seis meses. Murieron 116, aunque dadas las condiciones en que se hallaban no se podía decir hasta qué punto la dieta había contribuido a su fallecimiento.[214] En Stalingrado, casi tan grave había sido el elevado índice de infecciones de ictericia epidémica, o hepatitis, con hasta 6 millones de soldados afectados, según estimaciones del ejército, en el frente oriental entre junio de 1941 y el final de 1942. Kurt Gutzeit, profesor de medicina en Breslau, asesor del ejército y especialista de la enfermedad, quería demostrar el carácter infeccioso de la misma y obtuvo permiso de las SS para realizar experimentos con los presos del campo. Con el respaldo de Karl Brandt y Heinrich Himmler, el ayudante de Gutzeit, Arnold Dohmen, en junio de 1943 se desplazó a Auschwitz, donde escogió a un grupo de jóvenes judíos en la rampa de llegada. El 10 de agosto se llevó a once de ellos vestidos con ropas de civil y los trasladó en trenes de pasajeros en sus frecuencias habituales hasta Berlín y de allí a Sachsenhausen. Después de tomarse un tiempo libre para casarse e ir de luna de miel, Dohmen llegó al campo en octubre, pero comenzó a albergar dudas sobre la ética del experimento y no fue hasta un año después cuando, habiendo estado sometido a una dura presión por parte de sus superiores, inoculó la hepatitis a los sujetos y a dos de ellos les practicó una punción en el hígado para comprobar si se habían contagiado de la enfermedad. No se sabe de ninguno que sufriera consecuencias físicas duraderas de algún tipo, pero es que la hepatitis infecciosa no suele provocarlas. La angustia padecida, en especial la separación de sus padres, de cuyo destino nada se les revelaba, fue considerable.[215]

Los experimentos también eran realizados para intentar encontrar una manera de tratar las quemaduras producidas por fósforo a causa de las bombas incendiarias. Con la aprobación de Himmler, Ernst Grawitz ordenó que un doctor de las SS untara los brazos de cinco reclusos del campo de Buchenwald en noviembre de 1943 con fósforo, y que acto seguido le prendiera fuego. El dolor, según relataron los supervivientes, fue atroz. Al parecer, la pomada que a continuación aplicaron sobre las heridas no tuvo mucho efecto y algunos de los sujetos murieron.[216] En Sachsenhausen y

Natzweiler, el gas mostaza, que había ocasionado tanto sufrimiento en la Primera Guerra Mundial, y que se temía que pudiera ser utilizado en los bombardeos de los aliados, fue inoculado a algunos presos, mientras a otros los obligaron a ingerirlo en forma líquida o los forzaron a inhalarlo. A algunos les habían provocado heridas y se las habían infectado con el gas. Tres presos habían muerto en los experimentos a comienzos de 1943, pero los científicos, al servicio de la organización de la Herencia Ancestral, informaron de algún éxito con el tratamiento. En los experimentos subsiguientes con empleo de gas fosgeno murieron 4 prisioneros rusos, y hubo más muertes de prisioneros en diciembre de 1944 en unos experimentos con gas mostaza llevados a cabo en el campo de Neuengamme. A esos experimentos peligrosos, a menudo dolorosos y en ocasiones fatales, realizados bajo los auspicios de Karl Brandt y de las SS, en numerosos casos con el conocimiento del propio Hitler, se sometieron personas que no tenían más opción que padecerlos. Ninguna de estas investigaciones aportó algún beneficio a los soldados, marineros y aviadores alemanes a los que supuestamente debían ayudar.[217]

## IV

Los prisioneros de los campos de concentración sirvieron también para la investigación pura, no sujeta a consideraciones prácticas obvias o inmediatas. En ese terreno, la figura dominante fue el doctor Josef Mengele, médico del campo de Auschwitz. Mengele fue un ayudante científico del prominente higienista racial Otmar Baron von Verschuer en la Universidad de Frankfurt del Main. Mengele había publicado artículos científicos en los que defendió las diferencias raciales en la estructura de la mandíbula inferior, el paladar hendido y una malformación del oído conocida como *fistula auris*. Era miembro del Partido Nazi y de las SS, y se afilió al ala militar de las SS en 1940, en cuyo seno sirvió como oficial médico en el frente oriental. Allí ganó la Cruz de Hierro de primera clase y resultó herido en combate. En mayo de 1943 lo trasladaron a la Oficina Central de Economía y Administración de las SS, y al acabar el mes lo destinaron a Auschwitz, donde de inmediato causó impresión en los reclusos por su

juventud, su apariencia atractiva, el uniforme a medida y las botas lustrosas, sus modales exquisitos y su elegancia. Todo esto lo distinguía sobremanera de la multitud de los presos desaliñados y desnutridos. Mengele vio en Auschwitz la oportunidad de reanudar su carrera como investigador científico después de su interrupción en el frente. Uno de sus proyectos de investigación se centraba en la noma, una enfermedad en que la desnutrición severa causaba la destrucción del tejido de las mejillas y la aparición de gangrena, quedando a la vista la dentadura y la mandíbula. En la búsqueda de supuestos elementos hereditarios en la enfermedad, que él pensaba que podría afectar más a los gitanos que a otros grupos, Mengele trató a un gran número de niños que padecían la enfermedad en Auschwitz dándoles vitaminas y sulfonamidas y logrando una mejoría considerable de su estado.[218]

Sin embargo, para Mengele ese tratamiento era un medio para un fin científico, no un fin en sí mismo. Tan pronto como el tratamiento había provocado una mejoría suficiente para aportar una evidencia convincente de su eficacia, lo interrumpía y los niños volvían a su estado anterior y a ser víctimas de la enfermedad. Para él no eran sino sujetos experimentales, no pacientes médicos. Enérgico y adicto al trabajo, Mengele desarrolló numerosos proyectos de investigación posteriores, algunos de los cuales contaban con el apoyo del Instituto de Antropología Káiser Guillermo de Berlín, donde Verschuer, su maestro, recibía informes con regularidad sobre su labor en el campo de concentración.[219] Consideró como su proyecto más importante el que basó en la propuesta de Verschuer de que las influencias hereditarias podrían estudiarse mejor a través de la investigación con gemelos. Auschwitz ofrecía a Mengele una oportunidad única para reunir sujetos para desarrollar esa investigación. Muchas veces se le podía ver inspeccionando nuevas llegadas en la rampa de selecciones, incluso cuando no estaba de servicio, en busca de nuevos gemelos. Zambulléndose entre la multitud de judíos al grito de «¡gemelos!», separaba a los gemelos de cualquier edad de la muchedumbre de familias aterradas y se los llevaba a una de las tres oficinas que utilizaba para el proyecto. Entonces hacía tatuar a cada uno de ellos con un número de prisionero especial y los alojaba en

unas dependencias separados del resto del campo. Se les permitía conservar sus ropas y no les rapaban la cabeza. Si eran de muy corta edad, su madre se libraba de la cámara de gas para cuidar de ellos.

Mengele no permitía golpear o maltratar a los gemelos por si ello afectaba a los experimentos. Ordenaba que les efectuaran mediciones con escrupuloso detalle antes de inyectarles, en ocasiones en la columna vertebral, diversas sustancias químicas para ver si reaccionaban de modo diferente o aplicándoles sustancias químicas en la piel para observar sus efectos. Esos experimentos causaban sordera, un colapso o incluso, si los niños eran muy pequeños, la muerte. En ocasiones, si los gemelos enfermaban y había un diagnóstico controvertido, Mengele les ponía una inyección mortal y llevaba a cabo una autopsia para determinar la naturaleza de su dolencia. Sin embargo, por lo general mantenía con vida a los gemelos. A los de mayor edad los evacuaron de Auschwitz en enero de 1945 y nada se sabe de la suerte que corrieron. Una estimación sitúa el porcentaje de los que murieron a consecuencia de la experimentación en torno al 15 por 100. Aunque Mengele quería que su investigación constituyese la base de su «habilitación», el segundo doctorado exigido en Alemania para poder ejercer una carrera académica, su valor era dudoso en términos científicos. Era, por ejemplo, incapaz de determinar si los gemelos con los que trabajaba eran idénticos o no, y de hecho algunos hermanos cuyas edades y aspecto los hacían muy parecidos lograron escapar de la cámara de gas haciéndose pasar por gemelos aunque no lo fueran.[220]

Mengele se hizo tristemente famoso entre los supervivientes del campo no tanto a causa de sus experimentos como por su rol en la selección de prisioneros para el exterminio. Situándose en la rampa, muchas veces solo, con una apariencia impecable y provisto de una fusta, echaba un vistazo a cada recién llegado antes de pronunciar «izquierda» o «derecha» en función de cómo percibiera su estado físico y su utilidad (o no) para los programas de trabajo en el campo de concentración. De manera que allí los presos solían suponer, muy equivocadamente, que el único doctor del campo que se encargaba de esa tarea era él. Algunos lo veían como a una estrella de cine de Hollywood. Sólo si encontraba resistencia alteraba su pose elegante, golpeando a la gente con su fusta si se negaba a separarse de su familia o en

una ocasión empuñando su pistola y disparándole a una madre que agredió a un hombre de las SS que trataba de separarla de su hija. Mengele le pegó también un tiro a la hija, como castigo, y envió a todos los que iban en ese transporte a la cámara de gas gritándoles: «¡Fuera con esta mierda!». Recorriendo las salas del hospital del campo, con una bata blanca de médico impoluta sobre su uniforme de las SS, oliendo a agua de colonia y silbando fragmentos de Wagner, solía indicar con un pulgar hacia arriba o un pulgar hacia abajo qué pacientes había que enviar a la cámara de gas. A menudo los escogía por razones estéticas, mandándolos a la muerte si tenían una cicatriz fea o una erupción en el cuerpo. En cierta ocasión trazó una línea horizontal en la pared del bloque infantil y envió a la cámara de gas a todos aquellos cuyas cabezas no alcanzaran la línea. A veces no esperaba, sino que él mismo inoculaba a los individuos una solución mortal de fenol. Lo que impresionaba a los presos era el goce evidente con el que Mengele hacía su trabajo. En este aspecto, se trataba de un hombre que se sentía completamente a gusto con el poder que ejercía sobre la vida y la muerte.[221]

Mengele no limitó sus investigaciones hereditarias al trabajo con gemelos. También reunía a personas con anomalías físicas, jorobadas, transexuales y otros casos parecidos, a algunas de las cuales había hecho fusilar para poder inspeccionar minuciosamente sus cuerpos en la mesa de autopsias. Se mostraba especialmente entusiasta con la búsqueda de enanos, a quienes mantenía en los alojamientos destinados a los gemelos con el fin de experimentar en su búsqueda de las causas hereditarias de su condición. Mengele se valió también de su posición para suministrar ojos de presos muertos a un proyecto de investigación en su instituto en Berlín, donde los científicos estaban estudiando el fenómeno de la heterocromía (los dos ojos de una persona con colores diferentes). Si Mengele descubría a cualquiera de los reclusos con esa condición, ordenaba que lo mataran. En una ocasión, cuando el preso que le servía de asistente juntó los ojos de los ocho miembros de una familia gitana tras su muerte para expedirlos a Berlín, el oficinista encargado del envío descubrió que éste sólo contenía siete pares de ojos; el ayudante, aterrorizado por lo que Mengele pudiera hacer si lo descubría, registró el depósito de cadáveres en busca de gitanos, extirpó un

ojo azul de uno y uno negro de otro y los hizo empaquetar junto al resto. Así pues, también en este aspecto el trabajo científico distó de ser plenamente fiable. Como era propio de él, Mengele llevó su labor un paso más allá y trató de crear ejemplares arios perfectos a partir de los niños que encontraba con cabello rubio y ojos marrones inyectándoles azul de metileno en los ojos. El procedimiento, por supuesto, no lograba producir ningún cambio permanente en el color de los ojos, pero provocaba un fuerte dolor, en algunos casos dañaba la vista de los niños y por lo menos en un caso quedó constancia de una muerte. En todos esos proyectos, Mengele se veía a sí mismo como un científico normal, celebrando incluso con regularidad un seminario de investigación con sus ayudantes, entre quienes había prisioneros del campo con titulación médica. Por lo general, Mengele presidía la reunión y pedía a los doctores prisioneros que discutieran casos concretos. Sin embargo, la libertad de discusión estaba naturalmente limitada por el hecho de que, como comentó más tarde uno de ellos, eran reticentes a mostrarse en desacuerdo con Mengele porque podía matar a cualquiera de ellos en cualquier momento y por el menor capricho.[222]

Josef Mengele se ha convertido en las décadas posteriores al Tercer Reich en un símbolo de la perversión de la ciencia médica. Sin embargo, sus experimentos no pasaron de ser unos pocos entre el número mucho mayor de los llevados a cabo con los prisioneros de los campos de concentración por una variedad de doctores. Como la investigación conducida por el doctor Kurt Heissmeyer en el campo de concentración de Neuengamme, en la que a veinte niños judíos traídos desde Auschwitz, con edades comprendidas entre los cinco y los doce años, les inocularon una tuberculosis virulenta y les aplicaron distintos tratamientos, entre ellos la extirpación quirúrgica de los ganglios inflamados. Al final de la guerra, con el fin de intentar destruir las pruebas de esos experimentos, uno de los doctores se llevó el 20 de abril de 1945 a los niños que habían sobrevivido a un subcampo en Bullenhuser Damm y les inyectó morfina, tras lo cual un hombre de las SS que los acompañaba fue colgando de un gancho a los niños dormidos de uno en uno, tirando de sus cuerpos para asegurarse de su muerte. Otros experimentos médicos se llevaron a cabo directamente a instancias de Himmler para fines políticos más que científicos. En

Auschwitz, por ejemplo, médicos al servicio de Himmler experimentaron con mujeres allí recluidas a base de inyecciones y tratamientos con rayos X para dar con medios rápidos y baratos de esterilización en masa, que en muchos casos ocasionaron la pérdida del cabello y la dentadura, la completa desaparición de la sensibilidad sexual o, en los casos más graves, la aparición del cáncer. Los testículos de los hombres eran bombardeados con rayos X, provocando muchas veces impotencia o un daño físico grave que les impedía orinar con normalidad. Los altos mandos de las SS elucubraban sobre la aplicación de tales métodos a 10 millones de personas inferiores desde un punto de vista racial o a varones judíos a los que se precisaba como mano de obra, pero jamás superaron la fase experimental.[223] Los investigadores médicos de los Institutos Káiser Guillermo también estudiaron los cerebros de los centenares de pacientes muertos en la operación «eutanasia» para ver si mostraban algunos signos sólidos de degeneración.[224] Y las quejas de los institutos anatómicos de las universidades alemanas en noviembre de 1942 por la falta de cadáveres suficientes para practicar autopsias en la enseñanza y la investigación condujeron a que el Ministerio de Justicia decidiera que los institutos pudieran disponer de los cadáveres de los reos ejecutados en las prisiones alemanas sin necesidad de contar con el permiso de los parientes, decisión ésta que menos de un año después conduciría a nuevas quejas de los institutos, esta vez motivadas porque «las entregas masivas de cadáveres de reos ejecutados en el curso de los últimos meses ha producido una completa sobresaturación de nuestras instalaciones de almacenamiento».[225]

¿Tuvieron algún valor médico o científico los experimentos médicos llevados a cabo en los campos de concentración? Algunos de ellos, como los de Mengele, eran sin duda defectuosos científicamente. Otros, por supuesto, carecían de toda aplicación médica defendible. Así sucedía, por ejemplo, con los experimentos en el hospital de las SS en Hohlenlynchen, donde se desarrolló una forma de inocular a las personas bacilos vivos de la tuberculosis que las mataba rápidamente y permitía a los médicos hacer constar la tuberculosis como causa de la muerte; esto era necesario debido a que el método usual de matar a las personas inyectándolas fenol o gasolina provocaba que del cadáver emanase un olor sospechoso. Las pequeñas

cápsulas de cianuro para suicidas inventadas por Sigmund Rascher iban a tener una aplicación amplia al final de la guerra, pero difícilmente se podrían considerar útiles desde un punto de vista científico o médico. No obstante, otros experimentos realizados con presos de los campos de concentración en Alemania se consideraron en el país como ciencia normal, y sus resultados se presentaron en conferencias y se publicaron en revistas médicas reputadas. Se emplearon protocolos experimentales habituales para evaluar los experimentos llevados a cabo, por ejemplo, por la empresa farmacéutica Bayer con mujeres de Auschwitz que la empresa había comprado a las SS para ese fin por un importe de 700 Reichsmarks por cada una de ellas. Cuando Karl Gebhardt y Fritz Fischer hicieron inocular a prisioneras bacterias productoras de gas, estafilococos o edema maligno en Ravensbrück y a continuación probaron nuevos fármacos con ellas, los resultados se discutieron en una conferencia posterior y con la asistencia de médicos prominentes como el famoso cirujano Ferdinand Sauerbruch. Sin embargo, sugerir que esa labor estaba en consonancia con los protocolos científicos de la época de ningún modo legitima los métodos que se empleaban. La investigación médica faltaba a la ética porque causaba dolor y a menudo la muerte de personas cuya única opción era participar en ella: en realidad, hubiera seguido faltando a la ética aun si los sujetos hubiesen tomado parte por voluntad propia, dado el compromiso moral fundamental de la medicina consistente en conservar la vida y no ponerle fin.[226]

# RESISTENCIA

## I

Heinrich Himmler pronunció una conferencia el 4 de octubre de 1943, en Posen, ante altos mandos de las SS, que repitió en parecidos términos dos días más tarde ante los líderes regionales del partido y otros personajes prominentes, incluyendo a Joseph Goebbels y Albert Speer.[227] La conferencia contenía las que desde entonces se han convertido en algunas de sus palabras más tristemente célebres. «La evacuación de los judíos —afirmó— [...] es una página gloriosa de nuestra historia que nunca ha sido escrita y que jamás lo será». Dijo que los judíos representaban una amenaza para el Reich. Por consiguiente, estaban acabando con ellos, y no sólo con los hombres:

> Nos asaltó la pregunta de qué hacer con las mujeres y los niños. Decidí encontrar también para este asunto una solución que no dejara lugar a dudas. Así pues, me pareció no tener derecho a exterminar a los hombres —en otras palabras, matarlos u ordenar su muerte— si consentía que sus vengadores, encarnados en sus hijos, crezcan y los venguen a costa de nuestros hijos y nietos. Para borrar a ese pueblo de la faz de la Tierra había que tomar la decisión realmente difícil. La más difícil que habíamos tomado hasta la fecha para la organización que debía cumplir con la tarea.[228]

Algunos meses después, el 5 de mayo de 1944 y otra vez el 24 de mayo, expresó de nuevo esos sentimientos en discursos dirigidos a altos mandos del ejército en Sonthofen, describiendo hasta qué punto encontraba difícil «el cumplimiento de esa orden militar que se me dio» de exterminar a los judíos. Dio a entender que matar a las mujeres y a los niños así como a los hombres obedecía a su propia interpretación de la orden de Hitler; la referencia a una «orden militar» podría ser tan sólo una referencia al propio Hitler, puesto que no había nadie más de quien Himmler aceptase órdenes

de ninguna clase. Sin embargo, el mismo Hitler fue bastante claro en relación con su propia responsabilidad total. Como comentó ante personal militar de alto rango el 26 de mayo de 1944: «Al eliminar a los judíos, he eliminado de Alemania la posibilidad de la creación de cualquier tipo de célula o núcleo revolucionario [...] El humanitarismo significaría la mayor crueldad para con el propio pueblo, aquí como, en general, en cualquier lugar».[229] Se trataba de una lucha a vida o muerte. Si los judíos no eran eliminados, exterminarían a todo el pueblo alemán. No sólo los generales y los sátrapas del partido, sino que también el propio Himmler parecía compartir la opinión de que el exterminio de los judíos era un crimen, un crimen necesario a su juicio pero un crimen pese a todo: por qué sino los libros de historia que se escribieran en el futuro jamás se atreverían a hacer mención de ello. Un crimen semejante incitaría al castigo en caso de que Alemania perdiese la guerra. De manera que esos discursos, pronunciados en un momento en que la situación militar de Alemania se hacía más y más desesperada, estaban pensados en buena medida para recordar a las figuras más importantes del partido y a los generales su complicidad en el genocidio con el fin de asegurar que siguieran peleando hasta el final, una idea totalmente compartida por Goebbels, que escribió en su diario el 9 de octubre de 1944 que en su discurso Himmler «reclamó la solución más radical y la más dura, que no es otra que exterminar a la judería completamente. Ésta es ciertamente la solución más consecuente, por brutal que sea. Ya que no podemos eludir la responsabilidad de solucionar completamente esta cuestión en nuestra época».[230]

Himmler transmitió un mensaje incluso más explícito a los jefes de las SS el 4 de mayo de 1944. Él no tenía la menor duda de que continuarían la lucha hasta el final sin reparar en los costes. Quería recordarles, no obstante, que el exterminio de los judíos tenía que ser llevado a cabo donde y cuando fuera posible, y sin excepciones de ninguna clase:

> «El pueblo judío será exterminado», dice cada camarada del partido. «Está claro que forma parte de nuestro programa. La eliminación de los judíos, el exterminio, y lo haremos». Y a continuación expresan su parecer los ochenta millones de alemanes respetables, y cada uno de ellos cuenta con su judío decente. Por supuesto que los otros son unos puercos, pero ése precisamente es un judío bueno. Ni uno solo de los que así hablan ha visto los cadáveres, ni uno solo de ellos ha tenido que soportarlo. La mayoría de vosotros sabéis lo que significa un

> centenar de cadáveres tendidos unos al lado de otros, o quinientos o un millar. Haber resistido —aparte de unas pocas excepciones debido a la debilidad humana— y haber mantenido la decencia es lo que nos ha hecho fuertes.[231]

Por consiguiente, incluso a los hombres de las SS que cometían los asesinatos les dijo Himmler que lo que estaban haciendo iba en contra de los deseos de la gran mayoría de los alemanes.

Para entonces, la mayor parte de los judíos de Europa ya habían sido asesinados; pero una comunidad judía muy extensa seguía más o menos intacta, en concreto la de los judíos de Hungría, donde Hitler había estado presionando durante algún tiempo al régimen de Hórthy para que los entregara. Con el rápido empeoramiento de la situación militar, las señales de que Hórthy estaba preparándose para cambiar de bando se multiplicaron. Siendo aún la fuente principal de petróleo para el Reich, a Hungría no se le podía permitir eludir el control alemán. Hitler convocó a Hórthy para reunirse con él el 18 de marzo de 1944 y decirle que las fuerzas alemanas ocuparían con carácter inmediato su país. La única cuestión era si la operación se iba a llevar a cabo sin derramamiento de sangre. A Hórthy no le quedaba otra opción que aceptar el ultimátum y la designación del embajador pro alemán en Berlín, Döme Sztójay, como primer ministro. Como le dijo Hitler al regente húngaro en la reunión que ambos mantuvieron, uno de los principales motivos de descontento con Hórthy era el hecho de que «Hungría no hacía nada para afrontar el problema judío y no estaba dispuesta a ajustar las cuentas a la numerosa población judía residente en el país». Ahora todo eso estaba a punto de cambiar.[232]

Las tropas alemanas entraron con paso firme en Hungría el 19 de marzo de 1944. Justo el mismo día, Adolf Eichmann llegó a Budapest, a quien siguió poco después una unidad especial dirigida por Theodor Dannecker encargada de la detención y la deportación de los judíos húngaros. Se nombró a dos antisemitas radicales, László Endre y László Bary, como altos funcionarios del Ministerio del Interior para dar apoyo a las redadas. Siguiendo la pauta habitual, se estableció un Consejo Judío y el 7 de abril de 1944 se introdujo la obligación de llevar la estrella judía. Las primeras detenciones de judíos empezaron entonces en la Transilvania húngara y los Cárpatos ucranianos, donde se levantaron enseguida guetos y

campos de concentración que contaron en todos los casos con la plena cooperación de la policía húngara. Entretanto, la Gestapo detuvo a varios miles de profesionales, intelectuales, periodistas, políticos de izquierda o liberales, así como otros miembros destacados de la comunidad judía, principalmente de Budapest, y los envió a campos de concentración en Austria. Cuál sería su destino ulterior era algo que por el momento no se sabía. Otro tanto no podría decirse de los judíos de las provincias, que ahora estaban siendo transportados como ganado a los nuevos campos y guetos temporales de Hungría. Aunque el Consejo y también numerosos judíos sabían perfectamente a través de contactos personales, del servicio húngaro de la BBC y de muchas otras fuentes lo que aguardaba a los deportados judíos que subían a los trenes cuyo destino era Auschwitz, no se dio ningún paso para advertir a los judíos de fuera de Budapest de que no embarcaran en ellos. Las noticias impresas y ampliamente distribuidas de cuatro fugados del campo de concentración no cambiaron la situación. Lo más probable es que el Consejo Judío no quisiera causar tensión, y vaciló antes de instar a la gente a violar la ley. Sin embargo, varios integrantes del Consejo emplearon al mismo tiempo sus contactos con las SS para poder huir a Rumanía, ellos, sus familias y sus amigos, o en algunos casos a otros países vecinos. Hasta 8.000 judíos se las arreglaron para escapar de esa forma.[233] Entretanto, en Berlín, el Ministerio de Propaganda comenzó a ordenar a la prensa alemana publicar historias acerca de la «judaización» de Hungría, la cual por fin estaba siendo rectificada con las medidas adoptadas después de la invasión de Alemania.[234]

Los primeros trenes repletos de judíos partieron con dirección a Auschwitz el 14 de mayo de 1944. Desde ese momento, entre 12.000 y 14.000 judíos eran introducidos en vagones para transportar ganado y enviados al campo de concentración a diario. Se pusieron nuevamente en marcha cuatro cámaras de gas y crematorios y estuvieron funcionando las veinticuatro horas del día sin descanso. Se reclutaron nuevos destacamentos especiales para sacar de las cámaras de gas los cuerpos de los muertos con la mayor celeridad posible para poder conducir hasta ellas al siguiente contingente de víctimas. Un prisionero en la factoría cercana de buna vio llamas rugientes que se alzaban hasta una altura de diez metros por las

chimeneas de los crematorios en la noche, mientras el olor de carne quemada llegaba hasta la misma factoría. La sobrecarga de trabajo hizo que un crematorio se averiase, y los destacamentos especiales empezaron a sepultar cuerpos en fosas. En su visita a Hitler el 7 de junio de 1944, el primer ministro Sztójay trató de convencer al Führer alemán de que las deportaciones estaban provocando resentimiento en Hungría, porque mucha gente las veía como producto de la intervención extranjera en los asuntos internos del país. Hitler respondió con una diatriba contra los judíos. Sostuvo que había advertido a Hórthy de que los judíos ejercían una influencia excesiva, pero el regente se había cruzado de brazos. Afirmó que los judíos eran responsables de la muerte de decenas de miles de alemanes en los bombardeos de los aliados. Por esa razón, «nadie podría pedirle la menor compasión por esta plaga global, y ahora únicamente se limita a cumplir a rajatabla el antiguo proverbio judío: "Ojo por ojo, diente por diente"».[235] Para entonces, el rey de Suecia y el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, habían presentado sendas protestas ante Hórthy y le habían exigido que pusiera fin a las deportaciones. Sin embargo, la intervención de Pío XII el 25 de junio de 1944 ni mencionaba a los judíos por su nombre ni especificaba el destino al que estaban siendo enviados. Los principales miembros de la jerarquía católica húngara se negaron a emitir una condena pública de las deportaciones; uno de ellos, el arzobispo de Eger, consideró que «lo que les está ocurriendo actualmente a los judíos no es otra cosa que un castigo apropiado por sus fechorías en el pasado».[236] Finalmente, el 7 de julio de 1944, venciendo la oposición de los miembros del gobierno húngaro más proclives a los nazis, Hórthy ordenó detenerlas. No obstante, Eichmann consiguió enviar a Auschwitz dos trenes más cargados de judíos húngaros, el 19 y el 24 de julio. Para entonces, en poco más de dos meses, no menos de 438.000 judíos húngaros habían sido conducidos a Auschwitz, donde unos 394.000 fueron gaseados nada más llegar.[237]

II

Estos sucesos trágicos y graves se produjeron con una situación militar en rápido deterioro para el Tercer Reich. Hitler estableció el 3 de noviembre de 1943 unas directrices generales para la conducción de la guerra en los meses siguientes. El Ejército Rojo podía estar avanzando en el este, pero las fuerzas alemanas aún permanecían tierra adentro del territorio soviético, por lo que de momento no había una amenaza directa para la supervivencia del propio Reich. Por otra parte, el peligro planteado por la invasión aliada inminente de Europa occidental era mucho más acusado habida cuenta de la distancia relativamente corta que los ejércitos angloamericanos tendrían que salvar antes de alcanzar la frontera alemana una vez hubiesen logrado desembarcar en el continente. Por consiguiente, había que dar prioridad a la construcción de defensas en el oeste; el este podía de momento cuidar de sí mismo. Al mismo tiempo, sin embargo, Hitler no quería sacrificar en el este un territorio que procuraba a Alemania reservas importantes de grano, materias primas y mano de obra. Y el Ejército Rojo estaba avanzando de forma implacable, obligando al Grupo de Ejércitos Sur comandado por Manstein a retroceder al oeste de Kiev y forzando al Grupo de Ejércitos A, de Kleist, a retroceder desde el recodo del Dniéper. A lo largo de todo el frente, desde los pantanos del Pripet hasta el mar Negro, divisiones blindadas soviéticas estaban abriéndose paso ante los ejércitos alemanes, entonces mermados por el traslado de más fuerzas y equipos al oeste, flanqueando sus defensas y avanzando hacia las fronteras de Hungría y Rumanía. Un movimiento en pinza soviético en abril y mayo de 1944 aniquiló a los 120.000 soldados alemanes y rumanos que habían quedado aislados en Crimea. Al igual que en el pasado, Hitler culpó a sus generales por esas derrotas, destituyendo a Manstein y Kleist el 28 de marzo de 1944 y sustituyéndolos con dos de sus altos mandos predilectos, Ferdinand Schörner y Walter Model.[238]

Esas derrotas mostraron que el Ejército Rojo se había apoderado completamente de la iniciativa. No se daban ciertamente las condiciones para lanzar contraataques alemanes de ninguna clase. Todo lo que Schörner, Model y los otros mandos en el teatro de operaciones podían hacer era tratar de conjeturar en qué lugar iba a producirse el siguiente ataque del Ejército Rojo. Pero adivinarlo no era fácil. Stalin, Zhukov y los generales soviéticos

principales decidieron engañar a sus homólogos alemanes induciéndolos a pensar que el golpe se produciría en Ucrania, partiendo de las victorias obtenidas en la primavera. Model convenció a Hitler para desplazar refuerzos y equipos sustanciales en apoyo de sus propias fuerzas (que ahora habían pasado a llamarse Grupo de Ejércitos Ucrania Norte), tomando reservas del Grupo de Ejércitos Centro estacionadas en Bielorrusia a las órdenes del mariscal de campo Ernst Busch. El sector central del frente era ahora el más avanzado hacia el este tras las victorias de la primavera obtenidas por el Ejército Rojo al norte y al sur. Los intentos anteriores llevados a cabo por las fuerzas soviéticas para reducir el avance no habían tenido éxito. En el más estricto secreto, Stalin y sus oficiales al mando trasladaron refuerzos masivos de hombres, carros de combate y armamento hacia esa área, concentrándose en una gran ofensiva —con el nombre en clave de «operación Bagration»— en vez de dispersar sus fuerzas en sectores dispares del frente. Confiado en una autocomplacencia inducida por los engaños repetidos y deliberados de que era objeto la inteligencia alemana por parte de los rusos, Busch se ausentó durante algunos días, ignorando un despliegue masivo de la actividad guerrillera en la retaguardia de sus fuerzas. Desde la noche del 19 al 20 de junio de 1944, partisanos prosoviéticos hicieron saltar por los aires cientos de líneas ferroviarias y carreteras para dificultar a los alemanes el traslado de refuerzos. Un millón y medio de soldados soviéticos, equipados con ingentes cantidades de carros de combate, blindados y artillería, comenzaron una maniobra gigantesca de envolvimiento, del mismo tipo que el que los alemanes llevaron a la práctica tan exitosamente en fases anteriores de la guerra, mediante una serie de ataques con blindados. Busch regresó al frente, pero Hitler rechazó su petición de emprender la retirada. En menos de dos semanas, 300.000 soldados alemanes murieron o resultaron capturados con el avance del Ejército Rojo. A mediados de julio, las fuerzas soviéticas habían avanzado 320 kilómetros en el sector central del frente y tuvieron que hacer un alto para reagruparse. Unos 57.000 prisioneros alemanes tuvieron que desfilar el 17 de julio de 1944 por el centro de Moscú en una

especie de triunfo romano. Muchos de ellos simplemente se habían rendido. No estaban preparados para sufrir un nuevo Stalingrado. Fue una de las victorias más contundentes y espectaculares de la guerra.[239]

19. La larga retirada, 1942-1944.

La «operación Bagration» abrió el camino a nuevas victorias en toda la línea del frente. En el norte, tropas soviéticas avanzaron hasta el Báltico, al oeste de Riga; enviado para restablecer la situación, Schörner logró repeler y capturar nuevamente un trozo de litoral suficiente como para restaurar la línea de comunicación, pero sus fuerzas tuvieron que retirarse sin embargo de Estonia y gran parte de Letonia con el fin de evitar quedar aisladas. Tropas soviéticas enfilaron hacia la costa del 5 al 9 de octubre de 1944. Las fuerzas alemanas carecían de recursos para lanzar un contraataque, pero por vía marítima llegaron suministros y refuerzos. Una nueva nota de desesperación caracterizaba su lucha, ya que defendían el territorio alemán de Prusia Oriental. Las líneas soviéticas de comunicaciones se habían extendido entonces en demasía. Las fuerzas alemanas lograron ralentizar el avance soviético hasta detenerlo. Sin embargo, el Ejército Rojo había lanzado también un ataque contra Finlandia en junio de 1944, completando el auxilio a Leningrado y convenciendo a los finlandeses de que no tenían otra opción que pedir la paz. El 4 de septiembre de 1944, un nuevo gobierno dirigido por el mariscal Mannerheim firmó un armisticio en virtud del cual se tenían que restablecer las fronteras de 1940 y detener y encarcelar a cualquier soldado alemán en el país. Al sur, el Grupo de Ejércitos Ucrania Norte, debilitado por el traslado de tropas y equipos al Grupo de Ejércitos Centro, recibió el ataque de una serie de acometidas violentas con blindados que lo obligó a retroceder a duras penas hacia los montes Cárpatos. Los mandos del Ejército Rojo contaban con la ayuda de una superioridad aplastante en armas y equipos, y con la supremacía aérea después de que la fuerza alemana de aviones de caza hubiera sido redesplegada para hacer frente a los bombardeos aliados del oeste. La artillería soviética estaba siendo fabricada en grandes cantidades para pulverizar al enemigo antes de que los carros de combate entraran en acción. Especialmente temido era el lanzacohetes Katyusha, utilizado por vez primera en Smolensk en 1941. Había sido mantenido en un absoluto secreto, de manera que cuando entró en acción por primera vez, disparando docenas de cohetes contra el enemigo con un fuerte estrépito, no sólo las tropas alemanas, sino que incluso los soldados del Ejército Rojo huyeron despavoridos. Bastante ineficaz al principio, con un alcance de menos de 16

kilómetros, en 1944 el artefacto había sido mejorado y era fabricado en masa. Los soldados alemanes lo llamaban el «órgano de Stalin» debido a la apariencia de sus tubos de lanzamiento estrechamente unidos. En el bando contrario no había ningún equivalente que emplear.[240]

En otoño de 1944, fuerzas soviéticas se estaban aproximando con rapidez a las puertas de Varsovia. Stalin anunció el nombramiento de un gobierno títere polaco, un rival para el régimen polaco en el exilio londinense. El Ejército Nacional clandestino del régimen exiliado, una organización nacionalista contraria a los comunistas, estaba siendo aplastado por el Ejército Rojo a medida que éste penetraba en territorio polaco. No obstante, cuando Stalin hizo un llamamiento a los ciudadanos de Varsovia para que se sublevaran contra sus opresores alemanes, confiando en que las fuerzas soviéticas harían en breve su entrada en la ciudad, el Ejército Nacional presente en la ciudad decidió organizar un levantamiento el 1 de agosto de 1944, temiéndose que, de no hacerlo, Stalin lo tachara de pro alemán, y esperando en todo caso ganar influencia política al hacerse con el control de la capital tradicional de Polonia. El Ejército Nacional en Varsovia estaba escasamente equipado, puesto que la mayor parte de sus armas y municiones se encontraban en uso en las actividades guerrilleras en las zonas rurales, y mal preparado. Sus mandos habían prestado poca atención al levantamiento del gueto el año anterior, y nada habían aprendido de la suerte que éste corrió. Provistos de «cócteles Molotov», armas cortas y fusiles, los polacos libraron una defensa tenaz contra carros de combate, artillería, ametralladoras y lanzallamas. Durante dos meses, las escenas espantosas de 1943 se repitieron en una escala mayor, a medida que unidades alemanas de las SS y de la policía dirigidas por Erich von dem Bach-Zelewski confinaban a los insurgentes en áreas aisladas, los reducían a continuación a bolsas de resistencia, y por último los aniquilaban a todos, arrasando en el proceso la mayor parte de la ciudad. 26.000 soldados alemanes resultaron muertos, heridos o desaparecidos, pero los fallecidos polacos, hombres, mujeres y niños, superaron los 200.000. Bach-Zelewski, empleando a ucranianos, a renegados soviéticos y a convictos reclutados de

los campos de concentración, masacró a cuantos pudo encontrar. Una enfermera insurgente describió una escena habitual cuando soldados alemanes y ucranianos de las SS irrumpieron en el hospital

> dando puntapiés y golpeando a los heridos que estaban echados en el suelo y llamándolos hijos de puta y ladrones polacos. Golpeaban con sus botas las cabezas de los que estaban en el suelo al tiempo que nos horrorizaban con sus gritos. La sangre y los sesos salpicaban en todas direcciones [...] Un contingente de soldados alemanes se presentó con un oficial al mando. «¿Qué está pasando aquí?», preguntó el oficial. Tras expulsar a los asesinos dio orden de retirar los cuerpos sin vida y pidió con la mayor calma a los que habían sobrevivido y podían caminar que se levantasen y se dirigiesen al patio. Teníamos la certidumbre de que iban a fusilarlos. Al cabo de una hora o dos irrumpió otra horda germano-ucraniana portando paja. Uno de ellos vertió un poco de petróleo sobre ella [...] Hubo una explosión y un grito espantoso; el fuego estaba justo detrás de nosotros. Los alemanes habían incendiado el hospital y estaban fusilando a los heridos.[241]

Incidentes similares y aún peores se repitieron por toda la capital polaca en el curso de aquellas semanas. Himmler había ordenado destruir toda la ciudad y a su población. El centro de la cultura polaca dejaría de existir. Le dijo a Hitler que si el levantamiento fuera visto en términos históricos, «es una bendición que los polacos se estén sublevando». Eso haría posible que Alemania llevase el «problema polaco» a un final contundente.[242]

Stalin contuvo al Ejército Rojo mientras se centraba en establecer cabezas de puente sobre los ríos Vístula y Narva. No movió un dedo para ayudar a los pocos aviones angloamericanos que trataban de establecer un puente aéreo para llevar suministros a los insurgentes. La mayor parte de los envíos que arrojaban caían en territorio bajo control alemán, y la negativa de Stalin a permitir que los aviones utilizasen aeródromos soviéticos, sumada a la reticencia de los mandos de la fuerza aérea, aseguraban que el puente aéreo apenas tuviese efecto. Desde el punto de vista de Stalin, el levantamiento era un éxito: causaba fuertes pérdidas a los alemanes y aniquilaba también al Ejército Nacional polaco políticamente inconveniente. Una vez que se rindieron los últimos resistentes, el 2 de octubre de 1944, Stalin trasladó sus fuerzas allí para apoderarse de la ciudad devastada.[243] «Tienes que sellar tus ojos y tu corazón —escribió el oficial del ejército alemán Wilm Hosenfeld acantonado en Varsovia mientras proseguía la desigual lucha—. La población está siendo exterminada de

forma inmisericorde».[244] Una vez que el levantamiento de Varsovia había sido por fin sofocado, Hosenfeld contemplaba «las columnas interminables de rebeldes capturados. Estábamos absolutamente asombrados ante el porte orgulloso que exhibían a su paso». Las mujeres en concreto lo impresionaron al pasar por delante de él, la cabeza bien alta, cantando canciones patrióticas.[245] La tentativa de Hosenfeld para que a los resistentes capturados se les reconociese como combatientes enemigos y por tanto sometidos, al menos en teoría, a las leyes de guerra, fue como era previsible rechazada por sus superiores. Hosenfeld recibió la orden de interrogar a los supervivientes. «Intento salvar a todo aquel —escribió— a quien se pueda salvar».[246]

La resistencia se estaba organizando también en el oeste, y muy especialmente en Francia, donde el maquis contaba en ese momento con miles de hombres y mujeres que tomaban parte en el sabotaje de las instalaciones militares alemanas como preparativo para la invasión de Francia por el Canal de la Mancha. Las sofisticadas medidas para inducir a engaño que tomaron los servicios de inteligencia de Gran Bretaña y Estados Unidos convencieron a los altos mandos alemanes de que la invasión se produciría en Noruega, o cerca de Calais o algún otro puerto marítimo. A las órdenes del general estadounidense Dwight D. Eisenhower se congregaron en el sur de Inglaterra más de un millón de soldados británicos, americanos, franceses, canadienses y de otros países aliados. En la noche del 5 al 6 de junio de 1944, más de 4.000 lanchas de desembarco y 1.000 buques de guerra transportaron a las tropas a través del Canal de la Mancha, mientras tres divisiones aerotransportadas empezaban a lanzarse en paracaídas detrás de las defensas alemanas. Con la armada alemana fuera de combate a efectos prácticos, la fuerza aérea alemana sensiblemente mermada por las pérdidas sufridas en los meses precedentes y las fuerzas alemanas diseminadas en otras áreas y sin poder disponer de las divisiones de choque concentradas en el frente oriental, la resistencia fue más débil de lo esperado. Pulverizadas por el bombardeo naval y aéreo, las defensas alemanas quedaron aplastadas por la fuerza empleada en los desembarcos, y excepto en la playa de Omaha, la resistencia no tardó en ser derrotada. Al terminar el 6 de junio de 1944, 155.000 hombres y 16.000 vehículos habían

logrado desembarcar en la operación aliada. Se remolcaron y ensamblaron «puertos Mulberry» prefabricados, y nuevas fuerzas aliadas desembarcaron y se incorporaron desde sus cabezas de playa antes de que el ejército alemán pudiera desplazar apresuradamente refuerzos suficientes para repelerlas. La captura de Cherburgo el 27 de junio de 1944 les proporcionó un puerto marítimo, y cantidades ingentes de hombres y materiales comenzaron a cambiar de bando. Refuerzos alemanes se trasladaron a marchas forzadas al frente y empezaron a oponer tenaz resistencia, pero los oficiales alemanes al mando, Rundstedt y su subordinado Rommel, carecían de un plan estratégico para hacer frente a las fuerzas invasoras, que ahora comenzaban a combatir para abrirse paso lentamente por Normandía. Se trataba ya de una guerra con dos frentes.[247]

Hitler reaccionó como era de esperar culpando de esa situación a los generales. Hecho una furia, decía que no dejaban de atiborrarle de evaluaciones pesimistas sobre la situación y de pedirle permiso para replegarse y emprender la retirada en vez de quedarse y pelear hasta el final. El 1 de julio de 1944, agotado por las discusiones permanentes con el Führer, el jefe del Estado Mayor del Ejército, Kurt Zeitzler, se vino abajo y se limitó a abandonar su despacho. Hitler ordenó su expulsión del ejército en enero de 1945 y le negó el derecho a llevar uniforme. El general Heinz Guderian fue nombrado el 21 julio de 1944 como sustituto de Zeitzler. En el oeste, el mariscal de campo Von Rundstedt fue cesado dos días después, junto con Hugo Sperrle, oficial al mando de la fuerza aérea que se había dado a conocer en el bombardeo de Guernica durante la Guerra Civil española, pero a quien el Führer culpaba ahora de no lograr organizar una defensa aerotransportada eficaz contra la invasión aliada. El mariscal de campo Günther von Kluge fue nombrado para sustituir a Rundstedt. En el frente oriental, el mariscal de campo Ernst Busch fue destituido de resultas de la derrota catastrófica del Grupo de Ejércitos Centro que se hallaba a sus órdenes en la operación Bagration, y lo sustituyó el mariscal de campo Walter Model, uno de los pocos altos mandos que jamás dejó de gozar de una gran estima por parte de Hitler. Cuando abandonó el Berghof por última

vez el 14 de julio de 1944 para regresar a su cuartel general de campaña en «La Guarida del Lobo», en Rastenburg, el desprecio de Hitler por tantos de sus generales estaba haciéndose incluso más manifiesto que antes.[248]

III

Las catástrofes militares de la primavera y el inicio del verano del año 1944 condujeron a un recrudecimiento de la resistencia no solamente en la Europa ocupada, sino también en el propio Reich alemán. Las derrotas del año anterior habían extendido ya la desilusión con el régimen. Los efectos devastadores de los bombardeos mermaron todavía más la autoridad de éste. No obstante, los actos manifiestos de resistencia o rebeldía aún eran muy poco frecuentes. Los actos individuales de rebeldía se topaban con la detención, un juicio y, en no pocas ocasiones, la ejecución. La resistencia colectiva entrañaba una extrema dificultad. La Gestapo había aplastado a mediados de la década de 1930 a las organizaciones socialdemócratas y comunistas de resistencia, y las figuras destacadas de ambos partidos se encontraban o bien en el exilio, o bien en campos de concentración. Además del régimen político más restrictivo de los años de la guerra, también el Pacto Nazi-Soviético tuvo un efecto desmovilizador sobre la voluntad de los antiguos militantes de movimientos obreros en lo tocante a organizar alguna clase de actividad de oposición antes de junio de 1941. Y muchos en la clase obrera, incluyendo a personas con un pasado socialdemócrata, compartían la euforia creada por las victorias militares contundentes de 1939 y 1940. Como medida de precaución, la Gestapo también detuvo y encarceló a algunos de los antiguos comisarios comunistas cuando se produjo la invasión de la Unión Soviética por si empezaban una campaña subversiva. Fue únicamente en 1942, después de la derrota del ejército alemán a las puertas de Moscú, cuando los grupos de resistencia comunista en la clandestinidad empezaron a surgir nuevamente, en bastiones de la clase obrera industrial como Sajonia, Turingia, Berlín y el Ruhr. Algunos de esos grupos lograron establecer contacto con la dirección del partido exiliada en Moscú, pero lo hicieron sólo de manera intermitente y en general apenas había una coordinación central. Los comunistas se las

ingeniaron para publicar algunos panfletos instando a oponerse a los nazis e incluso abogando en favor de los actos de sabotaje, pero en general apenas tuvieron algún efecto antes de que la Gestapo los aplastara a ellos también. La acción más espectacular fue sin duda la que organizó un grupo de jóvenes comunistas judíos y sus partidarios, dirigidos por Herbert Baum, quien, como vimos antes, logró volar parte de una exposición antisoviética montada por Goebbels en Berlín, aunque sin causar daños importantes ni víctimas. También a ellos los denunciaron enseguida a la Gestapo; treinta quedaron detenidos y fueron juzgados por el Tribunal Popular; ejecutaron a quince de ellos.[249]

Desde mediados de la década de 1930, la línea oficial del partido proveniente de Moscú había hecho hincapié en la necesidad que los comunistas tenían de colaborar con los socialdemócratas en un «frente popular». Pero esta táctica entrañaba severas dificultades en ambos bandos. Los socialdemócratas recelaban no sin motivos que los grupos comunistas clandestinos se hallaban bajo una vigilancia mucho más intensa que ellos mismos, y los peligros de la colaboración se hicieron bien patentes el 22 de junio de 1944, cuando una reunión en Berlín entre los socialdemócratas Julius Leber y Adolf Reichwein y un grupo de comisarios comunistas terminó con la detención de todos los participantes. En lo concerniente a los comunistas, era más que probable que cuando la guerra hubiese finalizado, los socialdemócratas reaparecerían como sus adversarios a batir para conseguir adeptos en la clase obrera industrial, de forma que toda cooperación únicamente podría ser táctica y transitoria y no debería hacer concesiones a un probable enemigo político en el futuro. En el interior de los campos de concentración, y sobre todo en Buchenwald, los comunistas formaban sus propios grupos, los cuales en ocasiones podían conseguir cierto grado limitado de autogestión de los presos. Las direcciones de los campos, en manos de las SS, favorecían el nombramiento de comunistas como kapos y jefes de bloque, viéndolos como fiables y eficaces en su papel. Por su parte, los presos comunistas intentaban conservar la solidaridad entre ellos y proteger a sus camaradas, delegando el trabajo difícil y peligroso a otras categorías de prisioneros, como los «asociales» y los delincuentes. Mediante el mantenimiento de buenas relaciones con las

SS esperaban asimismo mejorar las condiciones del campo en general y beneficiar así a todos los reclusos a largo plazo. En una situación así únicamente había perspectivas limitadas de una cooperación significativa con prisioneros socialdemócratas u otros presos políticos. La solidaridad en el seno del grupo comunista era crucial. Esa estrategia precaria, que intentaba lograr un equilibrio entre la pureza ideológica por un lado y, por el otro, la propia supervivencia por medio de la colaboración con las SS daría paso a una controversia extendida y a veces enconada después de la guerra.[250]

Un grupo insólito con conexiones comunistas, si bien no sometido a la disciplina comunista ni a la ideología estalinista, se las había arreglado para sobrevivir desde los inicios del Tercer Reich. La Gestapo lo llamaba la Orquesta Roja (*Rote Kapelle*), si bien en realidad se trataba de una serie de grupos clandestinos superpuestos y muy diferentes en su funcionamiento. Desde finales de 1941 el contraespionaje militar alemán en París y Bruselas empezó a destapar una red extensa de agentes de la inteligencia soviética. La red tenía vínculos con un círculo de resistencia en Berlín agrupado en torno a un funcionario en el Ministerio de Economía del Reich, Arvid Harnack, y a un agregado en el Ministerio del Aire, Harro Schulze-Boysen. Harnack era un economista marxista que creía en una Alemania socialista, pacífica, mientras que Schulze-Boysen era un revolucionario nacionalista radical a quien los nazis habían detenido y torturado en 1933, pero al que luego habían liberado por buena conducta. Se trataba de un grupo esencialmente independiente de cualquier tutela impuesta desde Moscú, por más que algunos de sus seguidores fueran miembros del Partido Comunista. Las mujeres desempeñaban en el grupo un papel de una especial relevancia, sobre todo la mujer de Harnack, la americana Mildred Harnack-Fish, historiadora de la literatura, y la mujer de Schulze-Boysen, Libertas, quien adoptó un punto de vista crítico con la propaganda nazi a través del trabajo desarrollado por ella en la sección fílmica del Ministerio de Propaganda. A modo de «tapadera», Harnack se unió al Partido Nazi en 1937. El grupo ayudaba a los fugitivos políticos a huir de Alemania, distribuía panfletos no sólo a los alemanes, sino también a los trabajadores forzados extranjeros y estaba en contacto con la embajada estadounidense y con la soviética,

manteniéndolas al corriente de los crímenes del nazismo. Los soviéticos quedaron tan impresionados que les suministraron equipos de radio, y ellos se las ingeniaron para transmitir alguna información sobre la economía de guerra a los rusos, pero Stalin se negó a creer la advertencia del grupo con respecto a una invasión inminente en junio de 1941. Los panfletos del grupo se hicieron más extensos y ambiciosos, incluyendo uno escrito por Schulze-Boysen en el que predecía perspicazmente que Hitler sufriría en Rusia la misma suerte que había sufrido Napoleón. Sin embargo, los mensajes clandestinos enviados por radio a los rusos fueron interceptados por la contrainteligencia militar alemana. Ello condujo a la detención de Schulze-Boysen el 30 de agosto de 1942 y de Harnack el 7 de septiembre de 1942. Siguieron nuevas detenciones, contabilizándose finalmente más de 130. Al cabo de una serie de juicios rápidos, más de cincuenta miembros del grupo fueron ejecutados, entre ellos el matrimonio Harnack y el matrimonio Schulze-Boysen. Por petición expresa de Hitler, las sentencias de muerte se realizaron mediante la ejecución en la horca.[251]

La llamada Orquesta Roja no era la red de espías soviéticos de que hablaba la propaganda nazi subsiguiente, sino un movimiento de resistencia de la propia Alemania cuyos contactos con la inteligencia soviética se llevaron a cabo por propia iniciativa. Estuvo lejos de ser el único grupo izquierdista de esa clase, si bien fue mayor que la mayoría de ellos. Uno de los más llamativos era una organización diminuta, apenas conocida pero estrechamente unida llamada Alianza: Comunidad para una Vida Socialista [*Bund - Gemeinschaft für sozialistisches Leben*]. Formada a principios de la década de 1920 por el profesor de enseñanza para adultos Artur Jacobs, creó diversos centros donde se mantenían discusiones, se ofrecían clases de baile y movimiento y se intentaba crear un estilo de vida que atravesara las barreras de clase y trascendiera el egotismo del individuo. Algunos de sus miembros eran comunistas; otros eran socialdemócratas; un buen número de ellos no estaba afiliado a ningún partido en absoluto. En algunos casos sus miembros, por así decir, dejaban sus carnés del partido en la puerta cuando accedían a las instalaciones de la Alianza. Desde el mismo comienzo identificaron el antisemitismo como el núcleo de la ideología nazi, y en 1933 la Alianza y sus integrantes se refugiaron en la

clandestinidad y empezaron a ayudar a los judíos a evitar su detención y, desde 1941, la deportación. En este aspecto, su pequeño tamaño —nunca hubo más que unos pocos cientos de miembros incluso en el momento álgido de su popularidad en la década de 1920— y los estrechos vínculos personales que se habían forjado entre sus miembros ayudaron a la Alianza a permanecer intacta y a proseguir su labor sin ser descubierta por la Gestapo. Sus miembros organizaban identidades falsas para judíos al ocultarlos, los trasladaban de una ubicación a otra y los ayudaban a pasar desapercibidos para la Gestapo. Desde el punto de vista de los miembros de la Alianza, ésta era una manera de mantener vivo el espíritu de igualdad social y racial frente a la persecución nazi. De esa forma, procuraban una alternativa práctica a las actividades habituales de los grupos de resistencia izquierdistas, lo cuales se centraban en el intento en gran medida inútil de provocar que la opinión de la gente fuera contraria a los nazis.[252]

Del entorno social desde donde surgió la Alianza en la década de 1920, en el que pequeños grupos de varios matices políticos intentaban construir nuevos estilos de vida de una u otra clase, surgió asimismo, más distante, un movimiento de resistencia mucho más conocido, la autodenominada Rosa Blanca, algunos de cuyos miembros habían formado parte del movimiento autónomo juvenil de los años de Weimar. Cualquier entusiasmo inicial que pudieran haber sentido por el régimen nazi no tardó en desvanecerse por el racismo y el antisemitismo de éste, por sus restricciones a la libertad personal y, sobre todo, por la extrema violencia desatada en el frente oriental en 1941 y 1942. Mientras estaban estudiando medicina en la Universidad de Múnich, algunos de los jóvenes que tuvieron un papel clave en la constitución del grupo fueron enviados a trabajar en el servicio médico del ejército en el frente oriental. El grupo se fue ampliando paulatinamente para integrar en él no sólo a Kurt Huber, profesor universitario de Múnich que actuó como una especie de mentor para muchos de sus integrantes, sino también a amigos, colegas y estudiantes de otras ciudades universitarias, desde Friburgo a Stuttgart y sobre todo Hamburgo. Entre los miembros destacados se contaban los hermanos Scholl, Hans y Sophie, así como algunos otros estudiantes, como Alexander Schmorell, Christoph Probst y Willi Graf. Schmorell y Hans Scholl se

entrevistaron con Falk Harnack, hermano de la figura clave de la red de la Orquesta Roja, en Chemnitz en noviembre de 1942 y nuevamente a principios de febrero de 1943. A medida que se ampliaba, el grupo crecía en audacia, mecanografiando, reproduciendo a ciclostil y enviando a una variedad amplia y más o menos azarosa de remitentes una serie de seis panfletos en cantidades que abarcaban desde un centenar hasta varios miles. Su finalidad, al igual que la de los grupos izquierdistas de resistencia tradicionales, era movilizar la opinión de la gente, de manera que las masas se rebelaran y pusieran fin a la guerra derrocando a Hitler y su régimen. Condenaban rotundamente el asesinato en masa de los judíos y las élites polacas, y criticaban con dureza la apatía del pueblo alemán frente a los crímenes de los nazis. Después de Stalingrado comenzaron a embadurnar con pintadas las paredes de los edificios públicos de Múnich («Hitler, asesino de masas», «Libertad», etc.). Sin embargo, el 18 de febrero de 1943 un bedel de la universidad observó a Hans y Sophie Scholl esparciendo copias de su último panfleto en el patio. Los denunció a la Gestapo y los detuvieron. Durante un largo y penoso interrogatorio, admitieron que Schmorell, Graf y otros también habían tomado parte en la redacción, la reproducción y la distribución de los panfletos, y la policía no tardó en detener al resto del grupo. Hitler quería un juicio rápido. Probst y los Scholl fueron puestos a disposición del Tribunal Popular el 22 de febrero de 1943, que los halló culpables del delito de traición, y fueron decapitados; a Huber, Schmorell y Graf los condenaron el 19 de abril y también los ejecutaron. A otros diez los castigaron con penas de prisión. El grupo de Hamburgo siguió con la distribución de los panfletos, pero también acabó por ser descubierto por la Gestapo; al último de sus miembros lo detuvieron el 21 de junio de 1944. Los británicos recibieron copias del último panfleto a través de Suecia, y la fuerza aérea británica dejó caer cientos de miles de copias sobre Alemania en la primavera de 1943.[253] Así, al mensaje de la Rosa Blanca no le faltaron lectores.

Para la mayoría de la gente, sin embargo, las críticas al régimen de índole moral o política tenían que postergarse, a la espera de tiempos mejores, y mantenían sus creencias para sus adentros. Resulta imposible decir con alguna certidumbre hasta qué punto estaba extendido este

comportamiento. Un ejemplo del mismo se puede hallar en el diario de Erika S., nacida en Hamburgo en 1926, en el seno de una antigua familia socialdemócrata. En una yuxtaposición sin la menor afectación, su diario mezclaba con sus propias preocupaciones diarias su indignación moral a la vista de los daños enormes que ella creía que la guerra estaba causando. «Ah —escribió el 4 de junio de 1942—, ¡si por lo menos esta guerra inmoral terminase pronto! Nada para comer y luego esos numerosos asesinatos crueles, es demasiado terrible, especialmente si se piensa en todas las víctimas y en los que dejan. Nadie sabe cuántos jóvenes han tenido que sacrificar ya sus vidas para la causa diabólica de Hitler, ya no es otra cosa que una campaña enorme de asesinatos».[254] Esos sentimientos eran compartidos sin duda alguna por su padre, quien fue privado de libertad en más de una ocasión por la Gestapo, la última de ellas el 23 de agosto de 1944. Armada de coraje ante esa última detención, Erika tomó asiento y le escribió una carta a Himmler, asegurándole que sus padres «nos han criado a mí y a mi hermano de catorce años de edad de una forma completamente nacionalsocialista». Le recordó al jefe de las SS que ella era miembro de la Liga de Muchachas Alemanas y que se había afiliado al Partido Nazi el mes de abril anterior. De forma que no podía entender por qué habían privado de libertad a su padre. Tras esperar en vano una respuesta, se dirigió a la oficina de la Gestapo más próxima para proseguir su búsqueda. Los oficiales se comportaron educadamente, pero no hicieron concesión alguna. «Ya no se puede soportar —escribió en su diario— cómo te tratan en Alemania. Y no obstante, seguimos haciendo lo que sea para no llamar la atención».[255]

## IV

Nada de esto tenía posibilidades de lograr el derrocamiento del régimen nazi. Únicamente un grupo estaba en disposición de lograrlo, y ése era el de la resistencia militar que había surgido originariamente en 1938 entre altos mandos del ejército, preocupados por lo que ellos consideraban una imprudencia de Hitler al arriesgarse a desencadenar una guerra europea con la invasión de Checoslovaquia, cuando Alemania no estaba preparada para

librarla. Las victorias de 1939 y 1940 parecían demostrar que andaban errados.[256] Solamente unos pocos, como el ex embajador en Italia, Ulrich von Hassell, siguieron convencidos de lo que Von Hassell llamaba la irresponsabilidad criminal del régimen, y se sentían consternados ante la destrucción que estaba causando en Europa oriental. Hassell encontraba intolerable, como escribió en su diario el 8 de octubre de 1940, que «los judíos estén siendo sistemáticamente exterminados, y se haya lanzado una campaña de una extrema dureza contra la élite intelectual polaca con la finalidad expresa de aniquilarla».[257] Otros altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores, entre ellos el secretario de Estado Ernst von Weizsäcker, Adam von Trott zu Solz y Hans-Bernd von Haeften, habían compartido mucho tiempo las opiniones de Hassell. Éste solía discutir sobre ése y otros asuntos con un reducido número de ciudadanos con una forma similar de pensar que habían ocupado puestos de responsabilidad en el gobierno y la administración, en especial Carl Goerdeler, ex comisario de precios y ex alcalde de Leipzig, y Johannes Popitz, ministro de Finanzas de Prusia. El grupo incluía a Ludwig Beck, ex jefe del Estado Mayor General del Ejército, que era una de las pocas figuras militares de mayor trayectoria que no quedaron impresionadas por los triunfos militares de la primera fase de la guerra; otros que habían contemplado en alguna ocasión arrestar a Hitler e instaurar un régimen militar, como Franz Halder, no fueron más allá de quejarse entre dientes a propósito de la conducción de la guerra por parte de Hitler, incluso cuando la situación comenzó a endurecerse en 1941, como hemos visto. Como la abrumadora mayoría de los altos mandos, Halder apoyaba el concepto de una cruzada contra la Unión Soviética y consideraba justificadas las medidas más severas. El círculo alrededor del jefe de la Inteligencia Militar, el almirante Wilhelm von Canaris, y su jefe de Estado Mayor, Hans Oster, también se había mostrado preocupado durante algún tiempo ante la ambición militar temeraria de Hitler. Pero aguardaban el momento oportuno, considerando vano el intento de llevar a cabo cualquier acción mientras Hitler contara con un apoyo popular tan alto. Formaba también parte del grupo el joven teólogo Dietrich Bonhoeffer, quien había sido una figura inspiradora en la iglesia confesante pero estuvo ausente en el principal enfrentamiento de la misma con el

régimen nazi, a mediados de la década de 1930, porque había estado ejerciendo como pastor en Londres. Reclutado por la Inteligencia Militar en 1940, Bonhoeffer empezó a trabajar pronto con el grupo de oposición allí presente.[258]

Sin embargo, un pequeño número de oficiales en su mayor parte aristocrátas de la generación más joven, como Fabian von Schlabrendorff y Henning von Tresckow, enrolados en el Grupo de Ejércitos Centro, estaba tan escandalizado por las atrocidades que se estaban cometiendo en el este que resolvió pasar a la acción. Tresckow en concreto, aunque al principio había apoyado a Hitler, pronto se había sentido horrorizado ante la brutalidad y la arbitrariedad imperantes en su régimen. Oficial prusiano según el patrón clásico, consideraba que a los soldados enemigos había que tratarlos con arreglo a las leyes de la guerra, y trató de sortear las órdenes recibidas para fusilar de inmediato a los comisarios políticos soviéticos. Su oficial al mando, el mariscal de campo Günther von Kluge, expresó cierto interés en unirse a la oposición militar, pero era demasiado cauto para comprometerse. Las objeciones morales al nazismo se encontraban también en la raíz de la creciente oposición expresada (en privado) en el Círculo de Kreisau (nombre que la Gestapo le dio más tarde). Se trataba de una red poco definida de intelectuales, llegando a contabilizarse más de un centenar, que se reunían en la finca del conde Helmuth von Moltke en Kreisau, en la Baja Silesia, para discutir sobre la situación. En tres ocasiones en 1942 y 1943, el grupo organizó conferencias más amplias con la participación de teólogos, juristas, antiguos políticos socialdemócratas y otras personas con formaciones diversas. Varios miembros del círculo ocupaban cargos gubernamentales secundarios, entre ellos el conde Peter Yorck von Wartenburg (funcionario en la oficina del comisario de precios) y el conde Fritz-Dietlof von der Schulenburg, vicepresidente de la policía de Berlín. El propio Moltke trabajaba en el departamento de prisioneros de guerra del Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas. Algunos miembros del Círculo de Kreisau tenían experiencia de otros países, lo que reforzaba su perspectiva nada complaciente con el nazismo. Sus puntos de vista eran marcadamente idealistas. El 9 de agosto de 1943 acordaron un conjunto de principios básicos que habría que poner en práctica tras el hundimiento del

nazismo. Éstos subrayaban el cristianismo como el sustento para una regeneración moral del pueblo alemán. Las libertades fundamentales debían ser restauradas. Desde un punto de vista político, Alemania tenía que convertirse en un Estado federal con un poder central débil. Se dividiría en provincias de entre 3 y 5 millones de habitantes cada una, que se subdividirían a su vez en comunidades de autogobierno organizadas en distritos. Las regiones tendrían parlamentos elegidos por las asambleas de los distritos, y los parlamentos provinciales elegirían un *Reichstag* nacional. La edad mínima para votar se situaría en veintisiete años. El Círculo de Kreisau ambicionaba también alguna clase de comunidad internacional de Estados para reducir el riesgo de que volviera a producirse una guerra. Todo ello expresaba un tipo de idealismo radical-conservador, basado en la desconfianza ante la moderna «sociedad de masas», y aspiraba a reconstruir un sentimiento de arraigo y pertenencia basado en los valores cristianos y las identidades locales. Los integrantes del Círculo de Kreisau desconfiaban del capitalismo, y deseaban una propiedad comunal de las industrias vitales, así como «corresponsabilidad» en cada planta de fabricación. El Estado, al garantizar que cada familia dispusiera de un jardín, corregiría lo que ellos veían como excesos de la vida urbana.[259]

El Círculo de Kreisau y sus miembros desarrollaron contactos múltiples y cambiantes con miembros de la resistencia civil y militar, y el 8 de enero de 1943 tuvo lugar una reunión a la que asistieron representantes de los dos grupos. Las cosas no fueron bien. Moltke consideró a Goerdeler un reaccionario, mientras hombres con mayor experiencia política como Hassell pensaron que muchos de los «más jóvenes» estaban lejos de la realidad.[260] Quedaron en nada diversas tentativas de Moltke, Trott y otros para forjar contactos con los aliados occidentales y convencerlos para trabajar con ellos en la reconstrucción de Alemania después de la victoria.[261] Los aliados tenían sus propios planes. La desconfianza en los modelos parlamentarios occidentales de democracia, que el Círculo de Kreisau consideraba un fracaso a la luz de Weimar, era prácticamente universal en los diversos brazos de la resistencia alemana, y esto por sí solo hacía muy poco probable que sus planes constitucionales fuesen del agrado de los británicos o los americanos. Goerdeler y los conspiradores militares

aún tenían incluso menos probabilidades de obtener la aprobación de los aliados. Figuras destacadas en el grupo se esforzaban para llegar a un acuerdo y modificaban incesantemente una serie de fines cuya modestia no cesaba de acrecentarse a medida que la situación militar de Alemania se agravaba, pero incluso en mayo de 1944 contemplaban una paz negociada partiendo de las fronteras alemanas de 1914, con la incorporación de Austria, los Sudetes y el Tirol Meridional, la autonomía para Alsacia-Lorena y el mantenimiento de una fuerza de defensa operativa en el este.[262]

Las ideas constitucionales de los conspiradores abarcaban desde un Estado autoritario casi corporativista, como sugería Hassell, a un modelo más parlamentario defendido por Goerdeler en un intento entre otras cosas por satisfacer a socialdemócratas presentes en el grupo como Julius Leber. No obstante, Goerdeler quería incluso en este caso un fuerte elemento corporativo, con candidatos procedentes de los grupos de interés económicos y elecciones indirectas al *Reichstag*, al cual se le restaría influencia atribuyéndole únicamente poderes consultivos y subordinándolo a una segunda cámara nombrada por el jefe del Estado. Los padres de familia tendrían más votos. Al igual que el Círculo de Kreisau, Goerdeler y los conspiradores militares estaban resueltos a evitar las hostilidades entre partidos políticos que habían terminado por destruir la República de Weimar, por lo que era de esperar que las campañas electorales abiertas no tuvieran cabida en el Estado que ellos esperaban fundar. Y al igual que el Círculo de Kreisau, la resistencia militar-conservadora consideraba los valores cristianos como el fundamento crucial para el resurgimiento de una Alemania con rectitud moral, si bien a Leber y los socialdemócratas la idea no los hacía felices. La influencia de los socialdemócratas, que se reforzaba con el tiempo, se podía encontrar en cierto grado de coincidencia con el énfasis puesto por el Círculo de Kreisau en la necesidad de controlar la economía capitalista. Sin embargo, la idea de Goerdeler y su grupo de una Alemania en que los antagonismos de clase serían superados por la creación de una verdadera comunidad nacional dominada por la aristocracia tradicional (el «estrato en que se asienta el Estado», como expresó Schulenburg), probablemente jamás sería aceptada por los seguidores de los socialdemócratas pertenecientes a la clase obrera. La hostilidad de la

resistencia militar-conservadora a una constitución parlamentaria y a una sociedad abierta pluralista ponía de manifiesto su carácter retrógrado y su falta de atractivo potencial para las masas. De hecho, dada la participación de oficiales prusianos y políticos conservadores prusianos en el grupo, era bastante lógico que volviesen la mirada al pasado, como hacían también muchos en el Círculo de Kreisau, a las reformas prusianas del barón Karl vom Stein, a principios del siglo XIX, como un modelo para el futuro desarrollo de Alemania. En esto su falta de realismo también era palpable.[263]

Uno de los factores que alimentaban la resistencia alemana fue sin duda la indignación y la vergüenza ante el trato que el régimen dispensaba a los judíos. Ya en agosto de 1941, Helmuth von Moltke le estaba escribiendo a su mujer acerca del asesinato en masa de judíos y prisioneros de guerra soviéticos en el este. Escribió que ello estaba cargando al pueblo alemán «con una culpa colectiva que jamás podremos expurgar en el tiempo que nos quede de vida y que nunca se podrá olvidar».[264] En una línea similar, Ulrich von Hassell dejó escrito en su diario el 4 de octubre de 1941 que el general Georg Thomas, el oficial jefe de las adquisiciones de las fuerzas armadas, había hablado a su regreso del frente oriental sobre «la continuación de crueldades repulsivas, en especial contra los judíos, a los que se fusilaba en lotes con la mayor vileza».[265] «Cientos de miles de personas han sido asesinadas sistemáticamente sólo a causa de su origen judío», señalaba un memorándum que rezumaba indignación salido de la mano de Goerdeler y otros en noviembre de 1942 sobre el futuro de Alemania una vez concluida la guerra. Después de la caída del nazismo, los autores prometían que las Leyes de Núremberg y todas las leyes que afectaran específicamente a los judíos quedarían derogadas. Con todo, la razón que daban no era que fuesen leyes injustas, sino que eran innecesarias porque el reducidísimo número de supervivientes ya no constituiría un «peligro para la raza alemana». Ni ello impedía, lo cual era significativo, que los resistentes elaborasen planes para clasificar a los supervivientes judíos por su raza tanto como por su religión.[266]

Además, algunos de los participantes militares en la conspiración habían ordenado acciones contra los judíos, como por ejemplo Karl-Heinrich von Stülpnagel, oficial del ejército al mando de París. Como alto funcionario en la Silesia del gobernador regional Wagner, Fritz-Dietlof von der Schulenburg había puesto en marcha políticas antisemitas y antipolacas con entusiasmo, entre las que se contaban el reclutamiento de mano de obra forzada o la deportación de polacos y judíos. La derrota militar alemana en Stalingrado, que él consideró como una evidencia de la incompetencia militar de Hitler, fue por encima de todo lo que llevó a Schulenburg a la oposición; y en realidad, para muchas de las figuras militares entre los resistentes, era también crucial la convicción de que Hitler era responsable del empeoramiento de la situación de Alemania en la guerra.[267] Wolf Heinrich, conde de Helldorf, presidente de la policía de Berlín implicado también en la conspiración, había llevado ciertamente la voz cantante en la persecución de los judíos presentes en la capital en la década de 1930.[268] El complot incluyó entre quienes lo apoyaban y los informantes a Arthur Nebe, jefe del grupo operativo B de las SS en la Unión Soviética, responsable del asesinato de varios miles de judíos; los motivos que lo llevaron a unirse a la oposición eran especialmente oscuros. Algunos de los conspiradores, como Johannes Popitz, estaban en desacuerdo con los métodos empleados por los nazis para ocuparse de la «cuestión judía» porque eran demasiado extremos, no porque la idea de discriminar a los judíos fuera desacertada en sí misma. Como esto indica, no era extraño que muchos de ellos hubiesen apoyado a los nazis al principio por sus políticas raciales, así como por otras razones. Sin embargo, tales puntos de vista habían sido prácticamente destruidos mucho antes de 1944 por la idea de que, como manifestó Goerdeler, «la persecución de los judíos [...] ha adoptado las formas más inhumanas, despiadadas y profundamente envilecidas, ninguna recompensa puede ser adecuada para ellas».[269]

Había una diferencia crucial entre los conspiradores militares y el Círculo de Kreisau. Por motivos religiosos, Moltke y la mayoría de sus amigos estaban en contra de intentar acabar con la vida de Hitler, prefiriendo aguardar el hundimiento militar del Tercer Reich antes de poner sus planes en práctica. En alguna medida, ese punto de vista era compartido

por otros miembros de la resistencia civil. Los militares carecían de tales escrúpulos. En concreto, Henning von Tresckow estaba convencido de que era necesario matar a Hitler si había que derrocar al régimen nazi. Comenzó a organizar una serie de tentativas de asesinato poco después de Stalingrado. Trató de hacer estallar el avión de Hitler el 13 de marzo de 1943, en un vuelo desde su cuartel general de campaña, con explosivos que le suministró el almirante Canaris y la contrainteligencia militar y que fueron introducidos de contrabando en la bodega del avión. Pero el intento fracasó porque el detonador no funcionó con la temperatura extremadamente baja que reinaba en la bodega a gran altitud. La bomba, camuflada como un paquete que contuviera un par de botellas de coñac, seguía todavía en la bodega cuando el avión tomó tierra. Justo a tiempo, Fabian von Schlabrendorff, que conspiraba con Tresckow, se las arregló para acceder con rapidez al escenario, hacerse con el paquete y desactivarlo. El 21 de marzo de 1943, otro joven conspirador, el coronel Rudolf-Christoph, barón von Gersdorff, llevó una bolsa de explosivos a una exposición de equipamiento soviético capturado que tenía lugar en Berlín, confiando en acabar con Hitler durante la visita que tenía planeada. Sin embargo, el Führer nazi pasó por el edificio a tal velocidad que la oportunidad no se presentó. Como los sucesivos intentos quedaban en nada, Goerdeler apremió a los militares para que actuasen con rapidez, de otra manera otros millones de vidas se perderían y Alemania quedaría tan completamente derrotada que el nuevo régimen imaginado por él no estaría en situación de pactar condiciones con los países aliados, lo que él creía que todavía sería posible, a pesar de que la decisión tomada por los líderes aliados en Casablanca, a principios de 1943, de no aceptar otra cosa que una rendición incondicional de Alemania, muestra la falta de realismo político de que adolecían los conspiradores; e incluso de haber estado Churchill y Roosevelt dispuestos a negociar, no había la menor posibilidad de que aceptasen los términos que ofrecían Goerdeler y quienes conspiraban con él.[270]

Además, la conspiración empezó a verse en serios aprietos a medida que sus miembros comenzaban a llamar la atención de la Gestapo por una u otra razón. La Inteligencia Militar, a cuyo mando estaban Canaris y Oster,

vista por los conspiradores como el centro logístico crucial de sus operaciones, se encontraba cada vez más bajo la amenaza de las ambiciones del departamento de inteligencia extranjera de Walter Schellenberg, adscrito al Servicio de Seguridad de las SS. Ello condujo a un aumento de la vigilancia por parte de la Gestapo. En la primavera de 1943, detuvieron a Oster y a algunos de sus oficiales cruciales, Bonhoeffer entre ellos, acusados de haber cometido delitos monetarios. Las sospechas de Hitler indujeron a éste a ordenar en enero de 1944 que el Servicio de Seguridad de las SS se hiciera con el control de la inteligencia militar extranjera, que Oster había estado dirigiendo hasta que fue detenido. Canaris, una figura enigmática de quien algunos sospechaban que había revelado secretos militares a los aliados, fue encarcelado. En lo que constituía un nuevo revés, a Moltke lo detuvieron en enero de 1944. Entretanto, Popitz, en un acto insólito de falta de realismo político, se dirigió por su cuenta y riesgo a Himmler con la vista puesta en convencerlo de la necesidad de derrocar a Hitler. La iniciativa se topó con una expresión vaga de interés por parte del jefe de las SS, pero sólo eso. Horrorizados, Goerdeler y los otros conspiradores civiles hicieron cuanto pudieron para evitar establecer contacto con Popitz a partir de entonces. Figuras importantes dejaron de estar presentes; Kluge sufrió lesiones graves en un accidente de automóvil, y tanto el socialdemócrata Mierendorff como Hammerstein, jefe retirado del ejército, fallecieron por causas naturales. Todo ello retrasó la conspiración muchos meses y redujo la consistencia y la eficacia potencial del complot.[271]

Los conspiradores hubieron de hacer frente a problemas más importantes cuando intentaron reactivar sus planes para llevar a cabo el magnicidio. Con el fin de que el complot tuviera éxito, tenían que convencer a ciertas unidades cruciales del ejército de reserva para que se desplazaran a Berlín y se hiciesen con el control de las instituciones de gobierno más importantes, pero si bien hicieron algunos progresos con las delicadas negociaciones, las incertidumbres seguían siendo numerosas. Mientras el general Friedrich Olbricht, que comandaba la sección de reserva de las fuerzas armadas en Berlín, estaba con ellos, planeando de forma activa los movimientos de tropas que asegurarían el poder una vez que

Hitler estuviera muerto, su jefe, el general Friedrich Fromm, al mando del ejército de reserva, un hombre que pensaba ante todo en su propio interés, tras tener noticia de la conspiración decidió limitarse a aguardar acontecimientos, aunque no delató a los conspiradores por el momento. Junto con el ex jefe del Estado Mayor General del Ejército Ludwig Beck, y con Tresckow, Olbricht hizo los planes de la «operación Valkiria», un golpe militar que debía llevarse a la práctica nada más declararse la muerte de Hitler. Pero ¿quién acabaría con el Führer? Éste era el problema final que había que resolver. Requería de alguien que tuviera acceso personal a Hitler y, a la vez, un compromiso con la resistencia; una combinación difícil cuando no imposible de encontrar. En más de una ocasión hubo que renunciar a intentarlo porque el hombre que había aceptado encargarse de ello no podía acercarse al objetivo. Pero a finales del verano de 1943 se sumó a la conspiración un nuevo personaje que cumplía todas esas cualidades. Claus Schenk, conde von Stauffenberg, era un coronel que había resultado gravemente herido en el norte de África, perdiendo su mano derecha y los dedos anular y meñique de la izquierda. Llevaba un parche negro sobre un ojo. El 1 de octubre de 1943 asumió el puesto de jefe de la Oficina General del Ejército. Oficial capaz y extremadamente enérgico, Stauffenberg había apoyado el nazismo al principio, como algunos otros en el estamento militar, y se había entusiasmado con las victorias iniciales de las armas alemanas en Polonia y Francia. Pero la temeridad de Hitler en el frente oriental lo había desilusionado, y pensaba, sobre todo después de Stalingrado, que Alemania caminaba hacia el abismo. Stauffenberg tenía además un tipo de compromiso moral y patriótico nada habitual, resultante de su adscripción juvenil al círculo del poeta Stefan George. Lo que lo indispuso definitivamente contra Hitler fueron las atrocidades cometidas contra eslavos y judíos por las SS en el frente oriental y en la retaguardia del mismo, y su sentimiento de que había que pararles los pies no dejó de acrecentarse. Con Tresckow, Stauffenberg se convirtió en la figura central de la conspiración para activar y organizar las cosas. Planeaban un nuevo intento tras otro de realizar el magnicidio, sólo para ver el fracaso de todos ellos a menudo por el puro azar. Al final, Stauffenberg decidió que sería él mismo quien acabara con Hitler.[272]

A medida que la Gestapo comenzaba a estrechar el cerco en torno a los conspiradores, se hacía más apremiante encontrar una manera de acceder a Hitler. Ésta se presentó de forma inesperada el 1 de julio de 1944, cuando Stauffenberg fue ascendido a coronel y nombrado jefe del Estado Mayor de Fromm, quien tenía a su cargo la reserva del ejército. Esto le dio a Stauffenberg acceso a Hitler en calidad de emisario de Fromm. Al mismo tiempo, el propósito del magnicidio se iba modificando con la situación militar rápidamente cambiante. Después de los desembarcos de Normandía, Stauffenberg dudó de si matar a Hitler serviría para algún propósito político útil. Ciertamente, ya no había esperanza, si es que había habido alguna, de lograr un acuerdo negociado con los aliados y salvar una parte de Alemania de las ruinas. Pero como le dijo Tresckow: «El magnicidio se ha de intentar a toda costa. Aun si fracasa, el intento de tomar el poder en la capital ha de llevarse a cabo. Debemos demostrar al mundo y a las generaciones futuras que los hombres del movimiento de resistencia alemán se atrevieron a dar el paso decisivo y a arriesgar sus vidas con él. Comparado con este objetivo, todo lo demás no cuenta».[273] Stauffenberg visitó el cuartel general de campaña de Hitler en Rastenburg el 20 de julio de 1944, portando un maletín que albergaba dos bombas. Disponiendo sólo de un pulgar y dos dedos, obró con lentitud para activar el detonador de acción retardada, y únicamente tuvo tiempo para preparar una de las bombas antes de que lo hicieran pasar al interior del cuartel donde Hitler estaba revisando la situación militar con su Estado Mayor; la otra bomba se la confió a su camarada Werner von Haeften, quien más tarde la arrojó fuera de su vehículo. Tras dejar el maletín cerca de Hitler bajo la gran mesa de madera para mapas sobre la que Hitler estaba apoyado, Stauffenberg salió de la sala con el pretexto de que debía realizar una llamada telefónica. Observó desde cierta distancia el estallido de la bomba, que destrozó las instalaciones. Luego logró franquear los cordones de seguridad de las SS aparentando naturalidad, tomó un avión y voló de vuelta a Berlín.[274]

Cuando Stauffenberg les aseguró por teléfono que Hitler no podía haber sobrevivido a la explosión, Olbricht y quienes encabezaban la conspiración en el cuartel general del ejército en Berlín se lanzaron al asalto militar del poder. Pero las cosas no tardaron en torcerse. De haber podido

Stauffenberg activar las dos bombas, o incluso si hubiera dejado en su maletín la no activada junto con la otra, no hay duda de que Hitler hubiese muerto. Pero la fuerza de una carga explosiva no bastaba. La explosión no se quedó dentro de las paredes de madera endeble del cuartel, sino que las hizo saltar junto con las ventanas, mientras la mesa de madera robusta para extender los mapas protegió a Hitler, que se encontraba de pie al otro lado. Aun así, cuatro de los presentes, situados cerca de donde la bomba estalló, murieron en el acto o lo hicieron más tarde a causa de las heridas sufridas. Hitler salió tambaleándose por la puerta, apagando las llamas que le quemaban los pantalones. Se topó con Keitel, el servil jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, que se echó a llorar gritando: «¡Mi Führer, está vivo, está vivo!». Las ropas de Hitler estaban destrozadas y tenía quemaduras y abrasiones en brazos y piernas y algunas astillas de madera en las piernas. Como a cualquier otro en el barracón a excepción de Keitel, se le habían roto los tímpanos. Pero no tenía heridas graves. Esto se iba a demostrar decisivo. Como mala señal para los conspiradores fue el hecho de que, si bien habían logrado cortar algunas comunicaciones con el cuartel general de campaña de Rastenburg, no habían podido cortarlas todas. No tuvo que pasar mucho tiempo para que los miembros del Estado Mayor de Hitler estuvieran en condiciones de telefonear a Berlín y transmitir la noticia de que Hitler seguía con vida.

En Berlín, el cauteloso general Fromm, a quien los conspiradores exigían que pusiera en marcha el golpe militar, telefoneó a Rastenburg para cerciorarse de si era verdad la afirmación de los conspiradores de que Hitler estaba muerto. Le comunicaron que no lo estaba. Cuando se propuso arrestar a Olbricht y a los demás conspiradores en el cuartel general del ejército, él mismo quedó arrestado al intentar ellos proseguir con el golpe. En medio de una confusión creciente, algunas unidades del ejército se pusieron en marcha de acuerdo con lo planeado en la «operación Valkiria», pero otras se detenían donde anduvieran a medida que Hitler empezaba a ordenar la transmisión de instrucciones desde Rastenburg anulando las órdenes de los conspiradores. Atrapado en el fuego cruzado de una orden y su contraria, el comandante Otto Ernst Remer, oficial al mando de un batallón de guardias en la capital y nazi furibundo, había obedecido órdenes

para rodear el barrio gubernamental con sus tropas en la creencia de que Hitler estaba muerto. Con las ametralladoras tomando posiciones cerca de la Puerta de Brandenburgo, las cosas pintaban mal para los ministros, como Goebbels, que se encontraba atrapado en la trampa. Temiéndose lo peor, Goebbels se metió en el bolsillo una provisión de píldoras de cianuro antes de pasar a la acción. Convenció a Remer para que se acercara y discutiera la situación con él, en presencia de Albert Speer, quien más tarde recordó el nerviosismo del ministro de Propaganda cuando entró en su cuarto el comandante. Goebbels le aseguró a Remer que Hitler no estaba muerto: y era obvio que el Führer podía invalidar las órdenes de cualquier general. Telefoneó a la línea directa de Hitler en Rastenburg. Hitler habló directamente con Remer y le ordenó restablecer el orden. Remer retiró sus tropas de los ministerios gubernamentales. Los subordinados de Olbricht que no confiaban en éste se sumaron a las fuerzas de Remer. Comenzaron los disparos en el cuartel general del ejército, y Stauffenberg resultó herido. Fromm, que fue puesto en libertad, arrestó a Olbricht, a Stauffenberg y al resto de conspiradores sucesivamente. Beck sacó una pistola y se disparó dos veces; mientras yacía herido en el suelo, Fromm ordenó a un sargento que lo llevara a la sala contigua y acabara con él. A continuación condenó a morir a los demás conspiradores apresuradamente. Si quedaban con vida para hablar con la Gestapo, su propia complicidad anterior con el complot habría salido a la luz. Un pelotón de fusilamiento alineó en el patio a Olbricht, Stauffenberg, Haeften y al coronel Albrecht Mertz von Quirnheim, camarada de los anteriores en la conspiración, y los fusiló de uno en uno. Cuando estaban a punto de fusilarlo, Stauffenberg gritó: «¡Larga vida a una Alemania libre de pecado!».[275]

## V

Las noticias de la supervivencia de Hitler torpedearon la conspiración no sólo en Berlín, sino también en Praga y Viena, donde algunos conspiradores habían tratado de organizar un golpe. En París, el oficial del ejército al mando de la Francia ocupada, el general Karl-Heinrich von Stülpnagel, activó el golpe tan pronto como Stauffenberg le telefoneó para decirle que

Hitler había muerto. Más de mil oficiales de las SS fueron arrestados, incluyendo a los jefes de las SS y del Servicio de Seguridad de dicho cuerpo en París, Carl-Albrecht Oberg y Helmut Knochen. Pero antes de poder emprender más acciones, el dubitativo mariscal de campo Kluge descubrió que Hitler continuaba vivo después de todo, y detuvo en seco las medidas adoptadas. Los efectivos de las SS quedaron en libertad. Para Oberg y Knochen, haber sido detenidos y no haber planteado resistencia alguna contra la conspiración era enormemente deshonroso y potencialmente peligroso. El representante de Kluge en París, el general Günther Blumentritt, se aprovechó del bochorno de ambos para hacer un trato con varias botellas de champagne en el Salon Bleu del Hôtel Raphaël. Atribuyó los principales acontecimientos a una mala interpretación y evitó que se descubriera la complicidad de la mayor parte de los conspiradores en París. Para Stülpnagel, sin embargo, no cabía el indulto. «Así, Herr general —le había dicho Oberg a Stülpnagel al llegar al hotel—, parece que ha apostado usted por el caballo equivocado». Ciertamente, Kluge ya había puesto en conocimiento de Berlín las maniobras de Stülpnagel. Sospechando la suerte que le aguardaba, el general salió de París en automóvil en dirección al campo de batalla de la Primera Guerra Mundial de Verdún, donde detuvo su automóvil, salió de él y se pegó un tiro en la cabeza. Sin embargo, al igual que Beck, no consiguió poner fin a su vida. Privado de la visión y horriblemente desfigurado, lo llevaron arrestado a Berlín.[276]

Para entonces la radio ya había emitido noticias de la bomba y la supervivencia de Hitler. Debilitado pero sin heridas graves, Hitler se las arregló para encontrar tiempo para mantener en su cuartel general de campaña una reunión con Mussolini concertada con anterioridad, mostrándole orgullosamente la escena donde se produjo la explosión, antes de dirigirse por radio a la nación poco antes de la una de la tarde del 21 de julio de 1944. Tranquilizando a los alemanes por estar vivo y haber escapado ileso, afirmó que «una camarilla minúscula de oficiales ambiciosos, sin escrúpulos y al mismo tiempo imperdonablemente estúpidos había urdido un complot para eliminarme y poco menos que exterminar conmigo al Estado Mayor del Alto Mando alemán». La

Providencia, continuó como era previsible, le había salvado la vida. En privado, mostró su ira contra los conspiradores, bramando que «aniquilaría y exterminaría» a cada uno de ellos. Nombró a Himmler para sustituir a Fromm, cuyo intento de ocultar su propia complicidad no había engañado a nadie. Guderian se convirtió en jefe del Estado Mayor General del Ejército. Hitler dijo que todos los alemanes tenían que unirse para dar caza a los responsables. Por entonces, Remer y Ernst Kaltenbrunner, jefe del Servicio de Seguridad de las SS, habían llegado al cuartel general del ejército en Berlín, y Otto Skorzeny, que había liberado de su cautiverio a Mussolini un año antes, se presentó con un pelotón armado de efectivos de las SS. Impidieron que prosiguieran las ejecuciones. Entretanto, Fromm trató de telefonear a Hitler desde el despacho de Goebbels, pero el receloso ministro de Propaganda hizo la llamada por sí mismo y recibió órdenes de privar de libertad al general. Goebbels ordenó a los medios de comunicación hacer hincapié nuevamente en que sólo había estado implicado un grupo reducido de aristócratas reaccionarios. Había que organizar manifestaciones públicas para celebrar el fracaso del golpe.[277]

Entretanto, Himmler y la Gestapo pasaron a la acción para identificar y detener a los conspiradores que aún quedaban. El avance de la investigación puso de manifiesto que la primera valoración de Hitler según la cual el complot era obra de no más de un puñado de oficiales reaccionarios era errónea. Canaris, Oster y el grupo de Inteligencia Militar no tardaron en verse sometidos a un interrogatorio, junto con numerosos oficiales del ejército implicados en la conspiración. Continuaron las detenciones de ciudadanos, entre ellos Hjalmar Schacht, el antiguo responsable económico del Tercer Reich. Schacht había estado en contacto con los integrantes del complot, pero aun antes de tener conocimiento de ello, Hitler ordenó que lo detuvieran porque seguía pensando que Schacht había saboteado el rearme durante la década de 1930. Bramaba que a Hess también lo arrestarían cuando Inglaterra fuese por fin derrotada. Sería «ahorcado sin piedad» porque había dado a los demás un «ejemplo de traición». Johannes Popitz y los militantes y simpatizantes socialdemócratas, entre ellos Gustav Noske y Wilhelm Leuschner, también fueron detenidos. Carl Goerdeler se ocultó, luego se trasladó hacia el este, acampando en los bosques, hasta que

también a él terminaron por reconocerlo, denunciarlo y detenerlo. Exhausto, desmoralizado y sometido a la privación de sueño por sus captores, y sujeto al igual que algunos de los otros resistentes a la convicción moral no sólo de que había que decir la verdad, sino también de que la misma tendría un efecto convincente en aquellos que la escucharan, dio a la Gestapo los nombres de los restantes miembros de la conspiración, mostrando a las claras que ésta era mucho más que un complot urdido por un puñado de militares descontentos. Jamás albergó dudas en relación con su convicción ahora expresada sin tapujos de que Hitler era un «vampiro» y que «el asesinato salvaje de un millón de judíos» constituía un crimen que manchaba el nombre de Alemania.[278]

Himmler organizó una gran limpieza de opositores conocidos al régimen, privando de libertad a un total de 5.000 personas. El 23 de septiembre de 1944 todavía salieron a la luz documentos que implicaban a los primeros conspiradores, entre los que se hallaban oficiales de la cúpula del ejército como Halder, Brauchitsch y el oficial jefe de las adquisiciones de las fuerzas armadas, el general Georg Thomas. Otros muchos ya se habían entregado, como Ulrich von Hassell, habían sido condenados a muerte por resistirse al arresto o se habían suicidado con un arma de fuego. Henning von Tresckow, todavía en el frente oriental, se dirigió hacia las líneas enemigas en la mañana del 21 de julio y se hizo saltar en pedazos con una granada tras tener noticia de que el complot había fracasado. Preocupado ante el hecho de que la tortura pudiera obligarlo a dar nombres, le dijo a Fabian von Schlabrendorff antes de partir: «Hitler es el peor enemigo no solamente de Alemania, sino del mundo entero».[279] Otros se envenenaron o se pegaron un tiro por motivos similares. Un oficial del ejército que se había unido al intento golpista en Berlín introdujo una granada en su boca y tiró de la anilla cuando la Gestapo estaba a punto de llevárselo. A varios de los resistentes los golpearon con gran dureza. Les introducían pinchos de metal bajo las uñas para forzarlos a hablar. Pero no revelaron los nombres de quienes conspiraban con ellos. Fruto del recelo cada vez mayor que Hitler sentía por Kluge, de quien temía que negociara una rendición con los países aliados invasores, nombró en su lugar al siempre fiel Model comandante en jefe en el oeste el 17 de agosto de 1944.

Sabedor de que el juego había terminado, Kluge salió en automóvil hacia el este, y en las inmediaciones del lugar donde Stülpnagel había intentado quitarse la vida detuvo el vehículo e ingirió un vial de veneno. El popular mariscal de campo Erwin Rommel, que había tenido noticia de la conspiración pero no se había mostrado partidario de ella, le había dicho sin embargo a Hitler en persona que debería poner fin a la guerra. Rommel aún se hallaba convaleciente de las heridas de guerra cuando Hitler lo obsequió con la alternativa del suicidio, haciendo que pareciese que había muerto por las heridas, y la subsiguiente celebración de un funeral de Estado, o bien el arresto, el juicio y la humillación pública. Cuando las SS rodearon la casa donde estaba descansando, Rommel se dio cuenta de que jamás llegaría con vida a Berlín, y optó por envenenarse. Según lo previsto, tuvo un funeral de Estado. Un consejo de guerra, convocado con rapidez cumpliendo órdenes de Hitler y presidido por el mariscal de campo von Rundstedt, dictaminó la expulsión deshonrosa del ejército de otros veintidós conspiradores militares.[280]

El juicio celebrado el 7 de agosto de 1944 a los primeros ocho conspiradores, entre ellos el general Erwin von Witzleben, quien había tomado parte en las conspiraciones militares contra Hitler desde 1938, y Yorck von Wartenburg, se inició ante el Tribunal Popular en Berlín. En las semanas que siguieron se celebraron nuevos juicios con la presencia de muchos otros conspiradores, como Schulenburg, Trott, Goerdeler, Leuschner, Hassell y Stülpnagel, éste ciego. El proceso judicial de Leber, Popitz y el ex presidente del Estado de Württemberg, Eugen Bolz, así como miembros del Círculo de Kreisau, incluyendo a Moltke, tuvo que aguardar a enero de 1945. Muchos de los conspiradores habían confiado en que un juicio les daría ocasión para exponer su punto de vista, y ciertamente Hassell entre otros se habían entregado probablemente guiados por esa expectativa. Sin embargo, el presidente del Tribunal Popular, Roland Freisler, amenazó y fustigó a los acusados, los obsequió con una catarata de graves insultos y no les permitió pronunciar más que unas pocas palabras en una ocasión. Su proceder era tan escandaloso que hasta el ministro nazi de Justicia, Otto-Georg Thierack, protestó por ello. La mayor parte de los abogados designados para defenderlos aceptaron prudentemente los cargos

de la acusación desde el inicio y no hicieron el menor intento de lograr una reducción de la pena. Con objeto de asegurarse de que pareciesen tan patéticos e indignos como fuera posible, los acusados habían sido maltratados previamente, teniendo prohibido llevar corbata, así como el empleo de cinturones o tirantes para sostener sus pantalones. No obstante, algunos lograron intercalar algunas palabras. Cuando Freisler le espetó a uno de ellos que pronto se abrasaría en el infierno, el acusado hizo una reverencia y repuso con rapidez: «Estaré deseando su propia llegada inminente, señoría». Otro le dijo a Freisler que aunque su propio cuello estaría pronto en la horca, «¡en un año estará el tuyo!». Pero Hitler había ordenado personalmente que los ahorcaran, un castigo deshonroso reservado por lo general para entonces a trabajadores forzados extranjeros, aunque también se aplicó a la Orquesta Roja. El primer grupo de hombres fue ahorcado mediante unos ganchos rudimentarios suspendidos del techo en un edificio anexo al penal berlinés de Plötzensee. Con el fin de que tuviesen una muerte lenta por estrangulamiento, se utilizó una soga especialmente fina. A medida que morían, les bajaban los pantalones en un acto final de humillación. Hitler hizo filmar las ejecuciones y las contempló por la noche en su cuartel general.[281]

Algunos de los conspiradores escaparon a la muerte y continuaron viviendo una vez concluido el Tercer Reich para confiar su historia a la posteridad. Entre ellos estuvo Fabian von Schlabrendorff, que se refugió en el sótano del Tribunal Popular con el juez y los funcionarios de justicia el 3 de febrero de 1945 cuando un bombardeo aliado demolió el edificio del tribunal. Una viga atravesó el suelo e impactó contra el sótano. Freisler murió en el acto. No hubo heridos, pero el juicio hubo de posponerse; cuando volvió a celebrarse, a mediados de marzo, el tribunal estaba empezando a contemporizar ante la inminencia de la derrota, y lo absolvió porque lo habían torturado ilegalmente, un escrúpulo que no había causado la menor inquietud en los meses anteriores. En total, tal vez fueron 1.000 las personas ejecutadas o que se suicidaron tras el intento fallido de golpe de Estado. Además, Himmler, al manifestar que cualquier implicado en un crimen tan abyecto contra Alemania debía tener sangre impura, recurrió a lo que él dijo que era la tradición germánica de castigar no sólo a los autores

de los delitos sino también a sus familias, y mandó detener a las mujeres y a los hijos, y en algunos casos a los hermanos, los padres, los primos y los tíos de algunos conspiradores, sin importar el sexo. A la esposa de Stauffenberg la mandaron al campo de concentración de Ravensbrück y a sus hijos les dieron una nueva identidad y los alojaron en un orfanato. Entre aquellos cuyas familias recibieron un trato similar se encontraban Goerdeler, Hammerstein, Oster, Popitz, Tresckow, Trott y otros. El Estado confiscó las propiedades y los objetos de valor de los conspiradores y sus familias.[282]

El complot, el intento más serio y extendido de derrocar a Hitler desde que se hizo con el poder en 1933, había fracasado, acarreando las más desastrosas consecuencias posibles para casi todos los implicados en él por razones diversas, tanto específicas como generales. Los conspiradores no habían logrado acabar con Hitler, ni habían conseguido impedir que las noticias de su supervivencia llegaran al mundo exterior desde su cuartel general de campaña. Los preparativos que adoptaron eran poco cuidadosos y apenas prestaron atención a los detalles. Aunque se estuviera apagando rápidamente, la autoridad carismática de Hitler, respaldada por Goebbels, Göring, Himmler y Bormann, todavía bastaba para impedir que altos mandos dubitativos como Fromm y Kluge se sumaran decididamente al intento golpista. Goebbels, Hitler, Himmler y las SS actuaron con rapidez y decisión, mientras que los conspiradores lo hicieron de forma dilatoria. No lograron convencer a los suficientes mandos militares cruciales para que apoyasen el golpe de Estado; aunque muchos de los altos mandos sabían a esas alturas que apenas había esperanza de que Alemania ganase la guerra, la mayoría de ellos todavía era presa de una mentalidad castrense rígida según la cual las órdenes emanadas de la superioridad debían ser obedecidas, el juramento que le habían hecho a Hitler era sacrosanto, y matar al jefe de Estado constituía un acto de traición. No fue nada extraña la actitud adoptada por el general Gotthard Heinrici, que en su diario insistía en la naturaleza sagrada del juramento personal de lealtad que él le había hecho a Hitler, como todos los demás soldados alemanes, y se mostraba en rotundo desacuerdo con el complot de la bomba de julio de 1944.[283]

Los que dieron apoyo al intento de golpe de Estado fueron en todo momento una pequeña minoría. Algunos altos mandos estaban sin duda influidos por el dinero que Hitler les había prodigado. A muchos oficiales los disuadía el temor de que se les culpara de la derrota de Alemania al modo de la «puñalada por la espalda» que tantos de ellos pensaban que había causado la derrota en la Primera Guerra Mundial. Más en general, las ideas de los conspiradores eran retrógradas, y pese a todos sus intentos de forjar un programa unificado, estaban profundamente divididos en muchos asuntos centrales. Como los más lúcidos entre ellos ya admitían en junio de 1944, el intento de magnicidio era más un gesto moral que un acto político. Si hubiesen tenido éxito en los intentos anteriores de acabar con la vida de Hitler, en 1943, podrían haber cambiado bastante las cosas. Pero la mala fortuna se ensañó con ellos desde el primer momento. De haber logrado Stauffenberg matar a Hitler, el resultado más probable hubiera sido una guerra civil entre las unidades del ejército que apoyaran a los conspiradores y las que se opusieran a ellos con el respaldo de las SS. Incluso entonces parece improbable que los conspiradores se hubieran salido con la suya: sencillamente, las fuerzas a sus órdenes no eran lo bastante fuertes ni numerosas. Los aliados no tenían la menor intención de negociar con ellos, y de hecho cuando las noticias del atentado llegaron a Londres y Nueva York no tardaron en despacharlo como una disputa sin sentido dentro de la jerarquía nazi. Algunos de los conspiradores habían albergado la esperanza de que un golpe de Estado los pondría en condiciones de establecer una paz por separado con los países aliados occidentales, pero los británicos y los americanos eran conscientes de ello, y les preocupaba el daño que pudiera causar a su alianza con la Unión Soviética si daban alguna clase de respuesta positiva a la conspiración. Una paz por separado hubiera suscitado la perspectiva alarmante de un conflicto con la Unión Soviética, y esto era algo que Churchill y Roosevelt no estaban dispuestos a contemplar.[284]

El objetivo de los conspiradores era llevar a cabo un golpe militar, y a pesar de los intentos de Stauffenberg por obtener un mayor respaldo mediante la negociación con socialdemócratas como Leber, la resistencia militar-conservadora contaba con muy poco apoyo por parte de la población

alemana en general.[285] De todos modos, la muerte de Hitler podría muy probablemente haber acelerado la desintegración del régimen, aflojado los vínculos de lealtad que todavía a mediados de 1944 unían a muchos alemanes con el régimen y acortado la guerra por espacio de algunos meses, salvando millones de vidas gracias a ello. Sólo esto era una justificación más que suficiente para llevar a cabo la empresa. No era fácil para los conspiradores llegar a las conclusiones a las que llegaron o emprender las iniciativas que emprendieron. Sin embargo, actuaron al fin y al cabo. El conde Peter Yorck von Wartenburg hablaba implícitamente en nombre de todos ellos cuando escribió en la última carta que le envió a su madre, poco antes de que lo ejecutaran, que «no era la ambición o el deseo de poder lo que determinaba mis actos. Mis actos estuvieron influidos únicamente por mi sentimiento patriótico, por la preocupación por mi Alemania tal como se ha desarrollado a lo largo de los últimos dos mil años».[286] La suya, al igual que la de los otros, era la Alemania del pasado, sobre todo el pasado prusiano, y había acabado por reconocer que Hitler estaba destruyéndola de múltiples maneras.

# 7

# LA CAÍDA

# «UNA ÚLTIMA CHISPA DE ESPERANZA»

## I

A finales de julio de 1943, cuando las cuadrillas de limpieza estaban rebuscando entre las ruinas de Hamburgo una vez que los bombarderos aliados se habían marchado, sacaron de los escombros a un escolar de quince años que salió vivo e ileso. Tras dar las gracias a sus rescatadores, Ulrich S. se unió a una columna de refugiados que abandonaban la ciudad y al cabo de unos días encontró refugio con un tío suyo que vivía en el campo, no lejos de allí. Hijo de padres profundamente socialdemócratas, no quería saber nada más de la guerra, y para no ser descubierto por las Juventudes Hitlerianas se escondió en el desván de la casa de su tío en el bosque. Seguía los acontecimientos escuchando la radio de la BBC y escribía un diario para conjurar su inevitable sentido de aislamiento al que puso por título: «¡El enemigo habla!». Su anotación a propósito del intento fallido de magnicidio del 20 de julio de 1944 respondía al tono general imperante en el diario: «Por desgracia, como por un milagro, el muy miserable no resultó herido [...]. Hitler ha escapado a su justo castigo esta vez, pero ese asesino de masas no tardará en llevarse su merecido».[1] Después de los primeros juicios, escribió acerca de los conspiradores condenados: «Su empresa proseguirá hasta el final. Los nazis quieren sacrificar a un pueblo entero sólo para aplazar su propia caída un poco más».[2]

Lo menos que puede decirse es que había una gran exasperación en las reacciones del muchacho. Resulta por supuesto imposible saber hasta qué punto eran compartidas de una forma no tan vehemente por otros miembros de antiguas familias socialdemócratas y comunistas. Sin embargo, para muchos de los hombres con esos orígenes que combatían en el frente el

atentado era visto como una traición, pues si lo aprobaban ¿por qué estaban luchando entonces? «Sabemos —escribió un soldado el 7 de agosto de 1944 — que esos canallas son todos francmasones y por tanto están confabulados con la judería internacional o, para decirlo mejor, sometidos a ella. Una lástima que no pueda yo tomar parte en la operación contra esa gentuza».[3] Nazis furibundos quedaron profundamente conmocionados. Alfred Molter, un camisa parda austríaco de larga trayectoria que servía en el personal de tierra de la fuerza aérea alemana, le escribió a su mujer, Inge, el 20 de julio de 1944 desde Viena, donde él estaba visitando a su madre:

> Querida, ¿has oído las noticias del intento de asesinar al Führer? Querida, tenía la sensación de que simplemente debía salir corriendo hacia cualquier parte y rezar. Gracias a Dios que el Führer se ha salvado. Inge, si el Führer hubiera muerto, la guerra se habría perdido, y a Göring lo matarían también con toda seguridad. Y eso era lo que los criminales deseaban lograr. ¡Qué cerdo traidor habrá alzado su mano para hacer algo así! Cuando lo oí, no podía estar solo. Así que acudí sin pensármelo dos veces a las SA.[4]

Allí, mientras recordaba con un viejo camarada camisa parda los días en que habían peleado juntos contra el dictador austríaco Schuschnigg, encontró consuelo: «Nada puede disminuir nuestra confianza en el Führer».[5] Con todo, en muchos soldados se entremezclaban la conmoción y la indignación con otros sentimientos. El soldado paracaidista Martin Pöppel, que ya había ascendido hasta el cuerpo de oficiales, no aprobaba el atentado. Los soldados tenían el deber de proseguir el combate. Sin embargo, pensaba él ya, Hitler los había decepcionado enormemente. Debería haber dejado la conducción de la guerra en manos de los profesionales. A medida que las tropas aliadas avanzaban, la situación de la unidad de Pöppel en el norte de Francia se tornaba más y más desesperada. Sin embargo, cuando les dijo a sus hombres que tendrían que rendirse, muchos de ellos se sintieron avergonzados ante semejante perspectiva. «Como soldados paracaidistas —le preguntaron—, ¿cómo podremos mirar a nuestras mujeres a la cara si nos entregamos voluntariamente?». Finalmente Pöppel logró convencerlos de que no tenían elección. Pero la pregunta desesperada que le habían formulado indicaba la fortaleza de su

sentido del deber militar y del honor viril, factores que contribuyeron a que muchos soldados alemanes siguieran combatiendo en el frente occidental hasta el final.[6]

También en el frente interno las reacciones fueron diversas. El 28 de julio de 1944, el Servicio de Seguridad de las SS afirmó solícitamente que el hecho de que Hitler hubiera escapado con vida había supuesto un alivio para la gente y que el pueblo alemán mantenía la determinación de seguir luchando. «Oímos una y otra vez manifestarse la opinión de que si el atentado hubiera logrado su objetivo, el único resultado hubiese sido el surgimiento de otro 1918». La gente deseaba saber más. ¿Durante cuánto tiempo había estado fraguándose la conspiración? ¿Quién estaba detrás de ella? ¿Hubo agentes británicos implicados? El rol preponderante asumido por los aristócratas prusianos era motivo de ira para algunos, a los que se atribuía haber dicho «que la aristocracia debería ser exterminada por entero». La implicación de tantos oficiales del ejército sugería a muchos una explicación del porqué de las derrotas continuas de Alemania: habían estado saboteando el esfuerzo bélico alemán durante meses impidiendo la llegada de tropas y de municiones. Había incluso quienes sostenían que también los problemas de la economía de guerra se debían al sabotaje.[7] Goebbels, que comunicó a los dirigentes del Partido Nazi el 8 de agosto de 1944 que el complot de la bomba explicaba por qué los ejércitos alemanes habían operado de una manera tan deficiente a lo largo de los últimos meses, alentaba decididamente esas opiniones. No cabía duda de que unos generales desleales no habían querido la victoria. Se habían unido a los aliados para hacer posible la derrota de Alemania.[8] Los mítines públicos que Goebbels había convocado atrajeron a grandes muchedumbres, ansiosas por conocer más detalles del atentado. De hecho, tales mítines quedaron descritos en un informe como un refrendo plebiscitario implícito de Hitler y su régimen. El propio Goebbels concluyó que el golpe de Estado fallido había tenido un efecto de saneamiento, resultando más beneficioso que dañino para el régimen.[9]

Sin embargo, era lógico que los nazis acérrimos y los agentes del régimen se apresuraran a manifestar su fe en Hitler, en una situación en la que cualquiera que mostrara la menor compasión por los conspiradores se

exponía a que lo detuvieran, torturaran, juzgaran y ejecutaran. No había posibilidad de reaccionar con franqueza ante el atentado. Como señaló el cuerpo de policía en el distrito rural bávaro de Bad Aibling y Rosenheim el 23 de julio de 1944:

> Cuando las noticias vespertinas se emitieron por radio a las ocho en punto del jueves 20 de julio de 1944, y antes de ellas se emitió el comunicado especial del violento ataque, en una taberna local se encontraban sentados entre otros unos doce campesinos de la zona sobre la que aquí se informa. Escucharon el comunicado especial en silencio y sin perder detalle. Tras el comunicado, nadie se atrevió a pronunciar palabra y todos se mantuvieron callados sentados a las mesas.[10]

En Berchtesgaden, el Servicio de Seguridad de las SS informó de que sobre todo las mujeres anhelaban desesperadamente que la guerra finalizase y que algunas pensaban que la muerte de Hitler podría propiciarlo. «En un búnker antiaéreo, después del sonido de la alarma, se pudo oír una voz femenina en la oscuridad: "En fin, si por lo menos lo hubiera alcanzado"».[11] La gente solamente podía abandonarse a decir esa clase de cosas al amparo del anonimato. En general, pese a una sensación momentánea de alivio, el atentado no tuvo un efecto *general* en la moral de la población. «Nadie cree ya —proseguía el informe policial— que la guerra se pueda ganar». Y el estado de ánimo de la población era «el peor imaginable».[12] La mayoría de la gente tenía cosas más importantes por las que preocuparse que el intento de golpe de Estado. Dos días después de que Stauffenberg hiciera estallar su bomba, el Servicio de Seguridad de las SS informó de que el empeoramiento de la situación militar estaba provocando un deterioro incesante de la moral. Peor aún, «una especie de sentimiento creciente de pánico se ha adueñado de muchos camaradas del pueblo, sobre todo de un gran número de mujeres. En los comentarios que hemos recogido predominan la consternación, la perplejidad y el desánimo».[13]

Hasta del oeste de Alemania se decía que los sucesos ocurridos en el frente oriental estaban desviando la atención de todo lo demás. En el mejor de los casos, la gente seguía manifestando su confianza en Hitler; en el peor, decían que la situación militar era más desesperada de lo que podían imaginarse, «y —señalaba una información— los pesimistas son mayoría».[14] Las cartas de los soldados destinados en el frente oriental y los

informes de los que habían quedado incapacitados estaban dejando bien patente que las fuerzas alemanas no estaban llevando a cabo un repliegue ordenado sino una retirada a gran escala. Unidades enteras huían en desbandada o se rendían al enemigo, y las tropas «ya no tienen ganas de seguir combatiendo».[15] «Hombres de permiso dicen que el estado de ánimo de muchos soldados es incluso peor que en el país porque la gran mayoría de los soldados ha dejado de creer en la victoria».[16] El deterioro de la moral de la población prosiguió en los meses de guerra que quedaban sin que las noticias del complot de la bomba tuvieran que ver con ello. La gente estaba empezando a huir con el dinero y sus pertenencias de los territorios situados en el camino por donde avanzaba el Ejército Rojo. El Servicio de Seguridad de las SS informó el 10 de agosto de 1944 de «un cansancio ante la guerra entre la mayoría de los camaradas del pueblo», junto con una buena disposición (tal vez el informante se sintiera obligado a añadirlo) para luchar por la victoria en lo que él llamaba de forma reveladora la «batalla final».[17] Hitler y Goebbels podían culpar a los generales por socavar sistemáticamente el esfuerzo bélico durante años, pero si tal hubiera sido el caso, se preguntaban algunos, entonces o bien los líderes nazis habían sido extremadamente estúpidos o negligentes al permitir que algo así sucediera, o bien habían estado al corriente de ello pero habían optado por no revelárselo al pueblo alemán. La consecuencia, según informaba el Servicio de Seguridad de las SS a primeros de agosto de 1944 desde Stuttgart, era «que la mayor parte de los camaradas del pueblo, incluso aquellos que hasta la fecha han confiado firmemente, han perdido toda la fe en el Führer».[18] La misma oficina informó en noviembre de 1944 de que la reputación de Hitler había declinado todavía más, si tal cosa era posible. Un ciudadano dijo: «Siempre se ha dicho que Dios nos envió al Führer. No lo pongo en duda. Dios nos envió al Führer no para salvar Alemania, sino para destruirla. La Providencia ha decidido aniquilar al pueblo alemán y Hitler es su verdugo».[19]

Los informes sucesivos sólo podían dar parte de un nuevo declive de la moral a medida que el Ejército Rojo seguía avanzando sin cesar hacia Alemania y luego ya por el interior del propio país. Una serie aparentemente inacabable de derrotas frente a los ejércitos invasores aliados

en el oeste no hizo sino ahondar un abatimiento cada vez más acusado. También en el campo diplomático el Reich se encontraba cada vez más aislado. Turquía rompió relaciones con Alemania el 2 de agosto de 1944, y Bulgaria declaró la guerra a Alemania cuando tropas soviéticas entraron en el país el 8 de septiembre de 1944. Tras el desmoronamiento de los restos del ejército rumano ante el avance soviético, con la subsiguiente aniquilación de dieciocho divisiones alemanas en Rumanía por parte del Ejército Rojo, el 23 de agosto de 1944 se produjo el derrocamiento del mariscal Antonescu y Rumanía se pasó al bando de los aliados confiando en recuperar el territorio que había cedido a Hungría en 1940. Todo esto amenazaba con aislar a las fuerzas alemanas presentes en Grecia, y éstas, con la autorización de Hitler, se replegaron en octubre a Macedonia, abandonando asimismo Albania y el sur de Yugoslavia. La defección de Turquía no hizo sino agravar la desmoralización en la propia Alemania.[20] La pérdida de Rumanía llevó al Ejército Rojo hasta las fronteras de Hungría, donde el regente, el almirante Hórthy, organizó una tenaz resistencia para detener a los invasores. Sin embargo, Hórthy se dio cuenta de que el juego había terminado y le escribió a Stalin afirmando, no muy verosímilmente, que se había sumado a la guerra en el bando alemán en 1941 a consecuencia de un malentendido. El 15 de octubre de 1944, anunció que Hungría ya no era aliada del Reich.[21]

Hitler había planeado ya su movimiento en respuesta a esa defección prevista desde hacía mucho tiempo. El mismo día que Hungría abandonó la alianza, Otto Skorzeny, cumpliendo órdenes de Hitler, accedió a la fortaleza de Budapest que servía de refugio al almirante Hórthy y a su gobierno y secuestró al hijo del líder, cuyo nombre era también Miklós, envolviéndolo en una manta y sacándolo con rapidez del edificio hasta un camión que aguardaba. El Hórthy más joven pronto se encontró recluido en el campo de concentración de Mauthausen. Hitler informó entonces a Hórthy de que su hijo sería fusilado y la fortaleza tomada por asalto a menos que se rindiera. Resignado, el almirante renunció, y partió a un exilio relativamente confortable en un castillo bávaro. Entretanto, Ferenc Szálasi, el líder de la Cruz Flechada, tomó las riendas del poder con el respaldo de los alemanes. Szálasi se apresuró a aprobar nuevas leyes para reconstruir el Estado con

líneas corporativas de corte fascista. Sus hombres empezaron a asesinar a judíos supervivientes por toda Budapest, con la ayuda en algunos casos de curas católicos, uno de los cuales, el padre Kun, adoptó la costumbre de gritar «En el nombre de Cristo, ¡fuego!» cuando los paramilitares de la Cruz Flechada encañonaban a las víctimas judías. Cuando 35.000 hombres judíos, a los que se había privado de libertad con el fin de crear batallones de obreros para construir fortificaciones alrededor de la capital húngara, empezaron a cruzar el Danubio para acceder a la ciudad en una retirada apresurada ante la llegada del Ejército Rojo, unidades de la Cruz Flechada bloquearon su camino, matándolos en las orillas o en los puentes y lanzando sus cuerpos al agua. Fueron tantos los cuerpos que quedaron tirados por las calles que hasta la policía se quejó. Adolf Eichmann volvió a Budapest el 18 de octubre de 1944 y organizó la detención de otros 50.000 judíos, a los que sacaron a pie de la ciudad en dirección a Viena con la idea de ponerlos a trabajar en las fortificaciones de esta última: mal abastecidos y objeto de un maltrato brutal, muchos miles de ellos murieron en la inútil marcha; en realidad, tantos que Szálasi mandó que cesaran las deportaciones a mediados de noviembre, temiendo tal vez, no sin motivo, que se vería obligado a responder por ellos. En la misma Budapest, los judíos que quedaban se hallaban confinados en los alojamientos del gueto. En enero de 1945, 60.000 vivían en sólo 4.500 viviendas, en ocasiones catorce personas en una habitación. Sometidos a los ataques reiterados de los escuadrones de la muerte de la Cruz Flechada, los residentes en el gueto no tardaron en sufrir el tormento del hambre y las enfermedades, así como un aumento vertiginoso de los índices de mortalidad. Un pequeño grupo de diplomáticos internacionales presentes en la capital húngara, entre quienes tuvo un papel preponderante el representante sueco Raoul Wallenberg, intentó obstinadamente y con un éxito parcial proteger a los judíos, y logró presentar cerca de 40.000 certificados de protección —muchos de ellos falsificados— reconocidos por la Cruz Flechada.[22]

En realidad, no fue ése el último gran exterminio de judíos en un país europeo. En agosto de 1944 se hizo patente que el ejército eslovaco, a las órdenes del ministro de Defensa, estaba tramando el derrocamiento del gobierno títere que había dirigido el país bajo la tutela alemana desde 1939

y pasar al bando de los países aliados. A consecuencia de ello, tropas alemanas ocuparon Eslovaquia el 29 de agosto de 1944. Siguió un levantamiento a gran escala. Sin embargo, los insurgentes nacionalistas y pro soviéticos no pudieron coordinar sus acciones. Los aliados occidentales juzgaron innecesario volar para darles cobertura al encontrarse ya el Ejército Rojo en la frontera. Las fuerzas soviéticas no lograron desplazarse con rapidez suficiente para acudir en ayuda de los partisanos. En octubre de 1944 el levantamiento había sido brutalmente reprimido. Entretanto, los ocupantes alemanes no habían perdido un segundo en ordenar que se reanudara la deportación de los judíos que quedaban en el país y que el régimen colaboracionista había ordenado interrumpir en octubre de 1942 después de que unos 58.000 judíos hubieran sido transportados a los campos de concentración. Los primeros trenes partieron en septiembre de 1944 y siguieron haciéndolo hasta marzo de 1945. Por entonces, eran casi 8.000 los judíos eslovacos detenidos y deportados a Auschwitz, más de 2.700 a Sachsenhausen y por encima de 1.600 a Theresienstadt.[23] Por tanto, además de las SS de Himmler, también las autoridades civiles y militares alemanas continuaron aplicándose a la persecución de los judíos aun mucho después de que la mayor parte de ellas supieran que la guerra estaba perdida. La venganza por el papel que la imaginación atribuía a los judíos en la derrota inminente se había convertido en su motivación primordial, y no cejaron en su empeño hasta el final.

## II

En un chiste popular del verano de 1944 se contaba que a un joven poco instruido le enseñaban un globo terráqueo en el cual, se explicaba, la extensa área verde correspondía a la Unión Soviética, la vasta área roja, al Imperio Británico, la enorme área malva, a Estados Unidos, y la gran área amarilla, a China. «¿Y esa manchita azul?», le dio a él por preguntar, señalando el centro de Europa. «¡Eso es Alemania!». «¡Oh! ¿Y sabe el Führer lo pequeña que es?».[24] El deterioro acelerado de la situación militar del Reich en 1943 y 1944 no se le escapaba a nadie. En su condición de autoproclamado mayor líder militar de todos los tiempos, Hitler percibía de

forma instintiva que Alemania aún estaría ganando si los generales no hubieran estado minando una y otra vez su estrategia, desobedeciendo sus órdenes y emprendiendo deliberadamente la retirada ante un enemigo al que únicamente él sabía cómo derrotar. Bastaba un último esfuerzo para que las cosas volvieran a marchar. El 25 de julio de 1944, nombró a Goebbels plenipotenciario del Reich para la Guerra Total, una iniciativa surgida del propio Goebbels, que estaba reclamando su recompensa por su lealtad y presencia de ánimo en el fallido golpe de Estado. El rival de Goebbels, Hermann Göring, se sintió desplazado y, llevado por el disgusto, se enclaustró en su finca de Rominten por espacio de varias semanas. Aliándose entonces con Martin Bormann, Goebbels dio rienda suelta a una catarata de medidas, muchas de las cuales tenían que ser llevadas a la práctica no por la burocracia engorrosa del Estado, sino por los líderes regionales del partido en las provincias. Con ellas se pretendía sobre todo reclutar a más hombres para las fuerzas armadas. Esto le enfrentó con Speer, que quería disponer de más hombres para la industria de las armas. Pero Hitler desautorizó a quien había sido su preferido. Con el respaldo del Führer, Goebbels y Bormann convocaron al ministro de Armamento y le dijeron sin andarse con rodeos que quedaba bajo sus órdenes. Speer ya no volvió a intentar influir en Hitler directamente.[25]

El empuje renovado de Goebbels en pos de la «guerra total» produjo una serie de medidas para ahorrar mano de obra, como el despido de tres cuartas partes del personal de la Cámara de Cultura del Reich y el recorte o la clausura de teatros, orquestas, periódicos, editoriales y otras instituciones consideradas prescindibles para el esfuerzo bélico. Hubo un nuevo recorte drástico de las industrias de bienes de consumo. El propio Hitler vetó la propuesta de Goebbels de dejar de enviar periódicos y revistas a los soldados que se encontraban en el frente, porque hacerlo dañaría la moral, pero otros recortes en el servicio postal sí se aprobaron, y los despidos en el gobierno y la administración locales incrementaron la eficacia de los recortes. La edad máxima de reclutamiento de mujeres para la industria militar se elevó de cuarenta y cinco a cincuenta y cinco años, y unas 400.000 mujeres, en su mayor parte extranjeras, pasaron de hacer tareas domésticas a trabajar en áreas de la economía relevantes para la guerra. El

intento de fusionar el Ministerio de Finanzas prusiano, que había estado presidido por uno de los conspiradores del complot de la bomba, Popitz, con el Ministerio de Finanzas del Reich se demostró demasiado complejo de llevar a cabo, pero, por encima de todo, las medidas permitieron incorporar a la guerra a más de 450.000 hombres. Sumados a otros hombres que se vieron apartados de sus ocupaciones en la industria militar, todo ello contribuyó al envío de otro millón de efectivos al frente desde primeros de agosto hasta finales de diciembre de 1944. No obstante, durante ese mismo período el enemigo mató, capturó o hirió a más de un millón de soldados, y el área que el Reich abarcaba, y por ende el número de efectivos a los que podía recurrir, estaba reduciéndose con rapidez. El Reich cada vez se movía con mayor rapidez para intentar mantener la misma posición.[26]

El 20 de noviembre de 1944, el Ejército Rojo se había aproximado al cuartel general de campaña de Hitler en Rastenburg, y el Führer, cediendo a las súplicas de Bormann, lo abandonó para siempre, regresando a la Cancillería del Reich en Berlín. Sin embargo, el avance del Ejército Rojo se ralentizó al alcanzar la propia Alemania, donde el frente se estrechaba entre el Báltico y los Cárpatos, y las fuerzas alemanas contaban con líneas de comunicación internas. Tras consumar sus rápidos avances, las fuerzas soviéticas estaban exhaustas, debían reagruparse y reorganizarse, y les llevó algún tiempo resolver los problemas de abastecimiento provocados por la mayor estrechez de la vía férrea en las áreas a las que estaba accediendo, en comparación con la vía ancha utilizada en la Unión Soviética y los Balcanes. La pausa permitió a Hitler llevar a cabo un último intento para dar un giro a la situación en el oeste, donde las dificultades en materia de abastecimiento y de disponibilidad de efectivos también habían reducido la velocidad del avance aliado. A comienzos de diciembre los ejércitos alemanes se habían visto obligados a situarse tras las fortificaciones del Muro del Oeste. Hitler planeó una acción fulgurante con treinta divisiones recién formadas y equipadas, encabezadas por una ofensiva de vehículos blindados para atravesar las defensas de los americanos, por cuyas virtudes para el combate él no sentía más que desprecio. Tenía que ser en muchos aspectos una repetición de la campaña de 1940, dividiendo las fuerzas del enemigo, acorralándolas contra el mar y destruyéndolas en una maniobra de

envolvimiento a gran escala. El golpe que les asestaría tenía por objeto mantener a raya a los aliados occidentales mientras se desarrollaba una generación nueva de «armas maravillosas» que cambiarían decisivamente la suerte de la guerra en beneficio de Hitler. De hecho, si la ofensiva era realmente exitosa y se lograba capturar Amberes, Hitler y Jodl pensaban que eso podría llevar a la mesa de negociaciones a los aliados occidentales. Los generales y oficiales al mando a quienes Jodl expuso los planes el 3 de noviembre de 1944 los descartaron al considerarlos completamente irreales. Un avance veloz hacia la costa en 1940, contra un enemigo confundido y desprevenido, era una cosa; otra muy distinta, en las condiciones de diciembre de 1944, con una fuerza abrumadoramente superior desplegada frente a ellos, y con las dificultades provocadas por la escasez de hombres, de municiones y sobre todo de combustible. Pero Jodl les dijo que no había alternativa. Una simple victoria táctica como volver a capturar Aquisgrán no sería suficiente.[27]

El 11 de diciembre de 1944, Hitler llegó a su nuevo cuartel general de campaña en las inmediaciones de Bad Nauheim, cerca del lugar desde el que iba a lanzarse la ofensiva. El ataque se inició el 16 de diciembre de 1944. Ayudados por la sorpresa y por el mal tiempo que impedía volar a los aviones de los aliados, 200.000 soldados alemanes y 600 carros de combate con 1.900 piezas de artillería penetraron en las líneas americanas, defendidas por 80.000 soldados y 400 carros de combate, y avanzaron algo más de un centenar de kilómetros en dirección al río Mosa. Pero no tardaron en quedarse sin gasolina, y en vísperas de la Navidad los blindados americanos los obligaron a detenerse, apoyados tras la mejoría del tiempo por 5.000 aviones aliados que bombardeaban incesantemente las líneas alemanas. Aunque los británicos, a las órdenes de un Bernard Montgomery cauteloso en extremo, no lograron reaccionar con rapidez suficiente para aislar a las fuerzas alemanas que ahora ocupaban un extenso saliente que dio su nombre [en inglés] al enfrentamiento —[*The Battle of the Bulge*] «la Batalla de las Árdenas»—, los americanos comandados por George Patton organizaron con éxito un contraataque con vehículos blindados desde el sur. La fuerza aérea alemana trató de neutralizar la supremacía aérea aliada lanzando una serie de ataques con 800 cazas y bombarderos contra

aeródromos aliados el 1 de enero de 1945, pero en esta operación se perdieron tanto aviones alemanes como aliados —en torno a 280— y fracasó en su objetivo. En Alsacia un ataque alemán secundario tampoco cuajó. Frustrados por su incapacidad para lograr un avance decisivo, los hombres de la 1ª división blindada de las SS masacraron a un gran número de prisioneros de guerra americanos en Malmédy el 17 de diciembre de 1944. Esto sólo sirvió para enfurecer a las fuerzas americanas que estaban reanudando su avance hacia Alemania. En total, unos 80.000 soldados alemanes y 70.000 americanos resultaron muertos, heridos o desaparecidos en combate, y cada bando perdió alrededor de 700 carros de combate y vehículos blindados. Para los alemanes, estas pérdidas eran irreemplazables. Los americanos enjugaron sus pérdidas fácilmente por medio de las ingentes cantidades de hombres y materiales transportados incesantemente por el Canal a la zona de combate. La última contraofensiva a gran escala de Hitler había fracasado. El 3 de enero de 1945, Hitler reconoció la realidad y retiró a sus fuerzas principales del campo de batalla hacia posiciones defensivas situadas más al este.[28] La derrota parecía entonces inevitable. El 15 de enero de 1945, Hitler subió a bordo de su tren especial y regresó a Berlín.[29]

Los pensamientos de Hitler y de la cúpula dirigente nazi se orientaban cada vez más no a la victoria, sino a la venganza. En concreto, Hitler esperaba desarrollar los medios para pagar a los aliados en la misma moneda, y con creces, la campaña de bombardeos. Aunque desde el mismo inicio de su carrera había contemplado el terror como un recurso clave para combatir a sus enemigos, Hitler no había considerado en un principio los bombardeos sobre Rotterdam, Londres y otras ciudades como lo que la propaganda aliada refería como «ataques de terror». Incluso el *Blitz* sobre Londres se dirigió sobre todo contra los muelles, mientras que el ataque tristemente célebre a Coventry se organizó debido a la función crucial de la ciudad en la fabricación de armamento. El propósito de esos ataques era debilitar la economía de guerra británica y llevar a Churchill a la mesa de negociaciones, no, como Hitler señaló explícitamente, aterrorizar a la población civil. En abril de 1942, tras el ataque británico contra Lübeck, había ordenado el comienzo de «ataques de terror» contra Gran Bretaña.

Sin embargo, durante muchos meses careció de medios para que tuvieran algún efecto. Entretanto, la rápida intensificación de los ataques angloamericanos contra ciudades alemanas pequeñas y grandes, durante los cuales —en 1943— cayeron en áreas residenciales hasta el 70 por 100 de las bombas de alto poder explosivo y el 90 por 100 de las incendiarias, había creado en la población un deseo extendido de emprender represalias, no para desatar una venganza contra los británicos, sino con el fin de forzarlos a detener la destrucción. Al ministro de Propaganda, Goebbels, le preocupaban especialmente los efectos de los ataques sobre la moral de la población. Si Göring («un desastre» a juicio de Goebbels) no había logrado dar una protección adecuada contra los ataques, entonces algo habría de hacerse para convencer al pueblo de que el régimen no había fracasado totalmente. No sin crueldad, Hitler pensó en un principio que la destrucción deparaba la oportunidad de realizar mejoras urbanas («En términos estéticos —opinaba—, las ciudades dejan bastante que desear. La mayor parte de las grandes ciudades industriales están mal diseñadas, edificadas de forma anticuada y espantosa. En este aspecto, los ataques aéreos británicos nos darán espacio»).[30] No obstante, también a él la destrucción le fue poniendo cada vez más furioso, y afirmó que «los británicos se detendrán únicamente si sus ciudades son destruidas [...] El terror se quiebra con el terror».[31]

Goebbels era partidario, como cabía esperar de él, de bombardear las partes de las ciudades británicas «donde viven los plutócratas».[32] Sin embargo, exigir un grado de precisión tal estaba claramente fuera de lugar. Además, la fuerza aérea alemana carecía de bombarderos cuatrimotores, de bombarderos capaces de volar a gran altitud y de bombarderos adaptados para vuelos nocturnos. Los altos mandos estaban aplazando la fabricación de nuevos modelos al reclamar que éstos tuvieran la capacidad de bombardear en picado la infantería y los carros de combate del enemigo. Göring manifestó en septiembre de 1942 que con la falta que Alemania tenía de bombarderos de larga distancia le venían ganas de «llorar».[33] No obstante, la fuerza aérea reunió a duras penas a unos 440 bombarderos, en su mayor parte modelos más viejos como el Ju88, para un ataque contra Londres en la noche del 21 al 22 de enero de 1944, al que los británicos apodaron con sorna «Baby Blitz» [bombardeo bebé]. Alrededor del 60 por

100 de las 475 toneladas de bombas transportadas como carga explosiva eran incendiarias: tenía que ser un ataque de represalia que causara el mayor daño a las viviendas de la capital inglesa. Sin embargo, cuando hubo concluido únicamente 30 toneladas cayeron sobre el objetivo, y de hecho sólo la mitad de las bombas llegaron a golpear suelo inglés. Otro ataque una semana más tarde no fue mejor. Más de 100 aviones sufrieron problemas mecánicos y tuvieron que regresar. La mitad de los nuevos Heinkel 177 se perdieron, cuatro de ellos cuando se incendiaron sus motores. El aparato no se había comprobado y puesto a prueba de una forma adecuada. Hitler lo llamó un «aparato de mierda [...], probablemente el peor aparato que jamás se haya fabricado».[34] Aproximadamente otras dos docenas de ataques se sucedieron sobre una variedad de objetivos desde Portsmouth a Torquay, cada uno de ellos con la participación de unos 200 aviones, hasta que las pérdidas y las averías mecánicas redujeron las cifras a poco más de 100 hacia el final de la campaña, en abril y mayo de 1944. El daño causado no fue muy significativo. Excepto en los ataques contra Londres del 18, el 20 y el 24 de febrero y el 21 de marzo de 1944, que sí tuvieron éxito, la mayoría de las bombas erraron en su objetivo y el tonelaje total arrojado fue minúsculo en comparación con el que estaba golpeando Alemania. Mucho antes de que la ofensiva concluyera en mayo de 1944, estaba claro que se precisaba de algo nuevo. Ya estaba en desarrollo una línea de «armas milagrosas» o «maravillosas». Hitler y Goebbels mantenían la promesa de que tales armas revertirían más pronto que tarde la suerte de la guerra y arrebatarían la victoria de las fauces de la derrota.[35]

## III

La primera de esas armas por desplegar era una «bomba volante» no tripulada. Con la aprobación inmediata de Hitler, pasó a llamarse V-1 a propuesta de Hans Schwarz van Berkl, periodista de *Das Reich*, el órgano de Goebbels, el 17 de junio de 1944. El nombre remitía a su función como un medio de represalia contra los aliados, en venganza por la destrucción causada por las bombas aliadas en las pequeñas y grandes ciudades alemanas, en una situación en que los ataques llevados a cabo por

bombarderos tripulados estaban teniendo un efecto a todas luces insignificante. La «V» remite a *Vergeltung*, «represalia», una denominación que ya delataba implícitamente que su propósito moral era mayor de lo que pudiera ser su eficacia militar. La V-1 fue el resultado de proyectos experimentales desarrollados a mediados de la década de 1930, cuando el ingeniero Paul Schmidt había comenzado a trabajar en un sistema pulsorreactor que funcionaría por medio de explosiones rápidas intermitentes. Para acelerar su desarrollo, el Ministerio del Aire había pedido a Argus, un fabricante de motores para aviones, que se hiciera cargo del proyecto en 1939, y el motor pulsorreactor se puso a prueba con un avión de caza de pequeño tamaño en 1941 y 1942. Sin embargo, su extrema rumorosidad y las vibraciones que causaba hacían imposible emplearlo en aviones tripulados. La alternativa era un «torpedo aéreo», o lo que ahora llamaríamos un misil de crucero, y en junio de 1942 el Ministerio del Aire dio su aprobación formal a un programa de desarrollo completo del que tenía que encargarse el fabricante de aviones Fieseler. Tuvieron que pasar dos años más hasta llegar a la fase de producción. El 13 de junio de 1944, por orden urgente de Hitler, las primeras diez bombas volantes V-1 fueron catapultadas hacia Londres desde sus rampas de lanzamiento situadas junto a la costa. El combustible de que disponían había sido calculado para que se agotara sobre la capital inglesa, momento en el cual se precipitaban a tierra y explosionaban. Los londinenses escuchaban cómo se aproximaba el rugido de los motores de las V-1, aguardando con ansiedad a que se detuvieran y contando a continuación los segundos transcurridos hasta la explosión. El efecto psicológico fue considerable. Hitler ordenó aumentar masivamente la producción en los últimos días de junio de 1944. Se dispararon un total de 22.384 de los misiles (1.600 desde aviones, el resto desde rampas de lanzamiento), pero entre un tercio y la mitad de ellos no lograron alcanzar su objetivo. Algunos se quedaban sin combustible demasiado pronto, mientras que otros eran derribados por el fuego antiaéreo o por aviones de caza que podían volar más deprisa que la lentitud con que lo hacían los misiles, cuya velocidad de 375 millas por hora [poco más de 600 kilómetros por hora] podían superar fácilmente. Speer pensó más tarde que Hitler y quienes le rodeaban, entre los cuales se incluía él mismo,

«sobrestimaron con mucho sus efectos». A medida que los aliados invadían los lugares desde donde se producían los lanzamientos, era cada vez mayor la cifra de V-1 lanzadas desde Alemania a Bélgica, y concretamente a Amberes, propósito para el cual no habían sido diseñadas precisamente. En septiembre de 1944 estaba claro que las V-1 no habían logrado quebrar la moral de los británicos y el programa se redujo; las pocas que se lanzaron a Londres desde el interior de la propia Alemania en 1945 tenían que llevar ojivas mucho más pequeñas para poder cubrir una distancia mayor, y apenas tuvieron efecto.[36]

La segunda y más sofisticada técnicamente de las dos armas «V» fue un cohete balístico desarrollado por el ejército de tierra como un rival para las V-1 de la fuerza aérea. Los científicos habían empezado a trabajo en primer lugar en unos cohetes de combustible líquido a finales de la década de 1920, inspirándose en parte en una película de Fritz Lang, *La mujer en la Luna*. Diversos grupos, algunos con el respaldo de fabricantes de aviones como Hugo Junkers, hicieron pruebas con varios tipos de combustible, algunos de ellos peligrosamente volátiles. A finales de la década de 1930, un joven aristócrata pudiente, Wernher von Braun, había despuntado como el más importante de los pioneros en el estudio y la experimentación con cohetes. Nacido en 1912, el joven Von Braun se había criado en el seno de una familia conservadora, nacionalista; su padre había perdido su empleo como funcionario del Estado a consecuencia de haber apoyado el *putsch* de Kapp en 1920, y posteriormente se hizo banquero. En 1932, el mayor de los Von Braun se había convertido en ministro de Agricultura en el gobierno reaccionario de Franz von Papen, pero también había perdido esa ocupación tras la llegada de Hitler al poder. Sin embargo, la política de derechas del mayor de los Von Braun inculcó a su hijo un conjunto de actitudes que hacían que para él resultara sencillo entrar al servicio del gobierno nazi. Tras estudiar ingeniería mecánica en la Universidad Tecnológica de Berlín y completar un doctorado en física aplicada sobre el estudio y la experimentación con cohetes de combustible líquido, Wernher von Braun obtuvo fondos del ejército de tierra y la fuerza aérea y creó un campo de pruebas para misiles y cohetes en Peenemünde, un lugar remoto de playas, marismas y dunas en el extremo septentrional de la isla de Usedom, en la

costa báltica, donde su abuelo había pasado las vacaciones muchos años antes cazando patos. Tras afiliarse al Partido Nazi en 1937 y a las SS tres años más tarde, Von Braun poseía las credenciales, las conexiones, el encanto y el carisma necesarios para convencer a los militares para que aumentasen los fondos que destinaban a ese proyecto improbable. Los problemas que Von Braun y su equipo cada vez más amplio tenían que resolver eran formidables: el combustible debía ser estable y potente, la aerodinámica de los cohetes, fiable, los sistemas de guiado, eficaces. Von Braun tuvo que batallar para recibir materiales cruciales, como acero, y componentes indispensables, como giróscopos, transmisores y turbobombas, y tuvo que contratar a expertos científicos y a obreros cualificados disputándoselos con áreas de la economía de guerra más prioritarias que probar y desarrollar cohetes experimentales.[37]

Sin embargo, fue crucial que Von Braun lograra convencer a Albert Speer de la importancia del proyecto. «Me gustaba relacionarme con aquel círculo de científicos e inventores jóvenes sin inclinaciones políticas encabezados por Wernher von Braun: veintisiete años de edad, resuelto, un hombre con los pies en el suelo que se siente como en casa en el futuro», recordó Speer más tarde.[38] De visita en Peenemünde poco después de su nombramiento como ministro de Armamento en compañía del general Fromm, el mariscal de campo Milch y un representante de la armada, Speer presenció el primer disparo de un cohete teledirigido. «Con el bramido de un gigante desatado —recordó más tarde—, el cohete se elevó lentamente desde su plataforma, pareció situarse sobre su chorro de llamas durante una fracción de segundo, luego desapareció con un silbido entre las nubes bajas. Wernher von Braun estaba exultante». Profundamente impresionado por ese milagro de la técnica, a Speer le estaban informando los técnicos sobre las «distancias increíbles que el proyectil estaba recorriendo cuando, al cabo de un minuto y medio del lanzamiento, un silbido que crecía con rapidez indicaba que el cohete estaba precipitándose en las inmediaciones. Todos nos quedamos paralizados donde estábamos. Se estrelló contra el suelo a menos de un kilómetro de distancia».[39] Como era lógico, cuando tuvo conocimiento del ensayo, Hitler no se mostró convencido del futuro del proyecto. Pero su escepticismo inicial quedó superado cuando Speer le

informó del primer ensayo exitoso, el 14 de octubre de 1942, cuando uno de los cohetes recorrió 193 kilómetros y se precipitó a menos de cuatro kilómetros de su objetivo. Ahora le tocaba a Hitler sentir entusiasmo. Con una despreocupación por la realidad que también se estaba haciendo obvia en otros ámbitos, afirmó que había que producir 5.000 misiles para lanzarlos contra la capital británica. Una presentación cinematográfica de Von Braun convenció a Hitler de que el cohete se convertiría en «el arma decisiva de la guerra».[40]

Con ese respaldo, el programa de cohetes ahora sí prosperaba. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que se hiciera necesario trasladar la producción de Peenemünde a alguna parte más segura. Los servicios de inteligencia y los vuelos de reconocimiento aliados habían proporcionado una información alarmante sobre ése y otros emplazamientos de armas secretas, y se ordenó que una flota de casi 600 bombarderos pusiera rumbo al complejo de desarrollo de cohetes de Peenemünde para destruirlo. El centro sobrevivió al ataque del 18 de agosto de 1943, pero aun así los daños causados fueron considerables. Deseoso de extender su propio poder al programa, Himmler convenció a Hitler de que había que reubicar la producción en un emplazamiento subterráneo bien alejado de las prioridades destructivas de los bombarderos aliados. Himmler encargó a un alto mando de las SS, Hans Kammler, la construcción de ese nuevo centro de fabricación. Kammler tenía formación de ingeniero y había desempeñado un papel significativo en el Ministerio del Aire antes de trasladarse para ayudar a gestionar la construcción de los campos de exterminio en Auschwitz-Birkenau, Majdanek y Belzec. Desde comienzos de 1942 estuvo a cargo del departamento de construcciones de la Oficina Central de Economía y Administración de las SS. Speer pensó que guardaba un extraordinario parecido con Reinhard Heydrich, «rubio, de ojos azules, sagaz, siempre pulcramente vestido y refinado», pero también «un planificador frío, despiadado, un fanático en la persecución de una meta, y tan cuidadosamente calculador como carente de escrúpulos». Con todo, al principio Speer congenió con Kammler, describiéndolo como «mi doble en muchos aspectos», un licenciado universitario de clase media que «había llegado lejos, y lo había hecho deprisa, en materias para las cuales no lo

habían formado», un hombre cuya «frialdad objetiva» le resultaba atractiva.[41] Tras explorar diversas posibilidades, Speer, Kammler y el equipo que trabajaba con los cohetes se decidieron por un complejo de viejas minas de yeso en las inmediaciones de la pequeña ciudad de Nordhausen, en las montañas del Macizo de Harz, en Turingia. Kammler comenzó sin demora los preparativos para convertir las minas en un nuevo centro de fabricación de cohetes, conocido como Mittelwerk [«Fábrica Central»], en una alusión vaga a su situación geográfica, y organizó el traslado de los materiales y documentos que pudieran salvarse de Peenemünde.[42]

Para realizar las obras de construcción, las SS crearon allí mismo un campo, el llamado Mittelbau-Dora, dependiente del de Buchenwald. En octubre de 1943, 4.000 prisioneros, la mayoría rusos, polacos y franceses, trabajaban en las minas realizando demoliciones, cavando y mezclando y vertiendo hormigón; a finales de noviembre de 1943 su número se había doblado. «El coste humano no tiene la menor importancia —afirmó Kammler—. Las obras deben seguir adelante, y en el menor tiempo posible».[43] En vez de perder tiempo y dinero construyendo barracones para alojar a los prisioneros en el exterior de las minas, como se pretendía hacer al principio, Kammler ordenó a las SS dividir con un muro los túneles de paso 43 a 46 y mandó a los prisioneros improvisar unas literas de madera, cada una de ellas con cuatro niveles de altura. A la humedad de la atmósfera en los fríos túneles, donde la temperatura nunca superaba los 15 grados centígrados, se sumaban los efectos del polvo constante de las demoliciones. No había instalaciones sanitarias adecuadas, los suministros de agua no eran en absoluto suficientes y los presos no podían lavarse. Había retretes improvisados a base de grandes bidones de aceite cortados por la mitad sobre los cuales habían dispuesto unas tablas de madera. Una de las bromas preferidas de los guardias de las SS era acercarse por la espalda a los obreros cuando estaban sentados sobre las tablas y empujarlos hacia adentro. Los prisioneros, que dormían en camas ocupadas por dos o más personas, enseguida cobraban un aspecto mugriento y descuidado, infestados de piojos.[44] Un preso francés describió su llegada al lugar el 14 de octubre de 1943:

> Los kapos y las SS nos instan a avanzar a un ritmo infernal, gritándonos y cubriéndonos de golpes, amenazándonos con ejecutarnos [...] El ruido nos taladra el cerebro y nos destroza los nervios. El ritmo frenético se prolonga durante quince horas. Al llegar a la zona habilitada para dormir [...] ni siquiera logramos encaramarnos a las literas. Muertos de cansancio, nos derrumbamos sobre las piedras, en el suelo. Los kapos nos hacinan. Los que llegan a continuación pisotean a sus camaradas. Pronto más de un millar de hombres desesperados, en el límite de su existencia y atormentados por la sed, se tienden allí con una esperanza de poder dormir que jamás se cumple; porque los gritos de los guardias, el estrépito de las máquinas, las explosiones y el repique de la campana les dan alcance también allí.[45]

Los presos permanecían todo el tiempo en los túneles, y sólo podían ver la luz del día una vez por semana, cuando en el exterior tenían que aguardar durante horas y horas a que pasaran lista semanalmente. Muchos padecían disentería; a los que se encontraban demasiado débiles para llegar al lugar donde se pasaba lista las SS los golpeaban despiadadamente, muchas veces hasta la muerte.[46]

Cuando más tarde lo procesaron en Núremberg, Speer negó haber visitado cualquier campo de trabajo, y no mencionó Mittelbau-Dora.[47] Sin embargo, según revela la crónica de su paso por el ministerio, lo cierto es que Speer visitó el nuevo centro de fabricación de las V-2 el 10 de diciembre de 1943. Más tarde se declaró horrorizado ante las condiciones bajo las que trabajaban los prisioneros. Según se lee en sus memorias, él había ordenado de inmediato la construcción de un alojamiento apropiado para los presos, así como la mejora de las instalaciones sanitarias y de las raciones a ellos destinadas.[48] Pero en la documentación de su oficina no había ni rastro de protesta alguna; por el contrario, Speer le escribió a Kammler el 17 de diciembre de 1943 felicitándole por su éxito en la construcción del nuevo centro de producción en un par de meses, un logro «que excede con mucho cualquier cosa realizada en Europa, y que ni siquiera puede ser superado por los estándares americanos».[49] No fue hasta el 13 de enero de 1944 cuando el médico jefe del Ministerio de Armamento dio parte de la terrible situación sanitaria del campo, lo cual dio paso a una investigación del ministerio. Las muertes se elevaron de dieciocho en octubre de 1943 a 172 un mes después y a 670 en diciembre de ese año; en menos de seis meses desde el inicio de la actividad del campo, 2.882 prisioneros habían muerto. En marzo de 1944 se había instalado un

crematorio para ocuparse de los cuerpos. El índice de mortalidad sólo comenzó a disminuir en mayo de 1944 con la llegada de un tiempo más cálido y con la finalización de unos cuartos para dormir en el exterior.[50] Finalmente, 20.000 de los 60.000 hombres forzados a trabajar en la planta de producción de las V-2 y a vivir en Mittelbau-Dora o en uno de los por lo menos treinta subcampos emplazados en torno al lugar, murieron a causa de las enfermedades, el hambre y los malos tratos.[51]

Entretanto, el 18 de enero de 1944, no bien había caído enfermo Speer, Himmler maniobró con el propósito de hacerse con la empresa completamente y trasladarla además a otra división del pujante imperio económico de las SS. Al cabo de poco más de dos meses, tras no poder convencer a Wernher von Braun para que secundara sus planes, Himmler mandó detener al especialista en cohetes, al hermano de éste y a dos de sus más estrechos colaboradores acusándolos de pertenencia a una organización (puramente ficticia) izquierdista de resistencia y de intentar sabotear el programa de cohetes. Sin embargo, poco después Speer le había suplicado a Hitler, en la visita que le hizo el Führer mientras estaba en cama debido a su enfermedad, que ordenase que los pusieran en libertad. También Walter Dornberger, el oficial del ejército con total responsabilidad sobre el programa de las V-2, presionó enérgicamente al Führer. Himmler se vio obligado a ordenar la puesta en libertad de los especialistas en cohetes por ser imprescindibles científica y técnicamente, y su intento por apoderarse de la empresa quedó en nada. La detención de Von Braun iba a demostrarse conveniente cuando después de la guerra defendió su trayectoria durante los años del nazismo presentándose como un técnico especialista sin inclinaciones políticas. Su conocimiento se puso severamente a prueba en los meses que siguieron, cuando los cohetes seguían saltando por los aires en el curso de los vuelos de prueba y los primeros modelos de fabricación, producidos a marchas forzadas en la cadena de montaje de Mittelwerk, se mostraban igualmente insatisfactorios. Como cabía esperar, la mala condición física, el maltrato y la falta de destreza de los obreros en régimen de esclavitud producían un trabajo de la peor calidad. Los ajustes y mejoras constantes supusieron la introducción de no menos de 65.000 cambios en los planos hasta el final de la guerra. Incluso cuando las condiciones en el

Mittelbau-Dora mejoraron con la provisión de barracones y diversos servicios, el brutal trato homicida que los guardias y supervisores administraban a los prisioneros siguió sin disminuir, y no hay evidencias de que Dornberger o Von Braun, ni ciertamente Speer, hiciesen algo para intentar que la situación mejorase. Hubo que esperar a septiembre de 1944, cuando los problemas iniciales quedaron por fin resueltos, para lanzar los primeros cohetes contra Londres. La factoría no tardaría en fabricar más de veinte al día, o hasta 700 en un mes.[52]

Para entonces, la administración del programa de producción había pasado del ejército, que había perdido una gran cuota de poder e influencia tras el complot de la bomba de julio de 1944, a una sociedad limitada creada al efecto por los especialistas en cohetes para tratar de escapar a la influencia creciente de Kammler y las SS. Las condiciones en el campo de Mittelbau-Dora incluso se agravaron con la llegada el 1 de febrero de 1945 de un nuevo comandante, Richard Baer, que anteriormente había estado sirviendo como último comandante de Auschwitz, con órdenes de eliminar el movimiento de resistencia por entonces activo entre los reclusos. Baer hizo apalear hasta la muerte a antiguos comunistas alemanes y organizó varias ejecuciones en masa, entre ellas una de 162 presos en marzo de 1945 que los demás prisioneros se vieron obligados a contemplar. Poco después el campo fue evacuado. Sólo quedaban 600 obreros, demasiado enfermos para trasladarlos, en el Mittelbau-Dora cuando llegaron las fuerzas aliadas, junto a otros 405 hallados en un subcampo cercano. Por entonces, la factoría, junto con el centro de Peenemünde, había logrado construir unos 6.000 cohetes; la factoría de Mittelwerk fabricó también varios miles de bombas volantes V-1. En total, se lanzaron con éxito 3.200 cohetes V-2, la mayor parte de ellos no con destino a Gran Bretaña, sino hacia objetivos situados en Bélgica. No había defensa contra ellos; caían casi verticalmente a una velocidad imparable, a más de 3.000 kilómetros por hora. Pero no podían transportar más que una pequeña carga explosiva convencional de una tonelada de alto explosivo, razón por la cual no podían causar una gran destrucción. La cifra total de muertes debido al impacto de los cohetes no

pasó de 5.000 personas. Así pues, los V-2, como ha observado su historiador Michael Neufeld, fueron «un arma única: murió más gente fabricándolas que a causa de su impacto».[53]

## IV

Ya en la primavera de 1942, como hemos visto, el general Fromm, quien sería arrestado por su complicidad en el complot de la bomba al cabo de poco más de dos años, se mostraba pesimista en relación con el resultado de la guerra. Pero Fromm no cayó del todo en el desánimo. Estaba convencido de que la única cosa que podía hacer factible la victoria en la guerra frente a los programas masivos de armas que estaban llevando a la práctica Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética sería una superbomba en la que estaba trabajando un grupo de físicos liderados por los eminentes físicos teóricos Otto Hahn y Werner Heisenberg. En la década de 1930, el intento por parte de algunos científicos furibundamente nazis de rechazar la física teórica y en especial la teoría de la relatividad por ser «judías» no prosperó al toparse con la oposición de la comunidad física en una disputa enconada que tuvo lugar en Múnich el 15 de noviembre de 1940.[54] Se concluyó que la teoría no era judía, sino bien alemana. Sin embargo, en el ínterin se causó un enorme daño. Los físicos señalaron que mientras que los científicos alemanes habían publicado en 1927 cuarenta y siete artículos sobre física nuclear, entre los científicos americanos y británicos habían logrado publicar únicamente treinta y cinco. Sin embargo, en 1939, la proporción había cambiado drásticamente, y los alemanes sólo publicaron 166 artículos por 471 de los angloamericanos. Además, por entonces había treinta aceleradores de partículas en EE.UU. frente a solamente uno en Alemania.[55] Las consecuencias militares potenciales eran graves. Como Hahn había descubierto en 1938, si el uranio era bombardeado por neutrones liberaba energía suficiente para desencadenar una reacción en cadena con un poder destructivo prácticamente incalculable. Sin embargo, Alemania se había quedado claramente rezagada en la carrera por darle a ese descubrimiento una aplicación militar práctica.[56]

No obstante, Heisenberg persistió en el empeño de desarrollar una bomba nuclear. Pero al hacerlo se topó con problemas insalvables. Aunque el científico danés Niels Bohr había entendido antes de la guerra que el uranio 235 era el mejor material para ese fin, Heisenberg y Hahn jamás lograron averiguar qué cantidad se precisaba para una bomba, ni cómo mantener el proceso de fisión bajo control durante la producción. Estaban en lo cierto al pensar que el «agua pesada» (un isótopo del agua) era necesaria para este último propósito, y pareció que las cosas se encaminaban al éxito desde el momento en que la única planta en el mundo capaz de producir grandes cantidades de aquélla fue capturada en Noruega en abril de 1940. Pero la inteligencia aliada advirtió la importancia de la misma y logró destruir la factoría en una serie de ataques de comandos y bombarderos en 1943. Aun sin ese revés, el equipo de Heisenberg no supo reconocer la importancia del grafito además del agua pesada para controlar la fisión nuclear. E incluso con una fuerte inversión de dinero y recursos hubieran hecho falta dos años, quizá tres, antes de poder disponer de una «bomba atómica». Al igual que los generales del ejército, Speer era consciente de que el Tercer Reich simplemente carecía de margen para esperar. La inversión necesaria no haría sino desviar recursos vitales para atender las necesidades inmediatas de la economía de guerra: los aviones, fusiles, carros de combate, municiones, submarinos, hombres y suministros que se precisaban para infligir una derrota total al Ejército Rojo en un plazo de pocos meses, interrumpir las líneas británicas de suministro en el Atlántico y prepararse para hacer frente al ataque que lanzarían sin ninguna duda los americanos. Al ser presionado por Heisenberg, Speer quedó impresionado por la idea y le asignó algunos recursos financieros. Pero éstos eran claramente insuficientes. Ya en el verano de 1942 se había adoptado la decisión preliminar de autorizar tan sólo el desarrollo en una escala relativamente pequeña, porque Hitler y los principales rectores alemanes en materia económica no esperaban que la guerra se alargase más allá de algunos meses, por lo que la bomba atómica debería aguardar a que la guerra hubiese acabado. El ejército, que en 1940 se había hecho cargo del principal centro de investigación en ese ámbito, el Instituto de Física Káiser

Guillermo, donde Heisenberg desarrollaba su labor, se lo devolvió al Consejo de Investigación del Reich toda vez que no parecía revestir ya una relevancia militar directa.[57]

Speer consideró más tarde que de haber tenido una bomba semejante, Hitler no habría albergado la menor duda o vacilación en lo relativo a utilizarla. Mientras veían un noticiario sobre el bombardeo de Varsovia en septiembre de 1939 que acababa con un montaje en el que se mostraba a un avión que descendía en picado hacia un mapa de las Islas Británicas, que acto seguido saltaban por los aires, Hitler le había comentado a Speer: «¡Esto es lo que les sucederá! ¡Así es como los aniquilaremos!». Empleando fondos proporcionados por Speer, Heisenberg y su equipo construyeron un ciclotrón que consiguió desintegrar un núcleo atómico en el verano de 1944. Pero no había uranio disponible en cantidad suficiente para avanzar mucho más, en especial en vista del hecho de que las reservas del elemento que tenía Alemania se requerían para la fabricación de munición sólida una vez interrumpido el abastecimiento de wolframita procedente de Portugal en 1943.[58] Además, las luchas intestinas habituales en el seno del régimen constituían en cualquier caso un serio obstáculo para concentrar los esfuerzos necesarios. Porque había otro equipo además del de Heisenberg. Lo conducía el joven físico Manfred von Ardenne, con el respaldo, un tanto inverosímil, de Wilhelm Ohnesorge, ministro de Correos del Reich. Heinrich Hoffman, amigo de Ohnesorge y fotógrafo de palacio, convenció a Hitler para que se interesase personalmente por la investigación. Ardenne dispuso de la ayuda de Kurt Diebner, físico del ejército, y un equipo de otros 100 investigadores repartidos en diecisiete instituciones diferentes. Hicieron algunos progresos en el desarrollo de un arma nuclear táctica de un tipo distinto al de la superbomba de Heisenberg, empleando plutonio enriquecido. Sin embargo, los historiadores han acogido con cierto escepticismo las afirmaciones posteriores según las cuales el equipo de Ardenne tuvo éxito en la realización de explosiones de prueba en la isla báltica de Rügen en octubre de 1944 y luego en Turingia el 3 y el 12 de marzo de 1945. Fuese o no cierto el éxito de Ardenne y Diebner, era ya demasiado tarde para cambiar las cosas. Para entonces no era posible obtener las reservas de uranio y plutonio necesarias.[59] Tampoco

el respaldo de Hitler se distinguía por el entusiasmo, porque él seguía creyendo en el fondo que la física nuclear era una disciplina judía, como se creía en el Ministerio de Educación, que no movió un dedo para apoyar la investigación en esa materia. En todo caso, aun pudiendo disponer del dinero, los hombres y los materiales, no había ya tiempo. Alemania carecía de los recursos que Estados Unidos destinaba a la creación de la bomba atómica; e incluso allí el Proyecto Manhattan, con sus miles de millones de dólares, una ingente cifra de científicos y un suministro ilimitado de materiales, no logró construir un arma utilizable hasta 1945.[60]

Potencialmente resultaban igual de destructivos los gases nerviosos que estaba desarrollando el grupo I. G. Farben. Schrader, Ambros, Rüdiger y Van der Linde, científicos de I. G. Farben, habían sintetizado en 1938 un compuesto organofosfórico extremadamente mortífero al que bautizaron sarín por sus apellidos. En su calidad de director de I. G. Farben y jefe del comité especial responsable de los gases tóxicos en el ministerio de Speer, Ambros se encontraba en una posición de privilegio para desarrollar esos agentes químicos, de los cuales había otro, llamado tabun, listo para ser fabricado, y un tercero, el denominado soman, sintetizado por científicos en el Instituto de Química Káiser Guillermo, bajo la dirección de Richard Kuhn, a comienzos de 1944. En 1942 la fabricación industrial de sarín y tabun se había iniciado en un lugar situado al norte de Breslau. En junio de 1944 se habían fabricado 12.000 toneladas de tabun. Esos agentes nerviosos se probaron con animales, y se ha sostenido que también se probaron con reclusos de los campos de concentración, si bien de ello no hay pruebas concluyentes. No obstante, había problemas serios por superar antes de poder emplearlos. Durante la etapa de desarrollo, los gases nerviosos, letales con que tan sólo una cantidad minúscula entrase en contacto con la piel, habían provocado convulsiones u otros problemas de salud en más de 300 trabajadores (muchos de ellos en régimen de esclavitud) y por lo menos 10 víctimas mortales. Sin embargo, el dirigente nazi del Frente Alemán de Trabajo, Robert Ley, químico de formación, sentía entusiasmo en lo tocante a las nuevas armas químicas: Albert Speer lo recordó más tarde diciendo en aquel entonces, con las inevitables copas de vinazo, tartamudeando de la excitación: «Ya sabes que tenemos ese nuevo gas venenoso: me he

enterado. El Führer tiene que hacerlo. Tiene que emplearlo. ¡Debe hacerlo ahora! ¡Cuándo sino! Es la última ocasión. También tú tienes que hacerle comprender que ha llegado el momento». Hitler consideró ciertamente utilizar gas nervioso contra el Ejército Rojo. Pero Speer sabía que las factorías que producían los ingredientes básicos habían quedado tan gravemente dañadas en los bombardeos aliados que esa idea no se podía llevar a la práctica.[61]

En todo caso, no existía una protección eficaz contra los gases. Resultaba simplemente demasiado peligroso utilizarlos en el campo de batalla. ¿Y si el viento viraba y empujaba los gases hacia las tropas alemanas? Ponerlos en bombas o en misiles era casi igual de peligroso. Siempre ocurrían errores y nadie podía asegurar qué dirección tomaría la nube de gas tras la explosión de una bomba de gas. El plenipotenciario de Hitler para la guerra química, Karl Brandt (que también era su médico personal), estaba convencido, al igual que otros científicos, de que los aliados, al disponer de recursos superiores, estaban con seguridad más avanzados en el desarrollo y la producción de gases nerviosos. Razonaba que si Alemania empezaba a utilizarlos, la supremacía aérea de los aliados haría que no hubiese defensa posible si decidían llevar a cabo represalias. En el otoño de 1944, de resultas de ese pensamiento, la producción de máscaras de gas en Alemania se incrementó a marchas forzadas y en el plazo de unos pocos meses se fabricaron millones de máscaras. En realidad, los aliados carecían de gases nerviosos modernos, si bien contaban con reservas de fosgeno y gas mostaza. También disponían de una buena provisión de máscaras de gas, que se habían distribuido por millones a la población británica incluso antes del estallido de la guerra. Sin embargo, es más que dudoso que esos sencillos artilugios hubieran ofrecido alguna protección contra el sarín o el tabun.[62]

Las bombas volantes, los cohetes, las bombas atómicas y los gases nerviosos estaban lejos de ser los únicos dispositivos tecnológicamente avanzados que se desarrollaron en Alemania en el curso de la guerra. Como señaló Speer, en 1944 había toda una gama de armas maravillosas en preparación:

> Poseíamos una bomba volante teledirigida, un avión cohete más veloz incluso que el avión a reacción, un misil propulsado por un cohete que se dirigía hacia aviones enemigos siguiendo el rastro de calor de sus motores, y un torpedo sensible al sonido y que podía así dar caza a un buque que huyera siguiendo una trayectoria en zigzag e impactar contra él. El desarrollo de un misil tierra-aire se había completado. El diseñador Lippisch tenía aviones a reacción en su mesa de dibujo que superaban con mucho cualquier cosa conocida hasta el momento [...]. Estábamos sufriendo literalmente de un exceso de proyectos en desarrollo. De habernos centrado en sólo unos cuantos no hay duda de que hubiésemos completado algunos de ellos más pronto.[63]

Pero ninguno de ellos terminó por concretarse. Los condenó al fracaso la incapacidad del régimen para establecer prioridades, debido en parte a las luchas intestinas entre las distintas instituciones, en parte a un exceso de confianza general en lo tocante a su capacidad para financiar y construir esos programas y en parte a una subestimación general del tiempo y los recursos necesarios para pasar de la fase de investigación y desarrollo a la de producción. Por ejemplo, en vez de centrarse en el misil tierra-aire «Wasserfall» [cascada], que a juicio de Speer hubiera desempeñado un rol vital en la reducción del impacto de los bombardeos angloamericanos, Hitler ordenó concentrar los recursos en la bomba volante V-1 y luego en el cohete V-2. A raíz de ello, el programa de misiles fue acusando un problema tras otro, sin poder contar con el personal y los materiales que podrían haber acelerado su desarrollo hasta el punto de ser realmente operativo.[64] Speer y otros eran conscientes de la falta de coordinación; algunos proyectos se mantuvieron a pesar de su falta evidente de relevancia militar práctica. Pero la lucha incesante por el poder dentro del régimen significaba que nadie pudiera hacer nada al respecto. Esos proyectos fueron costosísimos: había por ejemplo más personal empleado en el centro de las V-2 en Peenemünde que el que hubo en el Proyecto Manhattan en Los Álamos. En definitiva, todos esos planes impusieron una carga financiera enorme para Alemania sin que tuvieran el menor efecto en el resultado de la guerra.[65]

Con el avión de caza propulsado con un motor a reacción, que también podría haber ayudado en la defensa de las ciudades alemanas, sucedió una historia del mismo tenor. Se disponía ciertamente del conocimiento científico y técnico. Ernst Heinkel había desarrollado y probado con éxito en 1941 un motor a reacción que se tenía que montar en un nuevo avión de

caza revolucionario, el bimotor Me262, dándole una velocidad de más de 800 kilómetros por hora. Voló por primera vez en julio de 1943. Speer estaba entusiasmado con el nuevo avión, y ante el subsiguiente fracaso en lo tocante a poder fabricarlo en masa se quejó en repetidas ocasiones a Hitler, quien tras ordenar primero la suspensión de los trabajos, cambió de idea pero afirmó que el aparato debía ser un bombardero en vez de un caza. Speer y muchos otros, entre ellos los altos mandos de la fuerza aérea, intentaron convencer a Hitler de que el Me262 podría infligir enormes daños a los bombarderos británicos y americanos que estaban devastando las ciudades alemanas pequeñas y grandes si se desarrollaba y utilizaba como un avión de caza. Pero Hitler se lo tomó como una crítica a su conocimiento militar y técnico y se enojó con los intentos reiterados para hacerlo cambiar de idea hasta el extremo de prohibir toda discusión en torno al Me262 desde el otoño de 1944. En cualquier caso, ya con bastante anterioridad el bombardeo aliado estaba obstaculizando el desarrollo del avión y los lugares destinados a su fabricación, por lo que fueron pocos los que se fabricaron. Las reservas de combustible estaban siendo destruidas, escaseaban los suministros necesarios de aleaciones para construir el avión en grandes cantidades y no había tiempo ni instalaciones para instruir a los pilotos en el vuelo con el aparato. Sin embargo, lo más importante de todo era que se requería de mucho más tiempo para probar y mejorar el diseño hasta que se resolvieran los problemas iniciales inevitables y el avión se pudiera pilotar con seguridad y eficacia. El Ministerio del Aire se comprometió sin reservas a desarrollar el aparato; Messerschmitt carecía simplemente del tiempo y los recursos para lograr que cristalizara el proyecto.[66]

Se pusieron grandes esperanzas en una nueva generación de submarinos equipados con baterías potentes que les permitirían mantenerse sumergidos durante largos períodos de tiempo de manera que el radar no pudiera detectarlos. La nueva embarcación se construyó para desplazarse con rapidez, de manera que pudiera aventajar a los convoyes y hundirlos antes de que los destructores que los escoltaban pudieran intervenir. El primero de los nuevos submarinos alemanes se entregó en junio de 1944, y en febrero de 1945 se habían construido más de 150. Pero habían sido

producidos a marchas forzadas antes de haberlos comprobado y puesto a prueba como era debido, y muchos de ellos sucumbieron casi de inmediato a problemas iniciales. En cualquier caso, sin un reconocimiento aéreo hubieran tenido difícil localizar sus objetivos. Un programa de choque para la construcción de un avión de reconocimiento de largo alcance, el Ju290, hubo de suspenderse en el verano de 1944 una vez que el daño causado por los bombardeos aliados en los centros de producción hizo evidente la futilidad del proyecto. Poco después, las bases de los submarinos alemanes situadas en la costa francesa cayeron en manos de los aliados. Los nuevos sumergibles no consiguieron hundir un solo barco, aunque la prioridad que se había dado a su programa de construcción, y las esperanzas depositadas en su éxito, convencieron a Hitler de que el oficial al mando de la flota de submarinos, el almirante Dönitz, era uno de los pocos líderes que quedaban en las fuerzas armadas que todavía poseían la voluntad de victoria que él exigía.[67]

Otra arma maravillosa, apodada V-3, tenía por todo objeto servir de venganza contra los británicos. Un cañón colosal de más de 150 metros de longitud, cuyo propósito era disparar obuses hacia el centro de Londres, impulsándolos con pequeñas explosiones a medida que ascendían por el cañón y aumentando de esa manera su velocidad. Todavía se encontraba en fase de desarrollo cuando las bombas aliadas destruyeron el lugar de lanzamiento, y cuando las instalaciones estuvieron reparadas la guerra se había perdido irremediablemente.[68] Sin embargo, otra arma maravillosa, un cohete de cuatro etapas con combustible en polvo en lugar de líquido, iba a conducir finalmente a los cohetes de múltiples etapas y combustible sólido de la posguerra, pero el ejército sólo logró producir un puñado de ellos, que fueron lanzados desde finales de 1944 contra Amberes pero se pasaron del objetivo y se precipitaron al mar. El único daño ocasionado por esa arma se produjo cuando un disparo de prueba envió a una granja cercana un cohete que acabó con unos cuantos pollos y un perro y lastimó a dos vacas.[69] La lista de armas maravillosas era aparentemente inacabable. A primeros de abril de 1945 Albert Speer se topó con Robert Ley, el líder del Frente Alemán de Trabajo, enfrascado en una conversación con Martin Bormann y otros:

> Ley se acercó a mí presurosamente con la noticia: «¡Se han inventado los rayos mortales! Un aparato sencillo que puede producirlos en grandes cantidades. He estudiado la documentación; no deja lugar a dudas. ¡Será el arma decisiva!». Con Bormann asintiendo a sus palabras, Ley, que tartamudeaba como siempre, siguió censurándome. «Pero por supuesto tu ministerio rechazó al inventor. Afortunadamente para nosotros, me escribió. Pero ahora tienes que implicarte personalmente para que este proyecto salga adelante. Sin demora. Nada hay más importante en este momento».[70]

El equipo de Speer no tardó en averiguar que el inventor no era sino un aficionado excéntrico que solicitaba un equipo tan anticuado que no se había vuelto a fabricar en cuarenta años.[71]

En definitiva, la importancia principal de las armas maravillosas estuvo en servir como instrumento de propaganda que ofrecía esperanzas a aquellos que todavía deseaban la victoria del nazismo. Con la intención de satisfacer una demanda popular proclive a una acción de represalia contundente contra los británicos gracias a la cual se pusiera fin a los bombardeos, los medios de comunicación alemanes difundían historias espeluznantes de la devastación causada por las V-1 y los V-2. Muchas de esas historias eran inventadas. En total, en suelo británico cayeron menos de 6.000 V-1 y poco más de un millar de V-2. 31.600 casas quedaron destruidas, la mayoría de ellas en Londres, y cerca de 9.000 personas murieron a consecuencia de las dos armas, ascendiendo a 24.000 los heridos. Este daño no resiste la comparación con la devastación que los bombardeos aliados produjeron en Alemania y de ninguna manera respondía a la demanda de una represalia a gran escala. La gente llamaba a las V-1 *Volksverdummer Nr I* (atrofiada del pueblo número I) o *Versager Nr. I* (fracasada número I). El Ministerio de Propaganda de Goebbels era consciente de ese escepticismo. Así que los medios difundían coordinadamente a raudales vagas promesas de nuevas armas maravillosas, todavía sin concretar, de un poder destructor mucho mayor. Ya el 19 de febrero de 1943, Hitler estuvo hablando en público de «armas hasta ahora desconocidas, únicas» que estaban por llegar y que le darían un vuelco a la guerra.[72] Pero tales promesas perdieron pronto toda la fuerza que pudieran tener. Incluso en noviembre de ese mismo año corría un chiste sobre ellas. Éste revelaba que la gente era perfectamente consciente de que la falta de recursos de Alemania estaba llevando a perder la guerra. «1950 —así

comenzaba la noticia imaginaria—. Reunión en el cuartel general del Führer con motivo de la fecha fijada para la Venganza. La fecha se ha vuelto a aplazar porque no hay acuerdo sobre si los dos aviones deberían volar en paralelo o uno delante del otro».[73]

Hacia el final de la guerra hasta los partidarios más optimistas y exaltados del nazismo estaban comenzando a tener dudas en relación con las armas maravillosas. El 3 de septiembre de 1944, Inge Molter escribió a su marido, Alfred:

> Fred, querido, tenemos que aguantar hasta que las nuevas armas estén a punto, no puede ser que antes de que eso suceda el enemigo nos fuerce a arrodillarnos. Querido, sencillamente me niego a creerlo. ¿Habrá sido todo en vano? ¿Ya no habrá más Alemania? No, querido, no puedo creerlo. Pero por desgracia esta idea se está abriendo paso gradualmente en las tiendas y en cualquier parte donde se vea a varias personas reunidas.[74]

El 12 de noviembre de 1944, un oyente de radio preocupado le envió una carta al jefe del servicio de noticias en el Ministerio de Propaganda, Hans Fritsche, preguntándole: «¿Por qué no han entrado en funcionamiento por lo menos algunas de las nuevas armas, cuando el enemigo se ha acercado tanto a nuestras fronteras en el oeste y el este?». No obtuvo respuesta.[75] En marzo de 1945 la situación de Alemania, según escribió la estudiante universitaria Lore Walb, era «indeciblemente espantosa»:

> ¡Y en esta situación el gobierno todavía habla de victoria! En lo más profundo de mi corazón tampoco yo quiero creer que nuestro pueblo esté destinado a la perdición. Pero te paras a pensar sólo un poco, las cosas pintan muy negras. Ya no puedes ver ni un rayito de luz. Las nuevas armas no han llegado, y lo más probable es que no lo hagan nunca. Estoy convencida de que fueron planificadas y de que se empezó su fabricación, pero a estas alturas ya no lograrán ponerlas a punto.[76]

«Hasta estos últimos días —informó el Servicio de Seguridad de las SS a finales de marzo de 1945— la gente ha seguido creyendo mal que bien en un milagro que la propaganda acerca de las nuevas armas ha alimentado tan hábil y resueltamente». Pero ese pequeño resto de esperanza debía contemplarse como una especie de mecanismo psicológico de defensa para hacer frente a la desesperación que se había apoderado del pueblo alemán. El informe concluía: «Nadie cree que podamos todavía escapar a una

catástrofe con los métodos y las posibilidades de librar la guerra que han existido hasta la fecha. La última chispa de esperanza sigue siendo que nos rescaten desde el exterior, una combinación de circunstancias del todo insólitas o un arma secreta de enorme poder. También esta esperanza se está perdiendo».[77]

## V

Si las armas nuevas no podían salvar Alemania, quizá sí pudieran nuevos soldados. El reclutamiento ya a finales de 1943 de grupos de hombres de edad cada vez más avanzada para las fuerzas armadas dio pie a varios chistes populares. «La venganza llegará —decía uno de ellos— cuando veas en las residencias de ancianos un letrero: "Cerrado por reclutamiento"».[78] El 26 de septiembre de 1944, en un intento desesperado por hacer frente a la escasez de personal militar, Hitler ordenó la creación de la Tormenta del Pueblo (*Volkssturm*), en virtud de la cual todos los hombres de dieciséis a sesenta años de edad eran requeridos para empuñar las armas y someterse a un adiestramiento para resistir hasta el final. El partido debía organizarlos con el propósito, según dijo Hitler, de defender al pueblo alemán contra el intento de sus «enemigos de la internacional judía» por aniquilarlo. Todos ellos debían prestar un juramento personal de lealtad a Hitler, de lealtad hasta la muerte. Himmler eligió como fecha oficial para la puesta en marcha de la Tormenta del Pueblo el 18 de octubre, aniversario de la derrota de Napoleón en la «Batalla de las Naciones» de Leipzig en 1813. Iba a tratarse de un levantamiento nacional igual que aquel que —en una leyenda popular— había puesto fin a la dominación francesa sobre Alemania poco más de 130 años antes. Sin embargo, la realidad quedó muy por debajo de la retórica. Los hombres de la Tormenta del Pueblo jamás iban a resultar una fuerza de combate muy eficaz. Carecían de uniformes —no había forma de proporcionárselos a esas alturas— y tenían que ir con sus propias ropas, llevando consigo una mochila, una manta y utensilios de cocina. Jamás dispusieron de las armas y la munición que necesitaban, y al llegar a la última fase de la guerra no eran más que una mala imitación de un ejército. Un día en que salió de su escondrijo en el bosque, Ulrich S., el colegial

socialdemócrata, se percató de que 400 hombres de la Tormenta del Pueblo entraban en la aldea vecina. «Exhaustos, la mayoría de ellos llevaba uniformes prestados cuando no robados de la fuerza aérea. Algunos vestían sólo sus ropas de paisano. Únicamente vi a 5 de ellos provistos de armas, los demás ni tan siquiera tenían una bayoneta». Con el desdén característico del adolescente por los hombres de mediana edad, añadió: «La mayoría de ellos tenía entre cuarenta y cinco y sesenta años. Toda esa muchedumbre nos causó una impresión lastimosa. Prácticamente tenían el aspecto de un asilo haciendo una excursión».[79] Ese punto de vista estaba extendido. «Dos hombres con palas están cruzando el cementerio —comenzaba uno de los chistes populares del momento—. Un anciano grita tras ellos: "¿Queréis entonces desenterrar refuerzos para la Tormenta del Pueblo?"».[80] Sin embargo, para los hombres que formaban parte de la Tormenta del Pueblo, el alistamiento no era una cosa para tomarse a broma. No menos de 175.000 de ellos perdieron la vida en combate contra los ejércitos profesionales de los rusos y los aliados occidentales.[81]

El reclutamiento para la Tormenta del Pueblo fue enormemente impopular. La gente era más que consciente de su futilidad en términos militares y los sacrificios que exigía causaban un fuerte malestar. En Stuttgart los carteles rojos colocados por la ciudad el 20 de octubre de 1944 anunciando la creación de la Tormenta del Pueblo recordaban a los ciudadanos las pancartas rojas empleadas para anunciar ejecuciones. «También anuncian una ejecución —decía la gente—, concretamente la ejecución del pueblo alemán».[82] El reclutamiento fue completamente indiscriminado. El llamamiento para incorporarse a la Tormenta del Pueblo atrapó así en su red a muchos hombres desprevenidos y reacios. Una de sus víctimas fue el crítico teatral, escritor y falso aristócrata fabulador Friedrich Reck-Malleczewen. Cuando la Tormenta del Pueblo se constituyó él se encontraba viviendo tranquilamente en su pequeña finca situada en las colinas bávaras en compañía de su segunda mujer, Irmgard, con quien se había casado en marzo de 1935, y de sus tres hijas, nacidas en 1939, 1941 y 1943. Fue entonces cuando su propia historia de mentiras y engaños volvió para acosarlo. Reck se había jactado ampliamente de haber disfrutado de una trayectoria militar heroica durante la Primera Guerra Mundial como

oficial prusiano, de manera que resultaba bastante lógico que la jefatura de la Tormenta del Pueblo en la vecina localidad de Seebruck le pidiera que se alistara. Reck, que en realidad jamás había estado en el servicio activo ni había disparado un solo tiro contra nadie en su vida, ignoró la petición. Cuatro días más tarde, el 13 de octubre de 1944, por orden de la oficina militar de reclutamiento de Traunstein, lo detuvieron por minar el esfuerzo militar alemán y lo encarcelaron durante una semana. Reck atrajo entonces la atención de la Gestapo. Ellos lo conocían al margen de cualquier otra consideración como el autor de libros cuya esencia era inequívocamente antinazi, como su estudio sobre el reino del terror de los anabaptistas en el Münster del siglo XVI (subtitulado «Historia de una falsa creencia de masas») y su relato del magnicidio de Charlotte Corday que acabó con la vida del revolucionario francés Jean-Paul Marat, ambos publicados en 1937.

Al no poder hostigarlo basándose en esos libros subversivos, ya que en definitiva se habían publicado conforme a la más estricta legalidad en Alemania, con la aprobación del aparato censor de Goebbels, la Gestapo actuó en cambio de resultas de una denuncia que le presentó Alfred Salat, director de las editoriales Knorr y Hirth, de Múnich, quien había visto una carta remitida por Reck a su colega Fritz Hasinger el 10 de julio de 1944 en la cual se refería a sus derechos de autor. Un comentario marginal en la carta, en el que se decía que «el marco de hoy» vale «sólo la mitad de lo que ganas en otra parte con una moneda más fuerte», y ciertas quejas generales aunque vagas acerca de la forma en que los editores habían tratado a sus autores desde 1933, fueron motivo suficiente para hacer detener a Reck el 29 de diciembre de 1944 imputándole los cargos de «menosprecio a la moneda alemana» y «afirmaciones denigratorias en contra del Estado». Cuando la cárcel donde estaba confinado en Múnich quedó destruida por un bombardeo, el 7 y 8 de enero de 1945, Reck fue trasladado junto con otros presos al campo de concentración de Dachau, donde la Gestapo lo retuvo para seguir interrogándolo. Las condiciones en el campo se agravaron deprisa en los últimos meses de la guerra y Reck cayó al poco enfermo. Lo trasladaron al bloque reservado a quienes estaban enfermos y, si bien se recuperó en una ocasión lo suficiente como para

regresar a la custodia normal en el campo, volvió a enfermar y murió a las 8:30 de la mañana del 16 de febrero de 1945. El certificado de defunción atribuyó la causa de la muerte a la enterocolitis, pero varios testigos, entre ellos el vecino de cama de Reck en el bloque habilitado como hospital, el doctor del campo que lo atendió en los últimos días y lo vio morir y el asistente médico en el campo, testificaron posteriormente que había muerto de tifus, una enfermedad cuya presencia en el campo se obstinaron en negar incluso en esa última etapa quienes estaban al mando.[83]

Los ciudadanos de mayor edad como Reck no fueron los únicos reclutados, también se reclutó a chicos jóvenes, y a muchachas en un número creciente, para manejar las armas antiaéreas y los reflectores durante los bombardeos y tomar parte de otras maneras en el esfuerzo bélico. Hasta los cuadros del partido expresaron su descontento en octubre de 1944 por el «reclutamiento de grupos de edad que apenas pueden encargarse de tareas prácticas» al ser llamados a filas los adolescentes de las Juventudes Hitlerianas para trabajar en la construcción de defensas «en casi todas las fronteras del Reich».[84] El 17 de marzo de 1945, por ejemplo, todos los alumnos de entre catorce y dieciséis años de la escuela elitista de secundaria Napola de Oranienstein fueron alistados para apostarse en las defensas occidentales. Cinco días después llegó un instructor de las SS para enseñar a los demás alumnos el modo de utilizar fusiles antitanque.[85] Las fuerzas aéreas reclutaron también a mujeres como auxiliares y sujetas a la disciplina militar. Una joven de Prusia Oriental contó cómo su unidad de reclutas sin experiencia se había reunido durante tres semanas, aprendiendo el manejo de una pistola, cuando cazas enemigos ametrallaron el campo de entrenamiento. Una muchacha que se encontraba de guardia en el exterior del campo corrió para ponerse a cubierto. Por esa acción la condenaron a muerte:

> Nos obligaron a todas a permanecer junto a la valla y a mirar cómo fusilaban a nuestra camarada [...]. Muchas chicas se desmayaron. A continuación nos hicieron regresar al campo [...]. La impresión que nos causó esa ejecución fue indescriptible. Ninguna hizo otra cosa que quedarse en cama y llorar durante todo el día. Ninguna de nosotras fue a trabajar. Por ese motivo nos encerraron en celdas [...]. Tuvimos que permanecer en ellas durante 4 días a pan y agua. Se nos permitía coger un ejemplar de *Mein Kampf* o de la Biblia, pero yo decliné el ofrecimiento.[86]

En ningún lugar quedó más clara la futilidad de ese reclutamiento final de mujeres jóvenes por las fuerzas armadas que en el caso de Rita H., una costurera de veintitrés años de edad, cuya obligación consistía en poco más que ayudar en la evacuación de las oficinas administrativas del ejército, incluyendo la quema de documentos incriminadores. Mientras las mujeres intentaban encender un fuego bajo una lluvia torrencial, «había papeles y archivos chamuscados por todo el terreno, ya que el viento no dejaba de hurgar en nuestros montoncitos de papel. Era extraño —añadió, escribiendo como una católica piadosa— y sin embargo maravilloso estar allí sin más y poder experimentar la caída de un gobierno impío».[87]

# «ARRASTRAREMOS A TODO UN MUNDO CON NOSOTROS»

## I

El último discurso de Hitler, emitido por radio el 30 de enero de 1945, duodécimo aniversario de su nombramiento como canciller del Reich, despertó más compasión que entusiasmo en sus oyentes. Ni siquiera se molestó en alentar la esperanza de que las «armas maravillosas» darían un vuelco a la situación. En vez de ello, criticó una vez más con dureza la «conspiración mundial de la internacional judía» que ansiaba la aniquilación de Europa. Dijo que los alemanes tenían que seguir resistiendo hasta lograr la victoria. No habría ninguna puñalada por la espalda como la que hubo en la Primera Guerra Mundial. El discurso ni siquiera resultó convincente para los nazis entregados a la causa. Como Melita Maschmann escribió más tarde:

> Durante los últimos meses de la guerra siempre tuve que contener las lágrimas cuando oía la voz de Hitler por la radio o lo veía en los noticieros. Nuestra conciencia podía negarse a reconocer las señales cada vez más obvias de un desfallecimiento inminente, pero no se podían falsear las impresiones inmediatas que nos entraban por los ojos y los oídos, y el corazón se encogía de miedo ante la terrible verdad: los noticiarios mostraban a un hombre envejecido, que caminaba encorvado y miraba con ansiedad en derredor. Su voz sonaba estridente de desesperación. ¿Estaba pues condenado a fracasar? Para nosotros él personificaba el esfuerzo sin precedentes gracias al cual la nación alemana se había hecho con el gobierno del continente. Al mirarlo se veía la suma total de todos los incontables sacrificios de vidas, salud y hacienda que ese esfuerzo había reclamado. ¿Había sido todo en vano?[88]

Muchos de los nazis más convencidos, o los más ingenuos, seguían esperando a toda costa que no lo hubiera sido. Una muchacha de quince años, cuya entera educación se había destinado en buena medida a construir

una imagen de Hitler como la figura de un padre, pudo escribir en su diario tras recoger los últimos desastres militares: «Nuestro pobre, pobrecito Führer, que ya no debe de poder dormir por las noches y sin embargo en su mente sólo ha estado el bien de Alemania».[89]

El tono de sus comentarios estaba lejos de constituir algo excepcional en esos círculos. Adiestrado por entonces como oficial de la fuerza aérea, Albert Molter se sumó a una fiesta celebrada en el comedor de oficiales para escuchar el discurso de Hitler. Se cantaron canciones patrióticas y se interpretaron fragmentos de la obra teatral *Schlageter* de Hanns Johst.[90] A continuación encendieron la radio y todos se calmaron para escuchar. «Como siempre —escribió Albert a Inge, su mujer— era maravilloso oír la voz del Führer. Cuán pesada será la carga que soporta. Visto así, prácticamente es como escuchar las palabras del Führer con la esperanza de que traerán una decisión. Pero en realidad se ha tomado una decisión. Ningún milagro nos salvará a no ser las agallas de los alemanes».[91] Como respuesta, su mujer comparaba la causa del nacionalsocialismo con la del cristianismo y los supuestos padecimientos de Hitler con los de Jesús. La vida de Cristo, recordaba ella, terminó en la crucifixión. «Fred, querido —le preguntó a su marido—: ¿se nos va a pedir un sacrificio similar para que nuestra idea pueda perdurar para siempre?».[92] La identificación de ambos con Hitler no admitía fisuras. «Tenemos que resistir por Alemania, por el Führer —le escribió Alfred a su mujer el 9 de marzo de 1945—, sólo así resistiremos por nosotros mismos».[93] Poco después, enviaron la unidad de Albert a Berlín para combatir junto a la infantería en la defensa de la capital alemana. Al cabo de unas pocas semanas, los británicos habían ocupado Nienburg, donde Inge residía entonces, y arrestaron a su padre, nazi. «Nuestra amada, hermosa Alemania —le escribió con desesperación a su marido—, todos sus sacrificios, todo su heroísmo en vano».[94] Él nunca respondió. Cuando ella escribió esta carta, había desaparecido en combate. Jamás se encontró su cuerpo.[95]

Mientras que los seguidores más fieles de Hitler se entregaban a la compasión más lacrimosa por la difícil situación de éste, en los pensamientos de Hitler la idea del suicidio estaba cada vez más presente. Al refugiarse a causa de un ataque aéreo en el búnker situado bajo la

Cancillería del Reich poco después de la derrota alemana en la Batalla de las Árdenas, Hitler dio rienda suelta a la desesperación durante unos instantes. Dijo que el ejército lo había traicionado; que la fuerza aérea no servía para nada. «Sé que la guerra está perdida —le dijo a su asistente, Nicolaus von Below, y continuó—: Lo que me gustaría más que nada es pegarme un tiro en la cabeza». Pero si él perecía también sería el final para Alemania. «No capitularemos. Jamás. Tal vez sucumbamos. Pero arrastraremos a todo un mundo con nosotros».[96] En cuanto a la propaganda, Hitler y Goebbels se centraron por entonces cada vez más en la amenaza de aniquilación que ellos veían llegar del este. El miedo tenía que galvanizar a los alemanes para seguir peleando. El 21 de enero de 1945, en un editorial para *Das Reich*, Goebbels habló pestes contra «la conspiración mundial de una raza parásita», los judíos, que habían logrado movilizar al mundo entero en contra del nacionalsocialismo. Pese a todo, proclamó de forma desafiante, «no perecerá Europa sino los propios judíos».[97]

Pese a esas bravatas, la mayoría de los alemanes tenía claro que la guerra estaba ya encaminándose a una conclusión veloz mientras el Ejército Rojo, reagrupado y reabastecido tras sus rápidos avances de los meses anteriores, reanudaba el ataque una vez más. Después de la pérdida de los yacimientos petrolíferos de Rumanía, el ejército alemán necesitaba desesperadamente aferrarse a su fuente de suministros en Hungría o apenas quedaría combustible con que alimentar los carros de combate, los camiones, la artillería móvil y los vehículos de transporte que le quedaban. Hitler denegó el permiso para replegarse a las fuerzas alemanas en Budapest y la capital húngara no tardó en quedar cercada por las fuerzas soviéticas. Una ofensiva de gran envergadura con el fin de romper el asedio no logró su propósito en febrero de 1945, con la pérdida de cerca de 30.000 hombres que resultaron muertos o capturados. Una embestida del 6º Ejército blindado de las SS, retirado de la Batalla de las Árdenas, resultó igual de infructuosamente estéril, y a finales de marzo el Ejército Rojo había ocupado casi toda Hungría. En el norte, las fuerzas alemanas situadas en Letonia resistieron, pero estaban completamente aisladas. El principal ataque soviético se produjo por el sector central, mediado el mes de enero, cuando las formaciones mecanizadas del Ejército Rojo se aprovecharon del

traslado de unidades clave alemanas a la campaña húngara para pulverizar el frente alemán y aplastar a los blindados alemanes que quedaban. A finales de enero el Ejército Rojo había ocupado la mayor parte de la Polonia anterior a la guerra. Algunas bolsas de resistencia se mantenían, sobre todo en la ciudad de Breslau, que resistió hasta mayo. Pero el Ejército Rojo se situó entonces junto al río Óder, a las puertas del Reich alemán. Había capturado la importante región industrial de Silesia y se había hecho con el control de los yacimientos petrolíferos de Hungría y estaba aproximándose a Viena. Sus altos mandos interrumpieron la marcha para reagruparse y hacer acopio de municiones y suministros para la ofensiva final.[98]

En el oeste, tras el fracaso de la contraofensiva alemana en la Batalla de las Árdenas, 1,5 millones de americanos, más de 400.000 británicos y canadienses y 100.000 soldados de la Francia Libre se congregaron a finales de enero para lanzar un ataque sobre el Rin. En su avance hicieron más de 50.000 prisioneros, forzando a las fuerzas alemanas a cruzar el río. El 7 de marzo de 1945, al llegar a Remagen las tropas americanas se percataron de que había soldados alemanes intentando desesperadamente hacer saltar por los aires el puente que cruzaba el río, el último que se mantenía en pie. Incorporando refuerzos a toda prisa, lo cruzaron y establecieron una cabeza de puente en la otra orilla, permitiendo que muchos soldados pasaran al otro lado antes de que el puente terminara por venirse abajo. Cuando hubieron cruzado el Rin, 300.000 soldados alemanes habían resultado capturados y otros 60.000 habían muerto o desaparecido. Los americanos siguieron adelante hacia el este, hacia Sajonia, mientras las fuerzas canadienses pusieron rumbo a Holanda. Las fuerzas británicas se trasladaron en dirección noreste hacia Bremen y Hamburgo, y aún hubo más divisiones americanas que montaron una vasta operación de envolvimiento en el Ruhr con la que capturaron a más de 300.000 alemanes. El 25 de abril de 1945 las tropas americanas se encontraron con sus homólogas del Ejército Rojo con motivo de un apretón de manos solemne en la pequeña localidad de Torgau, junto al río Mulde, afluente del Elba. Otras tropas se dirigieron al sureste, hacia Múnich, con el fin de reunirse con las fuerzas aliadas que avanzaban hacia el Paso del Brennero desde el norte de Italia, donde un asalto final había dado comienzo el 9 de

abril de 1945. El Ejército Rojo ya había hecho su entrada en Viena el 3 de abril de 1945, mientras las tropas americanas estaban avanzando hacia Austria desde el oeste. En medio de una negociación incesante, las fuerzas invasoras acordaron una división aproximada de territorio entre ellas a medida que se acercaba el final de la contienda. Pese a ciertas dudas en lo relativo al lado británico, la capital alemana le correspondió al Ejército Rojo. Las fuerzas soviéticas poseían en ese momento un dominio completo de los cielos, así como una superioridad abrumadora en materia de blindados, artillería, municiones y efectivos sobre el terreno. Tras encarnizados combates en marzo y primeros de abril de 1945, destruyeron casi todos los ejércitos alemanes que restaban, así como los recintos fortificados en que Hitler había depositado tantas esperanzas en Prusia Oriental y Pomerania, mientras Rokossovskii lanzó un ataque masivo contra Mecklenburgo en el norte. A mediados de abril de 1945, dos millones y medio de hombres estaban listos para lanzar el ataque final a la capital de Hitler.

A las fuerzas armadas alemanas no les quedaba gran cosa para arrojarle al enemigo. En marzo de 1945 enviaron al combate a unos 58.000 adolescentes de dieciséis y diecisiete años de edad; su preparación era escasa y, por muy adoctrinados que pudieran estar en la causa nazi, no podían compararse con los curtidos veteranos del Ejército Rojo o los batallones bien pertrechados de británicos y americanos y sus aliados.[99] Las pérdidas alemanas en el frente oriental habían aumentado de 812.000 en 1943 a 1.802.000 en 1944. A finales de año más de tres millones y medio de soldados alemanes habían muerto o habían quedado en manos del Ejército Rojo. En total, más de 450.000 miembros de las fuerzas armadas alemanas murieron en enero de 1945, 295.000 en febrero, 284.000 en marzo y 281.000 en abril: en realidad, más de un tercio de todos los soldados alemanes que perdieron la vida durante la guerra fallecieron en los últimos cuatro meses y medio de la misma. A finales de 1944 alrededor de 800.000 soldados alemanes se hallaban bajo custodia de los aliados occidentales, una cifra que se había incrementado hasta superar el millón en abril y los cuatro millones cuando la guerra había finalizado. 700.000 miembros de las fuerzas armadas alemanas se encontraban en campos soviéticos. En abril de

1945 había hospitalizados 600.000 soldados, aviadores y marineros, enfermos o heridos.[100] Solamente en la segunda mitad de 1944 la fuerza aérea perdió más de 20.000 aviones. El mando de los cielos pasó a los bombarderos aliados, del Ejército Rojo y las fuerzas invasoras en el oeste.[101] Speer redobló sus esfuerzos para incrementar la producción de armas, y en septiembre de 1944 casi 3.000 aviones de caza estaban listos. Pero cuanto más territorio alemán se perdía, más deprisa se hundía la economía de guerra. En concreto, la pérdida a manos del Ejército Rojo de las grandes áreas industriales situadas en el este, especialmente la Alta Silesia, privó al Reich de recursos económicos primordiales. Ya no era posible reclutar nueva mano de obra forzada de las zonas ocupadas. Se habían perdido las reservas de combustible que Alemania había tenido en Rumanía y Hungría. El intento de procurarse un sustitutivo fabricando combustible sintético se había revelado inútil. No quedaba ya defensa alguna contra la destrucción que se abatía incesantemente sobre las ciudades alemanas desde el aire. Con un contingente que disminuía a marchas forzadas, desmoralizados y desorganizados, los ejércitos alemanes ya no eran unas fuerzas de combate disciplinadas, eficaces y motivadas, sino poco más que una patulea armada.[102]

## II

La propaganda nazi se concentraba ahora cada vez más en infundir temor en el pueblo alemán frente al invasor. El mensaje escrito por Hitler que se leyó en la radio el 24 de febrero de 1945, aniversario de la promulgación del programa del Partido Nazi en 1920, advertía a los alemanes de que serían expedidos a Siberia como esclavos si el Ejército Rojo obtenía la victoria.[103] Al día siguiente, 25 de febrero, Goebbels advirtió en un artículo en *Das Reich* que si Alemania se rendía Stalin ocuparía de inmediato el sureste de Europa y una «cortina de acero caería al instante sobre ese vasto territorio, junto a la enormidad de la Unión Soviética, y las naciones serían masacradas tras ella».[104] El postrer llamamiento de Hitler a las tropas en el frente oriental, dirigido a todos los soldados el 15 de abril de 1945, se valía del miedo como su arma principal para lograr que hasta el último hombre

combatiera: «El enemigo mortal judeo-bolchevique con sus muchedumbres está empezando el ataque final. Intenta destruir Alemania y exterminar a nuestro pueblo [...]. Los ancianos y los niños serán asesinados, las mujeres y las muchachas, degradadas como putas de cuartel. Los que queden partirán a Siberia». Sin embargo, Alemania evitaría ese destino si se mantenía firme. «Los bolcheviques [...] se desangrarán ante la capital del Reich alemán».[105] Goebbels se encargó de repetir esas advertencias con detalle en aquellas semanas finales. Volvió a esgrimir la acusación de que los aliados ambicionaban exterminar a la raza alemana. De sus advertencias se hizo eco Heinz Guderian, jefe del Estado Mayor General del Ejército, quien afirmó que todo cuanto pretendía hacer el Ejército Rojo en Alemania era robar, violar y matar.[106]

Pero esas advertencias funestas tuvieron durante algún tiempo tantas posibilidades de resultar convincentes como de no serlo. Muchos alemanes, como hemos visto, sentían que no tenían derecho a criticar al Ejército Rojo en vista de las atrocidades que la propia Alemania había cometido. No era sólo el maltrato a los judíos lo que provocaba tales sentimientos de culpa. Un miembro del partido en la zona de Stuttgart se preguntó retóricamente: «¿A menudo no fue nuestra gente de las SS más cruel con los alemanes, sus propios conciudadanos, de lo que lo han sido los rusos con los prusianos orientales? Les hemos enseñado a los otros cómo tratar a los enemigos políticos».[107] La exhortación pública para mantener la lucha tuvo igualmente escaso efecto. El 24 de febrero de 1945 Bormann hizo un llamamiento en el aniversario de la proclamación del programa del Partido Nazi en 1920. Dijo que todo aquel que pensara en la retirada o la rendición era un traidor a la nación. El sacrificio propio tendría la victoria por recompensa. Bastaba con que el pueblo alemán se mantuviera firme para que Alemania triunfara.[108] No mucho después, en Berlín, se observó a tres mujeres que miraban un póster que proclamaba en el escaparate de los grandes almacenes KdW: «Berlín trabaja, combate y resiste». Unos cuantos bombardeos más como el del día anterior, se oyó decir casualmente a una de ellas, «y sólo las ruinas resistirán [...]. El pasado domingo no vimos muchas muestras de que Berlín combatiera. Los americanos arrojaron sus bombas donde se les antojaba. Volaban por todas partes sin oposición

alguna, sin lucha».[109] En las áreas invadidas la gente comenzaba a buscar una forma de rendirse. Sus iniciativas no eran vistas con buenos ojos por los fanáticos nazis. «En una sesión del ayuntamiento —anotó Lore Walb, que había vuelto de Múnich a su localidad natal de Alzey, en Renania—, el doctor Sch. abogó por la rendición del municipio porque proseguir la lucha carece de sentido y para proteger lo que todavía queda. El líder del distrito [del Partido Nazi] estaba por supuesto a favor de continuar la lucha hasta el final».[110] En una zona rural del oeste de Alemania, la población local, armada con horcas, atacó a los soldados que intentaban explosionar cargas explosivas frente al avance de los americanos.[111]

20. El final de la guerra.

Cuando la propaganda dejó de surtir efecto el terror empezó a sustituirla. El 15 de febrero de 1945 el ministro de Justicia del Reich, Otto-Georg Thierack, ordenó que todo aquel que tratase de eludir la obligación de luchar, poniendo así en peligro la determinación de Alemania para ganar, sería juzgado por un consejo de guerra compuesto por un juez de lo penal, un dirigente nazi y un oficial de las fuerzas armadas, del ala militar de las SS o de la policía, y, en caso de dictaminarse su culpabilidad, ejecutado inmediatamente.[112] Cuando estos tribunales improvisados entraron en funcionamiento, los cuadros del Partido Nazi más fanáticos y enérgicos no tardaron en prescindir de las normas. El mariscal de campo Model ordenó el 18 de marzo de 1945 a la policía militar fusilar a todo soldado o civil implicado en actos de sabotaje. «Cuando se muestre una bandera blanca —ordenó Himmler a sus oficiales de las SS y la policía—, todos los varones de la casa implicada deben ser fusilados. No debe haber la menor vacilación —añadió— en la aplicación de estas medidas».[113] Y en sus últimas órdenes a los soldados del frente oriental, a mediados de abril de 1945, Hitler reiteró que no cabía emprender la retirada, la rendición: «Todo aquel que os dé la orden de retirada ha de ser arrestado inmediatamente si no sabéis exactamente de quién se trata, y si es necesario hay que matarlo en el acto, sin la menor consideración por el rango que pueda ostentar».[114] La «Fuerza a través del Miedo» se convirtió en el eslogan de aquel momento, sustituyendo al de la «Fuerza a través de la Alegría»; en alemán, las siglas, KdF, eran las mismas.

Hasta 10.000 personas fueron ejecutadas de forma sumarísima en aquella fase final del terror y la represión.[115] Entre ellas había un número significativo de los aproximadamente 190.000 reos que se hacinaban en las cárceles y penitenciarías estatales en Alemania, muchos de ellos encerrados debido a la represión política o a las medidas enérgicas contra saqueos y robos y por «minar la moral» en tiempo de guerra. Con el avance de los ejércitos aliados, las autoridades penitenciarias empezaron a evacuar las cárceles. El gobernador de la penitenciaría de mujeres de Fordon, cerca de Bromberg, sacó a las 565 reclusas bajo custodia el 21 de enero de 1945 y las hizo marchar a otra prisión de mujeres en Krone, distante a 36 kilómetros. Sólo cuarenta de ellas llegaron a su destino. «Había unos doce

grados bajo cero —informó el gobernador— y mucho hielo. A consecuencia de ello, las reclusas y los guardias se caían todo el tiempo [...] En el transcurso de la marcha —continuaba— observé que numerosas prisioneras quedaban rezagadas y pugnaban por arrastrar sus pies hacia adelante. Muchas se sentaban o se tendían al borde de la carretera y no había nada que pudiera empujarlas a levantarse de nuevo».[116] Cuando las prisioneras de Krone resultaron a su vez evacuadas volvieron a repetirse las mismas escenas. Al toparse con la columna, una unidad de las SS que se retiraba abatió a tiros a un grupo de prisioneras, mientras otras reclusas eran apartadas con violencia al paso de los soldados alemanes y violadas.[117]

En toda Alemania y en los territorios ocupados, los presos de las cárceles tuvieron que realizar marchas similares, cuyo destino era para algunos de ellos un campo de concentración. A algunos, clasificados por los funcionarios de prisiones como reformables, los liberaron en una formación especial del ala militar de las SS. Por otra parte, a miles de los que supuestamente eran incorregibles simplemente los apartaron y los fusilaron. En Sonnenburg, un penal ubicado al este de Berlín, el fiscal del Estado regional, Kurt-Walter Hanssen, que había sido asistente personal de Martin Bormann, ordenó a una unidad de agentes de las SS y de la policía asesinar a la mayor parte de los presos el 30 de enero. A los reclusos los obligaron a arrodillarse en grupos de diez y los fusilaron con un tiro en la nuca; a los presos enfermos los fusilaron en sus camas en la enfermería de la prisión. Más de 800 reclusos murieron en el espacio de unas pocas horas, la mayoría de ellos trabajadores forzados extranjeros que habían sido encarcelados por infringir las severas normas bajo las cuales estaban obligados a vivir y trabajar. A otros —no más de 150—, clasificados como «útiles», los hicieron marchar en dirección a Berlín. Para los que se quedaron las condiciones empeoraron drásticamente con la llegada de internos evacuados de cualquier parte; las reservas de comida se hicieron todavía más escasas, cundían las enfermedades y los índices de mortalidad se dispararon. Thierack, ministro de Justicia del Reich, ordenó personalmente una gran cantidad de ejecuciones de presos todavía en abril de 1945. Los mandos del ejército que veían a los reclusos de las prisiones como una amenaza militar también ordenaban ejecuciones: el mariscal de campo Walter Model,

rodeado por los americanos en la región del Ruhr, ordenó seleccionar a los reclusos de las cárceles considerados «peligrosos» y ejecutarlos: entre ellos había varios presos políticos alemanes, así como trabajadores extranjeros. En la semana posterior se fusiló a un total de 200 presos, entre ellos algunos que únicamente cumplían prisión preventiva.[118]

Los actos homicidas de Model se sucedían paralelamente a los del propio Hitler y respondían a una mentalidad similar. Cuanto más desesperada devenía la situación militar, más vital les parecía a esos hombres eliminar a todo aquel que pudiera amenazar al régimen desde dentro. Obsesionado hasta el final con el precedente imaginario de 1918, Hitler no quería una nueva «puñalada por la espalda». Algunos años antes, en la noche del 14 al 15 de septiembre de 1941, había dicho: «Ante la eventualidad de que algún día haya motivo para temer disturbios en el país, he ordenado a Himmler liquidar cuanto sea necesario en los campos de concentración. Así, de un golpe, la revolución se vería privada de sus líderes».[119] Los extranjeros no se libraban de ello, como los 141 obreros franceses de la resistencia que murieron fusilados en Natzweiler el día antes de que el campo resultara evacuado ante el avance de los ejércitos aliados. No obstante, la atención homicida de Hitler se volvió sobre todo hacia sus enemigos internos.[120] Los juicios y las ejecuciones de los implicados en el complot de la bomba del 20 de julio de 1944 prosiguieron casi hasta el final. El 4 de abril de 1945 un infortunio llevó al descubrimiento de los diarios personales del almirante Canaris. Leyéndolos en su búnker de Berlín, Hitler se convenció de que Canaris y sus compañeros de conspiración habían estado obrando contra él desde el principio. Decidió que había que matar al resto de sus enemigos. Comenzó por ordenar al jefe del Servicio de Seguridad de las SS, Ernst Kaltenbrunner, que se deshiciera de los conspiradores supervivientes. El 9 de abril de 1945, Canaris, Oster, Bonhoeffer y otros dos presos políticos del campo de concentración de Flossenbürg fueron despojados de sus ropas y colgados mediante cuerdas rudimentarias de unos ganchos de madera en el patio. Incineraron los cuerpos de inmediato. A la sed de venganza de Hitler se añadió la determinación de Himmler de que los adversarios más prominentes del nazismo no deberían llegar vivos a la posguerra. Como el jefe de la

Gestapo, Heinrich Müller, le dijo a Helmuth von Moltke: «No cometeremos el mismo error que en 1918. No dejaremos con vida a los enemigos internos alemanes».[121] El mismo día en que Canaris y los otros eran ejecutados, mientras el Ejército Rojo estaba cercando el campo de concentración de Sachsenhausen, uno de los presos, Georg Elser, que había fallado por poco en el intento de acabar con Hitler mediante una bomba casera de relojería en noviembre de 1939, tuvo que abandonar su lugar de confinamiento en el campo para trasladarse a Dachau, donde el comandante le interrogó brevemente antes de mandar que lo fusilaran mediante un disparo en la nuca. Himmler había ordenado la ejecución, y mandó a las autoridades del campo atribuir su muerte a un ataque aéreo británico. Una semana más tarde se anunció en la prensa tal como se había previsto.[122] Una nueva sucesión de asesinatos tuvo lugar entre el 20 y el 24 de abril en Berlín, donde las SS fusilaron a más personas implicadas en el complot de la bomba de julio de 1944.[123]

Ésta era la clase de castigo que Hitler había realizado una vez anteriormente, cuando había aprovechado la oportunidad propiciada por la purga de los guardias de asalto de Ernst Röhm a finales de junio de 1934 para ajustar viejas cuentas y eliminar a posibles integrantes de un gobierno alternativo. Sólo que ahora se estaba llevando a cabo con un alcance mucho mayor. Entre las víctimas se contó Ernst Thälmann, el antiguo líder comunista. Encarcelado en varias prisiones y campos desde 1933, Thälmann no abrigaba muchas ilusiones en relación con su destino en caso de que el Ejército Rojo lograse penetrar en Alemania. En agosto de 1943 lo trasladaron a la prisión estatal de Bautzen y al cabo de unos pocos meses detuvieron a su mujer y a su hija y las llevaron al campo de concentración de Ravensbrück. «Thälmann debe ser ejecutado», escribió Himmler en sus notas para una reunión con Hitler el 14 de agosto de 1944. Hitler firmó la orden y tres días más tarde sacaron a Thälmann de su celda y lo condujeron en automóvil al campo de concentración de Buchenwald. Antes de su llegada encerraron en sus barracones a los prisioneros, entre quienes abundaban antiguos comunistas. Sin embargo, un recluso polaco se las arregló para ocultarse cerca de la entrada del crematorio, donde los hornos estaban siendo avivados con el fin de prepararlos para eliminar el cadáver

de Thälmann. Vio llegar un automóvil de gran tamaño y bajarse de él a un hombre ancho de espaldas, flanqueado por dos oficiales de la Gestapo. El hombre no llevaba sombrero y el polaco observó que era calvo. Empujado a codazos por la Gestapo, el hombre traspasó el umbral de la entrada al crematorio, flanqueada por hombres de las SS. De inmediato se oyeron tres disparos, y poco después, un cuarto disparo. La puerta estaba cerrada, luego, al cabo de unos veinticinco minutos, volvieron a abrir y salieron los hombres de las SS. Su conversación llegó a oídos del polaco. «¿Sabes quién era ése?», le preguntó uno de ellos al otro, con rango de oficial. «Ése era el líder comunista Thälmann», fue la respuesta. El anuncio oficial de su muerte culpó de la misma a un ataque aéreo británico.[124]

Una suerte similar se pretendía sin duda para un grupo de otros prisioneros ilustres del régimen, entre quienes se hallaban el general Franz Halder, ex jefe del Estado Mayor del Ejército, el ex ministro de Economía Hjalmar Schacht, el general Georg Thomas, destituido cuando era jefe de las adquisiciones del ejército (los tres arrestados tras el complot de la bomba), el último canciller austríaco, Kurt Schuschnigg, el político francés y ex primer ministro Léon Blum, el líder de la Iglesia Confesante Martin Niemöller, el ex primer ministro húngaro Miklós Kalláy, el conspirador de la bomba Fabian von Schlabrendorff y las familias de varios de quienes habían conspirado con él, incluyendo los Stauffenberg, los Goerdeler y los Von Hassell, junto con un sobrino del ministro de Asuntos Exteriores soviético Molotov, diversos agentes británicos y jefes militares de países que antes habían sido aliados de Alemania. Un convoy de las SS recogió a un total de unas 160 personas y las transportó a una zona montañosa en el sur del Tirol el 28 de abril de 1945. Allí, conforme a lo que se había decidido, todas ellas debían ser fusiladas y sus cuerpos eliminados. Cuando a un guardia se le escapó accidentalmente la suerte que les tenían reservada, uno de los prisioneros consiguió establecer contacto con el oficial al mando del ejército alemán en aquel lugar, que envió a un oficial a sus órdenes, el capitán Wichard von Alvensleben, para que investigara los hechos: tras reunir una partida de soldados armados, el capitán se presentó en el lugar de

los hechos y antes de que nada pudiera suceder hizo gala de su *hauteur* aristocrática conminando a los hombres de las SS a que liberasen a sus prisioneros. Todos salieron ilesos, pero se habían salvado por muy poco.[125]

III

Todavía quedaban en torno a un total de 700.000 prisioneros en los campos de concentración a principios de 1945. Además de los campos principales, había por entonces al menos 662 campos subalternos diseminados por el Reich y los territorios incorporados. En conjunto ya albergaban más prisioneros que los alojados en los centros principales como Auschwitz, Buchenwald, Sachsenhausen y Ravensbrück. A medida que el Ejército Rojo avanzaba, Himmler ordenaba que los campos que se hallaran en su camino fueran evacuados. La forma y el momento precisos en que esto debía hacerse quedaban en buena medida al albur de la propia iniciativa de los comandantes. El mayor complejo, en Auschwitz, albergó a no menos de 155.000 prisioneros. En su mayoría eran polacos o rusos. Aproximadamente a la mitad de ellos los transportaron a campos situados más al oeste. Con los evacuados salieron de Auschwitz cantidades ingentes de material, equipamiento y efectos personales. Mientras la evacuación se llevaba a cabo, las obras proseguían en edificios nuevos, incluyendo un extenso conjunto de instalaciones complementarias en Birkenau, apodadas «México» por los prisioneros. Sólo en octubre de 1944 se interrumpieron las obras de construcción. Ese mismo mes vio a unas 40.000 personas fallecer en las cámaras de gas existentes en Birkenau. Sin embargo, Himmler ordenó en noviembre cerrar y desmantelar todas las cámaras de gas existentes en cada campo. En Auschwitz se nivelaron las zanjas utilizadas para los cadáveres incinerados, se echó tierra y se plantó césped en las áreas destinadas a los enterramientos en masa, se desmantelaron los hornos y los crematorios y las cámaras de gas fueron destruidas o convertidas en búnkeres antiaéreos.[126]

Convertido en inspector de los campos de concentración, Rudolf Höss, el ex comandante de Auschwitz, fue enviado por Oswald Pohl a los campos hacia finales de 1944 «con la esperanza de llegar a tiempo a Auschwitz para

cerciorarse de que la orden de destruir cuanto fuera importante se había cumplido estrictamente», como recordaría aquél más tarde. Höss recorrió en automóvil parte del trayecto por Silesia, pero no pudo llegar al campo debido al avance implacable del Ejército Rojo. «En todas las carreteras y caminos de la Alta Silesia al oeste del Óder —informó— me topaba con columnas de prisioneros, sosteniéndose a duras penas sobre la nieve profunda. Carecían de comida. La mayor parte de los suboficiales a cargo de aquellas columnas tambaleantes de cadáveres no tenían ni idea de adónde se suponía que se dirigían». Requisaban comida en las aldeas que encontraban a su paso, pero «no había posibilidad alguna de pasar la noche en graneros o escuelas porque estaban en todos los casos repletos de refugiados». Höss «vio vagonetas de carbón cargadas de cadáveres congelados, trenes llenos de prisioneros a los que se había cambiado de vía para dirigirlos a vías muertas a la intemperie donde quedaban sin comida ni cobijo». También había refugiados alemanes que huían precipitadamente ante el avance de los rusos, mujeres «empujando cochecitos de bebé cargados hasta arriba con sus pertenencias». Agregó que la ruta tomada por las «tristes columnas» de prisioneros evacuados era fácil de seguir, «ya que cada pocos cientos de metros había tendidos los cuerpos de prisioneros que habían desfallecido o a los que habían fusilado». Tras detener su vehículo junto a un cadáver, salió para investigar los disparos que oyó en las inmediaciones «y vi a un soldado detener su motocicleta y disparar a un prisionero apoyado contra un árbol. Me dirigí a él a voces, preguntándole qué pensaba que estaba haciendo y qué daño le había causado el prisionero. Se rio en mi cara de forma impertinente y me preguntó qué pretendía hacer yo al respecto». La reacción de Höss a esa insolencia a su autoridad como oficial superior de las SS fue inequívoca: «Saqué mi pistola y le disparé en el acto».[127]

El 19 de enero de 1945, pese a que Höss no logró alcanzar el campo, 58.000 prisioneros comenzaron a desplazarse lentamente desde Auschwitz en dirección oeste, la mayor parte a pie, algunos en tren. Los guardias de las SS disparaban a los que quedaban rezagados y abandonaban sus cuerpos junto a la carretera. Hasta 15.000 de los prisioneros murieron de inanición o de frío, cuando no asesinados por las SS. Algunos polacos desobedecieron

las amenazas de las SS y les dieron a algunos de ellos comida o refugio; las personas de ascendencia alemana permanecían en el interior de sus viviendas. Al final, unos 43.000 prisioneros llegaron a los campos situados en el oeste. Únicamente los muy enfermos permanecieron en Auschwitz, donde las SS intentaban a marchas forzadas volar las instalaciones que seguían en pie y quemar los documentos incriminatorios antes de que irrumpiera el Ejército Rojo. Los archivos de la construcción, la administración y el departamento político del campo fueron trasladados al oeste; muchos acabaron en Gross-Rosen. El instrumental médico empleado en la experimentación fue desmantelado o destruido. En el caos, los prisioneros del destacamento especial, testigos cruciales de los asesinatos en masa, lograron mezclarse con las multitudes que salían del campo y escapar de las SS, que habían planeado matarlos. El doctor del campo, Josef Mengele, también se dio a la fuga llevando consigo sus notas y los documentos de las investigaciones. Los días 20 y 21 de enero de 1945 los guardias de las SS abandonaron las torres de vigilancia, volaron los restos de los crematorios principales y prendieron fuego al enorme almacén de efectos personales conocido por los reclusos como «Canadá». Las ejecuciones continuaron hasta el último minuto, hasta que el crematorio V, donde tenían lugar, fue volado también entre el 25 y el 26 de enero de 1945. Antes de marcharse, las SS acabaron con la vida de unos 700 prisioneros en los distintos campos y subcampos pertenecientes al complejo de Auschwitz, pero no tuvieron tiempo para asesinarlos a todos. El 27 de enero de 1945 el Ejército Rojo accedió al lugar. 600 cadáveres yacían en el suelo, pero cerca de 7.000 prisioneros seguían con vida, muchos de ellos en una situación de extrema debilidad. En los almacenes que no habían sido incendiados, los soldados rusos clasificaron meticulosamente 837.000 abrigos y vestidos femeninos, 44.000 pares de zapatos y 7,7 toneladas de cabello humano.[128]

Los prisioneros judíos constituían un objetivo específico en las marchas forzadas desde Auschwitz y otros campos. Cuando los prisioneros empleados en la fabricación de vehículos blindados de transporte en la Adlerwerke de Frankfurt fueron evacuados en marzo de 1945 ante la llegada de los americanos a la ciudad, las SS apartaron a los prisioneros judíos de la columna en marcha y los fusilaron; algunas de las víctimas

fueron señaladas por sus compañeros de prisión polacos.[129] En Prusia Oriental hicieron marchar a unos 5.000 prisioneros judíos, mujeres en su mayor parte, desde los distintos subcampos pertenecientes a Stutthof hasta que se detuvieron en la aldea pesquera de Palmnicken, donde les bloquearon el camino; el líder regional de Prusia Oriental, los comandantes de los subcampos y los oficiales locales de las SS y la Organización Todt decidieron matarlos y los fusilaron a todos a excepción de dos o tres centenares.[130] En un subcampo de Flossenbürg, Helmbrechts, cerca de la localidad de Hof, en Franconia, que albergaba sobre todo a mujeres polacas y rusas que trabajaban en una fábrica de armas, hicieron marchar a más de 1.100 prisioneros, hombres y mujeres, en tres grupos el 13 de abril de 1945, acompañados por cuarenta y siete guardias armados. En su camino hacia ningún destino establecido, el 3 mayo habían recorrido 313 kilómetros. Tras abandonar a los que no eran judíos al cabo de la primera semana, los guardias avanzaron en dirección sur golpeando y fusilando a los que se quedaban rezagados y a los enfermos y privando a los prisioneros de comida y agua. Las palizas no hacían sino incrementarse cuando en alguna ocasión los habitantes de las poblaciones por donde pasaban se apiadaban de los prisioneros y trataban de arrojarles pedacitos de comida. El 4 de mayo, al llegar a la población checa fronteriza de Prachtice, la columna fue atacada por un avión americano que mató a uno de los guardias; los guardias restantes abrieron fuego contra los prisioneros de forma indiscriminada. A algunos de los que sobrevivieron los obligaron a marchar subiendo por una colina boscosa situada en las inmediaciones y los fusilaron de uno en uno a medida que desfallecían por agotamiento. Los guardias, antes de huir, ordenaron que los demás caminasen hacia la población, donde los ciudadanos checos les dieron comida y cobijo. Para muchos esto sucedió demasiado tarde; veintiséis murieron antes de la llegada de los soldados americanos o poco después de la misma, el 6 de mayo de 1945. En total, al menos 178 prisioneros judíos habían fallecido en la marcha; un doctor del ejército americano afirmó que la mitad de los supervivientes se salvaron sólo gracias a que fueron atendidos rápidamente por su equipo médico. No por nada aquellas caminatas sin destino y homicidas eran conocidas por los prisioneros como «marchas de la muerte».

Muchas carecían de un destino concreto. De hecho, algunas de las marchas vagaban por el país, incluso volviendo sobre sus pasos; una marcha de la muerte desde Flössenburg recorrió sus buenos 400 kilómetros, yendo al norte durante una tercera parte del viaje, luego girando al sur y pasando no lejos del mismo campo antes de continuar en dirección a Regensburg.[131]

La evacuación del campo de concentración en Neuengamme, que albergaba, con sus cincuenta y siete subcampos, a unos 50.000 prisioneros, se emprendió en cooperación con el líder regional de la cercana Hamburgo, Karl Kaufmann. A la mayoría de los reclusos en los subcampos los obligaron a tomar parte en las homicidas y agotadoras «marchas de la muerte» en dirección a «campos de tránsito», Bergen-Belsen entre ellos, a mediados de abril. Aún quedaron 14.000 en el campo principal. Kaufmann ya había decidido, tras recibir protestas formales de líderes empresariales y militares, rendir la ciudad a los aliados. Kaufmann temía que si mandaba liberar a los prisioneros éstos se abatieran sobre la ciudad en busca de alimento y cobijo. Para entonces no quedaban más campos en el lado alemán de la línea del frente adonde pudieran ser evacuados, por lo que Kaufmann decidió embarcarlos en barcos. 4.000 prisioneros daneses y noruegos ya habían sido llevados a Suecia en marzo de 1945 por orden de Heinrich Himmler, con el consentimiento del conde Bernadotte, responsable de la Cruz Roja sueca. Himmler esperaba de ese modo ganarse la confianza de la familia real sueca, de la que Bernadotte era integrante, para que mediase en las negociaciones que él creía (sin la menor base) que podría entablar con los británicos. A los 10.000 prisioneros restantes los hicieron caminar desde el campo principal en Neuengamme en dirección a Lübeck entre el 21 y el 26 de abril de 1945 y subir a bordo de tres barcos que Kaufmann había requisado en calidad de «campos de concentración flotantes»; los cargueros Athens y Thielbeck, y un crucero de lujo, el Cap Arcona. Para los prisioneros, hacinados en las bodegas, no había ninguna clase de víveres, ni retretes ni agua. Cuando las SS abrían las escotillas bajaban ollas grandes de sopa, pero no había tazones ni cucharas y gran parte de la comida caía al suelo de la bodega, mezclándose con los excrementos que se acumulaban con rapidez. Para impedir fugas, los salvavidas fueron retirados por las SS. Cada día una lancha acarreaba agua

potable y regresaba a la costa con los cadáveres de los prisioneros que habían muerto durante la noche. El 3 de mayo de 1945 cazabombarderos británicos avistaron los barcos, los identificaron como transportes de tropas y los atacaron con sus cohetes. El Thielbeck y el Cap Arcona sufrieron graves daños. El Thielbeck se fue a pique, ahogándose de los 2.800 prisioneros a bordo todos salvo una cincuentena. El Cap Arcona se incendió. Las llamas destruyeron la mayoría de los botes salvavidas. Mientras los prisioneros se estaban arrojando a las aguas heladas del Báltico, con sus ropas envueltas en llamas, sobrevino una fuerte explosión que partió el buque. Éste se escoró a babor y quedó recostado sobre el fondo poco profundo de la bahía, con la mitad del casco manteniéndose todavía sobre las aguas. 4.250 de los prisioneros recluidos a bordo se ahogaron, murieron abrasados o tiroteados por las balas que surcaban el aire en el intercambio de fuego entre los aviones y un grupo de submarinos alemanes en el puerto cercano. 350 prisioneros fueron rescatados tras permanecer aferrados al casco durante varias horas. 400 de los 500 oficiales de las SS que se hallaban a bordo sobrevivieron.[132]

Las SS asesinaron en masa deliberadamente a otros evacuados de los campos. A una columna compuesta por unos mil prisioneros evacuados desde el campo de Mittelbau-Dora la acorralaron hasta un granero en la población de Gardelegen durante la noche, y cuando las paredes del granero se desmoronaban debido a la presión de los cuerpos, policías y miembros de las Juventudes Hitlerianas vertieron gasolina en el techo y quemaron vivos a quienes se encontraban dentro. Únicamente unos pocos pudieron escapar. Los cuerpos aún seguían ardiendo cuando los americanos llegaron al día siguiente.[133] En algunas ocasiones se unía a la matanza la población local de las zonas por donde se hacía marchar a los prisioneros. Por ejemplo, el 8 de abril de 1945, cuando una columna de prisioneros quedó diseminada durante un bombardeo en la población alemana septentrional de Celle, ex agentes de policía y otros, adolescentes incluidos, ayudaron a darles caza. Sin embargo, pese a todo el sadismo específico y la violencia de las SS contra los prisioneros judíos, las marchas de la muerte no fueron, como a veces se ha sostenido, simplemente el último capítulo de la «Solución Final»; muchos miles de prisioneros no judíos de los campos, presos de las

cárceles estatales, trabajadores forzados y otros tuvieron que soportarlas, y más que como una acción discriminatoria dirigida exclusivamente contra los judíos, aquellas marchas se pueden ver como el último acto de la historia de brutalidad y violencia del sistema represivo del Tercer Reich en general.[134]

21. Las marchas de la muerte.

A aquellos que sobrevivieron para llegar a su destino, nuevos horrores los aguardaban. Los campos situados en el área central del Reich quedaron extremadamente saturados a consecuencia de la llegada de las columnas harapientas de evacuados: la población de Buchenwald, por ejemplo, se elevó de 37.000 en 1943 a 100.000 en enero de 1945. En tales condiciones, los índices de mortalidad se elevaron drásticamente, y unas 14.000 personas, la mitad judías, murieron en ese campo entre enero y abril de 1945. En Mauthausen la llegada de miles de prisioneros procedentes de los subcampos existentes en la región ocasionó un deterioro de las condiciones tan acusado que 45.000 reclusos murieron entre octubre de 1944 y mayo de 1945. Las condiciones en los subcampos que perduraron hasta el final de la guerra no fueron mejores. Ohrdruf, un subcampo de Buchenwald cerca de Gotha, fue el primero descubierto por el ejército americano en su avance a través de Turingia. Había albergado a 10.000 prisioneros utilizados en la excavación de búnkeres subterráneos. Las SS habían sacado al exterior a algunos de los reclusos unos pocos días antes y fusilado a muchos de ellos. Los soldados que descubrieron el campo el 5 de abril de 1945 quedaron tan impresionados por lo que contemplaron que su oficial al mando invitó a los generales Patton, Bradley y Eisenhower a visitarlo. «Más de 3.200 cuerpos desnudos, consumidos —recordó Bradley más tarde—, habían sido arrojados al interior de fosas poco profundas. Los piojos se arrastraban sobre la piel amarillenta de su constitución huesuda, angulosa». Los generales se toparon con un cobertizo lleno hasta arriba de cadáveres. Bradley quedó tan impresionado que su salud se resintió. Eisenhower reaccionó ordenando a sus tropas en la zona que visitaran el campo de concentración. Escenas del mismo tenor se repitieron en muchos otros lugares con el avance de los americanos. Algunos de los que habían sido guardias aún se encontraban en los recintos disfrazados de prisioneros; los reclusos supervivientes los identificaron ante los soldados aliados, cuya repugnancia los movió en ocasiones a fusilar a los hombres de las SS; otros guardias ya habían muerto a manos de prisioneros furiosos que deseaban venganza.[135]

Las condiciones terribles que prevalecían en los campos en los meses finales de la guerra fueron más evidentes en el lugar que vino a simbolizar más que ningún otro la inhumanidad de las SS para los británicos, que lo liberaron al final de la guerra: Belsen. El campo de concentración de Bergen-Belsen se erigió a partir de un campo de prisioneros de guerra a comienzos de 1943. Su función especial era servir como un lugar de alojamiento temporal para un número reducido de judíos procedentes de diversos países europeos, y en especial de Holanda, a quienes Himmler y sus aliados en el Ministerio de Asuntos Exteriores pensaban utilizar como moneda de cambio o como rehenes en las negociaciones internacionales. Cuando la dificultad de hacer canjes con tales prisioneros se hizo más evidente, las SS decidieron en marzo de 1944 utilizar Bergen-Belsen como un «campo de convalecencia» o, para expresarlo de un modo más realista, un vertedero para prisioneros enfermos y agotados de otros campos cuya debilidad los incapacitaba para el trabajo. Hasta el final de 1944, unos 4.000 de esos prisioneros habían llegado al campo, pero al no procurárseles instalaciones médicas dignas de ese nombre el índice de mortalidad se elevó rápidamente más de un 50 por 100. En agosto de 1944 el campo se amplió para acoger a mujeres judías, muchas de ellas procedentes de Auschwitz. En diciembre de 1944 había más de 15.000 personas en el campo, incluyendo a 8.000 en los edificios para mujeres. Una de ellas fue la muchacha holandesa Anne Frank, a quien enviaron allí a finales de octubre tras evacuarla de Auschwitz; murió de tifus el mes de marzo siguiente. El comandante, Josef Kramer, nombrado el 2 de diciembre de 1944, era un oficial veterano de las SS. Anteriormente había servido en Auschwitz-Birkenau, donde había supervisado poco antes el asesinato de cientos de miles de judíos húngaros en las cámaras de gas. Varios mandos, incluidas mujeres que ejercían de guardias, lo acompañaron. Kramer eliminó de inmediato los pocos privilegios de que disfrutaban los aproximadamente 6.000 «judíos canjeables» que seguían allí procedentes del contingente original del campo, y comenzó un régimen de caos y brutalidad rápidamente crecientes.[136]

A medida que Bergen-Belsen se convertía en el destino final para los prisioneros evacuados de otros campos ante el avance del Ejército Rojo, la saturación del campo no hacía sino acrecentarse. El número de presos había aumentado a más de 44.000 a mediados de marzo de 1945. Los intentos de evacuar a algunos de ellos a Theresienstadt se toparon con los bombardeos, y dos trenes quedaron detenidos en campo abierto cuando los guardias se ocultaron y las tropas aliadas irrumpieron liberando a los pasajeros hambrientos, o a los que entre ellos aún permanecían con vida. Entretanto, otros miles seguían llegando a Bergen-Belsen, entre los que había un extenso contingente del Mittelbau-Dora, de forma que el número total de presos alcanzó los 60.000 el 15 de abril de 1945. Kramer no había efectuado preparativos adecuados ni a tiempo para acondicionar unas instalaciones sanitarias apropiadas para ellos, de manera que los 60.000 tuvieron que arreglárselas con el mismo número de lavabos, duchas y retretes que habían sido dispuestos un año antes para una población en el recinto de no más de 2.000 personas. Los excrementos tirados por los suelos de los barracones pronto alcanzaron hasta un metro de grosor. Las provisiones de alimento eran del todo inadecuadas; cuando la guerra cortó las últimas comunicaciones que quedaban se interrumpieron por completo. El suministro de agua se cortó cuando una bomba impactó en la estación de bombeo, inutilizando las cocinas. Kramer no se molestó en intentar aliviar la situación; sin embargo, cuando los británicos se hicieron con el control del campo el 15 de abril bastaron unos pocos días para volver a traer agua y provisiones de comida, así como reparar las instalaciones para cocinar. Un doctor que formaba parte de los reclusos contó más tarde que había presenciado más de 200 casos de canibalismo entre los prisioneros. Kramer agravó las cosas obligando continuamente a pasar lista con parsimonia a la intemperie, sin importar el frío o la humedad. Las epidemias empezaron a extenderse. El tifus mató por miles. Pero de no ser por los esfuerzos de los doctores presentes entre los prisioneros la situación habría sido todavía peor. No obstante, entre el comienzo de 1945 y mediados de abril murieron unas 35.000 personas en Bergen-Belsen. Los británicos, que tomaron el control del campo el 15 de abril de 1945, no pudieron salvar a otras 14.000 personas que se encontraban demasiado débiles, enfermas o desnutridas

para restablecerse.[137] En total, en el conjunto de Alemania se ha calculado que entre 200.000 y 350.000 prisioneros de los campos de concentración murieron en las «marchas de la muerte» y en los campos adonde fueron conducidos en aquellos meses finales: en otras palabras, hasta la mitad de los prisioneros que en enero de 1945 se encontraban cautivos en el sistema de los campos había muerto cuatro meses después.[138]

## IV

Las fases finales de la guerra contemplaron algunos de los ataques aéreos más devastadores de todos. Los bombardeos prosiguieron con una frecuencia prácticamente diaria, en ocasiones con una intensidad tal que se desataban tormentas de fuego similares a aquella que había causado tanta destrucción en Hamburgo en el verano de 1943. En Magdeburgo una tormenta de fuego mató el 16 de enero de 1945 a 4.000 personas y arrasó totalmente una tercera parte de la ciudad; todavía se agravó más la situación la noche siguiente con un ataque llevado a cabo por setenta y dos Mosquitos que arrojaron minas y explosivos para obstaculizar los trabajos de las brigadas antiincendios y las cuadrillas de limpieza. Además, cada vez dejaban caer más bombas que no explotaban al instante para que su peligrosidad aún fuera mayor. Pequeños escuadrones de cazabombarderos Mosquito, veloces y de largo alcance, volaban a su antojo sobre las ciudades pequeñas y grandes de Alemania causando graves trastornos al provocar alarmas repetidas y movilizaciones defensivas ante el temor a que un ataque aéreo importante estuviese en marcha. El 21 de febrero de 1945 más de 2.000 bombarderos atacaron Núremberg, arrasando extensas áreas de la ciudad y cortando los suministros de agua y electricidad. Dos días después, en la noche del 23 al 24 de febrero de 1945, 360 bombarderos británicos llevaron a cabo el único ataque aéreo durante la guerra contra la ciudad de Pforzheim, en el suroeste de Alemania, bombardeada con una intensidad tal a lo largo de 22 minutos, que se desató una tormenta de fuego que arrasó por completo el centro de la ciudad y mató a 17.000 de los 79.000 habitantes de la ciudad. Berlín sufrió también por entonces el ataque más intenso y más destructivo de la guerra. Más de mil bombarderos

americanos atacaron la capital a pleno día el 3 de marzo de 1945, pulverizando una gran parte del centro, dejando sin hogar a más de 100.000 personas, privando a los habitantes de agua y electricidad y matando a cerca de 3.000 personas. A petición de la fuerza aérea soviética, más de 650 bombarderos americanos devastaron el puerto de Swinemünde el 12 de marzo, donde se habían refugiado muchos alemanes que huían del avance del Ejército Rojo. Murieron unas cinco mil personas, si bien la leyenda popular no tardó en sostener que el número de muertos fue muchas veces superior. A ello siguió un ataque contra Dortmund que, al igual que muchos de aquellos últimos ataques, perseguía destruir los centros de transporte y de comunicaciones. El 16 y el 17 de marzo fue el turno de Würzburgo, donde 225 bombarderos británicos destruyeron más del 80 por 100 de la superficie edificada de la ciudad y mataron a más de 5.000 de sus habitantes. El último ataque aéreo nocturno británico importante se lanzó contra Potsdam del 14 al 15 de abril de 1945, matando a no menos de 3.500 personas.[139]

Dresde fue el objetivo del ataque aéreo más devastador de la fase final de la guerra. Hasta entonces, la ciudad barroca a orillas del Elba se había librado de los horrores de los bombardeos aéreos. Sin embargo, además de poseer un gran valor cultural también era un centro de comunicaciones importante y un centro de la industria de las armas. El avance soviético, que ahora se aproximaba al Elba, iba a ser secundado por bombardeos aliados pensados para interrumpir las comunicaciones alemanas por ferrocarril y carretera en la ciudad y en torno a ella. Y la voluntad alemana de resistir tenía que quedar más maltrecha. El 13 de febrero de 1945 dos oleadas de bombarderos británicos atacaron el centro de la ciudad de forma indiscriminada, sin hallar oposición de baterías antiaéreas «Flak», trasladadas más al este para reforzar las defensas contra el Ejército Rojo que se aproximaba, ni de cazas alemanes, que permanecían en tierra al carecer de combustible. El tiempo era despejado y los aviones de reconocimiento lo tuvieron fácil. A los ataques británicos siguieron dos ataques diurnos de bombarderos americanos. La sucesión prolongada y concentrada de ataques creó una tormenta de fuego que destruyó por entero el centro de la ciudad y extensas partes de los suburbios. Escribió un

habitante que la ciudad «era un único mar de llamas debido a la estrechez de las calles y a la escasa distancia entre los edificios. Por la noche el cielo resplandecía con un rojo intenso».[140] Murieron 35.000 personas.[141] Entre los habitantes de la ciudad en aquellos días funestos se contaba Victor Klemperer. Siendo uno de los pocos judíos que seguían en Alemania, habiendo sobrevivido hasta entonces gracias a la fidelidad de su mujer no judía, Eva, Klemperer tenía otras cosas por las que preocuparse más que por los ataques aéreos. En la misma mañana del primer ataque, una orden llegó a la «casa de judíos» donde estaba obligado a residir comunicando que los judíos que quedaban en Dresde tenían que ser evacuados el día 16. La orden manifestaba que serían requeridos para hacer trabajos, pero al figurar también los niños en la lista que se adjuntaba nadie albergaba la menor duda de lo que aquello significaba realmente. El propio Klemperer tuvo que entregar copias de la circular a los afectados. Él mismo no figuraba en la lista, pero no se hacía la menor ilusión de no estar en la lista siguiente. Incluso en los meses finales de la guerra los nazis estuvieron haciendo funcionar la maquinaria del exterminio, con mayor precisión si cabe.[142]

Al anochecer, mientras Klemperer seguía contemplando su destino probable inminente, la primera oleada de bombarderos sobrevoló la ciudad y empezó a arrojar su carga mortal. En un primer momento, Klemperer se ocultó en el sótano de la casa de judíos. Entonces la casa resultó alcanzada por la explosión de una bomba. Subió por la escalera. Las ventanas habían volado hacia el interior y había cristales por todas partes. «En el exterior había luz como si fuera de día». Fuertes vientos, originados por la inmensa tormenta de fuego en el centro de la ciudad, barrían las calles y no cesaban las explosiones de las bombas. «De pronto, un golpazo en la ventana que había a mi lado, algo abrasador me dio con fuerza en la parte derecha del rostro. Lo toqué, la mano estaba ensangrentada, me palpé el ojo, seguía allí». En la confusión, Klemperer se separó de su mujer. Tras meter en una mochila las joyas de Eva y sus manuscritos, salió de la casa como pudo, tras dejar atrás el sótano semiderruido y atravesar el cráter abierto por una bomba, y se sumó en la calle a un grupo de gente que subía por los jardines públicos a una terraza desde donde se contemplaba la ciudad y donde pensaban que sería más fácil respirar. La ciudad era pasto de las llamas.

«Siempre que la lluvia de chispas aumentaba por un lado, yo me iba hacia el otro». Empezó a llover. Klemperer se envolvió en una manta y observó cómo ardían resplandecientes las torres y los edificios de la ciudad y a continuación se desmoronaban en montones de cenizas. Caminando hacia el extremo de la terraza, se topó por un azar afortunado con su mujer. Seguía viva. Había escapado de la muerte porque alguien la había sacado de la casa de judíos y la había llevado a un sótano cercano reservado a los arios. Había querido encender un cigarrillo para calmar la tensión pero, desprovista de cerillas, Eva Klemperer había reparado que «en el suelo había algo al rojo vivo, quiso utilizarlo: era un cadáver ardiendo».[143] Al igual que otros muchos, había logrado escapar de las llamas dirigiéndose al parque.

En aquel momento, otro superviviente judío amigo de Klemperer, Eisenmann, se acercó a la pareja sin dejar de abrazar a uno de sus hijos; el resto de su familia había desaparecido. Eisenmann les dio algún consejo sensato. «Yo tenía que quitarme la estrella —contó Klemperer—, como él había soltado la suya. Al momento, Eva arrancó con una navaja la estrella de mi abrigo». Con ese acto, los Klemperer habían pasado verdaderamente a la clandestinidad. En el caos y la destrucción la Gestapo y otras autoridades tendrían otras cosas que hacer, por un tiempo al menos, que ir persiguiendo a los judíos que quedaban en Dresde, y de cualquier forma todas sus listas habían quedado probablemente destruidas. Klemperer y su mujer echaron a caminar lentamente junto a la orilla del río:

> Arriba, todas las casas habían sido pasto de las llamas. Aquí abajo, junto al río, por donde iban y venían o habían acampado muchas personas, se veían en gran número, incrustadas en la tierra removida, las angulosas cápsulas vacías de las bombas incendiarias. De muchas casas de la calle de arriba seguían saliendo llamas. De vez en cuando había cadáveres, pequeños, como un hatijo de ropa, diseminados por el camino. Uno tenía arrancada la tapa del cráneo, la cabeza era por arriba un cáliz rojo oscuro. En una ocasión vimos un brazo con una mano pálida, no exenta de belleza, como las piezas de cera que se ven en los escaparates de las peluquerías. Esqueletos metálicos de coches destruidos, cobertizos consumidos por el fuego. De los que vivían más lejos, algunos parece que habían podido salvar algo, y llevaban colchones y cosas así en carretillas, o estaban sentados sobre cajones y bultos. Entre esos islotes, entre cadáveres y vehículos destrozados, pasaban siempre ríos de gente, Elba abajo o Elba arriba, un desfile excitado y silencioso.[144]

Abriéndose paso por la ciudad todavía en llamas, llegaron a la casa de judíos hallándola casi completamente destruida. Klemperer se hizo atender su ojo por personal de ambulancia, luego la pareja llegó a un centro médico donde ambos pudieron dormir y probar un bocado, aunque no mucho más. Finalmente los llevaron a una base aérea situada en las afueras de la ciudad donde les entregaron más comida. Allí Klemperer fue objeto de una mayor atención médica. Se registró con su nombre real, pero omitió el indicador «Israel» que la ley le obligaba a emplear desde comienzos de 1939. Dirigiéndose desde Dresde hacia el norte por tren, lo cual tenían prohibido bajo pena de muerte los judíos, los Klemperer llegaron a Piskowitz, donde Agnes, su antigua empleada doméstica, vivía; ella les aseguró que no le había contado a nadie que había trabajado para una pareja judía y les dio cobijo. Klemperer respondió a la pregunta inevitable del alcalde local («¿No es usted de origen judío o de raza mixta?») con un «no» rotundo.[145] Para ellos, al igual que para un reducido número de otros judíos, el caos y la destrucción de los meses finales de la guerra les deparó una posibilidad de supervivencia. La aprovecharon gustosamente.

Únicamente los nazis más furibundos veían los ataques aéreos como un acicate para ofrecer una resistencia mayor a los aliados. Poco después de los bombardeos aliados de Dresde, Luise Solmitz se encontró con un conocido que trabajaba para el Ministerio de Propaganda:

> Cuando le dije que el 99 por 100 de los ciudadanos de Hamburgo deseaba que esos ataques cesaran y que habría que asumir lo que viniera después, X dijo a voz en grito: «¡Pero eso es sin duda locura, ése es el punto de vista de la plebe estúpida! Tenemos que alzarnos ante la Historia con honor. No puedes pintar las consecuencias de una derrota con colores que de ninguna manera corresponden». [...] Para él, Dresde es «el mayor asesinato organizado de masas de la historia».[146]

Durante la última parte de la guerra, Solmitz pasó gran parte de su tiempo intentando simplemente que su familia se mantuviera con vida. Aunque no era fumadora, solicitaba una cartilla de racionamiento de cigarrillos porque, tal como anotó, «los cigarrillos son moneda, moneda fuerte». Así podía intercambiarlos por raciones de comida para su nieto de corta edad. La conexión de gas para su hogar había quedado inutilizable debido a los ataques aéreos de finales de julio de 1943 y no se restableció hasta enero de

1944; pero a comienzos de 1945 los suministros de gas y de electricidad habían quedado en cualquier caso periódicamente interrumpidos por los llamados «días de ahorro de gas» y «días de ahorro de corriente eléctrica». También por entonces las cartillas de racionamiento de cuatro semanas tenían que durar cinco. A finales de 1944 las raciones oficiales de comida empezaron a rebajarse hasta niveles que no permitían sobrevivir a nadie. En la segunda semana de enero de 1945, la ración mensual de pan se rebajó de diez kilos y medio a 8.750 gramos, y a mediados de abril había caído hasta los 3.600 gramos; la ración de carne se redujo de 1.900 gramos a 550 en el mismo período, y la ración de grasas, de 875 gramos a 325.[147] La infraestructura del país se estaba desmoronando con rapidez. «Estoy al límite de mis fuerzas, de mi voluntad; completamente exhausta y acabada», escribió Luise Solmitz presa de la desesperación el 9 de abril de 1945.[148]

Bajo el impacto de la derrota y la retirada, y agotada por los bombardeos incesantes sobre su ciudad natal de Hamburgo, Luise Solmitz comenzó finalmente a perder su fe en Hitler, si bien era demasiado cautelosa para expresarlo explícitamente ni tan siquiera en la intimidad de su diario. El 8 de septiembre de 1942, sintetizando sus pensamientos acerca de los alemanes y de la situación por la que estaban pasando, había escrito:

> Para mí un gran hombre es únicamente aquel que conoce el modo de contenerse, porque no sólo hay un tiempo presente en que la venganza puede ser saboreada, sino también un futuro en que el castigo llegará. Bismarck pudo refrenarse, uno de los pocos que resistieron el verse arrastrados por el poder del éxito, un hombre que opuso su propia ley interna a la especie de ley natural que empujaba al conquistador. El destino ineludible de la mayoría de conquistadores es su propia destrucción.[149]

Pero hasta que su hija Gisela no le dejó a su hijo recién nacido, Richard, bajo su custodia, Luise Solmitz no se volvió de veras en contra de Hitler. Ya era penoso pensar que ella y Friedrich, su marido, podrían morir en los bombardeos, pero la amenaza que éstos representaban para su nietecito, el portador inocente del futuro de Alemania, la hacía palidecer. Por entonces, para Hitler únicamente tenía «odio» y «maldiciones». «Tomé la costumbre de acompañar cada bombardeo con un “Concédele a Hitler una muerte miserable” cuando estábamos con los nuestros», escribió.[150] La familia empezó a referirse a los nazis como «Herr Jaspers», lo que les permitía

hablar del declive y el venidero final del sistema nazi sin miedo a ser detenidos en caso de que alguien los oyese casualmente. Cada vez que Goebbels u otro nazi prominente aparecía en la radio, atravesaban raudos la habitación para apagarla.[151] El bombardeo constante estaba destruyendo lo poco que quedaba de la fe popular en Hitler y del apoyo al régimen nazi.

Cuando la situación se tornó más desesperada, los robos y el mercado negro ilegal se convirtieron en la única manera de salir adelante. Los saqueos se extendieron, sobre todo desde el verano de 1944. En Essen, por ejemplo, más de noventa tiendas de comestibles fueron saqueadas en sólo un par de semanas en el otoño de 1944. La gente se aprovechaba de la ausencia de los dueños durante los ataques nocturnos. Los daños causados por los bombardeos les procuraban más oportunidades. En la mayoría de ocasiones se apoderaban de pequeñas cantidades de comida y ropa. Se incrementaron las patrullas policiales y la Gestapo amplió su red de informadores en las comunidades de trabajadores extranjeros. En septiembre de 1944 se facultó a los oficiales de la Gestapo para ejecutar con carácter sumarísimo a los saqueadores, una orden formalizada por la Oficina Central de Seguridad del Reich a primeros de noviembre de 1944 que en principio únicamente afectaba a trabajadores del este, pero que luego se extendió a todos. Se alentó así ciertamente a las autoridades policiales y administrativas locales a resolver esos asuntos por su propia cuenta. Los integrantes de la Tormenta del Pueblo eran utilizados para montar guardia en los edificios dañados por los bombardeos y para arrestar y de hecho fusilar a los trabajadores del este que resultaran atrapados con objetos saqueados de los lugares bombardeados. En octubre de 1944 un oficial de la Gestapo en la población de Dalheim, al oeste de Alemania, no lejos de Colonia, al pasar junto a algunas obreras del este, sin presencia de hombres, que llevaban consigo lo que parecían bienes saqueados, ordenó a sus hombres que detuvieran a siete de ellas; confesaron bajo interrogatorio y al día siguiente las hizo fusilar a todas. A veces participaban vecinos de la zona. Por ejemplo, a principios de abril de 1945 un telefonista que regresaba a casa desde su trabajo en Oberhausen advirtió la presencia de cuatro obreros del este saliendo de una casa cuyos residentes se habían ocultado en un refugio antiaéreo; reunió a algunos otros hombres y detuvo a

uno de los trabajadores, al que los hombres comenzaron a golpear. El obrero confesó el robo de algunas patatas y fue conducido a una oficina de las fuerzas armadas donde al telefonista le dieron una pistola. Cuando se llevaba a su prisionero a un campo de deportes se unió un gentío que también comenzó a golpear al hombre con palos y tablas. A continuación el telefonista le pegó un tiro, pero el hombre no murió al instante; mientras yacía gimiendo en el suelo, la muchedumbre se reunió a su alrededor y le golpeó hasta la muerte.[152]

En aquellas circunstancias no es sorprendente que cada vez fueran más los obreros extranjeros que optaban por ocultarse o pasar a la clandestinidad. A menudo había obreros franceses que disfrutaban de un permiso para visitar a sus familias en Francia y que simplemente no regresaban; en la fábrica de I. G. Farben en Ludwigshafen, por ejemplo, jamás regresó el 68 por 100 de todos los obreros del oeste de Europa a los que se había permitido ir de visita a su casa en mayo y junio de 1943. Sin embargo, haber prohibido los permisos para regresar a casa hubiera causado un gran malestar entre esos obreros, y al proceder de países «amigos» no era posible aplicar medidas de castigo. La mitad si no más de los trabajadores que desertaron de sus ocupaciones procedía del este, hombres y mujeres que indudablemente estaban infringiendo la ley. Sus posibilidades de volver realmente a casa eran remotas, pero muchos de ellos se las arreglaron para encontrar trabajo en otro lugar, sobre todo si era menos exigente que la ocupación que habían dejado. La mayoría hizo cuanto pudo para recolocarse en áreas que no estuvieran amenazadas por los bombardeos aéreos. La Gestapo les seguía la pista y arrestó a un buen número de ellos, organizando amplias persecuciones e intensificando sus controles en las estaciones ferroviarias, en los bares y en los espacios públicos. El número de fugas se había elevado en 1944 hasta la asombrosa cifra de medio millón en un año, al menos según Albert Speer, quien insistía en que todo cuanto debía hacerse con los obreros que se hubieran dado a la fuga cuando eran detenidos era, debido a su importancia para la economía de guerra, devolverlos a su puesto de trabajo de procedencia. Otros trabajadores extranjeros manifestaban estar enfermos cada vez con mayor frecuencia o simplemente trabajaban con mayor parsimonia. La policía

encontró en el bolsillo de un obrero francés en mayo de 1944 la siguiente carta en cadena: «Los Diez Mandamientos de un Obrero Francés Perfecto: 1. Trabaja sin prisa en el taller. 2. Camina deprisa después de salir del trabajo. 3. Ve al retrete con frecuencia. 4. No trabajes demasiado duro. 5. Fastidia al capataz. 6. Corteja a las chicas guapas. 7. Visita al doctor a menudo. 8. No cuentes con unas vacaciones. 9. Mantente aseado. 10. Conserva siempre la esperanza».[153] Algunos obreros saboteaban las armas que se veían obligados a fabricar. Otros simplemente hacían un trabajo de ínfima calidad porque estaban cansados y desnutridos.

Esta clase de resistencia o insumisión se manifestaban casi siempre a título individual. En algunos lugares los obreros extranjeros comunistas pusieron en marcha movimientos clandestinos de resistencia, pero éstos se limitaron por lo general a organizar fugas o identificar a los soplones y ocuparse de ellos. Mucho más comunes eran las bandas de obreros extranjeros evadidos que se ocultaban en edificios bombardeados y sobrevivían ingeniándoselas, en muchas ocasiones en compañía de alemanes jóvenes. Su principal recurso solía ser el mercado negro. Con la comida cada vez más racionada, el tabaco, como había observado Luise Solmitz, se convirtió en una especie de moneda de cambio para obtener pan o ropa. Los obreros del oeste, sobre todo los franceses, estaban mejor pagados que sus homólogos del este, y a menudo recibían paquetes de alimentos que los parientes en su país de origen les enviaban, por lo que podían utilizar esa ventajosa situación para crear un mercado clandestino próspero de comida que tan desesperadamente necesitaban los obreros soviéticos e italianos. Careciendo de poder de compra, los prisioneros de guerra rusos y los trabajadores forzados civiles empezaron a construir juguetes pequeños y otras baratijas a partir de material industrial sobrante y a venderlos por las calles o en las fábricas, si bien esto no tardó en quedar prohibido con el argumento de que los materiales que empleaban eran importantes para la economía de guerra.[154] Comenzaron a aparecer bandas numerosas sustentadas en esa clase de negocios peligrosos. Hacia septiembre de 1944, alentadas por la aproximación de los ejércitos aliados, esas bandas estaban creciendo en número, sobre todo en las ciudades en ruinas del oeste de Alemania, como Colonia. A menudo iban armadas y no

temían los tiroteos con la policía. En Colonia, a una banda compuesta por unos treinta miembros, sobre todo obreros del este, la acusaron de vivir gracias a comida robada y saqueada, y cuando la Gestapo la disolvió, después de un tiroteo en el que murió un inspector de policía, el líder de la banda, Mishka Finn, consiguió integrarse en otra banda liderada por un antiguo prisionero de un campo de concentración, un alemán. La mayoría de sus miembros eran desertores del ejército y prisioneros evadidos. Esta banda cooperaba a su vez con un grupo más político integrado por obreros más jóvenes conocido como Edelweisspiraten [Piratas Edelweiss], el cual se había dedicado a agredir a miembros de las Juventudes Hitlerianas y a robar en las tiendas de comestibles y en otros establecimientos. Cuando crecieron las ambiciones del grupo y se empezó a planear la voladura del cuartel general de la Gestapo en la ciudad, la policía localizó y detuvo a sus integrantes. El 25 de octubre de 1944 ahorcaron públicamente a seis de ellos, todos obreros del este, en presencia de una muchedumbre, tras lo cual se procedió a la ejecución pública de trece miembros de la banda alemana el 10 de noviembre de 1944.[155]

Sin embargo, esto no logró poner fin a esa clase de actividades en la ciudad; de hecho, el jefe de la Gestapo de Colonia murió poco después en un tiroteo con otra banda de obreros del este. Una banda de Duisburgo estaba compuesta por un centenar de integrantes y practicaba asaltos a edificios casi a diario. La Gestapo respondió a ello provocando el caos con una política de detenciones y ejecuciones multitudinarias en una escala cada vez mayor. En Duisburgo fusilaron a veinticuatro miembros de la banda de obreros del este en febrero de 1945, a los que siguieron sesenta y siete personas en marzo, varias de ellas de nacionalidad alemana, de las que se sospechaba que habían dado refugio a integrantes de la banda. En Essen el jefe de la Gestapo, junto con su superior de Düsseldorf, ordenó que sacaran de la prisión y fusilaran a treinta y cinco prisioneros, en su mayor parte detenidos bajo la sospecha de haber cometido saqueos o asaltos en viviendas. Otros treinta trabajadores del este fueron ejecutados el 20 de marzo de 1945 en Wuppertal, veintitrés en Bochum y once en Gelsenkirchen. En Dortmund la Gestapo fusiló a otros 240 hombres y mujeres en marzo y abril de 1945, continuando con las ejecuciones hasta el

mismo momento en que las tropas aliadas hicieron su entrada en la ciudad. Sus víctimas fueron personas encarceladas bajo la sospecha de saqueos, robos, actividades comunistas de resistencia, espionaje y otros delitos diversos. La ira ante la derrota inminente de Alemania dio alas a un espíritu de venganza y a un deseo de restaurar un sentido del orden nazi en un mundo que se precipitaba velozmente en el caos, donde gente a la que la Gestapo consideraba inferior en términos raciales andaba vagando sin apenas control por las grandes ciudades industriales del oeste de Alemania. La actividad de las bandas en esa región estuvo antes impulsada por un instinto de supervivencia que por cualquier deseo de ofrecer una resistencia abierta al régimen nazi; pero, como tantas veces, la respuesta del régimen fue esencialmente política, ideológica hasta el final.[156]

## V

Según los propios cálculos de la Unión Soviética, las pérdidas del Ejército Rojo en la guerra totalizaron más de 11 millones de soldados, más de 100.000 aviones, más de 300.000 piezas de artillería y cerca de 100.000 carros de combate y cañones autopropulsados. Otras autoridades han situado muy por encima las pérdidas de personal militar, elevándolas de hecho hasta 26 millones. Los soldados del Ejército Rojo carecían de entrenamiento, de formación, muchas veces estaban mal equipados. Las pérdidas prosiguieron sin disminuir hasta el final de la guerra; de hecho, cada día se perdieron más carros de combate en la batalla final por Berlín de los que se habían perdido incluso en la Batalla de Kursk. Stalin perseguía la victoria a toda costa, y el precio que sus hombres pagaron fue astronómicamente elevado. Los oficiales y soldados del Ejército Rojo tenían instrucciones de acatar las órdenes sin rechistar y evitar emprender cualquier acción por iniciativa propia. En lugar de organizar ataques tácticamente sofisticados, solían abalanzarse contra las líneas del enemigo en asaltos frontales, sufriendo pérdidas tan cuantiosas que llevaba tiempo sustituirlas aun disponiendo de los ingentes recursos con que contaba el Ejército Rojo. El resultado fue que la guerra en el frente oriental necesitó de mucho más tiempo para ganarla del que hubiera precisado con una jefatura

militar más inteligente y más prudente.[157] No obstante, los padecimientos que las tropas tuvieron que soportar y las enormes pérdidas sufridas inculcaron además en los soldados soviéticos el compromiso de lograr la victoria con una fuerte dosis de fiereza y odio hacia el enemigo. Algo que se puso de manifiesto tan pronto como alcanzaron las fronteras de Alemania.

En julio de 1944 las tropas soviéticas entraron en Majdanek, el primer campo de exterminio descubierto por cualquiera de los ejércitos aliados. Los barracones y los patios estaban llenos de cadáveres: rusos, polacos y muchos otros, así como judíos. Periodistas horrorizados recorrieron las cámaras de gas, que los alemanes no habían podido desmantelar a tiempo. Miles de soldados del Ejército Rojo fueron llevados a visitar el campo de Majdanek para verlo con sus propios ojos. *Pravda* («Verdad»), el principal diario soviético, publicó reportajes impactantes que se añadieron a las historias ya sobradamente conocidas de los millones de prisioneros de guerra soviéticos a quienes los alemanes habían dejado morir de hambre. En su avance en dirección oeste hacia Alemania, las fuerzas soviéticas descubrieron otros centros de muerte, no sólo Auschwitz, sino otros más pequeños como Klooga, cerca de Tallinn, donde los fotógrafos tomaron imágenes de los cuerpos de judíos asesinados que se hallaban amontonados con troncos listos para una incineración masiva que los alemanes no habían tenido tiempo de comenzar. La profunda impresión derivada de tales hallazgos alimentaba la ira contra los alemanes surgida con los años de sufrimiento a merced suya. Los recuerdos de ciudades arrasadas y saqueadas como Kiev o Smolensk se avivaron cuando las tropas irrumpieron en un país cuyo nivel de vida parecía incomparablemente alto comparado con el suyo. Si Alemania era tan rica, ¿por qué, entonces, habían comenzado la guerra los alemanes? El contraste sólo parecía aumentar la furia de los soldados rusos. «Nos cobraremos venganza —escribió uno al cruzar a Prusia Oriental en enero de 1945—, venganza por todos nuestros sufrimientos [...] Es obvio por todo lo que vemos que Hitler robó en toda Europa para complacer a sus Fritz manchados de sangre [...] Sus tiendas están repletas de artículos de todas las tiendas y fábricas de Europa».[158] «Odiamos Alemania y a los alemanes profundamente —escribió otro—. No es raro ver a gente muerta tirada en las calles [...] Pero los alemanes se

merecen las atrocidades que desataron. Sólo hay que pensar en Majdanek».[159] Los comisarios políticos, ellos mismos objeto de una orden especial de asesinato comunicada a las fuerzas alemanas en 1941, instaban a los soldados a cobrarse venganza. «La furia de los soldados en combate debe ser terrible», era un extendido lema político soviético de la época. «Decías que deberíamos hacer lo mismo en Alemania que lo que los alemanes nos hicieron —le escribió otro soldado a su padre—. El juicio ha empezado ya; recordarán esta marcha de nuestro ejército por territorio alemán durante mucho, mucho tiempo».[160]

Las autoridades militares y civiles soviéticas ordenaron que las tierras de Alemania ocupadas fuesen despojadas de todo. Cargaron con cantidades enormes de vías férreas, locomotoras y vagones, armas y munición y muchas otras cosas con el fin de reponer hasta donde fuera posible la maquinaria y el equipamiento soviéticos destruidos en la guerra. Los americanos se percataron de que el 80 por 100 de la maquinaria industrial de Berlín había sido trasladada a la Unión Soviética cuando ellos llegaron a la ciudad. Las obras de arte también formaban parte del saqueo oficialmente sancionado. En su retirada precipitada, los alemanes se vieron obligados a abandonar numerosas colecciones, guardadas al igual que otras en Europa con el fin de protegerlas en sótanos, minas y otros sitios ocultos lejos del fragor de la batalla y la destrucción de los bombardeos. Las unidades soviéticas especiales destinadas a recuperar obras de arte merodeaban por la campiña en busca de esos tesoros, y trasladaron cuantos lograron localizar a un depósito especial en Moscú. En el túnel profundo de una cantera situada en la aldea de Groscotta, cerca de Dresde, hallaron numerosas pinturas almacenadas pertenecientes a los museos de Dresde, entre ellas la *Madonna Sixtina* de Rafael y el *Rapto de Ganímedes* de Rembrandt. El gran Altar de Pérgamo fue desmantelado y trasladado. Un millón y medio de objetos culturales terminaron por regresar a Alemania Oriental, después de 1949, pero una buena cantidad se extravió. El alcalde de Bremen, por ejemplo, había enviado la colección de arte de la ciudad para protegerla a un castillo no lejos de Berlín donde la encontraron las tropas del Ejército Rojo. Tras llegar para inspeccionar la colección, Viktor Baldin, un arquitecto ruso alistado en el Ejército Rojo, encontró las valiosas obras diseminadas por la

zona e hizo cuanto pudo para recuperarlas, en un caso entregando a un soldado ruso un par de botas a cambio de un grabado de Alberto Durero. Mientras Baldin guardaba en lugar seguro los cientos de dibujos que había encontrado, a la espera de una oportunidad para devolver su colección a Bremen, otros objetos de la misma colección empezaron a aparecer más tarde en el mercado de arte; todavía en 1956 un marchante le entregó a una mujer de Berlín 150 marcos y medio kilo de café a cambio de un Cranach. Los rusos conservaron gran parte de sus «trofeos artísticos» incluso después de 1990, preguntando con mordacidad por qué razón tendrían ellos que devolver obras de arte saqueadas a Alemania cuando tantos de sus propios tesoros culturales habían desaparecido o quedado destruidos a consecuencia de las acciones de los ejércitos invasores alemanes.[161]

Los simples soldados del Ejército Rojo saqueaban a su antojo. La fiereza del combate en los meses finales de la guerra no hizo sino aumentar la furia de los soldados soviéticos. Tal vez estaban liberando también la ira y la frustración acumuladas durante tantos años de unos padecimientos infligidos no sólo por Hitler, sino también por Stalin antes que él. Al igual que los soldados alemanes al irrumpir en Rusia en 1941, combatían en grupos con un fuerte vínculo unidos por un carácter común de agresividad masculina. Las atrocidades que cometieron constituían un síntoma no de la ruptura de la disciplina y la moral, sino de la cohesión de grupo y la mentalidad colectiva forjadas en el fragor de la batalla. Los alemanes se habían entregado al pillaje y la destrucción, ¿por qué no deberían actuar ellos de igual modo? Las tropas soviéticas se quedaban con lo que pudieran encontrar, al margen de los reglamentos militares. La comida era lo más importante: los soldados saqueaban los almacenes militares alemanes, entraban en las bodegas y bebían hasta perder la conciencia y enviaban una gran cantidad de paquetes de comida a sus familias. Los oficiales se apoderaban de libros raros, pinturas, escopetas de caza, máquinas de escribir, bicicletas, ropa de cama, prendas de vestir, zapatos, instrumentos musicales y sobre todo radios, una rareza enormemente apreciada en su tierra. Todos ellos se apropiaron de relojes de pulsera. En la estación terminal de Kursk, el total mensual de paquetes enviados desde Alemania por los soldados saltó de 300 en enero de 1945 a 50.000 en abril. A

mediados de mayo había unos 20.000 vagones de ferrocarril aguardando a que los descargaran o enviaran a sus destinos. Pero también hubo violencia y destrucción sin sentido.[162] Los soldados del Ejército Rojo prendieron fuego a casas, granjas y hasta pequeñas ciudades y aldeas enteras; dispararon contra miles de civiles, hombres, mujeres y niños. «Dichoso es el corazón —escribió un soldado a sus padres en febrero de 1945— cuando circulas por una ciudad alemana en llamas. Nos estamos cobrando venganza por todo, y nuestra venganza es justa. Fuego por fuego, sangre por sangre, muerte por muerte».[163]

Empujados por el odio, la venganza y cantidades de alcohol aparentemente inacabables, los soldados se permitieron una campaña sistemática de violaciones y violencia sexual contra las mujeres alemanas. Esto tuvo en definitiva muy poco que ver con la liberación de meses y años de frustración sexual y deseo acumulado; otros factores, en especial el odio y la agresividad, tuvieron una importancia muy superior. La mayor parte de la población civil adulta que las tropas del Ejército Rojo encontraron en Alemania estaba compuesta por mujeres: los hombres o estaban muertos, o seguían en combate, o trabajaban en las fábricas de munición. La cólera de los soldados soviéticos hacia los alemanes se plasmó en las mujeres. Interrogadas posteriormente, las mujeres alemanas solían recordar que cuando intentaban protestar no las ponían frente a historias simétricamente opuestas de soldados alemanes que violaban a mujeres rusas, sino ante «la imagen de un soldado alemán que balancea a un bebé arrancado de los brazos de su madre golpeándolo contra una pared; la madre grita, los sesos del bebé salpican la pared, el soldado ríe».[164] Después de todo, quienes habían invadido Rusia eran los alemanes, sin mediar provocación, y habían causado un grado de mortalidad, sufrimiento y destrucción prácticamente inimaginables. Recibirían una lección que perduraría durante mil años. Como escribió un soldado del Ejército Rojo: «No cabe duda de que si ahora no los atemorizamos de verdad no habrá manera de impedir otra guerra en el futuro».[165]

Un joven oficial que se topó con una unidad que había atrapado a una columna de refugiados que huían hacia el oeste recordó más tarde: «Mujeres, madres e hijos yacen a derecha e izquierda a lo largo de la ruta y

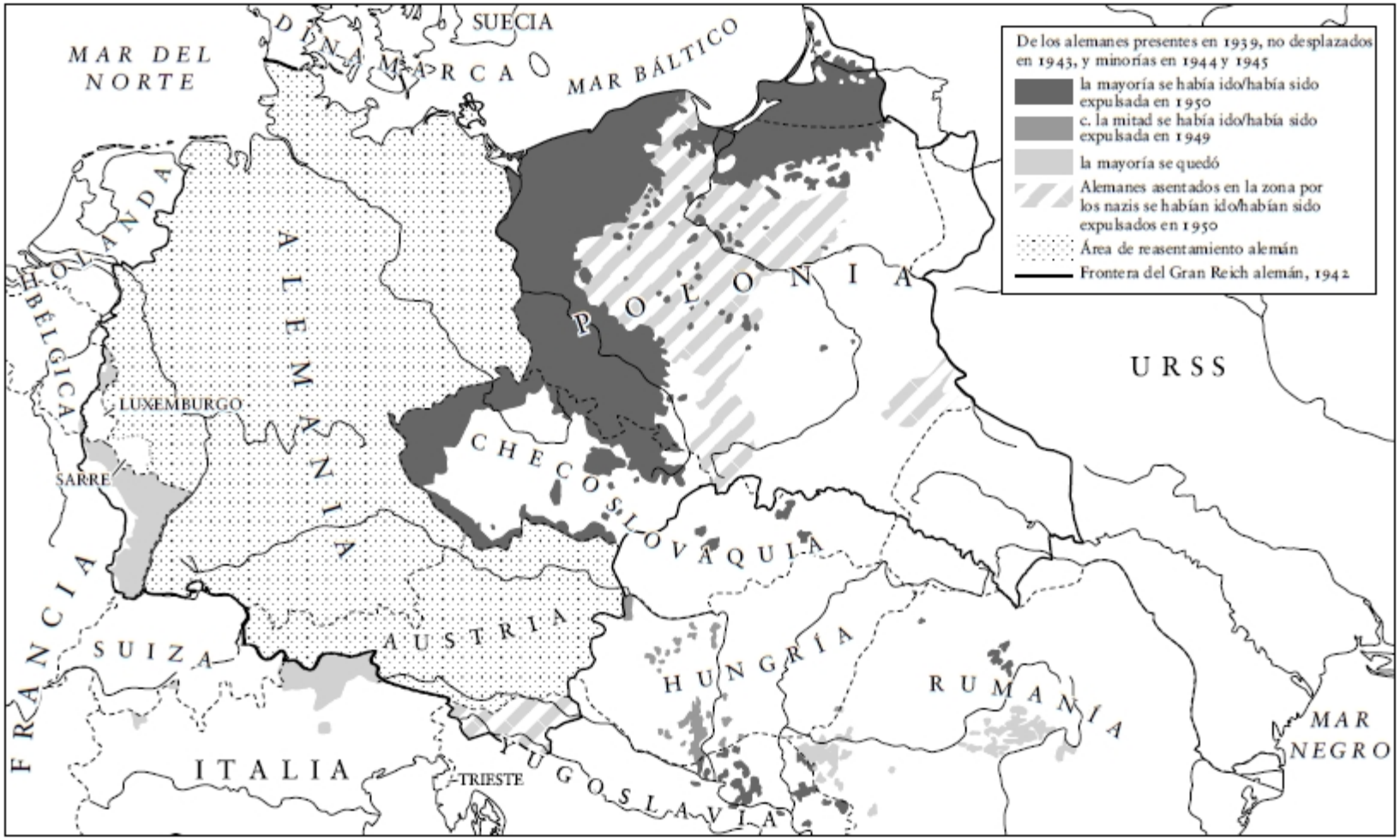
ante ellos hay un batallón indisciplinado de hombres con los pantalones bajados. Las mujeres que se desangran o pierden la conciencia son empujadas a un lado, y nuestros hombres disparan a las que intentan salvar a sus hijos». Un grupo de oficiales «sonriendo burlonamente» permanecía no lejos de allí, asegurándose de «que cada soldado sin excepción tomase parte».[166] Mujeres y muchachas eran sometidas a una violación múltiple dondequiera que se encontraran. La violación se acompañaba a menudo de la tortura y la mutilación y muchas veces acababa con el fusilamiento de la víctima o su apaleamiento hasta la muerte. La violencia furiosa era indiscriminada. A menudo, sobre todo en Berlín, a las mujeres las violaban en presencia de sus hombres para que resultara más humillante. A los hombres que intentaran oponerse solían matarlos. En Prusia Oriental, Pomerania y Silesia se calcula que en torno a 1.400.000 mujeres resultaron violadas, muchas de ellas varias veces. Las violaciones en grupo eran más la norma que la excepción. Los dos mayores hospitales de Berlín calculaban que al menos 100.000 mujeres habían sido violadas en la capital alemana. Muchas se contagiaron con una enfermedad de transmisión sexual y no fueron pocas las que quedaron encinta; la inmensa mayoría de estas últimas pudieron abortar o, en el caso de que dieran a luz, abandonaban al bebé en el hospital. La violencia sexual continuó durante numerosas semanas, aun después de que la guerra hubiese finalizado formalmente. Las mujeres alemanas aprendieron a ocultarse, sobre todo en las horas de oscuridad; o si eran jóvenes, a tomar a un soldado soviético, preferiblemente un oficial, como amante y protector. El 4 de mayo de 1945 una mujer anónima de Berlín escribió en su diario: «Poco a poco pero con toda certeza estamos empezando a ver todas las violaciones con sentido del humor, un humor negro».[167] Anotó con cierta satisfacción que los soldados rusos tendían a preferir mujeres rellenitas y bien alimentadas como sus víctimas una vez concluida la furia inicial, y que esas mujeres, lógicamente, solían ser las esposas de los cuadros del Partido Nazi.[168]

Asustados no sin motivo de lo que pudiera ocurrirles cuando llegara el Ejército Rojo, millones de alemanes huyeron ante el avance de las tropas soviéticas. Columnas penosas como aquéllas formadas por mujeres, niños y ancianos que se habían echado a las carreteras de Europa desde Bélgica

hasta Bielorrusia temiendo por sus vidas cuando los ejércitos alemanes desfilaban hacia sus países en 1940 y 1941 se podían ver en 1944 y 1945 en sentido contrario dirigiéndose hacia Alemania: sólo que en esta ocasión se componían de alemanes. Los afortunados transportaban sus pertenencias en un automóvil o un caballo y un carro, los menos afortunados recorrían el camino a pie. Muchos niños murieron de frío durante el recorrido. Algunos refugiados consiguieron encontrar una vía férrea intacta y una plaza en un tren. Los dirigentes nazis en algunas poblaciones metían a la gente en vagones sin techo, temblando de frío y sin alimento ni agua. Se informó de que cuando uno de esos trenes cargados llegó a Schleswig-Holstein los refugiados se hallaban «en un estado espantoso. Cubiertos de piojos y con muchas enfermedades, como la sarna. Después del largo viaje, muchos yacían muertos en los vagones».[169] Hacia finales de enero de 1945 hasta 50.000 refugiados llegaban diariamente a Berlín por ferrocarril. Las autoridades nazis calcularon a mediados de febrero de 1945 que más de 8 millones de personas estaban huyendo hacia el oeste en dirección al corazón del Reich. A lo largo de la costa báltica en torno a medio millón de refugiados estaban atrapados en Danzig, y los paquetes de comida enviados por vía aérea o marítima muchas veces eran saqueados por soldados alemanes atormentados por el hambre. Otros 200.000 estaban atrapados por los combates en el pequeño puerto de Pillau. De su evacuación por mar empezaron a ocuparse dirigentes locales y regionales. 6.600 subieron a bordo del transatlántico Wilhelm Gustloff, de la Kraft durch Freude, en Gdynia, en el Báltico: un submarino soviético dio con él, le disparó tres torpedos y lo hundió causando la pérdida de 5.300 vidas. No fue el único barco de refugiados que se hundió de esa manera. Enfrentada a acusaciones implacables según las cuales había cometido una grave atrocidad, la armada soviética alegó que el buque se había llenado de tripulantes de submarinos alemanes. Sabía que el gran almirante Dönitz había ordenado dar prioridad a la evacuación de miembros de las fuerzas armadas en detrimento de la población civil. En ese caso, sin embargo, la armada había cometido una terrible equivocación. No obstante, el capitán del submarino que hundió el buque fue recompensado con la supresión de la pena de prisión a la que se

enfrentaba tras saberse su larga relación con una mujer extranjera; en 1990 fue recompensado a título póstumo con la distinción de Héroe de la Unión Soviética.[170]

Los alemanes que permanecieron en los territorios ocupados y conquistados del este se enfrentaban a un futuro difícil. Durante la guerra habían formado parte de la élite étnica dominante a menudo brutal y violenta. Ahora ellos eran los vencidos. En los meses siguientes, el gobierno checo, el de los polacos y otros gobiernos reinstaurados organizaron la expulsión forzosa de sus Estados y la expropiación de casi todos los habitantes de ascendencia alemana, obligados a sumarse a los millones que ya habían huido. En total, tal vez fueron 11 millones los refugiados y expulsados alemanes llegados al «Antiguo Reich» entre 1944 y 1947. También en el oeste la gente huyó en tropel ante el avance de las tropas aliadas. De regreso a su población natal de Alzey en Renania, Lore Walb vio a la gente empaquetando sus bártulos al aproximarse los americanos. «Las columnas de automóviles han estado pasando por delante de nuestra pequeña casa todas las tardes en un desfile ininterrumpido —escribió el 26 de marzo de 1945—. Todos venían del frente y se dirigían al este». Calculó que una cuarta parte de la población de la localidad se unió a las columnas de refugiados.[171] En los primeros meses de 1945, en cualquier parte de Alemania la gente iba de un lugar a otro, viviendo con la amenaza permanente de la violencia y la muerte, aguardando el final con una mezcla de miedo y esperanza.




22. Refugiados y expulsados alemanes, 1944-1950.

# LA DERROTA FINAL

## I

En el caos y la destrucción crecientes de los últimos meses de la guerra, la influencia de Hitler sobre las masas alemanas terminó por desvanecerse. Le criticaban hasta los defensores del régimen, según consignó el Servicio de Seguridad de las SS el 28 de marzo de 1945. Nadie creía ya en su confianza en la victoria.[172] «¿Creéis entonces —manifestaron algunos— que el pueblo alemán ha dejado por completo de pensar? ¿Creéis entonces que el pueblo alemán puede continuar mucho más tiempo con expresiones vacías y promesas?». En 1941 Hitler había anunciado que las últimas divisiones rusas listas para entrar en combate habían quedado destruidas. Con los rusos hallándose ahora a las puertas, «¿quién puede encajar mal que hayamos dejado de creer en la palabra del Führer?».[173] «Las dudas en torno a nuestra dirigencia —se vio obligado a admitir el Servicio de Seguridad— no dejan al margen a la persona del Führer». Cuando la declaración de Hitler del 24 de febrero de 1945 se leyó por la radio, no causó una impresión favorable en los oyentes. «El Führer está haciendo otra profecía», se burló un agente nazi de poco rango en Lüneburg. «Es la vieja grabación otra vez», dijo otro.[174] La ira ante la cúpula nazi se había generalizado. La gente temía ahora la amenaza de las SS y de los activistas nazis de línea dura más que a la derrota.[175] Entre los alemanes corrientes, ante quienes su identidad como judío permanecía celosamente oculta, Victor Klemperer empezaba a tropezar con expresiones de compasión hacia los judíos, «esa pobre gente», de carácter espontáneo, en su mayor parte mirando al pasado.[176] Sólo unos pocos mantenían su fe en el Führer culpando a otros

de la derrota de Alemania.[177] La gente empezó a retirar esvásticas de los edificios y a destruir otros estandartes nazis expuestos en lugares públicos.[178]

La ira aumentaba también ante la incapacidad de la dirección nazi para rendirse cuando a todas luces todo se había perdido. Los que recordaban la Primera Guerra Mundial se acordaban de que los jefes militares de aquel entonces habían tirado la toalla al percatarse de que estaban a punto de sufrir la derrota, salvando así muchas vidas. «¡Cuán nobles eran en comparación Hindenburg y Ludendorff! —dijo alguien—. Cuando vieron que el juego se había terminado precipitaron el final y no dejaron que nos asesinaran, ¡pero *ésos*! Sólo para poder gobernar otro par de semanas...».[179] Ciertamente, millones de personas estaban muriendo en esta fase final de la guerra. Lore Walb reflexionaba amargamente sobre la culpa realmente grande de Hitler. «¿Por qué —se preguntaba el 23 de abril de 1945— no deja la lucha de una vez? ¿Y por qué nos está empujando a todos a una guerra civil al final?». Sentía un enorme disgusto por lo que ella denominaba la «sinrazón de los fanáticos», entre los que contaba a esas alturas al propio Hitler.[180] Y ciertamente, lejos de decidir poner fin a la muerte y la destrucción, Hitler estaba resuelto a agravarlas. Enfrentado a la invasión de territorio alemán en el otoño de 1944, y tal vez siguiendo el ejemplo del manual de Stalin, instó a practicar una política de «tierra quemada», negando a los ejércitos enemigos la posibilidad de alimentarse a costa del país, al igual que antes habían tratado de hacer los rusos en la guerra. La idea no era nada realista. Las fuerzas aliadas disponían de abundantes suministros procurados desde sus propias bases. La única víctima hubiera sido la población civil alemana. Los ministerios gubernamentales concluyeron que la idea era impracticable, y Speer convenció a Hitler para que inutilizara la industria en la zona de combate retirando componentes vitales en lugar de volar en pedazos las factorías o inundar las minas. El ministro de Armamento seguía pensando que sería posible volver a ocupar los territorios conquistados en un futuro cercano y quería que las plantas de producción estuvieran en condiciones con vistas a su reutilización. Pero después de la Batalla de las Árdenas y la reanudación del avance soviético a principios de 1945, Speer terminó por darse cuenta

de la inevitabilidad de la derrota. Concluyó que el pueblo alemán necesitaría heredar en la mayor medida posible una economía en funcionamiento una vez acabada la guerra, y empezó sin duda alguna a sentirse preocupado por su propia reputación ante los aliados. La principal persona que a esas alturas obstaculizaba una rendición controlada era el propio Hitler. A mediados de febrero de 1945, Speer, según contó él mismo más tarde, concibió la idea de arrojar gas venenoso por un hueco de ventilación al búnker de Hitler situado bajo la Cancillería del Reich. Logró que sacaran el sistema de filtrado de aire de resultas de las quejas de Hitler de que el aire en la planta inferior estaba muy cargado. Pero aún estaba buscando un producto químico adecuado cuando Hitler, obsesionado con la seguridad tras el complot de la bomba de julio, recordó que el gas venenoso era más denso que el aire y mandó construir una chimenea de tres metros sobre la toma de aire para el búnker y apostó centinelas de las SS en el techo, que ahora estaba equipado con reflectores para identificar a cualquiera que se encontrase allí al acecho por la noche. Speer abandonó discretamente el proyecto; quedó sin aclarar si éste había existido o no al margen de sus propias elucubraciones.[181]

El 18 de marzo de 1945, Speer envió a Hitler un memorándum esbozando planes para la conservación de la infraestructura económica de Alemania con el fin de hacer posible la reconstrucción tras el final de la guerra. Hitler sostuvo esa noche en una reunión informativa mantenida con las fuerzas armadas que no habría lugar para emprender esa clase de actuación. La nación alemana había fracasado en la lucha por la supervivencia de los más fuertes. El futuro pertenecía a los vencedores. Los alemanes que quedaran una vez acabada la lucha serían material racial de pobre calidad porque los mejores habían muerto. De modo que no era necesario dotarles con la base para su existencia futura, ni siquiera a un nivel muy básico. Luego volvió su ira contra el memorándum de Speer. Su respuesta al mismo fue despojar a su ministro de Armamento de la mayor parte de sus poderes. El 19 de marzo de 1945, Hitler comunicó la que no tardaría en conocerse como su «orden de Nerón», por el emperador romano que supuestamente había mandado incendiar la ciudad de Roma para destruirla. Todas las instalaciones y los equipos militares, de transportes, de

comunicaciones, industriales y de suministros que se hallaran dentro de los límites del Reich y pudieran caer en manos del enemigo tenían que ser destruidos. «Es un error —dijo Hitler— creer que tras volver a capturar los territorios perdidos será posible utilizar nuevamente para nuestros propios fines instalaciones intactas o sólo temporalmente paralizadas de transporte, de comunicaciones, industriales o de abastecimiento». Si el enemigo resultara finalmente repelido, «sólo dejaría tierra quemada tras él y [...] prescindiría de toda preocupación por la población».[182] Esto, por supuesto, se trataba de una fantasía en varios planos diferentes. Pero podía causar un inmenso sufrimiento en caso de llevarse a la práctica. Albert Speer decidió impedirlo. Recorrió los frentes de batalla y acordó con mandos del ejército afines que la orden de Hitler de destruirlo todo había de ser ignorada. Speer supo que los líderes regionales se estaban preparando para inundar las minas de carbón, volar en pedazos las maquinarias de bombeo y obstruir los canales. Speer y su equipo se deshicieron sin llamar la atención de los explosivos y otros materiales que se precisarían para poner en práctica el plan, se reunieron con los líderes regionales y trataron de convencerles acerca de la impracticabilidad del mismo. Él ya había acordado con Heinrici, Model y Guderian preservar la infraestructura física de las áreas invadidas, en el este y en el oeste, hasta donde fuera posible en condiciones de guerra.[183]

De regreso a Berlín, Hitler acusó a su ministro de Armamento de intentar convencer a los líderes regionales para que desobedecieran sus órdenes y le dijo que sólo mantendría su cargo si podía convencerse de que la guerra todavía podía ganarse. Speer se negó. Dijo que no cabía duda de que la guerra estaba perdida. Hitler volvió a preguntarle, en «un tono poco menos que suplicante, y por un momento —recordó Speer más tarde— pensé que en su patetismo resultaba incluso más persuasivo que en sus gestos autoritarios. En otras circunstancias, probablemente me hubiese ablandado y cedido. Esta vez lo que impidió que me sometiera a su hechizo fue el pensamiento de sus planes destructivos».[184] Hitler le dio veinticuatro horas para que le diera una respuesta. Speer redactó una carta de renuncia, pero las secretarias de Hitler le informaron de que se les había prohibido escribirla con la máquina de escribir especial de caracteres grandes utilizada

para documentos que debiera examinar el Führer, por lo que Hitler, miope, no podría leerla. Speer se rindió. De vuelta a la Cancillería le dijo a Hitler: «Mi Führer, te sigo sin reservas». Los ojos de Hitler se llenaron de lágrimas de afecto y alivio. Speer había evitado la destitución. De hecho, obtuvo autorización de Hitler para aplicar él mismo la orden de Nerón y recuperó la mayoría de sus atribuciones. El 30 de marzo de 1945, tras esa entrevista, Speer convenció a Hitler para que comunicase una aclaración de la orden de Nerón que establecía que la destrucción debía tener lugar únicamente con el fin de negar al enemigo la utilización de plantas industriales que reforzasen su propia fortaleza militar. Algo que podía hacerse inutilizando las plantas en lugar de destruirlas. Speer siguió maniobrando contra los fanáticos del partido que querían acabar con todo. También, en la práctica, las empresas industriales y sus operarios tenían a esas alturas todos los incentivos para proteger sus fábricas y minas de la destrucción, y así lo hicieron muchos de ellos.[185] En todo caso, esas discusiones resultaban cada vez más académicas a medida que las tropas aliadas seguían internándose hacia el centro de Alemania.

El estado de ánimo de Hitler, de un derrotismo apocalíptico, se alternó durante esas semanas finales con muestras externas de confianza desafiante en su capacidad para revertir la situación. Mantenía la esperanza de que se produjera una escisión en la alianza entre la Unión Soviética y las potencias occidentales. Algunos, como el jefe del Estado Mayor del Ejército Heinz Guderian, abogaban por rendirse en el oeste y emplear todas las tropas y los recursos de Alemania en la defensa de Berlín contra el Ejército Rojo, con la esperanza de que ello convencería a Gran Bretaña y América para sumarse a una nueva lucha contra la dominación soviética de Europa Central. Pero Hitler no quiso saber nada de ninguna clase de rendición, ni tan siquiera parcial, y acusó a Guderian de cometer alta traición. Por el momento no tomó ninguna otra decisión, pero a partir de finales de enero de 1945 sus reuniones con el jefe del Estado Mayor del Ejército se celebraron en presencia de Ernst Kaltebrunner, jefe del Servicio de Seguridad de las SS, un testigo silenciosamente amenazante. No obstante, había otros que también pensaban en seguir una línea similar, incluyendo a Ribbentrop y Göring. Sólo que no estaban dispuestos a dar un solo paso en serio hacia

una paz negociada en el oeste a la luz de la intransigencia de Hitler. El propio Hitler achacó la tenacidad de Gran Bretaña en su enfrentamiento con él al amor de Churchill por el conflicto, pero también pensaba que resultaría más fácil hacer la paz con Stalin, quien no tendría que lidiar con el tipo de opinión pública independiente que incapacitaba a los líderes occidentales. Sin embargo, al mismo tiempo pensaba que no podría conducir a Stalin a la mesa de negociaciones a menos que el Ejército Rojo resultara tan severamente golpeado a las puertas de Berlín que aquél no viera alternativa, por lo que el resultado final también era el mismo en este caso: Alemania no tenía más alternativa que seguir luchando.[186]

Hitler no había sobrevivido del todo indemne al intento de matarlo del 20 de julio de 1944. Aunque la explosión curó temporalmente su temblor de Parkinson, más fácilmente visible en la agitación de la mano y el antebrazo izquierdos, el temblor regresó a mediados de septiembre de 1944, y al mismo se sumó el mareo, una incapacidad para estar de pie durante largos períodos y una lesión auditiva grave que le costó muchas semanas superar. El 23 de septiembre de 1944 había padecido algunos retortijones estomacales severos, y cuatro días después síntomas de ictericia. Había agotado sus fuerzas, tenía fiebre y tuvo que guardar cama. Sólo había experimentado una mejoría el 2 de octubre de 1944; por entonces había perdido siete kilos de peso. El doctor que lo trataba de su problema auditivo había intentado atribuir sus síntomas a las píldoras que Morell estaba prescribiéndole, y había obtenido el apoyo de otros médicos que atendían a Hitler, Karl Brandt entre ellos, pero la reacción de Hitler se limitó a echarlos a todos y reafirmar su fe en el conocimiento de Morell. En realidad, el hecho de que Hitler se hubiera recuperado mientras seguía tomando las píldoras de Morell desmintió la afirmación de aquéllos en el sentido de que Morell estaba intentando envenenar al líder nazi.[187] No obstante, en los últimos meses de su vida, según Albert Speer, la salud de Hitler no hizo sino deteriorarse. A comienzos de 1945, escribió que Hitler estaba

> arrugándose como un anciano. Sus extremidades temblaban; caminaba encorvado, arrastrando los pies. Hasta su voz se volvió temblorosa y perdió su tono imperioso. La fuerza de su voz había dado paso a una manera vacilante, monótona de hablar. Cuando se excitaba, como le

> sucedía con frecuencia de una manera senil, su voz empezaba a quebrarse [...] Su tez era cetrina, el rostro, abotagado; el uniforme, que en el pasado había mantenido escrupulosamente inmaculado, se veía ahora, en el último período de su vida, descuidado y manchado por la comida que había ingerido con una mano temblorosa.[188]

Pensaba Speer que tal vez fuera la lástima que sentían por él la razón de que quienes le rodeaban se abstuvieran de plantear objeciones «cuando, en una situación desesperada desde hacía tiempo, él continuaba destinando divisiones inexistentes o dando órdenes a unidades provistas de aviones que ya no podían volar por falta de combustible».[189] Le escuchaban en silencio cuando les decía que Stalin y el oeste se enfrentarían con toda seguridad antes de que la guerra hubiese finalizado, o sostenía que, en aquella situación, al oeste le resultaría imposible prescindir de él. El propio Speer aún era bastante feliz cuando pasaba el rato con él estudiando minuciosamente los planes que habían preparado para la reconstrucción de Linz después de la guerra. Pero el carisma de Hitler ya se estaba agotando hasta entre sus seguidores más cercanos. Speer anotó más tarde que donde todo el mundo se hubiera levantado al entrar él en la sala, «ahora proseguían las conversaciones, la gente seguía sentada, los sirvientes tomaban sus pedidos de los invitados, los colegas que habían bebido en demasía se dormían en sus sillas y otros conversaban en voz alta y desinhibida».[190]

Hitler pasaba cada vez más tiempo en el complejo del búnker situado bajo la Cancillería del Reich. En un comienzo todavía almorzaba en la parte de la Cancillería que permanecía intacta, pero su apartamento había quedado destruido junto con gran parte de todo lo demás en un ataque aéreo el 3 de febrero de 1945 y trabajaba y dormía bajo tierra, subiendo únicamente para pasear a su perro Blondi por el jardín de la Cancillería, rodeado de montañas de escombros. Solía levantarse a mediodía o algo más tarde, se afeitaba y se vestía, luego almorzaba antes de dirigir una conferencia sobre la situación militar a la que asistían no únicamente altos mandos, sino también Himmler, Bormann, Kaltenbrunner y en ocasiones Ribbentrop. Tras la cena, en torno a las ocho, solía haber otra reunión informativa militar al cabo de la cual Hitler se retiraba a su estudio y peroraba según acostumbraba ante sus colaboradores más cercanos hasta

que se acostaba, muchas veces a las cinco o las seis de la mañana.[191] El 24 de febrero de 1945, en el aniversario de la promulgación del programa del Partido Nazi en 1920, Hitler organizó un último encuentro con los líderes regionales del Partido Nazi en un salón que todavía se mantenía en pie en la Cancillería del Reich. Llegados de todas partes de Alemania, los «antiguos combatientes», muchos de los cuales no lo habían visto por espacio de algunos meses, quedaron estupefactos de lo que había envejecido. Entró en la sala arrastrando los pies más que caminando, sus ojos estaban enrojecidos, la mano y el brazo izquierdos temblaban visiblemente y tuvo que rendirse en un intento de llevarse un vaso de agua a la boca para refrescarse. Un participante observó que ocasionalmente babeaba al hablar. Intentando darles ánimos para un esfuerzo final, prometió una vez más la aparición de armas maravillosas que cambiarían el curso de la guerra. Les instó a lograr que la gente de sus distritos siguiera luchando hasta que las armas nuevas fuesen desplegadas. De lo contrario, si el pueblo alemán resultaba derrotado, quedaría claro que no merecían ganar. La fe que expresaba en las armas maravillosas no era sincera a ojos vistas. Pero ciertamente sí lo era su creencia en la fatalidad darwinista a punto de acabar con el pueblo alemán.[192]

## II

Ciertamente, Hitler estaba pensando por entonces sobre todo en lo que él imaginaba que sería su lugar en la historia. En el curso de una proclama ante las fuerzas armadas el 11 de marzo de 1945 («Día conmemorativo de los “héroes” caídos»), anunció que había decidido brindar al mundo un ejemplo cayendo, como daba a entender, en la lucha en lugar de rendirse deshonrosamente como había sido el caso en 1918. Goebbels decidió a su vez que si la derrota era inevitable, sería en tal caso una derrota heroica. Dedicaría sus últimas semanas a crear imágenes que exaltaran el sacrificio nazi para las futuras generaciones. Goebbels intentó convencer a Hitler para que volviese a dirigirse por radio a la nación, pero el Führer replicó abatido que no tenía nada nuevo que ofrecer y que era consciente de los informes procedentes del Servicio de Seguridad de las SS según los cuales su

proclama del 24 de febrero de 1945 no había gozado de una buena acogida. Goebbels sintió una profunda frustración. Pero Hitler sabía que la propaganda había terminado por fracasar frente a los hechos incontestables de la invasión y la derrota. En otro nivel, mientras movía por su mapa en la sala de reuniones del búnker ejércitos cada vez más exhaustos y en algunos casos inexistentes, Hitler llevaba una vida casi por completo ajena a la realidad. Compartía plenamente esas ilusiones Martin Bormann, que ejercía su poder sobre el Partido Nazi dictando un sinfín de directrices, decretos y exhortaciones sobre una gran variedad de asuntos. Goebbels manifestaba su descontento porque estaba convirtiendo la Cancillería del Partido en una cancillería de papel. Pensaba que los líderes regionales no dispondrían de tiempo para leer los decretos, por no hablar de los medios para llevarlos a la práctica. En los ministerios del gobierno, los funcionarios seguían trabajando a pesar de su esfera menguante de influencia, como personajes de viñeta que llegan a la carrera hasta el borde de un precipicio y siguen corriendo pese al abismo enorme abierto a sus pies.[193]

Sobre el cuartel general de Berlín de las Juventudes Hitlerianas en esa época, Melita Maschmann escribió:

> Cada uno de nosotros trabajaba con el máximo empeño. Fueron innumerables los proyectos iniciados, abortados por los efectos de la guerra, abandonados, retomados nuevamente, cancelados, alterados, rechazados una y otra vez, etc. Durante los últimos meses, nos roía la sensación de que toda esa actividad febril de la dirección de las Juventudes del Reich apenas producía la más pequeña reacción en el país. Nuestra oficina era como un nido de termitas, invadida gradualmente por una sensación del desmoronamiento que venía sin que una sola persona osara pronunciar una sílaba sobre ello [...] Nuestras mentes concebían planes y más planes, no fuera a ser que tuviésemos un momento para detenernos a pensar y tuviéramos entonces que reconocer que todo ese ajetreo ya estaba comenzando a parecerse a las convulsiones de una danza de la muerte.[194]

En las últimas semanas de guerra, ella renunció a todo lo que no fuera una presencia esporádica en la oficina y se ocupó de ayudar a los refugiados a huir del Ejército Rojo. Al encontrarse a un grupo de auxiliares heridos de la resistencia antiaérea, todos escolares, muchos de ellos sollozando después de que una bomba hubiera destruido su emplazamiento y matado a muchos de sus camaradas, oyó decir a uno cuando le preguntaron si sentía dolor: «Sí, pero no importa, Alemania debe triunfar».[195] «De todas aquellas

semanas que precedieron inmediatamente al hundimiento de Alemania —recordó—, no puedo traer a la memoria una sola conversación en que la probabilidad de nuestra derrota se mencionara».[196] Pero por supuesto se movía en círculos de verdaderos creyentes nazis. E incluso en ellos la atmósfera empezó a adoptar las características estrafalarias de los últimos días de un imperio que se desmoronaba. Mientras Berlín ardía, el jefe de Maschmann, el líder de las Juventudes del Reich Arthur Axmann, un hombre que solía jactarse de sus orígenes de clase obrera, organizaba veladas en la taberna de la Dirección de las Juventudes en Gatow, al oeste de Berlín, donde, según la puritana Maschmann, una participante reacia en su relato, «se comía y se bebía por pura gula», y entre los juerguistas no faltaban actrices que aspiraban a ser estrellas de cine, «farsantes y egoístas presuntuosos».[197]

La muerte del presidente de EE.UU. Franklin Delano Roosevelt el 12 de abril de 1945 disipó momentáneamente el pesimismo en el búnker de Hitler. Para éste, que agitaba un recorte de prensa ante Speer, aquél era «el milagro que siempre vaticiné. ¿Quién tenía razón? La guerra no está perdida. Léelo. ¡Roosevelt ha muerto!».[198] La Providencia había vuelto en su ayuda. Durante un breve lapso circularon planes irreales por los pasillos del búnker. Speer volaría para reunirse con el sucesor de Roosevelt, Harry S. Truman, y la paz se firmaría. El estudio de Hitler tenía un retrato de Federico el Grande en la pared; el rey prusiano se había recuperado durante la Guerra de los Siete Años aun después de que los rusos hubiesen ocupado Berlín, y Hitler se inspiraba en su ejemplo: de hecho, Goebbels memorizó el pasaje de la biografía que Thomas Carlyle escribió sobre el rey en que el autor, dirigiéndose al monarca directamente, le aseguraba que acabaría prevaleciendo, y se lo recitó al líder nazi a modo de estímulo.[199] Hitler creyó que la muerte del presidente americano equivalía a aquel giro decisivo de los acontecimientos en las batallas de Federico el Grande, cuando la zarina Isabel había muerto y Rusia abandonó súbitamente la coalición antiprusiana. Sin embargo, antes de que pasara mucho tiempo, cuando quedó claro que Truman no tenía la menor intención de incumplir

las políticas de su predecesor, aquella euforia momentánea menguó.[200] El Ejército Rojo inició el asalto de Berlín el 20 de abril de 1945. Era el quincuagésimo sexto aniversario de Hitler.

El cumpleaños del Führer había sido en años anteriores ocasión para festejos nacionales. Recordarlo era demasiado doloroso entre las ruinas de Berlín. Y Hitler prohibió las habituales celebraciones oficiales, si bien el personal de su equipo se puso en fila en el búnker para felicitarlo. Hitler salió al exterior brevemente para pasar revista a un pequeño destacamento de las Juventudes Hitlerianas en el jardín de la Cancillería, donde había reunido a representantes del ejército y las SS. Felicitó a los chicos, ninguno de los cuales superaba los catorce años, por su bravura, dio una palmadita a uno o dos de ellos y a continuación volvió a desaparecer en el búnker. Fue su última aparición pública y la última vez que se captaron formalmente imágenes suyas con cámara. En los días que siguieron, la mayor parte de las figuras principales del régimen abandonaron el centro de Berlín, alejándose en automóvil de la ciudad entre escombros ardientes por las pocas carreteras que permanecían abiertas antes de que los rusos cerraran el círculo. Así procedieron Speer, Dönitz, Himmler, Kaltenbrunner, Ribbentrop, Rosenberg y buena parte de los ministros del gobierno. En cuanto a la mayor parte del personal a su servicio, Hitler lo envió con un avión a Berchtesgaden. Hermann Göring, antes de decirle adiós a Hitler y partir con destino a Baviera, ya había expedido al sur en un convoy de camiones gran parte de la enorme colección de arte que poseía en su mansión de caza de Carinhall, al norte de Berlín. Sólo se quedaron unos pocos, en particular Bormann, el factótum de Hitler desde largo tiempo atrás, Julius Schaub, y los hombres de la cúpula militar, Keitel y Jodl entre ellos. Hitler dio entonces rienda suelta a la histeria. Amenazó con hacer fusilar a Morell, su doctor, por intentar administrarle morfina. El 22 de abril de 1945 se mostró iracundo ante los generales. Les gritó que todos le habían traicionado, hasta las SS. Al hundirse en la desesperación, les dijo por vez primera abiertamente que sabía que la guerra estaba perdida. Él se quedaría y se pegaría un tiro. Todos los intentos de disuadirlo resultaron un fracaso. Finalmente, Goebbels, a quien se había dirigido con igual vehemencia por teléfono, se presentó y lo tranquilizó. Acordaron que el ministro de

Propaganda, su esposa y sus seis hijos permanecerían en el búnker en los días finales. Las dos secretarias de Hitler que quedaban habían decidido por propia voluntad quedarse. Entretanto, Schaub quemó los documentos privados de Hitler y a continuación partió a Berchtesgaden para cerciorarse de que allí se había hecho otro tanto.[201]

Dos días después, Speer regresó para hablar con Hitler una última vez. La afirmación de Speer según la cual le confesó su desobediencia a Hitler en un momento de gran emoción fue una invención posterior. Los dos hombres no hablaron de su relación personal en absoluto, pese a sus años de amistad. Hitler se limitó a preguntarle si debía acceder a los ruegos de quienes le rodeaban y dejar Berlín marchándose a Berchtesgaden. La réplica de Speer confirmó las propias intenciones de Hitler: permanecería en la capital del Reich y se mataría para evitar su captura por parte de los rusos. Eva Braun, su vieja compañera, que había llegado al búnker unas semanas antes, moriría con él. Sus cuerpos serían quemados para evitar que los profanaran. Al cabo de una estancia de ocho horas, Speer volvió a marcharse, esta vez para siempre.[202] La decisión de Hitler se vio reforzada poco después cuando se enteró de la suerte que habían corrido Mussolini y su amante, Clara Petacci. Los partisanos detuvieron a la pareja el 27 de abril de 1945 en una columna de coches, camiones y vehículos blindados repleta de soldados alemanes y fascistas italianos en su camino a la frontera norte de Italia, cerca del lago de Como. Un destacamento armado a las órdenes del guerrillero comunista «coronel Valerio», que se había pasado cinco años en prisión en la década de 1930 por ejercer actividades antifascistas, los puso contra una pared y les disparó con una pistola ametralladora en un acto de «justicia del pueblo italiano». Tras ejecutar a quince o más prisioneros en la pequeña población de Dongo, Valerio y su pelotón llevaron todos los cuerpos a Milán donde los descargaron en el Piazzale Loreto. Una multitud se congregó y profanó los cadáveres de todas las maneras posibles, escupiendo y orinando sobre ellos e insultándoles a gritos. Por último, Mussolini, Petacci y algunos de los otros fueron colgados cabeza abajo de la marquesina de una gasolinera, donde quedaron expuestos a más insultos.[203] Si se precisaba de alguna cosa para confirmar la decisión de Hitler de matarse, era ésa seguramente.

Únicamente ahora, al final de todo, los colegas más cercanos de Hitler empezaron a abandonarle. Informado de las intenciones de Hitler por uno de los generales presentes durante el estallido histérico del Führer el 22 de abril, Hermann Göring supuso que el decreto de 1941 que lo nombraba como jefe de Estado en caso de que Hitler no estuviera en condiciones de desempeñar sus tareas entraría en vigor. Mandó un telegrama al búnker anunciando que tomaría el mando si no tenía ninguna noticia hasta las 10 de la noche del 24 de abril. Convencido por Bormann, enemigo declarado de Göring, de que esto constituía un acto de traición, Hitler envió una contestación anulando el decreto de 1941 y exigiendo al mariscal del Reich que dimitiera de todos sus cargos por razones de salud. Göring hizo lo que se le había dicho. Al cabo de unas pocas horas estaba bajo arresto domiciliario en el Obersalzberg. Himmler fue el siguiente en abandonarlo. Por espacio de varias semanas el jefe de las SS había estado negociando en secreto con la Cruz Roja sueca para liberar a los prisioneros escandinavos de los campos de concentración que quedaban. El 23 de abril de 1945, al tener noticia de la decisión de Hitler de suicidarse, se encontró con su mediador, el conde Bernadotte. Himmler manifestó de forma grandilocuente que para entonces el líder de Alemania era él en realidad, y redactó un documento de rendición para hacérselo llegar a los aliados occidentales. Hitler estalló en cólera una vez más cuando tuvo noticia de lo que él llamaba «la traición más vergonzosa de la historia de la humanidad». Dio rienda suelta a su furia con uno de los subordinados de Himmler que había tenido la mala fortuna de hallarse en el búnker en aquel momento: Hermann Fegelein, un oficial corrupto de las SS que había entrado en el círculo más cercano a Hitler a raíz de su casamiento con una hermana de Eva Braun. A comienzos de semana, Fegelein había dejado el búnker sin avisar de ello y había desaparecido. Lo habían descubierto más tarde, en su apartamento, borracho, vestido de civil y en compañía de una joven que no era su esposa. Lo rodeaban bolsas repletas de dinero, listas para su huida. Arrestaron a Fegelein y lo llevaron ante Hitler, que vertió contra él furiosas acusaciones. Estaba trabajando a las órdenes de Himmler, había desaparecido del búnker para tramar la detención o el asesinato de Hitler,

era un traidor. Hitler convocó un consejo de guerra sumarísimo que condenó a morir a Fegelein. El culpable fue conducido a la planta situada al nivel de la superficie y ejecutado por un pelotón de fusilamiento.[204]

Entretanto, Hitler seguía convocando sus reuniones militares y dirigiendo la defensa de Berlín. Pero los ejércitos a los que ordenaba perforar las líneas soviéticas o romper el cerco que se avecinaba prácticamente no existían ya como unidades consistentes. Contaban con no más de unos cuantos miles de efectivos, difícilmente suficientes para repeler a más de dos millones de soldados soviéticos que ahora acometían el asalto final. El 25 de abril de 1945, los generales Zhukov y Konev habían cerrado el cerco en torno a Berlín y empezado a avanzar por los suburbios hacia el centro de la ciudad. Al igual que en Stalingrado, la guerra degeneró convertida en una lucha callejera descoordinada, encarnizada. El general Gotthard Heinrici, cuya reputación por su pericia en la conducción de las operaciones defensivas le había dado el mando del Grupo de Ejércitos en la defensa de la capital, había mantenido una apariencia de orden a base de ignorar los requerimientos de Hitler de resistir con firmeza, pero el 29 de abril acabó por renunciar a su puesto, incapaz de poder seguir bregando con las órdenes cada vez más absurdas del Führer.[205] Muchos soldados alemanes, que continuaban luchando incluso cuando todo estaba tan inequívocamente perdido, compartían las convicciones patrióticas de Heinrici, junto con las costumbres propias de la disciplina militar y la angustia ante lo que sucedería si se rendían a los rusos. Los miles de integrantes de la Tormenta del Pueblo que se habían alistado con el fin de defender la capital no estaban tan resueltos; muchos de ellos desertaron para volver con sus familias en cuanto se presentó la oportunidad.[206]

El 29 de abril de 1945 las tropas soviéticas estaban irrumpiendo en la zona gubernamental en torno a la Potsdamer Platz, en el corazón de Berlín. El final era con toda seguridad sólo cuestión de horas. Hitler hizo sus últimos preparativos. Convocó a un concejal de la ciudad, Walter Wagner, en el búnker. No siendo ya necesaria la ocultación, dijo, se casaría con Eva Braun. Mientras las bombas y los obuses caían en el exterior, Wagner ofició la ceremonia ante Goebbels y Bormann en calidad de testigos. Siguió un breve banquete con champán. A las tres de la mañana Hitler supo por Keitel

que la última tentativa de liberar Berlín desde el exterior había fracasado. Al despuntar el alba los cañones soviéticos empezaron a bombardear la planta superior de la Cancillería del Reich. Los mandos militares informaron a Hitler de que al acabar el día todo habría terminado. Después de la comida, Hitler se despidió de sus secretarias. El resto de habitantes del búnker habían recibido cápsulas de ácido prúsico, pero Hitler no confiaba plenamente en la eficacia de las mismas, aunque el día anterior había mandado que sacrificaran a su perro Blondi con una, que produjo el efecto deseado. Se retiró a su estudio con Eva Braun a las tres y media de la tarde. Cuando en compañía de Bormann abrió la puerta al cabo de unos diez minutos, Heinz Linge, ayuda de cámara de Hitler, encontró el cuerpo del Führer en el sofá, sangrando por la sien derecha, con la pistola tirada junto a sus pies; el cuerpo de Eva Braun estaba a su lado, desprendiendo un fuerte olor de almendras amargas. Se había envenenado. En cumplimiento de las órdenes previas de Hitler, su asistente personal Otto Günsche, ayudado por Linge y tres hombres de las SS, subió ambos cuerpos envueltos en mantas al jardín de la Cancillería del Reich donde, ante la mirada de Bormann, Goebbels y los dos altos mandos del ejército que seguían allí, Krebs y Burgdorf, los roció con gasolina y les prendió fuego. Observando la macabra escena tras la puerta del búnker parcialmente abierta, la comitiva funeraria alzó sus brazos en un postrero «¡Heil, Hitler!» y regresó al subterráneo. Poco después de las seis de la tarde, Günsche envió a dos miembros de las SS para que dieran sepultura a los restos carbonizados. Cuando los investigadores soviéticos los encontraron al cabo de unos cuantos días, todo lo que quedaba para identificarlos eran los puentes dentales que el técnico que había trabajado para el dentista de Hitler desde 1938 certificó como pertenecientes al que fuera líder nazi y a su compañera.[207]

Hitler dejó una breve declaración de últimas voluntades de carácter privado, disponiendo de sus posesiones personales, y un «Testamento Político» mucho más extenso, dictado a su secretaria el 29 de abril de 1945, en el que negaba haber sido el causante de la guerra iniciada en 1939. Era sorprendente por su confesión apenas velada —o más bien subrayada— de que había ordenado matar a los judíos en venganza por el papel que él

suponía que habían desempeñado en el comienzo de la guerra. Reiteraba que esa guerra «fue querida e incitada exclusivamente por aquellos hombres de Estado internacionales que o bien eran de origen judío o bien trabajaban al servicio de intereses judíos». Trayendo una vez más a colación su profecía del 30 de enero de 1939, y pensando en la Primera Guerra Mundial y, tal vez, en la Depresión que había sido tan crucial para elevarlo al poder, recordó a sus lectores en un futuro que no había dejado en nadie la menor duda

> sobre quiénes son los verdaderos culpables de este enfrentamiento homicida: ¡los judíos! Tampoco habré dejado la menor confusión de que esta vez millones de [...] hombres adultos han sufrido la muerte y se ha permitido que cientos de miles de mujeres y niños sean incinerados y bombardeados hasta perecer en las ciudades, sin que los verdaderos culpables paguen por ello, ni siquiera por medios más humanos.

Finalizó con un llamamiento a Alemania y a los alemanes exhortando a «la recta observancia de las leyes raciales y la implacable resistencia frente a la ponzoña mundial de todos los pueblos, la judería internacional».[208]

## III

Tras cumplirse la voluntad de Hitler, Goebbels había dictado un codicilo de la suya a la secretaria. Llorando a lágrima viva, dijo que por vez primera iba a desobedecer una orden directa del Führer. Hitler le había dicho que abandonara Berlín. Pero él iba a quedarse «junto al Führer para poner fin a una vida que para mí personalmente deja de tener valor si no puede estar al servicio del Führer y a su lado».[209] El día anterior, Magda Goebbels le había escrito al hijo que había tenido de un primer matrimonio anunciándole que ella iba a matarse junto a su marido y sus hijos:

> No merecerá la pena vivir en el mundo que venga después del Führer y el nacionalsocialismo, y por eso me he llevado a mis hijos conmigo. Son demasiado adorables para soportar lo que vendrá a continuación y un Dios misericordioso comprenderá mis intenciones al librarlos de ello. Ahora sólo tenemos una aspiración: lealtad al Führer hasta la muerte. Que podamos acabar nuestras vidas con él es una bendición del destino que nunca nos hubiésemos atrevido a esperar.[210]

A las nueve menos veinte de la noche del 30 de abril de 1945, Helmut Kunz, un doctor de las SS, puso a cada uno de los seis hijos de los Goebbels una inyección de morfina para dormirlos, a continuación Ludwig Stumpfegger, el médico de Hitler en el último período de su vida, introdujo en la boca de cada niño un vial de ácido prúsico y lo rompió causándoles la muerte instantánea. Goebbels y su mujer subieron hasta el jardín de la Cancillería del Reich y mordieron sus cápsulas. Un hombre de las SS disparó dos veces a cada uno con el propósito de asegurarse de su muerte. A continuación, los cuerpos fueron incinerados, pero quedaba muy poca gasolina tras la incineración de los cadáveres de Hitler y Eva Braun, por lo que los cuerpos de Joseph y Magda Goebbels resultaron fácilmente reconocibles por los soldados del Ejército Rojo cuando entraron en el jardín al día siguiente.[211] Los dos generales que se habían quedado, Wilhelm Burgdorf y Hans Krebs (el último jefe del Estado Mayor del Ejército designado por Hitler) también se suicidaron, junto al oficial al mando de la escolta militar de Hitler, Franz Schädle. El resto de los habitantes del búnker se abrieron paso hasta un túnel del metro en un intento desesperado por escapar. Al salir al exterior en la estación de Friedrichstrasse, se hallaron frente a un escenario de una devastación inimaginable, con obuses cayendo por todas partes, los edificios reducidos a escombros humeantes y las tropas soviéticas enfrentándose a grupos pequeños de soldados alemanes en el asalto final. En medio del ruido y la confusión, las secretarias y algunas otras personas lograron de algún modo escapar a la captura y se dirigieron al oeste; otros, como Günsche y Linge, cayeron prisioneros; muchos murieron a causa de balas perdidas o de soldados soviéticos recelosos. Bormann y Stumpfegger se las arreglaron para llegar hasta la Invalidenstrasse, pero las tropas del Ejército Rojo bloqueaban su camino, e ingirieron veneno para evitar su captura.[212]

Las muertes en el búnker y en las calles calcinadas constituyeron únicamente la cresta de una vasta oleada de suicidios sin precedentes en la historia moderna. Al igual que Hitler, algunas figuras nazis de primer orden se suicidaron llevados por un sentido del honor retorcido, temiendo la humillación de que los encausaran, la vergüenza de ser condenados públicamente por sus crímenes y las vejaciones a que tal vez serían

sometidos sus cuerpos. Hermann Göring fue el más prominente entre ellos. Cuando las tropas americanas irrumpieron en su guarida bávara, cerca de Berchtesgaden, el 9 de mayo de 1945, se rindió sin oponer resistencia, pensando sin duda que lo tratarían como a un personaje relevante que serviría para negociar los términos de la rendición de un régimen derrotado. El oficial americano al mando le estrechó la mano y le ofreció una comida, tras lo cual se permitió a los reporteros hacerle preguntas sobre su rol en el Tercer Reich y sus opiniones sobre lo que iba a suceder. («Veo un futuro negro para Alemania y para el mundo entero».) Un Eisenhower furioso confiscó las crónicas y ordenó que encarcelaran a Göring, lo pusieran a dieta, le quitaran su dependencia de las drogas y lo sometieran a un interrogatorio suave pero persistente. Al recobrar buena parte de su antigua energía, el ex mariscal del Reich cautivó a sus interrogadores e impresionó a sus captores por la forma en que rápidamente se hizo con el control de los otros prisioneros. Sin mostrar arrepentimiento y manteniendo su orgullo por lo que había hecho, fue condenado a morir ahorcado, y cuando rechazaron su petición de que se le permitiera tener la muerte de un soldado honorable ante un pelotón de fusilamiento, se hizo con una cápsula de veneno, probablemente suministrada por uno de los guardias y se suicidó el 15 de octubre de 1946.[213]

Casi un año antes de estos hechos, el antiguo líder del Frente Alemán de Trabajo Robert Ley se había ahorcado en la celda de la prisión donde aguardaba juicio. El deterioro mental de Ley, causado por la combinación de un accidente aéreo en la Primera Guerra Mundial y la abundante ingesta de alcohol después, se agudizó con las condiciones de la reclusión, y pasaba el tiempo sobre todo escribiendo largas cartas a su mujer, Inge, que se había suicidado en 1942. También redactaba las respuestas imaginarias de la fallecida Inge a sus cartas («Has descrito con valentía al Führer tal como realmente es: *el alemán más grande de todos los tiempos*») e intentó ponerse en contacto con el fabricante americano de automóviles Henry Ford, a quien consideraba, no sin algún motivo, un colega antisemita. Al ser formalmente acusado por crímenes de guerra, Ley gritó: «¡Ponednos contra una pared y fusiladnos! ¡Sois los vencedores!». Rechazó los cargos que se le imputaban y se suicidó porque, como escribió en una nota antes de

suicidarse, no podía soportar la vergüenza de verse tratado como un criminal cuando no lo era.[214] También Heinrich Himmler se suicidó. Abandonó Flensburg camuflado con un parche en un ojo y un pasaporte falso, y acompañado por algunos ayudantes, entre ellos Otto Ohlendorf, había logrado cruzar el río Elba antes de toparse con un puesto de control británico, donde lo detuvieron a él y a sus acompañantes. Cuando llegaron a un campo de internamiento cerca de Lüneburg, el comandante mandó a los otros a sus celdas y retuvo a Himmler (un hombre «pequeño, de aspecto desgraciado y pobremente vestido») para seguir interrogándolo. Al percatarse de que el juego se había terminado, Himmler se sacó el parche del ojo y se puso un par de lentes en su lugar. Al instante resultó obvio de quién se trataba, aun antes de que susurrara el nombre de «Heinrich Himmler». Lo cachearon y le quitaron un vial de veneno, pero quienes lo interrogaban seguían sin estar satisfechos y ordenaron un examen médico. Cuando el doctor ordenó a Himmler que abriera su boca observó un pequeño objeto negro entre los dientes del líder de las SS. Cuando sostuvo la cabeza de Himmler para volverla hacia la luz con el fin de poder ver mejor, Himmler apretó los dientes bruscamente. Se oyó un crujido y cayó al suelo. Había mordido una cápsula de cianuro y murió en unos segundos. Tenía cuarenta y cuatro años. Otros oficiales destacados de las SS siguieron su ejemplo, entre ellos Odilo Globocnik, que también se envenenó, Ernst Grawitz, oficial y médico jefe de las SS y un entusiasta en lo tocante a experimentar con los reclusos de los campos de concentración, que se hizo saltar por los aires junto a su familia detonando dos granadas de mano, y Friedrich Wilhelm Krüger, el miembro de las SS y jefe de policía que tantos quebraderos de cabeza le había dado a Hans Frank en el Gobierno General de Polonia.[215]

Hans Kammler, el alto mando de las SS que había sido la figura clave en el reclutamiento y la explotación de mano de obra forzada destinada a la fábrica de cohetes de Mittelbau-Dora, había conseguido un último ascenso de un Hitler agradecido que justo antes del final de la guerra le había dado el título totalmente carente de sentido de «plenipotenciario del Führer para la Aviación a Reacción». Tras viajar por Alemania tratando de reunir fuerzas de las SS para un último esfuerzo resistente, Kammler acabó

llegando a Praga, donde su ayudante lo fusiló por orden suya coincidiendo con el final de la guerra, desesperado por no caer en manos de los partisanos checos.[216] Theodor Dannecker, el embajador errante de la muerte, responsable de la deportación de muchos judíos a Auschwitz desde distintos países, huyó al final de la guerra a casa de unos parientes en la población de Celle, en el norte de Alemania, pero lo detuvieron cuando le hizo una visita a su mujer en Berlín el 9 de diciembre de 1945, donde sus vecinos lo denunciaron. Se ahorcó en prisión al día siguiente. Al enterarse de su muerte, su mujer decidió suicidarse junto con sus hijos, pero cuando estaba asesinando al hijo mayor los gritos de éste despertaron a su hermano más pequeño y ella no pudo completar los asesinatos. La detuvieron y juzgaron, pero la absolvieron por responsabilidad disminuida y emigró a Australia.[217] Otro alto mando de las SS, Philipp Bouhler, jefe de la Cancillería personal de Hitler y organizador de los asesinatos por «eutanasia» de los enfermos mentales y los discapacitados, se suicidó junto a su mujer el 19 de mayo de 1945.[218]

Bernhard Rust, ministro de Educación del Reich, se suicidó el 8 de mayo de 1945, desmintiendo por fin la reputación de indeciso que había adquirido durante sus años en el cargo. El ministro de Justicia del Reich Otto-Georg Thierack fue detenido por los británicos y se suicidó en un campo de internamiento el 2 de noviembre de 1946. El presidente del Tribunal Supremo del Reich, Erwin Bumke, también puso fin a su vida, mientras que el jefe de los médicos del Reich, Leonardo Conti, que había resultado detenido y encarcelado antes de ser juzgado en Núremberg por su papel en el asesinato de pacientes mentales, se ahorcó en su celda el 6 de octubre de 1945. Konrad Henlein, líder de los nazis alemanes de los Sudetes, se suicidó tras ser capturado por los americanos. En total se suicidaron 8 de los 41 líderes regionales, 7 de los 47 líderes principales de las SS y la policía, 53 de los 554 generales del ejército, 14 de los 98 generales de la fuerza aérea y 11 de los 53 almirantes. El mariscal de campo Walter Model, el militar predilecto de Hitler, se pegó un tiro en un bosque de las inmediaciones de Düsseldorf a finales de abril de 1945 con el fin de evitar la humillación de la rendición, conforme al requerimiento que el propio Hitler había comunicado a todos los soldados alemanes. A otro

general, Johannes Blaskowitz, a quien habían negado un ascenso tras condenar las atrocidades alemanas en Polonia en 1939, lo procesaron sin embargo por crímenes de guerra y terminó por matarse arrojándose desde la ventana de su celda en Núremberg el 5 de febrero de 1948. Jakob Sprenger, líder regional de Hesse-Nassau, se suicidó junto a su mujer nada más tener noticia de la muerte de Hitler.[219]

Muchos otros contemplaron el suicidio. Rudolf Höss, el ex comandante de Auschwitz, consideró la muerte como una opción en 1945. «Con el Führer desaparecido, nuestro mundo había desaparecido. ¿Había alguna razón por la que seguir viviendo?». Finalmente, tras mucho discutirlo, Höss y su mujer decidieron seguir viviendo «por los niños». Una decisión que él lamentó más tarde. «Estábamos unidos y encadenados a ese otro mundo y tendríamos que haber desaparecido con él».[220]

Muchos otros nazis compartían su actitud, sobre todo jóvenes cuyas vidas adultas habían estado por entero ligadas al régimen. Melita Maschmann

> estaba firmemente convencida de que no sobreviviría al Tercer Reich. Si éste estaba condenado a venirse abajo, entonces también yo lo estaba. Lo uno seguiría automáticamente a lo otro sin que yo tuviese que hacer nada al respecto. No imaginé mi muerte como un último sacrificio que debería hacer. Ni pensé en el suicidio. Estaba invadida por una impresión oscura de que «mi mundo» sería apartado violentamente de su curso, como una constelación en una catástrofe cósmica, y me arrastraría con él —como una mota diminuta de polvo— hacia las tinieblas exteriores.[221]

Confesó que ella y sus amigos no «querían que nada sobreviviera al Tercer Reich».[222] Al final, también ella decidió seguir viviendo y enfrentarse a los terrores desconocidos de un futuro sin nazismo. Otros fueron más decididos. Entrevistado por Gitta Sereny en 1991, el hijo de Martin Bormann contó que le habían llevado en automóvil al Obersalzberg cuando su escuela, la Escuela del Reich del Partido Nazi en Feldafing, se cerró el 23 de abril de 1945, y mientras estaba sentado con muchos miembros del personal de la oficina de su padre y el Berghof en una taberna cercana el 1 de mayo la radio anunció la muerte de Hitler. Recordaba que todos se quedaron inmóviles y mudos, «pero enseguida la gente comenzó a salir al exterior, primero uno, a continuación hubo un disparo. Luego otro y otro

más. Dentro no se decía una palabra, no había más sonido que el de aquellos disparos procedentes del exterior, pero uno sentía que aquello era todo, que todos nosotros tendríamos que morir». Así que el Bormann de quince años también salió portando su pistola. «Mi mundo estaba hecho añicos; no podía ver ninguna clase de futuro». Sin embargo, en el patio trasero de la taberna, «donde los cuerpos ya cubrían todo el pequeño jardín», vio a otro muchacho, de dieciocho años, sentado sobre un tronco, y «me dijo que me acercara y me sentara con él. El aire olía bien, los pájaros cantaban y estuvimos hablando para no tener que hacerlo».[223]

No obstante, de los muchos que contemplaron acabar con su propia vida en aquel momento, un número considerable sí dio el paso fatal. La ola de suicidios desbordó con mucho las filas de los nazis acérrimos. En un informe sobre el comportamiento y la moral de la población redactado a finales de marzo de 1945, el Servicio de Seguridad de las SS dejó constancia de un clima como el que podría encontrarse al final de la guerra:

> Una gran parte de la población se ha habituado a vivir pensando únicamente en el instante. Se aprovecha cualquier clase de placeres que se presenten. Hasta la ocasión más absurda se toma como una oportunidad para apurar la última botella, inicialmente reservada para la celebración de la victoria, el final del apagón nocturno, el regreso del marido y el hijo. La gente se ha habituado a la idea de matarse. En todas partes hay una gran demanda de veneno, de una pistola y de otros medios para poner punto y final a la vida. Los suicidios, fruto de una verdadera desesperación ante la catástrofe que se espera con certeza, están a la orden del día.[224]

Con anterioridad en ese mismo mes, al pastor de la iglesia conmemorativa del káiser Guillermo de Berlín le había parecido necesario pronunciar un sermón contra el suicidio. Pero sus palabras no fueron atendidas. Las estadísticas oficiales registraron un salto de 238 suicidios en la capital en marzo de 1945 a no menos de 3.881 el mes siguiente, cayendo a 977 en mayo. Los ciudadanos corrientes se sentían desorientados, desesperados, incapaces de ver un futuro tras el hundimiento del Tercer Reich. Las notas de suicidio descubiertas por la policía mencionaban la «situación presente» o el «miedo a la invasión rusa» como una razón para matarse sin entrar en más detalles. Como alguien dijo, «la vida ya no tenía un sentido» tras el

final del Tercer Reich. Algunos padres subrayaron su falta de una perspectiva de futuro matando a sus hijos antes de suicidarse ellos mismos.[225]

Los índices de suicidio aumentaron casi en todas partes, también en las regiones católicas, si bien es probable que allí estuvieran influidos por una afluencia de refugiados procedentes de territorios protestantes, donde el tabú de matarse no era tan poderoso. En la Alta Baviera, por ejemplo, hubo 421 suicidios en abril y mayo de 1945, en comparación con sólo de tres a cinco en los mismos meses de años anteriores. Sin embargo, esos incrementos quedaron empequeñecidos por los registrados en los territorios invadidos por el Ejército Rojo, incluyendo Berlín. En el distrito berlinés de Friedrichshain, una estudiante de secundaria contó que más de cien personas se suicidaron el día en que llegaron los rusos. «Una bendición que no haya gas —añadió—, en caso contrario aún se hubieran matado más; tal vez también nosotros podríamos estar muertos».[226] En Schivelbein, una aldea de Pomerania, un pastor protestante dijo que «familias enteras de buenos practicantes pusieron fin a sus vidas, se ahogaron, se ahorcaron, se cortaron las muñecas o se quemaron vivas junto con sus hogares» tan pronto como hizo aparición el Ejército Rojo. En otras poblaciones de Pomerania se informó de suicidios en masa; 500 en Schönlanke, por ejemplo, y 700 en Demmin, tras la llegada del Ejército Rojo. El registro de entierros de la localidad de Teterow, donde unas 10.000 personas vivían en 1946, documentó 120 suicidios a primeros de mayo. Las violaciones cometidas por soldados rusos constituían sin duda alguna una razón de peso para semejante incremento. En Teterow, la vergüenza y la masculinidad herida después de esa clase de incidentes empujaron a los padres de familia a matar a sus mujeres y a sus hijos, a menudo con el consentimiento de la mujer, antes de acabar consigo mismos. En la región de los Sudetes se informó de «familias enteras que se vestían con sus mejores ropas de los domingos, se rodeaban de flores, crucifijos y álbumes familiares y a continuación se suicidaban bien ahorcándose, bien envenenándose».[227]

Con todo, el suicidio siempre fue cosa de una minoría. Muchos nazis convencidos cayeron en la confusión sin sucumbir a la desesperación. Charlotte L., nacida en 1921 y empleada en trabajos de asistencia social en

el Servicio de Trabajo del Reich, era una nazi acérrima que no pareció haber pensado en suicidarse. La educación política había despertado un compromiso ardiente en ella. Escribiendo en su diario el 5 de febrero de 1940, había recogido el «placer» con el que había asistido a una clase sobre «las consecuencias de la judería».[228] El 22 de abril de 1945 los americanos habían ocupado su ciudad natal de Helmstedt, pero Charlotte todavía se negaba a aceptar que la guerra se hubiera perdido. «Creo firmemente en nuestro Führer —escribió— y en que Alemania tiene un futuro que nosotros, alemanes, merecemos». Su mundo se desmoronó cuando oyó que Hitler estaba muerto. «Nuestro amado Führer, que lo ha obrado todo por nosotros, por Alemania». Estaba indignada por el modo en que tantas personas estaban mudando sus opiniones. «Durante mucho tiempo las cosas ya no volverán a ser tan hermosas como bajo el liderazgo de Adolf Hitler —escribió el 3 de junio de 1945—. La prensa está contando mentiras y presionando con su propaganda más allá de toda medida. El judío está detrás de todo esto. ¿Se dará cuenta el mundo de que el judío es el mal para todos nosotros?», se preguntaba. Inge Molter, hija de un nazi comprometido, mantuvo la esperanza de lograr la victoria hasta el mismo final. Sin embargo, también esas personas empezaron de forma gradual a marcar distancias con el liderazgo nazi. Tras la desaparición de su marido, el ex guardia de asalto Alfred, en la batalla final de Berlín, Molter consiguió un empleo como enfermera en un hospital donde un doctor le habló extensamente de las atrocidades que los nazis habían cometido. «Muchas veces no sé ya realmente qué pensar de todas esas cosas —le escribió a su marido ausente, cuya muerte seguía negándose a creer—. A veces tengo que pensar realmente que no hubiera sido bueno que la guerra la hubiésemos ganado nosotros».[229]

## IV

El 5 de mayo de 1945 el soldado y ex guardia de asalto Gerhard M. encontró tiempo una vez más para escribir una entrada en su diario. «Nuestro Führer, Adolf Hitler —empezaba—, ya no está». Pero continuaba con evidente perplejidad: «Este hecho no nos ha destrozado como uno

hubiera supuesto». Con sus camaradas se había pasado un rato evocando las aventuras de los últimos veinte años. «Sin embargo, la vida proseguía de cualquier forma y nos hemos reconciliado con ella. La vida sigue, incluso si el último Führer del Gran Reich Alemán no está ya».[230] Se supo de otras reacciones similares. Una emisión de radio justo antes de las diez y media de la noche del 1 de mayo de 1945 había comunicado al pueblo alemán que Hitler había muerto heroicamente luchando para defender la capital del Reich contra las hordas bolcheviques. La verdad hubiese socavado cualquier voluntad por seguir luchando y destruido así cualquier última posibilidad que quedara de un acuerdo negociado; una posibilidad que en realidad únicamente existía en la imaginación de los nuevos líderes del Reich. En realidad, cuando el oficial al mando alemán en Berlín dijo a sus soldados que depusieran las armas, el 2 de mayo de 1945, justificó su orden diciéndoles que Hitler los había abandonado suicidándose.[231] Muchas personas se negaron a creer lo que les parecía una historia improbable, y conjeturaban que Hitler había ingerido un veneno. En cualquier caso, con su muerte, la última razón que quedaba para apoyar el nazismo se había desvanecido. No hubo escenas de dolor. No hubo ciudadanos compungidos llorando en público, como hubo rusos que lo hicieron ocho años después con motivo de la muerte de Stalin. Erika S., de dieciocho años, salió a las calles de Hamburgo al poco rato del anuncio de la muerte de Hitler para ver la reacción de la gente. «Extraño —contó—, nadie lloraba ni parecía triste, aunque el amado y aclamado Führer, a quien la totalidad de los idiotas consideraba poco menos que un dios, ha dejado de vivir [...] Extraño [...]». Únicamente en la escuela vio a unas pocas chicas llorando tras el anuncio en la reunión matinal.[232]

Lore Walb, cuya admiración por Hitler había sido ilimitada cinco años antes, escribió entonces, el 2 de mayo de 1945:

> Hitler *caído*, ahora está en paz, probablemente lo mejor para él. Pero ¿qué hay de nosotros? Estamos abandonados y entregados a todo el mundo sin excepción, y en nuestra vida ya no es posible reconstruir lo que esta guerra ha destruido. Al principio las ideas que Hitler quería realizar eran positivas y en la política nacional sucedieron algunas cosas buenas. Pero fracasó totalmente en política exterior, y en particular como el comandante supremo de la guerra. «La

> senda de una idea». ¡Vaya una senda! Y la gente tiene que pagar ahora por ello [...]. Qué amargo final [...] Hitler está muerto ahora. Pero nosotros y los que vengan llevaremos en nuestras vidas la carga que nos ha dejado.[233]

«Ha llegado el final —escribió un oficinista de veintitrés años en Hamburgo el 2 de mayo de 1945—. Nuestro Führer, que tanto nos prometió, ha logrado lo que nadie en el poder en Alemania había logrado hasta la fecha, ha dejado una Alemania completamente destruida, se ha llevado la casa y el hogar de todos, los ha sacado de su patria, ha provocado millones de muertos, en definitiva, ha logrado un caos espantoso».[234]

Tras sufrir el bombardeo de su localidad natal de Siegen y luego los combates cuerpo a cuerpo entre soldados alemanes y americanos mientras ella se escondía en un sótano, una muchacha de quince años que había creído en la promesa de que Alemania ganaría en el último minuto con nuevas armas secretas pudo ver que todo estaba perdido. «Tuve que ir sola al comedor y allí me dejé caer en el sofá y lloré amargamente». Todo había quedado destruido. «En un primer momento no sentí ningún rencor contra el Führer [...], pero ahora, ahora me he convencido de que el Führer no merece que sintamos lástima por él». Se sentía traicionada por él y por otros líderes nazis que se estaban suicidando sucesivamente. De hecho, podía ver entonces el sentido del atentado del 20 de julio de 1944, que había condenado tan implacablemente cuando se produjo. «Los hombres del 20 de julio se habían dado cuenta de que la muerte del Führer era la única salvación de Alemania».[235] En Hamburgo, el 30 de abril de 1945, al tener noticia del fallecimiento de Hitler, que ella atribuía a que éste se había envenenado, Luise Solmitz se sintió por fin libre para liberar el odio por él que había estado acumulando en los meses anteriores. Escribió en su diario que era «el fracasado más despreciable de la historia del mundo». Era «intransigente, desenfrenado e irresponsable», cualidades que le habían procurado éxito al principio pero luego lo habían abocado a la catástrofe. «El nacionalsocialismo —pensaba entonces— aunó todos los crímenes y las depravaciones de todos los siglos». Doce años antes su pensamiento hubiera sido muy diferente, pero «Hitler hizo que dejara de ser alguien dócil y suave para convertirme en una opositora a la guerra». Goebbels también estaba muerto: pero «ninguna muerte puede expiar esos crímenes». En

cuanto a Hitler: «Ahora que por suerte quedan atrás sus inimaginables crímenes, sus mentiras, sus mezquindades, sus torpezas e incompetencia, sus cinco años y ocho meses de guerra, la mayoría de los alemanes se está diciendo: ¡el mejor día de nuestra vida!». Solmitz escribió: «La promesa de Hitler: "Dadme diez años y veréis lo que he hecho de Alemania" ha sido durante meses lo que más se ha citado de él, por cinismo». El 5 de mayo de 1945 los Solmitz quemaron su bandera nazi. Pero no fue sólo el nazismo lo que resultó derrotado. «Jamás un pueblo ha apoyado una causa tan nefasta con semejante entusiasmo», escribió ella el 8 de mayo de 1945, pensando tal vez en sus propias actitudes anteriores, «jamás ha estado tan impelido a su propia aniquilación». Los alemanes eran «lemmings» corriendo hacia su propia destrucción. A juicio de ella, no sólo los nazis habían perdido, también lo hicieron los alemanes.[236]

La vida siguió adelante en buena medida porque la mayor parte de la gente andaba demasiado ocupada intentando sobrevivir entre las ruinas del Reich como para preocuparse en exceso de la muerte de Hitler, su significado o sus posibles consecuencias. Las disposiciones que dejó Hitler en su testamento político para la continuación del gobierno eran irrelevantes en una situación donde la mayor parte del Reich se encontraba en manos de los aliados. Recompensaba al gran almirante Karl Dönitz por su lealtad haciéndolo presidente del Reich, un puesto del que Hitler había dicho en una ocasión que estaba tan unido a la memoria del titular anterior, Paul von Hindenburg, que nunca habría que reinstaurarlo. La inconsecuencia no iba a interponerse evidentemente en la asunción por parte de Hitler del título de «Führer» con carácter exclusivo. Dönitz también quedaba convertido en jefe de las fuerzas armadas. Goebbels era nombrado Canciller del Reich y Bormann, ministro del partido. Goebbels había logrado finalmente asegurarse de la destitución de su odiado y despreciado rival Joachim von Ribbentrop como ministro de Asuntos Exteriores y su sustitución por Arthur Seyss-Inquart, mientras que Karl Hanke, un líder regional que todavía resistía al Ejército Rojo en la sitiada Breslau, era nombrado sucesor de Himmler como Reichsführer de las SS. El desleal Speer era sustituido como ministro de Armamento por Karl-Otto Saur, y Werner Naumann, secretario de Estado de Goebbels, era ascendido al cargo de ministro de Propaganda.

A unos cuantos ministros en ejercicio, como Backe, Funk, Schwerin von Krosigk y Thierack se les permitía mantenerse en el gobierno. Pero para entonces prácticamente no quedaba nada que gobernar. Desde su cuartel general en Flensburg, cerca de la frontera danesa con Schleswig-Holstein, Dönitz trató de ganar tiempo para permitir a las tropas que seguían en combate contra el Ejército Rojo replegarse al oeste aceptando la rendición de las fuerzas alemanas en el norte de Italia, el noroeste de Alemania, Dinamarca y Holanda. Los ejércitos alemanes en Austria y Baviera capitularon también cumpliendo órdenes de su oficial al mando, Albert Kesselring. La táctica de Dönitz resultó parcialmente exitosa, posibilitando que más de 1.750.000 soldados alemanes se rindieran a los americanos o a los británicos y no a los soviéticos, cuya cuenta de prisioneros ascendía a menos de un tercio del total. Pero la apuesta de Dönitz de negociar una capitulación general por separado con los aliados occidentales se topó con un rechazo sin paliativos. Ante la amenaza de proseguir con los bombardeos, Jodl aceptó una rendición total e incondicional, que se haría efectiva al terminar el día 8 de mayo de 1945, autorizada de forma reticente por Dönitz y firmada en las primeras horas del 7 de mayo de 1945. Dos días más tarde, el acto se repitió en el cuartel general del mariscal Zhukov en las afueras de Berlín, con el texto completo redactado con anterioridad por los cuatro países aliados, retroactivamente válido desde el día anterior. La guerra había finalizado.[237]

# DESPUÉS DE LA GUERRA

## I

Para la inmensa mayoría de los alemanes, el 8 de mayo de 1945 no se presentó como una liberación, por más que pudiera parecer como tal en retrospectiva. La derrota de Alemania no admitía ambigüedades. La gente estaba esforzándose para adaptar su mente a la nueva situación y para liberarse de la carga moral y mental del nazismo. Muchos ya habían dado los primeros pasos en ese camino. El final de la guerra para los alemanes no fue un acontecimiento único, sino un proceso, afectando a personas diferentes en momentos diferentes, a lo largo de un período de meses, a medida que los ejércitos aliados avanzaban con lentitud por el Reich. No obstante, la población alemana se sometió dócilmente a sus conquistadores, sin que importara el lugar y el momento en que los invadieran los ejércitos aliados. La organización guerrillera que Himmler y Bormann habían confiado en organizar contra la ocupación aliada, a imitación de los partisanos soviéticos que habían causado tantos estragos en la retaguardia alemana en el transcurso de los años anteriores, se creó demasiado tarde para que tuviera realmente un impulso suficiente para desarrollarse. Conocido como el movimiento Werewolf [hombre-lobo], intentó reclutar a fanáticos de la generación de las Juventudes Hitlerianas para continuar con la resistencia detrás del frente. Se formaron algunas unidades, y el 25 de marzo de 1945 una de ellas logró asesinar a Franz Oppenhoff, a quien los aliados en su invasión habían designado como alcalde de Aquisgrán.[238] En la localidad minera bávara de Penzberg, los obreros depusieron al alcalde nazi con el fin de dejar expedito el camino para que las tropas americanas que avanzaban entrasen en la zona pacíficamente, pero una unidad local del ejército los detuvo y los ejecutó cumpliendo órdenes del líder regional del

partido en Múnich, y se sucedieron nuevas ejecuciones cuando una unidad Werewolf se presentó en el lugar.[239] Sin embargo, esas actuaciones fueron aisladas y no tuvieron consecuencias amplias. Había muchas razones para ello.

Para empezar, el Partido Nazi, al igual que las SS, las fuerzas armadas y prácticamente cualquier otra organización en el Tercer Reich, se hallaba en un estado de completa desintegración y hundimiento. Habían muerto o caído prisioneras numerosas personas que en otras circunstancias podrían haber sido capaces de procurar un liderazgo para un movimiento de resistencia. Comunicarse era difícil cuando no imposible. La muerte de Hitler había destruido en todo caso el factor que había cimentado la lealtad de muchas personas a la causa nazi. Muchos habían creído que estaban combatiendo por Hitler tanto como por Alemania; poco sentido tenía seguir luchando ahora que él ya no estaba. Más en general, el dogma nazi, repetido en incontables ocasiones a lo largo de todo el Tercer Reich, proclamaba que «el poder es justicia», que el éxito conllevaba su propia justificación. Por consiguiente, la derrota total de Alemania pareció confirmar que después de todo los aliados tenían la justicia de su parte, una convicción reforzada por los sentimientos intensos de culpa debido al exterminio de los judíos que había empezado a atormentar las conciencias de muchos alemanes mucho antes de que la guerra terminara. Tan completa era la derrota, tan absoluta la devastación de Alemania, que muchos patriotas culparon de ella en todo caso a Hitler y a los nazis. Nadie podía rebatirlo. Además, la presencia aliada en Alemania era omnipresente, y las fuerzas ocupantes aliadas estaban alerta ante la amenaza de un movimiento de guerrilla o resistencia gracias a la propaganda bombeada por los medios de comunicación de Goebbels urgiendo a los jóvenes alemanes a tomar parte. Por otra parte, las fuerzas aliadas, incluso las rusas y las francesas después de las primeras pocas semanas, se mostraron menos vengativas y más comprensivas de lo que los alemanes corrientes habían temido. El vaticinio de Goebbels según el cual serían millones los alemanes enviados a Siberia se reveló infundado hasta en el este. Los movimientos de resistencia habían surgido de hecho con la ocupación alemana de otros países europeos, pero (con la excepción de Yugoslavia) sólo tras un período inicial de dos o tres años en los cuales

la inmensa mayoría de la población estaba esperando a ver qué camino seguiría la guerra, resignándose a la ocupación al menos por el momento. Otro tanto sucedió en Alemania. Y por último, los nazis jamás habían obtenido más del 37,4 por 100 de los votos en unas elecciones nacionales libres. En algunos momentos, especialmente tras las victorias de 1940, su popularidad había sido mucho mayor. Pero la opinión popular tanto en Alemania como en otras partes era generalmente inconstante y volátil, y como hemos visto, a comienzos de 1945 el apoyo a los nazis había disminuido hasta niveles no alcanzados desde mediados de la década de 1920.

No obstante, había por supuesto numerosos grupos de nazis furibundos que todavía andaban sueltos por Alemania al acabar la guerra a pesar de todos los suicidios y fallecimientos. Para ocuparse de ellos, y en concreto para procesar a los líderes nazis que quedaban, los aliados establecieron un Tribunal Militar Internacional en Núremberg. En una serie de juicios, empezando por los criminales de guerra principales (de noviembre de 1945 a octubre de 1946), los abogados aliados de la acusación presentaron pruebas abundantes de criminalidad nazi, acusando a Göring, Ribbentrop y a otros de librar una guerra agresiva de conquista, perpetrar el asesinato en masa de ciudadanos inocentes y llevar a cabo una amplia variedad de atrocidades y crímenes contra la humanidad sin respetar las leyes de guerra acordadas internacionalmente. La legitimidad de los procedimientos se vio un tanto menoscabada por la participación de jueces soviéticos y por los bombardeos de saturación que los aliados occidentales infligieron a las ciudades alemanas. Se demostró difícil probar algunas de las acusaciones, muy especialmente la de conspiración. No obstante, el tribunal estableció un precedente crucial para el futuro. También contó con una gran repercusión. Entre los reporteros presentes estuvo William L. Shirer, que había abandonado Alemania en diciembre de 1940, posiblemente porque le dijeron que la Gestapo estaba confeccionando un dossier sobre sus actividades. Shirer utilizó *a posteriori* las pruebas documentales reunidas para el juicio como una fuente importante de su superventas de la historia de la Alemania nazi, *Auge y caída del Tercer Reich*, que publicó en 1960 y que continuaba imprimiéndose en el momento de su fallecimiento treinta y

tres años más tarde. Sin embargo, para la gran multitud de alemanes corrientes —algunos de los cuales al menos habían sido obligados por los soldados aliados a ayudar en la recogida de cadáveres de prisioneros en campos de concentración al acabar la guerra— los juicios resultaron una nueva evidencia, junto con los bombardeos y las expulsiones de Europa oriental de las gentes de ascendencia alemana, de que estaban siendo escogidos como chivos expiatorios en una guerra en que la justicia era inevitablemente impartida por los vencedores.[240]

23. Acuerdos de posguerra en Centroeuropa.

El juicio de Núremberg de los principales criminales de guerra concluyó con varias condenas a la pena capital, una de ellas (Bormann) *in absentia*. Hans Frank (gobernador general de Polonia), Wilhelm Frick (ministro del Interior del Reich y protector del Reich de Bohemia y Moravia desde 1943), Hermann Göring, el general Alfred Jodl (jefe de operaciones en el Alto Mando de las Fuerzas Armadas Conjuntas), Ernst Kaltenbrunner (jefe del Servicio de Seguridad de las SS desde 1943), Wilhelm Keitel (superior de Jodl), Joachim von Ribbentrop, Alfred Rosenberg, Fritz Sauckel, Arthur Seyss-Inquart y Julius Streicher también fueron condenados a muerte; todos fueron ejecutados excepto Göring, quien, como hemos visto, se suicidó la noche anterior a la fecha prevista para ahorcarlo. Rudolf Hess fue condenado a cadena perpetua. Pasó sus últimos años como un prisionero solitario en la cárcel de Spandau y se ahorcó en 1987 a la edad de noventa y tres años, el último de los nazis que se suicidaron. Hans Fritzsche, jefe de la sección de noticias en el Ministerio de Propaganda y famoso comentarista radiofónico, fue designado para el juicio en sustitución de Goebbels, pero no cabía duda de que sus crímenes de ningún modo eran comparables con los de su jefe y lo absolvieron. A Hjalmar Schacht, el responsable de economía en la década de 1930, que había proporcionado en gran parte los fondos para el rearme antes de la guerra, también lo absolvieron; después de todo, se había jubilado poco antes del inicio de la guerra. Escribió sus memorias y murió en 1970 a los noventa y tres años. Walther Funk, su sucesor, fue condenado a perpetuidad pero quedó libre en 1957 por motivos de salud y murió tres años después. Karl Dönitz fue condenado a diez años de cárcel, cumplió toda su condena y murió en 1980; su predecesor como jefe de la armada, Erich Raeder, fue condenado a perpetuidad pero quedó libre en 1955 por motivos de salud, muriendo en 1960. A Konstantin von Neurath le condenaron a quince años de cárcel pero lo dejaron libre debido a su salud precaria en 1954; murió dos años más tarde. Su colega aristócrata Franz von Papen, vicecanciller de Hitler en 1933 y 1934 y posteriormente embajador en Austria y a continuación en Turquía, quedó absuelto, pero en 1947 un tribunal alemán hizo que lo detuvieran de nuevo y lo castigó con ocho años de cárcel por crímenes de guerra; dos años después quedó libre tras apelar y murió en

1969. Baldur von Schirach, líder de las Juventudes Hitlerianas y posteriormente líder regional de Viena, fue condenado a veinte años de cárcel; puesto en libertad el 1 de octubre de 1966, murió el 8 de agosto de 1974.[241]

Albert Speer fue también condenado a veinte años de cárcel en Núremberg. Escapó a la pena de muerte con una combinación sutil y sofisticada de exculpación e inculpación de sí mismo. Dijo que no había tenido conocimiento de Auschwitz —una falsedad manifiesta—, pero que debería haberlo tenido. Algunos pensaron que su porte atildado de profesional de clase media había conquistado el favor de los jueces, y que era tan culpable por la explotación de la mano de obra forzada como lo era Fritz Sauckel, cuya imagen de zafiedad le condujo en cambio a la soga. Durante el tiempo que pasó en la cárcel de Spandau, Speer combatió el aburrimiento y la lasitud midiendo durante su paseo diario una caminata imaginaria por el globo, y escribió un diario secreto (en papel higiénico), así como más de 25.000 cartas, que sacaban a escondidas visitantes receptivos. Lo pusieron en libertad en 1966 y publicó unas memorias que merecieron grandes elogios. El libro era notable por la evaluación sin tapujos de su relación con Hitler y por la perspicacia de sus juicios sobre el sistema nazi de gobierno. Pero con el paso del tiempo también quedó claro que las memorias no eran precisamente sinceras. Speer embelleció o editó muchos episodios, por lo general en beneficio propio, y ocultó su conocimiento del exterminio de los judíos. Hacia el final de su vida, en una serie excepcional de entrevistas con la periodista Gitta Sereny, Speer tuvo que retractarse de la postura que había adoptado en sus memorias a propósito de muchas cuestiones de detalle, pero, pese a la afirmación de Sereny de lo contrario, no admitió ante ella haber sabido más de Auschwitz que lo que había declarado ante el tribunal en Núremberg. Murió de una apoplejía en el curso de una visita a Londres en agosto de 1981.[242]

Hubo otros juicios además de los celebrados en Núremberg. Muchos de ellos tuvieron lugar en Polonia, entre ellos el juicio de Rudolf Höss, ex comandante de Auschwitz. Al acabar la guerra, Höss fue a la isla turística de Sylt, ingresando en la Escuela de Inteligencia Naval con una identidad falsa. Se las arregló para encontrar trabajo en una granja bajo un nombre

supuesto, pero terminaron por hallarle el rastro y detenerlo el 11 de marzo de 1946. Había roto accidentalmente su pequeño vial de veneno dos días antes. Recibió un trato severo y se quejó de haber sufrido golpes, y firmó confesiones no del todo exactas. Afirmó que todos los interrogadores eran judíos. Höss no abandonó sus convicciones nazis. Pensaba que antes de la guerra los campos de concentración habían sido necesarios y habían servido a un fin valioso como centros reeducativos. Sin embargo, el exterminio de los judíos había sido «un error fundamental», porque además de haber atraído sobre Alemania «el odio del mundo entero» tampoco «había servido de ninguna manera a la causa del antisemitismo, sino que por el contrario había llevado a los judíos mucho más cerca de su objetivo último».[243] En varias ocasiones Höss fue puesto a disposición del Tribunal de Crímenes de Guerra de Núremberg en calidad de testigo, muy especialmente para la defensa de Ernst Kaltenbrunner, pero la mayor parte del tiempo estuvo recluido en Cracovia, donde escribió una extensa autobiografía, imprecisa en numerosos detalles pero reveladora de una forma inconsciente de las actitudes y creencias que habían hecho de él el comandante de la mayor fábrica de muerte de la historia. El 11 de marzo de 1947, Höss fue conducido al banquillo de los acusados en un juicio al que asistieron numerosos observadores extranjeros; fue hallado culpable de asesinato, condenado a morir y ahorcado en el campo principal en Auschwitz, no lejos del edificio de las SS destinado a la administración del campo, el 16 de abril de 1947.[244]

Más tarde ese mismo año, en noviembre, el Tribunal Supremo de Cracovia procesó a cuarenta oficiales y guardias de las SS del campo de concentración. A veintitrés los condenaron a muerte, entre ellos el jefe de campo, Hans Aumeier, y otro ex comandante, Arthur Liebehenschel. Otros sufrieron distintas penas de prisión; a uno, el doctor de las SS Hans Münch, cuyo objeto de investigación había sido la desnutrición entre los prisioneros, lo absolvieron gracias a los numerosos testimonios en su defensa por parte de ex prisioneros. Al ingeniero Kurt Prüfer, que había diseñado las cámaras de gas, lo detuvieron en Erfurt en 1946 y lo enviaron a un campo de trabajo soviético, donde murió en 1952. Ludwig Topf, copropietario de la empresa para la cual había trabajado Prüfer, Topf e

Hijos, se suicidó, pero su hermano, Ernst Wolfgang Topf, escapó indemne y montó un nuevo negocio en Wiesbaden de fabricación de hornos para crematorios. En cuanto a los fabricantes del gas venenoso Zyklon-B, a dos de ellos, el propietario y el presidente de la firma de Hamburgo Tesch und Stabenow, un tribunal militar británico los hizo ejecutar, pero otros, como el director general de Degesch, Gerhard Peters, quedaron absueltos.[245] Entre los ejecutados luego de haber sido juzgados por sus crímenes en varios países europeos estuvo Friedrich Jeckeln, el oficial de las SS al mando de las matanzas de judíos en Riga y en otros lugares; Otto Ohlendorf y Werner Naumann, que habían dirigido los grupos operativos de matanza de las SS en el este; el jefe de la policía Kurt Daluege; el oficial de las SS que había destruido el gueto sublevado de Varsovia, Jürgen Stroop; el jefe de organización de los campos de concentración, Oswald Pohl; y los líderes regionales del Partido Nazi Arthur Greiser y Albert Forster, que habían gobernado sobre los territorios incorporados de Polonia. Erich Koch, líder regional de Prusia Oriental, fue condenado a muerte por los polacos, pero la pena fue conmutada por la de cadena perpetua debido a la precariedad de su estado de salud. A muchos otros los condenaron a largas penas de prisión.[246] El diarista Felix Landau, austríaco de las SS responsable de los fusilamientos en masa como parte de una unidad operativa en la Polonia oriental ocupada en 1941 y de otros asesinatos perpetrados en su condición de organizador de la mano de obra forzada judía en el distrito de Lemberg, fue reconocido en 1946 en Linz por uno de los antiguos trabajadores a sus órdenes y recluido en un campo de prisioneros por los americanos, pero se escapó al año siguiente. Estuvo viviendo como decorador de interiores con un nombre falso cerca de Nördlingen hasta que lo detuvieron en 1959, tras lo cual fue procesado y condenado a cadena perpetua en 1962; murió en 1983.[247]

## II

Aparte del juicio de los «principales criminales de guerra», las autoridades ocupantes americanas celebraron en Núremberg otra docena de juicios, con 184 acusados, para juzgar a diversos reos en menor grado. En el primero de

ellos se procesó a los médicos responsables de la realización de experimentos crueles con seres humanos sin el consentimiento de los mismos, de la muerte de los enfermos mentales y los discapacitados en la operación «eutanasia» y de otros crímenes. Entre ellos se contaban Viktor Brack y Karl Brandt: los dos estaban convencidos de que no habían obrado mal al ordenar la muerte de los discapacitados; los dos fueron condenados a la pena capital. En otros juicios se juzgó por sus crímenes a los miembros del personal en los centros donde se practicó la «eutanasia». A Hermann Pfannmüller le cayeron cinco años de reclusión en 1951, y Friedrich Mennecke se suicidó tras haber sido condenado a muerte.[248] Los dos médicos investigadores que habían infectado de forma deliberada los pantanos pontinos con malaria en 1943, provocando con toda probabilidad que 100.000 italianos padecieran la enfermedad y que un número desconocido muriese a causa de ella, corrieron suertes diversas después de la guerra. Ernst Rodenwaldt, cuyas vinculaciones nazis lo llevaron a ser denunciado por sus estudiantes, perdió su cátedra, pero contaba con el respaldo de algunos de sus colegas y los aliados le encargaron recopilar un informe sobre la higiene en el Tercer Reich (del cual omitió discretamente su propia área especial de higiene racial). Publicó un atlas epidemiológico del mundo y algunas obras de historia de la medicina, y puso en circulación un volumen de memorias adecuadamente modesto. El Instituto de Medicina e Higiene de Guerra del Ejército de Alemania Occidental, con sede en Coblenza, fue bautizado con su nombre en 1967.[249] Martini también continuó publicando, si bien no pudo volver a ocupar su puesto en Hamburgo. Publicó en 1952 una cuarta edición de su libro de texto de referencia sobre entomología médica. Falleció en 1960.[250]

El doctor Josef Mengele, cuyas selecciones en la rampa de Auschwitz habían enviado a tantos a la muerte, abandonó el campo antes de que éste quedara disuelto, y trabajó por poco tiempo en Gross-Rosen antes de unirse a una unidad del ejército dirigida por un antiguo colega. Los americanos lo capturaron, pero él dio un nombre falso y fue puesto en libertad en julio de 1945, cuando empezó a trabajar como granjero en las inmediaciones de Rosenheim, en Baviera. Temiendo que lo descubrieran, consiguió la ayuda de otro antiguo colega para huir a través de Suiza y el norte de Italia a

Argentina, donde se estableció y compró la mitad de las acciones de una empresa farmacéutica en 1955. En 1959 se trasladó a una colonia alemana en Paraguay, pero se marchó a Brasil al año siguiente. Entretanto se había divorciado y vuelto a casar, actos legales que por vez primera hicieron que llamara la atención el hecho de que siguiera vivo. Su fuga y ocultamiento se debieron en gran parte a la ayuda que le prestaron redes clandestinas formadas por antiguos nazis. Siguió evitando su captura y murió en 1979 tras sufrir un ataque al corazón mientras nadaba. Hasta 1985 no se localizó su sepultura, y el cuerpo fue exhumado e identificado a partir de los datos que se conservaban de su dentadura.[251] Por el contrario, el mentor de Mengele, Otmar von Verschuer, reanudó su carrera después de la guerra. Resultó elegido presidente de la Sociedad Alemana de Antropología en 1952 y dos años después se convirtió en decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Münster, donde había sido profesor de genética desde 1951. En 1954, publicó su libro *Genética humana*, que basó en su *Patología hereditaria*, publicado veinte años antes. Murió en un accidente de automóvil en 1969.[252]

Josef Mengele no fue el único que huyó a América Latina, también lo hicieron Franz Stangl y Adolf Eichmann. A Stangl lo trasladaron al norte de Italia cuando el campo de la muerte en Treblinka, donde había sido comandante, se cerró. Tenía órdenes de supervisar la construcción de fortificaciones defensivas y la supresión de movimientos partisanos. Al terminar la guerra, huyó a Austria pero fue arrestado por soldados americanos y recluido. Cuando se procedió a investigar los crímenes de guerra se descubrió su rol en la operación de la eutanasia y los americanos creyeron descubrir en algún momento que había sido comandante de un campo de la muerte. Sin embargo, por entonces muchos tribunales de los aliados para juzgar crímenes de guerra habían dejado de estar activos y Stangl fue entregado a las autoridades austríacas, que lo confinaron en una prisión de régimen abierto en Linz. El 30 de mayo de 1948, se dio a la fuga y, con unos documentos de identidad falsos que había adquirido en la cárcel, logró cruzar los Alpes en dirección a Italia, donde había establecido numerosos contactos útiles. Al llegar a Roma, se puso en contacto en el Vaticano con el obispo Alois Hudal, sacerdote y miembro de un círculo de

clérigos alemanes y austríacos de quienes se rodeaba el Papa Pío XII. Hudal estaba a cargo de la comunidad católica alemana presente en la capital italiana. Austríaco, hizo cuanto pudo para ayudar a su compatriota a escapar de la justicia. Le encontró algún lugar donde quedarse, le dio dinero y le proporcionó un pasaporte de la Cruz Roja antes de comprarle un pasaje para la travesía marítima a Siria. Allí se reunió con Stangl su familia, y en 1951 emigraron a Brasil. Muchos otros antiguos nazis y miembros de las SS utilizaron la misma ruta para ponerse a salvo. En Brasil, los Stangl, sin mencionar nunca el pasado de Franz, trabajaron y se relacionaron en el seno de la comunidad alemana de expatriados. Los Stangl conservaron el nombre familiar y no hicieron ningún intento por ocultarse, pero aunque Franz formaba parte de la lista oficial de criminales buscados elaborada por los gobiernos alemán y austríaco, sólo pudo hallarse su paradero gracias al empeño de Simon Wiesenthal, que había creado un centro de información dedicado a localizar y conseguir la detención de antiguos nazis de primer orden que seguían en libertad. La policía brasileña detuvo a Stangl el 28 de febrero de 1967 y lo deportaron a Alemania, donde lo procesaron por los 900.000 asesinatos que había ordenado en Treblinka. Al parecer fue sólo entonces cuando su mujer, que viajó desde Brasil para asistir al juicio, supo lo que su marido había estado haciendo realmente en el campo. Lo condenaron a cadena perpetua el 22 de diciembre de 1970 y murió en prisión el 28 de junio del año siguiente.[253]

Cuando la guerra estaba acabando, Adolf Eichmann había formado un reducido movimiento guerrillero de resistencia en los Alpes austríacos a las órdenes de Ernst Kaltenbrunner, con la ayuda de Otto Skorzeny y del que fuera líder rumano de la Guardia de Hierro, Horia Sima. Pero Himmler no tardó en detener la iniciativa y Eichmann pasó a la clandestinidad empleando documentos de identidad falsificados. Temiendo que lo descubrieran, se aprovechó de la política del Vaticano de brindar ayuda a «combatientes anticomunistas» para que huyeran a América Latina y llegó a Argentina, donde el dictador cuasi fascista Juan Perón dio refugio a diversos ex nazis y miembros de las SS. Uno de ellos fue Otto Skorzeny, que había huido de un campo de prisioneros en Alemania en 1948 y estuvo viviendo en diversos lugares, como Irlanda y España (murió en Alemania

en 1975). El fiscal antinazi del Estado, Fritz Bauer, judeoalemán exiliado en Suecia durante la guerra, descubrió la identidad y el paradero de Eichmann. Los servicios secretos israelíes, instigados por Bauer, secuestraron a Eichmann en Buenos Aires en mayo de 1960 y lo trasladaron a escondidas a Jerusalén, donde al año siguiente lo juzgaron por los asesinatos en masa cometidos con un gran despliegue de publicidad. Fue condenado a la pena capital y ahorcado en la medianoche del 31 de mayo de 1962.[254]

## III

Desde finales de la década de 1940 hasta finales de la de 1950, el clima político de la guerra fría influyó en contra de los grandes juicios por crímenes de guerra en Alemania Occidental. Tanto entre los aliados de la OTAN como en el propio gobierno germano-occidental estaba extendida la impresión de que tales juicios darían alas a las acusaciones germano-orientales de que el país estaba plagado de criminales nazis, y tal vez desestabilizarían asimismo la democracia en ciernes de la República Federal al generar la antipatía de muchos antiguos nazis, que temían que también ellos pudieran ser puestos a disposición de un tribunal. Sin embargo, hacia 1958 hubo señales de que la situación estaba empezando a cambiar. La creación de una Oficina Central de las Administraciones Provinciales de Justicia en Ludwigsburg sentó las bases para la coordinación a escala nacional de los procesos judiciales. Pero fue el juicio de Eichmann el que realmente ejerció presión sobre los alemanes occidentales para que actuaran. Una vez más, Fritz Bauer fue quien dio impulso a las investigaciones. Éstas culminaron en el juicio a un grupo de oficiales y guardias de las SS en Frankfurt en 1964. El último comandante de Auschwitz, Richard Baer, a quien detuvieron en 1960 tras haber vivido durante muchos años empleado en labores forestales con un nombre falso, tenía que ser procesado, pero falleció antes de que el juicio diese comienzo. En el banquillo de los acusados se sentaron veintidós hombres incluyendo a jefes de bloque, guardias de las SS de los campos y otros que estaban acusados de haber cometido actos de violencia física, individual, contra los prisioneros. Más de 350 ex reclusos comparecieron ante el tribunal para

aportar pruebas. En agosto de 1965 a diecisiete de los acusados los condenaron en su mayor parte a largas penas de cárcel. El juicio resultó ser un momento de cambio crucial al atraer la atención de la generación más joven de alemanes occidentales hacia los crímenes del Tercer Reich; a continuación se celebraron otros cuatro juicios más pequeños en Alemania Occidental, de resultas de los cuales resultaron encarcelados más guardias y jefes de bloque de Auschwitz. Los alemanes orientales replicaron con un juicio propio, deteniendo y ejecutando en 1966 a Horst Fischer, doctor en el campo de Auschwitz. Antes del juicio, Fischer había estado practicando abiertamente la medicina en el Estado comunista durante más de veinte años, con su propio nombre, sin impedimentos.[255]

La supervivencia en puestos de responsabilidad en la Alemania de posguerra de hombres como Fischer era claramente indicativo para muchos observadores de que el proceso de «desnazificación» realizado por los aliados no había sido precisamente concienzudo. En los años inmediatamente posteriores al final de la guerra, millones de alemanes tuvieron que rellenar y presentar formularios detallados sobre sus actividades y creencias durante el Tercer Reich. Luego eran puestos a disposición de los tribunales, que escuchaban la declaración de las partes interesadas y clasificaban al individuo en cuestión como nazi, implicado en el nazismo, simple partidario o sin relación. El proceso fue vasto en su alcance. Más de 3.600.000 personas en las zonas occidentales resultaron afectadas, de las cuales 1.667 quedaron clasificadas como «culpables principales», poco más de 23.000 como «imputadas» y algo más de 150.000 como «imputadas en menor grado». Así, menos de un 5 por 100 fue juzgado por su fuerte implicación con el nazismo. A 996.000 las clasificaron como miembros meramente nominales del Partido Nazi (27 por 100) y 1.214.000 quedaron libres sin cargos (33 por 100). Cuando el proceso concluyó, en 1948, 783.000 seguían sin cargos, 358.000 personas fueron amnistiadas y 125.000 seguían sin haber sido clasificadas. En un proceso similar que tuvo lugar en la zona soviética, más de 300.000 personas fueron despedidas de sus empleos y a 83.000 se les prohibió acceder a cualquier nuevo empleo. Por supuesto, la desnazificación no podía prohibir a todos los 6,5 millones de miembros del partido que accedieran a un puesto laboral de

responsabilidad. Era demasiado grande la necesidad que había de los conocimientos de jueces, médicos, abogados, científicos, ingenieros, banqueros y muchos otros. Muchos de aquellos que habían condenado a muerte a acusados de delitos políticos en los tribunales, tomado parte en matanzas por «eutanasia» en los hospitales, predicado las doctrinas nazis en escuelas y universidades o participado en «asesinatos de escritorio» en la administración pública volvieron a sus puestos. Los cuerpos profesionales cerraron filas y desviaron las críticas acerca de su comportamiento en el Tercer Reich y un velo de silencio cayó sobre su complicidad, no siendo posible alzarlo antes de que las figuras principales se jubilasen, hacia finales de siglo.[256]

La impertinencia de la operación molestó a los alemanes, que deseaban por encima de todo olvidar, y la aprobación popular de la desnazificación cayó, como revelaron las encuestas, desde el 57 por 100 en marzo de 1946 al 17 por 100 en mayo de 1949. La superficialidad del proceso de desnazificación no logró cambiar muchos de los puntos de vista nazis mantenidos por los afectados. Y aun así, la operación fue en general un éxito a pesar de todo. La expresión franca de opiniones nazis se convirtió en tabú, y los que las manifestaban eran por lo general obligados a abandonar sus empleos. La reclusión, la investigación de antecedentes y los juicios ante los tribunales de desnazificación de decenas de miles de nazis exaltados posibilitaron la reaparición de antinazis —socialdemócratas, católicos, liberales— y de otros que no habían tomado parte en el régimen, ocupando puestos importantes en la política, la administración, la cultura y los medios de comunicación. Los intentos por hacer revivir el nazismo bajo la forma de movimientos políticos neonazis como el Partido Socialista del Reich o, más tarde, el Partido Nacionaldemócrata de Alemania nunca obtuvieron más que un apoyo popular marginal; si actuaban de un modo demasiado flagrante, eran suprimidos conforme a la ley. No era lo habitual una trayectoria en la posguerra como la de Werner Best, que sobrevivió a más de un juicio y a más de una condena para pasar el resto de su dilatada vida —murió en 1989— organizando la ayuda a antiguos nazis y haciendo campaña a favor de una amnistía general. Igualmente, las encuestas de opinión revelaban que bien entrada la década de 1950 una mayoría seguía

considerando el nazismo como «una buena idea mal realizada», y una proporción preocupantemente extensa de la población consideraba que Alemania estaba mejor sin los judíos. No fue hasta la aparición de una nueva generación, simbolizada por el año 1968, cuando dio comienzo una confrontación real con el pasado. No obstante, la cultura política tanto de Alemania Oriental como de Alemania Occidental se basó desde el inicio en un repudio vigoroso de la ideología y los valores nazis, incluyendo la larga tradición de nacionalismo alemán y militarismo que había inducido a tanta gente a dar su apoyo. Las realidades de la derrota total y, en las décadas de 1950 y 1960, la prosperidad generada por el «milagro económico» indujeron a una mayoría abrumadora de alemanes a abrazar la cultura política de la democracia parlamentaria, la integración europea y la paz internacional con un entusiasmo y un compromiso crecientes.[257]

Pocos alemanes encontraron fácil adaptarse a ese nuevo mundo. Muchos todavía lamentaban el fracaso del Tercer Reich. Cuando los antiguos mandos militares de Hitler se pusieron a escribir sus respectivas memorias, aprovecharon la ocasión para exponer la opinión, alejada de la realidad pero con una amplia aceptación durante muchos años, de que podían haber ganado la guerra sólo con que Hitler les hubiese dejado continuar con el trabajo. El comportamiento del ejército alemán en el frente oriental no fue objeto de crítica en esas obras, y durante décadas, por tanto, permaneció incuestionado. El general Gotthard Heinrici terminó siendo capturado el 28 de mayo de 1945 y no regresó a Alemania hasta 1948. Durante el resto de su vida siguió convencido de que había peleado por una buena causa, la causa alemana. Murió en paz el 13 de diciembre de 1971.[258] El mariscal de campo Fedor von Bock no fue tan afortunado. El 3 de mayo de 1945, jubilado forzosamente desde el verano de 1942, lo llevaban en automóvil junto a su mujer, su hijastra y un amigo por la campiña a Oldenburg, donde esperaba reunirse con su amigo el mariscal de campo Manstein para hablar del final de la guerra. El automóvil fue localizado por un avión de caza británico, que hizo un descenso en picado y lo ametralló. El vehículo se incendió; Bock, el único superviviente, salió manteniéndose en pie a duras penas; lo recogieron y lo trasladaron a un hospital, pero murió debido a sus heridas un día después.[259] Entre otros altos mandos

militares, Walther von Brauchitsch murió en una prisión británica en 1948, a Gerd von Rundstedt los británicos lo capturaron e interrogaron, pero jamás se enfrentó a un juicio debido al estado de su corazón y falleció en 1953; Friedrich Paulus, que se había rendido en Stalingrado, vivió en Alemania Oriental hasta su muerte en 1957, todavía aparentemente comprometido con la causa comunista que había abrazado en su cautiverio; Erich von Manstein fue condenado a quince años de prisión por un tribunal militar británico en 1949 por crímenes contra no combatientes, recobró su libertad en 1953 y se convirtió en asesor militar del gobierno de Alemania Occidental, falleciendo en 1973. Al igual que el oficial al mando de los carros de combate Heinz Guderian, que sufrió por poco tiempo una pena de cárcel después de la guerra y murió en 1954, Manstein fue ampliamente respetado por sus dotes como general; las preguntas sobre su implicación con el nazismo y los crímenes de éste quedaron en gran parte sin respuesta.

Más abajo en el escalafón militar, Wilm Hosenfeld fue capturado por una unidad del Ejército Rojo cuando él se estaba retirando desde Varsovia el 17 de enero de 1945 y quedó confinado en un campo de prisioneros. Su salud se deterioró y sufrió una apoplejía el 27 de julio de 1947. Por entonces podía escribir cartas a los amigos y a la familia, y enumeraba desesperadamente a tantos como pudiera recordar de los polacos y judíos a quienes había salvado, tratando de lograr que presentaran una petición para ponerlo en libertad. Algunos lo hicieron. Pero fue en vano. En tanto que miembro de la administración militar alemana durante la sublevación de Varsovia de 1944, fue acusado por crímenes de guerra, juzgado y condenado a veinticinco años de cárcel. El 13 de agosto de 1952, sufrió una nueva apoplejía, esta vez fatal.[260] Muchos otros prisioneros de guerra alemanes permanecieron en campos de trabajo soviéticos durante una década entera después de la guerra hasta que quedaron en libertad a mediados de la década de 1950. Adaptarse a la vida civil resultó difícil para muchos de ellos. Al soldado y durante un largo período guardia de asalto Gerhard M. le pareció que lo más duro de soportar en el nuevo mundo político en el que entró el 8 de mayo de 1945 era el hecho de que ya no pudiera vestir uniforme. «Siempre me ha gustado vestir uniforme —le confió a su diario— y en realidad no sólo debido a las muchas insignias de

plata [...], sino sobre todo debido a la apariencia convincente de los pantalones y a que las ropas se ajustan mejor».[261] No podía entender por qué no se le permitía reanudar sus tareas anteriores a la guerra como bombero. «Pues sí —le espetó el nuevo jefe del servicio antiincendios—, vosotros los nazis os atrevíais a hablar muy alto hasta ahora, pero todo eso se ha acabado». Para Gerhard M. su despido era incomprensible. «No podía serenarme». Sobre la guerra, reflexionó con crudeza «que nuestros líderes, que habían levantado Alemania de una manera tan ejemplar, desataron una guerra mundial de resistencia y permitieron así la destrucción de lo que no solamente ellos, sino también las generaciones anteriores habían construido, simplemente porque querían pasar a la historia como grandes líderes militares».[262] Tuvieron que pasar otros nueve años antes de que pudiera reanudar su carrera en el servicio antiincendios.[263]

Para otros resultó igualmente difícil aceptar su nueva situación y lograr una distancia crítica con su pasado nazi. Como antigua miembro destacada de la Liga de Muchachas Alemanas, Melita Maschmann, temerosa como tantos otros del castigo de los aliados, se ocultó en los valles alpinos de Austria utilizando documentos falsos y viviendo de comida canjeada o robada hasta mediados de junio de 1945, cuando acabó siendo detenida e identificada. El encarcelamiento terminó por hacer que ella cobrara conciencia cabal del hecho de que el Tercer Reich había concluido. Recordó más tarde que lo mejor de la prisión fue que la inactividad forzada le dejó tiempo para reflexionar y recuperarse de los años de esfuerzo duro y constante que había entregado a la causa nazi. La cantidad limitada de «reeducación» a la cual se hallaba sometida era, según dijo, lamentable, y quienes se encargaban de la reeducación solían tener una educación inferior a la de las mujeres de clase media como ella misma, que con frecuencia les superaban en las discusiones. Se negó a creer las historias de los campos de exterminio y rechazó por falsas las fotografías que le mostraron. Cuando escuchó una transmisión radiofónica del discurso de clausura del jefe de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach, en el juicio de Núremberg en 1946, se sintió traicionada por el reconocimiento de culpabilidad por parte de aquél y lo atribuyó a la tensión del encarcelamiento. Siguió convencida, como escribió en sus anotaciones de entonces, «de que el

nacionalsocialismo como idea de renovación racial, el Gran Reich Alemán y una Europa unida [...] era una de las concepciones políticas más grandes de los tiempos modernos». Creía más honroso sufrir el proceso de desnazificación como nazi convencida que ser tachada de simple partidaria. Y después, idealista como siempre, se dedicó durante algunos años a ayudar a los antiguos nazis en sus penurias, entregando para ello gran parte de lo que ganaba. Le costó una docena de años lograr alguna distancia con el pasado nazi, ayudada por la religión y en particular por su amistad con un pastor evangélico. Se inscribió como estudiante universitaria y buscó activamente relacionarse con estudiantes extranjeros de otras razas. La fase final de su liberación de la ideología que la había consumido durante gran parte de su vida anterior fue la aceptación de que los informes que empezó a leer acerca de la suerte que corrieron los judíos en Varsovia y los campos contaban la verdad. Llegó a la conclusión de que el nazismo había poseído la capacidad de atraer a muchos jóvenes idealistas y buenos que se dejaron llevar hasta tal extremo por su entusiasmo y dedicación a la causa que estuvieron ciegos ante lo que realmente estaba pasando. No obstante, el atractivo de las ideologías siguió seduciéndola, y más tarde se interesaría profundamente por la espiritualidad de la India.[264]

## IV

La vida cultural alemana, estimulada por los aliados, se reanudó con relativa rapidez después de la guerra. Pero aquellos que habían mantenido una vinculación demasiado estrecha con la propaganda nazi no pudieron reanudar sus trayectorias. En el mundo del cine, Emil Jannings se vio forzado a retirarse a su granja en Austria, falleciendo en 1950; para Leni Riefenstahl dejó de ser posible hacer películas y dedicó su tiempo a la fotografía celebrando la vida de las tribus nubias y filmando la vida subacuática de los arrecifes coralinos; murió en 2003 con ciento un años. Riefenstahl proclamó siempre que había sido completamente apolítica, pero pocos entre quienes habían visto *El triunfo de la voluntad* pudieron creerla. Por el contrario, Veit Harlan logró defender su trayectoria en un juicio de desnazificación basándose en que él era un artista y Goebbels le había

impuesto el contenido propagandístico de sus películas. Realizó algunas películas más antes de fallecer en 1964.[265] Werner Egk, el principal compositor modernista del Tercer Reich, pudo reanudar su carrera convirtiéndose en director de conservatorio y desempeñando un papel fundamental en la reconstrucción de la vida musical en Alemania Occidental; murió en 1983, con un gran reconocimiento, un año después de Carl Orff, cuya carrera de posguerra cosechó un éxito parecido. El que fuera jefe de la Cámara de Música de Goebbels, el compositor Richard Strauss, resultaba tal vez demasiado eminente como para ser importunado por los procesos de desnazificación; con una vida tranquila en Garmisch-Partenkirchen, sobrevivió a la guerra para producir una secuencia final de obras mozartianas cristalinas que se cuentan entre las mejores que compuso, desde las *Metamorfosis* para orquesta de cuerda al Concierto para oboe; falleció en 1949 antes de que pudiera escuchar la primera interpretación de su obra maestra final, las *Cuatro últimas canciones*.[266]

La carrera de posguerra del director de orquesta Wilhelm Furtwängler fue más dilatada pero también más polémica. Un tribunal de desnazificación le exculpó de todos los cargos y él siguió dirigiendo y realizando grabaciones por cuenta propia hasta su muerte en 1954, pero el ofrecimiento de un nombramiento en calidad de director principal de la Orquesta Sinfónica de Chicago se anuló en 1949 tras las protestas de músicos judíos eminentes como Vladimir Horowitz y Arthur Rubinstein. Su colega el director de orquesta Bruno Walter, obligado a marchar al exilio por los nazis debido a su origen judío, le espetó con contundencia que a lo largo de los años nazis

> tu arte sirvió como un medio de propaganda manifiestamente eficaz para el Régimen del Demonio, que prestaste un alto servicio a ese régimen con tu imagen ilustre y tu gran talento, que la presencia y la actuación de un artista de tu estatura secundó todos los crímenes horribles contra la cultura y la decencia o, cuanto menos, les brindó un apoyo considerable.[267]

Furtwängler alegó haber intervenido en favor de las víctimas judías del régimen, como ciertamente había hecho en unos cuantos casos concretos en los comienzos del Tercer Reich. Sin embargo, señaló Walter, jamás había estado en peligro y había continuado su carrera como destacado director de

orquesta de Alemania durante todo aquel período. «En vista de todo ello —concluyó—, ¿qué importancia tiene tu ayuda en los casos aislados de unos pocos judíos?».[268]

Escultor predilecto de Hitler, Arno Breker también fue puesto a disposición de un tribunal de desnazificación, pero pudo señalar en descargo de su vínculo estrecho con Hitler varios ejemplos en que había ayudado a la gente en apuros, como a una mujer judía que hizo de modelo para Maillol, Dina Vierny. Breker había visitado a Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, y logró que la pusieran en libertad en el campo de tránsito francés desde donde tenía que ser deportada a Auschwitz. También había ayudado a Picasso a eludir las atenciones de la Gestapo en París. Las esculturas de Breker eran del gusto no sólo de Hitler, sino también de Stalin, que le había ofrecido un encargo en 1946 (Breker declinó la propuesta aduciendo: «con una dictadura tengo bastante»). Todo ello, reforzado con 160 declaraciones juradas atestiguando la integridad de su comportamiento durante el Tercer Reich, hizo que lo clasificaran meramente como un «simple partidario», con una multa por importe de 100 marcos alemanes más las costas del proceso (que jamás abonó). Posteriormente rehizo su carrera, en parte gracias a los arquitectos de la vieja oficina de Speer, y sus admiradores organizaron exposiciones de su obra, pero la campaña de Breker para ser rehabilitado no tuvo éxito con la corriente artística mundialmente dominante, que siguió considerándolo ante todo como el escultor oficial del Tercer Reich hasta su muerte en 1991. Un año antes, un comentario en un influyente periódico conservador alemán con motivo de su nonagésimo aniversario lo describía como «el clásico ejemplo de un talento seducido, crédulo y también autoritario».[269]

De un interés más inmediato para los aliados después de la guerra que los artistas y los compositores fueron los científicos y los ingenieros que habían trabajado con tanta destreza, y con resultados tan escasos, en «armas maravillosas» como la V-1 y la V-2. Las autoridades soviéticas y las americanas reunieron a los equipos especiales para localizar y llevarse a casa el equipamiento tecnológico militar clave con vistas a un desarrollo ulterior. Los inventores de los gases nerviosos sarín y tabun fueron detenidos e interrogados; motores a reacción, submarinos avanzados,

aviones propulsados por cohetes y muchas otras cosas se desmontaron y trasladaron para su estudio. Los soviéticos trasladaron a varios miles de científicos e ingenieros para trabajar en poner al día su tecnología y sus equipos militares, mientras que los británicos y los americanos centraron su interés en el equipo que trabajaba con el cohete V-2. Junto con Wernher von Braun y parte de su equipo, supervisaron el lanzamiento de tres misiles V-2 desde la costa alemana del Mar del Norte en octubre de 1945. A 120 de los miembros del personal del programa de cohetes, incluido Von Braun, los llevaron a una nueva base cerca de El Paso, en Texas, para trabajar en el desarrollo de cohetes; no se autorizó su asistencia al juicio a los responsables por los crímenes cometidos en Mittelbau-Dora. En 1950 el programa se había trasladado a Huntsville, Alabama, que devino el principal centro de desarrollo de misiles en EE.UU., eclipsando a instituciones anteriores como el Laboratorio de Propulsión a Reacción de Pasadena, California. Diez años después, basándose en la experiencia con los V-2, Von Braun y el equipo de Huntsville construyeron el poderoso cohete Saturno, que se utilizó para enviar hombres al espacio y en el plazo de una década a la Luna. Además de los americanos, también los soviéticos, los británicos y los franceses se valieron del conocimiento de los integrantes del equipo de Peenemünde allí donde pudieran encontrarlos en el desarrollo y la fabricación de una generación nueva de misiles balísticos intercontinentales convertidos en infinitamente más peligrosos que su predecesor alemán con la invención de la bomba atómica.[270]

Otros científicos, especialmente los pioneros de la investigación en materia de bombas atómicas Otto Hahn y Werner Heisenberg, se quedaron en Alemania y reanudaron sus carreras. Hahn se hizo con la dirección de la Sociedad Káiser Guillermo en 1946, oponiéndose sin éxito a que fuera rebautizada como Sociedad Max Planck a instancias de las autoridades británicas ocupantes de resultas del fallecimiento del eminente científico en 1947. Pero lo que Hahn sí logró llevar a cabo fue alejar a la institución de su estrecha implicación con la investigación nazi, un tema que nunca se puso en cuestión hasta prácticamente el mismo final del siglo XX. Hahn viajó a Estocolmo a recoger su Premio Nobel por el descubrimiento de la fisión nuclear y murió en 1968. Werner Heisenberg se convirtió en director

del Instituto Max Planck de Física y se reintegró en la comunidad científica internacional falleciendo en 1971. Sus adversarios, los defensores de la «Física Alemana», no prosperaron. Heisenberg tuvo el placer de testificar en contra de Johannes Stark en el juicio al que éste fue sometido en 1947. La condena de Stark, cuatro años de encarcelamiento, no se llegó a aplicar y murió, en medio de un gran olvido, en 1957. Su mentor, Philipp Lenard, había fallecido diez años antes a los ochenta y cinco años. Otras figuras de menor relieve en el movimiento de la Física Alemana quedaron sistemáticamente excluidas de la vida académica cuando ésta se reanudó después de la guerra.[271]

## V

Los ciudadanos corrientes, sin boato, cuyos diarios extensos y meticulosos forman un archivo esencial de la vida cotidiana bajo los nazis, sufrieron suertes diversas tras la guerra. El doctor Zygmunt Klukowski publicó una obra en cinco volúmenes sobre los crímenes de guerra alemanes y la resistencia clandestina en el área de Zamość. Esto le llevó a que lo convocaran en calidad de testigo en uno de los juicios por crímenes de guerra de Núremberg. Sin embargo, Klukowski no tardó en verse viviendo bajo otra dictadura, cuando la potencia ocupante soviética suprimió el movimiento nacionalista polaco e instauró un régimen comunista en el poder. Klukowski ayudó entonces a la resistencia clandestina polaca frente a los comunistas y llevó un diario del terror comunista igual que había hecho con el nazi. La policía política soviética lo detuvo en un par de ocasiones y, si bien no lo encarcelaron, lo degradaron de su cargo largo tiempo desempeñado como jefe de hospital al estatus de humilde médico de guardia. Volvieron a detenerlo en 1952, cuando intentaba —infructuosamente— impedir que su hijo Tadeusz fuera ejecutado por actividades de resistencia, y pasó cuatro años en la prisión de Wronki. En el deshielo de 1956 lo indultaron y rehabilitaron, trasladándose a Lublin, donde publicó sus diarios de la guerra dos años más tarde. Éstos le hicieron célebre: el libro se reimprimió con rapidez y ganó un importante premio literario que se sumó a otros muchos galardones nacionales polacos. Sin

embargo, Klukowski ya estaba aquejado de cáncer por entonces. Murió el 23 de noviembre de 1959 y recibió sepultura en Szczebrzeszyn junto con otros soldados del Ejército Nacional: en 1986 la ciudad le erigió un monumento en la plaza principal. Sus diarios llegaron a muchos lectores con su publicación en inglés en 1993, por iniciativa de su hijo superviviente y de su nieto, y siguen siendo el documento más vívido y detallado de que disponemos de la vida de Polonia bajo la ocupación de Alemania.[272]

Victor Klemperer y su esposa Eva regresaron a la casa de Dölzschen, un suburbio de Dresde, de la que los habían desahuciado en 1939, y paulatinamente volvieron a ponerla en orden. A la edad de sesenta y tres años él no albergaba la menor intención de caer en un retiro silencioso. Sus ex colegas de la Universidad Técnica de Dresde, que lo habían rehuido durante el período nazi por su condición de judío, volvieron a dirigirle la palabra como si nada hubiera ocurrido en los años de en medio. Viejos amigos y vecinos, conocidos e incluso perfectos desconocidos se acercaban a él para que les ayudara en su alegato en favor de su inocencia en relación con los crímenes del Tercer Reich. Klemperer disfrutó de su estatus recién descubierto como uno de los perseguidos del Tercer Reich. Le restituyeron su cátedra en la universidad, si bien no volvió a ejercer la enseñanza allí, y a continuación fue nombrado en rápida sucesión para ocupar las cátedras más prestigiosas en Greifswald, Halle y Berlín. Recuperó sus manuscritos de su amiga no judía Annemarie Köhler, y publicó su estudio del lenguaje nazi, *LTI*, convertido de inmediato en un clásico. Reanudó el trabajo en su estudio de la literatura francesa del siglo XVIII, y éste también se publicó. Dresde quedó en la zona de ocupación soviética, y después de alguna vacilación Klemperer se afilió al Partido Comunista, al que vio como el único vehículo convincente para hacer justicia y para la reconstrucción; para él, ninguna otra cosa podía garantizar que la ruptura con el nazismo se completara. Su integración como miembro del partido le abrió un amplio espectro de trabajos culturales y educativos, y tras la fundación de la República Democrática Alemana en 1949 se convirtió en diputado del parlamento del país, un cargo en razón del cual no estaba más obligado que los demás miembros a hacer campaña u oponerse a un adversario. El

estalinismo cada vez mayor de Alemania Oriental le hizo más escéptico; se topó con que su obra estaba siendo objeto de crítica política y concluyó en privado que en el fondo era un liberal después de todo.[273]

En 1951 la mujer de Klemperer, Eva, cuyo amor inquebrantable lo había mantenido a él con vida durante el Tercer Reich, murió de un ataque de corazón mientras dormía en su sexagésimo noveno cumpleaños. «Estoy completamente solo —escribió en su diario—, ya no hay nada que me importe».[274] Al principio buscó consuelo en su trabajo, pero en el plazo de unos pocos meses empezó una relación con Hadwig Kirchner, de veinticinco años, una de sus alumnas; a pesar de sentir que tal vez estuviera haciendo el ridículo, se enamoró, sus sentimientos fueron correspondidos y la pareja contrajo matrimonio el 23 de mayo de 1952. Él siguió enseñando literatura francesa hasta bien entrados los setenta y tantos años. En 1959, cayó gravemente enfermo y murió el 11 de febrero de 1960 a la edad de setenta y ocho años. Estaba fuera de lugar la publicación de sus voluminosos diarios bajo la dictadura germano-oriental, habida cuenta de que los mismos no seguían en absoluto la línea del Partido Comunista ni en la República de Weimar ni en el Tercer Reich ni en la era de la posguerra; pero tras la caída del Muro de Berlín su viuda autorizó su publicación, y los diarios aparecieron por entregas durante la década de 1990, erigiéndose de inmediato en la narración más meticulosa, luminosa y sincera de la vida de un judío en Alemania en el transcurso de las seis primeras décadas del siglo XX.[275]

Luise Solmitz y su marido judío, Friedrich, también salieron indemnes de la guerra. Vivieron una jubilación tranquila en Hamburgo. Luise continuó llevando un diario de su vida, como había hecho siempre desde 1905, llenando cada año un cuaderno de 700 páginas con una letra diminuta e indescifrable y sin apenas separación entre las líneas. En diciembre de 1953 donó sus diarios al Archivo Público de Hamburgo como documento histórico, pero al cabo de un año se dio cuenta de que no podía soportar estar sin ellos y los recuperó para su uso privado. Volvió a donarlos en 1967, pero se los llevó una vez más a casa al cabo de tres meses, guardándolos hasta su fallecimiento en 1973 a la edad de ochenta y cuatro años. En la década de 1960, el Centro de Investigación de la Historia del

Nacionalsocialismo en Hamburgo consiguió su aprobación para que ella dictase a diario a un taquimecanógrafo sus diarios desde 1918 hasta 1945. A medida que se adentraba en ellos, se maravillaba de cuando en cuando con sus opiniones de comienzos de la década de 1930, unas opiniones que habían cambiado de una manera tan radical en 1945. Al encontrarse con una descripción suya de enero de 1933 relativa a cuando los nazis cantaban sobre la sangre judía que chorreaba del cuchillo, añadió un comentario: «¿Quién se lo tomó en serio entonces?».[276]

## VI

Muchos compartieron la incapacidad de Luise Solmitz en la década de 1930 para reconocer la violencia que se agitaba en el corazón del nazismo. Todavía en 1939 la gran mayoría de alemanes confiaba ciegamente en que no se libraría una guerra europea general; y una gran parte de la euforia que se extendió por el país tras la victoria contra Francia el año siguiente expresaba el alivio por haber derrotado al enemigo tradicional, y haber vengado el Tratado de Paz de 1919, con lo que parecía un derramamiento de sangre mínimo. Sin embargo, el nazismo fue desde su mismo comienzo un credo basado en la violencia y el odio, surgidos del rencor y la desesperación. La profundidad y la radicalidad de las crisis de naturaleza política, social y económica que asediaron Alemania durante la República de Weimar engendraron una reacción igualmente profunda y radical. Los enemigos internos y externos de Alemania tenían que ser totalmente destruidos con el fin de que Alemania volviera a levantarse, esta vez hasta cumbres de poder y dominación sin precedentes. Hasta las promesas de reconstrucción económica y cohesión social que ganaron a tantos alemanes para la causa nazi en la década de 1930 estaban subordinadas a la postre a la marcha hacia la guerra. Tratando de recrear la atmósfera existente en agosto de 1914 —o como los nazis imaginaban que había sido—, el conflicto interno tenía que quedar proscrito y las diferencias sociales y políticas engullidas en el mito general de la comunidad orgánica nacional y racial de todos los alemanes. La subversión, que presuntamente había conducido a que el ejército alemán fuese apuñalado por la espalda en 1918 por obra de

revolucionarios judíos que se nutrían del malestar del país, tenía que ser conjurada asegurándose de que los judíos fuesen eliminados de Alemania por todos los medios al alcance y de que los alemanes estuviesen bien alimentados, fuesen racialmente puros y estuvieran políticamente comprometidos. Ésos eran objetivos que sólo podrían lograrse mediante la aplicación de la violencia en su forma más despiadada y extrema.

La guerra que empezó en septiembre de 1939 se desató con una fuerza que hasta la fecha sólo había sido manifiesta en ocasiones concretas, como el maltrato a los judíos de Viena tras la anexión de Austria en marzo de 1938, o el pogromo de alcance nacional de la «Noche de los cristales rotos» el mes de noviembre siguiente. Las políticas que se desarrollaron en Polonia en los meses iniciales de la guerra sirvieron de pauta para la ocupación nazi de otras partes de Europa oriental a partir de mediados de 1941: expropiaciones, deportaciones forzosas, encarcelamientos, fusilamientos en masa, asesinatos en una escala inimaginable hasta entonces. Esas políticas se aplicaron a todos los pueblos que vivían en la región excepto a los habitantes de ascendencia alemana, pero se aplicaron con particular saña a los judíos, que se vieron sometidos a humillaciones y torturas sádicas y sistemáticas, al confinamiento en guetos y al exterminio mediante gas venenoso en instalaciones creadas con esa finalidad. También otros grupos, sobre todo alemanes aunque en muchos casos no únicamente, fueron asesinados en gran número: enfermos mentales y discapacitados, gitanos, homosexuales, testigos de Jehová, «asociales», pequeños delincuentes, los políticamente refractarios y los socialmente marginales. Los prisioneros de guerra soviéticos fueron asesinados a millones, y personas de muchas nacionalidades fueron llevadas a la fuerza a Alemania y obligadas a trabajar y vivir en condiciones que resultaron fatales para un gran número de ellas. Como muchos judíos, algunas personas que pertenecían a esos otros grupos fueron gaseadas hasta la muerte; pero únicamente los judíos fueron señalados como el «enemigo mundial», una amenaza global para la existencia de Alemania a los que había que exterminar allí donde se encontraran.

Esas políticas se pusieron en práctica de una u otra forma por medio de cientos de miles, incluso millones, de alemanes que estaban comprometidos con la causa nazi, o a los que —sobre todo si pertenecían a la generación más joven— se había adoctrinado desde 1933 con la creencia de que los eslavos eran infrahumanos, los judíos, malvados, los gitanos, unos delincuentes, y los marginados y los desviados eran en el mejor de los casos una molestia, y en el peor, una amenaza. El aliento del nazismo a la violencia homicida, al robo, al saqueo y a la destrucción gratuita no dejó de notarse en el comportamiento de las tropas alemanas en Polonia, la Unión Soviética, Serbia y otras partes de Europa. Únicamente unos pocos, en su mayor parte empujados por una conciencia cristiana sólida, alzaron sus voces para expresar críticas. Con todo, la mayoría de alemanes se sentían incómodos con el asesinato en masa de los judíos y los eslavos, y culpables por estar demasiado atemorizados para hacer algo para impedirlo. En cuanto a los enfermos mentales y los discapacitados, que en muchos casos pertenecían a las familias y comunidades de los propios alemanes, su disgusto llegó hasta el punto de protestar, al principio veladamente, y luego, canalizando su ira y su desesperación a través de las Iglesias cristianas, abiertamente y no del todo en vano.

Al lanzar una guerra que debía ser librada a escala europea con el fin de dominar el mundo como objetivo a largo plazo, Hitler y los nazis estaban exteriorizando las fantasías que los habían empujado a la política en primer lugar: fantasías de una Alemania grande y renaciente, limpiando la mancha de la derrota en 1918 mediante la creación de una dominación imperial en una escala jamás vista antes en el mundo. Esas fantasías eran compartidas en un grado significativo por estamentos cruciales de las clases dominantes alemanas, incluyendo el funcionariado, las clases profesionales y los generales de la cúpula militar. A pesar de sus dudas, todos ellos dieron su apoyo en definitiva. Pero los recursos económicos de Alemania nunca fueron apropiados para hacer realidad semejantes fantasías, ni siquiera al sumarles los recursos de una extensa parte del resto de Europa. Ninguna cantidad de «movilización para la guerra total», ningún grado de racionalización económica, podían alterar esta incuestionable verdad fundamental. Al principio, las fuerzas armadas alemanas lograron anotarse

una serie de victorias rápidas empleando tácticas que derrotaban a sus enemigos tanto por el factor sorpresa como por otras razones. Pero se mostraron incapaces de derrotar a Gran Bretaña en 1940 y se llegó a un punto muerto. Ése fue el primer punto de inflexión importante de la guerra.

La invasión de la Unión Soviética el año siguiente fue en parte un intento de romper ese estancamiento. Pero era a su vez la puesta en práctica a marchas forzadas de un deseo largamente acariciado por Hitler y los nazis más prominentes: la conquista de Europa oriental, la adquisición de sus recursos naturales teóricamente ingentes y la dominación y el exterminio raciales de una gran parte de sus habitantes con el fin de dar paso a una nueva hegemonía alemana permanente. La operación Barbarroja supuso el comienzo de una guerra de desgaste que el Tercer Reich no podía ganar. La campaña a través del norte de África para lograr el acceso al petróleo de Oriente Medio no pudo llegar a buen puerto pese a toda la genialidad de Rommel; el intento de cortar los suministros enviados a Gran Bretaña y la Unión Soviética en cantidades cada vez mayores desde Estados Unidos fracasó porque no había submarinos suficientes para sostenerlo. Un segundo punto de inflexión decisivo en la guerra tuvo lugar a finales de 1941, cuando los ejércitos alemanes no lograron apoderarse de Moscú, y Estados Unidos puso sus inmensos recursos al servicio del bando aliado en el conflicto. Un tercer punto de inflexión decisivo sobrevino un año más tarde, con la catastrófica derrota alemana en Stalingrado.

La guerra llegó a la propia Alemania a medida que las flotas de bombarderos aliados se hacían con el dominio de los cielos y llevaban la devastación de forma creciente a las ciudades de Alemania. Hasta que las cosas empezaron a ir rematadamente mal en la guerra, los nazis lograron contar con el apoyo de una gran parte del pueblo alemán. El nacionalismo alemán, la creencia en la grandeza de Alemania y el resentimiento suscitado por el Tratado de Paz de 1919 estaban presentes en cada estamento de la población. Estuvieron detrás de la euforia generalizada e indudablemente verdadera con que se acogieron las victorias militares contundentes de Alemania en 1939 y 1940, y sostuvieron, con un estado de ánimo más sombrío, una gran parte de la resistencia alemana a la invasión soviética en 1944 y 1945. Hasta el verano de 1944 las instituciones culturales y los

medios de comunicación siguieron ofreciendo a los alemanes una mezcla de aliento para reforzar la moral y de escapismo para aliviar el espíritu, mientras el suministro de alimentos y los elementos básicos de la vida cotidiana se mantuvieron hasta prácticamente el final. Pero la destrucción masiva de las ciudades pequeñas y grandes de Alemania que empezó en serio en 1943 volvió a la gente en contra del régimen nazi aún en mayor medida que la comprensión después de Stalingrado de que la guerra se había perdido. El régimen nazi reaccionó al desencanto en el país y al declive de la moral en las fuerzas armadas intensificando la represión y el terror que siempre habían sido un elemento central de su gobierno. También se acentuó la idea del martirio y el sacrificio de uno mismo presente en la ideología nazi. Grupos reducidos de alemanes comenzaron a resistirse, pero el único grupo capaz de derrocar a Hitler, la resistencia militar, fracasó en la tentativa de julio de 1944, dando paso a una mayor intensificación del terror y la destrucción que desembocaron en la caída del Tercer Reich apenas nueve meses después.

La violencia en el núcleo del nazismo había acabado volviéndose en contra de la propia Alemania. Cuando los alemanes —sobre todo, las mujeres— retiraban los últimos escombros empezaron a experimentar una especie de retorno a la normalidad que se reflejó en la atmósfera social y política de la década de 1950, con su énfasis en los valores familiares, la prosperidad material, el orden social, la estabilidad política y la amnesia selectiva por cuanto se refería al pasado nazi. Para numerosos alemanes de mediana edad y mayores no había existido ninguna verdadera normalidad desde la Primera Guerra Mundial. Tras el conflicto militar y la privación material vinieron la revolución, la hiperinflación, la violencia política, la depresión económica, la dictadura y la guerra nuevamente. Pero la normalidad de la década de 1950 fue además un nuevo tipo de normalidad. El Tercer Reich y la guerra que éste provocó habían cambiado muchas cosas. La promesa de igualdad social del nazismo se llevó a la práctica, de maneras que no se habían previsto, en el transcurso de la guerra y al término de la misma: el ataque feroz que el nazismo lanzó contra la aristocracia alemana después del 20 de julio de 1944, unido a la disolución

por parte de los aliados de las haciendas más extensas a partir de 1945 y a la erradicación al mismo tiempo de la tradición militar prusiana, acabó con los restos del poder social y político de la nobleza.

En el otro extremo de la escala social, el nazismo había destruido las tradiciones de largo arraigo del movimiento obrero, ya seriamente debilitadas por la Depresión de 1929-1933. Los obreros de mayor edad se reorganizaron enseguida constituyendo sindicatos, reformaron el Partido Comunista y el Socialdemócrata y llevaron a cabo una serie de huelgas en 1947 exigiendo la socialización de los medios de producción; pero apenas tuvieron apoyo de las generaciones más jóvenes de trabajadores, que nunca habían pertenecido a un sindicato o a un partido de izquierdas y sólo querían paz social y prosperidad material. Las huelgas no consiguieron su propósito, el Partido Comunista en Alemania Occidental se quedó prácticamente sin apoyos y terminó siendo prohibido, los socialdemócratas abandonaron su herencia marxista en 1959 y el declive de la industria pesada y el ascenso de la sociedad de consumo completaron el proceso. En Alemania Oriental la huida de millones de profesionales al oeste y las políticas igualitarias del régimen comunista abocaron al mismo resultado, aunque con un nivel menor de prosperidad material. El conflicto de clases a la antigua usanza cuya superación había sido tan importante para el nazismo había desaparecido finalmente. Alemania se había convertido en una sociedad nivelada de clase media, de naturaleza diferente en el este y el oeste pero con una misma superación común de las estructuras tradicionales de clase.

El poder del nacionalismo también se había quebrado, tan profundamente que cuando a finales de siglo hubo alemanes ya en su vejez que volvieron la vista atrás, hacia el Tercer Reich, y se preguntaron por qué lo habían apoyado, ya no podían recordar que una de las principales razones había sido que habían pensado que Alemania se haría grande otra vez con el Tercer Reich.[277] Alemania, como mostraron las celebraciones públicas que acompañaron su reunificación en 1989-1990, puede no haberse convertido en una sociedad plenamente posnacional. El fuerte apoyo de la inmensa mayoría de alemanes a la integración europea puede haber sido atenuado por una identificación permanente de sí mismos como alemanes. Pero ser

alemán en la segunda mitad del siglo XX significaba algo muy distinto de lo que había significado en la primera mitad: significaba, entre otras cosas, ser amante de la paz, demócrata, próspero y estable, y también significaba poseer una actitud crítica en relación con el pasado alemán, poseer un sentido de responsabilidad por la muerte y la destrucción ocasionadas por el nazismo, sintiendo incluso culpabilidad por ello.[278]

Por supuesto, estas cuestiones continuaron siendo ampliamente debatidas, y algunos consideraron también a los propios alemanes como víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Con todo, en el comienzo del siglo XXI la capital de Alemania cuenta en su centro con un gran monumento en memoria de las víctimas judías del nazismo, los campos de concentración alemanes se han convertido en museos públicos de las atrocidades nazis y en las calles de un número cada vez mayor de ciudades alemanas pequeñas y grandes se han colocado placas en las aceras junto a las casas y las tiendas que pertenecieron a judíos antes de 1933, con los nombres de sus antiguos dueños inscritos sobre ellas. Los historiadores alemanes han expuesto la involucración largo tiempo negada de muchos sectores de la población alemana en los crímenes del Tercer Reich, desde los oficiales y efectivos del ejército a los médicos y científicos que trabajaban en los hospitales y los institutos de investigación de Alemania. Antiguos obreros esclavizados han puesto en marcha campañas exitosas para obtener reconocimiento y una pequeña cantidad en compensación por sus padecimientos, y los negocios y empresas que se aprovecharon del régimen nazi y sus políticas han abierto sus archivos y admitido su complicidad. Se han catalogado las obras de arte y los objetos culturales expropiados durante el Tercer Reich a sus propietarios judíos, y las galerías, los museos y las autoridades públicas han abierto la vía para que las piezas que todavía no se hayan devuelto sean restituidas.

Con el paso del tiempo desde que acabó el régimen nazi, no solamente se ha incrementado el conocimiento histórico del Tercer Reich, sino también la conciencia pública de lo que supuso; con todo, dicho régimen no ha perdido en absoluto su fuerza para estimular el debate moral, antes bien, todo lo contrario. No mucho después de que la Segunda Guerra Mundial hubiese concluido, el historiador inglés Alan Bullock finalizó su espléndida

biografía de Hitler citando las palabras que figuran inscritas en la tumba del arquitecto sir Christopher Wren, en la iglesia que levantó en Londres, la catedral de San Pablo: *Si monumentum requiris, circumspice*: «si necesitas un monumento, mira a tu alrededor».[279] En 1952, cuando Bullock publicó su libro, la devastación causada por la guerra aún se veía en casi cualquier parte de Europa. Al cabo de más de medio siglo ya no es así. Se han limpiado los lugares donde estallaron las bombas, se han nivelado los campos de batalla, han cicatrizado las divisiones, la paz y la prosperidad han vuelto a Europa. La mayoría de aquellos que vivieron en el Tercer Reich y combatieron en sus guerras ya no siguen con nosotros. Dentro de unas pocas décadas ya no quedará nadie que conserve recuerdos de ello de primera mano. Y sin embargo el legado de todo aquello sigue vivo de múltiples maneras. La historia no se repite: no habrá un Cuarto Reich. El neonazismo sigue contando con adeptos, pero en ningún lugar ha dado muestras de acercarse siquiera a poder lograr un poder político real. El legado del Tercer Reich es mucho más amplio. Se extiende mucho más allá de Alemania y Europa. El Tercer Reich pone de relieve con la mayor intensidad las posibilidades y las consecuencias del odio y la destructividad humanos que existen, aunque sea sólo en su mínima expresión, dentro de cada uno de nosotros. Pone de manifiesto con terrible claridad las consecuencias potenciales en último extremo del racismo, el militarismo y el autoritarismo. Muestra lo que puede pasar si algunas personas reciben un trato menos humano que otras. Plantea con la mayor crudeza posible el dilema moral al que todos nos enfrentamos en un momento u otro de nuestras vidas, de conformidad o resistencia, de acción o inacción, en las situaciones concretas con que nos topamos. Por eso, lejos de desvanecerse, el Tercer Reich sigue despertando el interés de los pensadores de todo el mundo mucho después de haber pasado a la historia.

# BIBLIOGRAFÍA


ABZUG, ROBERT H., *Inside the Vicious Heart: Americans and the Liberation of Nazi Concentration Camps*, Nueva York, 1985.

ADAM, PETER, *The Arts of the Third Reich*, Londres, 1992. [Hay trad. cast.: *El arte del Tercer Reich*, Tusquets, Barcelona, 1992.]

ADELSON, ALAN y LAPIDES, ROBERT (eds.), *Lódź Ghetto: Inside a Community under Siege*, Nueva York, 1989.

ADLER, HANS GEORG, *Der verwaltete Mensch: Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland*, Tubinga, 1974.

ADLER, JACQUES, *The Jews of Paris and the Final Solution: Communal Responses and Internal Conflicts, 1940-1944*, Nueva York, 1987.

AINSZTEIN, REUBEN, *Revolte gegen die Vernichtung: Der Aufstand im Warschauer Ghetto*, Berlín, 1993.

ALBRECHT, GERD (ed.), *Nationalsozialistische Filmpolitik: Ein Soziologische Untersuchung über die Spielfilme des dritten Reiches*, Stuttgart, 1969.

—, *Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Karlsruhe, 1979.

ALCUIN (pseud.), *I Saw Poland Suffer, by a Polish Doctor Who Held an Official Position in Warsaw under German Occupation*, Londres, 1941.

ALDOR, FRANCIS, *Germany's «Death Space»: The Polish Tragedy*, Londres, 1940.

ALLEN, MICHAEL THAD, *The Business of Genocide: The SS, Slave Labor, and the Concentration Camps*, Chapel Hill, N.C., 2002.

—, «Not Just a "Dating Game": Origins of the Holocaust at Auschwitz in the Light of Witness Testimony», *German History*, 25 (2007), pp. 162-191.

ALTSCHULER, MORDECHAI, *Soviet Jewry on the Eve of the Holocaust: A Social and Demographic Profile*, Jerusalén, 1998.

ALY, GÖTZ, «Der Mord an behinderten Hamburger Kindern zwischen 1939 und 1945», en ANGELIKA EBBINGHAUS *et al*. (eds.), *Heilen und Vernichten im Mustergau Hamburg: Bevölkerungs- und Gesundheitspolitik im Dritten Reich*, Hamburgo, 1984, pp. 147-155.

—, «Medicine against the Useless», en *idem et al*., *Cleansing the Fatherland*, pp. 22-98.

—, «The Posen Diaries of the Anatomist Hermann Voss», en *idem et al*., *Cleansing the Fatherland*.

—, *Macht - Geist - Wahn: Kontinuitäten deutschen Denkens*, Berlín, 1997.

—, *«Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Londres, 1999 (1995).

—, «Die Deportation der Juden von Rhodos nach Auschwitz», *Mittelweg*, 36 (2003), pp. 79-88.

—, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War, and the Nazi Welfare State*, Nueva York, 2007 (2005).

— y HEIM, SUSANNE, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Princeton, N.J., 2002.

— *et al*., *Cleansing the Fatherland: Nazi Medicine and Racial Hygiene*, Baltimore, Md., 1994.

ANCEL, JEAN, «The Romanian Way of Solving the "Jewish Problem" in Bessarabia and Bukovina: June-July 1941», *Yad Vashem Studies*, 9 (1988), pp. 187-232.

—, «The "Christian" regimes of Romania and the Jews, 1940-1942», *Holocaust and Genocide Studies*, 7 (1993), pp. 14-29.

—, *Transnistria* (3 vols.), Bucarest, 1998.

ANGERMUND, RALPH, *Deutsche Richterschaft 1919-1945*, Frankfurt, 1990.

ANGRICK, ANDREJ, «The Escalation of German-Rumanian Anti-Jewish Policy after the Attack on the Soviet Union», *Yad Vashem Studies*, 26 (1998), pp. 203-238.

—, «Zur Rolle der Militärverwaltung bei der Ermordung der sowjetischen Juden», en Quinkert (ed.), *«Wir sind die Herren dieses Landes»*, pp. 104-123.

—, *Besatzungspolitik und Massenmord: Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, 2003.

— y POHL, DIETER, *Einsatzgruppen C and D in the Invasion of the Soviet Union, 1941-1942*, Londres, 1999.

(ANÓNIMO), *The German New Order in Poland*, Londres, 1942.

—, *A Woman in Berlin: Diary 20 April 1945 to 22 June 1945*, Oxford, 2006 (1955). [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín*, Anagrama, Barcelona, 2005.]

ARAD, YITZHAK, *Ghetto in Flames: The Struggle and Destruction of the Jews in Vilna in the Holocaust*, Jerusalén, 1980.

—, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Bloomington, Ind., 1999 (1987).

— *et al*. (eds.), *The Einsatzgruppen Reports: Selections from the Dispatches of the Nazi Death Squads' Campaign against the Jews, July 1941-January 1943*, Nueva York, 1989.

ARENDT, HANNAH, *Eichmann in Jerusalem*, Nueva York, 1963. [Hay trad. cast.: *Eichmann en Jerusalén*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2006.]

ARNTZ, HANS-DIETER, *Ordensburg Vogelsang 1934-1945: Erziehung zur politischen Führung im Dritten Reich*, Eulskirchen, 1986.

AUGUST, JOCHEN (ed.), *«Sonderaktion Krakau» Die Verhaftung der Krakauer Wissenschaftler am 6. November 1939*, Hamburgo, 1997.

AUSWÄRTIGES AMT (ed.), *Die polnischen Greueltaten an den Volksdeutschen in Polen*, Berlín, 1940.

AVNI, HAIM, *Spain, the Jews, and Franco*, Filadelfia, 1982. [Hay trad. cast.: *España, Franco y los judíos*, Altalena, Madrid, 1982.]

AXWORTHY, MARK *et al*., *Third Axis, Fourth Ally: Romanian Armed Forces in the European War, 1941-1945*, Londres, 1995.

BAADE, FRITZ *et al*. (eds.), *«Unsere Ehre heisst Treue»: Kriegstagebuch des Kommandostabes Reichsführer-SS, Tätigkeitsberichte der 1. und 2. 33-Infanterie-Brigade, der 1. SS-Kav. Brigade und von Sonderkommandos der SS*, Viena, 1965.

BAADER, GERHARD, «Heilen und Vernichten: Die Mentalität der NS-Ärzte», en Ebbinghaus y Dörner (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 275-294.

BACH, DIETER y LESIUK, WIESLAW, *Ich sah in das Gesicht eines Menschen: Deutschpolnische Begegnungen vor und nach 1945*, Wuppertal, 1995.

BACH, STEVEN, *Leni - The Life and Work of Leni Riefenstahl*, Nueva York, 2007. [Hay trad. cast.: *Leni Riefenstahl*, Circe, Barcelona, 2008.]

BÄHR, JOHANNES, *Die Dresdner Bank in der Wirtschaft des Dritten Reichs*, Múnich, 2006.

BAIRD, JAY W., *The Mythical World of Nazi War Propaganda, 1939-1945*, Minneapolis, Minn., 1974.

BAJOHR, FRANK y POHL, DIETER, *Der Holocaust als offenes Geheimnis: Die Deutschen, die NS-Führung und die Alliierten*, Múnich, 2006.

BANACH, JENS, *Heydrichs Elite: Das Führerkorps der Sicherheitspolizei und des SD, 1936-1945*, Paderborn, 1998.

BANKIER, DAVID, *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992. [Hay trad. cast.: *La Europa nazi y la solución final*, Losada, Madrid, 2005.]

BARANOWSKI, SHELLEY, *Strength Through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Cambridge, 2004.

BARBER, JOHN y HARRISON, MARK, *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II*, Londres, 1991.

BARBIAN, JAN-PIETER, *Literaturpolitik im «Dritten Reich»: Institutionen, Kompetenzen, Betätigungsfelder*, Múnich, 1995 (1993).

BARKAI, AVRAHAM, «Between East and West: Jews from Germany in the Lodz Ghetto», en MARRUS (ed.), *The Nazi Holocaust*, pp. 378-439.

BARTOSZEWSKI, WLADYSLAW T., «Polen und Juden in der deutschen Besatzungszeit», en KLESSMANN (ed.), *September 1939*, pp. 139-155.

—, «Foreword», en SALOMON W. SLOWES, *The Road to Katyn: A Soldier's Story*, Oxford, 1992, pp. vii-xxxii.

BARTOV, OMER, *The Eastern Front 1941-1945: German Troops and the Barbarization of Warfare*, Londres, 1985.

—, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, 1991.

BAR-ZOHAR, MICHAEL, *Beyond Hitler's Grasp: The Heroic Rescue of Bulgaria's Jews*, Holbrook, Mass., 1998.

BASTIAN, TILL, *Homosexuelle im Dritten Reich: Geschichte einer Verfolgung*, Múnich, 2000.

BAUER, YEHUDA, «Anmerkungen zum "Auschwitz-Bericht" von Rudolf Vrba», *VfZ*, 45 (1997), pp. 297-307.

BAUMGART, WINFRIED, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939», *VfZ*, 16 (1968), pp. 120-149.

— y BOEHM, HERMANN, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939», *VfZ*, 19 (1971), pp. 294-304.

BECK, BIRGIT, *Wehrmacht und sexuelle Gewalt: Sexualverbrechen vor deutschen Militärgerichten 1939-1945*, Paderborn, 2004.

BECKER, PETER W., «Fritz Sauckel: Plenipotentiary for the Mobilisation of Labour», en SMELSER y ZITELMAN (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 194-201.

BEER, MATTHIAS, «Die Entwicklung der Gaswagen beim Mord an den Juden», *VfZ*, 35 (1987), pp. 403-417.

BEER, WILFRIED, *Kriegsalltag an der Heimatfront: Alliierter Luftkrieg und deutsche Gegenmassnahmen zur Abwehr und Schadenbegrenzung, dargestellt für den Raum Münster*, Bremen, 1990.

BEEVOR, ANTONY, *Stalingrad*, Londres, 1998. [Hay trad. cast.: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2004.]

—, *Berlin: The Downfall 1945*, Londres, 2002 [Hay trad. cast.: *Berlín: la caída, 1945*, Crítica, Barcelona, 2003.]

BEHNKEN, KLAUS (ed.), *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940* (7 vols.), Frankfurt, 1980.

BELLAMY, CHRIS, *Absolute War: Soviet Russia in the Second World War: A Modern History*, Londres, 2007.

BELLON, BERNARD, *Mercedes in Peace and War: German Automobile Workers, 1903-1945*, Nueva York, 1990.

BELOW, NICOLAUS VON, *Als Hitlers Adjutant 1937-1945*, Frankfurt, 1980.

BENZ, WOLFGANG, «Judenvernichtung aus Notwehr? Die Legenden um Theodore N. Kaufman», *VfZ*, 29 (1981), pp. 615-630.

— (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933-1945: Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Múnich, 1988.

— (ed.), *Dimension des Völkermords: Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus*, Múnich, 1991.

— y DISTEL, BARBARA (eds.), *Der Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager* (6 vols.), Múnich, 2005-2007.

— y NEISS, MARION (eds.), *Judenmord in Litauen: Studien und Dokumente*, Berlín, 1999.

BERENSTEIN, TATIANA *et al*. (eds.), *Faschismus - Getto - Massenmord: Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des Zweiten Weltkrieges*, Berlín, 1960.

BERGANDER, GÖTZ, *Dresden im Luftkrieg: Vorgeschichte, Zerstörung, Folgen*, Würzburg, 1998.

BERGMEIER, HORST J. P. y LOTZ, RAINER E., *Hitler's Airwaves: The Inside Story of Nazi Radio Broadcasting and Propaganda Swing*, Londres, 1997.

BERKHOFF, KAREL C., *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge, Mass., 2004.

BERNDT, GÜNTER y STRECKER, REINHARD (eds.), *Polen - ein Schauermärchen oder Gehirnwäsche für Generationen: Geschichtsschreibung und Schulbücher: Beiträge zum Polenbild der Deutschen*, Reinbek, 1971.

BERNSTEIN, JEREMY (ed.), *Hitler's Uranium Club: The Secret Recordings at Farm Hall*, Nueva York, 2001.

BESSEL, RICHARD, *Nazism and War*, Londres, 2004.

BEYERCHEN, ALAN D., *Scientists under Hitler: Politics and the Physics Community in the Third Reich*, Londres, 1977.

BIDDISCOMBE, PERRY, *Werwolf! The History of the National Socialist Guerilla Movement 1944-1946*, Cardiff, 1996. [Hay trad. cast.: *Los últimos nazis: el movimiento de resistencia alemán, 1944-1947*, Inédita, Barcelona, 2005.]

BIRNBAUM, PIERRE, *Anti-semitism in France: A Political History from Léon Blum to the Present*, Oxford, 1992 (1988).

BLANK, RALF, «Kriegsalltag und Luftkrieg an der "Heimatfront"», *DRZW*, vol. IX/I, pp. 357-468.

BLATMAN, DANIEL, «Die Todesmärsche-Entscheidungsträger, Mörder und Opfer», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 1.063-1.092.

—, «The Death Marches, January-May 1945: Who Was Responsible for What?», *Yad Vashem Studies*, 28 (2000), pp. 155-201.

—, «Rückzug, Evakuierung und Todesmärsche 1944-1945», en BENZ y DISTEL (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. I, pp. 296-312.

BLOCH, MICHAEL, *Operation Willi: The Plot to Kidnap the Duke of Windsor, July 1940*, Londres, 1984.

BLUME, HELMUT, *Zum Kaukasus 1941-1942: Aus Tagebuch und Briefen eines jungen Artilleristen*, Tubinga, 1993.

BLUMENTHAL, NACHMAN, «A Martyr or Hero? Reflections on the Diary of Adam Czerniakow», *Yad Vashem Studies*, 7 (1968), pp. 165-171.

BOBERACH, HEINZ (ed.), *Richterbriefe: Dokumente zur Beeinflussung der deutschen Rechtsprechung 1942-1944*, Boppard, 1975.
— (ed.), *Meldungen aus dem Reich: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-1945* (17 vols.), Herrsching, 1984.
—, «Stimmungsumschwung in der deutschen Bevölkerung», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, pp. 61-66.
BOCK, FEDOR VON, *Generalfeldmarschall Fedor von Bock: Zwischen Pflicht und Verweigerung: Das Kriegstagebuch* (ed. Klaus Gerbet), Múnich, 1995.
BOELCKE, WILLI A. (ed.), *«Wollt Ihr den totalen Krieg?» Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1943*, Múnich, 1969 (1967), p. 414.
BÖHLER, JOCHEN, *Auftakt zum Vernichtungskrieg: Die Wehrmacht in Polen 1939*, Frankfurt, 2006.
BÖHME, KURT W., *Die deutschen Kriegsgefangenen in sowjetischer Hand: Eine Bilanz*, Múnich, 1966.
BOLL, BERND, «Zloczów, Juli 1941: Die Wehrmacht und der Beginn des Holocaust in Galizien», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 50 (2002), pp. 899-917.
— y SAFRIAN, HANS, «Auf dem Weg nach Stalingrad: Die 6. Armee 1941/42», en HEER y NAUMANN (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 260-296.
BOOG, HORST, «The Anglo-American Strategic Air War over Europe and German Air Defence», en *GSWW*, vol. VI, pp. 469-628.
—, «The Strategic Air War in Europe and Air Defence of the Reich», en *GSWW*, vol. VII, pp. 9-458.
—, «Die strategische Bomberoffensive der Alliierten gegen Deutschland und die Reichsluftverteidigung in der Schlussphase des Krieges», en *DRZW*, vol. X/I, pp. 777-884.
BORODZIEJ, WLODZIMIERZ, *Terror und Politik: Die deutsche Polizei und die polnische Widerstandsbewegung im Generalgouvernement 1939-1944*, Maguncia, 1999.
BOSWORTH, RICHARD, *Mussolini's Italy: Life under the Dictatorship 1915-1945*, Londres, 2005.
BOTZ, GERHARD, *Wohnungspolitik und Judendeportation in Wien 1938 bis 1945: Zur Funktion des Antisemitismus als Ersatz nationalsozialistischer Sozialpolitik*, Vienna, 1975.
BRAHAM, RANDOLPH L., *Eichmann and the Destruction of Hungarian Jewry*, Nueva York, 1961.
—, «The Role of the Jewish Council in Hungary: A Tentative Assessment», *Yad Vashem Studies*, 10 (1974), pp. 69-109.
—, *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary* (2 vols.), Nueva York, 1981.
— (ed.), *The Tragedy of Romanian Jewry*, Nueva York, 1994.
— (ed.), *The Destruction of Romanian and Ukrainian Jews during the Antonescu Era*, Nueva York, 1997.
BRANDES, DETLEV, *Die Tschechen unter deutschem Protektorat, I: Besatzungspolitik, Kollaboration und Widerstand im Protektorat Böhmen und Mähren bis Heydrichs Tod, 1939-1942*, Múnich, 1969.
BREITMAN, RICHARD, *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991.
BRELOER, HEINRICH (ed.), *Geheime Welten: Deutsche Tagebücher zus den Jahren 1939 bis 1947*, Colonia, 1999 (1984).
BROSZAT, MARTIN, «Zur Perversion der Strafjustiz im Dritten Reich», *VfZ*, 6 (1958), pp. 390-443.
—, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, Frankfurt, 1965.
—, «The Concentration Camps 1933-1945», en HELMUT KRAUSNICK *et al*., *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968, pp. 397-504.
— *et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit* (6 vols.), Múnich, 1977-1983.
BROWNING, CHRISTOPHER R., *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992.

—, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Londres, 1998 (1992). [Hay trad. cast.: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002.]

—, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge, 2000.

—, «The Decision-Making Process», en Dan Stone (ed.), *The Historiography of the Holocaust*, Londres, 2004, pp. 173-196.

—, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln, Nebr., 2004.

BRUHN, MIKE y BÖTTNER, HEIKE, *Die Jenaer Studenten unter nationalsozialistischer Herrschaft 1933-1945*, Erfurt, 2001.

BRUNCKHORST, ALMUT, *Die Berliner Widerstandsorganisation um Arvid Harnack und Harro Schluze-Boysen («Rote Kapelle»): Kundschafter im Auftrag Moskaus oder integraler Bestandteil des deutschen Widerstandes gegen den Nationalsozialismus? Ein Testfall für die deutsche Historiographie*, Hamburgo, 1998.

BRYSAC, SHAREEN BLAIR, *Resisting Hitler: Mildred Harnack and the Red Orchestra: The Life and Death of an American Woman in Nazi Germany*, Nueva York, 2000.

BUCHBENDER, ORTWIN, *Das tönende Erz: Deutsche Propaganda gegen die Rote Armee im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1978.

BUCHHEIM, CHRISTOPH, «Die vielen Rechenfehler in der Abrechnung Götz Alys mit den Deutschen unter dem NS-Regime», *Sozial Geschichte*, 20 (2005), pp. 67-76.

BUDRASS, LUTZ, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland*, Düsseldorf, 1998.

— y GRIEGER, MANFRED, «Die Moral der Effizienz: Die Beschäftigung von KZ-Häftlingen am Beispiel des Volkswagenwerks und der Henschel Flugzeug-Werke», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (1993), pp. 89-136.

BULLOCK, ALAN, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, 1952. [Hay trad. cast.: *Hitler y Stalin*, Plaza Janés, Barcelona, 1994.]

BURCKHARDT, CARL J., *Meine Danziger Mission 1937-1939*, Múnich, 1960.

BURKHARD, BENEDIKT y VALET, FRIEDERIKE (eds.), *«Abends wein wir essen, fehlt uns immer einer»: Kinder schreiben and die Väter, 1939-1945*, Heidelberg, 2000.

BURLEIGH, MICHAEL, *Germany Turns Eastwards: A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1988.

—, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany, c.1900-1945*, Cambridge, 1994.

—, *Sacred Causes: Religion and Politics from the European Dictators to Al Qaeda*, Londres, 2006, pp. 214-283. [Hay trad. cast.: *Causas sagradas*, Taurus, Madrid, 2006.]

BURRIN, PHILIPPE, *France under the Germans: Collaboration and Compromise*, Nueva York, 1996. [Hay trad. cast.: *Francia bajo la ocupación nazi: 1940-1944*, Paidós, Barcelona, 2004.]

BÜTTNER, URSULA, «"Gomorrha" und die Folgen: Der Bombenkrieg», en FORSCHUNGSSTELLE FÜR ZEITGESCHICHTE IN HAMBURG (ed.), *Hamburg*, pp. 613-632.

CAJANI, LUIGI, «Die italienischen Militär-Internierten im nationalsozialistischen Deutschland», en HERBERT (ed.), *Europa und der «Reichseinsatz»*, pp. 295-316.

CALLIL, CARMEN, *Bad Faith: A Forgotten History of Family and Fatherland*, Londres, 2007.

CALVOCORESSI, PETER y WINT, GUY, *Total War: Causes and Courses of the Second World War*, Harmondsworth, 1974 (1972).

CARROLL, BERENICE A., *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, La Haya, 1968.

CARROLL, DAVID, *French Literary Fascism: Nationalism, Anti-Semitism, and the Ideology of Culture*, Princeton, N.J., 1995.

CESARANI, DAVID, *Eichmann: His Life and Crimes*, Londres, 2004.

— (ed.), *Holocaust: Critical Concepts in Historical Studies* (6 vols.), Londres, 2004.

CHALMERS, MARTIN, «Introduction», en KLEMPERER, *The Lesser Evil*, pp. vii-xvi.

CHARMLEY, JOHN, *Churchill: The End of Glory: A Political Biography*, Londres, 1993.

CHARY, FREDERICK B., *The Bulgarian Jews and the Final Solution, 1940-1944*, Pittsburgh, Pa., 1972.

CHIARI, BERNHARD, *Alltag hinter der Front: Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weissrussland 1941-1944*, Düsseldorf, 1998.

CHROUST, PETER (ed.), *Friedrich Mennecke: Innenansichten eines medizinischen Täters im Nationalsozialismus: Eine Edition seiner Briefe 1935-1947*, Hamburgo, 1988.

CIENCIALA, ANNA M. *et al*., *Katyn: A Crime without Punishment*, Londres, 2006.

CLARK, MARTIN, *Modern Italy 1871-1982*, Harlow, 1984.

CLARKE, PETER, *Hope and Glory: Britain 1900-1990*, Londres, 1996.

COCKS, GEOFFREY, *Psychotherapy in the Third Reich: The Göring Institute*, New Brunswick, N.J., 1997 (1985).

COHEN, ASHER, *Persécutions et sauvetages: Juifs et Français sous l'Occupation et sous Vichy*, París, 1993.

— *et al*. (eds.), *The Shoah and the War*, Nueva York, 1992.

COHEN, RICHARD I., *The Burden of Conscience: French Jewish Leadership during the Holocaust*, Bloomington, Ind., 1987.

COHEN, WILLIAM B., y SVENSSON, JÖRGEN, «Finland and the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, 9 (1995), pp. 70-92.

COHN, NORMAN, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World-Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Londres, 1967. [Hay trad. cast: *El mito de la conspiración judía mundial: los Protocolos de los sabios de Sión*, Alianza, Madrid, 1995.]

COINTET, MICHÈLE, *L'Église sous Vichy, 1940-1945: La répentance en question*, París, 1998.

COLE, TIM, *Holocaust City: The Making of a Jewish Ghetto*, Londres, 2003.

COMBS, WILLIAM L., *The Voice of the SS: A History of the SS Journal «Das Schwarze Korps»*, Nueva York, 1986.

CONNOLLY, KATE, «Letter Proves Speer Knew of Holocaust Plan», *Guardian*, 13 de marzo de 2007.

CONWAY, JOHN S., *The Nazi Persecution of the Churches 1933-1945*, Londres, 1968.

CONWAY, MARTIN, *Collaboration in Belgium: Léon Degrelle and the Rexist Movement 1940-1944*, Londres, 1993.

COPPI, HANS *et al*. (eds.), *Die Rote Kapelle im Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Berlín, 1994.

CORNELISSEN, CHRISTOPH, *Gerhard Ritter: Geschichtswissenschaft und Politik im 20. Jahrhundert*, Düsseldorf, 2001.

CORNI, GUSTAVO, *Hitler's Ghettos: Voices from a Beleaguered Society 1939-1944*, Londres, 2002.

CORNWELL, JOHN, *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII*, Londres, 1999. [Hay trad. cast.: *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XII*, Planeta, Barcelona, 2000.]

CRAMPTON, RICHARD, *Bulgaria*, Oxford, 2007.

CROWE, DAVID M., *Oskar Schindler: The Untold Account of His Life, Wartime Activities, and the True Story Behind The List*, Cambridge, Mass., 2004.

CULBERT, DAVID, «The Impact of Anti-Semitic Film Propaganda on German Audiences: *Jew Süss* and *The Wandering Jew* (1940)», en Etlin (ed.), *Art*, pp. 139-157.

CYPRIAN, TADEUSZ y SAWICKI, JERZY, *Nazi Rule in Poland 1939-1945*, Varsovia, 1961.

CZERNIAKOW, ADAM, *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow: Prelude to Doom*, Nueva York, 1979 (1968).

DABEL, GERHARD (ed.), *KLV: Die erweiterte Kinder-Land-Verschickung*, Friburgo, 1981.

DAHM, VOLKER, «Kulturelles und geistiges Leben», en BENZ (ed.), *Die Juden*, pp. 75-267.

DALLIN, ALEXANDER, *German Rule in Russia 1941-1945: A Study of Occupation Policies*, Londres, 1957.

—, *Odessa, 1941-1944: A Case Study of Soviet Territory under Foreign Rule*, Iasi, 1998 (1957).

DATNER, SZYMON, «Crimes Committed by the Wehrmacht during the September Campaign and the Period of Military Government (1 Sept. 1939-25 Oct. 1939)», *Polish Western Affairs*, 3 (1962), pp. 294-328.

—, *Crimes Committed by the Wehrmacht during the September Campaign and the Period of Military Government*, Posen, 1962.

DAVIES, NORMAN, *God's Playground: A History of Poland* (2 vols.), Oxford, 1981.

—, *Rising '44: The Battle for Warsaw*, Londres, 2003. [Hay trad. cast.: *Varsovia 1944*, Planeta, Barcelona, 2005.]

— y POLONSKY, ANTONY (eds.), *Jews in Eastern Poland and the USSR, 1939-1946*, Nueva York, 1991.

DEAN, MARTIN, *Collaboration in the Holocaust: Crimes of the Local Police in Belorussia and the Ukraine, 1941-44*, Nueva York, 2000.

DEAR, IAN C. B. (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, Oxford, 2005 (1995).

—, «Animals», en *idem* (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 28-29.

DECKER, NATALIJA, «Die Auswirkungen der faschistischen Okkupation auf das Gesundheitswesen Polens und den Gesundheitszustand des polnischen Volkes», en THOM y CAREGORODCEV (eds.), *Medizin unterm Hakenkreuz*, pp. 401-416.

DEDERICHS, MARIO R., *Heydrich: Das Gesicht des Bösen*, Múnich, 2005.

DELACOR, REGINA M., «From Potential Friends to Potential Enemies: The Internment of "Hostile Foreigners" in France at the Beginning of the Second World War», *Journal of Contemporary History*, 35 (2000), pp. 361-368.

DELETANT, DENNIS, «Ghetto Experience in Golta, Transnistria, 1942-1944», *Holocaust and Genocide Studies*, 18 (2004), pp. 1-26.

—, *Hitler's Forgotten Ally: Ion Antonescu and His Regime, Romania 1940-44*, Londres, 2006.

DERRY, THOMAS K., «Norway», en STUART J. WOOLF (ed.), *European Fascism*, Londres, 1968, pp. 217-230.

DESCHNER, GÜNTHER, *Reinhard Heydrich - Statthalter der totalen Macht*, Múnich, 1978.

—, «Reinhard Heydrich: Security Technocrat», en SMELSER y ZITELMANN (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 85-97.

DIAMOND, HANNA, *Fleeing Hitler: France 1940*, Oxford, 2007.

DIETRICH, OTTO, *Auf den Strassen des Sieges: Erlebnisse mit dem Führer in Polen: Ein Gemeinschaftsbuch*, Múnich, 1939.

DLUGOBORSKI, WLODIMIERZ, «Die deutsche Besatzungspolitik und die Veränderungen der sozialen Struktur Polens 1939-1945», en *idem* (ed.), *Zweiter Weltkrieg und sozialer Wandel: Achsenmächte und besetzte Länder* (Gotinga, 1981), pp. 303-363.

—, «Deutsche und sowjetische Herrschaftssysteme in Ostmitteleuropa im Vergleich», en GERHARD OTTO y JOHANNES HOUWINK TEN CATE (eds.), *Das organisierte Chaos: «Ämterdarwinismus» und «Gesinnungsethik»: Determinanten nationalsozialistischer Besatzungsherrschaft*, Berlín, 1999,

pp. 93-121.
— y MADAJCZYK, CZESLAW, «Ausbeutungssysteme in den besetzten Gebieten Polens und der UdSSR», en FRIEDRICH FORSTMEIER y HANS-ERICH VOLKMANN (eds.), *Kriegswirtschaft und Rüstung 1939-1945*, Düsseldorf, 1977, pp. 375-416.
DOBROSZYCKI, LUCJAN (ed.), *The Chronicle of the Lódź Ghetto 1941-1944*, New Haven, Conn., 1984.
DOMARUS, MAX (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship* (4 vols.), Londres, 1990 (1962-1963).
DONALDSON, FRANCES, *Edward VIII*, Londres, 1974.
DONNER, WOLF, *Propaganda und Film im «Dritten Reich»*, Berlín, 1995.
DÖRNER, BERNWARD, *Die Deutschen und der Holocaust: Was niemand wissen wollte, aber jeder wissen konnte*, Berlín, 2007.
DRESSEN, WILLI, «Konzentrationslager als Tötungs- und Hinrichtungsstätten für Oppositionelle, Behinderte, Kriegsgefangene», en BENZ y DISTEL (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. I, pp. 230-241.
DREWNIAK, BOGUSLAW, «Die deutsche Verwaltung und die rechtliche Stellung der Polen in den besetzten polnischen Gebieten 1939-1945», *Deutsch-Polnisches Jahrbuch (1979-80)*, pp. 151-170.
—, *Das Theater im NS-Staat: Szenarium deutscher Zeitgeschichte 1933-1945*, Düsseldorf, 1983.
—, *Der deutsche Film 1938-1945: Ein Gesamtüberblick*, Düsseldorf, 1987.
DROULIA, LOUKIA y FLEISCHER, HAGEN (eds.), *Von Lidice bis Kalavryta: Widerstand und Besatzungsterror: Studien zur Repressalienpraxis im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 1999.
DUHNKE, HORST, *Die KPD von 1933-1945*, Colonia, 1972.
DUGGAN, CHRISTOPHER, *The Force of Destiny: A History of Italy since 1796*, Londres, 2007.
DWORK, DEBÓRAH y VAN PELT, ROBERT JAN, *Holocaust: A History*, Londres, 2002.
EBBINGHAUS, ANGELIKA, «Zwei Welten: Die Opfer und die Täter der kriegschirurgischen Experimente», en EBBINGHAUS y DÖRNER (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 219-240.
—, «Fakten oder Fiktionen: Wie ist Götz Aly zu seinen weitreichenden Schlussfolgerungen gekommen?», *Sozial.Geschichte*, 20 (2005), pp. 29-45.
— y DÖRNER, KLAUS (eds.), *Vernichten und Heilen: Der Nürnberger Ärzteprozess und seine Folgen*, Berlín, 2001.
— y ROTH, KARL HEINZ, «Kriegswunden: Die kriegschirurgischen Experimente in den Konzentrationslagern und ihre Hintergründe», en EBBINGHAUS y DÖRNER (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 177-218.
EBERT, JENS (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad: November 1942 bis Januar 1943*, Múnich, 2006 (2000).
ECHTERNKAMP, JÖRG (ed.), *Kriegsschauplatz Deutschland 1945: Leben in Angst - Hoffnung auf Frieden: Feldpost aus der Heimat und von der Front*, Paderborn, 2006.
ECKERT, RAINER, *Vom «Fall Marita» zur «Wirtschaftlichen Sonderaktion»: Die deutsche Besatzungspolitik in Griechenland vom 6. April 1941 bis zur Kriegswende im Februar/März 1943*, Frankfurt, 1992.
EIBER, LUDWIG, «Das KZ-Aussenlager Blohm und Voss im Hamburger Hafen», en KAIENBURG (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 227-238.
EINSIEDEL, HEINRICH VON, *The Shadow of Stalingrad: Being the Diary of a Temptation*, Londres, 1953.
EISFELD, RAINER, *Mondsüchtig: Wernher von Braun und die Geburt der Raumfahrt aus den Geist der Barbarei*, Hamburgo, 2000.

EITEL, GERHARD, «Genozid auch an Polen? Kein Thema für einen "Historikerstreit"», *Zeitgeschichte*, 18 (1990), pp. 22-39.

ELMSHÄUSER, KONRAD y LOKERS, JAN (eds.), *«Man muss hier nur hart sein»: Kriegsbriefe und Bilder einer Familie (1934-1945)*, Bremen, 1999.

ENGEL, DAVID, «The Western Allies and the Holocaust: Jan Karski's Mission to the West, 1942-1944», *Holocaust and Genocide Studies*, 5 (1990), pp. 363-446.

ENGEL, GERHARD, *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943* (ed. Hildegard von Kotze), Stuttgart, 1974.

ENGELHARD, HANS (ed.), *Im Namen des deutschen Volkes: Justiz und Nationalsozialismus*, Colonia, 1989.

ENNO, GEORG, *Die wirtschaftlichen Unternehmungen der SS*, Stuttgart, 1963.

ERICHSON, KURT (ed.), *Abschied ist immer: Briefe an den Bruder im Zweiten Weltkrieg*, Frankfurt, 1994.

ERICKSON, JOHN, *The Soviet High Command*, Londres, 1962.

—, *Stalin's War with Germany*, vol. I: *The Road to Stalingrad*, Londres, 1975.

ERKER, PAUL, *Industrie-Eliten in der NS-Zeit: Anpassungsbereitschaft und Eigeninteresse von Unternehmen in der Rüstungs-und Kriegswirtschaft 1936-1945*, Passau, 1993.

ESCH, MICHAEL G., «"Ohne Rücksicht auf historisch Gewordenes": Raumplanung und Raumordnung im besetzten Polen 1939-1944», en GÖTZ ALY *et al*. (eds.), *Modelle für ein deutsches Europa: Ökonomie und Herrschaft im Grosswirtschaftsraum*, Berlín, 1992.

—, *«Gesunde Verhältnisse»: Die deutsche und polnische Bevölkerungspolitik in Ostmitteleuropa 1939-1950*, Marburg, 1998.

ETLIN, RICHARD A. (ed.), *Art, Culture, and Media under the Third Reich*, Chicago, Ill., 2002.

EULER, FRIEDERIKE, «theater zwischen anpassung und widerstand: die münchner Kammerspiele im Dritten Reich», en BROSZAT *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 91-173.

EVANS, JON, *The Nazi New Order in Poland*, Londres, 1941.

EVANS, RICHARD J. (ed.), *Kneipengespräche im Kaiserreich: Die Stimmungsberichte der Hamburger Politischen Polizei 1892-1914*, Hamburgo, 1989.

—, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987*, Oxford, 1996.

—, *Rereading German History: From Unification to Reunification 1800-1996*, Londres, 1997.

—, *Telling Lies About Hitler: The Holocaust, History and the David Irving Trial*, Londres, 2002.

—, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2003. [Hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2005.]

—, *The Third Reich in Power 1933-1939*, Londres, 2005. [Hay trad. cast.: *El Tercer Reich en el poder, 1933-1939*, Península, Barcelona, 2007.]

FABRUÉGET, MICHEL, «Entwicklung und Veränderung der Funktionen des Konzentrationslager Mauthausen 1938-1945», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. I, pp. 193-214.

FAHLBUSCH, MICHAEL, *Wissenschaft im Dienst nationalsozialistischer Politik? Die «Volksdeutschen Forschungsgemeinschaften» von 1931-1945*, Wiesbaden, 1999.

FANGEMANN, HELMUT *et al*., *«Parteisoldaten»: Die Hamburger Polizei im «3. Reich»*, Baden-Baden, 1987.

FARGION, LILLIANA PICCIOTTO, «Italien», en BENZ (ed.), *Dimension des Völkermords*, pp. 199-228.

FEITEN, WILLI, *Der nationalsozialistische Lehrerbund: Entwicklung und Organisation: Ein Beitrag zum Aufbau und zur Organisationsstruktur des nationalsozialistischen Herrschaftssystems*, Weinheim, 1981.

FELDER, BJÖRN, *Lettland im Zweiten Weltkrieg: Zwischen sowjetischen und deutschen Besatzern 1940-1946*, Paderborn, 2008.

FEST, JOACHIM C., *The Face of the Third Reich*, Londres, 1979 (1963).

—, *Plotting Hitler's Death: The German Resistance to Hitler 1933-1945*, Londres, 1996.

FETSCHER, IRING, *Joseph Goebbels im Berliner Sportpalast 1943: «Wollt Ihr den totalen Krieg?»*, Hamburg, 1998.

FINGS, KAROLA *et al*., *«... einziges Land, in dem Judenfrage und Zigeunerfrage gelöst»: Die Verfolgung der Roma im faschistisch besetzten Jugoslawien 1941-1945*, Colonia, s.f.

FLEMING, GERALD, *Hitler and the Final Solution*, Oxford, 1986 (1982).

FORSCHUNGSSTELLE FÜR ZEITGESCHICHTE IN HAMBURG (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, Gotinga, 2005.

FÖRSTER, JÜRGEN, «Hitlers Decision in Favour of War against the Soviet Union», en *GSWW*, vol. IV, pp. 13-51.

—, «Germany's Acquisition of Allies in South-east Europe», en *GSWW*, vol. IV, pp. 386-428.

—, «Operation Barbarossa as a War of Conquest and Annihilation», en *GSWW*, vol. IV, pp. 481-521.

—, «Jewish Policies of the German Military, 1939-1942», en COHEN *et al*. (eds.), *The Shoah and the War*, pp. 53-71.

— (ed.), *Stalingrad: Ereignis: Wirkung und Symbol*, Múnich, 1992.

—, «Geistige Kriegführung in Deutschland 1919 bis 1945», en *DRZW*, vol. IX/I, pp. 469-640.

FÖRSTER, RUDOLF, «Dresden», en Marlene P. Hiller *et al*. (eds.), *Städte im 2. Weltkrieg: Ein internationaler Vergleich*, Essen, 1991, pp. 299-315.

FRANK, ANNE, *The Diary of a Young Girl*, Nueva York, 1995. [Hay trad. cast.: *Diario de Ana Frank*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2000.]

FREI, NORBERT, *Der Führerstaat: Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945*, Múnich, 1987.

— (ed.), *Karrieren im Zwielicht: Hitlers Eliten nach 1945*, Frankfurt, 2001.

—, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002 (1997).

— *et al*. (eds.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit: Neue Studien zur nationalsozialistischen Lagerpolitik*, Múnich, 2000.

FREUND, FLORIAN, «Die Entscheidung zum Einsatz von KZ-Häftlingen in der Raketenrüstung», en Kaienburg (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 61-76.

—, «Häftlingskategorien und Sterblichkeit in einem Aussenlager des KZ Mauthausen», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 874-886.

FRICKE, GERT, *Kroatien 1941-1944: Der «Unabhängige Staat» in der Sicht des Deutschen Bevollmächtigten Generals in Agram, Blaise v Hortenau*, Friburgo, 1972.

FRIEDLANDER, HENRY, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, N.C., 1995.

FRIEDLÄNDER, SAUL, *Prelude to Downfall: Hitler and the United States, 1939-1941*, Londres, 1967.

—, *Kurt Gerstein oder die Zwiespältigkeit des Guten*, Gütersloh, 1968.

—, *The Years of Extermination: The Third Reich and the Jews 1939-1945*, Nueva York, 2007. [Hay trad. cast.: *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945). Los años del exterminio*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009.]

FRIEDMAN, PHILIP, *Roads to Extinction: Essays on the Holocaust*, Nueva York, 1980.

FRIEDRICH, JÖRG, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Múnich, 2002. [Hay trad. cast.: *El incendio: Alemania bajo el bombardeo*, Taurus, Madrid, 2003.]

FRIESER, KARL-HEINZ, *Krieg hinter Stacheldraht: Die deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion und das Nationalkomitee «Freies Deutschland»*, Maguncia, 1981.
—, *Blitzkrieg-Legende: Der Westfeldzug 1940*, Múnich, 1996 (1995).
—, «Die Schlacht im Kursker Bogen», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 83-210.
—, «Der Zusammenbruch im Osten: Die Rückzugskämpfe seit Sommer 1944», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 493-960.
—, «Zusammenfassung», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 1.211-1.224.
— y SCHÖNHERR, KLAUS, «Der Rückschlag des Pendels: Das Zurückweichen der Ostfront von Sommer 1943 bis Sommer 1944», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 277-490.
FRITSCHE, MARIA, *Österreichische Deserteure und Selbstverstümmler in der Deutschen Wehrmacht*, Viena, 2004.
FRÖBE, RAINER, «Der Arbeitseinsatz von KZ-Häftlingen und die Perspektive der Industrie, 1943-1945», en HERBERT (ed.), *Europa und der «Reichseinsatz»*, pp. 351-383.
FRÖHLICH, ELKE (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, vol. I: *Aufzeichnungen 1923-1941* (9 vols.); vol. II: *Diktate 1941-1945* (15 vols.), Múnich, 1993-2000.
FÜHRER, KARL CHRISTIAN, «Anspruch und Realität: Das Scheitern der nationalsozialistischen Wohnungsbaupolitik 1933-1945», *VfZ*, 45 (1997), pp. 247-256.
GAMM, HANS-JOCHEN, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich: Mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Múnich, 1990 (1963).
GANSSMÜLLER, CHRISTIAN, *Die Erbgesundheitspolitik des Dritten Reiches: Planung, Durchführung und Durchsetzung*, Colonia, 1987.
GARBE, DETLEF (ed.), *Häftlinge im KZ Neuengamme: Verfolgungserfahrungen, Häftlingssolidarität und nationale Bindung*, Hamburgo, 1999.
—, «Institutionen des Terrors und der Widerstand der Wenigen», en FORSCHUNGSSTELLE FÜR ZEITGESCHICHTE IN HAMBURG (ed.), *Hamburg*, pp. 573-618.
GARLINSKI, JÓZEF, *Poland in the Second World War*, Londres, 1985.
GASSERT, PHILIPP, *Amerika im Dritten Reich: Ideologie, Propaganda und Volksmeinung 1933-1941*, Stuttgart, 1997.
GEHRKEN, EVA, *Nationalsozialistische Erziehung in den Lagern der Erweiterten Kinderlandverschickung 1940 bis 1945*, Braunschweig, 1997, p. 9 y 16.
GEMZELL, CARL-AXEL, *Raeder, Hitler und Skandinavien*, Lund, 1965.
GERLACH, CHRISTIAN,«Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden», *Werkstatt Geschichte*, 18 (1997), pp. 7-44.
—, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1998.
—, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1999.
—, «Hitlergegner bei der Heeresgruppe Mitte und die "Verbrecherischen Befehle"», en GERD R. UEBERSCHÄR (ed.), *NS-Verbrechen und der militärische Widerstand gegen Hitler*, Darmstadt, 2000, pp. 62-76.
— y ALY, GÖTZ, *Das letzte Kapitel: Realpolitik, Ideologie und der Mord an den ungarischen Juden 1941/1945*, Múnich, 2002.
GERLACH, WOLFGANG, *And the Witnesses Were Silent: The Confessing Church and the Persecution of the Jews*, Lincoln, Nebr., 2000 (1987).
GILBERT, MARTIN, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Londres, 1987 (1986).

—, *The Routledge Atlas of the Holocaust*, Londres, 2002 (1982).
GILDEA, ROBERT, *Marianne in Chains: In Search of the German Occupation 1940-1945*, Londres, 2002.
GILES, GEOFFREY, «The Institutionalization of Homosexual Panic in the Third Reich», en ROBERT GELLATELY y NATHAN STOLTZFUS (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton, N.J., 2001, pp. 233-254.
—, «The Denial of Homosexuality: Same-Sex Incidents in Himmler's SS and Police», en HERZOG (ed.), *Sexuality and German Fascism*, pp. 256-290.
GLANTZ, DAVID M., *Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of World War*, Lawrence, Kans., 1998.
—, *Barbarossa: Hitler's Invasion of Russia 1941*, Stroud, 2001.
—, *The Siege of Leningrad 1941-1944: 900 Days of Terror*, Londres, 2004.
— y HOUSE, JONATHAN M., *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler*, Lawrence, Kans., 1995.
GLENNY, MISHA, *The Balkans 1804-1999: Nationalism, War and the Great Powers*, Londres, 1999.
GODDEN, GERTRUDE M., *Murder of a Nation: German Destruction of Polish Culture*, Londres, 1943.
GOESCHEL, CHRISTIAN, «Suicide at the End of the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, 41 (2006), pp. 153-173.
—, «Suicide in Weimar and Nazi Germany» (tesis doctoral), University of Cambridge, 2006.
GOLDBERG, BETTINA, *Schulgeschichte als Gesellschaftsgeschichte: Die höheren Schulen im Berliner Vorort Hermsdorf (1893-1945)*, Berlín, 1994.
GOLDHAGEN, DANIEL JONAH, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Londres, 1996. [Hay trad. cast.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Madrid, 1998.]
GOLOVCHANSKY, ANATOLY *et al*. (eds.), *«Ich will raus aus diesem Wahnsinn»: Deutsche Briefe von der Ostfront 1941-1945*, Wuppertal, 1991.
GORODETSKY, GABRIEL, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*, Londres, 1999.
GOSHEN, SEEV, «Eichmann und die Nisko-Aktion im Oktober 1939: Eine Fallstudie zur NS-Judenpolitik in der letzten Etappe vor der "Endlösung"», *VfZ*, 29 (1981), pp. 74-96.
—, «Nisko - Ein Ausnahmefall unter den Judenlagern der SS», *VfZ*, 40 (1992), pp. 95-106.
GOTTO, BERNHARD, «Kommunale Krisenbewältigung», en SÜSS (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 41-56.
GRAYLING, ANTHONY C., *Among the Dead Cities: Was the Allied Bombing of Civilians in WWII a Necessity or a Crime*?, Londres, 2006.
GREGOR, NEIL, *Daimler-Benz in the Third Reich*, Londres, 1998.
GRIECH-POLELLE, BETH A., *Bishop von Galen: German Catholicism and National Socialism*, New Haven, Conn., 2002.
GRIEGER, MANFRED, «Unternehmen und KZ-Arbeit: Das Beispiel der Volkswagenwerk GmbH», en KAIENBURG (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 77-94.
GRIMM, BARBARA, «Lynchmorde an alliierten Fliegern im Zweiten Weltkrieg», en Süss (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 71-84.
GRÖHLER, OLAF, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, Berlín, 1990.
GROSCURTH, HELMUT, *Tagebücher eines Abwehroffiziers 1938-1940*, en HELMUT KRAUSNICK y HAROLD C. DEUTSCH (ed.), Stuttgart, 1970.
GROSS, JAN T., *Polish Society under German Occupation: The Generalgouvernement 1939-1944*, Princeton, N.J., 1979.

—, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, N.J., 1988.

—, «A Tangled Web: Confronting Stereotypes Concerning Relations between Poles, Germans, Jews, and Communists», en ISTVÁN DÉAK *et al*. (eds.), *The Politics of Retribution in Europe: World War II and its Aftermath*, Princeton, N.J., 2000, pp. 74-129.

GROSSMANN, ATINA, «A Question of Silence: The Rape of German Women by Occupation Soldiers», *October*, 72 (1995), pp. 43-63.

GROUEFF, STEPHANE, *Crown of Thorns: The Reign of King Boris III of Bulgaria, 1918-1943*, Lanham, Md., 1987.

GRUCHMANN, LOTHAR (ed.), *Autobiographie eines Attentäters: Johann Georg Elser: Aussage zum Sprengstoffanschlag im Bürgerbräukeller, München, am 8. November 1939*, Stuttgart, 1970.

—, «Euthanasie und Justiz im Dritten Reich», *VfZ*, 20 (1972), pp. 235-279.

—, «Ein unbequemer Amtsrichter im Dritten Reich: Aus den Personalakten des Dr Lothar Kreyssig», *VfZ*, 32 (1984), pp. 463-488.

—, *Justiz im Dritten Reich 1933-1940: Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner*, Múnich, 1988.

GRUNBERGER, RICHARD, *A Social History of the Third Reich*, Londres, 1974 (1971). [Hay trad. cast.: *Historia social del Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976.]

GRUNER, WOLF, *Judenverfolgung in Berlin 1933-1945: Eine Chronologie der Behördenmassnahmen in der Reichshauptstadt*, Berlín, 1996.

—, *Die geschlossene Arbeitseinsatz deutscher Juden: Zur Zwangsarbeit als Element der Verfolgung, 1938-1943*, Berlín, 1997.

—, «Die Fabrik-Aktion und die Ereignisse in der Berliner Rosenstrasse: Fakten und Fiktionen um den 27. Februar 1943», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, 11 (2002), pp. 137-177.

—, *Widerstand in der Rosenstrasse: Die Fabrik-Aktion und die Verfolgung der Mischehen 1943*, Frankfurt, 2005.

GRÜTTNER, MICHAEL, *Studenten im Dritten Reich*, Paderborn, 1995.

—, «Wissenschaftspolitik im Nationalsozialismus», en KAUFMANN (ed.), *Geschichte der Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft*, vol. II, pp. 557-585.

GRYNBERG, ANNE, *Les Camps de la honte : Les internes juifs des camps français, 1939-1944*, París, 1991.

GUMKOWSKI, JANUSZ y LESZCZYNSKI, KAZIMIERZ, *Poland under Nazi Occupation*, Varsovia, 1961.

GUTMAN, ISRAEL, *The Jews of Warsaw, 1939-1945: Ghetto, Underground, Revolt*, Bloomington, Ind., 1982.

—, *Resistance: The Warsaw Ghetto Uprising*, Boston, Mass., 1994.

— y BERENBAUM, MICHAEL (eds.), *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington, Ind., 1994.

— y KRAKOWSKI, SHMUEL, *Unequal Victims: Poles and Jews during World War Two*, Nueva York, 1986.

HAAR, INGO, *Historiker im Nationalsozialismus: Deutsche Geschichtswissenschaft und der «Volkstumskampf» im Osten*, Gotinga, 2002.

HAGEMANN, JÜRGEN, *Die Presselenkung in Dritten Reich*, Bonn, 1970.

HAHN, FRITZ, *Waffen und Geheimwaffen des deutschen Heeres, 1933-1945* (2 vols.), Coblenza, 1986-1987.

HALDER, FRANZ, *Kriegstagebuch* (ed. Hans-Adolf Jacobsen, 3 vols.), Stuttgart, 1962-1964.

HALE, ORON J., *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, N.J., 1964.

HAMANN, MATTHIAS, «Erwünscht und unerwünscht: Die rassenpsychologische Selektion der Ausländer», en GÖTZ ALY *et al*. (eds.), *Herrenmensch und Arbeitsvölker: Ausländische Arbeiter und Deutsche 1939-1945*, Berlín, 1986, pp. 143-180.

HANKE, CHRISTIAN *et al*., *Hamburg im Bombenkrieg 1940-1945: Das Schicksal einer Stadt*, Hamburgo, 2001.

HANSEN, GEORG, «"Damit wurde der Warthegau zum Exerzierplatz des praktischen Nationalsozialismus": Eine Fallstudie zur Politik der Einverleibung», en Klessmann (ed.), *September 1939*, pp. 55-72.

— (ed.), *Schulpolitik als Volkstumspolitik: Quellen zur Schulpolitik der Besatzer in Polen 1939-1945*, Münster, 1994.

—, *Ethnische Schulpolitik im besetzten Polen: Der Mustergau Wartheland*, Münster, 1995.

HARRER, HEINRICH, *Seven Years in Tibet*, Londres, 1953. [Hay trad. cast.: *Siete años en el Tíbet*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1998.]

HARRISON, MARK, *Accounting for War: Soviet Production, Employment and the Defence Burden, 1940-1945*, Cambridge, 1996.

— (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998.

HARTEN, HANS-CHRISTIAN, *De-Kulturation und Germanisierung: Die nationalsozialistische Rassen- und Erziehungspolitik in Polen 1939-1945*, Frankfurt, 1996.

HARTENSTEIN, MICHAEL, *Neue Dorflandschaften: Nationalsozialistische Siedlungsplanung in den «eingegliederten Ostgebieten»: 1939 und 1944*, Berlín, 1998.

HARTEWIG, KARIN, «Wolf unter Wölfen? Die prekäre Macht der kommunistischen Kapos im Konzentrationslager Buchenwald», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 939-958.

HARVEY, ELIZABETH, *Women and the Nazi East: Agents and Witnesses of Germanization*, Londres, 2003.

HASSELL, ULRICH VON, *The von Hassell Diaries: The Story of the Forces against Hitler inside Germany 1938-1944*, Boulder, Colo., 1994 (1946).

HAUSCHILD-THIESSEN, RENATE (ed.), *Die Hamburger Katastrophe vom Sommer 1943 in Augenzeugenberichten*, Hamburgo, 1991.

HAYES, PETER, *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1987.

—, *From Cooperation to Complicity: Degussa in the Third Reich*, Cambridge, 2004.

HEER, HANNES, *Ernst Thälmann in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek, 1975.

—, «Killing Fields: Die Wehrmacht und der Holocaust», en *idem* y NAUMANN (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 57-77.

— (ed.), *«Stets zu erschiessen sind Frauen, die in der Roten Armee dienen»: Geständnisse deutscher Kriegsgefangener über ihren Einsatz an der Ostfront*, Hamburgo, 1995.

— y NAUMANN, KLAUS (eds.), *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995.

HEHN, PAUL, *The German Struggle against Yugoslav Guerillas in World War II: German Counter-Insurgency in Yugoslavia 1941-1943*, Nueva York, 1979.

HEIBER, HELMUT (ed.), *Goebbels-Reden* (2 vols.), Düsseldorf, 1971-1972.

HEIM, SUSANNE (ed.), *Autarkie und Ostexpansion: Pflanzenzucht und Agrarforschung im Nationalsozialismus*, Gotinga, 2002.

—, *Kalorien, Kautschuk, Karrieren: Pflanzenzüchtung und landwirtschaftliche Forschung in Kaiser-Wilhelm-Instituten 1933-1945*, Gotinga, 2003.

HEINEMANN, ISABEL, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut»: Das Rasse- und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003.

HEINEMANN, ULRICH, «"Kein Platz für Polen und Juden": Der Widerstandskämpfer Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg und die Politik der Verwaltung in Schlesien 1939/40», en KLESSMANN (ed.), *September 1939*, pp. 38-54.

HEINEMANN, WINFRIED, «Der militärische Widerstand und der Krieg», en *DRZW*, vol. IX/I, pp. 743-892.

HENRY, CLARISSA y HILLEL, MARC, *Children of the SS*, Londres, 1976 (1975).

HENTSCHEL, KLAUS (ed.), *Physics and National Socialism: An Anthology of Primary Sources*, Basilea, 1996.

HERBERT, ULRICH (ed.), *Europa und der «Reichseinsatz»: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und KZ-Häftlinge in Deutschland 1938-1945*, Essen, 1991.

—, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989* , Bonn, 1996.

—, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997 (1985).

— *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur* (2 vols.), Gotinga, 1998.

HERBST, LUDOLF, *Der totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft: Die Kriegswirtschaft im Spannungfeld von Politik, Ideologie und Propaganda 1939-1945*, Stuttgart, 1982.

HERF, JEFFREY, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Londres, 2006.

HERMAND, JOST, *Als Pimpf in Polen: Erweiterte Kinderlandverschickung 1940-1945*, Frankfurt, 1993.

HERMELINK, HEINRICH (ed.), *Kirche im Kampf: Dokumente des Widerstands und des Aufbaus in der evangelischen Kirche Deutschlands von 1933 bis 1945*, Tubinga, 1950.

HERZOG, DAGMAR, «Hubris and Hypocrisy, Incitement and Disavowal: Sexuality and German Fascism», en *idem* (ed.), *Sexuality and German Fascism*, pp. 1-21.

— (ed.), *Sexuality and German Fascism*, Nueva York, 2005.

HEUSLER, ANDREAS, *Ausländereinsatz: Zwangsarbeit für die Münchner Kriegswirtschaft 1939-1945*, Múnich, 1996.

HILGER, ANDREAS, *Deutsche Kriegsgefangene in der Sowjetunion, 1941-1956: Kriegsgefangenenpolitik, Lageralltag und Erinnerung*, Essen, 2000.

HILLGRUBER, ANDREAS, *Hitlers Strategie: Politik und Kriegführung 1940-41*, Frankfurt, 1965.

— (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler: Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes* (2 vols.), Frankfurt, 1967-1970. [Hay trad. cast: *Estadistas y diplomáticos con Hitler*, Caralt, Barcelona, 1969.]

HILLMANN, JÖRG y ZIMMERMANN, JOHN, *Kriegsende 1945 in Deutschland*, Múnich, 2002.

HINSLEY, F. HARRY, *British Intelligence in the Second World War* (5 vols.), Londres, 1979-1990.

HIRSCH, MARTIN, *et al*. (eds.), *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus*, Colonia, 1984.

HIRSCHFELD, GERHARD, *Nazi Rule and Dutch Collaboration: The Netherlands under German Occupation, 1940-1945*, Oxford, 1988 (1984).

—, «Niederlande», en BENZ (ed.), *Dimension des Völkermords*, pp. 137-163.

HITCHINS, KEITH, *Rumania 1866-1947*, Oxford, 1994.

HITLER, ADOLF, *Hitler's Table Talk 1941-1944*, Oxford, 1988 (1953). [Hay trad. cast: *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2004.]

HOARE, MARKO, *Genocide and Resistance in Hitler's Bosnia: The Partisans and the Chetniks, 1941-1943*, Londres, 2006.

HOCH, ANTON, «Das Attentat auf Hitler im Münchener Bürgerbräukeller 1939», *VfZ*, 17 (1969), pp. 383-413.

HOFFMANN, HILMAR, *The Triumph of Propaganda: Film and National Socialism 1933-1945*, Oxford, 1996 (1988).

HOFFMANN, KATHARINA, *Zwangsarbeit und ihre gesellschaftliche Akzeptanz in Oldenburg 1939-1945*, Oldenburg, 2001.

HOFFMANN, PETER, *Hitler's Personal Security*, Londres, 1979.

—, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg und seine Brüder*, Stuttgart, 1992.

—, *The History of the German Resistance 1933-1945*, Montreal, 1996 (1969).

HOHMANN, JOACHIM S. y LANGER, HERMANN (eds.), *«Stolz, ein Deutscher zu sein...» Nationales Selbstverständnis in Schulaufsätzen 1914-1945*, Frankfurt, 1995, pp. 227-228.

HÖHNE, HEINZ, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Londres, 1972 (1966).

HOIDAL, ODDVAR K., *Quisling: A Study in Treason*, Oslo, 1989.

HÖLSKEN, HEINZ DIETER, *Die V-Waffen: Entstehung - Propaganda - Kriegseinsatz*, Stuttgart, 1984.

HOMZE, EDWARD L., *Foreign Labor in Nazi Germany*, Princeton, N.J., 1967.

HOPPE, HANS-JÜRGEN, *Bulgarien - Hitlers eigenwilliger Verbündeter*, Stuttgart, 1979.

HORN, BIRGIT, *Die Nacht, als der Feuertod vom Himmel stürzte - Leipzig, 4. Dezember 1943*, Gudensberg-Gleichen, 2003.

HORNUNG, ELLA, *et al*., «Zwangsarbeit in der Landwirtschaft», *DRZW*, vol. IX/II, pp. 577-666.

HORWITZ, GORDON J., *Ghettostadt: Lodz and the Making of a Nazi City*, Londres, 2008.

HORY, LADISLAUS y BROSZAT, MARTIN, *Der kroatische Ustascha-Staat 1941-1945*, Stuttgart, 1965 [1964], pp. 15-38.

HOSENFELD, WILM, *«Ich versuche jeden zu retten»: Das Leben eines deutschen Offiziers in Briefen und Tagebüchern* (ed. Thomas Vogel), Múnich, 2004.

HÖSS, RUDOLF, *Commandant of Auschwitz: The Autobiography of Rudolf Höss*, Londres, 1959 (1951).

HOUSDEN, MARTYN, *Hans Frank: Lebensraum and the Holocaust*, Londres, 2003.

HUBATSCH, WALTHER (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945: Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht*, Frankfurt, 1962.

HUMBURG, MARTIN (ed.), *Das Gesicht des Krieges: Feldpostbriefe von Wehrmachtssoldaten aus der Sowjetunion 1941-1944*, Opladen, 1998.

HÜPPAUF, BERND, «Der entleerte Blick hinter der Kamera», en Heer y Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 504-550.

HÜRTER, JOHANNES (ed.), *Ein deutscher General an der Ostfront: Die Briefe und Tagebücher des Gotthard Heinrici 1941/42*, Essen, 2001.

—, «Auf dem Weg zur Militäropposition: Tresckow, Gersdorff, der Vernichtungskrieg und der Judenmord: Neue Dokumente über das Verhältnis der Heeresgruppe Mitte zur Einsatzgruppe B im Jahr 1941», *VfZ*, 52 (2004), pp. 527-562.

—, *Hitlers Heerführer: Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42*, Múnich, 2007.

HYMAN, PAULA, *From Dreyfus to Vichy: The Remaking of French Jewry, 1906-1939*, Nueva York, 1979.

IOANID, RADU, *The Holocaust in Romania: The Destruction of Jews and Gypsies under the Antonescu Regime, 1940-1944*, Chicago, Ill., 2000.

*IR 309 marchiert an den Feind: Erlebnisberichte aus dem Polenfeldzuge 1939* (ed. Oberst Dr Hoffmann), Berlín, 1940.

JÄCKEL, EBERHARD, «On the Purpose of the Wannsee Conference», en James S. Pacy y Alan P. Wertheimer (eds.), *Perspectives on the Holocaust: Essays in Honor of Raul Hilberg*, Boulder, Colo., 1995, pp. 39-49.

JACKSON, JULIAN, *France: The Dark Years 1940-1944*, Oxford, 2001.

—, *The Fall of France: The Nazi Invasion of 1940*, Oxford, 2003.

JACOBMEYER, WOLFGANG, *Heimat und Exil: Die Anfänge der polnischen Untergrundbewegung im Zweiten Weltkrieg (September 1939 bis Mitte 1941)*, Hamburgo, 1973.

—, «Der Überfall auf Polen und der neue Charakter des Krieges», en Klessmann (ed.), *September 1939*, pp. 16-37.

JACOBSEN, HANS-ADOLF (ed.), *Dokumente zur Vorgeschichte des Westfeldzuges 1939-1940*, Gotinga, 1956.

—, *Fall Gelb: Der Kampf um den deutschen Operationsplan zur Westoffensive 1940*, Wiesbaden, 1957.

—, *Dünkirchen: Ein Beitrag zur Geschichte des Westfeldzuges 1940*, Neckargemünd, 1958.

— (ed.), *Dokumente zum Westfeldzug 1940*, Gotinga, 1960.

—, «The *Kommissarbefehl* and Mass Executions of Soviet Russian Prisoners of War», en Helmut Krausnick *et al*., *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968 (1965), pp. 505-534.

— (ed.), *Misstrauische Nachbarn: Deutsche Ostpolitik 1919/1970*, Düsseldorf, 1970.

— (ed.), *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1940 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (2 vols.), Stuttgart, 1984.

JAHNKE, KARL HEINZ, *Weisse Rose contra Hakenkreuz: Der Widerstand der Geschwister Scholl und ihre Freunde*, Frankfurt, 1969.

—, *Weisse Rose contra Hakenkreuz: Studenten im Widerstand 1942/43: Einblicke in viereinhalb Jahrzehnte Forschung*, Rostock, 2003.

JAMES, HAROLD, *The Deutsche Bank and the Nazi Economic War against the Jews: The Expropriation of Jewish-Owned Property*, Cambridge, 2001.

JANNINGS, EMIL, *Theater, Film - Das Leben und ich*, Múnich, 1989 (1951).

JANSEN, CHRISTIAN y WECKBECKER, ARNO, «Eine Miliz im "Weltanschauungskrieg": Der "Volksdeutsche Selbstschutz" in Polen 1939/40», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg: Analysen - Grundzüge - Forschungsbilanz*, Múnich, 1989, pp. 482-500.

—, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz» in Polen 1939/40*, Múnich, 1992.

—, «Zwangsarbeit für das Volkswagenwerk: Häftlingsalltag auf dem Laagberg bei Wolfsburg», en Frei *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 75-108.

JARAUSCH, KONRAD H., *After Hitler: Recivilizing Germans, 1945-1995*, Nueva York, 2006.

JASKOT, PAUL B., *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor, and the Nazi Monumental Building Economy*, Londres, 2000.

JASTRZEBSKI, WLODZIMIERZ, *Der Bromberger Blutsonntag: Legende und Wirklichkeit*, Poznań, 1990.

JELLONEK, BURKHARD, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Die Verfolgung Homosexueller im Dritten Reich*, Paderborn, 1990.

JENKINS, ROY, *Churchill*, Londres, 2001. [Hay trad. cast.: *Churchill*, Península, Barcelona, 2002.]

JOACHIMSTHALER, ANTON, *Hitlers End: Legenden und Dokumente*, Augsburgo, 1999 (1994).

JOCHMANN, WERNER (ed.), *Adolf Hitler: Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944: Die Aufzeichnungen Heinrich Heims*, Hamburgo, 1980.

JOHNSON, ERIC A., *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, 1999. [Hay trad. cast.: *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós, Barcelona, 2002.]

— y REUBAND, KARL-HEINZ, *What We Knew: Terror, Mass Murder, and Everyday Life in Nazi Germany: An Oral History*, Nueva York, 2005.

JONG, LOUIS DE, «The Netherlands and Auschwitz», *Yad Vashem Studies*, 7 (1968), pp. 39-55.

JOSHI, VANDANA, *Gender and Power in the Third Reich: Female Denouncers and the Gestapo, 1933-45*, Londres, 2003.

KACZMAREK, RYSZARD, «Die deutsche wirtschaftliche Penetration in Polen (Oberschlesien)», en OVERY *et al*. (eds.), *Die «Neuordnung»*, pp. 257-272.

KAIENBURG, HERMANN (ed.), *Konzentrationslager und deutsche Wirtschaft 1939-1945*, Opladen, 1996.

—, «KZ-Haft und Wirtschaftsinteresse: Das Wirtschaftsverwaltungshauptamt der SS als Leitungszentrale der Konzentrationslager und der SSWirtschaft», en *idem* (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 29-60.

—, «Deutsche politische Häftlinge im Konzentrationslager Neuengamme und ihre Stellung im Hauptlager», en GARBE (ed.), *Häftlinge*, pp. 12-80.

—, «Zwangsarbeit: KZ und Wirtschaft im Zweiten Weltkrieg», en BENZ y DISTEL (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol I., pp. 179-194.

KAISER, ERNST y KNORN, MICHAEL, *«Wir lebten und schliefen zwischen den Toten»: Rüstungsproduktion, Zwangsarbeit und Vernichtung in den Frankfurter Adlerwerken*, Frankfurt, 1994.

KAISER, GERD, *Katyn: Das Staatsverbrechen - das Staatsgeheimnis*, Berlín, 2002.

KALLIS, ARISTOTLE A., *Nazi Propaganda and the Second World War*, Londres, 2005.

KAPLAN, CHAIM A., *Scroll of Agony: The Warsaw Diary of Chaim A. Kaplan*, Londres, 1966.

KAPLAN, MARION, «Jewish Daily Life in Wartime Germany», en DAVID BANKIER (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews, 1933-1941*, Jerusalén, 2000, pp. 395-412.

KAPPELER, ALPHONS, *Ein Fall von «Pseudologia phantastica» in der deutschen Literatur: Fritz Reck-Malleczewen: Mit Totalbibliographie*, Göppingen, 1975.

KARLSCH, RAINER, *Hitlers Bombe: Die geheime Geschichte der deutschen Kernwaffenversuche*, Stuttgart, 2005.

KÁRNY, MIROSLAV, «"Heydrichiaden": Widerstand und Terror im Protektorat Böhmen und Mähren», en DROULIA y FLEISCHER (eds.), *Von Lidice bis Kalavryta*, pp. 51-63.

— *et al*. (eds.), *Theresienstadt in der «Endlösung der Judenfrage»*, Praga, 1992.

KATER, MICHAEL H., *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, N.C., 1989.

—, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Nueva York, 1992.

—, *Composers of the Nazi Era: Eight Portraits*, Nueva York, 2000.

—, *Das Ahnenerbe der SS 1935-1945: Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches*, Múnich, 4ª ed., 2006.

KATZ, ROBERT, *Black Sabbath: A Journey through a Crime against Humanity*, Londres, 1969.

—, *The Battle for Rome: The Germans, the Allies, the Partisans, and the Pope, September 1943-June 1944*, Nueva York, 2003. [Hay trad. cast.: *La batalla de Roma: los nazis, los aliados, los partisanos y el papa*, Turner, Madrid, 2005.]

KAUFMANN, DORIS (ed.), *Geschichte der Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft im Nationalsozialismus: Bestandsaufnahme und Perspektiven der Forschung* (2 vols.), Gotinga, 2000.

KAUTSKY, BENEDIKT, *Teufel und Verdammte: Erfahrungen und Erkenntnisse aus sieben Jahren in deutschen Konzentrationslagern*, Viena, 1961.

KAY, ALEX J., «Germany's Staatssekretäre, Mass Starvation and the Meeting of 2 May 1941», *Journal of Contemporary History*, 41 (2006), pp. 685-700.

KELLER, ROLF, «"Die kamen in Scharen hier an, die Gefangenen": Sowjetische Kriegsgefangene, Wehrmachtsoldaten und deutsche Bevölkerung in Norddeutschland 1941/42», en Detlef Garbe (ed.), *Rassismus in Deutschland*, Bremen, 1994, pp. 35-53.

KEREN, NILLI, «The Family Camp», en Gutman y Berenbaum (eds.), *Anatomy*, pp. 428-440.

KERMISH, JOSEPH, «Introduction», en Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*, pp. vii-xxxix.

—, «Introduction», en Czerniakow, *The Warsaw Diary*, pp. 1-24.

KERSHAW, IAN, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, 1983.

—, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1989 (1987). [Hay trad. cast: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Paidós, Barcelona, 2002.]

—, *Hitler*, vol. II: *1936-1945: Nemesis*, Londres, 2000. [Hay trad. cast: *Hitler. 1936-1945*, Península, Barcelona, 2007.]

—, *Hitler, the Germans and the Final Solution*, Londres, 2008.

KERSTEN, FELIX, *The Kersten Memoirs 1940-1945*, Londres, 1956. [Hay trad. cast: *Yo fui confidente de Himmler*, Plaza Janés, Barcelona, 1976.]

KETTENACKER, LOTHAR (ed.), *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-45*, Berlín, 2003.

KIELAR, WIESLAW, *Anus Mundi: Five Years in Auschwitz*, Londres, 1982 (1972).

KILLIAN, KATRIN A., «Kriegsstimmungen: Emotionen einfacher Soldaten in Feldpostbriefen», en *DRZW*, vol. IX/II, pp. 251-88.

KIRBY, DAVID, *Finland in the Twentieth Century*, Londres, 1979.

KIRCHHOFF, HANS, «Denmark: A Light in the Darkness of the Holocaust? A Reply to Gunnar S. Paulsson», en Cesarani (ed.), *Holocaust*, vol. V, pp. 128-139.

KIRSTIN, WOLFGANG, *Das Konzentrationslager als Institution totalen Terrors: Das Beispiel des KL Natzweiler*, Pfaffenweiler, 1992.

KLEE, ERNST (ed.), *Dokumente zur «Euthanasie»*, Frankfurt, 1985.

—, *«Euthanasie» im NS-Staat: Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens»*, Frankfurt, 1985 (1983).

—, *Auschwitz, die NS-Medizin und ihre Opfer*, Frankfurt, 1997.

— *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»: The Holocaust as Seen by the Perpetrators and Bystanders*, Londres, 1991 (1988).

KLEE, KARL, *Das Unternehmen «Seelöwe»: Die geplante deutsche Landung in England 1940*, Gotinga, 1958.

—, *Dokumente zum Unternehmen «Seelöwe»: Die geplante deutsche Landung in England 1940*, Gotinga, 1959.

KLEE, KATJA, «"Nie wieder Aufnahme von Kindern": Anspruch und Wirklichkeit der KLV in den Aufnahmegauen», en RÜTHER (ed.), *«Zu Hause»*, pp. 161-194.

KLEIN, BURTON H., *Germany's Economic Preparations for War*, Cambridge, Mass., 1959.

KLEIN, PETER (ed.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941/42: Die Tätigkeits und Lageberichte des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD*, Berlín, 1997.

—, «Zwischen den Fronten: Die Zivilbevölkerung Weissrusslands und der Krieg der Wehrmacht gegen die Partisanen», en QUINKERT (ed.), *«Wir sind die Herren dieses Landes»*, pp. 82-103.

KLEMPERER, KLEMENS VON, *German Resistance against Hitler: The Search for Allies Abroad 1938-1945*, Oxford, 1992.

KLEMPERER, VICTOR, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1933-41*, Londres, 1998 (1995). [Hay trad. cast: *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios, 1933-1941*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003.]

—, *To the Bitter End: The Diaries of Victor Klemperer 1942-45*, Londres, 1998 (1995). [Hay trad. cast: *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios, 1942-1945*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2004.]

—, *The Lesser Evil: The Diaries of Victor Klemperer 1945-59*, Londres, 2003 (1999).

KLEPPER, JOCHEN, *Unter dem Schatten deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942*, Stuttgart, 1955.

—, *Uberwindung: Tagebücher und Aufzeichnungen aus dem Kriege*, Stuttgart, 1958.

—, *Briefwechsel 1925-1942* (ed. Ernst G. Riemschneider), Stuttgart, 1973.

KLESSMANN, CHRISTOPH, «Der Generalgouverneur Hans Frank», *VfZ*, 19 (1971), pp. 245-266.

—, *Die Selbstbehauptung einer Nation: Nationalsozialistische Kulturpolitik und polnische Widerstandsbewegung im Generalgouvernement 1939-1945*, Düsseldorf, 1971.

—, «Die Zerstörung des Schulwesens als Bestandteil deutscher Okkupationspolitik im Osten am Beispiel Polens», en MANFRED HEINEMANN (ed.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. I: *Kindergarten, Schule, Jugend, Berufserziehung*, Stuttgart, 1980, pp. 176-192.

—, «Die kulturelle Selbstbehauptung der polnischen Nation», en *idem* (ed.), *September 1939*, pp. 117-138.

— (ed.), *September 1939: Krieg, Besatzung, Widerstand in Polen: Acht Beiträge*, Gotinga, 1989.

— y DLUGOBORSKI, WAZLAW, «Nationalsozialistische Bildungspolitik und polnische Hochschulen 1939-1945», *Geschichte und Gesellschaft*, 23 (1997), pp. 535-559.

KLINGLER, WALTER, *Nationalsozialistische Rundfunkpolitik 1942-1945: Organisation, Programm und die Hörer*, Mannheim, 1983.

KLONICKI, ARYEH Y MALWINA, *The Diary of Adam's Father: The Diary of Aryeh Klonicki (Klonymus) and His Wife Malvina*, Jerusalén, 1973.

KLUKOWSKI, ZYGMUNT, *Diary from the Years of Occupation 1939-44*, Urbana, Ill., 1993 (1958).

KOCK, GERHARD, «Die Erweiterte Kinderlandverschickung und der Konflikt mit den Kirchen», en RÜTHER (ed.), *«Zu Hause»*, pp. 209-242.

—, «Nur zum Schutz aufs Land gebracht? Die Kinderlandverschickung und ihre erziehungspolitischen Ziele», en RÜTHER (ed.), *«Zu Hause»*, pp. 17-52.

KOEHL, ROBERT L., *RKFDV: German Resettlement and Population Policy 1939-1945: A History of the Reich Commission for the Strengthening of Germandom*, Cambridge, Mass., 1957.

KOGON, EUGEN *et al*. (eds.), *Nationalsozialistische Massentötungen durch Giftgas: Eine Dokumentation*, Frankfurt, 1983.

KOHLMANN-VIAND, DORIS, *NS-Pressepolitik im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1991.

KOLB, EBERHARD, *Bergen-Belsen 1943-1945: Vom «Aufenthaltslager» zum Konzentrationslager 1943-1945*, Gotinga, 2001.

KRAKOWSKI, SHMUEL, «The Fate of Polish Prisoners of War in the September 1939 Camps», *Yad Vashem Studies*, 12 (1977), pp. 296-333.

—, *The War of the Doomed: Jewish Armed Resistance in Poland, 1942-1944*, Nueva York, 1984.

KRÄMER, NICOLE, «"Kämpfende Mütter" und "gefallene Heldinnen": Frauen im Luftschutz», en SÜSS (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 85-98.

KRANZ, TOMASZ, «Das KL Lublin zwischen Planung und Realisierung», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. I, pp. 363-389.

KRATZ, PHILIPP, «Sparen für das kleine Glück», en Götz Aly (ed.), *Volkes Stimme: Skepsis und Führervertrauen im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 2006, pp. 59-79.

KRAUSNICK, HELMUT, «Hitler und die Morde in Polen: Ein Beitrag zum Konflikt zwischen Heer und SS um die Verwaltung der besetzten Gebiete (Dokumentation)», *VfZ*, 11 (1963), pp. 196-209.

—, *Hitlers Einsatzgruppen: Die Truppen des Weltanschauungskrieges 1938-1942*, Frankfurt, 1985 (1981).

KROENER, BERNHARD R., «The Manpower Resources of the Third Reich in the Area of Conflict between Wehrmacht, Bureaucracy and War Economy, 1939-1942», en *GSWW*, vol. V/I, 799-1.154.

—, «"Nun Volk, steh auf...!" Stalingrad und der "totale" Krieg 1942-1943», en Förster (ed.), *Stalingrad*, pp. 151-170.

KUBLIK, STEVEN, *The Stones Cry Out: Sweden's Response to the Persecution of the Jews, 1933-1945*, Nueva York, 1988.

KUDLIEN, FRIDLOF, *Ärzte im Nationalsozialismus*, Colonia, 1985.

KÜHNE, THOMAS, «Zwischen Männerbund und Volksgemeinschaft: Hitlers Soldaten und der Mythos der Kameradschaft», *Archiv für Sozialgeschichte*, 38 (1998), pp. 165-189.

—, «Gruppenkohäsion und Kameradschaftsmythos in der Wehrmacht», en ROLF-DIETER MÜLLER y HANS-ERICH VOLKMANN (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 534-559.

—, *Kameradschaft: Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*, Gotinga, 2006.

KULKA, OTTO DOV y JÄCKEL, EBERHARD (eds.), *Die Juden in den Geheimen NSStimmungsberichten 1933-1945*, Düsseldorf, 2004.

KUNDRUS, BIRTHE, *Kriegerfrauen: Familienpolitik und Geschlechterverhältnisse im Ersten und Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1995.

—, «Totale Unterhaltung? Die kulturelle Kriegführung 1939 bis 1945 in Film, Rundfunk und Theater», en *DRZW*, vol. IX/I, pp. 93-157.

KUNZ, ANDREAS, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945*, Múnich, 2005.

—, «Die Wehrmacht 1944/45: Eine Armee im Untergang», en *DRZW*, vol. X/II, pp. 3-54.

KUPPER, RENÉ, «Karl Hermann Frank als Deutscher Staatsminister für Böhmen und Mähren», en MONIKA GLETTLER *et al*. (eds.), *Geteilt, Besetzt, Beherrscht: Die Tschechoslowakei 1938-1945: Reichsgau Sudetenland, Protektorat Böhmen und Mähren, Slowakei*, Essen, 2004, pp. 31-52.

KUROPKA, JOACHIM (ed.), *Meldungen aus Münster, 1924-1944: Geheime und vertrauliche Berichte von Polizei, Gestapo, NSDAP und ihren Gliederungen, staatlicher Verwaltung, Gerichtsbarkeit und Wehrmacht über die politische und gesellschaftliche Situation in Münster*, Münster, 1992.

KUZNETSOV, ANATOLY, *Babi Yar: A Document in the Form of a Novel*, Londres, 1970 (1966).

KWIET, KONRAD, *Reichskommissariat Niederlande: Versuch und Scheitern nationalsozialistischer Neuordnung*, Stuttgart, 1968.

—, «Rehearsing for Murder: The Beginning of the Final Solution in Lithuania in June 1941», *Holocaust and Genocide Studies*, 12 (1998), pp. 3-26.

LAMBAUER, BARBARA, «Opportunistischer Antisemitismus: Der deutsche Botschafter Otto Abetz und die Judenverfolgung in Frankreich», *VfZ*, 53 (2005), pp. 241-273.

LANDAU-CZAJKA, ANNA, «The Jewish Question in Poland: Views Expressed in the Catholic Press between the Two World Wars», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 11 (1998), pp. 263-278.

LANG, RALF, *Italienische «Fremdarbeiter» im nationalsozialistischen Deutschland 1937-1945*, Frankfurt, 1996.

LANGE, WILHELM, *Cap Arcona: Dokumentation*, Eutin, 1992.

LAQUEUR, WALTER, *The Terrible Secret: Suppression of the Truth about Hitler's «Final Solution»*, Londres, 1980.

LATAWSKI, PAUL, «Polish Campaign», en Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 705-708.

LATZEL, KLAUS, «Tourismus und Gewalt: Kriegswahrnehmungen in Feldpostbriefen», en HEER y NAUMANN (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 447-459.

LAVI, THEODORE, «The Vatican's Endeavors on Behalf of Romanian Jewry during the Second World War», *Yad Vashem Studies*, 5 (1963), pp. 405-418.

LEHBERGER, REINER, *Englischunterricht im Nationalsozialismus*, Tubinga, 1986.

LEVI, ERIK, *Music in the Third Reich*, Londres, 1994.

LEVI, PRIMO, *If This Is a Man*, Londres, 1957 (1948). [Hay trad. cast: *Si esto es un hombre*, El Aleph, Barcelona, 2002.]

LEVINE, HILLEL, *In Search of Sugihara: The Elusive Japanese Diplomat Who Risked His Life to Rescue 10,000 Jews from the Holocaust*, Nueva York, 1996.

LEVINE, PAUL A., *From Indifference to Activism: Swedish Diplomacy and the Holocaust*, Uppsala, 1996.

LEWANDOWSKI, JOZEF, «Early Swedish Information about the Nazis' Mass Murder of the Jews», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 13 (2000), pp. 113-127.

LEWINSKI, JERZY, «The Death of Adam Czerniakow and Janusz Korcak's Last Journey», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 7 (1992), pp. 224-253.

LEWY, GUENTER, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Nueva York, 2000.

LIDDELL HART, BASIL H. (ed.), *The Rommel Papers*, Londres, 1953.

LIFTON, ROBERT JAY, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Londres, 1986.

LONGERICH, PETER, «Nationalsozialistische Propaganda», en KARL DIETRICH BRACHER *et al*. (eds.), *Deutschland 1933-1945: Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrschaft*, Düsseldorf, 1993, pp. 291-314.

—, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Múnich, 1998.

—, *Der ungeschriebene Befehl: Hitler und der Weg zur «Endlösung»*, Múnich, 2001.

—, *«Davon haben wir nichts gewusst!» Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Múnich, 2006.

— y POHL, DIETER (eds.), *Die Ermordung der europaïschen Juden: Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941-1945*, Múnich, 1989, pp. 167-169.

LOWER, WENDY, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill, N.C., 2005.

LUCZAK, CZESLAW, «Landwirtschaft und Ernährung in Polen während der deutschen Besatzungszeit 1939-1945», en BERND MARTIN y ALAN S. MILWARD (eds.), *Agriculture and Food Supply in the Second World War*, Ostfildern, 1985, pp. 117-127.

LUDWIG, KARL-HEINZ, *Technik und Ingenieure im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1974.

MAASE, KASPAR, *Grenzenloses Vergnügen: Der Aufstieg der Massenkultur 1850-1970*, Frankfurt, 1997.

MCCARTHY, JAMIE *et al*., «The Ruins of the Gas Chambers: A Forensic Investigation of Crematoriums at Auschwitz I and Auschwitz-Birkenau», *Holocaust and Genocide Studies*, 18 (2004), pp. 68-103.

MACQUEEN, MICHAEL, «The Conversion of Looted Jewish Assets to Run the German War Machine», *Holocaust and Genocide Studies*, 18 (2004), pp. 27-45.

MADAJCZYK, CZESLAW, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen 1939-1945*, Colonia, 1988 (1970).

— *et al*. (eds.), *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan: Dokumente*, Múnich, 1994.

MAERTZ, GREGORY, *The Invisible Museum: The Secret Postwar History of Nazi Art*, New Haven, Conn., 2008.

MAIER, DIETER, *Arbeitseinsatz und Deportation: Die Mitwirkung der Arbeitsverwaltung bei der nationalsozialistischen Judenverfolgung in den Jahren 1938-1945*, Berlín, 1994.

MAIER, KLAUS A., «The Battle of Britain», en *GSWW*, vol. II, pp. 374-407.

MAMMACH, KLAUS, *Der Volkssturm: Bestandteil des totalen Kriegseinsatzes der deutschen Bevölkerung 1944/45*, Berlín, 1981.

MANOSCHEK, WALTER, *«Serbien ist judenfrei»: Militärische Besatzungspolitik und Judenvernichtung in Serbien 1941/42*, Múnich, 1993.

—, «"Gehst mit Juden erschiessen?" Die Vernichtung der Juden in Serbien», en HEER y NAUMANN (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 39-56.

— (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg: Der Vernichtungskrieg hinter der Front*, Viena, 1996.

—, «Partisanenkrieg und Genozid: Die Wehrmacht in Serbien 1941», en *idem* (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg*, pp. 142-167.

— (ed.), *«Es gibt nur Eines für das Judentum: Vernichtung»: Das Judenbild in deutschen Soldatenbriefen 1939-1941*, Hamburgo, 1997 (1995).

—, «Die Vernichtung der Juden in Serbien», en Ulrich Herbert (ed.), *Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945: Neue Forschungen und Kontroversen*, Frankfurt, 1998, pp. 209-234.

—, «Krajevo - Kragujevac - Kalavryta: Die Massaker der 717. Infanteriedivision bzw. 117. Jägerdivision am Balnak», en DROULIA y FLEISCHER (eds.), *Von Lidice bis Kalavryta*, pp. 93-104.

MANTELLI, BRUNELLO, «Von der Wanderarbeit zur Deportation: Die italienischen Arbeiter in Deutschland 1938-1945», en HERBERT (ed.), *Europa und der «Reichseinsatz»*, pp. 51-89.

MARRUS, MICHAEL R. (ed.), *The Nazi Holocaust: Historical Articles on the Destruction of European Jews* (5 vols.), Westport, Conn., 1989.

— y PAXTON, ROBERT O., *Vichy France and the Jews*, Nueva York, 1981.

MASCHMANN, MELITA, *Account Rendered: A Dossier on my Former Self*, Londres, 1964.

MASER, WERNER (ed.), *Hitlers Briefe und Notizen: Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten*, Düsseldorf, 1973.

MASON, TIM, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»*, Oxford, 1995.

MASSIN, BENOT, «Mengele, die Zwillingsforschung und die "Auschwitz-Dahlem Connection"», en CAROLA SACHSE (ed.), *Die Verbindung nach Auschwitz: Biowissenschaften und Menschenversuche an Kaiser-Wilhelm-Instituten: Dokumentation eines Symposiums*, Gotinga, 2003, pp. 201-254.

MATTHÄUS, JÜRGEN, «Jenseits der Grenze: Die ersten Massenerschiessungen von Juden in Litauen (Juni-August 1941)», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 44 (1996), pp. 97-117.

—, «Ausbildungsziel Judenmord? Zum Stellenwert der "weltanschaulichen Erziehung" von SS und Polizei im Rahmen der "Endlösung"», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 47 (1999), pp. 677-699.

— *et al*. (eds.), *Ausbildungsziel Judenmord? «Weltanschauliche Erziehung» von SS, Polizei und Waffen-SS im Rahmen der «Endlösung»*, Frankfurt, 2003.

MAWDSLEY, EVAN, *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War 1941-1945*, Londres, 2005.

MAY, ERNEST R., *Strange Victory: Hitler's Conquest of France*, Nueva York, 2000.

MAZOWER, MARK, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation 1941-44*, Londres, 1993.

—, *Salonica: City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews 1430-1950*, Londres, 2004.

—, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008. [Hay trad. cast: *El imperio de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2008.]

MEIER-WELCKER, HANS, *Aufzeichnungen eines Generalstabsoffiziers 1939-1942*, Freiburg im Breisgau, 1982.

MELIS, DAMIAN VAN, *Entnazifizierung in Mecklenburg-Vorpommern: Herrschaft und Verwaltung 1945-1948*, Múnich, 1999.

MERRIDALE, CATHERINE, *Ivan's War: The Red Army 1939-1945*, Londres, 2005. [Hay trad. cast.: *La guerra de los ivanes*, Debate, Barcelona, 2007.]

MESSERSCHMIDT, MANFRED, «Partisanenkrieg auf dem Balkan, Ziele, Methoden, "Rechtfertigung"», en DROULIA y FLEISCHER (eds.), *Von Lidice bis Kalavryta*, pp. 65-91.

— y WÜLLNER, FRITZ, *Die Wehrmachtjustiz im Dienste des Nationalsozialismus: Zerstörung einer Legende*, Baden-Baden, 1987.

MEYER, AHLRICH, *Die deutsche Besatzung in Frankreich 1940-1944: Widerstandbekämpfung und Judenverfolgung*, Darmstadt, 2000.

—, *Täter im Verhör: Die Endlosung der Judenfrage in Frankreich 1940-1944*, Darmstadt, 2005.

MEYER, BEATE, *«Jüdische Mischlinge»: Rassenpolitik und Verfolgungserfahrung 1933-1945*, Hamburgo, 1999.

MEYER, MARCUS, *«...uns 100 Zivilausländer umgehend zu beschaffen»: Zwangsarbeit bei den Bremer Stadtwerken 1939-1945*, Bremen, 2002.

MICHAELIS, MEIR, *Mussolini and the Jews: German-Italian Relations and the Jewish Question in Italy, 1922-1945*, Oxford, 1978.

MICHALKA, WOLFGANG (ed.), *Das Dritte Reich* (2 vols.), Múnich, 1985.

MICHMAN, DAN (ed.), *Belgium and the Holocaust: Jews, Belgians, Germans*, Jerusalén, 1998.

MIDDLEBROOK, MARTIN, *The Battle of Hamburg: Allied Bomber Forces against a German City in 1943*, Londres, 1980.

MILITÄRGESCHICHTLICHES FORSCHUNGSAMT (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (10 vols.), Stuttgart/Múnich, 1979-2008; ed. inglesa: *Germany and the Second World War* (10 vols.), Oxford, 1990 - (1979- ).

MILLER, MARSHALL LEE, *Bulgaria during the Second World War*, Stanford, Calif., 1975.

MILTON, SYBIL H., «The Expulsion of Polish Jews from Germany, October 1938 to July 1939: A Documentation», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 29 (1984), pp. 169-174.

—, «"Gypsies" as Social Outsiders in Nazi Germany», en ROBERT GELLATELY y NATHAN STOLZFUS (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton, N.J., 2001.

MILWARD, ALAN S., «Hitlers Konzept des Blitzkrieges», en ANDREAS HILLGRUBER (ed.), *Probleme des Zweiten Weltkrieges*, Colonia, 1967, pp. 19-40.

—, *The Fascist Economy in Norway*, Oxford, 1972.

—, *The New Order and the French Economy*, Oxford, 1984.

—, *The German Economy at War*, Londres, 1985.
—, *War, Economy and Society 1939-1945*, Londres, 1987 (1977), p. 137.
MOELLER, ROBERT G., *War Stories: The Search for a Usable Past in the Federal Republic of Germany*, Berkeley, Calif., 2001.
MOLOTOV, VYACHESLAV M. *et al*., *Soviet Government Statements on Nazi Atrocities*, Londres, 1945.
MOLTMANN, GÜNTER, «Goebbels' Speech on Total War, February 18, 1943», en Hajo Holborn (ed.), *Republic to Reich: The Making of the Nazi Revolution: Ten Essays*, Nueva York, 1973 (1972), pp. 298-342.
MOMMSEN, HANS, «Social Views and Constitutional Plans of the Resistance», en HERMANN GRAML *et al*., *The German Resistance to Hitler*, Londres, 1970 (1966), pp. 55-147.
—, «Die moralische Wiederherstellung der Nation: Der Widerstand gegen Hitler war von einer antisemitischen Grundhaltung getragen», *Süddeutsche Zeitung*, 21 de julio de 1999, p. 15.
— y MANFRED GRIEGER, *Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1996, pp. 544-565.
MOORE, BOB (ed.), *Victims and Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands, 1940-1945*, Londres, 1997.
—, *Resistance in Western Europe*, Oxford, 2000.
MOORHOUSE, ROGER, *Killing Hitler: The Third Reich and the Plots against the Führer*, Londres, 2006. [Hay trad. cast.: *Matar a Hitler: conspiraciones y atentados contra el Führer*, Debate, Barcelona, 2008.]
MORLEY, JOHN F., *Vatican Diplomacy and the Jews during the Holocaust, 1939-1945*, Nueva York, 1980.
MOUTON, MICHELLE, *From Nurturing the Nation to Purifying the Volk: Weimar and Nazi Family Policy, 1918-1945*, Nueva York, 2007.
MÜLLER, KLAUS-JÜRGEN y UEBERSCHÄR, GERD, *Kriegsende 1945: Die Zerstörung des deutschen Reiches*, Frankfurt, 1994.
MÜLLER, MAX, «Der Tod des Reichsministers Dr Fritz Todt», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 18 (1967), pp. 602-605.
MÜLLER, ROLAND (ed.), *Stuttgart zur Zeit des Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1988.
—, *Krankenmord im Nationalsozialismus: Grafeneck und die «Euthanasie» in Südwestdeutschland*, Stuttgart, 2001.
MÜLLER, ROLF-DIETER, «The Failure of the Economic "Blitzkrieg Strategy"», en *GSWW*, vol. IV, pp. 1.061-1.068.
—, «The Mobilization of the German Economy for Hitler's War Aims», en *GSWW*, vol. V/I, pp. 407-4486.
—, «"Was wir an Hunger ausstehen müssen, könnt Ihr Euch gar nicht denken": Eine Armee verhungert», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, pp. 131-145.
—, «Albert Speer and Armaments Policy in Total War», en *GSWW*, vol. V/II, pp. 293-832.
—, *Der Manager der Kriegswirtschaft: Hans Kehrl: Ein Unternehmer in der Politik des «Dritten Reiches»*, Essen, 1999.
—, «Der Zusammenbruch des Wirtschaftslebens und die Anfänge des Wiederaufbaus», en *DRZW*, vol. X/II, pp. 55-378.
MÜLLER, SVEN OLIVER, «Nationalismus in der deutschen Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945», en *DRZW*, vol. IX/II, pp. 9-92.
MUSIAL, BOGDAN, *«Konterrevolutionäre Elemente sind zu erschiessen»: Die Brutalisierung des deutsch-sowjetischen Krieges im Sommer 1941*, Berlín, 2000.

NAASNER, WALTER, *Neue Machtzentren in der deutschen Kriegswirtschaft 1942-1945*, Boppard, 1994.
—, *SS-Wirtschaft und SS-Verwaltung*, Düsseldorf, 1998.
NAIMARK, NORMAN M., *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Londres, 2001.
NÉMIROVSKY, IRÈNE, *Suite Française*, Londres, 2007 (2004). [Hay trad. cast.: *Suite francesa*, Salamandra, Barcelona, 2005.]
NEUFELD, MICHAEL J., *The Rocket and the Reich: Peenemünde and the Coming of the Ballistic Missile Era*, Nueva York, 1995.
NEUMANN, FRANZ, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism 1933-1944*, Nueva York, 1944 (1942).
NICHOLAS, LYNN, *The Rape of Europa: The Fate of Europe's Treasures in the Third Reich and the Second World War*, Nueva York, 1994. [Hay trad. cast.: *El saqueo de Europa: el destino de los tesoros artísticos europeos durante el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial*, Ariel, Barcelona, 2007.]
NIETHAMMER, LUTZ (ed.), *Die Mitläuferfabrik: Die Entnazifizierung am Beispiel Bayerns*, Berlín, 1992.
—, *Der «gesäuberte» Antifaschismus: Die SED und die rotten Kapos von Buchenwald*, Berlín, 1994.
NIVEN, BILL, *Facing the Nazi Past: United Germany and the Legacy of the Third Reich*, Londres, 2002.
NOAKES, JEREMY (ed.), *Nazism 1919-1945*, vol. IV, *The German Home Front in World War II: A Documentary Reader*, Exeter, 1998.
— y PRIDHAM, GEOFFREY (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. III, *Foreign Policy, War and Racial Extermination: A Documentary Reader*, Exeter, 1988.
NOLZEN, ARMIN, «"Sozialismus der Tat"? Die Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (NSV) und der alliierte Luftkrieg gegen das deutsche Reich», en SÜSS (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 57-70.
NOWAK, KURT, *«"Euthanasie" und Sterilisierung im "Dritten Reich"- Die Konfrontation der evangelischen und katholischen Kirche mit dem "Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses" und der "Euthanasie"- Aktion*, Gotinga, 1984 (1977).
—, «Widerstand, Zustimmung, Hinnahme: Das Verhalten der Bevölkerung zur "Euthanasie"», en NORBERT FREI (ed.), *Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit*, Múnich, 1991, pp. 235-251.
OBENAUS, HERBERT, «Der Kampf um das tägliche Brot», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 841-873.
O'BRIEN, MARY-ELIZABETH, «The Celluloid War: Packaging War for Sale in Nazi Home-Front Films», en ETLIN (ed.), *Art*, pp. 158-180.
OFER, DALIA, «Life in the Ghettos of Transnistria», *Yad Vashem Studies*, 25 (1996), pp. 229-274.
OGORRECK, RALF, *Die Einsatzgruppen und die «Genesis der Endlösung»*, Berlín, 1996.
ORTH, KARIN, «Die Kommandanten der nationalsozialistischen Konzentrationslager», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 755-786.
—, «Gab es eine Lagergesellschaft? "Kriminelle" und politische Häftlinge im Konzentrationslager», en FREI *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 109-133.
OTTER, ANNE SOFIE VON *et al*., *Terezín/Theresienstadt*, Deutsche Grammophon Gesellschaft, 2007.
OTTMER, HANS-MARTIN, *«Weserübung»: Der deutsche Angriff auf Dänemark und Norwegen im April 1940*, Múnich, 1994.
OUSBY, IAN, *Occupation: The Ordeal of France 1940-1944*, Londres, 1997.
OVERMANS, RÜDIGER, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkriege*, Múnich, 1999.

OVERY, RICHARD J., «Guns or Butter? Living Standards, Finance, and Labour in Germany, 1939-1942», en *idem*, *War and Economy in the Third Reich*, pp. 259-314.

—, «Rationalization and the "Production Miracle" in Germany during the Second World War», en *idem*, *War and Economy in the Third Reich*, pp. 343-356.

—, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.

—, *Why the Allies Won*, Londres, 1995. [Hay trad. cast.: *Por qué ganaron los aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005.]

—, *The Battle*, Londres, 2000.

—, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*, Londres, 2001. [Hay trad. cast.: *Interrogatorios: el Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets, Barcelona, 2003.]

— *et al*., *Die «Neuordnung» Europas: NS-Wirtschaftspolitik in den besetzten Gebieten*, Berlín, 1997.

PADFIELD, PETER, *Himmler: Reichsführer-SS*, Londres, 1990. [Hay trad. cast.: *Himmler: el líder de las SS y la Gestapo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.]

PARIS, EDMOND, *Genocide in Satellite Croatia 1941-1945: A Record of Racial and Religious Persecution and Massacres*, Chicago, Ill., 1961.

PÄTZOLD, KURT (ed.), *Verfolgung, Vertreibung, Vernichtung: Dokumente des faschistischen Antisemitismus 1933 bis 1942*, Frankfurt, 1984.

PAUL, GERHARD, «"Diese Erschiessungen haben mich innerlich gar nicht mehr berührt": Die Kriegsendphasenverbrechen der Gestapo 1944/45», en *idem* y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg: «Heimatfront» und besetztes Europa*, Darmstadt, 2000, pp. 543-568.

PAULSSON, GUNNAR S., *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw, 1940-1945*, Londres, 2003.

—, «The Bridge over the Øresund: The Historiography on the Expulsion of the Jews from Nazi-occupied Denmark», en CESARANI (ed.), *Holocaust*, vol. V, pp. 99-127.

PAXTON, ROBERT O., *Vichy France: Old Guard and New Order, 1940-1944*, Londres, 1972. [Hay trad. cast: *La Francia de Vichy*, Noguer, Barcelona, 1974.]

PAYNE, STANLEY G., *A History of Fascism 1914-45*, Londres, 2001 (1995). [Hay trad. cast: *Historia del fascismo*, Planeta, Barcelona, 1995.]

PELT, ROBERT JAN VAN, «A Site in Search of a Mission», en GUTMAN y BERENBAUM (eds.), *Anatomy*, pp. 93-156.

PERZ, BERTRAND, y SANDKÜHLER, THOMAS, «Auschwitz und die "Aktion Reinhard" 1942-1945: Judenmord und Raubpraxis in neuer Sicht», *Zeitgeschichte*, 26 (2000), pp. 283-316.

PETROPOULOS, JONATHAN, *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany*, Londres, 2000.

PEUKERT, DETLEV J. K., *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr 1933-1945*, Wuppertal, 1980.

—, «Arbeitslager und Jugend-KZ: Die Behandlung "Gemeinschaftsfremder" im Dritten Reich», en *idem* y JÜRGEN REULECKE (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus*, Wuppertal, 1981, pp. 413-434.

—, «Der deutsche Arbeiterwiderstand 1933-1945», en KLAUS-JÜRGEN MÜLLER (ed.), *Der deutsche Widerstand 1933-1945*, Paderborn, 1986, pp. 157-181.

PFAHLMANN, HANS, *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene in der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945*, Darmstadt, 1968.

PFEIFFER, JÜRGEN, «Neuropathologische Forschung an "Euthanasie"-Opfern in zwei Kaiser-Wilhelm-Instituten», en KAUFMANN (ed.), *Geschichte der Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft*, vol. I, pp. 151-173.

PHAYER, MICHAEL, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Bloomington, Ind., 2000.

PIEPER, WERNER (ed.), *Nazis on Speed: Drogen im 3. Reich*, Loherbach, 2002.
PIETROW-ENNKER, BIANKA, «Die Sowjetunion in der Propaganda des Dritten Reiches: Das Beispiel der Wochenschau», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 46 (1989), pp. 79-120.
PINCHUK, BEN-CION, *Shtetl Jews under Soviet Rule: Eastern Poland on the Eve of the Holocaust*, Oxford, 1990.
PIOTROWSKI, TADEUSZ, *Poland's Holocaust: Ethnic Strife, Collaboration with Occupying Forces, and Genocide in the Second Republic, 1918-1947*, Jefferson, N.C., 1998.
PLEYER, KLEO, *Volk im Feld*, Hamburgo, 1943.
PLUM, GÜNTER, «Deutsche Juden oder Juden in Deutschland?», en BENZ (ed.), *Die Juden*, pp. 35-74.
PODRANSKI, THOMAS, *Deutsche Siedlungspolitik im Osten: Die verschiedenen Varianten des Generalplan Ost der SS*, Berlín, 2001.
POHL, DIETER, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord: Der Distrikt Lublin des Generalgouvernements 1939-1944*, Frankfurt, 1993.
—, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens*, Múnich, 1996.
—, «Hans Krüger and the Murder of the Jews in the Stanislawów Region (Galicia)», *Yad Vashem Studies*, 26 (1998), pp. 259-264.
—, «Schauplatz Ukraine: Der Massenmord an den Juden im Militärverwaltungsgebiet und im Reichskommissariat 1941-1945», en FREI *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 135-173.
POLIAKOV, LEON y WULF, JOSEF (eds.), *Das Dritte Reich und seine Diener*, Frankfurt, 1959.
POLONSKY, ANTONY, «Beyond Condemnation, Apologetics and Apologies: On the Complexity of Polish Behaviour Towards the Jews during the Second World War», en ROGER BULLEN, HARTMUT POGGE VON STRANDMANN y ANTONY POLONSKY (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History 1880 to 1950*, Londres, 1984.
—, «The German Occupation of Poland during the First and Second World Wars», en ROY A. PRETE y A. HAMISH ION (eds.), *Armies of Occupation*, Waterloo, Ontario, 1984, pp. 97-142.
PÖPPEL, MARTIN, *Heaven and Hell: The War Diary of a German Paratrooper*, Staplehurst, 1988.
PORAT, DINA, «The Legend of the Struggle of Jews from the Third Reich in the Ninth Fort Near Kovno, 1941-1942», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, 20 (1991), pp. 363-192.
—, «The Vilna Proclamation of January 1, 1942, in Historical Perspective», *Yad Vashem Studies*, 25 (1996), pp. 99-136.
PORTER, BRIAN, «Making a Space for Antisemitism: The Catholic Hierarchy and the Jews in the Early Twentieth Century», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 16 (2003), pp. 415-429.
POWERS, THOMAS, *Heisenberg's War: The Secret History of the German Bomb*, Boston, 1993.
POZNANSKI, RENÉE, *Jews in France during World War II*, Hanover, 2001 (1994).
PRÄG, WERNER y JACOBMEYER, WOLFGANG (eds.), *Das Diensttagebuch des deutschen General gouverneurs in Polen 1939-1945*, Stuttgart, 1975.
PRESTON, PAUL, «Franco and Hitler: The Myth of Hendaye 1940», *Contemporary European History*, 1 (1992), pp. 1-16.
—, *Franco: A Biography*, Londres, 1993. [Hay trad. cast.: *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1998.]
PRICE, ALFRED, *Blitz on Britain*, Shepperton, 1977.
PRIEBERG, FRED K., *Musik im NS-Staat*, Frankfurt, 1989 (1982).
—, *Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler and the Third Reich*, Londres, 1991 (1986).
PRINGLE, HEATHER, *The Master Plan: Himmler's Scholars and the Holocaust*, Nueva York, 2006.
PROCTOR, ROBERT N., *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Cambridge, Mass., 1988.

QUINKERT, BABETTE (ed.), *«Wir sind die Herren dieses Landes»: Ursachen, Verlauf und Folgen des deutschen Überfalls auf die Sowjetunion*, Hamburgo, 2002.

QUISLING, VIDKUN, *Quisling ruft Norwegen! Reden und Aufsätze*, Múnich, 1942.

RAHN, WERNER, «The War at Sea in the Atlantic and in the Arctic Ocean», en *GSWW*, vol. VI, pp. 301-468.

RASS, CHRISTOPH, «Das Sozialprofil von Kampfverbänden des deutschen Heeres 1939 bis 1945», en *DRZW*, vol. IX/I, pp. 641-741.

RATHKOLB, OLIVER, «Zwangsarbeit in der Industrie», en *DRZW*, vol. IX/II, pp. 667-728.

REBENTISCH, DIETER, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1989.

REDDEMANN, KARL (ed.), *Zwischen Front und Heimat: Der Briefwechsel des münsterischen Ehepaares Agnes und Albert Neuhaus 1940-1944*, Münster, 1996.

REDLICH, FRITZ, *Hitler: Diagnosis of a Destructive Prophet*, Nueva York, 1998.

REICHEL, PETER, *Politik mit der Erinnerung: Gedächtnisorte im Streit um die nationalsozialistische Vergangenheit*, Frankfurt, 1999 (1995).

REICH-RANICKI, MARCEL, *The Author of Himself: The Life of Marcel Reich-Ranicki*, Londres, 2001 (1999). [Hay trad. cast.: *Mi vida*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2001.]

REIFARTH, DIETER y SCHMIDT-LINSENHOFF, VIKTORIA, «Die Kamera der Täter», en HEER y NAUMANN (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 475-503.

REILLY, JOANNE, *Belsen: The Liberation of a Concentration Camp*, Londres, 1998.

REMY, STEVEN P., *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University*, Cambridge, Mass., 2002.

RENTSCHLER, ERIC, *The Ministry of Illusion: Nazi Cinema and its Afterlife*, Cambridge, Mass., 1996.

REUBAND, KARL-HEINZ, «"Jud Süss" und "Der ewige Jude" als Prototypen antisemitischer Filmpropaganda im Dritten Reich: Entstehungsbedingungen, Zuschauerstrukturen und Wirkungspotential», en MICHEL ANDEL *et al*. (eds.), *Propaganda, (Selbst) Zensur, Sensation: Grenzen von Presseund Wissenschaftsfreiheit in Deutschland und Tschechien seit 1871*, Essen, 2005, pp. 89-148.

REUTH, RALF GEORG, *Goebbels: Eine Biographie*, Múnich, 1995 (1990).

REYNOLDS, DAVID, *The Creation of the Anglo-American Alliance, 1937-1941: A Study in Competitive Co-operation*, Londres, 1981.

—, *From Munich to Pearl Harbor: Roosevelt's America and the Origins of the Second World War*, Chicago, 2001.

RICHARDSON, HORST F., *Sieg Heil! War Letters of Tank Gunner Karl Fuchs, 1937-1941*, Hamden, Conn., 1987.

RIES, TOMAS, *Cold Will: The Defence of Finland*, Londres, 1988.

RIESS, VOLKER, *Die Anfänge der Vernichtung «lebensunwerten Lebens» in den Reichsgauen Danzig-Westpreussen und Wartheland 1939/40*, Frankfurt, 1995.

RINGELBLUM, EMANUEL, *Notes from the Warsaw Ghetto: The Journal of Emanuel Ringelblum*, Nueva York, 1958 (1952). [Hay trad. cast.: *Crónica del gueto de Varsovia*, Alba, Barcelona, 2003.]

—, *Polish-Jewish Relations during the Second World War*, Jerusalén, 1974, pp. 23-57.

RISTOVIĆ, MILAN, «Yugoslav Jews Fleeing the Holocaust, 1941-1945», en JOHN K. ROTH y ELISABETH MAXWELL (eds.), *Remembering for the Future: The Holocaust in an Age of Genocide* (3 vols.), Londres, 2001, vol. I, pp. 512-526.

ROBERTS, GEOFFREY, *Stalin's Wars: From World War to Cold War, 1939-1953*, Londres, 2006.

ROHDE, HORST, «Hitler's First Blitzkrieg and Its Consequences for Northeastern Europe», en *GSWW*, vol. II, pp. 67-150.

RÖHM, EBERHARD y THIERFELDER, JÖRG, *Juden, Christen, Deutsche 1933-1945* (3 vols.), Stuttgart, 1990-1998.

RÖHR, WERNER, «Zum Zusammenhang von nazistischer Okkupationspolitik in Polen und dem Völkermord an den polnischen Juden», en *idem et al*. (eds.), *Faschismus und Rassismus: Kontroversen um Ideologie und Opfer*, Berlín, 1992, pp. 300-316.

—, «Zur Wirtschaftspolitik der deutschen Okkupanten in Polen 1939-1945», en DIETRICH EICHHOLTZ (ed.), *Krieg und Wirtschaft: Studien zur deutschen Wirtschaftsgeschichte 1939-1945*, Berlín, 1999.

ROLAND, CHARLES G., *Courage under Siege: Starvation, Disease, and Death in the Warsaw Ghetto*, Nueva York, 1992.

ROLOFF, STEFAN, «Die Entstehung der Roten Kapelle und die Verzerrung ihrer Geschichte im Kalten Krieg», en KARL HEINZ ROTH y ANGELIKA EBBINGHAUS (eds.), *Rote Kapellen - Kreisauer Kreise - Schwarze Kapellen: Neue Sichtweisen auf den Widerstand gegen die NS-Diktatur 1938-1945*, Hamburgo, 2004, pp. 186-205.

ROSEMAN, MARK, *The Past in Hiding*, Londres, 2000.

—, *The Wannsee Conference and the Final Solution: A Reconsideration*, Nueva York, 2002. [Hay trad. cast.: *La villa, el lago, la reunión: la conferencia de Wannsee y la Solución Final*, RBA, Barcelona, 2002.]

ROSSINO, ALEXANDER B., «Nisko - Ein Ausnahmefall unter den Judenlagern der SS», *VfZ*, 40 (1992), pp. 95-106.

—, «Destructive Impulses: German Soldiers and the Conquest of Poland», *Holocaust and Genocide Studies*, 11 (1997), pp. 351-365.

—, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology, and Atrocity*, Lawrence, Kans., 2003.

—, «Polish "Neighbors" and German Invaders: Anti-Jewish Violence in the Bialystok District during the Opening Weeks of Operation Barbarossa», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 16 (2003), pp. 431-452.

RÖSSLER, MECHTHILD y SCHLEIERMACHER, SABINE, *Der «Generalplan Ost»: Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs-und Vernichtungspolitik*, Berlín, 1993.

ROST, KARL LUDWIG, *Sterilisation und Euthanasie im Film des «Dritten Reiches»: Nationalsozialistische Propaganda in ihrer Beziehung zu rassenhygienischen Massnahmen des NS-Staates*, Berlín, 1984.

ROTH, KARL HEINZ, «Strukturen, Paradigmen und Mentalitäten in der luftfahrtmedizinischen Forschung des "Dritten Reichs": Der Weg ins Konzentrationslager Dachau», *1999. Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 15 (2000), pp. 49-77.

—, «Tödliche Höhen: Die Unterdruckkammer-Experimente im Konzentrationslager Dachau und ihre Bedeutung für die luftfahrtmedizinische Forschung des "Dritten Reichs"», en EBBINGHAUS y DÖRNER (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 110-151.

— y GÖTZ ALY, «Das "Gesetz über die Sterbehilfe bei unheilbar Kranken": Protokolle der Diskussion über die Legalisierung der nationalsozialistischen Anstaltsmorde in den Jahren 1938-1941», en KARL HEINZ ROTH (ed.), *Erfassung zur Vernichtung: Von der Sozialhygiene zum «Gesetz über Sterbehilfe»*, Berlín, 1984, pp. 101-179.

ROTHKIRCHEN, LIVIA, «The Situation of the Jews in Slovakia between 1939 and 1945», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, 7 (1998), pp. 46-70.

ROZETT, ROBERT, «Jewish and Hungarian Armed Resistance in Hungary», *Yad Vashem Studies*, 19 (1988), pp. 269-288.

RUBINSTEIN, WILLIAM D., *The Myth of Rescue: Why the Democracies Could not Have Saved More Jews from the Nazis*, Londres, 1997.

RUHM VON OPPEN, BEATE (ed.), *Helmuth James von Moltke: Letters to Freya, 1939-1945*, Londres, 1991.

RUPP, LEILA J., *Mobilizing Women for War: German and American Propaganda 1939-1945*, Princeton, N.J., 1978.

RUSINEK, BERND-A., *Gesellschaft in der Katastrophe: Terror, Illegalität, Widerstand - Köln 1944/45*, Essen, 1989.

RÜTHER, MARTIN (ed.), *«Zu Hause könnten sie es nicht schöner haben!» Kinderlandverschickung aus Köln und Umgebung 1941-1945*, Colonia, 2000.

RUTHERFORD, PHILIP T., *Prelude to the Final Solution: The Nazi Program for Deporting Ethnic Poles, 1939-1941*, Lawrence, Kans., 2007.

SAFRIAN, HANS, *Die Eichmann-Männer*, Viena, 1993.

—, «Komplizen des Genozids: Zum Anteil der Heeresgruppe Süd an der Verfolgung und Ermordung der Juden in der Ukraine 1941», en MANOSCHEK (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg*, pp. 90-115.

SALEWSKI, MICHAEL, *Die deutsche Seekriegsleitung 1935-1945*, Frankfurt, 1970.

SALISBURY, HARRISON E., *The 900 Days: The Siege of Leningrad*, Londres, 1969. [Hay trad. cast.: *Los novecientos días*, Plaza Janés, Barcelona, 1970.]

SANDKÜHLER, THOMAS, *«Endlösung» in Galizien: Der Judenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen von Berthold Beitz, 1941-1944*, Bonn, 1996.

SATLOFF, ROBERT, *Among the Righteous: Lost Stories from the Holocaust's Long Reach into Arab Lands*, Nueva York, 2006.

SCHÄFER, HARALD, *Napola: Die letzten vier Jahre der Nationalpolitischen Erziehungsanstalt Oranienstein bei Dietz an der Lahn 1941-1945: Eine Erlebnis-Dokumentation*, Frankfurt, 1997.

SCHARF, EGINHARD, *«Man machte mit uns, was man wollte»: Ausländische Zwangsarbeiter in Ludwigshafen am Rhein 1939-1945*, Hamburgo, 2004.

SCHEFFLER, WOLFGANG, «The Forgotten Part of the "Final Solution": The Liquidation of the Ghettos», *Simon Wiesenthal Centre Annual*, 2 (1985), pp. 31-51.

SCHELACH, MENACHEM, «Sajmiste - An Extermination Camp in Serbia», *Holocaust and Genocide Studies*, 2 (1987), pp. 243-260.

SCHELLENBERG, WALTER, *Invasion 1940: The Nazi Invasion Plan for Britain*, Londres, 2000.

—, *The Memoirs of Hitler's Spymaster*, Londres, 2006 (1956). [Hay trad. cast.: *Al servicio de Hitler: memorias del jefe del espionaje nazi*, Belacqua, Barcelona, 2005.]

SCHENK, DIETER, *Hitlers Mann in Danzig: Gauleiter Forster und die NS-Verbrechen in Danzig-Westpreussen*, Bonn, 2000.

SCHEPPING, WILHELM, «Zeitgeschichte im Spiegel eines Liedes», en GÜNTER NOLL y MARIANNE BRÖCKER (eds.), *Musikalische Volkskunde aktuell*, Bonn, 1984, pp. 435-464.

SCHEUER, ALOIS (ed.), *Briefe aus Russland: Feldpostbriefe des Gefreiten Alois Scheuer 1941-1942*, St. Ingbert, 2000.

SCHEURIG, BODO, *Henning von Tresckow: Ein Preusse gegen Hitler*, Frankfurt, 1987.

SCHLABRENDORFF, FABIAN VON, *Revolt against Hitler: The Personal Account of Fabian von Schlabrendorff*, Londres, 1948. [Hay trad. cast.: *La oposición bajo Hitler*, Cid, Madrid, 1967.]

SCHMALTZ, FLORIAN, *Kampfstoff-Forschung im Nationalsozialismus: Zur Kooperation von Kaiser-Wilhelm-Instituten, Militär und Industrie*, Gotinga, 2005.

—, «Neurosciences and Research on Chemical Weapons of Mass Destruction in Nazi Germany», *Journal of the History of Neurosciences*, 15 (2006), pp. 186-209.

SCHMIDT, MATTHIAS, *Albert Speer: Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Berna, 1982.

SCHMIDT, RAINER F., «Der Hess-Flug und das Kabinett Churchill», *VfZ*, 42 (1994), pp. 1-38.

SCHMIDT, ULF, «Reassessing the Beginning of the "Euthanasia" Programme», *German History*, 17 (1999), pp. 543-550.

—, *Karl Brandt: The Nazi Doctor: Medicine and Power in the Third Reich*, Londres, 2007.

SCHMIDT, UTA C., «Radioaneignung», en INGE MARSSOLEK y ADELHEID VON SALDERN (eds.), *Zuhören und Gehörtwerden* (2 vols.), Tubinga, 1998, vol. I: *Radio im Nationalsozialismus: Zwischen Lenkung und Ablenkung*, pp. 243-360.

SCHMUHL, HANS-WALTER, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vernichtung «lebensunwerten Lebens», 1890-1945*, Gotinga, 1987.

—, «Die Patientenmorde», en Ebbinghaus y Dörner (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 295-328.

— (ed.), *Rassenforschung an Kaiser-Wilhelm-Instituten vor und nach 1933*, Gotinga, 2003.

SCHNELL, RALF, *Literarische innere Emigration 1933-1945*, Stuttgart, 1976.

SCHREIBER, GERHARD, «Germany, Italy, and South-east Europe: From Political and Economic Hegemony to Military Aggression», en *GSWW*, vol. III, pp. 305-448.

SCHUBERT, GÜNTER, *Das Unternehmen «Bromberger Blutsonntag»: Tod einer Legende*, Colonia, 1989.

SCHULTE, JAN-ERIK, «Zwangsarbeit für die SS: Juden in der Ostindustrie GmbH», en FREI *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 43-74.

—, *Zwangsarbeit und Vernichtung: Das Wirtschaftsimperium der SS: Oswald Pohl und das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt 1933-1945*, Paderborn, 2001.

—, «Das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt und die Expansion des KZ-Systems», en BENZ y DISTEL (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. I, pp. 141-155.

SCHULTE, THEO J., *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*, Oxford, 1989.

SCHULZE, WINFRIED y OEXLE, OTTO (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1999.

SCHWAB, GERALD, *The Day the Holocaust Began: The Odyssey of Herschel Grynszpan*, Nueva York, 1990.

SCHWARZ, ERIKA, *Tagesordnung: Judenmord: Die Wannsee-Konferenz am 20. Januar 1942*, Berlín, 1992.

SCHWENDEMANN, HEINRICH, *Die wirtschaftliche Zusammenarbeit zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion von 1939 bis 1941: Alternative zu Hitlers Ostprogramm*?, Berlín, 1993.

—, «"Deutsche Menschen vor der Vernichtung durch den Bolschewismus zu retten": Das Programm der Regierung Dönitz und der Beginn einer Legendenbildung», en BERND-A. RUSINEK (ed.), *Kriegsende 1945: Verbrechen, Katastrophen, Befreiungen in nationaler und internationaler Perspektive*, Gotinga, 2004, pp. 9-33.

SEBAG-MONTEFIORI, SIMON, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003. [Hay trad. cast.: *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2004.]

SEBASTIAN, MIHAIL, *«Voller Entsetzen, aber nicht verzweifelt»: Tagebücher 1935-44* (ed. Edward Kanterian), Berlín, 2005. [Hay trad. cast.: *Diario (1935-1944)*, Destino, Barcelona, 2003.]

SEGEBERG, HARRO (ed.), *Mediale Mobilmachung*, vol. I: *Das Dritte Reich und der Film*, Múnich, 2004.

SEIDLER, FRANZ, *«Deutscher Volkssturm»: Der letzte Aufgebot 1944/45*, Múnich, 1989.

SEMMENS, KRISTIN, *Seeing Hitler's Germany: Tourism in the Third Reich*, Londres, 2005.

SERAPHIM, HANS-GÜNTER (ed.), *Das Politische Tagebuch Alfred Rosenbergs aus den Jahren 1934/35 und 1939/40*, Múnich, 1964.

SERENY, GITTA, *Into that Darkness: An Examination of Conscience*, Londres, 1977 (1974). [Hay trad. cast.: *En aquellas tinieblas*, Unión Editorial, Madrid, 1978.]

—, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, 1995. [Hay trad. cast.: *Albert Speer: su batalla con la verdad*, Ediciones B, Barcelona, 2006.]

SERVICE, ROBERT, *Stalin: A Biography*, Londres, 2004. [Hay trad. cast.: *Stalin: una biografía*, Siglo XXI, Madrid, 2006.]

SHAPIRO, PAUL A., «The Jews of Chisinau (Kishinev): Romanian Reoccupation, Ghettoization, Deportation», en BRAHAM (ed.), *The Destruction of Romanian and Ukrainian Jews*, pp. 135-194.

SHEPHARD, BEN, *After Daybreak: The Liberation of Belsen, 1945*, Londres, 2005.

SHILS, EDWARD A. y JANOWITZ, MORRIS, «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly*, 12 (1948), pp. 280-315.

SHIRAKAWA, SAM H., *The Devil's Music Master: The Controversial Life and Career of Wilhelm Furtwängler*, Nueva York, 1992.

SHIRER, WILLIAM L., *Berlin Diary*, Londres, 1970 (1941). [Hay trad. cast.: *Diario de Berlín*, Debate, Barcelona, 2008.]

SIEGEL, TILLA, *Leistung und Lohn in der nationalsozialistischen «Ordnung der Arbeit»*, Opladen, 1989.

SIEGFRIED, KLAUS-GEORG, *Das Leben der Zwangsarbeiter im Volkswagenwerk 1939-1945*, Frankfurt, 1988.

SIERAKOWIAK, DAWID, *The Diary of Dawid Sierakowiak* (ed. Alan Adelson), Londres, 1996.

SLESINA, HORST, *Soldaten gegen Tod und Teufel: Unser Kampf in der Sowjetunion: Eine soldatische Deutung*, Düsseldorf, 1942.

SMELSER, RONALD M., y ZITELMANN, RAINER (eds.), *The Nazi Elite*, Basingstoke, 1993 (1989).

SMITH, DENIS MACK, *Mussolini*, Londres, 1987 (1981). [Hay trad. cast.: *Mussolini*, FCE, Madrid, 2001.]

—, *Modern Italy: A Political History*, Londres, 1997 (1959).

SNOWDEN, FRANK, «Latina Province 1944-1950», *Journal of Contemporary History*, 43/3 (2008), pp. 509-576.

SOLLBACH, GERHARD E. (ed.), *Dortmund: Bombenkrieg und Nachkriegsalltag 1939-1945*, Hagen, 1996.

SOLMITZ, LUISE, *Tagebuch* (Staatsarchiv der Freien-und Hansestadt Hamburg, 622-1. 111511-13: Familie Solmitz; transcripciones en Forschungsstelle für Zeitgeschichte, Hamburgo).

SPECTOR, SHMUEL, *The Holocaust of Volhynian Jews: 1941-1944*, Jerusalén, 1990.

SPEER, ALBERT, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Londres, 1975 (1970). [Hay trad. cast.: *Memorias: los recuerdos del arquitecto y ministro de armamento de Hitler*, Barcelona, El Acantilado, 2008.]

—, *Spandau: The Secret Diaries*, Londres, 1976 (1975). [Hay trad. cast.: *Diario de Spandau*, Plaza Janés, Barcelona, 1976.]

SPOERER, MARK, *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und Häftlinge im Deutschen Reich und im besetzten Europa 1939-1945*, Stuttgart, 2001.

—, «Die soziale Differenzierung der ausländischen Zivilarbeiter, Kriegsgefangenen und Häftlinge im Deutschen Reich», en *DRZW*, vol. IX/II, pp. 485-576.

SPOTTS, FREDERIC, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002.

STADTARCHIV MÜNCHEN (ed.), *«... verzogen, unbekannt wohin»: Die erste Deportation von Münchner Juden im November 1941*, Zurich, 2000.

STAFFORD, DAVID, *Endgame 1945: Victory, Retribution, Liberation*, Londres, 2007.

STAHR, GERHARD, *Volksgemeinschaft vor der Leinwand? Der nationalsozialistische Film und sein Publikum*, Berlín, 2001.

STEFANSKI, VALENTINA MARIA, *Zwangsarbeit in Leverkusen: Polnische Jugendliche im I. G. Farbenwerk*, Osnabrück, 2000.

STEGEMANN, BERND, «Hitlers Kriegszeiele im ersten Kriegsjahr 1939/40: Ein Beitrag zur Quellenkritik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 27 (1980), pp. 93-105.

—, «The Italo-German Conduct of War in the Mediterranean and North Africa», en *GSWW*, vol. III, pp. 643-754.

—, «Operation Weserübung», en *GSWW*, vol. II, pp. 206-219.

STEIN, HENRY, «Funktionswandel des Konzentrationslagers Buchenwald im Spiegel der Lagerstatistiken», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. I, pp. 167-192.

STEINBACHER, SYBILLE, *«Musterstadt» Auschwitz: Germanisierungspolitik und Judenmord in Ostoberschlesien*, Múnich, 2000.

—, *Auschwitz: A History*, Londres, 2005 (2004).

STEINBERG, JONATHAN, *All or Nothing: The Axis and the Holocaust 1941-1943*, Londres, 1991.

—, *The Deutsche Bank and Its Gold Transactions during the Second World War*, Múnich, 1999.

STEINBERG, MAXIME, *La Persécution des Juifs en Belgique (1940-1945)*, Bruselas, 2004.

STEINERT, MARLIS, *Capitulation 1945: A Story of the Dönitz Regime*, Londres, 1969. [Hay trad. cast.: *Los veintitrés días del gobierno de Dönitz*, Caralt, Barcelona, 1973.]

—, «Stalingrad und die deutsche Gesellschaft», en Förster (ed.), *Stalingrad*, pp. 171-188.

STEINHILFER, ULRICH y OSBORNE, PETER, *Spitfire on My Tail: A View from the Other Side*, Bromley, 1989.

STEPHENSON, JILL, *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis*, Londres, 2006.

STEUR, CLAUDIA, *Theodor Dannecker: Ein Funktionär der «Endlösung»*, Essen, 1997.

STIBBE, MATTHEW, *Women in the Third Reich*, Londres, 2003.

ST. JOHN, ROBERT, *Foreign Correspondent*, Londres, 1960, p. 180.

STOLTZFUS, NATHAN, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, Nueva York, 1996.

STREIM, ALFRED, «Zur Eröffnung des allgemeinen Judenvernichtungsbefehls gegenüber den Einsatzgruppen», en EBERHARD JÄCKEL y JÜRGEN ROHWER (eds.), *Der Mord an den Juden im Zweiten Weltkrieg: Entschlussbildung und Verwirklichung*, Stuttgart, 1985.

STREIT, CHRISTIAN, *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Stuttgart, 1978.

—, «The Fate of the Soviet Prisoners of War», en MICHAEL BERENBAUM (ed.), *A Mosaic of Victims: Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Londres, 1990, pp. 142-149.

STROOP, JÜRGEN, *The Stroop Report: The Jewish Quarter of Warsaw Is No More*!, Londres, 1980 (1960).

STUMPF, REINHARD, *Die Wehrmacht-Elite: Rang-und Herkunftsstruktur der deutschen Generale und Admirale 1933-1945*, Boppard, 1982.

—, «The War in the Mediterranean Area 1942-1943: Operations in North Africa and the Central Mediterranean», en *GSWW*, vol. VI, pp. 631-840.

STUNKARD, HORACE W., «Erich Martini (1880-1960)», *Journal of Parasitology*, 147 (1961), pp. 909-910.

STÜTZEL, RUDOLF, *Feldpost: Briefe und Aufzeichnungen eines 17jährigen 1940-1945*, Hamburgo, 2005, pp. 54-56.

SÜSS, DIETMAR (ed.), *Deutschland im Luftkrieg: Geschichte und Erinnerung*, Múnich, 2007.

—, «Nationalsozialistische Deutungen des Luftkrieges», en *idem* (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 99-110.

SWORD, KEITH, «Poland», en Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 695-705.

SZAROTA, TOMASZ, «Poland and Poles in German Eyes during World War II», *Polish Western Affairs*, 19 (1978), pp. 229-254.

—, *Warschau unter dem Hakenkreuz: Leben und Alltag im besetzten Warschau 1. 10. 1939 bis 31. 7. 1944*, Paderborn, 1985 (1973).

SZOBAR, PATRICIA, «Telling Sexual Stories in the Nazi Courts of Law: Race Defilement in Germany 1933-1945», *Journal of the History of Sexuality*, 11 (2002), pp. 131-163.

SZODRZYNSKI, JOACHIM, «Die "Heimatfront" zwischen Stalingrad und Kriegsende», en FORSCHUNGSSTELLE FÜR ZEITGESCHICHITE IN HAMBURG (ed.), *Hamburg*, pp. 633-686.

SZPILMAN, WLADYSLAW, *The Pianist: The Extraordinary True Story of One Man's Survival in Warsaw, 1939-1945*, Londres, 2002 (1999). [Hay trad. cast.: *El pianista del gueto de Varsovia*, Ediciones Turpial, Madrid, 2000.]

TAMPKE, JÜRGEN, *Czech-German Relations and the Politics of Central Europe from Bohemia to the EU*, Londres, 2003.

TAYLOR, FREDERICK, *Dresden: Tuesday 13 February 1945*, Londres, 2004. [Hay trad. cast.: *Dresde: el bombardeo más controvertido de la Segunda Guerra Mundial*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.]

TAYLOR, TELFORD, *The Anatomy of the Núremberg Trials*, Londres, 1993.

TEC, NECHAMA, *Ich wollte retten: Die unglaubliche Geschichte der Bielski-Partisanen 1942-1944*, Berlín, 2002.

TENFELDE, KLAUS, «Proletarische Provinz: Radikalisierung und Widerstand in Penzberg/Oberbayern 1900 bis 1945», en BROSZAT *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 1-382.

THACKER, TOBY, *Music after Hitler, 1945-1955*, Londres, 2007.

THAMM, GERHARDT B., *Boy Soldier: A German Teenager at the Nazi Twilight*, Jefferson, N.C., 2000.

THEILEN, FRITZ, *Edelweisspiraten*, Frankfurt, 1984.

THOLANDER, CHRISTA, *Fremdarbeiter 1939 bis 1945: Ausländische Arbeitskräfte in der Zeppelin-Stadt Friedrichshafen*, Essen, 2001.

THOM, ACHIM y CAREGORODCEV, GENADIJ (eds.), *Medizin unterm Hakenkreuz*, Berlín, 1989.

THOMAS, CHARLES S., *The German Navy in the Nazi Era*, Londres, 1990.

THOMPSON, EDWARD P., *Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission: Bulgaria 1944*, Woodbridge, 1997.

TODOROV, TZVETAN, *The Fragility of Goodness: Why Bulgaria's Jews Survived the Holocaust*, Londres, 1999.

TOMASEVICH, JOZO, *War and Revolution in Yugoslavia, 1941-1945: Occupation and Collaboration*, Stanford, Calif., 2001.

TOOZE, ADAM, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006.

TORY, AVRAHAM, *Surviving the Holocaust: The Kovno Ghetto Diary*, Cambridge, 1990.

TREVOR-ROPER, HUGH R., *The Last Days of Hitler*, Londres, 1962 (1947). [Hay trad. cast.: *Los últimos días de Hitler*, Nuevas Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 2003.]

—, «The Mind of Adolf Hitler», en Hitler, *Hitler's Table Talk*, pp. vii-xxxv.

TRÖGER, ANNEMARIE, «Die Frau im wesensgemässen Einsatz», en FRAUENGRUPPE FASCHISMUSFORSCHUNG (ed.), *Mutterkreuz und Arbeitsbuch: Zur Geschichte der Frauen in der Weimarer Republik und im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1981, pp. 246-272.

TROTHA, KLAUS VON, «"Ran, Angreifen, Versenken!" Aus dem Tagebuch eines U-Boots Kapitäns», en GEORG VON HASE (ed.), *Die Kriegsmarine im Kampf um den Atlantik: Erlebnisberichte von Mitkämpfern*, Leipzig, 1942, pp. 40-69.

TRUNK, ISAIAH, *Judenrat: The Jewish Councils in Eastern Europe under Nazi Occupation*, Nueva York, 1972.

—, *Lodz Ghetto: A History*, Bloomington, Ind., 2006 (1962).

TRUS, ARMIN, *«... vom Leid erlösen»: Zur Geschichte der nationalsozialistischen «Euthanasie»-Verbrechen: Texte und Materialien für Unterricht und Studium*, Frankfurt, 1995.

TUCHEL, JOHANNES (ed.), *«Kein Recht auf Leben»: Beiträge und Dokumente zur Entrechtung und Vernichtung «lebensunwerten Lebens» im Nationalsozialismus*, Berlín, 1984.

UDKE, GERWIN (ed.), *«Schreib so oft Du kannst»: Feldpostbriefe des Lehrers Gerhard Udke, 1940-1944*, Berlín, 2002.

UEBERSCHÄR, GERD R., *Hitler und Finnland 1938-1941*, Wiesbaden, 1978.

—, *Freiburg im Luftkrieg 1939-1945*, Friburgo, 1990.

—, *Für ein anderes Deutschland: Der deutsche Widerstand gegen den NS-Staat 1933-1945*, Frankfurt, 2006.

— y VOGEL, WINFRIED, *Dienen und Verdienen: Hitlers Geschenke an seine Eliten*, Frankfurt, 2000 (1999).

UMBREIT, HANS, *Deutsche Militärverwaltungen 1938/39: Die militärische Besetzung der Tschechoslowakei und Polens*, Stuttgart, 1977.

—, «Auf dem Weg zur Kontinentalherrschaft», en *DRZW*, vol. V/I, pp. 3-345.

—, «The Battle for Hegemony in Western Europe», en *GSWW*, vol. II, pp. 227-326.

—, «Das unbewältigte Problem: Der Partisanenkrieg im Rücken der Ostfront», en FÖRSTER (ed.), *Stalingrad*, pp. 130-149.

UPTON, ANTHONY F., *Finland 1939-40*, Londres, 1974.

VASSILTCHIKOV, MARIE, *The Berlin Diaries 1940-1945 of Marie «Missie» Vassiltchikov 1940-1945*, Londres, 1987 (1985). [Hay trad. cast.: *Los diarios de Berlín (1940-1945)*, El Acantilado, Barcelona, 2004.]

VINEN, RICHARD, *The Unfree French: Life under the Occupation*, Londres, 2006.

VOGEL, DETLEF, «German Intervention in the Balkans», en *GSWW*, vol. III, pp. 451-555.

—, «German and Allied Conduct of the War in the West», en *GSWW*, vol. VII, pp. 459-702.

VOGEL, JOHANN PETER, *Hans Pfitzner: Leben, Werke, Dokumente*, Berlín, 1999.

VOLLNHALS, CLEMENS, *Entnazifizierung: Politische Säuberung und Rehabilitierung in den vier Besatzungszonen 1945-1949*, Múnich, 1991.

VOLOVICI, LEON, *Nationalist Ideology and Antisemitism: The Case of Romanian Intellectuals in the 1930s*, Oxford, 1991.

VORLÄNDER, HERWART, *Die NSV: Darstellung und Dokumentation einer nationalsozialistischen Organisation*, Boppard, 1988.

VRBA, RUDOLF, «Die missachtete Warnung: Betrachtungenüber den Auschwitz-Bericht von 1944», *VfZ*, 44 (1996), pp. 1-24.

WACHSMANN, NIKOLAUS, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, Londres, 2004.

WAGNER, BERND C., *IG-Auschwitz: Zwangsarbeit und Vernichtung von Häftlingen des Lagers Monowitz 1941-1945*, Múnich, 2000.

WAGNER, JENS CHRISTIAN, «Noch einmal: Arbeit und Vernichtung: Häftlingseinsatz im KL Mittelbau-Dora 1943-1945», en Frei *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 11-42.

WAGNER, PATRICK, «Das Gesetz über die Behandluung Gemeinschaftsfremder: Die Kriminalpolizei und die "Vernichtung des Verbrechertums"», en GÖTZ ALY (ed.), *Feinderklärung und Prävention: Kriminalbiologie: Zigeunerforschung und Asozialenpolitik*, Berlín, 1988, pp. 75-100.

WAGNER-KYORA, GEORG, «"Menschenführung" en Rüstungsunternehmen der nationalsozialistischen Kriegswirtschaft», en *DRZW*, vol. IX/II, pp. 383-476.

WAIBEL, WILHELM J., *Schatten am Hohentwiel: Zwangsarbeiter und Kriegsgefangene in Singen*, Constanza, 1997 (1995).

WALB, LORE, *Ich, die Alte - ich, die Junge: Konfrontation mit meinen Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997.

WALKER, MARK, *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power 1939-1949*, Cambridge, 1989.

WALLACH, JEHUDA L., *The Dogma of the Battle of Annihilation: The Theories of Clausewitz and Schlieffen and their Impact on the German Conduct of Two World Wars*, Westport, Conn., 1986.

WALZ, LORETTA, «Gespräche mit Stanislawa Bafia, Wladyslawa Marczewska und Maria Plater über die medizinischen Versuche in Ravensbrück», en EBBINGHAUS y DÖRNER (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 241-272.

WARMBRUNN, WERNER, *The Dutch under German Occupation, 1940-45*, Londres, 1963.

WASSERSTEIN, BERNARD, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, Londres, 1979.

WATTS, LARRY, *Romanian Cassandra: Ion Antonescu and the Struggle for Reform, 1916- 1941*, Boulder, Colo., 1993.

WEBSTER, CHARLES y FRANKLAND, NOBLE, *The Strategic Air Offensive against Germany 1939-1945* (4 vols.), Londres, 1961.

WEGNER, BERND, *Hitlers politische Soldaten: Die Waffen-SS 1933-1945: Studien zu Leitbild, Struktur und Funktion einer nationalsozialistischen Elite*, Paderborn, 1982.

—, «Vom Lebensraum zum Todesraum: Deutschlands Kriegführung zwischen Moskau und Stalingrad», en FÖRSTER (ed.), *Stalingrad*, pp. 17-38.

—, «Die Aporie des Krieges», en *DRZW*, vol. VII, pp. 211-276.

—, «Von Stalingrad nach Kursk», en *DRZW*, vol. VII, pp. 3-82.

—, «The War against the Soviet Union, 1942-1943», en *GSWW*, vol. VI, pp. 843-1.230.

WEINBERG, GERHARD L., «Hitler and England, 1933-1945: Pretense and Reality», *German Studies Review*, 8 (1988), pp. 299-309.

—, *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, 2005 (1994). [Hay trad. cast.: *Un mundo en armas* (2 vols.), Grijalbo, Barcelona.]

WEINDLING, PAUL, *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism 1870-1945*, Cambridge, 1989.

—, *Epidemics and Genocide in Eastern Europe, 1890-1945*, Oxford, 2000.

WEISS, AHARON, «Jewish Leadership in Occupied Poland: Postures and Attitudes», *Yad Vashem Studies*, 12 (1977), pp. 335-365.

WEITZ, BIRGIT, «Der Einsatz von KZ-Häftlingen und jüdischen Zwangsarbeitern bei der Daimler-Benz AG (1941-1945): Ein Überblick», en KAIENBURG (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 169-195.

WELCH, DAVID, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945*, Oxford, 1983.

—, *The Third Reich: Politics and Propaganda*, Londres, 2002 (1993).

—, «Nazi Propaganda and the Volksgemeinschaft: Constructing a People's Community», *Journal of Contemporary History*, 39 (2004), pp. 213-238.

WERTHER, THOMAS, «Menschenversuche in der Fleckfieberforschung», en EBBINGHAUS y DÖRNER (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 152-173.

WETTE, WOLFRAM, «Das Massensterben als "Heldenepos": Stalingrad in der NS-Propaganda», en WETTE y UEBERSCHÄR (eds.), *Stalingrad*, pp. 43-60.

—, «"Rassenfeind": Antisemitismus und Antislawismus in der Wehrmachts propaganda», en MANOSCHEK (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg*, pp. 55-73.

— y UEBERSCHÄR, GERD R. (eds.), *Stalingrad: Mythos und Wirklichkeit einer Schlacht*, Frankfurt, 1992.

WETZEL, JULIANE, «Auswanderung aus Deutschland», en BENZ (ed.), *Die Juden*, pp. 413-498.

WHITING, CHARLES, *Heydrich: Henchman of Death*, Londres, 1999.

WIENECKE, ANNETTE, *«Besondere Vorkommnisse nicht bekannt»: Zwangsarbeit in unterirdischen Rüstungsbetrieben: Wie ein Heidedorf kriegswichtig wurde*, Bonn, 1996.

WIGHTON, CHARLES, *Heydrich: Hitler's Most Evil Henchman*, Londres, 1962.

WILDT, MICHAEL, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002.

—, «Alys Volksstaat: Hybris und Simplizität einer Wissenschaft», *Sozial.Geschichte*, 20 (2005), pp. 91-97.

WILHELM, HANS-HEINRICH, «Hitlers Ansprache vor Generalen und Offizieren am 26. Mai 1944», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 2 (1976), pp. 123-170.

WINAU, ROLF, «Medizinische Experimente in den Konzentrationslagern», en BENZ y DISTEL (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. I, pp. 165-178.

WINKLER, DÖRTE, *Frauenarbeit im «Dritten Reich»*, Hamburgo, 1977.

—, «Frauenarbeit versus Frauenideologie: Probleme der weiblichen Erwerbstätigkeit in Deutschland, 1930-1945», *Archiv für Sozialgeschichte*, 17 (1977), pp. 99-126.

WIRRER, BÄRBEL (ed.), *Ich glaube an den Führer: Eine Dokumentation zur Mentalitätsgeschichte im nationalsozialistischen Deutschland 1942-1945*, Bielefeld, 2003.

WISTRICH, ROBERT S., «The Vatican Documents and the Holocaust: A Personal Report», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 15 (2002), pp. 413-443.

WITTE, PETER y TYAS, STEPHEN, «A New Document on the Deportation and Murder of Jews during "Einsatz Reinhard" 1942», *Holocaust and Genocide Studies*, 15 (2001), pp. 468-486.

WITTE, PETER *et al*. (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo, 1999.

WIXFORTH, HARALD, *Die Expansion der Dresdner Bank in Europa*, Múnich, 2006.

WÖHLERT, MEIKE, *Der politische Witz in der NS-Zeit am Beispiel ausgesuchten SD-Berichte und Gestapo-Akten*, Frankfurt, 1997.

WOLFF-MÖNCKEBERG, MATHILDE, *On the Other Side: To My Children from Germany 1940-1945*, Londres, 1982 (1979).

WOLTERS, RITA, *Verrat für die Volksgemeinschaft: Denunziantinnen im Dritten Reich*, Pfaffenweiler, 1996.

WRIGHT, PATRICK, *Tank: The Progress of a Monstrous War Machine*, Londres, 2000.

—, *Iron Curtain: From Stage to Cold War*, Londres, 2007.

WROBEL, HANS (ed.), *Strafjustiz im totalen Krieg: Aus den Akten des Sondergerichts Bremen 1940 bis 1945*, Bremen, 1991.

WULF, JOSEPH, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh,1963.

—, *Presse und Funk im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1964.

WURM, THEOPHIL, *Aus meinem Leben*, Stuttgart, 1953.
YAHIL, LENI, *The Rescue of Danish Jewry: Test of a Democracy*, Filadelfia, Pa., 1969.
ZAMECNIK, STANISLAV, *Das war Dachau*, Frankfurt, 2007 (2002).
ZAWODNY, JANUSZ K., *Death in the Forest: The Story of the Katyn Forest Massacre*, Londres, 1971).
ZIEMKE, EARL F., *Moscow to Stalingrad*, Washington, D.C., 1968.
—, «Moscow, Battle for», en DEAR (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 593-595.
ZILBERT, EDWARD R., *Albert Speer and the Nazi Ministry of Arms: Economic Institutions and Industrial Production in the German War Economy*, Londres, 1981.
ZIMMERMANN, JOHN, «Die deutsche militärische Kriegsführung im Western 1944/45», en *DRZW*, vol. X/I, pp. 277-489.
ZIMMERMANN, MICHAEL, *Rassenutopie und Genozid: Die nationalsozialistische «Lösung der Zigeunerfrage»*, Hamburgo, 1996.
—, «Die nationalsozialistische Zigeunerverfolgung, das System der Konzentrationslager und das Zigeunerlager in Auschwitz-Birkenau», en HERBERT *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 887-910.
ZUCCOTTI, SUSAN, *The Italians and the Holocaust: Persecution, Rescue and Survival*, Londres, 1987.
—, *The Holocaust, the French, and the Jews*, Nueva York, 1993.
—, *Under His Very Windows: The Vatican and the Holocaust in Italy*, New Haven, Conn., 2000.

# LISTA DE ILUSTRACIONES

1. Tropas alemanas entran en Lódź, septiembre de 1939 (fotografía: © Trustees of the Imperial War Museum, Londres).

2. Gentes de ascendencia alemana procedentes de Lituania cruzando la frontera alemana, febrero de 1941 (fotografía: © SV-Bilderdienst/Scherl).

3. Mano de obra forzada judía, Polonia, septiembre de 1939 (fotografía: akg-images)

4. Redada de judíos en Szczebrzeszyn, hacia 1939–1941 (fotografía: United States Holocaust Memorial Museum, gentileza de Instytut Pamieci Narodowej).

5. Fotograma de *Ich klage an*, 1941 (fotografía: © SV-Bilderdienst/ Tobis).

6. Interior del Bürgerbräukeller tras el atentado contra Hitler, 8 de noviembre de 1939 (fotografía: akg-images/ullstein bild).

7. Hess haciendo una visita a la factoría Krupp-AG, Essen, mayo de 1940 (fotografía: akg-images).

8. Tanques alemanes en las Árdenas, mayo de 1940 (fotografía: akgimages/ullstein bild).

9. Hitler con Speer y Breker en el Trocadéro, París, junio de 1940 (fotografía: akg-images/Heinrich Hoffmann).

10. Fedor von Bock con el general Fritz Lindemann en Crimea, mayo de 1942 (fotografía: Bayerische Staatsbibliothek, Múnich).

11. Granaderos cerca de Smolensk, septiembre de 1941 (fotografía: akgimages/ullstein bild).

12. Incendio de una granja ucraniana, septiembre de 1941 (fotografía: bpk/Hähle).

13. Soldados alemanes tomando fotografías de la ejecución de partisanos rusos, enero de 1942 (fotografía: akg-images).

14. Prisioneros del Ejército Rojo transportados en vagones de tren, septiembre de 1941 (fotografía: Bundesarchiv, Coblenza).

15. Automóvil empujado a través del barro, frente oriental, 1941 (fotografía: akg-images/ullstein bild).

16. «Juden Komplott Gegen Europa» (conspiración judía contra Europa), cartel producido por el Ministerio del Reich de Propaganda e Instrucción Pública, verano de 1941 (fotografía: © The Trustees of the Imperial War Museum, Londres).

17. Heinrich Himmler, Reinhardt Heydrich y Heinrich Müller, noviembre de 1939 (fotografía: Bayerische Staatsbibliothek, Munich/Heinrich Hoffmann).

18. Auschwitz después de su liberación (fotografía: akg-images).

19. Richard Baer, el doctor Josef Mengele y Rudolf Höss, 1944 (fotografía: USHMM, gentileza de un donante anónimo).

20. Albert Speer, 1943 (fotografía: bpk/Hanns Hubmann).

21. Tanques Tiger en fabricación, verano de 1943 (fotografía: Bundesarchiv, Coblenza).

22. Combate en las calles de Stalingrado, 1942 (fotografía: akg-images).

23. Soldado alemán capturado, Stalingrado, 1943 (fotografía: Bundesarchiv, Coblenza).

24. Soldados alemanes capturados en las ruinas de Stalingrado, enero de 1943 (fotografía: AP/PA Photos).

25. Ciudadano alemán en las calles de Hamburgo, diciembre de 1943 (fotografía: AP/PA Photos).

26. Estación principal de ferrocarril de Hamburgo en ruinas, 1943 (fotografía: Museum für Hamburgische Geschichte, Hamburgo).

27. Hans Günther von Kluge y Gotthard Heinrici, 1943 (fotografía: Bundesarchiv, Coblenza).

28. Soldados de infantería soviéticos persiguen a soldados alemanes cuyo tanque había resultado alcanzado, agosto de 1944 (fotografía: akgimages).

29. Octavilla alemana amenazando con ataques de las V-1 (fotografía: gentileza de www.psywarrior.com).

30. Entrada a la factoría subterránea de las V-2 en Mittelbau-Dora, 1944 (fotografía: bpk/Hanns Hubmann).

31. Hitler en el frente del Óder, marzo de 1945 (fotografía: bpk/Walter Frentz).

32. La «Tormenta del Pueblo», Hamburgo, octubre de 1944 (fotografía: Hugo Schmidt-Luchs/Ullstein/akg-images).

33. Goebbels saluda a soldados adolescentes en Lauban, Baja Silesia, marzo de 1945 (fotografía: Bundesarchiv, Coblenza).

34. Hermann Göring, noviembre de 1945 (fotografía: akg-images).

35. Joachim von Ribbentrop, hacia 1945/1946 (fotografía: akg-images).

36. Mujeres alemanas retirando los escombros en la Tauentzienstrasse de Berlín, 1945 (fotografía: AP Photo).

Nota: Las ideas u opiniones expresadas en este libro y el contexto en el que las imágenes se usan no reflejan necesariamente las ideas o la política del Holocaust Memorial Museum de Estados Unidos, ni suponen la aprobación o el refrendo por parte de éste.

# LISTA DE MAPAS

1. Polonia y Europa centro-oriental bajo el Pacto Germano-Soviético, 1939-1941
2. Traslados de población de ascendencia alemana, 1939-1943
3. Guetos judíos en Polonia bajo la ocupación alemana, 1939-1944
4. Centros de muerte de la «operación T-4», 1939-1945
5. Ganancias territoriales soviéticas, 1939-1940
6. La conquista alemana de Europa Occidental, 1940
7. La división de Francia, 1940
8. La guerra en el Mediterráneo, 1940-1942
9. La operación Barbarroja y el frente oriental, 1941
10. Operaciones de matanza de los grupos operativos de las SS, 1941-1943
11. Campos de exterminio, 1941-1945
12. El Nuevo Orden en Europa, 1942
13. Campos de concentración y satélites, 1939-1945
14. El exterminio de los judíos europeos
15. El frente oriental, 1942
16. Bombardeos aliados sobre las ciudades alemanas, 1941-1945
17. Centros de reclusión alemanes
18. El exterminio de los gitanos
19. La larga retirada, 1942-1944
20. El final de la guerra
21. Las marchas de la muerte
22. Refugiados y expulsados alemanes, 1944-1950
23. Acuerdos de posguerra en Centroeuropa

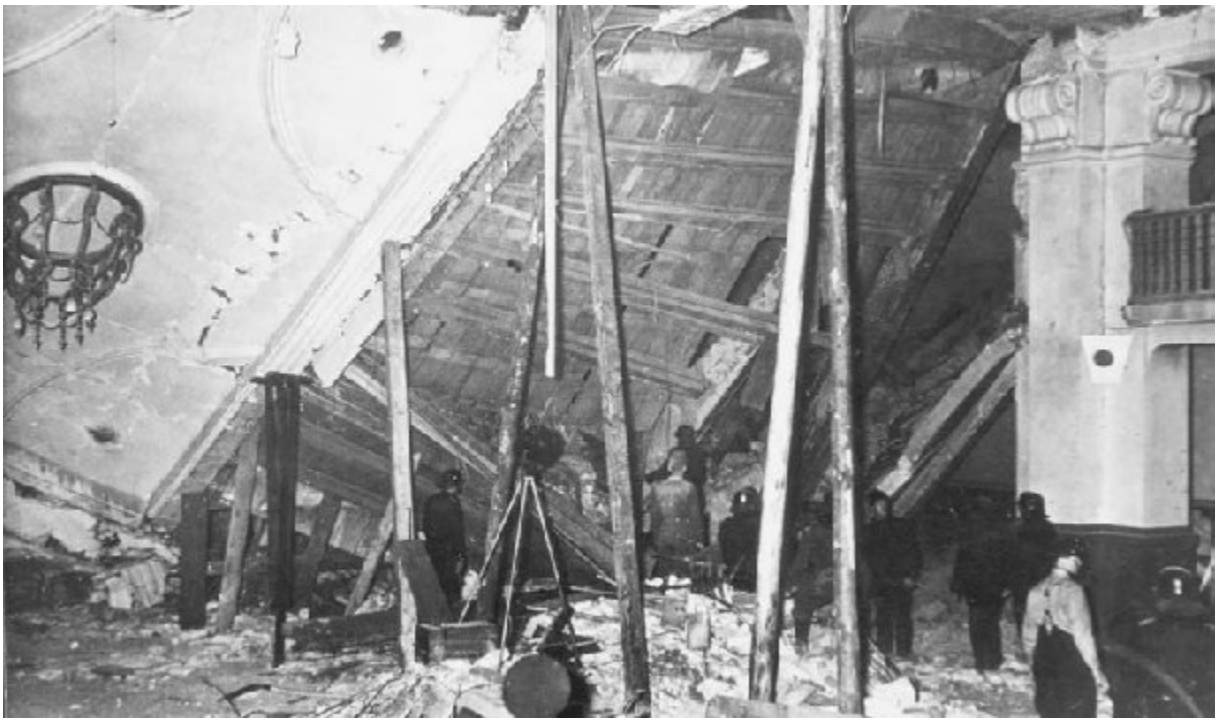
1. El ejército alemán entra en Lódź en septiembre de 1939 en medio de una acogida entusiasta por parte de la población de ascendencia alemana, mientras los habitantes polacos observan en silencio.

2. Redibujando el mapa racial de Europa: gentes de ascendencia alemana procedentes de Lituania cruzan la frontera con Alemania en Eydtkau, en Prusia Oriental, en febrero de 1941, entrando en el Reich bajo una pancarta que reza: «Bienvenidos a la Gran Alemania».

3. Soldados alemanes congregan a judíos polacos para barrer las calles, septiembre de 1939.

4. Soldados de la fuerza aérea alemana detienen a un grupo de judíos aterrorizados en Szczebrzeszyn, ciudad natal del diarista Zygmunt Klukowski.

5. Este fotograma de *Ich klage an* [¡*Yo acuso*!] (1941), dirigida por Wolfgang Liebeneiner, muestra a la pianista Hanna Heyt, que padece esclerosis múltiple, pidiéndole consejo a su amigo el doctor Lang; la oposición de éste al suicidio asistido sirve de contrapunto a la justificación que se hace en la película para acabar con la vida de los enfermos incurables.



6. Un intento de magnicidio que fracasó: la destrucción causada en una cervecería de Múnich en la noche del 8 de noviembre de 1939 por una bomba colocada por Georg Elser, izquierdista que actuaba en solitario. Hitler abandonó el salón poco antes de que el artefacto estallara.

7. Rudolf Hess visita la fábrica de armamentos Krupp el 1 de mayo de 1940, acompañado por Robert Ley (*izquierda*) y Alfred Krupp (*derecha*).

8. «El mayor embotellamiento de la historia»: blindados alemanes se amontonan en los estrechos desfiladeros de las Ardenas en su camino a Francia el 11 de mayo de 1940.

9. Hitler, con Albert Speer (*izquierda*) y Arno Breker (*derecha*), en el Trocadéro de París durante una visita breve de carácter privado a la ciudad conquistada el 28 de junio de 1940.

10. Reconocimiento del terreno: el mariscal de campo Fedor von Bock (*izquierda*) evalúa la situación en Crimea en mayo de 1942 acompañado por el general Fritz Lindemann.

11. Operación Barbarroja: granaderos de la tercera división de carros de combate Totenkopf [Calavera] se trasladan en vehículos siguiendo un camino polvoriento en las inmediaciones de Smolensk, septiembre de 1941.

12. Soldados alemanes prenden fuego a una granja ucraniana en septiembre de 1941 ante las protestas en vano de la mujer del granjero.

13. Turismo de la atrocidad: tropas alemanas toman fotografías mientras un presunto partisano es ahorcado en una localidad bielorrusa en enero de 1942.

14. Más de 3,3 millones de prisioneros de guerra del Ejército Rojo murieron en el cautiverio alemán, muchos de ellos mientras eran transportados desde el frente en vagones sin techo como el que aquí se muestra, fotografiado en la estación ferroviaria de Witebsk el 21 de septiembre de 1941: cuando el invierno se presentó, esos vagones se convirtieron en trampas mortales.

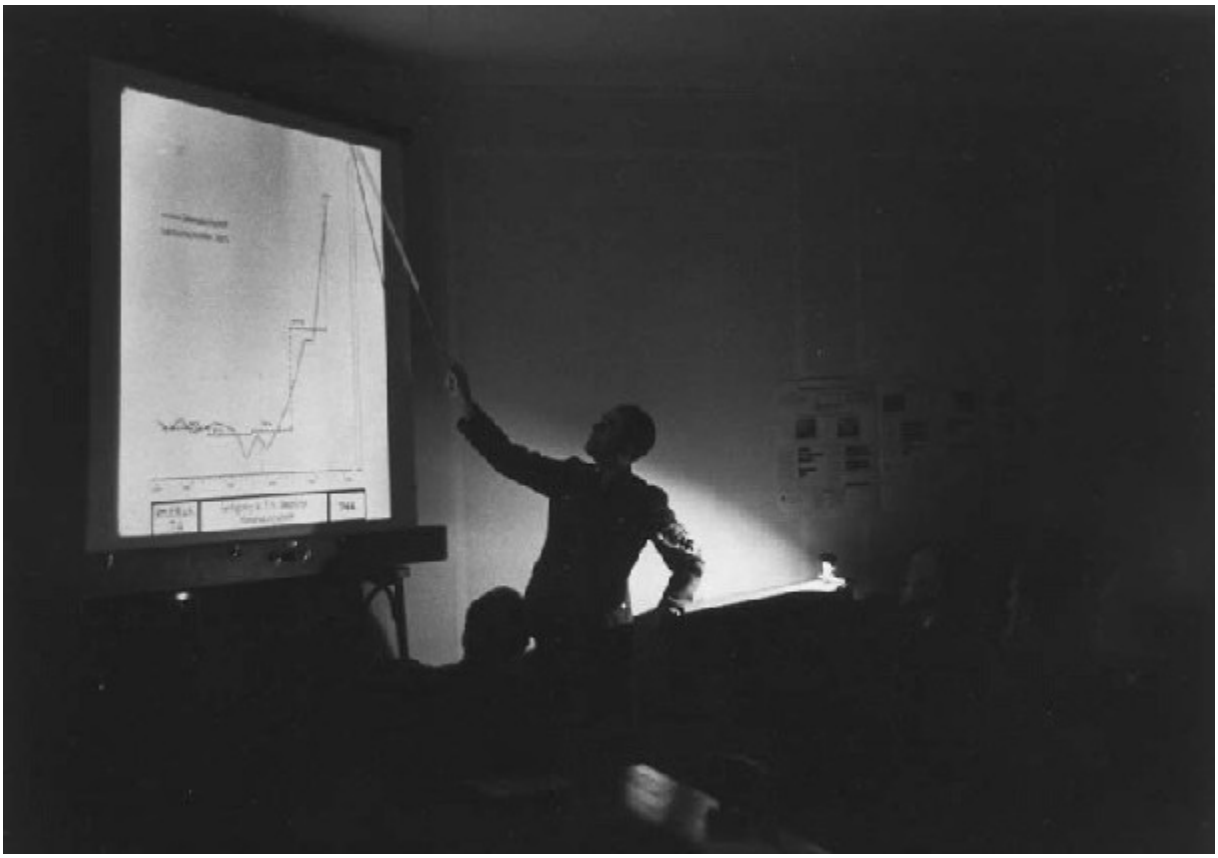
15. Empantanados ante Moscú: soldados alemanes intentando liberar un automóvil del lodazal en noviembre de 1941.

16. La guerra propagandística contra el «enemigo global»: un cartel del Ministerio de Propaganda muestra a Churchill y Stalin estrechándose las manos sobre el continente en una «Conspiración Judía Contra Europa» en el verano de 1941.

17. El jefe de la Gestapo, Heinrich Müller (*derecha*), el responsable del Servicio de Seguridad, Reinhard Heydrich (*centro*), y Heinrich Himmler (*izquierda*), jefe supremo de las SS, reunidos en noviembre de 1939 para hablar del atentado de Georg Elser contra Hitler.

18. Interior de un barracón de mujeres en Auschwitz: esta fotografía, tomada en enero de 1945, poco después de la liberación, sólo puede dar una ligera idea de la miseria y el hacinamiento a que estaban sometidos los prisioneros.

19. El comandante de campo Richard Baer, el doctor de campo Josef Mengele y el ex comandante de campo Rudolf Höss, en actitud distendida, en el lugar de descanso para las SS conocido como Sola Hütte, en el exterior del complejo de Auschwitz, en 1944.



20. Albert Speer demuestra el incremento en la fabricación de piezas de artillería bajo su dirección de la economía de guerra en 1943.

21. Fabricación de carros de combate Tiger, verano de 1943.

22. Lucha casa por casa en Stalingrado a finales de 1942; pero ¿qué ha sido de las casas?

23. El rostro de la derrota: un soldado alemán convertido en prisionero en Stalingrado en enero de 1943.

24. La larga marcha hacia el cautiverio: soldados alemanes pasan ante la ciudad en ruinas de Stalingrado, enero de 1943.

25. Alemania en llamas: los ataques aéreos aliados sobre Hamburgo en julio y agosto de 1943 devastaron una gran parte de la ciudad y mataron a 40.000 de sus habitantes. Cuando se tomó esta foto, el 2 de diciembre de 1943, todo cuanto quedaba de buena parte de la ciudad era polvo y escombros.

26. Los bombardeos estratégicos causaron un trastorno generalizado de las comunicaciones: una foto de la estación principal de ferrocarril de Hamburgo no mucho después de los ataques.

27. El general Gotthard Heinrici (*derecha*) y el mariscal de campo Günther von Kluge (*izquierda*) planeando la siguiente retirada.

28. Soldados del Ejército Rojo en su avance hacia Varsovia en agosto de 1944 persiguen a soldados alemanes que huyen de su tanque destrozado.

29. Las bombas no tripuladas V-1 podían transportar octavillas como ésta: el mensaje en el dorso decía a los londinenses que estaban siendo «atacados día y noche por esos misteriosos meteoritos volantes». «¿De qué os sirven vuestros aviones, buques de guerra y tanques contra esa nueva arma alemana?».

30. Las puertas del infierno: obreros atravesando el umbral de la factoría subterránea donde se fabricaban los cohetes V-2 en las etapas finales de la guerra.

31. Hitler con oficiales del 9º Ejército en una breve visita a Wriezen, tras el frente del Óder, el 3 de marzo de 1945. Junto a él, de pie en la fila delantera, de izquierda a derecha: Wilhelm Berlin, Robert Ritter von Greim, Franz Reuss, Job Oderbrecht y Theodor Busse.

32. El «Ejército de Papá» alemán: no todos los miembros de la «Tormenta del Pueblo» estaban tan elegantemente vestidos y bien equipados como en esta fotografía tomada en Hamburgo el 29 de octubre de 1944, si bien muchos de ellos eran probablemente igual de miopes.

33. También los jóvenes eran reclutados para formar parte de la «Tormenta del Pueblo»: Joseph Goebbels saluda a un soldado adolescente en Lauban, Baja Silesia, en marzo de 1945.

34. Hermann Göring desayunando en su celda de Núremberg el 26 de noviembre de 1945. Se suicidó antes de que lo condujeran ante el verdugo.

35. Joachim von Ribbentrop contempla su destino en la misma prisión. Fue condenado a muerte y ahorcado.

36. La Tauentzienstrasse de Berlín tras el final de la guerra, con las ruinas de la Iglesia del Káiser Guillermo al fondo. La ausencia de hombres sanos significó que la responsabilidad de retirar las ruinas recayera principalmente en las mujeres. Los letreros de la izquierda delimitan la frontera entre el sector ocupado por los británicos y el sector estadounidense de la ciudad.

# NOTAS

## 1. «BESTIAS CON FORMA HUMANA»

1. Información básica de Paul Latawski, «Polish Campaign», en Ian C. B. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, Oxford, 2005 (1995), pp. 705-708; e Ian C. B. Dear, «Animals», en *ibid*., pp. 28-29; explicación detallada en Horst Rohde, «Hitler's First Blitzkrieg and Its Consequences for North-eastern Europe», en *Militärgeschichtliches Forschungsamt* (ed.), *Germany and the Second World War*, Oxford, 1990, 10 vols. (en lo sucesivo *GSWW*), vol. II., pp. 67-150 (tabla de despliegues de tropas alemanas en p. 92). Para las órdenes de Hitler, véase Walther Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht*, Frankfurt, 1962, pp. 17-19.

2. Latawski, «Polish Campaign»; Rohde, «Hitler's First Blitzkrieg», pp. 101-118; explicación valiosa en Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, 2005 (1994), pp. 48-64; también Józef Garlinski, *Poland in the Second World War*, Londres, 1985, pp. 11-24; Wolfgang Jacobmeyer, «Der Überfall auf Polen und der neue Charakter des Krieges», en Christoph Klessmann (ed.), *September 1939: Krieg, Besatzung, Widerstand in Polen: Acht Beiträge*, Gotinga, 1989, pp. 16-37, en pp. 19-20; sobre las supuestas cargas de la caballería polaca, véase Patrick Wright, *Tank: The Progress of a Monstrous War Machine*, Londres, 2000, pp. 231-237.

3. William L. Shirer, *Berlin Diary*, Londres, 1970 (1941), pp. 167-168. [Trad. cast. de Francisco Javier Calzada: *Diario de Berlín*, Debate, Barcelona, 2008, p.182.]

4. Detalles contemporáneos en Alcuin (pseud.), *I Saw Poland Suffer, by a Polish Doctor Who Held an Official Position in Warsaw under German Occupation*, Londres, 1941, p.15; informaciones de testigos en Dieter Bach y Wieslaw Lesiuk, *Ich sah in das Gesicht eines Menschen: Deutsch-polnische Begegnungen vor und nach 1945*, Wuppertal, 1995, pp. 81-104.

5. Chaim A. Kaplan, *Scroll of Agony: The Warsaw Diary of Chaim A. Kaplan*, Londres, 1966, p.20 (28 de septiembre de 1939); Adam Czerniakow recogió las mismas escenas en *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow: Prelude to Doom*, Nueva York, 1979 (1968), p. 77 (28 de septiembre de 1939).

6. Zygmunt Klukowski, *Diary from the Years of Occupation*, 1939-1944, Urbana, Ill., 1993 (1958), pp. vii-x, y 16-17 (sin puntos y aparte).

7. *Ibid*., p.17.

8. *Ibid*., p.22.

9. Richard J. Evans, *The Third Reich in Power 1933-1939*, Londres, 2005, pp. 689-695.

10. Rohde, «Hitler's First Blitzkrieg», pp. 118-126; Weinberg, en *A World at Arms*, pp. 60-63, detalla esos cambios fronterizos y las negociaciones que los precedieron.

11. Rohde, «Hitler's First Blitzkrieg», pp. 122-126; Garlinski, *Poland*, p. 25.

12. Ian Kershaw, *Hitler*, vol. II: *1936-1945: Nemesis*, Londres, 2000, pp. 235-239.

13. Shirer, *Berlin Diary*, p.173.

14. Klaus Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands (Sopade) 1934-1940* (7 vols.), Frankfurt, 1980, vol. VI: *1939*, pp. 980-982.

15. Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich: Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-1945* (17 vols.), Herrsching, 1984, vol. II, p. 339 (Bericht zur innenpolitischen Lage, nº 2)(11 de octubre de 1939); Shirer, *Berlin Diary*, pp. 182-184.

16. Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, Frankfurt, 1965, pp. 46-48.

17. Melita Maschmann, *Account Rendered: A Dossier on my Former Self*, Londres, 1964, pp. 58-60.

18. Helmut Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen: Die Truppen des Weltanschauungskrieges 1938-1942*, Frankfurt, 1985 (1981), p. 267, n.140; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, p.51.

19. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 241-243; Wlodzimierz Jastrzebski, *Der Bromberger Blutsonntag: Legende und Wirklichkeit*, Poznań, 1990; Günter Schubert, *Das Unternehmen «Bromberger Blutsonntag»: Tod einer Legende*, Colonia, 1989. La comunicación oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán sobre las supuestas atrocidades polacas contabilizó un total de 5.437 asesinatos de alemanes cometidos por polacos: Auswärtiges Amt (ed.), *Die polnischen Greueltaten an den Volksdeutschen in Polen*, Berlín, 1940, p. 5.

20. Véase el material reunido por dos fiscales polacos para crímenes de guerra, Tadeusz Cyprian y Jerzy Sawicki, *Nazi Rule in Poland 1939-1945*, Varsovia, 1961, pp. 11-70.

21. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 614-615, pp. 652-653, pp. 678-688.

22. Günter Berndt y Reinhard Strecker (eds.), *Polen — ein Schauermärchen oder Gehirnwäsche für Generationen: Geschichtsschreibung und Schulbücher: Beiträge zum Polenbild der Deutschen*, Reinbek, 1971; Jacobmeyer, «Der Überfall», p. 18. Véase también Antony Polonsky, «The German Occupation of Poland during the First and Second World Wars», en Roy A. Prete y A. Hamish Ion (eds.), *Armies of Occupation*, Waterloo, Ontario (Canadá), 1984, pp. 97-142.

23. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 9-13; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 619, 689-692; Christoph Klessmann, *Die Selbstbehauptung einer Nation: Nationalsozialistische Kulturpolitik und polnische Widerstandsbewegung im Generalgouvernement 1939-1945*, Düsseldorf, 1971, pp. 27-32.

24. Citado en Jacobmeyer, «Der Überfall», pp. 16-17; véase también Winfried Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (en lo sucesivo *VfZ*), 16 (1968), pp. 120-149, e *idem*, y Hermann Boehm, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939», *VfZ*, 19 (1971), pp. 294-304.

25. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, vol. I: *Aufzeichnungen 1923-1941* (9 vols.); vol. II: *Diktate 1941-1945* (15 vols.), Múnich, 1993-2000, vol. I/VII, p. 147 (10 de octubre de 1939).

26. Hans-Günter Seraphim (ed.), *Das Politische Tagebuch Alfred Rosenbergs aus den Jahren 1934/35 und 1939/40*, Múnich, 1964, pp. 98-100; véase más en general en Tomasz Szarota, «Poland and Poles in German Eyes during World War II», *Polish Western Affairs*, 19 (1978), pp. 229-254, y Alexander B. Rossino, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology, and Atrocity*, Lawrence, Kans., 2003, pp. 1-28.

27. Helmut Krausnick, «Hitler und die Morde in Polen: Ein Beitrag zum Konflikt zwischen Heer und SS um die Verwaltung der besetzten Gebiete (Dokumentation)», *VfZ*, 11 (1963), pp. 196-209.

28. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 13-37; sobre la administración de esas áreas, véase *ibid*., pp. 49-60; sobre el estatus del Gobierno General y la naturaleza de su administración, *ibid*., pp. 68-74; con mayor detalle en Czeslaw Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen 1939-1945*, Colonia, 1988 (1970), pp. 18-29, pp. 30-44; sobre Frank, véase Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2003, p.179; Christoph Klessmann, «Der Generalgouverneur Hans Frank», *VfZ*, 19 (1971), pp. 245-260; y Martyn Housden, *Hans Frank: Lebensraum and the Holocaust*, Londres, 2003, pp. 1-76 (lastrado por una moralización gratuita); sobre Forster, véase Dieter Schenk, *Hitlers Mann in Danzig: Gauleiter Forster und die NS-Verbrechen in Danzig-Westpreussen*, Bonn, 2000. Una buena explicación reciente se encuentra en Mark Mazower, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008, pp. 63-77.

29. Jan T. Gross, *Polish Society under German Occupation: The Generalgouvernement 1939-1944*, Princeton, N.J., 1979, pp. 45-53; Frank transmitió esas ideas el 21 de octubre de 1939: véase Werner Präg y Wolfgang Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*, Stuttgart, 1975, pp. 52-53; véase también Franz Halder, *Kriegstagebuch* (ed.), Hans-Adolf Jacobsen, 3 vols., Stuttgart, 1962-1964, vol. I, p. 107.

30. Christian Jansen y Arno Weckbecker, «Eine Miliz im “Weltanschauungskrieg”: Der “Volksdeutsche Selbstschutz” in Polen 1939/40», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg: Analysen — Grundzüge — Forschungsbilanz*, Múnich, 1989, pp. 482-500, en la p.490, citado en Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 242-243.

31. Jansen y Weckbecker, «Eine Miliz»; con mayor detalle en *idem*, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz» in Polen 1939/40*, Múnich, 1992; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 60-62; y Hans Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen 1938/39: Die militärische Besetzung der Tschechoslowakei und Polens*, Stuttgart, 1977, pp. 176-178.

32. Michael Wildt, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002, pp. 209-415; Saul Friedländer, *The Years of Extermination: The Third Reich and the Jews 1939-1945*, Nueva York, 2007, pp. 679-681, n.23.

33. Helmut Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers 1938-1940* (ed. Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch, Stuttgart, 1970), p. 201 (8 de septiembre de 1939).

34. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 243; Groscurth, *Tagebücher*, p.202 (9 de septiembre de 1939).

35. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. I, p. 79 (19 de septiembre de 1939), p. 81 (20 de septiembre de 1939), p. 107 (18 de octubre de 1939); Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 14-16; véase también la referencia posterior de Heydrich a la orden de Hitler de exterminar a las clases intelectuales polacas en Krausnick, «Hitler und die Morde in Polen».

36. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 221-222.

37. Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 13-25; Wildt, *Generation des Unbedingten*, pp. 420-428; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 656-661, pp. 678-679, p.685 para Austria y Checoslovaquia.

38. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p.274; *idem*, *The Third Reich in Power*, pp. 44, 52 y 116; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 10-16.

39. *Ibid*., pp. 29-57; véase también Jens Banach, *Heydrichs Elite: Das Führerkorps der Sicherheitspolizei und des SD, 1936-1945*, Paderborn, 1998.

40. Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 29-57; sobre Von Woyrsch, véase Evans, *The Third Reich in Power*, p.36.

41. Citado en Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, p.29; también Kurt Pätzold (ed.), *Verfolgung, Vertreibung, Vernichtung: Dokumente des faschistischen Antisemitismus 1933 bis 1942*, Frankfurt, 1984, p.234.

42. Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 31-34; Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen*, pp. 162-173.

43. Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 35-51; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 59-74; Jastrzebski, *Der Bromberger Blutsonntag*.

44. Klukowski, *Diary*, p.68.

45. *Ibid*., pp. 90-99 (21 de junio de 1940).

46. Alcuin (pseud.), *I Saw Poland Suffer*, p.73.

47. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, p.44.

48. Jon Evans, *The Nazi New Order in Poland*, Londres, 1941, p.51; el mismo incidente también se recoge en Francis Aldor, *Germany's «Death Space»: The Polish Tragedy*, Londres, 1940, pp. 187-192, a partir del testimonio de exiliados polacos en París.

49. Rossino, *Hitler Strikes Poland*, p.87.

50. La obsesión con los francotiradores es un tema central en Jochen Böhler, *Auftakt zum Vernichtungskrieg: Die Wehrmacht in Polen 1939*, Frankfurt, 2006, pp. 54-168. Sobre el terror más en general, véase Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 186-215.

51. Citado en Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, p.271, n.177.

52. Keith Sword, «Poland», en Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, p.696; también Szymon Datner, «Crimes Committed by the Wehrmacht during the September Campaign and the Period of Military Government (1 Sept. 1939-25 Oct. 1939)», *Polish Western Affairs*, 3 (1962), pp. 294-328; y Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen*, pp. 197-199.

53. Karl Malthes, en *IR 309 marchiert an den Feind: Erlebnisberichte aus dem Polenfeldzuge 1939*, Oberst Dr Hoffmann (ed.), Berlín, 1940, p.158.

54. Heinrich Breloer (ed.), *Geheime Welten: Deutsche Tagebücher aus den Jahren 1939 bis 1947*, Colonia, 1999 (1984), p. 27.

55. *Ibid*., p.30.

56. Klukowski, *Diary*, pp. 75, 77, 80-82; Evans, *The Nazi New Order*, pp. 66-82; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 102-110; Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, pp. 361-362.

57. Klukowski, *Diary*, pp. 86-87 (19 de mayo de 1940); Wolfgang Jacobmeyer, *Heimat und Exil: Die Anfänge der polnischen Untergrundbewegung im Zweiten Weltkrieg (September 1939 bis Mitte 1941)*, Hamburgo, 1973.

58. Housden, *Hans Frank*, pp. 120-121; Gross, *Polish Society*, p.87

59. Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997 (1985), pp. 79-94; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 102-117; Gross, *Polish Society*, pp. 78-81; Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 216-232.

60. Klukowski, *Diary*, p.31.

61. Böhler, *Auftakt*, pp. 181-185.

62. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.27.

63. Housden, *Hans Frank*, pp. 84-86; Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 334-338.

64. Robert L. Koehl, *RKFDV: German Resettlement and Population Policy 1939-1945: A History of the Reich Commission for the Strengthening of Germandom*, Cambridge, Mass., 1957, p.58; (Anón.), *The German New Order in Poland*, Londres, 1942, p.262; Aldor, *Germany's «Death Space»*, p.147; Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen*, pp. 222-272; Werner Röhr, «Zur Wirtschaftspolitik der deutschen Okkupanten in Polen 1939-1945», en Dietrich Eichholtz (ed.), *Krieg und Wirtschaft: Studien zur deutschen Wirtschaftsgeschichte 1939-1945*, Berlín, 1999; Ryszard Kaczmarek, «Die Deutsche Wirtschaftliche Penetration in Polen (Oberschlesien)», en Richard Overy *et al*. (eds.), *Die «Neuordnung» Europas: NS-Wirtschaftspolitik in den besetzten Gebieten*, Berlín, 1997, pp. 257-272.

65. Evans, *The Nazi New Order*, pp. 83-96; Klukowski, *Diary*, p.85; Alder, *Germany's «Death Space»*, p.147.

66. Martin Pöppel, *Heaven and Hell: The War Diary of a German Paratrooper*, Staplehurst, 1988, p.21.

67. Alcuin (pseud.), *I Saw Poland Suffer*, pp. 52-56.

68. *Ibid*., p.69.

69. *Ibid*., pp. 72-73; visión de conjunto en Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 548-563. La cuestión de si resulta verosímil llamar genocida al comportamiento alemán con los polacos es abordada con lucidez en Gerhard Eitel, «Genozid auch an Polen? Kein Thema für einen "Historikerstreit"», *Zeitgeschichte*, 18 (1990), pp. 22-39.

70. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. I, p. 68 (10 de septiembre de 1939).

71. Jansen y Weckbecker, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz»*, pp. 175-180.

72. Citado en Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, p.63.

73. *Ibid*., pp. 63-64.

74. *Ibid*., pp. 55-56.

75. *Ibid*., pp. 56-67; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 88-120, pp. 174-185; Hans Meier-Welcker, *Aufzeichnungen eines Generalstabsoffiziers 1939-1942*, Freiburg im Breisgau, 1982, p.39 (Colonia, 10 de diciembre de 1939).

76. En Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Misstrauische Nachbarn: Deutsche Ostpolitik 1919/1970*, Düsseldorf, 1970, pp. 137-141.

77. *Ibid*., p.138.

78. Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 78-88; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 247-248; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 40-41.

79. Sobre la colaboración del ejército con las SS y los paramilitares de ascendencia alemana, véase Böhler, *Auftakt*, pp. 201-240.

80. Leon Poliakov y Josef Wulf (eds.), *Das Dritte Reich und seine Diener*, Frankfurt, 1959, pp. 385-386; Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln, Nebr., 2004, pp. 16-24 y 72-80.

81. Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 174-185; Szymon Datner, *Crimes Committed by the Wehrmacht during the September Campaign and the Period of Military Government*, Posen, 1962; Janusz Gumkowski y Kazimierz Leszczynski, *Poland under Nazi Occupation*, Varsovia, 1961, pp. 53-55.

82. Rossino, *Hitler Strikes Poland*, p.263, n.129; Böhler, *Auftakt*, pp. 169-180. Véase también Mazower, *Hitler's Empire*, pp. 78-96.

83. Koehl, *RKFDV*, pp. 14-52; sobre los planes de Darré, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 421-425. Michael G. Esch inscribe esas políticas en el contexto de la política polaca de posguerra en «*Gesunde Verhältnisse»: Die deutsche und polnische Bevölkerungspolitik in Ostmitteleuropa 1939-1950*, Marburgo, 1998; la obra fundamental a este respecto sigue siendo Koehl, *RKFDV*, que fue la primera que arrojó luz sobre la naturaleza y las dimensiones de los planes nazis de reorganización étnica de Europa centrooriental. Más recientemente véase Czeslaw Madajczyk *et al*. (eds.), *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan: Dokumente*, Múnich, 1994; Götz Aly, *«Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews* vol. I, Londres, 1999 (1995); e Isabel Heinemann, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut»: Das Rasse-und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003.

84. Discurso de Hitler en Max Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship*, 4 vols., Londres, 1990(1962-1963), vol. III: *The Years 1939 to 1940*, p.1.836.

85. Koehl, *RKFDV*, pp. 49-58 y 247-249.

86. *Ibid*., pp. 49-65; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 62-65; Götz Aly y Susanne Heim, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Princeton, N.J., 2002, pp. 73-114 (reduccionista desde un punto de vista económico); véase también Michael G. Esch, «"Ohne Rücksicht auf historisch Gewordenes": Raumplanung und Raumordnung im besetzten Polen 1939-1944», en Götz Aly *et al*. (eds.), *Modelle für ein deutsches Europa: Ökonomie und Herrschaft im Grosswirtschaftsraum*, Berlín, 1992, pp. 77-123; Philip T. Rutherford, *Prelude to the Final Solution: The Nazi Program for Deporting Ethnic Poles, 1939-1941*, Lawrence, Kans., 2007.

87. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, p.43.

88. Klukowski, *Diary*, p.60 (11 de diciembre de 1939); Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 42-43.

89. Klukowski, *Diary*, p.88; también pp. 120-121 (14 de octubre de 1940).

90. Jacobmeyer, «Der Überfall», pp. 23-29; Klukowski, *Diary*, p.104 (26 de julio de 1940); Koehl, *RKFDV*, pp. 126-160; panorama general y cronología en Aly, *«Final Solution»*, pp. 14-52, y en Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 233-258.

91. Wilm Hosenfeld, *«Ich versuche jeden zu retten»: Das Leben eines deutschen Offiziers in Briefen und Tagebüchern*, Thomas Vogel (ed.), Múnich, 2004, pp. 3 y 302 (notas, 14 de diciembre de 1939).

92. *Ibid*., p.303 (nota del 15 de diciembre de 1939).

93. Koehl, *RKFDV*, pp. 49-70; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 118-137. Sobre los documentos de la política racial alemana, véase Georg Hansen (ed.), *Schulpolitik als Volkstumspolitik: Quellen zur Schulpolitik der Besatzer in Polen 1939-1945*, Münster, 1994, pp. 23-80.

94. Wolfgang Michalka (ed.), *Das Dritte Reich* (2 vols.), Múnich, 1985, vol. II: *Weltmachtanspruch und nationaler Zusammenbruch 1939-1945*, pp. 163-166.

95. Clarissa Henry y Marc Hillel, *Children of the SS*, Londres, 1976 (1975), pp. 182-190; Koehl, *RKFDV*, pp. 143-145 y 219-221; Cyprian y Sawicki, *Nazi Rule*, pp. 83-91. Sobre el plan de la Lebensborn «fuente de la vida», véase Evans, *The Third Reich in Power*, p.521.

96. Koehl, *RKFDV*, pp. 140-142.

97. Citado en Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 129-130 (notas al pie).

98. Klukowski, *Diary*, p.240 (29 de enero de 1943).

99. Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, p.53; véase más en general Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 42-146.

100. Koehl, *RKFDV*, pp. 70-88 y 125-140; Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, pp. 209-210, 251, 296-297 y 303-304.

101. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 137-157; (Anón.), *The German New Order*, pp. 410-411; Aly y Heim, *Architects*, pp. 130-159; Cyprian y Sawicki, *Nazi Rule*, pp. 92-105; Boguslaw Drewniak, «Die Deutsche Verwaltung und die rechtliche Stellung der Polen in den besetzten polnischen Gebieten 1939-1945», *Deutsch-Polnisches Jahrbuch 1979-80*, pp. 151-170.

102. Georg Hansen, «“Damit wurde der Warthegau zum Exerzierplatz des praktischen Nationalsozialismus”: Eine Fallstudie zur Politik der Einverleibung», en Klessmann (ed.), septiembre de 1939, pp. 55-72; Klessmann, *Die Selbstbehauptung*, pp. 19-26; Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 157-176; Georg Hansen, *Ethnische Schulpolitik im besetzten Polen: Der Mustergau Wartheland*, Münster, 1995. Documentos sobre la política lingüística en Georg Hansen (ed.), *Schulpolitik*, pp. 81-106. Sobre Jäger, véase Evans, *The Third Reich in Power*, p.224. Véase también Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, p.314, sobre la hostilidad cada vez mayor de Frank para con la Iglesia católica en el Gobierno General (19 de diciembre de 1940).

103. Jochen August (ed.), *«Sonderaktion Krakau»: Die Verhaftung der Krakauer Wissenschaftler am 6. November 1939*, Hamburgo, 1997.

104. Klessmann, *Die Selbstbehauptung*, pp. 54-61 y 78-107; *idem* y Wazlaw Dlugoborski, «Nationalsozialistische Bildungspolitik und polnische Hochschulen 1939-1945», *Geschichte und Gesellschaft*, 23 (1997), pp. 535-559.

105. Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, p.53.

106. Hans-Christian Harten, *De-Kulturation und Germanisierung: Die nationalsozialistische Rassen- und Erziehungspolitik in Polen 1939-1945*, Frankfurt, 1996, pp. 170-187 (sobre política cultural) y 188-264 (sobre educación); Evans, *The Nazi New Order*, pp. 113-137; Gross, *Polish Society*, pp. 75-78.

107. Sword, «Poland», pp. 696-697; Gertrude M. Godden, *Murder of a Nation: German Destruction of Polish Culture*, Londres, 1943, pp. 7-56.

108. Klukowski, *Diary*, pp. 54 y 72; véase más en general Christoph Klessmann, «Die kulturelle Selbstbehauptung der polnischen Nation», en *idem* (ed.), *September 1939*, pp. 117-138; *idem*, *Die Selbstbehauptung*, pp. 108-182; *idem*, «Die Zerstörung des Schulwesens als Bestandteil deutscher Okkupationspolitik im Osten am Beispiel Polens», en Manfred Heinemann (ed.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. I*: Kindergarten, Schule, Jugend, Berufserziehung*, Stuttgart, 1980, pp. 176-192; y la amplia documentación en Hansen (ed.), *Schulpolitik*, pp. 107-411.

109. Klukowski, *Diary*, p.146 (18 de abril de 1941).

110. *Ibid*., p.126 (25 de noviembre de 1940); Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 333-364. Sobre las consecuencias a largo plazo, véase Waclaw Dlugoborski, «Die Deutsche Besatzungspolitik und die Veränderungen der sozialen Struktur Polens 1939-1945», en *idem* (ed.), *Zweiter Weltkrieg und sozialer Wandel: Achsenmächte und besetzte Länder*, Gotinga, 1981, pp. 303-363.

111. Koehl, *RKFDV*, pp. 49, 76, 89-100 y 254; Aly, *«Final Solution»*, pp. 59-81.

112. Matthias Hamann, «Erwünscht und unerwünscht: Die rassenpsychologische Selektion der Ausländer», en Götz Aly *et al*. (eds.), *Herrenmensch und Arbeitsvölker: Ausländische Arbeiter und Deutsche 1939-1945*, Berlín, 1986, pp. 143-180; Koehl, *RKFDV*, pp. 100-110.

113. *Ibid*., pp. 209-237.

114. *Ibid*., pp. 129 y 160-161.

115. Klukowski, *Diary*, pp. 253-254 (17 de mayo de 1943).

116. *Ibid*., pp. 264-269 (2-11 de julio de 1943), pp. 274-275 (1 de agosto de 1943); un contexto más amplio se ofrece en Michael Hartenstein, *Neue Dorflandschaften: Nationalsozialistische Siedlungsplanung in den «eingegliederten Ostgebieten»: 1939 und 1944*, Berlín, 1998.

117. Aly y Heim, *Architects*, pp. 275-279 (poniendo una vez más un énfasis excesivo en las motivaciones económicas); Henry y Hillel, *Children*, pp. 180-181; Housden, *Hans Frank*, pp. 187-189 y 203; Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 422-430.

118. Klukowski, *Diary*, pp. 271 (15 de julio de 1943) y 289 (28 de noviembre de 1943).

119. *Ibid*., pp. 277-278 (18-27 de agosto de 1943).

120. Götz Aly, «The Posen Diaries of the Anatomist Hermann Voss», en Götz Aly *et al*., *Cleansing the Fatherland: Nazi Medicine and Racial Hygiene*, Baltimore, Md., 1994, pp. 99-155, en las pp. 127 (24 de mayo de 1941), 128 (2 de junio de 1941) y 130 (15 de junio de 1941).

121. Jost Hermand, *Als Pimpf in Polen: Erweiterte Kinderlandverschickung 1940-1945*, Frankfurt, 1993, pp. 78-118.

122. Maschmann, *Account Rendered*, pp. 110-119.

123. *Ibid*., pp. 127-129.

124. Elizabeth Harvey, *Women and the Nazi East: Agents and Witnesses of Germanization*, Londres, 2003, esp. pp. 78-118 (reclutamiento) y 119-190; más en general, sobre las diversas actitudes de los alemanes hacia los polacos, véase Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 166-185.

125. Alcuin (pseud.), *I Saw Poland Suffer*, pp. 62-68.

126. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik*, pp. 80-84; Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich*, Londres, 1979 (1963), pp. 322-331; Gross, *Polish Society*, pp. 45-62 y 145-159; Housden, *Hans Frank*, pp. 154-176.

127. Citado en Gross, *Polish Society*, p.110; al negocio del mercado negro se hace referencia en Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, p. 88 (16 de enero de 1940).

128. Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 596-602.

129. Klukowski, *Diary*, p.70.

130. *Ibid*., p.74.

131. *Ibid*., p.119 (1 de octubre de 1940); véase también Tomasz Szarota, *Warschau unter dem Hakenkreuz: Leben und Alltag im besetzten Warschau 1. 10. 1939 bis 31. 7. 1944*, Paderborn, 1985 (1973), pp. 80-81 y 113-114.

132. Jacobmeyer, «Der Überfall», pp. 29-31.

133. Sword, «Poland», p. 697; Czeslaw Luczak, «Landwirtschaft und Ernährung in Polen während der deutschen Besatzungszeit 1939-1945», en Bernd Märtin y Alan S. Milward (eds.), *Agriculture and Food Supply in the Second World War*, Ostfildern, 1985, pp. 117-127.

134. Natalija Decker, «Die Auswirkungen der faschistischen Okkupation auf das Gesundheitswesen Polens und den Gesundheitszustand des polnischen Volkes», en Achim Thom y Genadij Caregorodcev (eds.), *Medizin unterm Hakenkreuz*, Berlín, 1989, pp. 401-416; también Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 261-307, sobre la vida cotidiana bajo el dominio de los alemanes.

135. Klukowski, *Diary*, p.77 (19 de febrero de 1940), pp. 105-106 (1 de agosto de 1940), 126 (23 de noviembre de 1940) y 132 (4 de enero de 1941). Sobre los soplones, véase Wlodzimierz Borodziej, *Terror und Politik: Die Deutsche Polizei und die Polnische Widerstandsbewegung im Generalgouvernement 1939-1944*, Maguncia, 1999, pp. 136-161.

136. Klukowski, *Diary*, p.85 (25 de abril de 1940).

137. En materia de comparaciones, véase Waclaw Dlugoborski, «Deutsche und sowjetische Herrschaftssysteme in Ostmitteleuropa im Vergleich», en Gerhard Otto y Johannes Houwink ten Cate (eds.), *Das organisierte Chaos: «Ämterdarwinismus» und «Gesinnungsethik»: Determinanten nationalsozialistischer Besatzungsherrschaft*, Berlín, 1999, pp. 93-121; *idem* y Czeslaw Madajczyk, «Ausbeutungssysteme in den besetzten Gebieten Polens und der UdSSR», en Friedrich Forstmeier y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Kriegswirtschaft und Rüstung 1939-1945*, Düsseldorf, 1977, pp. 375-416.

138. Janusz K. Zawodny, *Death in the Forest: The Story of the Katyn Forest Massacre*, Londres, 1971; Wladyslaw T. Bartoszewski, «Foreword», en Salomon W. Slowes, *The Road to Katyn: A Soldier's Story*, Oxford, 1992, pp. vii-xxxii; y más recientemente, Gerd Kaiser, *Katyn: Das Staatsverbrechen — das Staatsgeheimnis*, Berlín, 2002, y Anna M. Cienciala *et al*., *Katyn: A Crime without Punishment*, Londres, 2006.

139. Sword, «Poland», pp. 698-699; Garlinski, *Poland*, pp. 32-37; Norman Davies, *God's Playground: A History of Poland* (2 vols.), Oxford, 1981, vol. II, pp. 447-453; Jan T. Gross, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, N. J., 1988, esp. pp. 35-45 (violencia entre comunidades), 71-113 (plebiscitos), 144-186 (prisiones) y 187-224 (deportaciones).

140. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 43-48; véase también más en general Norman Davies y Antony Polonsky (eds.), *Jews in Eastern Poland and the USSR, 1939-1946*, Nueva York, 1991, y Jan T. Gross, «A Tangled Web: Confronting Stereotypes Concerning Relations between Poles, Germans, Jews, and Communists», en István Déak *et al*. (eds.), *The Politics of Retribution in Europe: World War II and its Aftermath*, Princeton, N. J., 2000, pp. 74-129, sin embargo, tal vez subestima la colaboración judía con la administración soviética (pp. 97-98): véase la investigación minuciosa de Alexander B. Rossino, «Polish "Neighbors" and German Invaders: Anti-Jewish Violence in the Bialystok District during the Opening Weeks of Operation Barbarossa», *Polin: Studies in Polish Jewry* 16 (2003), pp. 431-456; y Bogdan Musial, *«Konterrevolutionäre Elemente sind zu erschiessen»: Die Brutalisierung des deutsch-sowjetischen Krieges im Sommer 1941*, Berlín, 2000, pp. 57-73.

141. Mazower, *Hitler's Empire*, pp. 96-101.

142. Sobre el antisemitismo nazi, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 172-174; *idem*, *The Third Reich in Power*, pp. 536-610.

143. Wladyslaw Bartoszewski, «Polen und Juden in der deutschen Besatzungszeit», en Klessmann (ed.), *September 1939*, pp. 139-155, en las pp. 139-141; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 605-607; Peter Longerich, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Múnich, 1998, p.252; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 24-30.

144. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 578-579; Sybil H. Milton, «The Expulsion of Polish Jews from Germany, October 1938 to July 1939: A Documentation», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 29 (1984), pp. 169-174.

145. Longerich, *Politik*, pp. 249-250; también Werner Röhr, «Zum Zusammenhang von nazistischer Okkupationspolitik in Polen und dem Völkermord an den polnischen Juden», en *idem et al*. (eds.), *Faschismus und Rassismus: Kontroversen um Ideologie und Opfer*, Berlín, 1992, pp. 300-316.

146. Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 88-115; Halder, *Kriegstagebuch*, vol. I, p. 67 (10 de septiembre de 1939).

147. Walter Manoschek (ed.), *«Es gibt nur Eines für das Judentum: Vernichtung»: Das Judenbild in deutschen Soldatenbriefen 1939-1941*, Hamburgo, 1997 (1995).

148. Citado en Browning, *The Origins*, p.114.

149. Otto Dietrich, *Auf den Strassen des Sieges Erlebnisse mit dem Führer in Polen: Ein Gemeinschaftsbuch*, Múnich, 1939, citado en Richard Breitman, *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991, p.73.

150. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. I/VII, pp. 177-179 (2 de noviembre de 1939).

151. David Welch, *Propaganda and the German Cinema 1933-1945*, Oxford, 1983, pp. 292-293.

152. Böhler, *Auftakt*, pp. 197-200, para una breve explicación general; *ibid*., pp. 188-197, sobre los prejuicios y los actos antisemitas de los soldados comunes.

153. Kaplan, *Scroll*, pp. 25 (4 de octubre de 1939), 28 (6 de octubre de 1939), 69 (16 de diciembre de 1939); Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen*, pp. 205-211; véase la versión concisa y no muy concluyente sobre las violaciones en Böhler, *Auftakt*, pp. 186-187, y los ejemplos de la violación de mujeres judías por soldados alemanes en *ibid*., pp. 197-200.

154. Klukowski, *Diary*, pp. 30 y 45-48.

155. *Ibid*., p.78; véase también Gross, *Polish Society*, pp. 92-109; más ejemplos en Kaplan, *Scroll*, p.30 (12 de octubre de 1939); sobre la Iglesia, Dawid Sierakowiak, *The Diary of Dawid Sierakowiak*, Alan Adelson (ed.), Londres, 1996, p.54; Anna Landau-Czajka, «The Jewish Question in Poland: Views Expressed in the Catholic Press between the Two World Wars», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 11 (1998), pp. 263-278; Brian Porter, «Making a Space for Antisemitism: The Catholic Hierarchy and the Jews in the Early Twentieth Century», *Polin: Studies in Polish Jewry* 16 (2003), pp. 415-429; y Klukowski, *Diary*, p.40.

156. *Ibid*., p.45.

157. *Ibid*., pp. 38-42.

158. *Ibid*., pp. 52-53.

159. *Ibid*., pp. 62-63.

160. *Ibid*., p.83.

161. Präg y Jacobmeyer (eds.), *Diensttagebuch*, pp. 176-177; Omer Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York, 1991, p. 64; Alexander Rossino, «Destructive Impulses: German Soldiers and the Conquest of Poland», *Holocaust and Genocide Studies*, 11 (1997), pp. 351-365.

162. Gefr. H. K., 12 de agosto de 1940, citado en Manoschek (ed.), *«Es gibt nur eines»*, p.15.

163. O. Gefr. J. E., 30 de diciembre de 1939, citado en *ibid*., p. 12.

164. Emanuel Ringelblum, *Notes from the Warsaw Ghetto: The Journal of Emanuel Ringelblum*, Nueva York, 1958 (1952), pp. 24, 27 y 34.

165. *Ibid*., p.47, también pp. 33 y 254.

166. *Ibid*., p.68.

167. *Ibid*., p.79.

168. *Ibid*., p.84.

169. Mark Spoerer, *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangere und Häftlinge im Deutschen Reich und im besetzten Europa 1939-1945*, Stuttgart, 2001, p.45; Böhler, *Auftakt*, pp. 177-178; Shmuel Krakowski, «The Fate of Polish Prisoners of War in the September 1939 Camps», *Yad Vashem Studies*, 12 (1977), pp. 296-333.

170. Kaplan, *Scroll*, p.29 (10 de octubre de 1939); más ejemplos en Emanuel Ringelblum, *Polish-Jewish Relations during the Second World War*, Jerusalén, 1974, pp. 23-57 (también con detalles de participación polaca).

171. Tatiana Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus — Getto — Massenmord: Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des Zweiten Weltkrieges*, Berlín, 1960, pp. 219-221; Dieter Pohl, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord: Der Distrikt Lublin des Generalgouvernements 1939-1944* (Frankfurt, 1993), pp. 22-25.

172. Sierakowiak, *The Diary*, pp. 37 (10 de septiembre de 1939), 38 (13 de septiembre de 1939), 39 (15 de septiembre de 1939), 40 (17 de septiembre de 1939), 41 (19 de septiembre de 1939), 52 (14 de octubre de 1939), 56 (27 de octubre de 1939), 63 (16 de noviembre de 1939), 66 (30 de noviembre de 1939) y 69-70 (12 de diciembre de 1939).

173. *Ibid*., p.111 (9 de septiembre de 1940).

174. Véase más en general Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, pp. 258-260, sobre la deportación de judíos en el contexto del programa alemán de reasentamientos.

175. Longerich, *Politik*, pp. 251-261; Hans Safrian, *Die Eichmann-Männer*, Viena, 1993, pp. 68-86; Christopher Browning, *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992, pp. 3-11; *idem*, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge, 2000, pp. 1-15; *idem*, *The Origins*, pp. 36-43; David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*, Londres, 2004, pp. 78-81; Pohl, *Von der «Judenpolitik»*, pp. 15-21, 26-31 y 47-55; la orden de Himmler para deportar a todos los judíos de los territorios incorporados se recoge el 31 de octubre de 1939 en Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, p.52; más detalles en Seev Goshen, «Eichmann und die Nisko-Aktion im Oktober 1939: Eine Fallstudie zur NS-Judenpolitik in der letzten Etappe vor der "Endlösung"», *VfZ*, 29 (1981), pp. 74-96, e *idem*, «Nisko — Ein Ausnahmefall unter den Judenlagern der SS», *VfZ*, 40 (1992), pp. 95-106.

176. Safrian, *Die Eichmann-Männer*, pp. 87-104.

177. Aly y Heim, *Architects*, pp. 156-159; Longerich, *Politik*, pp. 253-261.

178. Browning, *The Path to Genocide*, pp. 28-30; *idem*, *The Origins*, pp. 3681 y 89-110 (cifras en p. 109); Longerich, *Politik*, pp. 266-269.

179. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 197-198.

180. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 660-661.

181. Gustavo Corni, *Hitler's Ghettos: Voices from a Beleaguered Society 1939-1944*, Londres, 2002, pp. 22-24; las preocupaciones de Frank en Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, pp. 95 y 146-147.

182. Sierakowiak, *The Diary*, p.71 (15 de diciembre de 1939).

183. Browning, *The Origins*, pp. 111-118; también Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus*, pp. 78-81, a propósito de la orden de 10 de diciembre de 1939; también Lucjan Dobroszycki (ed.), *The Chronicle of the Lodz Ghetto 1941-1944*, New Haven, Conn., 1984, especialmente la introducción.

184. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 105-106.

185. Isaiah Trunk, *Judenrat: The Jewish Councils in Eastern Europe under Nazi Occupation*, Nueva York, 1972, sigue siendo la descripción más fiable de esas instituciones. Sobre sus comienzos, véase *ibid*., pp. 1-55. La filósofa política Hannah Arendt, en su célebre libro, brillante y nada condescendiente, *Eichmann en Jerusalén*, Nueva York, 1963, acusó a esas instituciones de complicidad con la política de asesinatos en masa del Tercer Reich. Sin embargo, el margen de maniobra para ellas y sus miembros era mínimo, como señala Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. xxiii-xxiv; véase también Aharon Weiss, «Jewish Leadership in Occupied Poland: Postures and Attitudes», *Yad Vashem Studies*, 12 (1977), pp. 335-365.

186. Browning, *The Origins*, pp. 114-120; Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 8283; Aly y Heim, *Architects*, pp. 186-214.

187. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 84-86; Isaiah Trunk, *Lodz Ghetto: A History*, Bloomington, Ind., 2006 (1962), pp. 32-103. Para una defensa elocuente de Rumkowski, véase Gordon J. Horwitz, *Ghettostadt: Lodz and the Making of a Nazi City*, Londres, 2008, esp. pp. 75-88 y 311-317.

188. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 24-31 y 78-81; Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, pp. 91 y 94.

189. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 27-29.

190. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 104-106.

191. Ringelblum, *Notes*, pp. 86-87 (19 de noviembre de 1940). Ringelblum siempre tuvo buen cuidado de distinguir entre soldados regulares, como en este caso, efectivos de las SS y efectivos de la Gestapo. Véase un ejemplo en *ibid*., pp. 114-115.

192. Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus*, pp. 108-113; Browning, *The Origins*, pp. 121-131.

193. Czerniakow, *The Warsaw Diary*, p.237 (17 de mayo de 1941).

194. Nachman Blumenthal, «A Martyr or Hero? Reflections on the Diary of Adam Czerniakow», *Yad Vashem Studies*, 7 (1968), pp. 165-171; Joseph Kermish, «Introduction», en Czerniakow, *The Warsaw Diary*, pp. 1-24, en la p.19; Czerniakow, *The Warsaw Diary*, p.295 (1 de noviembre de 1941); Trunk, *Judenrat*; actas de la reunión del 6-7 de junio de 1940 en Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, pp. 232 y 239 (punto 8).

195. Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus*, p.138; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 105-107; Trunk, *Judenrat*, p.165; véase también Yisrael Gutman, *The Jews of Warsaw, 1939-1943: Ghetto, Underground, Revolt*, Bloomington, Ind., 1982.

196. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 204-207 y 215.

197. Ringelblum, *Notes*, p.241.

198. *Ibid*., pp. 194 y 181.

199. Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus*, pp. 152-153.

200. Charles G. Roland, *Courage under Siege: Starvation, Disease, and Death in the Warsaw Ghetto*, Nueva York, 1992, pp. 39, 99-101 y 154-165.

201. Klukowski, *Diary*, p.168 (3 de septiembre de 1941).

202. Ringelblum, *Notes*, p.268.

203. *Ibid*., p.224 (19 de febrero de 1941); Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 119-156; Trunk, *Judenrat*, pp. 96-99.

204. *Ibid*., *passim*, esp. 100-155; y especialmente Gunnar S. Paulsson, *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw, 1940-1945*, Londres, 2003; y Yisrael Gutman y Shmuel Krakowski, *Unequal Victims: Poles and Jews during World War Two*, Nueva York, 1986, pp. 32-33.

205. Hosenfeld, «*Ich versuche*», p. 534 (anotación del 27 de septiembre de 1941).

206. Kaplan, *Scroll*, pp. 221-222 (14 de febrero de 1941).

207. Szarota, *Warschau*, p.46; Ringelblum, *Notes*, p.181.

208. Maschmann, *Account Rendered*, pp. 81-82.

209. Uff. H. Z., 30 de junio de 1941, citado en Manoschek (ed.), *«Es gibt nur Eines»*, p.30.

210. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, p.456 (anotación del 3 de marzo de 1941).

211. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 139-156; Czerniakow, *The Warsaw Diary*, p.363 (6 de junio de 1942), p. 373 (2 de julio de 1942); Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*; Ringelblum, *Notes*.

212. Browning, *The Origins*, pp. 175-178; véase también Wolf Gruner, *Die geschlossene Arbeitseinsatz deutscher Juden: Zur Zwangsarbeit als Element der Verfolgung, 1938-1943*, Berlín, 1997; y Dieter Maier, *Arbeitseinsatz und Deportation: Die Mitwirkung der Arbeitsverwaltung bei der nationalsozialistischen Judenverfolgung in den Jahren 1938-1945*, Berlín, 1994.

213. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 193-194; Hillel Levine, *In Search of Sugihara: The Elusive Japanese Diplomat Who Risked His Life to Rescue 10,000 Jews from the Holocaust*, Nueva York, 1996.

214. Juliane Wetzel, «Auswanderung aus Deutschland», en Wolfgang Benz (ed.), *Die Juden in Deutschland 1933-1945: Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft*, Múnich, 1988, pp. 413-498, esp. pp. 472-498.

215. Volker Dahm, «Kulturelles und geistiges Leben», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp. 75-267, esp. 223-257 («Kulturelles und geistiges Leben 1939-41»).

216. Günter Plum, «Deutsche Juden oder Juden in Deutschland?», en Benz (ed.), *Die Juden*, pp. 35-74, esp. 71-72.

217. Browning, *The Origins*, pp. 169-175; Eric A. Johnson, *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, 1999, pp. 355-358, 382-395; casos de «infamia racial» en Patricia Szobar, «Telling Sexual Stories in the Nazi Courts of Law: Race Defilement in Germany 1933-1945», *Journal of the History of Sexuality* 11 (2002), pp. 131-163. Sobre el racionamiento, véase Marion Kaplan, «Jewish Daily Life in Wartime Germany», en David Bankier (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews, 1933-1941*, Jerusalén, 2000, pp. 395-412, en las pp. 396-398.

218. Friedländer, *The Years of Extermination*, 93-94.

219. *Ibid*., pp. 51-52.

220. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 567-568 y 601-602.

221. Victor Klemperer, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1933-41*, Londres, 1998 (1995), pp. 114, 266-269, 279, 292-336, citas en p. 324 (26 de mayo de 1940), 325 (26 de mayo de 1940), 336 (11 de agosto de 1940); *idem*, *To the Bitter End: The Diaries of Victor Klemperer 1942-45*, Londres, 1998 (1995), p. 31 (24 de marzo de 1942).

222. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, pp. 337-399.

223. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 524-527.

224. Michael Zimmermann, *Rassenutopie und Genozid: Die Nationalsozialistische «Lösung der Zigeunerfrage»*, Hamburgo, 1996, 193-199.

225. Browning, *The Origins*, pp. 178-184; Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, N.C., 1995, pp. 246-262; Sybil H. Milton, «"Gypsies" as Social Outsiders in Nazi Germany», en Robert Gellately y Nathan Stolzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton, 2001, pp. 212-232, esp. 223-225.

226. Guenter Lewy, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Nueva York, 2000, pp. 65-81; Zimmermann, *Rassenutopie*, pp. 167-184, pp. 200-207.

227. Volker Riess, *Die Anfänge der Vernichtung «lebensunwerten Lebens» in den Reichsgauen Danzig-Westpreussen und Wartheland 1939/40*, Frankfurt, 1995, pp. 21-24 y 98.

228. *Ibid*., pp. 355-358. Sobre las camionetas de gas, véase Matthias Beer, «Die Entwicklung der Gaswagen beim Mord an den Juden», *VfZ*, 35 (1987), pp. 403-417.

229. Klukowski, *Diary*, p.76 (18 de febrero de 1940).

230. Longerich, *Politik*, pp. 236-237; Ernst Klee (ed.), *Dokumente zur «Euthanasie»*, Frankfurt, 1985, pp. 70-81; Michael Burleigh, *Death and Deliverance*: «*Euthanasia» in Germany, c.1900-1945*, Cambridge, 1994, pp. 130-133.

231. Longerich, *Politik*, pp. 234-235, 648, n.36, una argumentación convincente contra la opinión sostenida por Götz Aly de que las matanzas guardaban una relación causal con los planes para reasentar a la población de ascendencia alemana en la región (Aly, *«Final Solution»*, pp. 70-76; *idem*, «Medicine against the Useless», en *idem et al*., *Cleansing the Fatherland: Nazi Medicine and Racial Hygiene*, Baltimore, Md., 1994, pp. 22-98.

232. Riess, *Die Anfänge*, p.359; también Ernst Klee, *«Euthanasie» im NS-Staat: Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens»*, Frankfurt, 1985 (1983), pp. 95-98, pp. 112-115; y Burleigh, *Death*, p.130.

233. Citado en Kurt Nowak, *«Euthanasie» und Sterilisierung im «Dritten Reich» — Die Konfrontation der evangelischen und katholischen Kirche mit dem «Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses» und der «Euthanasie»Aktion*, Gotinga, 1984 (1977), pp. 63-64.

234. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 35-38, 143-145, 377-378; *idem*, *The Third Reich in Power*, pp. 506-515.

235. Hans-Walter Schmuhl, «Die Patientenmorde», en Angelika Ebbinghaus y Klaus Dörner (eds.), *Vernichten und Heilen: Der Nürnberger Ärzteprozess und seine Folgen*, Berlín, 2001, pp. 295-328, en la p.301; Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 35-64.

236. Citado en Burleigh, *Death*, p.97; Klee, *«Euthanasie»*, pp. 76-77; cita de Wagner en Eugen Kogon *et al*. (eds.), *Nationalsozialistische Massentötungen durch Giftgas: Eine Dokumentation*, Frankfurt, 1983, pp. 28-29; Hans-Walter Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vernichtung «lebensunwerten Lebens», 1890-1945*, Gotinga, 1987, pp. 149-150, 178-181.

237. Riess, *Die Anfänge*, pp. 281-290; Karl Heinz Roth y Götz Aly, «Das "Gesetz über die Sterbehilfe bei unheilbar Kranken": Protokolle der Diskussion über die Legalisierung der nationalsozialistischen Anstaltsmorde in den Jahren 1938-1941», en Karl Heinz Roth (ed.), *Erfassung zur Vernichtung: Von der Sozialhygiene zum «Gesetz über Sterbehilfe»*, Berlín, 1984, pp. 101-179, en las pp. 104-111; Friedlander, *The Origins*, pp. 39-44; Burleigh, *Death*, pp. 93-100; Klee, *«Euthanasie»*, pp. 77-81; Longerich, *Politik*, pp. 234-235. La cronología de esos sucesos es examinada de manera exhaustiva en Ulf Schmidt, «Reassessing the Beginning of the "Euthanasia" Programme», *German History*, 17 (1999), pp. 543-550, prescindiendo además convincentemente de las explicaciones al uso tocantes al nombre y el historial del bebé de Leipzig cuya condición dio a Hitler el pretexto para lanzar la operación. Véase también Ulf Schmidt, *Karl Brandt: The Nazi Doctor: Medicine and Power in the Third Reich*, Londres, 2007, pp. 117-123 (sobre el caso) y pp. 123-146 (sobre el lanzamiento del programa).

238. Roth y Aly, «Das “Gesetz”», pp. 112-117; Burleigh, *Death*, pp. 9899; Friedlander, *The Origins*, pp. 44-46.

239. *Ibid*., pp. 67-68; Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 85-91; Christian Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik des Dritten Reiches: Planung, Durchführung und Durchsetzung*, Colonia, 1987, pp. 158-170.

240. Klee, *«Euthanasie»*, pp. 80-81.

241. Burleigh, *Death*, pp. 99-101; Klee, *«Euthanasie»*, pp. 82-95; Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 238-245, 295-307; Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, pp. 150-155. Sobre Binding y Hoche, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, p.145.

242. Götz Aly, «Der Mord an behinderten Hamburger Kindern zwischen 1939 und 1945», en Angelika Ebbinghaus *et al*. (eds.), *Heilen und Vernichten im Mustergau Hamburg: Bevölkerungs-und Gesundheitspolitik im Dritten Reich*, Hamburgo, 1984, pp. 147-155; Burleigh, *Death*, pp. 101-111; Schmuhl, «Die Patientenmorde», p. 302; *idem*, *Rassenhygiene*, pp. 182-189.

243. Citado en Friedlander, *The Origins*, p.50.

244. Aly, «Der Mord», p. 151; Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 188-189.

245. Citado en Aly, «Der Mord», p. 148; véase también Burleigh, *Death*, p. 100; Schmuhl, «Die Patientenmorde», pp. 305-306, y Gerhard Baader, «Heilen und Vernichten: Die Mentalität der NS-Ärzte», en Ebbinghaus y Dörner (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 275-294.

246. Friedlander, *The Origins*, pp. 68-69; Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, pp. 155-157.

247. Una buena visión de conjunto introductoria en Armin Trus, *«... vom Leid erlösen»: Zur Geschichte der nationalsozialistischen «Euthanasie»Verbrechen: Texte und Materialien für Unterricht und Studium*, Frankfurt, 1995, pp. 91-97; más en detalle en Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 190-195.

248. Friedlander, *The Origins*, pp. 65-66; Burleigh, *Death*, pp. 113-114.

249. Friedlander, *The Origins*, pp. 86-87; Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 195-197; Widmann citado en Klee (ed.), *Dokumente*, p.69.

250. Riess, *Die Anfänge*, pp. 355-358.

251. Friedlander, *The Origins*, pp. 86-94.

252. *Ibid*., pp. 73-84; Klee, *«Euthanasie»*, pp. 115-123; Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 92-104; Burleigh, *Death*, pp. 128-129.

253. Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 202-203, 215-217.

254. Friedlander, *The Origins*, pp. 83-85; Klee, *«Euthanasie»*, pp. 174-190; Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 105-116, 184-190; Burleigh, *Death*, pp. 135-146.

255. Citado en Klee (ed.), *Dokumente*, p.125 (recuadro); véase también, sobre el procedimiento, Friedlander, *The Origins*, pp. 93-110.

256. Klee, *«Euthanasie»*, pp. 149-152; Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 149-159; Burleigh, *Death*, pp. 146-149; Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 203-208.

257. Friedlander, *The Origins*, p.85.

258. Wirth citado en Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 124-125; también más en general *ibid*., pp. 119-142; Friedlander, *The Origins*, pp. 102-106; y Burleigh, *Death*, pp. 149-157.

259. Friedlander, *The Origins*, pp. 109-110. Véase también Johannes Tuchel (ed.), *«Kein Recht auf Leben»: Beiträge und Dokumente zur Entrechtung und Vernichtung «lebensunwerten Lebens» im Nationalsozialismus*, Berlín, 1984, y Roland Müller (ed.), *Krankenmord im Nationalsozialismus: Grafeneck und die «Euthanasie» in Südwestdeutschland*, Stuttgart, 2001, una recopilación de ponencias.

260. Burleigh, *Death*, pp. 169-173.

261. Todas las citas extraídas de Klee, *«Euthanasie»*, p.310; véase también Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 207-211.

262. Klee (ed.), *Dokumente*, p.209; Friedlander, *The Origins*, pp. 116-121; Lothar Gruchmann, «Ein unbequemer Amtsrichter im Dritten Reich: Aus den Personalakten des Dr. Lothar Kreyssig», *VfZ*, 32 (1984), pp. 462-488.

263. Klee, *«Euthanasie»*, pp. 255-258; véase más en general Nowak, «*Euthanasie» und Sterilisierung*.

264. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 398-401 y 447-456.

265. Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 151-162 (reimpresión del memorando íntegro); Klee, *«Euthanasie»*, p.285.

266. Citado en Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 213-214.

267. Friedlander, *The Origins*, pp. 113-114; Burleigh, *Death*, pp. 166-169; Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, pp. 170-172; Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 312-346.

268. Ulrich von Hassell, *The von Hassell Diaries: The Story of the Forces against Hitler inside Germany 1938-1944*, Boulder, Colo., 1994 (1946), pp. 150, 159, 165.

269. Klee (ed.), *Dokumente*, p.143.

270. Klee, *«Euthanasie»*, pp. 278-285; Burleigh, *Death*, pp. 167-168.

271. Klee, *«Euthanasie»*, pp. 234-253.

272. Beth A. Griech-Polelle, *Bishop von Galen: German Catholicism and National Socialism*, New Haven, Conn., 2002, p.77; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 515-516.

273. *Ibid*., p.239.

274. Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 167-168, 193.

275. *Ibid*., pp. 170-173; Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, pp. 76-77.

276. Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 182-184; Burleigh, *Death*, pp. 174-176; Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, pp. 76-78 (pero citando las palabras de Burleigh como si fueran de Faulhaber).

277. Klee (ed.), *Dokumente*, p.183.

278. *Ibid*., p.184. El hincapié de esos distintos documentos en el carácter ilegítimo del asesinato de inocentes reflejaba el apoyo a la pena de muerte que la Iglesia católica y sus organizaciones laicas venían prestando desde hacía largo tiempo: véase Richard J. Evans, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987*, Oxford, 1996, pp. 76-77, 332-333, 336-338, 432-433, 604-606, 654-655, 711-714, 797-799.

279. Klee (ed.), *Dokumente*, p.193; perspectiva de conjunto en Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 346-354.

280. Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 178-186, 82-83.

281. Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, pp. 84-85, 186-196; Burleigh, *Death*, pp. 176-178.

282. Trus, *«. . . vom Leid erlösen»*, pp. 147-148.

283. Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, p.86; Klee, *«Euthanasie»*, pp. 335-339.

284. Joachim Kuropka (ed.), *Meldungen aus Münster, 1924-1944: Geheime und vertrauliche Berichte von Polizei, Gestapo, NSDAP und ihren Gliederungen, staatlicher Verwaltung, Gerichtsbarkeit und Wehrmacht über die politische und gesellschaftliche Situation in Münster*, Münster, 1992.

285. Informe en Boberach (ed.), *Meldungen*, IX. 3, pp. 175-178, reimpreso también en Trus, *«...vom Leid erlösen»*, pp. 138-141. Véase también Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, pp. 86-93; Burleigh, *Death*, pp. 209-219; Karl Ludwig Rost, *Sterilisation und Euthanasie im Film des «Dritten Reiches»: Nationalsozialistische Propaganda in ihrer Beziehung zu rassenhygienischen Massnahmen des NS-Staates*, Berlín, 1984, pp. 166-168; y Kurt Nowak, «Widerstand, Zustimmung, Hinnahme: Das Verhalten der Bevölkerung zur "Euthanasie"», en Norbert Frei (ed.), *Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit*, Múnich, 1991, pp. 235-251.

286. Lothar Gruchmann, «Euthanasie und Justiz im Dritten Reich», *VfZ*, 20 (1972), pp. 235-279, en las pp. 278-279.

287. Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, p.173; Gruchmann, «Euthanasie», p. 277.

288. Burleigh, *Death*, pp. 176-180, exagera los argumentos contra la Iglesia católica; Friedlander, *The Origins*, pp. 111-112, ve las cosas más o menos como aquí se expone y da mayor crédito a la opinión pública que a las iglesias; Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, pp. 92-93, resume los argumentos juiciosamente señalando que los sermones de Von Galen expresaban en términos religiosos lo que la opinión pública sentía más en general.

289. Análisis excelente en Longerich, *Politik*, pp. 241-242.

290. Así se sostiene en Omer Bartov, *The Eastern Front 1941-1945: German Troops and the Barbarization of Warfare*, Londres, 1985; e *idem*, *Hitler's Army*, fechando esos procesos desde la invasión de la Unión Soviética; véase la crítica en Rossino, *Hitler Strikes Poland*, p.191, y el comentario de las numerosas obras que presuponen que la guerra alemana de exterminio racial en el este comenzó en 1941 en Böhler, *Auftakt*, pp. 9-16.

291. Tadeusz Piotrowski, *Poland's Holocaust: Ethnic Strife, Collaboration with Occupying Forces, and Genocide in the Second Republic, 1918-1947*, Jefferson, N.C., 1998; Böhler, *Auftakt*, pp. 241-247.

292. Berndt y Strecker (eds.), *Polen*; Richard J. Evans (ed.), *Kneipengespräche im Kaiserreich: Die Stimmungsberichte der Hamburger Politischen Polizei 1892-1914*, Hamburgo, 1989, pp. 361-383.

293. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, p.292 (carta a su hijo, 23 de noviembre de 1939).

294. Johannes Hürter (ed.), *Ein deutscher General an der Ostfront: Die Briefe und Tagebücher des Gotthard Heinrici 1941/42*, Essen, 2001, p.56 (carta a su mujer, 22 de abril de 1941).

295. *Ibid*., p.56 (carta a su mujer, 25 de abril de 1941).

296. *Ibid*., p.57 (carta a la familia, 30 de abril de 1941).

297. *Ibid*.

298. Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 121-143.

299. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p.61.

300. Véase Rossino, *Hitler Strikes Poland*, oponiéndose a Jürgen Förster, «Jewish Policies of the German Military, 1939-1942», en Asher Cohen *et al*. (eds.), *The Shoah and the War*, Nueva York, 1992, pp. 53-71, en lap.56, y Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen*, pp. 137 y 273.

## 2. LA SUERTE DE LA GUERRA

1. Roger Moorhouse, *Killing Hitler: The Third Reich and the Plots against the Führer*, Londres, 2006, pp. 36-58, ofrece la explicación más reciente. Véase también Peter Hoffmann, *Hitler's Personal Security*, Londres, 1979, pp. 105-111.

2. Moorhouse, *Killing Hitler*, pp. 50-53; Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Londres, 1972 (1966), pp. 264-266.

3. Moorhouse, *Killing Hitler*, pp. 43-50; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 271-275.

4. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. III, p. 449: Bericht zur innenpolitischen Lage Nr. 15, 13 de noviembre de 1939.

5. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 194-195 (9 de noviembre de 1939).

6. Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, 1952, pp. 522-523, sostenía que la Gestapo era responsable, como también Peter Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Londres, 1990, p.283. En sentido contrario, véase Anton Hoch, «Das Attentat auf Hitler im Münchener Bürgerbräukeller 1939», *VfZ*, 17 (1969), pp. 383-413, y en especial Lothar Gruchmann (ed.), *Autobiographie eines Attentäters: Johann Georg Elser: Aussage zum Sprengstoffanschlag im Bürgerbräukeller, München, am 8. November 1939*, Stuttgart, 1970.

7. Moorhouse, *Killing Hitler*, p.58.

8. Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Dokumente zur Vorgeschichte des Westfeldzuges 1939-1940*, Gotinga, 1956, pp. 5-7. Sobre la cautela previa de los generales, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 633, 642 y 668-670.

9. Tribunal Militar Internacional, Núremberg: ND 789-PS, pp. 572-580: véase Evans, *The Third Reich in Power*, p.892.

10. Fedor von Bock, *Generalfeldmarschall Fedor von Bock: Zwischen Pflicht und Verweigerung: Das Kriegstagebuch* (ed. Klaus Gerbet, Múnich, 1995), pp. 78-79 (23 de noviembre de 1939).

11. Sobre el enfrentamiento de 1938, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 668-671; sobre las disputas de 1939-1940 y el resurgimiento del complot, véase Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 262-271, y Johannes Hürter, *Hitlers Heerführer: Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42*, Múnich, 2007, pp. 163-171.

12. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 331-343. Para un relato exhaustivo del programa de fabricación de aviones, véase Lutz Budrass, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland*, Düsseldorf, 1998. La situación de los suministros era una preocupación constante en el diario de Halder durante aquellos meses (Halder, *Kriegstagebuch*, vol. I, *passim*).

13. Rolf-Dieter Müller, «The Mobilization of the German Economy for Hitler's War Aims», *GSWW*, vol. V/I, pp. 407-786, en las pp. 407-411; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 343-348.

14. Müller, «The Mobilization», pp. 453-485.

15. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 364-365; sobre Todt, véase *ibid*., pp. 322-325.

16. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 100-103; Catherine Merridale, *Ivan's War: The Red Army 1939-1945*, Londres, 2005, pp. 67-70. Sobre la política alemana, véase Gerd R. Ueberschär, *Hitler und Finnland 1938-1941*, Wiesbaden, 1978.

17. Merridale, *Ivan's War*, pp. 44-47, 57-60 y 67-71.

18. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 105-107; John Erickson, *The Soviet High Command*, Londres, 1962, pp. 541-552; Tomas Ries, *Cold Will: The Defence of Finland*, Londres, 1988; Geoffrey Roberts, *Stalin's Wars: From World War to Cold War, 1939-1953*, Londres, 2006, pp. 46-55; Chris Bellamy, *Absolute War: Soviet Russia in the Second World War: A Modern History*, Londres, 2007, pp. 69-98.

19. Thomas K. Derry, «Norway», en Stuart J. Woolf (ed.), *European Fascism*, Londres, 1968, pp. 217-230, en las pp. 217-224.

20. Derry, «Norway», pp. 224-226; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 114-115; Oddvar K. Hoidal, *Quisling: A Study in Treason*, Oslo, 1989; Carl-Axel Gemzell, *Raeder, Hitler und Skandinavien*, Lund, 1965. Sobre la visita de Quisling a Berlín en diciembre de 1939 y el papel crucial de Raeder en la planificación anterior a la guerra, véase Hans-Martin Ottmer, *«Weserübung»: Der deutsche Angriff auf Dänemark und Norwegen im April 1940*, Múnich, 1994, pp. 24-26 y 3-17.

21. Bernd Stegemann, «Operation Weserübung», en *GSWW*, vol. II, pp. 206-219, en las pp. 211-212; Ottmer, *«Weserübung»*, pp. 67-79; Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen*, pp. 47-50.

22. Stegemann, «Operation Weserübung», pp. 207-211; Ottmer, *«Weserübung»*, pp. 79-131.

23. Vidkun Quisling, *Quisling ruft Norwegen! Reden und Aufsätze*, Múnich, 1942, pp. 96-97, 102, 105 y 137.

24. Stegemann, «Operation Weserübung», pp. 212-215.

25. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 119-121; Shirer, *Berlin Diary*, p.254 (4 de mayo de 1940).

26. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, p.54 (21 de marzo de 1940).

27. Roy Jenkins, *Churchill*, Londres, 2001, pp. 573-584.

28. Peter Clarke, *Hope and Glory: Britain 1900-1990*, Londres, 1996, pp. 192-196.

29. Jacobsen (ed.), *Dokumente*, pp. 64-65, pp. 155-156; Hans-Adolf Jacobsen, *Fall Gelb: Der Kampf um den deutschen Operationsplan zur Westoffensive 1940*, Wiesbaden, 1957; Karl-Heinz Frieser, *Blitzkrieg-Legende: Der Westfeldzug 1940*, Múnich, 1996 (1995), pp. 15-70 sobre la naturaleza improvisada a corto plazo del plan, pp. 71-116 sobre las discusiones en torno a él en el seno de la cúpula militar.

30. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 275-276 (20 de mayo de 1940) [Trad. cast. cit.: *Diario de Berlín*, p.299]; Hans Umbreit, «The Battle for Hegemony in Western Europe», en *GSWW*, vol. II, pp. 227-326, en las pp. 270-280; Julian Jackson, *The Fall of France: The Nazi Invasion of 1940*, Oxford, 2003, pp. 9-39; Ernest R. May, *Strange Victory: Hitler's Conquest of France*, Nueva York, 2000.

31. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 276-279 (20 de mayo de 1940). [Trad. cast. cit.: *Diario de Berlín*, pp. 299-300.]

32. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 122-126.

33. Umbreit, «The Battle», p. 37; Frieser, *Blitzkrieg-Legende*, p.428.

34. Jackson, *The Fall of France*, pp. 37-39; Frieser, *Blitzkrieg-Legende*, p. 135.

35. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.101 (24 de febrero de 1940).

36. Jackson, *The Fall of France*, pp. 42-47; Umbreit, «The Battle», pp. 278-304; narración vívida en Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 374-379; detalles del uso de anfetaminas en Werner Pieper (ed.), *Nazis on Speed: Drogen im 3. Reich*, Loherbach, 2002, pp. 325-330; la mejor explicación crítica reciente en Frieser, *Blitzkrieg-Legende*, pp. 173-361.

37. Jackson, *The Fall of France*, pp. 9-12 (cita en p. 10).

38. *Ibid*., pp. 58-62.

39. *Ibid*., pp. 85-94, ofrece una explicación juiciosa de esos sucesos tan controvertidos; véase también Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 295-296.

40. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.135 (26 de mayo de 1940), 140 (30 de mayo de 1940); Hans-Adolf Jacobsen, *Dünkirchen: Ein Beitrag zur Geschichte des Westfeldzuges 1940*, Neckargemünd, 1958, pp. 70-122, 203, e *idem* (ed.), *Dokumente zum Westfeldzug 1940*, Gotinga, 1960, pp. 114-146, ambos atribuyendo la responsabilidad a Rundstedt; Frieser, *Blitzkrieg-Legende*, pp. 363-393, hace hincapié en el rol de Hitler.

41. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.143 (2 de junio de 1940).

42. Jackson, *The Fall of France*, pp. 94-100.

43. *Ibid*., pp. 101-106 (cita en p. 105).

44. *Ibid*., 107-173; Frieser, *Blitzkrieg-Legende*, pp. 399-409; May, *Strange Victory*, pp. 448-449, sosteniendo el optimismo de la moral del ejército francés en las etapas iniciales de la invasión.

45. Irène Némirovsky, *Suite Française*, Londres, 2007 (2004), p. 50.

46. *Ibid*., p.42.

47. Jackson, *The Fall of France*, pp. 174-182; Hanna Diamond, *Fleeing Hitler: France 1940*, Oxford, 2007.

48. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, p.74 (12 de junio de 1940).

49. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 328-332 (21 de junio de 1940).

50. Jackson, *The Fall of France*, p.232; la mejor visión global sigue siendo la del mismo autor: *France: The Dark Years 1940-1944*, Oxford, 2001.

51. Frieser, *Blitzkrieg-Legende*, pp. 409-435.

52. Albert Speer, *Inside the Third Reich: Memoirs*, Londres, 1971 (1970), pp. 170-172 (también citado en Lynn Nicholas, *The Rape of Europa: The Fate of Europe's Treasures in the Third Reich and the Second World War*, Nueva York, 1994, p.118).

53. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 260-263 (10-11 de mayo de 1940). [Trad. cast. cit.: *Diario de Berlín*, p.284.]

54. Lore Walb, *Ich, die Alte — Ich, die Junge: Konfrontation mit meinen Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997, p.179 (21 de mayo de 1940).

55. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. IV, p. 1.163 (23 de mayo de 1940).

56. *Ibid*., pp. 1.189 (30 de mayo de 1940), 1.261 (17 de junio de 1940).

57. *Ibid*., pp. 1.274-1.275 (20 de junio de 1940).

58. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, p.294 (carta a su mujer del 25 de noviembre de 1939).

59. *Ibid*., p.356 (11 de junio de 1940, carta a su hijo).

60. Luise Solmitz, *Tagebuch* (Staatsarchiv der Freien-und Hansestadt Hamburg, p. 622-631, 111.511-111.513: Familia Solmitz; transcripciones en Forschungsstelle für Zeitgeschichte, Hamburgo), vol XI, pp. 551, 560, 563 y 565-566 (12 de junio de 1940, 17 de junio de 1940, 21 de junio de 1940).

61. Gerhard L. Weinberg, «Hitler and England, 1933-1945: Pretense and Reality», *German Studies Review*, 8 (1988), pp. 299-309, sostiene que Hitler jamás estuvo interesado en un pacto con Gran Bretaña; véase también Weinberg, pp. *A World at Arms*, pp. 89-95.

62. Frances Donaldson, *Edward VIII*, Londres, 1974, pp. 191-206, 327-334 y 358-377; Michael Bloch, *Operation Willi: The Plot to Kidnap the Duke of Windsor, July 1940*, Londres, 1984; Walter Schellenberg, *The Memoirs of Hitler's Spymaster*, Londres, 2006 (1956).

63. Weinberg, *A World at Arms*, p.118.

64. Charles S. *Thomas, The German Navy in the Nazi Era*, Londres, 1990, p.191.

65. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 355 y 358 (19-20 de julio de 1940). [Trad. cast. cit.: *Diario de Berlín*, pp. 382 y 386.]

66. Walb, *Ich, die Alte*, p.185 (17 de junio de 1940).

67. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, p. 2.062 (19 de julio de 1940), Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 301-308. Sobre la idea de que una paz por separado habría salvado el Imperio Británico, véase John Charmley, *Churchill: The End of Glory: A Political Biography*, Londres, 1993, pp. 422-432.

68. Karl Klee, *Das Unternehmen «Seelöwe»: Die geplante deutsche Landung in England 1940*, Gotinga, 1958; *idem*, *Dokumente zum Unternehmen «Seelöwe»: Die geplante deutsche Landung in England 1940*, Gotinga, 1959, ambos sosteniendo que el problema estuvo causado por la falta de previsión.

69. Walter Schellenberg, *Invasion 1940: The Nazi Invasion Plan for Britain*, Londres, 2000, esp. pp. 1-114 («Gestapo Handbook»).

70. Richard J. Overy, *The Battle*, Londres, 2000, pp. 60-63.

71. *Ibid*., esp. pp. 161-162.

72. *Ibid*., pp. 53-54, 80.

73. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 249-250, 400-401.

74. Shirer, *Berlin Diary*, p.377 (17 de agosto de 1940).

75. Ulrich Steinhilfer y Peter Osborne, *Spitfire on My Tail: A View from the Other Side*, Bromley, 1989, p.279 (19 de agosto de 1940).

76. *Ibid*., p.289 (31 de agosto). La expresión original era *Horridoh*!

77. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. III, p. 2.086 (4 de septiembre de 1940).

78. *Ibid*., p.2.072 (1 de agosto de 1940, Directiva núm. 17); para el punto de vista contrario, véase Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 309; un buen comentario en Horst Boog, «The Strategic Air War in Europe and Air Defence of the Reich», en *GSWW*, vol. VII, pp. 9-458, en las pp. 357-367.

79. Overy, *The Battle*, pp. 90-96; Klaus A. Maier, «The Battle of Britain», en *GSWW* vol. II, pp. 374-407.

80. Overy, *The Battle*, pp. 90-96; Alfred Price, *Blitz on Britain*, Shepperton, 1977; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 447-448.

81. Steinhilfer y Osborne, *Spitfire*, p.295 (17 de septiembre de 1940).

82. *Ibid*., p.319 (carta a su padre, 19 de octubre de 1940).

83. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. II, p. 128 (7 de octubre de 1940).

84. *Ibid*., p.99 (14 de septiembre de 1940).

85. Walb, *Ich, die Alte*, p.197 (10 de septiembre de 1940).

86. F. Harry Hinsley, *British Intelligence in the Second World War* (5 vols.), Londres, 1979-1990, vol. I, pp. 316-318, 523-548.

87. Walb, *Ich, die Alte*, p.200 (3 de octubre de 1940).

88. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, p.101 (31 de diciembre de 1940).

89. Overy, *The Battle*, pp. 97-135.

90. Citado en Paul Preston, *Franco: A Biography*, Londres, 1993, pp. 397-398.

91. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 329-330; Paul Preston, «Franco and Hitler: The Myth of Hendaye 1940», *Contemporary European History*, 1 (1992), pp. 1-16; *idem*, *Franco*, p.399.

92. Richard Bosworth, *Mussolini's Italy: Life under the Dictatorship 1915-1945*, Londres, 2005, pp. 415-420.

93. Denis Mack Smith, *Mussolini*, Londres, 1983 (1981), pp. 269-291; Umbreit, «The Battle», pp. 304-313.

94. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 331.

95. Detlef Vogel, «German Intervention in the Balkans», en *GSWW*, vol. III, pp. 456-455; Gerhard Schreiber, «Germany, Italy and Southeast Europe: From Political and Economic Hegemony to Military Aggression», *ibid*., pp. 305-448 (estadística en p. 448); Smith, *Mussolini*, pp. 298-302; Martin Clark, *Modern Italy 1871-1982*, Harlow, 1984, pp. 285-288.

96. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 148-149; Smith, *Mussolini*, p.308.

97. Clark, *Modern Italy*, p.286.

98. Smith, *Mussolini*, pp. 310-311; Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 245-247.

99. Bernd Stegemann, «The Italo-German Conduct of War in the Mediterranean and North Africa», en *GSWW*, vol. III, pp. 643-754, en las pp. 673-680.

100. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. II, p. 377 (23 de abril de 1941), vol. III, p. 48 (6 de julio de 1941).

101. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 748-749 y 992-994; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 211-215, 222-225 y 361-363; Stegemann, «The Italo-German Conduct of War», pp. 680-754; Reinhard Stumpf, «The War in the Mediterranean Area 1942-1943: Operations in North Africa and the Central Mediterranean», en *GSWW*, vol. VI, pp. 631-860, en las pp. 631-654 y 661-748.

102. Martin Gilbert, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Londres, 1987 (1986), p. 578; *idem*, *The Routledge Atlas of the Holocaust*, Londres, 2002 (1982), Mapas 59 y 188; Robert Satloff, *Among the Righteous: Lost Stories from the Holocaust's Long Reach into Arab Lands*, Nueva York, 2006.

103. Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler: Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes* (2 vols.), Frankfurt, 1967-1970, vol. I, pp. 664-666.

104. Jeffrey Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Londres, 2006, p.76.

105. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 381-382.

106. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 744-745; Schreiber, «Germany», pp. 305-448, Weinberg, *A World at Arms*, pp. 195-196; Jürgen Förster, «Germany's Acquisition of Allies in South-east Europe», en *GSWW*, vol. IV, pp. 386-428, en la p.386; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 166-169; Randolph L. Braham (ed.), *The Tragedy of Romanian Jewry*, Nueva York, 1994; Mihail Sebastian, *«Voller Entsetzen, aber nicht verzweifelt»: Tagebücher 1935-44*, Edward Kanterian (ed.), Berlín, 2005. Sobre fascismo rumano y antisemitismo, véase Leon Volovici, *Nationalist Ideology and Antisemitism: The Case of Romanian Intellectuals in the 1930s*, Oxford, 1991 (esp. Stephen Fischer-Galati, «The Legacy of Anti-Semitism», pp. 1-28); Stanley G. Payne, *A History of Fascism 1914-45*, Londres, 1995, pp. 134-138, 391-397; narración sólida de los acontecimientos en Keith Hitchins, *Rumania 1866-1947*, Oxford, 1994, pp. 376-471 (esp. pp. 456-471). La mejor descripción con diferencia de Antonescu es ahora Dennis Deletant, *Hitler's Forgotten Ally: Ion Antonescu and His Regime, Romania 1940-44*, Londres, 2006: para una narración detallada de los acontecimientos relatados, véase *ibid*., pp. 8-68. Del episodio del matadero se da cuenta en Robert St John, *Foreign Correspondent*, Londres, 1960, p.180.

107. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 1.011-1.012.

108. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 360-363; Vogel, «German Intervention», pp. 456-485.

109. *Ibid*., pp. 497-526; Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation 1941-44*, Londres, 1993, pp. 1-8 y 15-18; Peter Calvocoressi y Guy Wint, *Total War: Causes and Courses of the Second World War*, Harmondsworth, 1974 (1972), pp. 154-160 (un poco anticuado pero todavía valioso); Weinberg, *A World at Arms*, pp. 218-222.

110. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 213-215; Vogel, «German Intervention», pp. 527-555.

111. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 213-215.

112. Pöppel, *Heaven and Hell*, p.67.

113. Citado en Mazower, *Inside Hitler's Greece*, pp. 23-24.

114. *Ibid*., pp. 23-32; Rainer Eckert, *Vom «Fall Marita» zur «Wirtschaftlichen Sonderaktion»: Die deutsche Besatzungspolitik in Griechenland vom 6. April 1941 bis zur Kriegswende im Februar/März 1943*, Frankfurt, 1992, pp. 85-142.

115. Mazower, *Inside Hitler's Greece*, pp. 32-52.

116. *Ibid*., pp. 85-96 y 235-238; *idem*, *Salonica: City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews 1430-1950*, Londres, 2004, pp. 421-422.

117. Payne, *A History of Fascism*, pp. 404-411; Ladislaus Hory y Martin Broszat, *Der kroatische Ustascha-Staat 1941-1945*, Stuttgart, 1965 (1964), pp. 13-38; Jozo Tomasevich, *War and Revolution in Yugoslavia, 1941-1945: Occupation and Collaboration*, Stanford, Calif., 2001, pp. 47-174; Gert Fricke, *Kroatien 1941-1944: Der «Unabhängige Staat» in der Sicht des Deutschen Bevollmächtigten Generals in Agram, Blaise v Hortenau*, Friburgo, 1972, pp. 10 y 25-67.

118. Hory y Broszat, *Der kroatische Ustascha-Staat*, pp. 39-57.

119. Misha Glenny, *The Balkans 1804-1999: Nationalism, War and the Great Powers*, Londres, 1999, pp. 498-502; Hory y Broszat, *Der kroatische Ustascha-Staat*, pp. 75-106; Payne, *A History of Fascism*, pp. 408-410; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 228-230; detalles y fotografías espeluznantes en Edmond Paris, *Genocide in Satellite Croatia 1941-1945: A Record of Racial and Religious Persecution and Massacres*, Chicago, 1961, esp. pp. 88-126 y 162-205.

120. Citado en *ibid*., pp. 109-110; véase también *ibid*., pp. 127-161 sobre los campos de concentración.

121. Milan Ristovic, «Yugoslav Jews Fleeing the Holocaust, 1941-1945», en John K. Roth y Elisabeth Maxwell (eds.), *Remembering for the Future: The Holocaust in an Age of Genocide*, Londres, 3 vols., 2001, vol. I, pp. 512-526; Glenny, *The Balkans*, pp. 300-302; Payne, *A History of Fascism*, pp. 409-410; Hory y Broszat, *Der kroatische Ustascha-Staat*, pp. 75-92; Tomasevich, *War and Revolution*, pp. 380-415 sobre el reino de terror de los ustashe, y pp. 511-579 sobre el rol de la Iglesia católica. Un análisis cuidadoso de la cantidad de personas asesinadas en las campañas genocidas de los ustashe se puede encontrar en Marko Hoare, *Genocide and Resistance in Hitler's Bosnia: The Partisans and the Chetniks, 1941-1943*, Londres, 2006, pp. 19-28.

122. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p.316.

123. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 305.

124. Hitler, *Kriegstagebuch*, vol. II, p. 214 (5 de diciembre de 1940); Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 307-308; Bernd Stegemann, «Hitlers Kriegszeiele im ersten Kriegsjahr 1939/40: Ein Beitrag zur Quellenkritik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 27 (1980), pp. 93-105. Sobre el antisemitismo estalinista, véase Herf, *The Jewish Enemy*, p.93. Para una explicación detallada de la decision de invadir, véase Jürgen Förster, «Hitler's Decision in Favour of War against the Soviet Union», en *GSWW*, vol. IV, pp. 13-51. Sobre las discusiones de política y las opciones en el verano de 1940, véase Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie: Politik und Kriegführung 1940-41*, Frankfurt, 1965, pp. 144-277.

125. Roberts, *Stalin's Wars*, pp. 30-46.

126. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 421-425.

127. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. II, p. 49 (31 de julio de 1940).

128. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.173 (1 de febrero de 1941); repetido el 14 de junio de 1941 (*ibid*., p.193).

129. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 331-337; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 198-205.

130. David M. Glantz, *Barbarossa: Hitler's Invasion of Russia 1941*, Stroud, 2001, pp. 13-18.

131. Evan Mawdsley, *Thunder in the East: The Nazi-Soviet War 1941-1945*, Londres, 2005, pp. 19-20; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 429-436.

132. Anthony F. Upton, *Finland 1939-40*, Londres, 1974; David Kirby, *Finland in the Twentieth Century*, Londres, 1979.

133. Förster, «Germany's Acquisition», pp. 398-408; véase también Mark Axworthy *et al*., *Third Axis*, *Fourth Ally: Romanian Armed Forces in the European War, 1941-1945*, Londres, 1995; y Hillgruber, *Hitler, König Carol und Marschall Antonescu*, pp. 126-134; más en general, *idem*, *Hitlers Strategie*, pp. 484-501.

134. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 431-433; Förster, «Germany's Acquisition», pp. 409-424.

135. *Ibid*., pp. 421-428; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 274-278.

136. Citado en Marshall Lee Miller, *Bulgaria during the Second World War*, Stanford, Calif., 1975, p.1.

137. Hans-Jürgen Hoppe, *Bulgarien — Hitlers eigenwilliger Verbündeter*, Stuttgart, 1979; Miller, *Bulgaria*, pp. 93-106; Richard Crampton, *Bulgaria*, Oxford, 2007, pp. 248-265.

138. Citado en Miller, *Bulgaria*, p.76.

139. Klukowski, *Diary*, p.158 (14 de junio de 1941).

140. Tooze, *The Wages of Destruction*, p.321; Heinrich Schwendemann, *Die wirtschaftliche Zusammenarbeit zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion von 1939 bis 1941: Alternative zu Hitlers Ostprogramm*?, Berlín, 1993, p.373.

141. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 201-205; Roberts, *Stalin's Wars*, pp. 61-70.

142. Citado en Robert Service, *Stalin: A Biography*, Londres, 2004, p.407.

143. *Ibid*., pp. 406-409; Gabriel Gorodetsky, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*, Londres, 1999; Roberts, *Stalin's Wars*, pp. 7086; Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 32-41.

144. Glantz, *Barbarossa*, pp. 28-32; sobre la inteligencia soviética, véase David M. Glantz, *Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of War*, Lawrence, Kans., 1998, pp. 233-257.

145. Simon Sebag-Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003, p.317.

146. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 369-373 y 378.

147. Citado en Rainer F. Schmidt, «Der Hess-Flug und das Kabinett Churchill: Hitlers Stellvertreten im Kalkül der britischen Kriegsdiplomatie Mai-Juni 1941», *VfZ*, 42 (1994), pp. 1-38, en las pp. 14-16.

148. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 369-381, prescinde convincentemente de las teorías conspirativas numerosas y muchas veces extremadamente estrambóticas que se hilvanaron en torno al vuelo de Hess en su tiempo y *a posteriori*. Ni la pretensión de que Hitler había aprobado, por no decir ordenado, semejante aventura desquiciada, ni la idea de que fue un «partido por la paz» en el gobierno y el servicio secreto británicos el que alentó a Hess o a Hitler a organizar esa misión —por citar dos de las teorías menos extravagantes— tienen fundamento real alguno.

149. Gerhard Engel, *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943*, Hildegard von Kotze (ed.), Stuttgart, 1974, pp. 103-104.

150. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. I/IX, p. 309 (13 de mayo de 1941).

151. Citado en Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 939, n.210.

152. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. VII, pp. 2.302 y 2.313 (15 y 19 de mayo de 1941).

153. Martin Broszat *et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit* (6 vols.), Múnich, 1977-1983, vol I, p. 148 («Aus Monatsbericht des Landrats, 31. 5. 1941»).

154. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.185 (10-12 de mayo de 1941).

155. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p.368 (21 de mayo de 1941).

156. Walb, *Ich, die Alte*, p.219 (15 de mayo de 1941).

157. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 166-167.

158. Citado en Marie Vassiltchikov, *The Berlin Diaries of Marie «Missie» Vassiltchikov 1940-1945*, Londres, 1987 (1985), pp. 51-52; Hassell, *The von Hassell Diaries*, pp. 196 y 204, y Gerhardt B. Thamm, *Boy Soldier: A German Teenager at the Nazi Twilight*, Jefferson, N.C., 2000, p.34.

159. Hugh R. Trevor-Roper, «The Mind of Adolf Hitler», en Adolf Hitler, *Hitler's Table Talk 1941-1944*, Oxford, 1988 (1953), pp. vii-xxxv, en las pp. xii-xiii.

160. Hitler, *Hitler's Table Talk*, p.51 (10 de octubre de 1941).

161. *Ibid*., p.38 (23 de septiembre de 1941).

162. *Ibid*., p.16 (27 de julio de 1941).

163. *Ibid*., p.24 (8/9 y 9/10 de agosto de 1941). Sobre el concepto que Hitler y Himmler tenían de Ucrania como tierra feudal al servicio del imperio, a semejanza de la India británica, véase Wendy Lower, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill, N.C., 2005, pp. 98-128.

164. Hitler, *Hitler's Table Talk*, pp. 68-69 (17 de octubre de 1941).

165. *Ibid*., p.61 (2 y 2/3 de noviembre de 1941).

166. *Ibid*., p.447 (27 de abril de 1942).

167. *Ibid*., p.578 (18 de julio de 1942).

168. *Ibid*., p.77 (17/18 de octubre de 1941).

169. *Ibid*., p.69 (17 de octubre de 1941 y 22 de julio de 1942).

170. *Ibid*., p.62 (9 de agosto de 1942).

171. Longerich, *Politik*, p.298; cita en Madajczyk, *Die Okkupationspolitik*, p.92.

172. Alex J. Kay, «Germany's Staatssekretäre, Mass Starvation and the Meeting of 2 May 1941», *Journal of Contemporary History*, 41 (2006), pp. 685-760; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 475-480.

173. Madajczyk *et al*. (eds.), *Vom Generalplan Ost*; Mechthild Rössler y Sabine Schleiermacher, *Der «Generalplan Ost»: Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Vernichtungspolitik*, Berlín, 1993; Thomas Podranski, *Deutsche Siedlungspolitik im Osten: Die verschiedenen Varianten des Generalplan Ost der SS*, Berlín, 2001.

174. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 419-428.

175. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 463-476.

176. Hitler, *Hitler's Table Talk*, p.8 (11/12 de julio de 1941).

177. *Ibid*., p.587 (22 de julio de 1942).

178. *Ibid*., p.624 (9 de agosto de 1942).

179. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. II, pp. 317-320 (17 de marzo de 1941).

180. *Ibid*., pp. 336-337 (30 de marzo de 1941).

181. *Ibid*.

182. Citado en Longerich, *Politik*, pp. 300-301; véase también Hans-Adolf Jacobsen, «The *Kommissarbefehl* and Mass Executions of Soviet Russian Prisoners of War», en Helmut Krausnick *et al*., *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968 (1965), pp. 505-535 (traducción íntegra de la orden del 6 de junio en pp. 532-534).

183. Véase también Jürgen Förster, «Operation Barbarossa as a War of Conquest and Annihilation», en *GSWW*, vol. IV, pp. 481-521.

184. Jacobsen, «The *Kommissarbefehl*», pp. 505-535, en la p.517; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 353-360; Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow: Ein Preusse gegen Hitler*, Frankfurt, 1987, pp. 113-114; Christian Gerlach, «Hitlergegner bei der Heeresgruppe Mitte und die "Verbrecherischen Befehle"», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *NS-Verbrechen und der militärische Widerstand gegen Hitler*, Darmstadt, 2000, pp. 62-76; Johannes Hürter, «Auf dem Weg zur Militäropposition: Tresckow, Gersdorff, der Vernichtungskrieg und der Judenmord: Neue Dokumente über das Verhältnis der Heeresgruppe Mitte zur Einsatzgruppe B im Jahr 1941», *VfZ*, 52 (2004), pp. 527-562; las opiniones de Bock se pueden encontrar en Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.190 (4 de junio de 1941).

185. Citado en Förster, «Operation Barbarossa», p. 485.

186. Citado en *ibid*., p.514.

187. Citado en *ibid*., p.520.

188. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 210-211; véase también Ortwin Buchbender, *Das tönende Erz: Deutsche Propaganda gegen die Rote Armee im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1978, y para la actitud de los altos mandos frente a las «órdenes criminales», Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 247-265.

189. Longerich, *Politik*, pp. 302-310, abordando de manera convincente los detalles de la controversia entre Christopher Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Londres, 1998 (1992), y Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Londres, 1996, si bien las cuestiones generales planteadas por Goldhagen siguen siendo justamente materia de discusión. Para los orígenes, véase Helmut Fangmann *et al*., *«Parteisoldaten»: Die Hamburger Polizei im «3. Reich»*, Hamburgo, 1987; sobre el adoctrinamiento, véase Jürgen Matthäus, «Ausbildungsziel Judenmord? Zum Stellenwert der "weltanschaulichen Erziehung" von SS und Polizei im Rahmen der "Endlösung"», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 47 (1999), pp. 677-699; e *idem et al*. (eds.), *Ausbildungsziel Judenmord? «Weltanschauliche Erziehung» von SS, Polizei und Waffen-SS im Rahmen der «Endlösung»*, Frankfurt, 2003.

190. Citado en Longerich, *Politik*, p.315.

191. *Ibid*., pp. 310-320, hace un estudio muy cuidadoso de las pruebas, concluyendo que las afirmaciones vertidas en los juicios de la posguerra por parte de acusados como Ohlendorf, jefe de un grupo operativo, según las cuales se dio una orden general de matar a todos los judíos indiscriminadamente, carecen de credibilidad por su intención exculpatoria. Tras ser condenado a muerte, Ohlendorf cambió su declaración y dijo que no hubo tal orden. Véase en particular Ralf Ogorreck, *Die Einsatzgruppen und die «Genesis der Endlösung»*, Berlín, 1996. Para el punto de vista contrario, véase Breitman, *The Architect of Genocide*, pp. 145-206. Sobre los judíos en el aparato soviético, véase Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 247-251; más detalle en Mordechai Altschuler, *Soviet Jewry on the Eve of the Holocaust: A Social and Demographic Profile*, Jerusalén, 1998.

192. Glantz, *Barbarossa*, p.35.

193. Breves resúmenes en Weinberg, *A World at Arms*, pp. 264-266; Glantz, *Barbarossa*, p.35; y Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 393-399. John Erickson, *Stalin's War with Germany*, vol. I: *The Road to Stalingrad*, Londres, 1975, sigue siendo la versión clásica, pero ha quedado superada inevitablemente por la investigación más reciente y en particular por la documentación soviética que se ha dado a conocer desde 1990. Otro tanto se puede decir de la explicación incluso más detallada en *GSWW*, vol. IV, en el que las secciones que se ocupan de la Unión Soviética están particularmente anticuadas. La narración más reciente es Bellamy, *Absolute War*. Véase también el análisis de la conducta de los altos mandos de la campaña en Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 279-302.

194. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.68 (carta a su mujer, 11 de julio de 1941).

195. Karl Reddemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat: Der Briefwechsel des münsterischen Ehepaares Agnes und Albert Neuhaus 1940-1944*, Münster, 1996, p.223 (a Agnes Neuhaus, 25 de junio de 1941).

196. Konrad Elmshäuser y Jan Lokers (eds.), *«Man muss hier nur hart sein»: Kriegsbriefe und Bilder einer Familie (1934-1945)*, Bremen, 1999, p.92 (Kalendereintrag Hans-Albert Giese, 22 de junio de 1941).

197. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.63 (carta a la familia, 24 de junio de 1941).

198. Citado en Merridale, *Ivan's War*, pp. 96-97 (también para los detalles precedentes en este párrafo); Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 59-69; Glantz, *Barbarossa*, pp. 37-40. Sobre la condición del Ejército Rojo en 1941, véase Glantz, *Stumbling Colossus*.

199. Merridale, *Ivan's War*, pp. 86-87.

200. *Ibid*., p.99.

201. *Ibid*., pp. 99-100, 116 y 122-123 (traducción [al inglés] ligeramente rectificada).

202. Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 393-404.

203. Reddemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat*, p.225 (a Agnes Neuhaus, 27 de junio de 1941).

204. Rudolf Stützel, *Feldpost: Briefe und Aufzeichnungen eines 17jährigen 1940-1945*, Hamburgo, 2005, p.41; más en general Hannes Heer (ed.), *«Stets zu erschiessen sind Frauen, die in der Roten Armee dienen»: Geständnisse deutscher Kriegsgefangener über ihren Einsatz an der Ostfront*, Hamburgo, 1995, p. 7, y Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 359-376.

205. Klukowski, *Diary*, p.173 (4 de octubre de 1941).

206. *Ibid*., p.173 (5 de octubre de 1941).

207. Merridale, *Ivan's War*, pp. 123-125; Christian Streit, *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Stuttgart, 1978.

208. Citado en *ibid*., p.131; véase también Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 377-393.

209. Hosenfeld, «*Ich versuche*», p. 557 (carta a su mujer, 3 de diciembre de 1941).

210. Streit, *Keine Kameraden*, p.9.

211. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 289 (14 de noviembre de 1941); véase más en general Vyacheslav M. Molotov *et al*., *Soviet Government Statements on Nazi Atrocities*, Londres, 1945, pp. 183-188.

212. Streit, *Keine Kameraden*, pp. 201-288.

213. Andreas Hilger, *Deutsche Kriegsgefangene in der Sowjetunion, 1941-1956: Kriegsgefangenenpolitik, Lageralltag und Erinnerung*, Essen, 2000, recogiendo el testigo de estudios anteriores como Kurt W. Böhme, *Die deutschen Kriegsgefangenen in sowjetischer Hand: Eine Bilanz*, Múnich, 1966. Para las estadísticas, véase Hilger, *Deutsche Kriegsgefangene*, pp. 137, 370, 389 y 425; sobre la reeducación política, que fue ampliamente fallida, pp. 220-254.

214. Christian Streit, «The Fate of the Soviet Prisoners of War», en Michael Berenbaum (ed.), *A Mosaic of Victims: Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Londres, 1990, pp. 142-149; Alexander Dallin, *German Rule in Russia 1941-1945: A Study of Occupation Policies*, Londres, 1957, pp. 409-427; Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 102-105.

215. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.298 (20 de octubre de 1941); véase también *ibid*., pp. 312-313 (9 de noviembre de 1941), objetando que «según la costumbre y la ley militar, el ejército es responsable de la vida y la seguridad de sus prisioneros de guerra de todo tipo».

216. Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 377-393.

217. Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 102-105.

218. Service, *Stalin*, pp. 410-424; Merridale, *Ivan's War*, p.83; Sebag-Montefiore, *Stalin*, pp. 330-333, recogiendo además versiones diferentes de las palabras de Stalin según diversos biógrafos, todas igualmente vulgares; la versión que aquí se cita es aseverada por Molotov y Chadaev. Sobre la falta de preparación de Stalin, véase Roberts, *Stalin's Wars*, pp. 61-70. El escepticismo de Robert en relación con la pérdida de los nervios de Stalin no se compadece con la cronología al no percatarse de que tal episodio sucedió a finales de junio, no inmediatamente después de la invasión (pp. 89-95).

219. Hoffmann, *Hitler's Personal Security*, pp. 216-263; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 395-397; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher* vol. II/I, p. 35 (9 de julio de 1941).

220. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, 38 (3 de julio de 1941).

221. Kershaw, *Hitler*, II, pp 405-407; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 199-200.

222. Citado en Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 405.

223. *Ibid*., pp. 399 y 944, n.40; Hitler, *Hitler's Table Talk*, 17 de septiembre de 1941; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/I, pp. 29-39 (9 de julio de 1941).

224. Walb, *Ich, die Alte*, p.225 (30 de junio de 1941).

225. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 149 («Aus Monatsbericht der Gendarmerie-Station Heiligenstadt, 25. 6. 1941» y «Aus Monatsbericht der Gendarmerie-Station Waischenfeld, 26. 6. 1941»).

226. Solmitz, *Tagebücher*, p.662 (23 de junio de 1941).

227. Jochen Klepper, *Überwindung: Tagebücher und Aufzeichnungen aus dem Kriege*, Stuttgart, 1958, p.50 (22 de junio de 1941).

228. Maschmann, *Account Rendered*, p.91.

229. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, pp. 149-150 («Aus Monatsbericht der Gendarmerie-Station Ebermannstadt, 27. 6. 1941»).

230. *Ibid*., vol. I, p. 152 («Aus Monatsbericht des Gendarmerie-Kreisführers, 29. 8. 1941»).

231. Merridale, *Ivan's War*, pp. 84-87; Sebag-Montefiore, *Stalin*, pp. 332-334.

232. Merridale, *Ivan's War*, pp. 115-117.

233. *Ibid*., pp. 114-116, también par las citas; Roberts, *Stalin's Wars*, pp. 95-103; reservas soviéticas comentadas en Glantz, *Barbarossa*, p.15.

234. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.210 (6 de julio de 1941).

235. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 53 (8 de julio de 1941).

236. Rolf-Dieter Müller, «The Failure of the Economic "Blitzkrieg Strategy"», en *GSWW*, vol. IV, pp. 1.081-1.088, esp. 1.141-1.172; detalles muy ilustrativos en Anatoly Kuznetsov, *Babi Yar: A Document in the Form of a Novel*, Londres, 1970 (1966), pp. 149-152.

237. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.63 (diario, 23 de junio de 1941).

238. *Ibid*., p.64 (Heinrici a su familia, 4 de julio de 1941).

239. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, p.124 (31 de julio de 1941), p. 129 (24 de agosto de 1941).

240. Citado en Theo J. Schulte, *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*, Oxford, 1989, p.109.

241. Birgit Beck, *Wehrmacht und sexuelle Gewalt: Sexualverbrechen vor deutschen Militärgerichten 1939-1945*, Paderborn, 2004, pp. 105-116 (para los burdeles militares), 326-328 (para los juicios por violación).

242. Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 185-201; también Molotov *et al*., *Soviet Government Statements*, pp. 198-209. Para un análisis de las referencias al robo y al pillaje en las cartas de los soldados, véase también Martin Humburg (ed.), *Das Gesicht des Krieges: Feldpostbriefe von Wehrmachtssoldaten aus der Sowjetunion 1941-1944*, Opladen, 1998, pp. 164-170. Para el trato a la población civil en general, véase Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 465-508.

243. Elmshäuser and Lokers (eds.), *Man muss hier nur hart sein*, p.93 (Hans-Albert Giese a Frieda Giese, 12 de julio de 1941), y p.102 (Hans-Albert Giese a Frieda Giese, 17 de julio de 1941).

244. Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 442-449.

245. *Ibid*., p.97 (23 de octubre de 1941).

246. Klaus Latzel, «Tourismus und Gewalt Kriegswahrnehmungen in Feldpostbriefen», en Hannes Heer and Klaus Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg: Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995, pp. 449-456. Véase también Dieter Reifarth and Viktoria Schmidt-Linsenhoff, «Die Kamera der Täter», en *ibid*., pp. 475-503, y Bernd Hüppauf, «Der entleerte Blick hinter der Kamera», en *ibid*., pp. 504-550.

247. Alois Scheuer, *Briefe aus Russland: Feldpostbriefe des Gefreiten Alois Scheuer 1941- 1942*, St Ingbert, 2000, p.31 (15 de agosto de 1941).

248. Reddemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat*, p.286 (a Agnes, 16 de agosto de 1941).

249. *Ibid*., p.431 (a Agnes, 28 de febrero de 1942).

250. *Ibid*., p.500.

251. Véanse las órdenes de Hitler en lo relativo al combate de los partisanos en Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen*, pp. 201-209.

252. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.62 (diario, 23 de junio de 1941).

253. *Ibid*., p.65 (carta a su mujer, 6 de julio de 1941); más en general sobre el trato de los partisanos, véase *idem*, *Hitlers Heerführer*, pp. 404-441.

254. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.107 (7 de noviembre de 1941).

255. Schulte, *The German Army*, pp. 86-149.

256. Glantz, *Barbarossa*, pp. 57-74.

257. Karel C. Berkhoff, *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge, Mass., 2004, pp. 15-17; Gross, *Revolution from Abroad*, p.229.

258. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, pp. 218-219 (15 de julio de 1941) y 229 (24 de julio de 1941).

259. Horst Slesina, *Soldaten gegen Tod und Teufel: Unser Kampf in der Sowjetunion: Eine soldatische Deutung*, Düsseldorf, 1942, p.164.

260. Scheuer, *Briefe aus Russland*, p.30 (7 de agosto de 1941).

261. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.69 (carta a su mujer, 20 de julio de 1941). Véase también la vívida descripción de un contraataque del Ejército Rojo en Stützel, *Feldpost*, pp. 54-56.

262. Rüdiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1999, pp. 277-279; Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.177, n. 138.

263. *Ibid*., p.70 (carta a su mujer, 22 de julio de 1941).

264. *Ibid*., p.72 (carta a su mujer, 3 de agosto de 1941), p. 76 (carta a su mujer, 23 de agosto de 1941).

265. Glantz, *Barbarossa*, pp. 21-22 y 75-84.

266. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 117 (25 de julio de 1941).

267. *Ibid*., vol. III, p. 143 (2 de agosto de 1941).

268. *Ibid*., vol. III, p. 170 (11 de agosto de 1941).

269. *Ibid*., vol. III, p. 183 (17 de agosto de 1941) y 178 (15 de agosto de 1941).

270. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.234 (29 de julio de 1941), 236 (31 de julio de 1941), 242 (7 de agosto de 1941).

271. Kleo Pleyer, *Volk im Feld*, Hamburgo, 1943, p.177.

272. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, p.168 (29 de julio de 1942).

273. Glantz, *Barbarossa*, pp. 21-22; Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, pp. 234-235.

274. Glantz, *Barbarossa*, pp. 99-114 (cita en p. 114); Weinberg, *A World at Arms*, pp. 268-278.

275. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.255 (22 de agosto de 1941).

276. *Ibid*., p.258 (25 de agosto de 1941).

277. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 192 (22 de agosto de 1941).

278. Explicación detallada en Glantz, *Barbarossa*, pp. 117-158; para la «voluntad propia» de Guderian, véase Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, pp. 269-270 (5 de septiembre de 1941).

279. *Ibid*., p.277 (15 de septiembre de 1941).

280. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher* vol. II/I, pp. 471-476 (23 de septiembre de 1941).

281. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.272 (7 de septiembre de 1941); véase también Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, pp. 85-91 (Heinrici fue trasladado del frente de Kiev al Grupo de Ejércitos Centro el 17 de septiembre de 1941).

282. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 430-438; Glantz, *Barbarossa*, pp. 84-96 (la contraofensiva de Smolensk).

283. Humburg, *Das Gesicht*, pp. 170-171; buen análisis crítico en Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 302-310; más en general, véase Jehuda L. Wallach, *The Dogma of the Battle of Annihilation: The Theories of Clausewitz and Schieffen and their Impact on the German Conduct of Two World Wars*, Westport, Conn., 1980, pp. 265-281.

284. Sebag-Montefiore, *Stalin*, pp. 351-354.

285. *Ibid*.

286. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.295 (15 de octubre de 1941), p. 297 (19 de octubre de 1941).

287. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, pp. 130-131 (1 de septiembre de 1941) y 136-138 (7 de noviembre de 1941); también Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.307 (31 de octubre de 1941).

288. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.94 (carta a su mujer, 16 de octubre de 1941).

289. Sebag-Montefiore, *Stalin*, p.356; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 278-282; Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 195-217.

290. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.301 (25 de octubre de 1941).

291. *Ibid*., p.317 (14 de noviembre de 1941).

292. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, pp. 156 (27 de enero de 1942) y 158 (3 de marzo de 1942).

293. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.108 (informe para la familia, 19 de noviembre de 1941).

294. Christoph Rass, «Das Sozialprofil von Kampfverbänden des deutschen Heeres 1939 bis 1945», en Militärgeschichtliches Forschungsant (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (en lo sucesivo *DRZW*)(10 vols.), Stuttgart/Múnich, 1979-2008, vol. IX/I, Múnich, 2004, pp. 641-741, en la p. 700.

295. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, pp. 116 (4 de diciembre de 1941) y 124 (11 de diciembre de 1941).

296. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.342 (7 de diciembre de 1941).

297. Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 310-324.

298. Scheuer, *Briefe aus Russland*, p.51 (carta a su mujer, 30 de noviembre de 1941).

299. *Ibid*., p.56 (carta a su mujer, 25 de diciembre de 1941).

300. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 456-457.

301. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, pp. 145-146 (26 de diciembre de 1941).

302. *Ibid*.

303. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.131 (carta a su mujer, 22 de diciembre de 1941); sobre la frecuencia de temas como el mal tiempo, la suciedad, el hambre y las enfermedades en la correspondencia de los soldados, véase Humburg, *Das Gesicht*, pp. 129-170.

304. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, pp. 353-357 (16-22 de diciembre de 1941); Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 310-328 (que ahora reemplaza todas las explicaciones anteriores tocantes a las relaciones entre Hitler y los altos generales en la crisis de diciembre de 1941 y enero de 1942).

305. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 456-455.

306. Reddemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat*, p.375 (a Agnes, 21 de diciembre de 1941).

307. Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 325-326.

308. Weinberg, *A World at Arms*, sostiene de manera repetida y convincente, con numerosos ejemplos, que Hitler siempre estuvo dispuesto a contemplar la idea de un repliegue táctico. Una vez que había tomado una decisión, su temperamento lo predisponía a intentar imponerla tan inamovible e inflexiblemente como fuera posible.

309. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.135 (carta a su mujer, 24 de diciembre de 1941).

310. *Ibid*., p.138 (carta a su mujer, 11 de enero de 1942).

311. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 373 (3 de enero de 1942).

312. Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 341-342.

313. *Ibid*., pp. 328-332.

314. *Ibid*., p.332.

315. *Ibid*., pp. 333-337.

316. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, pp. 140-159 (del 21 de enero al 25 de abril de 1942).

317. Narración concisa en Earl Ziemke, «Moscow, Battle for», en Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 593-595; más detalle en Earl F. Ziemke, *Moscow to Stalingrad*, Washington, D.C., 1968.

318. Glantz, *Barbarossa*, pp. 161-204; Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, p.239 y 266.

319. *Ibid*., pp. 238-239. Las cifras que se dan en Glantz, *Barbarossa*, p. 161, más del doble, parecen exageradas.

320. Weinberg, *A World at Arms*, p.264.

## 3.«LA SOLUCIÓN FINAL»

1. Ernst Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»: The Holocaust as Seen by the Perpetrators and Bystanders*, Londres, 1991 (1988), pp. 28-33.

2. *Ibid*., pp. 28-31.

3. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.207, y con más detalle, Alfred Streim, «Zur Eröffnung des allgemeinen Judenvernichtungsbefehls gegenüber den Einsatzgruppen», en Eberhard Jäckel y Jürgen Rohwer (eds.), *Der Mord an den Juden im Zweiten Weltkrieg: Entschlussbildung und Verwirklichung*, Stuttgart, 1985, pp. 108-119, y Peter Klein (ed.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941/42: Die Tätigkeits- und Lageberichte des Chefs des Sicherheitspolizei und des SD*, Berlín, 1997.

4. Citado en Longerich, *Politik*, pp. 324-325 y 333-334; Klee *et al*. (eds.), *Those Were the Days*, pp. 24-27.

5. Björn Felder, *Lettland im Zweiten Weltkrieg: Zwischen sowjetischen und deutschen Besatzern 1940-1946*, Paderborn, 2008.

6. Longerich, *Politik*, pp. 325-326 y 333-334.

7. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 219-225; Konrad Kwiet, «Rehearsing for Murder: The Beginning of the Final Solution in Lithuania in June 1941», *Holocaust and Genocide Studies*, 12 (1998), pp. 3-26; Jürgen Matthäus, «Jenseits der Grenze: Die ersten Massenerschiessungen von Juden in Litauen (Juni-August 1941)», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 44 (1996), pp. 97-117; más en general Wolfgang Benz y Marion Neiss (eds.), *Judenmord in Litauen: Studien und Dokumente* (Berlín, 1999).

8. Reddemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat*, p.222 (a la hermana, 25 de junio de 1941).

9. Citado en Bernd Boll y Hans Safrian, «Auf dem Weg nach Stalingrad: Die 6. Armee 1941/42», en Heer y Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 260-296, en la p.271; también citado íntegramente en Longerich, *Politik*, pp. 324-325.

10. El diario de un judío que escapó gracias a que sus vecinos cristianos aseguraron a los soldados alborotadores que no había judíos en la casa está reimpreso en Aryeh Klonicki y Malwina Klonicki, *The Diary of Adam's Father: The Diary of Aryeh Klonicki (Klonymus) and His Wife Malvina*, Jerusalén, 1973.

11. Citado en Longerich, *Politik*, pp. 333, 352-357 y 392; descripción de los movimientos y las operaciones de matanza del grupo operativo A en *ibid*., pp. 390-394, y Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 151-156.

12. Browning, *The Origins*, pp. 255-257.

13. Longerich, *Politik*, pp. 334-337; el progreso del grupo operativo B está documentado en Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 156-162.

14. Ben-Cion Pinchuk, *Shtetl Jews under Soviet Rule: Eastern Poland on the Eve of the Holocaust*, Oxford, 1990, pp. 117-200.

15. Pleyer, *Volk im Feld*, p.169 y 184.

16. Longerich, *Politik*, pp. 352-356.

17. Citado en *ibid*., p.358. Véase también Andrej Angrick y Dieter Pohl, *Einsatzgruppen C and D in the Invasion of the Soviet Union, 1941-1942*, Londres, 1999; Klein (ed.), *Die Einsatzgruppen*. Versiones en inglés de los informes en Yitzhak Arad *et al*. (eds.), *The Einsatzgruppen Reports: Selections from the Dispatches of the Nazi Death Squads' Campaign against the Jews, July 1941-January 1943*, Nueva York, 1989 (traducciones [al inglés] no siempre fiables); y Ogorreck, *Die Einsatzgruppen*.

18. Para este suceso, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 621-623.

19. Longerich, *Politik*, pp. 337-338.

20. Musial, *Konterrevolutionäre Elemente*, pp. 262-269.

21. *Ibid*., pp. 200-248; véase también Manoschek (ed.), *«Es gibt nur eines»*, p.31 (Gefr. F. B., 3 de julio de 1941), y 51 (Lt. K., 13 de febrero de 1942).

22. Klee *et al*. (eds.), *Those Were the Days*, pp. 88-91.

23. *Ibid*., p.91 (5 de julio de 1941).

24. *Ibid*., p.91 (5 de julio de 1941); Musial, *«Konterrevolutionäre Elemente»*, pp. 175-199, también sobre la implicación de soldados alemanes en los pogromos y masacres en Lemberg y en otros lugares, y sobre los sucesos en Boryslaw; véase también Manoschek (ed.), *Es gibt nur eines*, p.33 (carta del 6 de julio de 1941).

25. Berkhoff, *Harvest of Despair*, pp. 205-231; Longerich, *Politik*, pp. 337-343.

26. *Ibid*., p.343.

27. Para los movimientos del grupo operativo C, véase Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 162-169.

28. Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»*, p.96 (12 de julio de 1941).

29. *Ibid*., p.97 (12 de julio de 1941).

30. *Ibid*., pp. 101 (22 de julio de 1941) y 105 (2 de agosto de 1941); también en Longerich, *Politik*, pp. 338-339.

31. Klee *et al*. (eds.), *Those Were the Days*, pp. 297-299; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 246-247.

32. Citado en Latzel, «Tourismus und Gewalt», pp. 449-456. Existe ahora una literatura abundante sobre el valor, o no, de las cartas remitidas desde el frente como fuente histórica. Véase por ejemplo Humburg, *Das Gesicht*, pp. 257-268.

33. Citado en Hürter, *Hitlers Heerführer*, p.443.

34. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.67 (11 de julio de 1941).

35. Longerich, *Politik*, p.362.

36. Citado en Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 405; Browning, *The Origins*, p. 274 y 310; Friedländer, *The Years of Extermination*, p.200; Longerich, *Politik*, pp. 362-366.

37. Fritz Baade *et al*. (eds.), *«Unsere Ehre heisst Treue»: Kriegstagebuch des Kommandostabes Reichsführer-SS, Tätigkeitsberichte der 1. und 2. 33-Infanterie-Brigade, der 1. SS-Kav. Brigade und von Sonderkommandos der SS*, Viena, 1965, p.212.

38. *Ibid*., p.96.

39. *Ibid*., p.220 (Bericht «Pripjet-Aktion»).

40. Citado en Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»*, pp. 66-67.

41. *Ibid*., 67; Berkhoff, *Harvest of Despair*, pp. 65-69.

42. Peter Longerich, *Der ungeschriebene Befehl: Hitler und der Weg zur «Endlösung»*, Múnich, 2001, pp. 106-107.

43. Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»*, pp. 75-86.

44. Breve descripción en Friedländer, *The Years of Extermination*, p.282; con mayor detalle en Dieter Pohl, «Hans Krüger and the Murder of the Jews in the Stanislawów Region (Galicia)», *Yad Vashem Studies*, 26 (1998), pp. 257-266; *idem*, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens*, Múnich, 1996, esp. 144-147; Thomas Sandkühler, *«Endlösung» in Galizien: Der Judenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen von Berthold Beitz, 1941-1944*, Bonn, 1996, esp. 150; y Browning, *The Origins*, pp. 348-350.

45. Bernd Boll, «Zloczów, Juli 1941: Die Wehrmacht und der Beginn des Holocaust in Galizien», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 50 (2002), pp. 899-917.

46. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 215-219, documentos en Klee *et al*. (eds.), *Those Were the Days*, pp. 137-154.

47. Citado en *ibid*., 151; Groscurth, *Tagebücher*, pp. 534-542.

48. Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 127-130; más en general, Andrej Angrick, «The Escalation of German-Rumanian Anti-Jewish Policy after the Attack on the Soviet Union», *Yad Vashem Studies*, 26 (1998), pp. 203-238.

49. Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 102-128 (cita en la p. 116), rebate de forma convincente la versión menos hostil (aunque valiosa en muchos aspectos) de Larry Watts, *Romanian Cassandra: Ion Antonescu and the Struggle for Reform, 1916-1941*, Boulder, Colo., 1993.

50. Kurt Erichson (ed.), *Abschied ist immer: Briefe an den Bruder im Zweiten Weltkrieg*, Frankfurt, 1994, p.25 (carta a un hermano, 17 de julio de 1941).

51. Véase Jean Ancel, *Transnistria* (3 vols.), Bucarest, 1998.

52. Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, p.197.

53. *Ibid*., pp. 171-173, con detalles y cifras concretos basados en documentos rumanos y alemanes (en otras versiones parece que se haya contado por partida doble); más en general, véase Alexander Dallin, *Odessa, 1941-1944: A Case Study of Soviet Territory under Foreign Rule*, Iaşi, 1998 (1957), esp. pp. 74-75.

54. Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 173-179.

55. *Ibid*., 179-187; Paul A. Shapiro, «The Jews of Chisinau (Kishinev): Romanian Reoccupation, Ghettoization, Deportation», en Randolph L. Braham (ed.), *The Destruction of Romanian and Ukrainian Jews during the Antonescu Era*, Nueva York, 1997, pp. 135-194; Dennis Deletant, «Ghetto Experience in Golta, Transnistria, 1942-1944», *Holocaust and Genocide Studies*, 18 (2004), pp. 1-26; y Dalia Ofer, «Life in the Ghettos of Transnistria», *Yad Vashem Studies*, 25 (1996), pp. 229-274.

56. Jean Ancel, «The Romanian Way of Solving the "Jewish Problem" in Bessarabia and Bukovina: June-July 1941», *Yad Vashem Studies*, 19 (1988), pp. 187-232; *idem*, «The "Christian" Regimes of Romania and the Jews, 1940-1942», *Holocaust and Genocide Studies*, 7 (1993), pp. 14-29; Braham (ed.), *The Destruction of Romanian and Ukrainian Jews*; la explicación más completa y la más acertada, subrayando de forma convincente el carácter racista de esos asesinatos en masa, se encuentra ahora en Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 130-149 (cita en p. 141).

57. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.225, citando el *Final Report of the International Commission on the Holocaust in Romania, presented to Romanian President Ion Iliescu, 11 November 2004*, de la Comisión Internacional sobre el Holocausto en Rumanía; Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 166-171.

58. Andrej Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord: Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, 2003, p.174; Radu Ioanid, *The Holocaust in Romania: The Destruction of Jews and Gypsies under the Antonescu Regime, 1940-1944*, Chicago, 2000, pp. 62-64.

59. Citado en Longerich, *Politik*, p.388.

60. *Ibid*., pp. 388-389; Breitman, *The Architect of Genocide*, pp. 213-214.

61. Para un itinerario detallado, véase Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, pp. 169-178; detalles en Longerich, *Politik*, pp. 386-390; y Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord*.

62. Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen*, p.118; Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 1.011-1.016; Browning, *The Origins*, pp. 334-335.

63. Walter Manoschek, «Die Vernichtung der Juden in Serbien», en Ulrich Herbert (ed.), *Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945: Neue Forschungen und Kontroversen*, Frankfurt, 1998, pp. 209-234, en las pp. 209-212.

64. Citado en Paul Hehn, *The German Struggle against Yugoslav Guerillas in World War II: German Counter-Insurgency in Yugoslavia 1941-1943*, Nueva York, 1979, pp. 28-29; Manoschek, «Die Vernichtung», pp. 214-215 y 220.

65. Citado en *ibid*., pp. 216-217.

66. Citado en Manoschek (ed.), *«Es gibt nur eines»*, p.39 (Lt. P. G., 29 de julio de 1941).

67. Citado en Manoschek, «Die Vernichtung», p. 216.

68. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/I, p. 478 (24 de septiembre de 1941).

69. Citado en Browning, *The Origins*, p.338.

70. Longerich, *Politik*, pp. 458-459; pasaje en Manoschek, «Die Vernichtung», p. 222.

71. Citado en *ibid*., p.227; para los gitanos, véase *ibid*., p.233, y especialmente Karola Fings *et al*., *«...einziges Land, in dem Judenfrage und Zigeunerfrage gelöst»: Die Verfolgung der Roma im faschistisch besetzten Jugoslawien 1941-1945* (Colonia, s.f.).

72. Citado en Glenny, *The Balkans*, p.503.

73. Browning, *The Origins*, p.341.

74. Citado en Walter Manoschek, «"Gehst mit Juden erschiessen?" Die Vernichtung der Juden in Serbien», en Heer y Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 39-56, en la p.46.

75. Walter Manoschek, *«Serbien ist judenfrei»: Militärische Besatzungspolitik und Judenvernichtung in Serbien 1941/42*, Múnich, 1993, pp. 155-158.

76. Manfred Messerschmidt, «Partisanenkrieg auf dem Balkan, Ziele, Methoden, "Rechtfertigung"», en Loukia Droulia y Hagen Fleischer (eds.), *Von Lidice bis Kalavryta: Widerstand und Besatzungsterror: Studien zur Repressalienpraxis im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 1999, pp. 65-91; Walter Manoschek, «Krajevo — Kragujevac — Kalavryta: Die Massaker der 717. Infanteriedivision bzw. 117. Jägerdivision am Balnak», en *ibid*., pp. 93-104; *idem*, «Partisanenkrieg und Genozid: Die Wehrmacht in Serbien 1941», en *idem* (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg: Der Vernichtungskrieg hinter der Front*, Viena, 1996, pp. 142-167.

77. Longerich, *Politik*, pp. 405-410; Hannes Heer, «Killing Fields: Die Wehrmacht und der Holocaust», en *idem* y Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg*, pp. 57-77.

78. Longerich, *Politik*, p.418.

79. Browning, *The Origins*, pp. 309-311.

80. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 107-111.

81. Werner Jochmann (ed.), *Monologe im Führerhauptquartier 1941-44: Die Aufzeichnungen Heinrich Heims*, Hamburgo, 1980, pp. 106-108; véase también Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 114-115.

82. Browning, *The Origins*, p.312; Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p. 112.

83. *Ibid*., p.112.

84. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 153-161; Saul Friedländer, *Prelude to Downfall: Hitler and the United States, 1939-1941*, Londres, 1967; David Reynolds, *From Munich to Pearl Harbor: Roosevelt's America and the Origins of the Second World War*, Chicago, 2001; *idem*, *The Creation of the Anglo-American Alliance, 1937-1941: A Study in Competitive Co-operation*, Londres, 1981.

85. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.201; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 406-407.

86. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 243-245.

87. *Ibid*., pp. 245-263.

88. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. IV, p. 1.731. Para los detalles sobre la falta de influencia judía en la política americana de aquel momento, véase Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 79-82.

89. *Ibid*., pp. 84-85.

90. *Ibid*., pp. 98-104.

91. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/I, pp. 32-35 (9 de julio de 1941; la primera entrada dictada).

92. Herf, *The Jewish Enemy*, p.105.

93. *Ibid*., pp. 106-107 y 281-283 (he modificado ligeramente las cifras de Herf puesto que algunos de los titulares que cita no mencionan a los judíos).

94. *Ibid*., pp. 28-31.

95. A. N., 23 de junio de 1941, citado en Manoschek (ed.), *Es gibt nur eines*, p.28.

96. Herf, *The Jewish Enemy*, p.282.

97. *Ibid*., ilustración, entre p. 166 y 167.

98. Citado en *ibid*., p.113.

99. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 202-207; Wolfgang Benz, «Judenvernichtung aus Notwehr? Die Legenden um Theodore N. Kaufman», *VfZ*, 29 (1981), pp. 615-630; más en general, Philipp Gassert, *Amerika im Dritten Reich: Ideologie, Propaganda und Volksmeinung 1933-1941*, Stuttgart, 1997, esp. cap. 7, y Bianka Pietrow-Ennker, «Die Sowjetunion in der Propaganda des Dritten Reiches: Das Beispiel der Wochenschau», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 46 (1989), pp. 79-120.

100. Citado en Herf, *The Jewish Enemy*, p.108; para el Reich, véase *ibid*., pp. 20-21.

101. Longerich, *Politik*, pp. 421-423 y 696, n.3, 5 y 8; buena descripción en Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 78-79, n.160.

102. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 410-412.

103. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/I, p. 269 (19 de agosto de 1941); véase también Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 113-114.

104. Véase en particular Gerhard Botz, *Wohnungspolitik und Judendeportation in Wien 1938 bis 1945: Zur Funktion des Antisemitismus als Ersatz nationalsozialistischer Sozialpolitik*, Viena, 1975, pp. 57-65.

105. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 238-239.

106. Longerich y Pohl, *Ermordung*, p.157; véase también *idem*, *Der ungeschriebene Befehl*, p.114, y más en general, *Politik*, pp. 421-434 (entre otras cosas, subrayando la intensificación de la propaganda antisemita en aquel momento).

107. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.115. No viene al caso el razonamiento de Friedländer, *The Years of Extermination*, p.264, en el sentido de que Stalin no hubiera quedado impresionado; la idea era impresionar a la población alemana en Alemania.

108. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/I, pp. 480-481 (24 de septiembre de 1941); véase también Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 116-117.

109. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/I, p. 481 (24 de septiembre de 1941).

110. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 115-117.

111. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, pp. 374-398 (23 de junio-1 de julio de 1941).

112. Klemperer, *To the Bitter End*, p.37 (12 de abril de 1942).

113. *Ibid*., pp. 33 (31 de marzo de 1942), 37 (18 de abril de 1942) y 41-42 (23 y 26 de abril de 1942).

114. *Ibid*., p.65 (6 de junio de 1942).

115. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.228.

116. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, pp. 414-415 (18, 19 y 20 de septiembre de 1941), también p. 424 (9 de noviembre de 1941).

117. *Ibid*., p.422 (31 de octubre de 1941).

118. Klemperer, *To the Bitter End*, p.11 (6 de febrero de 1942).

119. *Ibid*., pp. 62-63 (2 de junio de 1942).

120. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.289.

121. *Ibid*., p.368.

122. Klemperer, *To the Bitter End*, pp. 50-53 (18 y 19 de mayo de 1942).

123. Longerich, *Politik*, pp. 446-448.

124. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.121.

125. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 255-256.

126. Wolf Gruner, *Judenverfolgung in Berlin 1933-1945: Eine Chronologie der Behördenmassnahmen in der Reichshauptstadt*, Berlín, 1996, p.84.

127. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 266-267, proporciona cifras ligeramente distintas; véase también Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 117-118. Para la mecánica de las deportaciones y las numerosas historias de los deportados individuales, véase el extraordinario estudio de Hans Georg Adler, *Der verwaltete Mensch: Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland* (Tubinga, 1974).

128. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/II, pp. 340-341 (22 de noviembre de 1941).

129. Véase Stadtarchiv München (ed.), *«...verzogen, unbekannt wohin»: Die erste Deportation von Münchner Juden im November 1941*, Zurich, 2000; Dina Porat, «The Legend of the Struggle of Jews from the Third Reich in the Ninth Fort Near Kovno, 1941-1942», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, 20 (1991), pp. 363-392.

130. Klemperer, *To the Bitter End*, p.6 (1 de enero de 1942).

131. *Ibid*., p.13 (15 de febrero de 1942).

132. *Ibid*., p.17 (21 de febrero-6 de marzo de 1942).

133. *Ibid*., pp. 25-27 (9-16 de marzo de 1942).

134. *Ibid*., pp. 54-56 (23 de mayo de 1942).

135. *Ibid*., p.81 (24 de junio de 1942) (en cursiva en el original).

136. *Ibid*., p.58 (27 de mayo de 1942).

137. Solmitz, *Tagebuch*, pp. 652, 655 y 679 (22 de mayo de 1941, 3 de junio de 1941, 13 de septiembre de 1941).

138. Véase el debate general en Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 263-267.

139. Citado en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.119.

140. Citado en *ibid*., p.118.

141. Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten*, vol. I, p. 664.

142. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher* vol. II/II, p. 222 (2 de noviembre de 1941).

143. Avraham Tory, *Surviving the Holocaust: The Kovno Ghetto Diary*, Cambridge, 1990.

144. *Ibid*., pp. 43-60; y Corni, *Hitler's Ghettos*, p.35.

145. *Ibid*., pp. 31-37.

146. Así se sostiene convincentemente en Pohl, *Von der «Judenpolitik» zum Judenmord*, p.179; para una idea general del inacabable debate en torno a la fecha exacta de una supuesta orden, véase Christopher R. Browning, «The Decision-Making Process», en Dan Stone (ed.), *The Historiography of the Holocaust*, Londres, 2004, pp. 173-196.

147. Citado en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 23-24.

148. Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1999, esp. pp. 683-743 y 1.131-1.136; sobre los enfermos mentales y los discapacitados, véase *ibid*., pp. 1.067-1.074.

149. Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 124-127. El discurso se publicó posteriormente como un panfleto, *The Iron Heart*.

150. Citado en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.139; véase también Jürgen Hagemann, *Die Presselenkung im Dritten Reich*, Bonn, 1970, p. 125 y 146, n.67.

151. Dieter Pohl, «Schauplatz Ukraine: Der Massenmord an den Juden im Militärverwaltungsgebiet und im Reichskommissariat 1941-1945», en Norbert Frei *et al*. (eds.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit: Neue Studien zur nationalsozialistischen Lagerpolitik*, Múnich, 2000, pp. 135-173. Véase también Martin Dean, *Collaboration in the Holocaust: Crimes of the Local Police in Belorussia and the Ukraine, 1941-44*, Nueva York, 2000; y Shmuel Spector, *The Holocaust of Volhynian Jews: 1941-1944*, Jerusalén, 1990.

152. Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz: The Autobiography of Rudolf Höss*, Londres, 1959 (1951), p. 165.

153. Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»*, p.68.

154. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 122-123.

155. Citado en Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»*, p.69.

156. Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Bloomington, Ind., 1999 (1987), pp. 10-11; Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.123; *idem*, *Politik*, pp. 441-442; más detalles en Beer, «Die Entwicklung der Gaswagen»; asesinatos de pacientes mentales enumerados en Longerich, *Politik*, pp. 403-404.

157. Peter Witte *et al*. (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo, 1999, pp. 233-234 (13 de octubre de 1941 y nota 35). También se hicieron planes para la construcción de centros de muerte en Riga y Mogilev, si bien nunca llegaron a construirse.

158. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 122-123.

159. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 314-318; Grojanowski logró evadirse y contó su historia a Ringelblum en Varsovia, adonde llegó en enero de 1942. Véase también Gilbert, *The Holocaust*, p.502.

160. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.123; *idem*, *Politik*, p.443.

161. Citado en Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»*, pp. 72-74.

162. Manoschek, «Die Vernichtung', pp. 228-234; también Menachem Schelach, «Sajmiste - an Extermination Camp in Serbia», *Holocaust and Genocide Studies*, 2 (1987), pp. 243-260; más detalles en Glenny, *The Balkans*, pp. 504-506, y Browning, *The Origins*, pp. 344-346 y 421-423.

163. Mark Roseman, *The Wannsee Conference and the Final Solution: A Reconsideration*, Nueva York, 2002, p.81; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 728-731, n.193.

164. Christian Gerlach, «Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden», *Werkstatt Geschichte*, 18 (1997), pp. 7-44; Roseman, *The Wannsee Conference*, p.86.

165. *Ibid*., p.86.

166. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol, II/II, pp. 498-499 (13 de diciembre de 1941); véase también Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.138.

167. Citado en *ibid*., p.139.

168. *Ibid*., pp. 140-142.

169. Präg y Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch*, p.457 (16 de diciembre de 1941).

170. *Ibid*., p.458.

171. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.133; *idem*, *Politik*, pp. 461-465; Richard J. Evans, *Telling Lies About Hitler: The Holocaust, History and the David Irving Trial*, Londres, 2002, pp. 84-88.

172. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 122-137.

173. Witte *et al*. (eds.), *Der Dienstkalender*, p.294.

174. Citado en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 169-170.

175. Longerich, *Politik*, pp. 447-448, subraya la existencia para octubre de 1941 de la intención, pero no de un plan para exterminar a los judíos de Europa; más generalmente, sobre las matanzas en masa en el Wartheland y en el distrito de Lublin, véase *ibid*., pp. 456-458.

176. Roseman, *The Wannsee Conference*, pp. 157-162, reimprimiendo las actas originales de la reunión, conocidas habitualmente como «el Protocolo de Wannsee». Eberhard Jäckel, «On the Purpose of the Wannsee Conference», en James S. Pacy y Alan P. Wertheimer (eds.), *Perspectives on the Holocaust: Essays in Honor of Raul Hilberg*, Boulder, Colo., 1995, pp. 39-49, sostiene que el propósito de la reunión era convencer a los participantes de que Hitler había encargado personalmente a Heydrich llevar a cabo el genocidio, una hipótesis para la cual no existen pruebas convincentes.

177. Roseman, *The Wannsee Conference*, pp. 163-164.

178. Roseman, *The Wannsee Conference*, pp. 165-172. Para los detalles de las discusiones y decisiones sobre las personas de «raza mixta», véase Beate Meyer, *«Jüdische Mischlinge»: Rassenpolitik und Verfolgungserfahrung 1933-1945*, Hamburgo, 1999, pp. 99-101; y Peter Longerich y Dieter Pohl (eds.), *Die Ermordung der europäischen Juden: Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941-1945*, Múnich, 1989, pp. 167-169.

179. Tooze, *The Wages of Destruction*, p.476.

180. Roseman, *The Wannsee Conference*, pp. 136-140.

181. Longerich, *Politik*, pp. 476-482; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 531-533.

182. Juicio a Eichmann, 26 de junio de 1961, 24 de julio de 1961, citado en Roseman, *The Wannsee Conference*, p.144. Sobre la idea de que la referencia a los planes para construir carreteras era metafórica, en lugar de mano de obra esclava de todo tipo, véase Friedländer, *The Years of Extermination*, p.342.

183. Roseman, *The Wannsee Conference*, pp. 136-140.

184. *Ibid*., pp. 144-145 y 148.

185. *Ibid*., pp. 149-150.

186. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 143-148.

187. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. IV, pp. 1.828-1.829 (30 de enero de 1942).

188. Jochmann (ed.), *Adolf Hitler*, pp. 227-229.

189. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 138-142.

190. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/III, pp. 320-321 (15 de febrero de 1942).

191. *Ibid*., vol. II/III, p. 561 (27 de marzo de 1942).

192. *Ibid*.

193. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. IV, 1.869.

194. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/IV, p. 184 (27 de abril de 1942). Para la llamada «Nota Schlegelberger», un memorándum sin fechar informando de que la reiterada insistencia de Hitler a Lammers de que el problema judío únicamente se resolvería después de la guerra, véase Evans, *Telling Lies*, pp. 89-94. Si, como sugiere el lugar del documento en el archivo, el memorándum databa de la primavera de 1942, entonces o bien se refería al problema específico de las personas de «raza mixta» y los «semijudíos», o bien expresaba la creencia de Hitler en que la finalización de la «solución final» sólo ocurriría tras el fin de la guerra, algo que en aquel momento aún se esperaba dentro de aquel año.

195. Citado en Herf, *The Jewish Enemy*, p.155.

196. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/IV, p. 350 (24 de mayo de 1942).

197. *Ibid*., p.355.

198. *Ibid*., p.406 (30 de mayo de 1942).

199. Roseman, *The Wannsee Conference*, pp. 152-155.

200. Citado en Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus*, p.296; cf. también Evans, *Telling Lies*, p.96.

201. Wolf Gruner, *Widerstand in der Rosenstrasse: Die Fabrik-Aktion und die Verfolgung der Mischehen 1943*, Frankfurt, 2005; *idem*, «Die Fabrik-Aktion und die Ereignisse in der Berliner Rosenstrasse: Fakten und Fiktionen um den 27. Februar 1943», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, 11 (2002), pp. 137-177. Para la leyenda en su versión clásica, véase Nathan Stoltzfus, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, Nueva York, 1996, pp. 209-258 (basándose considerablemente en entrevistas).

202. Jochen Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942*, Stuttgart, 1955, p.798 (3 de septiembre de 1939); *idem*, *Briefwechsel 1925-1942*, Ernst G. Riemschneider (ed.), Stuttgart, 1973, pp. 227-230 (intercambio de cartas con Frick).

203. Citado en Klepper, *Unter dem Schatten*, p.1.130 (8 de diciembre de 1942).

204. *Ibid*., pp. 1.130-1.131 (8 de diciembre de 1942).

205. *Ibid*., p.1.133 (10 de diciembre de 1942).

206. Christian Goeschel, «Suicide in Weimar and Nazi Germany» (tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 2006), pp. 135-159.

207. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 151-152.

208. *Ibid*., pp. 149-156 y 170-173. Para una lista de las deportaciones, véase *idem*, *Politik*, pp. 483-493.

209. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 455-456; Detlev Brandes, *Die Tschechen unter deutschem Protektorat*, I: *Besatzungspolitik, Kollaboration und Widerstand im Protektorat Böhmen und Mähren bis Heydrichs Tod, 1939-1942*, Múnich, 1969; Miroslav Kárny, «"Heydrichiaden": Widerstand und Terror im Protektorat Böhmen und Mähren», en Droulia y Fleischer (eds.), *Von Lidice bis Kalavryta*, pp. 51-63.

210. Charles Whiting, *Heydrich: Henchman of Death*, Londres, 1999, pp. 141-147.

211. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 455-457; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 518-519; sigue siendo útil para los pormenores Charles Wighton, *Heydrich: Hitler's Most Evil Henchman*, Londres, 1962, pp. 270-276; explicación reciente empleando las declaraciones de los citujanos en Mario R. Dederichs, *Heydrich: Das Gesicht des Bösen*, Múnich, 2005, pp. 185-212.

212. Citado en Günther Deschner, «Reinhard Heydrich: Security Technocrat», en Ronald Smelser y Rainer Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, Londres, 1993 (1989), pp. 85-97, en la p.87; *idem*, *Reinhard Heydrich - Statthalter der totalen Macht*, Múnich, 1978.

213. Hitler, *Hitler's Table Talk*, 4 de junio de 1942.

214. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 149-150; Fest, *The Face of the Third Reich*, pp. 152-170.

215. Según contó más tarde su viuda, véase *ibid*., p.161.

216. Felix Kersten, *The Kersten Memoirs 1940-1945*, Londres, 1956, pp. 90-99.

217. Carl J. Burckhardt, *Meine Danziger Mission 1937-1939*, Múnich, 1960, p.55.

218. *Ibid*., p.57.

219. Hitler, *Hitler's Table Talk*, 4 de junio de 1942.

220. *Ibid*., 4 de julio de 1942.

221. Jürgen Tampke, *Czech-German Relations and the Politics of Central Europe from Bohemia to the EU*, Londres, 2003, pp. 67-69; René Kupper, «Karl Hermann Frank als Deutscher Staatsminister für Böhmen und Mähren», en Monika Glettler *et al*. (eds.), *Geteilt, Besetzt, Beherrscht: Die Tschechoslowakei 1938-1945: Reichsgau Sudetenland, Protektorat Böhmen und Mähren, Slowakei*, Essen, 2004, pp. 31-52.

222. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 538-545. La importancia del problema de la comida fue recalcada por vez primera en Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord: Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1998.

223. Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus*, p.303.

224. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.168.

225. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. IV, p. 1.920 (30 de septiembre de 1942); en esta ocasión Hitler utilizó la palabra *Ausrottung* en vez de la habitual *Vernichtung*.

226. Citado en Friedländer, *The Years of Extermination*, p.403.

227. Citado en Herf, *The Jewish Enemy*, p.169.

228. Domarus (ed.), Hitler, vol. IV, p. 1.937 (8 de noviembre de 1942).

229. Helmut Heiber, *Goebbels-Reden* (2 vols.), Düsseldorf, 1971-1972. La versión citada en Jeremy Noakes (ed.), *Nazism 1919-1945*, vol. IV: *The German Home Front in World War II: A Documentary Reader*, Exeter, 1998, pp. 490-491, el servicio de la BBC recoge gritos de «¡Fuera los judíos!» por parte del público tras la última frase.

230. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. IV, pp. 1.991 (24 de febrero de 1943) y 2.001 (21 de marzo de 1943).

231. Frohlich (ed.), *Die Tagebücher* vol. II/VIII, pp. 287-290 (13 de mayo de 1943); véase también Norman Cohn, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World-Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Londres, 1967.

232. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 497.

233. Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 281-287.

234. Ésa es la tesis de Herf, *ibid*. Véase también *ibid*., pp. 183-230, para un estudio de la propaganda antisemita en 1943.

235. Citado en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 181-182.

236. Arad, *Belzec*, pp. 14-16.

237. *Ibid*., pp. 16-22.

238. Gilbert, *The Holocaust*, p.817; Arad, *Belzec*, pp. 23-29 y 68-74.

239. Klukowski, *Diary*, p.191 (8 de abril de 1942); la referencia a la electricidad se basaba claramente en información falsa.

240. *Ibid*., p.192 (12-13 de abril de 1942).

241. *Ibid*., pp. 195-196 (8 de mayo de 1942).

242. *Ibid*., p.197 (9 de mayo de 1942).

243. Gitta Sereny, *Into that Darkness: An Examination of Conscience*, Londres, 1977 (1974), pp. 111-112.

244. *Ibid*., pp. 21-55.

245. Arad, *Belzec*, pp. 126-127.

246. *Ibid*., pp. 30-37, 75-80.

247. *Ibid*., pp. 30-36, 49-53, 75-80, 128-130 y 171-173.

248. Michael MacQueen, «The Conversion of Looted Jewish Assets to Run the German War Machine», *Holocaust and Genocide Studies*, 18 (2004), pp. 27-45; Bertrand Perz y Thomas Sandkühler, «Auschwitz und die "Aktion Reinhard" 1942-1945: Judenmord und Raubpraxis in neuer Sicht», *Zeitgeschichte*, 26 (2000), pp. 283-316.

249. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 498-499.

250. Berenstein *et al*. (eds.), *Faschismus*, pp. 412-421.

251. Arad, *Belzec*, pp. 165-169, 171, 306-341 y 373-375.

252. *Ibid*., pp. 37-43.

253. *Ibid*., pp. 81-94; Sereny, *Into that Darkness*, pp. 200-207.

254. *Ibid*., pp. 200-207 y 358; Arad, *Belzec*, pp. 89-99.

255. *Ibid*., pp. 196-197.

256. *Ibid*., p.101.

257. *Ibid*., pp. 270-298; Sereny, *Into that Darkness*, pp. 236-249.

258. Sereny, *Into that Darkness*, pp. 248-249.

259. Arad, *Belzec*, pp. 365-369.

260. *Ibid*., pp. 170-178 y 372-376; Sereny, *Into that Darkness*, pp. 249-250.

261. Arad, *Belzec*, pp. 379-380.

262. Peter Witte y Stephen Tyas, «A New Document on the Deportation and Murder of Jews during "Einsatz Reinhard" 1942», *Holocaust and Genocide Studies*, 15 (2001), pp. 468-486.

263. Gerald Fleming, *Hitler and the Final Solution*, Oxford, 1986 (1982), pp. 135-139. Según Eichmann en su interrogatorio posterior, el informe abreviado cuando regresó a su oficina llevaba una nota de Himmler: «Führer ha tomado nota, destruir, H. H.».

264. Arad, *Belzec*, p.379.

265. Sybille Steinbacher, *Auschwitz: A History*, Londres, 2005 (2004), pp. 5-27; Höss, *Commandant of Auschwitz*, pp. 116-119; Nilli Keren, «The Family Camp», en Yisrael Gutman y Michael Berenbaum (eds.), *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington, Ind., 1994, pp. 428-440. Para unas memorias detalladas escritas por uno de esos prisioneros, véase Wieslaw Kielar, *Anus Mundi: Five Years in Auschwitz*, Londres, 1982 (1972).

266. Höss, *Commandant of Auschwitz*, p.231.

267. *Ibid*., pp. 134-139; Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 89-91.

268. Tomasz Kranz, «Das KL Lublin zwischen Planung und Realisierung», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. I, pp. 363-389.

269. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 124-125; Steinbacher, *Auschwitz*, p.77.

270. Longerich, *Politik*, p.444 (y p. 704, n.114, para la controvertida sucesión de esos experimentos).

271. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 236 y 717, n.147; Höss, *Commandant of Auschwitz*, p.164.

272. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.124; Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 87-89.

273. Höss, *Commandant of Auschwitz*, p.169.

274. Höss, *Commandant of Auschwitz*, p.169.

275. *Ibid*., pp. 166-167.

276. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 124-125; Jamie McCarthy *et al*., «The Ruins of the Gas Chambers: A Forensic Investigation of Crematoriums at Auschwitz I and Auschwitz-Birkenau», *Holocaust and Genocide Studies*, 18 (2004), pp. 68-103. Michael Thad Allen, «Not Just a "Dating Game": Origins of the Holocaust at Auschwitz in the Light of Witness Testimony», *German History*, 25 (2007), pp. 162-191, sostiene convincentemente que el crematorio II fue construido desde el principio como una cámara de gas siguiendo las directrices de Himmler en Berlín, rebatiendo los argumentos según los cuales los crematorios sólo se convirtieron en cámaras de gas en una fecha posterior: véase Robert Jan Van Pelt, «A Site in Search of a Mission», en Gutman y Berenbaum (eds.), *Anatomy*, pp. 93-156; y Sybille Steinbacher, *«Musterstadt» Auschwitz: Germanisierungspolitik und Judenmord in Ostoberschlesien*, Múnich, 2000, p.78.

277. Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 96-105.

278. *Ibid*., pp. 119-121.

279. *Ibid*., pp. 105-107; Höss, *Commandant of Auschwitz*, p.211 y 235.

280. Steinbacher, *Auschwitz*, p.107.

281. Miroslav Kárny *et al*. (eds.), *Theresienstadt in der «Endlösung der Judenfrage»*, Praga, 1992.

282. Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 108-109; Friedländer, *The Years of Extermination*, p.354.

283. *Ibid*., p.620; Steinbacher, *Auschwitz*, p.108.

284. *Ibid*., pp. 40-44; *idem*, *«Musterstadt» Auschwitz*, p.247.

285. Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 132-135.

286. Höss, *Commandant of Auschwitz*, p.173.

287. *Ibid*., p.172.

288. *Ibid*., p.145.

289. *Ibid*., p.172.

290. *Ibid*., p.174.

291. *Ibid*., pp. 175-176.

292. Czerniakow, *The Warsaw Diary*, pp. 300 (19 de noviembre de 1941), 341 (8-10 de abril de 1942), 355 (18 de mayo de 1942), 366 (14 de junio de 1942) y 376-377 (8 de julio de 1942).

293. *Ibid*., pp. 384-385 (21-23 de julio de 1942); Kermish, «Introduction», en *ibid*., pp. 23-24. El diario de Czerniakow fue preservado por manos desconocidas y salió a la luz pública en 1959. Hay una crónica que recrea la atmósfera de la reunión crucial del 22 de julio de 1942 en Marcel Reich-Ranicki, *The Author of Himself: The Life of Marcel Reich-Ranicki*, Londres, 2001 (1999), pp. 164-166. Véase también Wolfgang Scheffler, «The Forgotten Part of the "Final Solution": The Liquidation of the Ghettos», *Simon Wiesenthal Centre Annual*, 2 (1985), pp. 31-51.

294. Hosenfeld, «*Ich versuche*», p. 628 (carta a su mujer, 23 de julio de 1942). La posición de Hosenfeld en la administración militar parece haber protegido sus cartas de las atenciones del censor, si bien una expresión de crítica así seguía siendo potencialmente muy peligrosa.

295. *Ibid*., p.630 (diario, 25 de julio de 1942).

296. *Ibid*., p.642 (carta a su hijo, 18 de agosto de 1942).

297. Klukowski, *Diary*, p.208 (4 de agosto de 1942).

298. Kaplan, *Scroll*, introducción y p. 271 (16 de junio de 1942), pp. 279-280 (25-26 de junio de 1942); Gilbert, *The Holocaust*, p.462; Corni, *Hitler's Ghettos*, p.279. Véase también Jerzy Lewinski, «The Death of Adam Czerniakow and Janusz Korcak's Last Journey», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 7 (1992), pp. 224-253.

299. Gutman, *The Jews of Warsaw*, pp. 270-272.

300. Ringelblum, *Notes*, pp. 310-311, también citado en Corni, *Hitler's Ghettos*, p.279.

301. *Ibid*., pp. 293-315 y 320-321; Hosenfeld, *«Ich versuche»*, p.631 (diario, 25 de julio de 1942).

302. Yisrael Gutman, *Resistance: The Warsaw Ghetto Uprising*, Boston, Mass., 1994; Shmuel Krakowski, *The War of the Doomed: Jewish Armed Resistance in Poland, 1942-1944*, Nueva York, 1984; Reuben Ainsztein, *Revolte gegen die Vernichtung: Der Aufstand im Warschauer Ghetto*, Berlín, 1993.

303. Jürgen Stroop, *The Stroop Report: The Jewish Quarter of Warsaw Is No More*!, Londres, 1980 (1960), p. 9.

304. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 315-321.

305. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, p.719 (diario, 16 de junio de 1943).

306. Reich-Ranicki, *The Author of Himself*, pp. 176-192.

307. Joseph Kermish, «Introduction», en Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*, pp. vii-xxxi, en las pp. xxiii-xvi, y Ringelblum, *Notes*, pp. ix-xxvii.

308. Weiss, «Jewish Leadership».

309. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.557.

310. Sierakowiak, *The Diary*, pp. 77-90 (6 de abril-15 de mayo de 1941), 91-92 (16 de mayo de 1941), 133 (28 de septiembre de 1941), y 137-143 (4-23 de octubre de 1941).

311. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 280-281; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 314-315 y 387-389; Avraham Barkai, «Between East and West: Jews from Germany in the Lodz Ghetto», en Michael R. Marrus (ed.), *The Nazi Holocaust: Historical Articles on the Destruction of European Jews*, Westport, Conn., 1989, pp. 378-439.

312. Dobroszycki (ed.), *The Chronicle of the Lodz Ghetto*, pp. 163-165.

313. Sierakowiak, *The Diary*, pp. 173 (25 de mayo de 1942), 238 (11 de diciembre de 1942), 267-268 (14-15 de abril de 1942); Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 282-283.

314. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.531.

315. *Ibid*., pp. 529-530; Alan Adelson y Robert Lapides (eds.), *Lódz Ghetto: Inside a Community under Siege*, Nueva York, 1989, pp. 328-331; Bernhard Chiari, *Alltag hinter der Front: Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weissrussland 1941-1944*, Düsseldorf, 1998.

316. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 309-310.

317. Yitzhak Arad, *Ghetto in Flames: The Struggle and Destruction of the Jews in Vilna in the Holocaust*, Jerusalén, 1980.

318. Philip Friedman, *Roads to Extinction: Essays on the Holocaust*, Nueva York, 1980, pp. 294-321.

319. Corni, *Hitler's Ghettos*, pp. 283-284.

320. Antony Polonsky, «Beyond Condemnation, Apologetics and Apologies: On the Complexity of Polish Behaviour Towards the Jews during the Second World War», en Roger Bullen, Hartmut Pogge Von Strandmann y Antony Polonsky (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History 1880 to 1950*, Londres, 1984, pp. 123-143, en la p.194.

321. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, pp. 657-658 (diario, 1 de septiembre de 1942).

322. Wolfram Wette, «"Rassenfeind": Antisemitismus und Antislawismus in der Wehrmachtspropaganda», en Manoschek (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg*, pp. 55-73.

323. Manoschek, *«Es gibt nur eines»*, p.65 (Fw. E. E., 18 de diciembre de 1942).

324. *Ibid*., p.57 (Am. D. S., 17 de mayo de 1942).

325. Hans Safrian, «Komplizen des Genozids: Zum Anteil der Heeresgruppe Süd an der Verfolgung und Ermordung der Juden in der Ukraine 1941», en Manoschek (ed.), *Die Wehrmacht im Rassenkrieg*, pp. 90-115; Andrej Angrick, «Zur Rolle der Militärverwaltung bei der Ermordung der sowjetischen Juden», en Babette Quinkert (ed.), *«Wir sind die Herren dieses Landes»: Ursachen, Verlauf und Folgen des deutschen Überfalls auf die Sowjetunion*, Hamburgo, 2002, pp. 104-123.

326. Hürter, *Hitlers Heerführer*, pp. 509-599, explora la mezcla de motivos utilitarios e ideológicos que condujeron a los altos mandos del ejército en el frente oriental a tolerar, fomentar o prestar apoyo logístico al asesinato en masa de la población judía en el territorio.

327. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, p.719 (diario, 16 de junio de 1943).

## 4.«EL NUEVO ORDEN»

1. Richard Overy, «Rationalization and the "Production Miracle" in Germany during the Second World War», en *idem*, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994, pp. 343-375 (citas en pp. 353-354).

2. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 271-279; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 508-509.

3. La versión de Speer corregida en Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, 1995, pp. 274-283; Max Müller, «Der Tod des Reichsministers Dr Fritz Todt», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 18 (1967), pp. 602-605; comentario en Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 502-503.

4. Karl-Heinz Ludwig, *Technik und Ingenieure im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1974, pp. 403-472, y Müller, «The Mobilization», pp. 453-485.

5. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 261-265, 275-277 y 291; Sereny, *Albert Speer*, pp. 291-292.

6. Müller, «The Mobilization», pp. 773-786.

7. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 183-186; Alan S. Milward, *The German Economy at War*, Londres, 1985, pp. 72-99.

8. Véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 183-186.

9. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 262-263.

10. Citado en Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 506-507.

11. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 309 (24 de noviembre de 1941).

12. Budrass, *Flugzeugindustrie*, p.724. Un factor que contribuyó pudo haber sido el de las intrigas de despacho contra su posición.

13. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 123-124 y 508.

14. *Ibid*., pp. 587-589; Overy, «Rationalization», pp. 356 y 343-349.

15. Walter Naasner, *Neue Machtzentren in der deutschen Kriegswirtschaft 1942-1945*, Boppard, 1994, pp. 471-472.

16. Speer, *Inside the Third Reich*, p.280.

17. *Ibid*., pp. 282-285.

18. Paul B. Jaskot, *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor, and the Nazi Monumental Building Economy*, Londres, 2000, pp. 80-113.

19. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 287-300 (cita en pp. 295-296); Milward, *The German Economy at War*, pp. 54-71 (para los logros de Todt).

20. Overy, *War and Economy*, pp. 356-370.

21. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 568-574.

22. *Ibid*., pp. 578-584.

23. Overy, *War and Economy*, pp. 356-367.

24. Weinberg, *A World at Arms*, p.538.

25. Mark Harrison (ed.), *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998, p.26.

26. Edward R. Zilbert, *Albert Speer and the Nazi Ministry of Arms: Economic Institutions and Industrial Production in the German War Economy*, Londres, 1981, esp. pp. 184-257; Budrass, *Flugzeugindustrie*, pp. 738-739 y 891.

27. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 587-589; Mark Harrison, *Accounting for War: Soviet Production, Employment and the Defence Burden, 1940-1945*, Cambridge, 1996; y John Barber y Mark Harrison, *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II*, Londres, 1991.

28. Tooze, *The Wages of Destruction*, p.407; Müller, «The Mobilization», p. 723; Boog, «The Strategic Air War», p. 118.

29. Rolf-Dieter Müller, «Albert Speer and Armaments Policy in Total War», *GSWW*, vol. V/II, pp. 293-832, en la p.805.

30. Harrison (ed.), *The Economics of World War II*, pp. 20-21.

31. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 383-385; Alan S. Milward, *The New Order and the French Economy*, Oxford, 1984, p.81.

32. Muchos otros ejemplos en Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War, and the Nazi Welfare State*, Nueva York, 2007 (2005); también Elmshäuser y Lokers (eds.), *Man muss hier nur hart sein*, p.55, 62, 63, 68, etc.

33. Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. III, *Foreign Policy, War and Racial Extermination: A Documentary Reader*, Exeter, 1988, p.295; Alan S. Milward, *War, Economy and Society 1939-1945*, Londres, 1987 (1977), p. 137.

34. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 386-388; Overy *et al*. (eds.), *Die «Neuordnung» Europas*.

35. Milward, *War, Economy and Society*, pp. 139-141.

36. Milward, *The New Order and the French Economy*, p.111.

37. Harrison (ed.), *The Economics of World War II*, p.22.

38. Milward, *War, Economy and Society*, pp. 138-145.

39. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 389-391; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, pp. 297-298.

40. Harald Wixforth, *Die Expansion der Dresdner Bank in Europa*, Múnich, 2006, pp. 871-902.

41. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, pp. 274-280, en la p.280.

42. Alan Milward, *The Fascist Economy in Norway*, Oxford, 1972, pp. 1 y 3; *idem*, *War, Economy and Society*, pp. 153-157; Ludolf Herbst, *Der totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft: Die Kriegswirtschaft im Spannungfeld von Politik, Ideologie und Propaganda 1939-1945*, Stuttgart, 1982, pp. 127-144.

43. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, pp. 283-284.

44. *Ibid*., p.286.

45. Milward, *The New Order and the French Economy*, pp. 23-28.

46. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 391-393.

47. Milward, *The New Order and the French Economy*, pp. 147-180.

48. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, p. 290.

49. *Ibid*., p.292.

50. *Ibid*., p.292.

51. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 409-410; Milward, *The New Order and the French Economy*, pp. 293-294.

52. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 411-412.

53. *Ibid*., pp. 418-419; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, p. 298.

54. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 412-418.

55. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, pp. 304-309.

56. Franz Neumann, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism 1933-1944*, Nueva York, 1944 (1942), p. 293.

57. Harold James, *The Deutsche Bank and the Nazi Economic War against the Jews: The Expropriation of Jewish-Owned Property*, Cambridge, 2001, pp. 213-214.

58. Walter Naasner, *SS-Wirtschaft und SS-Verwaltung*, Düsseldorf, 1998, pp. 164-167; Michael Thad Allen, *The Business of Genocide: The SS, Slave Labor, and the Concentration Camps*, Chapel Hill, N.C., 2002, pp. 58-71 y 107-112.

59. Naasner, *Neue Machtzentren*, pp. 197-244; Georg Enno, *Die wirtschaftlichen Unternehmungen der SS*, Stuttgart, 1963, pp. 70-71 y 145.

60. Jan Erik Schulte, *Zwangsarbeit und Vernichtung: Das Wirtschaftsimperium der SS: Oswald Pohl und das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt 1933-1945*, Paderborn, 2001, pp. 440-441.

61. Berenice A. Carroll, *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, La Haya, 1968, p.233.

62. Paul Erker, *Industrie-Eliten in der NS-Zeit: Anpassungsbereitschaft und Eigeninteresse von Unternehmen in der Rüstungs- und Kriegswirtschaft 1936-1945*, Passau, 1993, pp. 73-75.

63. Johannes Bähr, *Die Dresdner Bank in der Wirtschaft des Dritten Reichs*, Múnich, 2006, pp. 477-570.

64. Peter Hayes, *From Cooperation to Complicity: Degussa in the Third Reich*, Cambridge, 2004, pp. 190-191.

65. Véase Jonathan Steinberg, *The Deutsche Bank and its Gold Transactions during the Second World War*, Múnich, 1999.

66. Erna Spiewack, entrevista televisiva en 1998, citado en Hayes, *From Cooperation to Complicity*, p.193.

67. Overy, «Rationalization», p. 368.

68. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 567-569.

69. Peter W. Becker, «Fritz Sauckel: Plenipotentiary for the Mobilisation of Labour», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, pp. 194-201.

70. *Ibid*.; también Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 161-163; Edward L. Homze, *Foreign Labor in Nazi Germany*, Princeton, N.J., 1967, pp. 111-153; Hans Pfahlmann, *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene in der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945*, Darmstadt, 1968, pp. 16-22.

71. Véase en general Ela Hornung *et al*., «Zwangsarbeit in der Landwirtschaft», *DRZW*, vol. IX/II, pp. 577-666.

72. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 84-89; Christa Tholander, *Fremdarbeiter 1939 bis 1945: Ausländische Arbeitskräfte in der Zeppelin-Stadt Friedrichshafen*, Essen, 2001, pp. 34-104.

73. Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 35-88, ofrece una explicación detallada país por país del reclutamiento; véase también Pfahlmann, *Fremdarbeiter*, pp. 82-103 y 176-192 para los prisioneros de guerra.

74. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 95-111; véase también el reciente estudio de Oliver Rathkolb, «Zwangsarbeit in der Industrie», *DRZW*, vol. IX/II, pp. 667-728.

75. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 137-149.

76. *Ibid*., p.157.

77. Ibid, pp. 193-194; también Pfahlmann, *Fremdarbeiter*, pp. 44-65.

78. Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, pp. 238-239.

79. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 513-514.

80. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 273-278; Homze, *Foreign Labor*, pp. 177-203; Richard Vinen, *The Unfree French: Life under the Occupation*, Londres, 2006, pp. 183-214 (para los prisioneros de guerra), y 247-312 (para el servicio de trabajo); Pfahlmann, *Fremdarbeiter*, pp. 31-44.

81. Citado en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, p.279.

82. *Ibid*., pp. 278-282 y 297-298.

83. Tooze, *The Wages of Destruction*, p.519.

84. Bernard Bellon, *Mercedes in Peace and War: German Automobile Workers, 1903-1945*, Nueva York, 1990, pp. 250-251.

85. Citado en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 209-211; véase también *ibid*., pp. 211-217, y Bellon, *Mercedes*, p.251; más en general, véase Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 116-144; Pfahlmann, *Fremdarbeiter*, pp. 193-217; Marcus Meyer, *«...uns 100 Zivilausländer umgehend zu beschaffen»: Zwangsarbeit bei den Bremer Stadtwerken 1939-1945*, Bremen, 2002; Mark Spoerer, «Die soziale Differenzierung der ausländischen Zivilarbeiter, Kriegsgefangenen und Häftlinge im Deutschen Reich», *DRZW*, vol. IX/II, pp. 485-576, en las pp. 515-532.

86. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 217-222; Andreas Heusler, *Ausländereinsatz: Zwangsarbeit für die Münchner Kriegswirtschaft 1939-1945*, Múnich, 1996, pp. 212-222; Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 199-200; Eginhard Scharf, *«Man machte mit uns, was man wollte»: Ausländische Zwangsarbeiter in Ludwigshafen am Rhein 1939-1945*, Hamburgo, 2004, pp. 56-73; y Valentina Maria Stefanski, *Zwangsarbeit in Leverkusen: Polnische Jugendliche im I. G. Farbenwerk*, Osnabrück, 2000, pp. 333-349; Katharina Hoffmann, *Zwangsarbeit und ihre gesellschaftliche Akzeptanz in Oldenburg 1939-1945*, Oldenburg, 2001, pp. 96-161 y 216-224; en general, Spoerer, «Die soziale Differenzierung», pp. 562-565.

87. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 268-269; Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 200-205; Scharf, *«Man machte»*, pp. 237-242.

88. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VII, pp. 100-103 (febrero de 1940).

89. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 686-687.

90. Jill Stephenson, *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis*, Londres, 2006, pp. 281-285.

91. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 116-136. Heusler, *Ausländereinsatz*, pp. 387-417, da una explicación detallada de los contactos sociales y sexuales con la población alemana en Múnich. Para el castigo a los trabajadores extranjeros, véase también Scharf, *«Man machte»*, pp. 246-250.

92. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 69-94.

93. Para los prisioneros de guerra soviéticos en la factoría Volkswagen, véase Hans Mommsen y Manfred Grieger, *Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1996, pp. 544-565.

94. Citado en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, p.149.

95. *Ibid*., pp. 149-167; Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 200-205.

96. Citado en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, p.171.

97. Tholander, *Fremdarbeiter*, pp. 312-337 y 365-369.

98. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 176-180; Heusler, *Ausländereinsatz*, pp. 172-222; Mommsen y Grieger, *Das Volkswagenwerk*, pp. 566-598.

99. Citado en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, p.192.

100. *Ibid*., pp. 182-192; Spoerer, *Zwangsarbeit*, p.33 y 90-115.

101. Solmitz, *Tagebuch* (7 de marzo de 1943).

102. *Ibid*., p.840 (4 de agosto de 1943).

103. Rolf Keller, «"Die kamen in Scharen hier an, die Gefangenen": Sowjetische Kriegsgefangene, Wehrmachtsoldaten und deutsche Bevölkerung in Norddeutschland 1941/42», en Detlef Garbe (ed.), *Rassismus in Deutschland*, Bremen, 1994, pp. 35-53; Hoffmann, *Zwangsarbeit*, p.315.

104. Solmitz, *Tagebuch*, p.858 (2 de septiembre de 1943) y 883 (29 de diciembre de 1943, Nachtrag).

105. Richard J. Overy, «Guns or Butter? Living Standards, Finance, and Labour in Germany, 1939-1942», en *idem*, *War and Economy in the Third Reich*, pp. 259-314, en las pp. 303-304; Tilla Siegel, *Leistung und Lohn in der nationalsozialistischen «Ordnung der Arbeit»*, Opladen, 1989, pp. 161-173; y Leila J. Rupp, *Mobilizing Women for War: German and American Propaganda 1939-1945*, Princeton, N.J., 1978, pp. 185-186.

106. Overy, «Guns or Butter?», pp. 307-311.

107. Matthew Stibbe, *Women in the Third Reich*, Londres, 2003, pp. 9196; Tim Mason, *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»*, Oxford, 1995, pp. 19-40; Overy, «Guns or Butter?», pp. 309-310.

108. Citado en Rupp, *Mobilizing Women*, p.115.

109. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 517-520.

110. Citado en Rupp, *Mobilizing Women*, p.122; para los detalles arriba mencionados, *ibid*., pp. 115-116; también Dörte Winkler, «Frauenarbeit versus Frauenideologie: Probleme der weiblichen Erwerbstätigkeit in Deutschland, 1930-1945», *Archiv für Sozialgeschichte*, 17 (1977), pp. 99-126; e *idem*, *Frauenarbeit im «Dritten Reich»*, Hamburgo, 1977; también Annemarie Tröger, «Die Frau im wesensgemässen Einsatz», en Frauengruppe Faschismusforschung (ed.), *Mutterkreuz und Arbeitsbuch: Zur Geschichte der Frauen in der Weimarer Republik und im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1981, pp. 246-272.

111. Ése es el argumento general de Rupp, *Mobilizing Women*.

112. *Ibid*., p.185, y Winkler, «Frauenarbeit», p. 126.

113. Stibbe, *Women*, pp. 94-95.

114. Citado en Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, p.189.

115. *Ibid*., pp. 187-189.

116. Citado en *ibid*., p.307.

117. Stefanski, *Zwangsarbeit*, p.339.

118. *Ibid*., pp. 268-269; Stibbe, *Women*, pp. 101-102; Klaus-Georg Siegfried, *Das Leben der Zwangsarbeiter im Volkswagenwerk 1939-1945*, Frankfurt, 1988, pp. 235-255; Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 205-209.

119. Peter Hayes, *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1987, pp. 349-356. Sobre el caucho sintético, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 362-363 y 375.

120. Hayes, *Industry and Ideology*, pp. 358-367; Bernd C. Wagner, *IGAuschwitz: Zwangsarbeit und Vernichtung von Häftlingen des Lagers Monowitz 1941-1945*, Múnich, 2000, pp. 37-90.

121. Martin Broszat, «The Concentration Camps 1933-1945», en Helmut Krausnick *et al*., *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968, pp. 460-471; cifras corregidas en Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, Londres, 2004, p.395; Hermann Kaienburg, «KZ-Haft und Wirtschaftsinteresse: Das Wirtschaftsverwaltungshauptamt der SS als Leitungszentrale der Konzentrationslager und der SS-Wirtschaft», en *idem* (ed.), *Konzentrationslager und deutsche Wirtschaft 1939-1945*, Opladen, 1996, pp. 29-60.

122. Citado en Broszat, «The Concentration Camps», p. 497.

123. *Ibid*., p.498, y más en general, pp. 473-498.

124. *Ibid*., pp. 503-504; Jan Erik Schulte, «Das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt und die Expansion des KZ-Systems», en Wolfgang Benz y Barbara Distel (eds.), *Der Ort des Terrors: Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager* (6 vols.), Múnich, 2005-2007, vol. I, pp. 141-155; Hermann Kaienburg, «Zwangsarbeit: KZ und Wirtschaft im Zweiten Weltkrieg», en *ibid*., pp. 179-194.

125. «Auschwitz», en *ibid*., vol. V, pp. 79-173.

126. Schulte, *Zwangsarbeit*, pp. 441-445.

127. Jan Erik Schulte, «Zwangsarbeit für die SS: Juden in der Ostindustrie GmbH», en Frei *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 43-74.

128. Manfred Grieger, «Unternehmen und KZ-Arbeit: Das Beispiel der Volkswagenwerk GmbH», en Kaienburg (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 77-94; Mommsen y Grieger, *Das Volkswagenwerk*, pp. 516-543, 566-598 y 740-799; Christian Jansen y Arno Weckbecker, «Zwangsarbeitfür das Volkswagenwerk: Häftlingsalltag auf dem Laagberg bei Wolfsburg», en Frei *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 75-108.

129. Ludwig Eiber, «Das KZ-Aussenlager Blohm und Voss im Hamburger Hafen», en Kaienburg (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 227-238.

130. Neil Gregor, *Daimler-Benz in the Third Reich*, Londres, 1998, pp. 194-196; Birgit Weitz, «Der Einsatz von KZ-Häftlingen und jüdischen Zwangsarbeitern bei der Daimler-Benz AG (1941-1945): Ein Überblick», en Kaienburg (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 169-195, esp. p. 190. Hay muchos estudios locales, incluyendo, por ejemplo, Annette Wienecke, *«Besondere Vorkommnisse nicht bekannt»: Zwangsarbeit in unterirdischen Rüstungsbetrieben: Wie ein Heidedorf kriegswichtig wurde*, Bonn, 1996; y Wilhelm J. Waibel, *Schatten am Hohentwiel: Zwangsarbeiter und Kriegsgefangene in Singen*, Constanza, 1997 (1995), con entrevistas de ex trabajadores.

131. Broszat, «The Concentration Camps», pp. 501-502.

132. Citado en *ibid*., p.502.

133. *Ibid*., pp. 497-499. Véase también Lutz Budrass y Manfred Grieger, «Die Moral der Effizienz: Die Beschäftigung von KZ-Häftlingen am Beispiel des Volkswagenwerks und der Henschel Flugzeug-Werke», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1993, pp. 89-136.

134. Wagner, *IG-Auschwitz*, pp. 204 y 291; Rainer Fröbe, «Der Arbeitseinsatz von KZ-Häftlingen und die Perspektive der Industrie, 1943-1945», en Ulrich Herbert (ed.), *Europa und der «Reichseinsatz»: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und KZ-Häftlinge in Deutschland 1938-1945*, Essen, 1991, pp. 351-383; Jaskot, *The Architecture of Oppression*, pp. 37-38.

135. Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 183-190.

136. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 445-446; Hayes, *Industry and Ideology*, pp. 361-365.

137. Hayes, *From Cooperation to Complicity*, pp. 26-71; Heusler, *Ausländereinsatz*, p.421; Spoerer, *Zwangsarbeit*, p.186.

138. *Ibid*., pp. 221-222.

139. Una idea formulada en primera instancia por Carroll, *Design for Total War*, pp. 245-247.

140. Para una explicación de la policracia anterior a Speer, véase Müller, «The Mobilization», pp. 448-456 y 630-638; también subrayada por Herbst, *Der totale Krieg*, pp. 111-117; sobre la rivalidad interinstitucional continuada en la etapa de Speer, véase Carroll, *Design for Total War*, pp. 245-647; sobre la rivalidad entre Speer y el Ministerio de Economía del Reich, véase Herbst, *Der totale Krieg*, pp. 267-275.

141. Aly, *Hitler's Beneficiaries*, pp. 75-179 y 324-325; también Michael Wildt, «Alys Volksstaat: Hybris und Simplizität einer Wissenschaft», *Sozial.Geschichte*, 20 (2005), pp. 91-97, con nuevas referencias. Para una valoración positiva de la contribución de la mano de obra extranjera, véase Pfahlmann, *Fremdarbeiter*, pp. 226-235.

142. Harrison (ed.), *The Economics of World War II*, pp. 10-11.

143. Naasner, *Neue Machtzentren*, pp. 469-473. Para la idea de «dirección de la crisis» en Alemania durante la guerra, véase Rolf-Dieter Müller, *Der Manager der Kriegswirtschaft: Hans Kehrl: Ein Unternehmer in der Politik des «Dritten Reiches»*, Essen, 1999, esp. pp. 101-103.

144. Speer, *Inside the Third Reich*, p.446; sobre Sauckel en ese período, véase Homze, *Foreign Labor*, pp. 233-239.

145. Milward, *The Fascist Economy in Norway*, p.279.

146. Hans Umbreit, «Auf dem Weg zur Kontinentalherrschaft», *DRZW*, V/I, pp. 3-345.

147. *Ibid*., pp. 3-165 («Stadien der territorialen "Neuordnung" in Europa» and «Die vorgezogene "Neuordnung"»). Para una buena explicación general, véase Mazower, *Hitler's Empire*.

148. Para un estudio detallado y cuidadoso de las muchas maneras diferentes y a menudo creativas en que la gente de un territorio, el valle del Loira en Francia, hizo frente a la ocupación alemana, véase Robert Gildea, *Marianne in Chains: In Search of the German Occupation 1940-1945*, Londres, 2002.

149. Citado en Vinen, *The Unfree French*, p.53.

150. La mejor descripción reciente es Jackson, *France*; véase también Vinen, *The Unfree French*; Ian Ousby, *Occupation: The Ordeal of France 1940-1944*, Londres, 1997; y el estudio clásico y pionero de Robert O. Paxton, *Vichy France: Old Guard and New Order, 1940-1944*, Londres, 1972.

151. Michael R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Nueva York, 1981, pp. 23-72; Paula Hyman, *From Dreyfus to Vichy: The Remaking of French Jewry, 1906-1939*, Nueva York, 1979, y Pierre Birnbaum, *Anti-semitism in France: A Political History from Léon Blum to the Present*, Oxford, 1992 (1988).

152. Marrus y Paxton, *Vichy France*, pp. 177-314.

153. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 109-116; Longerich, *Politik*, p.435. En cuanto a los campos, véase Regina M. Delacor, «From Potential Friends to Potential Enemies: The Internment of "Hostile Foreigners" in France at the Beginning of the Second World War», *Journal of Contemporary History*, 35 (2000), pp. 361-368; más en general, sobre la zona ocupada, Philippe Burrin, *France under the Germans: Collaboration and Compromise*, Nueva York, 1996.

154. David Carroll, *French Literary Fascism: Nationalism, Anti-Semitism, and the Ideology of Culture*, Princeton, N.J., 1995.

155. Anne Grynberg, *Les Camps de la honte : Les internes juifs des camps français, 1939-1944*, París, 1991; Marrus y Paxton, *Vichy France*, pp. 121-176; Renée Poznanski, *Jews in France during World War II*, Hanover, 2001 (1994), pp. 42-55.

156. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 169-178.

157. Longerich, *Politik*, p.435.

158. Ahrlich Meyer, *Täter im Verhör: Die Endlösung der Judenfrage in Frankreich 1940-1944*, Darmstadt, 2005, y Barbara Lambauer, «Opportunistischer Antisemitismus: Der deutsche Botschafter Otto Abetz und die Judenverfolgung in Frankreich», V*f*Z, 53 (2005), pp. 241-273.

159. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 157-178; sobre el trasfondo y el marcado antisemitismo de Dannecker, véase Claudia Steur, *Theodor Dannecker: Ein Funktionär der «Endlösung»*, Essen, 1997, pp. 14-91; sobre las leyes raciales y su aplicación en Francia, véase Susan Zuccotti, *The Holocaust, the French, and the Jews*, Nueva York, 1993, pp. 51-64 (también pp. 65-80 para los campos). Más en general, véase también la explicación en Jackson, *France*, pp. 354-384.

160. Longerich, *Politik*, pp. 434-440.

161. Gerald Schwab, *The Day the Holocaust Began: The Odyssey of Herschel Grynszpan*, Nueva York, 1990.

162. Jacques Adler, *The Jews of Paris and the Final Solution: Communal Responses and Internal Conflicts, 1940-1944*, Nueva York, 1987.

163. Marrus y Paxton, *Vichy France*, pp. 281-340; véase también Carmen Callil, *Bad Faith: A Forgotten History of Family and Fatherland*, Londres, 2007.

164. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.377.

165. Poznanski, *Jews in France*, pp. 237-250.

166. *Ibid*., pp. 303-355; Marrus y Paxton, *Vichy France*, pp. 250-255; Zuccotti, *The Holocaust*, pp. 103-117; Asher Cohen, *Persécutions et sauvetages : Juifs et Français sous l'Occupation et sous Vichy*, París, 1993, pp. 269-277.

167. Richard I. Cohen, *The Burden of Conscience: French Jewish Leadership during the Holocaust*, Bloomington, Ind., 1987; Cohen, *Persécutions*, pp. 125-190.

168. Michèle Cointet, *L'Église sous Vichy, 1940-1945: La répentance en question*, París, 1998.

169. Jackson, *France*, pp. 221-224.

170. Witte *et al*. (eds.), *Der Dienstkalender*, p.637.

171. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 178-179.

172. Cohen, *Persécutions*, pp. 191-240, analiza la opinión pública cambiante en Francia; véase también Jackson, *France*, pp. 233-235.

173. Cohen, *Persécutions*, p.496.

174. Jackson, *France*, pp. 213-235 y 389-426.

175. Martin Conway, *Collaboration in Belgium: Léon Degrelle and the Rexist Movement 1940-1944*, Londres, 1993, pp. 22-27 y 286-289.

176. Werner Warmbrunn, *The Dutch under German Occupation, 1940-1945*, Londres, 1963, pp. 24-25, 32-34 y 261-265; Gerhard Hirschfeld, *Nazi Rule and Dutch Collaboration: The Netherlands under German Occupation, 1940-1945*, Oxford, 1988 (1984), pp. 5-6. Konrad Kwiet, *Reichskommissariat Niederlande: Versuch und Scheitern nationalsozialistischer Neuordnung*, Stuttgart, 1968, sostiene que la colaboración con el sector dominante burgués fue menos exitosa.

177. Bob Moore, *Victims and Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands, 1940-1945*, Londres, 1997, pp. 19-90.

178. Moore, *Victims and Survivors*, pp. 146-189; Anne Frank, *The Diary of a Young Girl*, Nueva York, 1995.

179. Moore, *Victims and Survivors*, pp. 91-115 y 195-206; Louis de Jong, «The Netherlands and Auschwitz», *Yad Vashem Studies*, 7 (1968), pp. 39-55; Gerhard Hirschfeld, «Niederlande», en Wolfgang Benz (ed.), *Dimension des Völkermords: Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus*, Múnich, 1991, pp. 137-163.

180. Moore, *Victims and Survivors*, pp. 102-104.

181. *Ibid*., pp. 125-126.

182. Dan Michman (ed.), *Belgium and the Holocaust: Jews, Belgians, Germans*, Jerusalén, 1998.

183. Moore, *Victims and Survivors*, pp. 2 y 255; Maxime Steinberg, *La Persécution des Juifs en Belgique (1940-1945)*, Bruselas, 2004, pp. 77-108 (para las medidas económicas) y 157-191 (para el rol de la policía).

184. William B. Cohen y Jörgen Svensson, «Finland and the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, 9 (1995), pp. 70-92; Longerich, *Politik*, p.520.

185. *Ibid*., pp. 531-532.

186. Paul A. Levine, *From Indifference to Activism: Swedish Diplomacy and the Holocaust, 1938-1944*, Uppsala, 1998; Friedländer, *The Years of Extermination*, p.449 y 454.

187. Jozef Lewandowski, «Early Swedish Information about the Nazis' Mass Murder of the Jews», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 13 (2000), pp. 113-127; Steven Kublik, *The Stones Cry Out: Sweden's Response to the Persecution of the Jews, 1933-1945*, Nueva York, 1988.

188. Ulrich Herbert, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989*, Bonn, 1996, pp. 323-341.

189. Longerich, *Politik*, pp. 555-558; Herbert, *Best*, pp. 360-373; Leni Yahil, *The Rescue of Danish Jewry: Test of a Democracy*, Filadelfia, Pa., 1969, pp. 233-284; y Levine, *From Indifference to Activism*, pp. 229-245. Véase también la controversia entre Gunnar S. Paulsson, «The Bridge over the Øresund: The Historiography on the Expulsion of the Jews from Nazioccupied Denmark», en David Cesarani (ed.), *Holocaust: Critical Concepts in Historical Studies*, Londres, 2004, vol. V, pp. 99-127, y Hans Kirchhoff, «Denmark: A Light in the Darkness of the Holocaust? A Reply to Gunnar S. Paulsson», *ibid*., pp. 128-139.

190. Citado en Longerich, *Politik*, p.558.

191. Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.352.

192. Longerich, *Politik*, pp. 558-560.

193. Mark Mazower, *Salonica: City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews 1430-1950*, Londres, 2004, pp. 421-442; Longerich, *Politik*, pp. 526-527, 546-547 y 561-562.

194. Götz Aly, «Die Deportation der Juden von Rhodos nach Auschwitz», *Mittelweg*, 36 (2003), pp. 79-88.

195. Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 205-225.

196. Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten*, vol. II, p. 494; sobre la intervención vaticana en Rumanía, véase Theodore Lavi, «The Vatican's Endeavors on Behalf of Romanian Jewry during the Second World War», *Yad Vashem Studies*, 5 (1963), pp. 405-418.

197. Tzvetan Todorov, *The Fragility of Goodness: Why Bulgaria's Jews Survived the Holocaust*, Londres, 1999; más en general, Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 456 y 485 (citando a Ribbentrop); Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 198-204; Crampton, *Bulgaria*, pp. 264-266; Stephane Groueff, *Crown of Thorns: The Reign of King Boris III of Bulgaria, 1918-1943*, Lanham, Md., 1987, pp. 316-331; y Frederick B. Chary, *The Bulgarian Jews and the Final Solution, 1940-1944*, Pittsburgh, Pa., 1972.

198. Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten*, vol. II, p. 256.

199. Longerich, *Politik*, pp. 491-492 y 563-565.

200. Livia Rothkirchen, «The Situation of the Jews in Slovakia between 1939 and 1945», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung*, 7 (1998), pp. 46-70; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 372-374 y 485-486 (cita en pp. 373-374).

201. *Ibid*., 669; Rothkirchen, «The Situation of the Jews»; John F. Morley, *Vatican Diplomacy and the Jews during the Holocaust, 1939-1945*, Nueva York, 1980.

202. Marrus y Paxton, *Vichy France*, pp. 215-280.

203. Ahlrich Meyer, *Die deutsche Besatzung in Frankreich 1940-1944: Widerstandbekämpfung und Judenverfolgung*, Darmstadt, 2000, pp. 149-168.

204. Bob Moore, «Comparing Resistance and Resistance Movements», en *idem* (ed.), *Resistance in Western Europe*, Oxford, 2000, pp. 249-262.

205. Para Grecia, véase Mazower, *Inside Hitler's Greece*, esp. pp. 265-354.

206. Klukowski, *Diary*, p.197 (17 de mayo de 1942).

207. *Ibid*., pp. 229-231 (7-14 de diciembre de 1942).

208. *Ibid*., pp. 235-237 (1-16 de enero de 1943), 282 (29 de septiembre de 1943), 286 (19 de octubre de 1943).

209. *Ibid*., pp. 155-156 (12 de junio de 1941), 159 (21 de junio de 1941); Gross, *Polish Society*, pp. 213-291.

210. Klukowski, *Diary*, pp. 244-245 (22-25 de febrero de 1943).

211. *Ibid*., pp. 299 (5 de febrero de 1944), 305 (2 de marzo de 1944).

212. Borodziej, *Terror und Politik*, pp. 162-209.

213. Citado en Hans Umbreit, «Das unbewältigte Problem: Der Partisanenkrieg im Rücken der Ostfront», en Jürgen Förster (ed.), *Stalingrad: Ereignis: Wirkung und Symbol*, Múnich, 1992, pp. 130-149, en las pp. 142-143.

214. Peter Klein, «Zwischen den Fronten: Die Zivilbevölkerung Weissrusslands und der Krieg der Wehrmacht gegen die Partisanen», en Quinkert (ed.), *«Wir sind die Herren dieses Landes»*, pp. 82-103.

215. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.250.

216. Klukowski, *Diary*, pp. 223-226 (4-20 de noviembre de 1942).

217. *Ibid*., p.227 (26 de noviembre de 1942).

218. Dina Porat, «The Vilna Proclamation of January 1, 1942, in Historical Perspective», *Yad Vashem Studies*, 25 (1996), pp. 99-136.

219. Nechama Tec, *Ich wollte retten: Die unglaubliche Geschichte der Bielski-Partisanen 1942-1944*, Berlín, 2002.

220. Sven Erichson (ed.), *Abschied ist immer: Briefe an den Bruder im Zweiten Weltkrieg*, Frankfurt, 1994, p.78; más en general, Weinberg, *A World at Arms*, pp. 408-417.

221. David M. Glantz y Jonathan M. House, *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler*, Lawrence, Kans., 1995, pp. 98-107.

222. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.445 (15 de junio de 1942).

223. Elmshäuser y Lokers (eds.), *«Man muss hier nur hart sein»*, p.181 (carta a Frieda, 20 de julio de 1942).

224. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 296-298 y 412; Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 118-148; Glantz y House, *When Titans Clashed*, pp. 105-119; Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, p.470 (13-15 de julio de 1942).

225. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 526-528.

226. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III p. 489 (23 de julio de 1942).

227. Speer, *Inside the Third Reich*, p.332.

228. Bellamy, *Absolute War*, pp. 351-408; David Glantz, *The Siege of Leningrad 1941-1944: 900 Days of Terror*, Londres, 2004; Harrison E. Salisbury, *The 900 Days: The Siege of Leningrad*, Londres, 1969.

229. Citado en Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 531-532.

230. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, p.159 (9 de abril de 1942).

231. Erichson, *Abschied*, p.27 (carta a un hermano, 28 de julio de 1942).

232. *Ibid*., p.77 (carta del 18 de agosto de 1942).

233. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 513 (30 de agosto de 1942).

234. *Ibid*., p.517 (4 de septiembre de 1942) y 528 (24 de septiembre de 1942).

235. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 408-417 y 420-428; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 531-534; Bernd Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum: Deutschlands Kriegführung zwischen Moskau und Stalingrad», en Förster (ed.), *Stalingrad*, pp. 17-38; Bernd Wegner, «The War against the Soviet Union, 1942-1943», *GSWW*, vol. VI, pp. 843-1.203, en las pp. 843-1.058.

236. Heinrich von Einsiedel, *The Shadow of Stalingrad: Being the Diary of a Temptation*, Londres, 1953, pp. 7-8 (24 de agosto de 1942).

237. *Ibid*., pp. 8-9.

238. *Ibid*.; Antony Beevor, *Stalingrad*, Londres, 1998, pp. 92-95.

239. *Ibid*., pp. 102-131.

240. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 514 (31 de agosto de 1942).

241. Reddemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat*, p.631 (a Agnes, 3 de octubre de 1942).

242. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 536-538.

243. Beevor, *Stalingrad*, pp. 127-133 y 166-177.

244. Beevor, *Stalingrad*, pp. 291-310.

245. Jens Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad: November 1942 bis Januar 1943*, Múnich, 2006 (2000). Véase también Katrin A. Kilian, «Kriegsstimmungen: Emotionen einfacher Soldaten in Feldpostbriefen», *DRZW*, vol. IX/II, pp. 251-288, para el declive de la moral y la esperanza de que acabara la guerra, como se expresa en las cartas de los soldados.

246. Beevor, *Stalingrad*, pp. 189-235.

247. *Ibid*., pp. 236-265; véase también Mawdsley, *Thunder in the East*, pp. 159-173, y Bellamy, *Absolute War*, pp. 497-453.

248. Beevor, *Stalingrad*, pp. 266-290.

249. Speer, *Inside the Third Reich*, p.343.

250. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe*, p.81.

251. Beevor, *Stalingrad*, pp. 333-336.

252. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe*, p.170.

253. Beevor, *Stalingrad*, pp. 311-330.

254. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe*, p.216; más en general, *ibid*., pp. 186-222.

255. *Ibid*., p.163.

256. *Ibid*., p.49.

257. *Ibid*., pp. 27 y 29; el pie de foto de la ilustración en la p. 307, afirmando que las tropas no estaban adecuadamente equipadas para el invierno, queda desmentido por las numerosas menciones en sentido contrario en las cartas (pp. 43, 159, 176 y 205).

258. *Ibid*., pp. 16, 38, 180, 236 y 262.

259. Anatoly Golovchansky *et al*. (eds.), *«Ich will raus aus diesem Wahnsinn»: Deutsche Briefe von der Ostfront 1941-1945*, Wuppertal, 1991, p.164 (31 de diciembre de 1942).

260. Groscurth, *Tagebücher*, p.532.

261. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe*, p.242.

262. Golovchansky *et al*. (eds.), *«Ich will raus»*, p.205 (10 de enero de 1943).

263. *Ibid*., p.202 (10 de enero de 1943).

264. *Ibid*., p.223 (15 de enero de 1943).

265. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe*, pp. 304 y 316; igualmente en pp. 270, 274, 281, 296 y 305.

266. Rolf Dieter Müller, «"Was wir an Hunger ausstehen müssen, könnt Ihr Euch gar nicht denken": Eine Armee verhungert», en Wolfram Wette y Gerd R. Ueberschär (eds.), *Stalingrad: Mythos und Wirklichkeit einer Schlacht*, Frankfurt, 1992, pp. 131-145; Beevor, *Stalingrad*, pp. 335-338.

267. Ebert (ed.), *Feldpostbriefe*, p.209; igualmente en pp. 124, 143, 161 y 186.

268. *Ibid*., p.306.

269. *Ibid*., p.318 y 322-324.

270. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XII, p. 4.698 (18 de enero de 1943).

271. Beevor, *Stalingrad*, pp. 352-373.

272. Citado en Ebert (ed.), *Feldpostbriefe*, pp. 341-342.

**273.** Citado en *ibid*., p.343.

274. *Ibid*., pp. 342-344.

275. Beevor, *Stalingrad*, pp. 374-431; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 543-557; Groscurth, *Tagebücher*, p.95; para una explicación detallada, véase Wegner, «The War against the Soviet Union», *GSWW*, vol. VI, pp. 1.058-1.072.

276. Karl-Heinz Frieser, *Krieg hinter Stacheldraht: Die deutschen Kriegsgefangenen in der Sowjetunion und das Nationalkomitee «Freies Deutschland»*, Mainz, 1981, pp. 55, 144-182, 188-189 y 193-195; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 550-551.

277. Walb, *Ich, die Alte*, p.260 (3 de febrero de 1943).

278. Wolfram Wette, «Das Massensterben als "Heldenepos": Stalingrad in der NS-Propaganda», en Wette y Ueberschär (eds.), *Stalingrad*, pp. 43-60; Heinz Boberach, «Stimmungsumschwung in der deutschen Bevölkerung», en *ibid*., pp. 61-66; Bernhard R. Kroener, «"Nun Volk, steh auf...!" Stalingrad und der "totale" Krieg 1942-1943», en Förster (ed.), *Stalingrad*, pp. 151-170; Marlis Steinert, «Stalingrad und die deutsche Gesellschaft», en *ibid*., pp. 171-188.

279. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XII, pp. 4.750-4.751 (4 de febrero de 1943) (cursiva en el original).

280. *Ibid*.

281. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 633 (Bericht der SD-Hauptaussenstelle Würzburg, 1 de febrero de 1943).

282. *Ibid*. (Bericht der SD-Aussenstelle Friedberg, 8 de febrero de 1943).

283. *Ibid*., pp. 164-165 (Monatsbericht des Landrats, 2 de febrero de 1943).

284. Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.284.

285. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 633 (Bericht der SD-Hauptaussenstelle Würzburg, 1 de febrero de 1943).

286. Klemperer, *To the Bitter End*, pp. 189-192 (5 y 14 de febrero de 1943).

287. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 170 (Monatsbericht der Gendarmerie-Station Muggendorf, 19 de marzo de 1943).

288. *Ibid*., p.170 (Monatsbericht der Gendarmerie-Station Waischenfeld, 19 de marzo de 1943).

289. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIII, 5.146 (19 de abril de 1943).

290. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 548.

291. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIV, p. 5.445 (8 de julio de 1943) (en cursiva en el original).

292. *Ibid*., p.5.446 (cursiva en el original); también Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.294 (marzo de 1943).

293. *Ibid*., p.5.447 (cursiva en el original).

294. Willi A. Boelcke (ed.), *«Wollt Ihr den totalen Krieg?» Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1943*, Múnich, 1969 (1967), p. 414.

295. La versión del discurso que aquí se reproduce, que difiere del texto publicado, fue registrada en directo por la BBC y se ha recogido de Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 490-494. Véase también Iring Fetscher, *Joseph Goebbels im Berliner Sportpalast 1943: «Wollt Ihr den totalen Krieg?»*, Hamburgo, 1998 (discurso reproducido en *ibid*., pp. 63-98); y Günter Moltmann, «Goebbels' Speech on Total War, February 18, 1943», en Hajo Holborn (ed.), *Republic to Reich: The Making of the Nazi Revolution: Ten Essays*, Nueva York, 1973 (1972), pp. 298-342.

296. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XII, p. 4.833 (22 de febrero de 1943); Moltmann, «Goebbels' Speech», p. 337 (para la «hipnotización de las masas»).

297. *Ibid*., pp. 309-316.

298. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 561-577.

299. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 238-240; Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIII, pp. 5.136-5.140 (1 de abril de 1943).

300. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XII, pp. 4.826-4.830 (18 de febrero de 1943).

301. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 353-356.

302. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 510-518.

303. *Ibid*.

304. Overy, «Guns or Butter?», pp. 284-286; Josef Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1964, p.374.

305. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. IX, pp. 3.504-3.505 (23 de marzo de 1942).

306. *Ibid*.

307. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 521 y 548.

308. Herbst, *Der totale Krieg*, pp. 171-241.

309. Overy, «Guns or Butter?», pp. 259-264 (p. 263 para la cita), criticando a Alan S. Milward, «Hitlers Konzept des Blitzkrieges», en Andreas Hillgruber (ed.), *Probleme des Zweiten Weltkrieges*, Colonia, 1967, pp. 19-40, y Burton H. Klein, *Germany's Economic Preparations for War*, Cambridge, Mass., 1959; véase también Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 322-336, 349-350 y 477-492.

310. Carroll, *Design for Total War*, p.190.

311. Overy, «Guns or Butter?», pp. 264-271.

312. *Ibid*., p.272; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 353-356; Aly, *Hitler's Beneficiaries*, pp. 295-300; Philipp Kratz, «Sparen für das kleine Glück», en Götz Aly (ed.), *Volkes Stimme: Skepsis und Führervertrauen im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 2006, pp. 59-79; Angelika Ebbinghaus, «Fakten oder Fiktionen: Wie ist Götz Aly zu seinen weitreichenden Schlussfolgerungen gekommen?», *Sozial.Geschichte*, 20 (2005), pp. 29-45, en p. 32; véase también Christoph Buchheim, «Die vielen Rechenfehler in der Abrechnung Götz Alys mit den Deutschen unter dem NS-Regime», *Sozial.Geschichte*, 20 (2005), pp. 67-76.

313. Mathilde Wolff-Mönckeberg, *On the Other Side: To My Children from Germany 1940-1945*, Londres, 1982 (1979), p. 96.

314. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVI, pp. 6.260-6.265 (cita en p. 6.262).

315. Overy, «Guns or Butter?», pp. 272-284.

316. *Ibid*., pp. 285-291.

317. Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.173.

318. Pöppel, *Heaven and Hell*, p.101.

319. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XII, p. 4.831 (22 de febrero de 1943) (cursiva en el original).

320. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 169 (Landrat Ebermannstadt, Monatsbericht, 2 de marzo de 1943).

321. *Ibid*., p.635 (Bericht der SD-Hauptaussenstelle Würzburg, 22 de febrero de 1943).

## 5. «EL PRINCIPIO DEL FIN»

1. «Aufsatz des Schülers Günter R. von der Dreikönigschule in Dresden, verfasst am 9. November 1934», nº 120, en Joachim S. Hohmann y Hermann Langer (eds.), *«Stolz, ein Deutscher zu sein...»: Nationales Selbstverständnis in Schulaufsätzen 1914-1945*, Frankfurt, 1995, pp. 227-228.

2. Ralf Blank, «Kriegsalltag und Luftkrieg an der "Heimatfront"», *DRZW*, vol. IX/I, pp. 357-468, en pp. 358 y 403-406.

3. UrsulaBüttner,«"Gomorrha" unddie Folgen: Der Bombenkrieg», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, Gotinga, 2005, pp. 613-632, en pp. 613-616; Horst Boog, «The Anglo-American Strategic Air War over Europe and German Air Defence», en *GSWW*, vol. VI, pp. 469-628, en pp. 478-491.

4. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 441-442 (9 de noviembre de 1940).

5. Boog, «The Strategic Air War», pp. 379-406.

6. Richard Overy, *Why the Allies Won*, Londres, 1995, pp. 101-104 (también para las citas); Boog, «The Anglo-American Strategic Air War», pp. 492-521.

7. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 572-577; Overy, *Why the Allies Won*, pp. 104-112; Calvocoressi y Wint, *Total War*, pp. 489-494; Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Múnich, 2002, pp. 63-85. Para una exposición de la doctrina de los bombardeos estratégicos, sus orígenes y su evolución, véase Boog, «The Anglo-American Strategic Air War», pp. 469-477.

8. *Ibid*., pp. 565-566 y 622-623.

9. Boog, «The Strategic Air War», pp. 367-368.

10. Boog, «The Anglo-American Strategic Air War», pp. 622-623.

11. Weinberg, *A World at Arms*, p.577; Overy, *Why the Allies Won*, pp. 109-110; Calvocoressi y Wint, *Total War*, p.494; Friedrich, *Der Brand*, pp. 86-87 y 179-190; Boog, «The Anglo-American Strategic Air War», pp. 558-566. Los Lancaster aún eran llamados los Manchester en aquel tiempo.

12. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. X, pp. 3.597-3.599 (9 de abril de 1942).

13. Solmitz, *Tagebuch*, p.765 (8 de septiembre de 1942).

14. *Ibid*., p.733 (26 de abril de 1942, 29 de abril de 1942).

15. Overy, *Why the Allies Won*, pp. 117-119; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 578-579; Calvocoressi y Wint, *Total War*, p.494; Boog, «The Anglo-American Strategic Air War», pp. 566-621.

16. Citado en Overy, *Why the Allies Won*, p.117; Boog, «The Strategic Air War», pp. 9-15; y véase también la historia clásica oficial de Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany 1939-1945* (4 vols.), Londres, 1961, vol. IV, pp. 273-283.

17. Overy, *Why the Allies Won*, pp. 114-122; Blank, «Kriegsalltag», pp. 366-368; Boog, «The Strategic Air War», pp. 22-29.

18. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. VII, p. 491 (7 de marzo de 1943).

19. Blank, «Kriegsalltag», pp. 369-370.

20. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 596-600.

21. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 389-393, citando la revista de su ministerio.

22. Martin Middlebrook, *The Battle of Hamburg: Allied Bomber Forces against a German City in 1943*, Londres, 1980, pp. 93-251; Boog, «The Strategic Air War», pp. 43-51.

23. Citado en Middlebrook, *The Battle of Hamburg*, pp. 264-265; *ibid*., pp. 252-281, para los detalles de la tormenta de fuego.

24. *Ibid*., pp. 266-267.

25. *Ibid*., pp. 282-327; Büttner, «"Gomorrha"», pp. 616-618; Friedrich, *Der Brand*, p.455; véase también Christian Hanke *et al*., *Hamburg im Bombenkrieg 1940-1945: Das Schicksal einer Stadt*, Hamburgo, 2001; y Renate Hauschild-Thiessen (ed.), *Die Hamburger Katastrophe vom Sommer 1943 in Augenzeugenberichten*, Hamburgo, 1991.

26. Wolff-Mönckeberg, *On the Other Side*, p.79.

27. *Ibid*., p.79; Büttner, «"Gomorrha"», pp. 620-622.

28. Solmitz, *Tagebuch*, p.840 y 851 (4 de agosto de 1943, 19 de agosto de 1943).

29. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.41.

30. *Ibid*., p.42.

31. *Ibid*., p.43.

32. Solmitz, *Tagebuch*, p.930 (21 de junio de 1944) y 943 (8 de agosto de 1944).

33. *Ibid*., p.943 (8 de agosto de 1944).

34. Wolff-Mönckeberg, *On the Other Side*, p.86.

35. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 5.583 (9 de agosto de 1943) (cursivas en el original).

36. *Ibid*., vol. XV, p. 5.562 y 5.575 (2 y 5 de agosto de 1943).

37. Joachim Szodrzynski, «Die "Heimatfront" zwischen Stalingrad und Kriegsende», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg*, pp. 633-686; para otras localidades, véase por ejemplo Wilfried Beer, *Kriegsalltag an der Heimatfront: Alliierter Luftkrieg und deutsche Gegenmassnahmen zur Abwehr und Schadenbegrenzung, dargestellt für den Raum Münster*, Bremen, 1990; Gerd R. Ueberschär, *Freiburg im Luftkrieg 1939-1945*, Friburgo, 1990; Gerhard E. Sollbach (ed.), *Dortmund: Bombenkrieg und Nachkriegsalltag 1939-1945*, Hagen, 1996; Birgit Horn, *Die Nacht, als der Feuertod vom Himmel stürzte - Leipzig, 4. Dezember 1943*, Gudensberg-Gleichen, 2003.

38. Erichson, *Abschied*, pp. 160-161 (carta a un hermano, 12 de agosto de 1943).

39. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIV, p. 5.356 (17 de junio de 1943).

40. Meike Wöhlert, *Der politische Witz in der NS-Zeit am Beispiel ausgesuchten SD-Berichte und Gestapo-Akten*, Frankfurt, 1997, p.50; Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIV, pp. 5.619-5.620 (16 de agosto de 1943).

41. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIV, p. 5.357.

42. *Ibid*.

43. Eva Gehrken, *Nationalsozialistische Erziehung in den Lagern der Erweiterten Kinderlandverschickung 1940 bis 1945*, Braunschweig, 1997, p. 16.

44. Gerhard Kock, «Die Erweiterte Kinderlandverschickung und der Konflikt mit den Kirchen», en Martin Rüther (ed.), *«Zu Hause könnten sie es nicht schöner haben!»: Kinderlandverschickung aus Köln und Umgebung 1941-1945*, Colonia, 2000, pp. 209-242.

45. Gerhard Kock, «Nur zum Schutz aufs Land gebracht? Die Kinderlandverschickung und ihre erziehungspolitischen Ziele», en *ibid*., pp. 1752; también Gehrken, *Nationalsozialistische Erziehung*, pp. 16 y 149, demostrando que los campos eran de hecho una institución del partido, en contraposición a los argumentos de Gerhard Dabel (ed.), *KLV: Die erweiterte Kinder-Land-Verschickung*, Friburgo, 1981.

46. Katja Klee, «"Nie wieder Aufnahme von Kindern" - Anspruch und Wirklichkeit der KLV in den Aufnahmegauen», en Rüther (ed.), *Zu Hause*, pp. 161-194; Stephenson, *Hitler's Home Front*, pp. 295-311.

47. Friedrich, *Der Brand*, pp. 455-467; véase también Olaf Gröhler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, Berlín, 1990.

48. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 6.033.

49. *Ibid*., pp. 6.025-6.028 (cita en p. 6.028).

50. *Ibid*., pp. 6.029-6.030.

51. *ibid*., p.6.030.

52. *Ibid*., p.6.031.

53. *Ibid*., p.6.032.

54. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/XIV, p. 409 (12 de diciembre de 1944); *ibid*., pp. 417-421, para lo mencionado; también Karl Christian Führer, «Anspruch und Realität: Das Scheitern der nationalsozialistischen Wohnungsbaupolitik 1933-1945», *VfZ*, 45 (1997), pp. 225-256.

55. Herwart Vorländer, *Die NSV: Darstellung und Dokumentation einer nationalsozialistischen Organisation*, Boppard, 1988, pp. 127-175; también Armin Nolzen, «"Sozialismus der Tat"? Die Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (NSV) und der alliierte Luftkrieg gegen das deutsche Reich», en Dietmar Süss (ed.), *Deutschland im Luftkrieg: Geschichte und Erinnerung*, Múnich, 2007, pp. 57-70.

56. Véase en general Nicole Krämer, «"Kämpfende Mütter" und "gefallene Heldinnen" - Frauen im Luftschutz», en Süss (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 85-98.

57. Blank, «Kriegsalltag», pp. 391-394; Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 562-565.

58. Blank, «Kriegsalltag», pp. 394-402 y 421-425. En las últimas fases de la guerra se construyó asimismo un extenso complejo de túneles y estancias en la ladera de la montaña del refugio bávaro de Hitler en el Obersalzberg.

59. Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.157.

60. Blank, «Kriegsalltag», pp. 407-416; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/XI, p. 42 (3 de enero de 1944).

61. Citado en Blank, «Kriegsalltag», pp. 407-408.

62. Citado en *ibid*., pp. 410-411; véase también Friedrich, *Der Brand*, pp. 371-406.

63. *Ibid*., pp. 406-434, y Bernhard Gotto, «Kommunale Krisenbewältigung», en Süss (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 41-56.

64. Citado en Friedrich, *Der Brand*, p.446.

65. Hans Wrobel (ed.), *Strafjustiz im totalen Krieg: Aus den Akten des Sondergerichts Bremen 1940 bis 1945*, Bremen, 1991, vol. I, pp. 168-171.

66. *Ibid*., pp. 190-192.

67. Ralph Angermund, *Deutsche Richterschaft 1919-1945*, Frankfurt, 1990, pp. 209-215.

68. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 396-398; Blank, «Kriegsalltag», p. 372.

69. Speer, *Inside the Third Reich*, p.395.

70. Blank, «Kriegsalltag», pp. 374-376.

71. Overy, *Why the Allies Won*, pp. 120-122; Boog, «The Strategic Air War», pp. 54-76.

72. Overy, *Why the Allies Won*, pp. 122-125; Boog, «The Strategic Air War», pp. 76-88, para una exposición de la crisis en la campaña de bombardeos en 1943; *ibid*., pp. 159-256, para las suertes cambiantes de las defensas aéreas alemanas.

73. Overy, *Why the Allies Won*, pp. 125-133 y 211.

74. Blank, «Kriegsalltag», pp. 459-460, examina de forma concisa los cálculos ampliamente diversos.

75. Anthony C. Grayling, *Among the Dead Cities: Was the Allied Bombing of Civilians in WWII a Necessity or a Crime*?, Londres, 2006, ordena eficazmente los argumentos morales que se oponen a la campaña de bombardeos. Véase también Lothar Kettenacker (ed.), *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-45*, Berlín, 2003.

76. Overy, *Why the Allies Won*, pp. 128-133.

77. Pöppel, *Heaven and Hell*, p.233.

78. Dietmar Süss, «Nationalsozialistische Deutungen des Luftkrieges», en *idem* (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 99-110.

79. *Ibid*., pp. 379-380.

80. *Ibid*., pp. 435-436.

81. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 5.575 (5 de agosto de 1943); también vol. XV, p. 5.885 (15 de octubre de 1943).

82. Blank, «Kriegsalltag», pp. 448-456. Véase también Friedrich, *Der Brand*, pp. 481-490, y Barbara Grimm, «Lynchmorde an alliierten Fliegern im Zweiten Weltkrieg», en Süss (ed.), *Deutschland im Luftkrieg*, pp. 71-84.

83. *Ibid*., vol. XVI, pp. 6.302-6.303 (7 de febrero de 1944) (cursiva en el original).

84. Dear (ed.), *The Oxford Companion to World War II*, pp. 748-749 y 992-994; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 211-215, 222-225 y 361-363; Stumpf, «The War in the Mediterranean Area», pp. 631-840.

85. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 585.

86. Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 401-402.

87. Basil H. Liddell Hart (ed.), *The Rommel Papers*, Londres, 1953, pp. 507-524.

88. Walb, *Ich, die Alte*, pp. 249 y 253 (14 y 29 de noviembre de 1942).

89. Crampton, *Bulgaria*, pp. 374-381; Miller, *Bulgaria*, pp. 135-148, examina cuidadosamente las numerosas teorías sobre la muerte de Boris y concluye que nadie tenía un interés evidente en que se produjera. Edward P. Thompson, *Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission: Bulgaria 1944*, Woodbridge, 1997, relata la muerte del hermano mayor del autor, Frank, en la guerra partisana.

90. Denis Mack Smith, *Modern Italy: A Political History*, Londres, 1997 (1959), pp. 404-412; Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 593.

91. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 593-596.

92. Smith, *Modern Italy*, pp. 412-414; *idem*, *Mussolini*, Londres, 1987 (1981), pp. 341-346.

93. Christopher Duggan, *The Force of Destiny: A History of Italy since 1796*, Londres, 2007, pp. 520-526; Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 5.755 (13 de septiembre de 1943); Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 593-598.

94. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVI, p. 6.304 (7 de febrero de 1944) (cursivas en el original).

95. Bosworth, *Mussolini's Italy*, pp. 503-505; Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 282-287; Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIV, pp. 5.724-5.725 (9 de septiembre de 1943), y vol. XV, p. 5.766 (13 de septiembre de 1943).

96. Luigi Cajani, «Die italienischen Militär-Internierten im nationalsozialistischen Deutschland», en Herbert (ed.), *Europa und der «Reichseinsatz»*, pp. 295-316, en la p.308; también Brunello Mantelli, «Von der Wanderarbeit zur Deportation: Die italienischen Arbeiter in Deutschland 1938-1945», en *ibid*., pp. 51-89; Ralf Lang, *Italienische «Fremdarbeiter» im nationalsozialistischen Deutschland 1937-1945*, Frankfurt, 1996, pp. 83-110; Spoerer, *Zwangsarbeit*, p.228.

97. Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 229-272 (cita en pp. 266-267).

98. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIV, p. 5.540-5.541 (29 de julio de 1943).

99. Smith, *Mussolini*, pp. 348-367.

100. *Ibid*.; Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 5.755 (13 de septiembre de 1943).

101. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 559-577; Longerich, *Politik*, pp. 553-554 y 560; Robert Katz, *The Battle for Rome: The Germans, the Allies, the Partisans, and the Pope, September 1943-June 1944*, Nueva York, 2003, pp. 61-85; *idem*, *Black Sabbath: A Journey through a Crime against Humanity*, Londres, 1969, pp. 3-104.

102. Véase Evans, *Telling Lies*, pp. 103-108; y Steur, *Theodor Dannecker*, pp. 113-128.

103. Meir Michaelis, *Mussolini and the Jews: German-Italian Relations and the Jewish Question in Italy, 1922-1945*, Oxford, 1978; Susan Zuccotti, *The Italians and the Holocaust: Persecution, Rescue and Survival*, Londres, 1987; Katz, *Black Sabbath*, pp. 105-292; Lilliana Picciotto Fargion, «Italien», en Wolfgang Benz (ed.), *Dimension des Völkermords: Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus*, Múnich, 1991, pp. 199-228; Jonathan Steinberg, *All or Nothing: The Axis and the Holocaust 1941-1943*, Londres, 1991; Susan Zuccotti, *Under His Very Windows: The Vatican and the Holocaust in Italy*, Londres, 2001.

104. Longerich, *Politik*, pp. 561-562.

105. *Ibid*., p.561.

106. Bosworth, *Mussolini's Italy*, pp. 498-530 (estadísticas en p. 522).

107. Primo Levi, *If This Is a Man*, Londres, 1957 (1948).

108. Frank Snowden, «Latina Province 1944-1950», *Journal of Contemporary History*, 43/3 (2008), pp. 509-526; Paul Weindling, *Epidemics and Genocide in Eastern Europe, 1890-1945*, Oxford, 2000, pp. 2-3, 76-79 y 376-378; Michael H. Kater, *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, N.C., 1989.

109. Snowden, «Latina Province».

110. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 367-369.

111. *Ibid*., pp. 64-73; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 338-339 y 397-399; Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 585; explicación detallada en Werner Rahn, «The War at Sea in the Atlantic and in the Arctic Ocean», *GSWW*, vol. VI, pp. 301-468.

112. Klaus von Trotha, «"Ran, Angreifen, Versenken!" Aus dem Tagebuch eines U-Boots Kapitäns», en Georg von Hase (ed.), *Die Kriegsmarine im Kampf um den Atlantik: Erlebnisberichte von Mitkämpfern*, Leipzig, 1942, pp. 40-69.

113. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen*, pp. 98-103 (31 de diciembre de 1940).

114. Michael-Salewski,*Diedeutsche Seekriegsleitung 1935-1945*, Frankfurt, 1970, vol. I, pp. 175-207.

115. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 367-382.

116. *Ibid*., pp. 235-237, 358 y 382.

117. *Ibid*., pp. 382-389.

118. Bernd Wegner, «Von Stalingrad nach Kursk», en *DRZW*, vol. VII, pp. 3-82, en pp. 3-8.

119. Helmut Blume, *Zum Kaukasus 1941-1942: Aus Tagebuch und Briefen eines jungen Artilleristen*, Tubinga, 1993, p.140 (carta a los padres, 2 de noviembre de 1942).

120. *Ibid*., p.141 (carta a los padres, 14 de noviembre de 1942).

121. Wegner, «The War against the Soviet Union», pp. 1.022-1.059 y 1.173-1.192.

122. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 529-533; Wegner, «The War against the Soviet Union».

123. Reddemann (ed.), *Zwischen Front und Heimat*, p.761 (a Agnes, 16 de febrero de 1943).

124. *Ibid*., introducción. Su viuda no volvió a casarse.

125. Wegner, «Von Stalingrad», p. 62.

126. *Ibid*., pp. 63-69.

127. *Ibid*., pp. 69-79; Karl-Heinz Frieser, «Die Schlacht im Kursker Bogen», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 83-210, en pp. 83-85.

128. *Ibid*., pp. 83-102.

129. Citado en *ibid*., p.102; detalles en *ibid*., pp. 102-103.

130. *Ibid*., pp. 104-106.

131. *Ibid*., pp. 106-112.

132. *Ibid*., pp. 112-119.

133. *Ibid*., pp. 119-139. La explicación meticulosa y radicalmente realista de Kursk por parte de Frieser sustituye todas las narraciones anteriores de la batalla.

134. *Ibid*., pp. 140-172.

135. *Ibid*., pp. 173-207.

136. Citado en *ibid*., p.200.

137. *Ibid*., pp. 190-208 (cita en p. 208).

138. Karl-Heinz Frieser y Klaus Schönherr, «Der Rückschlag des Pendels: Das Zurückweichen der Ostfront von Sommer 1943 bis Sommer 1944», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 277-490, en la p.277.

139. Karl-Heinz Frieser, «Zusammenfassung», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 1.211-1.224.

140. Bernd Wegner, «Die Aporie des Krieges», en *DRZW*, vol. VII, pp. 211-276, en pp. 256-269.

141. *Ibid*., pp. 259-260.

142. Frieser and Schönherr, «Der Rückschlag», pp. 324-325.

143. Sven Oliver Müller, «Nationalismus in der deutschen Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945», en *DRZW*, vol. IX/II, pp. 9-92, en pp. 70-92.

144. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, pp. 12-42.

145. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, introducción, y pp. 125-127.

146. Reinhard Stumpf, *Die Wehrmacht-Elite: Rang- und Herkunftsstruktur der deutschen Generale und Admirale 1933-1945*, Boppard, 1982, pp. 298-302.

147. Citado en Gerd R. Ueberschär y Winfried Vogel, *Dienen und Verdienen: Hitlers Geschenke an seine Eliten*, Frankfurt, 2000 (1999), pp. 147-148; para los detalles arriba mencionados, véase *ibid*., pp. 146-182.

148. Rass, «Das Sozialprofil», pp. 712-718.

149. *Ibid*., p.647.

150. *Ibid*., pp. 651-657.

151. *Ibid*., pp. 658-680.

152. *Ibid*., pp. 682-683.

153. *Ibid*., p.690.

154. Horst F. Richardson, *Sieg Heil! War Letters of Tank Gunner Karl Fuchs, 1937-1941*, Hamden, Conn., 1987, p.124 (4 de agosto de 1941); más en general, Jürgen Förster, «Geistige Kriegführung in Deutschland 1919 bis 1945», en *DRZW*, vol. IX/I, pp. 469-640, esp. pp. 469-559.

155. *Ibid*., pp. 560-640.

156. Manoschek (ed.), *«Es gibt nur Eines»*, p.52 (O'Gefr. A. G., 1 de marzo de 1942).

157. *Ibid*., p.69 (Uffz. A. N., 29 de mayo de 1943).

158. *Ibid*., p.74 (Uffz. O. D., 16 de agosto de 1944).

159. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, pp. 780-782 (diario, 28 de diciembre de 1943).

160. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.142.

161. Rass, «Das Sozialprofil», pp. 723-725 y 733-735.

162. Véase el estudio clásico de Edward A. Shils y Morris Janowitz, «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *Public Opinion Quarterly*, 12 (1948), pp. 280-315.

163. Thomas Kühne, «Gruppenkohäsion und Kameradschaftsmythos in der Wehrmacht», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 534-559; *idem*, «Zwischen Männerbund und Volksgemeinschaft: Hitlers Soldaten und der Mythos der Kameradschaft», *Archiv für Sozialgeschichte*, 38 (1998), pp. 165-189; más en general, *idem*, *Kameradschaft: Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*, Gotinga, 2006.

164. Manfred Messerschmidt y Fritz Wüllner, *Die Wehrmachtjustiz im Dienste des Nationalsozialismus: Zerstörung einer Legende*, Baden-Baden, 1987, p. 50.

165. *Ibid*., pp. 63-89.

166. *Ibid*., p.69.

167. *Ibid*., p.102.

168. *Ibid*., pp. 102-103.

169. *Ibid*., p.115; también pp. 91 y 132-168. Maria Fritsche, *Österreichische Deserteure und Selbstverstümmler in der Deutschen Wehrmacht*, Viena, 2004.

170. Bernd Wegner, *Hitlers politische Soldaten: Die Waffen-SS 1933-1945: Studien zu Leitbild, Struktur und Funktion einer nationalsozialistischen Elite*, Paderborn, 1982, pp. 210, 305 y 316-317; Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 401-424.

171. Citado en *ibid*., p.425.

172. «Die Rede Himmlers vor den Gauleitern am 3. August 1944», *VfZ*, 1 (1953), pp. 357-394.

173. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 432-435.

174. *Ibid*., p.435; Overmans, *Deutsche Militärische Verluste*, p.257.

175. Citado en Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 401-402.

176. *Ibid*., pp. 436-437.

177. *Ibid*., pp. 438-440.

178. Speer, *Inside the Third Reich*, p.341.

179. *Ibid*., p.409.

180. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIII, pp. 4.981-4.982 (22 de marzo de 1943); Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 555-556.

181. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 407-418.

182. Fritz Redlich, *Hitler: Diagnosis of a Destructive Prophet*, Nueva York, 1998, pp. 223-254.

183. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 564-566 y 611-615.

184. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher* (25 de julio de 1943).

185. Ludwig Metzger a Hans Fritsche, 12 de septiembre de 1944, en Wulf, *Presse und Funk*, pp. 359-360.

186. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 271.

187. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 571-572.

188. Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.247.

189. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/VII, pp. 447-456 (2 de marzo de 1943).

190. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 27-46; Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1989.

191. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 599.

192. Lammers a Bormann, 1 de enero de 1945, citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 35-37.

193. *Ibid*., pp. 24-53.

194. *Ibid*., pp. 54-91 (cita en p. 90).

195. *Ibid*., pp. 91-120.

196. Bärbel Wirrer (ed.), *Ich glaube an den Führer: Eine Dokumentation zur Mentalitätsgeschichte in nationalsozialistischen Deutschland 1942-1945*, Bielefeld, 2003, p.243 (Inge a Alfred, 7 de agosto de 1944).

197. Citado en Hans Engelhard (ed.), *Im Namen des deutschen Volkes: Justiz und Nationalsozialismus*, Colonia, 1989, p.287.

198. Citado en Lothar Gruchmann, *Justiz im Dritten Reich 1933-1940: Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner*, Múnich, 1988, p.921.

199. Wrobel (ed.), *Strafjustiz im totalen Krieg*, p.46.

200. *Ibid*., pp. 46-49; Engelhard (ed.), *Im Namen*, pp. 149-150; Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 121-135.

201. Evans, *Rituals*, pp. 689-737.

202. Hitler, *Hitler's Table Talk*, p.303 (8 de febrero de 1942).

203. Engelhard (ed.), *Im Namen*, p.294.

204. Citado en *ibid*., p.293.

205. Evans, *Rituals*, pp. 696-700; Martin Hirsch *et al*. (eds.), *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus*, Colonia, 1984, pp. 507-519; Engelhard (ed.), *Im Namen*, p.267.

206. Hitler, *Hitler's Table Talk*, pp. 637-645.

207. Hans Boberach (ed.), *Richterbriefe: Dokumente zur Beeinflussung der deutschen Rechtsprechung 1942-1944*, Boppard, 1975; Martin Broszat, «Zur Perversion der Strafjustiz im Dritten Reich», *VfZ*, 6 (1958), pp. 390-443.

208. Boberach (ed.), *Richterbriefe*, pp. 55-58.

209. Engelhard (ed.), *Im Namen*, p.269; Patrick Wagner, «Das Gesetz über die Behandlung Gemeinschaftsfremder: Die Kriminalpolizei und die "Vernichtung des Verbrechertums"», en Götz Aly (ed.), *Feinderklärung und Prävention: Kriminalbiologie: Zigeunerforschung und Asozialenpolitik*, Berlín, 1988, pp. 75-100.

210. Sobre la buena disposición de la judicatura para secundar esas medidas, véase Angermund, *Deutsche Richterschaft*.

211. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 284-306.

212. *Ibid*., pp. 237-241.

213. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 135-136.

214. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 227-262 y 392-397.

215. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 168-169. Más en general, véase Georg Wagner-Kyora, «"Menschenführung" in Rüstungsunternehmen der nationalsozialistischen Kriegswirtschaft», en *DRZW*, vol. IX/ II, pp. 383-476.

216. Höss, *Commandant of Auschwitz*, pp. 90-91.

217. Karin Orth, «Gab es eine Lagergesellschaft? "Kriminelle" und politische Häftlinge im Konzentrationslager», en Frei *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 109-133; Hermann Kaienburg, «Deutsche politische Häftlinge im Konzentrationslager Neuengamme und ihre Stellung im Hauptlager», en Detlef Garbe (ed.), *Häftlinge in KZ Neuengamme: Verfolgungserfahrungen, Häftlingssolidarität und nationale Bindung*, Hamburgo, 1999, pp. 26-80; Lutz Niethammer (ed.), *Der «gesäuberte» Antifaschismus: Die SED und die roten Kapos von Buchenwald*, Berlín, 1994; Benedikt Kautsky, *Teufel und Verdammte: Erfahrungen und Erkenntnisse aus sieben Jahren in deutschen Konzentrationslagern*, Viena, 1961, pp. 159-163, citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 162-164.

218. *Ibid*., pp. 170-171; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 394-395; Garbe (ed.), *Häftlinge*, p.203.

219. Kautsky, *Teufel*, citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 167-168; véase también Herbert Obenaus, «Der Kampf um das tägliche Brot», en Ulrich Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur* (2 vols.), Gotinga, 1998, vol. II, pp. 841-873; y Florian Freund, «Häftlingskategorien und Sterblichkeit in einem Aussenlager des KZ Mauthausen», en *ibid*., pp. 874-886. Véase también el estudio extraordinario de Stanislav Zamecnik, *Das war Dachau*, Frankfurt, 2007 (2002), esp. pp. 226-322.

220. Citado en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, p. 618.

221. Steinbacher, *Auschwitz*, p.59; Karin Orth, «Die Kommandanten der nationalsozialistischen Konzentrationslager», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 755-786.

222. Burleigh, *Death*, p.220; Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 217-219.

223. Para las cartas y los informes de Mennecke, véase Peter Chroust (ed.), *Friedrich Mennecke: Innenansichten eines medizinischen Täters im Nationalsozialismus: Eine Edition seiner Briefe 1935-1947*, Hamburgo, 1988; carta citada en *ibid*., vol. I, pp. 242-244; véase también Trus, *«...vom Leid erlösen»*, pp. 118-119.

224. Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 217-219; Burleigh, *Death*, pp. 220-229.

225. Klee, *«Euthanasie»*, p.418.

226. Citado en Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, pp. 174-175; véase también Fridlof Kudlien, *Arzte im Nationalsozialismus*, Colonia, 1985, p. 210.

227. Burleigh, *Death*, pp. 239-245; Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 286-297; *idem*, *«Euthanasie»*, pp. 429-439.

228. Burleigh, *Death*, pp. 238-248; Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 220-236.

229. Klee, *«Euthanasie»*, pp. 439-456.

230. Schmuhl, *Rassenhygiene*, pp. 237-239; Burleigh, *Death*, pp. 255-257.

231. Trus, *«. . . vom Leid erlösen»*, pp. 116 y 129-130.

232. Burleigh, *Death*, pp. 230-231.

233. Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 302-303; *idem*, *«Euthanasie»*, pp. 417-421.

234. Klee (ed.), *Dokumente*, p.303.

235. Citado en Schmuhl, *Rassenhygiene*, p.346.

236. Klee, *«Euthanasie»*, pp. 421-425.

237. Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik*, p.175.

238. Klee (ed.), *Dokumente*, pp. 300-301.

239. *Ibid*., pp. 301-302.

240. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 524-527.

241. Lewy, *The Nazi Persecution*, pp. 65-106.

242. *Ibid*., pp. 107-132 (cita en p. 130). Las cifras de muertos en todos estos casos siguen siendo inciertas y los cálculos disponibles varían enormemente.

243. Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, pp. 187-196.

244. Lewy, *The Nazi Persecution*, p.135.

245. Höss, *Commandant of Auschwitz*, pp. 138-142.

246. Lewy, *The Nazi Persecution*, pp. 167-228. Véase también Michael Zimmermann, «Die nationalsozialistische Zigeunerverfolgung, das System der Konzentrationslager und das Zigeunerlager in Auschwitz-Birkenau», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 887-910.

247. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 392.

248. Burkhard Jellonek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Die Verfolgung Homosexueller im Dritten Reich*, Paderborn, 1990, p.117.

249. *Ibid*., pp. 257, 269-273 y 282-287; Geoffrey Giles, «The Denial of Homosexuality: Same-Sex Incidents in Himmler's SS and Police», en Dagmar Herzog (ed.), *Sexuality and German Fascism*, Nueva York, 2005, pp. 256-290, en pp. 265-269.

250. *Ibid*., pp. 269-290.

251. Jellonek, *Homosexuelle*, p.329.

252. Geoffrey Giles, «The Institutionalization of Homosexual Panic in the Third Reich», en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton, N.J., 2001, pp. 233-255.

253. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 395.

254. Höss, *Commandant of Auschwitz*, pp. 103-104.

255. Zamecnik, *Das war Dachau*, p.230.

256. Till Bastian, *Homosexuelle im Dritten Reich: Geschichte einer Verfolgung*, Múnich, 2000, pp. 79-84.

257. Véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 529-535, también la difícil situación de los homosexuales en la Alemania nazi antes de 1939. Para los Testigos de Jehová, véase *ibid*., pp. 254-255.

258. Detlev J. K. Peukert, «Arbeitslager und Jugend-KZ: Die Behandlung "Gemeinschaftsfremder" im Dritten Reich», en *idem* y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus*, Wuppertal, 1981, pp. 413-434, en pp. 416.

259. Citado en Norbert Frei, *Der Führerstaat: Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945*, Múnich, 1987, pp. 202-208.

260. Peukert, «Arbeitslager», p. 416.

## 6. ACTITUDES MORALES ALEMANAS

1. Citado en Vandana Joshi, *Gender and Power in the Third Reich: Female Denouncers and the Gestapo, 1933-45*, Londres 2003, p.60.

2. *Ibid*., pp. 59-61.

3. Rita Wolters, *Verrat für die Volksgemeinschaft: Denunziantinnen im Dritten Reich*, Pfaffenweiler, 1996, pp. 59-61.

4. Joshi, *Gender*, pp. 168-197.

5. *Ibid*., p.152; más en general, véase Birthe Kundrus, *Kriegerfrauen: Familienpolitik und Geschlechterverhältnisse im Ersten und Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1995.

6. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 374.

7. *Ibid*.; véase también Michelle Mouton, *From Nurturing the Nation to Purifying the Volk: Weimar and Nazi Family Policy, 1918-1945*, Nueva York, 2007, pp. 224-232.

8. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 368-369.

9. *Ibid*., p.373.

10. *Ibid*., pp. 375-384.

11. Dagmar Herzog, «Hubris and Hypocrisy, Incitement and Disavowal: Sexuality and German Fascism», en *idem* (ed.), *Sexuality and German Fascism*, pp. 1-21, en pp. 18-19.

12. Citado en Stibbe, *Women*, p.155.

13. Noakes, *Nazism*, vol. IV, pp. 385-390.

14. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVI, p. 6.487 (cursivas en el original); Mouton, *From Nurturing the Nation*, pp. 186 y 193-194.

15. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVI, p. 6.487.

16. *Ibid*.; también Stibbe, *Women*, p.159.

17. Wirrer (ed.), *Ich glaube an den Führer*, p.324 (Inge a Fred, 17 de abril de 1945).

18. Gerwin Udke (ed.), *«Schreib so oft Du kannst»: Feldpostbriefe des Lehrers Gerhard Udke, 1940-1944*, Berlín, 2002, p.73 (Gerhard a Dorothea Udke, 3 de abril de 1942).

19. Benedikt Burkard y Friederike Valet (eds.), *«Abends wenn wir essen, fehlt uns immer einer»: Kinder schreiben an die Väter, 1939-1945*, Heidelberg, 2000, p.240 (1 de noviembre de 1943).

20. John S. Conway, *The Nazi Persecution of the Churches 1933-1945*, Londres, 1968, pp. 232-253; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 220-260.

21. *Ibid*., pp. 253 y 220-260.

22. Hitler, *Hitler's Table Talk*, pp. 555-556 (4 de julio de 1942).

23. *Ibid*., p.322 (20-21 de febrero de 1942).

24. *Ibid*., p.323 (20-21 de febrero de 1942).

25. *Ibid*., p.59 (14 de octubre de 1941).

26. *Ibid*., p.51 (10 de octubre de 1941).

27. *Ibid*., pp. 75-76 (19 de octubre de 1941).

28. *Ibid*., p.145 (13 de diciembre de 1941).

29. *Ibid*., pp. 6-7 (11-12 de julio de 1941).

30. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 423 (Aus Visitationsberichten Dekanat Hof [Oberfranken], 1941).

31. Conway, *The Nazi Persecution*, pp. 259-260 y 383-386.

32. Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, 1983, pp. 331-340.

33. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 148 (Aus Monatsbericht des Landrats, 31 de marzo de 1941).

34. Kershaw, *Popular Opinion*, pp. 331-357.

35. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 424 (Aus Visitationsberichten Dekanat Hof [Oberfranken], 1942).

36. *Ibid*.

37. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 302-303.

38. Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, p.195.

39. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.303.

40. Citado en Michael Phayer, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Bloomington, Ind., 2000, p.75.

41. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 559-574.

42. Sobre esta idea, véase John Cornwell, *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII*, Londres, 1999.

43. Zuccotti, *Under His Very Windows; Robert S. Wistrich*, «The Vatican Documents and the Holocaust: A Personal Report», *Polin: Studies in Polish Jewry*, 15 (2002), pp. 413-443.

44. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.56.

45. *Ibid*., p.300.

46. Heinrich Hermelink (ed.), *Kirche im Kampf: Dokumente des Widerstands und des Aufbaus in der evangelischen Kirche Deutschlands von 1933 bis 1945*, Tubinga, 1950, pp. 654-658 y 700-702; Theophil Wurm, *Aus meinem Leben*, Stuttgart, 1953, pp. 88-177; se retiró en 1949, a la edad de ochenta años, y falleció en 1953.

47. Klemperer, *To the Bitter End*, p.14 (15 de febrero de 1942).

48. *Ibid*., p.5 (13 de enero de 1942).

49. *Ibid*., p.27 (16 de marzo de 1942).

50. *Ibid*., p.148 (17 de octubre de 1942).

51. *Ibid*., p.127 (29 de agosto de 1942).

52. *Ibid*., p.361 (26 de noviembre de 1944).

53. Otto Dov Kulka y Eberhard Jäckel (eds.), *Die Juden in den Geheimen NS-Stimmungsberichten 1933-1945*, Düsseldorf, 2004, p.489 (NSDAP Meinberg, marzo de 1942).

54. Peter Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!». Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Múnich, 2006, pp. 253-254.

55. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.294.

56. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p.423 (1 de noviembre de 1941).

57. Klemperer, *To the Bitter End*, pp. 46 (8 de mayo de 1942) y 50 (15 de mayo de 1942).

58. Friedländer, *The Years of Extermination*, p.289.

59. Klemperer, *To the Bitter End*, p.179 (8 de enero de 1943).

60. *Ibid*., p.282 (7 de febrero de 1944).

61. *Ibid*., p.204 (16 de abril de 1943).

62. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, p.404 (21 de julio de 1941).

63. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 251-255; David Bankier, *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, 1992, pp. 124-130. Véase también Frank Bajohr y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis: Die Deutschen, die NS-Führung und die Alliierten*, Múnich, 2006; Ian Kershaw, *Hitler, the Germans and the Final Solution*, Londres, 2008; y Bernward Dörner, *Die Deutschen und der Holocaust: Was niemand wissen wollte, aber jeder wissen konnte*, Berlín, 2007.

64. Longerich, *«Davon»*, pp. 175-181.

65. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden*, pp. 476-477 (SD-Aussenstelle Minden, 6 y 12 de diciembre de 1941).

66. *Ibid*., p.478 (SD Hauptaussenstelle Bielefeld, 16 de diciembre de 1941).

67. *Ibid*., pp. 503 (SD Aussenstelle Detmold, 31 de julio de 1942), y 476-477 (SD Aussenstelle Minden, 6 de diciembre de 1941).

68. Solmitz, *Tagebuch*, p.691 (7 de noviembre de 1941).

69. *Ibid*., p.699 (5 de diciembre de 1941).

70. *Ibid*., pp. 747-749 (14 de julio de 1942, 22 de julio de 1942).

71. *Ibid*., pp. 768-769, 776, 780, 782, 788 y 796 (25 de septiembre de 1942, 26 de septiembre de 1942, 9 de noviembre de 1942, 24 de noviembre de 1942, 21 de diciembre de 1942, 26 de enero de 1943).

72. David M. Crowe, *Oskar Schindler: The Untold Account of His Life, Wartime Activities, and the True Story Behind The List*, Cambridge, Mass., 2004. Steven Spielberg filmó la historia con el título de *La lista de Schindler*.

73. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, p.710 (carta a su mujer, 31 de marzo de 1943) y 739 (carta a su mujer, 29 de julio de 1943).

74. *Ibid*., pp. 108-111.

75. Wladyslaw Szpilman, *The Pianist: The Extraordinary True Story of One Man's Survival in Warsaw, 1939-1945*, Londres, 2002. El libro sirvió de punto de partida para la película de Roman Polanski *El pianista*.

76. Debórah Dwork y Robert Jan van Pelt, *Holocaust: A History*, Londres, 2002, pp. 337-355.

77. Walter Laqueur, *The Terrible Secret: Suppression of the Truth about Hitler's «Final Solution»*, Londres, 1980.

78. Saul Friedländer, *Kurt Gerstein oder die Zwiespältigkeit des Guten*, Gütersloh, 1968.

79. Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 454-456.

80. David Engel, «The Western Allies and the Holocaust: Jan Karski's Mission to the West, 1942-1944», *Holocaust and Genocide Studies*, 5 (1990), pp. 363-446.

81. Bernard Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, Londres, 1979; pasajes en Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 174-175.

82. William D. Rubinstein, *The Myth of Rescue: Why the Democracies Could Not Have Saved More Jews from the Nazis*, Londres, 1997, rebate, con algún exceso, la afirmación de que los aliados pudieran haber rescatado a los judíos que quedaban en Europa.

83. Longerich, *«Davon»*, pp. 201-262 y 325.

84. Boelcke (ed.), *«Wollt Ihr den totalen Krieg?»*, pp. 410-411 (14-16 de diciembre de 1942).

85. Como se sostiene en Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*.

86. Behnken (ed.), *Deutschland-Berichte*, vol. VII, p. 157 (7 de marzo de 1940).

87. Kershaw, *Hitler, the Germans and the Final Solution*, pp. 119-234.

88. Longerich, *«Davon»*, pp. 290-291 y 326-327.

89. Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden*, p.525 (Parteikanzlei Múnich, 12 de junio de 1943).

90. *Ibid*., p.527 (SD-Berichte zu Inlandsfragen, 8 de julio de 1943); véase también *ibid*., p.531 (SD-Aussenstelle Schweinfurt, 6 de septiembre de 1943).

91. *Ibid*., p.528 (SD-Aussenstelle Würzburg, 3 de agosto de 1943).

92. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 652.

93. Citado en Wulf, *Presse und Funk*, pp. 37 y 546.

94. David Welch, *The Third Reich: Politics and Propaganda*, Londres, 2002 (1993), p. 159.

95. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/III, p. 377 (26 de febrero de 1942).

96. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 207-218.

97. Birthe Kundrus, «Totale Unterhaltung? Die kulturelle Kriegführung 1939 bis 1945 in Film, Rundfunk und Theater», en *DRZW*, vol. IX/I, pp. 93-157; Peter Longerich, «Nationalsozialistische Propaganda», en Karl Dietrich Bracher *et al*. (eds.), *Deutschland 1933-1945: Neue Studien zur nationalsozialistischen Herrschaft*, Düsseldorf, 1993, pp. 291-314; Kaspar Maase, *Grenzenloses Vergnügen: Der Aufstieg der Massenkultur 1850-1970*, Frankfurt, 1997, pp. 206-234; David Welch, «Nazi Propaganda and the *Volksgemeinschaft*: Constructing a People's Community», *Journal of Contemporary History*, 39 (2004), pp. 213-238.

98. Relatado en Jay W. Baird, *The Mythical World of Nazi War Propaganda, 1939-1945*, Minneapolis, Minn., 1974, p.30.

99. *Ibid*.

100. Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 13 y 22-26; Baird, *The Mythical World*, pp. 28-31; Aristotle A. Kallis, *Nazi Propaganda and the Second World War*, Londres, 2005, pp. 47-49 y 59-62.

101. *Ibid*., pp. 40-62.

102. Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 59-60.

103. Oron J. Hale, *The Captive Press in the Third Reich*, Princeton, N.J., 1964, pp. 151, 234, 276-278 y 287; William L. Combs, *The Voice of the SS: A History of the SS Journal «Das Schwarze Korps»*, Nueva York, 1986; Doris Kohlmann-Viand, *NS-Pressepolitik im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1991, pp. 53-63; Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, Londres, 1974 (1971), pp. 504-505.

104. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 189-190.

105. Jan-Pieter Barbian, *Literaturpolitik im «Dritten Reich»: Institutionen, Kompetenzen, Betätigungsfelder*, Múnich, 1995 (1993), pp. 238-244, 344-345 y 373; Joseph Wulf, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Gütersloh, 1963, pp. 222-223; Grunberger, *A Social History*, pp. 453-456.

106. Ralf Schnell, *Literarische innere Emigration 1933-1945*, Stuttgart, 1976; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 149-163.

107. Kundrus, *«Totale Unterhaltung?»*, pp. 114-119.

108. Shelley Baranowski, *Strength Through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Cambridge, 2004, pp. 199-230; Kristin Semmens, *Seeing Hitler's Germany: Tourism in the Third Reich*, Londres, 2005, pp. 154-186.

109. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. IX, p. 3.371 (26 de febrero de 1942).

110. Telegrama del 27 de noviembre de 1939, citado en Friederike Euler, «Theater zwischen Anpassung und Widerstand: Die Münchner Kammerspiele im Dritten Reich», en Broszat *et al*., (eds.), *Bayern*, vol. II, pp. 91-173, en p.159.

111. *Ibid*., pp. 160-172.

112. Kundrus, *«Totale Unterhaltung?»*, pp. 119-121. Véase también Boguslaw Drewniak, *Das Theater im NS-Staat: Szenarium deutscher Zeitgeschichte 1933-1945*, Düsseldorf, 1983. Sobre las películas y los noticiarios en la década de 1930, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 125-133.

113. Wolf Donner, *Propaganda und Film im «Dritten Reich»*, Berlín, 1993; Boguslaw Drewniak, *Der deutsche Film 1938-1945: Ein Gesamtüberblick*, Düsseldorf, 1987; Hilmar Hoffmann, *The Triumph of Propaganda: Film and National Socialism 1933-1945*, Oxford, 1996 (1988); Eric Rentschler, *The Ministry of Illusion: Nazi Cinema and its Afterlife*, Cambridge, Mass., 1996; Harro Segeberg (ed.), *Mediale Mobilmachung*, vol. I: *Das Dritte Reich und der Film*, Múnich, 2004; Gerhard Stahr, *Volksgemeinschaft vor der Leinwand? Der nationalsozialistische Film und sein Publikum*, Berlín, 2001.

114. Kundrus, «Totale Unterhaltung?», p. 101; Welch, *Propaganda and the German Cinema*, pp. 217-218.

115. Kundrus, «Totale Unterhaltung?», pp. 105-107; sin embargo, véanse los informes más optimistas en Gerd Albrecht (ed.), *Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation*, Karlsruhe, 1979, pp. 225-232.

116. Welch, *Propaganda and the German Cinema*, p.249.

117. Kundrus, «Totale Unterhaltung?», pp. 102-104; Welch, *Propaganda and the German Cinema*, pp. 186-200; Kallis, *Nazi Propaganda*, pp. 188-194.

118. Welch, *Propaganda and the German Cinema*, pp. 238-280.

119. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. VII, p. 2.293-2.295 (12 de mayo de 1941).

120. Welch, *Propaganda and the German Cinema*, pp. 284-292.

121. *Ibid*., pp. 292-301; Friedländer, *The Years of Extermination*, pp. 1924 y 98-102, en uno y otro caso excelentes estudios introductorios generales. Las reacciones públicas están documentadas en Kulka y Jäckel (eds.), *Die Juden*, pp. 434-440. Sobre la acogida, véase David Culbert, «The Impact of Anti-Semitic Film Propaganda on German Audiences: *Jew Süss* and *The Wandering Jew* (1940)», en Richard A. Etlin (ed.), *Art, Culture, and Media under the Third Reich*, Chicago, Ill., 2002, pp. 139-157, en pp. 139-147, y Karl-Heinz Reuband, «"Jud Süss" und "Der ewige Jude" als Prototypen antisemitischer Filmpropaganda im Dritten Reich: Entstehungsbedingungen, Zuschauerstrukturen und Wirkungspotential», en Michel Andel *et al*. (eds.), *Propaganda, (Selbst-) Zensur, Sensation: Grenzen von Presseund Wissenschaftsfreiheit in Deutschland und Tschechien seit 1871*, Essen, 2005, pp. 89-148.

122. Shirer, *Berlin Diary*, p.190. [Trad. cast. cit.: *Diario de Berlín*, p.204]. La película a que se refería era *China Seas* [*Mares de China*], estrenada en EE.UU. en 1935, doblada al alemán como siempre se hacía con las películas de lengua extranjera, y rebautizada de forma diferente .

123. Mary-Elizabeth O'Brien, «The Celluloid War: Packaging War for Sale in Nazi Home-Front Films», en Etlin (ed.), *Art*, pp. 158-180.

124. Gerd Albrecht, *Nationalsozialistische Filmpolitik: Eine Soziologische Untersuchung über die Spielfilme des Dritten Reiches*, Stuttgart, 1969, p.110.

125. Kundrus, «Totale Unterhaltung?», p. 107; más en general, véase Kallis, *Nazi Propaganda*, pp. 194-217.

126. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XIII, p. 4.892 (4 de marzo de 1943); Welch, *Propaganda and the German Cinema*, pp. 201-203 y 222-224; Baird, *The Mythical World*, pp. 217-227.

127. Welch, *Propaganda and the German Cinema*, pp. 225-237; Kundrus, «Totale Unterhaltung?», pp. 107-108; Kallis, *Nazi Propaganda*, pp. 153-184, para el trasfondo general; *ibid*., pp. 198-202, para Kolberg; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/XV, p. 542 (9 de marzo de 1945), para la cita de Goebbels.

128. Sobre la radio en la década de 1930, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 133-137.

129. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. IX, p. 3.199 (22 de enero de 1942); Uta C. Schmidt, «Radioaneignung», en Inge Marssolek y Adelheid von Saldern (eds.), *Zuhören und Gehörtwerden* (2 vols.), Tubinga, 1998, vol. I: *Radio im Nationalsozialismus: Zwischen Lenkung und Ablenkung*, pp. 243-360, en pp. 351-353; Michael Kater, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Nueva York, 1992, pp. 111-125.

130. Wilhelm Schepping, «Zeitgeschichte im Spiegel eines Liedes», en Günter Noll y Marianne Bröcker (eds.), *Musikalische Volkskunde aktuell*, Bonn, 1984, pp. 435-464; Maase, *Grenzenloses Vergnügen*, pp. 218-221.

131. Wulf, *Presse und Funk*, pp. 358-361.

132. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. IX, p. 3.166 (15 de enero de 1942).

133. Johnson, *Nazi Terror*, pp. 322-328.

134. Schmidt, «Radioaneignung», p. 354, n.435.

135. Evans, *Rituals*, pp. 694-695.

136. Shirer, *Berlin Diary*, pp. 206-207.

137. Horst J. P. Bergmeier y Rainer E. Lotz, *Hitler's Airwaves: The Inside Story of Nazi Radio Broadcasting and Propaganda Swing*, Londres, 1997, esp. pp. 99-110, 136-177 y 332-333.

138. Kater, *Different Drummers*, pp. 102-110 y 190-194; sobre el *jazz* y los jóvenes del *swing* en las postrimerías de la década de 1930, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 204-207.

139. Sobre la música clásica en la década de 1930, véase *ibid*., pp. 186-203.

140. Frederic Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics*, Londres, 2002, pp. 232-233; Erik Levi, *Music in the Third Reich*, Londres, 1994, pp. 209-212.

141. Hitler, *Hitler's Table Talk*, p.242 (24-25 de enero de 1942, también para comentarios generales de Hitler sobre su amor continuado por la música de Wagner).

142. Spotts, *Hitler*, pp. 233-234 y 259-263; Léhar, nacido en 1870, conoció a Hitler en 1936; murió en 1948.

143. Levi, *Music in the Third Reich*, p.195.

144. *Ibid*., pp. 195-219.

145. Hitler, *Hitler's Table Talk*, p.449 (30 de abril de 1942).

146. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/XI, p. 82 (13 de enero de 1944).

147. Richard J. Evans, *Rereading German History: From Unification to Reunification 1800-1996*, Londres, 1997, pp. 187-193; Sam H. Shirakawa, *The Devil's Music Master: The Controversial Life and Career of Wilhelm Furtwängler*, Nueva York, 1992, pp. 290-293. No resultan convincentes los intentos de Shirakawa y de Fred K. Prieberg, en *Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler and the Third Reich*, Londres, 1991 (1986), para describir al director como un héroe de la resistencia a Hitler.

148. Citado en Walter Klingler, *Nationalsozialistische Rundfunkpolitik 1942-1945: Organisation, Programm und die Hörer*, Mannheim, 1983, p.137.

149. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 5.808 (27 de septiembre de 1943).

150. *Ibid*., p.5.807.

151. *Ibid*.

152. *Ibid*.

153. *Ibid*., p.5.809.

154. Michael H. Kater, *Composers of the Nazi Era: Eight Portraits*, Nueva York, 2000, pp. 248-259.

155. Citado en Spotts, *Hitler*, p.303. Véase también Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 187-190.

156. Fred K. Prieberg, *Musik im NS-Staat*, Frankfurt, 1989 (1982), pp. 222-223.

157. Johann Peter Vogel, *Hans Pfitzner: Leben, Werke, Dokumente*, Berlín, 1999, pp. 156-167 y 182; Prieberg, *Musik*, pp. 224-225.

158. *Ibid*., pp. 318-324.

159. *Ibid*., pp. 324-328.

160. Letra extraída del folleto que se adjunta con Anne Sofie von Otter *et al*., *Terezín/Theresienstadt* (DGG, 2007). Agradezco a Chris Clark su traducción [al inglés].

161. *Ibid*.

162. Sobre las artes visuales en la década de 1930, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 164-180.

163. Peter Adam, *The Arts of the Third Reich*, Londres, 1992, p.157.

164. *Ibid*., p.158.

165. *Ibid*., pp. 158-164; Gregory Maertz, *The Invisible Museum: The Secret Postwar History of Nazi Art*, New Haven, Conn., 2008.

166. Adam, *The Arts of the Third Reich*, pp. 162 y 169.

167. *Ibid*.

168. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 167-168.

169. Adam, *The Arts of the Third Reich*, p.202.

170. *Ibid*., p.201.

171. Jonathan Petropoulos, *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany*, Londres, 2000, pp. 218-238.

172. Evans, *The Third Reich* in Power, pp. 400-409.

173. Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 35-37 y 44.

174. *Ibid*., 41-44; Petropoulos, *The Faustian Bargain*, pp. 63-110.

175. Véanse anteriormente, pp. 479-488.

176. Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 57-80; Housden, *Hans Frank*, pp. 81-82.

177. *Ibid*., pp. 84-86.

178. Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 185-201.

179. *Ibid*., pp. 83-114.

180. *Ibid*., pp. 115-133. Sobre la implicación de importantes marchantes de arte como Karl Haberstock, véase Petropoulos, *The Faustian Bargain*, pp. 63-110.

181. Spotts, *Hitler*, pp. 217-219.

182. *Ibid*., pp. 219-220.

183. Citado en Michael Grüttner, *Studenten im Dritten Reich*, Paderborn, 1995, p.370.

184. *Ibid*., pp. 371-373.

185. *Ibid*.; sobre la educación en la década de 1930, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 261-290.

186. Reiner Lehberger, *Englischunterricht im Nationalsozialismus*, Tubinga, 1986, pp. 196-208.

187. Bettina Goldberg, *Schulgeschichte als Gesellschaftsgeschichte: Die höheren Schulen im Berliner Vorort Hermsdorf (1893-1945)*, Berlín, 1994, pp. 285-305; Willi Feiten, *Der nationalsozialistische Lehrerbund: Entwicklung und Organisation: Ein Beitrag zum Aufbau und zur Organisationsstruktur des nationalsozialistischen Herrschaftssystems*, Weinheim, 1981.

188. Hans-Dieter Arntz, *Ordensburg Vogelsang 1934-1945: Erziehung zur politischen Führung im Dritten Reich*, Eulskirchen, 1986, pp. 193-228.

189. Harald Schäfer, *Napola: Die letzten vier Jahre der Nationalpolitischen Erziehungsanstalt Oranienstein bei Dietz an der Lahn 1941-1945: Eine Erlebnisdokumentation*, Frankfurt, 1997, pp. 94-95.

190. Grüttner, *Studenten*, pp. 361-370 y 487-488.

191. *Ibid*., pp. 374-380.

192. Boberach (ed.), *Meldungen*, XI, p. 4.281 (5 de octubre de 1942). Cursivas en el original.

193. Grüttner, *Studenten*, pp. 383-385.

194. *Ibid*., pp. 287-331 y 387-414.

195. *Ibid*., pp. 415-422; de los numerosos estudios de universidades en concreto, la mayor parte de los mismos tienen relativamente poco que decir acerca de los años de la guerra; una excepción es Mike Bruhn y Heike Böttner, *Die Jenaer Studenten unter nationalsozialistischer Herrschaft 1933-1945*, Erfurt, 2001, pp. 85-166.

196. Grüttner, *Studenten*, pp. 422-426 y 457-471.

197. Christoph Cornelissen, *Gerhard Ritter: Geschichtswissenschaft und Politik im 20. Jahrhundert*, Düsseldorf, 2001, pp. 292-369.

198. Michael Burleigh, *Germany Turns Eastward: A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1988, pp. 155-249; Götz Aly, *Macht - Geist - Wahn: Kontinuitäten deutschen Denkens*, Berlín, 1997; Ingo Haar, *Historiker im Nationalsozialismus: Deutsche Geschichtswissenschaft und der «Volkstumskampf» im Osten*, Gotinga, 2002; Winfried Schulze y Otto Oexle (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*, Frankfurt, 1999; más en general, Michael Fahlbusch, *Wissenschaft im Dienst nationalsozialistischer Politik? Die «Volksdeutschen Forschungsgemeinschaften» von 1931-1945*, Baden-Baden, 1999; y Aly y Heim, *Architects*.

199. Citado en Burleigh, *Germany*, p.165.

200. Michael Grüttner, «Wissenschaftspolitik im Nationalsozialismus», en Doris Kaufmann (ed.), *Geschichte der Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft im Nationalsozialismus: Bestandsaufnahme und Perspektiven der Forschung* (2 vols.), Gotinga, 2000, vol. II, pp. 557-585.

201. Susanne Heim (ed.), *Autarkie und Ostexpansion: Pflanzenzucht und Agrarforschung im Nationalsozialismus*, Gotinga, 2002.

202. Susanne Heim, *Kalorien Kautschuk Karrieren: Pflanzenzüchtung und landwirtschaftliche Forschung in Kaiser-Wilhelm-Instituten 1933-1945*, Gotinga, 2003, p.249; Grüttner, «Wissenschaftspolitik», p. 583.

203. Geoffrey Cocks, *Psychotherapy in the Third Reich: The Göring Institute*, New Brunswick, N.J., 1997 (1985), pp. 251-350.

204. Hans-Walter Schmuhl (ed.), *Rassenforschung an Kaiser-Wilhelm-Instituten vor und nach 1933*, Gotinga, 2003.

205. Heather Pringle, *The Master Plan: Himmler's Scholars and the Holocaust*, Nueva York, 2006; Michael H. Kater, *Das Ahnenerbe der SS 1935-1945: Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches* (4ª ed.), Múnich, 2006; Heinrich Harrer, *Seven Years in Tibet*, Londres, 1953. Más tarde el libro fue adaptado al cine en una película de Hollywood protagonizada por Brad Pitt. Harrer falleció en 2006.

206. Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Cambridge, Mass., 1988, pp. 217-222; Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 444-446.

207. Zamecnik, *Das war Dachau*, pp. 262-275; Karl Heinz Roth, «Tödliche Höhen: Die Unterdruckkammer-Experimente im Konzentrationslager Dachau und ihre Bedeutung für die luftfahrtmedizinische Forschung des "Dritten Reichs"», en Ebbinghaus y Dörner (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 110-151.

208. Karl Heinz Roth, «Strukturen, Paradigmen und Mentalitäten in der luftfahrtmedizinischen Forschung des "Dritten Reichs": Der Weg ins Konzentrationslager Dachau», *1999. Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 15 (2000), pp. 49-77.

209. Zamecnik, *Das war Dachau*, pp. 275-284.

210. *Ibid*., pp. 292-295.

211. *Ibid*., pp. 285-292; Angelika Ebbinghaus y Karl Heinz Roth, «Kriegswunden: Die kriegschirurgischen Experimente in den Konzentrationslagern und ihre Hintergründe», en Ebbinghaus y Dörner (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 177-218; Angelika Ebbinghaus, «Zwei Welten: Die Opfer und die Täter der kriegschirurgischen Experimente», en *ibid*., pp. 219-240; Loretta Walz, «Gespräche mit Stanislawa Bafia, Wladyslawa Marczewska und Maria Plater über die medizinischen Versuche in Ravensbrück», en *ibid*., pp. 241-272.

212. Schmidt, *Karl Brandt*, pp. 263-264, dando también cantidades ligeramente diferentes.

213. Thomas Werther, «Menschenversuche in der Fleckfieberforschung», en Ebbinghaus y Dörner (eds.), *Vernichten und Heilen*, pp. 152-173.

214. Schmidt, *Karl Brandt*, pp. 257-262.

215. *Ibid*., pp. 265-276.

216. *Ibid*., pp. 276-279.

217. *Ibid*., pp. 284-296.

218. Ernst Klee, *Auschwitz, die NS-Medizin und ihre Opfer*, Frankfurt, 1997, pp. 456-466; Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Londres, 1986, pp. 337-342.

219. Benoît Massin, «Mengele, die Zwillingsforschung und die "Auschwitz-Dahlem Connection"», en Carola Sachse (ed.), *Die Verbindung nach Auschwitz: Biowissenschaften und Menschenversuche an Kaiser-Wilhelm-Instituten: Dokumentation eines Symposiums*, Gotinga, 2003, pp. 201-254.

220. Lifton, *The Nazi Doctors*, pp. 347-360; Paul J. Weindling, *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism 1870-1945*, Cambridge, 1989, pp. 55-63.

221. Lifton, *The Nazi Doctors*, pp. 342-348.

222. *Ibid*., pp. 360-383.

223. Klee, *Auschwitz*, pp. 167-172 y 436-445.

224. Jürgen-Pfeiffer, «Neuropathologische Forschungan "Euthanasie" Opfern in zwei Kaiser-Wilhelm-Instituten», en Kaufmann (ed.), *Geschichte der Kaiser-Wilhelm Gesellschaft*, vol. I, pp. 151-173.

225. Citado en Evans, *Rituals*, pp. 714-715.

226. Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 219-222; véase también Rolf Winau, «Medizinische Experimente in den Konzentrationslagern», en Benz y Distel (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. I, pp. 165-178.

227. Speer siempre negó en público que él hubiera estado presente, pero en una carta a Hélène Jeanty, viuda de un líder de la resistencia belga, el 23 de diciembre de 1971, escribió: «Sin duda alguna: estuve presente cuando Himmler anunció el 6 de octubre de 1943 que había que matar a todos los judíos». No obstante, también esto era falso; Himmler no dijo que había que matarlos; dijo que ya estaban siendo asesinados, como Speer sabía sobradamente (Kate Connolly, «Letter proves Speer knew of Holocaust plan», *Guardian*, 13 de marzo de 2007).

228. Citado en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, p.189.

229. Hans-Heinrich Wilhelm, «Hitlers Ansprache vor Generalen und Offizieren am 26. Mai 1944», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 20 (1976), pp. 123-170 (cita en p. 156).

230. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, pp. 188-191.

231. Citado en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, vol. III, pp. 617-618.

232. Randolph L. Braham, *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary* (2 vols.), Nueva York, 1981, vol. I, p. 391; Christian Gerlach y Götz Aly, *Das letzte Kapitel: Realpolitik, Ideologie und der Mord an den ungarischen Juden 1941/1945*, Múnich, 2002.

233. Randolph L. Braham, «The Role of the Jewish Council in Hungary: A Tentative Assessment», *Yad Vashem Studies*, 10 (1974), pp. 69-109; Robert Rozett, «Jewish and Hungarian Armed Resistance in Hungary», *Yad Vashem Studies*, 19 (1988), pp. 269-288; Rudolf Vrba, «Die missachtete Warnung: Betrachtungen über den Auschwitz-Bericht von 1944», *VfZ*, 44 (1996), pp. 1-24; y Yehuda Bauer, «Anmerkungen zum "Auschwitz-Bericht" von Rudolf Vrba», *VfZ*, 45 (1997), pp. 297-307; Steur, *Theodor Dannecker*, pp. 129-150.

234. Herf, *The Jewish Enemy*, p.242.

235. Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten*, vol. II, pp. 463-464.

236. Citado en Phayer, *The Catholic Church*, p.106.

237. Braham, *The Politics*, vol. II, pp. 607, 664-684 y 762-774.

238. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 667-675; Frieser y Schönherr, «Der Rückschlag», pp. 447-456.

239. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 703-706; Karl-Heinz Frieser y Klaus Schönherr, «Der Zusammenbruch im Osten: Die Rückzugskämpfe seit Sommer 1944», en *DRZW*, vol. VIII, pp. 493-960.

240. Merridale, *Ivan's War*, p.96; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 705-708.

241. Citado en Norman Davies, *Rising '44: «The Battle for Warsaw»*, Londres, 2003, pp. 299-300.

242. Citado en Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 725.

243. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 709-712.

244. Hosenfeld, «*Ich versuche*», p. 824 (carta a la familia, 8 de agosto de 1944).

245. *Ibid*., p.856 (carta a la familia, 5 de octubre de 1944).

246. *Ibid*., pp. 100-101, p.834 (carta a la familia, 23 de agosto de 1944).

247. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 676-693, y Overy, *Why the Allies Won*, pp. 134-179, para una panorámica general; explicación detallada en Detlef Vogel, «German and Allied Conduct of the War in the West», en *GSWW*, vol. VII, pp. 459-702.

248. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 637-651.

249. Resumen en Gerd R. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland: Der deutsche Widerstand gegen den NS-Staat 1933-1945*, Frankfurt, 2006, pp. 78-90 y 116. Entre numerosas aportaciones, véase Horst Duhnke, *Die KPD von 1933-1945*, Colonia, 1972; Detlev Peukert, *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr 1933-1945*, Wuppertal, 1980; e *idem*, «Der deutsche Arbeiterwiderstand 1933-1945», en Klaus-Jürgen Müller (ed.), *Der deutsche Widerstand 1933-1945*, Paderborn, 1986, pp. 157-181.

250. Karin Hartewig, «Wolf unter Wölfen? Die prekäre Macht der kommunistischen Kapos im Konzentrationslager Buchenwald», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 939-958; Niethammer (ed.), *Der «gesäuberte» Antifaschismus*.

251. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 133-140; Shareen Blair Brysac, *Resisting Hitler: Mildred Harnack and the Red Orchestra: The Life and Death of an American Woman in Nazi Germany*, Nueva York, 2000; Almut Brunckhorst, *Die Berliner Widerstandsorganisation um Arvid Harnack und Harro Schluze-Boysen («Rote Kapelle»): Kundschafter im Auftrag Moskaus oder integraler Bestandteil des deutschen Widerstandes gegen den Nationalsozialismus? Ein Testfall für die deutsche Historiographie*, Hamburgo, 1998; Hans Coppi *et al*. (eds.), *Die Rote Kapelle im Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Berlín, 1994; Stefan Roloff, «Die Entstehung der Roten Kapelle und die Verzerrung ihrer Geschichte im Kalten Krieg», en Karl Heinz Roth y Angelika Ebbinghaus (eds.), *Rote Kapellen - Kreisauer Kreise - Schwarze Kapellen: Neue Sichtweisen auf den Widerstand gegen die NS-Diktatur 1938-1945*, Hamburgo, 2004, pp. 186-205.

252. La historia de la Alianza se narra en el libro brillante y conmovedor de Mark Roseman, *The Past in Hiding*, Londres, 2000.

253. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 126-132; entre una abundante literatura, véase especialmente Karl Heinz Jahnke, *Weisse Rose contra Hakenkreuz: Der Widerstand der Geschwister Scholl und ihrer Freunde*, Frankfurt, 1969; *idem*, *Weisse Rose contra Hakenkreuz: Studenten im Widerstand 1942/43: Einblicke in viereinhalb Jahrzehnte Forschung*, Rostock, 2003; documentos traducidos en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 457-459.

254. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.103.

255. *Ibid*., pp. 113-115 (24 de agosto y 10 de septiembre de 1944).

256. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 668-671.

257. Hassell, *The von Hassell Diaries*, pp. 151-152.

258. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 32-60 y 66-77; Joachim C. Fest, *Plotting Hitler's Death: The German Resistance to Hitler 1933-1945*, Londres, 1996, procura una narración amena de la evolución de la conspiración militar-aristocrática. Peter Hoffmann, *The History of the German Resistance 1933-1945*, Montreal, 1996 (1969), ofrece la descripción más minuciosa y detallada; Winfried Heinemann, «Der militärische Widerstand und der Krieg», en *DRZW*, vol. IX/I, pp. 743-892, es el estudio más reciente.

259. Versión inglesa de pasajes pertenecientes al manifiesto del 9 de agosto de 1943 en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 614-616.

260. Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.283; Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 161-163.

261. Klemens von Klemperer, *German Resistance against Hitler: The Search for Allies Abroad 1938-1945*, Oxford, 1992; Hoffmann, *The History*, pp. 205-250.

262. Sobre los fines y los planes politicos de los resistentes, véase Hoffmann, *The History*, pp. 175-202. Para los documentos de la resistencia, véase Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *«Spiegelbild einer Verschwörung»: Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1940 in der SD-Berichterstattung: Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt* (2 vols.), Stuttgart, 1984.

263. Hans Mommsen, «Social Views and Constitutional Plans of the Resistance», en Hermann Graml *et al*., *The German Resistance to Hitler*, Londres, 1970 (1966), pp. 55-147.

264. Beate Ruhm von Oppen (ed.), *Helmuth James von Moltke: Letters to Freya, 1939-1945*, Londres, 1991; más en general, sobre la crítica de los resistentes al comportamiento de la guerra en el este, véase Heinemann, «Der militärische Widerstand», pp. 777-789.

265. Hassel, *The von Hassell Diaries*, p.218.

266. Wolfgang Gerlach, *And the Witnesses Were Silent: The Confessing Church and the Persecution of the Jews*, Lincoln, Nebr., 2000 (1987), pp. 210-214; Hans Mommsen, «Die Moralische Wiederherstellung der Nation: Der Widerstand gegen Hitler war von einer antisemitischen Grundhaltung getragen», *Süddeutsche Zeitung*, 21 de julio de 1999, p.15.

267. Ulrich Heinemann, «"Kein Platz für Polen und Juden": Der Widerstandskämpfer Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg und die Politik der Verwaltung in Schlesien 1939/40», en Klessmann (ed.), *September 1939*, pp. 38-54; Heinemann, «Der militärische Widerstand», pp. 751-776.

268. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 576-577.

269. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 633 (también para las ideas de Popitz y otros).

270. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 165-171; detalles de éste y los otros atentados contra Hitler en Hoffmann, *The History*, pp. 251-260.

271. Fest, *Plotting Hitler's Death*, pp. 202-204, 212-215 y 225-230.

272. *Ibid*., pp. 202-226; Peter Hoffmann, *Claus Schenk Graf von Stauffenberg und seine Brüder*, Stuttgart, 1992, pp. 15-268.

273. Fabian von Schlabrendorff, *Revolt against Hitler: The Personal Account of Fabian von Schlabrendorff*, Londres, 1948, p.131.

274. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 200-206; Fest, *Plotting Hitler's Death*, pp. 237-260; Hoffmann, *The History*, pp. 373-411; Heinemann, «Der militärische Widerstand», pp. 803-838.

275. Fest, *Plotting Hitler's Death*, pp. 255-279; Hoffmann, *Claus Schenk*, pp. 383-443.

276. Fest, *Plotting Hitler's Death*, pp. 280-287; véase también la narración apasionante en Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 655-684.

277. Heinemann, «Der militärische Widerstand», pp. 838-840; Hoffmann, *The History*, pp. 412-506.

278. Fest, *Plotting Hitler's Death*, pp. 292-309; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 688-690; Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 511-528.

279. Citado en Fest, *Plotting Hitler's Death*, p.290.

280. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 691; Fest, *Plotting Hitler's Death*, pp. 291-307.

281. *Ibid*., pp. 297-317; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 692-693 (y 1.006, n. 43, refiriéndose a las pruebas a favor y en contra de que Hitler visionara la grabación); Speer, *Inside the Third Reich*, p.531.

282. Schlabrendorff, *Revolt*, 164.

283. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, pp. 16 y 48.

284. Para una descripción exhaustiva de los contactos en el extranjero de los conspiradores, véase Klemperer, *German Resistance against Hitler*.

285. Heinemann, «Der militärische Widerstand», pp. 840-843.

286. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 634.

## 7. LA CAÍDA

1. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, pp. 76-78 (20-22 de julio 1944).

2. *Ibid*., p.80 (10 de agosto de 1944).

3. Citado en Manoschek (ed.), *«Es gibt nur eines»*, p.73 (Uffz.E, 7 de agosto de 1944).

4. Wirrer (ed.), *Ich glaube an den Führer*, p.235 (Alfred a Inge, 20 de julio de 1944).

5. *Ibid*.

6. Pöppel, *Heaven and Hell*, pp. 221 y 237. Véase también el análisis cuidadoso de las reacciones en Ian Kershaw, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1989 (1987), pp. 215-220.

7. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVII, pp. 6.684-6.686 y 6.7006.701; Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, pp. 185-186 (Ebermannstadt, 25 y 27 de julio de 1944).

8. Herber (ed.), *Goebbels-Reden*, vol. II, p. 394.

9. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 224-228.

10. Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. I, p. 667.

11. *Ibid*., p.664.

12. *Ibid*., p.668.

13. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVII, p. 6.651 (22 de julio de 1944).

14. *Ibid*., vol. XVII, p. 6.652.

15. *Ibid*., vol. XVII, p. 6.693 (7 de agosto de 1944).

16. *Ibid*., vol. XVII, p. 6.653

17. *Ibid*., vol. XVII, p. 6.698.

18. Citado en Kershaw, *The «Hitler Myth»*, p.220.

19. Citado en *ibid*., pp. 1.008-1.009, n.91.

20. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 713-716; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 717-724.

21. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 734.

22. Tim Cole, *Holocaust City: The Making of a Jewish Ghetto*, Londres, 2003; Randolph L. Braham, *Eichmann and the Destruction of Hungarian Jewry*, Nueva York, 1961; Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 735-736; Longerich, *Politik*, pp. 565-570.

23. *Ibid*., pp. 563-564.

24. Hassell, *The von Hassell Diaries*, p.351.

25. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 532-534; Ralf Georg Reuth, *Goebbels: Eine Biographie*, Múnich, 1995 (1990), pp. 561-566; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 637-638.

26. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 712-713.

27. *Ibid*., pp. 731-742.

28. *Ibid*., p.747 y 757; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 757-771. Para una descripción detallada de la guerra terrestre en el oeste, véase John Zimmermann, «Die deutsche militärische Kriegsführung im Westen 1944/45», en *DRZW*, vol. X/I, pp. 277-489. Para la «Batalla de las Árdenas», véase Vogel, «German and Allied Conduct of the War in the West», pp. 863-897.

29. Kershaw, *Hitler*, vol. II pp. 768-769.

30. Boog, «The Strategic Air War», pp. 369-373; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/VIII, pp. 527-529 (25 de junio de 1943).

31. Boog, «The Strategic Air War», p. 375.

32. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, vol. II/VII, p. 578 (18 de marzo de 1943).

33. Boog, «The Strategic Air War», p. 381.

34. *Ibid*., p.417.

35. *Ibid*., pp. 406-420.

36. Speer, *Inside the Third Reich*, p.481; Heinz Dieter Hölsken, *Die V-Waffen Entstehung - Propaganda - Kriegseinsatz*, Stuttgart, 1984, pp. 178-262; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 561-562; Boog, «The Strategic Air War», pp. 413-415.

37. Michael J. Neufeld, *The Rocket and the Reich: Peenemünde and the Coming of the Ballistic Missile Era*, Nueva York, 1995, pp. 13, 22-23 y 108-137; véase también Rainer Eisfeld, *Mondsüchtig: Wernher von Braun und die Geburt der Raumfahrt aus dem Geist der Barbarei*, Hamburgo, 2000.

38. Speer, *Inside the Third Reich*, p.494.

39. *Ibid*., p.495.

40. *Ibid*., p.497.

41. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 503-505; Neufeld, *The Rocket and the Reich*, pp. 197-201.

42. Neufeld, *The Rocket and the Reich*, pp. 197-238; Florian Freund, «Die Entscheidung zum Einsatz von KZ-Häftlingen in der Raketenrüstung», en Kaienburg (ed.), *Konzentrationslager*, pp. 61-74.

43. Citado en Neufeld, *The Rocket and the Reich*, pp. 209-210.

44. *Ibid*., 197-209; Sereny, *Albert Speer*, pp. 402-405.

45. Neufeld, *The Rocket and the Reich*, p.210.

46. *Ibid*.

47. Sereny, *Albert Speer*, p.403. Sereny no menciona la carta a Kammler.

48. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 500-501.

49. Citado en Neufeld, *The Rocket and the Reich*, pp. 211-212.

50. *Ibid*., pp. 210-212.

51. *Ibid*., p.264 y 405; véase también Jens Christian Wagner, «Noch einmal: Arbeit und Vernichtung: Häftlingseinsatz im KL Mittelbau-Dora 1943-1945», en Frei *et al*. (eds.), *Ausbeutung*, pp. 11-42.

52. Neufeld, *The Rocket and the Reich*, pp. 226-230.

53. *Ibid*., pp. 238-264 (cita en p. 264). Weinberg, *A World at Arms*, pp. 562-563, da una cifra de 15.000 muertos; véase también Allen, *The Business of Genocide*, pp. 208-232.

54. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 306-309; Alan D. Beyerchen, *Scientists under Hitler: Politics and the Physics Community in the Third Reich*, Londres, 1977, pp. 168-198; Klaus Hentschel (ed.), *Physics and National Socialism: An Anthology of Primary Sources*, Basilea, 1996, pp. 281-284 y 290-292.

55. Beyerchen, *Scientists*, pp. 168-198.

56. Hentschel (ed.), *Physics*, p. lxvii.

57. Mark Walker, *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power 1939-1949*, Cambridge, 1989; Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 315-317; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 568-571. La afirmación posterior de Heisenberg en el sentido de que él habría ralentizado deliberadamente el avance en la investigación para asegurarse de que Hitler no dispusiera de la bomba atómica antes de que la guerra concluyera carece de toda verosimilitud; incluso de haber trabajado con la mayor rapidez, sigue siendo extremadamente improbable que hubiese ensamblado a tiempo una bomba que funcionara. Véase, entre una literatura copiosa, Thomas Powers, *Heisenberg's War: The Secret History of the German Bomb*, Boston, 1993; Jeremy Bernstein (ed.), *Hitler's Uranium Club: The Secret Recordings at Farm Hall*, Nueva York, 2001, pp. xxiv-xxv y xxvii-xxviii.

58. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 317-318.

59. Rainer Karlsch, *Hitlers Bombe: Die geheime Geschichte der deutschen Kernwaffenversuche*, Stuttgart, 2005, pp. 171-181 y 215-219.

60. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 316-320; sobre Lenard, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 306-309.

61. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 553-554.

62. Schmidt, *Karl Brandt*, pp. 284-296; también Florian Schmaltz, *Kampfstoff-Forschung im Nationalsozialismus: Zur Kooperation von Kaiser-Wilhelm-Instituten, Militär und Industrie*, Gotinga, 2005, pp. 143-177 y 608-610; e *idem*, «Neurosciences and Research on Chemical Weapons of Mass Destruction in Nazi Germany», *Journal of the History of the Neurosciences*, 15 (2006), pp. 186-209; Weinberg, *A World at Arms*, pp. 558-559.

63. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 491.

64. Neufeld, *The Rocket and the Reich*, pp. 233-238.

65. Ludwig, *Technik*, pp. 456-463; Hentschel (ed.), *Physics*, pp. 303 y 327.

66. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 488-491; Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 620-621.

67. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 771-773.

68. *Ibid*., 537-538 (pero una explicación diferente y claramente más acertada se da en la página 563). Véase también Fritz Hahn, *Waffen und Geheimwaffen des deutschen Heeres, 1933-1945* (2 vols.), Coblenza, 1986-1987, vol. I, pp. 191-194.

69. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 563-564.

70. Speer, *Inside the Third Reich*, p.620.

71. *Ibid*.

72. Citado en Boog, «The Strategic Air War», pp. 413, 423, y figuras en pp. 453-454.

73. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 6.187 (27 de diciembre de 1943).

74. Wirrer (ed.), *Ich glaube an den Führer*, p.256 (Inge a Alfred, 3 de septiembre de 1944).

75. Citado en Wulf, *Presse und Funk*, p.360.

76. Walb, *Ich, die Alte*, p.301 (4 de marzo de de 1945).

77. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVII, p. 6.736 (28 de marzo de 1945). En el texto impreso se leen las palabras *einen ganz gewöhnlichen Umstand*, «una circunstancia muy normal», pero sólo tiene sentido si se considera un error de mecanografiado o de imprenta en lugar de *einen ganz ungewöhnlichen Umstand*, «una circunstancia del todo insólita».

78. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XV, p. 6.187 (27 de diciembre de 1943).

79. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, pp. 87-88 (18 de abril de 1945).

80. Hans-Jochen Gamm, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich: Mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Múnich, 1990 (1963), p. 180. El chiste se basa en un juego de palabras intraducible; *ausheben* en alemán significa tanto «excavar» como «reclutar» en función del contexto.

81. Klaus Mammach, *Der Volkssturm: Bestandteil des totalen Kriegseinsatzes der deutschen Bevölkerung 1944/45*, Berlín, 1981, p.150; Franz Seidler, *«Deutscher Volkssturm»: Der letzte Aufgebot 1944/45*, Múnich, 1989, p.374.

82. Roland Müller, *Stuttgart zur Zeit des Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1988, p.519.

83. Alphons Kappeler, *Ein Fall von «Pseudologia phantastica» in der deutschen Literatur: Fritz Reck-Malleczewen: Mit Totalbibliographie*, Göppingen, 1975, pp. 7-11. La historia muchas veces repetida de que la Gestapo lo fusiló carece de veracidad; sobre la vida anterior de Reck, la real y la imaginaria, véase Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 154-155, 251, 414-417, 419, 499 y 587.

84. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVII, p. 6.721 (28 de octubre de 1944).

85. Schäfer, *Napola*, pp. 95-96.

86. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, pp. 226-227 (22 de febrero de 1945).

87. *Ibid*., p.229.

88. Maschmann, *Account Rendered*, p.176.

89. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.154 (27 de enero de 1945).

90. Sobre esa obra teatral, véase Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 417-418.

91. Wirrer (ed.), *Ich glaube an den Führer*, p.293 (Albert a Inge, 30 de enero de 1945).

92. *Ibid*., pp. 295-296 (Inge a Alfred, 3-4 de febrero de 1945).

93. *Ibid*., p.313 (Alfred a Inge, 9 de marzo de 1945).

94. *Ibid*., 321 (Inge a Alfred, 10 de abril de 1945).

95. *Ibid*., p.317.

96. Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant 1937-1945*, Frankfurt, 1980, p.398.

97. Citado en Herf, *The Jewish Enemy*, pp. 255-256.

98. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 798-802.

99. Jörg Echternkamp (ed.), *Kriegsschauplatz Deutschland 1945: Leben in Angst - Hoffnung auf Frieden: Feldpost aus der Heimat und von der Front*, Paderborn, 2006, pp. 20-21.

100. Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, pp. 238-239.

101. Para una explicación detallada, véase Holst Boog, «Die strategische Bomberoffensive der Alliierten gegen Deutschland und die Reichluftverteidigung in der Schlussphase des Krieges», en *DRZW*, vol. X/I, pp. 771-884.

102. Andreas Kunz, *Wehrmacht und Niederlage: Die bewaffnete Macht in der Endphase der nationalsozialistischen Herrschaft 1944 bis 1945*, Múnich, 2005; pp. 207-215; *idem*, «Die Wehrmacht 1944/45: Eine Armee im Untergang», en *DRZW*, vol. X/II, pp. 3-54.

103. Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 781.

104. Citado en Patrick Wright, *Iron Curtain: From Stage to Cold War*, Londres, 2007, p.352. El primer uso del término por parte de Churchill se produjo poco después.

105. Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen*, pp. 310-311.

106. Baird, *The Mythical World*, pp. 246-255.

107. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 652.

108. *Ibid*., p.653.

109. *Ibid*., p.651.

110. Walb, *Ich, die Alte*, p.316 (26 de marzo de 1945).

111. Noakes (ed.), *Nazism*, IV, p.654.

112. *Ibid*., pp. 655-656.

113. *Ibid*., p.658.

114. Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen*, p.311.

115. Gerhard Paul, «"Diese Erschiessungen haben mich innerlich gar nicht mehr berührt": Die Kriegsendphasenverbrechen der Gestapo 1944/45», en *idem* y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg: «Heimatfront» und besetztes Europa*, Darmstadt, 2000, pp. 543-568.

116. Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p.327.

117. *Ibid*.

118. *Ibid*., pp. 334-337.

119. Hitler, *Hitler's Table Talk*, p.29.

120. Sobre Natzweiler, véase Wolfgang Kirstin, *Das Konzentrationslager als Institution totalen Terrors: Das Beispiel des KL Natzweiler*, Pfaffenweiler, 1992, pp. 13-16.

121. Citado en Fest, *Plotting Hitler's Death*, p.312.

122. Moorhouse, *Killing Hitler*, p.58; Hoffmann, *The History*, p.258.

123. Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, pp. 238-239.

124. Hannes Heer, *Ernst Thälmann in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek, 1975, pp. 127-130.

125. Fest, *Plotting Hitler's Death*, p.304; Ueberschär, *Für ein anderes Deutschland*, p.238; Willi Dressen, «Konzentrationslager als Tötungs-und Hinrichtungsstätten für Oppositionelle, Behinderte, Kriegsgefangene», en Benz y Distel (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. I, pp. 230-241.

126. Echternkamp (ed.), *Kriegsschauplatz*, pp. 34-35.

127. Höss, *Commandant of Auschwitz*, pp. 190-192.

128. Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 123-128.

129. Ernst Kaiser y Michael Knorn, *«Wir lebten und schliefen zwischen den Toten»: Rüstungsproduktion, Zwangsarbeit und Vernichtung in den Frankfurter Adlerwerken*, Frankfurt, 1994, pp. 214-227.

130. Daniel Blatman, «The Death Marches, January-May 1945: Who Was Responsible for What?», *Yad Vashem Studies*, 28 (2000), pp. 155-201.

131. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, pp. 327-371, proporciona una descripción con todo lujo de detalles, lastrada por una retórica antialemana y la presuposición de que las marchas únicamente afectaban a los prisioneros judíos.

132. Wilhelm Lange, *Cap Arcona: Dokumentation*, Eutin, 1992; Detlef Garbe, «Institutionen des Terrors und der Widerstand der Wenigen», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg*, pp. 519-576, en pp. 549-555; David Stafford, *Endgame 1945: Victory, Retribution, Liberation*, Londres, 2007, pp. 291-306.

133. Neuman, *The Rocket and the Reich*, p.264.

134. Daniel Blatman, «Rückzug, Evakuierung und Todesmärsche 1944-1945», en Benz y Distel (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. I, pp. 296-316, en pp. 306-308; sobre la marcha de la muerte en 1945 de los obreros rusos encarcelados por la Gestapo en Oldenburg, véase Hoffmann, *Zwangsarbeit*, pp. 288-292.

135. Harry Stein, «Funktionswandel des Konzentrationslagers Buchenwald im Spiegel der Lagerstatistiken», en Herbert *et al*. (eds.), *Die Nationsozialistische Konzentrationslager*, vol. I, pp. 167-192; Michael Fabréguet, «Entwicklung und Veränderung der Funktionen des Konzentrationslager Mauthausen 1938-1945», en *ibid*., pp. 193-214; también Blatman, *Rückzug*; y Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart: Americans and the Liberation of Nazi Concentration Camps*, Nueva York, 1985, pp. 21-30.

136. Eberhard Kolb, *Bergen-Belsen 1943-1945: Vom «Aufenthaltslager» zum Konzentrationslager 1943-1945*, Gotinga, 2001, pp. 21-24 y 38-41.

137. *Ibid*., también Joanne Reilly, *Belsen: The Liberation of a Concentration Camp*, Londres, 1998, y Ben Shephard, *After Daybreak: The Liberation of Belsen, 1945*, Londres, 2005.

138. Daniel Blatman, «Die Todesmärsche - Entscheidungsträger, Mörder und Opfer», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. II, pp. 1.063-1.092.

139. Blank, «Kriegsalltag», pp. 456-457; detalles pormenorizados en Boog, «Die Strategische Bomberoffensive».

140. Citado en Blank, «Kriegsalltag», p. 455.

141. Evans, *Telling Lies*, pp. 193-231; descripciones fiables en Rudolf Förster, «Dresden», en Marlene P. Hiller *et al*. (eds.), *Städte im 2. Weltkrieg: Ein internationaler Vergleich*, Essen, 1991, pp. 299-315; Götz Bergander, *Dresden im Luftkrieg: Vorgeschichte, Zerstörung, Folgen*, Würzburg, 1998; y Frederick Taylor, *Dresden: Tuesday 13 February 1945*, Londres, 2004.

142. Klemperer, *To the Bitter End*, pp. 387-389 (13 de febrero de 1945).

143. *Ibid*., pp. 389-392 (22-24 de febrero de 1945).

144. *Ibid*., p.393 (22-24 de febrero de 1945).

145. *Ibid*., pp. 396-405 (15-27 de febrero de 1945).

146. Solmitz, *Tagebuch*, p.998 (7 de marzo de 1945).

147. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 515.

148. Solmitz, *Tagebuch*, pp. 983 (2 de febrero de 1945), 995 (27 de febrero de 1945), 1.010 (9 de abril de 1945).

149. Solmitz, *Tagebuch*, p.765 (8 de septiembre de 1942).

150. *Ibid*., pp. 888 (8 de enero de 1944), 928 (10 de junio de 1944) y 943 (8 de agosto de 1944).

151. *Ibid*., pp. 944 (3 de septiembre de 1944) y 958 (27 de octubre de 1944).

152. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 359-364.

153. *Ibid*., p.329 (cita) y pp. 326-345.

154. *Ibid*., pp. 326-328.

155. *Ibid*., pp. 366-369; Fritz Theilen, *Edelweisspiraten*, Frankfurt, 1984; Bernd-A. Rusinek, *Gesellschaft in der Katastrophe: Terror, Illegalität, Widerstand - Köln 1944/45*, Essen, 1989.

156. Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 369-371.

157. Frieser, «Die Schlacht», pp. 200-208.

158. Citado en Merridale, *Ivan's War*, p.260.

159. *Ibid*., p.261.

160. *Ibid*., pp. 261-262.

161. Nicholas, *The Rape of Europa*, pp. 361-367.

162. Merridale, *Ivan's War*, pp. 277-282.

163. *Ibid*., pp. 267-269.

164. Atina Grossmann, «A Question of Silence: The Rape of German Women by Occupation Soldiers», *October*, 72 (1995), pp. 43-63, en p.51.

165. Merridale, *Ivan's War*, p.270.

166. *Ibid*., pp. 267-268.

167. (Anón.), *A Woman in Berlin: Diary 20 April 1945 to 22 June 1945*, Oxford, 2006 (1955), p. 173. La autora fue la periodista Masta Hillers (Grossmann, «A Question of Silence», p. 54).

168. *Ibid*.

169. Citado en Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945*, Londres, 2002, p.52.

170. *Ibid*., pp. 46-55 y 88; Heinrich Schwendemann, «"Deutsche Menschen vor der Vernichtung durch den Bolschewismus zu retten": Das Programm der Regierung Dönitz und der Beginn einer Legendenbildung», en Bernd-A. Rusinek (ed.), *Kriegsende 1945: Verbrechen, Katastrophen, Befreiungen in nationaler und internationaler Perspektive*, Gotinga, 2004, pp. 9-33.

171. Walb, *Ich, die Alte*, p.313 (26 de marzo de 1945).

172. Kershaw, *The «Hitler Myth»*, pp. 200-225.

173. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVII, pp. 6.732-6.733.

174. *Ibid*., vol. XVII, pp. 6.733-6.734.

175. Klemperer, *To the Bitter End*, p.443 (22 de abril de 1945).

176. *Ibid*., p.444 (22 de abril de 1945).

177. *Ibid*., p.453 (4 de mayo de 1945).

178. *Ibid*., p.453 (5 de mayo de 1945).

179. *Ibid*., pp. 419-427 (26 de marzo-15 de abril de 1945), cita en p. 419.

180. Walb, *Ich, die Alte*, p.333 (23 de abril de 1945).

181. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 575-577.

182. Citado en Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 659-660; véase también Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 784-786.

183. Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 541-601; Kershaw, *Hitler*, vol. II, p. 784.

184. Speer, *Inside the Third Reich*, p.604.

185. *Ibid*., pp. 610-618; Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, pp. 659-661. Para una descripción crítica de las acciones de Speer en la fase final del Tercer Reich, véase Rolf-Dieter Müller, «Der Zusammenbruch des Wirtschaftslebens und die Anfänge des Wideraufbaus», en *DRZW*, vol. X/II, pp. 55-378, en pp. 74-106.

186. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 768-775 y 782.

187. Redlich, *Hitler*, pp. 207-209 y 223-254.

188. Speer, *Inside the Third Reich*, p.629.

189. *Ibid*.

190. *Ibid*., p.631; Redlich, *Hitler*, p.227.

191. Descripción vívida de las rutinas de Hitler en Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 775-777.

192. *Ibid*., pp. 780-81.

193. *Ibid*., pp. 785-91.

194. Maschmann, *Account Rendered*, p.146.

195. *Ibid*., p.157.

196. *Ibid*., p.163.

197. *Ibid*., p.149.

198. Speer, *Inside the Third Reich*, p.619.

199. Noakes (ed.), *Nazism*, vol. IV, p. 666.

200. *Ibid*.

201. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 803-805.

202. Sereny, *Albert Speer*, pp. 530-533; Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 635-647.

203. Duggan, *The Force of Destiny*, pp. 529-532.

204. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 807-819.

205. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.16.

206. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 802-819.

207. *Ibid*., pp. 820-831, y 1.037-1.038, n.156. Véase también la explicación clásica de Hugh R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1962 (1947), cuya lectura sigue mereciendo la pena; análisis detallado de las pruebas en Anton Joachimsthaler, *Hitlers End: Legenden und Dokumente*, Augsburg, 1999 (1994).

208. Domarus (ed.), *Hitler*, vol. IV, p. 2.236; Werner Maser (ed.), *Hitlers Briefe und Notizen: Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten*, Düsseldorf, 1973, pp. 326-366.

209. Kershaw, *Hitler*, p.824.

210. Citado en Christian Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, 41 (2006), pp. 153-173, en p.167.

211. Reuth, *Goebbels*, pp. 613-614; Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, pp. 241-247.

212. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 831-833 y 1.039, n.15. Los esqueletos de ambos hombres fueron descubiertos en unas obras de construcción en 1972 e identificados gracias a sus historiales dentales.

213. Richard Overy, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*, Londres, 2001, pp. 145-146 y 205.

214. *Ibid*., pp. 165-168.

215. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 534-536.

216. Neufeld, *The Rocket and the Reich*, p.265.

217. Steur, *Theodor Dannecker*, pp. 156-160, señalando que difícilmente hubiese actuado así ella de no haberse suicidado su marido. Por lo que resultaban infundados los rumores acerca de la supervivencia de éste.

218. Burleigh, *Death*, pp. 273 y 351-384.

219. Goeschel, «Suicide»; también *idem*, «Suicide in Weimar and Nazi Germany», pp. 196-200; Richard Bessel, *Nazism and War*, Londres, 2004, p. 154.

220. Höss, *Commandant of Auschwitz*, pp. 193-194.

221. Maschmann, *Account Rendered*, p.163.

222. *Ibid*., p.164.

223. Sereny, *Albert Speer*, pp. 543-544.

224. Boberach (ed.), *Meldungen*, vol. XVII, p. 6.737.

225. Goeschel, «Suicide in Weimar and Nazi Germany», pp. 209-213.

226. Citado en Bessel, *Nazism and War*, p.155.

227. Damian van Melis, *Entnazifizierung in Mecklenburg-Vorpommern: Herrschaft und Verwaltung 1945-1948*, Múnich, 1999, pp. 23-24; Bessel, *Nazism and War*, p.155; Naimark, *Fires of Hatred*, p.117.

228. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.235.

229. Wirrer (ed.), *Ich glaube an den Führer*, p.324 (Inge a Alfred, 4 de agosto de 1945). Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.238 (22 de abril de 1945) y 240 (3 de junio de 1945).

230. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.44 (5 de mayo de 1945).

231. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 831-833.

232. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, pp. 123-124 (1 de mayo de 1945).

233. Walb, *Ich, die Alte*, p.338, 344-345 (2 y 8 de mayo de 1945).

234. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.141.

235. *Ibid*., pp. 163-165 (29 de abril de 1945).

236. Solmitz, *Tagebuch*, pp. 1.022 (30 de abril de 1945), 1.031 (5 de mayo de 1945) y 1.037 (8 de mayo de 1945).

237. Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 822-823 y 835-836; descripción detallada de la rendición de las fuerzas alemanas en varias partes de Europa en Klaus-Jürgen Müller y Gerd Ueberschär, *Kriegsende 1945: Die Zerstörung des deutschen Reiches*, Frankfurt, 1994; véase también Jörg Hillmann y John Zimmermann, *Kriegsende 1945 in Deutschland*, Múnich, 2002, y Marlis Steinert, *Capitulation: A Story of the Dönitz Regime*, Londres, 1969.

238. Perry Biddiscombe, *Werwolf! The History of the National Socialist Guerilla Movement 1944-1946*, Cardiff, 1996, pp. 38-39.

239. Klaus Tenfelde, «Proletarische Provinz: Radikalisierung und Widerstand in Penzberg/Oberbayern 1900 bis 1945», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, vol. IV, pp. 1-382.

240. Robert G. Moeller, *War Stories: The Search for a Usable Past in the Federal Republic of Germany*, Berkeley, Calif., 2001, pp. 3, 6, 24 y 43; Norbert Frei, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002 (1997), pp. 303-312.

241. Véase Telford Taylor, *The Anatomy of the Núremberg Trials*, Londres, 1993, y Overy, *Interrogations*.

242. Sereny, *Albert Speer*, pp. 702-721; Matthias Schmidt, *Albert Speer: Das Ende eines Mythos: Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, Berna, 1982; también Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries*, Londres, 1976 (1975).

243. Höss, *Commandant of Auschwitz*, pp. 195-201.

244. Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 137-139.

245. *Ibid*., pp. 139-145.

246. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 535-536.

247. Klee *et al*. (eds.), *«Those Were the Days»*, pp. 297-299.

248. Burleigh, *Death*, pp. 269-280; Schmidt, *Karl Brandt*, pp. 351-384.

249. Kater, *Doctors under Hitler*, pp. 2-3; Steven P. Remy, *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University*, Cambridge, Mass., 2002, pp. 198-203.

250. Horace W. Stunkard, «Erich Martini (1880-1960)», *Journal of Parasitology*, 47 (1961), pp. 909-910.

251. Lifton, *The Nazi Doctors*, pp. 380-383.

252. Klee, *Auschwitz*, pp. 488-491.

253. Sereny, *Into that Darkness*, pp. 13, 16, 261-277, 301-307, 321-322 y 339-366.

254. Cesarani, *Eichmann*, pp. 200-323.

255. Steinbacher, *Auschwitz*, pp. 145-152.

256. Konrad H. Jarausch, *After Hitler: Recivilizing Germans, 1945-1995*, Nueva York, 2006, p.54. La cifra de los «imputados» no incluye la zona británica. Véase también Clemens Vollnhals, *Entnazifizierung: Politische Säuberung und Rehabilitierung in den vier Besatzungszonen 1945-1949*, Múnich, 1991; Lutz Niethammer, *Die Mitläuferfabrik: Die Entnazifizierung am Beispiel Bayerns*, Berlín, 1992.

257. Jarausch, *After Hitler*, pp. 271-281. Sobre Best, véase Herbert, *Best*, pp. 403-476, y más en general Norbert Frei (ed.), *Karrieren im Zwielicht: Hitlers Eliten nach 1945*, Frankfurt, 2001. En cuanto a los problemas de adaptación social inmediatamente después de la guerra, véase Jörg Echternkamp, «Im Schlagschatten des Krieges: Von den Folgen militärischer Herrschaft in der frühen Nachkriegszeit», en *DRZW*, vol. X/II, pp. 657-697.

258. Hürter (ed.), *Ein deutscher General*, p.16.

259. Bock, *Zwischen Pflicht und Verweigerung*, pp. 11-25.

260. Hosenfeld, *«Ich versuche»*, pp. 111-146.

261. Breloer (ed.), *Geheime Welten*, p.44.

262. *Ibid*., p.45.

263. *Ibid*., p.273.

264. Maschmann, *Account Rendered*, pp. 168-223 (cita en página 190).

265. Steven Bach, *Leni - The Life and Work of Leni Riefenstahl*, Nueva York, 2007, pp. 252-292; Welch, *Propaganda and the German Cinema*, pp. 125-134, 263 y 307; Emil Jannings, *Theater, Film - Das Leben und Ich*, Múnich, 1989 (1951).

266. Kater, *Composers*, pp. 3-30 y 211-263.

267. Shirakawa, *The Devil's Music Master*, p.364.

268. *Ibid*. Más en general, véase Toby Thacker, *Music after Hitler, 1945-1955*, Londres, 2007, pp. 39-74.

269. Petropoulos, *The Faustian Bargain*, pp. 239-253.

270. Neufeld, *The Rocket and the Reich*, pp. 267-275.

271. Remy, *The Heidelberg Myth*, pp. 54 y 204-205.

272. Klukowski, *Diary*, pp. x-xi y xv-xx.

273. Martin Chalmers, «Introduction», en Victor Klemperer, *The Lesser Evil: The Diaries of Victor Klemperer 1945-59*, Londres, 2003 (1999), pp. vii-xvii.

274. Klemperer, *The Lesser Evil*, p.359 (8 de julio de 1951).

275. *Ibid*., pp. 621-624.

276. Citado en Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 312-313; información extraída del Staatsarchiv der Freien -und Hansestadt Hamburg.

277. Eric A. Johnson y Karl-Heinz Reuband, *What We Knew: Terror, Mass Murder, and Everyday Life in Nazi Germany: An Oral History*, Nueva York, 2005, pp. 337-344.

278. Bill Niven, *Facing the Nazi Past: United Germany and the Legacy of the Third Reich*, Londres, 2002, pp. 233-241; Peter Reichel, *Politik mit der Erinnerung: Gedächtnisorte im Streit um die nationalsozialistische Vergangenheit*, Frankfurt, 1999 (1995).

279. Bullock, *Hitler*, p.808.

* Acrónimo alemán de *Fliegerabwehrkanone*, cañón antiaéreo. *(N. del T.)*

* Onomatopeya que recuerda la pronunciación engolada de los aristócratas ingleses. *(N. del T.)*

* *Wiegala, wiegala, wille, / wie ist die Welt so stille! / Es stört kein Laut die süße Ruh, schlaf, mein Kindchen, schlaf auch Du*. *(N. del T.)*

* Alusión a la célebre frase de Churchill: «Nunca tantos debieron tanto a tan pocos». *( N. del T.)*

* El grito ¡*Tally-Ho*! se usaba en Inglaterra en la caza del zorro para azuzar a la jauría. La RAF lo adoptó como expresión de aliento en sus ataques. *(N. del T.)*

* Organización defensiva del ejército británico en la Segunda Guerra Mundial. *(N. del T.)*

*El Tercer Reich en guerra*
Richard J. Evans

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Third Reich at War 1939-1945. How the Nazis led Germany from conquest to Disaster*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Sr. García

© Richard J. Evans, 2008. Todos los derechos reservados

© de la traducción, Miguel Salazar Barroso, 2011

Mapas al cuidado de Andras Bereznay
© de las fotografías: Trustees of the Imperial War Museum, Londres: 1, 16; SVBilderdienst/Scherl: 2; akg-images: 3, 7, 13, 18, 28, 34, 35; United States Holocaust Memorial Museum, gentileza de Instytut Pamieci Narodowej: 4; SV-Bilderdienst/Tobis: 5; akgimages/ullstein bild: 6, 8, 11, 15; akg-images/Heinrich Hoffmann: 9; Bayerische Staatsbibliothek, Munich: 10; bkp/Hähle: 12; Bundesarchiv, Coblenza: 14, 21, 27, 33; Bayerische Staatsbibliothek, Munich/Heinrich Hoffmann: 17; USHMM, gentileza de un donante anónimo: 19; bkp/Hanns Hubmann: 20, 30; AP/PA Photos: 24, 25; Museum für Hamburgische Geschichte, Hamburgo: 26; www.psywarrior.com: 29; bkp/Walter Frentz: 31; Hugo Schmidt-Luchs/Ullstein/akg-images: 32; AP Photo: 36.

Nota: Las ideas u opiniones expresadas en este libro y el contexto en el que las imágenes se usan no reflejan necesariamente las ideas o la política del Holocaust Memorial Museum de los Estados Unidos, ni suponen la aprobación o refrendo por parte de éste.

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península

Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-9942-585-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com